David Stevenson

1914 1918

Historia de la primera guerra mundial



En el verano de 1914, Europa sucumbió a un frenesí de violencia a gran escala. La guerra que siguió tuvo repercusiones globales, destruyó cuatro imperios y costó millones de vidas. Incluso los países victoriosos padecieron las secuelas durante generaciones, y aun vivimos bajo la sombra del conflicto.

En esta obra fundamental, David Stevenson revisa las causas, el curso y el impacto de esta guerra para acabar con todas las guerras, la sitúa en el contexto de su era y revela su estructura subyacente. Este libro es una amplia historia internacional del conflicto, que ofrece sugerentes respuestas a las preguntas clave sobre el desarrollo de la Primera Guerra Mundial; preguntas que siguen siendo relevantes hoy día.





David Stevenson

1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial

ePub r1.0

JeSsE 09.03.15

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *1914-1918. The History of the First World War*
David Stevenson, 2004
Traducción: Juan Rabasseda Gascón
Retoque de cubierta: JeSsE
Editor digital: JeSsE
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2015
Conversión a pdf: FS, 2018








Quiero dedicar este libro con todo mi afecto y respeto a mis
suegros, Ida y Morris Myers, a mi madre, Moira Stevenson,
y a la memoria de mi padre, Edward Stevenson.

Nota sobre terminología militar y naval

En 1914, la *división de infantería* alemana completa estaba formada por 17 500 hombres (entre oficiales y soldados), 72 piezas de artillería y 24 ametralladoras; la francesa, por 15 000 mil hombres (entre oficiales y soldados), 36 piezas de artillería y 24 ametralladoras; y la británica, por 18 073 hombres (entre oficiales y soldados), 76 piezas de artillería y 24 ametralladoras. Estos eran los efectivos teóricos, pero los reales, una vez iniciada la campaña, fueron inferiores de manera prácticamente invariable. Durante la guerra, la mayoría de los ejércitos redujo el número teórico de efectivos y aumentó su potencia de fuego. No obstante, las divisiones estadounidenses desplegadas en Francia en 1917 fueron mucho más grandes que las europeas, pues cada una de ellas disponía de unos 28 000 hombres, entre oficiales y soldados.

Un *cuerpo de ejército* comprendía normalmente dos divisiones de infantería; y un *ejército*, dos o más cuerpos de ejército. Un *grupo de ejércitos* (unidad característica de las fuerzas militares francesas y alemanas a partir de 1914, y equivalente a los «frentes» noroccidental y suroccidental de los rusos) comprendía varios ejércitos, con un total que oscilaba entre 500 000 y 1 millón de hombres, o incluso más. Por otro lado, los componentes habituales de la división de infantería eran la *brigada* (entre 4000 y 5000 hombres), el *regimiento* (entre 2000 y 3000), el *batallón* (entre 600 y 1000), la *compañía* (entre 100 y 200), el *pelotón* (entre 30 y 50) y el *escuadrón* o *sección* (entre 8

y 11 efectivos).

En 1914, la *división de caballería* alemana estaba formada por 5200 hombres (entre oficiales y soldados), 5600 caballos, 12 piezas de artillería y 6 ametralladoras; y la británica, por 9269 hombres (entre oficiales y soldados), 9815 caballos, 24 piezas de artillería y 24 ametralladoras.

Las piezas de artillería (a las que en el texto se hace referencia normalmente como «cañones») se dividían en *cañones* propiamente dichos (con un cañón largo por el que salía el proyectil siguiendo una trayectoria tensa o rasante) y *obuses* y *morteros* (con un cañón más corto por el que salía el proyectil siguiendo una trayectoria curva con un ángulo de caída pronunciado). Además, se clasificaban por su calibre (el diámetro interno del cañón), aunque en Gran Bretaña muchas de las piezas eran designadas con el peso del proyectil utilizado. Así pues, el cañón ligero clásico («cañón de campaña») era el de 75 mm en el ejército francés, el de 77 mm en el ejército alemán y el de 18 libras en el ejército británico. Entre los obuses de campaña de tipo medio figuraban los alemanes de 120 y 150 mm y (a partir de 1915) el de 155 mm francés y el de 6 pulgadas británico. Los cañones de campaña más pesados solían tener un calibre superior a los 170 mm; y los obuses más pesados tenían entre 200 y 400 mm de calibre. Entre otros, cabe destacar el de 305 mm austríaco y el de 420 mm alemán, capaces de derribar una fortaleza.

Las *ametralladoras* se dividían en pesadas y ligeras. Todas las utilizadas en 1914 eran pesadas (su peso oscilaba entre los 40 y los 60 kilogramos), y para su funcionamiento era necesario disponer de un equipo de tres a seis hombres. Las ligeras (entre 9 y 14 kilogramos) fueron desarrollándose a lo largo de la guerra, y podían ser transportadas por un solo hombre o ser montadas en un avión.

En el texto se habla de los buques de guerra mejor armados y blindados llamándolos «buques capitales». Estas naves comprendían los *acorazados* y los *cruceros de batalla*. Los cruceros de batalla disponían de una artillería similar a la de los acorazados, pero eran más rápidos porque su blindaje era más ligero. Los buques capitales considerados más modernos eran los acorazados *dreadnought* o los cruceros de batalla (17 000 toneladas de desplazamiento), siempre y cuando su velocidad y su potencia de fuego fueran comparables o superiores a las del buque británico *Dreadnought* (1906). Sin embargo, en 1914 casi todas las armadas utilizaban buques capitales *dreadnought* o de un modelo anterior (o incluso variantes híbridas). Los *cruceros* se dividían en pesados o «blindados» (más de 10 000 toneladas), destinados a entrar en combate como naves de reconocimiento de los buques capitales, y ligeros (entre 2000 y 14 000 toneladas), barcos con menor blindaje cuyo principal cometido era vigilar las rutas comerciales y defender los puertos coloniales. Los *destructores* (500-800 toneladas en 1914) formaban normalmente flotillas y estaban armados con torpedos y artillería ligera[*].

Introducción

¿Por qué recordamos aún el 11 de noviembre? ¿Por qué seguir conmemorando los casi diez millones de soldados caídos entre 1914 y 1918, cuando en el mundo unos veinte millones de personas perdieron la vida en accidentes de tráfico entre 1898 y 1998, y más de treinta millones murieron durante la epidemia de gripe de 1918 y 1919[1]? En parte, la respuesta es que la Primera Guerra Mundial tuvo unas características que la hicieron emblemática de otras guerras modernas, no solo del siglo XX, sino también posteriores. Supuso para los combatientes unas experiencias nuevas y terribles, y obligó a los distintos frentes a llevar a cabo una movilización sin precedentes. Además de representar un verdadero desastre, se convirtió en condición previa de futuros desastres, incluida la Segunda Guerra Mundial, cuyas víctimas fueron muchos millones más. Impulsó la creación de nuevos mecanismos de supervivencia sociales para afrontar la muerte, la mutilación y la desolación, y, sin embargo, en muchas regiones del mundo, su legado sigue provocando derramamientos de sangre en la actualidad. Por último, constituyó un tipo especial de cataclismo, una catástrofe causada por el hombre a través de sus actos políticos, y como tal puede suscitar, un siglo después, emociones poderosas y plantear, como presagio, cuestiones espinosas. Sus víctimas no perecieron ni por un virus desconocido ni por un fallo mecánico o un error humano. La suerte que corrieron fue el resultado de una política de Estado deliberada, decidida por gobiernos que una y otra vez

rechazaron cualquier alternativa a la violencia no solo con la simple aquiescencia, sino también con el apoyo activo de millones de sus súbditos. Los hombres de la época de ambos bandos aborrecieron aquella matanza, pero sintiéndose a la vez incapaces de desvincularse de ella, involucrados en una tragedia en el sentido clásico de conflicto entre lo que es justo y lo que también es justo.

Cuando se desencadenó la guerra en un continente pacífico, pareció que se hubiera producido un salto atrás a lo primitivo, un resurgimiento atávico de violencia interétnica. Pero lo cierto es que el conflicto tenía por protagonistas a las sociedades más ricas y tecnológicamente avanzadas de la época, transformadas por la industrialización, la democratización y la globalización tras la última campaña con la que pueda ser comparado, a saber, las guerras napoleónicas de hacía un siglo. Se convirtió en el prototipo de un nuevo modelo de conflicto armado. Los cuatro años de guerra fueron testigos de una revolución militar más que notable, en la que ambos bandos buscaron afanosamente —y al final descubrieron— la forma más efectiva de utilizar armas modernas. Sobre todo tras el fracaso de los planes preconcebidos, la gente de la época fue perfectamente consciente de lo insólito de aquella guerra y de la falta de precedentes históricos. Muchos sintieron que sus políticos y sus generales estaban perdiendo la razón. Pero la guerra no estalló —ni se prolongó— de manera fortuita o por la fatalidad, y es un error presentarla como un sacrificio totémico de los niños de Europa que los que ostentaban el poder fueron incapaces de impedir. Aunque ningún gobierno controlara el conjunto del sistema internacional, lo cierto es que todos podían elegir entre la guerra y la paz. Como diría Carl von Clausewitz, un alto oficial del ejército prusiano y uno de los más célebres historiadores y teóricos de la ciencia militar, reflexionando sobre la época napoleónica, la guerra encierra un impulso inherente

hacia una destructividad cada vez mayor y paradójicamente, sin embargo, es también un acto político, el fruto de un cúmulo de emociones intensas y de razones y voluntades[2].

El conflicto de 1914-1918 supuso una agitación de proporciones descomunales, y la literatura que ha generado es igualmente colosal. Durante los últimos años han aparecido importantes reinterpretaciones y estudios de este suceso histórico —síntoma de que aún es un tema apasionante—, pero la profusión de investigaciones y de obras especializadas sigue teniendo mayor peso. Ciertos debates, aparentemente resueltos e incluso osificados, han vuelto a abrirse, y determinados acontecimientos que parecían familiares han recuperado su frescura y su novedad. Así pues, cualquier intento de escribir una historia general se enfrenta a un dilema: decidir qué incluir y qué obviar. En esencia, la guerra es trauma y sufrimiento, pues conlleva la captura, la mutilación y el asesinato de seres humanos, con la consiguiente destrucción de sus propiedades, por muchos que sean los eufemismos con los que cualquier lengua intente enmascarar su verdadero significado. Además, implica un proceso recíproco característico, una competición en crueldad que puede acabar convirtiendo al hombre más pacífico en un asesino consumado y también en una víctima[3]. Citando de nuevo a Clausewitz, «la guerra constituye, por tanto, un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad»[4]. En las páginas siguientes he tratado de no olvidar esa esencia, así como de hacerme eco del impacto abrumador que tuvo el conflicto en la vida de las personas, impacto que otros autores han sabido recoger de manera conmovedora[5]. Sin embargo, mi intención ha sido presentar la guerra como un conjunto, por lo que he hecho hincapié en los procesos y las decisiones de fondo que sirvieron para equipar con armas devastadoras a millones de hombres, para hacer que se enfrentaran unos contra otros en combates mortales y para

mantenerlos durante años en unas condiciones atroces. Las cuatro partes en las que se divide el presente libro abordan las siguientes cuestiones: ¿Por qué estalló la violencia? ¿A qué se debió su escalada? ¿Cómo acabó? ¿Cuál fue la naturaleza de su impacto? Especialmente en la segunda cuestión he optado por abordar de manera temática el análisis de la dinámica subyacente del conflicto, pero intentando respetar el modelo más generalizado de presentación cronológica de los hechos. Los hombres y las mujeres de la época hicieron historia sin una percepción retrospectiva, y es esencial exponer el desarrollo de los diversos acontecimientos para transmitir el impresionante drama que supuso esa historia y comenzar a entenderla.

Como otros autores, escribo sobre todos estos asuntos en parte porque mi familia se vio directamente implicada en ellos. Mi abuelo, John Howard Davies, se enroló en noviembre de 1914 y sirvió en los Reales Fusileros Galeses y en los Guardias de la Frontera del Sur de Gales. En 1916 cayó herido por un disparo cerca de Neuve Chapelle, y en 1917 por el impacto de metralla cerca de Ypres. Era un hombre de carácter flemático, pero sesenta años después, con esa claridad para evocar el pasado que acompaña a la edad, el recuerdo del Frente Occidental seguía vivo en su mente un día antes de su muerte. Enid Lea, con la que se prometió antes de partir para la guerra, y con la que contrajo matrimonio cuando el conflicto terminó, era menos reticente: la guerra fue «horrorosa… horrorosa». Mi padre, Edward Stevenson, que sirvió en la Segunda Guerra Mundial, despertó mi interés por la Gran Guerra cuando me regaló, a los catorce años, un ejemplar del libro de Alan John Percivale Taylor, *The First World War: an Illustrated History*. Aunque en las siguientes páginas del presente volumen he matizado diversas interpretaciones de Taylor, sigo enormemente en deuda con él, así como con la magnífica producción televisiva de la BBC, *The Great War*, que recientemente ha

vuelto a ser emitida. Pero es innegable que una síntesis como esta se basa en el trabajo de muchos historiadores, a menudo de extraordinaria calidad. He limitado adrede el número de notas en cada uno de los capítulos, pero con ellas quiero reconocer las deudas contraídas que sería inapropiado pormenorizar una por una en estas páginas, y guiar de paso a los más curiosos en su búsqueda de otras lecturas.

Por otro lado, quiero expresar mi agradecimiento a los siguientes centros e instituciones: el Service Historique de l'Armée de Vincennes, el Bundesarchiv-Militärarchiv de Friburgo de Brisgovia, el Liddle Hart Centre for Military Archives del King's College de Londres, la Liddell Collection de la biblioteca de la Universidad de Leeds, a la biblioteca de la Universidad de Birmingham, sección de manuscritos, al Churchill College Archive Centre, a la Public Record Office (que en la actualidad recibe el nombre de The National Archives) y al Imperial War Museum. También deseo dar las gracias a los estudiantes que han seguido mi curso sobre «La Gran Guerra, 1914-1918» en la London School of Economics and Political Science, y a mis colegas del Departamento de Historia Internacional, especialmente al doctor Truman Anderson y al profesor MacGregor Knox. Asimismo, estoy en deuda con el profesor Roy Bridge, que leyó minuciosamente las últimas pruebas del manuscrito en busca de errores, y con Christine Collins, que con tanto esmero se ha encargado de la edición. Vaya también mi agradecimiento a Simon Winder, de Penguin Books, que me encargó esta obra y que nunca dejó de manifestar su entusiasmo, y sus críticas constructivas, durante su preparación, y a Chip Rossetti, de Basic Books, por repasar cuidadosamente el texto y por sus útiles comentarios. También quiero dar las gracias a Richard Duguid y a Chloe Campbell, de Penguin, por el apoyo prestado. Por último, quiero agradecer especialmente a los miembros de mi familia su inestimable

paciencia, sobre todo a mi esposa, Sue, que ha sabido soportar durante largo tiempo todo el proceso de elaboración de este libro. Espero que todos los que de una manera u otra me han ayudado puedan compartir conmigo la satisfacción por la publicación final de estas páginas. Y ni que decir tiene que siempre seré yo el único responsable de cualquier error que aparezca en ellas.

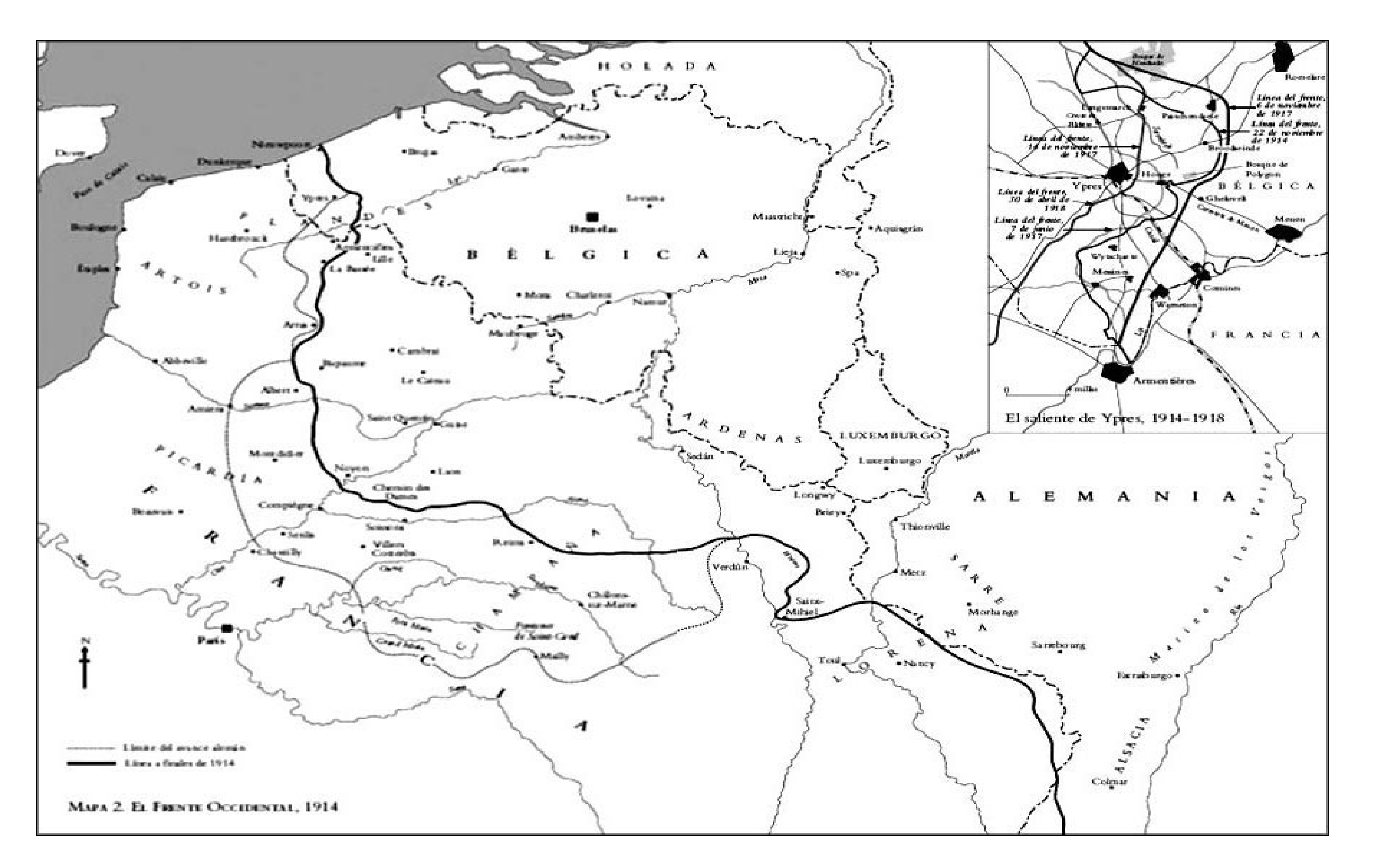
DAVID STEVENSON

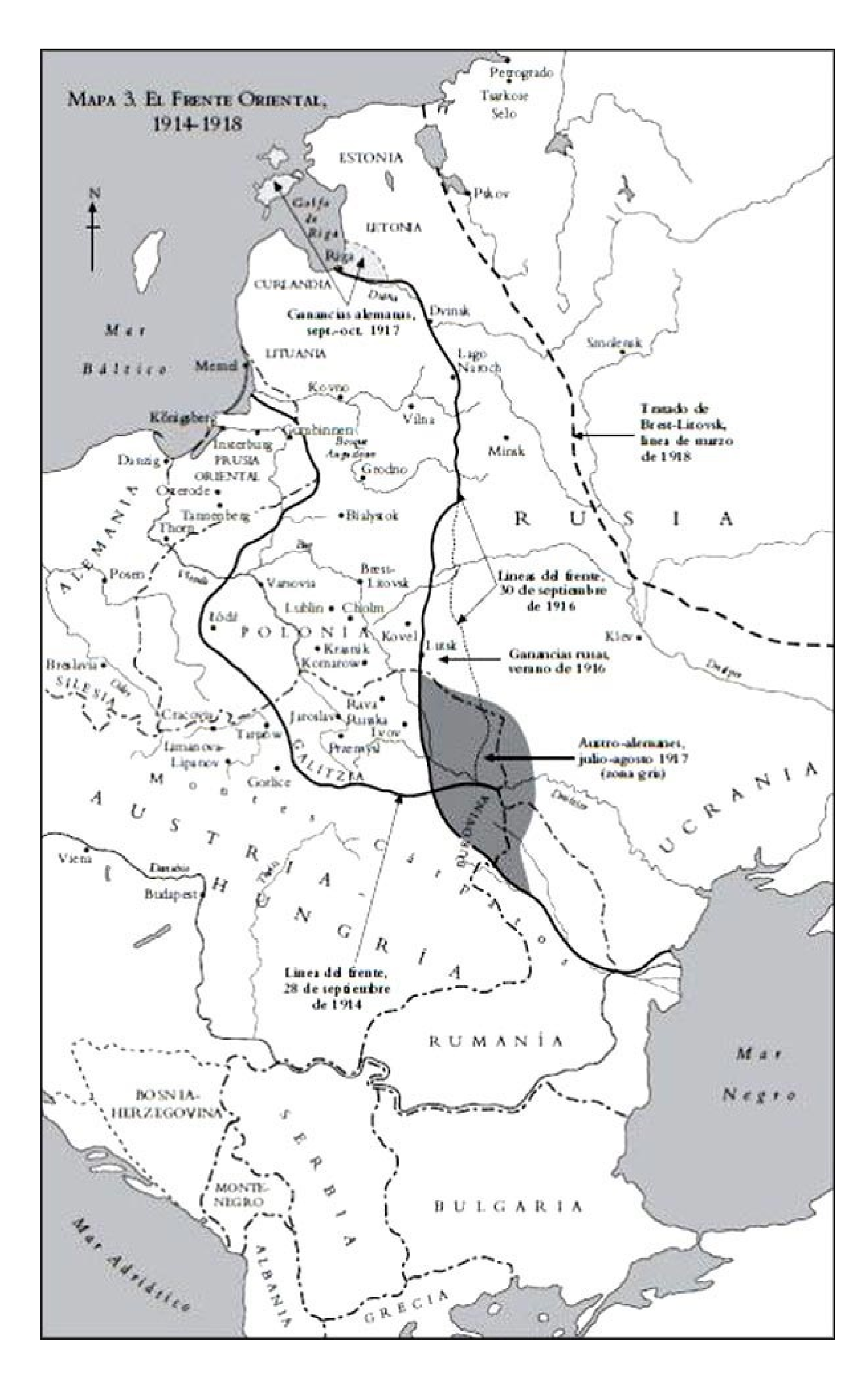
Agosto de 2003

Mapas



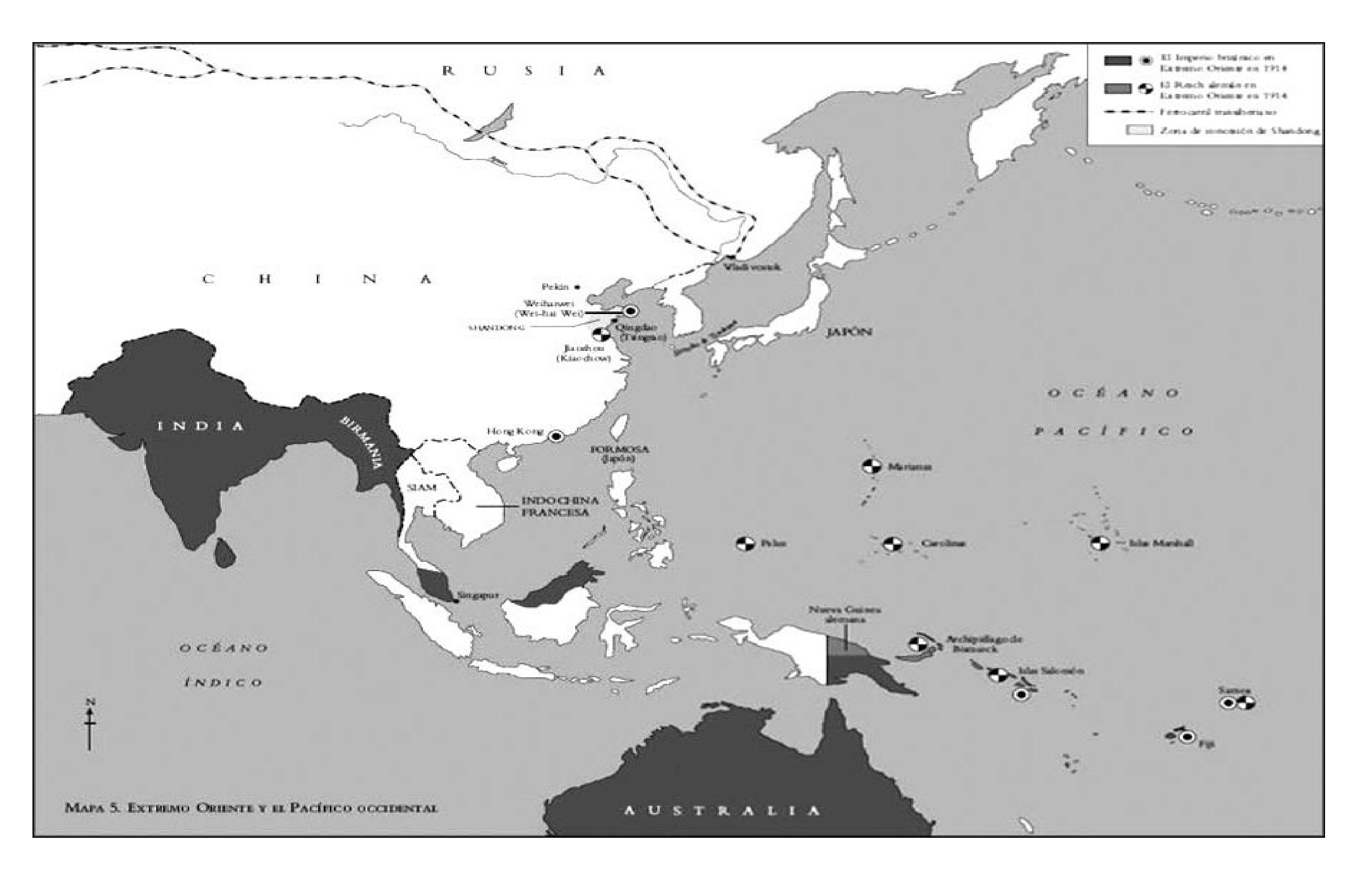
MAPA 1. EUROPA EN 1914
Fronteras internacionales, 1914
N
OCÉANO ATLÁNTICO
GRAN BRETAÑA
Dublín
Londres
Canal de la Mancha
Mar del Norte
NORUEGA
SUECIA
Estocolmo
FINLANDIA
San Petersburgo
DINAMARCA
Copenhague
Mar Báltico
ESTONIA
LIVONIA
LETONIA
CURLANDIA
LITUANIA
PRUSIA ORIENTAL
Tannenberg
RUSIA
Moscú
RUSIA BLANCA
UCRANIA
Kiev
Járkov
Odesa
CRIMEA
Sebastopol
Mar Negro
POLONIA
Varsovia
GALITZIA
La Haya
HOLANDA
Bruselas
BÉLGICA
LUXEMBURGO
ALEMANIA
Berlín
Potsdam
Posen
París
FRANCIA
Berna
SUIZA
Viena
Budapest
AUSTRIA-HUNGRÍA
RUMANÍA
Bucarest
BULGARIA
Sofía
SERBIA
Belgrado
BOSNIA
Sarajevo
HERZEGOVINA
MONTENEGRO
ALBANIA
GRECIA
Atenas
Mar Egeo
Constantinopla
IMPERIO OTOMANO
Mar Adriático
ITALIA
Roma
Madrid
ESPAÑA
PORTUGAL
Lisboa
Mar Mediterráneo
MARRUECOS ESPAÑOL
MARRUECOS (Francia)
ARGELIA (Francia)
TÚNEZ (Francia)
LIBIA (Italia)
EGIPTO (Gran Bretaña)
CHIPRE (Gran Bretaña)


HOLADA
BÉLGICA
FRANCIA
ALEMANIA
LUXEMBURGO
ARDENAS
FLANDES
ARTOIS
PICARDÍA
SARRE
LORENA
ALSACIA
Bruselas
Amberes
Gante
Brujas
Lovaina
Maastricht
Lieja
Aquisgrán
Spa
Namur
Charleroi
Maubeuge
Sedán
Luxemburgo
Longwy
Briey
Thionville
Metz
Verdún
Saint-Mihiel
Toul
Nancy
Morhange
Sarrebourg
Estrasburgo
Colmar
Ypres
Lille
La Bassée
Arras
Albert
Bapaume
Amiens
Abbeville
Cambrai
Le Cateau
Saint-Quentin
Laon
Noyon
Chemin des Dames
Compiègne
Soissons
Reims
Senlis
Chantilly
Villers Cotterêts
Montdidier
Beauvais
París
Châlons-sur-Marne
Mailly
Calais
Dunkerque
Boulogne
Étaples
Dover
Hazebrouck
Nieuport
El saliente de Ypres, 1914-1918
Línea del frente, 6 de noviembre de 1917
Línea del frente, 22 de noviembre de 1914
Línea del frente, 18 de noviembre de 1917
Línea del frente, 30 de abril de 1918
Línea del frente, 7 de junio de 1917
Bosque de Polygon
Wytschaete
Messines
Comines
Menen
Armentières
Límite del avance alemán
Línea a finales de 1914
Mapa 2. El Frente Occidental, 1914

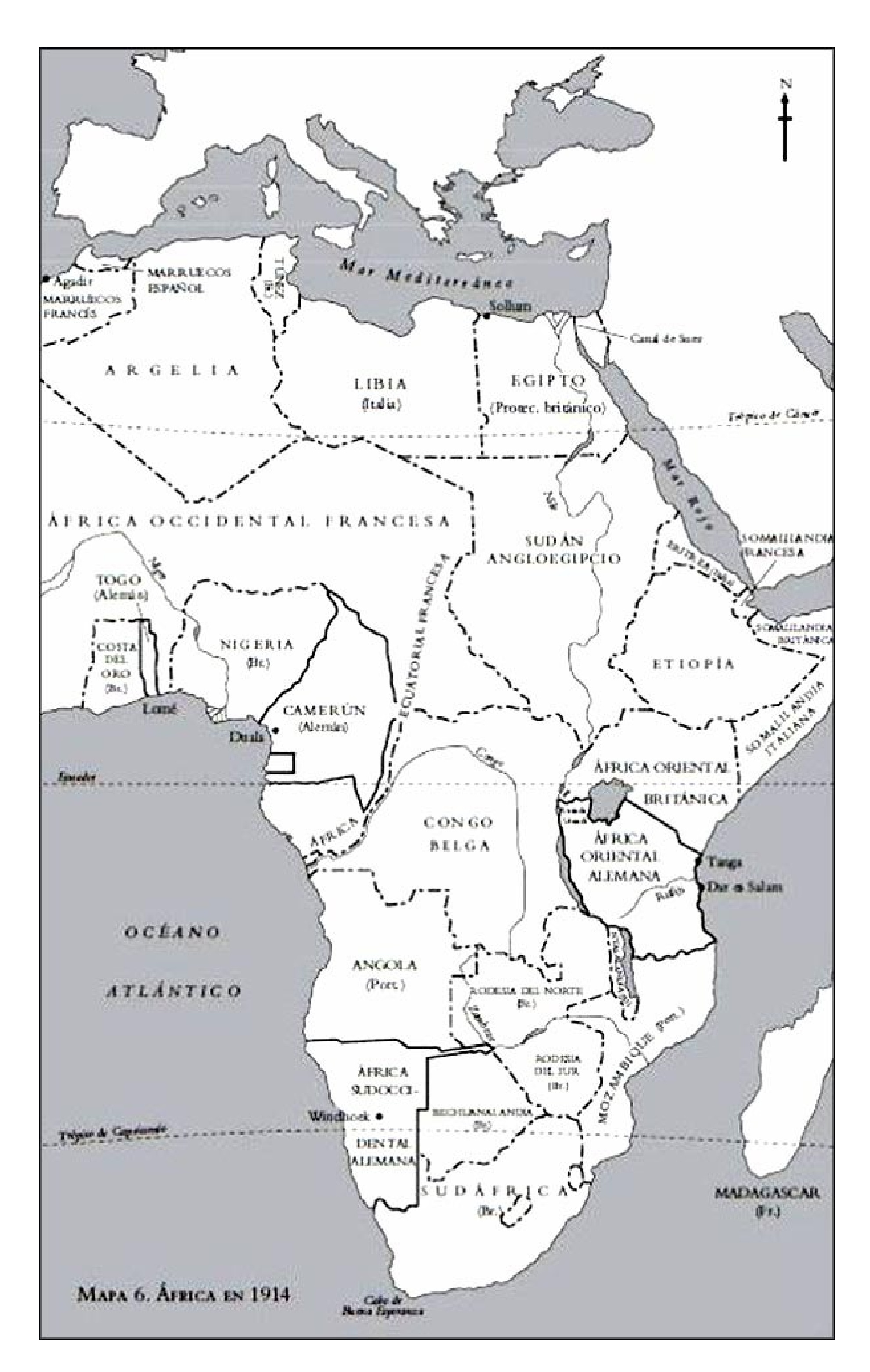

MAPA 3. EL FRENTE ORIENTAL, 1914-1918
Petrogrado
Tsarkoie Selo
ESTONIA
Pskov
LETONIA
Riga
CURLANDIA
Ganancias alemanas, sept.-oct. 1917
Dvinsk
Mar Báltico
LITUANIA
Memel
Kovno
Vilna
Königsberg
Gumbinnen
Insterburg
PRUSIA ORIENTAL
Danzig
Grodno
Minsk
Smolensk
Tratado de Brest-Litovsk, línea de marzo de 1918
Osterode
Tannenberg
Thorn
Bialystok
R U S I A
ALEMANIA
Posen
Varsovia
Brest-Litovsk
Líneas del frente, 30 de septiembre de 1916
Lublin
Chelm
Lódz
P O L O N I A
Kovel
Lutsk
Kiev
Krasnik
Komarow
Ganancias rusas, verano de 1916
Breslavia
SILESIA
Cracovia
Jaroslav
Rava Ruska
Lvov
Tarnow
Przemysl
Austro-alemanes, julio-agosto 1917 (zona gris)
Limanova-Lipanov
GALITZIA
Gorlice
BUKOVINA
U C R A N I A
A U S T R I A - H U N G R Í A
Viena
Budapest
Líneas del frente, 28 de septiembre de 1914
RUMANÍA
Mar Negro
BOSNIA-HERZEGOVINA
SERBIA
MONTE-NEGRO
BULGARIA
ALBANIA
Mar Adriático
GRECIA



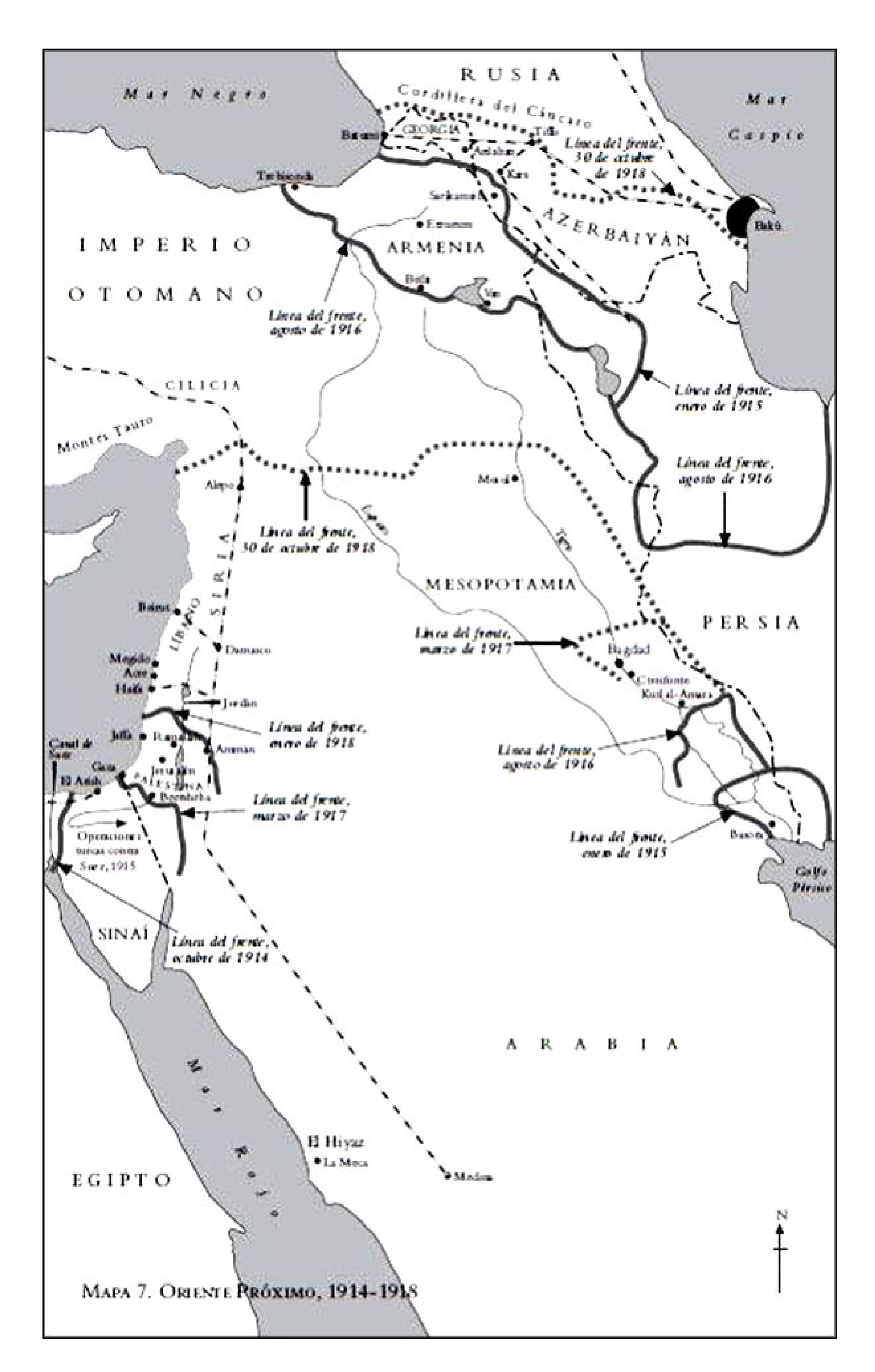
Mapa 4. Los Balcanes y los estrechos turcos
N
RUSIA
AUSTRIA-HUNGRÍA
TRANSILVANIA
RUMANÍA
BULGARIA
SERBIA
CROACIA
BOSNIA-HERZEGOVINA
MONTENEGRO
ALBANIA
KOSOVO
MACEDONIA
GRECIA
ITALIA
IMPERIO OTOMANO
BESARABIA
DOBRUDJA
Viena
Budapest
Temesvár
Belgrado
Sarajevo
Nish
Sofía
Cetinje
Monastir
Valona
Salónica
Corfú
Atenas
Bucarest
Ploesti
Constanza
Odesa
Jassy
Bósforo
Constantinopla
Mar de Mármara
Izmir (Esmirna)
Mar Adriático
Estrecho de Otranto
Mar Negro
Mar Egeo
Mar Mediterráneo
Danubio
Save
Los Dardanelos 1915
Máxima ocupación aliada, agosto de 1915
GALLÍPOLI
Mar Egeo
ANZAC
Chanak
Krithia
Línea del frente de Salónica en noviembre de 1916
Línea del frente de Salónica a finales de septiembre de 1918



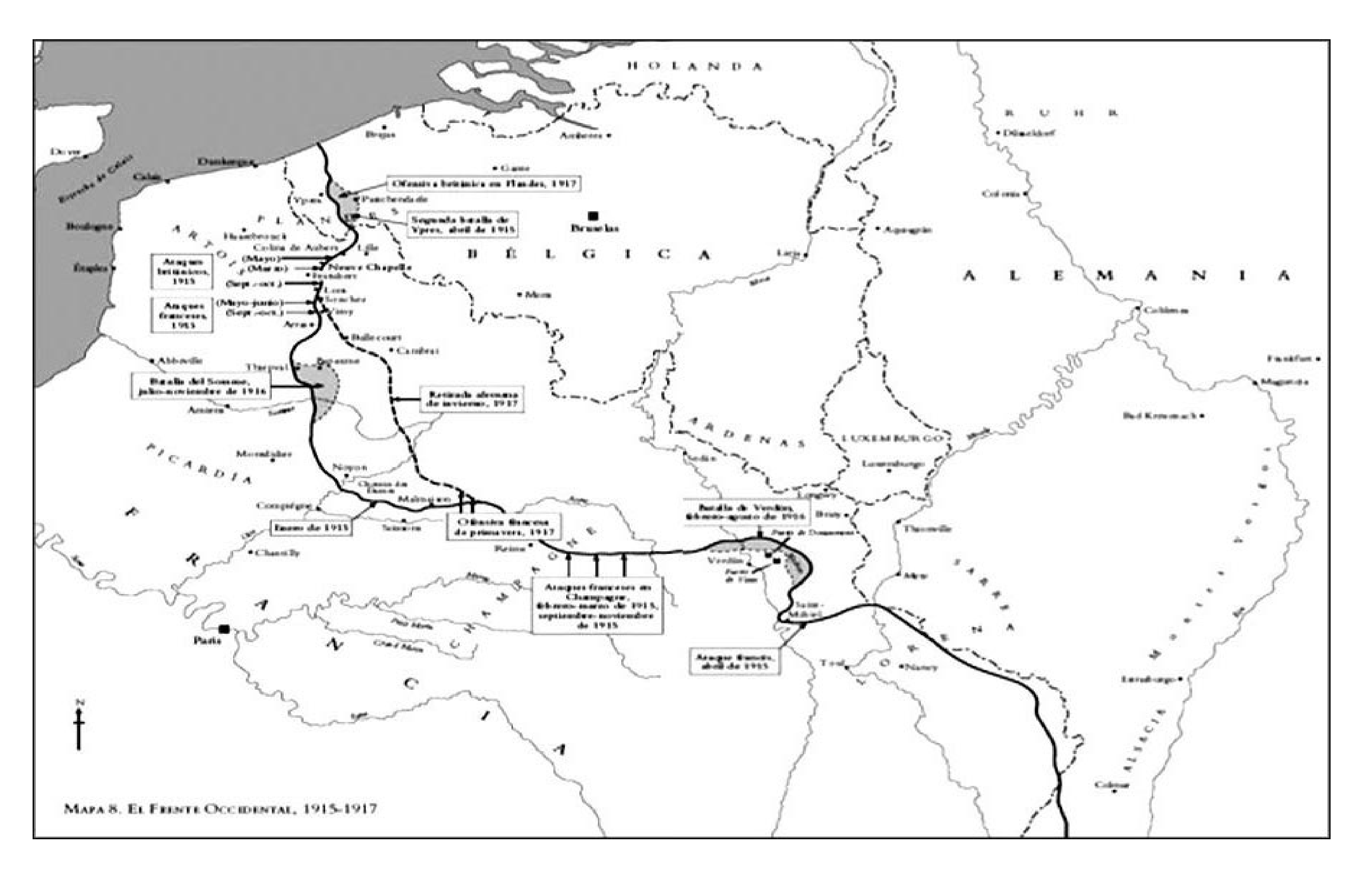
Mapa 5. Extremo Oriente y el Pacífico occidental



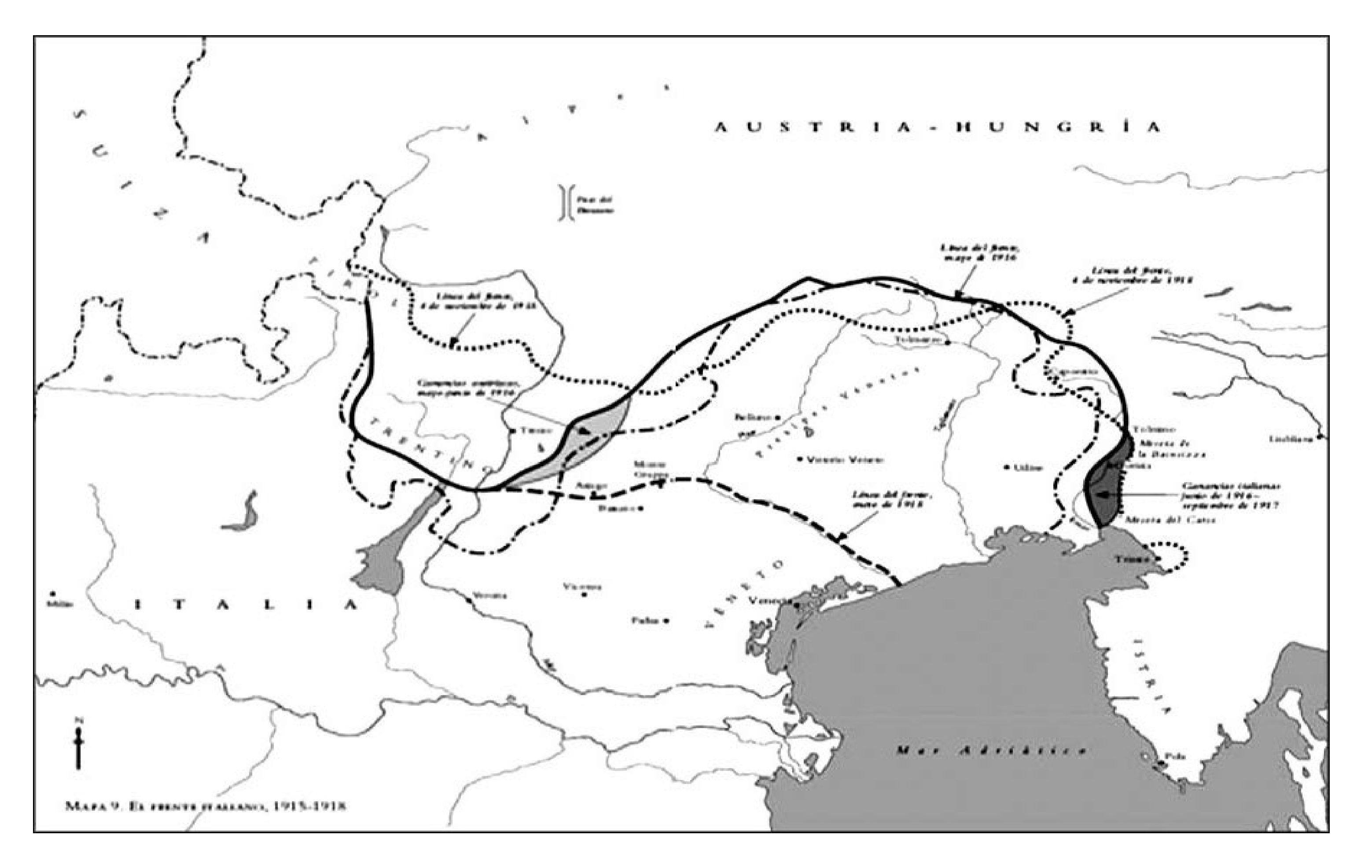
Mapa 6. África en 1914



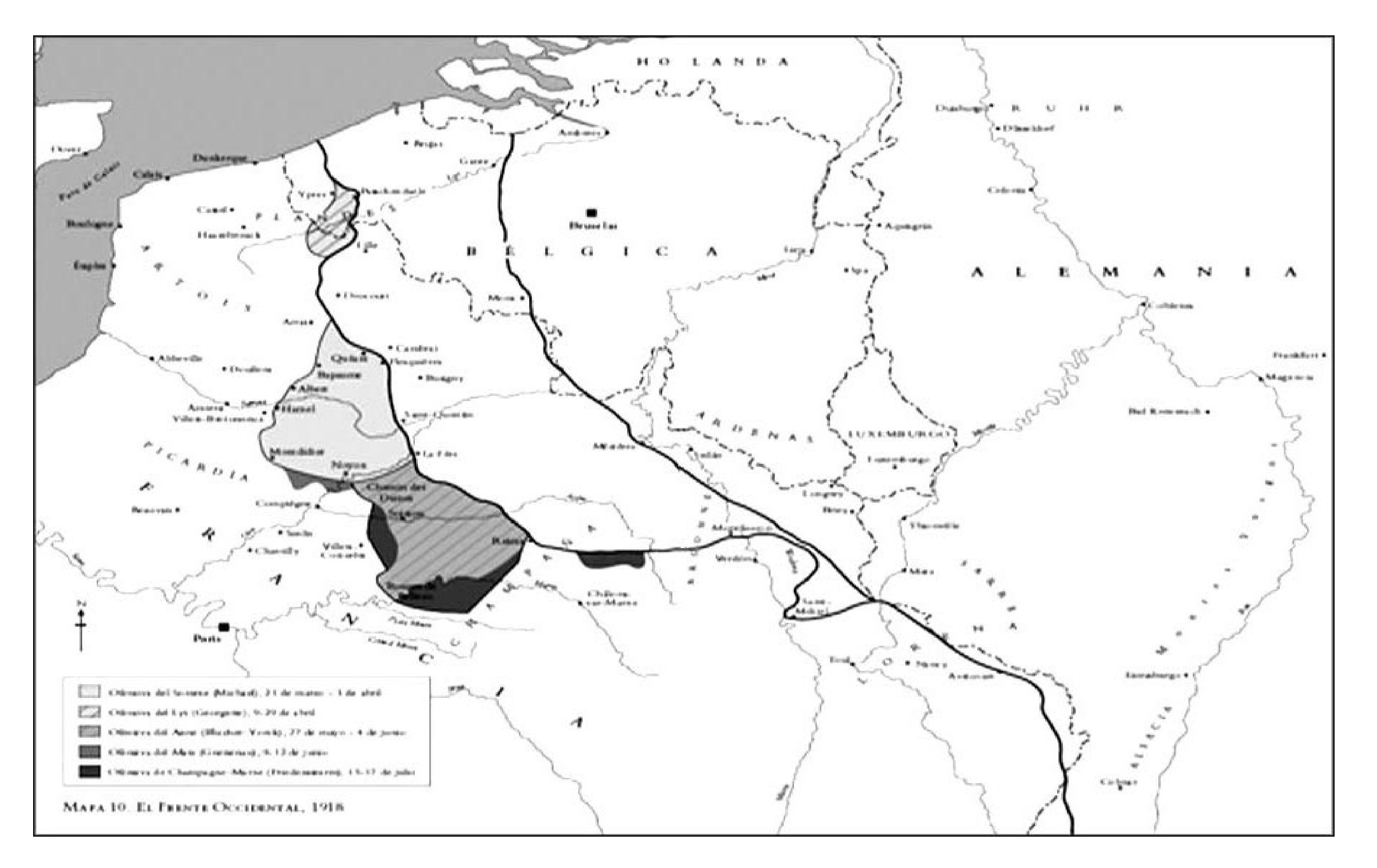
Mapa 7. Oriente Próximo, 1914-1918



MAPA 8. EL FRENTE OCCIDENTAL, 1915-1917



MAPA 9. EL FRENTE ITALIANO, 1915-1918



MAPA 10. EL FRENTE OCCIDENTAL, 1918



MAPA 11. LAS POTENCIAS CENTRALES EN SU CENIT, 1918
N
OCÉANO ATLÁNTICO
GRAN BRETAÑA
Mar del Norte
NORUEGA
SUECIA
DINAMARCA
FINLANDIA
ESTONIA
LETONIA
CURLANDIA
LITUANIA
Mar Báltico
PRUSIA ORIENTAL
HOLANDA
BÉLGICA
IMPERIO ALEMÁN
POLONIA
GALITZIA
RUSIA
UCRANIA
CRIMEA
FRANCIA
SUIZA
AUSTRIA HUNGRÍA
RUMANÍA
BOSNIA
SERBIA
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
Mar Egeo
Mar Negro
Mar Caspio
CÁUCASO
ARMENIA
IMPERIO OTOMANO
ITALIA
Mar Adriático
SICILIA
CRETA
ESPAÑA
PORTUGAL
Mar Mediterráneo
MARRUECOS (Francia)
ARGELIA (Francia)
TÚNEZ (Francia)
LIBIA (Italia)
EGIPTO (Gran Bretaña)
El Cairo
ARABIA



Mapa 12. El mar del Norte
N
Islas Shetland
Islas Orcadas
Scapa Flow
Barrera de minas
en el norte, 1918
NORUEGA
Cristianía
SUECIA
Skagerrak
ESCOCIA
Rosyth
Batalla de
Jutlandia,
1916
DINAMARCA
Dogger Bank
Batalla del
Dogger Bank,
1915
Copenhague
Hartlepool
Whitby
Scarborough
Mar
del
Norte
Batalla de
Helgoland
Bight, 1914
Canal
de Kiel
Kiel
Lübeck
Liverpool
Wilhelmshaven
Bremen
Hamburgo
Jade
GALES
INGLATERRA
HOLANDA
Harwich
Bristol
La Haya
Amsterdam
Londres
Zeebrugge
Dover
Ostende
Amberes
Portland
Bruselas
Canal de la Mancha
BÉLGICA
LUXEMBURGO
ALEMANIA
París
FRANCIA
AUSTRIA
SUIZA



Mapa 13. El acuerdo de paz en Europa

Primera Parte

ESTALLA LA GUERRA

1

La destrucción de la paz

En la actualidad viajar por casi toda Europa occidental supone cruzar un paisaje marcado por la prosperidad y la paz. Entre las zonas comerciales, las autopistas y los grandes bloques de viviendas construidos a partir de 1950, se encuentran las fábricas, los ferrocarriles y las casas de vecindad de la industrialización decimonónica, y en medio de todo ello perviven algunas reliquias de un mundo más antiguo hecho de iglesias, casitas rústicas y palacios: un mundo desaparecido hace ya mucho tiempo. Al contemplar ese paisaje, el viajero podría concebir la historia de Europa, sin que nadie pudiera reprocharle nada, como una amplia y tranquila carretera hacia el desarrollo económico y la integración supranacional de la actualidad. Y, sin embargo, entre las oleadas de expansión y prosperidad del siglo XIX y de las últimas décadas del XX el continente sufrió treinta años de ruina y de empobrecimiento, de estancamiento industrial y cataclismo político. Las huellas de esa época también han quedado grabadas en el escenario actual, aunque distinguirlas requiere un examen más atento. La impronta dejada en la generación que la vivió no se borraría en toda su vida. Supuso dos grandes contiendas separadas por veinte años, aunque a medida que se alejan de nosotros parecen mezclarse como si fueran episodios de un único conflicto, que empezó con la guerra de 1914-1918.

La Primera Guerra Mundial se convirtió en una lucha global

que se originó en Europa. Acabó con un siglo entero de paz. Desde la derrota de la Revolución francesa y de Napoleón en 1792-1815 —el conflicto denominado hasta ese momento en inglés «the Great War» (la Gran Guerra)—[1] no había habido ningún enfrentamiento general en el que participaran todas las grandes potencias. Los gobiernos y la población de Europa estaban acostumbrados a las posibles guerras imaginarias plasmadas en los proyectos de los forjadores de planes militares y en la popularísima literatura de carácter futurista que proliferó en las décadas anteriores a 1914. Ni unos ni otros estaban mejor preparados para hacer frente a la realidad de lo que lo estaríamos nosotros en caso de que se produjera un ataque nuclear[2]. Pero las convenciones y los rituales de la guerra eran elementos familiares de la vida europea, y la memoria de contiendas anteriores formaba parte integrante de su cultura. Hasta el siglo XVIII, Europa había conocido pocos años en los que alguna de sus grandes potencias no estuviera involucrada en algún conflicto. Solo entonces surgió el modelo actual de largas décadas de paz interrumpidas periódicamente por guerras de carácter más total. La paz —incluso en el sentido más simple de ausencia de matanzas— era un fenómeno moderno, y Europa no había conocido nunca nada comparable a la gran paz que llegó a su fin en 1914[3].

Sin embargo, esa paz era frágil. A mediados del siglo XIX se produjeron cinco conflictos armados de alcance más limitado: la guerra de Crimea de 1854-1856, la guerra de Italia de 1859, la guerra de las Siete Semanas de 1866, la guerra franco-prusiana de 1870-1871, y la guerra ruso-turca de 1877-1878. La guerra de Crimea se cobró 400 000 vidas humanas, y en la franco-prusiana se llevaron a cabo batallas campales en el corazón de Europa occidental, así como el asedio y el bombardeo de París durante seis meses, que produjo la muerte de miles de civiles. Las guerras que se desarrollaron fuera de Europa fueron incluso

más cruentas. La guerra de Secesión norteamericana de 1861-1865 causó 600 000 muertos y en China fueron millones los que murieron en el curso de la rebelión de los Taiping de 1850-1864. Además, durante los años anteriores a 1914 varias potencias europeas se enzarzaron en guerras importantes fuera del viejo continente: Gran Bretaña contra los bóers de Sudáfrica en 1899-1902, Rusia contra Japón en 1904-1905, e Italia contra los turcos en Libia en 1911-1912. Los países balcánicos lucharon primero contra Turquía y luego unos con otros en el curso de las guerras de los Balcanes de 1912-1913. Pero la falta de guerras no excluía el peligro de que se desencadenara alguna, como sabían perfectamente los lectores de los periódicos. Las décadas anteriores a la guerra se vieron salpimentadas con crisis diplomáticas cada vez que las potencias chocaban por lo que consideraban que eran sus intereses vitales y los hombres de Estado discutían si debían conformarse con soluciones de compromiso o combatir[4]. A veces las crisis no eran más que incidentes aislados; otras se producían en rápida sucesión como parte de la intensificación general de las tensiones internacionales. Así fue en la década de 1880 y luego de nuevo entre 1905 y 1914.

Solo las grandes potencias pueden hacer grandes guerras, y seis estados europeos se reconocían unos a otros como tales: Gran Bretaña, Francia, Rusia, Austria-Hungría (imperio dividido a partir de 1867 en dos mitades, Austria y Hungría, que compartían un mismo soberano), Italia (creada bajo la hegemonía del Piamonte en 1861), y Alemania (forjada bajo el dominio de Prusia en 1871). Aunque desiguales por su influencia política y su poderío militar, todas ellas (al menos sobre el papel) eran más fuertes que cualquiera de sus vecinas. Todas eran fruto de la violencia y todas estaban dispuestas a utilizarla. Esa predisposición acabó siendo el talón de Aquiles de la brillante, aunque deficiente civilización moldeada durante los

siglos de primacía de Europa. Bien es verdad que tras la derrota de Napoleón sus enemigos victoriosos habían acordado en las reuniones cumbre celebradas regularmente fomentar el consenso entre ellos. Pero el sistema se vino abajo al cabo de una década, y a comienzos del siglo XX sus restos —lo que habitualmente se llama el «Concierto de Europa»— eran casi irreconocibles. El concierto no tenía reglas escritas ni instituciones permanentes. Consistía en un acuerdo entre las grandes potencias para que cualquiera de ellas en momentos de crisis pudiera proponer la celebración de una conferencia de representantes. Su canto del cisne fue la Conferencia de Londres de 1912-1913, que se reunió para discutir las guerras de los Balcanes. Pero en 1914, aunque Gran Bretaña propuso celebrar un congreso, Austria-Hungría y Alemania rechazaron la invitación. El sistema falló a consecuencia de la presión —y no era la primera vez—, lo que vino más si cabe a poner de relieve su debilidad. El concierto podía funcionar solo cuando las potencias estaban de acuerdo en que funcionara; era un mecanismo muy conveniente para salvar la cara, pero poco más. Europa carecía de instituciones políticas comunes (y fuera de Europa no existía siquiera nada equivalente al concierto), y poseía solo un marco rudimentario de derecho internacional. Los movimientos progresistas, especialmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, instaban a las potencias a resolver sus desacuerdos mediante el arbitraje y a humanizar el combate mediante un marco de leyes. Pero aunque la Conferencia de Paz de La Haya de 1899 estableció un tribunal internacional de arbitraje, los gobiernos recurrían a él solo cuando les convenía, lo que sucedía raras veces[5]. Análogamente, aunque en 1914 se había desarrollado un conjunto de convenciones ratificadas internacionalmente para proteger a los combatientes y a la población civil durante las hostilidades[6], cuando estalló la guerra nadie hizo caso de estas normas.

Así pues, la organización internacional no hacía mucho por

reprimir a las potencias. En este sentido, el sistema europeo podría parecer una reliquia anacrónica de tiempos pretéritos. Pero el dilatado período de paz había sido testigo de enormes cambios que —según suponían los comentaristas más optimistas— iban a hacer que la guerra fuera cada vez más improbable. El progreso tecnológico y económico había estimulado lo que hoy día llamaríamos globalización y democratización. Había hecho también que la guerra fuera muchísimo más destructiva, lo que potencialmente reforzaba la disuasión. Pero aunque todas estas novedades pudieran influir en las circunstancias y las condiciones en las que los gobiernos decidieran recurrir a la fuerza, ninguna de ellas impedía que así lo hicieran.

El período anterior a 1914 fue una época de globalización cuyos niveles de interdependencia económica no se repetirían hasta mucho después de que acabara la Segunda Guerra Mundial. La Europa noroccidental fue el epicentro de este fenómeno, basado en la revolución de las comunicaciones de la época victoriana —el ferrocarril, el telégrafo y el barco de vapor—, así como en el crecimiento masivo de la producción agrícola y manufacturera. En 1913 las exportaciones suponían entre una quinta y una cuarta parte de la producción nacional de Gran Bretaña, Francia y Alemania. La inversión extranjera mundial —más de las tres cuartas partes de la cual procedía de Europa— casi se dobló entre 1900 y 1914, aunque eso sí, mientras que los países continentales exportaban bienes y capitales de unos a otros, el comercio y la inversión de Gran Bretaña se situaba principalmente fuera de Europa[7]. Esos mismos años fueron testigos de una oleada de emigración, que abrió nuevas fronteras agrícolas desde la Pampa hasta las montañas Rocosas y el interior de Australia, y que situó a Europa en el centro de una cadena mundial de interconexiones económicas[8]. En la década anterior a 1914, todos los países europeos habían pasado a formar parte de un ciclo económico intercontinental que se

extendía hasta el otro lado del Atlántico[9]. Francia, Alemania y los Países Bajos participaron en la creación de un complejo interdependiente de industrias pesadas en la cuenca del Rin, unido por diversas empresas multinacionales, trabajadores emigrados (polacos en el Ruhr, italianos en Lorena) y el tráfico internacional del carbón y del acero[10].

El incremento de la interdependencia económica quizá favoreciera la cooperación de las potencias, pero en realidad su impacto fue limitado[11]. Los gobiernos firmaron convenciones internacionales en materia de correos, telégrafos y radio y armonizaron los horarios de los ferrocarriles transfronterizos, pero su contribución más importante a la nueva economía consistió en no ponerle obstáculos. La recesión industrial y las importaciones de grano estadounidense hicieron aumentar los aranceles aduaneros a partir de la década de 1870, pero poco antes de que estallara la Primera Guerra Mundial esos aranceles eran más bajos de lo que volverían a ser varias décadas después. Desde la década de 1890, las potencias europeas (junto con Estados Unidos y Japón) estaban ligadas por una unión monetaria *de facto*, el patrón oro internacional[12], en virtud de cuyas reglas no escritas sus monedas podían convertirse libremente una en otra y en oro a un precio fijo. Pero, además, este sistema fue establecido por una serie de decisiones individuales más que por acuerdos multilaterales de obligado cumplimiento. Para mantenerlo bastaban acciones conjuntas *ad hoc* llevadas a cabo ocasionalmente por los bancos centrales. La economía mundial abierta, al igual que el Concierto de Europa, se basaba en una cooperación organizada mínima, y en 1914 perecieron juntos. Contrariamente al análisis que hacía un libro publicado antes de la guerra, *La grande ilusión*, de Norman Angell, que llegó a ser todo un superventas, la interdependencia financiera no hacía que la ruptura de las hostilidades fuera impensables, y el desarrollo de un mercado internacional de

deuda facilitaría en realidad la financiación de la guerra[13]. En Londres el Almirantazgo calculaba que la guerra económica haría más daño a Alemania que a Gran Bretaña, y en Berlín el Estado Mayor del Ejército esperaba que Alemania siguiera comerciando con el extranjero mientras aplastaba a sus enemigos continentales.

La globalización antes de 1914 no era solo económica. También era cultural y política, y la expansión imperial sería su manifestación más notable. El imperialismo proyectó en todo el mundo las rivalidades de Europa. Entre 1800 y 1914, la proporción de la superficie del planeta ocupada por los europeos, ya fuera en colonias o en antiguas colonias, se situaba entre el 35 y el 84,4 por ciento[14]. Si Gran Bretaña entraba en una guerra continental, sus colonias —incluidos los dominios autónomos— se verían envueltas en ella automáticamente. La expansión europea también afectaba al resto de los estados independientes. Tras el reparto de África en la década de 1880, a comienzos del nuevo siglo daba la impresión de que China estaba destinada a correr la misma suerte y, al igual que el Imperio otomano y Persia, ya había sido dividida de manera informal en esferas de influencia. A decir verdad, había dos estados extraeuropeos que asimismo habían adquirido atributos de grandes potencias. Estados Unidos derrotó a España en 1898, echándola de Cuba y de las Filipinas. Y Japón derrotó a Rusia en 1904-1905. Pero ninguno de estos dos países tenía demasiado peso en los proyectos estratégicos europeos. La economía de Japón seguía estando atrasada y sus fuerzas armadas eran eficaces, pero estaban demasiado lejos. La economía estadounidense era ya la más fuerte del mundo, y su marina era grande y moderna, si bien se esperaba que Washington permaneciera neutral en un conflicto europeo, y su ejército era muy pequeño. Si los estados europeos se enfrentaban, al parecer no habría potencia exterior lo bastante

fuerte para obligarlas a ponerse de acuerdo.

El desarrollo económico transformó también la política interior europea. Enfrentadas al vertiginoso crecimiento de las ciudades, a una burguesía y a una clase obrera cada vez más seguras de sí mismas, una tras otra, las monarquías de los distintos países habían concedido parlamentos elegidos democráticamente y libertades civiles para conseguir una anuencia más activa de sus súbditos. En Gran Bretaña la Ley de Reforma de 1832 intentó unir a la clase media al amparo de la Constitución; en el Reich alemán creado en 1871 la monarquía prusiana llevaba una coexistencia bastante incómoda con un Reichstag (o Cámara Baja del Parlamento), cuyos miembros eran votados por todos los varones del país; incluso en Rusia, el zar había aceptado desde 1905 una asamblea elegida democráticamente. En 1914 los varones adultos de toda Europa tenían en general libertad para formar sindicatos, grupos de presión y partidos políticos, aunque bajo supervisión de la policía. En la mayoría de los países había medios de comunicación, lo que significaba fundamentalmente prensa escrita, sin censura. Los periódicos, conectados con los acontecimientos de todo el mundo a través del telégrafo y de las agencias de noticias y repartidos a través del ferrocarril y de los barcos de vapor a precios accesibles, eran el principal canal de comunicación y de información. Las cifras lo reflejaban con claridad: una ciudad avanzada como Berlín tenía más de cincuenta periódicos, y en el pequeño y empobrecido Reino de Serbia había veinticuatro diarios[15]. La guerra y la política exterior eran tema de acalorados debates[16].

Desde la desintegración del bloque soviético a comienzos de la década de 1990, los analistas políticos occidentales triunfalistas han insistido en que las democracias nunca lucharon entre sí[17]. Esta tesis era ya moneda corriente entre los liberales antes de 1914. Pero en realidad la democratización no

logró erradicar los conflictos armados. Ello se debió en parte a que el proceso fue incompleto. La III República francesa, establecida en 1870, probablemente había sido la Constitución más progresista de Europa, pero incluso en ella el control parlamentario de la diplomacia y de la planificación militar fue escaso. En Austria-Hungría, en Alemania y en Rusia, las dinastías reinantes, los Habsburgo, los Hohenzollern y los Romanov, ejercían un amplio poder discrecional en materia de asuntos exteriores. Además, si la opinión pública ejercía alguna influencia, no era desde luego de corte pacifista. En la mayoría de los países occidentales había partidos socialistas que (junto con los progresistas de clase media) se oponían a la guerra salvo en caso de autodefensa. Los partidos de centro y de derechas, sin embargo, normalmente exigían firmeza a la hora de afirmar los intereses nacionales, y la mayoría de los periódicos y una multitud de grupos de presión los apoyaban. En 1914 la mayoría de los políticos y de las autoridades militares reconocían que una guerra de gran envergadura necesitaba el apoyo de la opinión pública, pero ni la globalización ni la democratización hacían impensable la ruptura de las hostilidades.

La tercera consecuencia de la industrialización moderna fue la transformación de la tecnología militar. Y lo hizo principalmente en dos fases. La primera se centró en la propulsión a vapor. A partir de la década de 1840, los barcos de guerra cambiaron las velas por el vapor (los cascos de madera por los de acero), y el ferrocarril empezó a transportar y a aprovisionar unos ejércitos mucho más numerosos. Después de la guerra franco-prusiana, durante la cual las levas alemanas trasladadas por tren superaron numéricamente y se impusieron a los regulares franceses, los grandes ejércitos de reclutas y la intensificación de la construcción de vías ferroviarias se convirtieron en la norma. La segunda fase de la transformación se centró en la potencia de fuego. A finales del siglo XIX, los

explosivos químicos de gran potencia hicieron que la pólvora resultara obsoleta. Las armas de retrocarga (a diferencia de las de avancarga) de ánima rayada (esto es, provistas de estrías helicoidales en el hueco del cañón para hacer girar el proyectil sobre sí mismo) disparaban más lejos, más deprisa y con mejor puntería. Las armadas equiparon sus buques de vapor con telescopios y cañones de tiro rápido que disparaban bombas de alto poder explosivo. A comienzos del siglo XX pudieron combatir por primera vez en alta mar, lejos de la costa, y a una distancia de hasta cinco millas[18]. Pero en 1905 la batalla de Tsushima, en la que la artillería japonesa aniquiló a la armada rusa, no sería ningún portento del futuro, pues otra serie de innovaciones —los torpedos, las minas y los submarinos— harían que los buques de guerra resultaran más vulnerables y fueran más reacios a buscar el enfrentamiento. Por tierra, una revolución equivalente en materia de potencia de fuego aumentó de modo parecido la capacidad destructiva de los ejércitos a cambio de su libertad de maniobra. Los mosquetes fueron sustituidos por las carabinas de retrocarga, que los soldados de infantería podían accionar estando cuerpo a tierra y —cuando las recámaras y la pólvora sin humo se hicieron habituales— disparar repetidamente sin revelar su posición. El desarrollo a partir de la década de 1880 de la ametralladora Maxim, capaz de disparar seiscientas balas por minuto, multiplicó todavía más la potencia de fuego defensivo. Desde la década de 1890, los ejércitos introdujeron el cañón de campaña de fuego rápido, provisto de un pistón hidráulico que frenaba el retroceso de la culata. Disparaba hasta veinte bombas de explosivo de alta potencia por minuto sin necesidad de volver a posicionarse. Pero el cañón de campaña era tan útil para la defensa como para el ataque, aumentando los estragos causados por las ametralladoras y los fusiles, mientras que la artillería pesada moderna capaz de volar por los aires a los defensores se

desarrolló con mucha más lentitud. Los cambios introducidos en la tecnología de la marina y de los ejércitos de tierra iban en contra de los conflictos breves, baratos y decisivos.

Estas innovaciones deberían de haber estabilizado el equilibrio de poder haciendo que el uso de la fuerza pareciera menos atractivo. Pero en la práctica no fue así[19]. Los líderes europeos estaban familiarizados con la idea de que los preparativos militares podían desaconsejar llevar a cabo una ofensiva: después de 1870, los alemanes creyeron durante muchos años que su ejército era lo bastante fuerte para conseguir ese efecto. Sin embargo, todavía no se había convertido en un lugar común la idea de que la ruptura de las hostilidades podía llegar a ser tan destructiva que nadie saldría ganando con ella. De hecho, el banquero ruso Iván Bloch insinuaba algo parecido en su libro *La guerra futura*, que fue muy leído. Pronosticaba una matanza prolongada y ruinosa en la que la defensa era más poderosa que el ataque y que provocaba un caos social y económico[20]. No obstante, la mayoría de los ejércitos europeos sacaron de sus observaciones de la guerra ruso-japonesa la conclusión de que la infantería podía capturar trincheras protegidas con alambre de espino y ametralladoras, siempre y cuando su moral resistiera[21]. Los estados mayores de los ejércitos comprendían que una guerra europea sería extremadamente sangrienta y que no era probable que fuera breve, pero ocultaron sus temores a sus dirigentes políticos[22]. Cuando aconsejaban en contra de correr un riesgo, era porque veían pocas oportunidades de salir victoriosos, no porque pensaran que los cambios tecnológicos habían hecho de la guerra algo obsoleto. Si los dos bandos creían que la guerra era necesaria y uno y otro pensaba que podían ganarla, las medidas disuasorias fracasarían. Los nuevos factores que suponían la globalización, la participación popular, la industrialización y el armamento científico harían el conflicto

tanto más devastador.

Los grandes bloques de alianzas eran fundamentales para los cálculos de las medidas disuasorias y de la ventaja estratégica. Las asociaciones básicas eran la alianza austro-alemana, firmada en 1879, y la franco-rusa, negociada entre 1891 y 1894. Se trataba de alianzas defensivas, e iban dirigidas en principio contra Rusia y Alemania respectivamente. Desde 1882 Italia se había unido de forma bastante vaga con el primer bloque y desde 1907 Gran Bretaña se había asociado en términos todavía más vagos con el segundo. Estas alineaciones a largo plazo en tiempos de paz eran una novedad en la política europea, tanto en el bloque occidental como en el oriental. De hecho, durante muchos años tales tratados fomentaron el temor mutuo, pues aunque sus términos eran secretos, su existencia no lo era. Sin embargo, también podían suponer que cualquier choque entre dos potencias desencadenara un enfrentamiento de las dos coaliciones, y se basaban en los supuestos de otro fenómeno nuevo de la época: la planificación estratégica institucionalizada. Una vez más, las guerras de la unificación de Alemania de 1866 y 1870 fueron las que marcaron la pauta. Aparentemente habían sido un triunfo no solo de la tecnología, sino también de la superioridad de la preparación del Estado Mayor prusiano al mando de Helmuth von Moltke el Viejo, que estuvo al frente de él durante toda una generación. En el futuro, las fuerzas armadas serían todavía mayores y más complejas, y controlarlas y coordinarlas supondría un reto aún mayor. Por consiguiente, las otras potencias imitaron más o menos el modelo prusiano, que comportaba la creación de un conjunto de oficiales de élite seleccionados mediante un examen muy competitivo. Algunos oficiales del Estado Mayor serían asignados a jefes de división o de cuerpo para asegurarse de que sus decisiones reflejaban una filosofía estandarizada. Otros rotaban en el Estado Mayor, en el que estudiaban historia militar, simulaban ejercicios de campaña

mediante ejercicios militares, maniobras y estudios de campo (*staff rides*), formulaban doctrinas tácticas y elaboraban planes. La planificación requería información acerca de los enemigos potenciales y su acopio (buena parte de la cual era revisada luego por oficiales del Estado Mayor destinados en el extranjero como agregados militares) se convirtió en una rutina. Preparados como medidas de emergencia más que como actividades pensadas necesariamente para ser aplicadas, los planes estratégicos habrían podido convertirse en curiosidades históricas como los contraplanes de bombardeos nucleares a uno y otro lado del Elba durante la guerra fría. Pero la idea que se ocultaba tras ellos era que, si las medidas disuasorias fracasaban, era perfectamente adecuado ponerlos en práctica. Y, de hecho, entre 1905 y 1914 las bases de la disuasión se vinieron abajo a medida que las dos grandes alianzas fueron acercándose cada vez más a la igualdad militar, al tiempo que la competitividad armamentista entre ellas se intensificaba y aumentaba el antagonismo político, alimentado por una serie de crisis diplomáticas a uno y otro lado del Mediterráneo y en los Balcanes. Aunque ningún bando consideraba la guerra inevitable, los dos estaban cada vez más dispuestos a contemplar la posibilidad. En 1914 Austria-Hungría se sentía rodeada y en peligro en el sudeste de Europa, y Alemania tenía la misma sensación respecto al equilibrio europeo en general. Los conflictos regionales y la tensión general existente en Europa llegaron a su punto culminante al mismo tiempo.

La chispa la hizo saltar un acto terrorista perpetrado en el convulso centro de Europa[23]. El 28 de junio de 1914, en Sarajevo, capital de Bosnia, provincia del Imperio austrohúngaro, un serbobosnio de diecinueve años, Gavrilo Princip, disparó contra el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austríaco, y contra su esposa, la duquesa de Hohenberg, causándoles la muerte. Francisco Fernando era un

hombre poco atractivo, autoritario, colérico y xenófobo, pero estaba entregado en cuerpo y alma a la duquesa, con la que se había casado contra la voluntad del emperador Francisco José, pues su linaje aristocrático no estaba a la altura de las exigencias de los Habsburgo. Su visita a Sarajevo y las maniobras anuales del ejército iban a constituir una rara ocasión en la que la ilustre dama pudiera aparecer en público con él. Pero este acto de galantería suponía exponerse al desastre. Fecha cargada de simbolismo, el 28 de junio era el aniversario de la batalla de Kosovo de 1389, que fue una verdadera catástrofe para el reino medieval de Serbia y tras la cual un serbio había asesinado al sultán turco[24]. A pesar de la existencia de un movimiento terrorista cuyo objetivo eran los oficiales de los Habsburgo, las medidas de seguridad tomadas con motivo de la visita de Estado fueron bastante laxas. El propio día fatídico, pese al atentado con bomba perpetrado contra el cortejo de automóviles por otro miembro del grupo de Princip, el archiduque siguió adelante con su desfile, efectuando un cambio imprevisto de itinerario para consolar a un herido. De ese modo llevó su vehículo directamente hasta Princip, que no desperdició la ocasión.

Estos detalles tienen importancia porque aunque en el verano de 1914 la tensión internacional era máxima, el estallido de una guerra general no era algo inevitable y, de no haberse desencadenado una, puede que no hubiera habido ninguna. Fue la respuesta de la monarquía de los Habsburgo lo que provocó la crisis. Al principio dio la impresión de que todo lo que se hizo fue ordenar una investigación. Pero los austríacos obtuvieron en secreto de Alemania una promesa de apoyo a unas medidas drásticas de represalia. El 23 de julio presentaron un ultimátum a su vecino, el Reino de Serbia. Princip y sus compañeros eran bosnios (y, por lo tanto, súbditos de los Habsburgo), pero el ultimátum alegaba que habían concebido su plan en Belgrado, que oficiales y funcionarios serbios les habían proporcionado las

armas y que las autoridades aduaneras serbias los habían ayudado a cruzar la frontera. Exigía a Serbia denunciar todas las actividades separatistas, prohibir las publicaciones y organizaciones hostiles a la monarquía de los Habsburgo, y cooperar con las autoridades austrohúngaras en la eliminación de la subversión y la realización de una investigación judicial. La respuesta del gobierno de Belgrado, entregada cuando estaba a punto de expirar el plazo de cuarenta y ocho horas exigido, aceptaba casi todas las demandas de Viena, pero solo admitía la participación austríaca en una investigación judicial si dicha investigación se sometía a la Constitución serbia y al derecho internacional. Las autoridades austríacas se agarraron a ese pretexto para romper inmediatamente sus relaciones con el país vecino y el 28 de julio le declaró la guerra[25]. El ultimátum impresionó a la mayoría de los gobiernos europeos por lo draconiano de sus términos, aunque si la complicidad de Serbia era en realidad tal como se decía en él, el contenido del documento era, a juicio de muchos, moderado. Pero el brevísimo plazo concedido descubría la jugada, lo mismo que el perentorio rechazo de la respuesta de Belgrado. La única finalidad del ultimátum era empezar un enfrentamiento y la hábil respuesta de Belgrado vino a reforzar la impresión de que era el gobierno de Viena, y no el serbio, el culpable de la provocación. ¿Hasta qué punto eran exactas las acusaciones y por qué los austrohúngaros se comprometieron a adoptar una actitud tan imperiosa?

Los motivos de queja de los austríacos estaban en buena parte justificados[26]. Aunque el movimiento terrorista bosnio había surgido en el propio país, gozaba del respaldo de Serbia. Después de siglos de dominación de los turcos otomanos, Bosnia y el territorio vecino de Herzegovina habían sido traspasados a la administración austríaca en 1878. Bosnia constituía la frontera colonial de Austria-Hungría, un territorio

salvaje y montañoso al que dotó de carreteras, escuelas y un Parlamento que no duró mucho tiempo. Por otra parte, muchos serbobosnios, que constituían el 42,5 por ciento de la población (otro 22,9 por ciento de ella eran croatas y el 32,2 por ciento restante eran musulmanes) rechazaban la dominación de los Habsburgo[27]. En 1908-1909, pese a las vehementes protestas de Serbia y una larga crisis internacional, el Imperio austrohúngaro se anexionó las dos provincias. Tras la crisis, Serbia prometió no permitir que se llevaran actividades subversivas en su territorio. No obstante, organizaciones propagandísticas como la Narodna Odbrana (o «Defensa del Pueblo») continuaron apoyando a los serbios que vivían fuera de Serbia, lo mismo que la prensa de Belgrado, y que la Mano Negra («Unión o Muerte»), fundada en 1911, organización secreta empeñada en unificar a todos los serbios por medio de la violencia. Los asesinos de Sarajevo pertenecían a un grupo llamado Joven Bosnia, compuesto en buena parte por estudiantes. Deseaban acabar con la autoridad de los Habsburgo y unificar a todos los eslavos meridionales (incluidos los estados independientes de Serbia y Montenegro, así como a los serbios, croatas y eslovenos existentes dentro de Austria-Hungría) en una nueva Federación Yugoslava. El ultimátum austríaco acusaba a la Narodna Odbrana de haberlos ayudado, pero el verdadero culpable era la Mano Negra, cuyo jefe, el coronel Dragutin Dimitrijevic, o Apis, era el jefe de la inteligencia militar serbia[28].

La Mano Negra había proporcionado a Princip y a su grupo pistolas y bombas, los había adiestrado y los había ayudado a cruzar la frontera, y los austríacos tenían razón en sostener que habían participado en la trama oficiales y funcionarios serbios, aunque parece que ni el gabinete serbio ni su primer ministro, Nikola Pasic, habían tenido nada que ver. Pasic era enemigo político de Apis, al que su gobierno juzgó y ejecutó

posteriormente. El primer ministro recibió el soplo de que unos hombres armados habían cruzado la frontera, pero envió a los austríacos solo un aviso ambiguo; y su gobierno tampoco condenó los asesinatos[29]. En realidad, el ejército y el servicio de inteligencia de Serbia estaban fuera de control. Los militares serbios estaban polarizados entre los partidarios y los adversarios de los conspiradores (uno de cuyos cabecillas era Apis) que habían asesinado al anterior monarca y habían sentado en el trono al rey Pedro Karageorgevic a raíz del golpe de Estado de 1903. En 1914 Pasic intentó reconstruir la autoridad civil, apoyado por el príncipe heredero Alejandro, que fue nombrado regente de Pedro el 11 de junio. Sin embargo, ninguna de las facciones serbias creía que aquel fuera el momento oportuno para la guerra. Serbia estaba recuperándose todavía de las guerras de los Balcanes, que habían doblado su territorio y habían hecho que su población pasara de los 2,9 a los 4,4 millones de habitantes, pero habían supuesto también la incorporación de muchos albaneses, entre los cuales los serbios estaban llevando a cabo una limpieza étnica brutal[30]. El ejército no tenía fusiles y el tesoro estaba vacío. Pero mientras que Pasic deseaba tiempo para rearmarse, Apis temía un ataque preventivo de los austríacos y suponía erróneamente que Francisco Fernando dirigía en su país el partido favorable a la guerra. En realidad, el archiduque era el mayor defensor de la moderación.

Los testimonios serbios confirman que Austria-Hungría tenía buenos motivos para plantear unas exigencias rigurosas. Pero demuestran también que el gobierno de Belgrado estaba ansioso por encontrar una salida pacífica de la crisis, mientras que los austríacos pretendían utilizarla como pretexto para recurrir a la violencia. El Consejo de Ministros conjunto de Austria-Hungría decidió el 7 de julio que el ultimátum debía ser tan riguroso que «el rechazo fuera casi seguro, de modo que quedara expedito el camino a una solución radical por medio de

una acción militar». El 19 de julio acordó la división de Serbia con Bulgaria, Albania y Grecia, dejando solo un pequeño Estado residual bajo el dominio económico de los Habsburgo[31]. Pero anteriormente Viena había sido menos belicosa: el jefe del Estado Mayor, Franz Conrad von Hötzendorff, había presionado a favor de la guerra contra Serbia desde su nombramiento para el cargo en 1906, si bien sus llamamientos habían sido rechazados. El emperador Francisco José era un monarca cauto y con mucha experiencia que recordaba derrotas pasadas. Tanto él como sus consejeros optaron por la guerra solo porque creían que se enfrentaban a un problema intolerable para el que las soluciones pacíficas ya se habían agotado.

Austria-Hungría era un régimen bastante extraño según los parámetros actuales, un conglomerado de territorios diversos adquiridos por los Habsburgo a consecuencia de guerras y alianzas matrimoniales[32]. A diferencia de Serbia, era la antítesis del principio nacional, y tenía once grandes grupos étnicos. Era un régimen represivo moderado, pero no era una democracia pluralista al estilo suizo y sus líderes tampoco querían que lo fuera. Como las nuevas nacionalidades surgidas en toda Europa aspiraban a la autodeterminación, su destrucción parecía predestinada. Las dos nacionalidades más influyentes, la de lengua alemana y la de lengua magiar, constituían menos de la mitad del total de la población. Si las otras se separaban, habrían tenido pocos alicientes para permanecer juntas y lo más probable era que la monarquía dual se desintegrara. El Imperio austrohúngaro comprendía un mosaico de subsistemas políticos, unidos por la persona de Francisco José:

TABLA 1

Composición étnica del

Imperio austrohúngaro, 1910, millones

Alemanes	12,0
Magiares	10,1
Checos	6,6
Polacos	5,0
Rutenios	4,0
Croatas	3,2
Rumanos	2,9
Eslovacos	2,0
Serbios	2,0
Eslovenos	1,3
Italianos	0,7
Total	49,8[33]

[33]

El *Ausgleich*, o «Compromiso», alcanzado entre Francisco José y los magiares en 1867, estableció las reglas del juego. Francisco José era emperador de los territorios de Austria y rey de los de Hungría. Junto con sus consejeros dirigía la política exterior y el ejército y la armada comunes. Pero las dos mitades de la monarquía dual tenían parlamentos, gobiernos, presupuestos e incluso fuerzas armadas distintas (estas se denominaban la Landwehr en la mitad austríaca y la Honvéd en la húngara). Los dos primeros ministros (y los tres ministros comunes de Asuntos Exteriores, Guerra y Finanzas) se reunían en el Consejo de Ministros conjunto, y los representantes de los parlamentos deliberaban juntos (aunque no en la misma cámara) con el nombre de «Delegaciones». El Reichsrat (o Cámara Baja del Parlamento) de la mitad húngara era elegido por sufragio universal de los varones, pero en 1914 fue suspendido y el gobierno (presidido por el conde Karl Stürgkh) gobernó por decreto porque no logró formar una mayoría operativa. En la mitad húngara el gobierno (presidido por István Tisza) era más estable, pero también más autoritario. Dentro del Reino de Hungría los croatas tenían su propia asamblea aparte,

pero en 1912 fue suspendida cuando la alianza serbocroata alcanzó la mayoría, y en Budapest la cámara era elegida por un rígido sistema de voto que negaba la representación a cualquiera que no fuera magiar.

El sistema dual tenía graves consecuencias para la política exterior. El primer ministro húngaro tenía que ser consultado antes de tomar una decisión relacionada con la guerra. La represión llevada a cabo por los húngaros contra sus dos millones y medio de habitantes de lengua rumana de Transilvania los malquistó con el gobierno de Rumanía, que tradicionalmente era el único aliado fiable de Viena en los Balcanes. Además, los gobiernos de las dos mitades del imperio decidían las dimensiones y el presupuesto del ejército común, y eran muy ahorrativos[34]. Las presiones húngaras a favor de un mayor uso del magiar como lengua de mando provocaron una crisis constitucional en 1904-1906, y retrasaron la ley del ejército hasta 1912. Aquellas interminables paralizaciones generaban un fatalismo cada vez más peligroso. Muchos consejeros de Francisco José llegaron a ver la guerra como la última oportunidad de forzar que se llevara a cabo una reforma en el interior[35]. Pero en general los partidos políticos que representaban a las distintas nacionalidades no reclamaban la independencia, aunque querían más autogobierno e iguales derechos lingüísticos. El ejército común seguía siendo leal, lo mismo que la burocracia imperial. La monarquía dual había vivido con sus dilemas internos durante décadas, y en el pasado esos problemas habían parecido en ocasiones más desesperantes que en 1914.

El problema de los eslavos meridionales, sin embargo, resultaba particularmente inabordable, y podía sentar un precedente para otros pueblos sometidos. Los serbios, croatas y eslovenos empezaban a colaborar entre sí, como deseaban los entusiastas de Yugoslavia. En 1914 había dado comienzo en

Croacia y en Bosnia una campaña terrorista. Pero el rasgo más exasperante de la agitación era el apoyo que le daba Serbia, a partir del golpe de Estado de 1903 que instaló en el trono de Belgrado al rey Pedro. Anteriormente había habido un tratado secreto que concedía a Austria-Hungría derecho de veto en la política exterior serbia. Pero ahora Serbia se había vuelto más independiente y su actitud era más nacionalista. Durante la «guerra del cerdo» de 1906-1911 Austria-Hungría tomó represalias boicoteando las importaciones de ganado de Serbia, pero los serbios encontraron mercados alternativos y cambiaron Viena por París como principal proveedor de artillería. Del mismo modo, en 1908 pese a las esperanzas austríacas de que la anexión de Bosnia-Herzegovina lograra acabar con los sueños de unificación de los eslavos meridionales, continuó el apoyo clandestino serbio al separatismo bosnio. La siguiente sublevación se produjo en 1912-1913, cuando Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro derrotaron a Turquía en la primera guerra de los Balcanes antes de que Bulgaria atacara a sus antiguos aliados y fuera derrotada a su vez en el curso de la segunda guerra de los Balcanes. La presión austríaca limitó el éxito de los serbios obligándolos a evacuar la costa del Adriático (donde habían esperado tener acceso al mar) y patrocinando la creación de un nuevo Estado, Albania, para que hiciera de contrapeso. Además, las guerras de los Balcanes reforzaron la amenaza que se cernía sobre las fronteras del sudeste de Austria-Hungría. Turquía y Bulgaria quedaron debilitadas como potenciales aliados de Austria, y en el curso de la segunda guerra Rumanía combatió al lado de Serbia. Bucarest pasó de ser el socio secreto de Austria-Hungría a convertirse en un enemigo más, con la vista puesta en la población de lengua rumana de Transilvania. Por último, las guerras de los Balcanes hicieron que el nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Francisco José, Leopold Berchtold, llegara a la conclusión de que trabajar con las demás

potencias a través del Concierto de Europa no daba de sí gran cosa. Obtuvo algún resultado cuando en la primavera de 1913 amenazó con el empleo de la fuerza si Montenegro, aliado de Serbia, no entregaba a Albania la ciudad de Scutari, y de nuevo en el mes de octubre cuando exigió a Serbia que evacuara el territorio albanés. En aquellos momentos muchos líderes austrohúngaros compartían la opinión de Conrad de que solo la violencia podía resolver el problema serbio. Las principales excepciones eran Tisza y Francisco Fernando; y tras los asesinatos de Sarajevo solo Tisza.

Este contexto nos ayuda a explicar por qué los austríacos utilizaron los asesinatos para forzar una guerra que ya consideraban inevitable. La ofensa confirmó a Berchtold y a Francisco José en su apoyo a las tesis de Conrad. Convencieron también a Tisza con el pacto de que Austria-Hungría no se anexionaría a más eslavos meridionales, con que Rumanía permanecería neutral, y, sobre todo, con la noticia de que Alemania aplaudía la acción militar. Dada la posición de Rusia, este último hecho era indispensable. Austria-Hungría venía compitiendo desde hacía tiempo con los rusos en el sudeste de Europa, pero en 1897 las dos potencias llegaron a la entente de mantener los Balcanes «aparcados», y durante una década, mientras los rusos fijaban su atención en Asia, la respetaron. También en este sentido, sin embargo, la crisis de la anexión de Bosnia, pese al triunfo que supuso a corto plazo, vino a exacerbar a la larga la delicada situación de Austria-Hungría. En 1908 los rusos, todavía dolidos por su derrota frente a Japón, no pudieron hacer nada para apoyar a sus hermanos eslavos de Serbia, pero no olvidaron la humillación sufrida. En 1912, en cambio, contribuyeron a crear la Liga Balcánica serbobúlgara que atacó a Turquía en la primera guerra de los Balcanes, y movilizaron a miles de tropas con el fin de disuadir a los austrohúngaros por si se les ocurría intervenir. Aunque los rusos

insistieron a Serbia en que debía aceptar una solución de compromiso en las crisis de Scutari y Albania de 1913, era evidente que cada vez se mostraban más firmes. En 1914 casi todos los líderes austrohúngaros suponían que la guerra contra Serbia comportaría una guerra también contra Rusia, y sin el apoyo de Alemania no se habrían arriesgado a declararla. Y mientras los austríacos estaban tan absortos en los dilemas que tenían abiertos en los Balcanes que aceptaron una guerra general en Europa sin ni siquiera discutirla seriamente, los alemanes eran mucho más conscientes de lo que estaban haciendo. En último término es en Berlín donde debemos buscar la llave de la destrucción de la paz.

Antes de dar a conocer a Belgrado su ultimátum, los austríacos enviaron a Alemania al conde Hoyos, jefe del gabinete privado de Berchtold. Hoyos llevó consigo un memorando de Berchtold y una carta de Francisco José, documentos ambos que hablaban de la guerra con Serbia sin decirlo explícitamente. Pero cuando el káiser Guillermo II se reunió con Hoyos el 5 de julio, dijo que Austria-Hungría debía «invadir Serbia», con el respaldo de Alemania, aunque ello diera lugar a una guerra con Rusia. Al día siguiente, el canciller (jefe del gobierno) alemán, Theobald von Bethmann Hollweg, confirmó el mismo mensaje[36]. Después de darles estas seguridades secretas —llamadas habitualmente el «cheque en blanco»—, Guillermo se fue de crucero al Báltico, mientras Bethmann y su ministro de Asuntos Exteriores, Gottlieb von Jagow, instaban a los austríacos a que primero mandaran el ultimátum y luego declararan la guerra sin dilación, al tiempo que les aconsejaban que no hicieran caso de las propuestas británicas de remitir la crisis a una conferencia. Hasta el 28-29 de julio, cuando Austria-Hungría ya había declarado la guerra a Serbia, los alemanes no instaron a Viena a buscar una solución de compromiso. Pero una vez que quedó claro que Rusia

apoyaba a Serbia y que había empezado a hacer preparativos militares, los alemanes se lanzaron de cabeza, enviando ultimátums a los rusos y a sus aliados, los franceses, el 31 de julio y declarándoles la guerra el 1 y el 3 de agosto respectivamente. Al exigir al mismo tiempo a Bélgica que dejara pasar libremente a las tropas alemanas por su territorio, arrastraron al conflicto también a Gran Bretaña, que declaró la guerra a Alemania el 4 de agosto. Alemania quería una guerra local entre Austria-Hungría y Serbia, arriesgándose deliberadamente a emprender una guerra continental contra Francia y contra Rusia, y al final empezó efectivamente una.

La extraordinaria conducta de los líderes de Berlín durante la crisis de julio se convirtió en una cuestión fundamental de la guerra, al rechazar sus adversarios reinstaurar la paz mientras los autores de la agresión siguieran impunes. Sin embargo, las investigaciones históricas sobre la Alemania imperial no han demostrado que se tratara de un régimen comprometido, como el de Hitler, con unos planes premeditados de agresión y de conquista[37]. A diferencia de la República de Weimar después de 1918, la Alemania de Guillermo II no era ninguna paria internacional y tenía mucho interés en el *statu quo*. Durante la anterior serie de guerras había humillado a Austria y a Francia y había expandido su territorio; su economía era una de las que había experimentado el crecimiento más rápido de Europa. Otto von Bismarck, el primer canciller de la Alemania unida, reconocía que una nueva guerra no suponía ninguna ventaja, como no fuera impedir la recuperación de Francia después del desastre de 1870; pero los franceses reconstruyeron sus defensas y el momento de las acciones anticipadas ya había pasado. Moltke el Viejo, que se convirtió en el primer jefe del Estado Mayor Imperial, llegaba a dudar que pudiera ganarse una guerra contra Francia y Rusia[38]. En 1888, sin embargo, Moltke se retiró y en 1890, Guillermo II, que acababa de subir al trono,

destituyó a Bismarck; ningún canciller posterior tendría una autoridad comparable a la suya. En la década comprendida entre 1897 y 1908, Guillermo intervino a menudo en la elaboración de la política y ejerció siempre una influencia considerable en la diplomacia y en cuestiones militares y navales[39], aunque dicha influencia fue muy irregular. Guillermo era inteligente y tenía una mentalidad abierta, pero era también un hombre afectado y neurótico que pasó buena parte de su reinado practicando la vela y cazando, así que sus oficiales encontraron el modo de soslayar sus intromisiones. En cualquier caso, era la cara pública de Alemania. Aunque en los momentos de crisis mostró casi siempre cautela, daba la impresión de que su gobierno era agresivo y militarista (lo que desde luego era cierto). Su presencia durante más de un cuarto de siglo en el trono de un país tan poderoso minó gravemente la estabilidad de Europa.

No menos dañina que las fanfarronadas de Guillermo era su incapacidad de ejercer un liderazgo coherente en una sociedad y un sistema político fragmentados. A diferencia de Austria-Hungría, Alemania era étnicamente homogénea —las minorías polaca, danesa y alsaciana formaban solo alrededor del 10 por ciento de la población—, pero la conciencia nacional seguía estando muy poco desarrollada. El imperio carecía de himno nacional e incluso su bandera era usada muy pocas veces[40], y las divisiones religiosas, regionales y de clase eran profundas. Además, era una federación, y los estados que la componían seguían teniendo amplios poderes. Prusia era, con diferencia, el más grande —tenía votos suficientes para bloquear cualquier cambio constitucional, su rey era también el emperador de Alemania, y su primer ministro solía ser además el canciller imperial—, pero Baviera, Baden, Sajonia y Württemberg mantenían sus propios reinos, gobiernos y ejércitos. El gobierno imperial (o del Reich) podía recaudar solo impuestos indirectos, y se ocupaba principalmente de la diplomacia y las fuerzas

armadas. La estrategia del ejército era una cuestión de la que se encargaba el Estado Mayor General (Grosser Generalstab, GGS), que era independiente del canciller e informaba directamente al emperador, lo mismo que el Estado Mayor del Almirantazgo, su equivalente de la armada. Los nombramientos y los ascensos de las distintas armas del ejército eran tratados por los gabinetes militar y naval de la Casa de Su Majestad. En estas circunstancias armonizar la política exterior y militar resultaba especialmente difícil, y como el Reich carecía de un organismo de coordinación como el Comité de Defensa Imperial de Gran Bretaña (o el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos después de 1945), la responsabilidad recaía en Guillermo, que la ejerció con total incompetencia. Consecuencia de todo ello fue, entre otras cosas, la intromisión del ejército y la marina en la diplomacia, así como la costumbre de abordar los problemas políticos con soluciones técnicas simplistas que no hicieron más que empeorar las dificultades de Alemania[41].

El sistema no era representativo ni coherente. La mayoría de los alemanes podían votar para el Reichstag, pero la Cámara Alta del Parlamento Imperial, el Bundesrat, representaba a los gobiernos de los distintos estados, y en las elecciones a la Cámara Baja de Prusia (el Landtag) se utilizaba un sufragio «de tres clases» que daba ventaja a la clase acaudalada. Ni el canciller ni sus ministros eran diputados del Reichstag, ni siquiera eran políticos electos, y el propio Reichstag, a diferencia de la Cámara de los Comunes británica o la Asamblea Nacional francesa, no podía destituirlos. Sin embargo, necesitaban su aprobación para fijar los impuestos y para legislar, incluidas las leyes relacionadas con el reclutamiento del ejército y la construcción de buques de guerra. El Partido Conservador y el Liberal Nacional (con los que normalmente podía contar el gobierno) estaban perdiendo apoyo, sobre todo debido a la aparición del Partido Socialdemócrata (Sozialdemokratische

Partei Deutschlands, SPD), que en las elecciones de 1912 se convirtió en el más fuerte de Alemania. A pesar de su retórica anticapitalista, el SPD era mayoritariamente respetuoso de la ley y no revolucionario, pero sus líderes querían una mayor democracia, lo mismo que el Partido Progresista, de orientación liberal de izquierdas. El Partido de Centro, que representaba al tercio de la población alemana de religión católica, mantenía el equilibrio, pero se debatía entre las tendencias izquierdistas y las derechistas. Durante los años anteriores a 1914 se habló de sustituir la Constitución por otra más autoritaria, idea que atrajo al heredero de Guillermo, el Kronprinz. Cuando los equilibrismos en materia de política interior se hicieron todavía más difíciles, aumentó la tentación entre los gobernantes de Alemania de unificar el país mediante iniciativas de política exterior.

Bismarck había sentado un precedente: sus guerras de 1866 y 1870 habían tenido por objeto superar callejones sin salida en materia de política interior, como la adquisición de las colonias ultramarinas de Alemania. Lo mismo cabía decir del nuevo rumbo emprendido desde finales de la última década del siglo XIX, la llamada «política mundial» o *Weltpolitik*. La seguridad continental ya no bastaba, y Guillermo y sus consejeros afirmaron ostentosamente el derecho de Alemania a tener voz en el Imperio otomano (donde pretendía ser la protectora de los musulmanes), en China (donde arrendó el puerto de Jiaozhou), y en Sudáfrica (donde Guillermo respaldó a los bóers frente a los intentos de Gran Bretaña por controlarlos, enviando un telegrama de apoyo al presidente del Transvaal, Paul Kruger, en 1896). Sin embargo, la manifestación más importante de la *Weltpolitik* fueron las Leyes Navales de 1898 y 1900. Con la aprobación del Reichstag el ministro de Marina de Guillermo, Alfred von Tirpitz, empezó a construir una nueva flota de acorazados de corto alcance destinada a llevar a cabo acciones en

el mar del Norte. Guillermo II, Tirpitz y Bernhard von Bülow (canciller de 1900 a 1909) no pretendían combatir contra Gran Bretaña, sino más bien presionarla para obligarla a pactar y a hacer concesiones en una futura crisis. En el fondo, esperaban que el programa naval uniera a los partidos de derechas, a los distintos estados que integraban el imperio y a la clase media en apoyo de la autoridad de la monarquía[42].

El razonamiento era plausible a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando Gran Bretaña se hallaba enemistada con Rusia y con Francia y la bonanza económica había inflado los ingresos fiscales de tal modo que hacían factible la expansión naval. Pero el impacto final de la *Weltpolitik* sobre la seguridad externa y la estabilidad interna de Alemania —y por extensión sobre la paz en Europa— fue desastrosa. En lugar de intimidar a Londres, suscitó su antagonismo, y aisló a Alemania en vez de a Gran Bretaña. Los británicos trajeron a la zona buques de guerra que tenían en aguas más distantes y aceleraron la construcción de otros. El punto culminante se alcanzó después de 1906, cuando la Royal Navy botó el *Dreadnought*, un acorazado revolucionario provisto de motores de turbina y diez cañones de doce pulgadas (la norma hasta entonces era que estos barcos llevaran cuatro), que lo convertían en el navío más rápido y mejor armado del momento. Tirpitz decidió que Alemania debía seguir su ejemplo y con la nueva Ley Naval de 1908 se marcó el objetivo de construir cuatro acorazados o cruceros de batalla del nuevo tipo *dreadnought* al año. Alarmado durante el invierno de 1908-1909 por los temores de que los alemanes estuvieran acelerando en secreto el programa incluso por encima de esos objetivos, y espoleado por la agitación que fomentaba la oposición, el gobierno liberal de Londres decidió construir ocho nuevos *dreadnoughts* en un año, y seguir adelante decididamente con el proyecto. A partir de 1912, la construcción de barcos alemanes se redujo de cuatro a dos nuevos *dreadnoughts* al año y

los fondos se traspasaron al ejército de tierra[43]. En cuanto a la diplomacia, las negociaciones llevadas a cabo en 1898-1901 para alcanzar una alianza anglo-alemana fracasaron[44]. En cambio, los británicos solventaron sus disputas extraeuropeas mediante acuerdos con Francia (la Entente Cordial) en 1904 y con Rusia en 1907. En 1904-1905, los alemanes aprovecharon la derrota de Rusia en Extremo Oriente para buscar una alianza con Rusia y con Francia contra Gran Bretaña, pero Rusia rechazó el trato. Durante la primera crisis marroquí (la primera gran crisis diplomática antes de la guerra), que tuvo lugar en 1905-1906, los alemanes intentaron separar a Londres y París obstaculizando los esfuerzos de Francia por establecer el control de Marruecos, que Gran Bretaña estaba obligada a apoyar en virtud de la Entente Cordial. Los británicos se pusieron del lado de los franceses y los lazos entre ambos se fortalecieron. Después de 1907, Londres, París y San Petersburgo formaron una alineación diplomática (o Triple Entente, aunque a los británicos no les gustara la expresión) contra Alemania y Austria-Hungría, mientras que los alemanes ponían el grito en el cielo por aquel «cerco». Y en el interior, lejos de unir a las fuerzas conservadoras en apoyo del káiser, los gastos navales provocaron el déficit de los presupuestos del Reich y desencadenaron los enfrentamientos políticos por las subidas de impuestos, que dieron lugar a la dimisión de Von Bülow en 1909 y a su sustitución por Bethmann Hollweg. La herencia del nuevo canciller era poco halagüeña.

A comienzos del nuevo siglo, las circunstancias exteriores de Alemania habían sido relativamente favorables. Las tensiones internas del imperio alentaron la fatídica decisión de lanzar la *Weltpolitik*. Pero con Bethmann la situación internacional se volvió más amenazadora, siendo su rasgo fundamental el cerco al que se veía sometido su país. Alemania no se enfrentaba ya a un peligro potencial debido a las anexiones de las provincias

francesas de Alsacia-Lorena, llevadas a cabo en 1871. Ningún gobierno francés estaba dispuesto a renunciar a esos territorios definitivamente. Por otro lado, París no pondría en marcha una guerra de venganza mientras Alemania siguiera siendo militarmente más fuerte[45], y Bismarck impidió que cayera en la tentación manteniendo a Francia en cuarentena. Esa fue una de las razones de su alianza con Austria-Hungría en 1879, a la que se unió Italia en virtud de la Triple Alianza austro-germano-italiana de 1882. Durante la década de 1880, Bismarck mantuvo también los lazos con Rusia, pero sus sucesores no renovaron su Tratado de Reaseguro con el zar, que pasaría a gravitar en torno a una alianza con los franceses. Las consecuencias serían manejables mientras París y San Petersburgo fueran tan hostiles hacia Londres como hacia Berlín. Pero serían mucho más graves cuando Gran Bretaña resolvió sus diferencias con Francia y Rusia, mientras que en 1902 Italia y Francia acordaban que no irían a la guerra una contra otra prácticamente bajo ninguna circunstancia imaginable. Francia se había librado así del aislamiento y podía pensar en Rusia y en Gran Bretaña como posibles aliados. La diplomacia y la fortaleza financiera de Francia (particularmente los préstamos efectuados al gobierno ruso) contribuyeron a que cambiaran las tornas, pero los alemanes tuvieron también algo de culpa en todo esto. La década de 1907-1917 sería testigo de unos esfuerzos aún mayores por parte de Alemania de dividir a sus enemigos, revolviéndose en la red que se iba complicando cada vez más. Para empezar, Bethmann buscó la reconciliación. En 1910 acordó con los rusos la creación de zonas de influencia económica en Turquía y Persia, pero los franceses contestaron estrechando los lazos militares con San Petersburgo y en 1911 arrancó a los rusos la promesa secreta de atacar a Alemania a los quince días en caso de guerra. Bethmann intentó también entablar negociaciones con Gran Bretaña, cuyo lord canciller,

Richard Burdon Haldane, visitó Berlín en 1912. Pero la Misión Haldane no llegó a ningún acuerdo en la carrera naval, y los británicos se negaron a poner en peligro sus ententes con Francia y con Rusia comprometiéndose a mantener una neutralidad incondicional en un futuro conflicto[46]. Aunque Londres y Berlín alcanzaron una *détente* en 1912-1914, el modelo básico de alineamientos seguía intacto. Como Italia se mostraba voluble (y se había debilitado debido a la guerra que había sostenido en Libia en 1911-1912), Austria-Hungría era la única gran potencia que seguía siendo aliada incondicional de Alemania, e incluso entonces solo en una guerra desencadenada por los Balcanes, en los que se hallaban implicados claramente los intereses de los Habsburgo. Al igual que los austríacos, los alemanes pensaban que la estructura de los alineamientos era en aquellos momentos fundamentalmente desfavorable para ellos, y tanto unos como otros eran reacios a utilizar la maquinaria del Concierto de Europa si constituían en él la minoría.

Mientras tanto, persistían las dificultades internas del gobierno, y los éxitos del SPD en las elecciones al Reichstag de 1912 las agravaron, aunque los argumentos de que Alemania se lanzó a la guerra para impedir la revolución no son convincentes. A pesar de sus divisiones, el imperio constituía una sociedad próspera y disciplinada, su clase trabajadora estaba menos alienada que en las décadas anteriores, y en junio de 1914 Bethmann predijo que una guerra no consolidaría el orden constituido, antes bien lo socavaría[47]. Además, la política interior y la exterior estaban relacionadas a través del armamento[48]. Otra consecuencia dañina de la expansión naval había sido el debilitamiento del ejército. Según la mayoría de las opiniones, el Ministerio de la Guerra se había opuesto a su expansión, por considerar que era un elemento disuasorio adecuado, que era más conveniente invertir en actualizar el armamento, y que si un ejército mayor suponía la inclusión de

más tropas de clase trabajadora (en vez de campesinos), no cabría confiar en él para la represión en el ámbito interno. A pesar de su reputación de país fuertemente militarizado[49], Alemania reclutaba a menos hombres que Francia y gastaba en defensa una proporción menor del producto nacional que Francia o Rusia[50]. Sin embargo, durante los últimos años previos al estallido de la guerra, esa autocomplacencia se evaporó. Rusia se recuperó con una rapidez inesperada de su derrota ante Japón, gracias a la importante reorganización militar de 1910 que le permitió ponerse vertiginosamente en pie de guerra y amenazar la frontera oriental de Alemania. En 1911 la segunda crisis marroquí convenció a los líderes alemanes de que su capacidad de disuasión ante una Francia de nuevo segura de sí misma estaba debilitándose. Reconsideraron su política armamentista y dieron prioridad al ejército, aprobando en 1912 una ley de expansión de este cuerpo. Casi de inmediato, las guerras de los Balcanes empeoraron todavía más la situación haciendo a Austria-Hungría más vulnerable. Alemania probablemente tendría que soportar casi sin ninguna ayuda la carga de una guerra en dos frentes contra Rusia y contra Francia, y en 1913 aprobó de manera precipitada otra ley del ejército, la más importante de su historia en tiempos de paz. Pero el gobierno solo pudo garantizar la imposición de una importantísima carga fiscal para sufragar los gastos gracias a la colaboración del SPD, que se mostró dispuesto a apoyar el impuesto como medida de redistribución de la riqueza. Aunque la economía alemana podía hacer frente a un nuevo rearme, desde el punto de vista político las autoridades estaban casi al borde de su capacidad política de sacarlo adelante, y las finanzas públicas de Austria-Hungría estaban en una situación todavía más apurada.

En cambio, Gran Bretaña superó a Alemania en gastos en la carrera naval. David Lloyd George, en calidad de ministro de

Hacienda, introdujo nuevos impuestos progresivos en sus «Presupuestos del pueblo» de 1909, pensando en ese objetivo, y los liberales obtuvieron en las elecciones de enero de 1910 unos resultados lo suficientemente buenos como para romper la oposición a los presupuestos en la Cámara de los Lores. Francia y Rusia también se enfrentaron a menos obstáculos en el interior que Austria-Hungría y Alemania a la hora de incrementar el armamento sufragado a través de los impuestos. Políticamente, ambos países eran estados unitarios, no federales, y los dos respondieron a la concentración de fuerzas de los alemanes. Francia aprobó en 1913 una ley para alargar el plazo del servicio militar de dos a tres años, y Rusia aprobó en 1914 un «Gran Programa» para ampliar su ejército en un 40 por ciento en tres años. En enero de 1914, a cambio de un préstamo destinado a financiar la construcción de un ferrocarril comercial, los rusos acordaron con los franceses un programa de construcción de un ferrocarril estratégico en Polonia y desde la frontera occidental de Rusia hacia el interior del país, que en 1917-1918 aceleraría en casi un 50 por ciento el despliegue de sus fuerzas militares[51]. Mientras que antes de 1911 la carrera armamentista más dinámica y peligrosa de Europa había sido la rivalidad naval existente entre Gran Bretaña y Alemania, entre 1912 y 1914 la superaría una carrera armamentista de las fuerzas terrestres del continente entre el bloque austrohúngaro y el franco-ruso. En la primavera de 1914, los alemanes habían puesto en vigor ya casi toda la ley de 1913 y prácticamente no podían permitirse una nueva jugada, mientras que las medidas de respuesta de Francia y Rusia solo serían efectivas en el plazo de dos o tres años. Si debía producirse una guerra, en 1914-1915 era el momento de que se produjera; así lo vio con toda claridad el GGS e intentó convencer de ello a Bethmann y Guillermo II.

La carrera armamentista por tierra adquirió toda su significación a la luz de los planes de guerra de los dos

bloques[52]. Hasta 1912-1913, los de Francia y Rusia fueron en general de carácter defensivo, lo que reflejaba su posición de mayor debilidad. Sin embargo, el Plan XVII de Francia, aprobado en 1913, reflejaba la seguridad cada vez mayor del Estado Mayor al prever una ofensiva inmediata, en concomitancia con un ataque de Rusia por el este. Análogamente, la Variante «A», la versión por defecto del Plan 19 Revisado de Rusia, de 1912, preveía emprender ofensivas contra Austria-Hungría y Alemania. Los austríacos, por su parte, también planeaban llevar a cabo un ataque inicial, aunque como no estaban seguros de si su principal enemigo iba a ser Serbia o Rusia tuvieron que disponer más de una variante. El programa de los alemanes recibe a menudo el nombre de Plan Schlieffen, por el jefe del Estado Mayor de Alemania de 1890 a 1905, Alfred Schlieffen, pero su sucesor, Helmuth von Moltke el Joven (sobrino de Moltke el Viejo), lo corrigió significativamente, de modo que sería más exacto denominarlo Plan Schlieffen-Moltke. Las innovaciones fundamentales de Schlieffen eran la doctrina de que, en caso de una guerra en dos frentes, el principal ataque debía llevarse a cabo por el oeste, y la tesis de que para rebasar las fortalezas fronterizas de Francia el ala derecha alemana debía lanzar la invasión a través de Bélgica y del extremo meridional del territorio holandés alrededor de Maastricht[53]. Moltke, en cambio, reforzó el ala izquierda que lindaba con Francia y abandonó la idea de pasar por Holanda (con la esperanza de continuar comerciando a través de este país, si se mantenía neutral). Mantuvo, por tanto, sus opciones abiertas; pero, por otra parte, las cerró al planear tomar el importantísimo nudo ferroviario de Lieja por medio de un ataque desde la posición de salida en los primeros días de la movilización. Alemania era, pues, la única potencia para la que la movilización y la guerra eran casi lo mismo, y el Estado Mayor mantuvo en secreto el ataque contra Lieja sin

comunicárselo al canciller hasta el 31 de julio de 1914; un ejemplo palmario de la deficiente comunicación entre las autoridades civiles y las militares. Pero Bethmann, Jagow y el káiser estaban perfectamente al corriente del análisis del equilibrio militar que hacía Moltke, y de las previsiones generales del plan estratégico. Sabían que el factor tiempo era fundamental, pues Alemania se vería abocada al desastre si la mayor parte de sus fuerzas permanecían en el oeste mientras los rusos amenazaban Berlín. La reorganización del ejército ruso en 1910 —y en mayor medida el Gran Programa y el pacto ferroviario franco-ruso— significaba que los días del plan estaban contados.

Pero ¿aquellas previsiones eran meramente hipotéticas? Parece que todas las partes vieron las nuevas leyes relacionadas con el ejército como medidas de precaución y defensa —destinadas a disuadir al enemigo para que no invadiera su territorio so pena de derrotarlo si lo hacía—, y no como preparativos para la ruptura de las hostilidades[54]. El gobierno alemán, sin embargo, estaba cada vez más deseoso de considerar la opción de empezar una guerra. Para entender por qué es preciso añadir al cerco al que se veía sometida Alemania y a la carrera armamentista por tierra un tercer elemento del deterioro del ambiente internacional: la sucesión de crisis diplomáticas que llegaron a su punto culminante en julio de 1914[55]. Entre 1880 y 1904, esas crisis se produjeron principalmente por rivalidades coloniales y afectaron solo a determinadas potencias: por ejemplo, a Gran Bretaña y Alemania en 1896 por Sudáfrica, o a Gran Bretaña y Francia en 1898 por Sudán. Pero en la década anterior al estallido de la guerra se produjeron una serie de crisis más cercanas que pusieron a los dos grandes bloques en el disparadero. En 1905-1906, durante la primera crisis marroquí, Alemania no logró frustrar los intentos franceses (apoyados por Inglaterra) de establecer su predominio en

Marruecos. En 1908-1909, en cambio, Austria-Hungría, con el firme respaldo de Alemania, llevó a cabo contra viento y marea la anexión de Bosnia. El primero de estos acontecimientos consolidó el cerco de Alemania y el segundo profundizó el enfrentamiento entre el Imperio austrohúngaro y Alemania, por un lado, y Serbia y Rusia, por otro. Además, en plena crisis de la anexión, en marzo de 1909, Bülow y Moltke se comprometieron a apoyar a los austríacos si estos atacaban Serbia y Rusia intervenía, reinterpretando así el carácter originalmente defensivo de la alianza germano-austríaca de 1879 y sentando un precedente que se repetiría en 1914.

Con Bethmann los acontecimientos se precipitaron hacia la catástrofe como si siguieran un reguero de pólvora. En 1911, con motivo de la segunda crisis marroquí, Alemania reforzó sus exigencias de entablar negociaciones con Francia enviando un cañonero, el *Panther*, al puerto de Agadir. Los franceses no se dejaron amedrentar y, de nuevo con el ostentoso respaldo de los británicos, obtuvieron el protectorado de Marruecos a cambio solo de unas cuantas concesiones menores a Alemania en el Congo[56]. La decepción por los resultados obtenidos no solo precipitó el replanteamiento de la política armamentista de Alemania, que la llevó a situar de nuevo su prioridad en las fuerzas terrestres: la incorporación de Marruecos a Francia indujo también a Italia a invadir Libia, circunstancia que distrajo la atención del Imperio otomano y decidió a los estados balcánicos a atacarlo. Las guerras de los Balcanes intensificaron todavía más la interacción entre los sucesos turbulentos de carácter local y el aumento de la tensión general[57]. La primera guerra de los Balcanes precipitó la aprobación de la ley alemana del ejército de 1913, que a su vez precipitó la Ley de los Tres Años de Francia y el Gran Programa de Rusia. Durante el enfrentamiento provocado en 1912 por la resistencia austrohúngara a las pretensiones de acceso al mar Adriático

presentadas por Serbia, los gobiernos de Rusia, Austria-Hungría y Alemania celebraron reuniones de alto nivel para discutir si se lanzaban o no al combate. El domingo 8 de diciembre, Guillermo II, furioso ante el aviso de que Gran Bretaña estaba dispuesta a intervenir en un conflicto europeo, convocó una conferencia secreta urgente en Potsdam con sus asesores militares y navales. El káiser dijo que contemplaba la posibilidad de combatir en apoyo de Austria-Hungría y Moltke comentó que cuanto antes empezara la guerra europea, mejor, pero Tirpitz objetó que la armada necesitaba otro año o año y medio para prepararse. Este «consejo de guerra» (como sarcásticamente lo denominó Bethmann, que no fue invitado a él) no decidió en realidad el comienzo de un conflicto en Europa, pero puso de manifiesto que los alemanes consideraban seriamente la posibilidad de iniciar uno para ayudar a su aliado y romper el cerco al que se hallaban sometidos[58]. Aunque durante la primavera de 1913 refrenaron a Berchtold con motivo de la disputa de Scutari, en la confrontación de octubre de ese mismo año por las fronteras de Albania respaldaron plenamente el ultimátum presentado por el primer ministro austríaco a Serbia, temerosos de que, de lo contrario, Austria-Hungría perdiera su fe en ellos[59]. Esta pesadilla de perder al último aliado que les quedaba les obsesionaría también en julio de 1914.

En el invierno de 1913-1914, las guerras de los Balcanes dieron lugar a otra prueba de fuerza, el caso Liman von Sanders. Otto Liman von Sanders era un general alemán que había sido enviado al frente de una misión militar reforzada a Constantinopla con el fin de reconstruir el ejército turco. Además, debía ponerse al mando de la división turca que protegía la capital otomana y los Dardanelos, punto neurálgico para los rusos, que dependían de esta vía marítima como principal punto de salida de sus exportaciones de grano. Aunque Liman perdió su mando a raíz de las protestas rusas, la misión

militar continuó en la ciudad, lo que le otorgaba una poderosa influencia sobre el ejército turco y, por tanto, sobre toda la política turca. El choque de Alemania y Rusia era ahora directo, en vez de producirse en la distancia debido al apoyo prestado por los alemanes a los austrohúngaros. Se desencadenó entonces una guerra ominosa en la prensa entre los dos países, y los líderes alemanes empezaron a sentirse cada vez más nerviosos ante el rearme de los rusos. San Petersburgo reaccionó ante el caso firmando el pacto ferroviario estratégico con los franceses (sobre el que previamente se había mostrado indecisa) y reforzando la Triple Entente, al tiempo que los ingleses acordaban entablar conversaciones navales secretas con ellos en junio de 1914. Cuando un informador de la embajada rusa en Londres filtró esta información a los alemanes (y el ministro del Foreign Office ocultó el contenido de esas conversaciones en la Cámara de los Comunes), dio la impresión de que el cerco de Alemania se había estrechado más que nunca y la nueva *détente* que Bethmann había alcanzado con Gran Bretaña pareció un espejismo.

En 1914 las crisis, la carrera armamentista y la fobia de Berlín por el cerco habían cobrado una intensidad que se reforzaba mutuamente. Ambos bloques se habían consolidado y era muy probable que resistieran cuando se produjera la siguiente prueba: Rusia y Francia se había rearmado lo suficiente para proceder con más audacia, mientras que Alemania y el Imperio austrohúngaro veían cómo el equilibrio se decantaba cada vez más en contra suya. Los enfrentamientos recurrentes indujeron a los hombres de Estado a considerar el ataque una alternativa a los interminables sobresaltos y amenazas. Además, las crisis (especialmente en Alemania y en Francia) dieron alas a los grupos de presión nacionalistas y unieron a gran parte de la opinión pública a favor de una política exterior contundente. Las probabilidades iban en contra de la resolución pacífica de

cualquier otro nuevo choque, aunque eso no significaba que ninguna potencia hubiera tomado la decisión premeditada de iniciar una guerra general. De hecho, la concesión por parte de Alemania del «cheque en blanco» de julio de 1914 ilustra perfectamente el carácter improvisado del proceso de toma de decisiones. Guillermo II no convocó ninguna sesión del Consejo de la Corona para debatir las opciones con sus asesores antes de dar el paso. En lugar de ello, prejuzgó la situación comprometiéndose con el conde Hoyos antes de discutirla con Bethmann, aunque el canciller respaldara su acción. Guillermo II había tenido amistad con Francisco Fernando y veía los asesinatos de Sarajevo como una ofensa a la autoridad dinástica. Sus consejeros temían que refrenar a Viena supusiera malquistarse con ella, y parece que se mostraron de acuerdo con la idea de que la guerra era la única opción que quedaba frente a Serbia. Deseaban que se produjera una acción militar del Imperio austrohúngaro y la fomentaron, si bien dudaban de que los austríacos hablaran en serio y concedieron el cheque en blanco con tanta más facilidad debido a la inseguridad de que Berchtold se decidiera a cobrarlo. Además, tanto Guillermo como Bethmann calculaban que un enfrentamiento austro-serbio probablemente siguiera siendo en todo momento un conflicto localizado. Consideraban muy probable que Rusia se mantuviera al margen, y que Gran Bretaña y Francia la instaran a hacerlo. Pero aceptaron sin vacilar la perspectiva de una conflagración europea si no lo hacía, y el ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, dijo que el ejército estaba preparado y Moltke había afirmado repetidamente que era mejor actuar en ese momento que esperar. En privado Moltke reconocía que sería difícil derrotar a Francia, y tanto él como los responsables de la planificación parece que esperaban una lucha larga, pero si la guerra era inevitable al menos empezaría en el momento más oportuno[60]. Da la impresión de que Bethmann y Jagow, que se

quedaron encargados de manejar la crisis mientras Guillermo se iba de crucero por el Báltico, consideraban que el resultado óptimo sería una *Blitzkrieg* («guerra relámpago») en los Balcanes que aplastara a Serbia, apuntalara el Imperio austrohúngaro, y quizá rompiera la alianza franco-rusa que tenía cercada a Alemania, pero estaban dispuestos a enzarzarse en una guerra continental si San Petersburgo intervenía. Jugaron con dos barajas, como había hecho Bismarck en 1870[61]. Ahora todo dependía de la respuesta de Rusia.

Para la Triple Entente la crisis de julio de 1914 empezó en serio con el ultimátum austrohúngaro. Berchtold lo retrasó hasta asegurarse el respaldo de Alemania y poner de su lado a Tisza, para que las tropas de Conrad pudieran regresar del permiso concedido con motivo de la recogida de la cosecha, y a la espera de que el presidente francés Raymond Poincaré y su primer ministro, René Viviani, concluyeran su visita de Estado a San Petersburgo, calculando erróneamente que el aplazamiento hasta la vuelta de los dos hombres de Estado paralizara la reacción franco-rusa. De hecho, el retraso reforzó la impresión de que el Imperio austrohúngaro no había reaccionado en caliente, sino que pretendía aprovechar deliberadamente los asesinatos para aplastar a Serbia y presentar ante los rusos un hecho consumado. Pero el zar Nicolás II y sus consejeros no tenían prisa en lanzarse a una guerra europea, su Estado Mayor necesitaba tiempo para seguir adelante con el rearme, y todos eran conscientes de que lo que le hacía falta al país era paz. Fijaron su atención menos en los aciertos y los errores del conflicto austroserbio que en la política de las potencias europeas en general[62].

Los conflictos internos de Rusia eran los más terribles del continente. En febrero de 1914, un profético memorial presentado a Nicolás II por un antiguo primer ministro, Piotr Durnovo, pronosticaba que la guerra acabaría en derrota y en una convulsión social catastrófica[63]. Como el austrohúngaro, el

Imperio ruso era un conglomerado multinacional, en el que había finlandeses, bálticos, polacos, rusos blancos, ucranianos, judíos en su extremo occidental, y caucásicos y musulmanes del Asia central en sus confines meridionales, que sumaban más de la mitad del total de la población y habitaban en las provincias más valiosas. Pero, además, se enfrentaba a un movimiento social revolucionario de carácter urbano y a la violencia latente de los campesinos. Mientras que el SPD alemán era fundamentalmente un partido respetuoso de la ley y hasta los terroristas de Austria-Hungría como Princip eran contadas excepciones, los zares llevaban décadas librando una guerra interna contra ciertos sectores de su *intelligentsia*. En parte por ese motivo seguían empeñados en la autocracia. Según la opinión más generalizada, los errores en materia de política exterior que habían desembocado en la guerra contra Japón habían llevado a Nicolás II a aceptar a regañadientes llevar a cabo un experimento estableciendo un gabinete de gobierno, el Consejo de Ministros. Para apaciguar el descontento generalizado del país tras la derrota, aceptó introducir un parlamento, la Duma, y una serie de leyes fundamentales, incluidos ciertos derechos civiles limitados. Durante la siguiente década, Rusia gozó de un sistema político más abierto como no volvería a conocer hasta la última década del siglo XX. La mayoría de los partidos políticos fueron legalizados y había numerosos periódicos, a cuál más combativo. Este sistema, sin embargo, no fue particularmente estable. A partir de 1909, una sucesión de buenas cosechas contribuyó a apaciguar las zonas rurales y a incrementar los ingresos fiscales, buena parte de los cuales sirvieron para financiar el rearme[64]. No obstante, el gobierno restringió unilateralmente los derechos de voto de la Duma para volver a una asamblea más acomodaticia, pero aun así en 1914 la cooperación con la Asamblea Legislativa estaba al borde del colapso. En febrero de 1914, el Consejo de Ministros

era también muy débil, y Nicolás sustituyó a su primer ministro, Vladímir Kokovtsov, por el ineficaz Iván Goremykin, para poder tratar con los ministros individualmente y no en bloque[65]. Al igual que en Alemania, la coordinación entre los poderes civiles y los militares era escasa, y esta última medida exacerbó el problema. Por último, a partir de 1912 se había intensificado la nueva oleada de huelgas, y en julio de 1914 se produjo en San Petersburgo una huelga general con barricadas en las calles. La situación interna ofrecía suficientes motivos para no precipitarse.

¿Por qué, pues, no abandonó Rusia sencillamente a Serbia? No había ningún tratado de alianza que la obligara a ayudar a Belgrado. A pesar de los lazos religiosos y lingüísticos y de una tradición histórica de apoyo, la reacción de los rusos no estuvo motivada por una solidaridad eslava sin más. En 1908-1909 y en 1912-1913 habían pedido a Serbia que mostrara una actitud moderada[66]. Pero en 1914 le aconsejaron que no podía «permanecer indiferente» ante lo que se le venía encima[67], animando probablemente a los serbios a no aceptar el ultimátum en su totalidad, y regalando así al Imperio austrohúngaro un pretexto para la guerra[68]. Aunque lo que se jugaba Rusia en Serbia desde el punto de vista económico era superficial, sus líderes creían que tenían intereses comerciales importantísimos en los Dardanelos, que podían verse amenazados si lo que el ministro de Asuntos Exteriores Sazónov llamaba el «equilibrio político» de los Balcanes se decantaba en contra suya[69]. Serbia era importante además desde el punto de vista estratégico, pues podía obligar a los Habsburgo a dividir sus fuerzas en una guerra austro-rusa. Por si fuera poco, en 1914 esa amenaza era mucho más fuerte que en 1909 y 1912, cuando los austríacos habían intentado no ya acabar con la independencia de Serbia, sino frenar su expansión. Así pues, los asuntos de los Balcanes interesaban mucho, pero en una reunión

trascendental del Consejo de Ministros celebrada el 24 de julio Sazónov subrayó que detrás de Austria-Hungría estaba Alemania. Durante gran parte del siglo XIX, San Petersburgo y Berlín habían mantenido buenas relaciones, como monarquías conservadoras vecinas que eran, ambas hostiles al liberalismo y con un interés común en mantener a raya a Polonia (cuyos últimos restos se habían repartido en 1815 con Austria). Sin embargo, en el siglo XX Alemania respaldaba al Imperio austrohúngaro en los Balcanes, los conflictos de intereses en el terreno económico (por ejemplo con motivo de las exportaciones de grano ruso a bajo precio) habían aumentado, y en ambos países se había desarrollado una xenofobia racista de carácter popular[70]. El apoyo de Alemania a Turquía en el caso Liman von Sanders parecía una amenaza a algunos intereses fundamentales de Rusia, y los dos países eran rivales en la carrera armamentista. Sazónov y el Consejo de Ministros veían con pesimismo las intenciones de Berlín y pensaban que las concesiones no harían más que fomentar nuevas provocaciones. Decidieron que había llegado el momento de la firmeza, fueran cuales fuesen los riesgos que ello supusiera, con la esperanza de evitar la guerra al mismo tiempo que protegían a Serbia, y los ministros de la Guerra y de Marina adoptaron una línea común. La prudencia de semejante postura era cuestionable, dado que los esfuerzos de Rusia por rearmarse tardarían otros tres o cuatro años en dar frutos, pero se pensó que el desafío a sus intereses era intolerable y el rearme había llegado a un nivel suficiente para hacer de la guerra una opción factible, eso sí, siempre y cuando Francia luchara a su lado.

Fundamental para el proceso de escalada de la tensión fue la decisión rusa no solo de apoyar a Serbia, sino también de iniciar la militarización de la crisis. Hasta el 23 de julio, Austria-Hungría y Alemania habían tomado muy pocas medidas militares, en parte para pillar desprevenidos a sus adversarios.

Incluso después del envío del ultimátum, los alemanes permanecieron inactivos, con la esperanza de contribuir a localizar el conflicto. Pero el 26 de julio, los rusos emprendieron algunas medidas de premovilización —lo que ellos llamaban el «período preparatorio de la guerra»— a lo largo de las fronteras del Imperio austrohúngaro y de Alemania. Según los sistemas de reclutamiento que todas las potencias europeas excepto Gran Bretaña habían adoptado, todos los hombres capaces de prestar servicio militar eran llamados a filas (normalmente) a los veinte años para servir a su país durante dos o tres años en el ejército permanente, período tras el cual debían adiestrarse con regularidad en la reserva hasta casi los treinta. La movilización significaba volver a llamar a los reservistas a sus unidades y hacerlos móviles, es decir, proporcionarles los caballos y el equipo que necesitaran para ponerse en marcha. Esta medida suponía triplicar o cuadruplicar la magnitud del ejército permanente. Era previa a la «concentración» (el avance de las unidades movilizadas hacia la frontera, generalmente por tren) y el despliegue para el combate. Las medidas de premovilización de Rusia suponían pasos tales como la cancelación de permisos y el despeje de las líneas ferroviarias de la frontera, de modo que pudiera acelerarse la movilización propiamente dicha (que era más lenta que en los países occidentales). Por lo tanto, los austríacos y los alemanes tuvieron forzosamente que alarmarse cuando sus servicios de inteligencia detectaron las movilizaciones, algo que sucedió casi de inmediato[71]. Parece que los rusos las vieron como un acto de precaución, pero los acontecimientos demostraron enseguida que una postura de diplomacia disuasoria era inviable. A pesar de las protestas de Rusia, el 28 de julio los austríacos iniciaron una movilización parcial en los Balcanes y declararon la guerra a Serbia. El 29 bombardearon Belgrado y ese mismo día Bethmann advirtió a Rusia que la continuación de las medidas de premovilización

obligaría a Alemania a tomar represalias y probablemente llevaría a la ruptura de las hostilidades. Como Sazónov no estaba dispuesto a dar marcha atrás y a cancelar las medidas iniciadas, concluyó, junto con sus jefes militares (el ministro de la Guerra Vladímir Sujomlínov y el jefe del Estado Mayor el general N. Janushkévich), que habría guerra de todas formas y que lo que importaba en esos momentos era sencillamente prepararse para ella ordenando la movilización total. Sazónov y Nicolás II sabían que esto supondría casi con toda seguridad un gran conflicto y, como dijo Nicolás, el envío de cientos de miles de hombres a la muerte. El zar vaciló, sustituyendo un primer decreto de movilización parcial solo contra el Imperio austrohúngaro, por otro de fecha 30 de julio en el que autorizaba la movilización contra Viena y contra Berlín, con efecto inmediato a partir del día siguiente. Nicolás y Sazónov probablemente tuvieran razón al considerar inevitable una guerra general, si no se mostraban dispuestos a admitir que los austrohúngaros aplastaran a Serbia. En cuanto iniciaron la movilización general, Alemania exigió que la suspendieran en el plazo de doce horas, pero ellos no hicieron caso de la advertencia. En otras palabras, siguieron adelante a sabiendas hacia su destino[72]. Ni un bando ni otro estaba dispuesto a ceder en lo principal y si Alemania arrojó el guante, Rusia lo recogió. Así pues, el 31 de julio los alemanes empezaron a hacer preparativos militares intensivos y enviaron un ultimátum perentorio a Rusia exigiéndole que pusiera fin a la movilización. El 1 de agosto iniciaron, junto con los austríacos, su movilización general, y ese mismo día (aunque Austria-Hungría esperara unos días más) Alemania declaró la guerra a Rusia. Las hostilidades entre las grandes potencias habían empezado.

Otros dos factores facilitaron las decisiones de los líderes rusos. El primero fue el estado de la opinión pública, que parecía apoyarlos. La mayor parte de la Duma y de la prensa

pidió al gobierno que se pusiera de parte de Serbia, y Sazónov advirtió a Nicolás que si no apoyaba a Serbia, se arriesgaba a una «revolución y a la pérdida del trono»[73]. El ministro del Interior, aunque en privado lleno de malos presagios, informó durante la crisis de que las provincias estaban tranquilas y de que el país obedecería la orden de movilización[74]. En segundo lugar, daba la impresión de que Rusia y sus aliados tenían una oportunidad razonable de ganar. Sazónov no estaba seguro de si Gran Bretaña lo apoyaría o no (y luego afirmaría que una intervención más firme de los británicos quizá hubiera atemorizado a Alemania). Sin embargo, el embajador francés, Maurice Paléologue (quien, al parecer, estaba convencido de que en una guerra Rusia habría ayudado a Francia inmediatamente)[75], le aseguró que Francia respetaría su alianza, y durante dos años los militares franceses habían estado asesorando a sus colegas rusos y diciendo que los auspicios les eran favorables. San Petersburgo y París suponían —y no se equivocaron— que en un conflicto en dos frentes Alemania atacaría primero por el oeste, y que si Francia lograba contener a los alemanes, Rusia podría seguramente derrotar a los austríacos. En el momento de la crisis de Bosnia había parecido inconcebible que el ejército zarista pudiera intervenir en una guerra importante, pero cinco años después, enfrentado a un desafío mucho más radical a los intereses rusos, ya no lo parecía.

La decisión de Rusia no puede explicarse del todo sin hacer referencia a su aliado francés[76]. Es probable que antes de que Poincaré y Viviani abandonaran San Petersburgo, franceses y rusos tuvieran ya una idea de lo que se avecinaba, pero que discutieran solo una respuesta diplomática[77]. Del 23 al 29 de julio, sin embargo, durante su viaje en barco de regreso a Francia, los contactos por radio de Poincaré y Viviani con París fueron muy malos, pues los alemanes hicieron todo lo posible por bloquear sus comunicaciones. Cuando los dos altos

dignatarios llegaron a París telegrafiaron a los rusos diciendo que no emprendieran ninguna acción que pudiera animar a los alemanes a iniciar la movilización, pero el mensaje llegó demasiado tarde para detener el decreto de movilización de Nicolás. Una vez promulgado este, Poincaré y Viviani se negaron a abandonar una alianza que consideraban esencial para los intereses de Francia, aunque Rusia hubiera movilizado sus tropas sin consultarles. El 3 de agosto, basándose en una serie de argumentos inventados, tales como que las tropas francesas habían cruzado la frontera y que su aviación había bombardeado Nuremberg, Alemania declaró la guerra.

La contribución de Francia al estallido de la guerra consistió sobre todo en su actuación antes de julio de 1914. Los alemanes la veían desde hacía tiempo como su principal adversario militar; solo en el período anterior a la guerra llegó a alarmarles tanto Rusia como ella[78]. Al vender armas a Serbia, Francia socavó la posición del Imperio austrohúngaro en los Balcanes; concediendo un préstamo a Rusia a cambio de la construcción de un ferrocarril estratégico, intensificó el complejo que tenía Alemania de hallarse rodeada. Pero durante la crisis propiamente dicha, París mantuvo una actitud pasiva y no provocativa, manteniéndose de manera deliberada un paso por detrás de Alemania en sus preparativos de carácter militar y ordenando a sus tropas permanecer a diez kilómetros por detrás de sus fronteras. Los motivos de esa actitud fueron en parte de orden interno y en parte de orden externo. Internamente, Francia —caso único entre las potencias europeas— era una república, y su jefe de Estado era un presidente elegido por un colegio electoral. Los primeros ministros y los gabinetes dependían de la mayoría existente en la Asamblea Nacional, elegida por todos los varones adultos. Dada la fragmentación del sistema de partidos, duraban por término medio solo nueve meses. Los responsables de la planificación estratégica del

ejército se hallaban subordinados al ministro de la Guerra, al primer ministro y al presidente. El incremento de la tensión en Europa antes de 1914 había polarizado la opinión pública, estimulando un «nuevo despertar nacionalista» entre los estudiantes y los intelectuales parisinos, y en la derecha política, y beneficiando también al Partido Socialista, la SFIO, que se oponía a la ley del servicio militar de tres años, y en las elecciones parlamentarias de mayo-junio de 1914 amplió su seguimiento. La Section Française de l'Internationale Ouvrière (SFIO) y su carismático líder, Jean Jaurès, apoyarían solo una guerra de autodefensa, y la principal federación sindical, la CGT, se había comprometido a oponerse a cualquier guerra, fuera del tipo que fuese. Poincaré había sido primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores en 1912 y llevaba en la presidencia de la república desde 1913 con el objetivo de reforzar la alianza con Rusia y preparar militar y psicológicamente a Francia para un posible conflicto, aunque parece que su filosofía era la de la disuasión más que la de la provocación[79]. Viviani, en cambio, que había llegado a la presidencia del gobierno en junio de 1914, era un socialista independiente que se había opuesto a la Ley de los Tres Años, aunque había pactado no tocarla de momento. Toda la política francesa, hasta los niveles más altos, se encontraba en un equilibrio inestable, y solo cuando se enfrentó a lo que parecía una agresión flagrante y no provocada el país no se mostró de acuerdo con ella.

El segundo motivo de la cautela de los líderes franceses era la incertidumbre acerca de Gran Bretaña, que hasta dos días antes de su intervención parecía que probablemente se mantuviera neutral. Que los alemanes también tenían esa incertidumbre (como de hecho incluso los propios británicos) quedó patente durante la última serie de reuniones celebradas en Berlín para tomar una decisión entre el 28 de julio y el 1 de agosto. Desde

la concesión del cheque en blanco Guillermo II y Bethmann se habían mostrado dispuestos a entrar en combate y a no dar marcha atrás si Rusia apoyaba a Serbia. Si los rusos empezaban los preparativos militares, dado el carácter explosivo del Plan Schlieffen-Moltke, Berlín tendría que tomar represalias inmediatamente. Una vez que los rusos emprendieron las medidas de premovilización, el destino de la paz europea quedó prácticamente sellado. No obstante, hubo algunos replanteamientos de última hora. Primero el káiser, tras volver del Báltico el 28 de julio, instó al Imperio austrohúngaro a contentarse con ocupar Belgrado (situado justo al otro lado de la frontera) como garantía de que los serbios cumplirían sus promesas. Al día siguiente, Bethmann insistió también en este plan de la «Parada en Belgrado», principalmente debido al aviso que le hizo llegar el secretario del Foreign Office, *sir* Edward Grey, en el sentido de que Gran Bretaña intervendría rápidamente en caso de un conflicto europeo. Hasta ese momento la diplomacia británica se había mostrado notablemente tibia y Grey había buscado la colaboración de Berlín con la esperanza de que los alemanes lograran tranquilizar a Viena. Fue un grave error de cálculo, aunque lo promovió el propio Bethmann. Indujo a los alemanes a creer que Gran Bretaña guardaría las distancias. En consecuencia, el 29 de julio Bethmann intentó torpemente asegurarse la neutralidad de Gran Bretaña prometiendo que, a cambio, Alemania no se apoderaría de ningún territorio belga ni de ninguna posesión de Francia en Europa, admitiendo así sus intenciones de invadir Bélgica y sus pretensiones sobre las colonias francesas. La advertencia de Grey, dada a conocer ese mismo día (con la cual el Foreign Office se ponía en evidencia, pues el gobierno no la conocía y todavía estaba lejos de haberse comprometido a intervenir), se cruzó, pues, con esta curiosa oferta. La advertencia hizo vacilar a Bethmann y, de haber llegado antes,

quizá hubiera inducido al káiser y a él mismo a intentar frenar a los austríacos y al ejército, pero se produjo demasiado tarde. Moltke frustró los esfuerzos de Bethmann por detener a Viena animando a Conrad a concentrar sus ejércitos no solo contra Serbia, sino también contra Rusia, y los austríacos rechazaron la propuesta de la «Parada en Belgrado» alegando que habría supuesto simplemente posponer una solución de su problema serbio. El día 30 empezaron a llover los informes no solo acerca de las medidas militares rusas, sino también acerca de las de Francia y Bélgica, y Moltke se unió al ministro de la Guerra Falkenhayn insistiendo en que Alemania debía empezar a hacer sus propios preparativos. Bethmann se mostró de acuerdo con ellos en no esperar más allá del 31 de julio a mediodía, pero de hecho entonces se confirmó la noticia de la movilización rusa, permitiéndole así presentar la movilización de Alemania el día 1 de agosto como una respuesta a la agresión zarista. Este factor fue fundamental para mantener la unidad en el interior, que tanto él como Moltke valoraban muchísimo, pues los contactos con los líderes del SPD habían revelado que su actitud dependería de que la guerra fuera o no de autodefensa contra el régimen reaccionario de Nicolás II[80]. Aun así, se produjeron nuevas vacilaciones tras un equívoco despacho recibido el 1 de agosto que sugería que Gran Bretaña mantendría neutral a Francia y permitiría a Alemania concentrarse solo en Rusia. Guillermo ordenó que se detuviera la marcha hacia el oeste, desoyendo las protestas de Moltke, que decía que no podía improvisar un despliegue alternativo en el último minuto. Muchos comentaristas han utilizado este episodio para ilustrar el poder de los militares, pero en realidad pone de manifiesto que Guillermo podía ignorar sus advertencias[81]. Sin embargo, una vez que se tuvo constancia de que el despacho de Londres estaba equivocado, el káiser autorizó que el avance hacia el oeste siguiera adelante, aceptando así la perspectiva de una guerra no

solo contra Francia y Rusia, sino también contra Gran Bretaña. Probablemente, los alemanes supusieran que si Francia y Rusia eran derrotadas, poco podría hacer Gran Bretaña, y valía más aceptar un conflicto con Londres que ceder. Cuando los británicos exigieron a los alemanes que se abstuvieran de intervenir en Bélgica, no les hicieron caso.

Aunque las autoridades alemanas estaban dispuestas a aceptar una guerra con Gran Bretaña (y al Estado Mayor no le preocupaban demasiado las seis divisiones que Gran Bretaña pudiera enviar al continente), lo que preferían era una guerra localizada en los Balcanes y, si no era así, una guerra continental solo contra Francia y contra Rusia. Mientras Berlín declaraba la guerra a París y a San Petersburgo, Londres declaraba la guerra a Berlín. A partir de un conflicto balcánico y continental, la intervención de Gran Bretaña inauguró una nueva fase de escalada de la violencia hacia una guerra mundial. Esta intervención impidió casi con toda seguridad que Alemania derrotara a Francia y a Rusia en cuestión de meses. Tal decisión, sin embargo, fue tomada por un gobierno liberal progresista, la mayoría de cuyos miembros hasta el 2 de agosto era favorable a permanecer al margen, con el apoyo previsible de la mayoría de los diputados liberales[82]. El asunto de Bélgica fue indispensable para que se produjera este cambio de postura, pero solo lo explica en parte[83].

Gran Bretaña declaró la guerra en primera instancia porque Alemania no hizo caso del ultimátum de respetar la independencia y la integridad de Bélgica. Las grandes potencias habían dado garantías en este sentido a Bélgica en virtud del Tratado de Londres de 1839, poco después de la creación del nuevo reino. En 1870 tanto Francia como Prusia respetaron el compromiso. En 1914 los franceses estaban dispuestos a respetarlo de nuevo (de hecho, Poincaré descartó llevar a cabo una invasión preventiva de Bélgica, en parte pensando en Gran

Bretaña), pero una parte integral del plan de guerra de los alemanes consistía en enviar a través de Bélgica el flanco derecho de sus fuerzas de avance por el oeste y el 2 de agosto exigieron a Bruselas que dejaran el paso libre a sus tropas. El rey Alberto I y el gobierno de Charles de Broqueville decidieron oponerse y pedir ayuda[84]. Como diría el primer ministro británico Herbert Asquith, el ultimátum de Alemania «simplifica las cosas»[85]. Planteaba un problema moral, pues era una agresión brutal contra un vecino pequeño que Gran Bretaña se había comprometido a defender. Bélgica proporcionó un punto de honor con el que apaciguar las conciencias de la bancada liberal y de los escépticos del gobierno. Pero afectaba también a la seguridad nacional, dado que la costa belga se encuentra justo enfrente de Londres y del estuario del Támesis y teniendo además en cuenta la consigna tradicional de que había que mantener a los Países Bajos fuera del alcance de cualquier potencia hostil. Ese era el motivo por el que Gran Bretaña había firmado el tratado de 1839, aunque en aquellos momentos el enemigo en el que pensaba era Francia. Por consiguiente, Bélgica importaba tanto a la oposición unionista[*] como al gobierno liberal (por no hablar de lo que significaba para los diputados nacionalistas irlandeses en cuanto pequeño país católico).

Pero el problema de Bélgica no era lo que parecía. El gabinete decidió oponerse solo a una «violación sustancial» del país[86]. Si los alemanes únicamente hubieran atravesado (como esperaban muchos) el extremo sudoriental de Bélgica correspondiente a las Ardenas, las cosas habrían sido distintas. El gobierno pensaba que en realidad Gran Bretaña no estaba obligada a prestar ayuda, y que una decisión en ese sentido sería una cuestión «de política… más que de obligación legal»[87]. Si Francia hubiera invadido Bélgica, es prácticamente inconcebible que en el gabinete o en la Cámara de los Comunes hubiera

habido una mayoría que apoyara una guerra contra los franceses. Lo fundamental no era la invasión, sino que el invasor fuera Alemania, y tanto el gobierno británico como una parte importante de la opinión pública consideraban peligrosa la dominación alemana de Europa occidental. Bélgica sirvió para unir al gobierno (solo dos ministros presentaron su dimisión) y permitió a Gran Bretaña actuar de inmediato (lo que resultó importantísimo), pero Grey y Asquith creían ya que Gran Bretaña no debía permitir que Francia fuera aplastada, como también lo creían Winston Churchill (primer lord del Almirantazgo) y Lloyd George. Aunque la tensión anglo-alemana se había relajado recientemente, pesaba más en ellos el recuerdo del anterior antagonismo.

Las relaciones anglo-alemanas se habían deteriorado desde la década de 1890 independientemente de que ocuparan el gobierno los liberales o los unionistas[88]. Pero aunque Alemania tuviera un sistema político más autoritario que el británico, las consideraciones ideológicas no supusieron ningún obstáculo a la cooperación británica con el régimen todavía más autocrático de Rusia. Tampoco fueron decisivas las consideraciones comerciales. Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, Alemania desafió el dominio británico del comercio mundial de productos manufacturados e invadió el mercado interior de Inglaterra. Pero cuando las exportaciones británicas se recuperaron durante el auge comercial que precedió a 1914, la competencia alemana resultó menos preocupante. Alemania aumentó sus aranceles aduaneros en 1879 y 1902 (uno de los factores que convencieron a los unionistas para adoptar el proteccionismo), pero los liberales ganaron las elecciones en 1906 y en 1910 y Gran Bretaña siguió siendo un país con comercio libre. Aunque Gran Bretaña acumulaba un déficit con Alemania en el comercio de bienes, tenía superávit en el de servicios tales como los barcos y los seguros y la relación

económica en general entre ambos países era más complementaria que competitiva. Más significativa, sin embargo, era la rápida expansión industrial de Alemania, especialmente en los sectores relacionados con el ejército, como la ingeniería, los productos químicos y el acero. En 1870 producía la mitad del acero que producía Gran Bretaña, pero en 1914 producía el doble. Bien es cierto que el crecimiento de Alemania quedó empequeñecido por Estados Unidos, que en 1914 producía casi tanto acero como Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas. Pero Alemania no estaba al otro lado del Atlántico, sino al otro lado del mar del Norte, y el uso que hacía de sus recursos en expansión, en una época de temor generalizado de que hubiera pasado el apogeo victoriano, parecía peligroso. Ahí era donde realmente preocupaba el carácter imprevisible de la política alemana durante el reinado de Guillermo II.

El aspecto diplomático de la *Weltpolitik* a comienzos del nuevo siglo afectaba poco a la seguridad del Imperio británico. La intervención de Guillermo en el sur de África lo había tocado en lo más vivo porque el cabo de Buena Esperanza guardaba una de las dos grandes rutas marítimas hacia la India (la otra era el canal de Suez), pero al derrotar a los bóers en 1899-1902 los británicos establecieron un control firme sobre la región. Posteriormente, la *Weltpolitik* supondría un reto más bien para Francia (en Marruecos) y para Rusia (en los Dardanelos y el Bósforo). En 1912-1914, Gran Bretaña y Alemania negociaron sus respectivas esferas de influencia en África y en el golfo Pérsico. Pero el desafío naval era mucho más significativo, y probablemente fuera lo que más contribuyera a persuadir a la opinión pública británica de que Alemania era un enemigo, el malo de innumerables libros alarmistas en torno a una hipotética invasión y en la agitación suscitada a raíz de los *dreadnoughts* en 1908-1909. Los servicios de inteligencia

británicos modernos surgieron a raíz de la necesidad de recopilar información acerca de la construcción naval en Alemania y de los rumores sobre la red de espías y saboteadores alemanes dentro de la propia Gran Bretaña[89]. Aun así, después de 1912 el gobierno se dio cuenta de que el desafío naval había empezado a remitir, y el Almirantazgo nunca llegó a tratar con mucha seriedad la posibilidad de la invasión[90]. Quedaba la cuestión del equilibrio de poder. Aunque prefería mantener a raya a los alemanes antes que luchar contra ellos, Grey y sus asesores del Foreign Office temían que si aplastaban a Francia y a Rusia, Gran Bretaña pasaría a ser el siguiente de la lista. De ahí las advertencias de que Gran Bretaña estaba dispuesta a intervenir en una guerra europea, pronunciadas durante la crisis del Adriático de diciembre de 1912 y el 29 de julio de 1914; y ese fue también el motivo primordial de la política de ententes de Grey.

La política de ententes fue muy controvertida en su época y ha seguido siéndolo después[91]. Sus orígenes no fueron específicamente antialemanes, sino que se debieron a una reacción contra el aislamiento de Gran Bretaña en la década de 1890, cuando dio la sensación de que Rusia, Francia, Alemania y Estados Unidos eran posibles enemigos. A principios del nuevo siglo, Gran Bretaña arregló sus desacuerdos con Estados Unidos, en 1902 concluyó una alianza con Japón, y los pactos de 1904 y 1907 resolvieron casi todas sus diferencias con Francia y con Rusia. Lo que hizo que las ententes dejaran de ser la liquidación de los desacuerdos en África y Asia y se convirtieran en medidas de cooperación diplomática en Europa, sin embargo, fue la sospecha que abrigaban Grey y sus asesores (aunque basándose en unas pruebas muy endebles) de que Alemania tenía ambiciones de alcanzar una hegemonía «napoleónica». Gran Bretaña debía frustrar esas ambiciones y animar a París y San Petersburgo a que mantuvieran su

independencia. Por otra parte, como Francia y Rusia no tenían que sentirse demasiado seguras de sí mismas y como la Cámara de los Comunes no ratificaría nunca tratados de alianza con ninguna de las dos, Grey se alineó con ellas al tiempo que evitó comprometerse demasiado. Ello supuso apoyar a Francia en la cuestión de Marruecos y a Rusia en los Balcanes, así como la elaboración de planes de emergencia secretos con los franceses con vistas a una cooperación militar y naval[92]. En 1911 los estados mayores de ambos países acordaron que pudiera enviarse al flanco norte francés una Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, por sus siglas en inglés) de hasta seis divisiones; en 1913 las dos armadas acordaron que Francia asumiera la responsabilidad del Mediterráneo occidental y de la parte occidental del canal de la Mancha, y que Gran Bretaña se encargara del Mediterráneo oriental y del paso de Calais. No obstante, las cartas intercambiadas en 1912 especificaban que, si la paz en Europa se veía amenazada, los británicos estaban obligados únicamente a consultar con los franceses y no a activar los planes de emergencia conjuntos ni a ir a la guerra. En 1914 Grey sostuvo que Gran Bretaña tenía una obligación de honor, pero su gabinete no se mostró de acuerdo. El 1 de agosto tuvo que decir al embajador francés que París debía decidir por su cuenta cómo iba a responder al ultimátum de Alemania, sin dar ninguna seguridad del apoyo británico.

El día crucial para el gabinete británico fue el domingo 2 de agosto, durante el cual se reunió tres veces y decidió actuar contra una violación sustancial de la neutralidad belga e impedir que la armada alemana atacara a los barcos o la costa de Francia. Esto era a lo más a lo que podía llegar en conformidad con lo acordado con París, y como los alemanes estaban dispuestos a mantenerse fuera del canal de la Mancha no era algo que hubiera podido desencadenar la intervención de Gran Bretaña[93]. En cuanto a Rusia, ni siquiera Grey habría sido

favorable a participar en una guerra confinada al este de Europa. Temía desde luego que si Francia y Rusia ganaban y Gran Bretaña permanecía neutral, esta se viera expuesta a las represalias de los socios a los que había abandonado, y que la India fuera vulnerable a la agresión zarista[94]. Pero esas preocupaciones fueron marginales a la decisión del gabinete, que se centraron en la seguridad británica frente a Alemania y el inminente ataque contra Bélgica. Las consideraciones partidistas, sin embargo, también tuvieron su papel. Gran Bretaña fue la única potencia que debatió en el Parlamento la cuestión de la entrada en la guerra, y aunque los Comunes no la votaran, su apoyo era esencial. Desde 1910 los liberales tenían una mayoría solo unidos al Partido Laborista y a los nacionalistas irlandeses, y la política británica había pasado una época muy turbulenta. Los liberales se habían enfrentado a los unionistas aboliendo el veto legislativo absoluto de la Cámara de los Lores, y se habían visto acosados por la actividad de los sindicatos y la agitación de las sufragistas en pro del derecho al voto de la mujer. Sobre todo, la ley del Home Rule que establecía un Parlamento autónomo en Dublín había provocado la oposición vehemente de los protestantes del Ulster, que amenazaron con el empleo de la fuerza y recibieron el apoyo de los unionistas. En 1914 los ciudadanos del Ulster y los nacionalistas irlandeses estaban volcados en la realización de entrenamientos militares y en la importación de armas, y cuando el gobierno se mostró dispuesto a reprimir a los protestantes varios oficiales del ejército se comprometieron a presentar su dimisión antes que participar en la acción. Durante el mes de julio de 1914, hasta que se tuvo noticia del ultimátum de Austria, la prensa y el gobierno habían centrado la atención no en los Balcanes, sino en Irlanda. Pese a todo, y aunque Asquith se sintió muy aliviado al ver que el apoyo de todos los partidos a la intervención atajaba los desórdenes civiles, nada de

ello hace suponer que el gabinete optara por la guerra como antídoto contra los conflictos internos. Antes bien, el gobierno temía que interrumpiera el abastecimiento de alimentos en Inglaterra e intensificara la lucha de clases. Al principio retuvo dos divisiones de la BEF, en parte como medida de precaución contra los disturbios. Más significativo como influencia en el ámbito interno fue el abismo que separaba a liberales y unionistas, pues muchos ministros pensaban que el extremismo de estos los había incapacitado para el desempeño de su cargo. Pero el 2 de agosto, su líder, Andrew Bonar Law, insistió en que Gran Bretaña debía salir de una vez en apoyo de Francia y de Rusia. Grey amenazó con dimitir si no se daban garantías a Francia y a Bélgica, y Asquith se mostró dispuesto a acompañarlo. Así pues, si el gabinete insistía en la neutralidad era probable que se dividiera y diera lugar a una coalición de los unionistas y de los liberales partidarios de la intervención, con lo que Gran Bretaña habría entrado de todas maneras en el conflicto. Por el contrario, apoyar la intervención prometía salvaguardar la unidad del partido y las carreras de los ministros, así como proteger los principios liberales en tiempos de guerra. A falta de una sublevación del gabinete contra Grey y Asquith (la actitud de Lloyd George fue fundamental en este sentido), la oposición dentro del partido se vino abajo de repente[95].

El gobierno contó además con la ayuda que supusieron las expectativas en torno al tipo de guerra que haría Gran Bretaña. El 2 de agosto, los ministros deliberaron en la idea de que la BEF no iría a Francia; la decisión de enviarla al otro lado del canal fue tomada tres días después por una comisión del gabinete. La contribución de Gran Bretaña había sido tradicionalmente naval, colonial y financiera, y quizá habría supuesto el envío de una pequeña fuerza profesional al continente. Si la lucha se prolongaba, el Almirantazgo creía que podría mantener el dominio de los mares y perjudicar la

economía de Alemania con más eficacia que Alemania a la economía británica[96]. Grey sabía por sus propias apreciaciones y por las de Henry Wilson, el director de operaciones militares del Departamento de Guerra, que el envío de la BEF podía afectar al equilibrio entre Francia y Alemania y que tenía que hacerse a toda prisa. Lord Kitchener, el heroico militar que había conquistado Sudán y había ayudado a aplastar a los bóers, había sido ascendido a secretario de Estado para la Guerra y preveía un conflicto que duraría dos años o más, pero esta perspectiva era excepcional[97]. Al igual que otras potencias, Gran Bretaña había dado un salto en el vacío, si bien las ilusiones la habían ayudado a hacerlo.

Este último punto nos conduce a otro más general: la facilidad con la que la oposición a la entrada en la guerra se desintegró en toda Europa. Los gobiernos pudieron acabar con la paz únicamente por la debilidad de las fuerzas políticas contrarias a la guerra y porque contaron con el beneplácito de la mayoría de la población. En general, la oposición a la ruptura de las hostilidades se centró en los movimientos sindicalistas y socialistas. Gran Bretaña era una excepción porque la Federación sindical británica (TUC, por sus siglas en inglés) estaba menos politizado que las organizaciones homólogas del continente, mientras que el Partido Laborista todavía no se había comprometido con el socialismo y los liberales lo superaban como principales abanderados de la izquierda. Hasta el 2 de agosto, la oposición a la intervención británica fue generalizada. La ciudad de Londres sentía pánico ante semejante perspectiva; lord Rothschild instó al *Times* a bajar el tono de sus líderes intervencionistas (pero su propuesta fue rechazada) y el gobernador del Banco de Inglaterra suplicó a Lloyd George que mantuviera a Gran Bretaña fuera del conflicto. Todos los periódicos liberales y algunos unionistas se oponían a la intervención, lo mismo que tres cuartas partes de los diputados

liberales (según Asquith) y los asistentes a una imponente concentración en Trafalgar Square. Sin embargo, cuando Alemania amenazó a Bélgica y a Francia y el gabinete adoptó una postura comprometida, los Comunes le dieron rápidamente su beneplácito, dejando a la oposición sin liderazgo y sin tiempo para organizarse. Charles Prestwich Scott, el director del *Manchester Guardian*, partidario hasta entonces de la neutralidad, pensó que desde el momento en que Gran Bretaña se había metido en la guerra, lo importante era que ganara, aunque luego fuera preciso investigar los hechos. La ambivalencia en torno a la intervención existió desde le primer momento y saldría a la superficie más adelante, alimentando las sospechas de que la empresa había sido deslucida desde el principio[98].

En el continente existía un mecanismo para coordinar la resistencia a través de la Segunda Internacional socialista, fundada en 1889. Los partidos integrados en ella no lo utilizaron, del mismo modo que los gobiernos no utilizaron el Concierto de Europa, y en parte por razones similares[99]. La Segunda Internacional excluía a la izquierda no socialista, así como a los sindicatos, de cuya asociación la Secretariado Internacional de Federaciones Sindicales Nacionales (ISNTUC, por sus siglas en inglés), fundada en 1901, formaba parte la organización central de sindicatos alemanes, pero no el TUC británico ni la CGT francesa[100]. Además, los partidos integrados en ella solían ser más radicalmente antimilitaristas en los países en los que eran más pequeños y estaban más desorientados, como en Rusia y Serbia. Los partidos más fuertes eran la SFIO francesa y el SPD alemán, que eran mucho más moderados, pero cuya cooperación mutua resultó más difícil de conseguir. Los sindicatos franceses eran ideológicamente más extremistas que los alemanes, pero numéricamente más débiles. Los sindicatos alemanes tenían estrechos lazos con el SPD, pero

la CGT mantenía cierta independencia respecto a la SFIO. De ahí que fuera harto improbable que los partidos integrados en la Internacional pudieran traducir sus decisiones en huelgas capaces de paralizar los ferrocarriles y las fábricas de armamento. Las huelgas bien coordinadas afectarían sobre todo a Alemania, pues sus sindicatos eran los más fuertes. Pero el hecho de que las acciones sindicales quedaran al arbitrio de cada movimiento nacional repercutiría sobre todo en Francia, cuyos trabajadores era más probable que se declararan en huelga. La Internacional intentó arreglar este problema cuando las crisis anteriores a la guerra ya habían empezado, pero se alcanzaron más acuerdos en lo tocante al diagnóstico del mal que en lo concerniente a su remedio. La resolución del Congreso de Stuttgart de 1907 culpaba al capitalismo de generar la guerra, pero no respaldó ninguna acción concertada ante una eventual amenaza de guerra, en buena parte debido a la resistencia alemana. El movimiento retrasó una y otra vez la decisión final sobre el tema, y mientras tanto la resolución de Stuttgart siguió vigente. El 29 de julio de 1914, los representantes de los líderes del partido acudieron a Bruselas para una reunión de emergencia convocada por la secretaría de la Internacional (el «Buró»), aunque encontraron poco terreno en común y delegaron la acción para un congreso especial. Pero nunca llegó a reunirse.

La Internacional podía ofrecer una coordinación solo si los líderes de los partidos nacionales lo deseaban. No tenía poder para obligarlos a aceptarla. En 1914 Jaurès y sus homólogos alemanes mostraron cierta autocomplacencia. La sucesión de crisis resueltas pacíficamente había sugerido a algunos teóricos la idea de que en el capitalismo moderno la guerra era anacrónica. Es más, los propios Marx y Engels habían dado su beneplácito a las guerras que consideraban históricamente progresistas, y para la SFIO una guerra contra Alemania —y para el SPD una guerra contra Rusia— quizá cumpliera esos requisitos. Además,

la ideología no fue la única consideración. Marx y Engels no servían demasiado de guía en materia internacional, y los partidos francés y alemán se mostraron muy eclécticos a la hora de seleccionar las fuentes de sus tesis. Los dos aceptaron la idea de que una guerra en defensa propia era justificable, y la guerra de 1914 parecía serlo, no ya el producto del imperialismo capitalista denunciado en Stuttgart. A partir del 25 de julio, el SPD organizó grandes manifestaciones contra la guerra, pero muy tranquilas, mientras que en las reuniones secretas mantenidas con los ministros sus líderes señalaron que su actitud dependería de que la guerra fuera de carácter defensivo o en apoyo de la agresión de Austria. La movilización de Rusia les hizo recobrar el sentido y frenar el movimiento popular, y la táctica de Bethmann de esperar a dejar en evidencia a Rusia resultó justificada y casi todos los diputados del SPD del Reichstag votaron el 4 de agosto a favor de los créditos de guerra. Calcularon que la resistencia resultaría inútil y que, si eran suprimidas, sus organizaciones no tendrían capacidad de proteger a sus miembros en los juicios que se abrirían. También en Francia la SFIO y la CGT al principio organizaron manifestaciones por la paz; el acontecimiento que hizo de catalizador fue el asesinato de Jaurès, perpetrado por un fanático monárquico el 31 de julio. Poincaré dejó a un lado las diferencias existentes en tiempos de paz y honró su memoria, mientras que el líder de la CGT, Léon Jouhaux, pronunció un discurso junto a su tumba en pro de la unidad nacional. El gobierno se encargó de parecer prudente y cauto, y prescindió del «Carnet B», esto es, la lista de izquierdistas que tenía previsto detener. Al final parecería que Francia había sido una víctima tan evidente de la agresión que, de haber vivido, probablemente el propio Jaurès habría apoyado al gobierno. Todos los partidos franceses respaldaron la «unión sagrada» o tregua política y, aunque suspendieron, que no liquidaron, sus diferencias en

tiempos de paz, esperaban obtener con ello réditos políticos, en la idea de que la emergencia sería breve[101].

Una vez obtenido el beneplácito de los partidos socialistas (que, excepto en Rusia y Serbia, votaron en todas partes a favor de los créditos de guerra), la protesta quedó decapitada. Aun así, el entusiasmo patriótico y belicista quedó confinado en buena parte a las grandes ciudades y se produjo después de las concentraciones pacifistas iniciales. Poincaré y Viviani se sintieron aupados por los vivas a Francia y al ejército cuando regresaron a Francia el 29 de julio; dos días después, el entusiasmo de las multitudes en Berlín supuso una lección de humildad para Guillermo II y para Bethmann. Pero en general esas manifestaciones influyeron poco en los gobiernos y fueron no ya causa, sino consecuencia de la crisis. En París, Berlín y Londres, los ciudadanos se congregaban ante las oficinas de los periódicos a la espera de las últimas ediciones, en vez de reunirse en las casas alrededor de los aparatos de radio, como en los años treinta, o alrededor de la televisión como ocurriría durante la crisis de los misiles cubanos. A partir de esas concentraciones públicas se desarrollaron en las ciudades alemanas las primeras manifestaciones patrióticas, que se iniciaron el 25 de julio y fueron multiplicándose a medida que los acontecimientos se aproximaban a su punto culminante. Sus dimensiones y su carácter masivo fueron muy exagerados por la derecha, que posteriormente elaboraría un mito de unidad nacional trascendente cuando la realidad había sido mucho más moderada. Desde luego, numerosos testigos oculares quedaron impresionados por aquella solidaridad nunca vista. Los comentarios más críticos de la prensa acerca de las manifestaciones, sin embargo, señalaban que sus integrantes eran en buena parte estudiantes de clase media y profesionales jóvenes. Aunque los barrios de clase trabajadora de Berlín hicieron ondear por primera vez los colores de los

Hohenzollern, su estado de ánimo era serio y angustiado[102]. La gente se presentó en masa en los bancos y, presa del pánico, corrió a comprar desaforadamente productos alimenticios en las tiendas. En Francia los informes de las prefecturas y de los maestros de las escuelas indican que en los pueblos las reacciones predominantes ante la noticia de la guerra fueron el sobresalto, la consternación y la incredulidad. Si la gente se mostró más resuelta cuando los hombres marcharon al frente, se debió no a las referencias a Alsacia-Lorena ni a la venganza por la derrota de 1870, sino a la obligación de defenderse del ataque injustificado de un agresor ya bien conocido[103]. Aun así, el consenso nacional en Francia fue más profundo que en Alemania[104]. En Austria-Hungría los socialistas de lengua alemana apoyaron la guerra (como sus homólogos del SPD) por sus sentimientos antirrusos, y en Viena se vieron también multitudes patrióticas. Resulta más sorprendente que los políticos checos se mostraran asimismo leales al principio, lo mismo que muchos eslavos meridionales (en particular eslovenos), aunque los croatas estaban divididos y los polacos temían ser enfrentados a aquellos de sus compatriotas que estaban bajo el dominio de Rusia[105]. Cuando quedó claro que sería una guerra europea y no solo un conflicto antiserbio, los apoyos disminuyeron, pero el talante decidido de la población siguió sorprendiendo a los observadores acostumbrados a la ambivalencia de la monarquía dual. Por último, en Rusia el movimiento huelguista que precedió a la guerra se extinguió (probablemente debido a la detención de sus líderes) y los partidos de la Duma, hasta entonces díscolos, apoyaron en su mayoría el esfuerzo de guerra, aunque en las zonas rurales las comunidades campesinas recibieron la noticia, según se dice, con displicencia: en el mejor de los casos, con resignación, y, en el peor, con miedo e irritación[106].

En todo el continente, los sentimientos predominantes en el

campo y en las ciudades pequeñas —de donde procedían la mayor parte de las unidades y donde seguían viviendo la mayor parte de los europeos— fueron de mayor aprensión y desánimo que en las capitales. Entre los intelectuales, aunque muchos se entusiasmaron ante las manifestaciones de unidad nacional y acogieron la guerra como una oportunidad de limpieza y regeneración, otros la vieron con horror y disgusto por considerarla un retroceso casi increíble al comportamiento más primitivo del ser humano[107]. Estas reacciones no se tradujeron, sin embargo, en resistencia efectiva. En Gran Bretaña el ejército y la marina eran servicios voluntarios y los reservistas que habían vuelto a la vida civil obedecieron la llamada a filas. El movimiento sindical tampoco contempló la posibilidad de impedirlo. En el continente, la movilización dependía de millones de reclutas que debían presentarse en sus unidades. Las autoridades austrohúngaras esperaban que se negara a hacerlo uno de cada diez[108]; los franceses esperaban un índice de resistencia del 13 por ciento. A la hora de la verdad resultó mucho más bajo: en Francia solo del 1,5 por ciento[109]. Únicamente en Rusia hubo una oposición generalizada, principalmente en las zonas rurales. Se produjeron disturbios en la mitad de los distritos del imperio y murieron centenares de personas, aunque al final el índice de aceptación fue del 96 por ciento[110]. No obstante, incluso allí el proceso de movilización y de concentración de las tropas se llevó a cabo generalmente con tranquilidad, y la rapidez con la que se produjo sorprendió a los enemigos de Rusia. En la Europa occidental tanto los franceses como los alemanes se desplegaron en el plazo previsto y la BEF alcanzó a sus objetivos en el norte de Francia por vía férrea antes de que los alemanes se enteraran de que habían cruzado el canal. Con independencia de los presentimientos que tuvieran los europeos antes de ir a la guerra, no hubo que obligarlos mucho para que lo hicieran. Los sistemas de reclutamiento masivo y de

instrucción de los reservistas desarrollados a lo largo de toda una generación habían enseñado a los movilizados lo que tenían que hacer, y la alfabetización generalizada, la prensa nacional y fiestas tales como la celebración de la toma de la Bastilla en Francia o la victoria de Sedán en Alemania habían fortalecido el sentido de comunidad nacional. Cuando este no existía —como entre los polacos y los alsacianos en Alemania, las minorías eslavas en Austria-Hungría, o el campesinado en buena parte de Rusia—, el apoyo popular a la guerra fue problemático desde el principio y luego lo sería todavía más[111]. De momento, sin embargo, en todas partes fue suficiente para que empezaran los combates.

Fueron unos acontecimientos extraordinarios, vistos en su momento y también después como un salto hacia lo desconocido y como el comienzo de una nueva época. ¿Qué hizo que aquel dilatado período de paz se viniera abajo con tanta rapidez? Una respuesta centrada en las características del sistema internacional presenta a las potencias como víctimas; otra que haga hincapié en las decisiones tomadas por los distintos gobiernos las presenta más bien como verdugos. En general, la paz era frágil y esa fragilidad había venido intensificándose cada vez más. Las potencias tenían la capacidad, aunque no necesariamente la intención, de hacer una gran guerra y, dada esa capacidad, siempre cabía la posibilidad de que la hicieran. Ni el Concierto de Europa ni la Segunda Internacional pudieron impedírselo. Una vez puesta en marcha la movilización, los sistemas de reclutamiento y los arsenales de armas acumuladas a partir de 1870 podían causar miles de bajas en cuestión de horas. En la década anterior a 1914 todos los estados mayores reorientaron sus planes de guerra hacia ofensivas inmediatas, y la carrera armamentista hacía que las tropas estuvieran mejor dispuestas. Las crisis recurrentes en el Mediterráneo y en los Balcanes acostumbraron a los gobiernos a

contemplar la eventualidad de la guerra, y a debatir si debían iniciarla o no. Estos factores contribuyeron a difundir la idea (visible a menudo en los documentos militares de la época) de que el enfrentamiento entre los bloques era inevitable[112]. Es probable que no solo esta crisis, sino también las sucesivas debilitaran a los socialistas por inspirar a sus líderes una falsa sensación de seguridad y por animar a otros partidos políticos a unirse en torno a los distintos gobiernos. En 1914 la oposición a la guerra fue perdiendo fuerza, dejando en manos de los hombres de Estado no solo los medios técnicos necesarios para lanzarla, sino ofreciéndoles también, siempre que supusieran manejar con habilidad su iniciación, la seguridad del apoyo de la opinión pública.

Esta situación de estrategias cada vez más ofensivas, de carrera armamentista, de crisis repetidas una y otra vez, y de aclimatación cada vez mayor a la guerra se parece a la de otros períodos tales como la década de 1880, la de 1930, o los momentos de máxima tensión de la guerra fría correspondientes a 1948-1953, 1958-1962 y 1979-1983. Pero esa misma lista de factores concomitantes demuestra que dicha situación no tenía por qué acabar en una ruptura de las hostilidades. Para explicar qué hizo diferente a este período tenemos que volver de las características generales del sistema internacional a las distintas potencias en particular. Hasta ahora se ha hecho hincapié en la iniciativa de los gobiernos, afirmándose que el apoyo popular fue esencial, pero complementario. Para que se produjera la guerra, los gobiernos de uno y otro bando tenían que declararla y poner en marcha sus respectivas maquinarias militares. Puede que la paz europea fuera un castillo de naipes, pero hacía falta alguien que lo desbaratara. A menudo se ha afirmado que la de 1914 fue un ejemplo clásico de guerra iniciada por accidente o por error: que ningún hombre de Estado la quería y que todos se vieron desbordados por los acontecimientos[113]. Hoy día esta

tesis resulta insostenible. Es indudable que a finales del mes de julio el frenético ir y venir de telegramas se hizo abrumador, pero los gobiernos sabían claramente lo que estaban haciendo. Un conflicto general no era el mejor resultado para ninguno de ellos, pero preferían eso antes que cualquier otra alternativa que consideraran peor. Aunque Berlín y San Petersburgo se equivocaron a todas luces en sus cálculos, todas las partes estaban dispuestas a correr el riesgo de entrar en guerra antes que dar marcha atrás[114]. La guerra se desarrolló a partir de una confrontación en los Balcanes en la que ni Austria-Hungría ni Rusia estaban dispuestas a ceder y en la que ni Alemania ni Francia estaban dispuestas a frenarlas. Una vez generalizado el conflicto de la Europa oriental a la occidental, también Gran Bretaña se mostró dispuesta a intervenir antes que ver a Bélgica invadida y a Francia vencida por los alemanes. En Viena, Conrad llevaba ya algún tiempo insistiendo en hacer la guerra a Serbia, pero Francisco José, Berchtold y Tisza solo pasaron a la acción militar de forma gradual, convencidos de que las opciones alternativas eran la ruina y solo tras considerar detenidamente cómo había que emplear la fuerza. En cambio, cometieron la temeridad de no preocuparse por la guerra con Rusia, admitiendo que era probable, pero dando por supuesto que si contaban con la ayuda de Alemania podrían ganarla. Los alemanes se arriesgaron a enfrentarse en una guerra a Rusia y a Gran Bretaña sin saber muy bien cómo iban a derrotar a ninguna de las dos (y utilizando lo que su Estado Mayor sabía perfectamente que era un plan defectuoso contra Francia). Tampoco tuvieron muy en cuenta cómo la guerra iba a poder resolver sus problemas políticos, aunque parece que el káiser contemplaba la idea de que Rusia perdería Polonia y Bethmann pensaba que Francia perdería sus colonias, por más que ambos estuvieran dispuestos a respetar la integridad de Francia en Europa y la de Bélgica (siempre y cuando Gran Bretaña se

mantuviera al margen). Al igual que los austríacos, los alemanes habían buscado soluciones diplomáticas al problema de su sensación de estar cercados y las habían considerado inútiles, y se habían dado cuenta de que se les estaba acabando el plazo solo dos o tres años antes. Pero mientras que para los austríacos el coste de su inactividad parecía evidente —una insurrección interna combinada con una intervención externa en ayuda de los eslavos meridionales—, las amenazas que se cernían sobre los alemanes eran mucho más oscuras. Durante la crisis de julio, Bethmann habló misteriosamente de una futura invasión rusa, pero Alemania estaba más cohesionada y era más resistente que la monarquía de los Habsburgo, y sus fuerzas armadas eran mucho más formidables. El peligro al que se enfrentaba si no hacía nada no era tanto la derrota militar, sino la incapacidad de respaldar sus deseos con una fuerza militar creíble y por consiguiente la pérdida de su estatus de gran potencia: la *Selbstentmannung* («autocastración»), según la reveladora expresión de Bethmann[115]. Antes que admitir tal cosa prefería el riesgo de un estallido en toda Europa. Pero los alemanes no eran los únicos que veían el mundo de esa forma. Las autoridades rusas habían experimentado recientemente una humillación muy dolorosa en el curso de una gran crisis, y también ellos temían ser relegados al estatus de país de segunda si no respondían a la intimidación. En realidad, tanto rusos como franceses y británicos estaban unidos en la sombría idea que tenían de las ambiciones de Alemania. Nicolás II y Sazónov estaban dispuestos a arriesgarse a una guerra antes que a someterse, y en los últimos momentos de la crisis se convencieron de que la guerra llegaría de todas maneras y que lo más importante era prepararse para ella, aun a riesgo de la paz. Cuando franceses y británicos se enfrentaron a las trascendentales determinaciones que llegaron a tomar, la guerra en la Europa del Este era ya un hecho, y a ellos les tocaba

decidir cómo iban a responder. Para Poincaré, y probablemente también para Viviani, era fundamental que Francia no rechazara la alianza con Rusia; de lo contrario, una vez más, se vería abocada al estatus de potencia de segunda, a la pérdida de su independencia y a la vulnerabilidad a los dictados de otros. También a Asquith, Grey y Bonar Law la dominación del continente por parte de los alemanes les parecía amenazadora, a pesar de la distancia mucho mayor que los separaba de ellos, aunque, de no ser por la invasión de Bélgica, consideraciones de *Realpolitik* de ese estilo no habrían asegurado la intervención inmediata de Gran Bretaña. Los británicos se encontraron ante un dilema muy grave. Probablemente estuviera justificada su siniestra interpretación de las ambiciones de Alemania, pero subestimaron —como todos los demás— el coste que iba a suponer frustrarlas. Una vez que la crisis sobrepasó los límites de los Balcanes a todos los países implicados, no les quedaron más que opciones negativas. El Viejo Mundo que las potencias iban a destruir era para todas ellas un entorno mucho más agradable que cualquiera de los que posteriormente pudiera crear la violencia.

Solo los austríacos formularon sus objetivos con claridad, e incluso ellos lo hicieron solo para el ámbito de los Balcanes. Las demás potencias —incluida Alemania— se enfrentaron a la perspectiva de una guerra general inminente de forma tan repentina que no tuvieron tiempo de establecer objetivos políticos concretos, que definieron solo con posterioridad. Combatieron más bien para evitar una situación negativa (la pérdida del estatus de gran potencia) y no vacilaron en sacrificar las vidas y la felicidad de sus ciudadanos hasta el final. En una palabra, lucharon por miedo. Siguen en pie algunas preguntas: ¿por qué los políticos supusieron que la guerra podía aliviar ese miedo? Y sobre todo, ¿por qué los dos bandos pensaron que podía hacerlo? La respuesta se encuentra en parte en la

evolución de la carrera armamentista anterior a la guerra hasta un punto en el que los dos bloques se hallaban más cerca de la igualdad de lo que habían estado tras la derrota de Rusia a manos de Japón. En 1914 franceses y rusos pudieron contemplar la posibilidad de entrar en combate, aunque habrían preferido hacerlo tres años antes. Análogamente, el Estado Mayor alemán creyó que aún era posible la victoria (o así se lo explicó a su gobierno), o al menos que si la lucha era inevitable, más valía no esperar. Los dos bandos estaban a punto de alcanzar el equilibrio (y, de hecho, estaban bastante igualados, como se encargarían de demostrar los tres años que estaban por venir), pero un equilibrio inestable en el que una parte iba hacia arriba, mientras que otra iba hacia abajo, un punto de «transición de poder» más que un equilibrio estable de terror[116]. Esta referencia a la «destrucción mutuamente asegurada» de la guerra fría es un recordatorio de que, por poderosas que fueran las armas de 1914, su empleo no era inconcebible. La posibilidad de la guerra no parecía aún tan destructiva que todos resultaran perdedores y que la «victoria» no significara nada. Los desfiles militares seguían evocando a una visión folclórica de batallas libradas por soldados de uniformes llamativos entre pífanos y tambores[117]. Los puntos de referencia de los distintos gobiernos eran los conflictos europeos de mediados del siglo XIX y algunos choques más recientes como los de 1899-1902, 1904-1905 y 1912-1913. Todos ellos habían acabado definitivamente, aunque sus costes no dejaran de ascender cada vez más. Pero pasar de tales precedentes a las colisiones que se produjeron en Bélgica y en Polonia entre ejércitos de dos millones de soldados requería un esfuerzo de la imaginación difícil de realizar. A la hora de la verdad, una vez que esas dos coaliciones poderosamente armadas y sumamente industrializadas, cuya fuerza era comparable, se enfrentaron entre sí con una tecnología militar moderna, el resultado, al

menos de momento, sería un empate enormemente costoso que lanzó a los gobiernos europeos y a sus desventurados pueblos a un nuevo mundo desolado y cruel.

2

El fracaso de la guerra de movimientos, verano-invierno de 1914

La campaña inicial suscitó toda una nueva serie de cuestiones que vinieron a sumarse a las que ya tenían divididas a las potencias. En las navidades de 1914, los ejércitos beligerantes habían chocado ya en repetidas ocasiones, causando millares de muertos y heridos. Pero en la Europa del Este se encontraban a corta distancia de sus puntos de partida y en el oeste habían llegado a un punto muerto que se prolongaría cuatro años más. Aunque detener el conflicto era casi imposible, ni uno ni otro bando divisaba ningún camino rápido para alzarse con la victoria. Durante aquellos meses dramáticos, la política normal quedó en suspenso. En Francia, que se enfrentaba a una invasión masiva, la Asamblea Nacional aprobó el 4 de agosto los créditos de guerra del gobierno y le concedió poderes para gobernar por decreto antes de abandonar París hasta el mes de diciembre[1]. En Gran Bretaña, el Parlamento votó también la concesión de poderes extraordinarios en virtud de la Ley de Defensa del Reino (DORA, por sus siglas en inglés)[2]. En Alemania, el Reichstag concedió al Bundesrat (que representaba a los gobiernos de los distintos estados) autoridad para actuar por decreto, y la responsabilidad sobre el suministro de alimentos y la aplicación de la ley y el orden se traspasó a los comandantes generales adjuntos (CGA) de los veinticuatro

distritos militares del imperio[3]. La Duma rusa aprobó la suspensión de sus poderes, mientras que en Viena el Reichsrat ya había quedado suspendido anteriormente. La dirección de las operaciones fue encomendada a los gobiernos y a los altos mandos, según les pareciera conveniente, aunque las funciones que los políticos delegaran en sus generales variarían mucho. El comandante en jefe de las operaciones francesas, Joseph Joffre, tenía prácticamente manos libres, mientras que en Alemania Moltke se vio obligado a permanecer siempre en guardia. Al principio, sin embargo, el dinero no supuso ningún impedimento. Los ministros de Finanzas abandonaron el patrón oro en el interior (es decir, el papel moneda dejó de ser convertible en el metal precioso de referencia) para aumentar la emisión de billetes. La mayoría de los gobiernos recibieron préstamos de sus ciudadanos sin dificultad, y lo que resulta más sorprendente, siguieron obteniendo créditos en el extranjero[4]. Durante las primeras batallas los generales consiguieron concentrar los recursos de una civilización próspera en la consecución de la victoria, costara lo que costase. Estas consideraciones hicieron que los primeros cinco meses del conflicto fueran excepcionales. Luego la guerra se normalizó hasta cierto punto.

El Frente Occidental, en el norte de Francia y en los Países Bajos, fue decisivo para la lucha en su conjunto. Allí se enfrentaron cara a cara el ejército francés y el alemán, los más formidables de Europa. Sus planes de guerra han atraído mucho la atención de los estudiosos, cabría decir incluso que más de lo que lo merecerían según la tesis de Helmuth von Moltke el Viejo, que dice que ningún plan sobrevive al primer contacto con el enemigo[5]. Probablemente influyeran en el resultado menos de lo que lo hicieran las fuerzas de cada uno en términos de divisiones y cañones. Pero determinaron el cómo y el dónde tendrían lugar las primeras batallas, y el hecho de que no

alcanzaran sus objetivos hizo que los países beligerantes quedaran desorientados. Los analizaré primero por lo que respecta a Alemania y después por lo que respecta a sus adversarios.

Como los franceses eran demasiado débiles para derrotar a los alemanes, la guerra en Occidente solo podía acabar con rapidez si los alemanes se imponían a sus enemigos. El gobierno alemán se había metido en la guerra con esa esperanza, aunque parece que los expertos alemanes en materia militar no eran tan optimistas. Durante los años veinte, sin embargo, antiguos miembros del Estado Mayor, dedicados por entonces a la labor de historiadores, afirmarían que, cuando era jefe del Estado Mayor (JEM), Schlieffen había desarrollado un plan que habría supuesto ganar la guerra de inmediato si Moltke no lo hubiera deformado o no lo hubiera aplicado mal. Después de la Segunda Guerra Mundial, el «Plan Schlieffen», en forma de memorando escrito en 1905, fue redescubierto por otro historiador, Gerhard Ritter, que, por su parte, lo consideró una apuesta irrealizable e irresponsable[6]. La mayoría de los comentaristas posteriores se han mostrado de acuerdo con él, llegando a la conclusión de que este plan primero animó a Alemania a iniciar la guerra y luego se reveló incapaz de darle la victoria. En la actualidad se pone en duda que el memorando de Schlieffen tuviera demasiada trascendencia[7]. En realidad, el JEM revisó constantemente sus planes de guerra según un ciclo anual (no se ha conservado mucha documentación al respecto), y los cambios fueron graduales. Durante el tiempo en el que ocupó el cargo, de 1890 a 1905, Schlieffen efectuó dos modificaciones fundamentales. La primera fue que no era preciso adoptar una postura defensiva en el oeste con vistas a un contraataque después de repeler una invasión francesa, sino que se debía empezar por atacar en esa zona con el grueso del ejército, si bien al mismo tiempo había que seguir teniendo planes de contingencia para llevar a cabo

primero un despliegue en el este. Schlieffen pensaba que como los rusos estaban acelerando su movilización, resultaría más difícil pillarlos desprevenidos, aunque también los franceses estaban volviéndose más temibles. Su segunda nueva idea fue invadir Francia a través de Bélgica, utilizando así la densa red ferroviaria belga y evitando el riesgo de una dilatada guerra de asedio si se decidía por atacar el complejo de fortalezas de la frontera franco-alemana[8]. Su memorando de 1905 preveía una poderosa ala derecha que se encargara de rodear París por el oeste y de acorralar a las fuerzas francesas por detrás en sus fortalezas orientales. No obstante, advertía que si los franceses escapaban del cerco o si el empuje de los alemanes disminuía, la campaña se haría interminable. Reconocía que la maniobra de envolvimiento que llevaba a cabo sobre el papel con unas fuerzas mucho mayores que las que poseía efectivamente su país, sobrepasaba las capacidades reales de su ejército. El memorando era, por tanto, más una reflexión que un plan operacional, y los estudios de campo llevados a cabo por Schlieffen en 1904-1905 indican que seguía pensando en la posibilidad de mantenerse inicialmente a la defensiva[9].

También el sucesor de Schlieffen dejó abiertas las opciones de Alemania. El plan de Moltke preveía igualmente dirigir su principal esfuerzo hacia el oeste, abandonando en 1913 los trabajos relacionados con el despliegue de fuerzas en el este. Contaba asimismo con violar la neutralidad de Bélgica, y el káiser respaldó esta tesis cuando el ministro de Asuntos Exteriores la puso en tela de juicio[10]. Pero Moltke tenía menos seguridad en sí mismo que Schlieffen y tenía más conciencia política. Actuaba en un ambiente más peligroso, en el que el poder relativo de Francia y de Rusia iba aumentando, mientras que el de Austria-Hungría se había deteriorado, y la intervención de Gran Bretaña parecía probable. No se atrevía a exponer el sudeste de Alemania a una invasión francesa. Por eso

optó por un ala derecha tres veces más fuerte que el centro, en vez de siete veces más fuerte, como había recomendado Schlieffen. Sus asesores y él preveían una lucha larga[11], así que descartó los planes de Schlieffen de invadir Holanda, con la esperanza de mantenerla como una especie de «tubo respiratorio» neutral a través del cual soslayar el eventual bloqueo británico. Este retoque hacía que resultara imprescindible asegurar las rutas que cruzaban Bélgica por carretera y por ferrocarril capturando Lieja en cuanto se declarara la guerra[12]. A pesar de estos cambios, los oficiales del Estado Mayor que dirigieron la campaña occidental de 1914 continuaron siguiendo a Schlieffen en su intento de rebasar a Francia por el flanco mediante la invasión de Bélgica. Pero al hacer eso, como Schlieffen había previsto, se embarcaron en una aventura que estaba por encima de sus recursos.

Pese a hallarse sometido a la aprobación del káiser, el JEM tenía una independencia ilimitada en materia de planificación estratégica, pero las dimensiones, la estructura y el equipamiento del ejército eran asuntos que decidían los ministros de la Guerra de Prusia y de los estados pequeños, responsables ante el Parlamento Imperial y los de los distintos estados. La fuerza resultante era demasiado pequeña. Los países más continentales seguían el principio de que todos los varones adultos estaban obligados a prestar servicio militar, pero pocos lo aplicaban. En 1906 Francia reclutó al 0,75 por ciento de sus ciudadanos (pero a casi tres cuartas partes de los jóvenes físicamente útiles de las correspondientes quintas), Austria-Hungría al 0,29 por ciento, Rusia al 0,35 por ciento, y Alemania al 0,47 por ciento. Pese a tener una población menor (unos 39 millones de habitantes frente a los casi 65 millones de Alemania), Francia pudo alinear en 1914 un ejército casi tan grande como el alemán. Ese mismo año, de los 10,4 millones de hombres de entre veinte y cuarenta y cinco años de Alemania, 5,4 carecían de una instrucción

militar adecuada[13]. Aunque tras las leyes del ejército de 1912 y 1913 el ministro de la Guerra tenía la facultad de llamar a filas cada año a casi la mitad de la reserva restante de hombres que no habían hecho la instrucción, este contingente tardaría años en pasar a engrosar las fuerzas movilizadas. Sin embargo, en una guerra larga Alemania dispondría de una reserva de hombres mucho mayor que Francia, aunque no más grande que la de todas las potencias de la entente juntas. Además, lo que le faltaba al ejército alemán en cantidad de hombres quedaba compensado por la superioridad de su competencia. Entre los motivos de esa superioridad estaba la combinación de la descentralización y el objetivo unificado que proporcionaba el sistema del Estado Mayor, que ofrecía más oportunidades de aprender de los errores que los ejércitos más jerarquizados de la entente[14]. La oficialidad probablemente gozara de más prestigio que en cualquier otro lugar y desde luego atraía a individuos especialmente competentes; ya no era un coto vedado de la aristocracia, y entre 1865 y 1914 el número de nobles existentes entre la oficialidad del ejército prusiano pasó del 65 al 30 por ciento. El ejército alemán tenía tres veces más suboficiales que el francés[15], y sus pertrechos estaban mejor adaptados a las necesidades de la guerra moderna[16]. Los picos y las palas necesarios para la construcción de trincheras eran un elemento habitual en él y los soldados estaban adiestrados para emplearlos. Las unidades de infantería disponían de armas, como los morteros ligeros, que no tenían sus adversarios, y eran las mejor provistas de ametralladoras de toda Europa. En 1914 las divisiones alemanas y las de la entente tenían veinticuatro ametralladoras cada una, pero los alemanes agrupaban las suyas en baterías para hacerlas más efectivas[17]. Contaban además con otras ventajas trascendentales en materia de artillería, que sería el arma más mortífera en la guerra de 1914-1918. Desde la introducción del cañón francés de 75 mm en 1897-1898, todos

los ejércitos importantes se habían pertrechado de cañones de campaña de tiro rápido. El C-96 germano tenía un alcance menor que el cañón de 75 mm, pero los alemanes fueron los únicos que complementaron sus nuevos cañones de campaña con la introducción de obuses de tiro rápido de 105 mm, 150 mm y 210 mm, que eran fáciles de transportar con los troncos de seis caballos habituales en la artillería de campaña. Estas armas disparaban proyectiles más pesados que los cañones de campaña, y con un ángulo de tiro mayor (hasta 45º en vez de 16º), causando una destrucción mucho mayor en las fortalezas y trincheras y en los terrenos boscosos o accidentados en los que se desarrollaron fundamentalmente los combates de 1914[18].

No obstante, en el Frente Occidental los alemanes estuvieron al comienzo de la guerra en inferioridad numérica, como de hecho lo estarían hasta 1918. Un ejército alemán de campaña compuesto por 1,7 millones de soldados aproximadamente se enfrentó a cerca de 2 millones de franceses, así como a un ejército de campaña belga de más de 100 000 hombres y a otro británico ligeramente inferior (al principio) a esa cantidad[19]. La contribución de Bélgica y Gran Bretaña fue, por lo tanto, secundaria. Bélgica era un país rico, dotado de una industria armamentista sofisticada, pero en materia de defensa quedaba muy por detrás de sus vecinos. Aunque en 1913 aprobó una serie de leyes destinadas a doblar sus fuerzas movilizadas de los 180 000 a los 340 000 hombres, la medida no supuso una gran diferencia antes del estallido de la guerra. Su ejército, cuyo período de reclutamiento era solo de quince meses, carecía de profesionalidad y tenía poco prestigio social. En 1914 estaba formado en su mayoría por reservistas llamados a filas precipitadamente[20]. Además, el deseo de Bélgica de preservar su neutralidad había impedido que se llevara a cabo una planificación previa. Joffre elaboró su Plan XVII sin saber si podría desplegar sus fuerzas en el país vecino, y aunque los

británicos intentaron entablar conversaciones militares en 1905-1906 y en 1911, Bruselas las dio por concluidas[21]. El rey Alberto y el primer ministro Broqueville veían a los alemanes como su principal amenaza, pero algunos jefes militares desconfiaban de Gran Bretaña y Francia al menos tanto como de Alemania. Carecían de un plan de concentración preestablecido y tuvieron que improvisarlo.

Los británicos, en cambio, gracias en gran medida a Henry Wilson, a los trece días de la movilización ya tenían preparado con todo detalle el transporte de una fuerza expedicionaria de hasta seis divisiones de infantería y una de caballería al flanco norte del ejército francés, cerca de Hirson[22]. A diferencia de los ejércitos continentales, la BEF estaba formada por militares de carrera con una dilatada hoja de servicios y reservistas bien entrenados, muchos de los cuales habían entrado ya en acción. Disponían de buenos fusiles modernos Lee Enfield y cañones de campaña de dieciocho libras, aunque en lo concerniente al armamento pesado eran bastante débiles. Pero el presupuesto del ejército británico era el mismo desde 1906 (mientras que los de la marina habían aumentado en dos tercios) y los ejércitos de campaña de Francia y Alemania eran casi veinte veces más numerosos que la BEF[23]. Tampoco Joffre había dado por supuesta de antemano la utilización de la BEF, decisión que resultaría muy sabia. En agosto de 1914, Kitchener ordenó a su comandante en jefe, *sir* John French, «apoyar [a Joffre] y cooperar» con él, pero subrayó también que su mando era independiente, que debía consultar con Londres antes de emprender cualquier ofensiva, y que, en general, debía minimizar las pérdidas y utilizar con cautela las únicas tropas profesionales que poseía Gran Bretaña[24].

Por consiguiente, Moltke descargaría su primer golpe fundamentalmente sobre los franceses, cuyo plan de guerra le favoreció, aunque en menor medida de lo que los críticos del

mismo han pretendido[25]. Los políticos consideraban al ejército una amenaza potencial de la república debido a las tendencias monárquicas y clericales de sus oficiales. Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, esas sospechas se habían visto reforzadas por el caso Dreyfus, en el que el ejército acusó erróneamente a un oficial del Estado Mayor judío de espiar a favor de Alemania. Francia tenía un Estado Mayor (el État-Major de l'Armée, EMA), pero, a diferencia de Schlieffen y Moltke, sus jefes se hallaban subordinados al ministro de la Guerra, su mandato era breve, y no estaban al frente del ejército en el campo de batalla. Sin embargo, cuando Joffre fue nombrado JEM en 1911, en el momento culminante de la segunda crisis marroquí, consiguió que le concedieran mayor independencia y fue designado comandante en jefe interino, cargo que obtuvo finalmente en 1914. Como ejemplificaba el Plan XV de 1903, los estrategas franceses proponían una actitud defensiva inicial seguida de un contragolpe en Lorena, donde debía concentrarse el grueso del ejército. El Plan XVI (de 1909) era similar, pero situaba más fuerzas frente a la frontera belga[26]. En aquellos momentos los franceses probablemente supieran más acerca de los preparativos alemanes de lo que estos sabían acerca de los suyos. Preveían que el enemigo lanzaría el principal ataque hacia el oeste y, gracias a la captura de ciertos documentos y a los informes de los servicios de inteligencia acerca de la construcción de los ferrocarriles alemanes, esperaban que lo hiciera a través de Bélgica[27]. La tesis predominante entre ellos, no obstante, era que el ejército alemán se quedaría al sur del Mosa, pues suponían erróneamente que era demasiado pequeño para desplegarse más allá. Esta hipótesis se basaba en la creencia errónea de que los alemanes no iban a utilizar sus formaciones de reserva en el frente, algo que los franceses se resistían a hacer. El predecesor de Joffre había previsto corregir el Plan XVI en el sentido de hacer un uso mayor de las formaciones de reserva para rechazar un ataque

frontal de los alemanes al norte del Mosa, pero la idea había sido rechazada[28]. No obstante, en el Plan XVII, que entró en vigor en abril de 1914, Joffre proponía no un contragolpe, sino «pasar a la batalla con todas mis fuerzas»[29]. Influido probablemente por defensores de la ofensiva táctica y estratégica tales como Ferdinand Foch, que daba clases en la École Supérieure de Guerre, y Loyzeaux de Grandmaison, jefe del Departamento de Operaciones del EMA, lo que quería era un ataque inmediato, con el fin de paralizar el avance alemán antes de que cobrara fuerza. Parte del lenguaje de Foch y de Grandmaison se prestaba a la caricatura al ser un reflejo del «culto a la ofensiva» en el que la fuerza de la voluntad debía prevalecer sobre la potencia de fuego, aunque en realidad el Plan XVII emanara en parte de una apreciación certera que veía cómo el equilibrio estratégico iba cambiando a favor de la entente[30]. Además, el plan no establecía la dirección del ataque, dejándola al arbitrio del comandante en jefe que hubiera en su momento. Meramente como plan de concentración, tenía sus méritos, pues las fuerzas francesas se desplegaban más de lo que lo hacían antes y podían lanzarse contra un avance alemán procedente de Lorena o a través de Bélgica y Luxemburgo[31]. Sin embargo, se reveló un grave error. El gobierno respaldó el principio del ataque inmediato, aunque rechazara (probablemente por temor a enfrentarse a Gran Bretaña) una incursión preventiva en Bélgica. Pero la alternativa de invadir Alsacia-Lorena no tardaría en chocar con unas defensas formidables contra las cuales Joffre desperdiciaría sus fuerzas.

Pese a los inconvenientes del Plan XVII, los franceses empezaron teniendo dos grandes ventajas. La primera era de orden numérico. La ley de servicio militar de tres años de 1913 había aumentado significativamente las dimensiones del ejército permanente, aunque solo debido a la llamada a filas en 1913 de dos quintas de reclutas bisoños en vez de una. Más importancia

tenía el hecho de que, gracias a décadas de reclutamiento intensivo, Francia poseía un profundo depósito de reservistas que permitía a su ejército movilizado igualar casi a su rival por su volumen total y superarlo en el teatro de operaciones de Europa occidental. En segundo lugar, en 1870 la movilización y la concentración de las fuerzas francesas habían sido un proceso lento y caótico, mientras que ahora su eficacia igualó a la de los alemanes (en una labor a todas luces más ardua). Los franceses utilizaron más de 10 000 trenes para la movilización; los alemanes, 20 800 (para transportar 2.070 000 hombres, 11 800 caballos y 400 000 toneladas de pertrechos). Para la concentración, los franceses utilizaron unos 11 500 trenes, que transportaron seis o siete veces más hombres y caballos que en 1870, aunque con un retraso máximo de dos horas. Responsable de semejante éxito fue en parte la capacidad organizativa del EMA, pero además los franceses habían mejorado muchísimo su red ferroviaria, hecho que tendría una importancia capital durante toda la guerra. En 1890 habían igualado a los alemanes en el número de líneas principales que iban a la frontera común entre los dos países, y desde entonces habían mejorado las líneas transversales de comunicación. Podían llevar rápidamente hombres a la frontera y podían desplazarlos también lateralmente[32].

Estas ventajas hacían que fuera harto improbable una nueva derrota de Francia, sobre todo teniendo en cuenta que Rusia se había comprometido a responder con rapidez y que la neutralidad de Italia eliminaba la necesidad de desplazar tropas francesas a los Alpes. Pero el país seguía teniendo graves deficiencias que le impedían asestar el golpe preventivo paralizante que preveía Joffre. Desde 1870 buena parte de los presupuestos para equipamientos se había gastado en la construcción de fortificaciones. Estas, al menos en el gran complejo que rodeaba Verdún, habían sido protegidas con

hormigón armado y torretas retráctiles contra la artillería pesada moderna, aunque muchos fortines más pequeños seguían siendo una presa fácil[33]. La consecuencia de todo ello, sin embargo, fue (como en 1940) la postergación del ejército de campaña. El cañón de 75 mm del que estaba provisto este era superior a su homólogo alemán, pero esa era la única arma de artillería que poseían las divisiones francesas. Debido a la mezquindad del Parlamento y a las rivalidades internas existentes en el Ministerio de la Guerra, los franceses no tenían nada equivalente a los obuses de campaña alemanes. El arma de artillería pesada que organizó Joffre con muchas dificultades después de 1913 disponía solo de unos trescientos cañones, en su mayoría anteriores a las piezas de fuego rápido pirateadas en las fortalezas, y distribuidas por grupos de ejército más que por divisiones. Podía utilizarse el fusil Lebel, aunque era inferior al máuser alemán. Una vez más, por razones de moderación en el gasto y por un conservadurismo inapropiado (achacable más al Parlamento que al ejército), la infantería francesa era la única de Europa que no había adoptado los colores de camuflaje y sería la única que combatiera con un llamativo uniforme azul y rojo. Los historiadores han prestado mucha atención a los zelotes de la táctica ofensiva, que influyeron en la normativa del servicio de campaña de la infantería de 1913[34]. Pero probablemente ese detalle hiciera menos daño que las debilidades básicas: el ejército de campaña francés estaba peor adiestrado y equipado que el alemán y además estaba mal configurado para la tarea que se le había asignado.

El argumento expuesto hasta aquí sugiere que el *impasse* al que se llegó en el Frente Occidental era previsible de antemano. Sin embargo, no estaba predeterminado. Cualquier explicación de lo sucedido en la guerra debe tener en cuenta el papel desempeñado por la suerte, el liderazgo y la moral. Por eficaz que fuera la movilización de los franceses, de poco les habría

servido si sus tropas no hubieran sido capaces de combatir o no hubieran querido hacerlo. En realidad, la guerra comenzó con varias semanas de desastres para los Aliados[*] antes de que su contraataque se hiciera famoso con el nombre de batalla del Marne. El resto de la campaña occidental de 1914 confirmó que aunque los alemanes no fueron capaces de aplastar a sus enemigos, estos tampoco eran capaces de desalojar a los invasores. No es de extrañar que este punto trascendental haya atraído más atención que casi cualquier otro momento de la guerra.

La fase inicial de movimientos fue un curioso interludio más parecido, según muchos, a las guerras del siglo XIX que a lo que vendría después. Las tropas de caballería fueron esenciales para las maniobras rápidas y de reconocimiento, y los alemanes llegaron a desplegar 77 000 soldados de caballería y la BEF incluso unos 10.000. La caballería francesa todavía usaba coraza, y los oficiales británicos seguían llevando sables en el combate[35]. Pero aunque algunos aspectos de esta campaña recuerdan a las caricaturas de las revistas de 1870, las tropas y los oficiales que avanzaban más allá de las últimas estaciones de sus líneas ferroviarias entraban en un mundo desconocido enorme y aterrador. Hoy día parece casi increíble que apenas hace unos noventa años los europeos se dedicaran a destrozar sus respectivos puestos fronterizos para matarse unos a otros en masa, pero el espectáculo no resultó mucho menos perturbador en su época[36]. Sin embargo, la mayoría de las personas silenciaron sus reservas íntimas. Ya el 4 de agosto, los soldados alemanes entraron en Bélgica y dio comienzo la carnicería, incluidas las ejecuciones de civiles[37].

El plan de guerra de Moltke requería que su II Ejército tomara Lieja en cuanto diera comienzo la movilización, para luego avanzar hacia Francia siguiendo el corredor del Mosa. Los doce grandes fortines que rodeaban la ciudad estaban

construidos con hormigón armado y los más grandes disponían de ocho o nueve torretas[38]. Pero las fábricas alemanas de Krupp todavía no habían entregado los cañones modernos que les habían encargado, y las torretas no habían sido actualizadas convirtiéndolas en retráctiles. Los fuertes necesitaban un anillo exterior de defensores situados en fortificaciones de campaña para mantener a la artillería de asedio del enemigo fuera de tiro, y por lo pronto el comandante de la plaza de Lieja, el general Leman, disponía de una división de infantería reforzada de unos 24 000 hombres. No obstante, el 7 de agosto las fuerzas alemanas dirigidas por Erich Ludendorff, que como jefe de operaciones de Moltke hasta 1913 había contribuido en gran medida a la elaboración del plan de guerra y había sido enviado a supervisar su ejecución, asaltó la ciudadela de Lieja y la infantería de Leman no tuvo más remedio que retirarse, dejando la fortaleza desguarnecida. Para bombardearla los invasores desplegaron obuses pesados Skoda de 305 mm prestados por los austríacos, así como los obuses Krupp de 420 mm desarrollados en secreto, que montaron *in situ*. Las bombas lanzadas directamente contra las torretas aplastaron la artillería de los defensores, provocando a veces explosiones internas que arruinaron por completo los fuertes. Antes de que se rindiera el último de ellos, las tropas alemanas atravesaron Lieja y a partir del 18 de agosto, una vez concluida la concentración, se lanzaron en tropel al gran avance hacia el oeste[39].

Moltke estacionó un cuerpo de reserva en Schleswig-Holstein contra un posible desembarco británico, y nueve divisiones de infantería y doce brigadas de la Landwehr (unidades de guarnición compuestas por hombres demasiado viejos o carentes de instrucción para prestar servicio en el ejército de campaña) en Prusia Oriental, pero asignó setenta y ocho divisiones de infantería y diez de caballería, agrupadas en siete ejércitos, al teatro de operaciones del oeste. El complejo de

fortificaciones de Thionville-Metz, en Lorena, hizo de eje central: cincuenta y dos divisiones desplegadas al norte del mismo avanzaron atravesando Luxemburgo y Bélgica, mientras que las situadas al sur permanecieron en sus posiciones[40]. A la derecha el I Ejército de Von Kluck, compuesto por 320 000 hombres, el II de Von Bülow, integrado por 260 000, y el III de Von Hausen, que contaba con 180 000, tendrían que continuar la marcha y enfrentarse a fuerzas mucho más débiles: los belgas, la BEF y el V Ejército francés de Lanrezac, compuesto por 254 000 hombres[41]. Evitando entrar en Holanda y avanzando solo hasta Bruselas, en vez de llegar al mar, los alemanes empezaron por llevar a cabo un vigoroso movimiento por los flancos, aunque todavía no está claro hasta dónde pretendía exactamente Moltke que llegara.

Al principio, los alemanes encontraron poca resistencia, en buena medida debido a la falta de coordinación de los Aliados. El rey Alberto de Bélgica pidió ayuda en cuanto recibió el ultimátum de los alemanes, pero durante el mes de agosto, la cooperación franco-belga brilló por su ausencia. Aunque concentró casi la totalidad de su ejército de campaña, compuesto por seis divisiones, en el río Gette, en el centro de Bélgica, cuando tuvo lugar el avance enemigo, Alberto se retiró al «reducto nacional» fortificado en los alrededores de Amberes. Kluck destacó dos divisiones de reserva para salvaguardar la ciudad, pero durante los dos meses siguientes el grueso de las fuerzas belgas hizo muy poca cosa, privando a los Aliados de su ventaja numérica cuando más la necesitaban. Alberto asignó una división a la defensa de los nueve fuertes del complejo de Namur, a unos cincuenta kilómetros de Lieja remontando el Mosa, pero el 20 y el 25 de agosto los alemanes utilizaron su artillería de asedio para arruinar las defensas de Namur, evitando los asaltos de la infantería[42]. Por el lado francés, Joffre deploró la decisión de Alberto de retirarse en vez de combatir

junto a los Aliados[43]; pero aunque autorizó al V Ejército de Lanrezac a avanzar por Bélgica hasta la línea Sambre-Mosa, prestó poca ayuda a Namur.

Dos factores contribuyeron al error de Joffre, que subestimó el peligro proveniente del norte: su preferencia por atacar en Alsacia-Lorena y su incertidumbre acerca de las intenciones de Moltke. Ya el 8 de agosto, las tropas francesas entraron en la ciudad alsaciana de Mulhouse, cuyos habitantes las recibieron con vítores, aunque pronto se vieron obligados a evacuarla. Una vez completada sus labores de concentración, Joffre envió a Lorena a dos de sus ejércitos, el I y el II, con la esperanza de que llegaran al Rin y distrajeran a los alemanes de su principal ataque. Aunque al principio la operación salió bastante bien, los dos ejércitos de Joffre permanecieron en contacto solo por medio de mensajes telegráficos esporádicos, mientras que los ejércitos alemanes que se les enfrentaban, el IV y el V, se beneficiaron de tener un solo Estado Mayor, eran más fuertes de lo que Joffre pensaba, y fueron replegándose adrede. El 20 de agosto, en la batalla de Morhange-Sarrebourg, las tropas francesas, obligadas a combatir cuesta arriba, se toparon con una granizada de balas de ametralladora y de fuego de artillería dirigido por la aviación. Los alemanes contraatacaron y los invasores se replegaron al otro lado de la frontera, perdiendo 150 cañones y 20 000 hombres, que fueron hechos prisioneros[44]. Pero lo peor estaba por llegar, pues el 21 de agosto Joffre decidió dar el gran asalto. El Plan XVII le concedía total discrecionalidad sobre cuándo y dónde lanzarlo, y lo retrasó mientras sus servicios de inteligencia aclaraban la magnitud y la dirección de la ofensiva enemiga. Aun así, se comprometió demasiado pronto. Sorprendido por la fortaleza del ala izquierda de los alemanes en Lorena y de su ala derecha en Bélgica, dedujo equivocadamente que su centro debía de ser débil. Ordenó al III y al IV Ejército atacar en las Ardenas,

amenazando así el movimiento de flanqueo de Moltke cerca de su eje, mientras que su V Ejército llevaba a cabo un ataque de apoyo en el río Sambre. El resultado fue un desastre múltiple. Las fuerzas francesas que entraron en las Ardenas eran más débiles que las alemanas en la caballería de reconocimiento, y la mañana del 22 de agosto la niebla obligó a su aviación a permanecer en tierra. Avanzando a tientas escalonadamente por los pocos caminos que atravesaban el bosque, los franceses se encontraron no ya con unas fuerzas menores, sino con veintiuna divisiones, frente a las veinte con las que ellos contaban. Sus cañones de campaña de 75 mm eran completamente ineficaces en aquel terreno desigual de bosques y colinas, y el contacto telefónico con la infantería era escaso; no podían compararse con las ametralladoras y los obuses de campaña de los alemanes, que hicieron verdaderos estragos. En la batalla de Charleroi, librada ese mismo día un poco más al noroeste, el V Ejército de Lanrezac no corrió mejor suerte. En este enfrentamiento los dos contendientes avanzaron, los alemanes se encontraron con una fuerza francesa inferior en número que no había preparado su posición, y los contraataques franceses fracasaron sufriendo graves pérdidas[45]. El día 23, Lanrezac decidió retirarse, abandonando los fuertes de Namur que le quedaban y abriendo una fisura muy importante (literal y metafóricamente) entre él y los británicos. A petición de los franceses, estos habían situado la BEF en los alrededores de Maubeuge (avanzando más de lo que habían planeado en un principio) y le habían ordenado entrar en Bélgica, donde se desplegó detrás del canal Mons-Condé. El 23 de agosto arremetió allí contra ella el I Ejército de Kluck. La caballería alemana no había visto a los británicos (pues la niebla había vuelto a dejar ciega a la aviación), y los alemanes, asustados, iniciaron un ataque desorganizado contra unas tropas experimentadas que se hallaban protegidas por las casitas de los mineros y los montones de escoria, y cuyos fusiles Lee Enfield

disparaban quince balas por minuto. Dos divisiones británicas mantuvieron a raya a otras seis alemanas, infligiéndoles el triple de bajas de las que ellas sufrieron (1850)[46]. Sin embargo, por la tarde, los obuses alemanes entraron en acción y los británicos a duras penas habrían podido resistir aunque no se hubieran visto obligados a replegarse durante la noche debido a la retirada de las fuerzas de Lanrezac, autorizada por este sin consultarles. Desde luego no ayudó mucho el hecho de que los franceses supusieran erróneamente que el comandante de la BEF había recibido el mandato de obedecer las órdenes de Joffre, pero además *sir* John French, pese a la popularidad de que gozaba entre sus subordinados, demostró en 1914 que era un hombre muy inseguro y demasiado propenso a dejarse influenciar por los antagonismos personales, uno de los cuales lo había llevado a malquistarse con Lanrezac. En cualquier caso, el éxito conseguido por la BEF retrasando el avance de los alemanes quedó en nada debido a la debacle total sufrida por los Aliados en la batalla de las Fronteras (como pasarían a ser conocidos colectivamente los choques de los días 20-24 de agosto). A finales de ese mismo mes, ya habían caído unos 75 000 franceses (27 000 solo el día 22) y el número total de muertos y heridos de esta nacionalidad ascendía a 260 000, frente a las pérdidas mucho menores de los alemanes[47]. El día 24, Joffre informó a su ministro de la Guerra que el ataque general había fracasado definitivamente y que los Aliados debían pasar otra vez a la defensiva[48].

Cuando los Aliados comenzaron su Gran Retirada, dio la impresión de que los alemanes estaban más cerca de la victoria de lo que llegarían a estarlo nunca. Pero aunque los invasores habían rechazado a sus oponentes, estos se retiraron con tanta rapidez que evitaron verse cercados, haciendo en poco tiempo buenas sus pérdidas. En cambio, a medida que los alemanes avanzaban, las deficiencias logísticas inherentes al Plan

Schlieffen-Moltke supusieron para ellos un desgaste enorme[49]. Muchos de esos problemas los sufrieron todos los grandes ejércitos invasores de 1914. Una vez alcanzadas las estaciones fronterizas que marcaban el final de trayecto de las líneas ferroviarias, las tropas tenían que marchar cargadas con una impedimenta muy pesada y calzadas con botas durísimas en medio de un calor abrasador. En esas condiciones los hombres de Kluck llegaron a recorrer 500 kilómetros en un mes[50]. Se necesitaban hombres o caballos para transportar los pertrechos, pues todo el ejército alemán disponía solo de unos 4000 camiones y antes de llegar al Marne el 60 por ciento de ellos se habían averiado[51]. A medida que los alemanes iban adentrándose en Bélgica, fueron chocando con el sabotaje sistemático de las líneas ferroviarias, aparte de la destrucción de todos los puentes del Mosa y de la mayoría de los túneles. A comienzos de septiembre, solo unos 500 o 600 de los más de 4000 kilómetros de la red ferroviaria belga estaban de nuevo operativos, el ejército de Kluck estaba a unos 130 kilómetros de su cabeza de línea más próxima, y Bülow a casi 200[52]. Una vez puestas de nuevo en circulación las líneas, se daría la máxima prioridad a la munición y el ala derecha recibiría suministros adecuados, mientras que las tropas, obligadas a marchar a través de una zona agrícola fértil en pleno verano, recurrirían a las requisas para alimentarse (aunque curiosamente se notó una importante falta de pan). Los caballos, sin embargo, cuyas exigencias eran mucho mayores, no podían mantenerse solo a base de forraje: el grano verde los hacía enfermar, y escaseaban los veterinarios. Como los 84 000 caballos de Kluck necesitaban casi un millón de kilos de pienso al día, los caminos se llenaron de animales moribundos y de cañones abandonados. Los alemanes tampoco pudieron compensar sus pérdidas humanas, pues los soldados caían víctimas del agotamiento y de las heridas. En el mes de septiembre, muchas unidades habían

quedado reducidas a la mitad de las fuerzas de las que disponían en un principio[53].

Este tipo de avance desordenado también dificultó las comunicaciones. Los franceses podían utilizar su denso sistema telegráfico, que había quedado intacto, mientras que los alemanes sufrirían —de forma mucho más aguda— los problemas que ya habían dificultado el avance francés por Lorena. El 29 de agosto, Moltke adelantó su cuartel general de Coblenza a Luxemburgo, pero todavía se encontraba demasiado lejos para llegar convenientemente por carretera hasta donde se encontraban los mandos de su ejército y hasta el 11 de septiembre ni él ni su jefe de operaciones, Gerhard Tappen, pudieron visitar a ninguno. Los mandos se comunicaban entre sí por medio de enlaces a caballo o en moto o por radio, pero había pocos equipos de radiofonía sin hilos, los que había eran muy voluminosos y difíciles de usar, y en vez de perder tiempo cifrando los mensajes, los alemanes solían enviarlos a las claras, permitiendo a los franceses su interceptación. Entre los meses de septiembre y noviembre, los Aliados leyeron unos cincuenta mensajes radiofónicos alemanes, lo que pone de manifiesto la debilidad del sistema de mando de sus enemigos antes de la campaña del Marne y las intenciones que tendrían durante la posterior «carrera hacia el mar»[54].

Además de las dificultades en materia de suministros y comunicaciones, las decisiones de sus mandos deterioraron la superioridad de los alemanes. A medida que avanzaban, iban destacando tropas encargadas de vigilar sus líneas de aprovisionamiento y de reprimir a la resistencia indómita. Se liberó un cuerpo de ejército para proteger Amberes y otro para sitiar Maubeuge, así como una brigada para defender Bruselas. Suele decirse que en Amberes los alemanes estorbaron las actividades de unas fuerzas belgas más numerosas, pero aquella decisión debilitó todavía más su flanco derecho, al igual que

otras dos acciones que serían muy criticadas retrospectivamente. Primero, tras la victoria de Morhange-Sarrebourg, Moltke ordenó que su flanco izquierdo llevara a cabo una ofensiva en Lorena, para mayor sorpresa del comandante en jefe de su VI Ejército, aunque los planes elaborados antes de la guerra permitieran que se diera ese contragolpe. Moltke envió ni más ni menos que dieciséis divisiones para que atacaran los alrededores de Nancy, pero con ello no impidió que Joffre trasladara varias unidades del este al norte[55]. Al parecer, Moltke creyó que no podría hacer semejante cosa porque las líneas ferroviarias habían sido destruidas. En realidad, probablemente habría podido trasladar tropas de su flanco izquierdo al derecho con rapidez suficiente para que la diferencia resultara significativa antes de la batalla del Marne, pero hasta el 5 de septiembre ni siquiera lo intentó[56]. La segunda decisión de Moltke, tomada el 25 de agosto, fue trasladar tres cuerpos de ejército (dos de los cuales efectivamente se marcharon) para hacer frente a la invasión rusa de Prusia Oriental; lo cierto es que cuando llegaron a su destino, descubrieron que los rusos ya habían sido derrotados. Posteriormente admitiría que aquella decisión fue un grave error, que parece achacable en parte al exceso de confianza de su Alto Mando (la Oberste Heeresleitung, OHL) en que la batalla del oeste estaba prácticamente ganada[57]. Algunos de esos refuerzos procedían directamente del II Ejército de Bülow, pero este aseguró que podía prescindir de ellos, y Moltke se fio de su opinión[58].

Las acciones de Moltke en aquella coyuntura indican que estaba decidido a proteger el territorio de Alemania, tanto en Prusia Oriental como en Alsacia, pero que quería asestar el golpe allí donde le pareciera que el enemigo era más débil, en vez de jugárselo todo en su flanco derecho. De hecho, sus órdenes generales del 27 de agosto preveían atacar a lo largo de toda la línea. Su IV y su V Ejército debían avanzar hasta la Lorena

francesa mientras que su flanco derecho giraba hacia el sudoeste, el I Ejército debía hacerlo hacia el bajo Sena y el II hacia París[59]. Aquella fue su orden más ambiciosa y el concepto que se ocultaba tras ella sigue estando oscuro, aunque la orden complementaria del 2 de septiembre ponía de manifiesto que su principal preocupación era no ya conquistar la capital, sino rebasar por los flancos al ejército francés. Así pues, ordenó a Kluck avanzar hacia el sudeste (y por lo tanto, hacia el este, no hacia el oeste de París) para proteger el flanco de Bülow cuando este se lanzara en persecución de los franceses, aunque en realidad su orden venía a respaldar el giro hacia el sudeste que Kluck ya había iniciado. Como suponía que había hecho su tío en 1870, Moltke cultivaba un tipo de liderazgo delegado, haciendo en parte virtud de la necesidad en vista de la lentitud de las comunicaciones con sus mandos. Delegó en Kluck y Bülow la responsabilidad de la tarea. Kluck no se puso a las órdenes de Bülow hasta el 29 de agosto, pero luego fue eximido de esa obligación, creándose así un vacío de poder en el flanco derecho, al frente del cual no estaba ni Moltke ni ninguno de sus subordinados. Los alemanes no tardarían en comprobar que semejante situación era una fuente segura de disgustos.

Mientras los alemanes perdían fuerza, los Aliados se recuperaban. Durante la Gran Retirada dos batallas obligaron a los invasores a detenerse. Pasada Mons, la BEF en retirada se dividió en los dos cuerpos que la formaban para pasar a ambos lados del bosque de Mormal. El 26 de agosto, el oficial al mando del II Cuerpo, Horace Smith-Dorrien, defendió su terreno en la batalla de Le Cateau con 55 000 hombres frente a los 140 000 del ejército de Kluck. Aunque impuso un retraso al avance del enemigo, bastante suerte tuvo con escapar (gracias a la ayuda de los franceses) y sus hombres sufrieron 7812 bajas[60]. Más significativa resultó la prueba a la que fue sometido el II Ejército de Bülow por el V Ejército francés tres días después en

Guise, teniendo primero Kluck que modificar su dirección hacia el sudeste para responder a la petición de ayuda de Bülow. Pero lo que se oculta detrás de este período es la concepción y la realización del plan de repliegue de Joffre. Por un lado, no tuvo compasión a la hora de apartar a los generales más viejos y menos competentes, y a comienzos de septiembre una tercera parte de los mandos de mayor graduación habían sido reemplazados a consecuencia de su destitución o por haber caído en el frente[61]. Por otro lado, ya el 24-25 de agosto pensó en pivotar alrededor de Verdún, retirando su ala izquierda con el fin de ganar tiempo mientras constituía una nueva fuerza procedente del flanco derecho y del interior de Francia, que fuera capaz de rebasar a los alemanes por el oeste. «Nuestro principal motivo de intentar aguantar», escribiría más tarde, era la esperanza de que Moltke distrajera parte de sus fuerzas contra los rusos, aunque hasta el 31 de agosto la inteligencia francesa no informó de la existencia de trenes militares alemanes dirigiéndose hacia el este[62]. Entretanto, los franceses usaron su red ferroviaria transversal para trasladar a sus tropas desde el norte hacia el oeste[63], donde empezó a formarse alrededor de Amiens el VI Ejército, de nueva formación, al mando de Michael-Joseph Maunoury, que amenazaba las líneas de comunicación de Kluck.

Para llevar a cabo su recuperación Joffre se enfrentó a dos grandes obstáculos. El primero era *sir* John French, que estaba acostumbrado a las guerras coloniales y había recibido la orden de conservar su ejército. Trastornado por las pérdidas sufridas en Le Cateau, se negó a participar en lo de Guise. El 30 de agosto le dijo a Joffre que tenía la intención de retirarse detrás del Sena a descansar y ponerse en forma. Tras el comprensible llamamiento de Joffre a Henry Wilson, el Gabinete de Guerra envió a Francia a Kitchener, que se reunió con *sir* John French el 1 de septiembre e insistió en que mantuviera la disciplina y se

ajustara a los movimientos del ejército francés. *Sir* John fue desautorizado por una decisión política (algo que no le perdonaría nunca a Kitchener), y en consecuencia la BEF haría una contribución muy significativa a la batalla del Marne[64]. El segundo problema de Joffre era la amenaza que se cernía sobre París. En un principio había tenido la intención de contraatacar al norte de la ciudad, en la línea Amiens-Laon-Reims, pero los alemanes avanzaron con demasiada rapidez[65]. Parecía que se encaminaban directamente a la capital de Francia, donde el 26 de agosto se había formado un gobierno de coalición y el nuevo ministro de la Guerra, Alexandre Millerand, realizó una extraña intervención en el campo de la estrategia. Joffre estaba interesado fundamentalmente en crear una nueva fuerza de campaña, pero Millerand insistió en que se añadieran a la guarnición de París algunos elementos del VI Ejército, aunque el gobierno abandonó temporalmente la capital el 2 de septiembre para trasladarse a Burdeos. Así pues, la orden de defender París complicó la estrategia de los franceses, mientras que la proximidad de la ciudad del Sena logró mantener a flote a las tropas alemanas exhaustas. No obstante, el objetivo primordial de Kluck y Moltke era el ejército de Francia, no su capital. Su decisión de desviarse hacia el este probablemente librara a París de sufrir una batalla campal en sus barrios periféricos que Joffre no habría tenido fuerzas para evitar.

Mientras los alemanes se precipitaban al interior de una bolsa limitada por París y Verdún, los Aliados deliberaban cuál sería el momento oportuno de contraatacar el flanco oeste de Kluck, que era el más expuesto[66]. Luego los comentaristas franceses discutirían si había sido Joffre o el general Joseph Gallieni, el gobernador militar de París, el primero en ver esa oportunidad. Probablemente fuera Gallieni, quien, tras recibir el 3 de septiembre un informe de la aviación aliada que decía que Kluck había girado hacia el este desviándose de París, ordenó al

VI Ejército de Maunoury que se preparara para atacar. Joffre, sin embargo, recibió una confirmación independiente del giro dado por los alemanes a través de las interceptaciones de las comunicaciones por radio, e incorporó la propuesta de Gallieni a una orden más general fechada el 4 de septiembre que hablaba de una ofensiva general para el día 6. Tras una emotiva entrevista con Joffre, *sir* John French prometió que su BEF tomaría parte en ella. La información de Joffre decía que sus tropas habían recuperado las pérdidas sufridas, que su moral era alta, y que no veían la necesidad de seguir retirándose. El comandante en jefe del ejército francés planeó atacar los dos flancos desde París y desde Verdún y al mismo tiempo resistir en el centro. Pero la refriega dio comienzo un día antes cuando algunas unidades del I Ejército de Kluck y del VI Ejército de Maunoury chocaron en las proximidades del río Ourcq, y lo que ha pasado a la historia como la batalla del Marne (expresión acuñada por los franceses) en realidad consistió en una serie de enfrentamientos relacionados entre sí a lo largo de un frente de más de 150 kilómetros en los que ambas partes actuaron a la ofensiva y buena parte de la lucha favoreció a los alemanes.

En el este el movimiento de pinza de los franceses desde Verdún no llegó prácticamente a nada y los alemanes intentaron aislar la plaza asaltando las fortificaciones situadas al sur a lo largo de las colinas del Mosa. Pero no lo lograron, y en consecuencia, de haberse replegado, habrían tenido que hacerlo al norte del Marne, a una línea situada por detrás del río Aisne[67]. En el sector central de la batalla, en los pantanos de Saint-Gond, el II Ejército alemán frenó una ofensiva del IX Ejército francés, que acababa de ser constituido, al mando de Foch, obligándolo a retroceder hacia el Sena. Por el oeste, a lo largo del Ourcq, el comandante del 2.º Cuerpo de Kluck, Von Gronau, logró retener la cima de una colina al norte de Meaux y repelió los ataques de Maunoury, mientras Kluck enviaba en su

ayuda a marchas forzadas otros dos cuerpos procedentes de su flanco este. A pesar de los refuerzos enviados en taxis desde París por los franceses (en un célebre episodio), el 8 de septiembre también aquí los combates fueron poniéndose a favor de los alemanes. La única excepción a la regla se produciría a lo largo del Grand y del Petit Morin, dos afluentes del Marne por su izquierda. Allí el traslado de tropas hacia el Ourcq ordenado por Kluck abrió una brecha entre su ejército y el de Bülow, por la que logró meterse cautelosamente la BEF sin encontrar apenas resistencia. El ala derecha de los alemanes había quedado tan desgastada que en la mitad occidental del campo de batalla los Aliados, reforzados a consecuencia de los movimientos por vía ferroviaria ordenados por Joffre y del acoso al que sometieron a *sir* John French el propio Joffre y Kitchener, llegaron a gozar de una ventaja numérica de quizá treinta divisiones frente a veinte[68]. Además, los franceses habían mejorado su táctica. Utilizaron cañones de 75 mm escondidos que disparaban con ayuda de la aviación para rechazar los ataques alemanes y apoyar los suyos, aunque al actuar de ese modo malgastaran la mayor parte de sus municiones. Pues bien, sus reservas de bombas de 75 mm, que en el momento de la movilización sumaban 530 000, el 5 de septiembre habían quedado reducidas a 465 000, y diez días después a solo 33.000[69]. La artillería de campaña alemana, mientras tanto, había empezado a quedarse sin munición[70]. No obstante, pese a su superioridad numérica, al hecho de contar con tropas recién llegadas, y al consumo masivo de munición, los franceses se vieron obligados a retroceder. Si hubieran dispuesto de unos días más los alemanes probablemente habrían podido neutralizar el contraataque de Joffre, instalándose cómodamente a cortísima distancia de París y de la gran vía ferroviaria que unía la capital y Lorena[71]. Pero para la OHL el cuadro resultaba mucho más sombrío, y el 8-9 de septiembre decidió poner fin a la acción. No es exactamente

que Moltke se librara de una derrota inminente, pero es casi indudable que habría podido asegurarse una situación mejor si hubiera aguantado un poco más.

La retirada alemana se debió en buena parte a errores de percepción y de comunicación. Kluck y Bülow tenían unos estilos contrapuestos de ejercer el mando, siendo el primero más optimista y agresivo. La comunicación por cable entre los escasos 60 kilómetros que los separaban no se estableció hasta el 9 de septiembre por la tarde, cuando ya se habían tomado las decisiones cruciales[72]. No podían darse órdenes uno a otro y no disponían de enlaces, de modo que Kluck no le dijo nada a Bülow antes de reforzar su frente en el Ourcq. Tampoco solicitaron instrucciones a Moltke. Pero en cualquier caso, este difícilmente habría podido proporcionárselas, pues se hallaba a casi 250 kilómetros de distancia y no había forma de contactar con él. Entre el 5 y el 9 de septiembre, la OHL no dictó ninguna orden y entre el 7 y el 9 ni Kluck ni Bülow enviaron parte alguno[73]. El día 8 se celebró una larga reunión del Estado Mayor presidida por Moltke en la que decidió mandar al director del servicio de inteligencia exterior de la OHL, el teniente coronel Richard Hentsch, a visitar a los mandos del ejército. La misión de Hentsch se convirtió en el vehículo a través del cual los pesimistas se impusieron sobre los optimistas, y durante años seguiría siendo objeto de controversia. En 1917 una investigación descubrió que Moltke había ordenado de palabra a Hentsch que si el ala derecha había iniciado ya la retirada (el hecho de que la OHL no estuviera segura de ello viene a subrayar su notable ignorancia), debía ponerse al frente de la retirada de modo que se cerrara la brecha abierta entre Kluck y Bülow. Hentsch descubrió que efectivamente Bülow había decidido retirarse detrás del Marne y cuando visitó el cuartel general del I Ejército de Kluck ordenó a este que hiciera lo mismo. La comisión investigadora de 1917 concluyó que no

se había extralimitado en su autoridad, apoyando así a Hentsch frente a Moltke y Tappen, que aseguraban que sí lo había hecho[74]. Probablemente, Hentsch tuviera razón, pero cuando Moltke y él murieron, uno en 1916 y otro en 1918, la historia oficial alemana no llegó nunca hasta el fondo del asunto. Lo que parece claro es que el 8 y el 9 de septiembre Hentsch, que tenía una excelente reputación profesional, pero era conocido por su pesimismo, a quien vio fue a Bülow, que tenía sus mismas tendencias. Se mostraron de acuerdo en que el II Ejército debía retirarse si la BEF cruzaba el Marne (cosa que los aviadores alemanes confirmaron el día 9 que había hecho), y que si el II Ejército se retiraba, el I debía hacer lo mismo, aunque fuera a regañadientes, encargándose Hentsch de comunicar la decisión a Von Kuhl, jefe del Estado Mayor de Kluck. Cuando Hentsch regresó a la OHL, Moltke no le hizo ningún reproche ni rechazó sus decisiones, pero cuando el jefe del Estado Mayor visitó en persona a los mandos del ejército el día 11 de septiembre, ordenó también retirarse al III, al IV y al V Ejército[75]. Moltke era además el más pesimista de todos, un hombre que había dudado siempre de sus capacidades, había abordado superficialmente el problema antes de la campaña y durante el propio desarrollo de la misma, y en septiembre fue víctima de la depresión y la ansiedad hasta tal punto que cuantos lo rodeaban se alarmaron[76]. El contraste con Joffre, hombre aficionado al buen comer y que dormía a pierna suelta, que transmitía un aura de calma monumental, se comunicaba fácilmente con sus generales e interfería a menudo en sus actividades, resulta inevitable. Bien es verdad que, al enfrentarse a la BEF, el comandante alemán se sintió vulnerable y al límite de sus capacidades, pero la caída de Maubeuge el 8 de septiembre hizo que quedara disponible todo un cuerpo de ejército que habría podido llenar el hueco hasta que Kluck derrotara a Maunoury y diera media vuelta para ocuparse de los

británicos. Probablemente no fuera necesario retirarse, lo que no significa que si los alemanes hubieran aguantado, el colapso de los franceses fuera inminente. El resultado más probable habría sido una vez más un punto muerto, aunque para París y Verdún esa situación fuera más peligrosa.

Por otro lado, si los alemanes hubieran resistido, no habrían ocupado una posición natural tan imponente como la cima de una colina de roca calcárea que se elevaba a más de 150 metros sobre el río Aisne, a la que se retiraron entre el 9 y el 14 de septiembre. Moltke ya había hablado de ella a Hentsch como línea de defensa, y ordenó entonces a sus tropas que la fortificaran. La infantería alemana disponía de palas y de ingenieros militares, y llevaban años ejercitándose durante las maniobras en abrir trincheras protegidas por alambre de espino[77]. El 7.º Cuerpo de Reserva llegado de Maubeuge rellenó el hueco existente entre Kluck y Bülow, seguido poco después de otros dos cuerpos procedentes de Bélgica[78]. Mientras tanto, los Aliados avanzaron a pesar del tiempo frío y húmedo (las condiciones atmosféricas cambiaron repentinamente el 10 de septiembre), y de que andaban escasos de caballos y de bombas. Cuando llegaron al Aisne la lluvia les impidió efectuar un reconocimiento aéreo. Lo cruzaron el día 12, pero se vieron obligados a retroceder. Dos días después Joffre ordenó llevar a cabo un ataque frontal, que fracasó casi en todas partes. Con posterioridad, el estratega sostendría que un avance más rápido habría obligado a los alemanes a desalojar su posición antes de recibir refuerzos, algo que tal vez fuera verdad, pero que supone no tener en cuenta el agotamiento de sus tropas[79]. Aunque los combates siguieron durante otros quince días, vista en retrospectiva la del Aisne parece la primera de las batallas paradigmáticas del Frente Occidental, caracterizadas por una sucesión de asaltos infructuosos contra unos defensores bien atrincherados. El éxito de los alemanes arroja más dudas sobre si

realmente habrían sido derrotados, si no hubieran sido víctimas de su propia desorganización. Una vez que unieron sus fuerzas, frenaron a sus enemigos con facilidad. Desde luego, el Marne proporcionó a los Aliados importantes ganancias: la parte de Francia que estaba ocupada pasó del 7,5 por ciento al 4 por ciento del país[80], y algunas ciudades históricas y nudos ferroviarios como Reims y Amiens fueron liberados, aunque no la zona industrial del norte y las minas de hierro de Lorena. Pero por decepcionante que fuera la retirada para las tropas alemanas, la OHL no la vio como un factor que excluyera una victoria rápida, sino como una maniobra capaz de recortar la línea y de posibilitar una segunda intentona[81]. Cuando la línea de trincheras se extendió desde Suiza hasta el canal de la Mancha dio la sensación de haber llegado a un punto de inflexión más significativo. Pero este proceso había empezado ya incluso antes del Marne. En el sector este del teatro de operaciones aparecieron trincheras ya en el mes de agosto y en el momento de la batalla del Marne se extendían desde Suiza hasta Verdún; el 9 de septiembre llegaban hasta el campo de Mailly, y la retirada al Aisne hizo que se prolongaran otros cien kilómetros[82]. Ambos bandos improvisaron precipitadamente los sistemas logísticos necesarios para mantener a cientos de miles de combatientes a campo abierto. Durante las primeras semanas empezó a desarrollarse en el Frente Occidental un punto muerto táctico, que se completó prácticamente al cabo de tres meses y que duraría hasta 1918. Cuando los Aliados descubrieron por fin cómo acabar con él, los alemanes se rindieron casi de inmediato. Todo ello pone de relieve la posibilidad de que el Marne y el Aisne simplemente marcaron el momento del eclipse de la guerra de movimientos que en cualquier caso estaba prácticamente condenada a terminar.

Llegados a este punto debemos volver nuestra vista hacia el Frente Oriental, que ha sido estudiado mucho menos

detalladamente que el Occidental. De las tres potencias que protagonizaron la mayor parte de los combates, los alemanes estacionaron en él a lo sumo una tercera parte de su ejército[83], Austria-Hungría se deshizo en 1918, y la Rusia soviética prefirió olvidar lo que Lenin denunció como un conflicto imperialista. Pero durante casi todo el período comprendido entre 1914 y 1917 prestaron servicio en el este casi tantos hombres como en Francia y Bélgica y también allí se produjo un número enorme de bajas, si bien fueron relativamente más las debidas a enfermedad y menos las causadas por heridas de guerra. Aunque la guerra se ganara o se perdiera en el oeste, el este tuvo repetidamente un impacto decisivo sobre el conflicto en general, empezando por los dos cuerpos de ejército que Moltke desplazó allí a expensas de su flanco derecho en el Marne.

El ejército del Imperio ruso constituía la más grande de las fuerzas contendientes. En agosto de 1914 utilizó veintiuna divisiones de infantería contra Alemania (cuyas divisiones en este teatro de operaciones ascendían a trece) y unas cincuenta y tres contra Austria-Hungría, que alineó treinta y siete divisiones de infantería más pequeñas contra Rusia[84]. El número total de divisiones presentes en este escenario sería aproximadamente tres cuartas partes de las destinadas al Frente Occidental, y Rusia era numéricamente superior a las Potencias Centrales. Pero la fuerza movilizada por el imperio zarista no fue mucho mayor que la de Francia o Alemania, países cuya población era mucho menor. Tradicionalmente, Rusia tenía un gran ejército permanente, encargado de la guarnición de sus extensas fronteras y de la represión interna[85]; además, sus altos mandos creían que para domar a sus reclutas, hombres de cultura rudimentaria y de dudosa fiabilidad, se necesitaba un período de adiestramiento más largo que en el oeste. La ley de servicio militar de 1874 preveía amplias excepciones para las personas cultas, y entre los hombres que quedaban el ejército seleccionaba

por sorteo solo a los que necesitaba. Gran parte del presupuesto iba a parar al suministro de las fuerzas permanentes, pero la totalidad del mismo se había visto limitada entre 1900 y 1909 por la propia pobreza del país y por casi una década de estancamiento económico y de crisis fiscal. Después se produjo una bonanza económica espectacular que permitió a las autoridades gastar más, pero estas siguieron llamando a filas cada año apenas a una cuarta parte de los hombres disponibles, de modo que la reserva que había recibido un adiestramiento de primera clase suponía solo 2,8 millones de soldados, a los que había que añadir un ejército permanente de apenas 1,4 millones[86]. Los reclutas, por otra parte, tampoco estaban particularmente bien equipados. Un motivo de que así fuera era que en 1914 Rusia estaba gastando incluso más que Alemania en su marina, aunque como los astilleros rusos tardaban seis años (frente a los tres que se necesitaban en el oeste) en construir un acorazado, eran pocos los frutos de esa inversión que podían exhibirse. Además, Rusia había gastado mucho más dinero en fortificaciones que en el ejército de campaña propiamente dicho, asunto que provocó innumerables discusiones antes de la guerra, y que se resolvió cuando el ministro de la Guerra, Sujomlínov, decidió que ciertas fortalezas polacas fueran desclasificadas, y muchas otras modernizadas[87]. Sujomlínov era un personaje controvertido que en 1915 fue encarcelado por corrupción y después de la revolución fue condenado por traición. Aunque en definitiva ejerció una influencia reformista, el cuerpo de oficiales estaba dividido entre los que eran protegidos suyos y los que lo odiaban. Sabía que las fortalezas eran vulnerables y habría preferido abandonarlas, pero se vio obligado a adoptar una solución de compromiso. En 1914 disponían de 2813 cañones modernos, mientras que el ejército de campaña tenía solo 240 piezas de artillería pesada móviles[88]. Por consiguiente, al igual que los franceses, los rusos

disponían de muy poca artillería pesada que pudiera ser decisiva para efectuar ataques con éxito. Tenían una cantidad adecuada de buenos cañones de disparo rápido, pero había solo 1000 bombas disponibles para cada uno, a diferencia de los franceses, que tenían entre 1400 y 2000, o los alemanes, que tenían 3000[89]. Análogamente, sus 4,5 millones de fusiles (los Mosin M. 91 de 7,2 mm) eran suficientes para la movilización inicial, pero poco más. Y aunque todos los observadores coincidían en alabar el valor y el aguante de los soldados rasos rusos, contaban con pocos oficiales y suboficiales. En 1903 Alemania disponía de doce suboficiales de reenganche por compañía, Francia tenía seis, y Rusia dos[90]. El «Gran Programa», aprobado en 1914, habría supuesto un aumento de la cuota de reclutamientos anuales de 455 000 a 580 000 hombres, y el reforzamiento de la artillería, pero el estallido de la guerra impidió la realización de este proyecto y también el del acuerdo ferroviario franco-ruso. En su ausencia, el ejército entró en la guerra con muchas de las debilidades de las fuerzas francesas, pero sin la competencia de una red de ferrocarriles de primera. En particular, la Polonia rusa, una cuña incrustada entre Prusia Oriental por el norte y las provincias austríacas de Galitzia y Bucovina por el sur, había sido dejada deliberadamente sin comunicaciones por carretera y por vía ferroviaria, pues las autoridades veían en ella un mero pasillo para la invasión del interior de Rusia, y no un trampolín para el avance hacia el oeste[91]. En 1914 la política rusa de rearme había hecho grandes progresos, pero todavía tenía por delante mucho camino que recorrer.

No obstante, los rusos no asestarían de momento golpes simultáneos contra sus dos enemigos. La adopción de un plan de guerra ofensivo por su parte era reciente. Los buenos tiempos del ejército ruso se hallaban en el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. Desde entonces su atraso tecnológico respecto a Occidente había aumentado. Tras la derrota sufrida a manos de

Japón, sus altos mandos habían aconsejado evitar a toda costa una guerra europea. La reforma militar de 1910 había acelerado la movilización, pero el plan de guerra ruso de 1910, llamado Plan 19, era el más comedido en muchos años. Debido principalmente a la influencia de Yuri Danílov, el principal responsable de planificación operacional del Estado Mayor, preveía una invasión alemana inicial, contra la cual Rusia debía desplegar sus principales fuerzas a la defensiva y a lo largo del extremo oriental del saliente polaco, asignando contingentes más pequeños a enfrentarse a los austríacos. Pero en 1914 esa prioridad se había invertido. Un motivo de ello fue la presión de los franceses a favor de un ataque precoz, pues esperaban que la principal ofensiva alemana fuera dirigida hacia el oeste (como la propia inteligencia rusa verificó). Rusia necesitaba impedir que Francia se hundiera, y en 1911 su jefe del Estado Mayor prometió llevar a cabo una invasión inmediata de Alemania. Pero la presión de sus aliados no fue el único factor que determinó esa decisión. Dentro del ejército ruso había una facción dirigida por Mijaíl Alexéiev, el jefe del Estado Mayor del distrito militar de Varsovia, que, cada vez más segura de sus perspectivas, se oponía a abandonar Polonia y quería atacar a los austrohúngaros, porque dudaban que una invasión de Prusia Oriental pudiera tener éxito y también por la hostilidad que profesaban a sus adversarios tradicionales, los Habsburgo. Así pues, en 1912 Rusia adoptó un proyecto que suponía una revisión total del anterior, el Plan 19 Modificado. La Variante «G» seguía planteando una actitud defensiva si Alemania atacaba por el este, pero la Variante «A» daba por supuesto que era preciso arremeter contra el oeste y disponía ofensivas contra Prusia Oriental y contra la Galitzia austríaca, dirigiendo la mayoría de las fuerzas contra esta última. En 1914 se elaboró un plan, el Plan 20, que preveía una ofensiva dual más temprana y más fuerte, cuya adopción estaba prevista para el mes de

septiembre y que se parecía muchísimo a la llevada a cabo en agosto[92]. A la hora de la verdad, Rusia lanzó dos ofensivas innecesariamente débiles, mientras que casi con toda seguridad más le habría valido resistir en un frente mientras atacaba el otro.

Afortunadamente para los rusos, su principal adversario intentaría también una ofensiva doble, y desde una posición todavía más débil. El presupuesto para el ejército ruso era más del doble del que tenía asignado el ejército común austrohúngaro, y aunque la población de la monarquía dual era superior a la de Francia, la fuerza militar de su ejército era menos de la mitad que la de dicho país. En la monarquía imperial y real era llamada a filas una proporción menor de jóvenes que en cualquier otra gran potencia, y muchos prestaban períodos cortísimos de servicio militar[93]. Mientras que los rusos constituían el grupo étnico mayoritario del ejército zarista, la oficialidad del ejército de los Habsburgo era en sus tres cuartas partes austro-alemana[94], pero los soldados rasos reflejaban fielmente la composición multinacional del imperio. Entre ellos había algunas unidades buenas, como los soldados de infantería de montaña tiroleses, si bien incluso antes de la guerra la fiabilidad de los soldados checos y eslavos meridionales era dudosa. Además, una división del ejército común disponía solo de 42 cañones de campaña (y una de la Landwehr o del Honvéd de 24), frente a los 48 que tenía una rusa, o a las 72 piezas de calibre pesado y medio de las que disponía una alemana[95]. A diferencia de los alemanes, los austríacos no tenían obuses de campaña de disparo rápido. Sus reservas de bombas por pieza de artillería eran menores que las de los rusos, y contaban también con menos suboficiales por regimiento. En la década de 1880, los austrohúngaros habían construido una red de ferrocarriles de concentración a través de los Cárpatos, que constituían un baluarte natural frente a una invasión rusa, y la llanura de

Galitzia al norte estaba protegida por una cadena de fortalezas, entre las que destacaban Lemberg (Lvow), Przemysl y Cracovia. Pero desde comienzos de siglo se habían concentrado en preparar su frontera sudoccidental frente a Italia, de modo que los rusos les habían tomado la delantera. En 1914 el Estado Mayor austrohúngaro estimaba que Rusia podía llevar 260 trenes diarios a la zona de concentración, frente a los 153 de Austria-Hungría[96]. Desde casi cualquier punto de vista, las fuerzas de los Habsburgo estaban cuantitativa y cualitativamente en desventaja.

El Imperio austrohúngaro se veía perjudicado además por el hecho de tener muchos enemigos posibles. Aunque los rusos se enfrentaban a Japón, China, Turquía y Suecia, pensaban, y con razón, que podían centrar sus esfuerzos principalmente en sus fronteras occidentales. Los austríacos debían tener en cuenta no solo a Rusia, sino también a Serbia y Montenegro. Durante mucho tiempo habían considerado a Italia un enemigo potencial, y en 1914 Rumanía parecía a punto de unirse al bando ruso. Por consiguiente, el Estado Mayor de Viena había diseñado planes de contingencia para el «Caso I» (Italia), «B» (los Balcanes) y «R» (Rusia). Incluso Conrad dudaba de poder luchar en los tres frentes, pero elaboró planes para abrir hostilidades contra Rusia y Serbia y contra Serbia sola, pues su problema era que no sabía si Rusia intervendría o no en un conflicto en los Balcanes ni cuándo lo haría. Para resolverlo buscó una flexibilidad operacional e intentó clarificar los planes alemanes. Así pues, sus fuerzas movilizadas quedaron divididas en tres grupos. El A-Staffel («Contingente A») se encargaría de defender la frontera de Galitzia, la Minimalgruppe Balkan («Grupo Mínimo Balcanes») debía hacer lo mismo contra Serbia, y el B-Staffel debía atacar Serbia en caso de una guerra de los Balcanes localizada, o desplazarse al norte en una guerra contra Rusia o en una guerra contra los dos países. Pues bien, en

una guerra en dos frentes Conrad decidió prudentemente permanecer a la defensiva frente al menos peligroso de sus enemigos, los serbios, y enviar la mayor parte del ejército a Galitzia. Más problemático, sin embargo, sería un conflicto austro-serbio en el que interviniera Rusia. Conrad esperaría una semana antes de enviar el BStaffel al sur o al norte, pero si Rusia entraba en la guerra después de haberlo mandado a los Balcanes, su retirada habría resultado lenta y dificultosa. Ya en 1909, cuando la crisis de la anexión de Bosnia estaba a punto de alcanzar su punto culminante, había sondeado a Moltke. Este le había respondido que si Austria-Hungría invadía Serbia en respuesta a las provocaciones de este último país y Rusia intervenía militarmente, Alemania vería en ello motivos suficientes para entrar en guerra con la alianza franco-rusa. Pero Conrad seguía temiendo verse arrastrado a una ofensiva contra Rusia teniendo que luchar al mismo tiempo en los Balcanes. Advirtió que pasaría más allá de Galitzia solo si Alemania atacaba simultáneamente desde Prusia Oriental, atrapando a la Polonia rusa en un movimiento de pinza. Moltke le aseguró que el VIII Ejército alemán lanzaría efectivamente ese ataque, y parece que en 1914 Conrad dio por supuesto que esa garantía seguía siendo válida. En el mes de marzo se dedicó a elaborar un nuevo plan que, en reconocimiento del incremento de la fuerza de Rusia, preveía desplegar las tropas austríacas muy por detrás de la frontera y abandonar la parte oriental de Galitzia, pero su compromiso con el lanzamiento de una ofensiva seguía en pie[97].

A la hora de la verdad, los alemanes desplegaron en Prusia Oriental solo algunos contingentes de segunda fila. El VIII Ejército estaba formado por trece divisiones de infantería y una de caballería con 774 cañones: alrededor de una décima parte del total de sus fuerzas[98]. Tres de las seis divisiones de infantería del ejército de campaña eran de reserva, y se les asignaron

oficiales y suboficiales solo en el momento de la movilización. Contrariamente a las instrucciones de 1909, Moltke ordenó a su comandante en jefe, Max von Prittwitz, no lanzar una ofensiva, sino defender Prusia Oriental al tiempo que «apoyaba» el avance de los austríacos atrayendo hacia sí las fuerzas rusas. Concedió a Prittwitz la facultad discrecional de retirarse *in extremis* al Vístula, aunque le advirtió que hacerlo podía resultar desastroso[99]. Estratégicamente, los rusos habrían debido tener la prudencia de mantenerse a la defensiva contra los austrohúngaros y de centrarse en Alemania, con el fin de amenazar a Berlín y de coordinar la presión ejercida junto con los franceses. Pero políticamente se sentían obligados a ayudar a Serbia. Asignaron menos de la mitad de su ejército a Prusia Oriental y perjudicaron todavía más sus perspectivas de éxito subdividiendo sus fuerzas. Probablemente, la mejor línea de acción que habrían podido tomar habría sido avanzar con todas sus fuerzas desde el este hacia la capital de la provincia, Königsberg. En cambio, intentaron llevar a cabo un movimiento de pinza, debido en parte a la dificultosa geografía de la región. La provincia era poco fértil y escasamente habitada, cubierta en buena parte de bosques y de agua. Una cadena de lagos de unos ochenta kilómetros de ancho, la llamada Angerapp Stellung, o «Posición Angerapp», formaba una barrera natural en su parte central. El I Ejército ruso, al mando de Paul von Rennenkampf (en la élite militar zarista eran habituales los hombres de origen alemán), invadió los lagos por el nordeste y el II Ejército, comandado por Alexander Samsónov, lo hizo por el sudoeste. Rennenkampf tenía seis divisiones y media de infantería y cinco y media de caballería, así como 492 cañones, de modo que era más débil que los defensores alemanes; Samsónov contaba con catorce divisiones y media de infantería y cuatro de caballería, junto con 1160 cañones, de modo que superaba numéricamente a su enemigo, aunque por poco. De

ahí el peligro de que los alemanes utilizaran la línea férrea lateral de Insterburg-Osterode para derrotar a ambas fuerzas por separado. Pero contrariamente a lo que preveía el Plan Schlieffen-Moltke, que era esencialmente muy arriesgado, los rusos tenían tal superioridad que habrían debido ser capaces de acorralar a los alemanes en Königsberg o en el Vístula. El hecho de que no lo hicieran se debió en gran medida a su incompetencia[100].

Bien es verdad que hubo algunos problemas tecnológicos. Como les sucedía a muchas otras fuerzas invasoras, y a diferencia de los defensores, los rusos no tenían acceso a las redes ferroviarias, telegráficas y telefónicas locales. En cualquier caso, el II Ejército solo disponía de veinticinco teléfonos. Y tampoco la radio podía suplir esta deficiencia. Los propios alemanes tenían solo cuarenta emisoras de radio para todo el ejército; y los rusos todavía menos[101]. Cifrar y descifrar los mensajes de radio era una labor compleja que requería mucho tiempo, y además los ejércitos rusos perdieron sus respectivas claves, por lo que se enviaban mensajes abiertos, que los alemanes leían sin dificultad (a estos les pasó lo mismo, pero con unos resultados menos desastrosos)[102]. Incluso dentro del II Ejército las comunicaciones internas se interrumpieron enseguida, por no hablar de las de los dos cuarteles generales. Estas complicaciones se vieron agravadas por la estructura de mando de los rusos, o, mejor dicho, por la falta del mismo. Nicolás II nombró comandante en jefe a su tío, el gran duque Nicolás, y a Janushkévich jefe de su Estado Mayor, aunque la figura más importante del cuartel general central ruso (o Stavka) era el jefe del equipo general Danílov. Tras la decisión de la Stavka de invadir Prusia Oriental (donde esperaba enfrentarse solo a cuatro divisiones alemanas), resultó incluso todavía más marginal el hecho de que Moltke se encontrara en el oeste. La Stavka estaba lejísimos del frente y las comunicaciones eran

difíciles; contaba con un número insuficiente de oficiales del Estado Mayor para elaborar planes y disponía también de pocas reservas. Tampoco ayudó mucho a mejorar la situación la deficiente red ferroviaria polaca, pues no había ninguna línea principal que uniera los teatros de operaciones de Prusia Oriental y Galitzia. Los rusos utilizaron mandos «de frente» para coordinar a los ejércitos que operaban contra cada uno de sus enemigos (tras las campañas iniciales la mayoría de los ejércitos de la Primera Guerra Mundial adoptarían un sistema similar de «grupo de ejército»), pero la lucha de facciones, endémica entre la oficialidad, acabaría minándolos. Yahou Zhilinski era el comandante supremo del frente noroccidental (es decir, el de Prusia Oriental): Samsónov y él pertenecían a la facción sujomlinovista, pero Rennenkampf no, y ni Zhilinski y Rennenkampf, ni Rennenkampf y Samsónov cooperarían entre sí de manera profesional[103]. Si las cosas salían mal, estarían en muy malas condiciones para improvisar.

No obstante, la campaña no empezó mal, y fueron los alemanes los primeros en sufrir una crisis de mando. La movilización rusa contra Prusia Oriental ya se había completado en gran medida el 11 de agosto, y las hostilidades se iniciaron poco después que en Bélgica. Rennenkampf fue el primero en cruzar la frontera, aunque su avance fue lento. Cuando los alemanes interceptaron un mensaje de radio en el que decía que pensaba detenerse el 20 de agosto, el general Hermann von François, al mando del 1.er Cuerpo de Prittwitz, decidió atacar. La acción resultante, la batalla de Gumbinnen, fue para la mayor parte de los que intervinieron en ella su primera experiencia de combate y no puso de manifiesto ninguna ventaja cualitativa notable de los alemanes, pues el VIII Ejército atacó sobre la marcha y sin llevar a cabo un bombardeo previo adecuado. En los dos flancos los alemanes obligaron a retroceder a los rusos, pero los que avanzaban por el centro contra la

infantería rusa que se había refugiado en las granjas y las pequeñas aldeas de la zona no consiguieron hacer ningún progreso. Tras sufrir 8000 bajas en unas pocas horas (en una fuerza compuesta por unos 30 000 hombres), salieron huyendo[104]. Mientras tanto las interceptaciones de los mensajes por radio y la aviación alemana revelaron que Samsónov estaba invadiendo la retaguardia de Prittwitz y avanzaba más al oeste de lo esperado, poniendo en peligro su línea de retirada. En una lúgubre conversación telefónica Prittwitz le dijo a Moltke que pretendía reagrupar sus fuerzas en el Vístula, de suerte que el 22 de agosto Moltke (que intervino en esta zona mucho más rápido que en el oeste) ordenó su sustitución por Paul von Hindenburg, y la del jefe del Estado Mayor de Prittwitz, Georg von Waldersee, por Ludendorff. Como era habitual entre los alemanes, este fue el nombramiento clave, pues Ludendorff era un personaje destacado desde el papel que desempeñara en Lieja. Hindenburg, que fue llamado a ocupar el puesto a pesar de estar ya retirado, era más constante, aunque menos imaginativo y menos enérgico[105]. En realidad, el Estado Mayor del VIII Ejército ya había visto la forma de arreglar la situación y Prittwitz tal vez hubiera apoyado sus propuestas de haber seguido al frente[106]. El plan consistía no en retirarse, sino en utilizar la línea férrea lateral para trasladar a la mayor parte del VIII Ejército hacia el sudoeste contra Samsónov, maniobra prevista ya en los estudios de campo realizados antes de 1914. El jefe de operaciones del VIII Ejército, Max Hoffmann, tenía conocimiento del antagonismo existente entre Rennenkampf y Samsónov, pero la maniobra no fue idea suya, aunque casi todo el mundo admitiría sus pretensiones de ser el autor intelectual del plan. Así pues, la remodelación de Moltke quizá fuera superflua y el subsiguiente envío de dos cuerpos más de ejército sin duda lo fue, como Ludendorff hizo saber entonces. La interpretación de la guerra en el este que hacía Moltke como un

enfrentamiento entre la civilización y la barbarie quizá desempeñara algún papel en todo esto, aunque en realidad los rusos trataron a la población civil alemana razonablemente bien. Tanto él como sus consejeros se hallaban animados por la batalla de las Fronteras y probablemente aspiraran a una victoria sin la ayuda de los Habsburgo. En otras palabras, esta decisión, que llegaría a costarles cara, fue menos fruto de la ansiedad que del exceso de confianza[107].

Las intervenciones de Moltke entorpecieron un mayor progreso de Alemania, pero al menos no impidieron la actividad de sus mandos sobre el terreno. Zhilinski, en cambio, situado a unos 300 kilómetros por detrás del I y del II Ejército, ordenó el 26 de agosto a Rennenkampf que se dirigiera a cercar Königsberg en vez de ir a ayudar a Samsónov. Aun cuando luego corrigiera sus instrucciones, sus órdenes de ayuda no eran ni urgentes ni específicas. Además, las retransmitió por radio sin codificar y los alemanes las interceptaron[108], confirmando su impresión gracias a los vuelos de reconocimiento que Rennenkampf no pudo repeler (pues había gastado ya buena parte de su munición y su abastecimiento era bastante caótico). Antes bien, señaló el momento preciso mientras el ejército de Samsónov marchaba hacia su destino. Al igual que los alemanes en el Marne, Samsónov se encontraba muy lejos de su principal cabecera de línea ferroviaria más próxima, situada a cincuenta kilómetros detrás de la frontera y accesible solo a través de carreteras sin asfaltar. Por insistencia de la Stavka, prolongó la marcha avanzando hacia el noroeste en vez de hacerlo hacia el norte, probablemente para cortar la retirada a Prittwitz. Tras perder de vista al ejército de Rennenkampf a partir del 20 de agosto, los alemanes establecieron contacto con el de Samsónov cuatro días después. Aunque la subsiguiente batalla de Tannenberg (nombre colectivo aplicado a una serie de acciones que tuvieron lugar entre el 24 y el 31 de agosto) se convirtió en

la operación de envolvimiento más grande de la guerra, no estaba entre las previsiones iniciales de Ludendorff. François, que había atacado a Rennenkampf antes de Gumbinnen desafiando a Prittwitz, desafió ahora a Ludendorff, que deseaba efectuar un ataque precipitado por el flanco antes de que las tropas de François acabaran de bajar de los trenes. Cuando este atacó con todas sus fuerzas el ala izquierda de Samsónov el día 27, lo que perseguía era cortar a los rusos sus líneas de retirada y esencialmente lo logró, aunque Ludendorff también contribuyó al envolvimiento moviendo sus fuerzas contra el ala derecha de los rusos. Sin embargo, la principal responsabilidad de la debacle hay que atribuírsela al propio Samsónov, que había estado persiguiendo el 20.º Cuerpo alemán y tardó demasiado en darse cuenta del peligro. El 28 de agosto ordenó un avance que no vino sino a meter a sus tropas todavía más en la trampa que les estaban tendiendo, en vez sacarlas de ella. Desmoralizados y cada vez con menos raciones de comida y municiones, los rusos empezaron a rendirse, y Samsónov abandonó su Estado Mayor y se suicidó. Al final, sus fuerzas perdieron 92 000 hombres, que fueron hechos prisioneros, y 500 cañones, siendo quizá 50 000 los caídos entre muertos y heridos, frente a las 10 000 o 15 000 bajas alemanas[109].

Los alemanes habían tenido a sus tropas mejor abastecidas, habían estado mejor informados y habían sabido aprovechar antes las ocasiones: los sistemas de mando descentralizado, que funcionaron de manera deficiente en el Marne, habían permitido la formación de un plan de recuperación y habían facilitado a François tomar la iniciativa a la hora de ejecutarlo[110]. Pero el resultado espectacular de la operación debió mucho a las meteduras de pata de los rusos, y Tannenberg adquirió un significado mítico muy por encima de su valor estratégico. Empezando por el nombre de la batalla, tomado de la pequeña localidad vecina en la que polacos y lituanos

derrotaron a los caballeros teutones en 1410. Ahora los propagandistas podían afirmar que la humillación había sido vengada, las hordas asiáticas habían sido repelidas y Berlín había sido liberada. Además, la victoria sirvió para lanzar, no del todo merecidamente, las carreras de Hindenburg y Ludendorff, de suerte que hasta Guillermo II se mostraría reacio a desafiarlos y pondría en sus manos la dirección de la gran estrategia alemana durante la segunda mitad de la guerra. Pero los rusos no tardaron en reemplazar sus pérdidas y el éxito de Tannenberg no eliminó en realidad la amenaza que se cernía sobre el territorio alemán. Tampoco vino seguido de un triunfo comparable sobre Rennenkampf. En la batalla de los lagos Masurianos, que se libró entre el 5 y el 13 de septiembre, Ludendorff dio la vuelta con sus tropas y las dirigió contra el I Ejército ruso, que había tomado posiciones al este de la región de los lagos. Acababa de recibir los dos cuerpos de ejércitos enviados por Moltke, de modo que empezó teniendo ventaja numérica. De nuevo François arremetió contra el flanco izquierdo ruso y logró abrirse paso detrás de ellos, pero aunque los alemanes hicieron 30 000 prisioneros, Ludendorff no logró llevar a cabo otra maniobra de envolvimiento completo desbaratando el centro del enemigo y Rennenkampf pudo retirarse a tiempo. Cuando los vencedores emprendieron la persecución al otro lado de la frontera, sufrieron los problemas habituales de los ejércitos invasores, empezando por el agotamiento y la escasez de los abastecimientos. El 25 de septiembre, los rusos contraatacaron obligando a los alemanes a retirarse a la línea Angerapp. Los combates de septiembre costaron al VIII Ejército unas 100 000 bajas, y a pesar de infligir daños aún mayores a los rusos, acabaron en tablas[111]. Tannenberg fue una gran victoria, pero no fue ni mucho menos decisiva.

Aunque la campaña de Prusia Oriental se conoce mejor, las

batallas del mes de agosto en Galitzia afectaron a un número mayor de fuerzas por ambas partes y puede decirse que tuvo mayores consecuencias; dado el callejón sin salida al que se había llegado en el este, la combinación del fracaso de Alemania en el oeste y el desastre de Austria-Hungría en el este traería muy malos augurios para las Potencias Centrales. El desastre era previsible, dada la inferioridad de Austria en el plano numérico y en el del equipamiento, aunque la mala fe de los alemanes y los errores evitables de los austríacos contribuyeron también a la catástrofe. En el momento de la movilización, el archiduque Federico se convirtió en el comandante en jefe titular del ejército del Imperio austrohúngaro, pero en la práctica fueron Conrad y sus asesores (constituidos ahora en el Alto Mando del ejército o Armee Oberkommando, AOK) los que dirigieron las operaciones de Galitzia. Durante la crisis de julio Conrad se encontró en la situación que llevaba temiendo tanto tiempo, de una guerra inminente contra Serbia mientras Rusia seguía sin comprometerse. Pero sabía que la intervención de Rusia era prácticamente segura, lo que hace que su comportamiento resulte todavía más desconcertante. Cuando Belgrado rechazó el ultimátum, autorizó una movilización parcial de la Minimalgruppe Balkan y del B-Staffel, pero no del A-Staffel: sin tener en cuenta a los rusos, que, según él, lo más probable era que quisieran solo marcarse un farol. El 31 de julio, sin embargo, en vista de las exhortaciones de Molt ke, optó por el «Caso R». Se ordenó la movilización general para el día siguiente, y Conrad preguntó si el B-Staffel podía cambiar de destino y dirigirse de los Balcanes a Galitzia. El principal encargado de la planificación ferroviaria, Von Straub, se mostró horrorizado y dijo que no, y el AOK decidió transportar parte del B-Staffel primero al sur, a la frontera de Serbia, y luego al norte, contra los rusos, al tiempo que retrasaba la movilización del A-Staffel para liberar el material rodante necesario.

Probablemente, los expertos en ferrocarriles hubieran podido mostrar una mayor energía a la hora de improvisar, pero parece que la culpa del fiasco habría que echársela principalmente a la insistencia de Conrad (posiblemente por motivos políticos) en precipitar una guerra en toda regla contra Serbia. La consecuencia fue el retraso de la concentración en Galitzia hasta el 19-23 de agosto, momento en el que Moltke había avisado que atacaría desde Prusia Oriental solo si Rusia mantenía una actitud de pasividad frente a Alemania. Este desarrollo supuso una sorpresa tan inesperada como desagradable para Moltke, que, a pesar de todo, siguió insistiendo en la ofensiva que tenía planeada, esperando que la ayuda alemana llegara en el plazo de seis semanas debido a las expectativas exageradamente optimistas sobre una rápida derrota de Francia[112]. Pero decidió también trasladar en tren a sus soldados solo hasta una zona bastante alejada de la frontera, según el tipo de despliegue estudiado por su Estado Mayor en marzo previendo la necesidad de actuar con cautela debido a la superioridad de Rusia. Desde allí las tropas tendrían que marchar a pie hasta la zona de combate, llegando a ella cansadas y erosionando así todavía más su frágil liderazgo en el momento de la movilización[113]. No obstante, a finales de agosto el número de fuerzas austríacas que había en Galitzia era de 500 000 hombres, distribuidos en treinta y una divisiones, que aumentarían a treinta y siete cuando el 4 de septiembre llegaran los tres cuerpos del B-Staffel. El I, el II y el III Ejército estaban agrupados en ese orden de oeste a este, desde el sur de Lublin hasta el río Dniéster. Conrad sabía que la principal concentración de los rusos estaba más al este y tenía la intención de avanzar hacia el norte a lo largo de un frente de casi 300 kilómetros, asignando las principales tareas a los ejércitos situados en el ala izquierda. Estas fuerzas debían desplegarse en abanico, cortar las vías férreas polacas, y atacar la retaguardia del avance ruso hacia Prusia Oriental, ayudando así

indirectamente a la marcha de los alemanes sobre París y demostrando de paso la capacidad que tenía el Imperio austrohúngaro de obtener la victoria en una gran campaña sin ayuda de nadie[114].

Los austríacos se encontraron desde el primer momento en inferioridad numérica. A finales de agosto, los rusos habían desplegado contra ellos cuarenta y cinco divisiones de infantería y más de dieciocho de caballería, y tenían en proceso de formación otras ocho divisiones y media de infantería. Como las unidades rusas eran mayores que las austríacas (cada división de infantería rusa tenía entre un 60 y un 70 por ciento más de hombres, un 30 por ciento más de artillería pesada y ocho veces más ametralladoras)[115], estaban utilizando unos 750 000 hombres distribuidos en cuatro ejércitos (de oeste a este el IV, V, III y VIII). La dirección general la llevaba el frente del sudoeste, al mando de Nikolái Ivánov y su jefe de Estado Mayor Alexéiev: un equipo mucho más eficaz que el asignado al frente en el noroeste, aunque también aquí las disputas entre la oficialidad obstaculizaron algo las operaciones. El frente sudoccidental deseaba atacar desde el norte hacia la fortaleza y el nudo ferroviario de Cracovia; la Stavka, en cambio, era partidaria de un planteamiento más indirecto desde el este, avanzando en paralelo a los Cárpatos. Los rusos adoptaron la habitual solución de compromiso consistente en hacer las dos cosas, intentando un «envolvimiento doble» del enemigo, pero el ataque desde el este resultó perjudicial. En el norte, donde los dos bandos eran numéricamente iguales, los austríacos salieron airosos en los primeros choques que tuvieron lugar en Krasnik los días 23-24 de agosto y en Komarow entre el 26 y el 31. Pero a comienzos de septiembre sobrepasaron sus líneas de aprovisionamiento, la población polaca no les prestó el apoyo que esperaban, y un nuevo ejército ruso, el IX, se lanzó contra ellos. Mientras tanto, los rusos fueron rodeándolos desde el este:

el VIII Ejército del general Alexéi Brusílov derrotó al III Ejército austríaco en la batalla de Gnila Lipa (26-30 de agosto), y el 3 de septiembre tomó Lemberg. Conrad intentó llevar a cabo un contraataque fallido contra el flanco de los rusos en la batalla de Rawa Russka el 8-10 de septiembre, pero se vio obligado a ordenar la retirada a la línea de los Cárpatos por el sur y al río Dunajec, al este de Cracovia, donde se estabilizó el frente a finales de septiembre. Para entonces los ejércitos de Conrad en el norte también habían sido derrotados. Entonces los rusos, a su vez, se convirtieron en los invasores, viéndose obligados a abrirse paso dificultosamente por caminos encharcados, con unas líneas ferroviarias inadecuadas, de un ancho de vía inferior al suyo, y frente a un enemigo que sabía interpretar sus mensajes de radio, hasta que les cortó el paso la imponente fortaleza de Przemysl, con una guarnición de unos 100 000 hombres y rodeada de 50 kilómetros de trincheras[116]. Podría parecer que se había llegado a un punto muerto, lo mismo que en otros frentes, pero los rusos habían hecho mucho más daño a los austríacos que los alemanes a los rusos o a los franceses. De hecho, el ataque de Danílov contra el flanco oriental de Conrad fue la única ofensiva de agosto de 1914 que alcanzó esencialmente sus objetivos. Los austríacos perdieron Bucovina y buena parte de la Galitzia oriental, rica en petróleo y buenas tierras de labor, así como las fortalezas de Lemberg y Jaroslav, y que constituían un magnífico trampolín hacia el flanco meridional de la Polonia rusa. Sufrieron además numerosas bajas que se cifrarían en alrededor de 100 000 muertos, 222 000 heridos, y 100 000 prisioneros, y a eso se sumaría la pérdida de 216 cañones, 1000 locomotoras y un elevado número de oficiales y suboficiales[117]. Hoy día resulta muy difícil visualizar estas batallas, mucho peor documentadas que las de Francia, en las que las tropas de los Habsburgo avanzaban en medio de un calor sofocante a través de unas llanuras interminables con poca

labor de reconocimiento por parte de la caballería a uno y otro lado, para enfrentarse a unas fuerzas rusas superiores, cuya artillería se cebó con ellas. Sus pérdidas fueron causadas en parte por los valientes ataques frontales, casi suicidas, de su infantería, aprobados por la doctrina estratégica anterior a 1914. Los rusos sufrieron también cerca de 250 000 bajas (incluidos 40 000 prisioneros), pero fueron inferiores numéricamente, dado que se trataba de un ejército mayor. La gran cantidad de prisioneros de uno y otro bando refleja en parte el carácter móvil de la campaña, pero revela asimismo la inestabilidad de la moral reinante. Esa fragilidad afectó sobre todo al ejército de los Habsburgo, cuyas unidades checas, serbias e italianas ya se habían mostrado poco fiables, y la pérdida de tantos de sus mejores soldados exacerbaría todavía más el problema[118]. El Imperio austrohúngaro estaba ya casi a punto de no poder enfrentarse a Rusia sin la ayuda de Alemania, situación que se mantendría durante el resto de la guerra. Conrad no tardaría en lamentar haber atacado solo y lanzó numerosos llamamientos de ayuda, para luego echar la culpa de la calamidad a Alemania y contemplar la posibilidad de alcanzar una paz por separado. Pero cuanto más tuvieran los alemanes que apoyar a su aliado en el Frente Oriental, más trabajo les costaría reunir una fuerza arrolladora en el oeste.

La ofensiva final fallida de agosto de 1914 fue el primer ataque del Imperio austrohúngaro contra Serbia. Los austríacos hicieron lo que sus planes anteriores al estallido de la guerra habían rechazado, lanzar ofensivas de poca entidad en Polonia y los Balcanes a la vez y no vencer en ninguna. Fueron humillados por un país que ni siquiera era una gran potencia y que en muchos sentidos estaba mal equipado para el combate. Bien es verdad que el ejército de Serbia era grande. Con una población que no llegaba a la décima parte de la del Imperio austrohúngaro, movilizó una proporción mayor de la población

masculina que cualquier otro país de Europa[119]: 350 000 hombres, 185 000 de los cuales eran tropas de combate de primera línea, agrupados en once divisiones de infantería y una de caballería, que formaban tres ejércitos. Contaba con mandos eficaces que (a diferencia de la mayoría de los países de Europa) tenían una experiencia reciente debido a los acontecimientos de 1912-1913, entre ellos su comandante supremo, el voivoda Radomir Putnik, que se hallaba en Budapest durante la crisis de julio, y al que, en un gesto caballeresco de dudosa sensatez, Francisco José había permitido regresar a su país. Cosa poco habitual entre los altos mandos de 1914, Putnik concentró el núcleo principal de sus fuerzas a la defensiva en el centro del país, dispuestas para el contragolpe en caso de una invasión. Pero en otros sentidos los serbios eran más vulnerables. Su aliado, Montenegro, tenía poco valor. El rey de este país, Nikita, estaba al borde de la bancarrota. Movilizó una milicia de 35 000 o 40 000 hombres, a los que los serbios proporcionaron 100 cañones[120]. El ejército serbio había vuelto a pertrecharse durante el período anterior a la guerra, pero en 1912-1913 había perdido casi 36 000 hombres en combate o por enfermedad, y 55 000 habían resultado gravemente heridos. Consiguió algunos reclutas en sus nuevos territorios, pero tuvo que poner guarniciones en ellos para protegerlos de los insurgentes albaneses y de la amenaza de venganza de los búlgaros. En cuanto al tesoro, seguía teniendo solvencia solo debido a la concesión de un préstamo francés. Así que, aunque el ejército contaba con modernos cañones de campaña de disparo rápido fabricados en Francia, disponía de pocos elementos básicos. Apenas había empezado a reponer las reservas de bombas agotadas durante las guerras de los Balcanes. Carecía de calzado para los reclutas, muchos de los cuales se presentaban en los cuarteles descalzos, y sobre todo y en particular de fusiles, que Serbia no podía ni fabricar ni importar. Los rusos les

entregaron 120 000 a finales de agosto de 1914, pero eran demasiado pocos para proporcionar a cada soldado un arma moderna. En cambio, las unidades austrohúngaras disponían todas de fusiles modernos, tenían el doble de ametralladoras y cañones de campaña con reservas de municiones más abundantes, así como unos medios de transporte y una infraestructura industrial mucho mejores[121].

A pesar de todo, la invasión inicial de Serbia por los austrohúngaros acabó en otra debacle. Dado el despliegue defensivo llevado a cabo por los serbios, lo más prudente habría sido no intervenir en los Balcanes y centrarse en Rusia. Pero las circunstancias en las que estalló la guerra hicieron que semejante vía de acción resultara políticamente muy difícil. Además, el V y el VI Ejército de los Habsburgo (la Minimalgruppe Balkan de antes de la guerra), estacionados en la frontera septentrional y noroccidental de Serbia, fueron puestos al mando del general Oskar Potiorek, rival de Conrad, que informaba personalmente a Francisco José y era independiente del AOK[122]. Potiorek estaba ansioso por atacar. Sus dos ejércitos sumaban en total 140 000 hombres, eran por lo tanto más pequeños que las fuerzas serbias, pero el II Ejército, la parte del B-Staffel que fue enviada a los Balcanes antes de ser trasladada a Galitzia, estuvo desplegado en la frontera serbia hasta el 18 de agosto, consiguiendo así un breve efecto de distracción mientras Potiorek lanzaba a los otros dos ejércitos a un ataque convergente desde unos puntos de partida situados a 100 kilómetros de distancia, avanzando lentamente por un terreno montañoso en el que había pocas carreteras. Cuando Putnik se dio cuenta de que el principal peligro se hallaba en el oeste, hizo que sus fuerzas dieran un giro de noventa grados, atacó el flanco del V Ejército en un enfrentamiento nocturno y arremetió contra su centro en la batalla del monte Cer de los días 16-19 de agosto. Potiorek ordenó a sus tropas retroceder y el día 24 el

territorio serbio había quedado despejado. Las bajas serbias fueron cerca de 17 000; las austríacas fueron cerca de 24 000, incluidos 4500 prisioneros de guerra. Los ejércitos austríacos estaban demasiado lejos para apoyarse unos a otros, y en el combate cuerpo a cuerpo en plena noche los serbios mostraron la superioridad de su experiencia y su moral sobre los invasores (el 40 por ciento de los cuales eran también eslavos meridionales), aunque los serbios agotaron casi toda su munición: unos 6,5 millones de cartuchos y 36 000 bombas[123]. La batalla reprodujo en miniatura lo que estaba sucediendo en buena parte de Europa. Unos defensores resueltos y una auténtica lluvia de municiones derrotaron un plan de ataque precipitado ejecutado con unas fuerzas inadecuadas. Los serbios se beneficiaron de la falta de coordinación de los invasores, pero no lograron cortarles la retirada, invitándoles así a llevar a cabo una nueva incursión.

A mediados de septiembre, los intentos iniciales de invasión habían fracasado en todas partes, aunque los rusos se habían apoderado de un terreno muy valioso perteneciente a los austríacos y los alemanes ocupaban gran parte del norte de Francia y Bélgica. Todas las fuerzas atacantes se encontraban en gran desventaja, desde el punto de vista tanto táctico (contra los fusiles, las ametralladoras y la artillería de disparo rápido del enemigo) como operacional (pues perdían el contacto con las vías seguras de transporte y de comunicación, además de carecer de medios de reconocimiento fiables una vez pasadas las fronteras). Para alcanzar sus objetivos necesitaban una superioridad numérica aplastante, que solo llegaron a tener los rusos en la parte oriental de Galitzia. En todos los escenarios la acumulación de dificultades detendría tarde o temprano las ofensivas, aunque solo tras computarse una cantidad apabullante de bajas como pocas veces llegaría a igualarse durante el resto de la guerra. Sin embargo, uno y otro bando estaban lejos de

resignarse a una guerra estática o a llegar a un punto muerto. Durante el resto de la temporada de campaña intentaron salvaguardar su posición en una serie de feroces batallas, estableciendo modelos de lucha que continuarían utilizándose durante los tres años siguientes.

Hasta el mes de noviembre, los alemanes mantenían su prioridad en el Frente Occidental. Mantuvieron a Conrad ajeno a lo sucedido en el Marne, y sus escuetos comunicados de prensa minimizaron el revés sufrido[124]. Tampoco revelaron que la noche del 14 de septiembre Moltke sufrió un ataque de nervios. Falkenhayn lo sustituyó de inmediato como JEM (oficialmente a partir del 3 de noviembre), desempeñando la doble función de JEM y de ministro de la Guerra[125]. Su nombramiento no fue muy popular, pues se pensó que su ascenso se debía a sus relaciones en la corte, y su arrogancia y su sarcasmo le ganaron muchos enemigos. Además, no tardó en surgir un punto de fricción importante que lo separaría de Hindenburg y Ludendorff, quienes tras la batalla de Tannenberg esperaban acabar con los rusos en una segunda batalla de envolvimiento, mientras que Falkenhayn prefería reanudar la ofensiva en Francia. La OHL veía la derrota del Marne como algo importante, pero no irreparable, y Falkenhayn informó a Bethmann y Jagow de que había supuesto solo un retraso, no un impedimento insalvable de la victoria. Tappen (que continuaba en su puesto como jefe de operaciones) insistió en la necesidad de retener el territorio conquistado, por sus recursos industriales y para proteger el Ruhr y la frontera occidental de Alemania[126]. Además, Falkenhayn pretendía capturar plazas fuertes como Verdún y Amberes, y consolidar el control del ferrocarril transversal que iba desde Bélgica hasta la Argonne a través de Reims. De ese modo, el 19-20 de septiembre, solo diez días después de la retirada, lanzó nuevas ofensivas al este y al oeste de Verdún. La

que se lanzó por el este avanzó más de 60 kilómetros abriendo el llamado saliente de Saint-Mihiel, que permitió a los alemanes instalarse cómodamente a orillas del Mosa y reducir las comunicaciones francesas con Verdún a una sola línea férrea. La que se lanzó en dirección oeste cortó la línea VerdúnToul y colocó la que unía París y Nancy al alcance de la artillería[127]. La principal ambición de Falkenhayn, sin embargo, era rebasar a los Aliados por su flanco izquierdo. Como por otra parte Joffre esperaba repeler a los alemanes rebasándolos por su flanco derecho[128], los combates más duros del otoño se desarrollaron a lo largo del flanco abierto entre el Marne y el canal de la Mancha. Se desarrolló así una serie bastante confusa de acciones, llamada habitualmente (aunque de manera equívoca) la «carrera hacia el mar», a través de las regiones de Picardía y Artois hacia Flandes. El 17 de septiembre, el VI Ejército francés intentó maniobrar rodeando a los alemanes a lo largo del río Oise; el 27, las fuerzas francesas y alemanas chocaron en la región del Somme, en torno al municipio de Albert; y el 2 de octubre tres cuerpos de ejército alemanes se lanzaron al ataque cerca de Arras. Ciudades todas ellas tranquilas que no tardarían en hacerse célebres al convertirse en protagonistas cuando uno y otro bando se atrincheraran y cristalizara la nueva geografía del frente.

Los dos bandos trabajaron en medio de graves dificultades. Falkenhayn ha sido criticado por no reforzar más su flanco derecho, pero la mayoría de las vías férreas existentes detrás de su frente estaban fuera de servicio. Los franceses, pese a operar en la cara externa de un arco, pudieron disponer de vías intactas y lograron interceptar los mensajes de radio. Pero, por desgracia, perdieron casi diez días en trasladarse al norte, pues tuvieron que compartir el ferrocarril con la BEF, que durante el mes de octubre fue trasladada del Aisne a Bélgica. Este movimiento fue idea de Kitchener (aunque *sir* John French también quería estar

cerca de los puertos del canal de la Mancha), si bien Joffre habría preferido retrasarlo, y no dudaría luego en echarle la culpa de la pérdida de Lille[129]. Por otra parte, los franceses se enfrentaron entonces a un problema que no tardaría en afectar a todos los ejércitos: el de la escasez de municiones de artillería. Durante la acción del Marne habían agotado gran parte de sus reservas iniciales, y (a diferencia de los alemanes) sus medios de reabastecimiento eran provisionales. El 24 de septiembre, Joffre avisó de que, si los niveles de consumo seguían al ritmo actual, el ejército pronto sería incapaz de continuar luchando. Cada cañón de 75 mm tuvo que limitarse a disparar 200 bombas[130], y hubo que poner rápidamente de nuevo en funcionamiento las piezas del siglo XIX anteriores a las armas de disparo rápido. Entretanto, la mitad de la mano de obra de la fábrica de armas privada más grande de Francia, Schneider-Creusot, había sido llamada a filas, y la producción diaria de proyectiles de 75 mm de los arsenales estatales era solo de 8000 o 10 000 unidades, aunque algunas baterías habían estado disparando cerca de 1000 al día. Joffre protestó ante el ministro de la Guerra, Millerand, que celebró una conferencia urgente con los industriales franceses el 20 de septiembre y prometió que intentaría disponer de 30 000 al día antes de un mes, aunque nunca conseguiría alcanzar esa cifra[131]. Hasta bien entrado 1915, los franceses carecerían de munición para su artillería, sobre todo de bombas de alta carga explosiva, mientras que los alemanes fueron consolidando sus defensas.

En octubre el punto muerto al que se había llegado se extendía hasta Armentières, cerca de la frontera norte de Francia, y una vez más Bélgica se convirtió en el ojo del huracán. Se trataba del único flanco que seguía abierto, y Falkenhayn decidió llevar a cabo una gran ofensiva en Flandes. Antes de que diera comienzo, los alemanes ocuparon Brujas y Gante y llegaron a la costa cerca de Nieuwpoort. Además, a

partir del 28 de septiembre emprendieron el asalto de Amberes. Sus fuerzas eran demasiado escasas para acordonar las enormes fortificaciones concéntricas de la ciudad y, por si fuera poco, llegaron refuerzos, especialmente un contingente de marines británicos enviado por iniciativa de Winston Churchill (que llegó con él), aunque es muy poco probable que su acción sirviera para retrasar demasiado el resultado[132]. Una vez más, los cañones alemanes demolieron los fuertes, pero entretanto Joffre, probablemente con razón, había dejado ya de contar con Amberes por considerarla una causa perdida. Disponía de pocas tropas para intentar prestarle ayuda y tenía muy mala opinión del ejército belga, que pretendía que abandonara la ciudad.

Afortunadamente, como el asedio no llegó a completarse, Alberto I y la mayoría de sus tropas pudieron escapar, para trasladarse un poco más al sur, hasta la línea del río Yser. El resto, entre ellos muchos soldados británicos, fueron confinados por los holandeses o capturados cuando Amberes fue tomada el 9 de octubre. Pero, además, la caída de la ciudad dejó las manos libres a tres divisiones alemanas, y al mismo tiempo se pusieron a disposición de Falkenhayn cuatro cuerpos de ejército completamente nuevos, compuestos fundamentalmente por civiles que habían estado recibiendo instrucción militar desde el comienzo de la guerra. Tres cuartas partes de sus hombres eran voluntarios, estudiantes universitarios o bachilleres[133]. A pesar de las dudas bien fundadas del Ministerio de la Guerra en torno a su preparación, Falkenhayn los lanzó a la ofensiva que dio comienzo el 20 de octubre con el propósito de expulsar a los Aliados de Flandes y de tomar los puertos del canal de la Mancha. De esta forma, esperaba frenar la concentración de tropas británicas en el continente, hacerse con diversas bases para el lanzamiento de ataques aéreos y navales contra las islas Británicas, proteger las conquistas que había realizado últimamente[134], y quizá cambiar de forma decisiva el curso de

los acontecimientos a su favor. Pero Joffre también estaba decidido a detener el nuevo avance[135], de modo que los ataques de alemanes y Aliados iban a suponer un choque frontal.

La lucha por Flandes pasó por varias fases. Al sur de Ypres, alrededor de Armentières y La Bassée, las tropas británicas obligaron al VI Ejército alemán a retroceder y cruzaron el río Lys, pero no hicieron más progresos. Al norte de Ypres, el IV Ejército alemán, compuesto por los nuevos cuatro cuerpos, avanzaron por la costa hasta el Yser, donde los belgas les cortaron el paso abriendo las esclusas del sistema de drenaje del río y creando una llanura de aluvión artificial que se extendía unos ocho kilómetros tierra adentro. Fijados así los dos flancos, los combates se concentraron en torno a Ypres. La primera batalla de Ypres empezó como un ataque de un bando contra otro, pero los Aliados se vieron obligados a ponerse a la defensiva. Cuando llegaron nuevas tropas alemanas, *sir* John French sopesó la posibilidad de retirarse a Boulogne. Pero Joffre impuso su autoridad y decidió retener lo que se convirtió en el «saliente de Ypres», de infausta memoria, formado al este de la ciudad, aunque probablemente habría sido más prudente permanecer en el canal más corto y más directo situado al oeste[136]. También los británicos tenían escasez de proyectiles, y *sir* John French intentó racionar el suministro de sus cañones de 18 libras a solo diez bombas al día. Durante la mayor parte de la batalla, los alemanes gozaron de una mayor potencia de fuego, así como de superioridad numérica, y muchas de las bajas que sufrieron cayeron víctimas de las armas ligeras de la BEF en el curso de algún ataque en masa. Los Aliados buscaban cobijo detrás de los arroyos y en las granjas, y se dedicaron a cavar cada vez más trincheras, aunque al principio estas eran poco profundas y contaban solo esporádicamente con la protección de alguna alambrada. Como alternativa, utilizaban parapetos, levantados sobre la superficie, pues la altura del nivel freático del

terreno de Flandes hacía que las trincheras se inundaran con facilidad. Después de los ataques más espaciados lanzados del 21 al 30 de octubre, los alemanes concentraron su ofensiva contra Ypres entre el 31 de octubre y el 2 de noviembre, expulsando a los ingleses de lo alto de las colinas de Messines por el sur hasta casi romper sus líneas. La resistencia ofrecida aumentó la fama de *sir* Douglas Haig, al mando del 1.er Cuerpo de *sir* John French. Tras el fracaso de otro gran asalto general el 11 de noviembre, los ataques alemanes se hicieron más discontinuos y Falkenhayn decidió finalmente poner fin a la acción, debido a la falta de progresos y a las enormes pérdidas sufridas, pero también porque había agotado la munición de su artillería pesada[137]. Aunque los alemanes habían obtenido importantes ganancias, los Aliados seguían conservando los puertos del canal, además de la propia Ypres, una hermosa ciudad medieval dedicada a la fabricación de paños que los bombardeos habían dejado reducida a escombros y convertido en una localidad heroica cuya posesión pasó a ser motivo de prestigio. Los Aliados retuvieron además el saliente, posesión dudosa que exponía a sus defensores al bombardeo continuo de la artillería alemana situada en las colinas circundantes. Pagaron un precio muy alto por semejante resultado: en la batalla del Yser los belgas sufrieron 20 000 bajas, equivalentes a un 35 por ciento de lo que quedaba de su ejército; los franceses (que permanecieron en la línea que iba por el norte desde el saliente hasta las zonas inundadas y cuyo papel en la conservación de Ypres ha sido poco estudiado) perdieron 50 000 hombres, y la BEF 58 000, frente a las 130 000 bajas sufridas por los alemanes. El número de bajas de la primera batalla de Ypres fue comparable (dada su menor duración) al de la terrible tercera batalla, librada con armamento mucho más pesado tres años después. En Gran Bretaña sería recordada por la destrucción de la vieja BEF; en Alemania por el *Kindermord* o «matanza de los

inocentes», esto es, los estudiantes voluntarios, sobre todo en el ataque del 22 de octubre contra Langemarck, que adquiriría un significado simbólico[138]. Las pérdidas de las divisiones de estudiantes (los restos de unos 25 000 de los cuales reposan actualmente en el cementerio de Langemarck) llegaron al 60 por ciento. El final de la batalla, cuando Guillermo II aceptó el consejo de Falkenhayn de prestar más atención al este, supondría un auténtico punto de inflexión. Marcó la pauta de la guerra durante todo el año 1915, pues Falkenhayn ordenó a sus tropas del Frente Occidental ampliar y profundizar las trincheras improvisadas que habían abierto a raíz de la batalla del Aisne, creando un sistema continuado de dos líneas o más[139]. Aunque Falkenhayn seguía considerando esta operación un recurso provisional, que permitiría ahorrar vidas y disponer de tropas para acciones móviles en otros lugares, Joffre sabía que sin unos recursos mayores en materia de artillería, munición y hombres, los franceses tendrían muchas dificultades para desalojar a sus enemigos del enorme reducto que estaban construyendo[140]. A pesar de todo, la decisión que se tomó en el Marne no fue revocada.

Mientras Falkenhayn centrara sus esfuerzos en Flandes no podría reforzar de manera significativa el frente del este. Durante el mes de septiembre, en sus primeras discusiones con Hindenburg y Ludendorff, este último, respaldado por Conrad, expresó su deseo de atacar desde Prusia Oriental para rodear a los ejércitos rusos que se habían lanzado en persecución de los austríacos[141]. Falkenhayn rechazó su propuesta porque no quería ceder más hombres, pero también porque las lluvias de otoño obstaculizarían su movilidad y pretendía ayudar a los austríacos de manera más directa. Por eso tomó tres cuerpos del VIII Ejército para formar uno nuevo, el IX Ejército, al mando del cual puso a Hindenburg, nombrando jefe del Estado Mayor a Ludendorff y jefe de operaciones a Hoffmann. Utilizó 750

trenes para trasladar estas fuerzas al sur con el fin de que combatieran con Conrad en el flanco izquierdo de los austríacos, desplegándose cerca de Cracovia. En esta posición podía frenar tanto un ataque de los rusos contra Bohemia a través de los Cárpatos como una eventual amenaza contra Silesia, cuyo carbón y cuya industria Falkenhayn consideraba esenciales para el esfuerzo de guerra alemán[142]. Sin embargo, el jefe del Estado Mayor accedió también a realizar una ofensiva limitada destinada a proteger estos territorios y a ganar tiempo para llevar a cabo sus planes en el oeste. Así pues, a finales de septiembre el IX Ejército y las unidades austríacas empezaron a avanzar hacia el noroeste, en dirección al Vístula y a Varsovia. En aquellos momentos los rusos seguían teniendo 98 divisiones de infantería en Europa frente a las 70 u 80 de Alemania y Austria[143]. Además, se produjo un debate estratégico que acabó en una nueva solución de compromiso entre la Stavka y los mandos destacados en el frente a favor de la realización de dos ofensivas. El general Ruszkii, que había sustituido a Zhilinski como comandante del frente del noroeste, recibió permiso para invadir de nuevo Prusia Oriental tras la batalla de los lagos Masurianos, pero vio cómo le cortaban el paso en la batalla del bosque de Augustowo (29 de septiembre-5 de octubre). Mientras tanto, el gran duque Nicolás, en parte con el fin de aliviar la presión a la que se veían sometidos los franceses, trasladó algunas tropas desde el sur de Polonia para concentrarlas alrededor de Varsovia, y cuando los alemanes y los austríacos se acercaron a la ciudad a mediados de octubre, lanzó un ataque por sorpresa. Conrad autorizó al oficial al mando de su I Ejército, el general Dankl, a que dejara a los rusos cruzar el Vístula en Ivangorod con la esperanza de atacarlos por el flanco, pero la maniobra salió mal y las Potencias Centrales se vieron obligadas a retirarse, dando lugar a fuertes recriminaciones de Hindenburg y Ludendorff contra sus aliados. La retirada se llevó

a cabo ordenadamente y terminó cuando los rusos se alejaron de sus cabezas de línea férrea: de hecho, empezaron a sufrir las primeras escaseces graves de bombas, cartuchos y fusiles, por no hablar de la falta de ropa de invierno[144]. No obstante, los alemanes sufrieron 100 000 bajas (36 000 de las cuales fueron muertos), mientras que en el lado de los austríacos solo el ejército de Dankl perdió entre 40 000 y 50 000 hombres. Las Potencias Centrales no obtuvieron ninguna ganancia de la batalla de Varsovia y acabaron relegadas al mismo punto del que habían partido.

Antes de que acabara aquella temporada tuvo lugar en el Frente Oriental una última campaña, en la que se repitió hasta cierto punto el modelo establecido en Varsovia. Cuando Falkenhayn se reunió con Ludendorff en Berlín el 30 de octubre accedió a que Hindenburg y él se hicieran cargo del Ober Ost, un nuevo mando supremo de los ejércitos alemanes en el este (el general August von Mackensen sustituyó a Hindenburg al frente del IX Ejército), pero siguió negándose a darles más tropas y a aprobar otra cosa que no fuera una ofensiva limitada[145]. Mientras tanto, los rusos preparaban un nuevo ataque contra Prusia Oriental y una incursión en Alemania desde el oeste de Polonia. Los alemanes, sin embargo, seguían contando con dos de las ventajas de las que habían gozado antes de Tannenberg. Como podían interceptar los mensajes por radio de los rusos, conocían el eje del ataque planeado, y además tenían una vía férrea intacta que iba en paralelo a la frontera del este, y a través de la cual Ludendorff transportó al IX Ejército hacia el norte desde Silesia en dirección a Thorn utilizando por tercera vez un movimiento lateral por ferrocarril para proteger el territorio alemán. Tenía el plan de golpear el flanco del avance proyectado por los rusos atacando hacia el sudeste desde Thorn en dirección a Łódz a través de un terreno que en aquellos momentos se había endurecido a consecuencia de las heladas. Al principio, la

operación salió bien: cuando el IX Ejército lanzó el ataque el 11 de noviembre sorprendió y derrotó a un cuerpo siberiano, y cuando llegaron a las proximidades de Łódz una semana después, los alemanes habían hecho prisioneros a 136 000 hombres. Los rusos renunciaron a la invasión de Prusia Oriental y se retiraron a la ciudad, contra la cual ordenó Ludendorff llevar a cabo un asalto frontal. Pero a partir de ese momento se impusieron las dinámicas del Frente Oriental: el IX Ejército andaba escaso de munición, mientras que Łódz era un importante centro de aprovisionamiento, de modo que los defensores recuperaron su capacidad de resistencia. En una de las acciones más espectaculares de la guerra, llevada a cabo en medio de la nieve y el hielo, pareció al principio que los alemanes estaban a punto de rodear a los rusos en una operación de envolvimiento, pero luego a duras penas se libraron ellos de verse cercados: entre el 18-25 de noviembre, en medio de enormes dificultades, su 25.º Cuerpo de Reserva se vio obligado a romper el cordón que los rodeaba antes de emprender la retirada, llevándose consigo a 25 000 prisioneros. Aunque contaban con una ventaja numérica de dos a uno, los rusos sufrían de nuevo escasez de fusiles y de bombas, limitándose su artillería a efectuar diez disparos al día[146]. A comienzos de diciembre, gracias a la ayuda de cuatro cuerpos procedentes de Flandes una vez que Falkenhayn logró interrumpir las acciones en Ypres, los alemanes tomaron finalmente Łódz. Poco después, en una de las pocas operaciones independientes en las que salieron airosos, los austríacos consiguieren detener una nueva ofensiva del III Ejército ruso que pretendía conquistar Cracovia y amenazar Silesia en la batalla de Limanova-Lipanow. Los rusos se replegaron a los ríos Nida y Dunajec, y en el centro de Polonia se establecieron en posiciones atrincheradas al oeste de Varsovia, aunque en esta zona las trincheras eran menos sofisticadas que en el oeste y el número de fuerzas que las

defendían era menor. En los complejos combates librados después de la batalla de Tannenberg ningún bando había logrado una ventaja clara y en la batalla de Varsovia había fracasado la primera de las ofensivas limitadas intentadas por las Potencias Centrales. En cambio, aunque se libraran a duras penas del desastre en Łódz, su segunda ofensiva había logrado repeler a los rusos alejándolos de la frontera alemana, mientras que en Limanova Conrad los había expulsado de Cracovia. Los ejércitos zaristas nunca más volverían a penetrar tanto en el territorio de los Habsburgo, ni a amenazar Prusia Oriental y Silesia. Su crisis de aprovisionamiento los paralizaría durante meses y los dejaría indefensos cuando la primavera siguiente Falkenhayn autorizara por fin la realización de un gran ataque. La guerra de movimientos en el este todavía no había acabado, pero los rusos ya habían llegado todo lo alto que podían llegar.

Los rusos lanzaron dos ataques, en Tannenberg y en Varsovia, para aliviar la presión a la que se veían sometidos los franceses. Del mismo modo, su implacable presión sobre los austrohúngaros impidió que estos sojuzgaran a Serbia. Tras los éxitos logrados en el mes de agosto, los serbios (a instancias de Rusia y de Francia) llevaron la guerra a territorio enemigo, haciendo incursiones relámpago en Hungría, e invadiendo Bosnia, donde llegaron a situarse apenas a unos treinta kilómetros de Sarajevo. Pero la sublevación que esperaban desencadenar no llegó a materializarse: una prueba más de que la ansiedad de los austríacos por sus súbditos eslavos del sur había sido exagerada. Por si fuera poco, el ejército serbio tenía pocas municiones y se había visto mermado por las deserciones cuando en el mes de noviembre Potiorek lanzó una segunda invasión, mucho más grande que la primera. De nuevo sus fuerzas atacaron desde el norte y desde el oeste, pero además cruzaron el Danubio y tomaron Belgrado. A comienzos de diciembre, sin embargo, sus tropas llevaban en el oeste varias

semanas de marcha y se habían dispersado a lo largo de un dilatado frente situado a cien kilómetros de sus bases de aprovisionamiento. Los interrogatorios de los prisioneros revelaron a los serbios que la infantería de los Habsburgo se hallaba cansada y deprimida. Mientras tanto, Putnik tomó severas medidas para restablecer la disciplina, dejó el norte desguarnecido para poder atacar por el oeste, y se reforzó con el reclutamiento de estudiantes y un envío de bombas procedentes de Francia. Sus tropas atacaron los flancos de los austríacos en una serie de operaciones conocidas como batalla de Kolubara (3-15 de diciembre), antes de reconquistar Belgrado. Potiorek perdió el mando y su ejército se retiró una vez más a su punto de partida, tras perder muchísimos hombres: 28 000 muertos, 120 000 heridos y 76 500 prisioneros. Sin embargo, las pérdidas de los serbios —22 000 muertos, 92 000 heridos y 19 000 entre prisioneros y desaparecidos— fueron comparables a las de los austríacos, y además afectaron a una fuerza mucho menor. En aquellos momentos Serbia era demasiado débil para amenazar el territorio de los Habsburgo y en 1915 los austríacos pudieron retirar sus tropas de la frontera de los Balcanes, medida que, en vista de la inminente intervención de Italia contra ellos, resultaría muy oportuna[147]. Tanto en los Balcanes como en Polonia, el invierno de 1914 supuso todo un hito para los Aliados.

El hecho de concentrarnos en los detalles de estas campañas puede oscurecer la imagen general. Una y otra vez, tanto en el este como en el oeste, las ofensivas de uno y otro bando perdieron intensidad y tuvieron que ser interrumpidas debido al terrible número de bajas sufridas. Las fuerzas atacantes se encontraban siempre con problemas similares en el territorio enemigo. Al avanzar se alejaban de sus redes telefónicas y telegráficas y tenían que recurrir a los mensajes por radio que sus adversarios podían interceptar; dejaban tras de sí los ferrocarriles

que necesitaban para suministrarles munición para sus armas y comida, ropa y cuidados médicos para sus hombres y sus caballos. Las campañas realizadas en las condiciones de 1914 plantearon a los generales unos retos desconocidos hasta entonces, tanto a la hora de interpretar la profusión de información que les llegaba como a la hora de maniobrar en respuesta a dicha información con unos ejércitos que eran mucho más difíciles de manejar (pues eran más grandes y más voraces desde el punto de vista logístico) que en tiempos de Napoleón[148]. Todos los comandantes supremos tuvieron dificultades para dirigir a sus subordinados, y la estrategia —por ejemplo, en el ejército ruso— muchas veces era simplemente fruto de los compromisos alcanzados como consecuencia de las luchas burocráticas. Los mandos tenían cierto control sobre el dónde y el cuándo debían abrir fuego sus hombres, pero fuera de eso casi no tenían ninguno, y la potencia de fuego moderna se cobró unos sacrificios enormes en las tropas situadas a campo abierto, que a menudo estaban demasiado mal preparadas debido a su adiestramiento y a la doctrina imperante en lo concerniente a la forma de abrir trincheras y de atacar en orden disperso. Así pues, había muchos factores que beneficiaban a los defensores en detrimento de los atacantes, aparte de consideraciones fundamentales en lo que se refiere a la casi igualdad numérica entre los dos bandos en el Frente Occidental, en el Oriental y en el de los Balcanes, y a las reservas humanas aún sin explotar con las que contrarrestar las pérdidas. Estas compensaron el resultado más importante de la campaña por tierra, que fue el fracaso de la pretensión alemana de conseguir una victoria rápida en el oeste, primero en el Marne y luego en Flandes. Pues, pese a su fracaso, los alemanes habían consolidado su presencia en un territorio en el que ni Francia ni Gran Bretaña podían permitir que se quedaran sin reconocer su derrota. De ahí que los invasores pudieran permanecer a la

defensiva mientras sus enemigos se agotaban atacando las posiciones preparadas, y a eso se dedicaron la mayor parte de los tres años siguientes. Los alemanes no habían conseguido una victoria sin paliativos, pero seguía viva la posibilidad de que se impusieran a través del agotamiento de los Aliados. Tanto más cuanto que el ejército ruso había sido incapaz repetidamente de conquistar territorio alemán aun cuando la mayoría de las fuerzas alemanas estaban en el oeste. Había ocupado territorio austríaco, sí, pero este tenía menos importancia. Por otro lado, una guerra demasiado larga podía resultar poco ventajosa para Alemania debido a las mayores oportunidades que tenían los Aliados de movilizar recursos del mundo exterior, a través de sus imperios coloniales y a través de sus relaciones comerciales con los países neutrales. Para conseguir esa movilización los Aliados necesitaban el control de los océanos, control que establecieron durante los primeros meses de la guerra, mientras que Alemania perdió su mejor ocasión de ponerlo en entredicho. El choque decisivo que esperaba la opinión pública de uno y otro bando (pero no las respectivas armadas) no llegó a materializarse y el año acabó en punto muerto tanto por tierra como por mar. Ahora hay que examinar el dominio global de los mares que ejercían los Aliados y el equilibrio naval en aguas europeas.

Fuera de Europa los Aliados —y muy en particular los británicos— empezaron teniendo unas ventajas tremendas. Poseían la mayor parte del volumen del comercio mundial, y casi todo lo que estaba en manos de las Potencias Centrales se hallaba confiscado en los puertos de los países neutrales. En cuanto estalló la guerra, los Aliados cortaron las líneas telegráficas ultramarinas de los alemanes obligándolos a depender de las comunicaciones diplomáticas, navales y militares por medio de telegramas codificados a través de líneas telegráficas neutrales o de mensajes de radio, susceptibles de ser escuchados por el enemigo, que no tardó en aprender a

descifrarlos. La armada austrohúngara se encontraba estacionada en su totalidad en el Adriático; Alemania tenía una red de puertos y depósitos de carbón para repostar a lo largo de todo el mundo, pero solo el de Qingdao (en China) estaba equipado para abastecer a los buques de guerra modernos[149], y las fuerzas de los imperios británico, francés y japonés no tardaron en invadir la mayoría de las posesiones ultramarinas del Reich[*]. Aunque antes de la guerra la marina alemana había contemplado la posibilidad de llevar a cabo incursiones contra el comercio británico, carecía de planes detallados para realizar algo así y durante la crisis de julio no hizo prácticamente un movimiento para enviar buques de guerra o situar barcos de aprovisionamiento en el exterior[150]. Por eso los cruceros que se hallaban ya fuera de sus aguas jurisdiccionales en tiempos de paz representaban la principal amenaza para la navegación británica fuera de Europa, pero esa amenaza resultaba fácil de manejar. Y fue una suerte, porque el Almirantazgo no hizo gran cosa para guardarse de ella, creyendo que la Royal Navy debía concentrar sus fuerzas contra el grueso de la flota enemiga, que no podía patrullar todas las rutas marítimas, y convencido de que si los buques mercantes se dispersaban y evitaban seguir las rutas habituales, las pérdidas que irremediablemente se sufrirían serían soportables[151]. El buque más formidable que los alemanes tenían fuera de sus aguas jurisdiccionales era el crucero acorazado *Goeben*, que, junto con el acorazado ligero *Breslau*, constituían la escuadra del Mediterráneo, al mando del almirante Wilhelm Souchon. El 3 de agosto, el gobierno alemán, que acababa de concluir una alianza secreta con Turquía, ordenó a la escuadra dirigirse a los Dardanelos, donde llegó al cabo de una semana. Un destacamento británico de cuatro cruceros de batalla situado en el mar Jónico habría podido interceptarlo, pero los cañones del *Goeben* eran más potentes y tenían mayor alcance, y el comandante de la flotilla,

el contraalmirante Ernest Troubridge, hizo una interpretación cautelosa de sus órdenes de no enfrentarse a una fuerza superior y dio media vuelta, dejando el paso libre a Souchon. Troubridge fue sometido a un consejo de guerra, pero fue absuelto. El salvamento de los dos buques alemanes contribuiría más tarde a la entrada de Turquía en la guerra, y retuvo maniatadas en el Egeo a las fuerzas británicas, obligadas a vigilarlos, pero la marina del Reich dejó al menos de amenazar la navegación de los Aliados en el Mediterráneo o el transporte de soldados franceses desde el norte de África a Europa.

El resto de los buques de guerra alemanes en ultramar sumaban apenas una docena de barcos diseminados por todo el mundo. El *Karlsruhe*, que se encontraba en el Caribe cuando estalló la guerra, actuó frente a las costas de Brasil, hundiendo quince mercantes antes de volar misteriosamente por los aires. El *Königsberg*, frente a las costas de África oriental, hundió un viejo crucero británico, pero quedó inmovilizado debido a la falta de carbón. Buscó cobijo en el delta del río Rufiji, donde fue destruido por una expedición británica en 1915. El *Leipzig* paralizó durante algún tiempo la navegación aliada en aguas de California, uniéndose junto con el *Dresden* al más peligroso de los desafíos de los Aliados fuera de Europa, la Escuadra de Cruceros de Asia Oriental del vicealmirante conde Maximilian Graf von Spee. Spee contaba también con dos magníficos cruceros de batalla modernos, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, y los cruceros ligeros *Emden* y *Nürnberg*. Cuando estalló la guerra, sus barcos se dispersaron, casi todos lejos de su base en Qingdao. Los británicos no habían modernizado su flota de cruceros, como habían hecho con sus acorazados, y de cerca sus cruceros eran demasiado lentos o su armamento era demasiado ligero para enfrentarse a Spee[152]. Pero el problema más inmediato de este era el del combustible. El vicealmirante reunió sus barcos en las islas Marianas y decidió actuar en aguas

del Pacífico, frente a las costas de América, donde se podía comprar carbón, pero envió al *Emden* al Índico. Este causó allí estragos, bombardeando Madrás y Penang y hundiendo un crucero ruso, un destructor francés y dieciséis mercantes a vapor británicos antes de que el crucero australiano *Sydney* lo hiciera encallar en las islas Cocos el 9 de noviembre. En todos estos episodios los Aliados se beneficiaron más de la suerte que de la previsión: tuvieron la fortuna de darse de manos a boca con el *Königsberg* y el *Emden*, y de que el *Karlsruhe* saltara por los aires, y también los ayudaría la suerte frente a Spee, aunque no sin antes sufrir un terrible desastre.

El desastre en cuestión fue la batalla de Coronel, frente a las costas de Chile, que tuvo lugar el 1 de noviembre de 1914, cuando Spee se topó con una escuadra británica al mando del contraalmirante Christopher Cradock, formada por dos cruceros ya viejos, el *Good Hope* y el *Monmouth*, un crucero ligero, el *Glasgow*, y un buque mercante armado, el *Otranto*, dotados todos ellos de tripulaciones inexpertas e improvisadas. El *Good Hope* y el *Monmouth* se fueron a pique con todos sus tripulantes, incluido el propio Cradock, sin causar prácticamente daño alguno a sus enemigos. Cradock no habría debido presentar batalla ante unos buques que eran más rápidos y llevaban unos cañones más pesados[153], y no está claro por qué lo hizo, aunque tal vez pesara en su decisión lo ocurrido con Troubridge. El Almirantazgo le había ordenado concentrarse en la flotilla de Spee, pero de un modo un tanto ambiguo, pues no especificaba si debía intentar destruirla o no. Le advirtió que no entrara en combate sin el anticuado acorazado *Canopus*, pero este era tan lento que cuando Cradock abandonó el Atlántico sur para entrar en el Pacífico lo dejó atrás. Cuando por fin el Almirantazgo le ordenó esperar, envió el aviso dos días después de que se hubiera producido la batalla[154]. Sin embargo, tras la primera derrota sufrida por la Royal Navy en un enfrentamiento

naval al cabo de más de un siglo, *sir* John Fisher, recién nombrado Primer Lord del Mar, vio en la experiencia de Coronel no solo una humillación, sino también una amenaza a los Aliados en todo el Atlántico Sur e incluso en el Atlántico Norte, pues no estaba claro dónde aparecería Spee la próxima vez. A pesar del estrecho margen de que gozaba Gran Bretaña sobre los alemanes en el mar del Norte, el Almirantazgo mandó dos cruceros de batalla al Atlántico Sur (el *Invincible* y el *Inflexible*) al mando del vicealmirante *sir* Doveton Sturdee, y un tercero a Nueva Escocia, además de concentrar algunas escuadras de cruceros frente a las costas del cabo de Buena Esperanza y de África occidental, y de utilizar buques de guerra japoneses como escolta en el Pacífico. Puede que la emergencia hubiera mantenido los recursos navales de primera calidad de los Aliados paralizados durante mucho tiempo si Spee no hubiera abandonado el Pacífico para poner rumbo a Alemania; sin embargo, el 8 de diciembre hizo un alto en Port Stanley, en las Malvinas, con el fin de atacar su emisora de radio y sus depósitos de carbón. Cuando llegó a primera hora de la mañana, con la esperanza de encontrar la colonia indefensa, descubrió que los barcos de Sturdee estaban anclados en ella para repostar carbón. Spee desconocía que los cruceros de batalla se hallaban en la zona, y unos y otros quedaron sorprendidos. Si hubiera atacado de inmediato, el vicealmirante alemán habría causado graves daños al enemigo, pero dio media vuelta posiblemente debido a un cañonazo disparado por el *Canopus*, que el Almirantazgo había estacionado en las islas. Sturdee salió en su persecución, y como sus cruceros de batalla podían alcanzar los veintiséis nudos frente a los dieciocho de los alemanes (y, además, se trataba de un magnífico día claro de verano austral), dio alcance a sus enemigos por la tarde y disparó contra ellos con una artillería tres veces más pesada que la suya y desde una distancia mayor de la que los alemanes podían alcanzar[155]. A

diferencia de lo que ocurría en el mar del Norte, ni los torpedos ni las minas desempeñaron papel alguno: fue una batalla tradicional que decidió la artillería, en la que la puntería de los británicos no estuvo particularmente acertada, pero sí lo suficiente para destruir los navíos alemanes sin que la fuerza superior recibiera graves daños, lo mismo que había sucedido en la bahía de Coronel, pero al revés. Spee dividió su escuadra con la esperanza de que los barcos más pequeños consiguieran escapar, pero mientras el *Invincible* y el *Inflexible* hundían el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, los cruceros de Sturdee hundieron el *Leipzig* y el *Nürnberg*. El *Dresden* logró escapar, pero fue hundido cuando dos cruceros británicos lo encontraron en aguas chilenas en marzo de 1915. Una vez más, la buena suerte había permitido a los británicos localizar a su enemigo en la inmensidad de los océanos australes, pero hay que conceder a Sturdee el mérito de aprovechar la oportunidad con la mayor sangre fría, lo mismo que debemos conceder a Fisher y a su superior, Churchill, el mérito de poner al frente de la misión a Sturdee. Además, los cruceros de batalla británicos reivindicaron en las Malvinas la concepción que de ellos había tenido originalmente Fisher, durante su primer mandato como Primer Lord del Mar entre 1904 y 1910, como fuerza imperial de interceptación, con un blindaje más ligero que los acorazados *dreadnought*, pero con su misma artillería pesada, y además más rápidos[156]. La batalla de las Malvinas prácticamente eliminó la amenaza de los cruceros alemanes que tantas molestias habían causado a la navegación y a las disposiciones navales de los Aliados, en una medida realmente desproporcionada en comparación con su volumen. Debido a esa amenaza, las tropas australianas y neozelandesas retrasaron su partida rumbo a Europa de septiembre a noviembre de 1914[157]. En total, los cruceros alemanes hundieron más de cincuenta navíos británicos, correspondientes aproximadamente al 2 por ciento

del tonelaje británico, aunque este detalle habría que compararlo con los 133 barcos alemanes que capturaron los británicos en las tres primeras semanas de la guerra[158]. Por si fuera poco, a comienzos de 1915, aparte de las incursiones ocasionales de los mercantes armados alemanes, los Aliados gozaron de un dominio casi absoluto del mar, excepto en el Báltico y en el Adriático. Mientras que por tierra los alemanes controlaban un territorio que los Aliados se vieron obligados a desalojar, por mar —antes de que apareciera la amenaza de los submarinos— el mapa de la guerra favorecía a sus enemigos.

La ubicación de las Potencias Centrales, casi encerradas en el continente y sin acceso al mar, daba a los británicos unas ventajas de las que habían carecido en sus anteriores guerras contra Francia y contra España. Las islas Británicas han sido comparadas con un gigantesco rompeolas, colocado en medio de las aguas para cortar a los alemanes el paso al océano Atlántico a través del mar del Norte y del canal de la Mancha[159]. Pero la mayor parte de la inapropiadamente llamada Flota de Alta Mar de Alemania (y, en concreto, sus buques capitales) había sido construida como una fuerza de corto alcance. Los alemanes disponían de setenta y cuatro cruceros ligeros, y probablemente más les habría valido usar un número mayor de ellos en ultramar, pero incluso una victoria alemana sobre la Gran Flota británica habría causado un perjuicio menor a las colonias británicas porque pocos barcos alemanes podían llegar a ellas. Sin embargo, habría hecho muy difícil proteger la navegación en torno a las islas Británicas, incluidos los transportes de tropas a través del Canal. Además, habría hecho que a los Aliados les resultara más difícil bloquear a sus enemigos, y habría expuesto al Reino Unido a bombardeos, incursiones aéreas y a una posible invasión por parte de los alemanes. Como los Aliados dominaban ya la mayor parte de los mares, la destrucción de la armada alemana habría

tenido un impacto mucho menor en el equilibrio general de fuerzas durante la primera fase de la guerra (aunque posteriormente, cuando empezara en serio la guerra de submarinos de los alemanes, habría permitido disponer de más buques de guerra aliados para la protección del comercio). Para los británicos (y por extensión, para los franceses y los rusos debido a lo indispensable que para ellos resultaba Gran Bretaña) era fundamental evitar una derrota por mar; para las Potencias Centrales, no.

De hecho, durante los dos primeros años los principales barcos de las dos grandes flotas nunca llegaron a ponerse a tiro de sus respectivos cañones. Aquello fue una verdadera sorpresa tanto para la opinión pública de Gran Bretaña como para la de Alemania, que, sensibilizada por la carrera naval, esperaba que se produjera un choque en fecha temprana. Los planes y disposiciones previos a la guerra indican que para los altos mandos de la marina no fue tanta sorpresa. La prudencia operacional de la flota alemana contrastaba notablemente con la audacia del ejército y con los agresivos programas de construcción de barcos de Tirpitz. En principio, la planificación estratégica era responsabilidad no ya del Departamento de la Marina Imperial de Tirpitz, sino del jefe del Estado Mayor de la Armada (JEMA). En la práctica, el JEMA no tenía la misma autoridad que el JEM en el ejército, y a diferencia de este no era el comandante en jefe *de facto* en tiempos de guerra. Tirpitz tenía una influencia considerable en la estrategia, y sus decisiones acerca de la disposición y las dimensiones de la armada determinaban en cualquier caso lo que era factible y lo que no. En 1914 el JEMA Hugo von Pohl y el comandante de la armada, Friedrich von Ingenohl, eran sus protegidos, y el káiser ordenó que el Estado Mayor coordinara sus deliberaciones con él. Pero las manifestaciones de Tirpitz acerca de la misión de la armada siempre habían sido ambiguas y los

almirantes no habían llegado a formular un plan operativo concertado contra Gran Bretaña[160]. Cuando estalló la guerra, el secretario de la armada pasó a convertirse en un personaje cada vez más marginal. El káiser había empezado a perder la confianza en él y se mostraba menos dispuesto a delegar la dirección de la guerra en el mar que la de la guerra por tierra. Guillermo II se negó a consolidar el control de la guerra naval en manos de Tirpitz tal como este había esperado, y cuando se rompieron las hostilidades el Estado Mayor de la armada y el comandante en jefe de la flota tuvieron mayor influencia[161]. Este detalle tiene mucha importancia porque el momento más oportuno de tomar una decisión que tuvo la Flota de Alta Mar se sitúa al comienzo de la guerra. Tirpitz insistiría en ello tanto en su momento como al hablar del asunto retrospectivamente[162]. La opinión que se impuso, sin embargo, no fue la suya. En diciembre de 1912, Guillermo II había ordenado que en caso de guerra la armada causara el mayor daño posible a las fuerzas de bloqueo y presentara batalla con todas sus fuerzas solo si las circunstancias le eran favorables[163]. Pero en agosto de 1914 ordenó que permaneciera amarrada y no saliera al encuentro de la Royal Navy ni atacara los transportes de la BEF. Las instrucciones generales de la armada establecían como su primer objetivo causar daño a la Royal Navy colocando minas y efectuando incursiones submarinas y ataques a sus barcos en la bahía de Helgoland. Solo cuando se alcanzara la paridad entre las dos marinas debía presentar batalla en condiciones favorables[164]. El ejército pretendía que la armada actuara para disuadir los desembarcos en la costa, y Bethmann sostenía que había que «reservarla» como una carta durante las negociaciones de paz; el káiser se mostró de acuerdo y además compartía la opinión de Pohl, según el cual era demasiado pronto para arriesgarse a un enfrentamiento total. Pese a las objeciones de Tirpitz, se insistió a Ingenohl en que conservara a

toda costa la armada; de ningún modo debía correr riesgos entrando en acción a menos que fuera probable la obtención de la victoria[165].

Los mandos de la armada alemana eran prudentes en parte porque conocían la inferioridad numérica de sus fuerzas, y aunque gozaban de ciertas ventajas cualitativas, estas no compensaban su debilidad numérica. Cuando estalló la guerra, Gran Bretaña poseía 22 acorazados *dreadnought* en servicio y 13 en construcción frente a los 15 y los 5 respectivamente de Alemania; y tenía 9 cruceros de batalla y 1 en construcción, frente a los 5 y los 3 respectivamente de Alemania. Los británicos tenían 40 acorazados *predreadnought* frente a los 22 de Alemania, 121 cruceros de todas las categorías frente a los 40 de los alemanes, 221 destructores frente a 90, y 73 submarinos frente a 31. Según suele decirse, la mayor dispersión de las fuerzas británicas hacía que la proporción de unos y otros en el mar del Norte estuviera más igualada: 21:13 acorazados *dreadnought*, 4:3 cruceros de batalla, 8:8 *predreadnoughts*; 11:7 cruceros ligeros, y 42:90 destructores[166]. Además, Alemania poseía minas, torpedos y bombas más fiables, y sus barcos tenían un blindaje más grueso que los cubría por completo, así como unos baos más anchos que les daban mayor estabilidad en caso de avería[167]. Pero muchas de esas ventajas se ponían de manifiesto solo en el momento de la acción y eran contrarrestadas por deficiencias tales como la decisión de Tirpitz de poner un cañón de 13,5 pulgadas en los cruceros de batalla alemanes de fabricación más reciente, lo que significaba que fueran inferiores a las nuevas piezas de 15 pulgadas de los acorazados británicos de la clase *Queen Elizabeth*. Además, en 1914 los alemanes sabían que la Royal Navy probablemente no montara un bloqueo de proximidad (costero) de sus puertos. Si querían obligar a los británicos a presentar batalla, tendrían que hacerlo muy lejos de sus costas, lo que hablaba a favor de una

postura defensiva, lo mismo que la geografía de los estuarios de los ríos alemanes que desembocan en el mar del Norte. Sus acorazados y cruceros de batalla más modernos estaban anclados en la desembocadura del Jade, los *predreadnought* en la del Elba, y una fuerza de cruceros y torpederas en el más occidental de esos estuarios, el del Ems. Los campos de minas y los bajíos los protegían perfectamente, pero les impedían echarse a la mar como no fuera con la marea alta y también podían hacer que la flota quedara atrapada en mar abierto[168]. No era probable que se produjera una batalla importante a menos que los grandes buques británicos se atrevieran a meterse en la madriguera de sus enemigos.

Pero las disposiciones estratégicas de los británicos también contribuyeron al empate técnico. Como Primer Lord del Mar entre 1904 y 1910, Fisher había revolucionado los programas de despliegue y de construcción naval de la Royal Navy, pero había menospreciado la planificación estratégica. Hasta 1912 no se creó un Estado Mayor del Almirantazgo, cuando Winston Churchill ocupó el cargo de Primer Lord del Almirantazgo de 1911 a 1915. En 1914 la marina carecía de una estrategia de destrucción agresiva de la flota alemana, y menos mal que así fue. Los planes de guerra elaborados en 1906-1908 preveían un bloqueo a poca distancia de la costa, incursiones en territorio enemigo y la ocupación de las islas próximas al litoral para obligar a los alemanes a presentar batalla; pero el ejército se opuso a proporcionar tropas al considerar que semejantes operaciones eran una distracción que les impedía ayudar a los franceses. En una reunión del subcomité del gobierno llamado Comité de Defensa Imperial (CID, por sus siglas en inglés) celebrada el 23 de agosto de 1911, el jefe del Estado Mayor Imperial (JEMI) calificó de «locura» las ideas de la armada. Asquith determinó que debía concentrarse en escoltar a la BEF a Francia con rapidez[169]. Además, a partir de 1912, impresionada

por la amenaza de las minas y los torpedos, la marina abandonó el bloqueo de proximidad a favor de un bloqueo «de observación» (una línea de cruceros y destructores situados frente a la bahía de Helgoland), y en julio de 1914 adoptó una estrategia de bloqueo «a distancia» con el fin de salvaguardar las salidas del mar del Norte. Gran Bretaña poseía muy pocos cruceros y destructores para llevar a cabo un bloqueo de observación, y pocos submarinos para usarlos como instrumento alternativo al bloqueo de proximidad. El bloqueo a distancia era una estrategia por defecto, pero resultó muy eficaz. La idea era muy sencilla: acorralar a los alemanes en el mar del Norte y en el Báltico cerrando sus vías de escape, sin exponer a las fuerzas británicas a un riesgo indebido. Al comienzo de la guerra creó la Gran Flota, formada por sus barcos más grandes y más modernos, entre ellos veinte acorazados y cuatro cruceros de batalla *dreadnought*, al mando del almirante *sir* John Jellicoe, con base en el fondeadero de Scapa Flow, en las Orcadas. *Sir* John pensaba que su misión era mantener el bloqueo de Alemania y asegurar el dominio de los mares[170]. Conocía muy bien la superioridad de la artillería del enemigo y las deficiencias de sus propios barcos, comentando en un memorando del día 14 de julio que «es sumamente peligroso considerar que nuestros barcos son en conjunto máquinas de combate superiores o incluso iguales»[171]. La Flota del Canal, constituida por dieciocho acorazados anteriores a los *dreadnought* y cuatro cruceros, tenía su base en Portland. Había algunas fuerzas bastante grandes de cruceros, destructores y submarinos que operaban desde Harwich y Dover, mientras que la marina francesa estacionó catorce cruceros y barcos auxiliares al oeste del Canal. Para llegar a alta mar los alemanes tenían que elegir irremediablemente entre dos opciones. Podían desafiar el paso de Calais y 200 millas de Canal, que no tardarían en estar guardadas por campos de minas y destructores torpederos, o

podían rodear Escocia, lo que suponía una travesía de 1100 millas para llegar a los pasillos marítimos del Atlántico, con la Gran Flota entre ellos y su base. El riesgo sería tanto mayor cuando los principales buques británicos pudieran operar más lejos de puerto y dispusieran de cañones de mayor alcance, y resultara difícil llevar los petroleros a aguas septentrionales[172].

El bloqueo iba dirigido en primera instancia contra la Flota de Alta Mar, pero algunas fuerzas ligeras estacionadas entre Escocia y Noruega se encargaron también de cortar el paso a la marina mercante alemana. La División de Inteligencia Naval del Almirantazgo llevaba una década estudiando un bloqueo económico y la dependencia que tenía Alemania de los suministros ultramarinos, y en 1912 el CID apoyó un informe que recomendaba una interrupción completa del comercio alemán, incluida una limitación de las importaciones con destino a Holanda y Bélgica si estos países permanecían neutrales. En 1914 se dieron de inmediato los pasos necesarios para paralizar el comercio ultramarino de Alemania[173]. El bloqueo a distancia, con buques de guerra en Scapa y Dover para apoyar la intercepción de los mercantes alemanes en el mar del Norte y en el canal de la Mancha, bastaba para apoyar esta estrategia, así como para proteger el paso de la BEF y para disuadir al enemigo de llevar a cabo una invasión de Gran Bretaña, acción que los alemanes nunca llegaron a contemplar en serio[174]. En realidad, tanto británicos como alemanes sobrevaloraron la probabilidad de los de sem barcos armados; en parte por miedo a esa eventualidad Moltke mantuvo tropas en Schleswig-Holstein y los británicos retuvieron en su país dos divisiones de la BEF que en 1914 se encargaron de abrir tres sistemas de trincheras al nordeste de Londres[175]. Pero Scapa Flow estaba tan lejos del Canal que se antoja un emplazamiento harto curioso de los buques de guerra más importantes de la marina británica, y si los alemanes hubieran atacado los buques

de transporte de la BEF la Gran Flota se habría encontrado demasiado lejos para impedírselo[176]. La estrategia británica surtió efecto en parte porque los alemanes se asustaron.

Además, esta estrategia no llegó a probarse nunca. El contexto tecnológico de las armadas había cambiado incluso de manera más espectacular que el de los ejércitos. Desde 1900 se habían producido unos avances enormes en el ámbito de la artillería, lo que significaba que en el futuro las batallas se librarían a mucha más velocidad y a mayor distancia. Podían tener lugar en aguas infestadas de minas y de torpedos, posiblemente disparados por submarinos. En estas circunstancias los marineros habrían tenido la sensación de que iban a la guerra en meros cascarones, y como los acorazados tardaban tres años en ser fabricados, resultaban más difíciles de sustituir que las armas pesadas del ejército de tierra. Además, su poder de destrucción se había desarrollado más deprisa que la capacidad de dominarlo que tenían sus mandos. Los acorazados británicos y alemanes habían adoptado los cañones de grueso calibre y gran alcance sin sistemas de control de fuego adecuados para apuntar de forma simultánea y con exactitud y permitir cambios de velocidad y de dirección. De todas las bombas que se disparaban no había muchas que dieran en el blanco. Además, la comunicación por radio seguía siendo una tecnología nueva. En las batallas por tierra la infantería no podía utilizarla para solicitar la ayuda de la artillería. El peso y el tamaño de las primeras emisoras no suponían ningún obstáculo para colocarlas en los buques de guerra, pero la telegrafía naval sin hilos no podía mandar mensajes de voz, sino solo en morse, que tardaban entre diez y quince minutos en ser codificados, enviados, descodificados y transcritos. Era demasiado lenta para ser utilizada en acción y apenas suponía una alternativa válida al lenguaje de banderas de los tiempos de Nelson, solo que podía utilizarse a más distancia y a mayor velocidad, en medio de las

nubes de humo de las chimeneas y las salpicaduras de las bombas al caer al agua. En definitiva, el valor de los medios que tenían a su disposición los almirantes y la incertidumbre extrema a la que se enfrentaban justificaban la cautela no solo de la armada británica y de la alemana, las mayores, las mejor entrenadas y las más sofisticadas tecnológicamente de su época, sino todavía más si cabe la de otras potencias, de modo que el punto muerto al que se llegó en el mar del Norte se produjo también en otros lugares. Así, la flota rusa del Báltico disponía de cinco acorazados *predreadnoughts*, pero ninguno moderno. Sobre el papel no podía compararse con la de los alemanes, pero estos contaban solo con unas fuerzas pequeñas y obsoletas para enfrentarse a ella, aunque en caso de necesidad podían traer refuerzos del mar del Norte a través del canal de Kiel. Además, tampoco querían sufrir pérdidas en lo que consideraban un teatro de operaciones secundario, mientras su costa báltica y el transporte de acero sueco continuaran sin sufrir molestias. Nicolás II recordaba la destrucción de su anterior flota del Báltico a manos de los japoneses y se oponía también a asumir riesgos[177]. En el Mediterráneo, en cambio, si Italia se hubiera unido al Imperio austrohúngaro, a Francia y Gran Bretaña les habría costado mucho trabajo contener a sus enemigos, y aun cuando Italia se había mantenido neutral, los austrohúngaros tenían tres acorazados *dreadnought* en Pola frente a los dos de Francia (Gran Bretaña no tenía ninguno). Además, a los franceses les resultaba muy difícil apoyar las operaciones en el Adriático, dado que su base más próxima estaba en Malta. Pero el almirante austríaco Haus, respaldado por Francisco José, prefirió no poner en peligro a su flota frente a los franceses por si Italia —su enemigo más odiado— intervenía después[178]. Tras la huida del *Goeben* y del *Breslau* los Aliados dominarían el Mediterráneo hasta que hicieran su aparición los submarinos alemanes.

Los acontecimientos que se desarrollaron durante los primeros seis meses de la guerra reforzaron la prudencia de ambos bandos. Los franceses pusieron fin a sus batidas por el Adriático cuando un submarino austríaco torpedeó a su buque insignia, en vez de seguir con el bloqueo a distancia desde el estrecho de Otranto. Los rusos empezaron a mostrar una osadía mayor en el Báltico al darse cuenta de que se enfrentaban solo a unas fuerzas alemanas de segundo orden, pero cuando un submarino enemigo hundió a uno de sus cruceros, se limitaron a poner minas para proteger los accesos a Petrogrado[*]. En el mar del Norte los vaivenes de la fortuna desconcertaron alternativamente a los contendientes. Así, el 28 de agosto la primera gran acción en estas aguas, la batalla de la bahía de Helgoland, alarmó a los alemanes, pero hizo saber a los británicos que la audacia de Nelson todavía podía valer la pena. Se originó a raíz de un plan de los comandantes de Dover y Harwich, Roger Keyes y Reginald Tyrwhit, consistente en hostigar a las patrullas alemanas que operaban en la bahía. En medio de la niebla matutina dio comienzo un combate confuso entre los destructores británicos y alemanes, tras salir unos cruceros alemanes del Jade a investigar, pero los grandes buques no pudieron hacerlo porque la marea estaba baja. Pues bien, cuando los destructores británicos enviaron un mensaje por radio pidiendo ayuda y cuatro cruceros de batalla (al mando del vicealmirante David Beatty), junto con algunos cruceros destacados de la Gran Flota, se unieron a la lucha, lograron hundir rápidamente tres cruceros ligeros enemigos y se dieron a la fuga antes de que llegaran los refuerzos enviados por los alemanes. Tuvieron mucha suerte, pues el personal disponible era escaso y a punto estuvieron de perder un crucero a manos de uno de sus propios submarinos. No obstante, Guillermo II insistió en que la Flota de Alta Mar no debía alejarse de la bahía y que su comandante debía pedir su consentimiento antes de

enzarzarse en una acción naval.

Sin embargo, durante las semanas siguientes los acontecimientos se conjuraron para poner en peligro el margen de superioridad de los británicos. La amenaza llegó (como se temía Jellicoe) de los submarinos y las minas. El 22 de septiembre, el submarino alemán U-9 torpedeó y hundió tres viejos cruceros británicos, el *Cressy*, el *Aboukir* y el *Hogue*, cuando patrullaban frente a las costas holandesas; de hecho, los dos últimos cayeron cuando se detuvieron a recoger a los supervivientes. Más de 1400 tripulantes perdieron la vida, muchos de ellos reservistas de mediana edad. Cuando el 9 de octubre el U-9 hundió otro crucero, la Gran Flota abandonó temporalmente Scapa (que carecía de defensas antisubmarinos y en la que estuvo a punto de entrar el U-18), refugiándose en el fiordo Swilly, en la costa norte de Irlanda. Pero el 27 de octubre, uno de sus acorazados más nuevos, el *Audacious*, chocó con una mina y se fue a pique. Los británicos habían descuidado la guerra de minas; sus artefactos eran menos numerosos y menos fiables que los alemanes y la Gran Flota disponía solo de seis dragaminas. Decidieron entonces recurrir a algunos arrastreros como buques auxiliares para la colocación de minas, y a partir de 1915 los buques de guerra británicos fueron provistos de paravanes, mecanismos que destruían las minas o las arrancaban de sus amarres. Pero si los dragaminas iban delante de la flota, esta tenía que navegar más junta, creando así un blanco más fácil para los submarinos, y si desplegaba una pantalla protectora de destructores contra estos, los destructores tenían una autonomía de combustible de solo 1800 millas, a diferencia de los acorazados, cuya autonomía era de 5000 millas[179]. La superioridad alemana en materia de minas y submarinos restringió el alcance de las operaciones navales antes de que llegara a amenazar a la marina mercante británica, y Jellicoe temió que la ventaja de la que gozaba fuera

reduciéndose. Calculaba que tenía solo diecisiete acorazados y cinco cruceros de batalla frente a los quince y los cuatro respectivamente que tenían los alemanes, y mientras que empezaban a entrar en servicio nuevos grandes buques enemigos, los fallos mecánicos habían puesto a cinco naves británicas fuera de combate. El 30 de octubre pidió permiso al Almirantazgo para que la Gran Flota combatiera solo en la parte septentrional del mar del Norte y que diera media vuelta antes que arriesgarse a caer en una emboscada con minas y torpedos. A pesar del desagrado cada vez mayor de la opinión pública ante la inactividad de la armada, Churchill y Fisher accedieron a su petición[180].

En este contexto la decisión de mandar dos cruceros de batalla al Atlántico Sur tras la batalla de Coronel fue realmente audaz, y cuando tuvieron noticia de lo sucedido en las Malvinas los alemanes supieron que sus enemigos contaban con pocos efectivos. El 16 de diciembre intentaron provocarlos y obligarlos a combatir antes de que volviera la escuadra de Sturdee, y la flotilla de cruceros de batalla del contraalmirante Franz von Hipper bombardeó Scarborough, Whitby y Hartlepool, causando la muerte de 122 civiles. Los mensajes de radio interceptados por los británicos los habían avisado del ataque, pero no de que la Flota de Alta Mar acudiría en apoyo de Hipper. Por eso Jellicoe envió los cruceros de batalla de Beatty y una escuadra de seis acorazados, y si se hubieran encontrado con el grueso de las fuerzas enemigas, los alemanes habrían logrado destruir suficientes barcos británicos para igualar su número. Pero Ingenohl temía enfrentarse a la totalidad de la Gran Flota, operación que el káiser no le había autorizado a emprender. Dio media vuelta antes de que los principales buques de unos y otros llegaran a ponerse a tiro. Con posterioridad Hipper logró escapar de sus perseguidores, que iban pisándole los talones, debido a la combinación de mala visibilidad y de mensajes

radiofónicos confusos con la falta de iniciativa por parte del comandante de los acorazados británicos, fallo que los británicos volverían a poner de manifiesto posteriormente. Uno y otro bando se libraron por muy poco de un auténtico desastre, pero los alemanes perdieron su mejor oportunidad de golpear cuando los británicos eran más débiles. Tras el siguiente choque, el de la batalla del Dogger Bank el 24 de enero de 1915, prácticamente dejaron de intentarlo. Esta vez la acción comenzó por una batida de reconocimiento de Hipper en la zona pesquera del Dogger Bank, donde sospechaba que se encontraban los barcos de vigilancia británicos camuflados de arrastreros. Se llevó consigo tres cruceros de batalla y un crucero acorazado, el *Blücher*, que era más lento y tenía cañones más pequeños. Los británicos, avisados una vez más por los mensajes radiofónicos descifrados, enviaron a Beatty con cuatro cruceros de batalla, apoyados de lejos por los acorazados de Jellicoe. En una persecución que duró tres horas, el buque insignia de Beatty, el *Lion*, quedó tan maltrecho que el vicealmirante tuvo que abandonarlo y perdió el control de las operaciones. Los comunicados radiofónicos equívocos de su oficial al mando hicieron que los británicos concentraran el fuego de su artillería en el *Blücher*, que lograron hundir, mientras los tres cruceros de batalla de Hipper escapaban. La batalla se desarrolló a gran velocidad y a una distancia enorme de unos 16 000 o 20 000 metros: de los 1150 proyectiles disparados por los británicos solo seis (excepto los dirigidos contra el *Blücher*, ya inhabilitado) dieron en el blanco. Por consiguiente, a pesar del entusiasmo de la opinión pública británica, Beatty se sintió muy decepcionado y las deficiencias de su país quedaron una vez más de manifiesto. El crucero de batalla alemán *Seydlitz* fue alcanzado en la torreta y estuvo a punto de explotar, pero los alemanes aprendieron por experiencia a mejorar la protección de sus torretas. Durante el año siguiente llevaron a cabo grandes cambios en sus principales

buques, instalando más blindajes, cañones más potentes con una mayor elevación de tiro y con mejor control del fuego, innovaciones que implicaban que la próxima vez estarían mejor equipados[181]. Por otra parte, Guillermo II insistió en que la armada debía ser protegida como «instrumento político», y que no había que presentar batalla fuera de la bahía Alemana. Sustituyó a Ingenohl por Pohl, al que sucedió como JEMA el contraalmirante Gustav Bachmann. Como el Almirantazgo aprobó la decisión de Jellicoe de no combatir fuera del sector más septentrional del mar del Norte, resultaba harto improbable que se produjera un choque entre la Gran Flota y la Flota de Alta Mar. Además, las ventajas de los servicios de inteligencia y la puesta en vigor de un programa más vigoroso de construcción de barcos estaban a punto de reforzar la superioridad británica. Durante la siguiente fase del conflicto en el mar, ambas armadas estarían menos activas, pero la guerra contra el comercio experimentaría una escalada espectacular.

El calor y los cielos sin nubes del primer mes de la guerra en la Europa occidental desaparecieron tras la batalla del Marne. Dieron paso a un otoño lluvioso y a uno de los inviernos más fríos que se recordaban[182]. En otros conflictos anteriores los ejércitos quizá se habrían retirado a sus cuarteles de invierno, pero ahora los suministros (entre otras cosas, de productos alimenticios enlatados) que tenían a su alcance las sociedades industrializadas les permitían permanecer en contacto. En Polonia, los Cárpatos y los Balcanes, los combates continuaron hasta bien entrado diciembre; tras la primera batalla de Ypres, Joffre lanzó una nueva ofensiva en Champagne que se prolongó desde diciembre hasta marzo y causó 100 000 bajas a los franceses a cambio de unas ganancias minúsculas[183]. En medio de aquella carnicería tuvo lugar uno de los momentos más conmovedores de la guerra, la Tregua de Navidad de 1914. El 24 de diciembre aparecieron en las trincheras alemanas de

Flandes árboles de Navidad profusamente iluminados y los dos bandos se pusieron a cantar villancicos. El día de Navidad por la mañana los soldados británicos y los alemanes se reunieron en tierra de nadie, confraternizaron, charlaron, fumaron juntos, jugaron al fútbol, se hicieron fotografías y enterraron a sus muertos. En muchos lugares el alto el fuego duró varios días antes de acabar (con disculpas por parte de las unidades destacadas sobre el terreno) debido a la insistencia de los altos mandos, lo que auguraba que en las navidades de los años venideros no duraría tanto, si es que llegaba a producirse[184]. Parece que este episodio demuestra la falta de rencor existente entre muchos soldados de primera línea, que, una vez pasada la euforia de los primeros días, se vieron atrapados en una maquinaria de muerte accionada desde lo alto. Las treguas extraoficiales y los acuerdos tácitos de moderar la violencia continuarían caracterizando al Frente Occidental durante todo el año 1915, tanto en el sector francés (donde la tregua de Navidad fue menos generalizada) como en el británico[185]. Pero al parecer todos los que participaron de ella esperaban que fuera temporal, y en diciembre el abismo político que separaba un bando de otro era más profundo que en agosto. No solo seguían sin resolver las diferencias que habían conducido a la guerra, sino que a ellas vino a sumarse una serie de nuevos obstáculos para la reconciliación.

Entre ellos destaca la mera escala de las muertes ocurridas desde que dieron comienzo las hostilidades. La guerra a campo abierto se cobró un número de víctimas mayor incluso que el de la campaña en las trincheras que vino a continuación, y los índices de bajas de 1914 hay que computarlos proporcionalmente entre los más elevados de la contienda. El ejército francés sufrió 528 000 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos, entre agosto de 1914 y enero de 1915, cifra más alta incluso que la registrada en sus sangrientas ofensivas de

1915 o en la batalla de Verdún de 1916[186]. El número total de muertos fue de 265.000. El ejército belga perdió la mitad de sus combatientes y las pérdidas de la BEF hasta el 30 de noviembre ascendieron a 89 969 hombres[187]. De las tropas británicas que desembarcaron en agosto, una tercera parte murió, y de los 84 batallones de la BEF (compuestos originalmente por 1000 hombres cada uno), a fecha 1 de noviembre solo 9 contaban con más de 300 efectivos[188]. Las bajas rusas ascendieron a 1,8 millones de hombres, de los cuales casi 396 000 fueron muertos, y 486 000 fueron hechos prisioneros[189]; las del Imperio austrohúngaro ascendieron a 1,25 millones[190]. Solo las pérdidas de Alemania fueron en 1914 inferiores a las sufridas en los años posteriores de la guerra, aunque ellos también tuvieron unas 800 000 víctimas (casi la mitad de su ejército de campaña), de las cuales 116 000 fueron muertos, y 85 000 de ellos perecieron en el Frente Occidental[191]. La magnitud de esta catástrofe no llegó a ser conocida en su totalidad por la opinión pública, aunque en el mes de septiembre ya era evidente en las pequeñas localidades francesas que las pérdidas sufridas eran mucho peores que las de 1870[192]. Pero la matanza no había hecho más que empezar. Además, la guerra de movimientos exponía directamente a la población civil a los ejércitos en avance (mientras que la guerra de trincheras la protegía). Invasión significaba destrucción: los rusos quemaron las granjas de Prusia Oriental y los alemanes prendieron fuego a la biblioteca medieval de Lovaina y bombardearon la Lonja de los Paños de Ypres o la catedral gótica de Reims, alegando que los franceses utilizaban esta última como puesto de observación de su artillería. Significaba también brutalidad contra la población de las zonas ocupadas. Aunque parece que en Prusia Oriental los rusos se comportaron en la mayoría de los casos correctamente, en Galitzia se entregaron al robo y al pillaje, asesinando a varias decenas de civiles, en su mayoría judíos[193]. Durante las dos

invasiones de Serbia, las fuerzas austríacas ejecutaron a varios centenares de personas. Sobre todo en Europa occidental la evidencia de los diarios de los soldados alemanes, unida a los hallazgos de las instrucciones judiciales más serias de los Aliados y los informes de los refugiados belgas, indica que los alemanes mataron deliberadamente en 1914 a 5521 civiles belgas (en su mayoría en el mes de agosto) y a 906 más en Francia, en su mayoría sospechosos de ser partisanos. Los soldados alemanes, que avanzaban con grave riesgo para sus vidas a través de un territorio hostil y habían conocido la guerra de guerrillas de los franceses en 1870, sospechaban con mucha facilidad que pudieran producirse ataques, pero sus sospechas eran muy a menudo infundadas. No obstante, llevaron a cabo decenas de ejecuciones (solo en la ciudad de Dinant mataron a 674 personas) e incendiaron millares de edificios, utilizando además con frecuencia a los civiles como escudos humanos[194]. La suerte corrida por Bélgica proyectó una enorme sombra amenazadora sobre la propaganda de los Aliados no solo como consecuencia de la heroica resistencia del país, sino también por el peligro que tal actitud suponía para las mujeres y los niños, y Lloyd George afirmaría, por ejemplo, que los invasores mataron a tres civiles por cada soldado muerto[195]. Como se trataba asimismo del enemigo que había bombardeado Scarborough (tema de un famoso cartel británico) y Lieja (destino que no tardarían en correr París y Londres) utilizando zepelines, muchos ciudadanos de los países aliados creyeron que se enfrentaban a un auténtico desafío a la civilización. La guerra asumió así una dimensión ideológica, como si se tratara de una cruzada para la preservación de los valores liberales y humanitarios.

Esta polarización política se hizo más inquietante cuando, a medida que fue intensificándose en el Frente Occidental el sistema de trincheras, se vio que era cada vez más remota la posibilidad de una pronta resolución militar del conflicto. En el

mar, la experiencia había hecho que todas las armadas se mostraran más contrarias a asumir riesgos. Fuera de Europa, las Potencias Centrales habían sido expulsadas definitivamente al menos de la superficie de los océanos, pero esta circunstancia tardaría mucho en influir sobre la marcha del conflicto en su conjunto. Por tierra los primeros planes de guerra habían fracasado en todas partes excepto tal vez en Galitzia, y las sucesivas tandas de combates habían confirmado ese fracaso. En el mes de diciembre era evidente que los alemanes tendrían que hacer una guerra en dos frentes con un aliado totalmente ineficaz y que, por lo tanto, les resultaría muy difícil imponerse tanto en el este como en el oeste, mientras que parecía imposible que los Aliados llegaran alguna vez al Ruhr y a Berlín. Pero si los desarrollos militares no presagiaban una pronta resolución del conflicto, tampoco lo auguraban la diplomacia ni la política. La diplomacia fracasó en la crisis de julio, y tampoco se le dejó mucho espacio durante el resto del año. El presidente estadounidense, Woodrow Wilson, ofreció su mediación, que fue rechazada de inmediato[196]; los llamamientos del Papa y de los países neutrales de Europa fueron desoídos. Solo tras el fracaso de la primera batalla de Ypres, las autoridades alemanas empezaron a considerar seriamente la baza de la negociación, pero incluso entonces Falkenhayn y Bethmann pretendieron firmar una paz por separado y no alcanzar un pacto global[197]. Sin embargo, ningún gobierno aliado se mostró dispuesto a considerar una paz semejante, y en virtud del Pacto de Londres del 5 de septiembre Rusia, Francia y Gran Bretaña se comprometieron a no entablar negociaciones ni a firmar la paz por separado. Los Aliados no mostrarían interés por las conversaciones hasta que sus respectivos territorios quedaran despejados y el equilibrio militar se hubiera inclinado a su favor, algo que en su opinión ocurriría tarde o temprano. La agresión de Alemania había unido a sus adversarios con más solidez si

cabe y había estrechado el cerco al que se veía sometida[*].

Si la diplomacia ofrecía pocas perspectivas de éxito, tampoco parecía muy probable que los frentes internos se vinieran abajo. Las campañas móviles supusieron un período de emergencia nacional, durante el cual todos los países beligerantes del continente fueron invadidos e incluso Gran Bretaña sufrió un amago de invasión en noviembre[198], mientras que a finales de agosto, cuando llegaron noticias de las derrotas de los Aliados en Francia, las oficinas de reclutamiento de Londres se llenaron de voluntarios[199]. Durante esta emergencia, cuando los políticos y la opinión pública (aunque no los generales) esperaban una guerra corta, se suspendieron los parlamentos y el discurrir normal de la política quedó interrumpido. En Francia se formó una coalición nacional; en otros países los principales partidos aceptaron treguas electorales y votaron a favor de los créditos de guerra. En todas las potencias beligerantes se generalizó la censura de la prensa. En Francia los militares racionaban estrictamente la información y las prefecturas suprimían los artículos que se consideraba que pudieran dividir o desmoralizar a la opinión pública. En Alemania los CGA desempeñaron un papel similar. En Gran Bretaña el gobierno recurrió más a la autocensura mediante acuerdos con los propietarios y los directores de los periódicos, aunque contó con el respaldo de los poderes que le concedía la DORA[200]. Habría que preguntarse hasta qué punto eran necesarios unos poderes de emergencia, teniendo en cuenta que los primeros meses de la guerra conocieron una calma sobrenatural en los frentes internos, hasta poco tiempo antes tan turbulentos. Los nacionalistas irlandeses y los unionistas, al borde de la guerra civil, dieron marcha atrás y miles de hombres de ambas comunidades se presentaron voluntarios; tras la movilización las ciudades y las zonas rurales de Rusia permanecieron tranquilas, lo mismo que los eslavos meridionales del Imperio austrohúngaro. París no se sublevó tras

las derrotas sufridas en la frontera como había hecho en 1870, a pesar de que la economía de la ciudad se vio afectada por los cierres de muchos negocios y el desempleo galopante. En Londres y Berlín, la falta de trabajo y las pérdidas de la producción fueron breves y al cabo de unas semanas las familias disfrutaban de subsidios de despido en aquellos casos en los que el cabeza de familia se hubiera alistado en el ejército, mientras que los disturbios en el sector industrial se volatilizaron[201].

A falta de una política normal, los gobiernos adoptaron el ejercicio del poder por decreto y en el continente delegaron muchas funciones en el ejército. En Alemania estas fueron a parar a los CGA; en Francia al GQG (Grand Quartier Général, el Alto Mando francés) en la «zone des étapes» («zona de etapas») detrás de la línea del frente; y en Austria al AOK. Los políticos rara vez interfirieron en las operaciones por tierra (aunque Winston Churchill y Guillermo II mostraron una actitud más intervencionista por mar), si bien en los grandes asuntos sí que actuaron. De ese modo, Kitchener insistió en que *sir* John French permaneciera en la línea de los Aliados; el gobierno francés aprobó la estrategia de recuperación de Joffre tras las derrotas sufridas en la frontera, pero exigió que dejara algunas tropas en París; Guillermo II sustituyó a Moltke por Falkenhayn y se mostró de acuerdo con este en cancelar la primera batalla de Ypres. Con estas excepciones, la estrategia por tierra se dejó casi siempre en manos de los generales, que de momento no necesitaban a los políticos. Aunque la movilización industrial empezó en Francia ya a finales de septiembre, cuando Joffre tuvo que pedir bombas a Millerand, las campañas de 1914 se llevaron a cabo con municiones y equipos disponibles de antemano. Los gobiernos tenían que sufragar los gastos de sus ejércitos y comprar pertrechos y suministros, pero una vez suspendido el patrón oro y votados los créditos de guerra por los parlamentos, pudieron disponer a corto plazo de todo lo que

hiciera falta sin tener que decretar conflictivas subidas de los impuestos. El otro requisito era la mano de obra militar, pero en el continente existía ya el reclutamiento obligatorio. Los franceses llamaron a filas a la quinta de 1914 (los jóvenes que alcanzaban ese año la edad de prestar servicio militar) en agosto-septiembre y a la de 1915 en diciembre[202]; del mismo modo, Rusia y el Imperio austrohúngaro llamaron a filas a las nuevas quintas[203]. En Gran Bretaña el Departamento de Guerra mandó tropas territoriales e imperiales (incluidos soldados indios) al otro lado del canal de la Mancha ya en el mes de diciembre, aunque los voluntarios que se habían alistado a partir del mes de agosto no salieron del país hasta 1915. En el continente, en cambio, los soldados que se presentaron voluntarios a pesar de no tener la edad reglamentaria o estar exentos del servicio militar no tardaron en constituir un valioso suplemento. En Alemania su número puede que superara en 1914 los 300.000[204]. En cuanto estalló la guerra, el ministro de la Guerra de Prusia empezó a adiestrar al cuerpo extraordinario (integrado en gran medida por estudiantes que se habían presentado voluntarios) que Falkenhayn despilfarró en Langemarck[205]. Había suficientes soldados de más con los que compensar las terribles pérdidas sufridas, aunque a menudo estuvieran mal pertrechados.

La disponibilidad de los jóvenes a arriesgar sus vidas ilustra con claridad cuáles eran las profundas fuerzas que sostuvieron el esfuerzo de guerra y que continuarían haciéndolo tras la emergencia de 1914. La opinión pública siguió expresándose, por ejemplo, en los pronunciamientos a favor de la guerra del clero protestante y católico y los manifiestos contrapuestos de los intelectuales y los académicos alemanes y aliados[206]. Si los propagandistas franceses y británicos hablaban de una cruzada en defensa de la civilización, sus homólogos alemanes replicaban que su país representaba los valores espirituales del honor, el

sacrificio y el heroísmo frente al materialismo hueco de Occidente. Cabe discutir qué otras resonancias más profundas pudieran tener estos argumentos contrapuestos, y la tregua de Navidad ha sido considerada acertadamente un gesto que venía a ponerlos en duda. Pero si en el continente los voluntarios solían ser hombres procedentes de las escuelas y las universidades, en Gran Bretaña pertenecían a todos los sectores de la población[207], y su caso pone de relieve que el deseo de combatir (aunque no necesariamente el odio al enemigo) no era solo un fenómeno elitista. En su determinación de ver la lucha a través de la victoria, los gobiernos de los países beligerantes siguieron enfrentándose a un malestar social y a una oposición insignificante, y pudieron ver numerosas muestras de apoyo generalizado. Lejos de disminuir debido al punto muerto operacional alcanzado, a finales de 1914 el conflicto iba a recrudecerse y a transformarse en un fenómeno sin precedentes en la historia, en una nueva forma de guerra total.

Segunda Parte

ESCALADA

3

Construcción de un nuevo mundo, primavera de 1915-primavera de 1917

A partir de ese momento, el drama se desarrollaría sin seguir un guión previo. Los planes de guerra habían sido un fracaso y habían provocado cientos de miles de muertos y heridos. Este hecho solo excluía prácticamente la posibilidad de una vuelta negociada al *statu quo*, lo que implicaba que los muertos habían caído en vano. Los alemanes no habían podido tomar París, aniquilar el ejército francés u ocupar los puertos del canal de la Mancha. Los franceses y los británicos tampoco habían liberado el norte de Francia y Bélgica o reconquistado Alsacia-Lorena, y su enemigo seguía reforzando las defensas. Ya fuera por el armamento pesado y el número de tropas presentes o por el número de bajas, lo cierto es que el Frente Occidental continuaba siendo el teatro principal, y el firme establecimiento de las trincheras en sus líneas marcó una nueva fase de la guerra en su conjunto. Pero en otros aspectos, el invierno de 1914-1915 supuso también un punto de inflexión. Uno y otro bando se dedicaban a equipar sus fábricas con toda la maquinaria y el personal necesario y a reclutar más fuerzas en vista de una guerra que se preveía larga. Buscaron alianzas, y la adhesión en octubre de la Turquía otomana a la causa de las Potencias Centrales abrió todo Oriente Próximo como nuevo escenario de las hostilidades. En el mar, Alemania comenzó a experimentar en la

primavera de 1915 con una guerra submarina sin restricciones, y los Aliados con un bloqueo total del enemigo. En ese período intermedio de la guerra, entre finales de 1914 y la primavera de 1917, cuando se produjo el siguiente punto de inflexión importante, las potencias crearon un estilo de combate que, visto retrospectivamente, parecía condensar todo el conflicto. Su característica distintiva era que alternaba momentos de escalada y de parálisis, utilizando uno y otro bando cada vez más violencia, pero sin lograr salir de aquel punto muerto. La guerra se convirtió en un conflicto prácticamente total y más global, y buena parte de sus duraderas consecuencias fueron fruto de estas circunstancias. Pero el aparente equilibrio no era estático, sino dinámico, pues la iniciativa la iban tomando los dos bandos cuando trataban de impedir o de frustrar las maniobras del otro y recurrían a nuevas estratagemas para coger desprevenido al adversario.

Después del milagro del Marne, los Aliados gozaron de cierta ventaja durante unos seis meses. A lo largo del invierno, los franceses siguieron presionando, y lanzaron ataques en la región de Champagne y en la de Woëvre. Los rusos repelieron el avance de los turcos en el Cáucaso, y los británicos hicieron lo mismo en el canal de Suez; por otro lado, en febrero los buques de guerra aliados trataron de penetrar en los Dardanelos. Sin embargo, el peligro más grave que corrían los Aliados era la crítica situación militar de Austria-Hungría, pues Przemysl estaba rodeada, y Rusia intentaba cruzar los Cárpatos al mismo tiempo que Italia y otros estados balcánicos parecían dispuestos a unirse a los Aliados. Pero, tras la caída de Przemysl en marzo, los alemanes empezaron a imponerse a los austríacos, y el gran acontecimiento de 1915 fue el avance de las Potencias Centrales hacia el este. Entre mayo y septiembre, estas recuperaron buena parte del territorio austrohúngaro perdido anteriormente y expulsaron a los rusos de Polonia y Lituania. Luego se dirigieron

al sur y (con la ayuda de un nuevo aliado, Bulgaria) ocuparon Serbia y Montenegro. Por el oeste se limitaron a atacar con gas venenoso durante la segunda batalla de Ypres, lo que permitió el desplazamiento de tropas para embestir contra Rusia. En cambio, casi todas las iniciativas de los Aliados fracasaron estrepitosamente. Las ofensivas emprendidas por franceses y británicos en Artois y Champagne en la primavera y el otoño de 1915 no consiguieron aliviar al ejército ruso, y fueron rechazadas por un contingente alemán numéricamente inferior, causándoles graves pérdidas. Cuando Italia se unió a los Aliados en mayo, sus tropas se lanzaron contra las defensas austríacas a orillas del Isonzo, pero sin éxito. El establecimiento en octubre de una base aliada en Salónica tampoco sirvió para ayudar a los serbios, que solo pudieron encontrar en ella un refugio para su ejército en retirada. Las operaciones contra los otomanos no fueron más afortunadas. Una expedición que había salido de la India llegó a las afueras de Bagdad en noviembre de 1915, pero los turcos la obligaron a rendirse en Kut al-Amara en abril del siguiente año. Después de que las armadas de Francia y Gran Bretaña cejaran en su empeño de penetrar en el Imperio otomano a través de los llamados estrechos turcos, los soldados aliados desembarcaron en la península de Gallípoli en abril y agosto de 1915, pero solo para quedar atrapados en sus trincheras en otra guerra de desgaste. Sufrieron más de 250 000 bajas antes de poder ser evacuados. Mientras que la derrota de Serbia había permitido abrir una ruta terrestre que comunicaba Berlín y Viena con Constantinopla, el intento aliado de establecer una ruta marítima hasta Rusia a través de los estrechos había fracasado; si a comienzos de 1915 el Imperio austrohúngaro era el contendiente que se veía más presionado por las fuerzas enemigas, a finales de ese año ese papel lo desempeñaba Rusia. En el mar, las cosas no iban mucho mejor. Las protestas de Estados Unidos tuvieron más éxito que las

contramedidas aliadas a la hora de frenar la primera campaña bélica sin restricciones emprendida por los submarinos alemanes; por otro lado, había que esperar mucho tiempo para que el bloqueo de las Potencias Centrales diera sus frutos. En pocas palabras, 1915 fue un año de decepciones casi continuas para los Aliados.

No obstante, todo aquello no era más que una apariencia que podía inducir a error, pues lo cierto es que los Aliados estaban movilizando gradualmente sus recursos y optimizando su coordinación, por mucho que los alemanes demostraran en esos momentos una mayor efectividad tanto táctica como operacional. El ejército ruso se recuperó notablemente y empezó 1916 más y mejor equipado que antes de emprender su retirada. El italiano también aumentó su armamento y el número de efectivos. La Gran Flota británica tomó la delantera a la Flota de Alta Mar alemana, y la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, por sus siglas en inglés) se vio beneficiada por la llegada en masa de divisiones de voluntarios y por un mayor suministro de municiones. En diciembre, los Aliados planearon en Chantilly el lanzamiento de un ataque sincronizado para el siguiente verano. En la primavera de 1915 se habían producido diversas ofensivas aliadas que habían sido contestadas por las fuerzas austro-alemanas durante el verano y el otoño; en 1916 esta situación daría un giro de ciento ochenta grados. Las tropas austrohúngaras atacaron a los italianos en el Trentino (mayo-junio), los submarinos emprendieron una segunda campaña contra los navíos aliados, la flota alemana dejó malherida a la británica en la batalla de Jutlandia, y entre febrero y julio Falkenhayn intentó acabar con el ejército francés durante varios meses de atroces combates en los alrededores de Verdún. Pero ninguna de estas empresas consiguió sus objetivos. La victoria de los turcos sobre los británicos en Kut al-Amara se vio sobradamente compensada por su pérdida de buena parte de

Armenia en beneficio de los rusos. Los italianos contrarrestaron la ofensiva en el Trentino; el presidente estadounidense volvió a exigir que los submarinos alemanes suspendieran el hundimiento de navíos; Jutlandia supuso al final la confirmación de la hegemonía naval británica; y Verdún dejó al ejército francés muy maltrecho, pero con vida y fuerzas suficientes para responder y tomar represalias.

Aunque los ataques lanzados en primavera por las Potencias Centrales obligaron a sus enemigos a cambiar de plan y a adelantar las ofensivas programadas para el verano con un número inferior de efectivos, con dichas ofensivas los Aliados consiguieron desbaratar los planes de Alemania y del Imperio austrohúngaro y recuperar la iniciativa por primera vez tras un largo año en el que sus fuerzas habían ido siempre a remolque. El avance emprendido por el general ruso Brusílov en junio obligó a los austrohúngaros a trasladar al este una parte de sus tropas destinadas en el Trentino, y a Alemania a hacer lo mismo con sus reservas del oeste; en julio la ofensiva del Somme hizo que Alemania redujera gradualmente las operaciones en Verdún (donde en otoño los franceses consiguieron reconquistar con dos ataques buena parte de los territorios que Falkenhayn les había arrebatado anteriormente). En agosto, los triunfos de Brusílov impulsaron a Rumanía a intervenir e invadir Transilvania, lo que permitió a los italianos emprender un nuevo ataque en el valle del Isonzo y a los Aliados a adentrarse hacia el interior desde Salónica. El nuevo acorralamiento de Austria-Hungría supuso para las Potencias Centrales el momento más crítico que se había vivido desde la primavera de 1915. Ni que decir tiene que el nuevo equipo formado por Hindenburg y Ludendorff, que pasaron a liderar el Estado Mayor alemán cuando Falkenhayn dimitió en agosto, respondió enérgicamente. La llegada de refuerzos alemanes cortó el paso a Brusílov; las tropas de las cuatro Potencias Centrales arrollaron a los rumanos y

ocuparon dos tercios de sus territorios; en el Somme, el progreso de franceses y británicos se limitó a un avance de apenas diez kilómetros; y, aunque los italianos tomaron Gorizia, y el ejército de Salónica tomó Monastir, los Aliados volvieron a terminar el año habiendo ocupado menos territorio que el enemigo. Pero a esas alturas parecía ya que la balanza se inclinaba cada vez más en contra de las Potencias Centrales, y en el durísimo invierno de 1916-1917 el hambre hizo mella en la población de Berlín y Viena. Movidos por una desesperación calculada, los alemanes decidieron reemprender la guerra submarina sin restricciones a partir de febrero, pues consideraron que aunque Estados Unidos les declarara (como esperaban) la guerra, el impacto se vería minimizado si con los ataques de sus submarinos lograban que Gran Bretaña se sentara a la mesa de las negociaciones.

Los planes aliados para el nuevo año, concebidos en el curso de otra conferencia celebrada en Chantilly en noviembre de 1916, consistían en reemprender una serie de ofensivas sincronizadas, pero antes de lo previsto en un principio, pues en aquellos momentos estaban mejor preparados que en la campaña anterior y temían que el enemigo se les volviera a adelantar. Pero se les volvió a adelantar. En febrero los alemanes abandonaron sus posiciones más avanzadas de Francia para retirarse a un colosal sistema defensivo de trincheras recién construido, la llamada Línea Hindenburg, desbaratando los preparativos del nuevo comandante en jefe francés, el general Robert Nivelle. Sin embargo, más difícil de encajar sería el estallido de la revolución en Petrogrado y la subsiguiente abdicación del zar Nicolás II en marzo, lo que pospondría de manera indefinida la contribución de Rusia a la causa aliada. El esfuerzo industrial que permitió a Rusia reequipar a su ejército a partir de 1915 había tensado tanto su tejido social que en aquellos momentos se desintegraba, dejando a los Aliados sin uno de sus principales pilares cuando estaban planeando asestar

el golpe decisivo. A pesar de la dificultad, los Aliados occidentales atacaron en abril y en mayo; los británicos tuvieron cierto éxito en la batalla de Arras, pero la ofensiva lanzada por los franceses en Chemin des Dames se saldó con unos beneficios mortificadoramente inferiores a los esperados por Nivelle. En Oriente Próximo, mientras tanto, aunque en marzo de 1917 una nueva expedición británica había conseguido tomar Bagdad, los dos intentos de adentrarse en Palestina rompiendo las líneas otomanas en Gaza fracasaron, y la rebelión de los árabes del Hiyaz contra los otomanos iniciada en junio de 1916 sirvió de poca ayuda a los Aliados. Después de diez meses de ataques en todos los escenarios, los Aliados habían perdido fuerza. Se enfrentaban al momento más crítico de la guerra para ellos. Con la Revolución rusa y el amotinamiento de las tropas francesas tras la ofensiva de Nivelle por un lado, y con la intensidad cada vez mayor de los ataques navales de los submarinos alemanes por otro, tal vez ni siquiera la intervención de Estados Unidos en abril de 1917 llegara a tiempo para salvarlos. En cualquier caso, los tumultos de la primavera y el verano de 1917 marcaron la entrada del conflicto en su tercera y última fase.

El período intermedio de la guerra debe ser estudiado en relación con el que lo precedió y el que lo siguió. La «idea ilusoria de una guerra corta» que había contribuido a provocar el conflicto no se disipó en 1914. Antes bien, tanto los militares como los civiles, al no poder permitirse el lujo de la visión retrospectiva, estaban en parte convencidos de que con un poco más de determinación se alcanzaría la victoria final. La misma igualdad de fuerzas entre las coaliciones enfrentadas que había contribuido al estallido de la guerra también hizo que esta se prolongara y se intensificara. Durante un tiempo, los Aliados fueron incapaces de someter incluso a un adversario tan vulnerable como Turquía, y su falta de eficacia desde el punto

de vista operacional ha sido identificada justamente como una de las principales razones del estancamiento que se produjo en el frente en 1915 y 1916[1]. Sin embargo, el cambio estructural subyacente que desde 1909 venían sufriendo las Potencias Centrales seguiría su curso a pesar de los enérgicos esfuerzos llevados a cabo para contrarrestarlo. En este sentido, el aparente estancamiento que se produjo entre el invierno de 1914 y la primavera de 1917 también fue engañoso, pues durante esos meses se sentaron las bases para el posterior derrumbamiento del Imperio austrohúngaro y el Reich alemán (por no hablar del Imperio de la Rusia zarista), aunque sigue siendo difícil de precisar hasta qué punto contribuyó la actuación aliada en esta fase a su victoria final.

Así pues, es inapropiado presentar la etapa intermedia de la guerra como un período de simple estancamiento. Es cierto que hasta que los alemanes se retiraron a la Línea Hindenburg ninguno de los dos bandos logró desplazar el Frente Occidental poco más que unos miles de metros. Las flotas del mar del Norte solo se enfrentaron en una ocasión, y ni el bloqueo aliado ni la campaña submarina de las Potencias Centrales supusieron un verdadero éxito. Los frentes de Italia y Salónica se mantuvieron prácticamente tan rígidos como el Occidental, y aunque el Frente Oriental experimentó más movimientos, la verdad es que a partir de septiembre de 1915 sufrió muchos menos cambios (la única excepción es que se extendió a Rumanía). Pequeños estados como Serbia, Montenegro y Rumanía pudieron ser derrotados (si bien ninguno se rindió), pero las grandes potencias siguieron en pie. No obstante, a pesar de que el mapa de los frentes parecía indicar que apenas se habían producido cambios, precisamente porque sus fuerzas estaban tan equilibradas, uno y otro bando intentaron extender el conflicto, creando nuevas alianzas y aventurándose en unas áreas geográficas distintas, e intensificarlo, introduciendo nuevas

tecnologías armamentistas y aplicando las ya existentes con mayor efectividad destructiva. Los combates se extendieron desde el norte de Europa hasta los Balcanes, el Mediterráneo, África y Oriente Próximo. Dejaron de ser bidimensionales y alcanzaron el cielo y las profundidades marinas. Ninguno de los dos bandos resistió la tentación de violar los acuerdos internacionales que restringían el alcance de los conflictos armados y la de atacar tanto a la población civil como a los hombres uniformados. Aunque Alemania fue la que tomó generalmente la iniciativa en este sentido, sus enemigos no se quedaron cortos a la hora de tomar represalias. El uso de gas venenoso y de lanzallamas en el frente vino acompañado del bombardeo aéreo o naval de ciudades indefensas, del torpedeo de buques mercantes y transatlánticos, del bloqueo aliado de todo tipo de provisiones y suministros destinados a las Potencias Centrales, incluidos los alimentos y las medicinas, y de la matanza de armenios por parte de los turcos. Pero la guerra también batió récords en lo concerniente al importante papel desempeñado por los bombardeos de la artillería pesada con material altamente explosivo (que causaron muchas más muertes que el gas venenoso o los lanzallamas) en una serie de batallas que en 1916 se prolongaron durante meses. En el mar, Jutlandia supuso la mayor acción naval que se había visto hasta entonces, una batalla librada con una cantidad de metal muy superior a la empleada en Trafalgar, aunque con un número de bajas no mucho mayor[2]. En tierra firme, franceses y alemanes dispararon en Verdún alrededor de 23 millones de obuses entre febrero y julio de 1916, esto es, una media de más de 100 por minuto, y en el Somme todavía más[3]. Nada de lo conocido hasta entonces podía compararse con aquellas concentraciones masivas de potencia de fuego y de sufrimiento humano en unos espacios tan delimitados durante unos períodos tan largos, y con unos resultados tan pobres. A medida que fue haciéndose

público el número de bajas, la gente de la época pudo enorgullecerse con cierta melancolía de haber entrado en una nueva era, y de que su Gran Guerra superaba en horror cualquier otro conflicto del pasado.

Para continuar la matanza fue necesario llevar a cabo una movilización igualmente insólita en los distintos frentes nacionales. Ni siquiera en el momento de máximo apogeo de la carrera armamentista de los años anteriores al estallido de la guerra el gasto de defensa había excedido el 5 por ciento del producto nacional bruto de las diversas potencias[4]. En cambio, el gasto militar de la mayoría de los estados beligerantes en 1916 probablemente supusiera más del 50 por ciento del PNB y fuera comparable a los niveles alcanzados durante la Segunda Guerra Mundial[5]. En Alemania, por ejemplo, el gasto público (destinado principalmente a la guerra) subió entre 1914 y 1917 del 18 al 76 por ciento del PNB[6]. Una redistribución de recursos tan espectacular exigió la reorganización radical del mercado laboral y puso seriamente en entredicho las jerarquías tradicionales en los lugares de trabajo, incluidas las prerrogativas de la mano de obra especializada y las ventajas de las que disfrutaba el hombre frente a la mujer. Todo ello fue sufragado mediante un financiamiento inflacionario que puso en peligro el nivel de vida de todos los que no fueron partícipes de la producción armamentista. Con el fin de preparar a sus sociedades para unos sacrificios tan grandes, los gobiernos y los líderes de opinión fomentaron la movilización psicológica ejerciendo un rígido control del flujo de información y recurriendo a la propaganda para levantar la moral y reforzar la confianza. Bajo la crispante tregua política, los cimientos del consenso patriótico comenzarían a tambalearse debido a las presiones que durante el bienio de 1917-1918 acabarían por fracturar la disciplina militar y la cohesión social en un estado beligerante tras otro.

El enfoque cronológico no es el método que pueda resultar más ilustrador para estudiar la fase de estancamiento y su dinámica de la escalada del conflicto. Por esta razón abordaré el tema en estas páginas de manera temática en ocho apartados principales. El primer problema que hay que analizar es la envergadura del conflicto: la expansión de la guerra con la entrada de nuevos beligerantes, las campañas emprendidas fuera de Europa contra el Imperio otomano y las colonias alemanas y el impacto general de factores extraeuropeos. La energía dedicada por los Aliados a las campañas en África y Asia contrarrestó en parte los recursos obtenidos en sus respectivos imperios para el esfuerzo de guerra, aunque dichos recursos probablemente constituyeran en todo momento una ventaja indispensable. El segundo es la evolución de los objetivos de guerra de los dos bandos, esos mismos objetivos por los que sus gobiernos y su opinión pública suponían que estaban luchando, y los obstáculos para alcanzar una paz de compromiso. En la diplomacia también se produjo un proceso de escalada del conflicto, y en 1917 los dos bandos estaban aún más divididos que al principio de la guerra. El tercero, sumamente trascendental, es el de las estrategias adoptadas por los principales frentes en tierra firme que desembocaron en las ofensivas de las Potencias Centrales en Polonia y en Verdún y los contraataques coordinados de los Aliados en el verano de 1916 y la primavera de 1917. El cuarto es el de las consideraciones tácticas, tecnológicas y logísticas que frustraron dichas estrategias y dieron lugar a las grandes batallas de desgaste, mientras que el quinto es el de cómo los distintos beligerantes reclutaron hombres para sus ejércitos y sus armadas y se consiguió que estos soldados soportaran una serie de cosas que unas generaciones más tarde parecen intolerables. El sexto es el de cómo fueron movilizadas las economías para potenciar la industria bélica y la manera en la que se financió su

producción, y el fracaso de los Aliados a la hora de sacar el máximo provecho de su aparente ventaja. A continuación, dejaré de lado los progresos por tierra para estudiar el desarrollo del conflicto en el mar. A comienzos de 1915, los Aliados habían establecido su dominio de los océanos, y se pasaron el resto de la guerra resistiendo a los intentos de los navíos y submarinos alemanes por arrebatárselo. No obstante, sus esfuerzos por explotar esa superioridad naval tardaron mucho en hacer mella. La última sección aborda la cuestión de la resistencia de la unidad política y de la moral de la población civil en los distintos frentes nacionales, y estudia el papel desempeñado por la represión frente al verdadero consenso. También reúne los distintos elementos de análisis e investiga las interconexiones existentes entre los factores impulsores del conflicto y establece cuáles fueron decisivos para explicar la catástrofe de la que fue víctima la generación de 1914.

4

La generalización de la guerra

En la Gran Bretaña de la época, cuando no era llamado simplemente «the war» («la guerra»), el conflicto recibía el nombre de «the great war» («la gran guerra»), en clara evocación a las antiguas guerras napoleónicas, mientras que en Francia solían referirse a él como «la guerre» o «la grand guerre». Expresiones como «World war» y «guerre mondiale», esto es, «guerra mundial», comenzaron a utilizarse normalmente solo a partir de la década de 1930. En Alemania, en cambio, *Weltkrieg* («guerra mundial») fue el término preferido desde un principio, pues los líderes de Berlín entendían que estaban combatiendo por una hegemonía mundial y que sus enemigos se dedicaban a concentrar contra ellos los recursos que les proporcionaban sus imperios. Los estadounidenses también empezaron a hablar de «guerra mundial» (en vez de «guerra europea») cuando se vieron arrastrados a intervenir en ella, y en 1917 prácticamente todos los países más grandes y poderosos de la tierra ya participaban en el conflicto[1]. Desde mucho antes, sin embargo, empezaron a canalizarse hacia el Frente Occidental hombres y recursos de otros continentes, y el estancamiento que se produjo en los teatros centrales de la guerra llevó a los dos bandos a buscar nuevos aliados y nuevos campos de batalla. Oriente Próximo, África y Asia fueron escenarios de importantes operaciones. Aunque para combatir lejos del Viejo Continente los Aliados tuvieron que destacar muchas más tropas que las Potencias

Centrales, lo cierto es que pudieron acceder con mayor facilidad al resto del mundo en general. La dimensión extraeuropea de la guerra contribuyó no solo al estancamiento de 1915-1917, sino también al avance final aliado. En este capítulo examinaré esta dimensión desde tres perspectivas: la intervención de nuevos beligerantes, las campañas en Oriente Próximo y la guerra entendida como el choque entre unas potencias coloniales.

Los alemanes percibieron correctamente que la entrada de Gran Bretaña en la guerra era el primer paso crucial para transformar el conflicto en un fenómeno global en lugar de esencialmente europeo. En 1914, el Imperio británico comprendía más de 23 millones de kilómetros cuadrados y alrededor de 349 millones de habitantes; la población de un dominio autónomo como Australia formaba parte oficialmente de la «nación británica» y tenía pasaporte británico, no constituía un Estado soberano y se veía automáticamente involucrada en cualquier hostilidad que declarara el monarca inglés. Estas circunstancias habrían podido crear un problema de legitimidad democrática, pero no fue así. La excepción de este modelo era Sudáfrica, donde hacía apenas diez años Gran Bretaña había suprimido las dos repúblicas afrikáners independientes, la del Estado Libre de Orange y la de Transvaal, absorbiéndolas en una nueva unión con otras dos provincias que ya estaban bajo su control, Natal y la Colonia del Cabo. En octubre de 1914, los afrikáners se rebelaron contra el reclutamiento forzoso para emprender una campaña contra la colonia alemana de África Sudoccidental, y aunque el gobierno de la Unión presidido por el afrikáner Louis Botha sofocó la sublevación, la contribución de Sudáfrica al esfuerzo de guerra seguiría siendo relativamente limitada y comedida[2]. En Australia, por otro lado, durante la crisis de julio el gobierno de Canberra puso su armada bajo mando británico y se ofreció a enviar una fuerza expedicionaria, y los políticos y periódicos de

todas las tendencias rivalizaron unos con otros por dar su apoyo a la madre patria[3]. En Nueva Zelanda ocurrió algo parecido. En Canadá no solo se contó con el apoyo de la población de lengua inglesa y del primer ministro conservador, Robert Borden (que prometió el envío de tropas sin consultarlo en el Parlamento), sino también con el de *sir* Wilfred Laurier, líder de la oposición liberal y principal político de Quebec. Del mismo modo, en Delhi los políticos indios del Consejo Legislativo —entre ellos, por ejemplo, Mohandas Gandhi— expresaron con entusiasmo su lealtad y aprobaron ayudas militares[4]. A lo largo de las últimas décadas, las comunicaciones telegráficas —apoyadas por grandes inversiones— y la emigración habían fortalecido los lazos de Gran Bretaña con los dominios; de hecho, muchos líderes australianos habían nacido en el Reino Unido. Al margen de las élites intelectuales y políticas, el apoyo a la guerra probablemente fuera menos entusiasta, y cuando el conflicto empezó a prolongarse y a resultar excesivamente oneroso se produjeron fisuras en aquella fachada de unidad tanto en ultramar como en Europa. No obstante, la participación en él fue aceptada en un principio sin apenas objeciones importantes, en especial en imperios más autoritarios como el francés y el ruso.

Aparte de la intervención automática de los imperios coloniales, la guerra fue un fenómeno global debido a la decisión de algunos estados independientes de implicarse en ella. Varios de los que lo hicieron (sobre todo en América Latina) actuaron en gran medida así para demostrar simplemente su postura. Los últimos países que entraron en guerra provocando un verdadero impacto en el conflicto fueron Japón y el Imperio otomano en agosto y octubre de 1914 respectivamente, Italia y Bulgaria en mayo y octubre de 1915, Portugal y Rumanía en marzo y agosto de 1916, y Estados Unidos, Grecia y China en abril, julio y agosto de 1917. A continuación hablaré de los

diversos acontecimientos ocurridos hasta la entrada de Rumanía en la guerra y veremos cómo los combates fueron extendiéndose a los Balcanes y al Adriático, así como al este de Asia y a Levante. Si bien puede justificarse que los primeros beligerantes no supieran prever en qué iba a convertirse aquel conflicto, no puede decirse lo mismo de los que participaron más adelante. Pero todos compartieron la idea ilusoria de una «guerra corta»; los italianos, por ejemplo, creyeron que los combates durarían solo unos pocos meses[5]. En Europa oriental particularmente, el conflicto pareció una batalla campal en la que la ventaja se decantaba unas veces hacia un bando y otras hacia el otro. En semejantes circunstancias, las dificultades para prever el devenir de los acontecimientos permiten explicar por qué Turquía y Bulgaria optaron por adherirse al bando perdedor e Italia y Rumanía no supieron valorar el precio que tendrían que pagar por unirse a los ganadores. Como en la crisis de julio, las alianzas ya existentes tuvieron en las decisiones de los distintos países una influencia mucho menor que las consideraciones de interés nacional. Pero a diferencia de lo sucedido en 1914, los últimos estados en entrar en la guerra no tuvieron tiempo para definir sus exigencias y negociar con los dos bandos en conflicto. Aunque su calendario, mucho más cómodo, habría podido permitir un gran debate público, lo cierto es que la mayoría de las intervenciones fueron decididas por gobiernos autoritarios con la finalidad no solo de favorecer sus intereses internacionales, sino también de neutralizar a sus rivales internos.

A diferencia del resto que entraron más tarde en la guerra, Japón era un país lo suficientemente fuerte y situado en una región del planeta lo bastante alejada de Europa como para estar seguro de su integridad con independencia de quién ganara. El principal instigador de su intervención, el ministro de Asuntos Exteriores Kato Takoaki, garantizó al gabinete de gobierno que

Gran Bretaña iba a alzarse con la victoria, pero que, si al final perdía, el Imperio japonés no se resentiría por ello[6]. Los términos de la alianza de Japón y Gran Bretaña de 1902 no exigían que los japoneses entraran en la guerra, pues Alemania no amenazaba a las colonias británicas en Asia. Pero en agosto de 1914, el Almirantazgo, temiendo que los cruceros de Spee causaran estragos en el Pacífico, instó a Grey a solicitar ayuda naval a los japoneses. La llamada de Grey le sirvió a Kato para obtener más apoyos entre los ministros y el *genro*, un grupo de insignes hombres de Estado jubilados que asesoraban al emperador y tenían derecho de veto en cuestiones de política exterior. Pero aunque Kato reivindicara que solo quería mostrarse solidario con Gran Bretaña, lo cierto es que su verdadero objetivo era expandir el Imperio japonés. Tenía tres metas. En primer lugar, controlar las islas de Alemania en el Pacífico Norte y la zona de Qingdao —ciudad cedida por China a los alemanes por un período de casi cien años— que comprendía la base naval de Jiaozhou y un ferrocarril que la comunicaba con regiones del interior ricas en minerales. En segundo lugar, contrarrestar los efectos de la revolución china de 1911-1912 que había supuesto el fin de la dinastía manchú con el nombramiento de un nuevo presidente, el general antijaponés Yuan Shih-kai. (En 1913 ya había advertido a Grey que en el «momento psicológico» oportuno actuaría para salvaguardar las concesiones ferroviarias de Japón en Manchuria.)[7] En tercer lugar, defenderse de Rusia, pues le preocupaba seriamente su rápida recuperación tras la derrota de 1904-1905, así como la finalización de su línea ferroviaria transiberiana. En Japón, las fuerzas armadas se habían visto relegadas a un segundo plano en la política presupuestaria del país, y los diversos intentos llevados a cabo en 1912-1913 para mejorar su situación habían encontrado una fuerte oposición, provocando la caída de dos gobiernos. Kato confiaba en que la entrada de Japón en la

guerra permitiera rearmar debidamente al ejército. Grey, dándose cuenta de los verdaderos objetivos de su aliado, trató incluso de revocar su solicitud de ayuda, pero Kato le garantizó que Tokio se mantendría lejos del Pacífico Sur y no intentaría expandir su área de influencia en territorio chino. Además, antes de dar el paso decisivo, el ministro japonés tuvo conocimiento de que, si limitaba sus ambiciones, era harto improbable que Estados Unidos actuara contra él. No obstante, el ultimátum presentado por Japón el 15 de agosto de 1914 exigiría la entrega inmediata de Qingdao por parte de Alemania, aunque hablaba de la posible devolución de esta ciudad a China en un futuro. Tras declarar la guerra el día 23, los oficiales de Kato empezaron a elaborar una lista draconiana con las llamadas «Veintiuna Exigencias» que enviaron a Pekín en enero de 1915, y cuando la Dieta japonesa volvió a manifestar su firme oposición al rearme de las fuerzas militares, el gobierno decidió disolverla y ganó las nuevas elecciones. Aunque pronto se disipó el entusiasmo popular inicial ante la inminencia de la guerra, la beligerancia japonesa supo canalizar ese fervor en una dirección nacionalista y autocrática[8].

Lo mismo cabe decir de la Turquía otomana, la cual, a diferencia de Japón, no era un Estado-nación unificado, sino un conglomerado multiétnico que había crecido rápidamente. Debido a su endeudamiento crónico y a sus derrotas en guerras anteriores, así como al trato tiránico que dispensaba a sus súbditos, las potencias europeas supervisaban sus finanzas públicas y se reservaban el derecho de intervenir para proteger a la población cristiana armenia y libanesa. Tras la Revolución de los Jóvenes Turcos de 1908, el imperio había intentado modernizar las instituciones políticas y las fuerzas armadas, pero de poco le sirvieron estas medidas, pues perdió Libia en beneficio de Italia en 1911-1912 y buena parte de sus territorios europeos en la primera guerra de los Balcanes de 1912-1913. La

partición de sus dominios en Asia parecía inminente, y antes del estallido de la guerra las potencias ya estaban negociando distintos acuerdos provisionales para repartirse el pastel, aunque ninguna quería que esa división se produjera de inmediato. A raíz de las derrotas sufridas en los campos de batalla, en 1913 un golpe de Estado colocó a los líderes de los Jóvenes Turcos —agrupados en un movimiento nacionalista conspirador llamado Comité de Unión y Progreso (CUP)— en puestos ministeriales clave. El gran visir, Said Halim, cuyo cargo equivalía más o menos al de un primer ministro y con quien solían reunirse los diplomáticos aliados, podía verse relegado a un segundo plano por el triunvirato que formaban los tres ministros del CUP: Djemal Pachá (Marina), Talat Pachá (Interior) y Enver Pachá (Guerra)[9].

Antes de que estallara la guerra, los turcos no se decantaban claramente por ninguno de los dos bandos. Alemania probablemente fuera la potencia de la que menos sospecharan que tuviera aspiraciones anexionistas de los territorios de su imperio, donde había desde 1913 una influyente misión militar alemana encabezada por el general Liman von Sanders, que había sido nombrado inspector general del ejército turco. Aunque el 2 de agosto de 1914 Enver y sus dos socios habían firmado una alianza secreta con Alemania —por supuesto, sin informar a sus colegas del gobierno—, este triunvirato optó en un principio por la neutralidad, pues ellos mismos estaban divididos y el país no estaba preparado para entrar en una guerra. Antes de decidirse a cruzar el Rubicón, los tres ministros siguieron con sus conversaciones con los Aliados, que, sin embargo, hicieron muy poco por ganárselos para su causa. Además de subestimar su poderío militar, parece que los británicos dudaban de la sinceridad de los turcos, y el gobierno de Londres consideraba necesario que a ojos del mundo fuera Constantinopla, y no los Aliados, la que diera el primer paso.

Por otro lado, la potencia más temida por los turcos era Rusia, el enemigo ancestral frente al que exigían garantías a franceses y británicos; garantías que ni Londres ni París podían dar. Lo máximo que podían asegurarles era la integridad de su imperio siempre y cuando se mantuvieran totalmente neutrales, pero los otomanos temían que esta neutralidad permitiera a los rusos importar a través de los estrechos todo el armamento que necesitaban para que su ejército fuera más fuerte que nunca. Para evitar este peligro, a finales de septiembre cerraron los estrechos a los buques extranjeros, un acto claramente hostil para los Aliados[10].

Pero ocurrió un hecho que precipitó la entrada de Turquía en la guerra. Ya a comienzos de agosto, los británicos habían decidido requisar dos acorazados que los turcos habían encargado a los astilleros británicos porque los quería la Royal Navy. Estos navíos, pagados por suscripción pública, habrían permitido que los turcos gozaran de cierta superioridad sobre la Flota del Mar Negro de Rusia. Furiosos, los otomanos se mostraron, pues, receptivos cuando dos barcos alemanes, el *Goeben* y el *Breslau*, huyendo de sus perseguidores británicos, llegaron a los Dardanelos. Constantinopla aceptó «comprarlos», pero con toda su tripulación incluida, nombrando a su comandante, Wilhelm Souchon, comandante supremo de la armada turca. En su nuevo cargo, las relaciones de Souchon con Enver Pachá favorecieron de manera crucial al grupo belicista otomano. Fueron sus buques los que abrieron las hostilidades cuando el 29 de octubre, al frente de una flotilla turca, se adentraron en el mar Negro, atacaron barcos rusos y bombardearon Odessa, a lo que los Aliados respondieron declarando la guerra. El sultán proclamó una guerra santa contra ellos. Aunque los alemanes habían insistido en que Souchon solo zarparía con autorización de los turcos, lo cierto es que Enver, emitiendo las órdenes pertinentes, hizo en

Constantinopla lo que Kato en Tokio: ser el principal hostigador. Si Kato era anglófilo, y había ostentado el cargo de embajador en Londres, Enver había sido agregado militar en Berlín, sentía una profunda admiración por el ejército alemán y tenía un retrato de Federico el Grande sobre la mesa de su despacho. Sin dejar de insistir en que Alemania se alzaría con la victoria, quería que Turquía se uniera a ella, estableciera vínculos de unión con los musulmanes del Cáucaso gobernados por los rusos y tratara incluso de recuperar los territorios del norte de África otrora en poder de los otomanos. Menos vehementes, sus colegas del CUP dudaban a raíz de lo ocurrido en el Marne, pero las victorias alcanzadas por Alemania en Polonia frente a los rusos los armó de valor para dar su consentimiento una vez reforzadas las defensas de los Dardanelos y tras recibir de Berlín el pago de 2 millones de liras turcas para financiar el rearme de su ejército. Después de haber frenado las aspiraciones de Enver, a partir de aquel momento le dieron libertad absoluta. Aunque el gran visir denunció la incursión contra Odessa, para la mayoría de los líderes del CUP el gobierno aceptaba aquel hecho consumado, y los elementos más liberales y moderados de la administración fueron marginados[11].

En la primera mitad del conflicto, la gran potencia que quedaba por entrar en la guerra era Italia, cuyo Tratado de Londres con los Aliados, firmado en secreto el 26 de abril de 1915, la obligaba a unirse a ellos en apenas un mes[12]. A diferencia de Turquía y Japón, este país alpino parecía cambiar de bando. Lo cierto es que la Triple Alianza de 1882 entre Italia, Alemania y Austria-Hungría no obligaba a los italianos a participar en un ataque contra Serbia, sobre todo porque en 1914 sus socios no lo habían consultado con ellos. Por otro lado, desde el punto de vista de Roma, el Imperio austrohúngaro era en realidad el enemigo principal, y durante

diez años los dos supuestos aliados habían estado fortificando las fronteras que los separaban y construyendo armadas rivales en el Adriático. Competían por la influencia en los Balcanes, y *la Italia irredenta*, literalmente «la Italia no rescatada», esto es, los casi 800 000 habitantes de lengua italiana que vivían bajo el dominio de los Habsburgo en el Trentino y en la región de Trieste, constituía la principal prioridad para los nacionalistas de la Italia unificada. En tiempos de paz, la Triple Alianza había tenido sentido para los italianos, que no eran lo suficientemente fuertes como para enfrentarse a Austria-Hungría y temían el poderío del ejército alemán, al que consideraban el mejor de Europa. Pero cuando vieron que Alemania entraba en guerra con Francia y Rusia, perdieron todo su interés por unirse a las Potencias Centrales, siempre y cuando estas no se alzaran con la victoria. En vista de su vulnerabilidad a las acciones de la Royal Navy, que podía bombardear las ciudades costeras italianas y sus líneas ferroviarias, así como impedir las importaciones de trigo y carbón que necesitaba el país, en 1914 la neutralidad fue la elección más lógica y la que apoyó el pueblo en general.

Los principales líderes italianos eran el primer ministro, Antonio Salandra, y su ministro de Asuntos Exteriores desde octubre de 1914, Sidney Sonnino, que ocultaban sus negociaciones al resto del gobierno y sabían que podían contar con el apoyo del rey Víctor Manuel III. Durante el período de neutralidad siguieron con sus conversaciones con Alemania y Austria-Hungría, aunque ambas partes actuando de mala fe. A pesar de las presiones de Berlín, los austríacos prometerían a Italia solo una parte del Trentino. Se negaban a cederla inmediatamente, y preferían hacerlo una vez concluida la guerra, pues no querían sentar un precedente que animara a otros países rapaces a actuar del mismo modo. Los Aliados, conscientes de que se encontraban ante una especie de subasta, cedieron a regañadientes a la mayoría de las exigencias que

Salandra y Sonnino les presentaron en marzo de 1915. Los italianos pedían la concesión de colonias en África y Asia Menor, pero su principal demanda era que se fortalecieran las defensas de sus fronteras en los Alpes (hasta el paso del Brennero) e Istria y les fueran entregadas las islas y la franja costera de Dalmacia para poder controlar el Adriático. Su objetivo no solo era completar la unificación étnica de Italia, sino también garantizar su seguridad militar y naval, así como limitar la expansión eslava, estableciendo nuevas fronteras que pondrían bajo su control a una población integrada por un cuarto de millón de individuos de lengua alemana de Tirol del Sur y alrededor de 700 000 eslovenos y croatas. En lugar de una ruptura con Austria-Hungría, pretendían mantener este imperio como contrapeso de Serbia, la cual, con el respaldo de Rusia, se oponía a las aspiraciones italianas.

En el curso de las negociaciones para lograr la intervención de Italia, la suerte cambiante en los campos de batalla tuvo una importancia decisiva. El milagro del Marne convenció a Salandra de que los Aliados iban a alzarse con la victoria y de que a Italia le interesaba unirse a ellos. El inicio de los ataques en los Dardanelos (que esperaba que se coronaran con éxito y provocaran la entrada de los estados balcánicos en la guerra) lo animaron a negociar con seriedad. Salandra, Sonnino y el jefe del Estado Mayor, Luigi Cadorna, creían que la paz llegaría muy pronto. Aunque su ejército no estaba preparado, tras solicitar un préstamo modesto a los Aliados, decidieron acelerar la intervención de su país, pensando que con ello ganarían mayor peso político. Al final, cuando en el mes de abril el avance de los rusos empezó a perder fuelle en el Frente Oriental, Petrogrado vio debilitado su poder de veto y se convenció de la necesidad de priorizar la intervención de Italia en detrimento de la de Serbia, lo que posibilitó que se llegara a un acuerdo en virtud del cual, además de prometer compensaciones coloniales, el

Trentino, Tirol del Sur, Trieste e Istria, Italia se anexionaría la costa del norte de Dalmacia, y la del sur sería neutralizada. Sin embargo, con los invasores de Gallípoli totalmente atascados en sus cabezas de playa y los rusos huyendo en desbandada, después de firmarse el Tratado de Londres en abril los líderes italianos serían objeto durante todo el mes siguiente de fuertes presiones para que obtuvieran la aprobación parlamentaria de su compromiso.

La entrada de Italia en la guerra fue singular por un hecho: estuvo precedida por una crisis interna provocada por la oferta pública de Alemania y Austria-Hungría de ceder el Trentino y convertir Trieste en ciudad libre. Si podía confiarse en Berlín y en Viena (y eso era mucho decir), Italia vería satisfechas prácticamente todas sus ambiciones en lo concerniente a la autodeterminación. Si en cambio optaba por la guerra, lo haría por una serie de intereses imperialistas y en contra de la voluntad popular. Casi toda la prensa era favorable a la unión con los Aliados, al igual que los políticos conservadores, la Asociación Nacionalista Italiana y diversos patriotas socialistas, como, por ejemplo, Benito Mussolini, pero desde las provincias se informaba de que la mayoría del pueblo se mostraba indiferente o rechazaba la idea de una intervención bélica de su país. La Iglesia católica también se oponía, al igual que el principal grupo socialista, el Partido Socialista Italiano (PSI), que no veía razón alguna (a diferencia de lo ocurrido entre Francia y Alemania) para que la nación debiera demostrar su solidaridad ante un agresor reaccionario. Además, Giovanni Giolitti, predecesor de Salandra en el cargo de primer ministro y su rival político más progresista, afirmaba que podían obtenerse «bastantes cosas» manteniéndose neutrales, y que había que evitar la guerra siempre y cuando no fuera absolutamente necesario tomar las armas. Cuando una mayoría de los diputados apoyó la postura de Giolitti, Salandra presentó su

dimisión. Su acto desencadenó en las principales ciudades el llamado *maggio radioso* de manifestaciones de elementos intervencionistas, en su mayoría gente pacífica de clase media, aunque en Roma la multitud invadió la sede del Parlamento e intimidó a los partidarios de Giolitti. En cualquier caso, los pacifistas se quedaron sin líder. Como admitió al final que Viena había presentado una oferta tan generosa solo porque se veía amenazada, Giolitti se negó a formar gobierno, y lo mismo hicieron otros dos candidatos. Cuando el rey volvió a llamar a Salandra, la oposición se derrumbó, y el gobierno consiguió una amplia mayoría, pues incluso el PSI optó simplemente por oponerse al esfuerzo de guerra en vez de sabotearlo. Así pues, aunque fue decidida por medios constitucionales, la entrada de Italia en la guerra supuso una derrota para la izquierda y el centro. El gobierno preveía una operación, breve y limitada, solo contra Austria-Hungría, y no declaró la guerra a Alemania. Subestimó gravemente el precio de su beligerancia, e intervino en el conflicto sin contar con el apoyo general. Todo ello acabaría por socavar el orden político y social que Salandra esperaba consolidar.

Entre los otros países que intervinieron más tarde en el conflicto figura Portugal, a la que Alemania declaró la guerra en marzo de 1916 después de que Lisboa se aviniera a las peticiones británicas de secuestrar los navíos alemanes anclados en sus puertos. A continuación, Portugal envió un pequeño contingente al Frente Occidental. Su política se veía influenciada por el interés de diferenciarse de su vecino neutral, España, y de asegurarse el apoyo aliado para conservar su imperio en África[13]. En cuanto a los otros dos países a tener en cuenta, Bulgaria y Rumanía, en cierta medida fueron reflejo uno de otro. La decisión de Bulgaria de adherirse a la causa de las Potencias Centrales fue acertada al principio, pero más tarde desafortunada; la de Rumanía, que se puso al lado de los

Aliados, fue un desastre para este país durante buena parte de la guerra, aunque al final las cosas mejoraron. Sin embargo, de haber esperado, los rumanos, al igual que los italianos, probablemente habrían conseguido los mismos resultados sin sufrir tantas pérdidas. En Bulgaria el monarca tenía mucho peso político: el rey Fernando se encargaba de los asuntos internacionales junto con su primer ministro Vasil Radoslavov, cuyo gobierno prorrogó la legislatura y amordazó a la prensa para silenciar a la oposición más prorrusa. En cambio, el rey de Rumanía, llamado también Fernando (que poco después del estallido de la guerra sucedió a su tío Carlos I, de carácter mucho más militar y enérgico) puso la política exterior del país en manos de su primer ministro Dmitri Bratianu, que, llegado un punto, aprovechó la existencia de un consenso a favor de los Aliados. En esta región las alineaciones se habían visto muy influenciadas por la segunda guerra de los Balcanes, que para Bulgaria supuso la derrota y la enemistad con Serbia, Rumanía, Turquía y Grecia, mientras que Rumanía se había anexionado parte del territorio búlgaro, y esperaba expandirse aún más a costa de Austria-Hungría. Como la prioridad de Bulgaria era la Macedonia ocupada por los serbios, y la de Rumanía la Transilvania controlada por los húngaros, las Potencias Centrales hacían todo lo que podían por ganarse automáticamente a Sofía, y los Aliados a Bucarest. Aunque los dos países negociaron con uno y otro bando, en gran medida lo hicieron para subir las ofertas de los socios que preferían y a los que consideraban que fácilmente cumplirían su palabra.

Los Aliados prometieron a Bulgaria beneficios a expensas de Turquía, pero nada concreto sobre Grecia y Rumanía, pues su pretensión era que estos dos estados se unieran a ellos. Trataron de persuadir a Serbia ofreciéndole parte de Macedonia, pero con numerosas condiciones. Las Potencias Centrales ofrecieron a Bulgaria todo el territorio serbio que quisieran, así como parte

de Grecia si Atenas acababa uniéndose a los Aliados. Los turcos, que necesitaban desesperadamente establecer con Alemania una vía de aprovisionamiento a través de los Balcanes, aceptaron a regañadientes conceder a Bulgaria una franja de tierra situada a lo largo del río Maritsa, aunque todo lo referente a su traspaso siguió siendo una cuestión espinosa. No obstante, las primeras victorias de Serbia y la entrada de Italia en la guerra hicieron titubear a Radoslavov y a Fernando. Únicamente el derrumbamiento militar de Rusia en el verano de 1915 logró que por fin se decidieran a actuar. El 6 de septiembre, Bulgaria firmó un acuerdo con las Potencias Centrales y al cabo de unas semanas entró en la guerra[14].

La situación de Rumanía se parecía a la de Italia. Su alianza secreta de 1883 con los imperios austrohúngaro y alemán no resultaba conveniente en las circunstancias reinantes en 1914 y suponía un grave impedimento para sus planes de expansión en la Transilvania de lengua rumana. En agosto de 1915, los Aliados accedieron a apoyar las pretensiones de Bratianu sobre Transilvania y también sobre otros dos territorios austrohúngaros: Bucovina (que étnicamente era en parte ucraniana) y el Banato de Temesvár (que étnicamente era en parte serbio, y que extendería Rumanía prácticamente hasta las puertas de Belgrado). Poco después, las derrotas sufridas por los Aliados hicieron vacilar a Bratianu; además, Rusia no veía con buenos ojos la entrada de Rumanía en la guerra, pues consideraba este país un estorbo en potencia desde el punto de vista estratégico. Tras el éxito de la ofensiva lanzada por Brusílov en junio de 1916, sin embargo, la Stavka cambió de opinión y quiso que Rumanía entrara cuanto antes en la guerra para acabar de barrer a las fuerzas austrohúngaras. Bratianu intentó no desaprovechar la oportunidad, pero perdió dos meses regateando los términos del acuerdo, pues pretendía más territorios y ayudas. Cuando el 17 de agosto firmó por fin el

pacto de alianza, las Potencias Centrales estaban recuperándose de la crisis sufrida. No obstante, el primer ministro rumano optó por comprometer a su país en un conflicto que preveía que podía acabar en desastre, ya que temía perder toda credibilidad ante los Aliados si seguía posponiendo su decisión[15].

El desarrollo de las negociaciones territoriales y la fluctuación de las victorias militares fueron los factores que determinaron el momento de la intervención de los últimos países que entraron en el conflicto, pero fueron unas aspiraciones anteriores a 1914 las que hicieron que se inclinaran por uno u otro bando. Como cada uno de ellos tenía una agenda propia, su participación creó una serie de guerras paralelas que vinieron a complicar la coordinación estratégica. Japón, en contra de los deseos británicos, se expandió en China; Italia declaró la guerra en un principio únicamente a Austria-Hungría, con la esperanza de limitar su intervención; Rumanía atacó Transilvania. De manera análoga, la contribución de Bulgaria a la derrota de Serbia en 1915 consistió en asolar Macedonia, aprovechando una ofensiva austro-alemana contra la propia Serbia. En cualquier caso, los dos bandos ya habían incorporado en 1916 el frente italiano y el frente de los Balcanes en sus estrategias europeas generales[*]. Sin embargo, la situación fue muy distinta en Oriente Próximo, donde la entrada del Imperio otomano en el conflicto dio lugar a una guerra completamente nueva.

Turquía acabó siendo un enemigo mucho más temible de lo esperado. Su entrada en la guerra exigió a los Aliados la diversificación de un número de fuerzas y de recursos mucho mayor que el que supuso para Austria las intervenciones de Italia y Rumanía, y en el curso de la guerra en general tuvo mucho más impacto que la de cualquier otro país beligerante, sin contar la de Estados Unidos. Volviendo la vista atrás, Lloyd George y Ludendorff llegaron a la conclusión (probablemente exagerada)

de que la intervención turca había alargado la guerra unos dos años[16]. El Imperio otomano, sin embargo, tenía muchos puntos débiles. A pesar de su enorme extensión, su población apenas rondaba los 20 millones y buena parte de ella no era de origen turco, aunque la mayoría de las minorías étnicas permanecieran leal al imperio. Solo tenía capacidad para fabricar armamento básico, y su red ferroviaria era sumamente rudimentaria, sin líneas directas entre Constantinopla y la frontera rusa o entre la capital y Siria o Palestina. Hacía tiempo que las finanzas del gobierno eran muy precarias: la deuda nacional llegaría a triplicarse durante la guerra, y en comparación con otros países beligerantes, las autoridades turcas no dudarían incluso en demostrar una gran temeridad al aumentar la oferta monetaria. Los precios se multiplicaron por cinco en 1917 y por veintiséis cuando se firmó el armisticio. No obstante, el gobierno reclutó un total de 3 millones de soldados (aunque la mitad desertaron), de los cuales unos 325 000 murieron en acción o a consecuencia de las heridas sufridas. El ejército pasó de tener treinta y seis divisiones en 1914 (realmente pocas) a disponer de setenta. Las tropas no contaban con la artillería de las fuerzas europeas, pero estaban bastante bien pertrechadas de ametralladoras y mantenían enérgicamente sus posiciones en las trincheras. Con la ayuda de asesores alemanes, y por lo tanto de material alemán mientras lo permitió Rumanía, defendieron con firmeza el imperio durante más de un año[17]. La guerra de Turquía puede dividirse hasta 1917 en tres fases: el ataque inicial de los otomanos contra británicos, rusos y sus propios ciudadanos de origen armenio; el fracaso de las ofensivas aliadas en los Dardanelos y Mesopotamia; y por último, los avances más fructíferos emprendidos por los Aliados en el Cáucaso y hacia Bagdad, en el curso de los cuales se puso de manifiesto el derrumbamiento de la resistencia turca.

Los otomanos fueron los que tomaron la iniciativa. Declararon su intención de unir «todas las ramas de nuestra raza», y el sultán proclamó una *yihad*, o guerra santa. Con la ayuda de un puente de pontones construido por los ingenieros alemanes, en febrero de 1915 un contingente turco de 22 000 soldados trató de cruzar el canal de Suez, intento que fue repelido por unas fuerzas británicas numéricamente superiores con la ayuda de barcos de guerra. En consecuencia, los británicos decidieron reforzar su guarnición en Egipto. No obstante, el esfuerzo principal se llevó a cabo en el Cáucaso, donde en diciembre de 1914 Enver ordenó el avance de 150 000 soldados. Los rusos, que estaban defendiendo la frontera de una región remota —de población principalmente musulmana— conquistada durante el siglo anterior, se vieron superados en número. Pero Enver operaba en un terreno montañoso, a 400 kilómetros de la terminal ferroviaria más próxima y a unas temperaturas muy por debajo de los cero grados. La mayoría de sus tropas sucumbieron a la enfermedad y al frío, y no por culpa de los rusos. Sin embargo, cuando a finales de diciembre de 1914 y comienzos de enero de 1915 estos contraatacaron en la batalla de Sarikamish, los turcos emprendieron la retirada, y apenas una cuarta parte de los hombres que utilizaron para su ofensiva lograron sobrevivir[18]. Las repercusiones serían enormes. La llamada de ayuda lanzada por el gran duque Nicolás desencadenó el proceso que dio lugar a la campaña aliada para ocupar los Dardanelos, y el genocidio de los armenios de 1915 empezó cuando el Imperio otomano se preparó para ese estado de emergencia tras ver derrotados a sus ejércitos y amenazada su capital.

Bajo dominio otomano vivían entre 1,5 y 2 millones de armenios, prácticamente la mitad en la meseta armenia situada al nordeste del imperio[19]. Cuando estalló la guerra, los líderes armenios manifestaron públicamente su lealtad a las autoridades

y pidieron a su pueblo que obedecieran la orden de movilización, y así lo hicieron unos 100 000 hombres. Sin embargo, se negaron a reunirse con sus compañeros al otro lado de la frontera para sublevarse contra el dominio zarista, y estos últimos se enrolaron en el ejército ruso. Aunque el gobierno turco proclamara que se limitaba a tomar las medidas pertinentes contra los actos de deslealtad y los preparativos de una sublevación, lo cierto es que, según parece, los armenios otomanos no fueron culpables de nada de esto hasta que empezaron a llevarse a cabo acciones contra ellos a finales de febrero de 1915, tras la derrota de Sarikamish. Como primer paso, los soldados armenios del ejército fueron segregados y desarmados; unos fueron asesinados y otros obligados a trabajar hasta caer muertos. En pueblos y aldeas se persiguió a los armenios que no se habían enrolado para requisar sus armas, torturarlos y ejecutarlos. Una vez eliminados fuertes y sanos, entre abril y agosto comenzó una segunda fase que se concentró en las deportaciones de los demás armenios. Estos fueron obligados a emprender largas marchas hacia unos campos de concentración situados en el norte de Mesopotamia, donde murieron a miles los que no habían caído en el camino. Es verdad que Zeitan, la primera localidad que fue atacada, se oponía violentamente al reclutamiento forzoso, pero cuando en abril-mayo los armenios de la ciudad de Van se rebelaron (y su situación se vio aliviada durante un tiempo gracias a la intervención rusa), es evidente que lo hicieron para no correr la misma suerte que sus compatriotas. En cualquier caso, la sublevación de Van condujo aquella crisis a su clímax. Centenares de armenios de la mismísima Constantinopla fueron detenidos y asesinados, se barrieron las demás poblaciones de la meseta armenia, y los Aliados avisaron de que obligarían al gobierno turco a rendir cuentas por lo ocurrido y considerarían a los oficiales implicados personalmente responsables. En cuanto

a los alemanes, aunque sus asesores condenaron las matanzas con la misma contundencia que los misioneros y los diplomáticos de los países neutrales, el ministro de Asuntos Exteriores de Berlín se mostró vacilante a la hora de ahondar en el asunto por temor a poner en peligro la alianza. En total, es probable que perecieran más de un millón de personas en lo que sin duda fue una campaña perfectamente orquestada por las autoridades centrales, promovida por los líderes del CUP y ejecutada por la Organización Especial dependiente del partido y del Ministerio de la Guerra. No sabemos con certeza quién tomó la decisión y por qué lo hizo, pues los documentos relevantes o han sido destruidos o permanecen en archivos secretos. En concreto, todavía no está claro si la operación de seguridad para proteger la frontera del Cáucaso fue escalando en intensidad debido a la resistencia armenia y a la indisciplina de la Organización Especial, o si desde un principio el objetivo no fue otro que barrer de la zona a los armenios. Algunas declaraciones de los líderes de los Jóvenes Turcos dan crédito a esta última posibilidad, y lo que resulta evidente es que en su aplicación la política fue genocida.

Las matanzas se convirtieron en 1915 en la señal más aterradora de que aquella iba a ser una guerra de una intensidad desconocida hasta entonces, y de que las limitaciones por las que se regían los conflictos del siglo XIX estaban desapareciendo. Se produjeron cuando la apuesta de los Jóvenes Turcos por la intervención empezó a parecer un error de consecuencias desastrosas, pero esto no las justifica. Por otro lado, sin embargo, durante la segunda fase los Aliados tomaron la iniciativa en Oriente Próximo, pero los turcos respondieron con éxito, repeliendo en el verano de 1915 los ataques de los rusos en el Cáucaso e impidiendo el avance de las fuerzas indias hacia Bagdad, así como el intento de británicos y franceses de tomar a toda costa Constantinopla.

Durante las operaciones llevadas a cabo en los Dardanelos entre febrero de 1915 y enero de 1916, los estrechos turcos sustituyeron a la región del Cáucaso como teatro principal de la contienda[20]. En el momento de mayor intensidad de los combates se concentraron en los Dardanelos unos 350 000 soldados otomanos, mientras que en el noreste apenas había unos 150.000. Al final de la campaña habían pasado por ese escenario 410 000 soldados británicos y 79 000 franceses, de los cuales 205 000 y 47 000 respectivamente se habían convertido en bajas. Los británicos calcularon que los turcos habían perdido 251 000 hombres, pero es probable que el número real fuera muy superior[21]. En Australia y Nueva Zelanda, con unos 8000 y más de 2000 muertos respectivamente, la campaña supuso una verdadera tragedia que desembocó en el despertar de un profundo sentimiento de identidad nacional cada vez más alejado de un liderazgo británico incompetente y clasista. En 1916 ya se celebró el primer día del ANZAC en Australia[22]. Por su duración y por el precio que pagaron los beligerantes, los combates constituyeron un anticipo de las grandes batallas que se librarían en el Frente Occidental entre 1916-1917. Si bien es cierto que los soldados otomanos (en su mayoría de lengua árabe) defendieron con éxito su capital contra los intrusos infieles, también lo es que no parece que las pérdidas sufridas por los Aliados contribuyeran en algo al gran objetivo, esto es, ganar la guerra.

En cualquier caso, la campaña había sido concebida en realidad como un intento de ganar la guerra. Fue, en primer lugar, la respuesta a la solicitud de ayuda formulada por el gran duque Nicolás antes de la batalla de Sarikamish, pero en verdad también fue fruto de un debate ya existente, pues muchos miembros del gobierno británico (en particular Winston Churchill como Primer Lord del Almirantazgo) habían llegado a la conclusión de que era harto improbable que se avanzara en el

Frente Occidental, por lo que habían empezado a buscar otras alternativas más prometedoras. Churchill contemplaba la idea de desembarcar en una isla del mar del Norte, Borkum, antes de comenzar las operaciones en el Báltico, si bien sus asesores aducían con razón que las minas y las defensas costeras alemanas frustrarían cualquier tipo de acción semejante; sin embargo, se mostraron de acuerdo (aunque con poco entusiasmo) en lanzar un ataque naval en los estrechos turcos[23]. Si sus buques de guerra llegaban al mar de Mármara, podían interrumpir el suministro de alimentos a Constantinopla o bombardear la ciudad, aunque esperaban que su sola presencia provocara un golpe de Estado que acabase con el gobierno del CUP o convenciera a los turcos de la necesidad de presentar la rendición. El abandono de Turquía habría supuesto garantizar la seguridad del canal de Suez, de los yacimientos petrolíferos de los británicos en Persia y de la frontera del Cáucaso ruso, así como la reapertura de la única vía marítima a Rusia por aguas templadas. Tanto Italia como los estados balcánicos probablemente se unieran a los Aliados, lo que permitiría un ataque coordinado contra Austria-Hungría. Todo ello podría llevarse a cabo con los acorazados *predreadnought*, que, en cualquier caso, resultaban inútiles en el mar del Norte; por su parte, los franceses también deseaban participar aunque solo fuera para impedir una victoria únicamente británica en una región en la que, además de ponerse en juego su prestigio, tenían importantes intereses financieros[24]. Fueron estos argumentos, defendidos enérgicamente por Churchill, los que lograron imponerse en el Consejo de Guerra del gobierno de Asquith, y el 19 de febrero la armada conjunta de británicos y franceses comenzó a bombardear las fortificaciones del estrecho de los Dardanelos.

Pero es muy probable que esta estrategia estuviera condenada al fracaso desde el momento en el que fue concebida.

Animados por las noticias que hablaban de los contactos secretos entre Djemal Pachá y sus agentes, los británicos subestimaron la determinación de los líderes del CUP y el dominio que estos tenían de la situación. Aunque la fuerza naval hubiera llegado a Constantinopla, no contaban con grupos de desembarco necesarios, y los turcos no estaban dispuestos a evacuar la ciudad. Parece muy poco probable que un régimen que había ordenado la deportación de los armenios se amedrentara por la presencia de unos buques de guerra frente a las costas de su país. Si los turcos no perdían la templanza y se mantenían firmes, los acorazados tendrían que retirarse. Además, si los Aliados occidentales se quedaban sin municiones, no podían contar con que Rusia les suministrara la cantidad necesaria de bombas. Lo que tal vez fuera más plausible es que una victoria indujera a los griegos a intervenir y a los búlgaros a mantener su neutralidad, aunque Bratianu era tan cauto que cuesta creer que Rumanía se decidiera a entrar en guerra. Para la mayoría de los estados balcánicos, la suerte militar de los rusos en Polonia era mucho más importante que cualquier acontecimiento que tuviera lugar en los Dardanelos. El único pronóstico aliado que sí se cumplió fue que, a raíz de la campaña, los italianos se pusieron a negociar seriamente, aunque es probable que en cualquier caso hubieran acabado haciéndolo[25].

Churchill también subestimó las dificultades existentes a nivel operacional. Los cañones navales de trayectoria plana fueron menos efectivos contra los fuertes turcos de lo que lo habían sido los obuses alemanes y austríacos contra los de los belgas. Tampoco pudieron silenciar las baterías móviles que vigilaban los campos de minas de los Dardanelos y cuyo fuego impidió que las traineras adaptadas (los únicos barcos dragaminas disponibles en un principio), tripuladas por pescadores voluntarios, completaran su tarea. Los cañones de 15

pulgadas del *superdreadnought Queen Elizabeth*, que el Almirantazgo cedió a regañadientes para la operación, no resultaban apropiados si se carecía de la información proporcionada por los aviones de reconocimiento, unos aparatos estratégicos de los que los británicos tenían muy pocos. El 18 de marzo se lanzó el ataque principal con dieciséis acorazados, tres de los cuales acabaron hundidos y otros tres inutilizados, sobre todo porque, en su viaje de regreso, la flota cruzó una zona recientemente minada. Cuando concluyó la jornada, la mayoría de las minas seguían en su lugar, y las baterías de la costa permanecían intactas. Los buques eran viejos, y se perdieron muchos hombres (más de 600 solo en el acorazado francés *Bouvet*). Por su parte, los turcos disponían de muchísima munición. De ahí que, aunque hubieran llegado destructores especialmente equipados para limpiar de minas las aguas, los defensores probablemente los habrían mantenido a raya[26]. Pero después del 18 de marzo, el Consejo de Guerra dejó en manos del comandante local, el almirante John de Robeck, la decisión de continuar con el ataque o no. De Robeck mantuvo una consulta con el jefe de las fuerzas terrestres asignadas a la operación, *sir* Ian Hamilton, y llegó a la conclusión de que el ejército debía desembarcar para destruir las defensas enemigas.

Otro de los atractivos de la campaña naval había sido la suposición de que, si era necesario, podría ser interrumpida sin mayores dificultades. Esta creencia se reveló también ilusoria. Grey pensaba que el éxito militar era un elemento de importancia fundamental para las negociaciones diplomáticas en los Balcanes, y los ministros británicos temían que una humillación por parte de los turcos pusiera en entredicho la autoridad del Imperio británico sobre sus súbditos de religión musulmana[27]. Londres aceptó la decisión de los altos oficiales encargados de la misión. Aunque se había reunido la Fuerza Expedicionaria de Hamilton en el Mediterráneo pensando que

seguramente no sería utilizada, el domingo 25 de abril 30 000 soldados británicos, indios, australianos, neozelandeses y franceses desembarcaron en cinco playas próximas al cabo Helles, situado en el extremo sudoccidental de la península de Gallípoli, y en la que acabaría llamándose «la ensenada del ANZAC» —en recuerdo del Cuerpo del Ejército Australiano y Neozelandés (ANZAC, por sus siglas en inglés)— en la costa occidental. Algunos desembarcos no encontraron resistencia, pero los Fusileros de Lancashire en la playa W y los Fusileros de Munster y el Regimiento de Hampshire en la playa V se vieron sorprendidos por una lluvia de proyectiles de pequeño calibre que se saldó con más de 2000 bajas. Cuando en la zona de Helles quedaron unidas las cabezas de playa, los invasores avanzaron hacia el interior, pero a poco más de tres kilómetros del cabo, en las laderas de la colina de Achi Baba, cerca de la aldea de Krithia, sus ataques frontales, que repitieron durante meses, apenas supusieron progreso alguno. Ambos bandos cavaron unos sistemas de trincheras prácticamente tan complejos como los de Francia, aunque menos profundos y con la línea frontal más próxima una de otra. Algo parecido ocurrió en las colinas situadas junto a la ensenada del ANZAC. Las zonas del desembarco aliado tenían playas estrechas y escarpados promontorios desde los cuales se dominaba todo el paisaje, y carecían de agua subterránea y de lugares en los que poder tomar un respiro lejos del alcance de la artillería; los defensores, en cambio, disponían de agua y de campamentos de descanso[28]. A pesar de todo ello, el 6-7 de agosto, tras la llegada de tres divisiones nuevas concedidas por Londres, Hamilton intentó lanzar otro ataque coordinado. Su plan consistía en emprender una temeraria ofensiva nocturna contra las colinas desde la ensenada del ANZAC, con la ayuda de un movimiento de diversión desde Helles y otro desembarco más al norte, en la bahía de Suvla. Al principio este último desembarco apenas

encontró oposición, pero sus comandantes avanzaron hacia el interior con demasiada lentitud, por lo que, como había ocurrido con los desembarcos anteriores, la operación no logró ocupar las cimas de las colinas de la rocosa cordillera que constituye la columna vertebral de la península. Tras una última ofensiva a finales de agosto, el gobierno se negó a enviar más hombres a Hamilton, dando prioridad a la ofensiva de septiembre del Frente Occidental y a la fuerza expedicionaria que sería trasladada a Salónica en octubre. Aquel mismo agosto, las Potencias Centrales habían ocupado Serbia y podían hacer llegar por tierra cañones pesados a los turcos, por lo que los Aliados corrían el peligro de sufrir una devastación en aquellas angostas playas. Las movidas aguas del mar en la estación otoñal impedían no solo llevar a cabo más operaciones, sino también el aprovisionamiento de las posiciones existentes; y las tropas, que durante el verano habían sufrido en sus carnes las consecuencias del calor, la sed, las moscas y la disentería, tuvieron que enfrentarse entonces a las lluvias torrenciales, a las fuertes ventiscas y al congelamiento. Hasta su destitución en agosto, Churchill siguió defendiendo el plan que había ideado, y el gobierno de la India temió ver hundido su prestigio si se abortaba la campaña. Pero en octubre, Hamilton fue sustituido por *sir* Charles Monro, que recomendó la retirada, y Londres dio su autorización. Increíblemente, la bahía de Suvla y la ensenada del ANZAC fueron evacuadas sin derramamiento de sangre en diciembre, y Helles en enero; por suerte, los turcos no intentaron impedir la salida del invasor.

En aquellos momentos hacía tiempo que no había ninguna posibilidad de encontrar una alternativa que permitiera una derrota rápida y fácil de Alemania en el Frente Occidental, y el desastre de Gallípoli puso en entredicho a los que abogaban por una de esas estrategias alternativas. ¿Qué había salido mal[29]? Los Aliados desembarcaron sin coger por sorpresa a los turcos,

que tuvieron tiempo suficiente para prepararse. Kitchener, temiendo un ataque alemán en el oeste e incluso la invasión de Inglaterra, tardó en ceder la 29.ª División, el único contingente de soldados regulares de la Fuerza Expedicionaria. Y más tiempo se perdió cuando Hamilton mandó que sus buques de aprovisionamiento regresaran a Egipto porque sus cargamentos habían sido embarcados en el orden equivocado. Además, tras sufrir los primeros bombardeos navales, los turcos fortificaron y reforzaron la península. Si desde un principio se hubiera llevado a cabo una operación coordinada, retrasando el ataque naval y adelantando los preparativos para el desembarco, la empresa probablemente habría tenido mucho más éxito. Sin embargo, los Aliados difícilmente habrían podido ocultar aquellos grandes preparativos en Alejandría y en la bahía de Mudros, en la isla griega de Lemnos, por lo que es muy improbable que hubieran conseguido el efecto sorpresa. Lo acontecido tras los desembarcos también arroja serias dudas sobre la factibilidad de una victoria fácil. Hamilton nunca estuvo cerca de inutilizar las baterías costeras de los estrechos turcos. El 25 de abril lanzó un ataque contra seis divisiones enemigas con cinco de las suyas, la mayoría de ellas integradas por soldados novatos y equipadas más para una expedición colonial que para un Frente Occidental a pequeña escala. Sus hombres agotaron rápidamente las municiones[30], sin ganar apenas territorio durante los sucesivos meses de ataques frontales. La llegada de los submarinos alemanes obligó a los acorazados a alejarse de la costa a partir de mayo (cuando dos fueron hundidos); pero, en cualquier caso, lo cierto es que los cañones navales carecieron de la precisión suficiente para alcanzar las trincheras de los turcos, y la artillería aliada no consiguió silenciar las baterías de campaña y las ametralladoras otomanas ocultas en las colinas desde las que repetidamente frustraban cualquier ataque de la infantería. En todo este desastre, la escasez de bombas tuvo una

importancia menos decisiva que el hecho fundamental de que en Gallípoli —como en Francia—, los artilleros británicos todavía tenían que perfeccionar las tácticas necesarias para silenciar ese tipo de defensas[31]. No es de extrañar, pues, que los diarios y las memorias de turcos y alemanes indiquen que, aunque se vieron sorprendidos tanto en la ensenada del ANZAC en abril como en la bahía de Suvla en agosto, los defensores encontraron la salvación en la enérgica determinación de sus comandantes, especialmente en la de Mustafá Kemal, líder de la futura República de Turquía. En cambio, los altos mandos aliados no supieron estar a la altura de las circunstancias. Los subordinados de Hamilton demostraron sin duda falta de decisión y brío. El mismísimo Hamilton, que navegaba frente a la costa sin comunicación directa con sus unidades en tierra, se negó con razón a intervenir. Pero su meticulosidad y su exigencia tuvieron trágicas consecuencias sobre todo en la bahía de Suv la, donde había una confusión indescriptible y los mandos se revelaron totalmente incompetentes durante las primeras horas. No obstante, sigue siendo una incógnita si lo que perdieron los británicos fue más que una simple victoria local, pues por mucho que el ejército hubiera despejado el sur de la península, a continuación la flota habría debido llegar a Constantinopla y conseguir la rendición de los turcos, una eventualidad que parece harto improbable[32]. A menos que se avanzara hacia Constantinopla por tierra, combatiendo con muchos más recursos de los que podían disponer los Aliados, cuesta creer que la campaña habría podido coronarse con éxito.

El fracaso de Gallípoli contribuyó a sumir Gran Bretaña en un nuevo desastre, esta vez en Macedonia. Antes aún de que Turquía declarara la guerra, el gobierno de la India en Delhi había enviado al golfo Pérsico la Fuerza D (formada por una división mediocre), que en noviembre de 1914 ocupó Basora. A petición de Churchill, el gobierno británico había adquirido la

mayoría de las acciones de la Anglo-Persian Oil Company (APOC), que desde sus refinerías de Abadán proporcionaba el combustible para la flota. Sin embargo, el objetivo de aquella expedición no era tanto proteger los yacimientos petrolíferos como reforzar los contactos de Delhi con los caudillos árabes locales —muchos de los cuales eran contrarios a los otomanos— y salvaguardar los intereses británicos en caso de que la región del Golfo se convirtiera en un escenario de caos[33]. Con su presencia, el contingente evitó un ataque turco en la zona (lo cual animó a los británicos a subestimar la resistencia otomana en Gallípoli), y cuando en abril de 1915 un nuevo comandante, el intrépido *sir* John Nixon, asumió el mando en Macedonia, Delhi y Londres autorizaron diversos avances siguiendo el curso del Tigris río arriba hacia Kut al-Amara.

En octubre el gabinete deliberaba sobre la conveniencia o no de acceder a la solicitud de Nixon de permitir que la Fuerza D se dirigiera a Bagdad, consciente de su inferioridad numérica y de que sus hombres estaban agotados y enfermos y debían enfrentarse a una cantidad enorme de unidades turcas, careciendo de suficientes medios de transporte fluvial para mantener una línea de aprovisionamiento de más de 350 kilómetros. El comandante de la Fuerza D (y subordinado de Nixon), *sir* Charles Townshend, necesitaba más de 200 toneladas de provisiones diarias, pero apenas recibía unas 150. Sin embargo, lord Hardinge, virrey de la India, cuyo anhelo era controlar permanentemente Mesopotamia como granero del imperio y para dar salida a la emigración india, pronosticaba que la caída de Bagdad constituiría un «gran golpe de efecto» en toda Asia y serviría para compensar el duro golpe infligido en Gallípoli al prestigio británico. El gabinete dejó en sus manos la decisión, y Townshend autorizó el avance. Pero en noviembre, en la batalla de Ctesifonte librada al sur de Bagdad, no consiguió superar las posiciones de los turcos controladas por

unos efectivos más numerosos y mejor armados de lo que habían previsto los servicios de inteligencia británicos. Tuvo que retirarse a Kut, donde tras largos meses de asedio se rindió a los otomanos en abril de 1916 con unos 13 000 hombres; los vanos intentos de los británicos de romper el asedio se saldaron con casi 23 000 bajas. Casi un tercio de los que cayeron en manos de los turcos perecieron antes de que la guerra llegara a su fin[34].

En Gran Bretaña, lo ocurrido en Gallípoli y en Kut no solo supuso una gran decepción, sino que también provocó un verdadero escándalo. En 1916 el gobierno de Asquith aceptó la creación de sendas comisiones de investigación con el encargo de estudiar ambos episodios, que contribuyeron en gran medida a destruir su ya cuestionada reputación de no saber estar a la altura de los acontecimientos. Pero Kut marcó el nadir, y en 1916-1917 la suerte volvió a sonreír a los Aliados en su lucha contra los turcos, aunque a costa de poner mayor empeño en su empresa. Incluso en Gallípoli, en las últimas fases de la campaña la infantería turca comenzó a perder el entusiasmo, pero fueron los rusos los que propinaron el golpe más duro. Entre noviembre de 1915 y marzo de 1917, sus acciones fueron la causa de las tres cuartas partes de las bajas otomanas[35]. En la primavera de 1916, en una campaña dirigida por el general Nikolái Yudénich, invadieron buena parte de Armenia antes de que los turcos pudieran trasladar a la zona tropas de los Dardanelos. Cuando al final llegaron al Cáucaso ocho divisiones, que quedaron disponibles después de la evacuación de Gallípoli, los rusos las destruyeron. Erzurum cayó en febrero, Bitlis en marzo y, tras un ataque anfibio, Trebisonda, el puerto del mar Negro, en abril. En cambio, solo dos divisiones de Gallípoli marcharon a Mesopotamia, donde en 1916 el Departamento de Guerra asumió todas las responsabilidades en sustitución del gobierno de la India y reunió un contingente formado por 150 000 soldados (dos tercios de ellos de origen

indio). En diciembre, uno de los meses más fríos, *sir* Stanley Maude empezó un nuevo avance con abundante artillería y una importante superioridad numérica, por no hablar de sus 446 embarcaciones, entre remolcadores y piróscafos, sus 774 gabarras y sus 414 lanchas motoras, en claro contraste con los seis vapores y los ocho remolcadores con los que había podido contar Townshend[36]. Militar prudente y metódico, Maude recuperó Kut en febrero de 1917 y entró en Bagdad en marzo. Otro alto oficial igualmente metódico, *sir* Archibald Murray, asumió el mando de la Fuerza Expedicionaria Egipcia en marzo de 1916. A raíz del ataque lanzado por los turcos en el canal de Suez, los británicos habían mantenido en Egipto una gran concentración de fuerzas, que tras la evacuación de los Dardanelos alcanzó los 300 000 efectivos. Murray fue autorizado a cruzar la península del Sinaí hasta El Arish, ciudad a la que llegó en diciembre. En el camino construyó una línea ferroviaria y un sistema de conductos y consiguió frenar la contraofensiva de los turcos. Sin embargo, cuando el nuevo gobierno británico, presidido por David Lloyd George, dio el visto bueno a un avance hacia Palestina, fueron repelidos los dos ataques frontales lanzados contra la artillería y las alambradas de espino que defendían Gaza, y Murray fue relevado del mando. Pero Gaza sería el último éxito defensivo de los otomanos, que en 1917 comenzaron a sufrir el anquilosamiento de su ejército y de su economía. El gobierno de Lloyd George estaba obsesionado con la expansión en Oriente Próximo para recuperar el prestigio del imperio y elevar la moral del país, pero también porque acariciaba la idea de establecerse en Mesopotamia y Palestina de manera permanente. Durante la guerra fueron movilizados en Mesopotamia 890 000 efectivos, entre británicos e indios, contra unas fuerzas otomanas que contaban con la mitad de este número de soldados[37]. Los turcos, que dejaron de ser lo suficientemente fuertes como para

repeler la invasión, continuaron siendo un valioso activo para las Potencias Centrales porque mantenían a los Aliados ocupados, obligándolos a diversificar sus recursos.

En comparación con los Dardanelos y el Cáucaso, los otros teatros extraeuropeos de la guerra eran bastante pequeños[38]. En el Pacífico los neozelandeses ocuparon la Samoa alemana en agosto de 1914 y los australianos invadieron la Nueva Guinea alemana, con su estación de radio de Rabaul, en septiembre. Al mes siguiente, los japoneses tomaron las Marianas, las Carolinas y las islas Marshall, y entre septiembre-noviembre una fuerza japonesa formada por 50 000 efectivos puso sitio a Qingdao, atacando las defensas de la ciudad con la ayuda de buques de guerra y más de 100 piezas de artillería pesada. En lo concerniente a las colonias alemanas en África, Togolandia, desde cuya emisora de radio los alemanes coordinaban los movimientos de sus barcos en las aguas de la zona, fue invadida por tropas francesas y británicas en agosto de 1914, y el África Sudoccidental Alemana, tras haber sido sofocada la rebelión afrikáner de ese año, fue conquistada por un contingente de 50 000 soldados, principalmente sudafricanos, entre enero y julio de 1915. Las otras dos campañas, sin embargo, fueron más largas y difíciles, pues en ambas las fuerzas alemanas pasaron a la ofensiva. Desde Camerún, vasto territorio caracterizado por sus bosques húmedos y zonas montañosas, la guarnición alemana, formada por 1000 soldados europeos y 3000 africanos, cruzó a Nigeria y repelió un primer intento de invasión por parte de los británicos, y aunque los Aliados tomaron el puerto de Duala en septiembre de 1914, no fue hasta febrero de 1916 cuando acabaron con el último foco de resistencia alemana en el interior de la colonia. En el África Oriental Alemana, la colonia más valiosa del káiser (cuya extensión era similar a la suma de la superficie de Francia y Alemania juntas), el comandante local, Paul von Lettow-Vorbeck, siguió la estrategia preconcebida de

trasladar los intensos combates a territorio enemigo y amenazar la línea ferroviaria de la Uganda británica para impedir los movimientos del mayor número posible de fuerzas enemigas. En noviembre de 1914 repelió el ataque de soldados indios británicos en el puerto de Tanga, y hasta 1916 no fue posible ocupar buena parte del África Oriental Alemana (una vez más por un contingente formado principalmente por tropas sudafricanas a las órdenes de Jan Christiaan Smuts), mientras que los territorios de Ruanda y Urundi, situados en el extremo occidental de la colonia alemana, fueron invadidos por fuerzas belgas procedentes del Congo. Pero incluso en medio de estas adversidades, Lettow-Vorbeck siguió defendiendo sus posiciones primero desde Mozambique y luego desde el norte de Rodesia, donde finalmente entregó las armas dos semanas después de que se firmara el armisticio en Europa, en noviembre de 1918[39]. En Camerún y en África Oriental, la campaña supuso la devastación de grandes extensiones de territorio, y su impacto fue mucho mayor de lo que a primera vista podría parecer si solo se tiene en cuenta el número relativamente pequeño de tropas participantes. Como buena parte de ella se desarrolló en unas condiciones insalubres propias de las zonas del interior, donde no había ferrocarril, cursos de agua navegables y carreteras, los dos bandos tuvieron que recurrir a los porteadores africanos. Estos hombres fueron obligados a prestar servicio y a cargar con todo el equipamiento necesario, a menudo durante meses, sin recibir la alimentación y la asistencia sanitaria necesarias. En Camerún el contingente aliado, formado por unos 7000 soldados franceses y 11 000 británicos (casi todos africanos), operó con decenas de miles de porteadores. En África Oriental, las fuerzas de Lettow-Vorbeck llegaron a reunir a 3000 europeos y a 12 100 soldados africanos (askaris), junto con sus 45 000 porteadores, mientras que los Aliados dispusieron de más de 130 000 efectivos. Solo los británicos aportaron a la

campaña más de 50 000 askaris y más de un millón de portadores, y las enfermedades (sobre todo la disentería) y las heridas acabaron con la vida de más de 10 000 de los primeros y probablemente con la de 100 000 de los segundos. Así pues, vemos que en este teatro olvidado de la guerra las listas de bajas fueron proporcionalmente comparables a las que ocasionaron los sangrientos combates librados en los principales campos de batalla europeos[40].

Las operaciones contra los turcos y las colonias alemanas supusieron la participación de cientos de miles de soldados aliados, aunque es probable que, en cualquier caso, las fuerzas askaris y japonesas participantes (y la mayoría de las indias) no habrían sido utilizadas en el Frente Occidental. Los intentos de subversión imperial exigían cada vez más recursos. Es cierto que los dos bandos pudieron utilizar esta arma, los británicos firmando alianzas en 1914 con Ibn Saud y con los al-Idrisi de Asir, en la península Arábiga, que, a pesar de ser nominalmente súbditos otomanos, acordaron mantenerse neutrales[41]. Además, las negociaciones entabladas en secreto con Husein Ibn Ali, jerife de La Meca, y sus hijos dieron lugar en junio de 1916 al estallido de la llamada inapropiadamente Rebelión árabe. De hecho, en esta sublevación participaron entre 10 000 y 15 000 guerreros tribales mal disciplinados que, aunque garantizaron el control del Hiyaz y de los puertos del mar Rojo frente a una débil resistencia turca, no lograron llevar la revuelta a las demás regiones árabes ni consiguieron que las tropas de lengua árabe del ejército otomano se implicaran en ella, y solo consiguieron mantenerse activos gracias a los suministros británicos de armamento y dinero y a la ayuda naval de los buques que navegaban en la zona[42]. Pero, por otro lado, el 31 de julio de 1914 el káiser Guillermo, en un arranque de cólera, declaró que la intervención de Inglaterra debía costarle la India a este país, y a partir de ese momento los alemanes y los turcos tuvieron

muchos más objetivos territoriales. Berlín y Constantinopla apelaron al nacionalismo y al islam, y en un primer momento los imperios aliados parecieron vulnerables. Con una población de alrededor de 300 millones de habitantes, en tiempos de paz la India británica disponía de unos 1200 oficiales blancos pertenecientes al Servicio Civil Indio, 700 oficiales de policía blancos y 77 000 soldados británicos, además de 173 000 efectivos indios. Análogamente, unos pocos centenares de administradores británicos y entre 4000 y 5000 soldados blancos (a los que se sumaban otros 13 000 nativos) gobernaban sobre 12,5 millones de egipcios. Semejantes estructuras de poder exigían no solo una obediencia masiva del pueblo, sino también la colaboración activa de miles de oficiales y líderes locales de la población nativa, y las autoridades británicas sabían perfectamente que su imperio oriental, en palabras de Maurice Hankey, secretario del gabinete, «depende del prestigio y del bluf»[43]. Pero en un momento determinado de la guerra, el número de efectivos británicos presentes en la India cayó a 15 000; en Costa de Oro la base militar se vio reducida en un tercio; y París ordenó al gobernador de Marruecos, Hubert Lyautey, que enviara todos los soldados que pudiera y se olvidara de las regiones del interior (aunque a la hora de la verdad no lo hizo)[44]. En la mayoría de las colonias la guerra supuso un aumento de la inflación, la escasez de inversiones europeas y la reducción de importaciones de artículos procedentes de la metrópoli debido a la falta de barcos, así como el reclutamiento masivo de elementos para el ejército o las operaciones de transporte y la confiscación de alimentos y otros productos. De hecho, el reclutamiento fue una de las causas de la sublevación liderada por Chilembwe en Nyasalandia en 1915 y de las revueltas del África Occidental Francesa de 1915-1917, aunque todas ellas fueron sofocadas fácilmente[45]. La combinación del conflicto europeo con las penurias económicas

creó un caldo de cultivo para la aparición de movimientos anticoloniales.

No obstante, la actividad subversiva alemana resultó sorprendente por su falta de efectividad. Tampoco la *yihad* proclamada por los turcos tuvo el impacto temido por los británicos. Los musulmanes indios —con mucha presencia en el ejército indio— permanecieron en su mayoría leales cuando las fuerzas británicas amenazaron Constantinopla, sede del califato[46]; las derrotas de Gallípoli y Kut no provocaron disturbios significativos. El principal movimiento nacionalista indio, el Congreso Nacional Indio, se hizo más radical y aumentó su apoyo a partir de 1916, pero este hecho no tuvo nada que ver con Alemania. Los agentes alemanes no consiguieron convencer a Afganistán de que atacara la frontera noroccidental de la India, a pesar de que esta se había quedado prácticamente sin tropas que garantizaran su defensa; en América, los diplomáticos alemanes compraron armas para los rebeldes indios, pero no pudieron trasladarlas a Asia. Los servicios de inteligencia británicos desarticularon una banda revolucionaria financiada por Alemania y avisaron al gobierno de Tailandia de la presencia de agitadores sijs que estaban siendo entrenados por los alemanes en la frontera birmana[47]. Desde España, los alemanes enviaron dinero, fusiles y propaganda contra Francia a los rebeldes de Marruecos, pero los franceses, tras descifrar los mensajes codificados que habían intercambiado Berlín y la embajada en Madrid, impidieron la entrega de buena parte del material[48]. Es probable que el llamamiento a la *yihad* alentara en el norte de África la rebelión de la fraternidad religiosa de los sanusíes, que con ayuda de los otomanos dejaron confinados a los italianos en la costa de Libia y en noviembre de 1915 tomaron el puerto egipcio de Sollum. En el resto de la región el impacto de esta revuelta apenas fue perceptible. Al sur del Sahara, en protesta por el reclutamiento forzoso, se

produjeron tumultos aislados en buena parte del África Occidental Francesa y en zonas del África británica. Pero, como temía el enemigo, los imperios de franceses y británicos acabaron demostrando mucha más solidez de la imaginada. Sus servicios de contraespionaje, así como la lejanía geográfica y el escaso poderío naval de Alemania, tuvieron bastante que ver en todo ello. También desempeñaron una parte importante las exhibiciones de fuerza. Los sanusíes fueron expulsados de Sollum, y fueron destacados a la zona 35 000 efectivos para proteger Egipto de ulteriores ataques; los franceses sellaron las fronteras de sus colonias del norte de África y en septiembre de 1915 enviaron al Sahara un contingente formado por 15 000 soldados de caballería[49]. En resumen, los Aliados utilizaron numerosos recursos para asegurar sus posesiones de ultramar y, de paso, destruir las de Alemania e invadir territorio otomano. Además, la preocupación por salvaguardar el prestigio imperial influyó en la estrategia británica, impulsando los desembarcos de Gallípoli y el envío de la Fuerza D contra Bagdad. Por su parte, las colonias británicas y francesas proporcionaron generosamente a la madre patria una gran cantidad de hombres, materias primas e instalaciones fabriles[*]. Con el avance de la guerra fue adquiriendo cada vez mayor peso este último factor. El hecho de que los Aliados, siempre y cuando no perdiesen su hegemonía naval, pudieran seguir concentrando en Europa una serie de recursos procedentes de otras zonas del mundo constituyó una ventaja esencial; ventaja que, si bien no basta para explicar su victoria, probablemente fuera una condición previa para alcanzarla. Sin embargo, pasaría mucho tiempo hasta que la superioridad de sus recursos globales lograra prevalecer sobre la excelencia de las Potencias Centrales en los campos de batalla europeos, y es en la dinámica de ese conflicto primordial en la que ahora volcaremos nuestra atención.

5

Los objetivos de guerra y las negociaciones de paz

La incapacidad de los dos bandos para negociar fue una de las razones principales de que en la fase intermedia de la guerra se produjera el estancamiento y la escalada del conflicto. Dicha incapacidad fue fruto de la incompatibilidad existente entre las distintas metas políticas —u objetivos de guerra— de los gobiernos de los países enfrentados. Este punto de vista constituye solo una de las maneras posibles de interpretar la dinámica de la guerra y plantea muchas cuestiones únicamente de forma indirecta; en particular, por qué se combatió con tanta intensidad en un conflicto derivado de unas aspiraciones más modestas que las de 1939-1945. Sin embargo, preguntarse por qué los gobiernos persistieron en una empresa que acabó siendo muy distinta de sus expectativas iniciales probablemente constituya la mejor manera de adentrarse en la laberíntica cuestión de cuáles fueron las verdaderas motivaciones de la guerra.

«Objetivos de guerra» fue una expresión utilizada en la época por los países beligerantes. «Mi objetivo de guerra —dijo Georges Clemenceau, primer ministro francés en 1917-1919— es ganar.»[1] Pero en sí misma la victoria no era un objetivo de guerra, sino una condición previa para alcanzarlo; los objetivos de guerra eran los términos (cesiones territoriales,

indemnizaciones, desarmes) que se impondrían tras lograr la victoria. Algunos objetivos podían tener un carácter absoluto (la exigencia de Francia de que le fueran devueltas Alsacia-Lorena o la independencia de Bélgica reclamada por los británicos constituyen dos buenos ejemplos), y no podían ser cumplidos sin causar una derrota total; otros eran una especie de incentivo dependiente de la victoria. Podían verse afectados si una potencia beligerante desertaba de sus aliados y entablaba negociaciones por su cuenta con el otro bando, dando lugar a que a sus antiguos socios les fueran impuestos unos términos de paz más duros. Pero hasta 1917 ningún gobierno buscó una paz para evitar males mayores, y ninguna tentativa oficiosa condujo a negociaciones de calado con repercusiones en el conflicto. Los intentos de mediación por parte de los países neutrales fueron invariablemente rechazados, y cuando en diciembre de 1916 las Potencias Centrales propusieron públicamente entablar conversaciones, los Aliados se negaron indignados. El estudio detallado de los objetivos de las distintas potencias beligerantes pone de relieve que había poco margen para el compromiso (o poco «espacio para la negociación»)[2], y ninguno de los dos bandos deseaba entablar seriamente negociaciones hasta obtener una victoria decisiva con el bloque de sus aliados completamente intacto. En aquella época era imposible coronar con éxito una iniciativa de paz.

En la Primera Guerra Mundial, objetivos y estrategia estuvieron interrelacionados. Tanto la percepción que tenían uno y otro bando del equilibrio militar como las perspectivas de sus campañas fueron de suma importancia, pero más para decidir prioridades entre los distintos objetivos que para determinar propiamente dichos objetivos. Sin embargo, la opinión pública y diversas consideraciones de política interna también desempeñaron un papel fundamental. Así pues, no deben considerarse de manera aislada ni los diversos objetivos de

guerra ni las negociaciones de paz, pues las pretensiones de los dos bandos cambiaban continuamente. No obstante, para ser lo más claro posible abordaré en primer lugar el estudio de las Potencias Centrales y luego el de sus enemigos[3].

Aunque los objetivos de Alemania tuvieron un peso mucho mayor entre las Potencias Centrales que los de cualquier Estado enemigo entre los Aliados, el papel desempeñado por los países socios de Berlín no debe ser minimizado. Antes de intervenir, Bulgaria definió sus condiciones, que consistían esencialmente en invertir el resultado de la segunda guerra de los Balcanes. Recibió de Turquía una franja de territorio, así como la zona de Macedonia en manos de Serbia, ocupada por este país en 1915. Sus pretensiones provocaron un grave conflicto en 1918, cuando Turquía amenazó con abandonar la alianza. Los turcos deseaban expulsar del norte de África a las potencias europeas y que los rusos se retiraran a Asia central, pero combatían no solo para proteger su imperio, sino también con la intención de expandirlo. Lograron una importante victoria en 1916, cuando acordaron con Alemania que ninguno de los dos firmaría la paz mientras el territorio del otro siguiera ocupado por un país enemigo. De este modo, Berlín se comprometía a seguir en guerra mientras hubiera un ejército aliado en suelo otomano, y se evitaba que pactara con Petrogrado y traicionara a Constantinopla, hecho que, en cualquier caso, prácticamente había descartado[4].

Los objetivos de Austria-Hungría tenían mucha más relevancia para los intereses alemanes. Durante la crisis sufrida en la primavera de 1915, la monarquía dual sondeó a los rusos con una propuesta que fue ignorada por lo poco que ofrecía, pero mientras vivió Francisco José los alemanes no tuvieron motivos para temer que su aliado los abandonara. Además, cuando mejoró su situación, desarrolló ambiciones territoriales. De Italia, a pesar de la inusual unanimidad de la opinión

pública austrohúngara a la hora de condenar la traición de este antiguo aliado, la monarquía dual solamente pretendía pequeños cambios de fronteras. Como no tardaría en demostrar la campaña en los Alpes y los Dolomitas, la frontera existente constituía una barrera tan formidable que extenderla carecía de sentido, y solo podía suponer el sometimiento de más italianos al dominio de los Habsburgo. Pero en lo referente a los Balcanes, los austríacos habían acordado en julio de 1914 la partición de Serbia, y tras las victorias de 1915 el Consejo de Ministros Común en Viena decidió que Serbia debía perder más de la mitad de su población y la anexión de la franja costera de Montenegro, dejando así cercado lo que quedaba de los dos reinos eslavos meridionales entre Austria-Hungría y un protectorado Habsburgo en Albania. Como Italia se había unido a los Aliados y Alemania apenas tenía intereses en los Balcanes occidentales, Viena tuvo durante un tiempo carta blanca para imponer su dominio en la región[5]. Pero esto no ocurría en su tercera zona de interés, Polonia, reclamada por los Habsburgo tras la expulsión de los rusos. Allí los alemanes tenían importantes intereses, y el futuro de la región fue objeto de disputas durante el resto de la guerra.

Aunque Berlín no tuviera por costumbre ignorar las peticiones de sus aliados, lo cierto es que era el centro neurálgico de la coalición, y de haber querido firmar una paz, sus socios habrían debido hacer lo mismo. El siguiente estudio de sus objetivos está basado en un ensayo de Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht: Die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschland 1914-1918*, publicado en 1961 y traducido posteriormente al inglés con el título de *Germany's Aims in the First World War*[*]. Fischer interpreta los objetivos alemanes como una apuesta ambiciosa y agresiva con la que se pretendió estabilizar la monarquía de los Hohenzollern y consolidar el «estatus de potencia mundial» de Alemania; estos objetivos tuvieron el

apoyo unánime de los círculos oficiales y de las élites no gubernamentales, y se manifestaron con continuidad a lo largo de la guerra[6]. La principal prueba documental que presenta Fischer en su proceso a Alemania es el «Programa de Septiembre» de objetivos de guerra aprobado por Bethmann Hollweg el 9 de septiembre de 1914, el cual, en opinión del historiador, constituyó el molde utilizado para determinar los objetivos de guerra durante los cuatro años siguientes. Por aquel entonces seguía librándose la batalla del Marne, y la victoria parecía probable, incluso inminente. El programa de Bethmann —firmado con las iniciales del canciller, pero redactado por su secretario privado, Kurt Riezler— partía de la premisa de que «el objetivo general de la guerra» era «la seguridad del Reich alemán en el oeste y en el este durante el mayor tiempo concebible», y por esta razón «Rusia debe ser empujada lo más lejos posible de la frontera oriental alemana, rompiendo su dominio sobre los pueblos vasallos de lengua no rusa», mientras que Francia «debe quedar tan debilitada que resulte imposible para siempre su recuperación como gran potencia». Pero Bethmann deseaba cumplir estos objetivos reduciendo a la vez el número de individuos de origen no alemán incorporados al Reich. En lo concerniente a ultramar, pretendía crear en África central un cinturón de territorio colonial que se extendiera ininterrumpidamente de costa a costa, pero las anexiones que preveía en Europa occidental eran limitadas, aunque importantes desde el punto de vista estratégico: Luxemburgo, Lieja y Amberes, la región minera francesa de Briey (rica en hierro), los Vosgos occidentales y probablemente la zona costera del canal de la Mancha con Dunkerque y Boulogne. En lugar de una anexión pura y dura, el poderío económico de Alemania —en el que Riezler confiaba casi ciegamente— sería el principal instrumento de control político. Francia se vería debilitada por una indemnización abrumadora y por un tratado comercial que

la haría «económicamente dependiente de Alemania». Bélgica pasaría a ser un «Estado vasallo» bajo ocupación militar, «económicamente una provincia alemana», mientras que «una asociación aduanera centroeuropea», en la que quedarían incluidas Francia y Escandinavia, se encargaría de «estabilizar el dominio económico de Alemania» sobre sus miembros[7]. No obstante, a pesar del lenguaje implacable del programa, es posible que el canciller considerara su plan una alternativa moderada al anexionismo, a todas luces más radical, de los militares y de los círculos en los que confiaba el káiser, y Fischer exagera la importancia del documento. Por ejemplo, hace especial hincapié en el proyecto de la asociación aduanera de Europa central (o Mitteleuropa), que de hecho siguió siendo un objetivo alemán durante el resto de la guerra, pero que se originó como un plan de los políticos y nunca recibió un gran apoyo del mundo empresarial ni tuvo mucha lógica desde el punto de vista económico, pues la inmensa mayoría de los mercados de las exportaciones alemanas se encontraban fuera de la zona que abarcaba dicha asociación. Aunque vino precedido de numerosas consultas entre las distintas autoridades alemanas, el programa en cuestión no fue una declaración política en toda regla (pues, por ejemplo, ni siquiera iba firmado por el emperador)[8]. Descrito modestamente como «borrador provisional» para una paz en Europa occidental, no decía nada sobre las exigencias de Alemania a Gran Bretaña, y las programadas para Rusia solo aparecían esbozadas con brevedad. Por otro lado, nunca se publicó: permaneció en secreto durante más de cuarenta años. Por todas estas razones, hay que matizar su importancia. Sin embargo, sigue siendo un instrumento esencial para conocer el pensamiento de Bethmann. Durante el resto del conflicto aparecerían en los documentos relacionados con los objetivos de guerra diversas propuestas similares (aunque menos arrolladoras) para Europa occidental, y empezaría sin

demora la planificación de la asociación aduanera y el «Estado vasallo» belga. El programa seguiría siendo relevante, pero después de la retirada del Marne se vería superado por los acontecimientos.

Así pues, el 18 de noviembre de 1914 Bethmann y Falkenhayn hablaron sobre la situación de Alemania, si bien en unas circunstancias mucho menos favorables. En aquellos momentos era evidente que no habría ninguna victoria rápida, y los dos fueron de la opinión de que si Rusia, Francia y Gran Bretaña permanecían juntas, Alemania no lograría derrotarlas. Falkenhayn consideraba que la única posibilidad de alcanzar una paz «aceptable» era ofrecer unos términos generosos a Petrogrado, con la esperanza de que primero se aviniera Rusia y luego Francia, dejando completamente aislada a Gran Bretaña, la gran enemiga de Alemania. Bethmann coincidía en buena parte con el análisis de la situación que hacía el canciller, aunque era más escéptico acerca de la voluntad de negociación de Rusia, y si efectivamente esta se producía, tampoco tenía la seguridad de una victoria alemana en el oeste. Pero estuvo de acuerdo en sondear primero a Rusia, ofreciendo una paz basada en el *statu quo* antes de la guerra, lo cual, en vista de que hasta entonces las Potencias Centrales habían perdido más territorio del que habían podido arrebatar a los rusos, no constituía un gran sacrificio. A la luz de esta nueva postura, las ambiciosas aspiraciones del Programa de Septiembre parecen una aberración: al cabo de dos meses los alemanes se vieron de nuevo en el aprieto de tener que enfrentarse a una alianza sólida, opresiva y con muchos más recursos. Con el fin de romper dicha alianza, volvieron a su política de antes de la guerra, pero esta vez combinando diplomacia y violencia[9].

Pronto fue evidente que esta postura mucho más modesta no impediría que los alemanes se libraran del peligro que suponía el desgaste en un enfrentamiento prolongado contra un

enemigo manifiestamente superior. De hecho, los alemanes se debatían entre la política del Programa de Septiembre y su interés por dividir al enemigo, como quedó patente en sus negociaciones con Bélgica y con Rusia. Por aquel entonces, el rey Alberto se había exiliado a la localidad costera de La Panne, junto a la frontera con Francia. Sin consultar con sus ministros, permitió que su emisario, el profesor Waxweiler, se reuniera con el enviado alemán, el conde Törring, en el invierno de 1915-1916. Törring exigía una postura proalemana en lo concerniente a la política exterior (que Alberto estaba dispuesto a considerar), pero también quería una larga lista de garantías, como, por ejemplo, el desarme del ejército belga, una ocupación alemana con derechos de tránsito, una base naval costera y la cesión a Alemania de la mayoría de las acciones de los ferrocarriles belgas, así como una mayor unión arancelaria entre los dos países. Aunque Alberto hubiera aceptado todas estas condiciones, su gobierno no lo habría hecho nunca[10]. Este episodio demostró que, en realidad, los alemanes no estaban dispuestos a reducir sus pretensiones sobre Bélgica en aras de una paz por separado, por mucho que confiaran en que la firma de un pacto con Alberto pondría seriamente en entredicho la situación de los británicos, obligándolos a salir de la guerra. Falkenhayn estaba firmemente decidido a que Bélgica siguiera en manos de Alemania. Por otro lado, los ministros del Interior y de Asuntos Exteriores del káiser preveían dirigir las relaciones internacionales de los belgas, ocupar sus costas y sus fortificaciones, forzarlos a estrechar una unión monetaria y arancelaria con el Reich y controlar su red ferroviaria. En octubre de 1915, Guillermo II dio el visto bueno a la idea de la marina de ocupar de manera indefinida el triángulo Ostende-Zeebrugge-Brujas, la base para lanzar los ataques submarinos contra los navíos británicos. Además, fomentando una administración separada para los flamencos, así como una

educación en su propia lengua, los alemanes esperaban debilitar la unidad de los belgas y la autoridad de la élite gubernamental francófona del país. La opinión de los líderes alemanes coincidía más o menos con las ideas propuestas en el Programa de Septiembre: Bélgica no debía ser anexionada, pero su soberanía solo tenía que ser restaurada nominalmente[11].

La gran decepción, sin embargo, vino de Petrogrado. El principal encargado de sondear a los rusos fue un intermediario danés llamado Andersen, aunque los alemanes también se pusieron en contacto con el antiguo ministro de Hacienda del zar, el conde Witte, que se había opuesto claramente a la guerra. Pero la fortuna no les sonrió, pues Witte murió en marzo, y el zar y sus consejeros permanecieron leales a los Aliados, negándose, a diferencia de Alberto, a entablar conversación alguna. Bethmann y Jagow indicaron que se limitarían a buscar solo un tratado comercial favorable y pequeños reajustes en las fronteras, pero que nunca estarían dispuestos a conformarse con nada a cambio[12]. Antes del estallido de la guerra, Bethmann ya había quedado impresionado por el poderío cada vez mayor de Rusia; a diferencia de Falkenhayn, consideraba que el imperio del zar constituía un peligro a largo plazo en la misma medida que Gran Bretaña. Apoyaba el plan —que se debatía en secreto entre los burócratas de Berlín— de anexionar una «franja fronteriza» en el norte y el oeste de los confines de la Polonia rusa, de la que se deportaría a la población judía y polaca para sustituirla por colonos alemanes. En un Consejo de Ministros celebrado en julio de 1915 fue aprobado este proyecto, que probablemente habría visto la luz si Alemania hubiera acabado ganando la guerra[13]. De manera deliberada, los alemanes limitaron su avance hacia el este en 1915 para facilitar que Rusia optara por entablar negociaciones, pero en agosto, tras meses de negativas por parte de los rusos, se mostraron proclives a dar por perdido su plan de paz con Petrogrado y a emprender una

política expansionista. Durante el verano y el otoño, tropas alemanas y austríacas ocuparon toda la Polonia rusa y avanzaron por la costa del Báltico. En aquellos momentos, una paz con Rusia supondría sacrificar un territorio por el que habían perecido miles de soldados, y (como Bethmann y Falkenhayn habían temido) el avance de los ejércitos de las Potencias Centrales vino a determinar sus objetivos de guerra y a reducir su flexibilidad negociadora en el este.

Polonia era el tema más crucial. Con anterioridad a 1914, sus regiones occidentales y septentrionales habían sido controladas por Alemania, Galitzia (en el sur) por Austria-Hungría y Varsovia, así como el centro y el este del país por Rusia. Buena parte de Polonia era una vasta llanura que interesaba a los tres imperios porque constituía una excelente vía para lanzar una invasión y también por sus abundantes recursos minerales y su industria. Aunque en el siglo XIX habían compartido la idea de mantener el país dividido, las nuevas hostilidades lanzaron a los imperios a un juego de apuestas para conseguir el apoyo polaco. Durante la crisis de julio, el káiser comentaría que, pasara lo que pasase, Rusia debía perder Polonia; en agosto de 1914, los rusos se comprometieron públicamente a unir su parte de Polonia con las regiones polacas en manos de los alemanes y los austríacos para formar una provincia con gobierno propio dentro de su imperio. La conquista de Polonia obligó a las Potencias Centrales a considerar lo que pretendían para este país, pues los austríacos temían que estallaran tumultos entre sus polacos de Galitzia si la región seguía dividida o caía en manos de los alemanes. Así pues, en agosto de 1915 propusieron unir Galitzia con la Polonia rusa para crear un reino autónomo bajo la soberanía de los Habsburgo, la llamada «solución austríaca» a la cuestión polaca. Aquel otoño, además, mientras los ejércitos alemanes ocupaban los Balcanes y volvían a circular trenes entre Berlín y

Constantinopla, la idea de una Mitteleuropa, o bloque centroeuropeo, vino a encender la imaginación de la opinión pública alemana y pasó a ocupar un puesto destacado en la política del imperio del káiser[14]. Falkenhayn, decepcionado tras no conseguir respuesta alguna de Rusia y temiendo que los Aliados emprendieran una «guerra de desgaste», confió en que una alianza y un acuerdo económico a largo plazo entre Alemania y Austria-Hungría acabaran por desmoralizar al enemigo[15]. Bethmann temía que una monarquía triple formada por Austria, Hungría y Polonia acabara siendo menos fiable que la monarquía dual, pero prefería esta opción antes de verse obligado a incorporar a millones de polacos y judíos en los dominios de Alemania.

En noviembre el canciller aceptó en un principio la «solución austríaca», pero con la condición de que se estableciera una franja fronteriza, se garantizaran tanto los intereses económicos de Alemania en Polonia como los territorios de alemanes y austríacos, y se firmara un acuerdo económico entre los dos imperios para reducir aranceles con el objetivo de crear una unión aduanera. Como preveía el Programa de Septiembre, una integración económica serviría para consolidar el control de Alemania sobre sus vecinos. Pero precisamente por esta razón, la oferta provocó el recelo de los gobiernos de Austria y Hungría, que en un primer momento se mostraron dispuestos a entablar conversaciones, pero luego comenzaron a dar largas. Temían perder independencia política, y la idea de una Mitteleuropa gozaba de muy poco apoyo entre la población, al margen de los austríacos de lengua alemana. El propio Bethmann, sin embargo, no tardaría en cambiar de opinión. Sospechando que la solución austríaca no haría más que aumentar la influencia eslava en la monarquía Habsburgo, se le ocurrió aplicar el mismo modelo pensado para los belgas: una Polonia nominalmente autónoma, vinculada a Alemania por lazos

militares y económicos. Llegado este punto, el desarrollo de los acontecimientos militares volvió a interferir en las discusiones sobre los objetivos de guerra. El éxito de la ofensiva Brusílov de los rusos en junio de 1916 no solo demostró que Austria-Hungría no era un socio fiable para proteger el avance alemán en el este, sino que también obligó a la monarquía dual a solicitar la ayuda de Alemania, lo que perjudicó su posición en las negociaciones. Así pues, los acuerdos de Viena firmados en agosto satisficieron el deseo de Bethmann de crear en la antigua Polonia rusa un Estado tapón nominalmente independiente, pero sin independencia en política exterior, con Alemania al frente de sus ejércitos y sus líneas ferroviarias bajo el control de las Potencias Centrales. La crisis militar de aquel verano tuvo una consecuencia más, a saber, cuando sustituyeron a Falkenhayn en agosto, Hindenburg y Ludendorff reconocieron la necesidad vital de disponer de un mayor potencial humano. En consecuencia, emprendieron una sucesión de iniciativas poco meditadas, como, por ejemplo, la deportación de mano de obra industrial de Bélgica y el establecimiento de la Ley del Servicio Auxiliar Patriótico en Alemania[*]. En Polonia, con su larga historia de aversión a los rusos, creyeron ver una reserva de voluntarios militares. El 5 de noviembre de 1916, bajo la presión de los generales, Bethmann accedió a emitir con las autoridades de Austria-Hungría una declaración conjunta prometiendo un futuro reino polaco independiente. La proclama en cuestión apenas tuvo eco entre los polacos, y con ella solo se consiguió un puñado de voluntarios. Pero se trataba de un compromiso público y explícito del que no podían retractarse, y supuso un obstáculo añadido para la firma de una paz por separado entre Rusia y Alemania[16].

En el otoño de 1916, los objetivos alemanes parecían cada vez más rígidos y definidos. Bélgica y la Polonia rusa se convertirían en estados tapón, perdiendo Lieja, posiblemente

Amberes y la «franja fronteriza», y dependerían de Alemania en todo lo concerniente a política exterior, a defensa y también finanzas mediante una integración económica. Se pensaba aplicar un plan similar en Lituania y en Curlandia —con sus minorías urbanas y su aristocracia terrateniente de lengua alemana—, zonas que habían sido ocupadas por Alemania en otoño de 1915. Bethmann había prometido que estas provincias no volverían a caer en manos de los rusos, y la idea era convertirlas nominalmente en regiones autónomas, pero controladas por Alemania por medio de los acuerdos habituales relacionados con la red ferroviaria, el ejército y los aranceles[17]. Para sondear la postura de Francia, sin embargo, el enviado alemán en Suiza, Gisbert von Romberg, se limitó a entrar en contacto con unos cuantos periodistas descontentos y algunos políticos de la oposición. En contra de lo esperado por Falkenhayn, la batalla librada en Verdún en la primavera de 1916 no consiguió ni desmoralizar a los franceses ni predisponerlos a entablar negociaciones. Las exigencias fundamentales de Alemania seguían siendo la cesión de la cuenca de Briey (con las principales minas de hierro de Francia y su importante industria metalúrgica) y el pago de una considerable indemnización, pero se contemplaba la imposición de condiciones más severas si París persistía en su negativa a firmar una paz por separado. Al margen de todo esto, el plan de una Mitteleuropa continuaba siendo de interés para los alemanes siempre y cuando Austria-Hungría se adhiriera a él, aunque en 1916 los proyectos alemanes comenzaban a ser claramente contrarios a la idea si esta comportaba unas represalias aliadas que impidieran a Alemania el acceso a sus mercados de ultramar[18]. Por último, el Ministerio de las Colonias reclamaba el control de la rica zona minera de África central, y la marina el de los puertos de Flandes, así como el de una serie de bases en el Mediterráneo, el Atlántico y el océano

Índico. Si se satisfacían, estas demandas habrían garantizado la estabilidad de las fronteras occidentales y orientales de Alemania, protegido el suministro de alimentos y materias primas, debilitado la posición de Francia y de Rusia en Europa y amenazado las comunicaciones por mar de Gran Bretaña con el resto del mundo. No eran unos términos innegociables, pero todo parecía indicar que al otro lado no había nadie dispuesto a entablar conversaciones.

En líneas generales, Fischer no se equivoca cuando habla de una opinión común entre los líderes alemanes, al menos hasta finales de 1916; pero a partir de entonces ese consenso empieza a romperse debido a la postura de Bethmann y el tándem Hindenburg-Ludendorff. Falkenhayn discrepaba de Bethmann en lo concerniente a la cuestión rusa, si bien ese tipo de desacuerdos eran prácticamente irrelevantes, y en general discrepaba del canciller en lo tocante a los objetivos de guerra. La cancillería y el Ministerio de Asuntos Exteriores eran los que dictaban las políticas del Estado, y el káiser Guillermo solo intervenía esporádicamente en estos asuntos. Antes del estallido de la guerra, Bethmann ya había contemplado la posibilidad de expandirse por África central a expensas de las colonias portuguesas y belgas, y había considerado seriamente la opción de romper la entente. Pero a comienzos de 1914, el gobierno había rechazado introducir cambio alguno en su política arancelaria, indicando que en aquellos momentos la creación de una unión aduanera no figuraba entre sus objetivos. De ahí que resulte evidente que, por mucho que siguieran algunas de las líneas marcadas por su política antes del estallido del conflicto armado, los líderes alemanes primero declararon la guerra y luego determinaron qué era lo que les impulsaba a luchar. Su objetivo era básicamente garantizar la seguridad; una meta que debía alcanzarse mediante el establecimiento de una serie de estados tapón y el debilitamiento de Francia y Rusia, aunque

Bethmann previera que la consecución de todo ello podía poner el poderío de Alemania al borde del precipicio y reducir su cohesión interna. Sería necesario disponer durante mucho tiempo de un gran número de fuerzas armadas y de guarniciones de ocupación al otro lado de sus fronteras; y, a no ser que su armada lograra expandirse aún más, sus bases y colonias de ultramar se convertirían fácilmente en víctimas potenciales de las represalias de los británicos. La hegemonía económica tampoco era la panacea que preveía el Programa de Septiembre, pues los Aliados controlaban tantísimos alimentos, minerales y mercados del mundo que un enfrentamiento permanente entre bloques económicos opuestos podía dejar a Alemania más empobrecida que en la época anterior a la guerra en la que imperaba globalmente una economía liberal y abierta en cierta medida. Como se daban perfecta cuenta algunos de sus líderes, los objetivos de guerra de Alemania ofrecían una solución bastante cuestionable a los problemas del país, esto es, a un posible aislamiento y a una situación de vulnerabilidad ante el enemigo.

Los objetivos de guerra de las Potencias Centrales no fueron, sin embargo, esbozados considerando exclusivamente una serie de circunstancias externas. Las autoridades austrohúngaras querían eliminar la amenaza que suponían los eslavos meridionales por razones de seguridad interna, y para no tener que absorber a más serbios. En cambio, la solución alcanzada en los acuerdos de Viena para su frontera septentrional les desagradaba sumamente porque temían que contrariara a sus propios súbditos polacos. La aceptaron solo bajo la presión de la emergencia militar. Los alemanes también deseaban evitar las anexiones masivas de súbditos potencialmente desleales, y habían optado por aplicar como alternativa el plan del «Estado vasallo» belga y el de la franja fronteriza polaca. Y lo que era más fundamental, los líderes alemanes consideraban que el éxito de

una colonización era el factor esencial para alcanzar una estabilidad política interna, y así lo manifestaron con mucha más frecuencia que sus homólogos aliados. En noviembre de 1914, Bethmann se opuso a una paz general porque los términos de la misma «iban a parecerle al pueblo unas recompensas absolutamente insuficientes por unos sacrificios tan tremendos». Su vicecanciller, Clemens von Delbrück, confiaba en que, una vez concluida la guerra, el mayor poderío alemán permitiría «satisfacer a todo el mundo y resolver, así, todos los problemas políticos»[19]. Análogamente, Jagow era consciente de las «gravísimas dificultades financieras internas» que comportaría un acuerdo general de compromiso (pues, por ejemplo, podía significar que los suscriptores de bonos de guerra emitidos por el gobierno no pudieran recibir el dinero prestado)[20]. Los objetivos de guerra de Alemania pretendían claramente mejorar la situación internacional del país, pero también pueden contemplarse como parte integrante de un gran proyecto —puesto en marcha con las construcciones navales de la década de 1890 y las adquisiciones coloniales de la de década de 1880— concebido para estabilizar la autocracia Hohenzollern mediante una política expansionista.

No solo los burócratas alemanes consideraban perentoria la obtención de grandes ganancias, sino aún más ciertos grupos de presión del exterior, aunque Bethmann intentó evitar lo que temía que se convirtiera en un debate público de posiciones enfrentadas, censurando hasta 1916 cualquier discusión en la prensa sobre los objetivos de guerra[21]. Como en otros países europeos, este asunto polarizó en líneas generales a la izquierda y a la derecha. Los líderes del SPD se oponían a las anexiones, manifestando que apoyaban únicamente una guerra defensiva y advirtiendo a Bethmann de que esperaban a cambio una democratización interna. Pero les resultó muy difícil mantenerse en esta línea intermedia. Un sector disidente del grupo

parlamentario formado en 1916 se opuso rotundamente a cualquier guerra, y otro simpatizó con la mayoría anexionista del Reichstag. Al margen del SPD, todos los grupos parlamentarios respaldaron en 1915 una declaración en la que se proclamaba que en las negociaciones de paz «los intereses militares, económicos, financieros y políticos de Alemania deben quedar […] garantizados plenamente y por todos los medios, incluidas las adquisiciones territoriales necesarias». En julio de 1915, las anexiones en el este y en el oeste también recibieron el apoyo de los príncipes y notables representados en la Cámara Alta (el Bundesrat[22]) mediante una «Petición de los Intelectuales» con 1347 firmas (incluidas las de 352 profesores universitarios), y en mayo de 1915 mediante la «Petición de las Seis Asociaciones Económicas» que representaban a las principales organizaciones de empresarios y al grupo más destacado de terratenientes. Debemos poner en tela de juicio hasta qué punto las «asociaciones económicas» representaban realmente a las empresas de sus miembros, muchos de los cuales parece que se mostraron indiferentes o adoptaron una postura moderada[23]; y las dos peticiones citadas, aparte de constituir un verdadero regalo para la propaganda aliada, ponían de manifiesto la capacidad de presión de los nacionalistas más radicales de la Liga Pangermánica. La propaganda aliada, por supuesto, las vinculaba con la postura del gobierno, tal vez de manera algo exagerada, pero no del todo equivocada. A pesar de que Bethmann prefiriera minimizar las anexiones, en 1915-1916 —a medida que iba creciendo el «movimiento expansionista a favor de los objetivos de guerra» en el Reichstag y en el país— cambió el tono de sus discursos, prometiendo que Alemania exigiría «garantías» en las negociaciones de paz y que ni en el este ni en Bélgica se restauraría el *statu quo* anterior al estallido del conflicto[24].

Cada vez se endurecían más tanto los planes del gobierno

como la opinión no oficial. Probablemente se esperara que en el verano de 1916 la complicada situación militar llevara a las autoridades alemanas a reconsiderar su postura, como había ocurrido tras la derrota en el Marne, pero en realidad su posición fue más rígida y exigente que nunca en lo tocante a sus objetivos. Aunque la propuesta de paz del 12 de diciembre de 1916 de las Potencias Centrales pudiera parecer una rama de olivo, los Aliados no se equivocaron cuando la rechazaron desconfiando de su sinceridad. Programada para entablar negociaciones tras la victoria de las Potencias Centrales en Rumanía, su tono era arrogante, limitándose a proponer conversaciones de paz sin concretar los términos. Si bien el ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro, el barón Burián, quiso fijar unas condiciones, lo cierto es que Bethmann ignoró sus deseos para no quedar atado de pies y manos. El canciller dudaba del éxito de la iniciativa, y su principal objetivo era convencer a los socialistas de que se trataba de una guerra defensiva, socavando de paso la unidad nacional de cada uno de los países aliados. Sospechaba que no tardaría en verse obligado a entrar en confrontación con Estados Unidos por la guerra submarina, y tenía la esperanza de que un gesto pacífico disuadiera a Washington de la posibilidad de hacer frente común con los enemigos de Alemania. Pero tuvo muy poco éxito en todos estos objetivos: el frente nacional alemán se fragmentó durante el invierno, y cada vez era más inminente la ruptura con los estadounidenses. En cualquier caso, sin embargo, bajo la influencia de Hindenburg y Ludendorff, Bethmann se había visto obligado a mostrarse inflexible en lo concerniente a las pretensiones alemanas, que ya en conversaciones de noviembre de 1916 habían sido expuestas de modo mucho más sistemático que nunca. Luxemburgo debía ser anexionada; Bélgica tenía que ceder Lieja y dejar en manos de Alemania tanto su economía como su red ferroviaria; Francia

debía renunciar a la cuenca de Brey; Polonia, al igual que Bélgica, había de someterse y ceder dos franjas fronterizas; y Rusia tenía que entregar Lituania y Curlandia. Cuando los Aliados rechazaron la propuesta, Hindenburg pidió la anexión de otros territorios, y la marina exigió el control del Báltico y de la costa belga, además de una serie de bases situadas estratégicamente en diversos puntos del mundo. Bethmann se mostró firme en su adhesión a los términos de noviembre de 1916, enviando un resumen de los mismos al presidente estadounidense para ponerlo al corriente de las pretensiones alemanas. El canciller seguía controlando la diplomacia alemana, aunque en lo referente a la declaración sobre Polonia y al programa de noviembre de 1916 aceptara unos términos más duros y unas restricciones a su libertad de acción que excedían lo que consideraba razonable. Sin embargo, con el ejército alemán sometido a una presión sin precedentes y con la economía hundiéndose en una espiral descendente. Hindenburg y Ludendorff aumentaron las drásticas reivindicaciones anexionistas (en vez de disminuirlas), movilizando de paso el país para la victoria total. Así pues, vemos simplemente que no había correlación alguna entre la posición de los militares y los objetivos de guerra alemanes; con esta división y con las negociaciones generales en apariencia descartadas, no parecía que hubiera otra alternativa más que seguir luchando con la esperanza de que la guerra submarina permitiera a Alemania imponer unos términos mucho más severos[*].

La presión cada vez mayor de la opinión pública alemana y del ejército a favor de la política anexionista constituyó el principal obstáculo para el plan de Bethmann de llegar a una paz dividiendo a los Aliados. Pero todavía más formidable fue la reticencia de los Aliados a esa posible división, factor que resultó esencial para su política en lo referente a los objetivos de guerra y que acabó siendo su respuesta a las iniciativas de paz. Su

postura de rechazo quedó perfectamente patente en el Pacto de Londres de septiembre de 1914 —propuesto por Rusia y aceptado inmediatamente por Gran Bretaña y Francia—, en virtud del cual los tres países se comprometían a no firmar una paz por separado ni a proponer condiciones sin contar previamente con el acuerdo de los demás. Como ninguno de los Aliados gozaba de la misma hegemonía que ejercía Alemania en su bando, para comprender por qué se mantuvieron fieles a este compromiso es necesario estudiar cada país caso por caso.

Lo mejor es empezar por Rusia, principal objetivo de los sondeos alemanes en 1915, y el país cuyos contratiempos en los campos de batalla probablemente lo convirtieran en el más vulnerable para ellos. De hecho, los rusos, al igual que los alemanes, y a diferencia de británicos y franceses, no tardaron en definir sus aspiraciones, algo que hicieron en las circunstancias relativamente favorables del invierno de 1914-1915, tras lo cual se mantuvieron casi firmes en su posición durante el período que siguió, marcado por muchas más dificultades. A pesar de algunas dudas, tras analizar su situación la élite rusa permaneció fiel al Pacto de Londres hasta que la revolución acabó con ella[25].

La principal disputa territorial que mantenía Rusia con las Potencias Centrales estaba relacionada con Polonia. Sin embargo, la proclamación de agosto de 1914, llamando a los polacos «a la unidad bajo la corona del emperador ruso […] con libertad de credo, lengua y autogobierno» no era lo que parecía a primera vista. Sazónov, su impulsor, quería contar con el apoyo de los polacos y con el de la opinión pública occidental[26]; otros ministros del gobierno zarista temían que aquellas concesiones llevaran a los polacos a plantear nuevas exigencias, sentando así un precedente para las demás minorías del imperio. De ahí que el encargado de emitirla fuera el gran duque Nicolás en vez del zar, y de que se sustituyera la palabra «autogobierno» por

«autonomía»[27]. En marzo de 1915, el Consejo de Ministros decidió que la política exterior, las fuerzas armadas, las finanzas públicas y la red de transportes de Polonia seguirían en manos de los rusos, y Sazónov fue destituido cuando en julio de 1916 insistió en la necesidad de llegar a un compromiso más vinculante en forma de una carta constitucional[28]. Por otro lado, aunque la proclamación implicaba claramente una expansión de Rusia a expensas de Alemania y Austria-Hungría, el gobierno del zar nunca definió los límites de dicha expansión. Por todas estas razones, la proclamación polaca debe contemplarse como una declaración en gran medida propagandística.

No obstante, en un ambiente de optimismo promovido por la conquista de Galitzia y los éxitos de Rusia en las batallas libradas en el otoño de 1914, el gobierno del zar desveló a Gran Bretaña y a Francia un exhaustivo programa de objetivos de guerra en los llamados «Trece Puntos» de Sazónov de mediados de septiembre y en las declaraciones realizadas por Nicolás II el 21 de noviembre ante el embajador francés, Paléologue. Aunque había discrepancias entre los dos manifiestos (el del zar era más ambicioso), prevalecían las afinidades. Los líderes civiles rusos coincidían prácticamente en todos sus deseos, tal vez incluso en mayor medida que sus homólogos alemanes. Eran más anexionistas que Bethmann. Para Rusia propiamente dicha, Sazónov quería el bajo Niemen de Alemania y la Galitzia oriental de Austria-Hungría, y para Polonia el ministro y el zar querían el este de Posen y el sur de Silesia de Alemania y Galitzia occidental de la monarquía dual. La Stavka pretendía la anexión de toda Prusia Oriental hasta el río Vístula, pero Nicolás II se desmarcó de esta demanda. Alemania permanecería unida, pero perdería territorios tanto en el este como en el oeste y debería satisfacer una compensación económica. En opinión de Sazónov, «el objetivo principal [...] tiene que ser mermar el

poderío alemán y poner freno a sus pretensiones de hegemonía militar y política», y para el zar conseguir «la destrucción del militarismo alemán y poner fin a la pesadilla a la que Alemania nos ha venido sometiendo durante más de cuarenta años», así como prevenir cualquier guerra motivada por la sed de venganza[29]. Para Austria-Hungría se contemplaba un trato mucho más duro: Sazónov proponía que cediera su población polaca, ucraniana y eslava meridional, y el 17 de septiembre una proclamación dirigida a los «pueblos de Austria-Hungría» prometió «la libertad y la culminación de su lucha nacional». Pero los rusos eran reacios a manifestarse inequívocamente a favor de la autodeterminación nacional y el desmembramiento de la monarquía Habsburgo, pues por un lado temían que Alemania acabara absorbiendo a los alemanes austríacos, y por otro eran muy conscientes del precedente que aquello podía sentar para un imperio también de naturaleza multinacional como el suyo. En particular, no se comprometieron públicamente con la independencia de los checos, que habría marcado la diferencia entre una Austria-Hungría mermada, pero aún viable, y su completa desaparición del mapa de Europa. En privado, Nicolás II esperaba que se produjera esa desaparición, pero fomentarla no estaba en la política de su gobierno[30].

La intervención de Turquía vino a añadir un elemento más a las pretensiones de Rusia, y durante un tiempo consiguió que la guerra gozara de mayor popularidad. Combatir al lado del Occidente liberal contra las conservadoras Potencias Centrales había constituido un verdadero problema para un sector de la derecha rusa, pero una cruzada contra el ancestral enemigo musulmán resultaba más aceptable. Durante los primeros meses, pocos partidos políticos —con la excepción de los bolcheviques— se opusieron a la guerra, y Sazónov se vio presionado por el ejército, la Duma y la prensa, que exigían que aumentara sus demandas más de lo que el ministro consideraba prudente[31]. El

resentimiento por la agresión otomana se concentró en Constantinopla —el centro religioso que los nacionalistas ortodoxos rusos aspiraban a controlar desde hacía tiempo— y en los estrechos turcos, un paso cuyo cierre ponía en grave peligro el tráfico de mercancías de Rusia y su equilibrio económico[32]. Antes incluso de la entrada de los turcos en la guerra, Sazónov ya había manifestado a los Aliados su deseo de ejercer la administración internacional de los estrechos turcos; en noviembre de 1914, Grey y el rey Jorge V prometieron la aquiescencia de los británicos a cualquier decisión adoptada por Rusia. Sazónov supo entonces que sus socios difícilmente supondrían un problema para sus planes, y el momento llegó cuando la flota aliada bombardeó los Dardanelos. Temiendo que británicos y franceses ocuparan este estrecho, o, lo que era peor, desembarcaran en la zona tropas griegas, exigió que, si se lograba la victoria en la guerra, Gran Bretaña y Francia accedieran a que Rusia se anexionara Constantinopla, la costa europea de los estrechos turcos, así como la franja litoral asiática del Bósforo. Esta petición excedía las necesidades implícitas de la seguridad marítima y violaba el principio de autodeterminación, además de sentar las bases de una presencia naval rusa en el Mediterráneo. Sin embargo, ante la amenaza velada de Sazónov en el sentido de que una negativa podía poner en peligro la alianza, en marzo de 1915 los británicos y los franceses accedieron a las pretensiones del ministro del zar, pero pidiendo a cambio que Rusia apoyara sus correspondientes pretensiones territoriales. Así pues, vemos que mientras los alemanes sondeaban la voluntad de Petrogrado, los socios de Rusia prometían acceder a casi todos sus deseos[33].

El acuerdo sobre los estrechos turcos fue solamente uno de los motivos que llevaron a los rusos a rechazar una paz por separado, a pesar de las aplastantes derrotas sufridas en 1915. Además, parece que el gobierno zarista nunca dejó de confiar en

la victoria de los Aliados, pues estaba convencido de que su concentración a largo plazo les permitiría tomar la delantera. Los rusos despreciaban a los austrohúngaros y a los turcos y querían expandirse, junto con sus protegidos, a expensas de Viena y de Constantinopla. Cuando en la primavera de 1915 Austria-Hungría hizo la que parece que fue su única propuesta de paz importante durante el reinado de Francisco José, Petrogrado la rechazó y se opuso con vehemencia a que París y Londres sondearan a las Potencias Centrales[34]. Ante todo, los rusos pretendían debilitar Alemania de manera rotunda y permanente, no solo desde el punto de vista territorial, sino también económico, penalizando los intereses comerciales alemanes en suelo ruso. Vista su evidente inferioridad militar, consideraban que solo podían garantizar su seguridad manteniendo vigente la alianza antialemana una vez concluida la guerra; este objetivo se convirtió en una de las principales preocupaciones de su diplomacia, del mismo modo que los imperativos de la alianza influyeron en repetidas ocasiones en su estrategia. Este tipo de consideraciones también imposibilitaban una paz por separado. Por último, aunque Rusia fuera la potencia más autocrática, circunstancia que se recrudeció aún más durante la guerra, hay algunos hechos que ponen de manifiesto que el zar y sus ministros creían que debían satisfacer a una opinión pública patriótica y temían (como los alemanes) que una paz humillante pudiera acabar sacudiendo los cimientos de su régimen[35]. De ahí que durante los aciagos días de la retirada de 1915, temiendo que estallara el pánico en Moscú y en Petrogrado y que se levantara una oleada de críticas en el país, Nicolás II y sus consejeros rechazaran una y otra vez las propuestas alemanas, por mucho que Bethmann les amenazara con la pérdida definitiva de Polonia y con unas condiciones de paz cada vez más duras.

A pesar de las decepciones militares de 1916, en líneas

generales los líderes zaristas se mostraron firmes durante ese año en los objetivos fijados al principio de la guerra. En algunos aspectos incluso los expandieron. Tras la ofensiva rusa lanzada en la primavera que consiguió expulsar a los turcos de buena parte de Armenia, en abril de 1916 Gran Bretaña y Francia reconocieron el derecho de Rusia de anexionarse las recién conquistadas Erzurum y Trebisonda y de crear una esfera de influencia en Kurdistán. Sazónov también quería el control de Armenia occidental y el acceso al Mediterráneo, aunque en este sentido encontró la firme oposición de los franceses, que habían convertido su reivindicación de la zona en la justa compensación por avenirse a firmar el acuerdo de los estrechos turcos. Pero llegado este punto, Sazónov ya empezaba a sospechar que Rusia nunca lograría hacerse con Constantinopla, y en noviembre Nicolás II, desanimado, comunicó al embajador británico que probablemente su imperio se conformaría con mantener las fronteras europeas anteriores al estallido de la guerra, pues expandirlas podría costar demasiadas vidas. Los embajadores aliados empezaron a preocuparse por la lealtad de Rusia, sobre todo después de que en el mes de julio Boris Stürmer, un presunto germanófilo, sustituyera a Sazónov como ministro de Asuntos Exteriores. No obstante, aunque el zar se mostrara más predispuesto a permitir a sus agentes que atendieran a las proposiciones alemanas, lo cierto es que siguió ignorándolas. En otoño Stürmer fue depuesto, y el gobierno, con el respaldo de prácticamente toda la prensa rusa, se unió a los otros Aliados en su rechazo a las propuestas de paz ofrecidas por las Potencias Centrales y por el presidente estadounidense en diciembre. En Navidad, Nicolás II se reafirmó en su compromiso de unificar Polonia, y en febrero-marzo de 1917 los rusos alcanzaron un acuerdo secreto con Francia, el Pacto de Doumergue, en virtud del cual aceptaban apoyar la creación de unos estados colchón franceses en Renania a cambio del apoyo francés a la expansión

de las fronteras de Polonia por el oeste. Nada de todo esto, pues, parece indicar que la ambición de 1914 —a saber, dejar maniatadas a las Potencias Centrales, derrotándolas en el campo de batalla, privándolas de territorios y manteniendo la alianza contra ellas— hubiera quedado aparcada. Como demostrarían los acontecimientos a partir de marzo de 1917, sin embargo, por mucho que las élites rusas permanecieran firmes en sus viejos objetivos, lo cierto es que cada vez estaban más lejos del pueblo[36].

A pesar de los constantes reveses y el elevado número de bajas, los líderes franceses se mostraron todavía más unánimes que los rusos a la hora de rechazar una paz por separado o de compromiso, y en 1917 ya habían desarrollado un programa de objetivos de guerra comparable con el de Bethmann o el de Sazónov; objetivos, sin embargo, que en 1914 no eran más que vagas ideas. En su opinión, lo más acuciante era impedir que Alemania pudiera derrotar a Rusia y convertirse en la principal potencia de Europa, y ese siguió siendo un objetivo esencial. El tema de la seguridad preocupaba tanto al gobierno como a la opinión pública, y los políticos franceses estaban convencidos de que no podían garantizar esa seguridad sin ayuda, dada la superioridad de los recursos de los alemanes y su historial de lo que ellos consideraban graves provocaciones. Al igual que los rusos, creían que la alianza en tiempos de guerra debía seguir vigente en tiempos de paz, negándose incluso a escuchar a los emisarios del enemigo. También se opusieron a cualquier intento de mediación. Solo una victoria decisiva, afirmaban, garantizaría no verse envueltos de nuevo en una situación como aquella. Desde el estallido de la guerra hasta 1917, nunca pensaron en algún momento que hubiera llegado la hora de entablar negociaciones[37].

Aunque hicieran énfasis en la necesidad de una victoria aplastante, lo cierto es que los distintos gobiernos franceses

mostraron bastante lentitud a la hora de definir los objetivos de dicha victoria. En este sentido no estaban sometidos a tantas presiones internas como sus homólogos alemanes y temían que determinar esas metas provocara controversias y socavara la tregua política nacional, por lo que optaron por censurar los debates de la prensa sobre los objetivos de guerra hasta 1916. Como no querían entrar en negociaciones hasta que su posición mejorara notablemente, la estipulación de unos términos constituía un ejercicio hipotético, y la emergencia creada por la invasión hizo que centraran su atención en otras muchas reivindicaciones. Durante el gobierno de Viviani siguió siendo escasa la información pública acerca de los objetivos de guerra franceses. En diciembre de 1914, el primer ministro dijo en el Parlamento que Francia exigiría la restauración de la independencia de Bélgica, «compensaciones» por la devastación de sus regiones y poner fin al «militarismo prusiano». No firmaría la paz hasta recuperar Alsacia-Lorena; y como Alemania solo estaba dispuesta a ceder unas cuantas localidades fronterizas, esta insistencia descartaba por sí misma cualquier solución de compromiso. Entre bastidores, sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores de Viviani, Théophile Delcassé, obtuvo, a cambio de la adhesión al acuerdo sobre la cuestión de los estrechos turcos, la promesa de Rusia de apoyar las pretensiones de Francia sobre los territorios del Imperio otomano y «otros lugares», expresión con la que Nicolás II se refería claramente a Renania. Con la seguridad que proporcionaba esta garantía, sin embargo, los franceses tuvieron todavía menos interés por determinar sus objetivos[38].

La etapa de Aristide Briand como primer ministro y titular de la cartera de Asuntos Exteriores, desde noviembre de 1915 hasta marzo de 1917, fue más azarosa. Comparado con Delcassé y con Poincaré (que ocupó la presidencia durante toda la guerra), Briand era un individuo más impredecible y

oportunista y menos tenazmente antialemán, pero en aquellos momentos estaba empeñado en seguir la lucha con mayor vigor y en coordinar los esfuerzos aliados. Fuera de Europa los franceses respondían a las iniciativas británicas, pero en el continente marcaban el paso. A su muerte Briand dejaría un extraordinario legado en forma de importantes acuerdos interaliados.

En África, Gran Bretaña y Francia ya habían pactado en agosto de 1914 las fronteras provisionales de Togolandia, y en febrero de 1916 se llegó a un acuerdo en virtud del cual se cedía a Francia el control de buena parte del Camerún británico, abriendo la puerta a la posibilidad de ocupar esos territorios de manera permanente. Oriente Próximo, sin embargo, era una región mucho más importante para la mayoría de los ministros y oficiales franceses, muchos de los cuales pertenecían a grupos de presión colonialistas cuyo reducido tamaño ocultaba una influencia desproporcionada. Un buen ejemplo fue François Georges-Picot, antiguo cónsul general en Beirut, a quien Briand escogió como su representante en las conversaciones con Gran Bretaña —desarrolladas entre enero y mayo de 1916— sobre el futuro del Imperio otomano que dieron lugar al Acuerdo Sykes-Picot. Tras el impulso que había supuesto el acuerdo sobre los estrechos turcos, los Aliados decidieron que había llegado el momento de establecer los términos de una partición de los territorios turcos asiáticos. Picot pidió la totalidad de Siria (donde Francia tenía misioneros, red ferroviaria e inversiones portuarias), Palestina y el distrito de Mosul, con sus yacimientos petrolíferos, en el norte de Mesopotamia. Los británicos, representados por *sir* Mark Sykes, aceptaron la «administración o control directo o indirecto» francés de una «zona azul» que incluía Cilicia y las costas de Siria y el Líbano, mientras una «zona roja» similar británica abarcaría el centro y el sur de Mesopotamia y las ciudades palestinas de Acre y Haifa. En

cuanto al resto de Tierra Santa, la «zona marrón» quedaría sometida a una «administración internacional», y el interior situado entre la zona azul y la roja quedaría aparentemente bajo el dominio árabe, pero dividido en una zona «A» en el norte y una zona «B» en el sur, en las que Francia y Gran Bretaña tendrían respectivamente no solo el derecho exclusivo de nombrar asesores, sino también preferencia a la hora de extender créditos y obtener contratos. El Acuerdo Sykes-Picot fue ampliado con el acuerdo sobre Armenia alcanzado con Rusia, y sentó las bases para el establecimiento de un sistema de colonias y protectorados por todo el Oriente Próximo árabe. Aunque los franceses aparcaron sus pretensiones sobre Palestina, se hicieron con casi toda Siria, y el distrito de Mosul quedó bajo su esfera de influencia por estar incluido en la zona «A». A pesar de su escaso poderío militar en la región, consiguieron asegurar la mayoría de sus intereses. La expansión en Oriente Próximo, sin embargo, fue un valioso e importante incentivo más que una razón por la que continuar con la guerra[39].

Pero también en Europa el gobierno de Briand marcó un punto de inflexión. Además, cuando el primer ministro francés decidió que había llegado la hora de tomar decisiones, ya había un sinfín de ideas en las que inspirarse. Durante 1915, los objetivos de Francia habían empezado a ser objeto de discusión en la prensa escrita (en la medida en la que lo permitió la censura) y en los círculos militares, parlamentarios y empresariales, así como en diversos comités de investigación tanto oficiales como semioficiales[40]. Algunos de estos debates se centraban en el desequilibrio industrial existente entre Francia y Alemania; otros en cuestiones territoriales, aunque ambos estaban interrelacionados. En su mayoría se llegaba a la conclusión de que la simple recuperación de Alsacia-Lorena, con unas fronteras anteriores a 1870, aunque cediera a Francia el control de casi toda la zona minera de Lorena-Luxemburgo, rica

en hierro, resultaría inapropiada, pues proporcionaría únicamente una pequeña franja fronteriza con el Rin y obligaría al país a depender aún más de las importaciones de carbón. Partiendo de semejantes premisas, la lógica apuntaba a la necesidad de anexionar la cuenca carbonífera del Sarre e incluso de controlar toda la margen izquierda del Rin.

Briand eligió para encargarse del proyecto al enérgico ministro de Comercio, Étienne Clémentel, que dirigió la planificación económica de Francia entre 1915-1918. Clémentel quería responder al proyecto de unión aduanera de una Mitteleuropa. También quería acabar con una vieja dependencia de Francia, a saber, su necesidad de Alemania para disponer de determinados productos, como, por ejemplo, los químicos para la fabricación de explosivos, y garantizar las materias primas necesarias para la reconstrucción del país. Así pues, Briand propuso, con el beneplácito de los demás Aliados, la celebración de una conferencia, que finalmente tuvo lugar en París en junio de 1916. En ella se acordó aplicar después de la guerra unos aranceles especiales a las Potencias Centrales, asegurar la primera reivindicación de los Aliados sobre los recursos naturales del enemigo y poner fin a la dependencia de los países del bando contrario para disponer de materias primas y productos manufacturados de importancia estratégica. Las resoluciones de París parecían un triunfo de la diplomacia francesa e iban más allá de cualquier otro plan económico acordado por las Potencias Centrales, que se mostraron muy alarmadas ante aquella noticia. Pero ni Rusia ni Italia querían poner en peligro sus exportaciones a Alemania una vez concluida la guerra, y Estados Unidos protestó enérgicamente contra un bloque comercial del que se veía claramente excluido. Y nunca se acordó poner en práctica todas estas resoluciones[41].

Disponer de unas garantías económicas resultaba sumamente necesario para el futuro de Francia, pero era más

importante para el país protegerse de cualquier otra invasión. Briand y Poincaré solicitaron públicamente que se les garantizara la seguridad nacional, haciéndose eco de lo que veladamente pedía Bethmann en Alemania. Sin embargo, no fue hasta el verano de 1916 cuando el Consejo de Ministros francés estudió minuciosamente en qué debían consistir esas garantías. Los debates que se abrieron a lo largo y ancho del país (facilitados por la relajación de la censura a la que se había visto sometida la prensa) fueron una de las razones de su cambio de actitud, pero la más importante fue sin duda el desarrollo de los acontecimientos en el exterior. Por un lado, la mejora repentina de la suerte de los Aliados en los campos de batalla sugería que la victoria podía estar a su alcance; por otro, Paléologue advertía de que la Rusia de Stürmer podría firmar la paz si no se conseguía sujetarla con nuevos acuerdos sobre objetivos de guerra, y se informó de que los británicos también querían discutir el asunto. En octubre, tras leer los memorandos emitidos por el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Alto Mando, los ministros optaron por pedir plena libertad a los Aliados para decidir el futuro de la margen izquierda del Rin. Desde 1915 ya contaban con el beneplácito de Rusia, y la carta de Cambon enviada confidencialmente en enero de 1917, junto con la aprobación del Consejo de Ministros, al embajador en Londres, Paul Cambon, exigía que Francia tuviera «voz preponderante» a la hora de zanjar la cuestión. En ella se insistía en que había que poner fin a la soberanía de Alemania sobre la margen izquierda del río (pues, de lo contrario, el futuro de la región quedaba abierto), y en que Francia debía recuperar Alsacia-Lorena con su frontera de 1790, anexionándose así buena parte de la cuenca del Sarre. Cambon no mostró este documento a los británicos hasta el mes de julio, cuando las circunstancias habían cambiado tanto que la petición en cuestión sonrojaba. Pero el ministro de las Colonias, Gaston

Doumer gue, la utilizó como punto de partida de las conversaciones cuando visitó Petrogrado en febrero, alcanzando, sin embargo, un acuerdo más ambicioso y preciso. Según el pacto secreto de Doumergue, Francia recibiría «como mínimo» toda la cuenca del Sarre, y la margen izquierda del Rin quedaría dividida en estados colchón nominalmente independientes bajo el control de París, y por otro lado se prometía a Rusia «absoluta libertad» para fijar sus fronteras occidentales. Briand dio su visto bueno al acuerdo, pero sin consultarlo con el Consejo de Ministros, en el que una mayoría probablemente se habrían opuesto al pacto por considerarlo demasiado expansionista. Como la caída del primer ministro se produjo poco después, la Carta de Cambon adquiere mayor autoridad como documento que expone los verdaderos objetivos de guerra franceses. Los ministros aprobaron la misiva en un momento en el que los Aliados seguían teniendo motivos para esperar la consecución de importantes victorias durante las ofensivas de la primavera. Constituía un presagio de las peticiones que formularía Francia durante la conferencia de paz de 1919, pero indicaba a la vez que los dirigentes franceses compartían la reticencia de los alemanes a emprender la anexión masiva de súbditos probablemente desleales, prefiriendo confiar en otras formas indirectas de protección mediante la ocupación militar y las prevenciones económicas. En cualquier caso, debido al endurecimiento simultáneo de los objetivos de guerra alemanes a finales de 1916, ofrecía pocas perspectivas de una conclusión inmediata del conflicto[42].

La postura de los británicos siguió un desarrollo similar, pero en Londres no surgió nunca un programa acordado de antemano para reconstruir Europa. Por mucho que Falkenhayn identificara a Gran Bretaña como el enemigo más implacable de Alemania, los testimonios no le dan la razón. Los ministros británicos eran tan contrarios como los franceses y los rusos a

una paz de compromiso (de la que decían que sería solo un simple remiendo), y se oponían a cualquier paz por separado. Sin embargo, con su tradición de alejarse de la diplomacia europea, se mostraron en todo momento menos interesados en crear un bloque antialemán a largo plazo. El apoyo de la opinión pública a una expansión territorial era menor que en los países del continente, y la presión pacifista e internacionalista de la izquierda era mayor; no obstante, los líderes británicos preferían, como sus homólogos franceses y alemanes, ser poco concretos al hablar en público sobre los objetivos de guerra en aras de la armonía nacional[43]. Los británicos también se distinguían en otro aspecto: los acuerdos territoriales europeos no eran lo que más les preocupaba. Combinaban vaguedad en lo concerniente al continente y precisión en lo tocante a sus objetivos extraeuropeos.

Al parecer, los ministros unionistas y liberales daban por hecho que Alemania perdería su armada después de la guerra, si los buques se libraban de ser hundidos en el curso de la misma. Alemania asimismo debía renunciar a las colonias, sobre todo después del impensable esfuerzo que había debido realizarse para conquistarlas. Los acontecimientos habían demostrado que, como estación base de radiocomunicación y centro para el suministro de combustible de navíos, estas podían facilitar los ataques de submarinos y cruceros contra los barcos comerciales y las posesiones de ultramar de Gran Bretaña, así como el reclutamiento de «ejércitos negros» que podían suponer un peligro para la seguridad de sus vecinos. Los británicos tenían muchísimo interés por el África Oriental Alemana, por la que lucharon larga y duramente, y a la que consideraban una amenaza para su control del océano Índico. No obstante, aunque eran los únicos que tal vez hubieran estado dispuestos a devolver algunas colonias a los alemanes, lo cierto es que las pretensiones de los Dominios y las de Francia y Japón exigiendo

su parte del botín indicaban que había que repartir todo el pastel[44].

La postura de los británicos en lo tocante a Oriente Próximo también se vio influenciada por ciertas consideraciones de apaciguamiento, pero en esta región tenían igualmente sus propios imperativos estratégicos. Para ellos, el canal de Suez y el golfo Pérsico tenían un interés vital[45]. Cuando el Imperio otomano se declaró oficialmente hostil, los británicos decidieron que había que acabar con él y que había llegado la hora de acotar las reivindicaciones, salvaguardando los intereses de su país por medio de una partición. Los estrechos turcos, a diferencia de Suez, habían dejado de ser vitales desde el punto de vista estratégico, y merecía la pena renunciar a ellos para conservar la amistad de Rusia y alejarla de cualquier plan de expansión relacionado con territorios más próximos a la India (como, por ejemplo, Persia). El Acuerdo Sykes-Picot protegía la zona de Suez apartando a los franceses de Palestina: Gran Bretaña conservaría las regiones conquistadas en Mesopotamia (creando un escudo en el golfo Pérsico), y a modo de colchón una zona controlada por Francia separaría Mesopotamia de Rusia. Un problema que planteaba a largo plazo el Acuerdo Sykes-Picot, y que sigue siendo objeto de controversia, era su dudosa compatibilidad con la «correspondencia McMahon-Husein» que precedió a la Rebelión árabe[46]. Husein, jerife de La Meca, gobernaba nominalmente bajo el protectorado otomano, pero en la práctica era autónomo. No obstante, temía que los turcos intentaran restablecer su control sobre él. En julio de 1915 ofreció una alianza a los británicos a cambio de que estos lo ayudaran a sustituir al sultán turco como califa de los musulmanes suníes y lograr la independencia de casi todos los territorios de población árabe sometidos al Imperio otomano. Escéptica al principio, la administración británica en El Cairo (encargada de las negociaciones bajo una supervisión muy poco

rigurosa del Foreign Office) entró en pánico cuando fue informada erróneamente de que los turcos y los alemanes habían cedido a todas las demandas de los grupos nacionalistas que se habían creado entre los oficiales árabes al servicio del ejército otomano en Siria (con los que Husein afirmaba mantener estrechos lazos). La carta crucial fue enviada por *sir* Henry McMahon (alto comisionado británico en Egipto) el 24 de octubre. Prometía «reconocer y apoyar» la independencia de los árabes en todas las regiones comprendidas dentro de las fronteras propuestas por Husein, con la salvedad de Cilicia, el oeste de Siria y, en general, los lugares en los que Francia tenía intereses, así como una zona de «convenios administrativos especiales» (esto es, bajo control británico) en el sur y el centro de Mesopotamia. El *quid pro quo* sería una alianza angloárabe con el fin de expulsar a los turcos de los territorios árabes[47].

La misiva en cuestión fue redactada precipitada y torpemente, y enviada sin llevar a cabo las debidas consultas. Tenía numerosas ambigüedades, que el resto de la correspondencia no supo aclarar. McMahon fue calculadamente pródigo en promesas para conseguir que los árabes se comprometieran. Sin embargo, es probable que su intención fuera excluir Palestina de la región árabe independiente, y las negociaciones Sykes-Picot se basaron en dicha exclusión[48]. Pero Husein se rebeló sin que le aclararan —como le habían prometido— cuáles eran las pretensiones francesas e ignorando aún las complejidades de la posición británica, que cuando Lloyd George fue nombrado primer ministro se volvió todavía más compleja. En la primavera de 1917, el informe emitido por un comité presidido por lord Curzon y dirigido al Gabinete de Guerra Imperial (IWC), formado por los principales ministros británicos y los primeros ministros de los Dominios, recomendaba que tanto Mesopotamia como Palestina debían permanecer «bajo control británico» una vez terminada la

guerra, esto es, que esta última región no tenía que ser ni árabe ni internacional. El IWC aceptó el documento como una declaración de prioridades no vinculante para la futura conferencia de paz. El odio de Lloyd George hacia los turcos y su decisión de destruir lo que consideraba un gobierno otomano corrupto y vicioso habían encajado perfectamente con los planes de los imperialistas que lo rodeaban. Los otomanos eran vistos como un instrumento al servicio de los alemanes y como una amenaza para el canal de Suez, el golfo Pérsico y, en último término, la India. Con su situación privilegiada junto al Mediterráneo, Palestina constituía un inmejorable destino final para los oleoductos y, además, estaba muy cerca del canal. Gran Bretaña debía controlarla. En parte para aplacar a sus aliados y ganarse a Husein, y en parte para asegurar sus propios intereses imperialistas, en 1917 Gran Bretaña había establecido unos objetivos de guerra en Oriente Próximo que prácticamente imposibilitaban cualquier paz negociada[49].

En lo que concernía a la propia Alemania, el aspecto económico de los objetivos de guerra británicos era menos importante que para Francia. Gran Bretaña tenía una posición financiera mucho más sólida, no había sido ni invadida ni devastada, y antes del estallido de la guerra Alemania había sido el segundo mejor mercado para sus exportaciones[50]. Londres tomó medidas para proteger sus industrias estratégicas, firmó las resoluciones de la Conferencia Económica Interaliada celebrada en París en 1916 y discutió con los Dominios sobre una mayor autosuficiencia imperial, pero no logró que progresara la idea de un arancel aduanero común en los territorios del imperio. Tampoco progresó su plan de exigir importantes compensaciones económicas una vez acabada la guerra. Todo lo contrario, pues su propia Cámara de Comercio dudaba de la conveniencia no solo ya de solicitar una indemnización considerable por los daños derivados del conflicto, sino de

«someter permanentemente» a Alemania[51].

En líneas generales ocurrió lo mismo con las cuestiones territoriales de Europa, sobre las que tampoco había una firme determinación como en París. La excepción fue Bélgica, pues desde un principio los ministros británicos se comprometieron a restaurar su independencia e integridad. El hecho de que los alemanes la utilizaran como vía de acceso a Francia y base para sus submarinos obligaba a liberarla. Los gobiernos aliados estaban al corriente de los contactos del rey Alberto con los alemanes, siendo esta circunstancia una de las razones de que en febrero de 1916 emitieran la Declaración de Sainte-Adresse prometiendo no dejar de combatir hasta que Bélgica fuera compensada por los daños sufridos y recuperara su independencia. Sin embargo, incluso la consecución de este objetivo europeo tan fundamental para los británicos estuvo marcada por más dificultades de las imaginadas. Los franceses querían establecer en el futuro una cooperación militar y una unión aduanera con Bélgica, que a su vez esperaba anexionarse Luxemburgo y parte del territorio de Holanda, así como el apoyo de los británicos para oponerse a las pretensiones francesas. Los británicos, sin embargo, prefirieron mantener su compromiso de restaurar el *statu quo* de preguerra antes que ver cómo Bélgica se expandía o se convertía en un satélite de Francia[52].

Al margen de estos hechos puntuales, la posición de Gran Bretaña siguió siendo vaga. Durante la primera mitad de la guerra, no se comprometió en ningún momento a recuperar Alsacia-Lorena para Francia, por ejemplo, o a liberar Polonia, aunque es cierto que a finales de 1916 Gran Bretaña y Francia decidieron pujar más alto que Alemania cuando se adhirieron públicamente a la promesa del zar de conceder autonomía a los polacos. Pero este hecho no implicaba compromiso alguno en la lucha por unos privilegios determinados de Polonia, distintos de

los de otros lugares del centro o el este de Europa. En agosto de 1916, sin embargo, coincidiendo más o menos con el intento de Briand de definir los objetivos de guerra franceses, Asquith solicitó los memorandos sobre los objetivos británicos, informes que fueron debidamente presentados por el Foreign Office, el Almirantazgo, la Cámara de Comercio y el jefe del Estado Mayor Imperial, *sir* William Robertson. Al parecer, las razones de su petición fueron la confianza (como en Francia) en una victoria decisiva inminente tras las ofensivas del verano, el temor de que los franceses estuvieran decidiendo ya sus objetivos y la esperanza de una mediación de los estadounidenses. Aunque al final no se convocara una reunión del gabinete para hablar de ellos, los memorandos ofrecían un resumen de lo que se cocía en Whitehall. Ponían de manifiesto (especialmente en el Foreign Office) una preferencia por aplicar, pero con cautela, el principio de autodeterminación a las disputas territoriales en el continente, circunstancia que favorecería a Francia en la cuestión de Alsacia-Lorena, aunque por otro lado implicaría dispensar un trato moderado a Alemania en Europa, pero destruyéndola como rival naval y colonial. Robertson decía claramente lo que sin lugar a dudas pensaban todos los demás: el interés de Gran Bretaña no era aplastar a Alemania hasta el punto de que esta dejara de hacer de contrapeso a Francia y a Rusia[53]. Iba a ser un círculo difícil de cuadrar; pero el informe del comité de Curzon al IWC de la primavera siguiente llegaba a unas conclusiones muy similares. Recomendaba que Serbia y Bélgica recuperaran la independencia y que en lo concerniente a Alsacia-Lorena y Polonia se escuchara la voz de sus gentes y se actuara en interés de una paz duradera. El 20 de marzo, en su mensaje al IWC, Lloyd George hizo hincapié en la necesidad de democratizar Alemania y demostrarle que las agresiones no conducían a nada bueno[54]. Es probable que la mayoría de los políticos británicos esperaran acabar con Alemania como

potencia rival en ultramar y obligarla a renunciar a cualquier intento de dominar el continente, pero no que quisieran debilitarla excesivamente en Europa.

Los ministros acordaron que, mientras tanto, lo importante era continuar hasta conseguir la victoria y respetar las obligaciones con los Aliados derivadas del Pacto de Londres. Gran Bretaña, no obstante, debía encontrar un equilibrio entre este compromiso y su dependencia cada vez mayor de Estados Unidos y las pretensiones de mediación de la administración de Wilson. El ejemplo más notable de este hecho lo encontramos en un informe secreto, el «Memorando House-Grey» del 22 de febrero de 1916, incluido en la correspondencia entre el secretario del Foreign Office británico y el coronel Edward House (asesor y enviado personal de Wilson) durante una de las visitas del estadounidense para analizar las perspectivas de mediación. Según dicho memorando, House era partidario de unos términos de paz que contemplaran la independencia de Bélgica, la devolución a Francia de Alsacia-Lorena (con una compensación a Alemania fuera de Europa) y una salida al mar para Rusia (posiblemente en los estrechos turcos). Estos términos (que Grey había propuesto con anterioridad) encajarían con diversos objetivos fundamentales de los Aliados y con ninguno de los de las Potencias Centrales, y el memorando preveía que cuando Francia y Gran Bretaña lo decidieran, Wilson convocaría una conferencia de paz y «probablemente» declararía la guerra a Alemania si esta se negaba a asistir o la conferencia en cuestión fracasaba por el «obcecamiento» de Berlín. Wilson dio el visto bueno al acuerdo sin consultarlo con su gabinete y el Congreso, pero es harto dudoso que estuviera autorizado por la nación para cumplir lo pactado. Probablemente para suerte del presidente estadounidense, los franceses no tenían interés alguno en aceptar una paz negociada por los estadounidenses, como tampoco lo tenían en realidad los

británicos. El gobierno de Asquith sobrellevaba con angustia el coste de la guerra, pero al final decidió apostar por la victoria en la batalla del Somme en vez de optar por la propuesta estadounidense[55].

Después de que su intento de mediar en cooperación con Londres fracasara, Wilson adoptó una postura mucho menos proaliada, y su siguiente iniciativa importante, un documento de fecha 18 de diciembre de 1916 instando a los bandos a expresar claramente sus objetivos de guerra, estuvo precedida por medidas de presión financiera sobre Gran Bretaña por parte de la Junta de la Reserva Federal[*]. Aunque fue redactado pocos días después de la propuesta de paz presentada en diciembre por las Potencias Centrales, el mensaje de Wilson fue enviado de manera independiente, pero a toda prisa para que no quedara cerrada la posibilidad de entablar negociaciones si los Aliados rechazaban el gesto de sus enemigos. Además, Wilson quería mostrarse imparcial, y la sugerencia de que los objetivos de uno y otro bando parecían los mismos enfureció a los Aliados. Los franceses querían darle una respuesta desafiante en la que no se especificara nada, pero tras mucho insistir los británicos lograron que el 10 de enero de 1917 los Aliados contestaran con una declaración pública de sus objetivos de guerra (aunque hay que decir, en honor a la verdad, que no fue muy precisa y que tampoco expresaba con claridad sus verdaderas pretensiones, aunque sí fue más concreta que otras hechas públicas anteriormente y más detallada que cualesquiera de las que los alemanes estaban dispuestos a presentar). De ahí que los Aliados lograran una victoria propagandística y recuperaran la confianza de Wilson en un momento tan crítico como aquel[56]. Sin embargo, complacer al presidente estadounidense no implicó que los británicos cejaran en su empeño de seguir la lucha. Cuando, en un informe del gabinete, lord Lansdowne había sugerido en noviembre que, en vista del estancamiento en el

Somme, Gran Bretaña debía considerar la posibilidad de revisar a la baja sus objetivos de guerra, no obtuvo el apoyo de nadie, y su idea fue rechazada enérgicamente por Grey y Robertson, respaldados por Lloyd George[57]. El nombramiento de Lloyd George como primer ministro supuso, en cualquier caso, que el gabinete se volviera más inflexible con Alemania y también con Turquía. Los británicos tal vez no supieran lo que iban a hacer con la victoria, pero estaban decididos a alcanzarla.

Gran Bretaña, Francia y Rusia fueron los tres pilares de la coalición antialemana, y en cierta manera sus socios libraron sus propias batallas. Italia intervino para completar la unificación y establecer estratégicamente sus fronteras, y tras unirse a los Aliados respetó más o menos el Pacto de Londres de 1915. En abril de 1917, en St-Jean de Maurienne, Gran Bretaña y Francia le prometieron también una zona «verde» de administración directa y una zona «C» de influencia indirecta en el sur de Asia Menor; pero como Rusia nunca llegó a ratificarla, esta ampliación del Acuerdo Sykes-Picot se convirtió en papel mojado[58]. De manera análoga, a Rumanía se le prometió territorios del Imperio de los Habsburgo a cambio de entrar en la guerra, y los Aliados expresaron su adhesión a las aspiraciones de Serbia de unirse a los eslavos meridionales de Austria-Hungría, aunque nunca se comprometieran a satisfacerlas. En Oriente, en cambio, Gran Bretaña sí prometió en secreto en febrero de 1917 apoyar las pretensiones japonesas sobre las islas del norte del Pacífico en poder de Alemania y su concesión colonial de Jiaozhou a cambio del envío de buques de guerra japoneses al Mediterráneo para escoltar a los barcos aliados y del apoyo japonés a las pretensiones británicas sobre las posesiones de Alemania en el sur del Pacífico. En virtud de lo acordado, Japón procedió al traslado de catorce destructores para proteger convoyes y naves para el transporte de tropas; poco después, Francia e Italia también respaldaron las pretensiones

japonesas[59]. Sin embargo, las colonias alemanas eran solo uno de los incentivos que habían llevado a Japón a entrar en guerra. El otro era su deseo de aprovechar el vacío de poder del este asiático implantándose en China. Fruto de esta aspiración fueron las célebres Veintiuna Exigencias, presentadas a Pekín en enero de 1915 después de las consultas celebradas entre el ministro de Asuntos Exteriores japonés, los lobbies comerciales y la Sociedad del Dragón Negro, importante grupo ultranacionalista. Los japoneses tenían unos objetivos específicos (controlar Shandong, extender sus concesiones portuarias y ferroviarias de Manchuria y proteger sus intereses industriales en China de la nacionalización), pero el quinto grupo de exigencias iba más lejos, pues pedía que Pekín nombrara asesores japoneses, lo cual habría reducido a China a poco más que un simple protectorado. Tras una crisis que se prolongó hasta el mes de mayo, los chinos aceptaron la mayoría de las peticiones más específicas, pero pudieron rechazar el grupo V. Los japoneses cejaron en su empeño sobre todo porque Grey les advirtió que, si persistían, podían poner en peligro la alianza anglojaponesa. Esto alarmó al *genro*, y Kato, responsable principal de las Exigencias, presentó su dimisión como ministro de Asuntos Exteriores[60]. Bajo su sucesor, más conciliador, los japoneses mejoraron sus relaciones, uniéndose al Pacto de Londres en octubre y ejerciendo menos presión sobre China. Aunque en secreto establecieran contactos con Alemania en 1916, es harto improbable que estuvieran dispuestos a desertar del bando aliado, por mucho que la ayuda que le prestara fuera muy poca. Los acuerdos de 1917 vinieron a reforzar esta solidaridad.

Los detalles no deberían oscurecer la imagen general. Los objetivos de guerra fueron necesariamente un conjunto de opciones hipotéticas y transitorias. Pocos comportaban compromisos incondicionales. Los términos de paz concebidos

por los gobiernos variaban, dependiendo de sus perspectivas militares y diplomáticas, así como de su percepción de la opinión pública. En último término, los objetivos fueron fruto del miedo y la inseguridad que habían obsesionado a las grandes potencias antes de la crisis de julio, y que luego el curso de los acontecimientos había intensificado, aunque también fueran expresiones características del nacionalismo y el imperialismo europeos. Lo que más nos debe llamar la atención es su contribución al estancamiento y a la escalada de las hostilidades de 1915-1916. La división existente entre los dos bandos era demasiado abismal para que los que tanteaban la posibilidad de alcanzar una paz pudieran coronar con éxito su empresa. En parte, los escollos eran las disputas por un territorio —Bélgica, Polonia, Alsacia-Lorena— y las rivalidades derivadas de los distintos proyectos coloniales y económicos. Además, las Potencias Centrales utilizaban los sondeos de paz como un medio para dividir al enemigo, y los Aliados (que lanzaron pocos sondeos) no querían dividirse. De hecho, buena parte de la estrategia y la diplomacia aliada fue concebida para ampliar y mantener la coalición, ya fuera mediante concesiones a Rusia en los estrechos turcos o mediante decisiones trascendentales, como, por ejemplo, el compromiso de Gran Bretaña en la ofensiva del Somme, acordado en parte para que Francia siguiera en la guerra. Los Aliados no se equivocaban cuando pensaban que Alemania (cuyas ganancias en el continente superaban las pérdidas coloniales) fácilmente ganaría más con unas negociaciones de paz, sobre todo si estas se entablaban antes de que la situación de equilibrio militar diera un vuelco en su contra. Tras conquistar Polonia y Serbia en 1915, las Potencias Centrales disfrutaban de una ventaja territorial tanto en el este como en el oeste, y los alemanes consideraban que abandonar Bélgica o Polonia era como admitir una derrota, hecho que podía tener unas consecuencias fatales en su país. En

1916-1917, las Potencias Centrales ampliaron sus objetivos de guerra, a pesar de que ya percibían que estaban perdiendo; pero los Aliados también expandieron los suyos. En la primavera de 1917, el abismo existente entre los dos bandos era más profundo que nunca, y apenas quedaba margen para negociar; la escalada de las hostilidades en el ámbito diplomático iba a la par con la escalada de las hostilidades en otras esferas. Pero el examen de lo que dividía a los gobiernos ofrece solamente una explicación unidimensional de dicha escalada de las hostilidades y de la prolongación del conflicto. Ahora debemos estudiar cómo se hizo la guerra y por qué los gobiernos no pudieron contar con la aprobación del pueblo.

6

La guerra terrestre en Europa: estrategia

Si los objetivos de la guerra determinaron por qué había que combatir, la estrategia decidió dónde y cuándo debían tener lugar los combates. No obstante, los gobiernos supervisaron las decisiones fundamentales de los altos mandos, y las resoluciones estratégicas básicas adoptadas durante la guerra fueron políticas y técnicas al mismo tiempo. Además (y este es un detalle que a menudo se pasa por alto) se produjo una interacción de las estrategias de ambos bandos, y cada una de ellas refleja una valoración de las intenciones de la otra. Tanto los Aliados como las Potencias Centrales se empeñaron en alcanzar grandes niveles de violencia, que culminaron en las tremendas batallas de 1916 en el Frente Occidental y en el Frente Oriental. Y cuando esas batallas no produjeron resultados decisivos, tanto unos como otros estuvieron a punto de caer en la bancarrota estratégica. Una vez más, los temas que subyacen tras todo esto son por tanto el del estancamiento y el de la escalada. Serán examinados en cinco grandes apartados: el desplazamiento hacia el este de las Potencias Centrales en 1915 y la respuesta de los Aliados, los ataques de las Potencias Centrales en la primavera de 1916 y los contraataques de sus adversarios durante el verano, y por último las ofensivas de los Aliados en abril de 1917.

Hasta su dimisión en agosto de 1916, Falkenhayn fue la principal influencia que pesó sobre la estrategia de las Potencias Centrales. Los altos mandos de Turquía y Bulgaria casi siempre

se adherían a su opinión. No así Conrad —y la reluctancia de la OHL y del AOK a cooperar causarían graves dificultades—, pero la debilidad de los austríacos daba la ventaja a Falkenhayn. Dentro del ejército alemán su responsabilidad en la asignación de recursos al Frente Occidental y al Oriental dio lugar a tensiones con los altos mandos de uno y otro escenario, y de hecho Ludendorff lo aborrecía. Falkenhayn tampoco se llevaba bien con el canciller, al cual ni respetaba ni mantenía bien informado. En enero de 1915, Bethmann Hollweg se conjuró con Hindenburg y Ludendorff para destituirlo como consecuencia del decepcionante resultado de la primera batalla de Ypres. El estado Mayor del káiser resolvió la crisis desencadenada —durante la cual Hindenburg amenazó con presentar su dimisión— mediante un compromiso en virtud del cual Falkenhayn debía dejar su puesto como ministro de la Guerra en manos de su lugarteniente, Adolph Wild von Hohenborn. No obstante, continuaría como JEM. Siguió gozando del apoyo del emperador y de su entorno, y durante 1915 acordó con otros líderes alemanes que el Frente Oriental debía tener prioridad, aunque no todos coincidieran en la medida en que debía ser así[1].

Falkenhayn adoptó esta postura a regañadientes, pues sus preferencias para el nuevo año habrían sido lanzar otro ataque contra los británicos. Dos circunstancias le hicieron cambiar de opinión. La primera fue la conspiración de enero, tras la cual logró apaciguar a Hindenburg y Ludendorff enviando tropas suplementarias para llevar a cabo una nueva ofensiva contra los rusos desde Prusia Oriental. Consecuencia de todo ello —la llamada segunda batalla o batalla invernal de los lagos Masurianos, del 7 al 21 de febrero— fue la pérdida de 200 000 hombres por parte de los rusos, que abandonaron definitivamente el territorio alemán, pero una vez más fue imposible repetir el cerco de Tannenberg y los propios alemanes

sufrieron graves pérdidas. La segunda y más importante de las citadas circunstancias fue la emergencia militar del Imperio austrohúngaro. Desde el primer momento se había visto que el ejército de los Habsburgo era pequeño, estaba mal equipado y peor dirigido. En 1914 perdió a la mayoría de sus oficiales más expertos, sus tropas eran a menudo miembros de la milicia nacional mal entrenados, y no tardó en comprobarse que los checos y ucranianos integrados en el ejército austrohúngaro eran poco fiables a la hora de luchar contra otros eslavos. En enero de 1915, Conrad obligó a sus fuerzas a emprender una ofensiva en los Cárpatos que continuó hasta que se llevó a cabo el vano intento de levantar el asedio de Przemysl con unas gélidas temperaturas bajo cero. Las bajas sufridas en los Cárpatos entre los meses de enero y abril (víctimas en su mayoría del frío y las enfermedades) alcanzaron la apabullante cifra de casi 800 000 hombres[2], y pese a todo la fortaleza y los 117 000 hombres que integraban su guarnición acabaron por rendirse en el mes de marzo; la noticia hizo llorar incluso al estoico Francisco José. Mientras tanto, los contraataques habían permitido a los rusos conquistar las cimas de los puertos de los Cárpatos, desde donde podían invadir la gran llanura húngara. Con Italia y posiblemente Rumanía a punto de unirse a los Aliados, la amenaza que se cernía sobre el Imperio austrohúngaro parecía inevitable, y Conrad avisó de que podía obligarle a firmar una paz por separado[3]. Tras la caída de Przemysl, Falkenhayn decidió por fin enviar más tropas a la zona, pero no dijo nada a Conrad hasta que los trenes que las transportaban habían emprendido la marcha y obligó a que los refuerzos permanecieran bajo el mando alemán formando un nuevo XI Ejército, a las órdenes de August von Mackensen. En realidad, este no tenía nada que agradecer ni a los austríacos ni a Hindenburg y Ludendorff, a los cuales se enfrentó al rechazar su propuesta de llevar a cabo una gigantesca maniobra de pinza,

mediante la cual las fuerzas alemanas pretendían invadir Polonia desde el norte para converger con las austríacas procedentes del sur. Mackensen no solo dudaba de que semejante operación fuera factible, sino que además no quería que Rusia se hundiera por completo. Por el contrario, creía firmemente que Alemania debía salir de la guerra dividiendo a sus enemigos[4]. Profundamente afectado por el elevadísimo número de bajas sufridas y la incapacidad de su país de imponerse en la primera batalla de Ypres, Falkenhayn, a diferencia de los mandos del Ober Ost, dudaba que fuera posible alcanzar un resultado definitivo como el de 1870, comentando que simplemente con no perder la guerra Alemania la habría ganado[5]. La presión militar era necesaria para obligar a los rusos a negociar, pero esa presión no debía suponer su humillación ni conquistas territoriales que supusieran un obstáculo al compromiso.

Además de tener poderosas razones para volcarse en el este, Falkenhayn poseía los recursos para hacerlo. Convencido de la superioridad de la eficacia de sus tropas, creó varias unidades extra quitando un regimiento a cada división del Frente Occidental, pero trasladó a este más ametralladoras para compensar la disminución de efectivos. Redujo las baterías de cañones de campaña del Frente Occidental de seis a cuatro piezas cada una, pero dejó en todas las mismas reservas totales de bombas. Mientras que la escasez de munición de los Aliados era agudísima, en Alemania la nueva producción iba viento en popa y la potencia de fuego sustituiría a los hombres, en lo que acabaría convirtiéndose en una tendencia constante de la guerra[6]. En la primavera de 1915, Falkenhayn pudo por tanto trasladar grandes contingentes de tropas del oeste al este. Mientras tanto, intentó prevenir una contraofensiva anglo-francesa lanzando el primer ataque con gas de Alemania en el Frente Occidental, en el transcurso de la segunda batalla de Ypres, que se desarrolló durante los meses de abril y mayo. Sus

tropas obligaron a los británicos a retroceder a un saliente más estrecho que apenas ocupaba las ruinas de la ciudad, pero los atacantes se quedaron sin reservas para aprovechar la brecha abierta por su nueva arma, y por lo demás la intención de Falkenhayn fue siempre que la operación fuera limitada[*]. El verdadero objetivo de estos preparativos se materializó en el golpe del 2 de mayo, que hizo añicos el frente ruso en Gorlice-Tarnow. En ese sector del ataque alemanes y austrohúngaros llegaron a acumular 352 000 soldados frente a 219 000 rusos, 1272 cañones de campaña frente a 675, y 334 cañones pesados y 96 morteros frente a 4 piezas pesadas rusas. Los alemanes llevaron a cabo el mayor bombardeo que había conocido el este de Europa, contra las posiciones débilmente fortificadas de una zona tranquila. Aunque los rusos recibieron aviso de lo que se les avecinaba, su resistencia se vino abajo rápidamente y los alemanes lograron meter una cuña entre dos cuerpos de ejército zaristas, avanzando más de ciento veinte kilómetros en dos días. Los rusos no pudieron cortarles el paso, y a finales de junio alemanes y austríacos habían vuelto a tomar Przemysl y prácticamente habían liberado todo el territorio de los Habsburgo, además de capturar a 284 000 prisioneros y apoderarse de 2000 cañones. Falkenhayn avanzó entonces por el territorio enemigo, autorizando la realización de operaciones todavía de mayor envergadura, que en el mes de septiembre supusieron la invasión de toda la Polonia rusa y de Lituania. Al final, las bajas sufridas por los rusos quizá llegaran a 1,4 millones de hombres y sus ejércitos tuvieron que retirarse casi 500 kilómetros, aunque las bajas alemanas y austríacas en el este durante ese año superaron también el millón[7].

Este avance supuso el gran episodio estratégico de 1915. Pero Falkenhayn mostró cierta moderación y esperaba que la campaña decisiva de la guerra se produjera más tarde y en el oeste. En Gorlice-Tarnow atacó desde el centro del frente

austrohúngaro para hacer retroceder a los rusos, en vez de hacerlo desde más al sur para rodearlos. Cuando sus fuerzas entraron en la Polonia rusa atravesando Galitzia, autorizó a Hindenburg y Ludendorff avanzar desde el norte y reunirse con Mackensen, que venía del sur, conquistando así Varsovia y las fortalezas circundantes en julio y agosto, pero rechazó las pretensiones habituales del Ober Ost, que pretendía que el movimiento de pinza fuera todavía más lejos. En septiembre permitió a Hindenburg y Ludendorff invadir Lituania, si bien insistió en que no avanzaran más allá de una posición que pudiera ser defendida. Negó que su intención fuera «aniquilar» a los rusos, y se resistió a dejarse arrastrar demasiado al interior del país. Pensaba en todo momento en la catastrófica invasión de Rusia por Napoleón, en la ineficacia de los austrohúngaros, en el peligro continuo del Frente Occidental, y no perdió nunca de vista el alto concepto que tenía de la capacidad combativa de los rusos[8]. Casi con toda seguridad, su actitud fue la correcta en todo. Hindenburg y Ludendorff menospreciaron una y otra vez a los rusos, y las malas carreteras y los ferrocarriles impidieron la realización de maniobras rápidas, mientras que las lluvias otoñales supusieron un nuevo obstáculo. Los ejércitos zaristas se recuperaron lo suficiente para detener a los alemanes al este de Vilna, y la ofensiva austrohúngara que permitió volver a conquistar Lutsk en agosto (lanzada con el propósito de reafirmar la independencia de Conrad) supuso de nuevo la pérdida de la plaza en septiembre a raíz de un contraataque. Lo mismo que ocurrió con el Frente Occidental un año antes, el Frente Oriental se estabilizó a lo largo de una línea más corta.

Falkenhayn reconocía que una operación de envolvimiento más amplia habría hecho caer en la trampa a un número mayor de rusos, aunque lo más probable era que la mayoría hubieran logrado escapar. En 1915 en Polonia una empresa tan ambiciosa habría supuesto tener que hacer frente a más inconvenientes

todavía que los que había encontrado en 1914 en Francia. Pero incluso las aspiraciones más modestas de Falkenhayn resultarían irrealizables. Su idea de que había acabado con la capacidad ofensiva de Rusia y de que, por lo tanto, podría concentrarse en adelante en el oeste, era excesivamente optimista. Además, si pudo ocupar la Polonia rusa se debió en parte a que Petrogrado había rechazado los sondeos de paz emprendidos por Bethmann, pero la victoria hizo que los alemanes partidarios de la anexión se mostraran todavía más deseosos de arrancar definitivamente Polonia de las garras de Rusia, y la derrota por otra parte no contribuyó a predisponer a Nicolás II a entablar negociaciones. La búsqueda continua por parte de Falkenhayn de una paz por separado con Rusia permite explicar por qué en septiembre de 1915 trasladó su centro de atención a los Balcanes, después de que Bethmann le advirtiera de que mientras Rusia aspirara a apoderarse de Constantinopla no había muchas probabilidades de que quisiera negociar. Derrotar a Serbia contribuiría a frustrar esas esperanzas dando a las Potencias Centrales una ruta de abastecimiento fiable por tierra hacia Turquía, además de servir de ayuda a los austríacos. En realidad, Bethmann y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín deseaban llevar a cabo esa operación desde la primavera, pero Falkenhayn, impresionado por las proezas militares de los serbios y el dificultoso terreno de los Balcanes, decidió esperar hasta tener la seguridad de contar con la ayuda de Bulgaria[9]. Sin embargo, una vez que Sofía se comprometió no quedaron demasiadas dudas sobre cuál sería el resultado. Tras los éxitos cosechados el año anterior, el tifus había causado estragos en el ejército serbio. Las fuerzas alemanas, austrohúngaras y búlgaras lo superaban numéricamente en una proporción de más de dos a uno. A diferencia de los ataques de Potiorek en 1914 en las montañas de la frontera occidental de Serbia, esta vez Alemania y el Imperio austrohúngaro tomaron Belgrado y avanzaron por el

valle del Morava hasta el corazón del país, antes de que los búlgaros lo invadieran por el este. Los Aliados no pudieron hacer gran cosa. Los italianos lanzaron una ofensiva de apoyo en su frente, pero Rusia no estaba en condiciones de prestar ayuda y la fuerza de socorro franco-británica que desembarcó en Tesalónica, al norte de Grecia, era muy pequeña y llegó demasiado tarde para resultar útil. Los serbios se retiraron en una terrible marcha en pleno invierno a través de las montañas de Albania, perdiendo casi la mitad de sus hombres antes de que los barcos aliados pudieran rescatarlos en la costa del Adriático y trasladarlos a Tesalónica, estableciéndose un gobierno en el exilio en Corfú. Los austríacos conquistaron Montenegro y ocuparon el norte de Albania a comienzos de 1916. Con el primer tren directo que llegó a Constantinopla en el mes de enero, las Potencias Centrales dominaron la parte occidental de los Balcanes, y el objetivo que se había marcado Alemania de socorrer a Turquía y al Imperio austrohúngaro se vio triunfalmente cumplido. Aun así, el objetivo más trascendental de conseguir una paz por separado con Rusia siguió escapándosele.

El predominio de Alemania entre las Potencias Centrales contrastaba con la autoridad difusa reinante entre sus enemigos. Durante la primera mitad de 1915, los Aliados despilfarraron sus recursos en campañas carentes de coordinación. Durante la segunda mitad del año, impresionados por los desastres sufridos en Polonia y Serbia, iniciaron la mejora de sus enlaces, aunque hasta el año siguiente no empezaron a beneficiarse de ellos. Mientras tanto, sería prácticamente imposible hablar de una estrategia unificada, aunque los principales Aliados permanecieran a la ofensiva. De ese modo, la estrategia británica ha sido vista tradicionalmente como un enfrentamiento entre «occidentales», deseosos de concentrarse en Francia, y «orientales», partidarios de las operaciones en otros países, pero

en realidad reflejaba también la ambigüedad de los objetivos de guerra británicos, divididos entre el miedo a Berlín y la desconfianza hacia Petrogrado y París[10]. La estrategia fue responsabilidad primero del Consejo de Guerra del gobierno liberal y luego (durante el gobierno de coalición formado en mayo de 1915, con Asquith ocupando de nuevo el cargo de primer ministro), del Comité de los Dardanelos establecido en el propio gabinete, aunque Kitchener, en su condición de secretario de Estado para la Guerra, fuera siempre el principal asesor de ambos organismos. Las consideraciones políticas influyeron en las esperanzas que abrigaba Kitchener de lograr aplazar la participación de tropas británicas en grandes ofensivas terrestres en Europa occidental. Quería que los alemanes se agotaran primero realizando ataques estériles, pretensión que Falkenhayn no tenía la menor intención de satisfacer. Pese a los ruegos de *sir* John French y de Joffre, Kitchener retrasó el envío de los Nuevos Ejércitos —las divisiones de voluntarios recién reclutados— al continente. Previendo que el momento decisivo no llegaría hasta la primavera de 1917, pretendía que Francia y Rusia aguantaran todo el peso del conflicto, permitiendo a Gran Bretaña intervenir de manera decisiva en el momento culminante y ejercer una influencia trascendental en la conferencia de paz. Mientras tanto, durante el invierno de 1914-1915 los británicos consideraron la posibilidad de llevar a cabo operaciones anfibias en el Báltico, contra los puertos de Flandes, en Tesalónica y en Siria, antes de tomar una decisión sobre la operación de los Dardanelos; e incluso cuando se decidieron a llevarla a cabo, siguieron esperando que no requiriera la utilización de fuerzas terrestres.

Pero aunque querían minimizar las pérdidas y no poner en peligro a sus tropas prematuramente, los británicos temían también que sus aliados se vinieran abajo. Kitchener era escéptico acerca de las capacidades militares de Francia y

presumía que si los alemanes derrotaban a Rusia y concentraban sus fuerzas en el oeste, lograrían atravesar las líneas aliadas y amenazarían las islas Británicas. De ahí que tanto él como el gabinete en pleno no pudieran ignorar la presión de los franceses. Autorizaron que la BEF atacara en la batalla de Neuve Chapelle el 10 de marzo de 1915, en parte para demostrar a Joffre que debía tomarla muy en serio. La combinación de un bombardeo con artillería pesada y el factor sorpresa permitió a las tropas británicas e indias romper limpiamente las líneas alemanas (que en aquellos momentos eran una sola), aunque al atardecer los enemigos llamaron a nuevas reservas que no tardaron en impedir nuevos avances[11]. Análogamente, los siguientes ataques británicos, en Festubert y en los cerros de Aubers en mayo, que tuvieron menos éxito incluso que el de Neuve Chapelle, fueron solo operaciones de apoyo de una ofensiva francesa. No obstante, hasta el verano de 1915 los británicos limitaron estrictamente su presencia en el Frente Occidental, enviando también muy pocas tropas a Gallípoli[12]. Tiempo después, la ofensiva de Falkenhayn en Polonia los obligó a reconsiderar su actitud.

Durante todo el año, sin embargo, el empeño de los franceses en el oeste dejó en ridículo a los británicos, independientemente de si lo medimos por la longitud del frente, por el número de tropas o por la cantidad de pérdidas sufridas. Joffre atacó en Champagne de diciembre de 1914 a marzo de 1915 y en Woëvre en el mes de abril (así como en numerosas operaciones más pequeñas) antes de lanzar su ofensiva más importante en Artois en los meses de mayo y junio[13]. Los franceses tenían varios motivos para llevar a cabo estas acciones, por las que pagaron un precio terrible, y el número total de bajas sufridas entre diciembre de 1914 y noviembre de 1915 fue de aproximadamente 465.000[14]. Ante la emergencia de 1914, los políticos habían delegado el control de la estrategia en Joffre,

y aunque las cámaras volvieron a reunirse en 1915 el prestigio del mariscal como vencedor del Marne le permitió seguir gozando de gran independencia, por más que Millerand ya se encargara de protegerlo de cualquier crítica. Joffre y el GQG creían que debían seguir llevando la iniciativa y que una defensa pasiva solo serviría para minar la moral de la población. El mariscal quería una victoria rápida, y parecía que el ejército francés era el que más había contribuido a ella, maximizando de ese modo la presión de Francia en las negociaciones de paz. Los políticos y la opinión pública compartían su impaciencia y su deseo de ver liberados cuanto antes los territorios invadidos y la guerra acabada antes del próximo invierno. Además, en el momento de la ofensiva de Artois empezaba a imperar la necesidad de hacer algo para ayudar a Rusia. Por si fuera poco, como el sistema de trincheras del enemigo todavía era reciente y rudimentario (y los Aliados contaban con superioridad numérica), la idea de abrir brecha entre sus líneas no parecía ilusoria[15]. Joffre hizo saber a los políticos franceses que podría ganar la guerra en cuestión de meses y su GQG sobrevaloró en todo momento las bajas sufridas por los alemanes y subestimó sus reservas de hombres[16]. Pero los obstáculos tácticos se revelaron insuperables. El número de cañones y obuses pesados era mucho menor entonces que el existente más tarde. Aunque en la operación de Artois se utilizaron unas cantidades de artillería y de infantería desconocidas hasta entonces y en su primer día los hombres del cuerpo comandado por el general Philippe Pétain lograron salir a campo abierto, las reservas francesas estaban demasiado lejos para aprovechar la brecha que tanto les había costado abrir antes de que los alemanes la cerraran de nuevo. De nada sirvió seguir lanzando ataques complementarios durante todo un mes[17].

Las operaciones francesas y británicas de la primavera y el verano de 1915 liberaron tan solo porciones insignificantes de

territorio y no lograron distraer tropas de las operaciones llevadas a cabo por los alemanes en el este. Del mismo modo, Gallípoli distrajo a las tropas turcas del Cáucaso, pero no supuso ningún alivio para Rusia en Europa. Mientras tanto, el gran duque Nicolás comunicó a sus aliados en diciembre de 1914 que prácticamente se había quedado sin fusiles y sin munición para su artillería, y que necesitaría varios meses para reponerlos[18]. Ello suponía tener que adoptar una postura defensiva frente a los alemanes, aunque no frente a los austríacos, y en la primavera de 1915 el gran duque seguía esperando que si invadía el Imperio austrohúngaro a través de los Cárpatos mientras Italia y Rumanía atacaban sus otras fronteras, los Habsburgo se verían obligados a rendirse[19]. Pero a pesar de la crisis sufrida por los austríacos durante aquellos meses, los Aliados no consiguieron aprovechar sus ventajas. Como consecuencia del regateo que precedió al Tratado de Londres, Italia aplazó su entrada en la guerra hasta después de la batalla de Gorlice-Tarnow, lo que hizo que se perdiera el momento más oportuno. Sonnino creía que la desintegración completa del Imperio austrohúngaro iba en contra de los intereses de Italia y no se puso de acuerdo con Rumanía antes de intervenir. Joffre había esperado coordinar la ofensiva de Artois del mes de mayo con el comienzo de las operaciones italianas, pero Luigi Cadorna, jefe del Estado Mayor italiano, retrasó su primer ataque hasta junio[20]. Serbia, que no quiso lanzar una ofensiva de apoyo y ayudar así a Italia a absorber a otros eslavos, permaneció inactiva. De ese modo, la pinza con la que se pretendía envolver al Imperio austrohúngaro por los cuatro costados no llegó a accionarse. Pese a los meses de preparativos y a las lecciones aprendidas en otros frentes, el ejército italiano tenía en 1915 menos ametralladoras, menos bombas, menos aviones y menos piezas de artillería pesada que los austríacos[21], y tardó mucho en movilizar y desplegar sus efectivos. El objetivo

político que perseguía Italia, esto es, apoderarse de parte del territorio de los Habsburgo, requería una estrategia ofensiva, y Cadorna intentó conquistar la parte que pudo de la zona montañosa del Trentino, pero el principal avance que había proyectado era hacia el nordeste, al otro lado del río Isonzo y hacia Liubliana, para unirse a los demás Aliados y atacar Viena[22]. En la práctica, los italianos vieron cómo les cortaban el paso en cuanto cruzaron la frontera. Las cuatro batallas del Isonzo, entre el 24 de mayo y el 30 de noviembre de 1915, les costaron unos 62 000 muertos y 170 000 bajas más entre enfermos y heridos[23]. Una guerra contra Italia no despertaba en las poblaciones eslavas de los Habsburgo los sentimientos ambivalentes que provocaba luchar contra Rusia, y aunque los austríacos desplazaron hasta allí algunas unidades de Galitzia y de los Balcanes, les bastaron unos 300 000 hombres para repeler a unas fuerzas atacantes tres veces superiores.

Cuando los Aliados pasaron el momento más apurado en mayo de 1915, su estrategia se volvió más reactiva. Los rusos obligaron a Ludendorff a frenar su avance por Polonia y Lituania y expulsaron a los austríacos de Lutsk. Pero eran demasiado débiles y no pudieron contraatacar a los alemanes, y durante los tres meses siguientes a la ofensiva de Artois Joffre no hizo mucho caso a los requerimientos de la Stavka, a pesar de las advertencias de los embajadores de Gran Bretaña y Francia en Petrogrado avisando de que la opinión pública rusa estaba poniéndose en contra de los Aliados y volviéndose cada vez más pacifista[24]. Joffre necesitaba llevar a cabo largos preparativos para realizar su nuevo plan, con el que pretendía no solo aliviar la situación de los rusos, sino también lograr un gran avance en la propia Francia antes del invierno. Para ello el GQG creía que era necesario un ataque en un frente amplio, de modo que las tropas que encabezaran la acción quedaran fuera del alcance de la artillería alemana situada en los flancos[25]. Gracias a los

cañones pesados procedentes de las fortalezas francesas, la cortina de fuego inicial sería más grande que nunca, y un ataque preliminar en Artois debía desconcertar a las reservas enemigas y distraerlas del ataque principal que se lanzaría en Champagne. De ese modo, los Aliados golpearían en los dos extremos de la bolsa de Noyon, el gran saliente creado por las líneas alemanas en dirección a París. Parece que Joffre creía ingenuamente que aquella operación lograría romper las defensas alemanas. Su gobierno, menos confiado, accedió al plan pensando en Rusia y con la condición de que el GQG diera por concluida la operación si no tenía un éxito inmediato[26]. El papel de los británicos en este proyecto sería atacar cerca de Loos, a la izquierda de los franceses en Artois, en un sector en el que el enemigo se hallaba protegido tras los montones de escoria y las casas de mineros. A los mandos de la BEF no les gustó la decisión, pero Kitchener, a pesar de compartir su escepticismo, les ordenó asumir, si era necesario, «un número altísimo de bajas»[27]. Por primera vez iban a participar en la acción los Nuevos Ejércitos, y la batalla de Loos sería mucho más dura que cualquiera de los ataques británicos anteriores, pero el gobierno dio su aprobación a regañadientes (en vista de que ya no había esperanzas en Gallípoli) temiendo que, de lo contrario, Francia o Rusia acabaran pidiendo la paz. Esta decisión marcó una fase de transición hacia un compromiso más serio de los británicos con una estrategia ofensiva en el Frente Occidental para 1916 y subrayaría una vez más la importancia de las consideraciones políticas[28]. En Loos, a falta de una artillería adecuada, los británicos depositaron sus esperanzas en el gas venenoso liberado por medio de cilindros, aunque el primer día el aire estaba en calma y el gas permaneció suspendido en tierra de nadie o incluso retrocedió hacia las posiciones británicas. A pesar de todo, el ala derecha del ataque logró tomar la localidad de Loos y ocupar la primera línea de los alemanes. Pero *sir* John

French había dejado sus dos divisiones de reserva del Nuevo Ejército tan retrasadas que cuando avanzaron al día siguiente sin que se llevara a cabo prácticamente ningún bombardeo preliminar contra las alambradas todavía sin cortar y los puestos de ametralladoras bien preparados sufrieron miles de bajas en una sola hora. Aunque la confusión que se produjo con las divisiones de reserva dejó definitivamente maltrecha la reputación de los franceses, las deficiencias de la artillería probablemente fueran una vez más el verdadero motivo del fracaso[29]. Del mismo modo, el ataque de los franceses en Artois, a la altura de Souchez, supuso la toma de algunos fortines, pero nunca llegó a significar una verdadera rotura de las líneas. Si bien el ataque principal en Champagne tuvo al principio un éxito moderado y llegó hasta la segunda línea de los alemanes, la aparición de las reservas enemigas frustró como de costumbre los sucesivos intentos de consolidar y ampliar la brecha. Pese a causar cientos de miles de bajas más[30], las ofensivas de septiembre no supusieron una liberación significativa del territorio francés ni sirvieron de mucha ayuda a los suyos, que se salvaron principalmente gracias a sus propios esfuerzos y a las lluvias del otoño, así como a los límites que había puesto el propio Falkenhayn a sus objetivos.

Los intentos de los Aliados de frenar a los alemanes en los Balcanes no tuvieron mucho más éxito. Su foco principal fue la expedición anglo-francesa a Tesalónica[31]. Políticos como Lloyd George en Londres o Briand en París habían estado considerando durante algunos meses un desembarco semejante como punto de partida para una ofensiva en los Balcanes contra el Imperio austrohúngaro y como alternativa al Frente Occidental. Lo que posibilitó la realización de esta acción en el otoño de 1915 fue la existencia de una alianza greco-serbia y la disposición del primer ministro griego, Eleuterios Venizelos, a enviar 150 000 soldados en ayuda de Serbia si Gran Bretaña y

Francia proporcionaban un contingente análogo. La verdadera fuerza motriz que se ocultaba detrás de la expedición, sin embargo, era la política nacional de Francia. En julio Joffre había destituido al oficial al mando de su III Ejército, Maurice Sarrail, uno de los pocos generales franceses de tendencias izquierdistas. Ante la creciente pérdida de credibilidad de Joffre como estratega y las sospechas endémicas que el GQG inspiraba a los diputados franceses, el *affaire* Sarrail provocó un escándalo que amenazó la mayoría parlamentaria del gobierno y el consenso del país a favor de la guerra[32]. La operación de Tesalónica proporcionó al gobierno la oportunidad de encontrar para Sarrail un mando con el que salvar la cara, y de ahí que los franceses accedieran a la propuesta de Venizelos sin consultar a los británicos, que aceptaron a regañadientes el *fait accompli*. Los franceses pretendían enviar con toda rapidez una expedición pequeña; al final, las discrepancias entre los Aliados retrasaron su partida, pero el número de tropas enviadas seguiría siendo demasiado pequeño para permitirles intervenir eficazmente en apoyo de los serbios[33]. Además, en cuanto las tropas empezaron a desembarcar, Venizelos perdió su puesto y el rey Constantino (que deseaba permanecer fuera de la guerra) nombró un nuevo primer ministro que negó que la alianza obligara a Grecia a ayudar a Serbia. Sarrail avanzó hacia Bulgaria, pero llegó demasiado tarde para salvar a los serbios, por lo que sus tropas regresaron a Grecia, donde constituían una presencia no deseada en un país neutral. En Londres, los militares y la mayoría del gabinete deseaban la retirada de la fuerza expedicionaria, pero no insistieron demasiado, fundamentalmente por miedo, una vez más, a que asumiera el poder en París un gobierno neutral o proalemán. Tras suceder a Viviani en el cargo de primer ministro en octubre, Briand decidió permanecer en Tesalónica, no solo para solucionar el problema de Sarrail, sino también para reforzar la diplomacia de los Aliados y la influencia francesa

en Oriente Próximo. Por consiguiente, la fuerza expedicionaria se quedó en Grecia y en 1917 su número ascendía ya casi al medio millón de hombres. Acaparaba así unas fuerzas que se necesitaban en el Frente Occidental, además de restar barcos a una flota ya de por sí falta de ellos. Su principal enemigo, aparte de la malaria, eran las tropas búlgaras, cuyo gobierno no permitía que prestaran servicio en ningún otro sitio. Tesalónica constituye el mejor ejemplo de un despilfarro de recursos por parte de los Aliados en una operación secundaria que casi no contribuyó lo más mínimo, hasta las últimas semanas de la guerra, a la derrota de Alemania.

Para las Potencias Centrales, 1915 fue el año de más éxito de la guerra. Ninguna iniciativa aliada había dado demasiado fruto, y los serbios y los rusos habían sido derrotados. Joffre era ahora el primero que deseaba dar una respuesta concertada. En una conferencia celebrada en su cuartel general en Chantilly en el mes de diciembre, los representantes de los altos mandos aliados acordaron intentar llevar a cabo ofensivas sincronizadas en el Frente Occidental, en el Oriental y en el italiano, a partir de marzo de 1916[34]. Por otra parte, si las Potencias Centrales atacaban a cualquiera de los Aliados, los demás debían prestarle ayuda. Los pequeños ataques preliminares intensificarían el grado de «desgaste» (*usure*), aunque en vista del inminente agotamiento de los recursos humanos franceses estas acciones tendrían que ser responsabilidad de los británicos, los italianos y los rusos. También la Stavka se mostró partidaria de la doctrina del desgaste[35], lo mismo que el Estado Mayor británico, que apoyó la mayor parte de los principios de Chantilly. A pesar de la mala reputación que tendría luego el concepto, el desgaste supuso en un principio un ahorro del número de bajas[36], al menos durante la fase preliminar. Para la ofensiva principal se rechazó el plan presentado por la Stavka de ataques combinados contra el Imperio austrohúngaro, pues británicos y franceses

insistieron en que el terreno montañoso y las dificultades logísticas a las que se enfrentaba la fuerza expedicionaria de Tesalónica hacían inviable este planteamiento[37]. El enemigo en el que había que centrarse era Alemania, y el objetivo era impedir que las Potencias Centrales pudieran trasladar sus reservas a través de sus líneas internas de comunicación con el fin de repeler a los Aliados por partes. La guerra debía ganarse por medio de ofensivas coordinadas más ambiciosas que las de septiembre de 1915, y la consecuencia inevitable sería un aumento masivo de las bajas y la destrucción.

Los acuerdos de Chantilly fueron adoptados por los jefes militares, pero los fracasos de 1915 facilitaron su aprobación por los gobiernos aliados. Cuando Briand fue nombrado primer ministro de Francia, exigió una coordinación más estrecha entre los Aliados, y pensó que Chantilly favorecía los intereses de su país. Reforzó a Joffre nombrándolo generalísimo de todos los ejércitos franceses, incluidas las tropas de Sarrail desplazadas a Tesalónica. Mientras tanto, en Rusia el zar sustituyó al gran duque Nicolás en el mes de septiembre y asumió personalmente el mando supremo. Esto suponía en la práctica que la estrategia pasara a ser dirigida por el JEM, Mijaíl Alexéiev, que se mostró dispuesto a consultar a los aliados de Rusia y a ayudarlos cuando se encontraran en apuros. Por último, en el mes de diciembre *sir* Douglas Haig sustituyó a French como jefe de la BEF (y en general se llevaría mejor con Joffre de lo que se había llevado French), mientras que en Londres *sir* William Robertson se convirtió en JEMI. Robertson insistió en ser nombrado único asesor estratégico del gobierno y en firmar todas las órdenes operacionales dirigidas a los mandos sobre el terreno, marginando así a Kitchener. Hombre franco y enérgico, coincidía con Haig en que, para vencer, Gran Bretaña tenía que derrotar al ejército alemán en Europa occidental (y en que su país tenía que desempeñar un papel fundamental en la

obtención de la victoria). Si eso significaba sufrir grandes pérdidas, así sería. Compartía el optimismo de Joffre, según el cual en el fondo el equilibrio estaba decantándose a favor de los Aliados, dada la superioridad de sus recursos humanos y la expansión de su producción[38]. Hacía falta perseverancia y coordinación. Durante la próxima temporada de campaña, los acontecimientos darían la impresión de justificar ese optimismo, para después desmentirlo por completo.

Los acontecimientos de la primavera de 1916 estarían dominados no por Joffre, sino por Falkenhayn. La ofensiva de Verdún desde febrero a julio fue el único gran ataque que llevaron a cabo los alemanes en el oeste entre la acción del Marne y 1918. Significó un nuevo tipo de batalla. Incluyendo los contraataques franceses de octubre y diciembre, duró diez meses y causó 377 000 bajas en las filas francesas y 337 000 en las alemanas (aunque se calcula que la proporción de muertos y desaparecidos fue más o menos de 160 000 a 71 504 respectivamente)[39]. Batió los récords anteriores de duración y concentración de muerte y destrucción, si bien la batalla del Somme y la de Ypres no tardarían en rivalizar con ella. Pese a convertirse en terreno de pruebas de nuevas tecnologías como los lanzallamas o el gas de fosgeno, fue sobre todo una lucha entre una artillería y otra, limitándose la infantería a ocupar un terreno que fue machacado con una intensidad hasta entonces desconocida. Sin embargo, el máximo avance de los alemanes se limitó a poco más de ocho kilómetros.

Falkenhayn compartía la idea de los Aliados y pensaba que a la larga el equilibrio se decantaría a favor de estos últimos. Dudaba que la economía y la moral del pueblo alemán pudieran aguantar más de otro año. Nuevos avances por el este quizá supusieran la conquista del granero de Ucrania, pero absorberían también más tropas destinadas en realizar tareas de guarnición y comportarían tener que extender todavía más las

líneas de comunicación. Lo que necesitaba Falkenhayn era una medicina más fuerte[40]. En el «Memorial de Navidad» presentado a Guillermo II en diciembre de 1915 (aunque la autenticidad de este documento es dudosa y quizá fuera elaborado por el propio Falkenhayn después de la guerra) rechazaba llevar a cabo un ataque contra la BEF, que habría exigido el empleo de demasiados hombres y habría resultado imposible hasta después del invierno, cuando se secara el barro del territorio de Flandes[41]. Por el contrario, pretendía dar jaque mate a Gran Bretaña por medio de ataques submarinos y anulando a sus aliados incondicionales, los franceses. En el oeste no parecía factible un éxito decisivo como el de Gorlice-Tarnow, pero el jefe del Estado Mayor alemán proyectaba causar un número de bajas tan grande que los franceses —cuya capacidad de aguante no supo calcular— se vieran obligados a pedir la paz. Verdún encajaba perfectamente con este propósito por sus asociaciones históricas y sus resonancias emocionales: se trataba de una de las principales fortalezas de Francia desde los tiempos de Luis XIV, y su caída en manos de los prusianos en 1792 había desencadenado la primera revolución republicana en París. Había sido sitiada en 1870 y había constituido el eje central de la retirada de Joffre en 1914. Su topografía además era la adecuada. Verdún estaba rodeada de una serie de fortalezas en las colinas boscosas situadas a derecha e izquierda del río Mosa. Si los alemanes tomaban esas colinas podrían bombardear libremente la ciudad y a sus defensores, que habrían tenido que atacar cuesta arriba para desalojarlos. Una línea ferroviaria principal discurría por detrás del frente alemán, facilitando el suministro de municiones, mientras que las rutas de acceso francesas se limitaban a una sola carretera y a una línea de ferrocarril de vía estrecha. Por último, los bosques y las pendientes, junto con las brumas invernales y la superioridad aérea local, creaban el potencial necesario para facilitar el efecto

sorpresa. Hasta poco antes de que tuviera lugar el ataque, la mayor parte de los preparativos permanecieron en secreto, con la artillería oculta entre los árboles y las tropas de asalto en búnkeres. No obstante, en términos de medios, cuando no de fines, la de Verdún fue planeada como una operación limitada. Falkenhayn no pretendía ni salir a campo abierto ni —probablemente— tomar la ciudad, aunque el oficial al mando de su V Ejército, el príncipe heredero (*Kronprinz*) de Prusia, dijera que ese era el objetivo[42]. Disponiendo solo de una pequeña superioridad numérica en materia de tropas y consciente de que tenía que defender dos frentes muy extensos, Falkenhayn asignó solo nueve divisiones al ataque. El objetivo era tomar las colinas situadas a la margen derecha del Mosa, y que la artillería causara el verdadero daño cuando los franceses contraatacaran. Si los británicos lanzaban un ataque de socorro, también a ellos los aplastarían. Calcando la evolución del pensamiento estratégico del bando aliado, Falkenhayn esperaba imponerse valiéndose de una versión ofensiva de la táctica del desgaste administrada a través de dosis masivas de artillería pesada y bombas de alto poder explosivo, transportadas a la zona por 1300 trenes de municiones a lo largo de siete semanas. Este bombardeo dejaría pequeño incluso el de Gorlice-Tarnow, y el 21 de febrero de 1916 unos 1220 cañones, la mitad de ellos morteros o piezas de artillería pesada, dispararon 2 millones de bombas en ocho horas a lo largo de un frente de más de doce kilómetros antes de que la infantería emprendiera el ataque.

A partir de febrero, el GQG fue objeto de críticas más que justificadas por su excesiva complacencia. El de Verdún había sido un sector tranquilo, provisto de guarniciones pequeñas y trincheras inacabadas, mientras que las fortalezas habían perdido la mayor parte de los cañones para ser utilizados como artillería de campaña. En enero Joffre envió a su segundo, Curières de Castelnau, a inspeccionar el sector, y los franceses quedaron

avisados, pero subestimaron el peligro que se les venía encima. Verdún probablemente se salvara debido al mal tiempo, que retrasó nueve días el ataque. El bombardeo no logró aniquilar a los defensores, que no se rindieron como los rusos en Gorlice. A pesar del uso de sofisticadas tácticas de infiltración por parte de los alemanes —pequeñas brigadas equipadas con granadas, lanzallamas y morteros ligeros que precedían a la infantería regular y eran apoyados por bombardeos aéreos—, la resistencia continuó. No obstante, los avances de los primeros días superaron los de las ofensivas de los Aliados de 1915, y el 24 de febrero el fuerte de Douaumont, el más importante al este del Mosa, cayó casi sin oponer resistencia ante un afortunado ataque de prueba. Al término de la primera semana, el avance se atascó sin lograr el control de las colinas, y al cabo de cinco meses los alemanes seguían sin controlarlas.

Falkenhayn, sin embargo, logró obligar a los franceses a enzarzarse en una lucha de desgaste. El GQG estaba dispuesto a renunciar a Verdún por considerarla un estorbo, pero Briand, convencido de que lo que estaba en juego era la moral del país y la supervivencia del gobierno, se trasladó a Chantilly en plena noche para despertar a Joffre e insistir en la necesidad de conservar Verdún[43]. Joffre nombró a Philippe Pétain comandante en jefe del II Ejército de Verdún, y el general organizó rápidamente las defensas. A lo largo de la *voie sacrée* o «vía sacra» —la única ruta que unía Verdún con el resto de Francia— pasaban camiones en una y otra dirección cada catorce segundos, tanto de día como de noche. A diferencia de las alemanas, las divisiones francesas rotaban para no prestar servicio en el frente más de dos semanas seguidas, aunque ello supusiera que unas setenta de las noventa y seis divisiones del Frente Occidental francés tuvieran que pasar por aquel infierno (el número total de divisiones alemanas era de cuarenta y seis y media)[44]. Finalmente, los fuertes que aún quedaban fueron

rearmados y los cañones franceses situados al oeste del Mosa enfilaron a los alemanes colocados en la orilla opuesta del río. Ansioso por distribuir como es debido el trabajo de su infantería, Falkenhayn había ignorado el consejo de atacar una y otra ribera en el mes de febrero, pero en marzo y abril intentó por fin despejar la margen izquierda, aunque ahora sin contar ya con la ventaja del factor sorpresa, otra muestra de que Verdún estaba dejando de ser la operación cuidadosamente planeada que había previsto. La batalla no solo se tragaba más divisiones de las que había pensado, sino que resultaba tan odiosa y desmoralizadora para las tropas alemanas como lo era para las francesas, y lo malquistaría todavía más con sus superiores. Pensó en cancelar la operación, pero habría necesitado por lo menos un mes para preparar otro trampolín en cualquier otro sitio, y pensó erróneamente que la proporción de bajas era de cinco a dos a favor de Alemania, cuando en realidad la fase inicial había sido más igualada. Al no poder conquistar todo el complejo de fortificaciones de Verdún, el objetivo primordial de la campaña pasó a ser para la OHL simplemente infligir al enemigo el mayor número posible de bajas[45]. Además, las pérdidas cada vez mayores que estaban sufriendo los alemanes hacían que aquello se convirtiera en una batalla de prestigio también para ellos. Los hombres de Falkenhayn conquistaron por fin las colinas situadas en la orilla izquierda, Mort-Homme y la Côte 304, antes de volver a la margen derecha, donde en los meses de mayo y junio hicieron nuevos progresos, tomando otra fortaleza importante, el fuerte de Vaux, y acercándose al borde de las colinas. Joffre temía que la batalla pusiera en peligro toda la estrategia de Chantilly y, como en 1914, decidió dosificar los recursos para llevar a cabo un contragolpe. Limitó el número de hombres y la artillería asignada a este sector y concedió un ascenso a Pétain, a quien nombró supervisor, poniendo la dirección de la batalla en manos de Robert Nivelle, de

mentalidad menos defensiva. Este cargo requería nervios de acero, pues había empezado a decaer la moral de las tropas francesas, que el 12 de junio contaban con una sola brigada de reserva. En ese momento crucial, sin embargo, Falkenhayn se detuvo y envió tres divisiones al este. Cuando los alemanes hicieron el último esfuerzo el 23 de junio, con ayuda del primer ataque con bombas de gas de fosgeno, estaban ya demasiado debilitados para imponerse. Acontecimientos ocurridos en otros lugares habían llegado en ayuda de Francia.

Joffre se había dado cuenta enseguida de que Verdún era la gran apuesta de los alemanes para ganar la guerra, y pidió ayuda en virtud del acuerdo de Chantilly. Los rusos respondieron el 18 de marzo con un ataque en el lago Narotch. Gozaban de una superioridad numérica local de casi dos a uno, y estaban seguros de conseguir su propósito mientras los alemanes estaban distraídos. No obstante, estos frenaron en seco la acometida causando 100 000 bajas, sin utilizar contra ella más que tres divisiones extra, ninguna de las cuales procedía del oeste[46]. En cuanto a los británicos, Haig se negó a debilitar sus tropas en los ataques preliminares proyectados en Chantilly, y Joffre no lo presionó, frustrando así las esperanzas que abrigaba Falkenhayn de que la BEF lanzara en vano una ofensiva de socorro. Pero fue el hecho de que Falkenhayn no se pusiera en contacto con Conrad para actuar conjuntamente lo que por fin dio al traste con la estrategia alemana. Durante 1915, y a pesar de los choques de personalidad que pudieran tener, los dos hombres habían perseguido objetivos similares. Pero para 1916 Conrad había planeado llevar a cabo un ataque desde el Trentino que expulsara a los italianos de los Alpes, o que incluso dejara aislado a su ejército del Isonzo y le permitiera a él llegar a Venecia. Pidió nueve divisiones alemanas para esta *Strafexpedition* («expedición de castigo»), insistiendo en que una derrota de Italia supondría dejar las manos libres a 250 000 soldados de los

Habsburgo que podrían prestar servicio en cualquier otro sitio. Dejando a un lado el problema de que el gobierno alemán no estaba en guerra con Italia y tampoco quería estarlo, Falkenhayn dudaba de que semejante operación indujera a Italia a rendirse e, incluso si lo hacía, de que eso ayudara a Alemania a ganar la guerra. Asignó, por tanto, las divisiones solicitadas a Verdún y no dijo nada a Conrad acerca de esta última operación hasta poco antes de que diera comienzo. No intentó detener la *Strafexpedition*, pero pidió a Conrad que no debilitara el Frente Oriental, a pesar de lo cual el jefe del Estado Mayor austríaco trasladó seis de sus mejores divisiones de Galitzia al Trentino. De ese modo, los austríacos llegaron a tener una pequeña superioridad numérica en la zona de ataque y una ventaja de 3:1 en artillería pesada, que fue preciso subir con gran esfuerzo hasta su posición utilizando ferrocarriles y funiculares especialmente construidos a tal efecto. Como en Verdún, el mal tiempo provocó el aplazamiento de la operación e impidió a los atacantes el efecto sorpresa, pero después de lanzar la ofensiva el 15 de mayo, avanzaron unos treinta kilómetros hasta el borde de la meseta de Asiago, causando auténtica consternación en Roma. Lo mismo que Joffre, Cadorna se había mostrado demasiado autocomplaciente, pero también tuvo sangre fría al trasladar refuerzos al norte por ferrocarril (superior a las líneas que tenían los austríacos) y en camiones Fiat. El 2 de junio, los italianos contraatacaron, recuperando la mitad del territorio perdido[47]. Pero mientras tanto, Cadorna y Víctor Manuel III habían apelado urgentemente a los rusos pidiéndoles que adelantaran su contribución al asalto combinado de los Aliados previsto por los acuerdos de Chantilly. Una vez más, los rusos mantuvieron la palabra dada. Y en ese punto, por primera vez después de más de un año, los Aliados volvieron a tomar la iniciativa.

La ofensiva Brusílov de Rusia dio comienzo el 4 de junio, el

ataque anglo-francés en el Somme empezó el 1 de julio, Italia lanzó la sexta batalla del Isonzo el 6 de agosto, Rumanía se unió a los Aliados el 17 de agosto, y en septiembre Sarrail avanzó una vez más por el interior desde Tesalónica. A pesar de las batallas de Verdún y Asiago, las ofensivas de Chantilly siguieron adelante, más tarde y menos simultáneamente de lo planeado, pero ejerciendo una presión nunca vista sobre las Potencias Centrales y contribuyendo a la destitución de Falkenhayn. No obstante, en el mes de octubre el Imperio austrohúngaro y Alemania habían superado la emergencia y a finales de año los dos bandos se hallaban cada vez más desesperados, los alemanes dispuestos a apostar por una guerra submarina sin restricciones y los Aliados a creer en las asombrosas promesas de Nivelle, según el cual en cuarenta y ocho horas podría romper las trincheras del enemigo cuando quisiera.

La condición imprescindible para las ofensivas de Chantilly era el aumento de los recursos humanos y armamentistas de los Aliados. El número de las fuerzas armadas de Italia se incrementó, pasando de cerca de 1 millón de hombres en 1915 a casi 1,5 millones; y en la primera mitad de 1916, la BEF incrementó sus efectivos en una proporción similar. Las tropas de primera línea de Rusia aumentaron a comienzos de 1916 de 1,7 a 2 millones de hombres, devolviendo a sus unidades sus efectivos reglamentarios. Los oficiales rusos doblaron su número y pasaron de 40 000 en 1915 a 80 000 en 1916; además, ahora todos los hombres tenían fusil, y cada pieza de artillería de campaña disponía de 1000 cartuchos[48]. Por otro lado, principalmente debido a la falta cada vez mayor de soldados adiestrados, las autoridades rusas estaban convencidas de que debían alcanzar la victoria pronto. Se mostraron, pues, dispuestas a colaborar con el programa de Chantilly, ya que Alexéiev temía que si los Aliados no tomaban la iniciativa, Alemania volvería a hacer de Rusia su principal presa. Aunque

todavía necesitaba más artillería pesada, sabía que no podía esperar. Comunicó, pues, a Joffre que a partir de mayo estaría listo para atacar[49].

Esta situación planteaba la cuestión de dónde había que asestar el golpe. Hasta ese momento el Imperio austrohúngaro había sido el principal objetivo de Rusia, pero el avance de Ludendorff por el Báltico en 1915 supuso una amenaza directa a Petrogrado[50]. Sin embargo, tras el desastre del lago Narotch los generales Kuropatkin y Evert, al frente de los grupos del ejército norte y centro respectivamente, que se enfrentaban a los alemanes, eran reacios a atacar. En cambio, Alexéi Brusílov, el nuevo comandante en jefe del Frente Sudoccidental, enfrentado a los austrohúngaros, estaba ansioso por hacerlo, y el hecho de que se saliera con la suya una vez más viene a subrayar la notable libertad de acción que permitía a los jefes de los distintos grupos de ejército el sistema descentralizado de los rusos. Una conferencia de la Stavka celebrada el 14 de abril, presidida por un Nicolás II aburrido y pasivo, permitió a Brusílov efectuar la ofensiva, aunque no recibiera refuerzos y su operación no fuese más que una acción preliminar del principal ataque que debía llevar a cabo Evert[51]. Cuando Italia pidió ayuda, Alexéiev adelantó la fecha de comienzo de la ofensiva, temeroso de que, de lo contrario, Italia no contribuyera a la estrategia de Chantilly y se les escapara de las manos otra oportunidad de ejercer una presión concertada sobre Austria-Hungría[52].

Parte de los recelos de los otros mandos se debía a lo poco ortodoxa que era la táctica propuesta por Brusílov. Al carecer de superioridad numérica, pretendía atacar prácticamente sin previo aviso en numerosos puntos a lo largo de su frente, de casi quinientos kilómetros de longitud, aunque los golpes principales se asestarían en su extremo norte (para ayudar a Evert) y en el sur, a lo largo de los Cárpatos (lo que debía animar a Rumanía a intervenir). Sus tropas llevaron a cabo detalladas labores de

reconocimiento (incluidas fotografía aéreas) de las posiciones austríacas, llevaron en secreto piezas de artillería y cavaron búnkeres (como habían hecho los alemanes en Verdún) para ocultar a las fuerzas de asalto cerca de los puntos de partida. El día previsto bastó un solo bombardeo con obuses y con gas, breve pero intenso, para cortar las alambradas y superar las baterías de campaña y las ametralladoras del enemigo. Muchas de las mejores unidades de los Habsburgo estaban en Italia, y los mandos austríacos, que llevaban fortificando sus posiciones desde diciembre, subestimaron su vulnerabilidad. Dos tercios de la infantería se hallaban en primera línea y las tropas checas se rindieron en masa, mientras que las reservas entraron en combate demasiado tarde. Al cabo de dos días, Brusílov había logrado abrir una brecha de veinte kilómetros de ancho y setenta y cinco de profundidad[53].

La continuación de estos comienzos espectaculares, sin embargo, fue más decepcionante, en parte porque se concedió un respiro a las Potencias Centrales antes de que se produjeran los otros ataques previstos en Chantilly. En el centro del frente de Brusílov resistió una división alemana, limitando los avances hacia el norte y el sur de su posición. A lo largo de los Cárpatos sus tropas se adelantaron a los suministros. El 15 de septiembre, los alemanes habían trasladado al Frente Oriental quince divisiones, y aunque la Stavka reforzó a Brusílov con tropas de los otros grupos de ejército, lo que realmente deseaba era un ataque por parte de Evert, que, cuando por fin fue lanzado —con retraso—, no consiguió hacer progreso alguno. Los métodos rusos se harían más ortodoxos, centrándose en una serie de ataques frontales dirigidos contra la ciudad ferroviaria de Kovel. Las operaciones consistieron en bombardeos pesados y nutridos ataques de la infantería, prescindiendo de los elaborados preparativos al estilo de Brusílov con el pretexto de que requerían mucho tiempo y no eran adecuados para unas tropas

carentes de adiestramiento, y de que lo que había funcionado con los austríacos no funcionaría con los alemanes. De ahí que los rusos emprendieran su propia versión de las ofensivas de desgaste del Frente Occidental, sin conseguir mayores éxitos, hasta que a partir de octubre Brusílov partiera en ayuda de Rumanía[54]. No obstante, su ofensiva fue el triunfo más notable cosechado por los Aliados desde el Marne. Supuso un avance de la línea del frente de entre cincuenta y cien kilómetros, aunque la única ciudad importante que logró tomar fue Czernowitz. Consiguió capturar 400 000 prisioneros y causar 600 000 bajas, entre muertos y heridos, destruyendo así la mitad del ejército austrohúngaro del Frente Oriental, además de hacer entrar en guerra a Rumanía, obligar a Conrad a abandonar su ofensiva del Trentino y obligar a Falkenhayn a suspender la de Verdún. Una vez más, los rusos podrían pensar que habían salvado a Francia de la derrota, pero también una vez más las pérdidas sufridas fueron enormes; probablemente, más de un millón de hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. A menos que lograran derrotar a los alemanes, no parecía que pudieran hacer demasiado, y al final de la temporada muchos se preguntaban en Petrogrado si aquella guerra podía ganarse.

No obstante, la ofensiva de Brusílov podría mostrar más beneficios tangibles que la batalla del Somme, otra hecatombe que entre el 1 de julio y el 19 de noviembre causó 420 000 bajas a los británicos y 194 000 a los franceses. Las pérdidas alemanas siguen siendo objeto de debate, aunque quizá rondaran el medio millón[55]. Los combates allí estuvieron más concentrados incluso que en Verdún, y alemanes y británicos llegaron a dispararse unos a otros un total de 30 millones de bombas. El Somme rivalizaría con Verdún en el número de muertes por metro cuadrado[56]. Pero detrás de las líneas alemanas no había grandes líneas de comunicación ni complejos industriales importantes, y los británicos se encontraron combatiendo en

una cresta escarpada y larguísima, cuyas laderas estaban salpicadas de bosquecillos y aldeas fortificadas contra algunas de las posiciones más fuertes del Frente Occidental. El visitante actual del escenario de la batalla del Somme quizá se sorprenda de cómo pudo alguien escoger semejante lugar para lanzar una ofensiva. En realidad, a Joffre le interesó por ser el punto de confluencia del sector británico y el suyo, de modo que la BEF podría combatir a su lado y ensanchar el frente atacante en lo que en un principio había concebido como una operación fundamentalmente francesa. Quizá atrajera al comandante británico por la misma razón, aunque puede que Haig viera la acción del Somme como un ataque preliminar con el que prepararse de paso para una ofensiva en Flandes que debía producirse cuando las reservas alemanas hubieran sido desalojadas[57]. Joffre y Foch (el comandante del grupo de ejército norte francés) pretendían llevar a cabo en aquellos momentos no ya un intento de avance decisivo como el de septiembre de 1915, sino una especie de Verdún al revés: una campaña metódica de desgaste en la que una serie de asaltos limitados sucesivos y la acción de la artillería del ejército francés, recientemente reforzada, acabaran con la cohesión de los alemanes[58]. En febrero Joffre y Haig acordaron atacar conjuntamente en el Somme ese mismo verano. En abril el Consejo de Guerra del gobierno de Asquith dio su apoyo a la participación británica, en buena parte debido a las nuevas advertencias de que, si no lo hacía, los franceses no podrían salir adelante. Los ministros sabían perfectamente lo que estaban jugándose: era probable que los combates se prolongaran y que se produjeran muchas bajas, lo que habría obligado a reclutar a los hombres casados y a poner en peligro la capacidad de Gran Bretaña de fabricar las exportaciones necesarias para financiar la compra de productos esenciales a Estados Unidos. Pero semejantes peligros parecían preferibles a las alternativas que

suponían dejar tranquila a Alemania y a comprometer la alianza de Francia[59].

Los altos mandos acordaron el proyecto del Somme antes de que diera comienzo la batalla de Verdún, y Joffre estaba decidido a no permitir que esta novedad interfiriera en sus planes. Aunque puso el grito en el cielo cuando Haig propuso retrasarlo hasta el 5 de agosto, parece que los dos militares se contentaron con fijar como fecha de inicio los últimos días de junio. No es verdad que la catástrofe sufrida por los británicos el primer día de la batalla fuera consecuencia del lanzamiento prematuro del ataque debido a las presiones francesas, si bien la ofensiva de Verdún redujo la aportación de treinta y nueve divisiones que había previsto Joffre en el mes de febrero a solo veintidós en el de mayo. Como Gran Bretaña iba a contribuir con diecinueve, la batalla constituiría un esfuerzo aproximadamente igual por ambas partes y menos ambicioso que su concepción original, aunque Haig siguiera abrigando unos propósitos bastante agresivos. Mantuvo sus reservas en Flandes para llevar a cabo una ofensiva posterior complementaria, y rechazó el plan del comandante de su IV Ejército, *sir* Henry Rawlinson, por considerarlo demasiado prudente. Rawlinson preveía una operación de tipo «muerde y no sueltes», consistente en ocupar una zona limitada después de quitar de en medio a los defensores con fuego de artillería, de manera que los alemanes se vieran obligados a sufrir bajas si contraatacaban. Pero Haig insistió en que el objetivo de los bombardeos preliminares debían ser la segunda y la tercera línea del enemigo, y no solo la primera, lo que indica, entre otras cosas (como, por ejemplo, la concentración de la caballería), que quería romper las líneas y sobrepasar el frente alemán. Mientras que en Verdún Falkenhayn había lanzado su ataque en un sector de unos trece kilómetros de longitud —lo bastante estrecho para dejar a su infantería expuesta al fuego de enfilada—, Haig lo

haría en un sector de más de treinta kilómetros, pero cuando redobló la zona destinada como blanco incluyendo la segunda y la tercera línea, sus 1000 cañones de campaña y sus 400 piezas de artillería pesada resultaron de todo punto insuficientes. Muchos de los proyectiles disparados no llegaron a estallar, dos tercios eran bombas de metralla, en vez de bombas detonantes de alto poder explosivo, y la puntería dejó mucho que desear. Además, tras la infortunada experiencia de Loos, la BEF no utilizó gas, aunque no habría habido ningún otro medio de neutralizar los refugios excavados en el terreno calcáreo de Picardía a una profundidad de hasta doce metros. El 1 de julio por la mañana, casi toda la primera línea alemana situada enfrente del sector británico (incluidas las alambradas, las ametralladoras, la artillería de campaña y las guarniciones) se hallaba intacta, a diferencia de lo que sucedía en el sector francés, donde los bombardeos fueron el doble de fuertes. Este fallo de preparación, exacerbado por la táctica británica seguida en muchos sectores consistente en enviar la infantería del Nuevo Ejército en oleadas sucesivas caminando al paso, explica por qué se produjo la matanza. De los aproximadamente 120 000 soldados británicos que intervinieron en la acción, unos 57 000 fueron bajas, y más de 19 000 perdieron la vida; las bajas francesas fueron 7000 y las alemanas entre 10 000 y 12.000. Los franceses consiguieron e incluso superaron casi todos los objetivos que se habían marcado el primer día; los británicos, excepto en el sector sur, no obtuvieron ganancia alguna[60].

Después del 1 de julio parece que Haig consideró la idea de poner fin a la acción, pero Joffre insistió en que continuara, de modo que decidió cancelar los preparativos para Flandes. Rawlinson y él se concentraron en el sector sur, donde un ataque al amanecer del día 14 de julio (tras un bombardeo por sorpresa mucho más intenso) logró tomar casi toda la segunda línea alemana. Sin embargo, la BEF no fue a todas luces capaz

de repetir más adelante este modelo que tan buen resultado le había dado. Por el contrario, la batalla se atascó, y los británicos sufrieron otras 82 000 bajas en decenas de operaciones menores entre el 15 de julio y el 14 de septiembre, con el objetivo de despejar la línea antes del siguiente ataque general. Mientras tanto, Falkenhayn insistía en que era preciso defender el terreno a toda costa, y durante toda la batalla del Somme se calcula que los alemanes lanzaron 330 contraataques[61]. Destacaron en esta fase intermedia los contingentes procedentes del Dominio Británico, siguiendo el ejemplo del 1.er Regimiento de Terranova, que el 1 de julio sufrió un 91 por ciento de bajas. La Brigada de Sudáfrica tomó casi la totalidad del bosque de Delville y lo retuvo a pesar de los poderosos bombardeos y las acometidas de los alemanes; del mismo modo, la 1.ª División australiana tomó la localidad de Pozières el 23 de julio, pero sufrió 6800 bajas a consecuencia del bombardeo y en el curso de otros ataques y contraataques antes de ser retirada de la línea. También los neozelandeses llevaron a cabo con éxito un ataque en septiembre[62]. La eficacia táctica de los británicos mejoró cuando la artillería ganó experiencia en el apoyo a la infantería con barreras de fuego móviles (lanzadas justo por delante de las tropas de asalto) y con fuego de contrabatería contra los cañones de campaña enemigos[63]. Dos ofensivas generales realizadas el 15 y el 25 de septiembre, ambas con tanques, consiguieron tomar casi toda la primitiva tercera línea de los alemanes. Pero para entonces estos habían construido una cuarta y una quinta entre el campo de batalla y la localidad de Bapaume (que había sido uno de los objetivos de la primera fase), mientras que los franceses tuvieron que detenerse a orillas del Somme. A partir de septiembre, los alemanes llevaron nuevas tropas y más artillería, y quedó así claro que ese año no se alcanzaría ningún resultado decisivo, aunque a finales de mes los británicos tomaron Thiepval, la posición dominante en lo alto de la colina.

Continuaron los ataques limitados en unas condiciones climatológicas cada vez más adversas hasta la batalla del Ancre de mediados de noviembre, que supuso la toma de las localidades de Beaumont-Hamel y Beaucourt. Tras tomar las colinas situadas al norte del Somme, los británicos empezaron a avanzar otra vez cuesta abajo, todavía a unos doce kilómetros a lo sumo de su punto de partida, y sin tener siquiera una justificación táctica de su avance.

Haig entró en la batalla del Somme con un modelo de «lucha de desgaste» que era el requisito imprescindible para alcanzar un resultado decisivo[64]. Perseveró (pese a las crecientes dudas de Londres) en parte porque se trataba de una contribución pactada al esfuerzo común de los Aliados, y en parte por la confianza (alimentada por el jefe de los servicios de inteligencia, John Charteris) en que los alemanes estaban a punto de llegar al límite. Al final de la batalla afirmaría, de forma hasta cierto punto poco convincente, que había socorrido a Verdún, había obligado a las tropas alemanas a quedarse clavadas en el Frente Occidental y las había desgastado por completo[65]. Efectivamente contribuyó al primero de esos objetivos, pues el 11 de julio Falkenhayn tuvo que ordenar en Verdún una actitud «defensiva estricta»[66]. Sin embargo, no pudo impedir que Alemania enviara un número suficiente de tropas al este para detener a Brusílov y para aplastar a Rumanía. En cuanto a la tercera afirmación de Haig, el testimonio de los alemanes no deja lugar a dudas de que se vieron sometidos a una prueba muy dura y de que quedaron espantados por la nueva magnitud de la potencia de fuego de los Aliados, pese a lo débil que fue comparada con lo que se vería en ulteriores fases de la guerra[67]. El daño causado a la moral de los alemanes, si bien no puede cuantificarse, fue indudable, aunque la moral de los Aliados también se vio terriblemente afectada. Pero los defensores sufrieron menos bajas que los atacantes, y a los

alemanes les costó menos compensar las pérdidas que a los franceses (no así a los británicos). En noviembre de 1916, las pérdidas de los Aliados parecían desproporcionadas comparadas con lo que habían ganado con todo aquello. Las repercusiones más importantes de la batalla del Somme se dejarían sentir a largo plazo: en último término provocaron la decisión de Hindenburg y Ludendorff de incrementar la producción de armamento, de intensificar la campaña submarina de Alemania y de recortar sus líneas en el oeste[*]. Solo la última de estas transformaciones puede considerarse consecuencia directa de los ataques anglo-franceses.

El tercer sobresalto que recibieron las Potencias Centrales en el verano de 1916 fue la entrada en la guerra de Rumanía[68]. Se produjo cuando el Imperio austrohúngaro se hallaba acorralado no solo en Polonia, sino también en Italia. En julio Cadorna detuvo su contraofensiva en el Trentino y trasladó la artillería pesada al Isonzo. A principios de agosto, sus tropas consiguieron tomar por sorpresa Gorizia, su primera conquista significativa, aunque no tardaron en ser detenidas en las colinas situadas al este de la ciudad y sus ataques en la meseta del Carso durante el otoño fracasaron estrepitosamente. Fueron, sin embargo, los éxitos de Brusílov los que desencadenaron la decisión tomada por Bucarest. Rumanía era un país rico en recursos y suministraba petróleo y alimentos a las Potencias Centrales, pues en 1914-1915 era la que satisfacía el 30 por ciento de las necesidades de grano de Austria-Hungría. Su ejército constaba de unos 600 000 hombres, aunque estaba mal dirigido, y su equipamiento moderno era muy escaso y tenía muy pocas bombas. Aun así, su intervención creó una nueva emergencia, pues la frontera húngara de Transilvania estaba prácticamente indefensa. A cambio de la ayuda de Alemania, el Imperio austrohúngaro tuvo que abandonar gran parte de su independencia estratégica, creándose en el mes de septiembre un

caudillaje supremo para las cuatro Potencias Centrales, cuyo titular era Guillermo II, pero que en la práctica estaba dominado por la OHL. Y se trataba de una OHL nueva, pues en Berlín la crisis tuvo un impacto aún mayor. Verdún, la ofensiva Brusílov y el Somme habían arrebatado a Falkenhayn casi todos los apoyos que le quedaban en el ejército, y Bethmann estaba intrigando de nuevo para sustituirlo por Hindenburg y Ludendorff, quienes pensaba equivocadamente pondrían a su disposición el prestigio que tenían para encubrir una nueva iniciativa de paz. Guillermo II, sin embargo, se sintió amenazado por Ludendorff, al que no podía aguantar. Fue la intervención de Rumanía —que Falkenhayn había pronosticado hacía un año, como mucho— lo que indujo al káiser a temer que la guerra estaba perdida y lo que acabó con su resistencia. En agosto Hindenburg se convirtió en jefe del Estado Mayor y Ludendorff en su principal asistente (aunque en la práctica seguiría siendo la fuerza motriz de aquella asociación) en calidad de *Generalquartiermeister*[69].

Tras recuperar la sangre fría, las Potencias Centrales no tardaron en ponerse de nuevo en su sitio. Como les ocurriera con anterioridad a los italianos, los rumanos perdieron la mejor ocasión que hubieran podido tener. Bratianu tardó en actuar hasta que los alemanes cortaron el paso a Brusílov, y además las tropas rumanas invadieron Transilvania, en vez de atacar Bulgaria, como les habían aconsejado los rusos. Inesperadamente se encontraron con una firme resistencia por parte de unas milicias territoriales improvisadas, y al principio la Stavka los ayudó solo con tres divisiones, en parte probablemente debido a su renuencia a contribuir a la creación de una Gran Rumanía. Los serbios avanzaron desde Tesalónica y tomaron la ciudad de Monastir en septiembre, mientras que los ataques de Cadorna impidieron al Imperio austrohúngaro desplazar del frente italiano apenas unas cuantas brigadas. No

obstante, entre los meses de agosto y diciembre Alemania y Austria-Hungría emplearon contra Rumanía cerca de treinta y tres divisiones de infantería y ocho de caballería, unas trasladadas desde Verdún y otras desde Rusia. Los rumanos combatieron con valentía, pero fueron aventajados por el enemigo tanto cualitativa como cuantitativamente. Las fuerzas búlgaras, turcas y alemanas al mando de Mackensen atacaron desde el sur, mientras alemanes y austríacos a las órdenes de Falkenhayn, recientemente degradado, repelieron la invasión de Transilvania, superaron los puertos de los Cárpatos antes de que cayeran las nieves del otoño, y se unieron a Mackensen para obligar a los rumanos a regresar al río Sereth. En la fase final, Rusia prestó una ayuda más importante, con el envío de treinta y seis divisiones de infantería y once de caballería para contribuir a estabilizar la nueva línea. A pesar de todo, tres cuartas partes de Rumanía fueron ocupadas, incluida la propia Bucarest, el puerto de Constanza, en el mar Negro, los campos petrolíferos de Ploesti y las zonas cerealistas más ricas. Como consecuencia de tener que asumir la defensa de Rumanía, los rusos se vieron obligados a extender el frente, perjudicando sus reservas estratégicas. Con Rumanía sometida, la ofensiva del Somme estancada e Italia y Rusia agotadas, las Potencias Centrales acabaron una vez más el año controlando más territorio europeo que al principio y habiendo sobrevivido al embate de Chantilly.

Los acontecimientos de 1916 habían hecho naufragar la gran estrategia de Falkenhayn y habían puesto en entredicho la de los Aliados. Todavía en el mes de mayo, Falkenhayn había supuesto que seguía camino de alcanzar sus objetivos de hacer de Rusia un país inofensivo y de quebrar la voluntad de resistir de Francia. Brusílov y el Somme hicieron zozobrar estas convicciones y demostraron que Alemania seguía lejos de acabar con sus enemigos. Hindenburg y Ludendorff llevaron a la OHL

una energía y una falta de prejuicios absolutamente nuevas. Hicieron cesar por completo las operaciones en Verdún y adoptaron una defensa más elástica en el Somme con un frente más estrecho, dejando más tropas y más artillería de reserva para llevar a cabo eventuales contraataques[70]. Pero eran menos sensibles que Falkenhayn al mayor riesgo que implicaba someter los recursos de Alemania a una tensión extrema. Plantearon objetivos de producción armamentista excesivamente ambiciosos, se resistieron a adoptar soluciones de compromiso en materia de objetivos de guerra, y respaldaron una nueva campaña de submarinos aunque ello supusiera entrar en guerra con Estados Unidos. Sin embargo, mientras esperaban a que se efectuara la entrega de los nuevos sumergibles, no planearon llevar a cabo ninguna nueva acometida por tierra. Hindenburg se negó a traspasar más divisiones a Conrad, que quería realizar otro ataque en el Trentino en la primavera de 1917. De hecho, la OHL, previendo acertadamente una nueva ofensiva anglo-francesa en el oeste, ordenó en el mes de febrero la retirada a una nueva posición defensiva de casi 500 kilómetros de longitud, llamada en los sectores en los que tuvo lugar el mayor retroceso la Siegfried Stellung, aunque los británicos la bautizaron Línea Hindenburg. Este repliegue recortó el frente más de cincuenta kilómetros y supuso la liberación de diez divisiones. Combinado con la reorganización de la infantería y la artillería y el adelanto de la llamada a filas de la quinta de 1897, permitió la creación de una reserva estratégica de 1,3 millones de hombres[71]. Pero aunque el nuevo equipo reaccionó eficazmente a la crisis más inmediata, parece que no tenía ni idea —a menos que los submarinos alemanes lograran hacer un milagro— de cómo ganar la guerra globalmente.

La experiencia de 1916 llevó a las autoridades militares aliadas a la conclusión de que debían intentar seguir haciendo lo mismo. En otra conferencia celebrada el 15 de noviembre en

Chantilly acordaron preparar un nuevo esfuerzo concertado en febrero, para evitar ser sorprendidos por otro golpe como el de Verdún. El principal esfuerzo debía tener lugar en el oeste, con el apoyo de ataques rusos e italianos. Haig y Joffre acordaron reanudar las operaciones en el Somme, pero aportando los franceses más fuerzas al sur del río[72]. Una vez más, los Aliados atacarían en un frente amplio, para desgastar las reservas del enemigo antes de que se produjera lo que esperaban que fuera por fin un resultado decisivo.

Esta estrategia no tenía en cuenta cuán desgastados estaban los propios Aliados, hasta que al fin se demostró que era insostenible. En Italia la *Strafexpedition* había hecho zozobrar la reputación y la confianza en sí mismo de Cadorna. Aunque en 1917 su ejército llegó a contar con 2,2 millones de hombres[73], Cadorna se hallaba sugestionado por el peligro de un nuevo ataque en el Trentino. En una conferencia celebrada en Roma en el mes de enero, Lloyd George propuso que el resto de los Aliados proporcionaran artillería pesada para una ofensiva italiana contra Trieste, pero Cadorna no se mostró muy entusiasmado, diciendo que quería contar también con tres o cuatro cuerpos de ejército anglo-franceses y que esperaba que defendieran el Trentino si el enemigo era el primero en asestar el golpe. Se negó a empezar la ofensiva antes del 1 de mayo, y esperaría hasta que se aclararan la situación del Frente Occidental y las intenciones del enemigo[74]. En cuanto a Rusia, la Stavka esperaba reanudar la ofensiva en el sector de Brusílov, pero la moral del ejército se había visto dolorosamente dañada por los reveses sufridos en 1916 y su apoyo logístico estaba desintegrándose, sin que los soldados pudieran ser alimentados de manera adecuada. En otra conferencia de los Aliados celebrada en febrero en Petrogrado, los rusos dijeron que ellos tampoco estarían listos antes del 1 de mayo, que disponían de menos reservas que un año antes, y que la intervención en

Rumanía había supuesto una tensión excesiva para ellos[75]. Al cabo de un mes, Nicolás II abdicó y el nuevo gobierno provisional pidió tiempo para restaurar la disciplina antes de que pudiera siquiera contemplarse la eventualidad de una nueva ofensiva[76].

Incluso en Gran Bretaña y Francia, la estrategia de Chantilly recibió ataques. Cuando Lloyd George fue nombrado primer ministro en diciembre de 1916 se mostró en privado sumamente crítico con los resultados obtenidos en el Somme, y manifestó sus sospechas de que los generales franceses eran mejores que los británicos. Muchos otros ministros compartían esas reservas, y al principio su posición política fue lo bastante fuerte para que intentara maniobrar en contra de Haig y Robertson. Su gobierno intensificó las actividades británicas en Mesopotamia y Palestina. En la conferencia de Roma intentó en vano animar a los italianos a asumir las bajas sufridas. Al cabo de unas semanas, sin embargo, los franceses le ofrecieron una nueva alternativa[77]. Las decepciones de 1916 no solo se llevaron por delante a Falkenhayn y a Asquith, sino que hicieron zozobrar también al gobierno Briand y causaron la caída de Joffre. Eran muchos los que sospechaban que el ataque de Verdún había pillado desprevenido al generalísimo francés, y la derrota de Rumanía contribuyó aún más a su descrédito. En diciembre Briand se dio cuenta de que, si no se deshacía de Joffre, su gobierno correría peligro. La solución que encontró fue nombrarlo mariscal de Francia y «asesor militar técnico» del gobierno, cargo del que Joffre dimitió cuando se dio cuenta de que no significaba nada. El mando del Frente Occidental pasó a Nivelle, quien, sin embargo, no heredó el mando supremo de todos los ejércitos franceses, independientemente de dónde estuvieran destinados, que había desempeñado Joffre. La autoridad estratégica suprema sería ejercida en adelante por un comité de guerra formado por ministros. Sin embargo, la mayor

participación de los civiles no supuso el fin del compromiso de Francia con una actitud beligerante[78].

Nivelle debía su ascenso a los ataques que había llevado a cabo en Verdún entre octubre y diciembre de 1916, y que habían supuesto la reconquista de los fuertes de Vaux y de Douaumont, así como de gran parte del territorio situado a la margen derecha del Mosa. Los tremendos bombardeos preparatorios con artillería ferroviaria «superpesada» de 400 mm, junto con el empleo de un eficaz fuego de contrabatería y de cortinas de fuego móvil, habían permitido hacer progresos muy rápidos frente a los defensores alemanes, víctimas del agotamiento, miles de los cuales se habían rendido, aunque como sus posiciones defensivas más importantes estaban detrás de los fuertes, el éxito obtenido fue en parte ilusorio[79]. Nivelle tenía encanto, confianza en sí mismo y capacidad de persuasión, así como importantes relaciones políticas con la izquierda. Afirmaba que con los nuevos cañones móviles de 155 mm (en realidad, todavía escasos), con el empleo de la cortina de fuego móvil y la táctica del orden disperso, había descubierto la forma de romper las líneas enemigas, y ofrecía una alternativa al lento y costoso proceso de desgaste del Somme. Su táctica anunciaba las campañas más móviles de 1918, aunque hizo una propaganda excesiva de ellas. Pero la estrategia que proponía se parecía a la de septiembre de 1915: un ataque preliminar anglo-francés cerca de Arras, seguido de una ofensiva principal lanzada por los franceses contra la cresta del Chemin des Dames, al norte del Aisne. Obtuvo el respaldo no solo de Briand, sino también de Lloyd George, que en una conferencia celebrada en Calais en el mes de febrero presentó un hecho consumado a sus generales al aceptar el plan de Nivelle y colocar a Haig a las órdenes de este último mientras durara la campaña. En realidad, como en 1916, Haig y quizá también el gobierno británico pensaban en una serie de operaciones combinadas como

preludio de una ofensiva en Flandes capitaneada por los británicos. Pero mientras tanto, el plan de Nivelle significaba que los franceses sufrirían las mayores pérdidas, y que un alto mando británico de cuya competencia dudaba Lloyd George quedaría por debajo de otro francés que hablaba inglés con fluidez y se había impuesto a su gobierno. Se trataba de un terreno de arenas movedizas en el que se iba a basar el primer experimento de los Aliados con un solo comandante en jefe[80].

A partir de ese momento, la estrella de Nivelle se eclipsó. La retirada de los alemanes a la Línea Hindenburg no era en sí muy grave, pues los sectores de ataque de Arras y del Aisne no se vieron muy afectados, y aunque los alemanes defendían ahora unas líneas más cortas, lo mismo les ocurría (como señalaba Nivelle) a los Aliados. Pero la revolución que se desencadenó en Petrogrado hizo que se desvanecieran las esperanzas de un apoyo procedente de Rusia, Italia permanecía inactiva, y la inminente intervención de Estados Unidos arrojaba serias dudas sobre la necesidad que tenían los Aliados de asumir tal riesgo. En marzo Briand fue sustituido como primer ministro por Alexandre Ribot, cuyo ministro de la Guerra, Paul Painlevé, se mostró abiertamente escéptico con el plan y animó a los subordinados de Nivelle a que manifestaran sus dudas. Nivelle insistió en que no atacar invitaría a otra ofensiva alemana como la de Verdún, y en que la fuerza de Francia iba disminuyendo, mientras que Ludendorff estaba recuperando la ventaja de Alemania. Los riesgos que entrañaba no hacer nada eran superiores a los que suponía actuar. Por fin, y a condición de que pusiera fin a la operación si no tenía éxito al cabo de dos días, el gobierno le dio su aprobación[81].

La ofensiva preliminar británica en Arras iniciada el 9 de abril sugirió que también la BEF había aprendido algo en el Somme. El bombardeo inicial fue dos veces más intenso (fueron menos las bombas que no estallaron y la puntería mejoró), las

nuevas espoletas 106, más sensibles, permitieron cortar las alambradas, y cantidades nunca vistas de gas mataron los caballos de transporte usados por los alemanes y silenciaron su artillería. Las tropas de asalto, trasladadas a través de galerías subterráneas o escondidas en los sótanos de las casas de la ciudad, sumaban dieciocho divisiones contra siete; los alemanes habían esperado un bombardeo más largo y tenían sus reservas demasiado lejos. En un hecho de armas que sería tan emblemático para su Dominio como Gallípoli para los soldados del ANZAC, las tropas canadienses asaltaron la cresta de Vimy en el flanco izquierdo del avance, haciendo 13 000 prisioneros y apoderándose de 200 cañones. Aunque el ataque del 9 de abril de 1917 fue de una magnitud casi tan grande como el del 1 de julio de 1916, las bajas sufridas por los británicos durante los primeros tres días fueron menos de la mitad de las que tuvieron durante la fase inicial del Somme, y la infantería logró avanzar casi seis kilómetros cuesta arriba. Sin embargo, la de Arras no había sido concebida como una operación decisiva, y el intento de un ataque complementario de la caballería el segundo día en medio de una tormenta de nieve constituyó un fracaso previsible. Una vez más, Haig prolongó la batalla más allá de la semana que originalmente se había previsto. Los ataques australianos en el flanco derecho del sector, que (a diferencia del resto de la ofensiva) iban contra la Línea Hindenburg, acabaron estableciendo un punto de apoyo en medio de las posiciones alemanas, pero con un coste enorme. Las operaciones continuaron hasta bien entrado el mes de mayo (al precio de 150 000 pérdidas británicas frente a 100 000 alemanas), principalmente con el fin de apoyar a los franceses, de cuyo ataque en Chemin des Dames se había esperado mucho más y cuyos mediocres resultados resultaron tanto más dolorosos[82].

Chemin des Dames era el lugar en el que los Aliados habían visto cómo el enemigo les cortaba el paso después de la batalla

del Marne. Desde aquella cresta los alemanes, gracias a su superioridad aérea en el sector, podían ver todo lo que sucedía a sus pies. Tras capturar algunos documentos franceses trascendentales en las incursiones efectuadas durante el mes de febrero, quedaron avisados y tuvieron todo el tiempo que quisieron para prepararse, concentrando veintiuna divisiones en la línea y quince divisiones de contraataque detrás de ella. El bombardeo preliminar de los franceses con 11 millones de proyectiles se dispersó en un frente de casi 50 kilómetros; fue disminuyendo al final y sencillamente no fue lo bastante intenso, pues Nivelle insistió (como hiciera Haig en 1916) en que debía afectar a todas las posiciones alemanas, hasta las más alejadas, en vez de concentrarse en la primera línea. El 16 de abril, los franceses atacaron en mitad de una ventisca, situando a 10 000 senegaleses en el sector principal. Las tropas coloniales no tenían experiencia de combate en unas condiciones semejantes, y más de la mitad fueron bajas[83]. Los cañones alemanes hicieron que los tanques Schneider de los franceses se incendiaran, y la infantería tuvo que abrirse paso penosamente a través de zonas fortificadas infestadas de ametralladoras montadas en fortines. Al cabo de dos semanas, las tropas de Nivelle habían logrado capturar la mayor parte de la cresta con un coste de 130 000 bajas entre muertos y heridos, pero el avance definitivo no parecía próximo. En mayo Painlevé lo sustituyó por Pétain, que cortó en seco las operaciones, si bien demasiado tarde para impedir que algunas unidades se amotinaran[84]. El desastre debilitó también a Lloyd George en relación con los militares británicos y puso fin ignominiosamente al primer intento de mando supremo aliado. Los británicos volvieron a centrar su prioridad en Flandes y durante los meses siguientes la estrategia aliada estaría tan mal coordinada como en 1915. Fue preciso casi volver a empezar de cero.

Si los grandes sistemas de trincheras supusieron la novedad estratégica más notable de 1915, las inmensas batallas de desgaste libradas en 1916 en Verdún, el Somme y en el este supusieron una novedad aún mayor. Ambos bandos habían seguido caminos opuestos para llegar a aquel matadero. En el lado de las Potencias Centrales, durante 1915 Falkenhayn había llevado a cabo grandes ofensivas, aunque limitadas, con el fin de asegurar las fronteras orientales de Alemania y del Imperio austrohúngaro y de obligar a Rusia a firmar una paz por separado, o al menos destruir su capacidad ofensiva. Lo consiguió en la medida suficiente para poder asestar un golpe en el oeste en la primavera de 1916, como deseaba hacer desde hacía tiempo, pero en una operación con la que pretendía no tanto conquistar territorio como causar bajas hasta el punto de que Francia no pudiera aguantar más. Su acción, sin embargo, resultó casi tan dañina para el ejército alemán como para el francés, y cuando los Aliados tomaron represalias, se vio obligado a retroceder. Hindenburg y Ludendorff frenaron la crisis inmediata, pero no encontraron remedio, aparte de la campaña de los submarinos y del incremento de la producción armamentista, a aquel enigma estratégico tan grande. Los enemigos de Alemania eran demasiado fuertes.

Los Aliados, en cambio, al carecer de una autoridad central, llevaron a cabo una serie de guerras paralelas hasta que las derrotas de 1915 permitieron a Joffre (con el apoyo de Briand) derivarlas hacia el plan de Chantilly. Puede que este plan estuviera al servicio de los intereses franceses, pero contribuiría también a coordinar los esfuerzos de los Aliados. Negándose a sucumbir al pánico de las ofensivas de Falkenhayn y Conrad de la primavera de 1916, los Aliados volvieron a tomar la iniciativa durante el verano, y Haig, Foch, Brusílov y Cadorna imitaron a Falkenhayn infligiendo y sufriendo una cantidad enorme de bajas. Aunque los militares quisieron seguir con la estrategia de

Chantilly y con el desgaste ofensivo durante 1917, ni un solo gobierno de los Aliados tenía la voluntad política necesaria de que así fuera, y la derrota de Nivelle, seguida de los motines entre los franceses y la Revolución rusa, los dejó tan desprovistos de una estrategia viable como a sus enemigos. Alemania, el Imperio austrohúngaro, Francia y Rusia se enfrentaron a inminentes crisis de poder que la potencia de fuego cada vez mayor de las unidades solo podía compensar en parte. Gran Bretaña e Italia estaban a punto de verse envueltas en esa misma situación, suscitándose en todos los afectados la cuestión de si todavía era posible ganar la guerra, y la de si tenía ya mucho sentido «ganarla». Una tras otra, habían fracasado todas las concepciones estratégicas ante las realidades tácticas, tecnológicas y logísticas, y ahora analizaré esas realidades.

7

Tecnología, logística y táctica

Desde 1915 hasta la primavera de 1916, la historia de la estrategia de ambos bandos estuvo marcada por la frustración y el fracaso. Para explicar por qué fue así es necesario volver a examinar cómo se libraron las batallas: cómo se llevó a cabo el despliegue de tropas y equipamientos, y qué armas hubo disponibles. El punto muerto al que se llegó en el ámbito de la táctica llevó a uno y otro bando a desarrollar estrategias más despiadadas: a los Aliados a aplicar cada vez más medidas de desgaste, y a los alemanes a seguir con su política en Verdún y a emprender una guerra submarina sin restricciones. Pero esta no fue en ningún momento una situación de equilibrio estático, pues tanto los defensores como los atacantes aumentaron la sofisticación de sus tácticas y el número y la potencia de las armas a su disposición. Se realizaron diversos avances que a partir de 1917 acabarían con el estancamiento. Aquí primero haré hincapié en las condiciones de defensa y ataque en Occidente, y luego en la consideración de hasta qué punto dichas condiciones también fueron válidas en otros lugares.

El Frente Occidental ha sido comparado con la barrera de fortificaciones defensivas del Imperio romano y el Telón de Acero que dividía a la Europa de la guerra fría, pero en realidad no tenía ningún precedente histórico. Las trincheras durante el asedio de Petersburg, en la última etapa de la guerra de Secesión norteamericana, se extendían a lo largo de unos ochenta y cinco

kilómetros; pero, al igual que las que rodeaban Mukden (Shenyang) en el curso de la guerra rusojaponesa, fueron finalmente rebasadas. En cambio, el Frente Occidental se extendía a lo largo de unos 760 kilómetros, y no podía ser rebasado, a menos que se violara la neutralidad de Holanda o Suiza, o que los Aliados desembarcaran en Flandes[1]. Con la excepción de la retirada voluntaria de Alemania a la Línea Hindenburg, entre finales de 1914 y 1918 apenas se desplazó unos ocho kilómetros en uno u otro sentido. También constituyó el frente más difícil y decisivo, el teatro de operaciones en el que se concentraron un mayor número de tropas y cañones, y el cementerio no solo del gran proyecto concebido por Falkenhayn para Verdún, sino también de las sucesivas iniciativas emprendidas por los Aliados en el Somme y en Chemin des Dames.

Fundamentalmente, la defensa corrió a cargo de la infantería: soldados alemanes, franceses y del Imperio británico que demostraron una voluntad de ánimo y una resistencia de las que carecieron muchas unidades militares rusas y austrohúngaras. Sin embargo, como los tres ejércitos tenían la misma determinación a la hora de atacar, la variable de la moral careció de la importancia que tuvo en otros frentes y en períodos posteriores de la guerra. El Frente Occidental fue único no solo por las cualidades de los soldados que combatieron, sino también por el número de tropas presentes en él. A partir de 1870, Francia y Alemania habían multiplicado varias veces el tamaño de sus ejércitos, y más tarde se les unió el británico con sus proporciones colosales. Uno y otro bando disponían aproximadamente de 5000 efectivos por cada kilómetro y medio de frente[2], esto es, un número de hombres suficiente para crear una sólida guarnición defensiva y tener en reserva fuerzas de contraataque. A ello contribuyó el hecho de que los ciento cincuenta kilómetros de terreno más accidentado y boscoso que

formaban el extremo meridional del frente resultaban menos apropiados para operaciones de gran envergadura, por lo que fueron escenario de pocos combates, aparte de una serie de ataques franceses lanzados en el macizo de los Vosgos en 1915. Incluso en muchos sectores situados entre Verdún e Ypres reinó relativamente la calma, sin que se produjeran en ellos grandes enfrentamientos. Las zonas más activas fueron las de Flandes y los dos flancos del llamado saliente de Noyon, en Artois y Champagne[3]. Sin embargo, aunque la elevada proporción de fuerzas desplegadas por kilómetro fuera una razón fundamental de la inmovilidad del Frente Occidental, este factor debe ser considerado juntamente con las fortificaciones de campaña y sus infraestructuras de apoyo, con las armas utilizadas para protegerlas y con las tácticas defensivas.

Los alemanes fueron los primeros en crear un sistema de trincheras. Podían ser claustrofóbicas, repulsivas, pestilentes, húmedas y frías, pero lo cierto es que constituían la mejor protección disponible contra los proyectiles y las ondas expansivas provocadas por las explosiones; y salvaban vidas. Proporcionalmente, casi todos los ejércitos sufrieron el mayor número de pérdidas durante las intensas campañas de las primeras semanas del conflicto. Las trincheras proporcionaban a los alemanes un glacis en su frontera occidental que les permitía consolidar su posición en Francia y en buena parte de Bélgica, ya fuera con fines anexionistas o comerciales. Dejaba que dispusieran de fuerzas para lanzar ataques en otros lugares, como Ypres en otoño de 1914 o posteriormente Polonia y Serbia, y la OHL consideró que cavarlas era un mal menor que serviría por lo menos para detener el avance aliado[4].

En enero de 1915, Falkenhayn ordenó que se organizara el frente de modo que una fuerza reducida pudiera defenderlo durante largo tiempo de la agresión de un número superior de efectivos. En la primera línea, el pilar de la resistencia debía ser

una posición sólida, que había que mantener a toda costa y recuperar inmediatamente si uno de sus sectores caía en manos enemigas. Unida a esta zona por una serie de trincheras a modo de vías de comunicación, una segunda línea debía servir de refugio para las guarniciones cuando la primera fuera bombardeada. En la retaguardia, otras líneas tenían que quedar lejos del alcance de la artillería enemiga. El objetivo de Falkenhayn era reducir el número de bajas manteniendo una delgada primera línea del frente, pero si la guarnición principal se encontraba muy lejos de ella, había más posibilidades de que las fuerzas avanzadas se rindieran, y la artillería no podría protegerlas. Algunos de sus comandantes se opusieron en un principio a la segunda línea para facilitar la defensa de la primera. No obstante, en vista de las experiencias vividas, la OHL ordenó en mayo la construcción a lo largo de todo el frente de una línea de reserva a 2000-3000 metros de distancia de la primera: una empresa colosal que fue concluida a finales de aquel año[5]. Los alemanes contaron con la ventaja de poder elegir terrenos más elevados y menos húmedos, fáciles de cavar, situados por encima del nivel freático y con un emplazamiento idóneo para las observaciones de los artilleros. Las grandes batallas libradas en Champagne, a orillas del Somme, y en Arras consistieron en una serie de ataques aliados contra unas defensas situadas en lo alto de colinas y que en 1916-1917 tenían una profundidad de 4000-5000 metros, frente a los 1000 metros de profundidad de las británicas[6]. Las del Somme, que siguieron las instrucciones de Falkenhayn a rajatabla, estaban protegidas por dos cinturones de alambre de espino, cada uno de ellos de entre tres y cinco metros de altura y de unos treinta metros de profundidad. La «línea del frente» comprendía en realidad tres trincheras, situadas una de otra entre 150 y 200 metros de distancia: la primera era para los grupos de vigilancia, la segunda para la guarnición principal y la tercera para las tropas de apoyo.

Las trincheras avanzadas de los alemanes (al igual que las británicas) no eran rectas, sino que cada diez metros aproximadamente dibujaban una especie de zigzag, o ángulo abrupto, que servía para proteger a los hombres de la explosión de las bombas y del fuego de enfilada si el enemigo capturaba un sector de la línea. Los alemanes cavaron trincheras más profundas: entre dos y tres metros en 1915, y entre siete y nueve en el Somme. A unos mil metros de la primera posición había una línea intermedia de nidos de ametralladoras; y tras ella, las trincheras de comunicación conducían a la posición de los soldados de reserva (la «segunda línea» del memorando de Falkenhayn), tan bien protegida por las alambradas como la primera y lejos del alcance de la artillería aliada, que, por lo tanto, debía trasladarse a una posición más avanzada para poder apoyar un ataque contra ella. A unos 3000 metros más atrás se encontraba la tercera posición, añadida tras los acontecimientos vividos en septiembre de 1915, cuando los franceses alcanzaron la segunda línea alemana. Enterrado a dos metros bajo tierra, un entramado de cables telefónicos conectaba la artillería de la retaguardia con las trincheras del frente. En el Somme los británicos no consiguieron capturar buena parte de la tercera línea hasta finales de septiembre[7].

La «tierra de nadie» situada entre las líneas del frente podía tener entre cinco y diez metros de ancho, y a veces casi un kilómetro; no obstante, la distancia media que separaba a los dos bandos era entre 100 y 400 metros. Detrás de esa tierra de nadie, cuando lanzaban un ataque, los alemanes se encontraban con unos sistemas de trincheras menos sólidos y elaborados que los suyos, aunque no por ello menos eficaces. Los belgas defendían el sector que, desde la costa, se extendía unos 25 kilómetros hacia en el interior, y más al sur estaba la zona británica, que abarcaba los 35 o 40 kilómetros siguientes a finales de 1914, pero más de 160 a comienzos de 1917. No

obstante, hasta la llegada de los estadounidenses, los franceses se encargaron de al menos tres cuartas partes de la línea aliada. En enero de 1915, Joffre ordenó que sus tropas dividieran el frente en dos sectores, uno «activo» y otro «pasivo». En el primero una serie de fortines cubrirían al segundo, que debía estar perfectamente protegido con alambradas, pero vigilado solo por unos centinelas. Unos refugios a prueba de bomba situados tras esos fortines servirían para acoger a las compañías encargadas de contraatacar, y a unos tres kilómetros había que cavar una segunda línea de trincheras. Una pequeña guarnición debía bastar para la defensa de todo el complejo, pues se pretendía ahorrar recursos humanos y minimizar el número de bajas. En la zona frondosa del macizo de los Vosgos, e incluso en los exuberantes bosques de los alrededores de Verdún, había reductos aislados en vez de una línea defensiva continuada[8]. El sistema británico estaba a medio camino entre el francés y el alemán. En general, el frente británico estaba mejor guarnecido que el francés; y los británicos podían ceder menos terreno, sin dejar en manos enemigas las líneas ferroviarias de su sector o verse expelidos al mar. Normalmente tenían tres posiciones paralelas: la frontal, la de apoyo y la de reserva. Además de estar cavada en la tierra, la primera línea se construía con sacos de arena a modo de parapeto: en zonas anegadas las «trincheras» solían estar por encima de la superficie. Esta primera línea comprendía las trincheras de fuego y de mando, con una separación entre ambas de unos 20 metros. En la trinchera de fuego, pequeñas unidades avanzadas ocupaban los «saledizos» entre los traveses; la trinchera de mando albergaba puestos fortificados, refugios bajo tierra y letrinas. Las trincheras de comunicación conducían a la trinchera de apoyo, situada más atrás, a unos 70 o 100 metros, en la que había más alambradas y refugios más profundos; a una distancia de 450 metros aproximadamente estaba la trinchera de reserva, con todavía

más puestos fortificados y refugios subterráneos; y tras esta se encontraba la artillería. En la práctica, el sistema no era tan ordenado como establecía el reglamento o la maqueta creada en Kensington Gardens para la opinión pública londinense. En los sectores activos, las trincheras estallaban por los aires por culpa de las minas y los bombardeos, y para alcanzar el frente había que superar un laberinto de cráteres y peligrosos obstáculos, cuyas complejidades exigían que los recién llegados se movieran con guías harto experimentados[9].

A su manera, las trincheras constituían un impresionante logro de la ingeniería, sobre todo si se tiene en cuenta la inmensa infraestructura que encerraban. Dicha infraestructura comprendía hospitales, cuarteles, campos de entrenamiento, depósitos de municiones, parques de artillería y redes telefónicas, así como carreteras y canales para el ejército, pero significaba principalmente ferrocarril. El Frente Occidental se encontraba en una de las zonas de Europa con más líneas ferroviarias, y los dos bandos añadieron a esta red cientos de kilómetros de vía férrea ancha y estrecha. En 1914, los alemanes tomaron la línea ferroviaria troncal que unía Metz y Lille (y conectaba con la costa por el este de Ypres); los combates se estabilizaron entre ella y las principales líneas de la zona aliada que iban de Nancy a Amiens pasando por París. En el sector británico, dos líneas transversales se dirigían hacia el norte desde Amiens hasta llegar a Hazebrouck y Dunkerque, y tras la batalla del Somme fue añadida una tercera hasta la ciudad de Arras[10]. A modo de prevención, los dos bandos solían colocar fuerzas de apoyo cerca de los sectores vulnerables de sus respectivos frentes, pero el ferrocarril permitió la llegada de un número mayor de tropas de refuerzo. En dos días, en Neuve Chapelle, el número de defensores alemanes pasó de 4000 a 20 000[11]; durante las tres primeras semanas de la batalla de Verdún, los franceses enviaron a ese frente tropas de refuerzo en 832 trenes; y en el

curso de la primera semana de la del Somme, Alemania movilizó diez divisiones en 494 convoyes[12]. Cuando dejaban el tren, los dos bandos dependían casi exclusivamente del caballo, y en último término del hombre, para transportar los pertrechos y las provisiones hasta el lugar donde estaba emplazada su artillería o hasta la primera línea del frente[13], pero el ferrocarril suponía para el defensor una ventaja crucial, pues le permitía destacar tropas de refuerzos a la zona antes de que el atacante pudiera consolidar y expandir sus avances.

Además de la red ferroviaria, los defensores del Frente Occidental se beneficiaron de la infinidad de innovaciones introducidas por la revolución en tecnología militar que se produjo en el siglo XIX. En manos expertas, un fusil de retrocarga podía disparar hasta quince proyectiles por minuto, con un alcance de alrededor de ochocientos metros. Cuando disparaban echados en el suelo boca abajo, como utilizaban pólvora sin humo, los fusileros eran prácticamente invisibles, y la energía cinética de una bala girando a gran velocidad provocaba que el impacto de esta contra huesos y tejidos fuera descomunal[14]. Pero las ametralladoras y los cañones de campaña eran los verdaderos asesinos en masa. Todos los ejércitos europeos tenían su versión de la ametralladora Maxim, y a medida que avanzó la guerra fueron equipándose de distintos tipos de ametralladora ligera y pesada. Una ametralladora pesada tenía entre 40 y 60 kilos de peso, sin contar las cintas con los cartuchos y las cureñas, y eran necesarios tres y hasta seis hombres para ponerla en funcionamiento; la ligera (como la Lewis británica o la MG 08/15 alemana) pesaba entre 9 y 14 kilos, y resultaba más apropiada como arma de ataque, pues un hombre solo podía llevarla, aunque no sin dificultad. En agosto de 1914, un regimiento de infantería alemán comprendía doce compañías de fusileros y solo una de artilleros con seis ametralladoras, pero en 1915 se añadieron otras seis

ametralladoras, y en 1916 seis más, por lo que la proporción de una ametralladora por cada doce fusiles pasó a ser de una por cada cuatro. En 1917 esta proporción era de una ametralladora por cada dos fusiles en muchas divisiones[15]. Una ametralladora pesada podía disparar hasta sesenta cartuchos por minuto, o lo que es lo mismo, el equivalente a cuarenta fusiles. Tenía mucho más alcance y podía «batir» (esto es, cubrir de plomo volador) un espacio en forma de elipse de casi 2500 metros de longitud y 500 de ancho[16]. Mientras los responsables siguieran proporcionando las cintas con los cartuchos y el líquido refrigerante necesario, la ametralladora en cuestión podía continuar con sus ráfagas mortales: en Loos, una llegó a disparar 12 500 proyectiles en una tarde[17]. En Neuve Chapelle bastaron dos nidos de ametralladoras para detener a los británicos hasta que llegaran los refuerzos; y dos de estas armas lograron frenar el avance francés en Neuville-Saint-Vaast el primer día del ataque del mes de mayo de 1915[18]. En Loos, el segundo día, las ametralladoras provocaron miles de bajas en las inexpertas divisiones de la BEF, sin que los alemanes sufrieran prácticamente pérdidas. El 1 de julio de 1916, sin embargo, muchas bajas británicas fueron causadas por la acción de la artillería, y no de las ametralladoras[19]. Los dos bandos mantenían los cañones de campaña apuntando hacia la llamada tierra de nadie y la primera línea enemiga para poder responder inmediatamente con «fuego de ayuda» si los centinelas lanzaban sus bengalas. En septiembre de 1915, en Champagne, los alemanes habían perfeccionado el arte de situar los cañones de campaña en «laderas ocultas al enemigo», de modo que cuando los Aliados, tras alcanzar una cima, seguían el avance descendiendo quedaban totalmente expuestos al fuego de los cañones alemanes, que la colina en cuestión había ocultado a los artilleros aliados[20]. En Verdún la artillería francesa, situada al oeste del Mosa, truncó el plan de ataque de Falkenhayn, y en

Chemin des Dames los cañones alemanes causaron estragos entre los tanques de Nivelle. En esa fase de la guerra, la combinación de trincheras, ferrocarril, fusiles, ametralladoras y artillería resultaba demasiado potente para que una fuerza atacante lograra imponerse de manera abrumadora.

El recurso principal de cualquier agresor era el bombardeo. Tanto el GHQ como el GQG alteraron su doctrina táctica a lo largo de 1915 para subrayar el importante papel de los bombardeos a la hora de destruir las posiciones enemigas antes de que la infantería pudiera ocuparlas[21]. Según estimaciones recientes, las bombas fueron la causa de la muerte del 58 por ciento de los militares caídos durante la guerra[22]. Pero la artillería era un instrumento contundente[23]. La trayectoria plana que seguían los proyectiles disparados con rapidez por los cañones de campaña hacía que estos resultaran inefectivos contra las trincheras, especialmente porque en 1914 la mayoría de dichos proyectiles no eran bombas de gran poder detonante, sino de metralla, y esparcían fragmentos que en campo abierto causaban estragos entre la infantería, pero carecían del efecto explosivo necesario para destruir construcciones en forma de terraplén o de madriguera. En cualquier caso, durante el primer invierno de la guerra los Aliados tuvieron escasez de bombas de todo tipo. Así pues, precisamente por estas razones los alemanes pudieron protegerse de los cañones de 75 mm franceses cavando trincheras. Además, las divisiones francesas, a diferencia de las alemanas, no estaban equipadas con obuses de campaña ligeros (cuyos proyectiles dibujaban una trayectoria curva que los hacía mucho más efectivos contra las trincheras); en junio de 1915, solo había setenta y ocho obuses de 105 mm en todo el ejército francés[24]. Sus piezas de artillería pesada eran pocas, estaban obsoletas y se encontraban bajo en control central del GQG. Pero las cosas fueron mejorando. En Champagne, en septiembre de 1915, los franceses atacaron con 1100 cañones pesados, cifra

muy superior a los 400 utilizados en mayo en Artois, y el bombardeo no duró cuatro horas, sino que se prolongó durante varios días[25]. De manera análoga, antes de la batalla del Somme los británicos tenían en total más del doble de cañones que en Loos, y habían cuadruplicado el número de obuses[26]. Pero seguía siendo insuficiente, y no solo porque las defensas alemanas fueran más sofisticadas aún. Las bombas de gran poder detonante requerían una vaina metálica consistente para impedir que se desintegraran: de las 12 000 toneladas de municiones disparadas antes de la batalla del Somme, solo 900 correspondieron a explosivos propiamente dichos[27]. Sin embargo, muchas bombas no detonaban o lo hacían en el interior del cañón. Además, los disparos de la artillería eran muy poco precisos. En las primeras campañas de 1914, los cañones solían operar con fuego directo como en guerras anteriores; los encargados de su manejo podían ver el objetivo y empezar a disparar hasta alcanzarlo. Pero en semejantes condiciones podían ser inmediatamente localizados, y la visibilidad resultaba difícil en un campo de batalla de tiros rápidos y constantes. En la guerra de trincheras se convirtió en norma utilizar fuego indirecto desde una posición oculta contra un objetivo imposible de ver. En el llamado proceso de marcación, los artilleros ajustaban el alcance, la elevación del cañón y la carga explosiva, siguiendo las instrucciones de un oficial observador de artillería (FOO, por sus siglas en inglés), que normalmente se comunicaba por teléfono desde la primera línea del frente, o las de un observador que informaba por radio desde un avión[28]. Era un proceso lento que, además, alertaba al enemigo; por otro lado, el FOO podía perder visibilidad por culpa de la lluvia o el humo, y la línea telefónica podía sufrir daños (algo bastante frecuente en las batallas, lo que obligaba a recurrir a las palomas y a los reclutas más veloces para mantener en funcionamiento un sistema de comunicaciones). Los alemanes podían acceder a

las conversaciones telefónicas de los británicos en un radio de dos kilómetros aproximadamente, pero en 1915-1916 los británicos desarrollaron unos métodos de comunicación más seguros, como, por ejemplo, el «fullerphone» y el «power buzzer»[29]. Incluso cuando un cañón encontraba su objetivo, los cambios de velocidad del viento y de la presión y la temperatura atmosféricas podían alterar la caída de la bomba, del mismo modo que el desgaste y las fisuras del cañón podían repercutir en la precisión de la pieza de artillería. Por todas estas razones, los preparativos de un ataque tenían resultados decepcionantes en numerosas ocasiones. El primer día de la batalla de Verdún, un bombardeo emprendido por los alemanes con una intensidad sin precedentes no consiguió aniquilar a unas defensas francesas muy fragmentadas, pero astutamente dispersas. Cuando las tropas de asalto avanzaron se vieron sorprendidas por el fuego intenso del enemigo. En el Somme, los británicos dispararon más de 1,5 millones de bombas en cinco días, pero en buena parte del frente alemán las alambradas quedaron intactas, las trincheras permanecieron en su sitio y los cañones siguieron resonando. Los comandantes británicos operaron con suposiciones y no supieron calcular (de hecho, lo subestimaron escandalosamente) el bombardeo necesario para destruir el frente enemigo. Por casualidad llegaron a la fórmula correcta en Neuve Chapelle, donde concentraron casi toda la artillería de la BEF contra una sola línea defensiva, pero no igualaron esta densidad de bombas hasta dos años después en Arras[30]. Sin embargo, se necesitaba tal cantidad de bombas solo para atacar la primera posición que era imposible destruir en profundidad toda la zona de trincheras enemigas, y por intentarlo, Haig en el Somme y Nivelle en Chemin des Dames lo único que consiguieron fue demostrar la ineficacia de su artillería. Además, en el transcurso de la batalla del Somme, los alemanes empezaron a abandonar sus trincheras durante los

bombardeos para dispersarse y refugiarse en los cráteres y hoyos abiertos por los obuses en los alrededores, creando un objetivo tan extenso que ningún bombardeo habría podido destruir. Intensificar y prolongar el bombardeo, con la esperanza de abrir una brecha simplemente con explosivos y metralla, era una empresa infructuosa.

La confianza en la preparación de la artillería también contribuyó a una inflexibilidad táctica, imposibilitando prácticamente cualquier efecto sorpresa. Poner en marcha una ofensiva en el Frente Occidental era como emprender un proyecto colosal de ingeniería civil. En Europa los británicos utilizaron a 21 000 sudafricanos de raza negra en sus batallones de trabajo: al final de la guerra representaban el 25 por ciento de la mano de obra en el Frente Occidental[31]. Los franceses trajeron mano de obra de China y Vietnam. Pero lo cierto es que eran los propios soldados los que hacían casi todo el trabajo, y una parte esencial de la construcción de trincheras dependía de un esfuerzo manual duro y continuo. En el Somme los preparativos comenzaron en diciembre de 1915, en una región de difícil acceso, que carecía de casas, carreteras y líneas ferroviarias, e incluso de aguas superficiales debido a su terreno calcáreo. En julio de 1916, los británicos habían almacenado 2,96 millones de proyectiles de artillería, tendido 112 000 kilómetros de cable telefónico (7000 de ellos a más de dos metros de profundidad) y construido unos 90 kilómetros de línea ferroviaria de vía ancha para una batalla en la que se esperaba que serían necesarios 128 trenes diarios[32]. Los franceses se pusieron manos a la obra dos meses antes de emprenderse la ofensiva de septiembre de 1915 y el ataque de abril de 1917, aunque en esta segunda ocasión necesitaron más tiempo que el pretendido por un impaciente Nivelle, pues el lugar propuesto presentaba, entre otros, el inconveniente de tener unas conexiones de transporte muy deficitarias[33]. Una de

las razones de la persistencia de Falkenhayn en Verdún, de Haig en el Somme y de Nivelle en Chemin des Dames fue la envergadura de las inversiones preliminares realizadas en cada uno de estos tres campos de batalla, así como la dilación y el gasto que implicaba la preparación de nuevos ataques en otros escenarios.

En vista de las limitaciones de la artillería pesada, no es de extrañar que uno y otro bando buscaran soluciones alternativas, movilizando para ello a sus comunidades científicas e industriales. Para empezar, los alemanes no solo estaban más capacitados y mejor equipados para la construcción de trincheras que sus adversarios, sino también mejor pertrechados de armamento de asalto. En 1914 las granadas de mano eran un dispositivo habitual en el ejército alemán, así como los morteros ligeros. La bomba Mills, que se convirtió en la granada principal de los británicos, provocó numerosos accidentes cuando empezó a utilizarse, y no se fabricó una versión más segura hasta 1916. De manera análoga, el mortero Stokes, diseñado por iniciativa privada y adquirido por Lloyd George en calidad de ministro de Municiones, solo comenzó a ser empleado a partir de 1916[34]. Los alemanes también introdujeron el lanzallamas, usado por primera vez en febrero de 1915 en el Frente Occidental. Fueron utilizados prácticamente todos los lanzallamas del ejército del káiser para tratar de destruir los fortines y reductos de Verdún, pero en las últimas fases de la batalla se recurrió a ellos con menos frecuencia debido a su corto alcance y al peligro que corrían quienes los manejaban, que se convertían en fáciles objetivos. En el Somme los británicos también hicieron uso de los lanzallamas, los cuales, a pesar de las terribles heridas y el pánico que pudieran provocar, resultaron más espectaculares que verdaderamente efectivos[35]. Todas estas armas, sin embargo, eran más apropiadas para incursiones, o para barrer las trincheras enemigas, que para ayudar a las tropas a cruzar la

tierra de nadie en una ofensiva. Para este tipo de empresa, otras tres tecnologías parecían más prometedoras. La primera consistía en abrir una galería bajo las trincheras enemigas para colocar minas, lo cual se puso en práctica en el invierno de 1914-1915 principalmente en el frente anglo-alemán. El primer día de la batalla del Somme se hizo explotar varias minas, pero fueron detonadas diez minutos antes de la hora cero, alertando así del asalto. La colocación de minas era un trabajo mucho más lento y peligroso que la preparación de la artillería pesada, aunque, si se mantenía en secreto, podía comportar la ventaja del efecto sorpresa. Sin embargo, por sí misma, la mina no era apropiada para ser algo más que un instrumento complementario de ataque.

Las otras dos tecnologías —el gas venenoso y el tanque— adquirieron mucha más importancia en el curso de la guerra. Ambos fueron concebidos para acabar con el estancamiento en las trincheras. Los británicos ya habían experimentado con el gas antes del estallido de la guerra, y en el invierno de 1914-1915 los franceses dispararon proyectiles con fusiles, y tal vez utilizaran granadas de gas, pero las sustancias empleadas eran más irritantes que letales[36]. Aunque haya buenas razones para pensar que los Aliados habrían utilizado gas si no lo hubiera hecho Alemania, los alemanes cargan justamente con el oprobio de haber sido sus introductores, hecho que se convertiría en una de las acusaciones de crímenes de guerra presentadas contra ellos en la conferencia de paz. Después de probar el gas lacrimógeno contra los rusos, la tarde del 22 de abril de 1915 los alemanes empezaron la segunda batalla de Ypres soltando una nube de cloro que supuso el inicio de la guerra química masiva, circunstancia que distingue a la Primera Guerra Mundial de cualquier otro conflicto armado anterior y de la mayoría de los enfrentamientos bélicos posteriores. En total fueron utilizadas durante la guerra 124 208 toneladas de gas, la mitad de ellas por

Alemania. La cantidad se cuadruplicó entre 1915 y 1916, se dobló en 1917 y volvió a doblarse en 1918. En 1918 esta tecnología empleaba a unos 75 000 civiles y exigía unos procesos de fabricación altamente peligrosos, así como miles de soldados especializados. Probablemente fuera responsable de medio millón de bajas en el Frente Occidental (incluidos alrededor de 25 000 muertos), además de otras 10 000 en Italia y de un considerable número de ellas en Rusia (de donde no tenemos datos precisos). Pero la guerra con gas fue un microcosmos del conflicto en su conjunto como combinación de períodos de escalada y de estancamiento de las hostilidades. Tuvo su mejor oportunidad para convertirse en una tecnología decisiva cuando fue utilizada por primera vez, pero de nuevo, del mismo modo que se presentó, se dejó pasar la oportunidad.

Alemania era muy superior a Gran Bretaña y a Francia en la fabricación y la investigación de los productos químicos, y hasta el final de la guerra se dedicó de manera expeditiva y eficaz a la producción masiva de gases tóxicos. Falkenhayn consideraba el gas un instrumento táctico que podía facilitar el resultado definitivo que ansiaba en el oeste y compensar la escasez de bombas. Los alemanes se convencieron de que podían conciliar sus acciones con una interpretación pedante de la Convención de La Haya de 1899, y el asesor técnico de Falkenhayn, Fritz Haber, le dijo que era poco factible que inmediatamente hubiera represalias. La mayoría de los comandantes mostraron su disconformidad, temiendo que, si los Aliados respondían, Alemania se encontrara en desventaja por los aires occidentales que prevalentemente soplaban en Francia y en Flandes. En el saliente de Ypres, el comandante alemán deseaba probarlo, pero enseguida fue evidente que el gas comportaba graves inconvenientes. Para economizar bombas se decidió dispensar el cloro desde unos 6000 cilindros, previamente estacionados, que resultaban difíciles de ocultar y demasiado voluminosos a la

hora de ser transportados (pero los Aliados harían caso omiso de las advertencias de los servicios de inteligencia), y podían tener pérdidas, lo que los hacía sumamente impopulares entre las tropas. El éxito dependía de un viento favorable, circunstancia que tardó semanas en materializarse. La OHL, pues, no esperaba unos resultados espectaculares, sino llevar a cabo una operación limitada con la que entorpecer las ofensivas aliadas de la primavera, distraer la atención de los movimientos de tropas alemanas rumbo a Rusia y (tomando la cresta de Pilckem) conseguir que el saliente de Ypres fuera indefendible. Al final, cuando a las cinco de la tarde fue lanzada la nube de gas contra un contingente de soldados argelinos que, presas del pánico, en su mayoría huyeron despavoridos, quedó abierta una brecha de casi 8000 metros al norte de Ypres, pero los alemanes disponían en aquellos momentos de pocas reservas y las tropas que mandaron avanzar carecían de máscara. Los Aliados aprovecharon la noche para tapar el hueco, y el impacto de una segunda nube, lanzada al cabo de dos días contra los canadienses, fue mucho menor. En junio los ejércitos aliados habían utilizado masivamente un tipo bastante primitivo de respiradores, y en septiembre los franceses recurrieron al gas en Champagne, y los británicos lo hicieron en Loos. Haig había depositado muchas esperanzas en el uso de esta arma, y confiaba en que le permitiera romper las líneas alemanas a pesar de su continua escasez de bombas; pero en Loos, la mañana del ataque, no soplaba el viento: aunque la nube de cloro resultó útil en algunos sectores, acabó gaseando a más hombres de sus formaciones que del ejército enemigo[37].

Después de lo de Loos, pareció evidente para los dos bandos que el gas no sería un arma decisiva para ganar la guerra, aunque ambos siguieron utilizándolo (los alemanes contra los rusos durante la campaña del verano de 1915 en Polonia, así como alrededor de una decena de veces en el Frente Occidental hasta

agosto de 1916). En líneas generales, favorecía el ataque más que la defensa. Aunque los dos bandos introdujeron respiradores más eficaces, sobre todo los británicos con su «respirador de caja pequeña» (SBR: Small Box Respirator), también introdujeron más gases venenosos y métodos para diseminarlos. El fosgeno, seis veces más tóxico que el cloro, fue utilizado inicialmente por los franceses en Verdún. Este gas se disparaba en bombas, lo que hacía que su efectividad no dependiera tanto del factor viento. Los alemanes usaron el difosgeno en las llamadas bombas Cruz Verde antes de culminar su ataque también en Verdún el 23 de junio, aunque pusieron fin al bombardeo demasiado pronto y las máscaras antigás francesas resultaron bastante eficaces contra el producto tóxico[38]. El primer día de la batalla de Arras, los británicos dispararon grandes cantidades de fosgeno con un nuevo tipo de mortero, el Livens. Este lanzador era más fácil de montar y manejar que los cilindros, y los alemanes lo temían mucho porque apenas avisaba. En general, los Aliados llevaron ventaja en la guerra química hasta julio de 1917, cuando los alemanes atacaron a los británicos con gas mostaza, inaugurando una nueva e importantísima etapa en este campo. Aunque los dos bandos afirmaran, con cierta razón, que el gas causaba menos heridas terribles y un menor número de bajas que los explosivos detonantes, lo cierto es que siguió sembrando el pánico, haciendo que fuera mucho más penosa la situación de los soldados que estaban en primera línea. El uso de bombas de gas se generalizó cuando estas sustituyeron definitivamente a los cilindros. No obstante, continuaron siendo un arma complementaria y hostigadora que en la segunda batalla de Ypres, en Verdún y en Arras permitieron unos triunfos transitorios, pero sin resultados concluyentes.

Parecía menos probable obtener esos resultados concluyentes con los tanques, utilizados por los británicos en el Somme en septiembre de 1916 y en Arras, y por los franceses en

la ofensiva de Nivelle. Los tanques se desarrollaron en Gran Bretaña y Francia de manera independiente, y los alemanes solo se interesaron por estas armas aliadas cuando las vieron en acción. En Francia el visionario que se ocultaba tras ellas era el coronel Jean Baptiste Eugène Estienne, que después de conseguir una entrevista con Joffre en 1915 recibió autorización para trabajar con la firma armamentista Schneider. No obstante, fue en Gran Bretaña donde se construyó el primer tanque preparado para entrar en combate, el Mark I, por una empresa de Lincoln dedicada a la fabricación de maquinaria agrícola, Foster & Co., bajo la supervisión del Landships Committee, un comité creado por Winston Churchill en calidad de primer lord del Almirantazgo. Churchill vio una luz al leer el informe que Hankey había presentado al gabinete tras entrevistarse con el equivalente británico de Estienne, el teniente coronel Ernest Swinton. Tanto este como su colega francés habían visto el tractor Holt, un vehículo estadounidense «guiado por orugas», que inmediatamente consideraron idóneo como medio para cruzar trincheras. Y si para Estienne fue crucial el respaldo de Joffre, para Swinton (que asumió la instrucción de la nueva Unidad de Tanques creada en febrero de 1916) lo fue recibir el apoyo entusiasta de Haig en cuanto este conoció el proyecto. En realidad, Swinton encontró excesivo aquel entusiasmo, pues habría preferido esperar hasta poder emprender un ataque masivo sin avisar[39]. En cualquier caso, ni el uso que hizo Haig de tanques en el Somme, ni el hecho de que utilizara gas en Loos sugieren que fuera un individuo obstinadamente contrario a las nuevas tecnologías.

Sin embargo, en aquellos momentos los tanques tuvieron un éxito relativo, no tanto por las objeciones que pudieran poner las altas esferas militares, sino porque aún distaban mucho de ser las armas en las que se convertirían en 1939-1945. Aunque hubieran sido utilizados masivamente, no habrían logrado

restaurar una guerra abierta. El problema básico residía en su escasa potencia. Los tanques británicos Mark, desde el modelo I hasta el V, pesaban aproximadamente 30 toneladas y disponían de un motor de un máximo de 100 caballos; los Sherman y los T-34 de la Segunda Guerra Mundial pesaban más o menos lo mismo, pero contaban con un motor de 430 y 500 caballos respectivamente[40]. El Mark I tenía una velocidad máxima de entre 5 y 6,5 kilómetros por hora, y una autonomía de ocho horas como mucho. Iba poco armado: solo disponía de ametralladoras o de dos cañones ligeros. Su conducción era difícil; en su interior se respiraba un ambiente tórrido y contaminado por el monóxido de carbono. Era un blanco fácil para la artillería, y sufría numerosas averías. Aunque su peso era considerable, las nuevas balas perforadoras de blindaje desarrolladas por los alemanes podían penetrarlo sin dificultad. Era incapaz de atravesar los bosques destrozados de las inmediaciones del Somme, y resultaba sumamente vulnerable en aldeas y pueblos. Tampoco podía ascender por colinas escarpadas ni cruzar las zonas llenas de hoyos y cráteres que habían abierto las bombas. De las cuarenta y nueve máquinas que entraron en servicio el 15 de septiembre de 1916, trece no consiguieron llegar a la línea de partida. La cortina de fuego preparatoria lanzada por la artillería había dejado unos «pasillos» por cuya superficie alisada podían desplazarse los tanques, pero como muchos de ellos no lograron avanzar, la infantería de apoyo se encontró con las ametralladoras alemanas intactas. No obstante, tres vehículos consiguieron llegar y colaborar en la toma de Flers, localidad situada a unos dos kilómetros del punto de partida, y dos continuaron avanzando hacia el siguiente pueblo hasta que la artillería alemana los detuvo. En Arras, el primer día había sesenta de ellos, pero, una vez más, muchos se averiaron antes de que diera inicio la ofensiva, a la que poca cosa pudieron aportar. El segundo día, once tanques fueron enviados

a apoyar el ataque a Bullecourt de los australianos, pero fracasaron estrepitosamente, y la ofensiva de la infantería, al carecer del debido respaldo, fue repelida, produciéndose 3000 bajas entre los efectivos atacantes, lo que vino a crear un legado de resentimiento hacia el Alto Mando británico y las tripulaciones de los carros de combate[41]. En Chemin des Dames, los tanques pesados Schneider de los franceses corrieron todavía peor suerte, pues llevaban el depósito de combustible en un lugar sumamente vulnerable, que la artillería alemana alcanzó con facilidad. Los vehículos Saint-Chamond, de fabricación estatal, constituyeron un objetivo aún más fácil[42]. Por decirlo suavemente, su entrada en acción fue desigual. Parecían idóneos para prestar apoyo a la infantería en operaciones de poca envergadura, derribando alambradas, silenciando los nidos de ametralladoras, elevando la moral de las tropas aliadas y causando desconcierto entre las filas enemigas. Todas estas virtudes bastaron para convencer al GHQ de la conveniencia de encargar centenares de ellos. Por otro lado, los franceses reaccionarían al desastre de Chemin des Dames depositando toda su confianza en tanques Renault más ligeros tripulados por dos efectivos. Durante la etapa central de la guerra, sin embargo, ni el tanque ni el gas lograrían restaurar la movilidad.

Así pues, hubo que buscar la solución en la infantería y la artillería, y en una mejor coordinación entre ambas. Otra tecnología nueva —el avión— fue importante precisamente porque vino a mejorar la efectividad de la artillería, ya fuera por medio de la observación directa (utilizada muy pronto por los británicos, concretamente en la batalla del Aisne de septiembre de 1914), ya fuera por medio de fotografías aéreas, práctica que empezó a llevarse a cabo en la primavera de 1915[43]. En 1914 la aviación había desempeñado un notable papel en misiones de reconocimiento —un avión francés, por ejemplo, observó cómo

el I Ejército de Von Kluck se dirigía hacia el este de París, y los aviones alemanes controlaron los movimientos de los rusos antes de enfrentarse a ellos en Tannenberg—, pero este tipo de operaciones perdieron relevancia cuando los frentes se estabilizaron. La función de los aparatos aéreos como medio independiente de ataque terrestre se encontraba en su fase inicial, esencialmente porque los aviones no estaban preparados para llevar cargamentos pesados, aunque la aviación alemana lanzó bombas al principio de la batalla de Verdún, y la británica bombardeó cinco trenes enemigos durante la de Loos, ametralló a las tropas alemanas y soltó cincuenta toneladas de explosivos durante la del Somme[44]. Por último, otro medio estratégico de bombardeo también se encontraba en una fase incipiente, y no estaba relacionado con el avión, sino con un dirigible de la marina alemana, el zepelín, que no se utilizaba debido a la inactividad de la Flota de Alta Mar. Tras llevar a cabo una serie de incursiones preliminares en la costa oriental británica, estos aparatos atacaron Londres por primera vez en mayo de 1915, matando a 127 personas e hiriendo a 352 a lo largo de ese año. Aparecían invariablemente en noches serenas de luna nueva, y aunque los británicos no tardaron en aprender cómo detectar sus movimientos interceptando los mensajes por radio, al principio no encontraban la manera de destruirlos[45]. En 1916 los dirigibles alemanes ampliaron su radio de acción y llegaron a las Midlands y a Escocia, obligando a las autoridades locales a decretar el apagón general en numerosas ocasiones. A partir de septiembre de 1916, sin embargo, los defensores supieron calibrar el problema y empezaron a localizar las aeronaves escuchando en secreto sus mensajes de radio para luego derribarlas con la artillería antiaérea y con aviones de caza que disparaban unos proyectiles nuevos explosivos. En 1917 los bombarderos Gotha sustituyeron a los dirigibles como principal arma aérea contra Gran Bretaña. Los zepelines sentaron un

precedente para nuevas formas de ataque contra civiles y vinieron a reforzar la sensación de la opinión pública británica de que la actitud del enemigo era absolutamente inaceptable, pero lo cierto es que apenas afectaron al esfuerzo de guerra de los Aliados[46].

El papel fundamental que debía desempeñar la nueva arma consistía, pues, en ayudar a la artillería. En 1915 los aviones británicos disponían de radio y desarrollaban códigos especiales para comunicarse con la artillería y controlar los efectos de los disparos, pero la observación directa era una tarea de la que se encargaban principalmente los globos amarrados a tierra, que estaban unidos a sus baterías por cables telefónicos[47]. Estos globos, sin embargo, constituían un blanco fácil para los cazas enemigos, y en poco tiempo se convirtieron en centro de duros enfrentamientos aéreos. Los aviones defendían a las tripulaciones de los globos y llevaban a cabo misiones de reconocimiento en las que tomaban fotografías. En general, la ventaja en este tipo de operaciones la tenían los Aliados, especialmente los franceses, que en 1914 disponían de muchos más aparatos aéreos que los británicos o los rusos y contaban con la mayor industria aeronáutica del mundo. El Royal Flying Corps (RFC) fue a la zaga de franceses y alemanes durante los dos primeros años del conflicto. Sin embargo, no puede decirse que al principio hubiera una verdadera guerra aérea en sentido estricto, pues los aviones de uno y otro bando no llevaban ametralladoras montadas, y las bajas que se produjeron fueron en su mayoría no ya fruto de la acción del enemigo, sino consecuencia de accidentes. Buena parte de los aparatos aéreos llevaban un motor de propulsión situado detrás del piloto, aunque este proporcionara menor potencia y maniobrabilidad que una hélice de tracción colocada en la parte frontal. El problema consistía en que una ametralladora fija podía dañar fácilmente las palas de la hélice. En la primavera de 1915, sin

embargo, el aviador francés Roland Garros equipó su aparato con una ametralladora que disparaba a través de la hélice, cuyas palas estaban recubiertas con una placa metálica para desviar las balas que pudieran impactar en ellas. Los alemanes derribaron y capturaron su avión para estudiarlo, y la compañía de Anthony Fokker utilizó la información obtenida para comenzar a fabricar un mecanismo de sincronización que permitió colocar una ametralladora de tiro frontal que disparaba a través de la hélice de un nuevo monoplano con un solo motor sin dañar las palas. A lo largo de varios meses, durante el invierno y la primavera de 1915-1916, el «azote de Fokker» permitió que los alemanes llevaran la delantera, aunque más por la intimidación que suponía su monopolio de la nueva tecnología que por el número de aviones aliados derribados. Con la concentración de su aviación en la zona de Verdún, los alemanes lograron ocultar parcialmente sus preparativos para la batalla, y durante las primeras semanas de acción fueron los amos y señores del cielo. Pero en mayo todo cambió, pues los Aliados capturaron uno de sus Fokker, idearon su propio sistema de sincronización e introdujeron nuevos modelos con hélices propulsoras que no necesitaban ese equipamiento y superaban a los aparatos enemigos[48]. En las fases iniciales de la batalla del Somme, el comandante del RFC, Hugh Trenchard, se adhirió a la propuesta de Haig de lanzar «una ofensiva implacable y constante» para expulsar a los alemanes de su espacio aéreo, aunque esto significara dejar indefensos a los aviones de observación británicos y aceptar un elevado número de bajas entre sus tripulaciones[49]. Tras empezar la batalla con 426 pilotos, el RFC perdió 308 entre muertos, heridos y desaparecidos; otros 268 fueron enviados de vuelta a casa, siendo sustituidos por novatos poco adiestrados cuya esperanza de vida en otoño era poco más de un mes[50]. En septiembre, sin embargo, una nueva generación de cazas alemanes Albatros D.

III volvió a equilibrar la balanza, y durante la «semana sangrienta» de abril de 1917 los «circos volantes» o grupos de cazas alemanes causaron una cantidad sin precedentes de pérdidas al RFC en Arras y dominaron el cielo en Chemin des Dames, impidiendo prácticamente a los franceses llevar a cabo cualquier misión de reconocimiento con fotografías aéreas o de observación desde un globo. No fue hasta mayo y junio cuando los Aliados pudieron volver a tomar la delantera, gracias a la llegada de una nueva generación de aviones, como, por ejemplo, los S. E.5 y los Sopwith Pup británicos y los Spad franceses[51]. En el cielo y en tierra, la iniciativa iba alternándose entre uno y otro bando, aunque en último término el combate aéreo siguiera siendo marginal. Su aplastante superioridad aérea no fue de mucha utilidad para los británicos el 1 de julio de 1916, y perderla no impidió que cosecharan numerosas victorias el primer día de la batalla de Arras, aunque en otros momentos (la primera fase de Verdún, la etapa final en el Somme o el episodio del Chemin des Dames) la superioridad aérea de los alemanes viniera a reforzar su efectividad en tierra.

La observación y la fotografía aérea contribuyeron, sin embargo, a una tendencia menos fascinante, pero más significativa, hacia una mayor efectividad de la artillería. En 1917 franceses y británicos disponían de más cañones, y más pesados, que disparaban un número infinitamente mayor de proyectiles más seguros, y tenían más bombas detonantes que de metralla. También eran cada vez mejores en la precisión de los disparos. Ejemplo de ello era el «tiro al mapa», esto es, la capacidad de dar en el blanco con las coordenadas de un mapa sin alertar previamente al enemigo y sin desvelar la propia posición durante las operaciones preliminares para delimitar el objetivo. Este tipo de acciones se vieron facilitadas cuando la BEF pudo preparar mapas nuevos a gran escala de todo el frente británico y se mejoró el fuego contrabatería, pues los británicos

empezaron a utilizar técnicas novedosas, como, por ejemplo, la detección por destellos o por sonido para ponerse a la altura de los expertos franceses a la hora de localizar los cañones enemigos[52]. Eran unas técnicas que requerían mucha pericia y que un civil podía tardar meses, e incluso años, en dominarlas[53]. Otra novedad fue la introducción de cortinas de fuego para despejar el camino a la infantería, operación que se puso en marcha por primera vez en Loos y se generalizó en las últimas fases de la batalla del Somme. Los soldados caminaban tras una cortina de fuego que iba avanzando poco a poco a apenas veinte metros de distancia, no tanto con la finalidad de destruir las defensas enemigas como para neutralizarlas, obligando a los alemanes a buscar refugio hasta que los atacantes hubieran caído prácticamente sobre ellos e impidiendo que pudieran aprovechar el momento en el que cesaba el fuego para retomar sus posiciones de disparo en los parapetos. Sus efectos fueron incluso mayores cuando se combinaron (a partir de la batalla de Arras) con las nuevas espoletas 106 que hacían detonar las bombas cuando estas impactaban en el suelo, sin necesidad de que penetraran en la tierra, destruyendo así muchas más alambradas de espino[54]. En los ataques aliados de 1917, especialmente a finales de ese año, pudo silenciarse de antemano buena parte de la artillería alemana, y la infantería atacante estuvo mejor protegida.

En cierta medida, también había cambiado la actitud de la propia infantería en el momento de atacar. En esta fase de la guerra ya no se veían aquellas famosas oleadas de soldados avanzando a pie del primer día de la batalla del Somme. En 1915 los alemanes empezaron a experimentar con ataques e incursiones sorpresa por parte de unidades prototipo de sus posteriores fuerzas de asalto: pelotones especialmente adiestrados y equipados que operaban de manera independiente y utilizaban lanzallamas, morteros de trinchera, ametralladoras ligeras y

granadas. El primer día de la batalla de Verdún, unas primeras unidades provistas de alicates y explosivos cortaron las alambradas francesas, utilizaron los lanzallamas contra los fortines, y el asalto principal, aunque adoptó la forma de oleada, fue emprendido tras una cortina de fuego que se iba abriendo paso. Cuando Ludendorff controló la OHL solicitó que cada ejército dispusiera de un pelotón de asalto, y dictó nuevas instrucciones sobre tácticas de asalto[55]. En el bando francés, Pétain empezó a utilizar la fotografía aérea en mayo de 1915 para ayudar a los artilleros antes de proceder al ataque de la cresta de Vimy, y enseñó a su infantería a avanzar en cuanto cesara el fuego de la artillería. Después de las ofensivas de 1915 y de la batalla de Verdún, los franceses corrigieron su doctrina táctica, y al inicio de los enfrentamientos en el Somme su infantería ya avanzaba como un rayo formando pequeños grupos que se cubrían unos a otros para distraer a las defensas. Los contraataques lanzados por Nivelle en Verdún siguieron un patrón similar[56], y en enero de 1917 los franceses crearon sus propias formaciones especiales de asalto, los *grenadiers d'élite*[57]. Todas estas prácticas innovadoras fueron el preludio de un cambio de doctrina. El panfleto del capitán francés André Laffargue sobre «El ataque en la guerra de trincheras», escrito a la luz de sus experiencias durante la ofensiva de Artois de mayo de 1915, ha suscitado muchísimo interés entre los historiadores, pues constituye un estudio pionero sobre la necesidad de desarrollar tácticas de infiltración, aunque no fuera totalmente novedoso ni la única fuente de los cambios doctrinales. En cualquier caso, fue utilizado como manual del ejército francés, y en 1916 ya había sido traducido al inglés y al alemán, influenciando el pensamiento tanto de Nivelle como de la OHL[58]. Incluso los británicos, cuyos comandantes parece que el 1 de julio de 1916 siguieron sus propias tácticas poco imaginativas porque dudaban que los Nuevos Ejércitos tuvieran

la capacidad, la experiencia y la cohesión necesarias para actuar de manera independiente, reconsideraron su posición en vista de lo ocurrido en el Somme y en 1917 ya emitieron nuevas directrices[59]. En pocas palabras, Verdún y el Somme constituyeron un proceso de aprendizaje, pero parecía harto improbable que una combinación de tácticas sin superioridad material masiva pudiera evitar que las fuerzas atacantes avanzaran de manera lenta y difícil, pagando un elevado precio.

Hay una última razón que explica el estancamiento táctico: los defensores también se encontraban en una fase de aprendizaje[60]. En 1915-1916, la insistencia de Falkenhayn en conservar la primera línea recibía cada vez más críticas de la Sección de Operaciones de la OHL, cuyos oficiales preveían que con los progresos de la artillería aliada los costes de mantenerla guarnecida aumentarían. En Verdún ambos bandos sufrieron las consecuencias de concentrar un número elevado de efectivos en las trincheras avanzadas, y en la primera fase de la batalla del Somme los alemanes volvieron a sufrirlas. En el curso de esta batalla montaron unas defensas más dispersas, cambio que fue impulsado por Fritz von Lossberg, jefe del Estado Mayor del II Ejército, cuando optó por delegar las decisiones tácticas en los comandantes de los batallones tras observar que los mensajes de los cuarteles generales de las divisiones tardaban entre ocho y diez horas en llegarles. Cuando Hindenburg y Ludendorff pusieron fin a las operaciones en Verdún hubo disponibilidad de tropas frescas y cañones, y los alemanes desafiaron la superioridad aérea aliada, logrando a partir de septiembre de 1916 (con la ayuda de las condiciones climatológicas) detener prácticamente el avance anglo-francés y repeler las ofensivas con contraataques. En respuesta al poderío de la artillería enemiga, desarrollaron un sistema más flexible de defensa, a pesar de los recelos de muchos de sus comandantes. Ludendorff quería librar en el oeste una batalla defensiva menos costosa, y tenía una

mente más abierta que Falkenhayn para hacerlo. Además de aprobar en septiembre de 1916 la construcción de lo que se convertiría en la Línea Hindenburg, pidió a su Estado Mayor que preparara un nuevo texto sobre doctrina defensiva, que fue publicado —no sin recibir críticas— en diciembre de 1916. Sus autores abogaban por una línea avanzada delgada que atrajera a los atacantes a un extenso campo de batalla donde recibirían disparos por los cuatro costados antes de ser repelidos por los contraataques de tropas frescas estacionadas en la retaguardia, lejos del alcance de la artillería, y, en efecto, en abril de 1917 las líneas del frente estaban menos guarnecidas que en julio de 1916. En Arras el VI Ejército alemán se vio sorprendido con sus divisiones de contraataque a veinticinco kilómetros de distancia cuando los británicos atacaron a las cinco y media de la mañana de un día de nieve del mes de abril y cesaron el fuego antes de lo previsto por los defensores. En cambio, en Chemin des Dames, donde sabían perfectamente lo que podía ocurrir, los alemanes mantuvieron delgada la línea del frente, y la infantería francesa que logró atravesar las primeras defensas se vio rodeada por el fuego procedente de los nidos de ametralladoras de cemento armado. Si Arras puso de manifiesto la progresión experimentada por los métodos y la tecnología de ataque, Chemin des Dames vino a subrayar que la defensa también había experimentado una evolución, y que en general seguía conservando su ventaja.

¿Hasta qué punto este análisis puede hacerse extensivo a otros escenarios de la guerra? La península de Gallípoli fue un minúsculo campo de batalla en el que los porcentajes de fuerzas presentes en relación con el espacio fueron incluso mayores que en Europa occidental. Como la región carecía de ferrocarril, los dos bandos recibían los pertrechos y provisiones por mar, los británicos y los franceses de Mudros, y los turcos de Constantinopla, al otro lado del mar de Mármara. Allí los

Aliados disponían de menos municiones y de menos suministros de todo tipo que en el Frente Occidental, contaban con poquísimo apoyo aéreo, y se quedaron sin el respaldo de la artillería naval cuando, ante la amenaza de los submarinos, el Almirantazgo decidió retirar los acorazados de la zona. No obstante, no dudaron en trepar por colinas más escarpadas que las de Francia para enfrentarse a un enemigo enérgico y equipado con ametralladoras y fusiles modernos. En cuanto las Potencias Centrales pudieron transportar por tren piezas de artillería pesada a Constantinopla, a los Aliados no les quedó otra alternativa que la retirada. En líneas generales, los elevados porcentajes de fuerzas presentes en relación con el espacio y la revolución de la potencia de fuego tuvieron unas consecuencias similares en Gallípoli y en Francia.

Lo mismo cabe decir del frente italiano, donde en 1916 un millón y medio de soldados italianos se enfrentaron a un contingente austríaco al que probablemente doblaban en número. Aunque la frontera austro-italiana se extendía a lo largo de unos 600 kilómetros, sus dos sectores activos —el Isonzo y el Trentino— constituían únicamente una pequeña parte del conjunto (el frente del Isonzo tenía unos 100 kilómetros de longitud)[61]. De ahí que los porcentajes de fuerzas presentes en relación con el espacio fueran, una vez más, elevados. En casi toda la frontera, los Alpes se erigían desde la llanura septentrional de Italia como una muralla que servía para disuadir a cualquier atacante. Allí las condiciones eran muy duras, incluso más que en Francia: había que abrir las trincheras en las rocas con la ayuda de explosivos, o había que cavarlas a los lados de los glaciares. Miles de soldados murieron congelados, asfixiados por la elevada altitud o enterrados por las avalanchas. En el sector del Isonzo había un estrecho desfiladero entre los Alpes Julianos y la meseta calcárea del Carso, pero el propio río Isonzo formaba una barrera, en paralelo a la cual los austríacos

establecieron puestos fortificados. Enseguida se produjo un estancamiento en el frente del Isonzo que se prolongó hasta 1917, mientras que el ataque lanzado por los austríacos en el Trentino en 1916, aunque sirvió para ganar más terreno (y en una zona más montañosa) que el conquistado por los italianos en el Isonzo, había sido contenido antes incluso de que la ofensiva de Brusílov atrajera la atención de Conrad. En 1915, los austríacos se encontraban en Italia en una inferioridad numérica relativamente mayor que los alemanes en Francia, pero contaban con la ventaja de la topografía —mesetas áridas y rocosas que se elevaban al este de un río de aguas torrenciales—, y durante años habían estado mejorando sus infraestructuras ferroviarias. Los italianos no estaban tan bien pertrechados de cañones pesados y municiones como los franceses y los británicos, y los austríacos disponían de muchas más ametralladoras que ellos. Detener los ataques resultaba sorprendentemente fácil. Según un observador francés, la artillería italiana, dispersada a lo largo de un frente muy amplio, simplemente no lograba destruir los cañones y las trincheras de los austríacos, y parecía que el Alto Mando no sabía que para conseguirlo hacía falta una buena preparación[62]. Al cabo de un año, la situación había cambiado muy poco: como la artillería italiana no era capaz de destruir las segundas líneas defensivas austríacas y de contrarrestar el fuego de las baterías enemigas, su infantería caía en medio de certeras cortinas de fuego defensivas, y era repelida con contraataques. Los italianos hicieron más prisioneros y ganaron más territorio que en 1915, pero seguían avanzando con suma lentitud[63]. Aunque en el curso de la guerra Cadorna aumentó el número de soldados y cañones a su disposición, parece que su ejército aprendió muy poco del Frente Oriental. No empezó a recurrir a las cortinas de fuego para facilitar el avance hasta la primavera de 1917, y modificó muy lentamente la táctica de su infantería[64]. Pero los propios

austríacos carecían de la energía suficiente para lanzar un ataque, y no debe subestimarse la resistencia del soldado italiano ordinario. Hasta la llegada de los alemanes en el otoño de 1917, ningún bando fue capaz de acabar con aquel estancamiento.

Si en Gallípoli y en el frente italiano la dinámica táctica de los combates fue parecida a la de Francia y a la de Bélgica, no puede decirse lo mismo de otros escenarios. Tanto en Oriente Próximo como en África, los porcentajes de fuerzas presentes en relación con el espacio fueron infinitamente menores, y las circunstancias logísticas increíblemente distintas. El problema inicial tal vez fuera localizar al enemigo en vez de explorar y reconocer la llamada tierra de nadie. El frente del Cáucaso, un teatro desconocido con cambios extremos de clima y de terreno, no es fácil de comparar con cualquier otro escenario de Europa, aunque la guerra de montaña de los Cárpatos y el Trentino tal vez presentara ciertas analogías. Por otro lado, fuerzas atacantes fueron repelidas por defensores atrincherados y equipados con fusiles y ametralladoras en Tanga en noviembre de 1914, en Ctesifonte un año más tarde, y cuando los refuerzos británicos no consiguieron cruzar las posiciones turcas que asediaban Kut. Cuando Murray atacó Gaza en la primavera de 1917, lanzó los tanques contra las alambradas de espino y las trincheras de los defensores, pero los turcos dejaron abierto un flanco, que luego aprovecharían los británicos para cruzar al interior. A pesar de que lejos de Europa las circunstancias operacionales fueran increíblemente distintas, las condiciones tácticas del Frente Occidental siguieron desarrollándose en todos los lugares en los que se combinaban las armas modernas con elevados porcentajes de fuerzas presentes en relación con el espacio.

El Frente Oriental y el de los Balcanes pertenecen a una categoría a medio camino entre los de Francia, Flandes, el Isonzo y Gallípoli por un lado, y los de Mesopotamia y África por otro. Con una extensión aproximada de 1700 kilómetros a

comienzos de 1915, la longitud del Frente Oriental doblaba con creces la del Occidental, aunque la retirada de los rusos lo redujo a unos 1000 kilómetros antes de que la campaña de Rumanía lo ampliara otros 400 más. Como los ejércitos que combatían en él eran considerablemente más pequeños que los del oeste, los porcentajes de fuerzas presentes en relación con el espacio no eran tan elevados. En el invierno de 1915-1916, los Aliados occidentales tenían desplegados a 2134 efectivos por kilómetro de frente, pero los rusos solo 1200[65]. Con una división y media Alemania guarnecía en el este un sector que en Francia o Bélgica habría requerido la presencia de cinco divisiones, y Austria-Hungría cubría su frente italiano con un contingente seis veces superior al destacado a su frente ruso[66]. En el este también había un menor volumen de ametralladoras y piezas de artillería, y la llamada tierra de nadie ocupaba una zona mucho más extensa. Tan extensa que a veces había ganado pastando entre los ejércitos. Como había menos riesgo de sufrir bombardeos, el sistema de trincheras era más reducido, con más hombres concentrados en primera línea y un número inferior de reservas móviles. Pero en el este también había menos líneas ferroviarias, lo que ralentizaba el traslado de refuerzos. Todos estos factores facilitaban el avance, y tanto los alemanes en Gorlice-Tarnow como las tropas de Brusílov en Lutsk lograron romper las líneas enemigas, aunque en circunstancias significativamente distintas. En Gorlice, los rusos habían estacionado la artillería de campaña en unos bastiones situados en pequeñas colinas, desde las que controlaban las trincheras. El sector constituía un sólido reducto según los parámetros del Frente Oriental, pero no del Occidental (sus alambradas de espino eran rudimentarias). El bombardeo de los alemanes fue el más intenso que se había visto hasta entonces en el este, si bien la superioridad de su artillería no podía compararse con la de los franceses y los británicos en 1915 o en la batalla del Somme, y la

táctica de su infantería era muy poco innovadora[67]. Las tropas de asalto empezaron a subir por las colinas la noche anterior, y se habían cavado las trincheras mirando hacia las posiciones rusas, pero ya en pleno día los soldados comenzaron a avanzar en línea de escaramuza (apoyados por las ráfagas de la aviación), sufriendo numerosas bajas por los disparos de los fusiles y las ametralladoras enemigas. Tuvieron la suerte de que las defensas de buena parte del sector no tardaron en ceder: los rusos empezaron a rendirse o a retirarse precipitadamente porque sus generales temían quedar rodeados. En cambio, en 1916 los austríacos que se enfrentaban a Brusílov habían construido tres líneas fortificadas, cada una con tres trincheras, con nidos de ametralladoras, refugios profundos y muchísima alambrada, aunque los vuelos de reconocimiento habían informado al general ruso de que el enemigo disponía de pocas reservas. Los hombres de Brusílov consiguieron un efecto sorpresa cavando trincheras hasta las líneas enemigas e iniciando un intenso bombardeo, seguido por el ataque de unidades especialmente seleccionadas y adiestradas. En otras palabras las posiciones defensivas fueron más elaboradas, y las tácticas de asalto más sofisticadas, que un año antes[68]. Allí, a lo largo de un frente más reducido y estático que en 1915, las condiciones también fueron muy parecidas a las del Frente Occidental. En otros frentes la movilidad se vio cada vez más obstaculizada, incluso cuando los ejércitos del oeste se acercaban, aunque con dificultades, a la solución de este problema. Sin embargo, por importantes que sean las consideraciones tácticas, tecnológicas y logísticas a la hora de explicar el desarrollo de la guerra, estas no bastan si se estudian de manera aislada. Tras el triunfo de Brusílov, los posteriores ataques rusos contra los alemanes en las inmediaciones de Kovno, aunque fueron lanzados en un frente estrecho y con cortinas de fuego más densas, se revelaron inútiles. El Frente Oriental seguía diferenciándose del

Occidental en un aspecto muy significativo. Los ejércitos de Gran Bretaña, Francia y Alemania no tenían la misma efectividad, y por regla general los alemanes provocaban más bajas entre las filas enemigas de las que sufrían[69]. Pero hasta 1917 estos tres ejércitos eran comparables en su determinación a persistir en la acción aun a costa de soportar un elevado número de pérdidas. En cambio, Brusílov rebasó unas posiciones bien equipadas que en el oeste ninguno de los dos bandos habría abandonado con tanta facilidad, y los alemanes rompieron las líneas enemigas en Gorlice con mucha menos potencia de fuego y pericia táctica de la que habrían necesitado para hacer lo mismo en Francia. Muchas unidades austrohúngaras eran tan inferiores a las rusas en cohesión, moral y equipamiento como las rusas solían serlo en comparación con las alemanas. Los avances en la producción de armas fueron fundamentales también para explicar los contrastes existentes entre los distintos escenarios de la guerra y el modelo general de combate. La calidad y la cantidad de efectivos disponibles, y los éxitos y los fracasos de las economías de guerra serán los temas que a continuación entrarán en escena.

8

Potencial humano y moral

La guerra devoró una cantidad ingente de recursos humanos. Las fuerzas armadas de Alemania contaron con entre 6 y 7 millones de efectivos, 5 de ellos en el ejército de tierra, y a lo largo de la contienda el país movilizó 13,2 millones de hombres, esto es, aproximadamente el 85 por ciento de la población masculina de entre diecisiete y cincuenta años de edad[1]. Rusia movilizó entre 14 y 15,5 millones[2]; Francia 8,4 millones (de los cuales 7,74 procedían de Francia propiamente dicha, y 475 000 de sus colonias)[3]; y las islas Británicas 4,9 millones para el ejército y 500 000 para la marina y las fuerzas aéreas, o lo que es lo mismo, una tercera parte de la población activa de sexo masculino que había antes de la guerra[4]. La marina y las fuerzas aéreas fueron grandes reclutadoras, y se necesitó mano de obra civil en grandes cantidades para abastecer debidamente a las tropas y para proveer del personal necesario una burocracia de guerra cada vez mayor. Pero fue el ejército el que requirió más recursos humanos y el que sufrió, con mucho, el mayor número de bajas. Como en otros aspectos, también en este los Aliados aumentaron su ventaja sobre las Potencias Centrales en el período intermedio de la guerra, pero lo cierto es que en la primavera de 1917 los dos bandos ya habían hecho su máximo esfuerzo. A partir de entonces, solo podrían luchar con el mismo nivel de intensidad sustituyendo los hombres con potencia de fuego.

Aunque ninguna potencia occidental había imaginado que el conflicto sería tan largo y penoso, los sistemas de reclutamiento empleados pusieron de manifiesto que en tiempos de paz habían computado a casi todos los hombres aptos para prestar servicio en el ejército, y que disponían de la maquinaria necesaria para llamarlos a filas, y demostraron también que muchos de esos individuos habían recibido adiestramiento militar. No obstante, después del primer año de guerra resultaba más difícil encontrar oficiales y soldados preparados que producir armas. Antes de 1914, Francia había reclutado alrededor del 80 por ciento de los varones en edad militar, frente al 56 por ciento reclutado por Alemania o el 25 por ciento reclutado por Rusia[5]. Cuando estalló la guerra, aplicando la lección aprendida en 1870 de que en las primeras batallas había que poner toda la carne en el asador, los franceses movilizaron, además de las tres quintas (1911-1913) que ya estaban prestando servicio militar, a los varones de las veinticuatro quintas anteriores, hasta la de 1887[6]. Luego añadieron sucesivas unidades, a medida que los jóvenes entraban en edad militar, o incluso antes: la quinta de 1914 (de la que uno de cada tres muchachos acabaría perdiendo la vi da o clasificado como «desaparecido») en agosto-septiembre de 1914, la quinta de 1915 en diciembre de ese mismo año, la quinta de 1916 en abril de 1915, la quinta de 1917 en enero de 1916, la quinta de 1918 en abril-mayo de 1917 y la quinta de 1919 en abril de 1918[7]. En enero de 1916, el 87 por ciento de todos los hombres movilizados por Francia habían sido llamados a filas[8], y (como en cada promoción había una media de 250 000-300 000 individuos) a partir de entonces los nuevos reclutas apenas compensaron las bajas. No obstante, fueron lo suficientemente numerosos —a pesar de las enormes pérdidas que hubo en Verdún y en el Somme— como para que Francia pudiera seguir en la guerra. Cuando finalizó la ofensiva de

Nivelle ya se habían producido las tres cuartas partes del total de bajas sufridas por Francia[9]. El número de soldados franceses en el Frente Occidental llegó a los 2234 millones en julio de 1916, pero esta cifra había bajado a 1888 millones en octubre de 1917[10]. Un elevado porcentaje de los hombres que servían en el ejército de tierra no eran combatientes (lo que refleja una tendencia más general a aumentar las labores de apoyo), y en abril de 1917 había unos 550 000 efectivos de las quintas movilizadas destinados a la fabricación de municiones, circunstancia que en opinión de muchos diputados violaba el principio republicano de igualdad de sacrificio. La Ley Dalbiez de agosto de 1915 y la Ley Mourier de agosto de 1917 fueron redactadas con la idea de que se enviara al frente a los operarios especializados jóvenes y se utilizara solo a los hombres más mayores en las fábricas de armamento. Pero sus pretensiones no coincidían ni encajaban con los intereses del gobierno ni con los del Alto Mando militar, y las dos leyes fueron objeto de enmiendas tan radicales que al final resultaron inútiles[11]. El ejército no veía con buenos ojos que sus bajas fueran cubiertas con mano de obra de las fábricas de munición; al contrario, lo que querían los altos mandos era precisamente más armas y municiones para compensar el número cada vez más reducido de efectivos. El reclutamiento en las colonias tampoco consiguió subsanar este problema de escasez de hombres. Durante la guerra, Francia reclutó a unos 607 000 combatientes en su imperio, principalmente en el norte y el oeste de África, de los cuales 134 000 fueron enviados a Europa, donde con frecuencia actuaron como tropas de asalto (por ejemplo, en Chemin des Dames), y unos 31 000 cayeron en el continente. Pero incluso cuando hubo más, apenas representaron el 4 por ciento del total de combatientes franceses presentes en el Frente Occidental, a pesar de que en 1916 y 1918 se llevaron a cabo grandes operaciones de reclutamiento[12]. Después del desastre de

Nivelle, el ejército francés simplemente no podía permitirse el lujo de asumir un número masivo de bajas en más acciones ofensivas de gran envergadura, por mucho que sus tropas hubieran estado dispuestas a emprenderlas.

Francia había llegado prácticamente al límite en la primavera de 1917, y Rusia estaba en una posición muy delicada para asumir la carga. Este hecho tal vez parezca sorprendente si tenemos en cuenta su numerosa población, pero debido a una mezcla de razones económicas y políticas, antes de la guerra la Stavka había reducido sustancialmente el número de reclutamientos por debajo de los niveles habituales en Occidente. En julio de 1914, Rusia movilizó a unos 4,5 millones de hombres, añadiendo al ejército activo (las quintas de 1911, 1912 y 1913) alrededor de 3,1 millones de reservistas de la primera promoción (los que habían prestado servicio militar entre 1904 y 1910), la mayoría de los cuales habían seguido recibiendo el adiestramiento anual pertinente. Pero antes incluso de que comenzara la retirada de 1915, el imperio del zar ya había perdido a casi la mitad de los efectivos más veteranos, y a finales de 1916 el número de bajas sufridas superaba los 5,5 millones[13]. En vista de unas pérdidas que excedían con mucho lo esperado, las autoridades rusas movilizaron a las reservas pertenecientes a las promociones de 1896-1910, y en 1914-1915 añadieron las quintas de 1914-1918 (cada una de ellas de alrededor de 550 000 hombres). En diciembre de 1915, una ley especial permitió asimismo la llamada a filas de la promoción de 1919[14]. Además de movilizar a reservistas adiestrados y a los jóvenes de entre diecisiete y dieciocho años, el ejército también reclutó a los hombres que en los sorteos previos habían tenido la suerte de librarse del servicio militar, así como a otros individuos de mayor edad que habían pasado de la reserva a la milicia (los *ratniki*). En su esfuerzo por compensar las pérdidas sufridas durante la Gran Retirada de 1915, el gobierno ruso

decretó la movilización de los *ratniki* de una segunda categoría, la de los hombres que habían sido eximidos del servicio militar principalmente por ser el único sustento de familias con madres viudas o muchos niños pequeños. Las autoridades sabían que esta decisión podía dar lugar a graves conflictos, algo que no tardaron en comprobar: en el otoño de 1916 estallaron revueltas por todo el imperio. No obstante, en 1916 ordenaron la movilización de más *ratniki*, incluyendo esta vez a los que tenían hasta cuarenta años, así como la de más súbditos no rusos, aunque ello provocara violentos disturbios en las regiones de Asia central[15].

Estas medidas vinieron a acentuar las características peculiares del ejército zarista. Si seguía aquella búsqueda de hombres, yendo más allá de los *ratniki*, el ejército se vería obligado a reclutar a una serie de individuos de los que no tenía ningún control administrativo[16]. Pero para competir con los alemanes necesitaba algo más que unos campesinos rudos convertidos en reclutas. En 1916 probablemente no había en sus filas más de un 2 por ciento de soldados de clase trabajadora procedentes de centros urbanos, o incluso menos que en tiempos de paz, debido a las bajas y al hecho de que muchos hombres eran destinados a la producción de municiones[17]. Además, los oficiales y suboficiales ya eran proporcionalmente mucho menos numerosos en el ejército de antes de la guerra que en las fuerzas europeas occidentales[18], y durante la contienda los hombres más cultos podían encontrar con relativa facilidad un trabajo administrativo lejos del frente, mientras que un cuerpo de oficiales, al que se exigía demasiado, sufría más bajas incluso que las tropas. En 1915 algunos regimientos solo tenían la mitad del plantel de oficiales regulares[19], y a finales de 1916 el número de oficiales caídos era de 92.500[20]. Ante esta situación de emergencia, las autoridades comenzaron un adiestramiento masivo de candidatos, que en 1917 permitió

cubrir las vacantes, lo que dio lugar a una situación insólita: de cada diez oficiales, menos de uno procedía del cuerpo regular[21]. Los hombres seleccionados (en su mayoría jovencísimos estudiantes o recién graduados) realizaron en las academias militares unos cursos intensivos que, para los de infantería, apenas duraron cuatro meses, o recibieron una instrucción aún más rudimentaria en las llamadas escuelas de alféreces, cuyos alumnos principiantes eran en su mayoría de origen trabajador o campesino, y solo habían recibido una educación básica durante cuatro años. Estas medidas vinieron a hacer menos profunda la división entre los oficiales jóvenes y los soldados rasos (sin que ello supusiera necesariamente que mejorara el trato dispensado a estos últimos), pero agrandaron la brecha entre los elementos aristocráticos procedentes de las academias militares de élite que ocupaban los altos mandos y el resto del ejército. Gracias al esfuerzo industrial de Rusia, su ejército pudo estar mejor equipado en el invierno de 1916-1917, pero era menos fiable, y había perdido cohesión.

Rusia estaba en una posición muy delicada para asumir la carga en sustitución de los franceses, pero en Gran Bretaña ni los voluntarios en 1914-1915 ni a partir de entonces los reclutas pudieron satisfacer las necesidades del ejército. El sistema de reclutamiento británico fue bastante distinto del utilizado en el continente. En primer lugar, el imperio desempeñó un papel mucho más relevante, pues solo la India consiguió reunir a 1.440 037 voluntarios. En 1915, 138 000 soldados indios fueron destacados en el Frente Occidental, donde durante un tiempo cubrieron un sector considerable del frente británico; en Oriente Próximo prestaron servicio muchos más. Canadá envió 458 000 hombres, Terranova (por aquel entonces un dominio por sí sola) 8000, Australia 332 000, Nueva Zelanda 112 000, y Sudáfrica 136 000 blancos como combatientes, además de 75 000 no blancos que fueron reclutados para servir en Europa

y África en el Contingente de Trabajadores Nativos de Sudáfrica. En el Caribe se presentaron 16 000 voluntarios, África Oriental Británica reunió unos 34 000 efectivos, las colonias del África Occidental Británica 25 000, pero los africanos obligados a prestar servicio como porteadores fueron muchos más[22]. En general, esas unidades eran pagadas por los gobiernos que las enviaban, lo que constituía una gran ayuda económica para la madre patria. En segundo lugar, Gran Bretaña hizo un uso mucho más amplio del voluntariado. También había voluntarios en Francia o Alemania, en su mayoría jóvenes instruidos que optaban por alistarse antes de que los llamaran a filas. Pero el primer día de la batalla del Somme, la inmensa mayoría de los efectivos franceses y alemanes presentes en la zona eran reclutas, mientras que todos los británicos estaban allí, de una manera u otra, por propia voluntad[23].

En las islas Británicas propiamente dichas, solo una octava parte de los que sirvieron en el ejército de tierra durante la guerra se habían alistado antes de 1914, pero en la marina fueron la mitad. Antes del estallido de la guerra, el gobierno no había preparado ningún plan de contingencia para reunir un gran ejército de ciudadanos o trasladar al continente más de seis divisiones regulares de la BEF; incluso la mayoría de los integrantes de la Territorial Force (TF) no se habían comprometido a prestar sus servicios en ultramar[24]. El aumento de voluntarios cuando estalló la guerra permitió al gobierno liberal proyectar su poder en Europa y aceptar un número importante de bajas sin violar sus principios ni poner en peligro el consenso político introduciendo la obligatoriedad. Pero fue un aumento no esperado, y al delegar el reclutamiento en organismos locales y en los propios puestos de trabajo, el Departamento de Guerra perdió el control del fenómeno, permitiendo que se alistaran más hombres de los que podía

alimentar, equipar, adiestrar e incluso alojar. En septiembre, 478 893 individuos se habían unido al ejército, produciéndose la mayor afluencia durante las angustiosas semanas transcurridas entre la batalla de Mons y la del Marne. Kitchener no veía con buenos ojos a la TF, pues la consideraba una organización no profesional, y, aunque esta se expandió muchísimo, la mayoría de los reclutas pasaron a formar parte de sus «Nuevos Ejércitos», una creación completamente nueva y distinta de la TF y de las antiguas fuerzas regulares[25].

Como ocurrió en 1914-1918 en muchos otros terrenos, el voluntariado constituyó un fenómeno sin parangón en la historia de Gran Bretaña. Durante la guerra se alistaron 2,4 millones de voluntarios (los reclutados fueron 2,5 millones)[26]. Procedían de todas las regiones de las islas Británicas; solo en los condados agrícolas del sur de Inglaterra y el sur de Irlanda el fenómeno fue menos acusado, y aun así más de 140 000 voluntarios irlandeses participaron en la contienda, en la que perecieron unos 35.000[27]. Todos los sectores de la economía estuvieron representados, y también todas las clases sociales, aunque los voluntarios fueron en su mayoría gente joven, que a menudo no tenían la edad mínima estipulada, esto es, diecinueve años, y a veces les faltaba mucho para tenerla[28]. En la medida en que es posible generalizar, cabe afirmar —a partir de las cartas, los testimonios orales y los libros de memorias, y los motivos variaban, dependiendo de la clase social— que los viajes, la aventura y la oportunidad de participar en grandes acontecimientos fueron factores muy relevantes, al igual que la campaña propagandística multipartidista dirigida por el Comité Parlamentario de Reclutamiento (PRC, por sus siglas en inglés), las presiones tanto del entorno social del individuo como de otras clases más altas y el deseo de demostrar la propia hombría. El desempleo desempeñó un papel, al menos durante las primeras semanas de la contienda, cuando aún no había escasez

de mano de obra. Y también lo desempeñó el patriotismo, si por patriotismo se entiende responder a una llamada de las autoridades estatales a defender la tierra natal, y los alistamientos llegaron a su nivel más alto tras las crisis de Mons, la primera batalla de Ypres y Loos[29]. En los Dominios la avalancha de voluntarios fue aún más considerable, sobre todo si tenemos en cuenta su distancia geográfica: en Australia, por ejemplo, se habían alistado 52 561 hombres a finales de 1914. Uno de cada cinco australianos y dos de cada cinco canadienses que sirvieron en el ejército habían nacido en Gran Bretaña, pero incluso se alistaron decenas de millares de inmigrantes menos recientes, por razones (al igual que en Gran Bretaña) como la falta de trabajo, la búsqueda de aventuras y una ignorancia ingenua de lo que era la guerra moderna, aunque también por un deseo genuino de ayudar a la madre patria. Como era de esperar, en la India los reclutamientos se produjeron principalmente en las regiones septentrionales del Nepal y el Punjab, identificadas por los británicos como la tierra natal de las «etnias marciales», si bien en el curso de la guerra se sumaron muchos reclutas del sur de la India y de grupos de clase inferior[30]. En Sudáfrica, en cambio, la revuelta afrikáner de octubre de 1914 estuvo dirigida en parte contra la prestación del servicio militar para el imperio; y en Canadá los canadienses franceses, que constituían el 35 por ciento de la población, solo supusieron el 5 por ciento de la Fuerza Expedicionaria Canadiense[31]. En todos los lugares el número total de voluntarios empezó a caer vertiginosamente todos los meses tras el estallido de entusiasmo inicial[32], y en la propia Gran Bretaña, a partir del verano de 1915, no se conseguiría cubrir las necesidades del ejército, dando lugar a una prolongada crisis política para decidir qué medidas había que adoptar.

La controversia en torno a la cuestión del reclutamiento forzoso constituyó el centro de los debates políticos en Gran

Bretaña durante el año siguiente a la formación de la primera coalición gubernamental de Asquith en mayo de 1915. Resultaba evidente que muy pocos se alistaban, especialmente después de que en la conferencia de julio de 1915 celebrada en Calais Kitchener hubiera aceptado el objetivo de setenta divisiones para la BEF, los Nuevos Ejércitos hubieran sufrido por primera vez un número elevadísimo de bajas en Loos, y el gobierno hubiera aceptado lanzar una gran ofensiva en 1916, como parte de la estrategia acordada en Chantilly. Mientras tanto, Lloyd George, que con la coalición había dejado el Ministerio de Hacienda para convertirse en titular del recién creado Ministerio de Municiones, estaba firmemente decidido a impulsar la producción de bombas, a sabiendas de que su futuro político dependía del éxito de esta empresa. Se convenció de la necesidad de instaurar el reclutamiento forzoso para poder asegurarse los operarios especializados que necesitaba con una medida que los librara del servicio militar. El debate, pues, no fue nunca un simple litigio provocado por la meticulosidad de los liberales y la necesidad de hombres por parte del ejército, aunque las voces más críticas con Asquith pidieran en cierto sentido la obligatoriedad del servicio militar por cuestiones simbólicas, para mover a los «remolones», utilizando este asunto (como en Alemania hicieron los opositores a la guerra submarina de Bethmann) como piedra de toque de la voluntad de vencer del gobierno. Amenazaba con provocar una escisión con los laboristas y el TUC, la federación sindical británica, que temían que el reclutamiento forzoso desembocara en trabajos civiles obligatorios y mermara el poder negociador de los sindicatos. Amenazaba también con dividir a los liberales y al gabinete y con provocar la dimisión de Asquith como primer ministro: precisamente, lo que ansiaban muchos conservadores, y probablemente también Lloyd George. Sin embargo, el líder conservador, Andrew Bonar Law, no quería provocar una crisis

que al final obligara a convocar unas elecciones generales que fueran causa de divisiones internas, y optó por sumarse a la estrategia de Asquith de posponer cualquier decisión al respecto. Así pues, la obligatoriedad fue impuesta a hurtadillas. La Ley Nacional de Registro de Datos de julio de 1915 disponía que todos los hombres y las mujeres de edades comprendidas entre los dieciséis y los sesenta y cinco años debían informar de su nombre y su ocupación. El «proyecto Derby» de octubre-diciembre, bajo la supervisión de lord Derby en calidad de director de Reclutamientos, invitaba a los hombres en edad militar a «manifestar» su disposición a servir en el ejército. Como el proyecto no consiguió cumplir los objetivos (y, probablemente, esta fuera su verdadera intención), la Ley de Servicio Militar de enero de 1916 ordenó el reclutamiento forzoso de los varones solteros de entre dieciocho y cuarenta y un años, aunque con numerosas excepciones (que serían revisadas y confirmadas por un sistema de tribunales), entre las que figuraban trabajar para la guerra, dificultades por compromisos familiares o comerciales o por una salud precaria, y la objeción de conciencia. Tras un angustioso período en el que los alistamientos mensuales bajo la nueva ordenanza no llegaron ni a la mitad de los conseguidos bajo el régimen de voluntariedad, una segunda Ley de Servicio Militar aprobada en mayo extendió la obligatoriedad a los varones casados, aunque, como su predecesora, eximió a los irlandeses. Es probable que el primer ministro reconociera que el reclutamiento forzoso era inevitable, pero lo cierto es que solo estaba dispuesto a imponerlo si la medida no provocaba escisiones en su partido o lo obligaba a él a abandonar Downing Street; así pues, decidió esperar hasta que el Registro Nacional y el proyecto Derby confirmaran la existencia de una gran reserva de recursos humanos que solo la obligatoriedad podía convertir en provechosa. No obstante, no tuvo más remedio que ceder a las

presiones de Robertson (el nuevo JEMI) —que contaba con el respaldo de Lloyd George, de los líderes conservadores y de buena parte de la prensa— y permitir el reclutamiento forzoso de los casados. Nunca lograría recuperar su autoridad, y todo este complejo asunto precipitaría el declive del Partido Liberal y confirmaría el compromiso de Gran Bretaña con una forma de guerra total[33].

La decisión británica sentó un precedente para los Dominios. En julio de 1916, Nueva Zelanda introdujo el servicio militar obligatorio. Canadá esperó hasta el último año de la guerra, y el gobierno australiano perdió dos referéndums sobre esta cuestión en octubre de 1916 y diciembre de 1917, el primero por poco margen, pero el segundo por más diferencia de votos. Los principales opositores fueron los radicales y los socialistas, pero también un sector de la comunidad irlandesa y de la jerarquía católica, sumamente contrariados por la manera en la que en 1916 había sido sofocado el llamado Alzamiento de Pascua de Dublín. Incluso en la propia Gran Bretaña el reclutamiento forzoso no consiguió resolver el «problema de los recursos humanos» (expresión que por aquel entonces se hizo habitual en la jerga política)[34]. En 1916 fueron reclutados menos soldados con la ley de obligatoriedad que en 1915 sin ella[35]. La objeción de conciencia por razones morales o religiosas, una controvertida concesión de Asquith a los escrúpulos personales y a las voces críticas de su propio Partido Liberal, no fue la causa principal[36]. La mayoría de los 779 936 hombres que fueron eximidos del servicio militar entre el 1 de marzo de 1916 y el 31 de marzo de 1917 se libraron no ya por cuestiones de conciencia, sino por la precariedad de su estado físico o porque trabajaban en industrias consideradas esenciales. La ley de la obligatoriedad hizo que ciertas actividades como las relacionadas con el ferrocarril, la minería y el armamento quedaran mejor protegidas que nunca (pues en aquellos

momentos la voluntariedad había quedado abolida), aunque el reclutamiento militar sí hizo mella en otros sectores, como, por ejemplo, el comercio[37]. No supuso un gran alivio para el ejército, cuya escasez de hombres se había visto exacerbada por las cuantiosas pérdidas sufridas en el Somme[38]. Atrapadas entre la necesidad de enviar tropas al frente y la de reservar mano de obra para la producción de municiones, las autoridades tenían muy pocos hombres para una y otra tarea. Aunque la BEF pasó de disponer de 907 000 efectivos el 1 de diciembre de 1915 a tener 1.379 000 el 1 de octubre de 1916 y luego 1.801 000 el 1 de octubre de 1917, en este último año el número de hombres tocó techo, y a partir de entonces empezó a descender[39]. El ejército italiano también alcanzó sus máximas dimensiones en 1917, y a continuación comenzó a mostrar indicios de atravesar una situación precaria similar[40]. En este ciclo Gran Bretaña e Italia iban por detrás de Francia y Rusia, pero no demasiado.

Los Aliados se embarcaron en la estrategia de Chantilly pensando que las reservas de hombres de las Potencias Centrales estaban a punto de agotarse[41]. En la conferencia se llegó a la conclusión de que los Aliados necesitaban provocar a los alemanes unas pérdidas mensuales de 200 000 efectivos[42]. En efecto, los Aliados calcularon correctamente que las reservas de las Potencias Centrales eran más limitadas que las suyas, pero sobrevaloraron su propia capacidad de asumir bajas y subestimaron la facilidad de recuperación del enemigo, o al menos la de Alemania. Dejando a un lado Bulgaria, cuyo papel fue marginal, la potencia central que pasaba por más apuros probablemente fuera el Imperio otomano, cuya población cristiana y judía (aproximadamente, una quinta parte del número total de habitantes) podía librarse del servicio militar pagando un impuesto, al igual que los musulmanes más acaudalados. Los kurdos fueron destinados sobre todo a la caballería irregular; los 6 millones de árabes del imperio

(principalmente de Siria e Irak) fueron utilizados cada vez más en el curso de la guerra, aunque las autoridades los consideraran inferiores a las tropas turcas. Así pues, la carga del reclutamiento recayó mayoritariamente en los alrededor de 10 millones de campesinos turcos de la meseta de Anatolia; e incluso cuando estuvo totalmente movilizado el ejército de 800 000 hombres, representaba solo el 4 por ciento de la población (cuando en Francia representaba el 10 por ciento). Perdió sus mejores unidades muy pronto, en las campañas del Cáucaso y los Dardanelos, aunque alcanzó sus máximas dimensiones a comienzos de 1916. Un año más tarde había quedado reducido a 400 000 efectivos, y en marzo de 1918 a 200.000[43]. Austria-Hungría, que era más rica y tenía una población superior a los 50 millones de habitantes, era otro imperio multinacional cuyo ejército se había mantenido relativamente pequeño hasta 1914 (y, por lo tanto, también sus reservas), ofreciendo únicamente adiestramiento a uno de cada cinco individuos de cada quinta. La enorme superioridad numérica de los rusos frente a los austrohúngaros fue una de las razones de que Alemania estuviera permanentemente volcada en el Frente Oriental. En 1914 la monarquía dual movilizó a 3,5 millones de hombres, contando a la mayoría de los reservistas que habían recibido adiestramiento y a las milicias sin preparación, y sufrió 1,25 millones de bajas durante los seis primeros meses. En la primavera de 1915, aunque se había adelantado el alistamiento de la quinta de ese año, la escasez de hombres fue una de las razones del estado de emergencia militar de los Habsburgo[44]. La fortaleza numérica del ejército llegó a su punto culminante antes que en los demás países beligerantes, pero a partir de 1915 hubo que salir adelante como se pudo. Por ejemplo, el 48 por ciento del cuerpo de oficiales habían muerto o desaparecido a comienzos de 1915, en comparación con las pérdidas sufridas por Rusia (un 25 por ciento) o por Alemania (un 16 por ciento)

[45]. En abril de 1915, los jóvenes de edades comprendidas entre los dieciocho y los veinte años fueron alistados en el Landsturm (milicia nacional), y el ejército siguió operando en 1916 llamando a filas a la quinta de 1898 siete meses antes de lo debido. Hasta que estuvo disponible la quinta de 1899, las fuerzas armadas tendrían que contentarse con lo que había[46].

La posición de Alemania, como bloque de 65 millones de habitantes —prácticamente homogéneo desde el punto de vista étnico— que antes de 1914 había movilizado una cantidad de recursos humanos superada solo por Francia, habría debido de ser mucho más favorable. Pero a pesar de este hecho, cuando Hindenburg y Ludendorff asumieron el mando, la escasez de hombres ya provocaba gran ansiedad. Los alemanes, al igual que los franceses, disponían de un número considerable de reservas debidamente adiestradas, que les permitió mantener un enorme ejército desde un principio; sin embargo, a diferencia de los franceses, tenían una elevada tasa de natalidad y un importante número de jóvenes en cada una de sus quintas, circunstancia que no dudaron en aprovechar, llamando dos de ellas a filas (la de 1895 y la de 1896) en 1915, y otras dos (la de 1897 y la de 1898) en 1916[47]. Prácticamente, todos los varones nacidos entre 1879 y 1899 hicieron el servicio militar, siendo las quintas de 1892-1895 las que salieron más perjudicadas, pues sufrieron entre el 35 y el 37 por ciento de las bajas. Sin embargo, el número de efectivos del ejército, que fue de unos 4,6 millones entre agosto de 1914 y agosto de 1915, de unos 5,3 millones entre agosto de 1915 y agosto de 1916, y de unos 5,8 millones entre agosto de 1916 y agosto de 1917, bajó a unos 4,9 millones entre agosto de 1916 y agosto de 1918. Aún así, siguió siendo un enorme ejército con muchísimas reservas en las que apoyarse, y los esfuerzos que en 1916 llevaron a cabo los Aliados por desgastarlo no frenaron su expansión, pero en 1917 también el ejército alemán alcanzó su tamaño máximo[48]. Ludendorff no

hizo más que poner un parche cuando adelantó la llamada a filas de la quinta de 1898 (en septiembre de 1916), pero también cuando se retiró a la Línea Hindenburg y renunció a lanzar una gran ofensiva en 1917. Además, presionó con Hindenburg para que se promulgara una nueva Ley de Servicio Auxiliar Patriótico, la cual (como la Ley de Servicio Militar en Gran Bretaña) solo logró que un número mayor de hombres se libraran de ir al frente[*]. Alemania alcanzó su máximo apogeo simultáneamente con Gran Bretaña e Italia, y no con Rusia y Francia, pero a partir de 1916 tuvo, como los otros países beligerantes, que recurrir a la reorganización de sus unidades y a la utilización de un mayor número de armas más poderosas para compensar la escasez de efectivos y poder seguir en la contienda.

En vista del extraordinario número de bajas que supuso la guerra desde las primeras semanas, tal vez parezca extraño que la crisis de efectivos que atravesaron todos los países beligerantes en 1917 no se hubiera desatado antes. Se pudo disponer de suficientes hombres no solo para seguir con los combates, sino también para intensificarlos en las batallas de 1916. Una razón que lo explica, por paradójica que parezca, es la guerra de trincheras. El instinto de las tropas expuestas a los bombardeos en campo abierto era cavar. El ejército francés sufrió el mayor número de bajas mensuales de toda la guerra en agosto y septiembre de 1914, y junio de 1918 fue otro mes que se caracterizó por unas batallas libradas relativamente en campo abierto[49]. El peor momento para el ejército de Alemania en el Frente Oriental llegó durante las operaciones del invierno de 1914-1915 y la ofensiva del verano de 1915. El primer año de guerra, las pérdidas sufridas por sus unidades del este superaron a las del oeste en más de un 25 por ciento[50]. Por elevado que parezca el grado de desgaste militar en el Frente Occidental incluso cuando no había ofensivas, sin aquel sistema de trincheras, sacos de arena, refugios subterráneos y fortines habría

sido aún más elevado, y, curiosamente, el fuego de la artillería poco tuvo que ver en todo ello. Se ha calculado que durante la batalla del Somme los británicos debían disparar treinta obuses para matar a un alemán[51]. Es cierto que este es un argumento de doble filo: sin trincheras, los dos bandos no habrían podido permanecer tan cerca uno de otro, sobre todo si tenemos en cuenta que, a medida que se desarrollaba la guerra, las armas que utilizaban eran cada vez más poderosas[52]. Las trincheras y ciertas innovaciones, como, por ejemplo, las líneas ferroviarias de suministro y los alimentos enlatados, permitieron que los combates prosiguieran a lo largo del año, sin que los ejércitos se retiraran de manera tradicional a los cuarteles para pasar el invierno. Además, comandantes como Falkenhayn y Joffre veían en las trincheras un sistema que permitía a los hombres unirse a la reserva móvil destinada a lanzar ataques en otros lugares. Las trincheras redujeron el número de bajas y ralentizaron el desgaste. Pero afirmar que salvaron vidas en el curso de la guerra en su conjunto es ya más discutible.

El papel desempeñado por la medicina fue mucho más significativo. Las décadas anteriores a 1914 habían sido testigo de espectaculares avances en el campo de la anestesia, la cirugía antiséptica y aséptica y la bacteriología, así como del auge de la profesión médica tanto en el ámbito civil como militar. En 1914 Alemania, el país beligerante mejor preparado en este sentido, contaba con 33 031 médicos (en su mayoría empleados estatales), el 80 por ciento de los cuales fueron movilizados[53]. Unos 18 000 médicos franceses habían sido llamados a filas en octubre de 1915[54], como al final lo serían la mitad de los 22 000 médicos británicos[55]. A menudo se ha señalado que la Gran Guerra fue el primer conflicto importante (aparte de la guerra ruso-japonesa) en el que las muertes por herida superaron a las provocadas por alguna enfermedad. En la guerra de los bóers, por ejemplo, dos tercios de los soldados británicos caídos

perecieron por culpa de una enfermedad[56]. No obstante, esta generalización parece más válida para el Frente Occidental que para cualquier otro escenario de la contienda. En el ejército turco el número de los que perecieron de una enfermedad multiplicó por siete el de los muertos por las heridas sufridas[57]; las enfermedades fueron asimismo la principal causa de muerte en África oriental; en Macedonia los Aliados perdieron a muchísimos más hombres por culpa de la malaria que a manos de los búlgaros. En 1915 el tifus afectó a una cuarta parte de los efectivos de Serbia y fue una de las principales razones del colapso de su ejército[58]; y en el Frente Oriental más de 5 millones de soldados rusos fueron hospitalizados por cuestiones de salud, sobre todo por padecer escorbuto, pero también tifus, fiebre tifoidea, cólera y disentería[59]. No obstante, la mayoría de ellos lograron sobrevivir, y a lo largo de la guerra en su conjunto, los muertos por heridas de combate quintuplicarían a los fallecidos por enfermedad[60]. Hasta que estalló la epidemia de gripe de 1918, en el Frente Occidental las enfermedades fueron más un incordio que la causa de muertes en masa, lo cual, en vista de la sordidez de las trincheras, acredita la profesionalidad de los oficiales médicos de la BEF (los RMO, por sus siglas en inglés) y la de sus homólogos franceses y alemanes. A las tropas británicas se les facilitaba agua limpia en la medida de lo posible, y cuando abandonaban la primera línea, instalaciones para el aseo personal y el lavado de la ropa. A las tropas alemanas se las despiojaba en espulgaderos públicos subvencionados por suscripción pública. En 1870 la viruela había causado estragos en el ejército francés, pero en 1914-1918 apenas se produjeron casos de esta enfermedad[61]. En 1914 el 32 por ciento de los heridos de la BEF contrajeron el tétanos, pero al final de la guerra la infección afectaba solamente a un 0,1 por ciento[62]. Uno de cada cinco soldados norteamericanos que lucharon contra España en 1898 contrajo fiebre tifoidea,

pero muy pocos lo hicieron en 1917-1918, y a comienzos de 1915 el 90 por ciento de los efectivos de la BEF habían sido vacunados contra esta enfermedad[63]. Nada de esto significa que enfermedades como la sífilis y el pie de trinchera (una afección similar a la congelación, provocada por la constante inmersión en el agua) no pusieran en peligro el poder combativo y la eficacia de los ejércitos, pero gracias a la profesionalidad de los nuevos cuerpos médicos y a los avances realizados en medicina preventiva ya antes de 1914, sus consecuencias fueron proporcionalmente menores que en otras guerras, y la mayoría de los que las contrajeron pudieron regresar al servicio activo.

Aún más notable fue el éxito de la medicina en la rehabilitación de los heridos, fenómeno que explica mejor que cualquier otra cosa la capacidad que tuvieron los ejércitos para permanecer en combate a pesar de unas listas de bajas en apariencia insoportables. La mayoría de las listas elaboradas durante la guerra mezclaban indiscriminadamente a los muertos y a los heridos, sin indicar que solo una pequeña parte de estos últimos no volverían nunca a prestar servicio. El primer obstáculo que debía salvar un soldado herido en el Frente Occidental era la evacuación por parte de los camilleros para poder recibir los primeros auxilios. Pero la naturaleza estática de la campaña comportaba que, por regla general, las curas de emergencia se realizaran en lugares que quedaban al alcance de la artillería de primera línea, y en el sector británico se llevaban a cabo cada vez más intervenciones quirúrgicas en hospitales de campaña situados en los límites de la zona de combate. La guerra fue testigo de pocos avances quirúrgicos verdaderamente espectaculares; no obstante, se produjeron algunos entre los que destaca el tratamiento de la gangrena gaseosa (infección de heridas) por medio de una combinación consistente en extirpar el tejido muerto (desbridamiento) y lavar continuamente la zona con una solución acuosa especial. Entre otras técnicas ya

practicadas antes de la guerra, pero mejoradas en el curso de ella, figuran la diagnosis por rayos X, la intervención quirúrgica en equipo y (en el bando aliado) la transfusión de sangre. Se ha calculado que la tasa de mortalidad general (como porcentaje del total de bajas) fue del 8 por ciento, frente al 13,3 por ciento de la guerra de Secesión norteamericana y al 20 por ciento de la de Crimea; las ametralladoras y las bombas detonantes infligieron al cuerpo humano unos daños más terribles y complejos, pero en gran medida los médicos supieron estar a la altura de la situación. En el ejército francés la proporción de bajas clasificadas como «curados» o como «convaleciente» fue del 54 por ciento[64]. En el ejército británico, según la historia oficial, el 82 por ciento de los heridos fueron «al final reincorporados a alguna forma de servicio»[65]; de los 4,3 millones de heridos alemanes, tres cuartas partes se reincorporaron al servicio[66]; y al menos 1 millón de soldados rusos regresaron al frente tras haber caído heridos, a pesar de disponer de una infraestructura mucho más precaria[67]. Las tropas indias británicas destacadas en Francia consideraban una monstruosidad, comparable a una condena a muerte, el hecho de que, incluso después de haber sido gravemente herido, un hombre pudiera ser obligado a volver al frente[68], pero cientos de miles de soldados tuvieron que hacerlo. Mediante la curación de los enfermos y los heridos, la movilización de los jóvenes en cuanto cumplían los dieciocho años de edad y la presión ejercida sobre los varones de cuarenta años y más para que asumieran responsabilidades de guarnición y de defensa nacional, los países beligerantes mantuvieron e incluso aumentaron el número de combatientes hasta alcanzar su pico máximo en 1917. En este y en otros muchos aspectos, la sociedad europea mostró una sorprendente riqueza de recursos.

Si bien la ciencia médica fue más eficaz que en guerras anteriores en la cura de unas heridas físicas más espantosas, lo

cierto es que cosechó menos éxitos en el tratamiento de los daños psicológicos. Este tipo de lesiones habían recibido muy poca atención antes de la guerra, y no solo las autoridades militares, sino también los psiquiatras, profesión recientemente establecida, iban a tientas en ese terreno. Es evidente que el trastorno por estrés postraumático, como se denomina hoy en día lo que entonces se llamaba «fatiga de combate» y también *shell shock* en los países de habla inglesa, era un fenómeno que ya se había dado en contiendas anteriores, pero no había sido diagnosticado como tal. Se vio exacerbado por las peculiares condiciones de la guerra estática, en la que los soldados soportaban constantes bombardeos en espacios reducidos sin apenas control sobre su destino, viviendo día tras día rodeados de los cuerpos en descomposición de sus camaradas. En los combates móviles de 1914 y 1918, su incidencia disminuyó. Ya en febrero de 1915, un médico inglés, Charles Myers, identificó sus características elementales en un artículo publicado en la revista especializada *The Lancet*[69]. Para empezar, el trastorno —que en los informes de la BEF se manifestaba en forma de parálisis y mutismo entre los soldados ordinarios y en forma de neurastenia entre los oficiales— fue atribuido provisionalmente a cambios de presión atmosférica durante los bombardeos. Solo después de la multitud de casos que se produjeron en el Somme, las autoridades británicas reconocieron a regañadientes que se enfrentaban a un desorden que era esencialmente psicológico, provocado por las escenas, los ruidos y el agotamiento propios de la zona de combate. En Gran Bretaña los métodos utilizados para tratar la enfermedad fueron diversos, desde recomendar reposo hasta lo que hoy sería reconocido como aconsejar la hipnosis y terapias por electrochoque; en Alemania los médicos se mostraron menos comprensivos, recurriendo libremente a tratamientos de choque y otros métodos similares a la tortura física. Es probable que en ambos países todas estas prácticas

sirvieran en cierta medida para aliviar los síntomas, pero seguramente a corto plazo. Así pues, no es de extrañar que el 87 por ciento de los soldados británicos con fatiga de combate regresaran al frente al cabo de un mes[70]. Los casos registrados de manera oficial —unos 200 000 en Alemania y alrededor de 80 000 en Gran Bretaña— parecen sorprendentemente pocos en relación con el tamaño de los ejércitos de estos dos países y las condiciones a las que se vieron sometidos. Sin embargo, es muy probable que fueran solo la punta de un iceberg de traumas y depresiones cuyos efectos se manifestaron en toda su magnitud años después[71].

La epidemia de fatiga de combate viene a recordarnos que, por mucho que los hombres de 1914 pudieran ser más resistentes que nosotros, no eran sobrehumanos y su capacidad tenía un límite. El problema de la falta de efectivos era tanto cualitativo como cuantitativo. Dos de las cuestiones que ha suscitado la Gran Guerra con más insistencia son cómo pudieron soportar los soldados tantas atrocidades y por qué combatieron. Una infinidad de memorias de veteranos escritas en el período de entreguerras nos ofrecen una serie de testimonios importantísimos, aunque en su mayoría desde la perspectiva de los oficiales más jóvenes, y no de los reclutas, y en buena parte coloreados por debates que, en retrospectiva, analizan si el servicio militar fue provechoso y ennoblecedor o inútil y deshumanizador. En Alemania en particular, el mito de una aventura heroica en la que creían todos los combatientes se convirtió en un tópico de la ortodoxia nacionalista durante la República de Weimar, y ponerlo en entredicho siguió siendo difícil incluso después de 1945. Solo en los últimos treinta años aproximadamente los historiadores han utilizado fuentes de la época, como, por ejemplo, la correspondencia de soldados, los informes de los censores militares y los periódicos de las trincheras elaborados por las unidades en combate, para revivir

las actitudes en el frente y desvelar una imagen más compleja, confirmando unos estereotipos que no son ni de patriotismo ni de desencanto. La conclusión más importante a la que llegan estos nuevos estudios es que la experiencia de la guerra se caracterizó por su diversidad. Había diferencias enormes no solo entre los distintos escenarios, sino también entre el sector activo y el sector tranquilo de un mismo frente, y entre las condiciones que reinaban en un mismo sector cuando se libraba una batalla y cuando no. En cualquier caso, para que siguieran los combates no solo era necesario que los gobiernos y los altos mandos militares emitieran órdenes, sino también que hubiera oficiales y soldados que las acataran, en vez de optar por la deserción, la rendición o una tregua.

De hecho, se recurrió a estas tres alternativas incluso en el período intermedio de la guerra, antes de que en 1917-1918 comenzaran a derrumbarse la moral y la disciplina en un ejército tras otro. No todo era sufrir en silencio y obedecer. Más de 300 000 turcos habían desertado en noviembre de 1917[72]; el ejército ruso perdió a 1 millón de prisioneros (en muchos casos sin apenas oposición) durante la retirada de 1915[73] y a 2,1 millones en diciembre de 1916[74]. Aunque a partir de 1914 las dos Potencias Centrales dispusieran de unas fuerzas de tamaño similar en el Frente Oriental, lo cierto es que los rusos hicieron prisioneros a unos 2 millones de austrohúngaros a lo largo de la guerra, frente a 167 000 alemanes, y durante la ofensiva de Brusílov se rindió más de una tercera parte del ejército Habsburgo presente en ese teatro de la guerra[75]. En el Frente Occidental, las deserciones y las rendiciones fueron comparativamente pocas: en toda la guerra, los hombres hechos prisioneros representaron el 11,6 por ciento de las pérdidas francesas, el 9 por ciento de las alemanas y solo el 6,7 por ciento de las británicas[76] (en cifras redondas, 500 000 prisioneros franceses y 180 000 británicos)[77]. Esto refleja en parte el punto

muerto en el que se hallaban los combates, sin apenas la posibilidad de emprender operaciones de envolvimiento a gran escala y de que los hombres tuvieran la ocasión de desertar, pues tenían a sus espaldas a la policía militar, y en los dos bandos se sabía que los capturados probablemente fueran ejecutados y no enviados a la retaguardia[78]. En cambio, lo que sí se produjo a lo largo de grandes sectores del frente fueron treguas tácitas, que a veces se prolongaron durante semanas o más, y no solo en el oeste, sino también en los frentes del este, de Italia y de los Balcanes. La confraternización de la Navidad de 1914 formó parte de un fenómeno mucho más amplio, cuyo verdadero alcance sigue siendo una incógnita. Las treguas tácitas se basaban en acuerdos no oficiales a los que se llegaba sin mediar palabra. Podían romperse cuando una unidad nueva y más agresiva pasaba a primera línea, o seguir adelante si la unidad de relevo se dejaba aconsejar por su predecesora. Comportaban invariablemente disparar lo mínimo, o en cualquier caso respetar momentos del día como el desayuno y evitar el bombardeo de la retaguardia para que pudieran llegar las provisiones a primera línea y ser evacuados los heridos. Cuando patrullaban, los soldados de uno y otro bando apuntaban alto o procuraban evitarse. Buena parte del frente británico permaneció activo, sobre todo después de que el GHQ insistiera en llevar a cabo incursiones con mayor frecuencia para contribuir a la estrategia de desgaste acordada en la conferencia de Chantilly de 1915. De todos modos, se ha calculado que hasta un tercio de las misiones realizadas por las unidades de la BEF probablemente se vieran facilitadas por alguna forma del principio de «vive y deja vivir». En el frente francés y en el frente italiano, a juzgar por lo que vieron las tropas británicas cuando asumieron la responsabilidad de algunos de sus sectores, las incursiones fueron menos frecuentes, prevaleciendo en ellos el principio de «vive y deja vivir». Pero para jugar a ese juego debía

haber dos partes, y los británicos observaron que las tropas de Sajonia y del sur de Alemania (por no decir de Prusia) estaban dispuestas a jugar a ese juego, al igual que las fuerzas austrohúngaras en Polonia y en los Alpes, pero no las turcas en Gallípoli[79].

Las treguas en las trincheras son importantes aquí porque ayudan a explicar qué hizo que la guerra fuera más llevadera (y, por lo tanto, más larga) y porque indican que la intensidad de los combates era, en cierta medida, negociable: en primera línea, las tropas y sus suboficiales y oficiales interpretaban a menudo con lentitud la orden de los comandantes de mantenerse constantemente activos y de disparar a matar siempre que hubiera oportunidad. Si esto ocurría en los momentos más tranquilos del combate, probablemente también ocurriera en los de mayor intensidad. En cuanto comenzaban las ofensivas en el Frente Occidental, sobre todo en la primera mitad de la guerra, los altos mandos poco podían hacer por mantener o incluso supervisar los progresos una vez lanzada la infantería al ataque. Confiaban en sus unidades, o lo que quedara de ellas después de cruzar la tierra de nadie, para avanzar hasta los objetivos fijados de antemano. En la inmensa confusión descentralizadora de una gran ofensiva, en la que probablemente participaran decenas de miles de hombres dispersos a lo largo de unos frentes de muchísimos kilómetros, ya no se podía ejercer aquel control personal que todavía era posible en tiempos de Napoleón. Estas batallas poco tenían en común con Waterloo excepto el nombre. Pero en 1915 esto suponía en el ejército francés, por ejemplo, que una orden de ataque significara en la práctica hacer aquello que una unidad considerara factible, lo que raramente implicaba luchar hasta el último hombre o avanzar si lo único que iba a lograrse con ello era acumular más bajas de manera absurda. Los gobiernos y los altos mandos crearon las circunstancias en las que miles de soldados pertrechados con

armas despiadadas fueron obligados a matar y a mutilar, pero no pudieron decidir la velocidad y la magnitud de la matanza.

Pero precisamente por esta razón se dependía —incluso más que en otras guerras anteriores— de que los efectivos se sintieran verdaderamente motivados para el combate. Y sigue siendo cierto, con todas las salvedades que se han expuesto antes, que desde el Marne y Tannenberg hasta el Somme y Chemin des Dames, los civiles convertidos en soldados se mataron y se mutilaron unos a otros, cayendo a menudo cada día a millares durante semanas seguidas. Surgen aquí dos cuestiones que se solapan: ¿qué les permitió soportar las condiciones habituales del frente? ¿Y qué les motivó a seguir combatiendo, no solo poniendo en peligro su vida, sino también quitándosela a otros? Como es de suponer, sabemos muchas más cosas sobre el Frente Occidental (o al menos sobre las vicisitudes de los Aliados en él) que sobre cualquier otro, pero podemos ampliar hasta cierto punto las conclusiones que sacamos de su estudio. Cabría agruparlas bajo cuatro epígrafes: el primero, las condiciones básicas en las que sirvieron los soldados; el segundo, la coerción; el tercero, la dinámica de los grupos en los que los hombres encontraron resistencia; y el cuarto, los factores ideológicos más importantes.

Lo que más destaca en el primer punto es que los soldados no estaban continuamente en peligro. Al contrario, el ritmo habitual británico era que una unidad estuviera entre tres y siete días de servicio en las trincheras avanzadas, el mismo tiempo en las trincheras de apoyo y también el mismo tiempo en las trincheras de reserva, antes de pasar una semana detrás de las líneas[80]. Numerosos relatos hacen hincapié en el efecto vigorizante de un período de descanso por corto que fuera. Del mismo modo, los periódicos de las trincheras y la correspondencia confirman la obsesión de los soldados por dormir, por la comida caliente y por las comodidades del hogar,

y para los veteranos un legado común de las trincheras fue la acusada conciencia de lo importante que era satisfacer los placeres y las necesidades del cuerpo[81]. Los juegos —y especialmente el fútbol— eran la forma más inmediata de diversión incluso para las exhaustas tropas británicas cuando se retiraban de las líneas; un entretenimiento que se complementaba con cantinas, cafés, clubes donde alojarse como el Toc H de Poperinghe y espectáculos de variedades. Tales distracciones servían para acercarlos a la alegría y el entusiasmo propios del *music-hall* eduardiano y a sus aficiones deportivas[82]. Casi tan importante para satisfacer las necesidades emocionales era el contacto con la vida cotidiana de su lugar de origen. Una de las paradojas del Frente Occidental, en contraste con las guerras imperiales del siglo XIX, era que las tropas estaban geográficamente cerca de sus patrias, por mucho que en otros aspectos pudiera parecer que se encontraran en un planeta distinto, y necesitaban con desesperación mantener un vínculo con su vida anterior. Los oficiales británicos podían leer revistas londinenses en sus refugios subterráneos, y se vendía el *Daily Mail* cerca de las trincheras[83]. La BEF se encargaba de repartir diariamente la correspondencia de 7000 sacas de correos y 60 000 paquetes, y los soldados aguardaban ansiosos su llegada[84]; las tropas francesas esperaban con la misma ansia noticias de sus familias y, como en su mayoría eran de origen campesino, también información sobre cómo habían ido las cosechas anuales[85]. Demasiados moribundos llamaban a sus madres y entre balbuceos se acordaban de su hogar y su familia como para olvidarlo. Uno de los lugares comunes de las cartas y las memorias era que la vida en el frente no podía explicarse a aquellos que no la habían conocido, y según algunos autores como Erich Maria Remarque, esta imposibilidad de explicarla hacía que las visitas a casa resultaran difíciles de soportar[86]. Sin embargo, parece que esta es una visión atípica. Precisamente la

poca frecuencia de los permisos para ir a casa fue una de las principales razones de los amotinamientos de las tropas francesas en 1917.

Este último punto, sin embargo, viene a recordarnos que a menudo no se satisfacían las necesidades de muchos soldados por básicas que fueran. En junio-julio de 1917, más de 400 000 efectivos del ejército británico llevaban al menos doce meses sin haber podido visitar a los suyos, por no hablar de los australianos y los canadienses, que no tenían forma de regresar a casa[87]. Tampoco se permitía que las tropas se recuperaran debidamente cuando abandonaban las líneas, viéndose a menudo sometidas a un régimen agotador de cansancio mental y duro ejercicio físico. En Francia y en Flandes el servicio en la primera línea del frente significaba con frecuencia no dormir, comidas monótonas y poco apropiadas desde el punto de vista calórico y un trabajo físico extenuante sin apenas poder protegerse de la intemperie durante las distintas estaciones del año. Implicaba también perder el control de la propia vida, pues había que observar los severos códigos militares de disciplina y acatar órdenes impredecibles de unos superiores que a veces estaban muy poco familiarizados con la zona de combate[88]. En muchos aspectos (incluido el alimentario y el sanitario) las tropas francesas estuvieron menos cuidadas (y peor retribuidas) que las británicas, lo que contribuyó a una persistente sensación de agravio. Se ha afirmado, no sin razón, que algunas de esas condiciones no distaban mucho de las de la vida civil de los mineros del sur de Gales, de los campesinos provenzales o de los trabajadores de Berlín o de la Brandeburgo rural. Muchos soldados estaban acostumbrados a la sumisión y a la privación, pero había otros (y no únicamente los miembros de la clase culta que escribieron las memorias de entreguerras) que no. Sin embargo, las condiciones eran mucho peores en los ejércitos ruso e italiano —por no hablar del turco— que en el británico o

el francés, y las comodidades materiales —incluso allí donde las había— no eran más que paliativos para reconciliar a los soldados con una existencia que poquísimos de ellos habrían elegido voluntariamente. De todos modos, había otros aspectos de la experiencia en el frente que iban más allá de cualquier cosa que pudiera darse incluso en la vida civil de la época, en especial la presencia constante de la muerte violenta —algo parecido a vivir en un jardín de plantas exóticas y siniestras, como diría Ernst Jünger—[89] y saber que en cualquier momento un descuido o un proyectil inesperado podía reducir a los vivos a cadáveres[90]. Con el tiempo, la mayoría de los soldados se acostumbraron a las escenas de muerte y putrefacción, y a su olor; pero enfrentarse a aquel miedo constante resultaba mucho más difícil. Y otras experiencias eran normalmente demasiado terribles para acostumbrarse a ellas, sobre todo la de soportar los bombardeos y la de saltar el parapeto cuando se lanzaban al ataque. En palabras de lord Moran, que sirvió como oficial médico durante la guerra y más tarde fue el médico personal de Winston Churchill, cada hombre tenía solo un capital limitado de valentía y coraje. Cuando este capital se agotaba, el soldado entraba en bancarrota[91].

Para explicar por qué las tropas resistieron, y también pelearon, es importante recordar cómo eran los combates de la Primera Guerra Mundial. La mayoría de las muertes se produjeron por el impacto de proyectiles disparados desde la distancia por armas como los morteros, las ametralladoras, los fusiles, las granadas y (especialmente) las piezas de artillería. Es evidente que hubo combates cuerpo a cuerpo con cuchillos, bayonetas o pistolas, pero fueron relativamente pocos. Entre las experiencias más habituales destacan la de sobrevivir bajo el fuego enemigo (o amigo), ocupar una zona en medio de los disparos de las ametralladoras o despejar las trincheras evacuadas por el enemigo[92]. No obstante, la autoridad había colocado

tanto a los atacantes como a los defensores en una difícil situación en la que unos y otros tenían que matar para poder seguir vivos. Si el 1 de julio de 1916 los defensores alemanes hubieran abandonado los refugios subterráneos y preparado las ametralladoras con excesiva lentitud, habrían corrido el peligro de ser bombardeados mientras una cortina de fuego les cortaba la retirada. Para la infantería de Haig, una vez en tierra de nadie, la única esperanza de encontrar refugio habría sido tomar las trincheras de la primera línea del frente enemigo. Detrás de los soldados de uno y otro bando había una serie de mecanismos de coerción. A veces los alemanes eran obligados a entrar en acción por oficiales que los amenazaban con sus pistolas[93]. El 1 de julio todas las unidades británicas tenían su propia «policía de batalla» encargada de detener a cualquier soldado que quedara rezagado, y también disponían de algo similar los alemanes[94]. En la BEF la proporción de policías militares por número de reclutas llegó a multiplicarse por diez, pasando de 1:3306 en 1914 a 1:339 en 1917[95]. En el ejército italiano, Cadorna creía —probablemente sin razón— que solo la disciplina más rígida podía conseguir que sus tropas continuaran combatiendo. Aterrorizaba a sus generales (de los que 217 fueron destituidos por él entre 1915-1917) con el objetivo de que actuaran de la misma manera con sus subordinados. En el período comprendido entre los años 1915 y 1918, unos 330 000 soldados italianos (uno de cada diecisiete) fueron acusados de delitos militares, y el 61 por ciento de ellos fueron declarados culpables[96]. En el ejército italiano las condenas a la pena capital fueron 4028, y se llevaron a cabo alrededor de 750 ejecuciones. Son unas cifras muy superiores a las de un ejército mucho más grande como el británico (3080 y 346), a las del ejército francés (unas 2000 y 700) y a las de uno todavía mayor, el alemán (150 y 48)[97]. De hecho, la disciplina alemana fue mucho más rígida en la Segunda Guerra Mundial, contienda en la que el

escepticismo que manifestaban los soldados en sus cartas en 1914-1918 habría comportado la pena de muerte[98]. Las estadísticas parecen confirmar el viejo dicho de que no hay mejor disciplina que la autodisciplina. En el ejército en el que se tenga que imponer la disciplina nunca habrá una buena disciplina.

Aparte de la coerción, debemos considerar qué otras fuerzas más positivas lograron mantener a los soldados en combate. Todos los ejércitos contaron con un número considerable de efectivos que simplemente disfrutaban de aquella vida, ya fuera porque habían elegido seguir una carrera militar antes de la guerra, ya fuera porque les excitara ir a la caza del enemigo y la destrucción. Parece que muchos ases de la aviación encajaban con este patrón[99], como, por ejemplo, algunos voluntarios como el alemán Ernst Jünger y (al menos hasta que se insubordinó en 1917) el británico Siegfried Sassoon. Otros, como los artilleros, que apenas han dejado testimonios personales, quedaban protegidos por la lejanía de las consecuencias de sus acciones (aunque ellos mismos sufrieran el fuego de la artillería enemiga). Por su parte, las secciones especializadas formadas por voluntarios, como las tropas de asalto alemanas y los cuerpos de ametralladoras de prácticamente todos los ejércitos, parece que atrajeron a personalidades bastante agresivas. Incluso en la infantería, las unidades de élite, conscientes de su relevancia, solían mostrarse más activas defendiendo las líneas y también durante la batalla, y muchos autores han subrayado la importancia de la camaradería entre hombres —la preocupación por no perder el propio prestigio o por no abandonar a los compañeros— como medio para motivar a las unidades a entrar en acción. Las cartas de los soldados de origen indio hacen hincapié sobre todo en el *izzat* (el honor, el prestigio, la reputación) y ponen de manifiesto un miedo exacerbado a la vergüenza y a la

deshonra[100]. Del mismo modo, según el filósofo francés (y veterano de 1914-1918) Alain, «el honor es el verdadero motor de la guerra»[101]. Sin embargo, la propia dinámica de los grupos reducidos podía asimismo acelerar el amotinamiento y la deserción si la moral se venía abajo, y el liderazgo que ofrecían los oficiales subalternos y los suboficiales, más que el del personal no combatiente y de los rangos superiores, es un factor que hay que tener en cuenta. Como las bajas de los oficiales subalternos eran por lo general más numerosas que las de otros grupos, en 1916-1917 muchos de estos oficiales carecían de experiencia, pues ya quedaban pocos de los que habían formado parte de las fuerzas regulares antes de la guerra. Es cierto que en el ejército francés, que no se expandió como el británico, y que ya disponía de un cuerpo de oficiales de reserva, no hubo tantos ascensos de rangos inferiores[102]. Pero en la BEF, ya desde 1915, había pocos oficiales regulares sirviendo en los Nuevos Ejércitos, y en 1917-1918 se había producido una notable democratización; se calcula que al menos el 40 por ciento de los oficiales eran de clase trabajadora o media baja. Este proceso probablemente redundara en beneficio de las relaciones entre oficiales y soldados, que testimonios de la época indican que fueron en general buenas al menos hasta la batalla del Somme[103]. En cambio, en Austria-Hungría, que sufrió de manera excepcional importantes bajas entre sus oficiales, dos tercios del cuerpo regular de oficiales eran de lengua alemana, y la mayoría del resto magiar, y los oficiales reservistas de clase media que entraban en el ejército para sustituirlos no solo no se esforzaron mucho por entender las lenguas de sus hombres, sino que también tuvieron menos tiempo para aprenderlas[104]. Análogamente, el ejército ruso concedió 170 000 graduaciones de oficial durante la guerra[105], y el italiano 160.191[106]. Al parecer, la dinámica de los grupos reducidos y el liderazgo efectivo fueron cruciales en lugares y momentos concretos, pero

tuvieron más importancia en unos ejércitos que en otros, y en el curso de la guerra las bajas tendrían un pernicioso efecto en todas esas unidades tan compactas.

Hay que hacer también otras consideraciones más generales. Entre otras, por ejemplo, las relacionadas con la religión organizada, prácticamente ausente en los ejércitos. Ni que decir tiene que muchos soldados eran supersticiosos[107], pues se encontraban en un territorio hostil y desconocido, conviviendo en constante proximidad con los elementos de la naturaleza y con la muerte. En medio de una tecnología moderna, sus circunstancias recordaban a las de los europeos de la Edad Media, a las de unos individuos anteriores a la llegada del racionalismo científico y la civilización urbana e industrial[108]. Sin embargo, los sentimientos religiosos, fueran cuales fuesen, se expresaban fundamentalmente a través del recurso a talismanes y a imprecaciones personales, y no a capellanes castrenses, y los testimonios de primera mano que se han conservado —naturalmente con muchas excepciones individuales— hacen poca referencia a las creencias oficiales[109]. Por otra parte, era mucho más significativa la fe en la nación, como se ponía de manifiesto cuando faltaba. El AOK de los Habsburgo temía con razón que las unidades checas y serbobosnias fueran poco fiables, y las deserciones de los checos empezaron enseguida[110]. Sin embargo, aunque se dieron algunas rendiciones espectaculares de unidades checas, parece que la composición étnica de los prisioneros de guerra austrohúngaros se parecía a la del ejército de los Habsburgo, y el gran número de soldados capturados viene a refrendar en la mayoría de los casos la desmoralización general y la ineficacia del ejército, más que el separatismo nacional[111]. En el ejército ruso las autoridades desconfiaban de las minorías, excepto de los ucranianos y los bielorrusos. Los judíos estaban excluidos del cuerpo de oficiales del ejército zarista; los soldados polacos, los bálticos y los

oriundos de Asia central estaban repartidos por todas las unidades y no se permitía normalmente que superaran el 15 o 20 por ciento de un regimiento[112]. En el ejército alemán las autoridades discriminaban a los reclutas alsacianos[113]. En el otomano, se desarrollaron conspiraciones nacionalistas entre los oficiales de los contingentes arabo-sirios, aunque su repercusión fue escasa. Incluso entre las comunidades que supuestamente compartían un mismo idioma, los mandos italianos creían que los regimientos procedentes del sur del país eran menos de fiar que los que procedían del norte, y el GQG francés tenía la misma opinión de sus soldados originarios del sur, probablemente en ambos casos con cierta justificación. En otras palabras, las lealtades nacionales y patrióticas marcaban la diferencia por lo que se refiere a la capacidad de aguante.

Esto no quiere decir que los sentimientos abiertamente nacionales desempeñaran un papel positivo destacado en la voluntad de seguir luchando de la que hicieron gala los ejércitos. Convendría más bien hablar de un modo más genérico de soldados que tenían confianza en su causa, concepto que encubre, aparte de los sentimientos patrióticos, una amalgama de creencias entre las que se encontraban la seguridad de la victoria y la aceptación de que los objetivos de la guerra eran legítimos. El patriotismo probablemente fuera más visible en el ejército francés, cuyos soldados y oficiales hacían a menudo referencia en sus cartas y en los periódicos de las trincheras a la invasión de su país y a la necesidad de continuar combatiendo hasta que el enemigo fuera expulsado y la tierra por la que habían muerto sus camaradas fuera liberada. Los soldados no constituían una raza aparte, ajena a la política nacional, y las demostraciones de unidad y determinación dentro de su propio país los fortificaban. Las tropas francesas sentían un desprecio cada vez mayor por los periodistas y los políticos que ofrecían una imagen falsa de la cruda realidad de las condiciones del

frente, así como por los especuladores y los trabajadores de las fábricas de municiones que se aprovechaban de la guerra, mientras que a los pobres soldados les daban una paga miserable; pero al mismo tiempo conservaban un fuerte aprecio por la vida hogareña y familiar, cuya defensa era, para muchos, la justificación esencial para perseverar en la lucha. A juzgar por el testimonio de las cartas, los periódicos de las trincheras, y los informes de la censura, siguieron convencidos, al menos hasta 1917, de que tarde o temprano llegaría la victoria[114]. En Gallípoli los soldados turcos estaban seguros de la justicia de su causa y de sus perspectivas de éxito, y de hecho algunos tenían el convencimiento de que si morían, irían al paraíso[115]. Incluso las tropas británicas, pese a hallarse fuera de su territorio nacional, antes de la ofensiva del Somme decían en sus cartas sin el menor asomo de ironía que luchaban por el rey, por el país y por el imperio[116]. Los escritores y memorialistas de la BEF se centraban en un conjunto de valores típicamente deportivos, como castigar a los fanfarrones y defender las reglas del juego limpio frente a un enemigo que, si no era aplastado, podía suponer una amenaza para sus islas. Quizá la mayoría de los soldados identificaran la patria con sus familias, sus barrios y ciudades y pueblos, y no con algo más abstracto. Incluso los que aparentemente estaban más curtidos a menudo abrigaban una fe obstinada en su superioridad respecto a las demás personas (así era sobre todo entre los procedentes de los territorios de los Dominios), y creían con la misma firmeza que los franceses en la seguridad de la victoria[117]. Aunque las unidades de los ejércitos francés y británico respetaran algunas treguas locales tácitas, eso no significa que sintieran aprecio por un enemigo al que culpaban de agresión y de cometer auténticas atrocidades, o que muchos creyeran en la existencia de una comunidad de soldados de primera línea con intereses comunes frente a los capitalistas y los militaristas de la retaguardia.

Respecto al ejército alemán disponemos de mucha menos información, y es posible que muchos de sus soldados fueran bastante más escépticos, al menos a juzgar por la mala acogida que dispensaban a los voluntarios[118]. Hasta Verdún conservaron los ánimos gracias a los sucesivos triunfos obtenidos y a la esperanza de que la victoria trajera la paz. En el Somme, al enfrentarse por primera vez a un enemigo casi tan bien equipado como ellos, fueron más, al parecer, las unidades alemanas las que empezaron a concebir la guerra como una lucha eminentemente defensiva, viéndose obligadas a combatir para conservar las posiciones avanzadas que custodiaban el Rin y su patria[119]. A diferencia de las batallas de 1915, la del Somme fue mucho más allá y causó una tensión bastante mayor, pues pasaron por ella unas cincuenta divisiones (o sea, el 45 por ciento de las que estaban en el Frente Occidental)[120]. Quizá resultara más fácil justificar la guerra cuando las circunstancias empeoraban, como les ocurrió a los italianos a finales de 1917, a raíz de la invasión de su país. Aun así, es probable que el patriotismo fuera sentido y expresado más explícitamente por los oficiales que luego insistirían en este tema en las historias escritas por los militares alemanes que por los soldados rasos Sin embargo, aunque el orgullo profesional sirviera para mantener la moral alta, los soldados alemanes tenían buenos motivos (al menos hasta el verano de 1916) para creer en su superioridad frente a todos sus adversarios[121].

Se ha argumentado que el enigma de la motivación para combatir puede abordarse desde cuatro direcciones distintas: las condiciones materiales, la coacción, la dinámica de grupo pequeño y la filiación ideológica o patriótica. La propaganda del frente, en el sentido de las acciones realizadas deliberadamente para minar la moral del ejército enemigo mediante el lanzamiento de folletos y otros panfletos, tuvo una importancia menor durante el período intermedio de la guerra, aunque luego

se intentaría llevar a cabo a una escala mucho mayor[122]. En 1915-1916, la cohesión del ejército venía determinada más por las condiciones existentes en su propio bando que por las acciones del enemigo, y si esas condiciones eran favorables, la resistencia era posible por muy alto que fuera el número de bajas. En el invierno de 1916-1917, sin embargo, hay cada vez más pruebas de que los factores que habían mantenido luchando a los ejércitos con tanta intensidad empezaban a perder fuerza. Oficialmente, según los cálculos de Haig y sus informes al gobierno, la moral de la BEF tras la ofensiva del Somme seguía estando alta. Después de examinar las cartas de los soldados, los censores militares del III Ejército británico no encontraron rastro alguno de vacilación en su afán de ver el fin de la guerra, ni demasiados deseos de alcanzar una paz «prematura» de compromiso[123]. Pero las fases posteriores de la batalla, cuando por fin empeoró el tiempo en el mes de octubre, fueron, al parecer, una experiencia atroz que hizo tambalear la seguridad de todos los participantes en la acción y que empezó a malquistarlos con sus superiores[124]. En los otros ejércitos aliados, la situación fue todavía peor. Los soldados que fueron declarados culpables de deserción en el ejército italiano pasaron de los 10 000 del período comprendido entre junio de 1915 y mayo de 1916 a los 28 000 del período comprendido entre junio de 1916 y mayo de 1917[125]. Los censores de las cartas de los soldados del ejército francés encontraron pruebas de decadencia moral durante las últimas etapas de la ofensiva de Verdún[126], y en la 5.ª División de Infantería las deserciones alcanzaron durante el invierno de 1916-1917 unos niveles desconocidos hasta entonces[127]. En el ejército ruso disponemos de testimonios similares que indican que en 1915 había muchos soldados convencidos de que no podrían vencer a los alemanes, y que a finales de 1916 estaban llenos de pesimismo y recriminaban a sus superiores haberlos enviado a la guerra sin

los recursos necesarios para ganarla[128]. La evidencia de que la victoria seguía tan lejana como el primer día, a pesar de los éxitos iniciales de Brusílov y de la muerte de otro millón de hombres, hundió todavía más los ánimos. Las cartas de los soldados ponen de manifiesto una profunda angustia por el deterioro cualitativo y cuantitativo de sus provisiones (la ración diaria de pan fue reducida de 1,3 a 0,9 kg, y luego a 450 gr durante el invierno), y el enojo por la inflación galopante y las privaciones que ponían en peligro la supervivencia de sus seres queridos. Muchos deseaban poner fin a la guerra costara lo que costase, y parece que entre octubre-diciembre de 1916 se produjeron más de veinte motines (la primera vez que se alcanzó un número tan alto en cualquier ejército durante la guerra), participando a veces en ellos regimientos enteros y adoptando la forma de rechazo colectivo a la orden de efectuar o preparar un ataque[129]. El ejército británico, el francés y el italiano podían seguir siendo utilizados como instrumentos ofensivos, aunque los soldados de estos dos últimos se mostraran cada vez más reacios; pero el ruso ya no estaba dispuesto a desempeñar esa función. Por otra parte, el ejército turco empezaba a sufrir deserciones en masa, y el austrohúngaro había mostrado ya su tendencia a ofrecer la rendición. Excepto contra Italia, solo podía continuar luchando con la ayuda de su aliado. El gran motor cuya potencia sostenía la guerra seguía siendo el ejército alemán, cuya seguridad en sí mismo se había deteriorado durante 1916, pero cuya disciplina aún era excepcional; todavía era una fuerza enorme y formidable tanto para la defensa como para el ataque. Probablemente ya no fuera lo bastante fuerte para que Hindenburg y Ludendorff consiguieran sus objetivos de guerra, pero los Aliados tampoco estaban cerca de derrotarlo, y la campaña de Rumanía había demostrado que todavía era capaz de sostener a sus socios. Mientras esta fuerza permaneciera intacta, había pocas perspectivas de una pronta resolución del

conflicto.

9

Armamento y economía

La guerra era cara. Todos y cada uno de los millones de balas y de bombas disparadas llevaba una etiqueta con el precio. Cada soldado debía cobrar su paga (por mísera que fuera), tenía que ser vestido y alimentado, transportado al frente y sacado de él, y tenía que recibir los cuidados necesarios en caso de caer herido o enfermo. Su equipo tenía que ser fabricado y probado, y luego transportado en trenes que necesitaban combustible y mantenimiento, o por medio de animales que necesitaban pienso y cuadras. Las familias de los soldados cobraban un subsidio de separación, y los inválidos, las viudas y los huérfanos necesitaban ayudas, lo mismo que los miles y miles de refugiados. Como la mayoría de la población, al menos en la Europa occidental y central, vivían por encima del nivel mínimo de subsistencia, pudo dedicarse una proporción de la renta nacional mayor que en las guerras anteriores a fines militares y no civiles, lo que venía a ser lo mismo. Se ha calculado que el coste total del conflicto fue de 208 500 millones de dólares según los precios de la época, que equivaldrían a 82 400 millones de dólares de 1913, es decir, antes de que el nivel de precios en la mayoría de los países se multiplicara por dos o más[1]. Los niveles de movilización económica estuvieron muy cerca de los de la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, el gasto público de Alemania (la mayor parte dedicado a la guerra) pasó del 18 por ciento al 76 por ciento del PNN (producto

nacional neto) entre 1914 y 1917[2]; en Gran Bretaña, el gasto militar en relación con el PNB (producto nacional bruto) llegó al 70 por ciento en 1917, comparado con el 20-25 por ciento en 1814-1815, y el 54-57 por ciento en 1943; en Francia, el gasto militar quizá llegara realmente a superar en 1917 la totalidad de la renta nacional (debido a los préstamos pedidos)[3]. Además, las situaciones de estancamiento cuestan más que las campañas iniciales. Entre 1914-1915, 1915-1916 y 1916-1917, el gasto de Alemania pasó de los 2920 millones de dólares a los 5836, y de ahí a los 5609; el de Francia pasó de los 1994 millones de dólares a los 3827 y de ahí a los 6277; y el de Gran Bretaña de los 2493 millones de dólares a los 7195 y luego a los 10.303[4]. El gran salto se produjo entre el primer y el tercer año.

Otra causa del estancamiento y de la escalada del conflicto que se produjo en 1915-1916 fue que ambos bandos contaban con los medios necesarios para luchar, tanto desde el punto de vista financiero como en términos de recursos reales de materias primas, hombres y equipamientos. Si los alemanes tuvieron una ventaja inicial en lo tocante a la movilización industrial, en 1916 los Aliados habían acortado distancias, aunque semejante esfuerzo llevó a Rusia al borde del caos y a Gran Bretaña a una crisis cambiaria. En la primavera de 1917, las restricciones económicas golpearon con fuerza a los dos bandos, aunque durante la mayor parte del bienio 1915-1916 esas restricciones habían sido curiosamente escasas, pese a los pronósticos realizados antes de la guerra por comentaristas como Iván Bloch, según el cual las sociedades modernas no podían permitirse un conflicto largo[5]. En Italia, durante el primer año de la guerra Salandra, el presidente del Consejo de Ministros resistió a las demandas de más recursos que le hizo llegar Cadorna e intentó limitar los gastos, pero tras el sobresalto de la *Strafexpedition* se olvidaron las restricciones. El general Alfredo Dallolio, el oficial responsable de la producción de municiones, reiteró una y otra

vez que su objetivo era elevar la producción «a toda costa»[6]. El Tesoro británico acordó en 1914 no aplicar el derecho de veto que normalmente tenía a las compras realizadas por el ejército y la marina. Karl Helfferich, el ministro de Economía y Hacienda alemán en 1914-1916, intentó de manera infructuosa poner en entredicho el principio tradicional del ejército que afirmaba que «el dinero no tiene ningún papel», pero al final acabó aprovechando la ocasión para jactarse de no haber negado nunca nada que los militares consideraran necesario[7]. Hasta 1917 también en Austria-Hungría y Rusia, los ministros de la Guerra tuvieron carta blanca. Los parlamentos y los ministerios de Economía y Hacienda relajaron el control del gasto militar, al principio con la esperanza de una guerra breve, pero no lo recuperaron cuando se comprobó que iba a ser larga. En los colosales bombardeos del Frente Occidental, los frutos de años de paciente acumulación de capital se disiparon convertidos literalmente en humo.

Todos los países beligerantes cubrieron solo una parte de sus gastos con los impuestos. Las razones fueron en parte de carácter técnico: las subidas de impuestos tardaban meses en ser aprobadas y puestas en vigor, y muchos recaudadores de Hacienda habían sido movilizados, obligando al Estado a tener que fiarse de la buena voluntad de la gente. Además, se dijo que si los gobiernos pedían préstamos en vez de cobrar impuestos, lo único que pasaría sería que la próxima generación compartiría los costes de una victoria de la que ella misma iba a beneficiarse. Pero tanta importancia como estas consideraciones tuvo al menos el interés por preservar las treguas políticas alcanzadas en 1914. Incluso en Gran Bretaña, que era el país que más dependía de la fiscalidad, los impuestos cubrieron solo el 26,2 por ciento de los gastos de los años de la guerra. Bajando los umbrales del impuesto sobre la renta de 160 a 130 libras al año, esta contribución se cobró por primera vez a una gran cantidad

de trabajadores manuales, y entre 1913 y 1918-1919 el tipo normal subió del 5,8 por ciento al 30 por ciento. El impuesto sobre la renta y la carga fiscal sobre los beneficios extraordinarios (Excess Profits Duty: EPD), introducida en 1915 (una tasa sobre los beneficios que excedieran los niveles normales en tiempos de paz, medida que sería imitada por muchos otros gobiernos) se convirtieron en los pilares más importantes de las rentas del Estado durante la guerra. No obstante, el Tesoro redujo ese umbral únicamente después de consultar a los sindicatos para determinar qué sectores de la clase trabajadora podrían pagar ese impuesto con menos esfuerzo, y gran parte del pago de la EPD sería aplazado y finalmente cancelado[8]. Los obreros cualificados y los empresarios, los grupos sociales que más partido sacaron a la guerra, fueron tratados con cuidado.

En Alemania los impuestos probablemente cubrieran el 16,7 por ciento de los gastos de guerra correspondientes al Reich y a los gobiernos de los *Länders* juntos, y únicamente el 8,2 por ciento de los gastos solo del Reich. Tradicionalmente, el Reich llevaba cuentas separadas de los gastos ordinarios y de los gastos «extraordinarios» en proyectos de importancia trascendental. Helfferich trató la guerra como un asunto extraordinario, afirmando que los impuestos debían sufragar exclusivamente los gastos civiles rutinarios y pagar los intereses de los préstamos; el ministro dijo en el Reichstag que no quería añadir más cargas a las que ya tenía que soportar el pueblo y que en cualquier caso las subidas de impuestos no serían más que una gota en medio del océano. Si el gobierno subía los impuestos indirectos aumentaría los costes de la vida de la clase trabajadora y pondría en peligro el apoyo de la izquierda a la guerra. Pero para gravar con impuestos directos era necesario el apoyo de los *Länders*, algo que (al igual que antes de 1914) no parecía posible; como Bethmann se había malquistado con los partidos de derechas por la definición de los objetivos de guerra y la campaña de los

submarinos, no quiso enfrentarse todavía más con ellos. El Reich introdujo impuestos sobre la rotación de activos y los beneficios extraordinarios en 1916, pero las rentas obtenidas con ellos fueron pequeñas[9].

En otros países la contribución de los impuestos fue en general incluso menor. Rusia, Francia e Italia imitaron a Gran Bretaña introduciendo gravámenes sobre los beneficios de guerra, pero no fueron más que gestos simbólicos en interés de la unidad nacional en un momento en el que el clamor de la opinión pública contra los especuladores era cada vez mayor en todas partes[10]. Tras varios años de controversia, la Asamblea francesa había acordado en principio introducir el impuesto sobre la renta justo antes de que diera comienzo la guerra, pero no era del agrado del ministro de Hacienda, Alexandre Ribot, y esperó hasta 1916 a ponerlo en vigor a un tipo nominal. Durante los dos primeros años, los ingresos del gobierno francés prácticamente no aumentaron nada. A pesar de las protestas socialistas, esta carga fiscal era más progresiva que en otros países y su aportación del 15 por ciento al total de los costes de la guerra fue la más baja de todos las grandes potencias beligerantes. De hecho, esta cantidad solo bastó para cubrir las partidas normales del Estado francés, pero no los costes de las operaciones militares[11]. El 23 por ciento que se calcula para Italia fue mayor[12], lo mismo que el 26 por ciento de Rusia, aunque en este último caso ello se debió en parte a que este país salió antes de la guerra. El gobierno zarista empezó por suprimir la venta de vodka (esperando que la sobriedad mejorara el rendimiento), aunque los ingresos brutos procedentes del monopolio de este comercio que ostentaba el Estado habían supuesto casi un tercio de sus rentas en tiempos de paz[13]. Como Francia, Rusia se apoyaba sobre todo en los impuestos sobre los bienes de consumo y los servicios como el correo y el ferrocarril, y el gobierno esperó hasta 1916 a introducir el

impuesto sobre la renta. Los estados liberales y autocráticos se diferenciaron muy poco en su comportamiento. En todos los países del continente, el impuesto sobre la renta subió muy poco en términos reales hasta 1916-1917, y el gasto fue muy por delante de él.

Los tesoros de los distintos países europeos se vieron atrapados entre unos gastos militares sin restricciones y el imperativo político de no reavivar las controversias existentes en tiempos de paz mediante las subidas de impuestos. Intentaron —y en este punto vuelve a hacerse patente la «ilusión de una guerra breve»— cubrir sus déficits solicitando préstamos en el interior y en el extranjero, y fuera de eso, a la hora de la verdad, emitiendo moneda siempre que recibían créditos del banco central sin garantías subsidiarias. Ningún banco central conservó demasiada independencia en una situación de guerra; incluso el Banco de Inglaterra, entidad supuestamente privada, cedió al Tesoro su influencia sobre los tipos de interés y el valor de cambio de la libra esterlina. En 1914 el patrón oro nacional fue suspendido en todos los países beligerantes; el papel moneda dejó de ser convertible siempre que alguien lo deseaba, o dejó de necesitarse una mínima proporción de oro para respaldar la emisión de moneda. Una vez despejado así el terreno, los gobiernos pudieron obtener una cantidad ilimitada de dinero en efectivo de sus bancos centrales a cambio de pasivos a corto plazo tales como pagarés del tesoro, reembolsables habitualmente a los tres o los seis meses. En Alemania ciertos bancos de préstamos (las *Darlehenskassen*) desempeñaron la misma función para el Estado y las autoridades locales. La consecuencia fue un incremento masivo del flujo de dinero, que fue acelerándose a medida que avanzaba la guerra. De 1913 a 1918, los billetes en circulación (carecemos de indicadores monetarios más sofisticados) subieron un 1151 por ciento en Gran Bretaña, un 1141 por ciento en Alemania, un 532 por

ciento en Francia y un 504 por ciento en Italia[14]. Pero el crecimiento monetario no generó la consiguiente subida de precios, cuyo índice general en el período de 1913-1918 más o menos se dobló en Gran Bretaña y Alemania (pasando de 100 a 227 y de 100 a 217 respectivamente), se triplicó en Francia (de 100 a 340) y se cuadruplicó en Italia (de 96 a 409)[15]. El motivo de esa disparidad se debió en parte a que las subidas de precios más fuertes en Alemania se registraron en el mercado negro y, por lo tanto, quedaron fuera de las estadísticas oficiales. Pero, además, los gobiernos absorbieron el exceso de liquidez convenciendo a sus ciudadanos de que les prestaran dinero, aunque cada vez con más dificultad. La capacidad de conseguir préstamos que demostraron los estados constituye uno de los fenómenos clave de la guerra, y fue fundamental para que pudieran recaudar las sumas que necesitaban sin socavar la cohesión social por medio de subidas masivas de impuestos o incluso de una aceleración de la inflación. El fenómeno resulta tanto más curioso si nos fijamos en la disminución del crédito de Alemania y del Imperio austrohúngaro frente a los déficits estatales mucho más pequeños existentes antes de 1914[16]. Cientos de miles de instituciones y de ciudadanos particulares de los países beligerantes y neutrales prestaron dinero a unos gobiernos cuyos gastos superaban con mucho a sus ingresos y cuya capacidad de reembolso sería cuestionable incluso aunque ganaran la guerra. Las clases medias europeas se mostraron dispuestas a jugarse su propia prosperidad, además de jugarse las vidas de sus hijos.

Hubo diferencias muy significativas entre los bloques. El Reich alemán lanzó nueve campañas de bonos de guerra (*Kriegsanleihen*) a intervalos de seis meses entre septiembre de 1914 y septiembre de 1918. La deuda pública, emitida normalmente a un generoso tipo de interés del 5 por ciento y reembolsable a los diez años, constituyó un foco

propagandístico indiscutible: los bancos la compraban en bloques y las empresas se la vendían a sus empleados. Se estima que 1,2 millones personas suscribieron la primera emisión y se alcanzó un pico de 5,2 millones con la de marzo de 1916. A lo largo de la guerra en general, los bonos fueron la fuente de ingresos más significativa, produciendo 100 000 millones de marcos, equivalentes a las dos terceras partes del coste de la guerra. Pero si bien hasta el verano de 1916 los bonos fueron más o menos al mismo ritmo que el gasto, rebañando los pagarés del Tesoro a corto plazo y conteniendo el aumento de la emisión de billetes, el número de suscriptores de bonos empezó a disminuir con la quinta emisión en septiembre de ese mismo año, y la deuda flotante, el suministro de dinero y el índice de inflación fueron quedando cada vez más fuera de control. El giro adverso que sufrió la fortuna de las operaciones militares de Alemania también debilitó al país por considerarse un riesgo de crédito[17]. En cambio, el Imperio austrohúngaro contaba con menos población y aunque se apoyó también en los bonos de guerra al estilo alemán y ofreció un interés mayor, solo consiguió cubrir así el 45 por ciento del coste de la guerra. Los billetes austrohúngaros en circulación se multiplicaron por quince durante la contienda y la moneda se depreció a un ritmo mucho más rápido[18].

En Francia, Ribot pensó que en un país invadido no cabía esperar que los inversores fueran tan optimistas como al otro lado del Rin. No ofreció un bonos de guerra hasta noviembre de 1915, e incluso entonces tuvo que hacerlo a un tipo de interés más alto del 5,73 por ciento libre de impuestos. Otras tres emisiones de bonos en octubre de 1916, octubre de 1917 y septiembre de 1918 consiguieron la suma total de unos 24 000 millones de francos, pero eso era menos de un tercio de los ingresos procedentes del principal pilar que sostenía los presupuestos franceses, los bonos de la defensa nacional (*bons de*

la défense nationale). Estos pagarés del Tesoro eran amortizables en períodos de tres a doce meses al equivalente de un interés del 5 por ciento anual. Eran anunciados en la prensa y podían adquirirse fácilmente en las oficinas de correos y en las cajas de ahorros. Ofrecían unas ventajas muy atractivas desde el punto de vista financiero, sin el compromiso mucho más arriesgado que comportaban los bonos a largo plazo. A pesar del peligro que implicaba tener que reembolsarlos todos de golpe, en la práctica podían venderse siempre los suficientes para mantener en circulación la deuda del Estado[19]. Francia no solo recaudó menos impuestos, sino que la proporción de la deuda a corto plazo fue mayor que la de Alemania o la de Gran Bretaña. Este último país ocupó una posición intermedia, emitiendo grandes cantidades de deuda a medio plazo, recurriendo menos a los bonos a largo plazo (como Alemania) o a los pagarés a corto plazo (como Francia), y solicitando en Estados Unidos muchos más préstamos que cualquier otra nación. Italia también salió relativamente airosa en la contención de la expansión monetaria y de la inflación emitiendo bonos de guerra a largo plazo. Pero en Rusia, cuyos gastos de guerra subieron de los 2,540 millones de rublos en 1914 a los 9,380 en 1915 y los 15 267 en 1916, en enero de 1917 se había cuadruplicado no solo el suministro de dinero, sino también los precios. Aunque el gobierno zarista emitió bonos de guerra, apenas logró recaudar unos 10 000 millones de rublos y dejó que la mayor aportación la hicieran los pagarés del Tesoro, en su mayoría absorbidos por el banco nacional. A falta de una población inversora más numerosa, Rusia realizó una expansión enorme de la producción de guerra a costa de una desestabilización monetaria que fue más lejos y más rápida que en ningún otro país. Y la inflación, que empobreció a todos los que dependían de unos ingresos fijos o que tenían dinero como riqueza, era el impuesto más arbitrario de todos[20].

Los Aliados tuvieron que satisfacer más exigencias de sus acreedores entre otras razones porque colectivamente gastaron mucho más:

TABLA 2

Gastos de guerra[21]

Miles de millones de dólares al cambio actual

Gran Bretaña	43,8
Imperio británico (excluida GB)	5,8
Francia	28,2
Rusia	16,3
Italia	14,7
EE.UU.	36,2
Otros	2,0
Total de Aliados y EE.UU.	147,0
Alemania	47,0
Austria-Hungría	13,4
Bulgaria y Turquía	1,1
Total de las Potencias Centrales	61,5
Total absoluto	208,5

Los Aliados, por otra parte, tuvieron más oportunidades de conseguir préstamos en el extranjero. Bien es verdad que las Potencias Centrales más pequeñas podían pedir préstamos a Alemania, que a partir de 1915 concedió al Imperio austrohúngaro una ayuda de 100 millones de marcos al mes y también le permitió pedir préstamos a un consorcio de bancos para financiar sus compras (en octubre de 1917, Viena debía a este consorcio más de 5000 millones de marcos de oro)[22]. Ambas potencias prestaron también dinero a Sofía y a Constantinopla; de hecho, Bulgaria sufragó en buena parte sus gastos de guerra con los préstamos tomados en el extranjero. Por otro lado, la propia Alemania realizó un número considerable de compras a crédito en los países neutrales de los alrededores,

especialmente Holanda, Suiza, Dinamarca y Suecia, aunque la presión de los Aliados fue reduciendo gradualmente estas entregas[*]. Al finalizar la guerra Alemania debía solo a Holanda 1600 millones de marcos de oro, y mantuvo el valor del marco en el mercado de divisas con un éxito considerable[23]. Sin embargo, nada de esto puede compararse con las redes de interdependencia que entre 1914 y 1917 se desarrollaron primero entre los propios Aliados y luego entre estos y Estados Unidos.

Para estudiar esas redes conviene empezar por los Aliados más débiles. Parte del precio que pidieron los italianos por su intervención fue un préstamo por valor de 50 millones de libras esterlinas en el mercado de capitales de Londres, aunque limitaron sus exigencias financieras para no debilitar su posición en las negociaciones territoriales. Pues bien, lejos de mantener la autonomía con la que había soñado, al cabo de unos meses Italia dependía de Gran Bretaña no solo para el aprovisionamiento de carbón y de naves, sino también para financiar las importaciones de trigo y petróleo procedentes de Estados Unidos, mercancías que le suministraban en tiempos de paz Rumanía y Rusia y que habían quedado bloqueadas tras el cierre del estrecho de los Dardanelos. En agosto de 1915, los británicos ayudaban a Italia con 2 millones de libras a la semana, e insistían (como hacían con Francia y Rusia) en que a cambio Italia enviara oro como garantía a Gran Bretaña. Probablemente fuera en parte a cambio de un aumento de la asignación de carbón por lo que Italia declaró la guerra a Alemania en agosto de 1916[24]. Análogamente, Rusia recibió préstamos de Gran Bretaña y Francia para financiar sus compras en estos países y en Estados Unidos. La Commission Internationale de Ravitaillement (Comisión Internacional de Abastecimientos) permitió a los Aliados más débiles importar productos de Estados Unidos en unas condiciones financieras negociadas por Gran Bretaña y

Francia debido a su mayor credibilidad crediticia. El Imperio ruso inspiraba poca confianza en los inversores estadounidenses incluso antes de que los ataques contra los judíos de Polonia durante la retirada de 1915 intensificaran el rechazo hacia él. En febrero de 1915, los gobiernos británico y francés acordaron ayudar a Petrogrado a obtener 100 millones de libras esterlinas en los mercados de capitales de Londres y París. El pacto alcanzado en septiembre de ese mismo año preveía la concesión de créditos británicos por valor de 25 millones de libras al mes durante el año siguiente. Más del 70 por ciento de los fondos prestados por los estadounidenses a Gran Bretaña y a Francia durante su etapa de neutralidad fue para que los utilizaran los rusos[25].

No obstante, la carga que suponía financiar a sus socios, unida al incremento de sus propias necesidades, arrastraron a Francia y Gran Bretaña al abismo. Mientras el déficit de la balanza de pagos de Francia aumentaba, sus préstamos en el exterior pasaban de los 2800 millones de francos en 1915 a los 8800 en 1916; entre 1914 y 1916, Francia pidió prestados a Gran Bretaña 7800 millones y a Estados Unidos 3400. Gran Bretaña no solo encargó y financió todas las compras de Rusia en Estados Unidos a partir de 1915, y también cada vez en mayor medida las de Italia, sino que a partir de mayo de 1916 financió asimismo todos los pedidos de Francia a Estados Unidos, además de apoyar el franco en los mercados de divisas. Todo el esfuerzo de guerra de los Aliados sería vulnerable si se deterioraba el valor crediticio de Gran Bretaña en Estados Unidos. En octubre el 40 por ciento de todas las compras de guerra del gobierno británico, para él mismo y para sus aliados, se hizo en Estados Unidos, y se esperaba que el Tesoro tuviera que agenciar más de 200 millones de dólares al mes[26]. Mientras que la financiación del esfuerzo de guerra en su propio país fue relativamente fácil para Gran Bretaña durante los dos primeros

años, encontrar los dólares necesarios para efectuar compras en Estados Unidos se convirtió en su talón de Aquiles.

El problema tenía dos aspectos relacionados entre sí: el pago de las compras y el mantenimiento del tipo de cambio libra-dólar[27]. El medio habitual de resolver el problema habrían sido las exportaciones. Pero las exportaciones de Francia, afectadas por la invasión y por la prioridad que representaba el armamento, se redujeron a la mitad entre 1913 y 1915, las de Rusia siempre habían sido pocas y se vieron interrumpidas lo mismo que el resto de sus actividades comerciales, y aunque Gran Bretaña mantuvo un superávit de su balanza de pagos durante casi toda la guerra, sufrió las consecuencias de las decisiones del gobierno en 1915-1916 en lo tocante al reclutamiento obligatorio y al incremento de la producción de municiones a expensas de productos de exportación tradicionales como, por ejemplo, los tejidos. Análogamente, entre 1913 y 1915 el volumen de las importaciones británicas procedentes de Estados Unidos aumentó casi en un 68 por ciento. Las autoridades británicas habían tomado una decisión trascendental en agosto de 1914 al mantener la convertibilidad de la libra en el mercado de divisas, y el Banco de Inglaterra incrementó de hecho sus reservas de oro durante la guerra[28]. No obstante, la moneda empezó a perder el tipo de cambio vigente antes de la guerra, situado en 1 libra = 4,86 dólares, provocando un gran sobresalto cuando en agosto de 1915 se situó en los 4,70 dólares y solo había 4 millones de dólares para pagar la semana siguiente unas facturas que ascendían a 17 millones. El cambio libra-dólar era una cuestión de prestigio, del que había hecho gala la propaganda de los Aliados comparándolo con la depreciación sufrida por el marco, y fundamental para la autoestima y la percepción de la propia solidez de la economía británica. En un plano más práctico, dejar caer la libra habría supuesto añadir muchos millones al

coste de las importaciones. Una posible solución era naturalmente limitar las compras. En enero de 1915, los británicos nombraron al banco neoyorquino J. P. Morgan & Co. su agente de compras, con el fin de minimizar la competencia entre los distintos departamentos del gobierno y regatear mejor con los proveedores. Utilizaron la dependencia cada vez mayor de Italia y Rusia para insistir en los derechos de supervisión de su aprovisionamiento. Pero los propios departamentos de gastos británicos rechazaron una medida del gobierno tendente a reducir las compras en Estados Unidos. Habría que buscar, pues, otros recursos.

Una posibilidad era la venta de activos. Gran Bretaña, Francia y Rusia acordaron en 1915 juntar las reservas de oro de sus bancos centrales. Pero el oro valía mucho menos que las enormes inversiones europeas acumuladas en Estados Unidos durante los años anteriores, y en 1914 solo Gran Bretaña poseía más de 835 millones de libras en valores estadounidenses. Tras el sobresalto de agosto de 1915, el gobierno pidió a los propietarios de esos valores que se los vendieran al Banco de Inglaterra, que se desharía de ellos en Nueva York a cambio de dólares. En 1916 impuso una tasa discriminatoria que gravaba a todos los que no aceptaran la medida, aunque Francia fue menos rigurosa. Naturalmente, esta liquidación de los tesoros de la familia significaba renunciar en el futuro a los ingresos procedentes de las inversiones, comprometiendo así las perspectivas a largo plazo de los Aliados para resolver una necesidad inmediata, y a finales de 1916 las posibilidades de seguir utilizando ese medio de financiación estaban ya a punto de agotarse. Pero también los préstamos eran ya solo una solución temporal. Una vez más en respuesta al sobresalto de agosto de 1915, los gobiernos británico y francés decidieron pedir un préstamo sin garantías por valor de 500 millones de dólares —J. P. Morgan encabezaría el consorcio de avaladores

—, pero tuvieron que ofrecer un interés de casi el 6 por ciento, más de lo que pagaban por los bonos de guerra en su propio país. Aun así, los compradores fueron principalmente banqueros y fabricantes de la Costa Este, muchos de ellos beneficiarios ya de contratos con los Aliados. Por lo demás, la emisión de bonos encontró una notable indiferencia o incluso hostilidad, alimentada por la propaganda germano-estadounidense y por el escepticismo en torno a las posibilidades de victoria de los Aliados (los bonos no vencían hasta 1920). El crédito no llegó ni mucho menos al gran público, como habían esperado los Aliados, y solo unos 33 millones de dólares fueron a parar a manos de inversores no institucionales. Después de esta decepción, el gobierno de Francia dejó que empresas particulares y ayuntamientos franceses pidieran préstamos en Estados Unidos, pues tenían más crédito que el Estado francés. El gobierno británico recurrió a pedir dinero prestado por su propia cuenta, obteniendo 250 millones de dólares en agosto de 1916 y 300 en octubre del mismo año, pero en ambas ocasiones tuvo que dar garantías subsidiarias y para ello se vio obligado a echar mano a su provisión de títulos en dólares, por lo demás en clara disminución.

En el otoño de 1916, las relaciones financieras de los Aliados con Estados Unidos estaban a punto de alcanzar un punto crítico, y no solo por motivos técnicos. Tras pensar en un principio que permitir a un gobierno extranjero pedir préstamos era una infracción al principio de neutralidad, el presidente Wilson cambió de opinión por consejo del Tesoro de Estados Unidos y del Departamento de Estado, una de cuyas principales consideraciones fue asegurar el incremento de las exportaciones. En febrero de 1916, se movían en Estados Unidos 90 000 toneladas de mercancías con destino al Ministerio de Municiones británico, y el tráfico mercantil de los Aliados producía verdaderos atascos en el puerto de Nueva York.

Durante un año, entre mayo de 1915 y mayo de 1916, Wilson estuvo enojado con Alemania a consecuencia de la guerra de los submarinos y moderó su irritación por las infracciones de los derechos marítimos estadounidenses que provocaba el bloqueo de los Aliados. Pero luego los alemanes se mostraron temporalmente más tranquilos, mientras que las fricciones en torno al bloqueo se intensificaban[*]. La represión del Alzamiento de Pascua en Dublín en 1916 por parte de los británicos los malquistó con los estadounidenses de origen irlandés, del mismo modo que el antisemitismo de Rusia había malquistado a este país con los estadounidenses de origen judío. Probablemente fuera más decisiva la irritación de Wilson por el bloqueo interpuesto por los Aliados a sus intentos de mediación. En la primavera de 1916, los británicos decidieron no aceptar la oferta que les presentó en el memorando de House-Grey[*], haciendo una apuesta equivocada al pensar que la batalla del Somme les proporcionaría una victoria decisiva antes de que su capacidad de pedir préstamos llegara al límite. En otoño era evidente que la ofensiva había fracasado y sus costes hacían que Gran Bretaña fuera todavía más vulnerable[29]. En respuesta a los rumores que decían que Wilson planeaba otra iniciativa de paz, Lloyd George intentó adelantársele reafirmando el 28 de septiembre en una entrevista ante la prensa que Gran Bretaña seguiría adelante sin interferencias del exterior hasta conseguir asestar un «golpe aplastante». El presidente estadounidense no tenía, por tanto, motivos para mostrarse complaciente cuando en el mes de noviembre la banca Morgan comunicó a la Junta de la Reserva Federal que Gran Bretaña planeaba llevar a cabo una emisión urgente de letras del Tesoro. La Junta temía que los bancos estadounidenses se colapsaran con unas obligaciones a corto plazo que Gran Bretaña no fuera capaz de amortizar; en cualquier caso, deseaba frenar aquel auge por miedo a que quedara fuera de control y provocara un crac al término de la

guerra. Con esas consideraciones políticas en mente, Wilson endureció las palabras de la declaración de la Junta de 28 de noviembre en la que se avisaba a los ciudadanos y a los bancos estadounidenses de que fueran prudentes con los pagarés de países extranjeros. La declaración asestó un golpe mortal al nuevo plan de financiación de los Aliados, sometió a una gran presión a la libra, y obligó a los británicos a suspender nuevas compras. Cuando Estados Unidos entró en la guerra en abril de 1917, a Londres solo le quedaban oro y valores suficientes para financiar tres semanas más de compras, y únicamente los adelantos proporcionados por la banca Morgan permitieron al Tesoro cumplir con sus obligaciones en Estados Unidos. Aunque los británicos hubieran podido cubrir sus reclamaciones en dólares sin la intervención de los estadounidenses, habrían tenido enormes dificultades para seguir financiando a sus aliados[30].

La crisis no suponía que el esfuerzo de guerra de los Aliados se hubiera venido abajo si los estadounidenses no hubieran intervenido. Cuando la producción de municiones británicas y rusas entró en funcionamiento, los contratos con Estados Unidos empezaron a ser menos imprescindibles. El tipo de cambio habría podido caer por debajo de los 4,76 dólares (inferior ya al que había antes de la guerra), predominante durante casi todo el período de neutralidad, aunque al encarecerse así las importaciones, habría sido preciso poner fin a las compras. Wilson se había mostrado en un principio dispuesto a complacer financieramente a los Aliados para fomentar el auge de su país, pero precisamente lo que interesaba en esos momentos a los estadounidenses desde el punto de vista económico era moderar la expansión. En el terreno diplomático, el Foreign Office temía que Gran Bretaña fuera cada vez menos capaz de resistir a las presiones estadounidenses para poner fin a la guerra a través de la negociación. La perspectiva a largo plazo

era la de una paralización progresiva justo en el momento en el que la existencia de una estrategia coordinada y la abundancia de artillería y de municiones abrían un panorama más halagüeño. Sin embargo, las relaciones con los estadounidenses no eran el único punto de tensión de los Aliados. En Rusia la inflación a finales de 1916 había ido aumentando hasta quedar fuera de control y poner en peligro la economía real (empezando por el abastecimiento de productos alimentarios de las ciudades), aunque bien es verdad que un proceso similar empezaba a hacerse notar también en las Potencias Centrales. La capacidad de aguante de los beligerantes no era infinita, y parecía que los dos bandos estaban a punto de llegar al límite crediticio. Hasta ese momento habían financiado unos aumentos espectaculares de la producción de guerra con pequeñas subidas de los impuestos y con la provisión de dinero. En buena parte ello se debía a la predisposición de la minoría de la población que disponía de ahorros suficientes para comprar unos bonos cuyo vencimiento se produciría mucho después de que acabaran los combates. La población inversora de Alemania y Gran Bretaña apostaba por la victoria en un conflicto desesperado y muy igualado. A decir verdad, había pocas salidas financieras alternativas y los gobiernos ofrecían incentivos interesantes, a costa de un aumento de los intereses de la deuda y de una carga pesadísima impuesta a los contribuyentes de posguerra. Pero esa predisposición a prestar dinero ponía de manifiesto asimismo una credulidad derivada de la estabilidad monetaria existente antes de la guerra y también de un poso de patriotismo. La financiación de la guerra se basó en unos valores y prejuicios tradicionales que el propio conflicto se encargó de subvertir.

Las finanzas tenían importancia porque el dinero permitía disponer de recursos reales. Podían pagar a los hombres, la alimentación y las materias primas, y crear talleres y cadenas de

montaje. Lo que contaba desde el punto de vista militar no era tanto el potencial económico general como la capacidad de mantener y abastecer a las fuerzas armadas[31]. Significaba también que los Aliados podían depender de los suministros procedentes de Estados Unidos, pues las ventajas con las que contaban por sí solos en términos de recursos reales eran pocas. Es cierto que tenían más población: el Imperio británico, Francia, Rusia, Bélgica y Serbia sumaban en 1914 unos 656 millones de personas, frente a los 144 millones de las Potencias Centrales. Sin embargo, buena parte de la población de los países aliados vivía lejos de los centros industriales. La producción manufacturada de Gran Bretaña, Francia y Rusia constituía aproximadamente el 27,9 por ciento de toda la del mundo, mientras que la de Alemania y el Imperio austrohúngaro era casi la mitad de esa proporción (un 19,2 por ciento). En las industrias más relevantes para la producción de armas, las Potencias Centrales tenían ventaja, pues antes de la guerra producían unos 20,2 millones de toneladas de acero, frente a los 17,1 millones que producían los Aliados, y estaban a la cabeza también en muchos campos de la industria química y de la maquinaria[32]. Cuando estalló la guerra, se calcula que la producción industrial de Alemania se redujo en un 23 por ciento entre 1914 y 1916, pero en 1915 las Potencias Centrales controlaban la mayor parte de Bélgica, buena parte del norte de Francia y las zonas industriales de Polonia, y explotaron todas estas regiones despiadadamente. Por otro lado, Italia se sumó a los Aliados y la producción industrial de Rusia se incrementó en un 17 por ciento en 1916, pero gran parte de la industria pesada de Francia se había perdido y en 1914-1916 la producción industrial de Gran Bretaña cayó en un 3 por ciento, pues la expansión del sector armamentista no compensó la contracción sufrida por los sectores civiles[33]. No obstante, las cifras de la producción armamentista (a diferencia del crecimiento

económico en conjunto) indican que después de unos comienzos desastrosos la rivalidad industrial empezó a decantarse a favor de los Aliados.

La mejor forma de estudiar cómo se produjo esta evolución es fijándonos sucesivamente en los ejemplos de Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia. Francia fue el caso más extremo. Como todos los demás, los franceses subestimaron el enorme consumo de munición de los cañones de campaña de disparo rápido, que en una guerra estática sencillamente disparaban contra el enemigo hasta que se acababan las bombas. Comparado con el de Alemania o el de Rusia, su ejército estaba mal provisto de cañones pesados, que eran más difíciles de fabricar que las bombas. Las regiones ocupadas suponían el 58 por ciento de la producción de acero de Francia, el 83 por ciento de la del mineral de hierro, el 49 por ciento de la producción de carbón y una proporción importante de la industria mecánica, química y textil. Pero parece que Francia consiguió en mayor medida que cualquier otro país beligerante convertir su potencial industrial en producción de armas y municiones, y lo hizo no solo en beneficio de su ejército, sino también en el de otros: exportó esas armas a Rusia y a Rumanía y luego suministraría gran parte del equipamiento de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense.

El éxito de Francia ofrece ciertas analogías con el de la Unión Soviética en 1941-1945: regiones aisladas hasta entonces como las del sudoeste entraron en el sector de la producción militar. Pero el principal centro de la fabricación de armas fue la cuenca de París, situada a menos de cien kilómetros del frente[34]. Y a diferencia de la Rusia de Stalin, el nivel de vida de la población civil apenas disminuyó y la fuerza motriz de la transformación industrial fue el beneficio de los particulares, aunque alimentado y guiado por ayudas y contratos estatales. Antes de 1914, Francia, como la mayoría de los países europeos, tenía una economía armamentista mixta de astilleros y fábricas

de armas estatales junto a otras empresas privadas, entre las cuales destacaba la empresa Schneider en Le Creusot. Durante la guerra, el sector estatal expandió su capacidad y su plantilla, construyendo, por ejemplo, una nueva gran fábrica de armas en Roanne (que acabó convirtiéndose en un fracaso clamoroso). Pero de los más de 1,6 millones de empleados en la producción armamentista que había en 1918 (comparados con los 50 000 existentes cuatro años antes), solo 285 000 (esto es un 18 por ciento) trabajaban en empresas de propiedad estatal[35].

Joffre y el GQG decidían lo que se necesitaba, al principio consultando al ministro de la Guerra. A partir de mayo de 1915 asumió la responsabilidad de las compras una Subsecretaría de Artillería y Municiones de la que se nombró titular al diputado socialista Albert Thomas, que posteriormente sería nombrado ministro de Armamento y Municiones. Después de la experiencia del Marne, la principal prioridad fueron los proyectiles de 75 mm, así como las ametralladoras, los fusiles y las balas; tras las ofensivas de 1915 pasó a darse prioridad a la artillería pesada y su munición[36]. Las autoridades celebraban reuniones regularmente con los representantes de cada sector industrial, encuentros que dieron comienzo durante la crisis de las municiones desencadenada en el otoño de 1914. Los ministros preferían tratar no con empresas concretas, sino con las asociaciones de los principales fabricantes, a quienes encargaban asignar los contratos. De ese modo, la industria metalúrgica estaba representada por su correspondiente corporación, el Comité des Forges, que asumía la responsabilidad de todo el abastecimiento de metales a las fábricas. En la industria química existía una relación privilegiada similar con una empresa, la Saint-Gobain, aunque las autoridades fomentaran la ampliación del círculo de compañías que participaban en la producción de guerra. Generalmente (como les ocurría a los otros países beligerantes), las fábricas

estatales y las empresas armamentistas acreditadas concentraban sus esfuerzos en las tareas de producción más difíciles, como la artillería pesada (Schneider) o las ametralladoras (Hotchkiss). Los trabajos más sencillos, como, por ejemplo, el vaciado y el llenado de las cápsulas de las bombas, eran asignados a empresas dedicadas a la producción civil y luego reconvertidas. Los préstamos estatales (probablemente por un total de más de 10 000 millones de francos) y los subsidios ayudaron a la reconversión, por ejemplo, de los futuros gigantes de la industria automovilística Citroën y Renault, fabricantes respectivamente de municiones y de tanques. El gobierno ofrecía precios ventajosos, pero carecía de poderes para verificar las cuentas de las empresas. En octubre de 1915, Thomas creía que sus beneficios eran excesivos, pero cuando el gobierno intentó obligarlas a bajar los precios, los industriales amenazaron con reducir la producción y las autoridades tuvieron que dar marcha atrás[37].

Además de fábricas, la carrera armamentista necesitaba materias primas y mano de obra. Debido a la pérdida de las minas de carbón del norte, buena parte de este producto tuvo que ser importado (principalmente, de Gran Bretaña), lo mismo que el acero (de Gran Bretaña y de Estados Unidos). Francia tuvo que aumentar la producción de sustancias químicas, como, por ejemplo, el ácido sulfúrico, que anteriormente compraba a Alemania. En 1916 la escasez de divisas y de barcos de Gran Bretaña empezó a dejarse sentir y las limitaciones de las materias primas se hicieron más duras. Las presiones de los británicos obligaron a los franceses a introducir amplios controles en los suministros y en la producción de materias primas. Pero en general la escasez de mano de obra fue lo más grave, pues Francia reclutó a una proporción mayor de hombres que cualquier otro país beligerante. En agosto de 1915, la Asamblea Nacional aprobó la Ley Dalbiez sobre la mejor utilización de los

hombres susceptibles de ser movilizados, en una clara muestra de que los franceses empezaban a resignarse a una guerra larga. Su finalidad era en parte localizar a los «remolones» (*embusqués*) para hacerlos servir en el ejército, pero en virtud de esa medida cerca de 350 000 soldados fueron cedidos a las industrias de guerra, dentro de las cuales seguían estando técnicamente movilizados y sujetos a la disciplina militar. Una segunda gran fuente de mano de obra, en general para trabajos menos cualificados, fueron las mujeres, entre las cuales se prefería a las más mayores y a las casadas, provenientes de las fábricas de tejidos o del servicio doméstico, y no a las que acababan de ingresar en el mundo laboral. Entre enero de 1916 y enero de 1918, el número de ellas en las fábricas de municiones como poco se triplicó[38]. Por último, los franceses utilizaron a muchos trabajadores inmigrantes, a menudo procedentes de países extranjeros (en particular, de España y Portugal, pero también de China)[39], o de sus colonias del norte de África y de Indochina. En resumen, del 1,7 millones de empleados en el sector armamentista que había en noviembre de 1918, 497 000 eran soldados, 430 000 mujeres, 133 000 menores de dieciocho años, 108 000 extranjeros, 61 000 coloniales y 40 000 prisioneros de guerra. El gobierno permitió la realización de largas jornadas de trabajo y el empeoramiento de los niveles de salubridad y de seguridad, y aquella mano de obra tan heterogénea y en rápida expansión no estaba en condiciones para oponerse a semejante situación. En cualquier caso, se consiguió la entrega puntual de los pedidos. Al principio, el control de calidad fue escaso: en 1915 las municiones defectuosas causaron la destrucción de 1000 piezas de artillería[40]. Pero la gran expansión se produjo entre el otoño de 1914 y la primavera de 1917. La producción diaria de proyectiles de 75 mm pasó de 4000 en octubre de 1914 a 151 000 en junio de 1916; la de bombas pesadas de 155 mm,

de 235 a 17 000; y la de fusiles, de 400 a 2565[41]. En 1917 Francia fabricó más bombas y más piezas de artillería al día que Gran Bretaña y más motores de avión que Gran Bretaña y Alemania juntas[42]. En julio de 1915, el Ministerio de la Guerra estaba satisfecho con la producción de proyectiles de 175 mm, y en agosto de 1916 el GQG estaba seguro de contar con suficiente munición de artillería pesada para combatir en el Somme hasta el invierno y para continuar incluso con mejores suministros la próxima primavera[43].

En comparación, Gran Bretaña contaba con una base industrial mayor (y que además no había sido invadida), tenía abundancia de carbón y de mineral de hierro de producción nacional, y disponía de materias primas importadas casi sin ningún impedimento. Disponía asimismo de una fuerza de trabajo cualificada mayor, aunque mucho más sindicalizada y mejor organizada a la hora de defender sus intereses. El sector armamentista estatal era pequeño, pero había grandes fabricantes privados, por lo demás muy eficientes, como Vickers y Armstrong. Por otro lado, su máxima fuerza estaba en la construcción de buques de guerra, y de hecho tuvo especialmente problemas a la hora de equipar a una Fuerza Expedicionaria que entre 1914 y 1916 se multiplicó por diez o más. La respuesta llegó más despacio que en Francia, y concedió al Estado un papel más intervencionista. Las memorias de Lloyd George dan la impresión de que el cambio trascendental se produjo con la crisis política de mayo de 1915, que dio lugar a la sustitución del gabinete liberal por el primer gobierno de coalición. Este incluía un Ministerio de Municiones, independiente del Departamento de Guerra, a la cabeza del cual estaba el propio Lloyd George[44]. De hecho, la producción de municiones se multiplicó por diecinueve durante los primeros seis meses de la guerra y se culpó en exceso al Departamento de Guerra de Kitchener de las deficiencias en los abastecimientos.

Como todo el mundo, los británicos tardaron en invertir en nueva maquinaria (en gran parte importada de Estados Unidos), en adiestrar a la mano de obra necesaria y en incrementar la fabricación de explosivos, para la cual la falta de acceso a los productos químicos alemanes se convirtió en un obstáculo insalvable, que finalmente pudo soslayarse gracias a la fabricación de acetona (el agente gelatinizante) a partir de almidón de maíz y de nitratos de salitre de Chile[45]. Sin embargo, el Departamento de Guerra exacerbó las cosas ajustándose estrictamente a la lista de empresas aprobadas y dejando que compitieran entre sí por conseguir materias primas, trabajadores y maquinaria. Las empresas firmaban contratos por más mercancía de la que podían entregar, y en junio de 1915 llegaron a faltar el 12 por ciento de los fusiles encargados, el 19 por ciento de las piezas de artillería, el 55 por ciento de las ametralladoras y el 92 por ciento de las bombas detonantes[46]. La cuestión terminó provocando una gran tensión entre Kitchener, que se sentía molesto por las interferencias, y Lloyd George, que en febrero de 1915 pidió la movilización de todos los recursos técnicos. La situación llegó al punto de máxima gravedad con el «escándalo de las bombas», poco después del lamentable fracaso del ataque de la cresta de Aubert en mayo de 1915. *Sir* John French le dijo al corresponsal de *The Times*, Charles Repington, que la derrota había sido consecuencia de la falta de bombas detonantes, y en este mismo rotativo apareció un editorial culpabilizando a Kitchener. En realidad, aunque las deficiencias del bombardeo fueran un factor importante, en aquellos momentos la artillería probablemente no habría sabido cómo utilizar más proyectiles aunque los hubiera tenido[47]. En cualquier caso, el episodio puso a Lloyd George las cosas en bandeja, contando con el apoyo de los unionistas y la aquiescencia de Asquith, para crear el nuevo ministerio y jugarse su futuro político intentando resolver lo que parecía que era el

principal problema de la guerra.

Aunque el Ministerio de Municiones no alcanzó los ambiciosos objetivos que se había marcado, se vieron impresionantes aumentos en todos los sectores de la producción antes de que Lloyd George pasara al Departamento de Guerra en julio de 1916, y se pusieron los cimientos de otros éxitos aún mayores antes de que el crecimiento británico y el francés se igualaran en la primavera de 1917. Las entregas de bombas aumentaron de 2.278 105 en los seis primeros meses de 1915 a 13.995 360 en el mismo semestre de 1916, y a 35.407 193 en el segundo, aunque (como en Francia) lo elevado de las cifras se viera compensado por la mediocridad de los controles de calidad. Las entregas de ametralladoras Vickers pasaron de 109 en marzo de 1915 a 1000 en noviembre de 1916, y la producción de artillería de calibres más gruesos también aumentó considerablemente[48]. En realidad, Gran Bretaña se adelantó a Francia y Alemania a la hora de cambiar sus prioridades y pasar de los cañones de campaña a las armas más pesadas[49]. Otros artefactos, en particular el tanque y el valiosísimo mortero Stokes, quizá no hubieran entrado nunca a formar parte de la producción en serie sin el apoyo del Ministerio de Municiones. Cuando las dificultades en el acceso a las materias primas empezaron a disminuir, el problema principal pasó a ser la manera de encontrar fábricas y mano de obra. Por lo que se refiere a la primera cuestión, Gran Bretaña podría recurrir al potencial que tenía en su propio imperio. Australia proporcionaría pequeñas cantidades de proyectiles de cañón de campaña y la India suministraría fusiles y municiones de todas clases para Europa y para las tropas indias destacadas en Mesopotamia, pero el principal proveedor sería Canadá. Los fabricantes canadienses no podían producir artículos complejos, como las espoletas, y al principio la mayoría de ellos no fueron capaces de cumplir sus contratos, pero en 1917 más de 250 000

canadienses estaban empleados en fábricas de armamento bajo la supervisión de una delegación del Ministerio de Municiones de Gran Bretaña, la Junta Imperial de Municiones, y solo ese año Canadá proporcionó entre una cuarta y una tercera parte de la munición de artillería utilizada por los británicos en el Frente Occidental[50]. No obstante, la principal base de la producción fueron las propias islas Británicas. El nuevo ministerio de Lloyd George, apoyándose en gran medida en ejecutivos en comisión de servicios, introdujo un orden más estricto en todo lo relacionado con el aprovisionamiento. Impulsó la realización de un censo de la capacidad de unas 65 000 fábricas y dividió el país en áreas locales en cada una de las cuales los representantes empresariales fueron agrupados en juntas de dirección. Pero a diferencia de la mayoría de los países europeos, en Gran Bretaña el Estado se convirtió también en uno de los principales fabricantes, expandiendo las fábricas de armas ya existentes (en particular la de Woolwich), y construyendo y poniendo en funcionamiento fábricas de bombas (las National Shell Factories), de proyectiles (las National Projectile Factories, para municiones pesadas) y de llenado de municiones (las National Filling Factories)[51]. A finales de 1915, el Estado controlaba directamente setenta fábricas, que en el momento de la firma del armisticio eran ya doscientas cincuenta[52]. La fábrica de llenado de Barnbow, cerca de Leeds, por ejemplo, construida en un viejo solar en 1915, rellenaba casi 25 millones de cápsulas de bombas y sus trabajadores sumaban más de 16.000[53]. Al ser el director de sus propias fábricas, el ministerio podía calcular los costes razonables de producción, inspeccionar las cuentas y comprar sus encargos solo a precio de coste, y no a precio de mercado; podía asimismo requisar establecimientos privados y de hecho a menudo lo hizo[54]. En el sector privado los beneficios de guerra estaban permitidos, pero fueron reducidos.

El gobierno intervino también para aumentar la

disponibilidad de mano de obra y contener su coste[55]. Gran Bretaña tardó más que Francia en enviar a sus jóvenes al frente, y durante toda la guerra tuvo una proporción menor de hombres obligados a vestir de uniforme. Pero la frecuencia del alistamiento voluntario fue desigual, y a menudo dio lugar a la pérdida de obreros cualificados en algunos sectores clave de la industria. A mediados de 1915, el porcentaje de trabajadores que se había cobrado el alistamiento en las fuerzas armadas era de un 21,8 por ciento en la minería, del 19,5 por ciento en el sector mecánico, del 16 por ciento en la fabricación de armas pequeñas y del 23,8 por ciento en el sector químico y el de los explosivos. El Departamento de Guerra no impidió el reclutamiento de individuos cualificados[56]. El Ministerio de Municiones hizo volver del frente a muchos soldados para devolverlos al trabajo, aunque, eso sí, sometidos a la disciplina militar, pero hizo un uso mucho menor de este expediente que los franceses, y también recurrió menos a los trabajadores extranjeros y a la población de las colonias. Por el contrario, la respuesta fundamental de Gran Bretaña fue la «dilución», es decir, el rápido adiestramiento de trabajadores no cualificados o semicualificados (en particular mujeres) para realizar tareas reservadas hasta entonces a obreros cualificados sindicados. La dilución, por tanto, requería negociar para convencer a los sindicatos de que relajaran las normas que regían el aprendizaje. Los primeros experimentos dieron comienzo en el invierno de 1914-1915, pero el principal programa de dilución se produjo a partir de octubre de 1915. Fue precisa la intervención del gobierno para adiestrar a las mujeres y para insistir en que los empresarios las contrataran, así como para regular los salarios, las horas de trabajo y garantizar que se instalaran comedores, aseos y guarderías en condiciones. Como en Francia, la mayor afluencia de mujeres a las fábricas se produjo en el período intermedio del conflicto: 382 000 entraron a trabajar desde julio

de 1914 a julio de 1915, 563 000 de julio de 1915 a julio de 1916, y 511 000 de julio de 1916 a julio de 1917[57]. En la fábrica de armas de Woolwich el número de empleadas pasó de 195 en junio de 1915 a más de 25 000 en julio de 1917[58]. Cuando los sindicatos aceptaron el principio de dilución en 1915, y se rompió la resistencia de los trabajadores veteranos (principalmente en Clydeside) en 1916, el fenómeno progresó rápidamente. La amplísima mano de obra empleada en el sector de las municiones existente en 1917-1918 era muy distinta de la que había en 1914 y era también más disciplinada, pues la Ley de Municiones de Guerra de 1915 había declarado ilegales las huelgas y los cierres patronales en esta industria y había instituido el arbitraje forzoso. Hasta 1917 restringió también el derecho de los empleados a trasladarse de una fábrica a otra, aunque a modo de *quid pro quo* impuso un techo de beneficios en los establecimientos «controlados»[59]. Unas por otras, todas estas medidas crearon un sector de las municiones enorme, nacionalizado o regulado por el Estado, que permaneció en funcionamiento hasta el final de la guerra. Pero mientras tanto la BEF había aumentado hasta tal punto que el esfuerzo armamentista apenas podía seguir su ritmo; los frutos de esa revolución de la producción solo podrían recogerse en 1917-1918.

Las dos potencias aliadas que nos quedan —Italia y Rusia— ofrecen un claro contraste. El gobierno italiano reequipó a sus efectivos lentamente durante el período de neutralidad, e incluso durante la temporada de campaña de 1915 intentó hacer una guerra con responsabilidad limitada[60]. Según el agregado de la embajada francesa, en el mes de septiembre Italia producía menos de la mitad del número de bombas que había planificado el gobierno. La industria del acero seguía atendiendo principalmente a los contratos civiles, que el gobierno —preocupado por mantener las condiciones normales de la

empresa— no había anulado. Algunos obreros cualificados habían sido llamados a filas, y otros se mostraban reacios a participar en una guerra a la que se había opuesto el PSI[61]. No obstante, en 1917 la producción italiana de algunos tipos de armas era impresionante. Aunque muy por detrás de Gran Bretaña y Francia en la manufactura de Gran Bretaña y bombas, Italia fabricaba 3681 aviones, y estaba muy cerca de Gran Bretaña en el número de piezas de artillería y de fusiles[62]. Pero el volumen de producción de acero en 1914 era solo un tercio del de Francia y una novena parte del de Gran Bretaña, y casi todo el carbón y el mineral de hierro era de importación[63]. Alfredo Dallolio, nombrado en 1915 subsecretario del Ministerio de la Guerra para Armas y Municiones y en 1917 ministro independiente, desempeñó un papel análogo al de Lloyd George o al de Albert Thomas. Tras la ofensiva del Trentino se le concedió mano libre para aumentar la producción sin límite de costes, y los gastos se incrementaron de forma notoria; quizá sea un síntoma de su forma de proceder el hecho de que en 1918 dimitiera como consecuencia de las acusaciones de corrupción[64]. Dallolio creó un comité central para la movilización industrial y una red de comités regionales, con representación de las distintas armas del ejército, la empresa y los trabajadores, que repartían los contratos y eran responsables de las relaciones industriales en las distintas localidades[65]. La producción estatal aumentó, pero el sector privado llevó a cabo la mayor parte del trabajo y el ministro intentó conseguir la colaboración voluntaria. Aunque el gobierno recibió poderes para requisar las fábricas, no los utilizó, permitiendo a los empresarios obtener grandes beneficios por los que casi no se pagaban impuestos. Aunque Dallolio se mostró favorable a la subida de los salarios e intentó colaborar con los sindicatos, más que negociar con ellos, lo que hizo fue coaccionar a los trabajadores. Se les prohibió hacer huelga y

pasar libremente de un empleo a otro y muchos fueron sometidos a la disciplina militar: 128 000 en diciembre de 1916 y 322 500 en agosto de 1918. En agosto de 1916 habían ingresado en las fábricas dedicadas a la producción de guerra 198 000 mujeres, aunque su trabajo fue utilizado más tarde y en menor cantidad que en Francia, y en las fábricas del sur de Italia no entró casi ninguna[66]. En general, la movilización industrial de Italia siguió el modelo francés, si bien empezó más tarde y se efectuó de forma menos drástica, dando unos resultados menos llamativos.

En cambio, los rusos, tras el retraso inicial, hicieron su máximo esfuerzo en 1916. En su caso, la escasez general de bombas de los primeros momentos se prolongó especialmente, afectando también a los fusiles y a las ametralladoras, lo que los obligó a restringir las operaciones hasta el invierno de 1915-1916. Pero la industria pesada rusa, aunque pequeña en relación con las dimensiones y la población del país, era comparable a la de Francia, y pese a depender de las importaciones para la fabricación de otras armas más sofisticadas, Rusia producía su propio cañón de campaña de 76 mm (por lo demás bastante bueno) y su artillería pesada. Su economía armamentista seguía el modelo mixto habitual, aunque el sector estatal ruso era más fuerte que el de los demás países. En 1914, sin embargo, el Imperio ruso perdió las salidas al mar y el comercio por vía terrestre con la Europa central. De ahí que no pudiera importar ni maquinaria ni productos químicos alemanes ni carbón británico, que era la principal fuente de energía para el funcionamiento de las empresas armamentistas concentradas en Petrogrado. Por tanto, la ciudad recurrió a los yacimientos de carbón de la cuenca del Donetsk, en Ucrania, situada a unos 1300 kilómetros de distancia y comunicada a través de una vía ferroviaria totalmente inadecuada[67]. La política gubernamental supuso una desventaja más. El régimen zarista limitaba su

interacción con la industria privada a hacer contratos con ella, mientras que los obreros cualificados eran llamados a filas y la producción nacional de carbón y de mineral de hierro disminuía. A diferencia de las autoridades francesas, las rusas no ampliaron las empresas de proveedores más allá de los círculos habituales en tiempos de paz[68], pues temían perder el control sobre la calidad y el precio de los productos[69]. Se publicó un decreto por el que se exigía a las fábricas dar prioridad a los encargos de la marina y del ejército, pero en general el planteamiento fue de *laissez-faire*[70].

Sujomlínov dudaba que la industria rusa pudiera producir equipamientos complejos modernos en una medida suficiente, y prefirió recurrir al extranjero. A comienzos de 1915 se habían encargado 14 millones de bombas a empresas británicas y norteamericanas, además de 3,6 millones de fusiles de las marcas Winchester, Remington y Westinghouse. Se comprobó que esta política había sido un error carísimo, pues los proveedores extranjeros no eran de fiar. En noviembre de 1916 se habían encargado 40,5 millones de bombas a empresas extranjeras, pero solo habían llegado 7,1 millones; y en marzo de 1917 se había entregado únicamente la mitad de los fusiles encargados en Estados Unidos. Por si fuera poco, las compras realizadas en ultramar eran carísimas y todavía lo serían más cuando en 1916 el rublo se depreciara hasta llegar a valer la mitad de lo que valía antes de la guerra[71]. Incluso cuando llegaban, su transporte resultaba muy difícil, pues la capacidad del ferrocarril transiberiano era muy limitada, solo una línea incompleta de vía estrecha llegaba hasta Arjánguelsk (que no estaba helada), y la línea hasta Múrmansk no estuvo completa hasta marzo de 1917. Los contratos en el extranjero se convirtieron en una fuente importante de utensilios mecánicos y de materias primas como el cobre, pero la mayor parte de los pertrechos de guerra de Rusia fueron fabricados en su propio territorio[72].

En el verano de 1915, la escasez de munición pesada provocó una crisis política, el gobierno fue acosado por los diputados de la Duma, por las autoridades municipales y provinciales y por los representantes de las empresas. Como consecuencia de todo ello fueron creadas algunas estructuras de cooperación entre el gobierno y la industria basadas en el modelo de las existentes en los otros países beligerantes, especialmente en Alemania. Sujomlínov fue sustituido como ministro de la Guerra por Alexéi Polivánov, hombre muy respetado por los empresarios y por la Duma, que estaba más que dispuesto a expandir los contratos[73]. El gobierno creó un consejo especial de defensa en el que había representación de industriales, militares y parlamentarios, con autoridad sobre todas las agencias estatales y las empresas privadas que tenían contratos relacionados con la defensa; el nuevo ente podía decidir las adquisiciones de armas, supervisar la distribución y ejecución y ayudar a las empresas a invertir en equipamiento. Había comisiones especiales y juntas de fábrica regionales que podían inspeccionar las cuentas, destituir a los directores, tomar fábricas e insistir en que se cumplieran los encargos del gobierno. Sin embargo, el predominio de representantes de la industria de Petrogrado en el consejo especial provocó una sublevación de sus colegas de Moscú. La principal organización empresarial de ámbito nacional exigió la formación de comités locales de industrias de guerra (VPK) y de un comité central (TsVPK) con sede en Petrogrado. En febrero de 1916 habían sido creados 34 VPK de distrito y 192 de ámbito local, por iniciativa de los consejos y las empresas de cada zona. Aunque eran organizaciones no gubernamentales, el consejo especial colaboraba estrechamente con el TsVPK, delegando en él la responsabilidad de la distribución entre sus miembros de concesiones, contratos y materias primas. Como consecuencia de estos cambios, los encargos de artículos sencillos, como

granadas y bombas, fueron mucho mejor repartidos entre los fabricantes rusos, si bien muchas empresas efectuaban las entregas con retraso. Probablemente fuera más significativo el hecho de que el gobierno se mostrara dispuesto a gastar en 1916 mucho más dinero que en 1915, como consecuencia de la invasión del territorio ruso y del recrudecimiento de los sentimientos en contra de los ocupantes. Se concedieron generosas ayudas a la renovación de los equipamientos y los contratos dejaban amplios márgenes de beneficio para animar a las nuevas empresas a presentarse a concurso. En 1916 Rusia, caso excepcional entre los países beligerantes, experimentó un auge notable, con un crecimiento cada vez mayor y un mercado de valores al alza: la producción de carbón era un 30 por ciento superior a la de 1914, la de productos químicos se había doblado y la de maquinaria se había triplicado[74]. La fabricación de armamento iba viento en popa: la nueva producción de fusiles pasó de los 132 844 de 1914 a los 733 017 de 1915, y a los más de 1,3 millones de 1916; los cañones de campaña de 76 mm pasaron de 354 a 1349 y a 3721 en esos mismos años; los cañones pesados de 122 mm de 78 a 361 y 637; y la producción de bombas (de todo tipo) de 104 900 a más de 9,5 millones y a más de 30,9 millones[75]. Durante la guerra, Rusia produjo 20 000 cañones de campaña, frente a los 5625 de importación; y en 1917 fabricaba todos sus obuses y tres cuartas partes de su artillería pesada[76]. La escasez de bombas no solo era agua pasada, sino que en la primavera de 1917 Rusia estaba adquiriendo una superioridad nunca vista en hombres y material de guerra. El precio de este esfuerzo hercúleo, sin embargo, fue la dislocación de la economía civil y una crisis en el abastecimiento de productos alimentarios a las ciudades. El mismo éxito que llevó a decantar la balanza a favor de los Aliados en el verano de 1916 contenía la semilla de la catástrofe posterior.

Debemos considerar ahora la respuesta de las Potencias Centrales a la revolución experimentada por la producción de los Aliados. Esa respuesta vino principalmente de Alemania, aunque la aportación del Imperio austrohúngaro no fue nada desdeñable. La monarquía dual tenía una industria armamentista menor, pero muy sofisticada, que producía acorazados *dreadnought* muy modernos y los morteros de 305 mm que machacaron las fortalezas de Lieja y de Verdún. Cuando estalló la guerra, Alemania insistió a los austríacos en que organizaran *Zentralen* o «centros» para sus industrias: sociedades de responsabilidad limitada, propiedad de las empresas de cada sector, que asumieran el aprovisionamiento de materias primas, aportaran capital y asignaran cuotas bajo la supervisión del gobierno (aunque el sistema fue limitado a la mitad austríaca de la monarquía dual)[77]. Compañías como Skoda, la empresa armamentista más importante, dobló los beneficios, y la producción aumentó lo suficiente para satisfacer casi todas las necesidades del ejército, ayudada por la captura de grandes cantidades de fusiles rusos. En septiembre de 1915, el AOK se mostraba satisfecho con la provisión de bombas y fusiles[78], y de hecho la producción de fusiles y ametralladoras no fue a la zaga de la de los rusos[79]. La actualización de la artillería de campaña puso de manifiesto las ventajas en la campaña del Trentino; y la falta de equipamiento no fue el último de los motivos del desastre de la de Brusílov. Al mismo tiempo, la industria austríaca tenía graves desventajas. La escasez de mano de obra se alivió con medidas similares a las que se tomaron en otras potencias, aunque fueron contratadas menos mujeres que en los países aliados. Además, en la mitad austríaca del imperio las autoridades apelaron a poderes extraordinarios para reclutar a los varones no aptos menores de cincuenta años, con el fin de que prestaran servicio en las industrias de guerra; en las fábricas que operaban bajo este régimen los trabajadores

estaban sometidos a disciplina militar, cobraban salarios reducidos, y eran habituales las ochenta horas de trabajo a la semana[80]. La escasez de materias primas era apremiante; el Imperio austrohúngaro perdió sus principales pozos de petróleo (en Galitzia) en 1914, y cuando los recuperaron habían sufrido graves daños[81]. Dependían en parte de Alemania para el suministro de carbón y también para el de mineral de hierro procedente de Suecia. Alemania proporcionaba a su aliado máscaras de gas, granadas de mano, morteros de trinchera y aviones, y en 1916 producía más del cuádruple de bombas que Austria. El Imperio austrohúngaro podía más o menos equiparse a sí mismo, pero prestaba muy poca ayuda a la economía alemana, que era con mucho el proveedor más importante de las Potencias Centrales[82].

Alemania poseía el potencial industrial más notable de Europa, sus territorios habían quedado intactos y no habían sido ocupados por nadie, y además podía contar con los recursos de Bélgica, Francia y Polonia. Gozaba de una gran fuerza en sectores estratégicos fundamentales. El ejército cometió el error habitual de llamar a filas a los obreros cualificados en 1914, pero la escasez de trabajadores se vio aliviada por el modesto incremento de la mano de obra femenina, conseguida principalmente desviando a las trabajadoras de la industria textil y del servicio doméstico hacia otros sectores, en vez de introducir a la mujer sin experiencia laboral directamente en el mundo del trabajo remunerado[83]. Parece que la limitación más seria a la producción fue la escasez de materias primas, pues el bloqueo de los Aliados cortó de inmediato, por ejemplo, la llegada de los nitratos y el cobre de Chile. La escasez de nitrato —fundamental para la fabricación de explosivos— se solucionó gracias al uso del proceso de Haber-Bosch para fijar el nitrógeno de la atmósfera, aunque el lento desarrollo de la producción de explosivos utilizando este método se convirtió en el factor que,

según los planificadores del Ministerio de la Guerra de Berlín, determinó el nivel de desarrollo de todos los demás sectores. Sin embargo, esa misma escasez dio lugar a una importantísima innovación organizativa, vendida a las autoridades en agosto de 1914 por Walther Rathenau, director de la empresa eléctrica AEG. Dicha innovación se centró en la sección de materias primas de guerra (KRA, Kriegsrohstoffabteilung) del ministerio, formada principalmente por hombres de negocios. La KRA monitorizaba y controlaba la producción de materias primas y fomentaba la búsqueda de sucedáneos de mercancías que no podían conseguirse. Los principales ramos de cada industria crearon sociedades de materias primas de guerra (KRG): sociedades anónimas con autorización para comprar, almacenar y distribuir entre sus miembros materias primas bajo la supervisión del gobierno. Se delegaron algunos controles de producción a corporaciones o carteles ya existentes, como el del carbón[84]. Posteriormente, el gobierno accedió a tratar no con empresas concretas, sino con organismos tales como el Kriegsmetall, la KRG de la industria del metal. En todos los casos tenía la última palabra a la hora de tomar las decisiones. Por último, el comité de guerra de la industria alemana (KdI), organismo especial formado por las principales asociaciones de empresarios, asesoraba al ministerio. El sistema, por consiguiente, incluía un factor muy importante de autogobierno industrial. Se basaba en la empresa privada, y empresas armamentistas como la Krupp obtuvieron grandes beneficios. Para empezar, los contratos de guerra eran concedidos sobre la base del precio de coste más un beneficio garantizado del 5 por ciento[85]. Pero en 1915 el Ministerio de la Guerra reforzó el control de los costes y la supervisión de las cuentas, y también la política laboral causó fricciones con el empresariado. Según la ley prusiana de sitio, los CGA al mando de los distintos distritos militares de Alemania eran responsables directamente ante el

káiser de la seguridad pública en sus respectivas zonas, y entre los poderes adicionales que se les habían concedido por decreto estaba la autoridad en materia de provisión de mano de obra. Muchos CGA, al igual que el departamento de exenciones (AZS, Abteilung für Zurückstellungswesen) del ministerio, que les dictaba las líneas que tenían que seguir, querían mantener buenas relaciones con los sindicatos. El AZS se opuso a las demandas de los empresarios, que pretendían que se pasara a la reserva a un número mayor de hombres, y aconsejó a los CGA que mediaran en las disputas laborales en vez de respaldar simplemente a los empresarios.

Así pues, en lo tocante al control de los costes y a las relaciones laborales el Ministerio de la Guerra mantuvo una actitud bastante fría ante la comunidad empresarial. La oportunidad que tuvo esta de devolver el golpe llegó cuando Alemania se vio presionada. Aunque la escasez de municiones había impedido proseguir con las operaciones iniciadas en el otoño de 1914, la dificultad fue superada bastante pronto[86]. La empresa química BASF producía amoníaco utilizando el proceso de Fritz Haber para «fijar» el nitrógeno, y también mejoró mucho la fabricación de otros componentes fundamentales necesarios para la producción de explosivos. Pese a la falta de importaciones debido al bloqueo impuesto por los Aliados, los alemanes consiguieron el tungsteno, el níquel y el aluminio necesarios para la fabricación de armas en los depósitos existentes en su propio territorio y en Austria. A partir de diciembre de 1914, la producción de cañones de campaña pasó en un año de 100 unidades al mes a 480, y en 1915 la producción de munición para cañones de campaña y de obuses ligeros superaba con mucho a la consumida[87]. Suele afirmarse que a los alemanes les vino muy bien que sus principales operaciones de 1915 fueran dirigidas contra los rusos en las condiciones de mayor movilidad del Frente Oriental. Pero

también en el oeste, cuando Falkenhayn se lanzó contra Verdún, gozó al principio de superioridad en el terreno de la aviación y de la artillería. El verano de 1916, en cambio, debido en parte a la necesidad de prestar ayuda a los austríacos, se convirtió en un período de crisis para Alemania en el ámbito del suministro de municiones y en otros muchos aspectos[88]. El Ministerio de la Guerra había incrementado la producción de pólvora de las 1200 toneladas al mes en agosto de 1914 a las 4000 en diciembre de 1915 y a las 6000 en julio de 1916, y proyectaba aumentar hasta las 10 000[89], con el correspondiente incremento del número de bombas y de piezas de artillería. Pero da la impresión de que seguía siendo vulnerable tras la inesperada demanda provocada por la ofensiva del Somme, que, por catastróficos que pudieran parecer sus inicios para los británicos, impresionó muchísimo a los soldados alemanes que participaron en ella debido a la nueva potencia del material empleado por los Aliados. La dimisión de Falkenhayn entregó el poder a unos nuevos jefes de la OHL, inexpertos y muy impacientes, y uno de sus oficiales del Estado Mayor, el coronel Max Bauer, que tenía amistades entre los Krupp y en el mundo de la industria pesada, desempeñó un papel fundamental en la formulación de la política de Hindenburg y Ludendorff. Ciñéndose estrictamente al memorando en el que los industriales arremetían contra la actitud del ministerio, el 31 de agosto Hindenburg escribió al ministro de la Guerra, Wild von Hohenborn, esbozando lo que pasaría a llamarse «Programa Hindenburg» de expansión armamentista.

El programa puede considerarse un intento por parte de la OHL de reajustar el equilibrio estratégico, pero también un intento por parte del empresariado de liberarse de los condicionamientos oficiales[90]. Tácticamente, como decía Hindenburg, lo que se pretendía era no quedar por detrás de los Aliados en una auténtica revolución del concepto de guerra, en

la que las máquinas sustituían a los caballos y a los hombres. La producción de municiones y de morteros de trinchera, afirmaba, debía multiplicarse por dos en la primavera de 1917; la de ametralladoras y piezas de artillería debía triplicarse; y los aviones debían ser también una prioridad. No había que tener en cuenta los obstáculos financieros. Cabía esperar que los Aliados llevaran a cabo al año siguiente un esfuerzo supremo, y se necesitaban más piezas de artillería, más morteros de trinchera y más destacamentos de ametralladoras para mantener la línea del frente con menos hombres y para volver a formar una reserva móvil. Para poder reclutar más soldados y lograr un aumento de la producción, se necesitaba una legislación que ampliara el servicio militar obligatorio (o las prestaciones obligatorias de trabajo para el esfuerzo de guerra) a todos los hombres y las mujeres de edades comprendidas entre los dieciséis y los cincuenta años, mientras que las industrias no esenciales debían ser cerradas[91]. Si antes habían sido los rusos los que habían copiado los modelos alemanes, ahora era el Ministerio de Municiones de Lloyd George y la práctica de los británicos lo que quería imitar la OHL.

Hindenburg y Ludendorff deseaban más armas, y una nueva legislación para imponer la disciplina a los trabajadores (y limitar los derechos de las mujeres), y para marginar al Ministerio de la Guerra. Imitando a los modelos aliados, había que cortar las alas a este último. Pocas de estas propuestas salieron como pretendían sus impulsores. Wild von Hohenborn, socio de Falkenhayn, fue sustituido por un hombre de confianza de la nueva OHL, Hermann von Stein. En septiembre se creó un nuevo departamento de adquisición de armas y municiones, el WUMBA. Las responsabilidades armamentistas del Ministerio de la Guerra, incluidos la KRA, el AZS y las relaciones con los CGA, fueron confiadas a un nuevo organismo, el Departamento de Guerra o Kriegsamt, al frente

del cual se puso al antiguo encargado de los ferrocarriles del GGS, Wilhelm Groener. También él sería defenestrado por Ludendorff en 1917 por ser demasiado complaciente con los sindicatos y mostrarse demasiado dispuesto a recortar los beneficios. Pero el Kriegsamt era el encargado de administrar la nueva Ley de Servicio Auxiliar Patriótico o HDG (Hilfsdienstgesetz), que fue sometida a votación en el Reichstag en noviembre de 1916. Como Bethmann Hollweg se opuso a imponer la obligatoriedad de prestar servicio a las mujeres por considerarla demasiado dura y radical[92], la ley acabó ordenando que todos los varones de edades comprendidas entre los diecisiete y los sesenta años que no estuvieran ya prestando servicio militar o destinados a las industrias de guerra, contribuyeran al esfuerzo de guerra trabajando allí donde se les necesitara. A su paso por el Reichstag, la normativa sufrió numerosas modificaciones a favor de los sindicatos, que Groener aceptó de buena gana, viendo en unos sindicatos fuertes una garantía frente a la revolución en caso de derrota. Los comités locales, formados por militares, funcionarios, empresarios y asalariados, decidirían cuáles eran las necesidades de los trabajadores de cada ramo en los distintos distritos; decidirían también si los obreros debían cambiar su lugar de empleo y podían mediar en las disputas en torno a la paga y a las condiciones de trabajo; por otro lado, en todas las empresas que operaran dentro del sistema y dieran empleo a más de cincuenta personas, debían elegirse comités de trabajadores[93]. En resumen, la ley, aprobada en el mes de diciembre, acabó convirtiéndose en un estatuto de los derechos sindicales, y su valor para la realización de los objetivos de la OHL fue escaso: algunas fábricas de bienes de consumo fueron cerradas y 118 000 trabajadores fueron despedidos para que se les asignaran nuevos destinos, pero el gran traspaso de mano de obra fue el que supuso la salida del ejército de algunos soldados

para reincorporarse a la industria. Entre septiembre de 1916 y julio de 1917, el número de trabajadores reclutados obligatoriamente pasó de 1,2 millones a 1,9, mientras que el número de fuerzas de combate se estancaba[94].

Como consecuencia de ese estancamiento, las armas resultaron todavía más urgentes, si bien el Programa Hindenburg hacía que su entrega fuera lenta. Los austríacos participaron en el proyecto, pero de hecho su producción de bombas disminuyó[95]. Los alemanes, por su parte, no salieron mejor librados. El plazo final era mayo de 1917, pero antes de esa fecha el programa había sido suspendido y ninguno de los objetivos había llegado a cumplirse del todo. Probablemente aumentara la rentabilidad industrial, pues los contratos se concedieron una vez más sobre la base coste más beneficios[96]. No obstante, liberó hombres del servicio militar y acaparó medios de transporte y materias primas para un programa de construcción de nuevas fábricas que resultó innecesario e irrealizable; buena parte del mismo sería abandonado al poco tiempo. Sus exigencias, que se sumaron a las del traslado de tropas a Rumanía y a un invierno excepcionalmente crudo, entorpecieron hasta el extremo el funcionamiento de la red ferroviaria[97]. La situación se complicó todavía más debido a una crisis en las minas de carbón, a consecuencia de la cual la producción del Ruhr cayó en el mes de abril a dos terceras partes de lo que eran los niveles de antes de la guerra. En febrero la producción de acero no solo estaba por debajo de los objetivos marcados, sino que en realidad era menor de la que había seis meses antes, mientras que la producción de pólvora, que estaba previsto que alcanzara las 12 000 toneladas en mayo, en julio estaba todavía en las 9200[98]. El objetivo de la aviación era fabricar 1000 nuevos aviones al mes, pero la escasez de carbón y las dificultades del transporte redujeron el total a 400 en enero, y no se superaron regularmente los 900 hasta el mes

de agosto[99]. Bien es verdad que se habían alcanzado objetivos más altos en la mayoría de los sectores previstos en la segunda mitad de 1917, pero en cualquier caso era algo contemplado ya en los planes anteriores del Ministerio de la Guerra, sin los costosos excesos que generaba el nuevo programa. Durante 1917, la ratio de producción entre los dos bandos había vuelto a ponerse a favor de las Potencias Centrales, pero debido en gran medida tanto a la ralentización de la producción de los Aliados (y el colapso de Rusia) como al incremento de la de la propia Alemania, mientras que la del Imperio austrohúngaro entraba en absoluta decadencia. Al mismo tiempo, la crisis económica del invierno y el fracaso del Programa Hindenburg animaron a la OHL a embarcarse en la retirada a la Línea Hindenburg y a insistir en una guerra submarina sin restricciones, con el fin de proteger a las fuerzas alemanas, mermadas y mal equipadas, frente a la nueva ofensiva de los Aliados.

Los desarrollos financieros e industriales fueron, por tanto, trascendentales para definir la evolución de la guerra en 1915-1917, cuando los Aliados, inicialmente mal preparados, modificaron el equilibrio de las municiones y lo pusieron a su favor, recuperando la iniciativa estratégica. Los costes recalentaron de manera desastrosa la economía rusa y empujaron a Gran Bretaña a una crisis cambiaria, y en la primavera de 1917 el incremento de la producción se diluiría. Pero la situación de las Potencias Centrales no era mucho mejor. Tras la moderada expansión en tiempos de Helfferich y Wild, Hindenburg y Ludendorff exigieron reforzarla todavía más, en el momento en el que, como veremos[*], las malas cosechas estaban a punto de abocar a la población civil de Alemania a una peligrosa miseria. El vertiginoso aumento de los préstamos a partir de 1914 había relajado temporalmente las restricciones materiales en los países beligerantes, pero ahora empezaban a dejarse sentir otra vez. Por este motivo, entre otros

muchos, la siguiente fase de la contienda sería muy distinta de la guerra total de 1916.

10

La guerra naval y el bloqueo

Un requisito esencial para que se llegara al estancamiento de los años 1915-1917 fue la movilización económica. Pero un requisito esencial para que se produjera esa movilización fue que uno y otro bando pudiera sofocar a su adversario cortándole el aprovisionamiento. De ahí la necesidad de analizar el bloqueo al que sometieron los Aliados a las Potencias Centrales y la campaña de los submarinos alemanes contra los barcos aliados. Aunque ambos fenómenos se intensificaron durante el período intermedio de la guerra, los dos siguieron siendo relativamente ineficaces, pero en 1917-1918 los dos adquirieron un mayor vigor. Sin embargo, de momento los Aliados mantuvieron el dominio del mar en casi todas las aguas del mundo e impidieron que pasara a manos de sus adversarios. Junto con los imperios que los Aliados gobernaban a lo largo y ancho del mundo y con sus relaciones comerciales, ese dominio supuso una ventaja incalculable para ellos, aunque tardara en producir beneficios.

La guerra por mar a partir de 1915 se parecería a la que estaba llevándose a cabo por tierra en que llegó a una fase de estancamiento, pues ninguno de los bandos logró destruir las principales fuerzas del otro. Pero fue un estancamiento de inactividad salpicado de incursiones y emboscadas, no de demoledoras batallas de desgaste. Las flotas de acorazados británica y alemana abrieron fuego una contra otra solo durante dos períodos de menos de diez minutos cada uno el 31 de mayo

de 1916; los grandes buques de guerra que ambos bandos tenían en el Adriático, el Báltico y el mar Negro nunca llegaron ni siquiera a estar a tiro unos de otros. La cautela de los almirantes se debía mucho a la vulnerabilidad de sus navíos frente a las minas y a los torpedos disparados desde submarinos, lanchas torpederas o destructores. Acorazados que habían tardado años en ser construidos podían desaparecer en cuestión de minutos. Además, en cada uno de los principales teatros de operaciones uno de los bandos contaba con alguna ventaja: Gran Bretaña sobre Alemania en el mar del Norte; Alemania sobre Rusia en el Báltico; Francia e Italia sobre el Imperio austrohúngaro en el Adriático; y Rusia sobre Turquía en el mar Negro. El bando más débil no tenía demasiados motivos para arriesgarse a ser aniquilado, ni el más fuerte tampoco los tenía para arriesgarse a perder su superioridad. Sin embargo, a diferencia de la situación que se vivía en tierra, la que había en el mar perjudicaba a las Potencias Centrales. El principal desafío a esta generalización era la situación de Rusia, que había visto cómo le cortaban las salidas por mar que tenía antes de la guerra a través de los Dardanelos y el Báltico. Pero en otros lugares, una vez quitados de en medio los cruceros alemanes y capturadas sus bases ultramarinas, las flotas de los Aliados prevalecían en todas partes. El dominio del mar les permitía hacer de este una autopista para sus armadas, su marina mercante y sus buques de transporte de tropas. Como tenían acceso a los recursos de casi todo el planeta, podían también llevar a cabo operaciones anfibias, y estrangular el comercio marítimo de sus enemigos. Estos, salvo excepciones como Alemania, que llegó a importar por vía marítima 17 millones de toneladas de metal de hierro sueco[1], no podían decir lo mismo.

De estas tres ventajas la más importante probablemente fuera la primera. En 1914 los Aliados poseían en conjunto el 59 por ciento del tonelaje a vapor del mundo (y solo el Imperio

británico el 43 por ciento) frente al 15 por ciento de las Potencias Centrales[2]. El poder que ejercía en el mar permitió a los vapores británicos trasladar a un millón de hombres del Dominio Británico por todo el mundo sin sufrir pérdidas[3], y también llevar y traer a miles de hombres de un lado a otro del canal de la Mancha. Durante la guerra, los barcos británicos transportaron a más de 23,7 millones de personas, 2,24 millones de animales y 46,5 millones de toneladas de pertrechos[4]. El dominio de los mares permitió a Francia traer a sus tropas de África y a Gran Bretaña doblar las importaciones de todos los rincones del imperio, recibiendo enormes cantidades de lana de Australia y una infinidad de trigo y de bombas de Canadá[5]. Francia, tras ser ocupados sus principales yacimientos de carbón, volvió a depender del carbón británico; Italia siempre había sido pobre en recursos e incluso en tiempos de paz había dependido de las importaciones por vía marítima de alimentos y materias primas. Durante la segunda mitad de la guerra, los barcos británicos transportaron casi la mitad de las importaciones francesas e italianas[6]. Los suministros norteamericanos traídos por vía marítima —petróleo, grano, acero y armas— fueron incluso más significativos, incluso antes de que Estados Unidos entrara en el conflicto. La ventaja logística de los Aliados fue trascendental para la acumulación de recursos que hizo posibles las ofensivas del verano de 1916.

En cambio, los Aliados hicieron muy poco uso de su potencial marítimo para llevar a cabo operaciones anfibias, y posiblemente menos del que habrían podido hacer. Suele decirse que sus navíos salvaron en 1915 a los serbios en retirada, los rusos atacaron Trebisonda por tierra y por mar en 1916, y las operaciones de Tesalónica, Mesopotamia y Gallípoli empezaron todas con desembarcos de tropas. Pero de todas estas solo la última encontró resistencia, y la magnitud de este tipo de operaciones en el norte y el oeste de Europa fue limitada.

Incluso en el Mediterráneo oriental, la acción de Tesalónica fue siempre problemática debido a los ataques de los submarinos, que obligaron también a los acorazados de los Aliados a abandonar Gallípoli. Cadorna descartó recurrir a operaciones de desembarco en el Adriático (aparte de una breve expedición a Albania de diciembre de 1915 a febrero de 1916)[7], y los alemanes no intentaron desembarcar detrás de las posiciones rusas durante su avance por la costa del Báltico en 1915. Gran Bretaña envió marines a Amberes en 1914, pero el gobierno rechazó los proyectos que se le presentaron de efectuar desembarcos en Alemania o en las islas situadas frente a sus costas, y los planes ideados por Haig de asaltos a las bases de los submarinos en Flandes fueron arrinconados en 1916 a favor de la ofensiva del Somme, y en 1917 debido al lento progreso de la tercera batalla de Ypres. Los obstáculos eran en parte técnicos, especialmente la falta de lanchas de desembarco y que todavía no se había desarrollado la enorme variedad de artefactos para superar las defensas costeras disponibles durante la Segunda Guerra Mundial. Los barcos de apoyo existentes en aguas europeas eran sumamente vulnerables, y un avance rápido desde una cabeza de puente en la costa resultaba tan improbable como una brecha en las líneas de trincheras tierra adentro. Pero la experiencia de la guerra también vino a confirmar la opinión expresada antes de 1914 por el teórico geopolítico *sir* Halford Mackinder, según el cual el transporte por tierra, a través de las carreteras y de los ferrocarriles modernos, estaba suplantando a las vías marítimas como el canal más eficaz para trasladar ejércitos y suministros[8]. En los principales frentes las operaciones anfibias seguirían siendo una esperanza no cumplida.

El bloqueo fue otro instrumento marítimo cuyos resultados fueron decepcionantes. Técnicamente, ninguno de los dos bandos dispuso un bloqueo en el sentido del utilizado durante

las guerras napoleónicas, esto es, una línea de barcos estacionados fuera de los puertos enemigos para cortar el paso a los mercantes que quisieran entrar o salir de ellos y confiscar su contrabando (las mercancías requisadas). «Guerra económica» —expresión que se hizo habitual durante la contienda— describiría con más exactitud las medidas tomadas por uno y otro bando. A menudo se pasa por alto el uso que de ella se hizo contra Rusia. Las Potencias Centrales frenaron el comercio por vía terrestre del imperio zarista (que había sido su principal fuente de importaciones antes de la guerra)[9], mientras que Dinamarca (por temor a que los alemanes se llevaran el gato al agua y violaran su soberanía) minaron los pasos que a través de sus aguas territoriales conectaban el Báltico con el mar del Norte[10]. Esta medida dejaba a los barcos alemanes libertad para cruzar de uno a otro mar a través del canal de Kiel, pero cortaba el paso al Báltico a los barcos procedentes de fuera, excepto a los submarinos. Por último, en septiembre de 1914 los otomanos cerraron los estrechos turcos. Todas estas acciones impedían prácticamente a Rusia contactar con el resto de los Aliados. Las mercancías enviadas a Vladivostok tenían que recorrer más de 6000 kilómetros a través del ferrocarril transiberiano; los productos llevados por mar a los puertos del Ártico quedaban a merced de unas vías de comunicación con el interior tan inadecuadas que acababan olvidados y amontonados en los muelles; y el material enviado a través de Suecia era utilizado por Estocolmo para pedir «compensaciones» (cada transporte que se permitía pasar con destino a los rusos tenía que ser compensado con otro destinado a las Potencias Centrales)[11]. Pero las dificultades del transporte no impidieron que Petrogrado efectuara compras enormes en Estados Unidos y Gran Bretaña: y más que los factores logísticos fueron las dificultades de fabricación los obstáculos más serios que encontró la entrega de los pedidos; hasta 1916 la economía de

guerra de Rusia creció más deprisa que la de Alemania.

Además, el efecto del bloqueo al que sometieron los Aliados a las Potencias Centrales fue limitado durante los dos primeros años, a pesar de empezar contando con grandes ventajas. En 1914 el 64 por ciento de los mercantes de Alemania quedaron internados en puertos neutrales[12], y la situación geográfica de las islas Británicas permitió a la Royal Navy cerrar los accesos a los puertos alemanes efectuando un bloqueo a distancia. El campo de minas colocado al comienzo de la guerra obligaba a todos los barcos que atravesaban el estrecho de Calais a utilizar el angosto pasillo situado entre el bajío de Goodwin y la costa de Kent, donde podían ser detenidos y registrados. Los cruceros de las patrullas del norte vigilaban las aguas situadas entre Escocia y Noruega[13]. En 1915 interceptaron unos 3000 barcos tanto de los Aliados como de los países neutrales (en su mayoría, escandinavos) y en 1916 concretamente 3388, siendo poquísimos los que se escaparon de la red[14]. Los barcos italianos y franceses apostados en el canal de Otranto y en Corfú podían controlar la navegación del Adriático incluso más estrechamente. El aspecto naval del bloqueo resultó casi hermético, y las importaciones a Alemania se vieron reducidas en un 55 por ciento de su valor anterior al estallido de la guerra en 1915[15] y en un 34 por ciento en 1918, lo que en términos de volumen significó solo una quinta parte[16]. Pero esa disminución, aunque mucho mayor que la que sufrieron los Aliados, distó mucho de significar la supresión total del comercio de los enemigos, y en cualquier caso la dependencia de las importaciones que había tenido Alemania había sido tradicionalmente menor que la de Gran Bretaña. En algunos artículos, como, por ejemplo, la falta de nitratos de Chile (necesario para los fertilizantes y los explosivos), Alemania notó enseguida el daño, pero en muchos casos encontró sucedáneos y pudo arreglárselas sin la importación de productos alimentarios

hasta que la producción de su agricultura nacional empezó a disminuir[17]. El Imperio austrohúngaro sufrió las peores consecuencias, pero en parte porque el gobierno de la mitad húngara de la monarquía dual, predominantemente agrícola, retiró el abastecimiento a las ciudades de la mitad austríaca. Los motines provocados por la falta de alimentos empezaron en Viena ya en 1915[18]. En Alemania, sin embargo, los servicios de inteligencia británicos detectaron una caída inapreciable del nivel de vida de la población civil hasta el otoño de 1915, y solo un deterioro más serio a partir del año siguiente[19].

El problema fundamental para los Aliados no era tanto marítimo como diplomático: su relación con el anillo de «países nórdicos neutrales» que rodeaban a Alemania (Suiza, Holanda, Dinamarca, Noruega y Suecia), cuestión estrechamente vinculada con la de la relación que mantenían con el más grande de los países neutrales, Estados Unidos. Excepto frente a Suiza (de la que se hizo responsable Francia)[20], Gran Bretaña tomó el mando en este asunto, y su política consistió en imponer los controles más estrictos que los estadounidenses pudieran tolerar. Pero Alemania acumulaba grandes déficits comerciales con sus vecinos, llegando su déficit total durante la guerra a una media del 5,6 del producto nacional neto[21]. Las importaciones de mineral de hierro de Suecia, de níquel y cobre de Noruega, y de productos alimentarios holandeses y daneses, financiadas en gran medida con créditos de bancos de países neutrales, se convirtieron para las Potencias Centrales, aunque a menor escala, en el equivalente de los suministros proporcionados a los Aliados por los estadounidenses. Como la Royal Navy podía despachar muy pocos submarinos al Báltico y la marina rusa no estaba dispuesta a actuar más allá del golfo de Finlandia, el dominio de los mares que ejercían los Aliados no podía hacer directamente mucho para impedir las filtraciones comerciales. Si se quería abordar el problema, habría que hacerlo de manera

indirecta, a través de las restricciones comerciales impuestas a los países neutrales, para limitar la asistencia que pudieran prestar al enemigo.

Semejante actuación suponía violar el derecho internacional y por lo tanto arriesgarse a un enfrentamiento con Estados Unidos, aunque este problema resultaría menos grave que las negociaciones con los países nórdicos. El derecho de guerra que gobernaba el bloqueo y el requisamiento del contrabando se había consolidado hasta cierto punto en la Declaración de París de 1856 y en la Declaración de Londres de 1909. Esta última intentaba proteger a los países neutrales dividiendo las mercancías en «contrabando absoluto» (las relacionadas con la guerra, como, por ejemplo, las municiones, sujetas a ser confiscadas en todas las circunstancias), «contrabando condicional» (mercancías destinadas a usos militares y no militares, como los productos alimentarios o los combustibles) y una «lista libre» de mercancías como el algodón, el petróleo y el caucho, que estaban siempre exentas de las confiscaciones[22]. Sin embargo, en Gran Bretaña la Cámara de los Lores se había negado a ratificar la Declaración de Londres, y en 1914 Gran Bretaña y Francia se comprometieron a respetarla, pero con tantas restricciones que con su actitud anulaban gran parte de su significado. No tardaron en erosionar el concepto de contrabando condicional aplicándole la doctrina del «viaje continuado», es decir, la incautación de los productos alimentarios destinados a un puerto neutral si se sospechaba que en último término su destino era Alemania. Aunque utilizaron el pretexto ilegítimo de que todos los suministros de alimentos a Alemania se hallaban controlados por el gobierno, su verdadera finalidad era detener la acumulación de reservas por parte de Alemania ante la posibilidad de una guerra larga y satisfacer el clamor popular que exigía estrangular económicamente al enemigo[23]. Además, el 2 de noviembre de 1914 el

Almirantazgo británico declaró la totalidad del mar del Norte «zona de guerra», en la que los buques mercantes solo podían entrar con seguridad si seguían unas rutas concretas. Los británicos intentaron justificar esta medida invocando su derecho de represalia por la colocación de minas por parte de Alemania, pero de ese modo sentaron un precedente de actuación vengativa que no tardaría en subvertir todo el marco de la ley[24]. Cuando los alemanes citaron las ilegalidades cometidas por los Aliados para justificar el lanzamiento de una guerra submarina sin restricciones en febrero de 1915, Gran Bretaña y Francia citaron a su vez su derecho a tomar represalias (en una Orden del Consejo tomada por los británicos el día 11 de marzo) anunciando su intención de impedir todo movimiento de mercancías originado en las Potencias Centrales o con destino a ellas. Quedaron así bloqueados no solo los puertos enemigos, sino también los neutrales, y las distinciones estipuladas en la Declaración de Londres fueron anuladas; los Aliados no tardaron en afirmar que el algodón era contrabando y acabaron por revocar su adhesión a los principios de la citada declaración. En realidad, la guerra submarina fue utilizada como pretexto para aplicar una política que los británicos estaban decididos a seguir, en respuesta a la presión de su propia opinión pública y ante las pruebas cada vez más claras de que la derrota de Alemania sería larga y costosa.

Los Aliados se mantuvieron firmes ante la escasa oposición de Estados Unidos. Desoyendo el consejo de su secretario de Estado, William Jennings Bryan, de dar una respuesta más enérgica, Wilson tardó en reaccionar ante las medidas tomadas por los británicos. En una serie de notas de protesta afirmó que eran ilegales y que conculcaban el derecho a reclamar una compensación, pero ni formuló amenazas de ningún tipo ni exigió la revocación de las medidas, dando a entender que todo dependería de cómo se aplicaran[25]. Parece que temió una

escalada del conflicto que diera lugar a una repetición de la confrontación en torno a los derechos de neutralidad que había desembocado en la guerra anglo-americana de 1812. Además, pensaba que una victoria de los Aliados iba en beneficio de los intereses estadounidenses, esperaba colaborar con Londres en una mediación para poner fin a la guerra, y comprendía la importancia que tenían las compras de los Aliados para la prosperidad de su país. Tampoco deseaba un conflicto simultáneo en dos frentes, dado que durante todo un año, entre mayo de 1915 y mayo de 1916, la guerra submarina de los alemanes fue su principal prioridad diplomática. A partir de mayo de 1916 adoptó una postura más severa, en parte porque dio la impresión de que el bloqueo estaba perjudicando más directamente los intereses de Estados Unidos. Dos medidas en particular escandalizaron a la opinión pública estadounidense: desde finales de 1915, los británicos empezaron a abrir el correo (incluido el correo estadounidense) encontrado a bordo de los barcos neutrales que detenían, y en julio de 1916 publicaron una «lista negra» de empresas de países neutrales (entre ellas algunas compañías norteamericanas) que sospechaban que comerciaban con las Potencias Centrales y con las que prohibieron que hicieran negocios las empresas británicas, impidiéndoles así el acceso al carbón y a los barcos británicos[26]. La cólera del presidente (dijo que la lista negra «era el colmo») la compartía también el Congreso, que en septiembre de 1916 votó concederle poderes extraordinarios para negar a los barcos aliados acceder a los puertos estadounidenses, y aprobó un proyecto de ley naval con la que Wilson pretendía dar a Estados Unidos más influencia diplomática sobre Gran Bretaña. No obstante, el presidente se abstuvo de utilizar sus nuevos poderes de embargo, evitó formular un ultimátum e ignoró la propuesta de los países neutrales de Europa de emprender una acción conjunta[27]. Los británicos hicieron algunas concesiones en lo

tocante a la orden de abrir las cartas procedentes de los países neutrales, pero en lo esencial las protestas norteamericanas no tuvieron repercusión alguna.

La maquinaria del bloqueo parecía impresionante sobre el papel, pero incluso después de las declaraciones de marzo de 1915 siguió llena de fallos, y durante dos años más el comercio alemán con los países neutrales siguió siendo considerable. No existió ningún organismo mixto entre los Aliados que se encargara de supervisar el bloqueo hasta que en junio de 1916 se creó a tal efecto en París un «comité permanente»; el nuevo ente resultó puramente consultivo y de menor importancia[28]. Los franceses sospechaban, con cierta razón, que los británicos eran más laxos de lo que decían a la hora de abordar la cuestión. Por ejemplo, la legislación británica (a diferencia de la francesa) permitía a sus súbditos residentes en países neutrales seguir comerciando con el enemigo. Algunos intereses financieros y empresariales aliados estaban en contra de llevar a cabo un bloqueo demasiado estricto. Los planes franceses de compras preventivas de carne holandesa y de reses suizas fueron desbaratados por la negativa del ministro de Hacienda a sufragarlas[29] y los agentes de la City de Londres lograron oponerse a las restricciones impuestas al suministro de café a Alemania a través de países neutrales. El Departamento de Comercio y Exportación y el Tesoro, a diferencia del Foreign Office y de las fuerzas armadas, se mostraron a favor de la continuación del comercio británico con los países neutrales, tanto para conseguir divisas extranjeras como para salvaguardar los mercados de la exportación. Además, Gran Bretaña necesitaba la margarina holandesa y los puntales de madera suecos, y en un momento determinado el 90 por ciento de los nitratos destinados a Francia, fundamentales para la producción de explosivos, procederían de la empresa noruega Norsk Hydro[30]. Había también razones diplomáticas para no

presionar demasiado a los países neutrales. Aparte de las pretensiones que esgrimían los Aliados de estar luchando por los derechos de los países pequeños, Suecia podía vengarse bloqueando el paso del comercio destinado a Rusia, y Alemania podía invadir a sus vecinos si su neutralidad llegaba a parecerle parcial. Aunque los Aliados tenían asimismo buenas cartas en las manos —controlaban el suministro de productos que llegaban a los países neutrales por vía marítima y las economías escandinavas dependían del carbón británico—, sus esfuerzos por reforzar el bloqueo se basaban en acuerdos negociados con los países neutrales, que debían tener en cuenta la división de las simpatías de sus ciudadanos (si bien Noruega y Dinamarca estaban en general a favor de los Aliados) y la necesidad de equilibrio entre los dos bloques.

A pesar de esos obstáculos, los resquicios que habían quedado fueron eliminados poco a poco. Durante los primeros meses, las exportaciones de los Aliados a los países neutrales del norte crecieron vertiginosamente, pasando buena parte de los productos alimentarios y de las materias primas sobrantes a Alemania[31]. En una serie de negociaciones los Aliados acordaron no interferir en las importaciones de productos de contrabando adquiridas por los países neutrales si estos prometían no reexportarlas[32]. El gobierno holandés aprobó en enero de 1915 la creación de la Nederlandsche Overzee Trust Maatschappij (NOT), organismo privado que se encargaba de todas las importaciones holandesas, aceptando los británicos no restringir sus operaciones si la NOT garantizaba que serían consumidas en el país[33]. Los británicos consideraron la NOT un gran éxito. Sirvió como modelo para la Société Suisse de Surveillance Économique, que desempeñaba una función similar en Suiza, y para los acuerdos con la Asociación de Comerciantes Daneses y con la Cámara de Fabricantes de Copenhague, que asumieron unas responsabilidades similares en

Dinamarca. Los suecos, por su parte, se resistieron a cualquier acuerdo de ese tipo, y las negociaciones con Noruega se rompieron cuando el acuerdo danés fue criticado en Gran Bretaña por ser demasiado favorable a Alemania[34]. Este sistema de «remesas», como era conocido, dificultó, pero no impidió del todo, que los países neutrales siguieran reexportando mercancías a las Potencias Centrales, y por supuesto no les disuadió de que vendieran sus excedentes agrícolas a Alemania. En la primavera de 1916, Holanda era el principal proveedor extranjero de alimentos de Alemania, mientras que los envíos de trigo de Rumanía fueron trascendentales para el Imperio austrohúngaro, hasta que el país balcánico se unió a los Aliados[35]. Los Aliados respondieron limitando las importaciones que podían recibir los países neutrales, permitiéndoles comprar solo las cantidades que se consideraban esenciales para sus necesidades internas. En octubre de 1916 fue restringida la importación a Suiza de más de 230 categorías de productos, aunque la lista fue mucho menos amplia en el caso de otros países[36]. En segundo lugar, los británicos hicieron acuerdos de compras excluyentes, especialmente con Holanda en 1916, con el fin de adquirir una proporción de productos de un país neutral a precios garantizados. Esos acuerdos redujeron de manera considerable las importaciones de alimentos que podían llegar a Alemania, y parece que contribuyeron a la decisión que tomó este país de reanudar la guerra submarina indiscriminada en febrero de 1917[37]. A esas alturas el bloqueo probablemente se hubiera reforzado tanto como lo permitían las obligaciones diplomáticas (hasta que Estados Unidos entró en la guerra), y empezaba a causar verdadero daño en un momento en el que la inflación, las malas cosechas y el excesivo gasto en armamento estaban abocando a la crisis a la economía alemana. Lo mismo que sucedió con la estrategia de los Aliados por tierra, también en el ámbito de la guerra económica la persistencia empezaba a dar

sus frutos.

Alemania contaba con dos instrumentos para desafiar el dominio de los mares que tenían los Aliados: barcos de superficie y submarinos. No podía utilizar al máximo los dos al mismo tiempo, pues sus grandes buques de guerra necesitaban acompañamiento submarino cuando se aventuraban a salir a alta mar. De ahí que, entre dos períodos más largos dominados por campañas de submarinos, se produjera en 1916 una fase de intensa actividad de la Flota de Alta Mar. Los motivos de la cautela demostrada por los alemanes con la navegación de superficie eran, entre otros, la inferioridad numérica, las desventajas geográficas y el complejo de inferioridad, que se vio reforzado tras las batallas de Helgoland y del Dogger. El objetivo de la marina alemana sería cada vez más (como lo había sido antes de la guerra) disponer de «una flota en activo», mantenida con fines políticos contra Londres, más que para entrar en acción. Lo mismo cabe decir de su aliado, el Imperio austrohúngaro, cuyos grandes barcos bombardearon la costa de Italia la noche en que este país le declaró la guerra para no volver a acercarse más a ella, siendo utilizados sobre todo para inmovilizar los recursos de los Aliados[38]. Del mismo modo, la Flota de Alta Mar obligó a los británicos a invertir en la creación de una infraestructura enorme que sirviera de apoyo a la Gran Flota, cuyos barcos, de no ser así, habrían quedado libres para dedicarse a la protección del comercio y a la guerra antisubmarina. La armada alemana sirvió para disuadir al enemigo de llevar a cabo un bloqueo de proximidad e incursiones en las costas de Alemania, y además contribuyó a proteger las importaciones del mineral de hierro sueco con destino a Alemania. Pero no cabía esperar que llegara a ponerse al mismo nivel que los británicos mediante el desgaste o aislando y derrotando uno a uno sus buques de guerra. Bien es verdad que tras el bombardeo de las ciudades de la costa de

Gran Bretaña en diciembre de 1914, la recién creada Flota de Cruceros de Batalla, al mando del vicealmirante Beatty, fue estacionada como fuerza de intercepción adelantada en Rosyth, mientras que la Flota de Batalla, al mando del almirante Jellicoe, permaneció en Scapa. Pero cuando sustituyó a Ingenohl como comandante de la Flota de Alta Mar tras la batalla del Dogger Bank, Pohl acordó con el káiser que no se arriesgaría a entablar batalla a una distancia del puerto de origen de más de un día de navegación[39], y durante todo el año 1915 solo los grandes buques más modernos de la armada permanecieron operativos[40]. Tampoco es muy probable que Jellicoe estuviera dispuesto a hacer el juego a los alemanes. Consciente de lo imprevisible que era una gran batalla naval librada con la tecnología moderna, convirtió en su lema no jugárselo todo a una carta cuando llevaba las de ganar. En un memorando al Almirantazgo de 12 de abril de 1916 reiteraba su vieja doctrina de que no se arriesgaría a perder sus grandes barcos con el fin de destruir los del enemigo[41].

Mientras que los alemanes vacilaban, los británicos salieron de su fase más vulnerable de los primeros meses de la guerra y aprovecharon dos nuevas ventajas. La primera fue su capacidad de descifrar los mensajes de radio de la armada alemana, operación centrada en la Sala 40 del edificio del Almirantazgo en Whitehall[42]. No hay que olvidar a este respecto lo mucho que los británicos debían a las habilidades del equipo de la Sala 40, pero lo cierto es que también tuvieron mucha suerte. Los tres libros de códigos de la armada alemana fueron encontrados a las pocas semanas de empezar la guerra en un crucero abordado por los rusos en el Báltico, en un vapor secuestrado por los australianos, y en un arcón rescatado por un arrastrero británico frente a las costas de la isla de Texel. A partir de diciembre de 1914, la Sala 40 pudo normalmente avisar de antemano de cualquier salida que hicieran los alemanes (aunque

la División de Operaciones del Almirantazgo no siempre hizo el mejor uso de las informaciones), mientras que los alemanes nunca lograron un éxito semejante en la interpretación del tráfico naval británico. Los británicos cambiaron los códigos más a menudo y observaron una gran disciplina en materia de transmisiones por radio, pues el Almirantazgo utilizó la línea terrestre para comunicarse con la Gran Flota siempre que esta se hallaba anclada en un puerto[43]. La segunda ventaja es la que le proporcionó la construcción naval. En 1914, la Royal Navy tenía veintidós acorazados *dreadnought* y su margen de superioridad distaba mucho de ser aplastante. En cambio, cuando las dos armadas se enfrentaron en la batalla de Jutlandia en mayo de 1916 los británicos disponían de veintiocho acorazados *dreadnought* frente a los dieciséis que tenían los alemanes (y de nueve cruceros de batalla frente a cinco)[44]. Como sus grandes buques llevaban cañones más pesados, el peso total de los proyectiles disparados en una salva de su artillería era el doble que el de los alemanes: 400 000 toneladas frente a 200.000[45]. Hasta cierto punto, todos estos desarrollos se originaron antes de la guerra. En 1914, los alemanes seguían beneficiándose del altísimo nivel de construcción naval alcanzado entre 1908 y 1912, pero desde finales de 1915 la llegada de barcos extra construidos por los británicos tras el sobresalto de 1909-1910, incluida la clase *Queen Elizabeth* de acorazados *superdreadnought* con cañones de 15 pulgadas, equilibró la balanza a su favor[46]. Además, durante la guerra el plazo de construcción de los buques de guerra alemanes se alargó debido a la prioridad que se dio a la fabricación de submarinos. La mano de obra sufrió una drástica disminución a causa de la llamada a filas de muchos operarios, y el bloqueo hizo que escasearan el níquel y el cobre. Alemania terminó en 1916 la construcción de dos acorazados, en 1915 la de un crucero de batalla, y en 1917 la de otro[47], pero Gran Bretaña

tenía en 1914 trece acorazados en construcción, a los que se añadieron durante la guerra nueve cruceros de batalla, y por otro lado la armada recibió un total de 842 buques de guerra y 571 navíos auxiliares. Las «chapas» protegían a los obreros cualificados de los astilleros, que se libraban así de ser llamados a filas, y el Almirantazgo se negó a deshacerse de sus trabajadores más expertos; las fábricas de armas del ejército se vieron obligadas a contratar a muchos más trabajadores sin formación previa. La armada tendría preferencia sobre el Ministerio de Municiones en las asignaciones de acero, y la construcción de buques de guerra recibió la prioridad sobre la de buques mercantes. El agravamiento del déficit de tonelaje comercial de Gran Bretaña y su inadecuada provisión de proyectiles en el Somme se debió en parte a la prioridad dada tradicionalmente a la armada, hasta el punto de que incluso los ministros simpatizantes la consideraron excesiva, y que quizá reflejara el deseo de tomar precauciones de antemano contra la rivalidad de Estados Unidos y de Japón una vez acabada la guerra[48].

Quizá parezca sorprendente que se produjera un choque entre las dos armadas enemigas. La batalla de Jutlandia fue en gran medida consecuencia del cambio operado en el mando de la marina alemana, cuando el almirante Reinhard Scheer sustituyó a Pohl en febrero de 1916. Scheer también pretendía evitar un choque de titanes, pero desde luego tenía intención (y para ello obtuvo la aprobación de Guillermo II) de llevar a cabo ataques con submarinos y con la aviación, de efectuar incursiones contra los barcos británicos y contra la costa este de Gran Bretaña, y de hacer salidas con toda la flota, con la esperanza de que una parte de la Royal Navy cayera así en la trampa y fuera destruida[49]. A partir del mes de febrero, la Flota de Alta Mar se hizo a la mar al menos una vez al mes, y la armada británica hizo otro tanto, llevando a cabo dos incursiones aéreas contra la costa alemana. Cada vez era más

probable que se produjera un enfrentamiento. El 31 de mayo a primera hora de la mañana, Scheer y los cruceros de batalla de su 1.er Grupo de Exploración al mando de Franz Hipper empezaron a peinar el Skagerrak en busca de patrulleros y mercantes británicos. Gracias a un aviso de la Sala 40 Jellicoe y Beatty se habían hecho ya a la mar y las dos armadas pusieron rumbo hacia el mismo punto, aunque sin darse cuenta de que lo estaban haciendo. Por el contrario, debido a un informe equívoco de la División de Operaciones los mandos británicos supusieron que la Flota de Alta Mar seguía en Wilhelmshaven varias horas después de que hubiera salido del puerto. El resultado fue que Jellicoe decidió avanzar con lentitud para ahorrar combustible y cuando Beatty se encontró de forma inesperada primero con los cruceros de batalla de Hipper y luego con los acorazados de Scheer, se dio cuenta de que se había adelantado peligrosamente. Arrastró de forma asimismo inesperada a Scheer a un enfrentamiento con la fuerza principal de Jellicoe, ante la cual Scheer dio por dos veces media vuelta antes de lograr escabullirse en plena noche[50].

En la primera fase del combate entre Beatty y Hipper, iniciada a las 15.48 y denominada la «carrera hacia el sur», los cruceros de batalla de Beatty fueron apoyados, aunque con retraso, por los cuatro nuevos acorazados *superdreadnought* de la 5.ª Escuadra de Batalla de Hugh Evan-Thomas. Beatty había navegado seguido muy de lejos por los cuatro acorazados, y la incompetencia en la señalización del teniente de banderas (como en Helgoland y en el Dogger Bank) quizá contribuyera a ese retraso, si bien este quizá también se debiera a la falta de iniciativa de Evans-Thomas. Pero, además, los cruceros de batalla británicos tardaron mucho en entablar combate y no supieron aprovechar la superioridad de su radio de tiro. Como su silueta se recortaba en el horizonte, presentaban un objetivo más claro, y por si fuera poco su artillería era muy poco precisa,

y sus bombas perforadoras estaban mal diseñadas. Aunque, sobre todo, se dejaron abiertas las compuertas situadas entre las santabárbaras y las torretas de los cañones para acelerar las operaciones de carga, y las cargas de la cordita utilizada como detonante de las bombas estaban peor protegidas que las de los alemanes. Probablemente, esos fueran los motivos de que dos cruceros de batalla, el *Indefatigable* y el *Queen Mary*, saltaran por los aires y perdieran a casi todos sus tripulantes. Sin embargo, cuando los barcos británicos que habían quedado incólumes avistaron el grueso de las fuerzas alemanas emprendieron la retirada poco después de las 16.30 y dieron la vuelta en la llamada «carrera hacia el norte» que se desencadenó a continuación, hasta que aproximadamente a las 18.20 la flota de Scheer que iba en su persecución se puso a tiro de los cañones de los *dreadnoughts* de Jellicoe. Se perdió entonces un tercer crucero de batalla británico, el *Invincible*, pero Jellicoe, pese a haber sido mal informado por Beatty acerca del paradero de la Flota de Alta Mar, desplegó con mucha habilidad sus acorazados en formación al este de Scheer, lo que le permitió cruzarse perpendicularmente frente a los barcos de este e interponerse entre ellos y sus puertos. Scheer se retiró casi de inmediato parapetándose tras una cortina de humo y un ataque de sus destructores con torpedos; Jellicoe no se lanzó en su persecución, pero media hora después Scheer volvió a encontrarse con los acorazados británicos; según los autores alemanes, en un intento deliberado de esquivar la persecución de los británicos[51]. Sufrió importantes daños antes de retirarse de nuevo parapetándose tras la artillería de sus cruceros de batalla y un ataque de los destructores, maniobra ante la cual Jellicoe respondió retirándose también. Aquella acción fue la última oportunidad de los británicos de ajustar cuentas por las pérdidas sufridas anteriormente, pues durante la noche los alemanes lograron cruzar por detrás de Jellicoe cuando este

navegaba hacia el sur. Se dirigieron a puerto a través de un canal abierto en medio de los campos de minas colocados frente a las costas de Alemania, y cuando amaneció el 1 de junio los británicos se encontraron solos en medio del mar.

La participación de unos 150 barcos británicos y de unos 100 alemanes hizo que la batalla de Jutlandia se convirtiera en uno de los momentos más dramáticos de la guerra. A diferencia de lo sucedido en las acciones navales de la Segunda Guerra Mundial, la aviación no desempeñó papel alguno y el de los submarinos fue muy pequeño (su influencia en la batalla se limitó fundamentalmente al miedo que inspiraban a Jellicoe). Constituye el ejemplo histórico más destacado de una acción entre grandes buques de guerra a vapor, en la que la artillería de largo alcance causó la mayor parte de los daños. Los cañones de 12 pulgadas o de calibre todavía más grueso que llevaban los grandes buques de guerra eran mayores que casi cualquiera de las piezas de artillería usadas en tierra, y aunque los dos bandos combatieron con muy mala visibilidad y los problemas de puntería entorpecieron el ritmo de las salvas, no hubo «escasez de bombas» que lo obstaculizara. En la batalla de Jutlandia, las escuadras de acorazados más numerosas solo entraron en contacto una con otra durante breves instantes, y sin embargo la destrucción fue muy grande. A diferencia de las batallas terrestres de 1916, casi todas las bajas fueron muertos, muchos de ellos a causa de heridas provocadas por la deflagración o por las quemaduras, lesiones desconocidas en tiempos de Nelson; otros perecieron sepultados en el interior de los barcos hundidos. Se fueron a pique catorce navíos británicos (que desplazaban en total 110 000 toneladas), entre ellos los tres cruceros de batalla mencionados, y once alemanes (que desplazaban un total de 62 000 toneladas), incluido un crucero de batalla y un acorazado anterior a los *dreadnoughts*. En cuestión de horas los británicos perdieron 6094 hombres y los

alemanes 2551 —todos muertos— de un total de 110 000 marinos de uno y otro bando[52].

Scheer cometió varios errores, empezando por llevar consigo una escuadra de acorazados viejos y lentos, anteriores a los *dreadnoughts*. Pero es evidente que los alemanes ganaron el combate y pusieron de manifiesto algunas graves debilidades de los británicos. Su artillería era más precisa como consecuencia del mejor adiestramiento de sus hombres, de la superioridad de los medidores de distancia y de la mayor efectividad de las bombas perforadoras con espoletas de acción retardada, mientras que los barcos británicos estaban peor blindados y tenían menos mamparos estancos. Aunque la Gran Flota estuvo de nuevo lista para la acción antes que su adversaria, los alemanes obtuvieron una victoria propagandística debido al número de barcos británicos hundidos. El recuerdo de aquellas pérdidas seguía levantando ampollas incluso una vez acabada la guerra, y Beatty (o al menos su entorno) adujo que Jellicoe había perdido una oportunidad de aniquilar a las fuerzas de Scheer. Actualmente pocos comentaristas ponen en entredicho la astucia del despliegue inicial de Jellicoe o su prudencia al no querer entablar combate en plena noche con un enemigo que estaba mejor equipado y entrenado para ello. Sin embargo, Jellicoe sobrevaloró el peligro de los torpedos y si hubiera salido en persecución de Scheer con más energía tras la primera retirada de este y no se hubiese replegado tras la segunda, probablemente habría destruido más barcos alemanes antes del anochecer, y habría hecho más para controlar los movimientos alemanes en medio de la oscuridad[53]. Por supuesto, cuando todo ha pasado resulta muy fácil criticar a un general que ha actuado en circunstancias de gran confusión y con unas informaciones inadecuadas, en medio de un agotamiento cada vez mayor a medida que caía la noche. Jellicoe tenía razón cuando insistía en que la destrucción de la Flota de Alta Mar era

algo secundario y que lo principal era no perder la batalla[54], aunque estas mismas justificaciones plantean la cuestión de qué fue lo que lo llevó entonces a echarse a la mar. El hecho fundamental continúa siendo que Scheer fracasó en su objetivo estratégico de acabar con los cruceros de batalla de Beatty y de establecer el equilibrio entre las dos armadas, por lo que no quedó en mejor situación que antes para atacar las islas Británicas o adentrarse en el canal de la Mancha, enviar sus barcos al corso y romper el bloqueo de los Aliados.

Jutlandia no marcó el final de la fase más activa de la guerra de superficie. Scheer volvió a hacer una salida el 18-19 de agosto. La Sala 40 volvió a avisar a los británicos y Jellicoe y Beatty se hicieron a la mar, pero las dos armadas no llegaron a encontrarse nunca. Jellicoe mostró una prudencia extrema debido a su temor a sufrir una emboscada submarina. En una reunión celebrada el 13 de septiembre, Beatty y él acordaron, con el apoyo del Almirantazgo, no aventurarse de nuevo en el sector oriental y meridional del mar del Norte a menos que se dieran unas circunstancias excepcionales. Scheer zarpó de nuevo el 10 de octubre, pero la Gran Flota ni siquiera salió a su encuentro. Las autoridades británicas consideraron en su momento la batalla de Jutlandia menos una oportunidad perdida que un episodio que los había librado de un desastre catastrófico, ante el cual la respuesta adecuada era una mayor cautela y no un gesto audaz; y cuando Beatty sustituyó a Jellicoe como comandante de la Flota de Batalla en noviembre no modificó nada. No obstante, también Scheer pensaba que se había librado del peligro por muy poco; de hecho, hizo saber al káiser en el mes de julio —y Guillermo II aceptó sus explicaciones— que con una operación de la armada no era posible acabar con la superioridad de Gran Bretaña ni obligarla a entablar negociaciones en un plazo razonable[55]. Comentó que solo una guerra submarina indiscriminada podría conseguir esos

resultados, y parece que uno de los motivos de la campaña de los submarinos emprendida la primavera siguiente fue la percepción de que no era posible obtener un resultado decisivo en la superficie. En octubre su flota perdió los submarinos de exploración, así como veinticuatro destructores enviados a Zeebrugge para facilitar la travesía de los U-Boote por el estrecho de Calais[56]. No se atrevió a llevar a cabo ninguna otra salida hasta abril de 1918. En lo tocante a si había que elegir entre acciones de superficie o submarinas, estas últimas eran las que empezaban a tener definitivamente más importancia.

La decisión que tomó Alemania en enero de 1917 de reanudar la guerra submarina sin restricciones a partir del mes siguiente fue una de las más trascendentales de la contienda. Constituyó el requisito indispensable para la entrada de los estadounidenses en la guerra y en último término para la victoria de los Aliados. Sin embargo, para lo que nos interesa discutir aquí, la primera cuestión que debemos plantear es por qué hasta 1917 la guerra submarina tuvo tan poco impacto —menos que el bloqueo al que sometieron los Aliados a las Potencias Centrales—, de forma que contribuyó a mantener el estancamiento. La segunda cuestión tiene que ver con lo que se ocultaba detrás de la escalada de las operaciones que se produjo después de esa fecha.

Los submarinos permanecieron inmovilizados antes de 1917 más por consideraciones técnicas que políticas. Eran un arma muy nueva y su número era sencillamente demasiado pequeño. Los submarinos habían empezado a formar parte de la armada solo a principios de siglo y en un primer momento la mayoría de los almirantazgos los utilizaron muy poco. Antes de 1914, el Estado Mayor de la Armada alemana hizo planes para atacar a los buques mercantes aliados, pero con barcos corsarios de superficie. Además, desde la década de 1890 el principal objetivo de Tirpitz había sido disponer de una marina de guerra capaz de combatir o al menos de intimidar a su adversaria

británica; imaginaba una armada dirigida primordialmente contra el comercio como concepto estratégico herético e intentó silenciar a sus defensores[57]. En agosto de 1914, Alemania tenía 28 U-Boote en servicio, pero muchos de ellos eran innavegables. A finales de 1915 tenía 54 barcos operativos, y a finales de 1916, 133. Los submarinos sufrían menos que las embarcaciones de superficie las limitaciones impuestas por la guerra; el número de astilleros implicados en su construcción se amplió y la mano de obra estaba en su mayoría protegida para no ser llamada a filas. Un submarino capaz de cruzar el océano podía estar acabado en aproximadamente un año y medio, mientras que los más pequeños, capaces para la navegación costera o para cruzar el canal de la Mancha, solo necesitaban seis o siete meses. La expansión experimentada durante la guerra se produjo en su mayor parte en los tipos ligeros (UB y UC), con base en Brujas, en la zona de Flandes ocupada por los alemanes. Aun así, y por fortuna para los Aliados, su construcción se produjo a rachas. Hubo un fuerte incremento de los encargos en el otoño de 1914 y en la primavera de 1915, pero luego se produjo una demora de un año[58], y pocos de los submarinos encargados a partir de 1916 llegaron a ponerse en servicio. Además, los U-Boote podrían definirse con más exactitud como sumergibles y no como verdaderos submarinos: necesitaban salir regularmente a la superficie y navegaban con diferentes sistemas de propulsión y a velocidades muy distintas cuando iban por encima del agua o por debajo de ella. Solo en 1915 se les añadieron cañones de cubierta y cargas explosivas para hundir a sus presas, y aunque los modelos de mayor tamaño introducidos en una fase posterior de la guerra llevaban doce torpedos o más, los más pequeños, habituales al comienzo de la contienda, tenían solo cuatro. Por último, en todo momento hasta dos tercios de los U-Boote transatlánticos llegaban a estar amarrados en el puerto o yendo y viniendo a sus terrenos de caza, en vez de

permanecer en el puesto que se les había asignado. La campaña de los submarinos, por tanto, no podría nunca constituir un bloqueo «eficaz» en el sentido de una práctica ordenada y general según las normas del derecho marítimo: era un sistema fortuito, indiscriminado y basado intencionadamente en el terror. Incluso cuando llegaron a ser más numerosos, los submarinos no podían escoltar a otros barcos a puerto, confiscar mercancías de contrabando, ni llevar personal destinado específicamente a realizar labores de abordaje. Al carecer de espacio para cargar mercancías, o tomar prisioneros a marinos mercantes, lo único que podían hacer era hundir los barcos con los que se encontraban. Si salían a la superficie, no podían entretenerse demasiado, pues en esa situación resultaban especialmente vulnerables. Seguir las «normas sobre apresamiento de busques» significaba tener que salir a la superficie, avisar y dar tiempo a los marineros a precipitarse a los botes; la guerra submarina «sin restricciones» significaba que los U-Boote podían hundir barcos enemigos sin avisar, esto es, disparando torpedos mientras estaban sumergidos. Los alemanes iniciaron su primera campaña sin restricciones a los pocos meses del estallido de la guerra[59].

La acción de los alemanes constituye un ejemplo clásico de la existencia de una nueva arma que crea un incentivo para que la usen. Durante 1914, los U-Boote hundieron muy pocos buques mercantes aliados, pero en septiembre de ese mismo año el U-29 torpedeó de manera espectacular al *Aboukir*, al *Cressy* y al *Hogue*[*]. Bauer, el comandante general de los U-Boote, empezó a insistir en llevar a cabo una campaña de destrucción del comercio diciendo que disponía de suficientes barcos para ello. La idea fue aireada por la prensa, y respaldada públicamente en noviembre por Tirpitz, a pesar de su anterior desdén por la nueva arma. Como JEMA, Pohl dudaba que los resultados justificaran una violación tan flagrante del derecho

internacional, pero se dejó convencer y en enero de 1915 el káiser y Bethmann cedieron también a las presiones. Se notificó que cualquier barco (tanto de los Aliados como de los países neutrales) que entrara en una «zona de guerra» alrededor de las islas Británicas podía ser hundido sin previo aviso. La armada sostenía (como volvería a hacer durante los dos inviernos siguientes) que la época en que había que actuar era la primavera, para cortar el paso a los cargamentos de trigo argentino y australiano antes de que empezara la siega de la cosecha británica. La venganza contra Londres era uno de los motivos, y el aviso fue justificado como una represalia contra las ilegalidades cometidas por los británicos. Una de ellas, por ejemplo, había sido la declaración del mar del Norte como zona de guerra. La cólera contra el «bloqueo del hambre» llevado a cabo por los Aliados fue un segundo factor, junto con la necesidad de la armada de justificar su existencia y su futuro, dada la inactividad de la flota de superficie, mientras que los soldados de las fuerzas terrestres alemanas morían a millares. Por último, lo mismo que el uso de gases venenosos unas semanas después, la guerra submarina sin restricciones puede considerarse una reacción contra la perspectiva de una contienda larga y estancada. Bethmann y el Ministerio de Asuntos Exteriores no pusieron nunca en entredicho su ilegalidad ni su moralidad, sino solo su conveniencia, y hasta ese momento las reacciones de los países neutrales contra las violaciones del derecho internacional habían sido escasas[60].

Los Aliados no estaban en absoluto preparados para los ataques submarinos contra su comercio y no les dieron una respuesta eficaz. En el período de 1914-1916 destruyeron 46 U-Boote, pero eso solo significaba un tercio de la tasa de reemplazo prevista y contrastaba con los 132 del período de 1917-1918 (por no hablar de los 785 hundidos en la Segunda Guerra Mundial)[61]. La mayor parte de las pérdidas se debieron a las

minas, a pesar de que en aquella época no existía todavía un tipo de mina antisubmarinos suficientemente eficaz. Pero la colocación de minas en el canal de la Mancha por los británicos obligó a los alemanes en abril de 1915 a tomar la decisión de que, para acercarse a las islas Británicas desde el oeste, sus submarinos utilizaran en adelante la ruta del norte de Escocia, que alargaba la travesía y acortaba su temporada de caza. Las labores de patrullaje de superficie de los británicos tuvieron mucho menos éxito. Los hidrófonos eran el único medio de localizar a los submarinos bajo el agua del que disponían y su alcance era muy pequeño. Los destructores eran el doble de rápidos que los submarinos cuando salían a la superficie, pero en 1916 los U-Boote podían sumergirse en cuarenta y cinco segundos y en cualquier caso el número de destructores era muy pequeño. La aparición de una carga de profundidad eficaz no se produciría hasta junio de 1916 y el lanzador de cargas de profundidad no estaría disponible hasta julio de 1917. De las 142 acciones que se produjeron entre destructores de la Royal Navy y U-Boote hasta finales de marzo de 1917, solo en seis se perdió algún submarino. Tampoco causaron muchas bajas los «Q-ships» o barcos señuelo, tan ensalzados por la propaganda británica; su principal contribución fue que para los submarinos fuese más arriesgado respetar las normas relativas al apresamiento de embarcaciones, aunque al principio la mayor parte de los hundimientos de buques mercantes se debieron a la acción de la artillería, y no a la de los torpedos. Los británicos tuvieron la suerte de que cuando los alemanes pusieron fin a la primera campaña sin restricciones en septiembre de 1915 su marina mercante era todavía un 4 por ciento más pequeña que al comienzo de la guerra[62].

La campaña fue suspendida no debido a las contramedidas de los Aliados, sino por la escasez de U-Boote y sobre todo como consecuencia del enfrentamiento con Estados Unidos.

Bethmann no había previsto esta contingencia. Aunque Wilson utilizó de inmediato un lenguaje mucho más duro para hablar de la campaña de los submarinos que para referirse al bloqueo británico, amenazando con obligar a Berlín a responder de su «estricta responsabilidad», reaccionó con prudencia ante los primeros hundimientos e incluso ante las bajas sufridas por los estadounidenses. Pero el 7 de mayo de 1915, los torpedos del U-20 hundieron el transatlántico de la Cunard Line *Lusitania* frente a las costas de Irlanda, causando 1201 muertos, muchos de ellos mujeres y niños, entre los cuales había 128 estadounidenses. Aunque no es posible que al capitán del submarino le cupiera duda alguna acerca de la naturaleza de su objetivo, el hundimiento del transatlántico (que, de hecho, iba cargado de municiones) no causó remordimiento alguno a los alemanes. Pero supuso un gran golpe de efecto para la propaganda de los Aliados en su lucha por ganarse la simpatía de los estadounidenses, e indujo a Wilson a adoptar una actitud más dura. Prácticamente no había nadie en Estados Unidos que fuera partidario de la guerra —y menos que nadie su presidente—, pero Wilson rechazó la opción de advertir a sus conciudadanos de que no viajaran en barcos de países beligerantes, y exigió a Alemania que repudiara la acción y pagara la indemnización correspondiente. Como sus demandas no fueron satisfechas, publicó una segunda nota exigiendo que todos los buques mercantes (tanto de los países beligerantes como de los países neutrales) fueran tratados según las normas de la navegación, principio que en adelante se convertiría en la clave de su postura. No estaba obligado a adoptar esta postura en defensa del derecho internacional (que no había defendido frente a las violaciones perpetradas por los británicos), pero afirmó que mostrar debilidad invitaría a que se produjeran más dificultades y peligros, y que el daño a la credibilidad de Estados Unidos causado por su inactividad pondría en peligro sus

ambiciones de actuar como mediador. No se enfrentaría a los dos bandos a la vez, y dio prioridad a la amenaza que suponía Alemania para las vidas de los estadounidenses, sin tener en cuenta la que representaba Gran Bretaña para los bienes de sus conciudadanos, aunque su indiferencia ante el hambre que se veía obligada a pasar la población civil alemana comprometería su imparcialidad desde la perspectiva de Berlín. El secretario de Estado Bryan se dio cuenta de este detalle y quiso que Wilson protestara no solo contra la actividad de los submarinos, sino también contra el bloqueo, pero después de la publicación de la segunda nota sobre el *Lusitania* presentó la dimisión; fue sustituido por Robert Lansing, enérgico partidario de los Aliados. Wilson no emprendió ninguna acción más cuando los alemanes se negaron a pedir disculpas o a pagar una indemnización, pero su prestigio había quedado en entredicho[63].

Consecuencia de todo ello fueron doce meses de conflicto en torno a la guerra submarina, durante los cuales los alemanes probaron los límites de la tolerancia de los estadounidenses antes de claudicar, aunque fuera a regañadientes. Tras el hundimiento del *Lusitania* se abrió una profunda brecha entre los altos mandos de la marina, en su mayoría contrarios a hacer concesiones a Wilson, y Bethmann y su ministro de Asuntos Exteriores, que creían que evitar la beligerancia de Estados Unidos era preferible a la campaña de los submarinos. En junio de 1915, Bethmann ordenó en secreto que se respetara a los transatlánticos. La cuestión llegó a su punto álgido en el mes de agosto, cuando fue torpedeado otro transatlántico británico, el *Arabic*, en el que de nuevo perdieron la vida varios estadounidenses, y los alemanes accedieron entonces primero a respetar las normas de apresamiento en el caso de los paquebotes y luego a suspender totalmente la guerra submarina sin restricciones, dirigiendo sus barcos hacia presas más fáciles en el

Mediterráneo. Debido a su intransigencia, Tirpitz perdió su puesto como asesor de estrategia naval y su principal valedor, Bachmann, fue sustituido como JEMA por Henning von Holtzendorff, viejo enemigo de Tirpitz y escéptico en lo concerniente a los submarinos[64]. En 1915 los políticos recibieron el apoyo de Falkenhayn, temeroso de que la intervención estadounidense atrajera a Holanda y contrario a todo tipo de operaciones de distracción al menos hasta que terminara la campaña de los Balcanes. Pero en la primavera de 1916 se desencadenó un intenso debate, cuando el Estado Mayor de la Armada convenció a Holtzendorff de que apoyara un segundo intento de vencer por hambre a Gran Bretaña cortando los suministros procedentes del hemisferio sur, y esta vez Falkenhayn los respaldó, creyendo que una ofensiva de los submarinos beneficiaría sus propósitos en Verdún[65]. Aunque Tirpitz acabó por dimitir aduciendo que lo único que valía era una guerra indiscriminada, el Consejo de la Corona celebrado en Charleville aprobó una solución de compromiso consistente en una campaña «intensificada». Se podía hacer una excepción con los paquebotes y con los buques de países neutrales, pero los mercantes de los países aliados que se encontraran en zona de guerra serían hundidos otra vez sin previo aviso, lo mismo que todos los mercantes provistos de armamento. El 24 de marzo, sin embargo, el U-29 hundió al vapor francés *Sussex*, que hacía la travesía del canal de la Mancha, y entre los heridos hubo algunos estadounidenses. Wilson exigió terminantemente que se aplicaran las normas de apresamiento a los buques mercantes y a los paquebotes, y amenazó incluso con romper las relaciones diplomáticas. Los alemanes accedieron y en su «compromiso del *Sussex*», alcanzado el 4 de mayo, acordaron respetar las normas de apresamiento, aunque reservándose el derecho a reconsiderar la cuestión si Wilson no conseguía una relajación del bloqueo de los Aliados. Parecía que Estados Unidos había trazado una línea

en pleno océano y que Alemania había asegurado que la traspasaría[66].

La postura de Wilson no podía ser más drástica, pues aunque presionó más a los británicos durante los meses siguientes, insistió en que los alemanes respetaran las normas de apresamiento independientemente de lo que hicieran los Aliados. En otras palabras, no solo les estaba diciendo que respetaran los derechos de los países neutrales, sino también cómo tenían que hacer la guerra a sus enemigos, y rechazó las peticiones de su propio partido en el Congreso, que insistía en que se mostrara más flexible. La respuesta de Bethmann fue seguir adelante con la guerra de los submarinos hasta donde fuera posible sin provocar la beligerancia de Estados Unidos, pues intuía que eso supondría la llegada de ayuda financiera para los Aliados, de más armamento y de cientos de miles de tropas, así como la desmoralización de los aliados de Alemania. Pensaba que su armada disponía de un número excesivamente bajo de submarinos para obligar a Gran Bretaña a rendirse por hambre, y que se subestimaba la determinación de los británicos de obtener la victoria. Dar rienda suelta a los U-Boote, afirmaba, sería como llevar la supervivencia nacional «a la bancarrota», y de momento logró convencer de su tesis a Guillermo II[67]. Alemania se sometió a las exigencias de un presidente estadounidense que permitía la concesión de grandes préstamos y la venta de armas a los Aliados y que daba el visto bueno a su bloqueo. Lo hizo con resentimiento, pero por prudencia.

Aquella era una base muy poco estable para la *détente* y a finales de 1916 la posición de Bethmann se había venido abajo, en parte debido al deterioro de la situación de Alemania y en parte también debido a las fluctuaciones de poder dentro del país, aunque uno y otro factor se reforzaran mutuamente. A pesar de las fricciones anglo-americanas que se produjeron en

1916, el bloqueo de los Aliados no se levantó, sino que se estrechó todavía más, en particular a causa del acuerdo de compras preventivas con Holanda. Las importaciones de productos alimentarios que le quedaban a Alemania disminuían al tiempo que caía la producción interna, tras la mala cosecha de patatas de 1916. Las ciudades alemanas sufrieron su primera verdadera crisis de subsistencia, y las circunstancias en el Imperio austrohúngaro y en Turquía eran todavía peores[68]. Semejante situación, sumada a los fracasos militares y a las ofensivas coordinadas de los Aliados durante el verano de 1916, hizo que Holtzendorff reanudara el debate de los submarinos a partir del mes de agosto en un ambiente mucho más lúgubre del que se respiraba en la primavera, y con la perspectiva de nuevos ataques coordinados del enemigo para el año siguiente. Cuando Hindenburg y Ludendorff se pusieron al frente de la OHL, al principio temieron que una campaña sin restricciones significara iniciar las hostilidades con Dinamarca y Holanda en un momento en el que su ejército había llegado ya hasta el límite. No les preocupaban tanto Estados Unidos, cuyo poderío militar, a su juicio, era escaso. Pero cuando cayó Rumanía pudieron asumir más riesgos y, como decía Hindenburg, una campaña de submarinos quizá protegiera a sus tropas de un nuevo Somme. Como ocurrió con tantas de las primeras iniciativas del duunvirato, su apoyo a la armada fue una respuesta a la situación de emergencia del verano de 1916. Su opinión era importante, pues aunque Guillermo deseaba saltarse los consejos de Tirpitz y Falkenhayn y destituirlos, temía asimismo un enfrentamiento con ellos. Su llegada también tendría importancia en el Reichstag. El «movimiento submarinista» de intelectuales, empresarios y partidos de derechas, en concomitancia con la campaña a favor de los objetivos anexionistas de la contienda, había apoyado a la armada en la prensa y en el Parlamento desde 1914, no solo con

el fin de devolver a los Aliados los golpes infligidos y permitir a los tripulantes de los U-Boote combatir con más seguridad, sino también porque consideraba su acción útil para atacar a Bethmann. En la primavera de 1916, el canciller seguía contando con el respaldo de una mayoría del Reichstag, donde los conservadores y el Partido Nacional Liberal apoyaban la guerra submarina, pero estaban en minoría respecto al SPD, el Partido Popular Progresista y el Partido de Centro, de orientación católica. En octubre, sin embargo, los diputados centristas aprobaron una resolución en virtud de la cual los deseos de la OHL debían ser los que se impusieran. Bethmann fue quedándose cada vez más aislado tanto dentro como fuera de los pasillos del poder, y tenía poco que ofrecer como alternativa a la apuesta de la marina, aparte de continuar con la guerra de desgaste en la que los enemigos de Alemania sacaban cada vez más ventaja. Tampoco la diplomacia parecía muy prometedora. En el mes de diciembre, la presión de la OHL contribuyó a la destitución de Jagow como ministro de Asuntos Exteriores, siendo sustituido por el belicoso Arthur Zimmermann. Los Aliados no se habían dividido y rechazaron la propuesta de paz de las Potencias Centrales presentada el 12 de diciembre, mientras que la declaración del día 18 de ese mismo mes en la que el presidente Wilson solicitaba una definición de los objetivos de guerra no consiguió que se iniciara una negociación general, a la que en cualquier caso se oponían Hindenburg y Ludendorff. El canciller había llegado al extremo de sus recursos[69].

Mientras que la influencia de Bethmann decaía, la acción de Jutlandia había apuntalado la posición de Scheer del mismo modo que la de Tannenberg había reforzado la de Hindenburg, y los mandos de la armada, empezando por el jefe del gabinete naval y miembro del entorno del káiser, Georg von Müller, hasta ese momento de tendencia moderada, se unieron para

apoyar el inicio de una campaña sin restricciones. El número de submarinos se había doblado desde hacía un año, pues en 1916 habían sido acabados 108 nuevos barcos, muchos de ellos de mayor autonomía y cargados con más torpedos[70]. En octubre la armada preveía que en los próximos seis meses estarían disponibles otros 24 submarinos grandes y 10 pequeños[71]. En otoño se inició una nueva campaña que respetó las normas de apresamiento, y en la que los nuevos barcos de Flandes ocuparon un lugar destacado; las pérdidas de embarcaciones de los Aliados llegaron casi a las 350 000 toneladas al mes, más del doble de la media hasta ese momento[72]. Pese a su carácter discriminado, el aumento de los submarinos hacía que los daños causados a los barcos de los Aliados fueran superiores a su capacidad de suplir las pérdidas, de modo que los argumentos de la armada resultaban ahora más plausibles de lo que habían parecido cuando se habían discutido anteriormente. El empujón final lo dio un memorando de 56 páginas enviado por Holtzendorff a Hindenburg el 22 de diciembre[73]. Holtzendorff preveía el hundimiento de 600 000 toneladas al mes durante los primeros cuatro meses y otras 400 000 después, mientras que el 40 por ciento de los barcos de los países neutrales se abstendrían de salir a alta mar por miedo. Los barcos a disposición de Gran Bretaña disminuirían en dos quintas partes, haciendo que las reservas de alimentos cayeran por debajo del umbral de alarma, y dando lugar al caos económico, a la convocatoria de huelgas paralizantes y a disturbios. Si la campaña comenzaba puntualmente en febrero, los británicos no tendrían más remedio que pedir la paz al cabo de cinco meses. Como consecuencia de todo ello se esperaba la intervención de Estados Unidos, pero ni su dinero ni sus tropas llegarían a tiempo. La lúgubre alternativa a este panorama era que la guerra terminara por «agotamiento», lo que sería «fatal para nosotros». Pero pese a la batería de estadísticas que un equipo de periodistas, profesores

y empresarios habían elaborado para respaldar el memorando, su exactitud era ilusoria y era más fruto de la intuición de lo que daba a entender. Calculaba minuciosamente las pérdidas de barcos, pero subestimaba la adaptabilidad económica y social de Gran Bretaña, su disposición a transgredir los principios del *laissez-faire* a través del racionamiento de la comida y del control de la navegación, su capacidad de incrementar la producción de grano y la eficacia de sus convoyes. En privado los mandos de la armada pensaban que el documento era demasiado optimista[74], y probablemente los almirantes solo creyeran a medias en sus fundamentos, pero les irritaban las restricciones que les habían impuesto a ellos y a sus tripulaciones y esperaban contribuir de manera decisiva a la victoria de Alemania. En realidad, Ludendorff no estaba convencido de que la armada pudiera ganar la guerra tan deprisa, aunque creía que su intervención era mejor que no hacer nada y esperaba que los submarinos aliviaran la situación del Frente Occidental, donde preveía una presión enorme para la primavera de 1917[75]. Al final, la decisión no se basó en la fuerza de los argumentos. Cuando Rumanía fue derrotada, saltó la trampa. Hindenburg y Ludendorff dejaron meridianamente claro que dimitirían si no se dejaba a la armada hacer lo que quisiera, el káiser cedió en una reunión preliminar celebrada antes de la decisiva Conferencia de Pless, y Bethmann decidió de antemano conformarse con la decisión tomada, en vez de hacer pública su discrepancia presentando la dimisión. Helfferich estaba especializado en rebatir los argumentos de la armada, pero Bethmann no utilizó el memorando que su lugarteniente había elaborado para él[76]. En Pless, Helfferich acusó a Holtzendorff de que «su plan nos va a llevar a la ruina», pero este replicó: «Usted es el que nos está llevando a la ruina»[77]. Se acordó reanudar la guerra submarina sin restricciones a partir del 1 de febrero.

Mucho antes de que transcurrieran los cinco meses calculados por Holtzendorff quedó patente que el acuerdo de Pless había sido un error. Si los submarinos hubieran continuado respetando las normas de apresamiento, su rápido incremento habría ocasionado unas pérdidas no mucho menores, mientras que en Gran Bretaña habría habido una crisis financiera, en Rusia se habría producido una revolución y en Francia se habrían sublevado los soldados. La elección no estaba, en realidad, entre una ruina y otra ruina, y habría sido mejor, como preveía Bethmann, aplazar la operación. El memorando de Holtzendorff se parecía a la estrategia de Nivelle en su desesperado afán de encontrar una alternativa a la guerra de desgaste, pero se parecía también al Plan Schlieffen como remedio técnico a los dilemas políticos de Alemania. Como en 1914, Berlín forzó la solución y lo apostó todo a esa carta, en vez de mantener la calma con la esperanza de que mejorara la situación. Estas analogías vienen al caso, porque fue precisamente su predisposición a elegir esos medios lo que hizo que el Reich alemán constituyera una amenaza tan grande para sus vecinos y lo que en último término causó su caída. Pless equivalió a una segunda decisión de declarar la guerra, y no es una casualidad que Bethmann tuviera la sensación de estar reviviendo la crisis de julio[78]. Si en 1914 el objetivo eran Francia y Rusia, y la guerra contra Gran Bretaña fue una consecuencia secundaria, ahora el objetivo era Gran Bretaña y el precio que se aceptó pagar por él fue la guerra contra Estados Unidos. Sin embargo, mientras que en 1914 Bethmann fue atraído a la causa por los argumentos esgrimidos por los militares, en 1917 se adaptó de manera pasiva a un rumbo que sabía que estaba equivocado, pero ante el cual no se sintió con fuerzas para oponer resistencia. Esta vez las opciones fueron debatidas a fondo, pero se impuso el bando equivocado. Como los japoneses antes de Pearl Harbor, el partido predominante en

Berlín esperaba que una acción militar rápida permitiera presentar ante Wilson un *fait accompli*, y este no tuviera ganas de obligarles a dar marcha atrás. Subestimaba a su antagonista, pero jugaba a sabiendas con el peligro, incluso con la probabilidad de una guerra contra Estados Unidos. Al margen de cuál sea la verdad sobre el estallido de la guerra en 1914, su propagación en 1917 no fue un accidente.

11

La política de los frentes internos

Hasta ahora se ha dado por supuesto que las minorías dirigentes de Europa fueron las que empezaron y prolongaron la guerra. Las que tomaron las decisiones que provocaron su estallido, y las que, cuando empezó, movilizaron hombres y armamento, rechazaron los sondeos de paz que se intentaron hacer y concentraron los recursos en los frentes más importantes. Pero su actuación no habría sido posible sin la cooperación voluntaria de amplios sectores de la población, no tanto de aquellos que lanzaban vítores durante la crisis de julio como de los que suscribieron los préstamos de guerra y se presentaron voluntarios a trabajar en la industria armamentista y a combatir. Buena parte de esa respuesta ante la situación de emergencia fue generosa y no vino forzada, algo que, teniendo en cuenta los sufrimientos que acarreó la guerra, podría parecer desconcertante. Esa respuesta se explica en parte (lo mismo que la moral de las tropas) porque la solidaridad de los frentes internos fue temporal y provisional: en 1917 se había desintegrado por completo en Rusia, y en casi todo el resto de Europa reinaba un grave descontento. Además, la indignación tenía pocas posibilidades de ser canalizada hacia una protesta eficaz desde el punto de vista político. Por muy hartos que estuvieran muchos civiles, la censura acallaba las críticas y todos los partidos políticos, excepto la extrema izquierda, estaban empeñados en seguir luchando hasta la victoria. Aun así, la

Primera Guerra Mundial no puede entenderse sin tener en cuenta la aceptación generalizada y continua de que era una causa justa e incluso noble. Todos los beligerantes se apoyaron en una mezcla de compulsión estatal y de apoyo patriótico de la sociedad, aunque la primera fuera relativamente más importante en los países de la Europa del Este y el segundo en los de la Europa occidental. Entre las dos, estas fuerzas no solo contribuyeron a crear una tregua política inicial en 1914, sino que mantuvieron la cohesión interna cuando el conflicto se intensificó, con el consiguiente aumento de sus exigencias.

Se han conservado numerosos informes oficiales que convierten el frente interno francés en uno de los más fáciles de estudiar, y además son interesantísimos porque nos permiten vislumbrar cómo una sociedad famosa por sus divisiones políticas logró mantenerse unida[1]. Las bajas sufridas por los franceses fueron más altas en proporción a su población que las de cualquier otra gran potencia, y su economía fue drásticamente reconvertida para adaptarse a una situación de guerra. Pero la postura que predicaba seguir luchando hasta la victoria encontró muy poca oposición entre los políticos y la opinión pública. El gobierno de centro-izquierda de Viviani se amplió el 26 de agosto de 1914 para dar cabida a representantes de casi todos los grandes partidos, incluidos los socialistas, por no hablar de parlamentarios veteranos como Delcassé, que ocupó la cartera de Asuntos Exteriores; Millerand, ministro de la Guerra; Ribot, ministro de Hacienda, y Briand, que ocupó el cargo de vicepresidente del gobierno. En una posterior remodelación de octubre de 1915, Briand y Viviani intercambiaron sus puestos, y aunque Delcassé ya había dimitido y Millerand no fue ratificado, el gobierno se amplió para dar cabida a Denys Cochin, líder de la derecha católica. De esta manera sobrevivió con algún que otro cambio hasta que Ribot sustituyó a Briand como presidente del gobierno y ministro de Asuntos Exteriores

en marzo de 1917. Aunque el Parlamento estuvo en sesión permanente desde febrero de 1915, los cambios en la presidencia del gobierno fueron menos frecuentes que en tiempos de paz y hubo una mayor continuidad del personal entre los gabinetes de Viviani, Briand y Ribot de los que formaron parte los hombres de Estado más importantes de Francia. Las principales excepciones fueron Georges Clemenceau (que, por temperamento, se consideraba incompatible con el presidente Poincaré) y Joseph Caillaux, el único líder político del que se sospechaba, probablemente con razón, que era partidario de un compromiso de paz. En comparación con Gran Bretaña y Alemania, pocos problemas perturbaron esa unidad. En Francia no había ninguna cuestión comparable con la de Irlanda que tenía Gran Bretaña, y el servicio militar obligatorio se daba por descontado. Los objetivos de guerra quizá fueran más propensos a causar divisiones, pero en enero de 1917 Briand logró unir a su gabinete en una política que preveía quitar a Alemania la margen izquierda del Rin sin anexionársela[*]. En cuanto a estrategia, solo había un frente en el que Francia pudiera o debiera combatir seriamente. La persona del comandante general, sin embargo, fue objeto de mayor controversia cuando Joffre gastó el capital de prestigio que había ganado en el Marne. Durante 1915, los diputados presionaron para obtener el derecho a enviar misiones de inspección a las trincheras (hasta que lo consiguieron), y concentraron sus ataques en Millerand, que era un blanco más fácil que Joffre y al que consideraban su protector. Se produjo una auténtica tormenta de fuego a raíz de la decisión de Joffre de destituir a Sarrail, y en 1916 los ataques continuaron en varias sesiones secretas del Parlamento. Por fin en diciembre Briand sustituyó a Joffre por Nivelle con el objeto de mantener a la izquierda a su lado[*]. En adelante, el gobierno insistiría en ejercer el control político de la estrategia y del alto

mando, y las relaciones entre civiles y militares se volvieron menos conflictivas[2].

La unidad en lo alto de la pirámide reflejaba un acuerdo más amplio dentro de la sociedad francesa. Los conflictos de clase y sectoriales tradicionales cayeron en desuso. Los partidos políticos suspendieron las elecciones y los sindicatos renunciaron a las huelgas. Jouhaux, secretario general de la CGT, que hasta entonces se había declarado dispuesto a convocar una huelga general revolucionaria en caso de guerra, se sentó con los representantes del gobierno y de la Iglesia en el Comité Nacional de Asistencia, creado para aliviar las dificultades. El Ministerio del Interior de Louis Malvy practicó una «política de confianza» hacia los sindicatos, ordenando a la policía y a los prefectos que no los acosaran, ya que creía que este planteamiento sería la mejor forma de obtener su colaboración[3]. Las insinuaciones de que las iglesias protestantes simpatizaban con sus hermanas alemanas eran infundadas, mientras que la jerarquía católica, pese a la postura neutral del papa Benedicto XV, apoyó enérgicamente la guerra[4].

La primera y principal causa de la unidad nacional fue el legado de los acontecimientos de 1914. Francia parecía haber sufrido un ataque sin previa provocación de un vecino agresivo que ya la había invadido una generación antes. Sus provincias más ricas se hallaban ocupadas, y a finales de año había muerto más de un cuarto de millón de jóvenes franceses. Durante las primeras semanas de la guerra se creó una comisión oficial de investigación de las atrocidades cometidas por los alemanes, y en 1915 el primer informe documentaba las pruebas de la brutalidad del enemigo contra la población no combatiente[5]. La prensa debatía cómo debían tratarse los miles de partos de las mujeres violadas por los invasores que se esperaba que se produjeran[6]. La amenaza que representaban para la familia, la herencia y la nacionalidad era evidente. Pero dado que esta vez

la agresión había sido repelida y que Francia contaba con aliados, parecía natural perseverar hasta que Alemania hubiera sido definitivamente derrotada de forma que ninguna generación futura tuviera que temer una nueva invasión. Los políticos, con Poincaré a la cabeza, reiteraron en sus discursos este mensaje, al que se unieron a partir de 1915 las exigencias de devolución de Alsacia-Lorena, de indemnizaciones y de seguridades contra una eventual repetición del ataque. No obstante, su postura era básicamente que se habían visto obligados a hacer la guerra. La realidad de la situación hacía que resultara difícil contradecir esta opinión.

Los líderes franceses, por tanto, no tuvieron que hacer mucho, aparte de soltar los discursos y los manifiestos de rigor, para persuadir a la opinión pública de la legitimidad de su causa; las acciones de los alemanes eran los argumentos más elocuentes. El secretario particular de Briand, Philippe Berthelot, organizó en el Ministerio de Asuntos Exteriores una Maison de la Presse (un servicio de prensa), aunque sus esfuerzos propagandísticos fueran dirigidos principalmente al extranjero[7]. En la propia Francia, el Ministerio de Educación insistió en el mensaje que debía transmitirse a los escolares reorganizando de manera radical el plan de estudios. En las clases de francés los alumnos escribían redacciones sobre la guerra, en las de historia aprendían cuáles habían sido sus orígenes, y en las de geografía estudiaban mapas de los campos de batalla[8]. Entre los adultos, el régimen de censura fue la contribución más importante del gobierno al manejo de la opinión pública. El Ministerio de la Guerra proporcionaba a los periodistas boletines diarios perfectamente anodinos de los acontecimientos que tenían lugar en el frente, los prefectos controlaban los periódicos de sus departamentos, y la prensa de París era examinada con minuciosidad por si hacía revelaciones de carácter militar o ataques contra el gobierno y el Alto Mando. En general, según

las instrucciones dadas a finales de 1914, debía ejercer una influencia «tranquilizadora»[9]. Se suprimían las malas noticias y el número total de bajas, pero las pérdidas sufridas no eran la influencia primordial en la opinión pública. Los informes enviados por los prefectos indicaban que en realidad cuando se esperaba que se produjera una nueva ofensiva subía la moral, creyendo que con ella se lograría al menos acercar la victoria[10]. La población civil no había perdido la esperanza de un triunfo próximo ni la ilusión de una guerra breve.

La censura de la prensa dulcificaba el horror de la imagen del conflicto. Las cartas de los soldados quizá proporcionaran un antídoto, pero corrían el riesgo de ser supervisadas. En cualquier caso, el análisis de las que han llegado a nuestras manos indica que, aunque menos propensos a presentar la realidad bajo una luz favorable, los soldados compartían en general la misma fe en la victoria[11]. Mientras la moral de las tropas se mantuvo alta —y parece que así fue en la mayoría de los casos hasta por lo menos 1916—, ni las cartas ni las visitas a casa pondrían en peligro la determinación de la población civil. Esta situación nos lleva a sacar una conclusión más general. La censura suprimía todo aquello que no era del agrado del gobierno; el proselitismo podía dejarse a la iniciativa privada. La prensa destacó —quizá incluso más que en otros países beligerantes— por su *bourrage de crâne* (o «comida de coco»). Exageraba la audacia y la bravura de los franceses y la brutalidad y la torpeza de los alemanes[12]. Pero otras instancias produjeron justificaciones más sofisticadas del esfuerzo nacional. El clero reconocía en su inmensa mayoría que Francia estaba combatiendo en una guerra justa y sagrada; de hecho, algunos sacerdotes más jóvenes que la quinta de 1905 (año en el que se produjo la separación de la Iglesia y el Estado) fueron llamados a filas no solo para servir en los distintos cuerpos médicos, sino también como soldados y oficiales, y más de 4500 clérigos perdieron la vida[13]. El mundo académico

francés, dividido antes de 1914 entre conservadores, pensadores clásicos y «modernos», más abiertos a las influencias progresistas y extranjeras (incluidas las alemanas), se puso de acuerdo a la hora de concebir la lucha como un choque de culturas, contraponiendo la civilización latina a la barbarie teutónica. Historiadores, filósofos y hombres de letras se vieron impelidos a adoptar esta línea en discursos, libros y panfletos[14]. En cuanto a los grandes escritores franceses, algunos, como Marcel Proust, guardaron en buena medida silencio, pero otros —en particular Maurice Barrès, nacionalista y conservador— sostuvieron con vehemencia una postura favorable a la guerra. Varios de los numerosos escritores jóvenes que vivieron personalmente los combates los describieron con un realismo brutal, pero al menos durante los dos primeros años del conflicto pocos defendieron otra cosa que no fuera una paz victoriosa.

La movilización de los hombres franceses vino, por consiguiente, acompañada de la movilización de las emociones y las inteligencias. En 1914 el clero hablaba de un resurgimiento religioso e informaba de que las iglesias estaban llenas[15]. A las acciones de Alemania habría que sumar como un segundo pilar de la solidaridad del frente interno la unidad de las élites francesas y las justificaciones reproducidas en el ámbito rural por los maestros de escuela, los alcaldes y los curas. Ambos factores seguirían siendo válidos cuando la guerra empezara a «normalizarse» y a adaptarse a un modelo de alternancia de ofensivas y períodos de estancamiento. Hasta la decepción que para muchos supuso la ofensiva de Nivelle, la moral de la sociedad se mantuvo alta incluso cuando los ataques fracasaron. No obstante, las justificaciones ideológicas eran insuficientes si no se acompañaban de unas condiciones materiales al menos tolerables, y la población civil francesa seguía gozando de ellas. En el otoño de 1914, la movilización y la invasión causaron un colapso industrial, con bancarrotas, altas tasas de desempleo y

recortes salariales, pero de 1915 a 1917 la economía experimentó un auge inflacionista. Parece que las tasas de mortalidad de la población civil no aumentaron hasta 1918[16], lo que a primera vista demuestra que los niveles de vida permanecieron satisfactoriamente altos hasta que la guerra submarina sin restricciones recortó los suministros transportados por vía marítima. A pesar de todo, hubo ganadores y perdedores. En las áreas urbanas, entre estos últimos habría que contar a los burgueses que dependían de las rentas de sus inversiones y a los empleados de los sectores no esenciales. Los salarios de los obreros cualificados de las fábricas de municiones, en cambio, se acomodaron al ritmo de la inflación de los precios o incluso lo superaron. Las esposas de los soldados cobraban subsidios de separación, aunque menos generosos que los que se pagaban en Gran Bretaña y Alemania y solo los percibían las mujeres que no alcanzaban un determinado nivel de ingresos[17]. Como los alquileres se congelaron, la escasez de alimentos se convirtió en la principal amenaza a su bienestar. Las zonas rurales sufrieron más perjuicios, pero se beneficiaron de la combinación de la subida de los precios de los productos alimentarios y de los subsidios de separación, que permitieron a las familias saldar sus deudas y comprar tierras. Como observaban algunos contemporáneos, los cementerios estaban llenos, pero los pueblos no habían sido nunca tan prósperos[18]. Francia, escribía un observador, se adaptó a la guerra como quien se adapta a una casa nueva[19]. La conclusión, acaso un tanto intranquilizadora, sería, al parecer, que mientras se gozara de un confort físico razonable, las hostilidades podían soportarse indefinidamente.

A la hora de la verdad, sin embargo, ni siquiera la tregua política y social alcanzada por Francia —uno de los países beligerantes más firmes— pudo aguantar el desgaste. Todos los partidos aceptaron la «unión sagrada» con la esperanza de una

breve interrupción y un rédito político inmediato[20]. Una vez pasada la situación de emergencia de 1914, la normalización de la vida francesa significó también el recrudecimiento de las tensiones existentes en tiempos de paz. Los periodistas de izquierdas acusaron a los curas de eludir el servicio militar, afirmando (de modo bastante confuso) por un lado que la Iglesia había querido la guerra, y por otro que el Papa quería la paz[21]. Apareció una prensa nueva que, desafiando a la censura, reaccionó contra el *bourrage de crâne*, destacando en particular *L'Oeuvre*, periódico nacido en 1916, y la revista satírica *Le Canard enchaîné*, que empezó a publicarse un año después. La novela *El fuego: diario de una escuadra*), de Henri Barbusse, que ofrecía una imagen descarnadamente lúgubre de la vida y la muerte en las trincheras, y que acababa con una invitación a los soldados franceses y alemanes a unirse en la revolución, obtuvo permiso de la censura para ser publicada primero por entregas y luego en forma de libro en 1916, convirtiéndose en un superventas[22]. Su éxito refleja un cambio perceptible en el ambiente intelectual creado después de Verdún, y en ese ambiente la tregua política fue puesta a prueba seriamente por primera vez cuando los *minoritaires* («minoritarios») de la CGT y la SFIO empezaron a desafiar a sus líderes. La guerra animó a los reformistas de los partidos de izquierdas, que creían que demostraba que la clase obrera podía beneficiarse de la colaboración interclasista y de la intervención del Estado. En Francia el ejemplo más destacado fue Albert Thomas, el socialista, hijo de un panadero, que llegó a ministro de Armamento y Municiones[23]. Pero también a la inversa, tras la desorientación inicial causada por el hundimiento de la Segunda Internacional en 1914, el conflicto reavivó asimismo las esperanzas de transformación social radical. La mayoría de los *minoritaires* no eran revolucionarios, pero se oponían a las anexiones y a las indemnizaciones, defendían la búsqueda de la

paz por medio de la negociación, y ponían en entredicho la colaboración de su movimiento con el gobierno. Su núcleo duro dentro de la CGT eran los sindicatos de metalúrgicos y docentes; dentro del Partido Socialista su base estaba en la región de Limoges, en la zona rural del interior del país, lejos del frente y de las regiones ocupadas. En los sindicatos eran relativamente débiles, pero la división dentro de la SFIO era más fuerte. En julio de 1916 casi consiguieron el control del consejo nacional del partido[24]. Durante el invierno, la escasez de carbón y de productos alimentarios supuso por primera vez una amenaza para los niveles de vida, aunque parece que tanto soldados como civiles seguían esperando que la ofensiva de la primavera de 1917 impulsara un cambio trascendental. Cuando se vio que no era así, y que casi se había apagado la temblorosa luz que brillaba al final del túnel, la unión sagrada se enfrentó a su prueba más grave.

Gran Bretaña compartía muchas de las condiciones que condujeron a la unidad en Francia, empezando por unos niveles de vida de la población civil bien protegidos y una concordia entre sus élites. Sin embargo, mientras que en Francia se dio desde el primer momento un consenso a favor de una guerra total, en Gran Bretaña hubo que forjarlo, en medio de una feroz controversia partidista y un examen de las tradiciones de individualismo liberal y del rechazo a cualquier tipo de compromiso estratégico en el continente característico del país. Ese debate es el que se oculta tras las dos crisis de gobierno de mayo de 1915 y diciembre de 1916. Se resolvió a favor de un importante esfuerzo por tierra en el continente europeo, y el hecho de que concluyera de esa manera tuvo unas consecuencias trascendentales en la guerra.

Al igual que Francia, Gran Bretaña empezó teniendo un gobierno de izquierda moderada. De nuevo como en Francia, la intervención vino seguida, o eso fue lo que pareció, por una

tregua política. Los sindicatos renunciaron a las huelgas y tanto el Partido Laborista y los nacionalistas irlandeses como los liberales y los conservadores, y por supuesto los eclesiásticos de todas las confesiones, apoyaron el esfuerzo común. A diferencia de Francia, la tregua electoral no vino acompañada en un primer momento de un gobierno de coalición, en parte debido a la animadversión entre liberales y conservadores, que databa de las luchas anteriores al estallido de la guerra en torno a la Cámara de los Lores y al Home Rule irlandés. Los liberales habían evitado la división del gobierno en parte por la creencia común que tenían en que si era preciso hacer una guerra, debían conseguir que se llevara a cabo según sus principios. Pero mientras que el reto para los políticos franceses fue seguir teniendo de su lado a los radicales y a los socialistas, en Gran Bretaña Asquith tuvo que llegar a sucesivas componendas con la derecha. De ese modo, inmediatamente surgió la controversia sobre quién debía dirigir la estrategia. Asquith quería volver a colocar a Haldane en el Departamento de Guerra, donde había prestado servicio de forma notable desde 1905 hasta 1911, pero la prensa condenó (injustamente) a Haldane tildándolo de germanófilo, y en su lugar fue nombrado Kitchener. Debido a acusaciones similares —e igualmente espurias— fue destituido como primer lord del Mar el príncipe Luis de Battenberg, que fue sustituido por *sir* John Fisher. Por difícil que les pareciera a sus colegas del gabinete trabajar con Kitchener, su nombramiento fue un gran éxito de las relaciones públicas y durante algunos meses protegió a los liberales de las críticas. En 1915, sin embargo, se hizo vulnerable a los ataques como consecuencia de la escasez de bombas y municiones, lo mismo que Millerand al otro lado del Canal, y empezó a perder su eficacia como pararrayos[25].

Los gobiernos liberales anteriores a la guerra habían intervenido ampliamente en el funcionamiento de los mercados.

Si la BEF disponía de pocas bombas, se debió a la lentitud del ajuste industrial y a los errores de juicio del Departamento de Guerra, y no a las objeciones contra el principio de intervención del Estado[*]. No obstante, la escasez de municiones fue el catalizador de la crisis política de mayo de 1915, que se resolvió con la formación de una coalición de liberales, conservadores y laboristas con Asquith como primer ministro. La segunda crisis fue la de Gallípoli, que obligó a Fisher a dimitir en protesta por el envío de más buques de guerra, destinados en principio a permanecer en aguas nacionales, pero también con la esperanza de desplazar a Churchill del Almirantazgo y de asumir él mismo la dirección de la guerra naval. Una por otra, estas circunstancias impulsaron a los diputados conservadores a amenazar con promover un debate en la Cámara de los Comunes sobre las municiones y con rechazar la actitud de moderación de Bonar Law hacia Asquith. En vez de seguir por este camino, Bonar Law prefirió llegar a un acuerdo que llevó a la entrada de los conservadores en el gobierno, aunque casi todos los cargos más importantes quedaron en manos de los liberales. La excepción fue el Almirantazgo, donde Arthur Balfour sustituyó a Churchill, que resultaba odioso para la oposición y fue destituido. Por otra parte, los conservadores apoyaron los esfuerzos de Lloyd George por aprovechar la crisis para crear el nuevo Ministerio de Municiones, al frente del cual se puso él mismo[26].

La formación de la coalición no acabó con las desgracias de los liberales. En realidad, las principales decisiones que determinaron la escalada de la intervención británica se tomaron mientras Asquith fue primer ministro, no tras su sustitución por Lloyd George en diciembre de 1916. El motor externo de esas decisiones fueron la necesidad de derrotar a un enemigo formidable y el riesgo de que Francia y Rusia firmaran una paz por separado si Gran Bretaña no reforzaba su intervención por

tierra. De ahí la lógica primero de incrementar la producción de armas y luego de introducir el reclutamiento forzoso, como complementos de una estrategia continental. Pero en el contexto político interno, la presión a favor de la escalada de la intervención vino de cuatro fuentes distintas. La primera de esas fuentes fueron una vez más los conservadores, y especialmente sus diputados organizados en el Unionist Business Committee. La segunda fue un «grupo de activistas» liberales, todos ellos diputados de ideas similares, partidarios de Lloyd George, que cada vez más fue convirtiéndose en el paladín de la victoria a toda costa. El tercer elemento fue la prensa, cuya influencia alcanzó su apogeo durante este período, especialmente *The Times* y el *Daily Mail*, propiedad ambos de lord Northcliffe. Los periódicos contribuyeron a acabar con Battenberg y Haldane, hicieron detonar el «escándalo de las bombas» y arruinaron la reputación de Asquith[27]. Por último, el cuarto factor, algo bastante inusual en la historia de Gran Bretaña, fue el ejército. El control de las autoridades civiles sobre la estrategia quedó desacreditado por las debacles de Gallípoli y Mesopotamia, y cuando Robertson fue nombrado JEMI en diciembre de 1915, insistió en ser designado como la única fuente autorizada de asesoría estratégica del gobierno. Kitchener tuvo poca influencia como contrapeso incluso antes de morir ahogado en junio de 1916 cuando el *Hampshire*, en el que viajaba en misión a Rusia, estalló a causa de una mina. Con el respaldo de los conservadores y la prensa, Robertson apoyó con toda su imponente fuerza las decisiones en pro del servicio militar obligatorio y de la ofensiva del Somme[*]. La coalición introdujo también medidas arancelarias proteccionistas, restringió las libertades civiles y reprimió el Alzamiento de Pascua de Dublín con una fuerza militar en toda regla, bombardeando los edificios de la ciudad y ejecutando a la mayoría de sus líderes. Estas medidas indujeron a los liberales acosados a pensar que muy

pocos de sus principios habían quedado intactos y que no tenía mucho sentido seguir apoyando a Asquith, cuyas dotes de liderazgo ya habían quedado en entredicho mucho antes de la sublevación de diciembre de 1916.

La crisis de diciembre vino desencadenada por otra amenaza de rebelión conservadora contra Bonar Law. Tras ella se ocultaba la exasperación hacia Asquith y las dudas de que su gobierno pudiera liberar Gran Bretaña de sus crisis, cada vez más profundas: falta de hombres, falta de dólares y fracaso en el frente de batalla. Para empezar, Bonar Law y Lloyd George propusieron que Asquith continuara como primer ministro de figurón, pero que trasladara la dirección de la guerra a un gabinete interno del cual él quedaría excluido. Cuando se negó, Lloyd George y los conservadores presentaron su dimisión. Sin el respaldo de los laboristas y de muchos liberales, Lloyd George no habría podido formar un gabinete alternativo, y aunque muchos conservadores desconfiaban de él, prefirieron su liderazgo antes que gobernar ellos en solitario. Pero esta reorganización marcó un nuevo giro a la derecha y más de la mitad de los diputados liberales se pasaron a los bancos de la oposición. Como entre los seguidores de Asquith había algunos defensores del compromiso de paz, la política británica se habría polarizado entre un gobierno partidario de una guerra a ultranza y una alternativa inclinada a entablar negociaciones. No fue así porque el propio Asquith rechazó respaldar el movimiento que promovía la paz y se abstuvo de llevar a cabo una oposición sistemática. Las opiniones pacifistas siguieron privadas de un punto de convergencia. Por otra parte, Lloyd George nombró a los imperialistas lord Milner y lord Curzon miembros de un gabinete de guerra supervisor formado por cinco personas, y reclutó a varios empresarios para dirigir los nuevos departamentos encargados de transporte naval, trabajo, pensiones de guerra y abastecimientos. Además, una de las

condiciones fundamentales de los conservadores para formar la coalición fue que no se interfiriera con Robertson y Haig. Aunque escéptico en lo tocante a la estrategia del alto mando, Lloyd George tuvo que vender como Fausto su alma al diablo para concluir el pacto. Pero no cabe duda de que la crisis elevó al poder a un líder vigoroso, si bien su determinación de ganar la guerra era mayor que su seguridad sobre el método que había que utilizar para ganarla. Se hizo famoso como el hombre que resolvió el problema de las municiones y como paladín de la victoria total como único resultado aceptable de la guerra. Su llegada al poder supuso que, por mortificantes decepciones que se sufrieran, no habría vuelta atrás[28].

A pesar de todas las discusiones desencadenadas sobre cómo había que hacer la guerra, los líderes británicos se mostraron tan firmes como los franceses en lo tocante a la necesidad de continuarla hasta la victoria final. Este consenso de las minorías reflejaba el consenso similar existente en la sociedad en general y desde luego contribuyó a su consecución. Aunque la Ley de Defensa del Reino preveía la concesión de plenos poderes al gobierno para intervenir por decreto, en la práctica se hizo muy poco uso de ellos, y Gran Bretaña, incluso más que Francia, se «automovilizó» para la guerra[29]. El ejemplo más evidente es la importancia primordial del alistamiento voluntario (y la forma descentralizada en la que trató el asunto el Departamento de Guerra)[*], y el sistema de manejo de la opinión pública confirma esta imagen. La única organización propagandística oficial durante la primera parte de la guerra fue la Agencia Secreta de Propaganda de la Guerra o Wellington House, llamada así por el nombre del edificio de Londres donde tenía su sede. Actuaba de forma clandestina y principalmente para atraer la simpatía hacia Gran Bretaña en el extranjero. Fuera de eso, los intentos de gestionar positivamente los asuntos ante la opinión pública durante la primera mitad del conflicto se

limitaron en gran medida a los préstamos de guerra y al alistamiento. De ese modo, el Comité Parlamentario de Reclutamiento (PRC, por sus siglas en inglés), encabezado por diputados de todos los partidos, aunque sufragado con fondos gubernamentales, llevó a cabo una labor en apariencia prodigiosa, produciendo entre octubre de 1914 y octubre de 1915 más de 5,7 millones de carteles (entre ellos, varios diseños que se han hecho justamente famosos) y 14,25 millones de copias de libros y folletos. Pero incluso en este caso la oleada de alistamientos voluntarios llegó a su punto culminante en el mes de septiembre, antes de que el PRC empezara a gastar sus fondos, la cantidad de octavillas y carteles editados fue comparable a los producidos por los partidos políticos en las campañas electorales en tiempos de paz, y su presupuesto de carteles fue superado por los gastos de la empresa Rowntree's destinados solo al anuncio de una marca de chocolate un año antes de la guerra[30].

Sin embargo, el gobierno sí que contribuyó a la movilización de los intelectuales. El director de Wellington House, el diputado liberal Charles Masterman, se puso en contacto con destacados autores y les exhortó a escribir en defensa de Gran Bretaña. Escritores como Thomas Hardy, H. G. Wells, Rudyard Kipling, Arnold Bennett y John Galsworthy gozaban de mucha fama y sus libros eran muy leídos. Al igual que algunos académicos, como, por ejemplo, los miembros de la Facultad de Historia Moderna de la Universidad de Oxford, afirmaron que Alemania había cometido crímenes imperdonables y que la guerra era un enfrentamiento entre la civilización y la barbarie[31]. El público lector británico era también aficionado a la poesía (y a la producción de poesía) en una medida realmente inconcebible hoy día, como confirma la lectura de *The Times* o de muchos libros de memorias, como, por ejemplo, las de Vera Brittain[32]. Gran parte de la poesía

publicada durante la guerra en Gran Bretaña, Francia y Alemania fue obra de civiles, no de soldados, pero tenía contenido patriótico[33]. Su influencia queda de manifiesto en el «lenguaje elevado» característico del tratamiento de la guerra en la prosa culta, marcado por una gran riqueza de vocabulario altisonante y eufemístico que fue la tónica general hasta 1916-1917[34]. El lenguaje elevado procedía de fuentes religiosas y seculares; en efecto, el clero de la Iglesia de Inglaterra y el de las iglesias no conformistas predicaba que la doctrina de un estado amoral había conducido a Alemania a la perdición y (en palabras del obispo de Londres) la lucha que se estaba librando era una «guerra santa» para acabar con su militarismo[35]. Como en Francia, la propia actuación de los alemanes reforzó los sentimientos en su contra. La invasión de Bélgica fue fundamental para los argumentos utilizados por la prensa, por el clero y por los hombres de letras. Los líderes laboristas que en un principio se habían mostrado vacilantes cambiaron de opinión cuando las tropas enemigas irrumpieron en la Europa occidental, dejando tras de sí un reguero de atrocidades. En el invierno de 1914 y la primavera de 1915 se produjo una concatenación de sucesos —el bombardeo de Scarborough, la guerra submarina sin restricciones, el hundimiento del *Lusitania*, o la nube de gas en Ypres— que confirmaron que Alemania no respetaría a la población civil y no vacilaría en utilizar la nueva tecnología, por despiadada que fuera. Amenazaba no solo a Bélgica, sino también las leyes de la guerra y (por si este asunto resultaba demasiado abstracto) la propia santidad de la familia[36]. Este argumento sería subrayado cuando en mayo de 1915 apareciera el Informe Bryce acerca de las supuestas atrocidades cometidas. Algunas de las imágenes que presentaba eran exactas, aunque daba también por buenas las exageradas descripciones de los refugiados en exceso acríticas y no verificadas[37]. Por el mismo precio que un periódico (y con

el relato de escabrosos detalles de la violación de las mujeres belgas y la mutilación de sus hijos) se vendió extraordinariamente bien. La «violación» de Bélgica, como solía denominarse, llegó a simbolizar un reto al orden social y político, como los carteles de las oficinas de alistamiento se encargaron de recalcar[38]. En junio los Aliados advirtieron que los Jóvenes Turcos serían considerados responsables de las atrocidades cometidas contra los armenios, y se multiplicaron las exigencias públicas de juzgar a los alemanes como criminales de guerra, especialmente tras la ejecución en Bruselas en noviembre de 1915 de la enfermera Edith Cavell por ayudar a escapar a unos prisioneros de guerra aliados. Se produjo un nuevo clamor de protesta después de la ejecución en julio de 1916 de Charles Fryatt, capitán de marina capturado por los alemanes cuando estaba al mando de un vapor desprovisto de armas que efectuaba la ruta del canal de la Mancha; Fryatt fue juzgado por haber intentado previamente chocar con un submarino. Asquith declaró entonces en la Cámara de los Comunes que cuando llegara el momento el gobierno llevaría ante la justicia a los criminales de guerra, dando a entender que incluía entre ellos al propio Guillermo II[39].

La gestión positiva de los asuntos ante la opinión pública fue acompañada de la censura. El gobierno racionaba la información proveniente de los frentes de batalla. Creó una Oficina de Prensa encargada de proporcionar la información, pero al principio se negó a conceder acreditaciones a los corresponsales de guerra. Finalmente en mayo de 1915 fueron incorporados cinco de ellos en la BEF, aunque estaban obligados a presentar sus informes para ser debidamente examinados[40]. Se ocultaron al público los horrores más espantosos, como reconoció el propio Lloyd George. Pero el sistema dependía de la colaboración voluntaria y de la autocensura de los directores y de los propietarios de los

periódicos. La Oficina de Prensa tenía una lista de cincuenta directores a los que revelaba información confidencial, acompañada de unas directivas llamadas avisos «D» sobre cómo debían tratar el material[41]. Los periódicos respetaban los secretos militares y ocultaban informaciones tales como, por ejemplo, las listas de bajas, que no se publicaron hasta mayo de 1915. Exageraban las hazañas de las fuerzas aliadas y restaban importancia a las del enemigo. No obstante, los propietarios de los rotativos se resistieron también a las presiones ministeriales de hacer más severo el sistema, que no era particularmente riguroso[42]. Los periódicos de provincias, que estaban menos sometidos a la censura que Fleet Street, no solo reproducían información sensible, sino que asimismo publicaban cartas provenientes del frente, que hablaban con toda claridad acerca de las condiciones que reinaban allí y sobre las fluctuaciones de la moral de las tropas[43]. Además, durante la batalla del Somme muchos periódicos publicaron las impresionantes listas de bajas completas y su impacto fue magnificado por el testimonio vivo de los acontecimientos del 1 de julio recogido en la película oficial de la guerra que se hizo más famosa, *La batalla del Somme*. En el mes de octubre, más de 2000 salas de cine la habían reservado y probablemente la vieran varios millones de personas. Aunque algunas secuencias fueran falsas, la película resultaba curiosa por la crueldad y el realismo con el que retrataba las bajas sufridas, como atestiguan los artículos periodísticos y la reacción del público[44]. Por consiguiente, a finales de 1916 buena parte de la población civil tenía alguna idea de lo que era la guerra de trincheras y de cuál era el coste de los combates. El Somme, como han señalado muchos comentaristas, marcó el fin de la inocencia[45].

Sin embargo, todavía no se notaba un clima general de oposición a la guerra. Resulta tanto más sorprendente si tenemos en cuenta el enconamiento de la política antes de 1914,

pues al antagonismo de conservadores y liberales en Westminster se sumaban fuera de sus muros el movimiento de las sufragistas en pro de la emancipación femenina, las huelgas y la «conflictividad laboral» de 1910-1912, y los preparativos de la guerra civil entre unionistas y nacionalistas irlandeses. Para los irlandeses, para las líderes de las mujeres y para los sindicalistas, la tregua política de 1914 fue una medida transitoria, aceptada sin perjuicio de lo que eran sus objetivos últimos. Una vez que la guerra se hubo estancado, cabía esperar que su lealtad se tambalease.

Desde luego, los nacionalistas irlandeses no estaban dispuestos a esperar indefinidamente. Se llegó a un compromiso bastante incómodo en torno al Home Rule incluyéndolo en el código de leyes, pero aplazando su puesta en vigor hasta que acabara la guerra. Una de las sorpresas del año 1914 fue ver al líder nacionalista, John Redmond, apoyando la intervención, y a miles de voluntarios irlandeses procedentes tanto del norte como del sur de la isla. Pero mientras que los hombres de los condados protestantes (como los de Gales y Escocia) se alistaron voluntariamente en un número comparable o incluso superior al de los de Inglaterra[46], los voluntarios de los condados católicos fueron significativamente menos, y el gobierno eximió a Irlanda del servicio militar obligatorio. Superficialmente, el país siguió siendo próspero y tranquilo durante los dos primeros años, pero los miembros de la Hermandad Republicana Irlandesa estaban preparando, con un apoyo muy limitado de Alemania, el fallido Alzamiento de Pascua, cuya represión cambió el paisaje político para siempre, socavando la posición de Redmond y estimulando la ascensión del Sinn Féin, de carácter independentista. En adelante, Irlanda constituiría uno de los ejemplos más claros de cómo las divisiones étnicas determinaron el apoyo a la guerra en toda Europa.

En Inglaterra, tanto el ala más belicosa del movimiento

femenino, la Women's Social and Political Union (WSPU), como la National Union of Women's Suffrage Societies (NUWSS), de carácter más moderado, suspendieron sus campañas[47]. Emmeline Pankhurst, la líder de la WSPU, se unió a Lloyd George defendiendo que la mujer podía participar en términos de igualdad con los hombres en la fabricación de armamento. Millicent Fawcett, su colega de la NUWSS, calculó que apoyar la guerra beneficiaría a la larga al movimiento sufragista, y que de momento la agitación debía esperar. La percepción de los varones como matarifes quizá cambiara la orientación de la generación más joven del movimiento feminista británico, llevándola a aceptar un destino distinto para cada género, en vez de intentar emular a los hombres en todas las esferas[48]. Hasta cierto punto, la guerra puede estudiarse en términos de género: las mujeres británicas (o al menos algunas de ellas) instaron a los hombres británicos a defender a las mujeres belgas de los hombres alemanes, y se encargaron de proporcionar las armas necesarias para ello. Los carteles del Comité Parlamentario de Reclutamiento pedían a las mujeres que animaran a sus maridos a luchar, y algunas mujeres regalaban plumas blancas a los hombres que veían vestidos de paisano[49]. Las señoras de clase alta crearon organizaciones como el Ejército Voluntario de Mujeres, primero para oponer resistencia a la invasión y luego para ayudar a las fuerzas armadas como empleadas y como conductoras; y miles de mujeres prestaron servicio como enfermeras en los Destacamentos de Ayuda Voluntaria (VAD, por sus siglas en inglés)[50]. Al principio, el movimiento de las mujeres dejó de ser una fuerza opositora significativa, aunque más tarde se harían oír voces alternativas feministas y pacifistas.

Con todo, el principal reto del gobierno fue mantener el apoyo de los trabajadores urbanos, que constituían el elemento dominante de la población británica, como los agricultores lo

eran en Francia. Y en general lo consiguió. Parece que los trabajadores manuales se alistaron de manera voluntaria casi en la misma medida que los del sector del comercio o los de las profesiones liberales, y la nueva BEF que combatió en el Somme fue predominantemente una tropa de clase trabajadora[51]. Bien es verdad que la conflictividad en la industria, aunque menor que en tiempos de paz, continuó siendo bastante frecuente. En 1915 se perdieron 3 millones de jornadas de trabajo, y en 1916, 2,5[52]. Los mineros del sur de Gales (cuyo carbón era fundamental para el combustible de la armada) se declararon en huelga en julio de 1915, pero Lloyd George intervino para concederles un aumento salarial[53]. En la primavera de 1916, el Comité de Trabajadores del Clyde encabezó una revuelta en los astilleros contra la dilución, aunque cuando las autoridades deportaron a los cabecillas a Edimburgo el movimiento se vino abajo[54]. En cualquier caso, ninguno de estos episodios vino motivado por la oposición política a la guerra, y hasta 1917 en los sindicatos no hubo ningún movimiento *minoritaire* significativo: los congresos del TUC y del Partido Laborista apoyaron las mociones que propugnaban seguir luchando hasta la victoria[55]. La prosperidad contribuyó a que así fuera. Tras el grave desempleo reinante en el otoño de 1914, la economía se caracterizó por un mercado de trabajo muy escaso y una inflación moderada. Los aumentos salariales fijos disminuyeron los diferenciales de los obreros cualificados —aunque quizá no demasiado—[56] y los sueldos en las industrias relacionadas con la guerra pudieron mantenerse a la altura de los precios. Tampoco hubo escasez de alimentos durante los tres primeros años. Los subsidios de separación eran más generosos que en los países del continente y en 1916 suponían para el gobierno un coste casi igual al de la paga de los soldados[57]. En muchos hogares de clase trabajadora, los niveles nutricionales y las tasas de mortalidad infantil parece que en realidad mejoraron[58].

En estas circunstancias, no es de extrañar que la oposición a la guerra fuera marginal y que viniera principalmente de los liberales disidentes y del ala socialista del laborismo. Un ejemplo notable fue la objeción de conciencia, aunque los casos de este tipo fueron poco numerosos. En comparación con los 2,5 millones de hombres que fueron reclutados forzosamente en toda Gran Bretaña, solo 16 500 solicitaron la exención, y a más del 80 por ciento de los objetores que se presentaron ante los tribunales se les aseguró algún tipo de exención, a menudo trabajando para la guerra en algún servicio no militar. La atención de la sociedad se centró en los 6000 que se negaron a aparecer ante un tribunal o que rechazaron su decisión, siendo todos ellos privados de la libertad y algunos incluso castigados con varias condenas de trabajos forzados, durante el cumplimiento de las cuales unos 70 perdieron la vida. Ni el ejército ni el gobierno sabían qué hacer con aquellos «absolutistas» (en su mayoría socialistas), y el trato que recibieron fue denunciado por escritores libertarios, clérigos y juristas, aunque no se sintieran con fuerza para liberarlos por los sentimientos que la opinión pública abrigaba contra ellos y por temor a sentar un precedente. No obstante, las protestas llegaron a su punto culminante en 1916-1917, y en 1918 muchos absolutistas decidieron que no valía la pena[59]. A la larga tendrían menos influencia que los radicales de la Union of Democratic Control (UDC), que denunciaron la diplomacia de equilibrio de poderes seguida por Gran Bretaña antes de la guerra y exigieron un control democrático de la política exterior, seguridad colectiva, autodeterminación nacional y limitación de las armas. De los 5000 afiliados que había en noviembre de 1914 se pasó a los 300 000 de noviembre de 1915 y a los tres cuartos de millón existentes al final de la guerra[60]. Ramsay MacDonald, presidente del Partido Laborista en 1914, dimitió cuando estalló la guerra y se unió a la UDC, pero al principio

careció de apoyo entre sus colegas. En general, sin embargo, los líderes del Partido Laborista y del TUC mantuvieron la lealtad al esfuerzo de guerra, centrándose en los intereses económicos de la clase trabajadora más que en la estrategia y en los objetivos de guerra. No tardó en aparecer el núcleo de una tendencia alternativa, pero de momento siguió contenida.

Alemania mostró al principio una unidad similar a la de Francia y Gran Bretaña. La opinión pública era importante, aunque el Reich era más autocrático que las dos potencias occidentales. Los cancilleres eran responsables en último término ante el káiser y eran nombrados y destituidos por él, lo mismo que los comandantes generales. No obstante, el gobierno necesitaba una mayoría parlamentaria, con la que contó Bethmann en general hasta 1917 (excepto en la cuestión de los submarinos). El Reichstag votó a favor de los bonos de guerra a intervalos semestrales, y los subcomités examinaban con minuciosidad una y otra vez a los mandatarios. Además, Alemania continuó siendo un país notablemente descentralizado. No solo los distintos estados conservaban sus prerrogativas, sino que además la ley de sitio prusiana, que se puso en vigor en 1914, delegaba amplios poderes a los CGA, que asumieron la responsabilidad del orden público, el transporte, la censura y el abastecimiento. Como también eran directamente responsables ante Guillermo II, que carecía de curiosidad por los detalles administrativos y pasaba la mayor parte del tiempo fuera de Berlín, al gobierno central le resultaba muy difícil coordinarlos. En noviembre de 1916, el ministro de la Guerra de Prusia logró tener autoridad sobre los CGA en materia económica, pero en otros ámbitos tenía solo el papel de supervisor[61].

La apariencia de unanimidad de Alemania vino impuesta en parte desde lo alto. Mientras que en Gran Bretaña, pese a los poderes moderadores del gobierno, la censura de prensa significó en gran medida la autocensura que se impuso la prensa

nacional, en Alemania los CGA, el Departamento Central de Censura (creado por la OHL en 1914) y el Departamento de Prensa de Guerra (creado en 1915 en el Ministerio de la Guerra de Prusia) marcaron unas líneas mucho más específicas, y los periódicos generalmente las siguieron. El gobierno convirtió la agencia de noticias semioficial, el Wolffs Telegraphisches Bureau, en el canal exclusivo para el suministro de noticias de la guerra, y exigió que el Ministerio de Asuntos Exteriores supervisara previamente todos los informes. El Departamento de Prensa de Guerra complementaba los materiales del Wolffs con informes diarios, y cualquier noticia militar que se obtuviera por conductos independientes debía ser aprobada por los CGA[62]. El monopolio de la información que ejercían las autoridades otorgaba a estas una gran influencia sobre los periódicos pequeños en particular, muchos de los cuales eran vulnerables porque aunque su circulación aumentó, las cuotas de papel asignado disminuyeron lo mismo que su tamaño real[63]. A partir de 1915, las disposiciones de la censura establecieron lo que podía y no podía ser discutido en ellos, así como cuál debía ser el «tono» apropiado. En general reflejaban el deseo de Bethmann de dificultar la controversia, preservar la unidad y seguir teniendo las manos libres en lo concerniente a los objetivos de guerra y la estrategia. Los redactores debían subrayar el carácter defensivo de la guerra y no mencionar en absoluto las anexiones. Pero las autoridades deseaban también ocultar que no todas las cosas estaban saliendo según lo previsto. Las cifras totales de bajas fueron suprimidas, junto con las noticias sobre escasez de alimentos y manifestaciones por la paz[64]. Los informes operacionales nunca mencionaron ni una sola derrota hasta el otoño de 1918, y la retirada del Marne, por ejemplo, fue retratada como un «reposicionamiento»[65]. Debido a la autonomía de la que gozaban los CGA, la severidad de la censura probablemente variara más de un distrito a otro que en

Francia o Gran Bretaña. Era más rigurosa en Berlín y en las zonas obreras como la cuenca del Ruhr, pero su influencia en general fue muy profunda.

La censura se aplicó no solo a la prensa, sino también a todos los demás medios de comunicación. A través de la policía local, los CGA controlaban el cine, el teatro, las variedades, la ópera, el *cabaret*, las postales, las revistas de humor y las obras populares de ficción. Cualquier publicación o cualquier espectáculo necesitaba una aprobación previa. En general, las autoridades, recelosas de la cultura popular, se opusieron a todo material que pudiera resultar escandaloso o antipatriótico. Eliminaron toda manifestación que fuera jactanciosa, que sugiriera que la victoria sería fácil, o que socavara la unidad nacional atacando a otros grupos. Luego silenciaron las protestas por la escasez de alimentos[66]. Al ser un medio de comunicación nuevo y excepcionalmente poderoso, el cine fue un caso muy especial. En 1914 en Alemania había más de 7500 salas de cine, y puede que 1,5 millones de personas las visitaran cada semana. Cuando estalló la guerra, fueron prohibidas todas las películas extranjeras (incluidas las norteamericanas), y el Ministerio de la Guerra permitió solo las producciones patrióticas y que contribuyeran a elevar la moral. En enero de 1917, la OHL creó su propia unidad fotográfica y cinematográfica, encargada de destacar los supuestos logros del Programa Hindenburg[67]. Con la aprobación del ministerio la empresa Messter-Woche se dedicó a realizar noticiarios cinematográficos, pero, a diferencia de *La batalla del Somme*, sus producciones solo mostraban escenas conmovedoras y debidamente depuradas.

En general, sin embargo, hasta 1917 los esfuerzos de las autoridades por ejercer una influencia positiva en la opinión pública (a diferencia de la influencia negativa a través de la censura) fueron pocos e ineficaces. El Departamento de Prensa de Guerra lamentaba la incapacidad que tenía Alemania de

generar productos equivalentes a los eslóganes y las imágenes de los carteles franceses y británicos[68]. El «Libro Blanco» oficial de documentación sobre Bélgica eludía de forma muy poco convincente las acusaciones de atrocidades cometidas, presentando las ejecuciones de civiles como represalias legítimas frente a los ataques de los partisanos[69]. El gobierno insistía en que había ido a la guerra en un gesto de autodefensa, y las circunstancias de 1914 eran lo bastante ambiguas para que muchos lo creyeran, sobre todo teniendo en cuenta los años anteriores de carrera armamentista y de asedio. Inicialmente, la unanimidad de los políticos se reflejó en los círculos religiosos e intelectuales; además, como sucedió en los países aliados, se produjo una automovilización de los líderes de opinión. No es de extrañar el apoyo del clero luterano al gobierno[70], pero los católicos alemanes también acogieron la guerra como una oportunidad de salir de su aislamiento político (lo mismo que los judíos, alrededor de 10 000 de los cuales se presentaron voluntarios a prestar servicio militar)[71]. Guillermo II declaró que la lucha era una obligación por la gracia de Dios; la jerarquía católica la calificó de lucha del orden cristiano contra el ateísmo (representado por Francia) y el caos[72]. La asistencia a las iglesias aumentó en 1914[73], y los pastores protestantes identificaron a Gran Bretaña con el enemigo primordial, movido por la codicia y una envidia hipócrita[74]. En este sentido, su postura reflejaba la de buena parte del círculo de escritores y académicos. Muchos pensaban, junto con Thomas Mann, que el espectáculo de unidad dado en 1914 revelaba que la comunidad nacional no estaba muerta y agotada por las influencias extrañas, y esta convicción los acompañaría el resto de sus vidas[75]. Los intelectuales laicos se unieron a los teólogos protestantes y católicos en la firma de la «Declaración de los 93», de octubre de 1914, que al final incluiría casi 4000 nombres. Este documento, todo un regalo para los

propagandistas aliados, tenía por objeto refutar las afirmaciones que hacían estos últimos de que no estaban luchando contra la cultura de Kant y Beethoven, sino contra el militarismo prusiano. Por el contrario, insistían en que «no es cierto que la lucha contra nuestro llamado militarismo no sea una lucha contra nuestra cultura. […] El ejército alemán y el pueblo alemán son uno y lo mismo»[76].

Los profesores universitarios y la comunidad intelectual rechazaron las invitaciones de los Aliados a repudiar a sus líderes políticos. Muchos interpretaron que la guerra venía a subrayar la diferencia del mundo germánico respecto a la Europa del oeste. Al igual que sus colegas del bando contrario, la presentaban como una competición ideológica, en la que Alemania defendía las «ideas de 1914» frente a las «ideas de 1789»: unos valores culturales y espirituales más profundos frente al racionalismo francés y el materialismo inglés[77]. La «idea alemana de libertad», a diferencia del hedonismo de los enemigos del país, significaba el autodominio y el equilibrio entre la libertad y la obediencia. En otra yuxtaposición, Werner Sombart comparaba a los «mercaderes» (*Händler*) británicos con los «héroes» (*Helden*) alemanes, hombres que en vez de buscar simplemente ganancias comerciales desplegaban todas sus potencialidades humanas y mostraban su disposición al sacrificio[78]. Poco después de que empezara la guerra, la derecha llegó a presentar a Londres, no a París o a Petrogrado, como la archienemiga de Alemania y como la mano que movía los hilos de una trama diseñada para hacer caer en la trampa a Alemania. Quizá porque Gran Bretaña había traicionado supuestamente su parentesco racial y había obstaculizado las ambiciones navales y coloniales de Alemania antes de la guerra, las actitudes frente a ella, desde Guillermo II para abajo, asumieron la intensidad característica de un complejo de inferioridad. Los críticos de la moderación de Bethmann en lo concerniente a los objetivos de guerra y a la

cuestión de los submarinos insinuaban que era un anglófilo clandestino[79].

No obstante, en otras fases posteriores de la guerra Alemania se polarizó políticamente más que sus enemigos occidentales. Las divisiones existentes en el país antes de 1914 serían las culpables, pero el conflicto las exacerbó al provocar la controversia en torno a los objetivos de guerra y acarrear graves dificultades materiales. La economía alemana se contrajo entre 1914 y 1918[80], y la situación de la clase trabajadora se deterioró más profundamente que en Francia y Gran Bretaña[81]. El mayor empobrecimiento, sin embargo, se produjo durante la segunda mitad de la contienda. En el centro armamentista de Düsseldorf, el precio de los alimentos en 1914-1916 casi se dobló, pero el poder adquisitivo de un obrero metalúrgico cayó ligeramente[82]. Durante el mismo período, el coste de la vida aumentó en Berlín lo mismo que el de Londres o el de París, si bien luego subió mucho más deprisa[83]. El problema que primero se planteó fue la deficiencia del suministro de productos alimentarios: subidas de precios, empeoramiento de la calidad y simplemente falta de productos básicos. Según los informes de la policía y de los CGA, no había nada que contribuyera más a socavar el patriotismo y la unidad[84]. Aunque la guerra no trajo consigo el hambre, sí que comportó enfermedades relacionadas con la malnutrición. Para millones de civiles, la experiencia predominante asociada con ella fue el hambre. El principal motivo de queja quizá fuera la sensación de que los sacrificios estaban repartidos de manera desigual, pero Alemania padeció una escasez absoluta más grave que Francia y Gran Bretaña[85]. Debido al bloqueo (y, en particular, a la falta de fertilizantes de importación), y como consecuencia de la marcha de los hombres al ejército, la producción agrícola disminuyó en una cuarta parte, y la compra de productos en los países neutrales no compensó la pérdida de otras fuentes

extranjeras (un 25 por ciento aproximadamente del consumo de alimentos de Alemania antes de 1914 era de importación). Mientras que el ejército y las zonas rurales se aferraron a la parte que les correspondía, las tres cuartas partes restantes de la población tuvieron que apañárselas con la mitad de la producción de antes de la guerra[86]. En semejantes circunstancias, lo más que pudieron hacer las autoridades fue aliviar los problemas, pero de hecho sus acciones probablemente solo sirvieran para exacerbarlos y acentuar la sensación de desigualdad. No existían planes de contingencia para alimentar a la población civil, y la división del control entre los CGA y las autoridades locales impidió dar una respuesta concertada. Al principio, las autoridades locales pusieron techos a los precios de algunos productos, y como consecuencia los agricultores se dedicaron a cultivar otros o a venderlos en regiones en las que los precios eran más altos. El gobierno racionó el pan en la primavera de 1915 (mucho antes que en Francia o en Gran Bretaña) y los principales bienes de consumo durante el verano de 1916, mientras que una serie de asociaciones especiales de guerra que representaban a los principales productores agrícolas y a sus intermediarios compraron todo el suministro de los productos alimentarios básicos para vendérselos a las autoridades. Sin embargo, como las raciones oficiales eran insuficientes para alimentar a las familias, los habitantes de las ciudades tuvieron que recurrir cada vez más al mercado negro, a menudo rompiendo con toda una vida de respeto a la ley. En octubre de 1915 comenzaron los «motines de la mantequilla» entre las mujeres que hacían cola en los barrios obreros de Berlín. Duraron varios días, atrajeron las simpatías de la opinión pública, y fueron el inicio de meses de disturbios[87]. Cada año las mayores dificultades se prolongaban durante todo el invierno y no cesaban hasta que se recogía la siguiente cosecha, pero los dos primeros inviernos de la guerra no fueron nada comparados

con el tercero. Al disminuir las provisiones de cereales, los consumidores empezaron a depender cada vez más de las patatas, y precisamente su cosecha se resintió como consecuencia del otoño húmedo y frío de 1916 y de la prolongada helada que vino después. A finales de año se había perdido casi la mitad de la cosecha y el consumo *per cápita* del producto cayó en más de un tercio, mientras que sus existencias como pienso para el ganado también disminuyeron, lo que causó recortes en el suministro de huevos, leche y carne. La escasez fue peor en las zonas urbanas e industriales, y especialmente (aparte de Berlín) en la cuenca del Ruhr, dando lugar así a una división entre el oeste y el este por una parte y la ciudad y el campo por otra[88]. Aunque las condiciones no volverían a ser nunca tan malas como en la primavera de 1917, el abastecimiento no recuperaría nunca los niveles anteriores[89].

Alemania se diferenció también de los países aliados por el protagonismo de los objetivos de guerra en la controversia política. El debate público continuó a través de la presentación de peticiones y la distribución de folletos, y los resquicios que dejaba la censura permitieron que se colara en los medios de comunicación. El problema básico era que la tregua política de 1914, o *Burgfrieden*[*], se basaba en expectativas contrapuestas. El SPD esperaba que su colaboración con el esfuerzo de guerra diera lugar a la democratización y la reforma social; y los conservadores abrigaban la esperanza de que la victoria consolidara el orden establecido. Aunque los socialistas y los sindicatos no descartaban una expansión económica y territorial, sus objetivos de guerra eran en general menos ambiciosos que los de los conservadores, los del Partido Nacional Liberal, la OHL y los nacionalistas pangermanistas de tendencias racistas. A medida que la guerra fue prolongándose sin que se vislumbrara una resolución a corto plazo, a Bethmann le resultaría cada vez más incómodo mediar entre estos dos

extremos. Durante 1915, los pangermanistas orquestaron una campaña a favor de los objetivos de guerra anexionistas, concretamente a través de la «Petición de las Seis Asociaciones Económicas», suscrita en el mes de mayo, y de la «Petición de los Intelectuales», presentada en julio[90]. Sus metas iban más lejos que las de Bethmann, pero este se temía que su predilección por una dominación indirecta a través de métodos económicos fuera demasiado sutil para sus compatriotas, y mostró una inclinación cada vez mayor a rechazar el *statu quo* territorial existente antes de la guerra y a ocupar territorios de Bélgica con la intención de quedarse permanentemente en ellos. Sin embargo, siguió resultando sospechoso a los derechistas que lo consideraban demasiado conciliador en lo relativo a los objetivos de guerra y las reformas internas, y sus adversarios utilizaron la agitación con motivo de la guerra submarina para socavar su posición[91]. Al sentirse acosado, recurrió en agosto de 1916 a Hindenburg con la esperanza de utilizar el prestigio del general como manto tras el cual llegar a un compromiso de paz[92]. Este error de cálculo resultó excesivo.

Bethmann quedó impresionado por el hecho de que el movimiento obrero se le uniera en 1914 y pensó que su compromiso era mayor que el de la derecha. Los líderes sindicales renunciaron a los actos de agitación, pero, como en Gran Bretaña, su lealtad al gobierno dio lugar a más huelgas no oficiales y a una mayor influencia de los representantes de los trabajadores[93]. En 1914 las organizaciones sindicales decidieron atenerse a los acuerdos salariales existentes mientras durara la guerra, pero en 1916 la inflación las obligó a romper este compromiso[94]. En cuanto a los líderes del SPD, apoyaron el *Burgfrieden* hasta 1917, pero a costa del cisma del socialismo. Al principio, Karl Liebknecht, que se oponía a la ruptura de las hostilidades y votó en contra de los bonos de guerra, quedó aislado dentro de su propio partido. Sin embargo, durante 1915

se ganó cada vez más el apoyo de los militantes de centroizquierda del SPD, que no compartían su anticapitalismo revolucionario ni su oposición a la guerra, aunque fuera de autodefensa, pero sospechaban con razón que el gobierno estaba volviéndose cada vez más anexionista. El encarcelamiento de Liebknecht por hacer manifestaciones incendiarias con motivo del 1.º de mayo de 1916 provocó una serie de huelgas políticas de protesta, y contribuyó en gran medida a galvanizar la aparición de un movimiento análogo al de los *minoritaires* franceses, que se abstuvo o votó en contra de los bonos de guerra, se opuso a las limitaciones de los derechos civiles y apoyó un esfuerzo de guerra estrictamente defensivo. En el ámbito local, el SPD empezó a fragmentarse. En marzo de 1916, la mayoría expulsó de la delegación del partido en el Reichstag a la oposición de izquierdas y, tras la aprobación de la ley de servicios auxiliares (que la mayoría aceptó y la minoría denunció), la oposición fue expulsada definitivamente del partido y creó un Partido Socialdemócrata Independiente (USPD) el Viernes Santo de 1917. Alemania disponía así ya de un movimiento organizado a escala nacional que se oponía a la guerra o la apoyaba solo de manera condicionada[95]. Mientras tanto, después de 1915 surgió en la comunidad académica y en el clero alemán una tendencia moderada favorable a Bethmann, aunque los extremistas eran mucho más numerosos[96]. El país empezaba a dividirse entre un imperialismo agresivo y un movimiento democrático emergente. A pesar de las sombrías perspectivas económicas de finales de 1916, según los informes de los CGA la opinión pública se animó con el nombramiento de Hindenburg al frente de la OHL, por la derrota de Rumanía, y las perspectivas de éxito de los U-Boote. Si estos fracasaban, sin embargo, el futuro se presentaba muy oscuro[97].

El Imperio austrohúngaro, Italia y Rusia eran habitualmente más autoritarios que Francia, Gran Bretaña y Alemania, y las

fuerzas de automovilización social fueron más débiles. En la monarquía dual, sin embargo, las condiciones eran diferentes en cada una de sus dos mitades, y las de la mitad húngara se parecían más a las de la Europa occidental. El Parlamento de Budapest permaneció en sesión ininterrumpidamente y sus diputados llegaron a la habitual tregua política (la llamada *Treuga Dei*) y votaron por unanimidad a favor de los bonos de guerra. La Iglesia católica apoyó al gobierno (el cardenal primado consideró un deber sagrado actuar contra Serbia), Tisza acalló las dudas que lo embargaban en lo concerniente al uso de la fuerza, y la oposición parlamentaria, normalmente tan ruidosa, se mostró más belicosa de lo que era en realidad, ofreciéndose a formar un gobierno de coalición si Tisza dimitía. Pese a la negativa del primer ministro, sus adversarios siguieron colaborando. El gobierno suspendió las libertades civiles y censuró la prensa, colocando a los trabajadores de las industrias de guerra bajo supervisión militar, pero en general las autoridades civiles siguieron al frente de los asuntos y Hungría, a diferencia de Alemania y Austria, evitó imponer la ley marcial. En los territorios croatas los líderes de los partidos colaboraron con las autoridades en parte para no ser quitados de en medio, pero también (sobre todo después de que Italia entrara en el conflicto con sus planes de ocupar el territorio de población croata) porque la guerra se hizo relativamente popular. Tisza intentó al principio mostrarse conciliador con croatas y eslovacos, y reanudar las negociaciones con los rumanos de Hungría, pues no deseaba enfrentarse a ellos mientras la actitud de Rumanía aún fuera incierta. No obstante, las zonas de Hungría de población serbia fueron consideradas —y con razón — poco fiables y fueron sometidas de inmediato a la ley marcial, lo que condujo a detenciones y encarcelamientos masivos[98].

La mitad austríaca del imperio fue diferente en algunos

aspectos fundamentales. Debido a la mayor variedad de su composición étnica no estaba claro cuál era el motivo por el que luchaban sus ciudadanos aparte de la persona de Francisco José[99]. El Reichsrat había quedado suspendido antes de que estallara la guerra y el primer ministro, Stürgkh, asumió más poderes especiales, clausurando por ejemplo las asambleas provinciales. La mayor parte de la mitad austríaca, excepto las zonas de población checa y alemana, se convirtió en «zona de guerra» sometida a la ley marcial. Los periodistas fueron relegados a una oficina de prensa de guerra, lejos del cuartel general de Conrad en Teschen; no podían visitar libremente los distintos frentes ni hacer mucho más que adornar los comunicados del AOK. Este creó un «departamento de supervisión de guerra», el Kriegsüberwachungsamt (KA) para la mitad austríaca y para Bosnia-Herzegovina, responsable de la censura y de la antisubversión. Prohibió la publicación de cualquier escrito antipatriótico o pacifista, y con el pretexto de preservar la armonía interna, ilegalizó cualquier pronunciamiento nacionalista, religioso o socialista. Todos los cruces de fronteras fueron interceptados y vigilados, lo mismo que una selección de la correspondencia interna, y el KA prestó especial atención a las cartas dirigidas a numerosos prisioneros de guerra o remitidas por ellos[100].

Con estos métodos las autoridades austríacas lograron reprimir o al menos contener la subversión durante los primeros dos años, ayudadas por el sentimiento unánime a favor de los Habsburgo y en contra de Serbia. Este fenómeno fue más poderoso en los territorios de lengua alemana y entre la *intelligentsia*. Los diputados del Reichsrat aceptaron la continuidad de la suspensión del Parlamento[101]. En diciembre de 1914, casi la mitad de los estudiantes universitarios de la mitad austríaca del imperio se habían presentado voluntarios al servicio activo, y los profesores dieron conferencias y publicaron

panfletos acerca de la justicia de la causa[102]. En la élite cultural, personajes como Ludwig Wittgenstein y Oskar Kokoschka también se presentaron voluntarios y combatieron contra los rusos[103]. Hay que decir también que otros se mostraron mucho más reacios a ofrecer sus servicios, y en general la efervescencia patriótica fue efímera, aunque las victorias de 1915 la reanimaron.

Cuando vieron que las hostilidades no acababan de forma pronta y rápida, las autoridades se enfrentaron a una dura lucha por mantener el apoyo a una empresa que resultaba difícil presentar como una acción defensiva, que era enormemente costosa, y en la que las victorias de los Habsburgo se debían en gran medida a Alemania. El gobierno no llevó a cabo demasiada propaganda interna, aunque el Ministerio de la Guerra montó una exposición en el parque de atracciones del Prater de Viena y el jefe de la sección cinematográfica de la oficina de prensa de guerra era el director de Sascha-Film, una empresa privada que se dedicó a realizar noticiarios de carácter patriótico[104]. Pero en general las autoridades austríacas pudieron fiarse de los medios de comunicación no oficiales menos que las de otros países, y la principal preocupación de los militares fue mantener callados a los descontentos. En los territorios de lengua alemana resultó relativamente fácil, pues el numeroso Partido Socialdemócrata adoptó la misma línea moderada que el alemán. De los otros grupos nacionales, los polacos fueron los que más apoyo prestaron al gobierno, después de que sus líderes llegaran a la conclusión de que Rusia era su principal enemigo y Józef Piłsudski reclutara a una auténtica legión de voluntarios. Pero otros no eran tan de fiar y la represión intensificó su desafección. El ejército arremetió de inmediato con fuerza contra los serbios, ejecutando a unos y encarcelando o deportando a otros. Muchos rutenos recibieron con alegría a los invasores rusos en 1914. La intervención de Italia reforzó el

apoyo de los eslovenos, pero debilitó el de los italianos. Todos los periódicos en italiano, excepto uno, fueron suprimidos, lo mismo que los grupos nacionalistas italianos. El caso más delicado, sin embargo, era el de los checos, cuyos líderes estaban divididos. Unos se mostraron leales al gobierno, pero otros, como Tomas Masaryk y Eduard Benes marcharon al exilio, buscando el apoyo de los Aliados a la independencia checa; otros, por su parte, como Karel Kramár, fundaron una organización clandestina para llevar a cabo actos de sabotaje y capitanear la resistencia pasiva dentro de Bohemia, la llamada Mafia. En la primavera de 1915, Stürgkh cedió a la presión de los militares y decidió tomar medidas más severas: muchos millares de personas fueron arrestadas, Kramár fue juzgado y condenado a muerte (aunque Francisco José le conmutó la pena), y buena parte de la prensa checa fue clausurada. No obstante, la Mafia siguió viva y permaneció en contacto con sus líderes en el extranjero[105].

Poco a poco la dinastía de los Habsburgo fue perdiendo su capital de buena voluntad y las autoridades retuvieron a las nacionalidades disidentes mediante la represión. Por si fuera poco, la situación económica de la mitad austríaca del imperio se deterioró todavía más y más deprisa que en Alemania. Las autoridades militares estaban ansiosas por no tener que enfrentarse al movimiento obrero, y durante el primer año hubo pocas huelgas[106]. Pero en la primavera de 1915 se introdujo en Austria el racionamiento del pan y en el mes de mayo Viena se vio afectada por los primeros disturbios desencadenados por la falta de alimentos[107]. Los territorios austríacos ni siquiera habían sido autosuficientes en tiempos de paz, y en 1914 los graneros de Galitzia y Rutenia habían sido invadidos. Durante la guerra, la cosecha de cereales cayó de los 91 a los 49 millones de quintales en Austria y de los 146 a los 78 en Hungría[108]. Y aunque Tisza acordó que Hungría suministrara provisiones para

satisfacer todas las necesidades del ejército, fuera de eso solo pudo proporcionar a Austria el grano que sobrara después de abastecer a la propia Hungría, y ese incluso a precios altísimos. De ahí que los territorios austríacos empezaran a dividirse en unidades autosuficientes, dejando a Viena y a las grandes ciudades en la estacada[109].

La presión creada por las dificultades económicas y por la represión entre las nacionalidades sometidas llegó a su punto culminante tras la emergencia militar creada por la ofensiva Brusílov y la entrada de Rumanía en la guerra. En julio de 1916, el conde Mihály Károlyi rompió con el resto de la oposición húngara formando un nuevo partido político que pretendía firmar la paz sin anexiones y reducir los lazos con Viena a una unión personal. Aunque las tropas rumanas fueron expulsadas de Transilvania, se llevaron consigo a 80 000 habitantes de la región, mientras que la población de lengua rumana que se quedó vio cómo se imponía el magiar en sus iglesias y en sus escuelas[110]. En el mes de octubre, Friedrich Adler (hijo del líder socialista Viktor Adler) asesinó a Stürgkh en un restaurante de Viena al grito de «¡Abajo el absolutismo! ¡Queremos la paz!». La proclamación de la independencia de la antigua Polonia rusa por parte de las Potencias Centrales en el mes de noviembre frustró las esperanzas de unificar el país bajo el cetro de los Habsburgo y dejó a los polacos sin motivos para seguir manteniendo su lealtad al imperio. Por último, ese mismo mes murió Francisco José, que fue sustituido por el joven e inexperto Carlos I. En un momento en el que el invierno de 1916-1917 estaba causando unas privaciones terribles, Carlos intentó obtener una mayor independencia respecto a Alemania en el extranjero y experimentar con la concesión de mayores libertades dentro de su país después de dos años de dura represión. Para el frente interno del Imperio austrohúngaro y para el de Alemania, aquel fue el momento crucial de la guerra.

La política en el frente interno italiano se parece superficialmente a la de Gran Bretaña o Francia, pero en realidad ocupa una posición intermedia entre el modelo occidental y el de Austria o Rusia. Italia constituye un caso único entre las grandes potencias por ser un participante tardío en la guerra, cuya intervención no podría justificarse apelando a la autodefensa y encontró una fiera oposición. Además, al igual que Asquith, el presidente del consejo Salandra esperó al principio poder llevar el asunto como de costumbre. Casi no amplió su gabinete y sus ministros recurrieron al movimiento intervencionista para justificar la participación del país. Este planteamiento salió bien hasta cierto punto. A pesar del disgusto indisimulado del papa Benedicto XV por la beligerancia de Italia, la mayoría de los católicos la apoyaron y la jerarquía eclesiástica realizó numerosos pronunciamientos patrióticos[111]. Grupos artísticos como el de los futuristas vieron una oportunidad de modernizar el país y de purificarlo de las influencias teutónicas: el filósofo más eminente de Italia, Benedetto Croce, se esforzó (como los defensores de Kant en Francia) por conciliar su inquebrantable estima del pensamiento hegeliano con su apoyo a la guerra[112]. Tras la crisis de junio de 1916, cuando los austríacos amenazaron con salir del Trentino, Paolo Boselli sustituyó a Salandra al frente de una amplia coalición de la que formaban parte liberales progresistas y conservadores, los radicales, los socialistas reformistas Bissolati y Bonomi, así como un político católico, Meda, y un giolittiano, Colosimo. Debido a la intensificación de la movilización económica, la entrada en el gobierno de Boselli recuerda a la formación de la coalición de mayo de 1915 en Gran Bretaña, que supuso un hito hacia un mayor compromiso del país con la guerra. En agosto el nuevo gabinete declaró la guerra a Alemania y asistió a la primera victoria importante de Italia que supuso la toma de Gorizia. Parecía que las heridas abiertas por la

controversia en torno a la intervención en la guerra empezaban a curarse.

Bien es verdad que Italia, en una medida mucho mayor que Gran Bretaña y Francia, fue lanzada a la guerra por unas minorías agresivas sin demasiado apoyo de la población, cuya conciencia nacional estaba poco desarrollada. El grueso del Partido Socialista permaneció al margen, ateniéndose a la máxima «Ni apoyo ni sabotaje», y no dejó de reclamar la firma de la paz lo antes posible. Italia contaba ya con su propio movimiento *minoritaire*. Pero el Parlamento se reunía pocas veces, excepto para aprobar el presupuesto o con motivo de alguna crisis ministerial. Tanto Salandra como Boselli gobernaron en gran medida por decreto, restringiendo la libertad de expresión y de reunión y censurando la prensa. Los militares podían abrir todas las cartas dirigidas al frente o procedentes de él que pasaran por la «zona de guerra» situada detrás; y en otros lugares los prefectos hacían lo mismo. La censura y el orden público en la zona de guerra pasaron a ser responsabilidad del ejército, así como la producción de armas. En virtud de la Movilización Industrial (Mobilitazione Industriale, MI) creada en 1915, la disciplina de fábrica pasó también a estar bajo control militar, y en las factorías sometidas a ella el abandono del puesto de trabajo equivalía a la deserción. En 1916, aunque la tregua política siguió respetándose en los despachos, empezaron a crecer los disturbios entre las bases. El nivel de vida cayó menos que en las Potencias Centrales, pero más que en Gran Bretaña y en Francia, mientras que los subsidios de separación pagados eran pequeños y durante dos años no se ajustaron a la inflación. Cuando esta se aceleró y hubo escasez de alimentos durante el verano, empezaron las manifestaciones. En las zonas rurales a menudo eran encabezadas por mujeres, al principio en respuesta a la falta de pan o al retraso en el pago de los subsidios mensuales, pero

evolucionaron hasta convertirse en protestas en contra de la guerra y en llamamientos reclamando el regreso de los hombres. Se produjeron disturbios también en las fábricas, teniendo de nuevo en ellos un papel destacado las mujeres (que empezaron a entrar a gran escala en la industria en 1916)): abandonaron el trabajo en protesta por la imposición de multas y los despidos injustos y extendieron sus acciones a manifestaciones de oposición a la guerra. La crisis que sufrió el frente interno de Italia no fue tan evidente como la de las Potencias Centrales, pero las grietas eran perfectamente visibles[113].

El descontento reinante en Italia tiene más de un parecido superficial con el que había en Rusia. También aquí se agudizó en 1916 la marejada de resistencia popular a las cargas impuestas por la guerra. Con ella surgió un movimiento nacionalista entre las élites que deseaban, como los intervencionistas italianos, hacer la guerra con más energía, pero, a diferencia de aquellos, estaba en contra del gobierno. En este último aspecto, Rusia no se parecía tanto a Italia como a Alemania, pero su polarización social era mucho más profunda, y en 1917 el gobierno zarista se enfrentó a movimientos revolucionarios dirigidos unos a intensificar el esfuerzo de guerra y otros a abandonarlo por completo.

Rusia seguía combatiendo porque Nicolás II se negaba a firmar una paz por separado. La emperatriz Alejandra era de su misma opinión, a pesar de las acusaciones de que era poco patriota debido a sus orígenes alemanes. De hecho, al principio Rusia mostró el consenso habitual a favor de la guerra, aunque fue más efímero que en otros países. En julio de 1914, la mayoría de los partidos de la Duma, incluidos los más críticos con el gobierno, lo invitaron a prorrogar la legislatura y a gobernar por decreto. Solo la extrema izquierda (bolcheviques, mencheviques y trudoviques) manifestó su discrepancia saliendo de la cámara o absteniéndose en las votaciones de los bonos de

guerra, aunque sus portavoces afirmaron que el proletariado ruso defendería a su país[114]. De hecho, la oleada de huelgas convocadas antes de la guerra se interrumpió bruscamente, si bien quizá se debiera a los numerosísimos arrestos practicados por la policía, a la ilegalización de todos los sindicatos y al cierre de los periódicos de izquierdas[115]. La Iglesia ortodoxa dio su bendición a la guerra, pero teniendo en cuenta su dependencia del Estado ruso no es de extrañar que lo hiciera. Los intelectuales más destacados simpatizaron en su mayoría con ella, pero sin defender abiertamente la postura belicosa de Rusia como lo hicieron en sus respectivos países Kipling, Barrès o Thomas Mann. Máximo Gorki fue uno de los artistas y profesores que firmaron un manifiesto en el que se proclamaba la lucha contra el «yugo alemán», pero luego se puso en contra de la guerra, lo mismo que los simbolistas, la principal escuela de poetas rusos[116]. A pesar de todo, los primeros meses de la contienda fueron testigos de un aumento de lo que los historiadores han llamado una «cultura patriótica». La agencia propagandística subvencionada por el Estado llamada Comité Skóbelev produjo películas y postales, pero la iniciativa privada dejó pequeños sus esfuerzos[117]. Entre sus formas más características cabría citar las estampas de gran formato llamadas *lubki*, publicadas a millones, así como los tebeos y los carteles. Las artes escénicas contribuyeron con espectáculos de circo, obras de *cabaret*, operetas y dramas. El cine ruso rodó varias decenas de películas patrióticas. Buena parte de este material mostraba los mismos temas: un odio satírico hacia Alemania (centrado en las caricaturas del káiser), las atrocidades del enemigo y sus armas terroríficas, como los zepelines y los submarinos; y por otra parte, el heroísmo de los soldados rusos y la grandeza de su alma[118]. Cuando comenzó la retirada en 1915, sin embargo, el auge de esas manifestaciones artísticas fue disminuyendo y en 1916 se impuso un estado de ánimo muy

distinto.

La retirada obligó a Rusia a enfrentarse a una situación de emergencia nacional, entre otras razones porque se produjo un movimiento enorme de refugiados: según las cifras oficiales, 3,3 millones de personas a finales de 1915, pero en realidad posiblemente más de 6 millones a comienzos de 1917. Procedían tanto del Cáucaso como de las fronteras occidentales, y muchos —especialmente, los judíos— fueron deportados a la fuerza por las autoridades zaristas[119]. Además, los desastres de Polonia dieron lugar al inicio de la división de la sociedad rusa en movimientos a favor y en contra de la guerra, ambos hostiles al régimen zarista. Por un lado, la guerra actuó como catalizador de la oposición liberal, y en la confrontación entre la corte y la Duma los políticos dominaron la alta política en 1915-1916. Muchos liberales estaban a favor de los objetivos de guerra expansionistas, y en alguna medida cabe compararlos con los nacionalistas alemanes contrarios a Bethmann. Apoyaban la guerra, pero estaban profundamente descontentos con el liderazgo de Nicolás II y sus ministros. Su reaparición como reacción a la escasez de municiones y a los desastres militares refleja la convicción que tenían muchos rusos cultos de que las instituciones del modelo occidental (o alemán) podían gestionar la guerra mucho mejor que la que ellos tildaban de autocracia corrupta e incompetente de su país, apoyada por unos ministros reaccionarios e incluso traidores. Querían un gobierno representativo más amplio, aunque estaban muy lejos de ser un movimiento democrático a favor de la representación del pueblo de Rusia en general. Estaban organizados tanto a escala local como nacional. Los consejos comarcales electivos de Rusia (los *zemstvos*) y los ayuntamientos, que contribuían al aprovisionamiento del ejército y proporcionaban servicios médicos, formaron la Unión de Zemstvos y la Unión de Ciudades antes de fusionarse en un solo organismo llamado

Zemgor. A partir de 1915, los empresarios se organizaron en una red nacional de comités de industrias de guerra[*]. Los dos movimientos tenían los mismos líderes, que también compartían con la oposición liberal, formando en septiembre de 1915 en la Duma el Bloque Progresista, integrado por unos 300 de los 450 diputados y por muchos miembros de la cámara alta del Parlamento. El Bloque no exigió ser el encargado de formar gobierno, pero sí reclamó un ministerio que gozara de «la confianza de la nación» (lo que en la práctica significaba la confianza del Bloque), aunque el primer ministro siguiera siendo un burócrata no elegido. Lo que desde luego no significaba era el gobierno Goremykin al que siguió respaldando el zar. Desoyendo no solo a la Duma, sino también a muchos de sus ministros, Nicolás II rechazó llegar a un compromiso, y despreció de nuevo a todos ellos nombrándose a sí mismo comandante general del ejército en sustitución del gran duque Nicolás. Ofreció unas cuantas migajas a la oposición, pero estaba convencido de que las concesiones constitucionales que había hecho a raíz de la derrota de Rusia a manos de Japón habían desestabilizado el país, y de que si cedía de nuevo no tardaría en encontrarse ante nuevas exigencias[120]. De ahí que el gobierno colaborara con los liberales y con la empresa privada en la administración local y a través de los comités de industrias de guerra, pero no en lo principal, reuniendo a la Duma solo brevemente y a intervalos muy separados y prorrogándola de nuevo si sus exigencias le resultaban embarazosas. Cuando Nicolás se trasladó al cuartel general del ejército, la zarina Alejandra y su enigmático confidente, Grigori Rasputín, se hicieron con un control mayor de los nombramientos. Cambiaron a los ministros y a los gobernadores provinciales con una rapidez vertiginosa y echaron a la mayoría de los ministros más liberales, sustituyéndolos por otros a los que la Duma detestaba. Hombres como Stürmer, presidente del consejo y

ministro de Asuntos Exteriores durante buena parte de 1916, y Alexander Dmítrievich Protopópov, ministro del Interior en el invierno de 1916-1917, fueron acusados (aunque probablemente sin fundamento) de traición y de mantener contactos con el enemigo. En tiempos de paz, esta situación habría provocado el desprestigio del gobierno. En tiempos de guerra privó al régimen de casi todos sus defensores y lo malquistó incluso con varios miembros de la propia casa de los Romanov. Hasta cierto punto los sentimientos patrióticos de los años 1914-1915 fueron redirigidos hacia el enemigo interno. Como demostró el asesinato de Rasputín en diciembre de 1916, la desesperación fue empujando incluso a los políticos de la derecha reaccionaria a considerar la posibilidad de llevar a cabo una acción cuasi-revolucionaria, aunque solo fuera para atajar la auténtica revolución popular que tanto temor les inspiraba.

Una de las razones de ese temor a una revolución popular era lo inverosímil que resultaba que una Rusia democrática intensificara el esfuerzo de guerra, pues era mucho más probable que se rebelara contra ella. Cada vez había más pruebas de que el desencanto había llegado en Rusia más lejos que en otros países. Los carteles, las obras de teatro, las películas y los espectáculos de *cabaret*, en la medida en que siguieron produciéndose, trataban ahora de las dificultades impuestas por la guerra[121]. Desde el verano de 1915 se había reanudado el movimiento huelguístico con una intensidad cada vez mayor después de que la policía abriera fuego contra los trabajadores de la industria textil en Kostromá, matando e hiriendo a decenas de víctimas. En el mes de noviembre, los representantes electos de los trabajadores en el Comité de Industrias de Guerra de Petrogrado, una de las pocas organizaciones obreras que eran legales, declaró que el gobierno había llevado a Rusia a una guerra en beneficio de los mercados capitalistas y exigió una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones[122]. El año 1915

fue testigo también de protestas masivas contra el servicio militar obligatorio en Petrogrado y en las ciudades de provincias, en el transcurso de las cuales las esposas de los soldados asaltaron los puestos de reclutamiento y exigieron que se llamara a filas a la policía[123]. En la Rusia europea estallaron decenas de revueltas motivadas por la falta de alimentos, algunas asociadas con huelgas, que no acababan hasta que las tropas abrían fuego sobre la multitud. A menudo esas revueltas eran encabezadas por *soldatki* («mujeres de soldados»), que protestaban por no percibir los subsidios de separación o atacaban las tiendas indignadas por las subidas de precios. En 1916 las amotinadas culpaban cada vez más al zar de sus problemas y de enviar a sus hombres al frente[124]. Muy poco separaba ya al régimen del abismo excepto la lealtad del ejército, pero también esto era dudoso antes incluso de las sublevaciones que lo hicieron tambalearse a finales de ese mismo año[*]. El jefe de la policía política de Petrogrado advirtió que todos los agentes preocupados por la ley y el orden tenían muy claro que se «acercaba rápidamente» una «catástrofe […] inevitable», pero sus superiores se negaron a reconocer el peligro[125].

Irónicamente, en algún sentido el régimen fue víctima de su propio éxito. Había reaccionado enérgicamente a la crisis militar de 1915 colaborando hasta cierto punto con sus detractores. La producción industrial se incrementó rápidamente, y gran parte de la escasez de suministros que sufría el ejército fue superada. Pero el éxito se consiguió solo sobre una base insostenible de generosos subsidios a las industrias rusas y de contratos con ellas, que el gobierno no podía financiar con préstamos ni cubrir con mayores subidas de impuestos. De ahí que el incremento de la emisión de moneda y la subida de la inflación fueran más deprisa que en cualquier otra gran potencia[126]. Rusia entró en la contienda con un consenso popular escaso y un aparato estatal basado en gran medida en la coacción. En 1916 buena

parte del campesinado y de las clases bajas urbanas se vio envuelta en violentas protestas contra el servicio militar obligatorio, la escasez de todo tipo y las subidas de precios, y cada vez más echaron la culpa de sus dificultades a los Romanov. Como el Imperio austrohúngaro, Rusia era vulnerable debido a su composición multiétnica, y, como Italia, había cultivado con demasiada lentitud el sentido de identidad nacional. En el invierno de 1916-1917 se enfrentó a una crisis de supervivencia más aguda que cualquiera de estos dos países. El imperio estaba al borde de una revolución desencadenada por las exigencias a las que había sometido la guerra a su población.

Con la revolución de Petrogrado de marzo de 1917, la escalada de la intervención que había dominado el conflicto hasta ese momento se frenó en seco, y comenzó una nueva fase de su historia. Sin embargo, mientras duró, esa dinámica tuvo unas consecuencias muy graves. Desde sus orígenes en Centroeuropa, la guerra se había extendido hasta afectar a la mayoría de los países del mundo. Se habían utilizado nuevas tecnologías, desde los submarinos hasta los zepelines y el gas venenoso. Los reclutamientos forzosos masivos y la producción masiva de armas galvanizaron los frentes internos. La duración, la intensidad y los costes de las batallas de 1916 dejaron en nada cualquier cosa que hubiera podido imaginarse en 1914. Esa intensificación del conflicto había sido impulsada por el *impasse* estratégico y la determinación de los líderes de uno y otro bando de incrementar sus esfuerzos, en vez de negociar otra cosa que no fuera la victoria. Uno de los factores que contribuyeron a ese *impasse* fue la permisividad; los estados se sorprendieron por su capacidad de obtener préstamos de sus propios ciudadanos y de financiar la guerra emitiendo papel moneda. Las técnicas de montaje en cadena y la disposición de las mujeres a entrar a formar parte de la mano de obra industrial disminuyeron las fuerzas necesarias en este campo. Los logros de la medicina en la

rehabilitación de los heridos y la protección frente a las enfermedades contribuyeron a salvaguardar la fuerza de los ejércitos, al igual que hicieron el valor y el aguante de los combatientes. Todos estos factores fueron condiciones imprescindibles para la escalada de la guerra, y posibilitando esa escalada redujeron la presión sobre los políticos para que dieran marcha atrás. Por otro lado, el equilibrio de fuerzas aproximado entre los contendientes y los factores técnicos que favorecían la postura defensiva explicarían el estancamiento al que se llegó tanto por tierra como por mar. Los almirantes se abstuvieron de poner en peligro sus acorazados en batallas campales en un entorno que las minas, los torpedos y los submarinos hacían que fuera tanto más amenazador. Alemania tenía muy pocos submarinos para cortar el tráfico comercial de los Aliados, y tanto el bloqueo submarino alemán como el bloqueo de superficie de los Aliados chocaron con la resistencia de los países neutrales. Las deficiencias de la artillería pesada y el hecho de que nuevas tecnologías como la radio, los tanques, el gas venenoso o la aviación no fueran capaces de compensarlas dejaron a los ejércitos atacantes en una posición de desventaja básica frente a los defensores atrincherados detrás de las alambradas, provistos de cañones de campaña, ametralladoras y fusiles, y respaldados por vías ferroviarias y *hinterlands* industriales que podían traer con toda rapidez tropas de reservas y pertrechos.

Sin embargo, una vez dicho esto, la principal fuerza motora que se ocultaba tras la continuación y la escalada de la guerra (la misma que se ocultaba tras su estallido) fue política, pero política en más de un sentido. Había un elemento estratégico: la presunción por parte de uno y otro bando de que podían ganarla, aunque ninguno de los dos estuviera seguro de cómo lo harían. No era una simple cuestión de generales dictando a los políticos lo que había que hacer; en todos los países la estrategia

fue decidida por los líderes militares y políticos consultándose unos a otros, y normalmente fue cada vez más así a medida que pasaba el tiempo. Los Aliados experimentaron en 1915 algunas operaciones periféricas, esperando que la ofensiva de los Dardanelos, la intervención de Italia y la expedición a Tesalónica atrajeran a la guerra a los países balcánicos e incapacitaran a los otomanos y a los Habsburgo. En 1916 intentaron coordinar sus esfuerzos en ofensivas gigantescas y simultáneas, y en la primavera de 1917 tenían pensado seguir en esa línea. Las Potencias Centrales, que llevaron la iniciativa desde el verano de 1915 hasta el verano de 1916, esperaron obligar a uno u otro de sus enemigos a sentarse a la mesa de las negociaciones primero con el ataque contra Rusia de 1915, luego con la ofensiva de Verdún, y por último mediante la guerra submarina sin restricciones. La estrategia, por tanto, estaría interconectada con un segundo nivel de explicación: el de los objetivos de guerra. Las Potencias Centrales ofrecieron muy poco para poder dividir diplomáticamente a sus enemigos y los Aliados no tenían intención de dividirse. Por el contrario, en 1916 ambos bandos ampliaron sus objetivos y llegaron al poder nuevos líderes, en particular Lloyd George y Ludendorff, que era menos probable que quisieran llegar a un compromiso. A medida que se ahondaba la brecha de miedo y odio que los separaba, sus exigencias aumentaron.

Sin embargo, resultaría fácil equiparar a los dos bandos. Las Potencias Centrales se habían lanzado a la ofensiva en 1914 y habían ocupado el norte de Francia y Bélgica. En 1915 habían añadido Polonia y Serbia. Los gobiernos aliados pensaban, con bastante razón, que estaban luchando contra una agresión. Reconocían la mayor eficacia militar de Alemania, pero creían que con sus ventajas geográficas y sus mayores recursos podrían infligir una derrota definitiva al agresor y que valía la pena olvidar sus divisiones internas y hacer los sacrificios necesarios

hasta conseguirlo. Los líderes alemanes y austrohúngaros pensaban que habían estado gravemente amenazados hasta 1914, afirmando (y creyendo hasta cierto punto con franqueza) que ellos también habían respondido a una agresión. Su misión era acabar la guerra conservando la mayor parte de las ganancias obtenidas que pudieran. Estas circunstancias influyeron en la política de sus respectivos frentes nacionales, el tercero y en cierto sentido el nivel más decisivo de explicación política de la prolongación de la guerra. Por un lado, para que continuara el conflicto los ciudadanos tuvieron que estar dispuestos a asumir los bonos de guerra, a aceptar los llamamientos a filas, y simplemente a seguir llevando su vida cotidiana sin sublevarse. Por otro lado, la situación de los frentes nacionales aportó suficientes motivos para que los líderes políticos y militares insistieran en unos objetivos de guerra de gran envergadura y decidieran seguir con unas estrategias de desgaste enormemente costosas en vez de abandonarlas. Como el estallido de la guerra, tampoco su escalada puede explicarse por la simple tesis del «imperialismo social»: esto es, que los políticos buscaron la expansión externa para evitar la revolución interna[127]. Por el contrario, en los imperios de la Europa del Este cada vez quedaba más claro en 1916 que la guerra, lejos de consolidar el *statu quo* interno, lo estaba socavando. Pero las autoridades se vieron atrapadas en un dilema insoluble: la zarina Alejandra advirtió en 1915 a Nicolás II que una paz por separado con Alemania significaría una «revolución» en su país; y en febrero de 1917, a pesar de la situación interna «muy alarmante», Nicolás creyó que Rusia debía perseverar con la esperanza de obtener unos resultados decisivos de la inminente campaña de primavera[128]. En la derecha alemana, lo mismo que entre las propias autoridades alemanas, eran muchos los que temían que también en su país se produjera una revolución si llegaban a una solución de compromiso[129]. Los gobiernos de todos los países

beligerantes sufrían una enorme presión interna para que no pusieran fin al conflicto sin haber alcanzado los objetivos declarados. Hasta cierto punto se vieron atrapados por su propia retórica.

El apoyo interno siguió siendo esencial para la continuación de la guerra, pero en Italia ese apoyo fue frágil desde el primer momento y en el Imperio austrohúngaro y en Rusia disminuyó con celeridad al cabo de los primeros meses. En Gran Bretaña, Francia y Alemania aguantó más. Los testimonios correspondientes a 1914-1917 demuestran que ni siquiera el número de bajas, ni siquiera el elevadísimo número de bajas, logró acabar con el consenso a favor de la guerra siempre que otros factores siguieran siendo favorables. Tampoco fue decisivo el goteo de éxitos militares normales. Al menos igualmente importantes fueron la coincidencia de las élites política e intelectual en que la guerra era legítima y necesaria, la evidencia de que acabaría siendo ganada y una situación material tolerable para la inmensa mayoría de la población. Hasta 1917 en Gran Bretaña y Francia esas condiciones se cumplieron. En Alemania también al principio, pero el consenso de la élite fue fragmentándose poco a poco, y la situación material se deterioró enormemente a partir de 1916. Tras un año de éxitos militares, el suministro de victorias se agotó y en el verano de 1916 Alemania tuvo que hacer frente a una crisis moral, aunque Hindenburg y Ludendorff, la guerra submarina sin restricciones y la Revolución rusa la sacarían de ella. En Italia, en cambio, el consenso de la élite fue siempre escaso, y en 1916 asimismo en este país la situación fue deteriorándose, aunque las otras potencias aliadas conservaron las esperanzas de que al cabo de poco tiempo tendrían la victoria al alcance de la mano. Por último, el Imperio austrohúngaro y Rusia fueron los eslabones más débiles de una y otra cadena. En Austria-Hungría existió el consenso entre los alemanes, los magiares y supuestamente

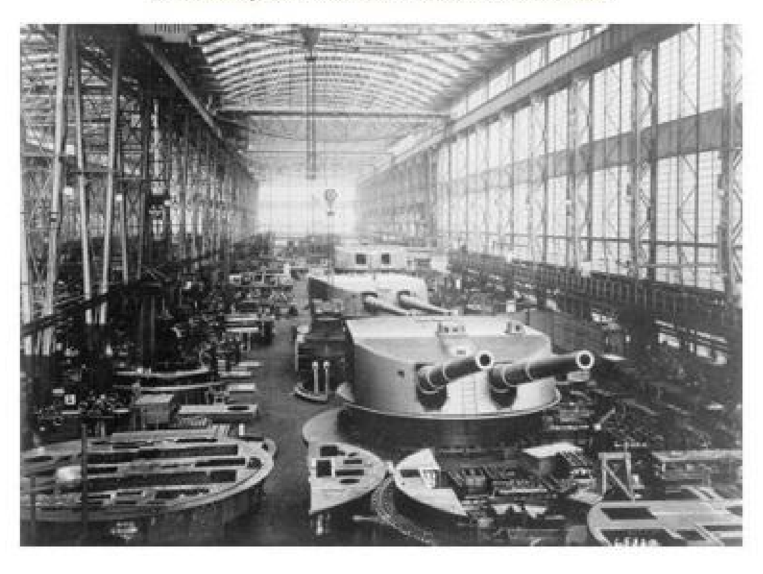
también entre los croatas, pero fue mucho menor entre las otras nacionalidades. En 1916, la situación material de la mitad austríaca de la monarquía era realmente muy apurada, y resultaba difícil ver cómo se podría ganar la guerra incluso con la ayuda de los alemanes. En Rusia la situación era peor aún, el ejército había intentado hacer lo que había podido contra las Potencias Centrales, pero había fracasado, y la élite política, aunque estuviera de acuerdo en lo tocante a la necesidad de seguir adelante con la lucha, estaba profundamente dividida.

Este panorama plantea otras cuestiones más generales, una de las cuales es la del género. Muchas mujeres protestaron contra los costes de la guerra, ya fuera a través de su papel en los movimientos pacifistas, ya fuera indirectamente manifestándose contra la subida de los precios, el servicio militar obligatorio, la disciplina de las fábricas, o lo inadecuado de los subsidios cobrados. Pero otras azuzaron a los hombres para que se presentaran voluntarios, y en todos los países durante 1915 y 1916 llenaron las fábricas de municiones, para su sostén y el de sus familias, si bien asimismo por motivos patrióticos, armando a sus maridos e hijos contra los maridos e hijos de las mujeres del bando contrario. Otra cuestión es la de la propaganda. Una de las sorpresas del bienio 1915-1916 es el papel relativamente menor de la manipulación oficial de la opinión pública, en comparación con la inmensa labor llevada a cabo de manera extraoficial. Sin embargo, no era posible engañar a la población continuamente, y la eficacia de la propaganda tuvo bastante que ver con la situación de fondo[130]. La unidad nacional fue más fuerte en los dos países —Francia y Gran Bretaña— que tenían razones más poderosas para afirmar que estaban luchando contra una agresión externa que amenazaba su seguridad. Pero parece que la mayoría de los alemanes aceptaron las afirmaciones de sus líderes de que ellos también estaban haciendo eso mismo. En cambio, el gobierno italiano no dijo

que estaba luchando en defensa propia, aunque tanto en Rusia después de 1915 como en Italia en 1916 la derrota y la invasión habrían hecho más plausible semejante afirmación. En general, el consenso fue más firme en los países que eran étnicamente más homogéneos, o que al menos habían cultivado una identidad nacional fuerte. Esta puntualización es importante: en las islas Británicas, galeses y escoceses, a juzgar por las estadísticas de las elecciones parciales y de los alistamientos voluntarios, se identificaron con la guerra tanto como los ingleses, pero no así los habitantes del sur de Irlanda. (Análogamente, también en los Dominios del imperio los australianos de origen irlandés encabezaron la oposición al servicio militar obligatorio, los franco-canadienses mostraron menos predisposición a alistarse voluntariamente que sus paisanos anglófonos, y los afrikáners se rebelaron contra el gobierno surafricano). Eso no significa, sin embargo, que la fuerza motriz de la guerra fuera el nacionalismo[131]. Solo Italia y Francia, entre las grandes potencias beligerantes, combatían por fines nacionalistas en el sentido estricto de unir a todos los connacionales en un solo Estado; y aun así, sus gobiernos querían algo más que el Trentino o Alsacia-Lorena. Como las otras potencias, en realidad eran imperialistas. El patriotismo, por otro lado, en el sentido de preocuparse por defender un Estado territorial ya existente y una forma de vivir en él, fue mucho más fundamental. Incluso los grupos más desaventajados, como los socialistas franceses y alemanes o los católicos alemanes, unieron su suerte a la de sus respectivos estados porque identificaban su futuro con la supervivencia de esos estados. A pesar de todas sus divisiones y su desunión, cada país de la Europa occidental constituía, según la elocuente expresión alemana, una *Schicksalsgemeinschaft*, una «comunidad de destino». Pero en los imperios multiétnicos de la Europa del Este esa percepción era compartida por mucha menos gente, y

su colapso en Rusia llevó a uno y otro bando al momento clave de la guerra.

El mundo antes de la guerra: (1) Reunión en alta mar del zar Nicolás II y el káiser Guillermo II, y (2) fabricación de torretas de cañones navales en las plantas industriales Krupp, Essen, 1912. A pesar de la camaradería existente entre las distintas familias reales europeas, el apoyo personal de Guillermo II fue esencial para el desarrollo armamentista de Alemania.



[1] Testas coronadas: Encuentro en alta mar de Nicolás II y Guillermo II (Bettmann/Corbis). [2] Torretas de cañones navales en la fábrica Krupp, Essen 1912 (AKG, Londres).

Los conflictos armados anteriores a la guerra: (3) soldados japoneses atrincherados durante la guerra ruso-japonesa, y (4) en Adrianópolis, la muerte reina en el campo de batalla durante las guerras balcánicas. Las dos imágenes prefiguran escenas más asociadas normalmente con la guerra de 1914-1918.



[3] Soldados japoneses atrincherados en Manchuria, guerra ruso-japonesa (Corbis). [4] Muerte en el campo de batalla, Adrianópolis, guerra de los Balcanes (Hulton Archive).

Agosto de 1914: (5) reservistas alemanes parten en tren, y (6) llegada de tropas británicas a Francia. La diferencia de ánimo que expresan los rostros de unos y otros es sorprendente.



[5] Reservistas alemanes, 1914 (Imperial War Museum, Q 81 763). [6] Llegada de tropas británicas a Francia, agosto de 1914 (Hulton Archive).





Los líderes alemanes: (7) Bethmann Hollweg, (8) Falkenhayn y (9) Guillermo II entre Hindenburg (izquierda) y Ludendorff. Nótese el uniforme que visten tanto el canciller como el soberano.

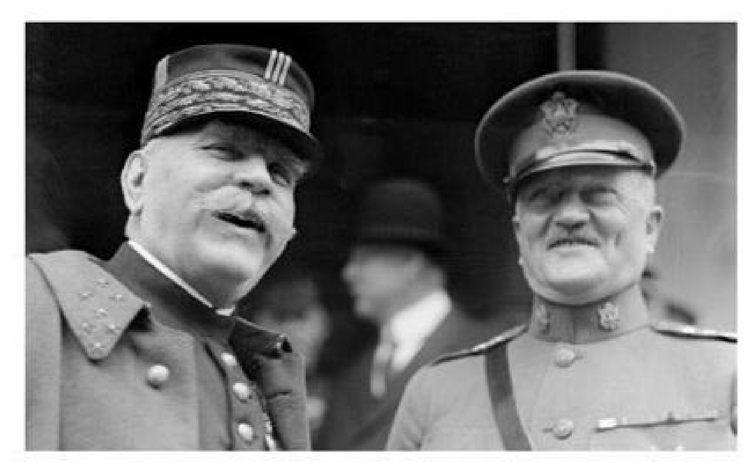
[7] Bethmann Hollweg vestido con uniforme militar (Corbis). [8] Falkenhayn desfilando (Bettmann/Corbis). [9] Guillermo II, flanqueado por Hindenburg y Ludendorff (Corbis).



Los líderes Aliados:
(10) Kitchener en el curso de una visita a Gallípoli, noviembre de 1915,
(11) Jellicoe, (12) Brusílov y
(13) Joffre y Pershing vuelven a reunirse en Washington D. C., 1922. La capacidad intelectual de Jellicoe y de Brusílov queda perfectamente plasmada en sus retratos.





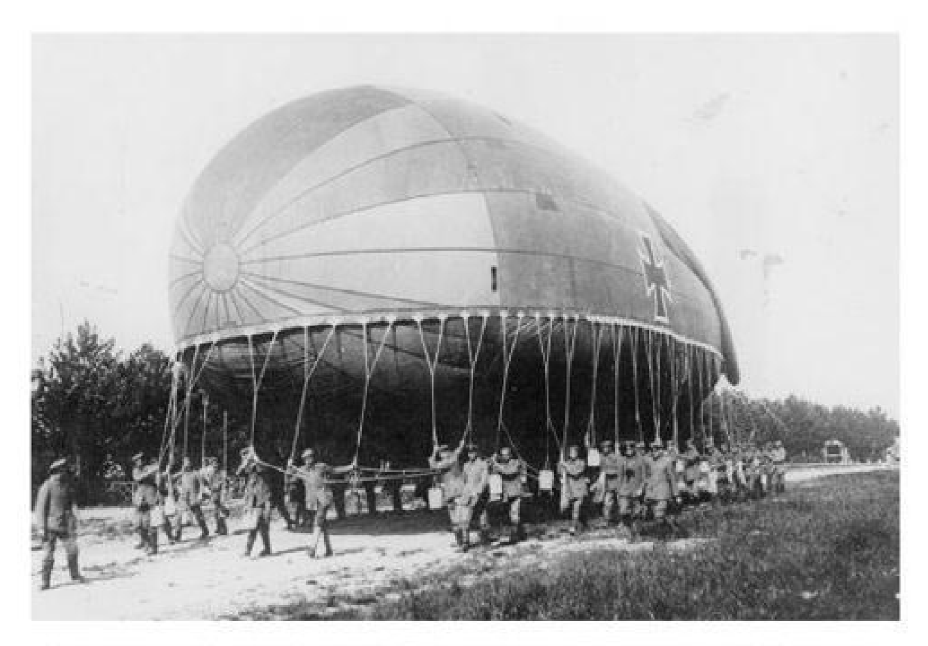


[10] Kitchener visita las trincheras de Gallípoli, noviembre de 1915 (Imperial War Museum, Q 13 595). [11] Jellicoe (Imperial War Museum, Q 22 159). [12] Brusílov (Imperial War Museum, Q 54 534). [13] Joffre y Pershing se reúnen de nuevo, 1922 (Bettmann/Corbis).

La nueva guerra: (14) una trinchera francesa en Verdún, y (15) operación de carga de un mortero de trinchera de 9.45 pulgadas capturado en una trinchera alemana, marzo de 1917. El carácter improvisado de las defensas de las trincheras durante la batalla contrastaba con la potencia de las armas que las atacaban.



[14] Trinchera francesa, Verdún (Roger-Viollet/Rex Features). [15] Carga de un mortero en una trinchera capturada a los alemanes, 1917 (Imperial War Museum, Q 4923).



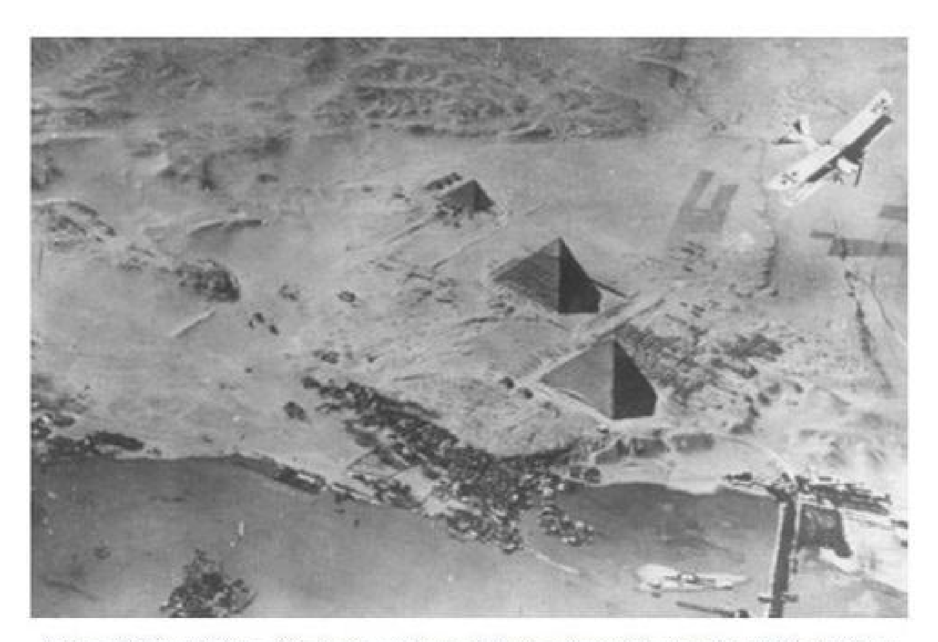
La nueva guerra: (16) traslado de un globo de observación por parte de una unidad alemana, y (17) un tanque británico bloqueado en la segunda línea de los alemanes, 20 de noviembre de 1917. Esta última imagen pone de manifiesto la facilidad con la que un vehículo blindado podía quedar inutilizado a pesar de la escasa resistencia durante la primera jornada de la batalla de Cambrai.



[16] Una unidad alemana traslada un globo cautivo (Robert Hunt). [17] Un tanque británico ve detenido su avance en la segunda línea del frente alemán, Cambrai, noviembre de 1917 (Imperial War Museum, Q 6433).

La nueva guerra: (18) grupo de soldados estadounidenses con máscaras antigás, y (19) una alambrada alemana, Quéant, 1918. En 1918 el gas fue utilizado con más intensidad que nunca, pero incluso defensas como las de Quéant fueron superadas con relativa facilidad.

[18] Soldados norteamericanos con máscaras antigás (Imperial War Museum, Q 60 962). [19] Alambrada de espino alemana, Quéant, 1918 (Imperial War Museum, Q 3392).



Oriente Próximo: (20) un avión alemán con base en Palestina sobrevuela las pirámides de Gizeh, 1915, y (21) soldados de la caballería otomana en Palestina, abril de 1917. En Palestina, para las operaciones de reconocimiento y las tácticas de asalto, la caballería conservó un valor que ya había perdido en gran medida en Occidente.



[20] Un Rumpler C-1 de la base aérea alemana de Palestina sobrevuela las pirámides durante una incursión, Gizeh, 1915 (Imperial War Museum, Q 93 351). [21] Soldados de la caballería turca en Palestina, abril de 1917 (Robert Hunt).

Las repercusiones en la población civil: (22) refugiados armenios en Siria, 1915, (23) entierro masivo de víctimas del *Lusitania*, y (24) una multitud aguarda el reparto de sopa en Berlín, 1916. La matanza de armenios, la guerra submarina y el bloqueo al que se vio sometida Alemania fueron denunciados como verdaderas atrocidades y vinieron a subrayar la crudeza cada vez mayor del conflicto.



[22] Refugiados armenios en Siria, 1915 (The Art Archive/Imperial War Museum). [23] Funeral colectivo de las víctimas del *Lusitania*, mayo de 1915 (Hulton Archive). [24] Una multitud espera su ración de sopa, Berlín, 1916 (Hulton Archive).

La producción bélica: (25) mujeres británicas dedicadas a la preparación de bombas, y (26) trabajadores annamitas en una fábrica de municiones de Francia. Los países beligerantes recurrieron a las mujeres y a la población de sus imperios a fin de procurarse la mano de obra necesaria para la producción de armamento.



[25] Mujeres británicas rellenando bombas (The Art Archive/Imperial War Museum). [26] Un grupo de annamitas trabaja en una fábrica de munición francesa (Roger-Viollet/Rex Features).



Los nuevos líderes: (27) el emperador Carlos, (28) Kerenski y (29) Trotski durante una arenga ante tropas rusas. Tanto el emperador Carlos como Kerenski buscaron infructuosamente la paz y presidieron la desintegración de sus respectivos regímenes.



[27] El emperador Carlos I de Austria (Corbis). [28] Kerenski en 1920 (Hulton-Deutsch Collection/Corbis). [29] Arenga de Trotski ante un grupo de soldados rusos (Underwood & Underwood/Corbis).

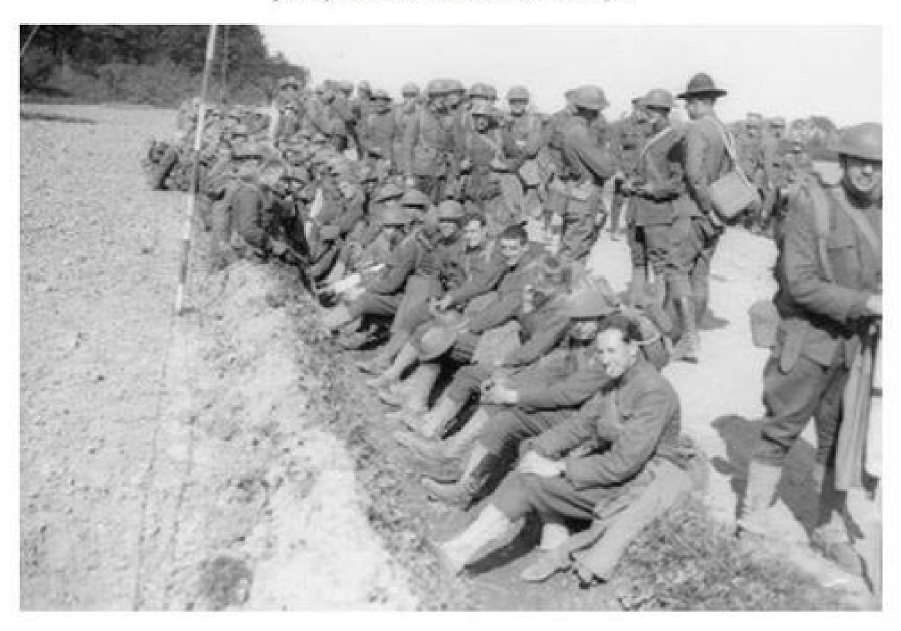


Los Dominios del Imperio británico: (30) soldados del ANZAC de camino al frente, diciembre de 1916, y (31) artilleros canadienses durante la tercera batalla de Ypres, 1917. En la segunda mitad de la guerra los británicos comenzaron a utilizar cada vez con más asiduidad fuerzas de los Dominios como tropas de asalto.

[30] Fuerzas del ANZAC de camino al frente, diciembre de 1916 (Imperial War Museum, E AUS 19).
[31] Artilleros canadienses en la tercera batalla de Ypres, 1917 (The Art Archive).



El último año: (32) infantería alemana durante la ofensiva Michael, marzo de 1918, y (33) tropas estadounidenses en el curso de una marcha durante un ejercicio de maniobras, mayo de 1918. En el Frente Occidental los últimos meses de la guerra se caracterizaron por unas campañas más abiertas y por una participación estadounidense cada vez mayor.



[32] Soldados de infantería alemanes durante la ofensiva Michael, marzo de 1918 (Ullsteinbild). [33] Fuerzas norteamericanas hacen un alto en el camino, mayo de 1918 (Imperial War Museum, Q 8842).



Tras la firma del armisticio: (34) una multitud aguarda en Berlín el regreso de soldados alemanes, (35) llegada de Wilson a Brest, diciembre de 1918, (36) los líderes aliados se reúnen en Londres, diciembre de 1918 (de izquierda a derecha: Foch, Clemenceau, Lloyd George, Orlando y Sonnino).
Ebert recibió a las tropas que volvían a casa como si fueran unas fuerzas que no habían sufrido ninguna derrota; en las imágenes destaca, por un lado, la entusiasta acogida que recibió Wilson y, por otro, la expresión de sagacidad de sus homólogos aliados.



[34] Tras la firma del armisticio, una multitud espera en Berlín la llegada de tropas alemanas (Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz). [35] Llegada a Francia de Woodrow Wilson, diciembre de 1918 (Hulton Archive). [36] Los líderes aliados en Londres, diciembre de 1918 (Bettmann/Corbis).



Los homenajes: (37) un grupo de estudiantes británicas visita un cementerio de guerra en el norte de Francia, 1923. En la imagen se refleja la desazón y la rigidez con las que posan los fotografiados.

[37] Un grupo de colegialas británicas visita un cementerio de guerra, 1923 (Topham Picturepoint).

Tercera Parte

DESENLACE

12

Tercera fase, primavera de 1917-otoño de 1918

La primavera de 1917 marcó el segundo punto de inflexión en la historia de la guerra. En el otoño de 1914 acabó la fase de movimientos en el oeste; y en el otoño de 1915 acabó prácticamente también en el este. La característica más notable del período intermedio del conflicto fue el estancamiento. El carácter inabordable de ese estancamiento condujo de manera inexorable a una segunda característica: la intensificación de la guerra en escala y en ferocidad. Ninguno de los bandos, sin embargo, podría aguantar el nivel de movilización alcanzado en 1916. Las ofensivas sincronizadas de los Aliados y los esfuerzos de los alemanes por dividir a sus enemigos habían agotado a los contendientes. Necesitaban hacer una pausa. En ese punto el derrocamiento del zar Nicolás II en marzo de 1917 y la intervención estadounidense en el mes de abril parecieron revolucionar la constelación política internacional. Pero las ondas de choque producidas por estos acontecimientos viajaron muy despacio. El gobierno provisional ruso permaneció fiel a los Aliados, rechazó firmar la paz por separado, y lanzó una nueva ofensiva. Solo a partir del invierno de 1917-1918, los alemanes se encontraron en una posición que les permitía desplazar un gran número de fuerzas al oeste, una vez que los bolcheviques se hicieron con el poder en noviembre, solicitaron el alto el fuego

en diciembre y firmaron el Tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918. La intervención estadounidense tardó todavía más en dejar sentir al máximo sus efectos. Bien es verdad que desde la primavera de 1917 los préstamos del gobierno estadounidense, sus destructores y mercantes ayudaron a los Aliados a sobrevivir a la crisis financiera y a los ataques de los submarinos. Pero la lenta llegada de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense causó gran decepción en Londres y en París[1]. Solo 150 000 soldados desembarcaron en Francia en enero de 1918[2], y la tarea de frenar las cinco ofensivas lanzadas por los alemanes entre los meses de marzo y julio recayó principalmente en sus socios, hartos ya de pelear. Solo durante los últimos meses de combates pudieron compararse los estadounidenses con franceses y británicos en el número de tropas utilizadas y en el de bajas que sufrieron y causaron, pero a esas alturas se enfrentaban ya a un enemigo vencido. No digo esto para menospreciar la contribución de los estadounidenses, que fue indispensable para la victoria de los Aliados, sino más bien para subrayar que la salida de Rusia y la entrada de Estados Unidos no se compensaron mutuamente. En 1918 acabó la guerra en el este (aunque fue seguida casi de inmediato por una guerra civil en la que participaron tanto los Aliados como las Potencias Centrales), pero en el oeste se intensificó.

Hasta el último año, sin embargo, el mecanismo de escalada del conflicto del bienio 1915-1916 fue al revés. En 1917 los tres principales ejércitos del Frente Occidental empezaron a disminuir sus efectivos. Siguiendo el ejemplo de los alemanes, primero los franceses y luego los británicos redujeron el número de batallones de cada división[3]. Aunque intentaron compensarlo con un incremento de la potencia de fuego, un ejército tras otro pasó de una postura ofensiva a otra defensiva en respuesta al cambio de prioridades estratégicas, a la escasez de hombres y a la caída de la moral. Hindenburg y Ludendorff

decidieron tras la experiencia del Somme permanecer inactivos en el oeste durante 1917 y dejar que los submarinos llevaran la iniciativa; y tras la revolución desencadenada en Rusia hicieron lo mismo en el este, calculando que si atacaban reavivarían el patriotismo ruso[4]. Tras el vapuleo propinado por Brusílov al ejército austrohúngaro, este sería incapaz de llevar a cabo una ofensiva sin ayuda, y hasta finales de 1917 Hindenburg y Ludendorff se la negaron. En el bando aliado, cuando cayó el zar la Stavka aplazó las operaciones previstas para la primavera, y tras fingir una ofensiva tardía de verano, Rusia fue incapaz de más. El ejército francés, abatido por el motín desencadenado por el desastre de Chemin des Dames, emprendió solo acciones limitadas. El ejército italiano libró una durísima batalla en el Isonzo, pero, después del contraataque germano-austríaco de Caporetto en octubre, quedó baldado durante meses. Estos acontecimientos dejaron a los británicos solos en el mantenimiento de sus ofensivas hasta finales del otoño, y poco después incluso Haig tuvo que admitir que el traslado de tropas alemanas procedentes de Rusia lo obligaba finalmente a agachar la cerviz.

La atenuación del ímpetu en los frentes de batalla tuvo un paralelismo detrás de las líneas. Excepto en Estados Unidos, las economías de guerra habían tocado techo o habían entrado en decadencia. La producción armamentista de Francia, tras un crecimiento vertiginoso, llegó a un punto muerto[5]; La industria alemana se quedó sin los objetivos del Programa Hindenburg[6]. En todos los países beligerantes de Europa, el consenso a favor de la guerra se enfrentó a graves retos. Solo Rusia se retiró, pero los gobiernos de todos los países reevaluaron sus objetivos de guerra, y casi todos los redujeron. En el bando aliado, la derrota de Nivelle, la sublevación de Petrogrado y los retrasos en la llegada de la ayuda estadounidense contribuyeron a que se produjera un cambio radical en su estado de ánimo. Los

gobiernos y la opinión pública se resignaron a seguir luchando hasta 1919 o incluso hasta 1920, y la ilusión de una guerra larga sustituyó a la anterior ilusión de una guerra breve, hasta el punto de que muchos se sorprendieron cuando las Potencias Centrales capitularon. Esta reducción de las expectativas es un síntoma de la profunda transformación de las actitudes occidentales hacia el conflicto armado, que sería uno de los legados más duraderos de la guerra. No fue casualidad que la búsqueda de un compromiso de paz contara con más apoyos que nunca entre la primavera y el otoño de 1917.

Pero las negociaciones fracasaron y en 1918 los combates se reanudaron con más violencia que nunca. Incluso los estadounidenses, en apenas dos meses de lucha a gran escala, sufrieron tantas muertes como sufrirían durante toda su participación en la guerra de Vietnam cincuenta años después. Detrás de ese recrudecimiento de la actividad en el frente se encontraba la regeneración de la fe patriótica en la retaguardia. Después de dos meses de dudas y disensiones, la unidad pública y la confianza de Alemania se reavivaron[7], y la coalición aliada consiguió un liderazgo más fuerte y una coordinación más eficaz. Pero mientras que las Potencias Centrales llevaron la iniciativa durante la primera mitad de 1918, durante la segunda mitad se cambiaron las tornas. Hasta cierto punto se repitió el ciclo 1915-1916. En el verano de 1917, como en 1915, los Aliados lanzaron una serie de acometidas inconexas y fallidas. Entre el otoño de 1917 y el verano de 1918, como entre Gorlice-Tarnow y Verdún, la ventaja pasaron a tenerla sus enemigos. Pero la segunda batalla del Marne en julio de 1918, como el inicio de la ofensiva Brusílov y la del Somme en junio y julio de 1916, vio a los Aliados recuperar la ventaja, y en los meses de septiembre y octubre lanzaron violentas ofensivas en todos los teatros de operaciones contra unos adversarios que en aquellos momentos eran mucho más débiles que dos años antes

y que se habían quedado sin recursos y sin esperanzas.

El análisis de este período tan complejo y lleno de acontecimientos será estructurado cronológicamente y no por contenidos, para reintegrar los temas que al estudiar la etapa 1915-1916 han sido tratados por separado. Lo dividiré en cinco grandes subapartados. En primer lugar, el punto de inflexión que supuso la primavera de 1917 y los orígenes de la Revolución rusa y de la intervención estadounidense. En segundo lugar, la crisis moral y política de los países beligerantes durante el verano y el otoño siguientes. En tercer lugar, el resurgimiento de las Potencias Centrales y su triunfo en el este tras la revolución bolchevique, asociado a una serie de ataques decisivos. En cuarto lugar, la recuperación de los Aliados en el verano de 1918 y las fuentes de su regeneración. Y en quinto y último lugar, el camino hacia los armisticios de finales de 1918, marcado no solo por la derrota, sino también por la revolución. Si el problema de fondo estudiado en la segunda parte ha sido la prolongación y la escalada de la guerra, el que trataré en esta tercera será su conclusión: el triunfo de las Potencias Centrales en el Frente Oriental, pero su derrota en el Occidental, y por lo tanto su derrota total. La pregunta clave es por qué vencieron los Aliados, conclusión que incluso después de la entrada en la guerra de los estadounidenses distaba mucho de ser inevitable, y que desde luego en su tiempo no parecía que lo fuera[8]. En el otoño de 1918, los vencedores se enfrentaron a unas fuerzas desmoralizadas, agotadas por los sucesivos errores estratégicos y el efecto acumulativo del desgaste y el bloqueo. Pero el triunfo de los Aliados no fue algo que les sirviera en bandeja la superioridad de sus recursos: tuvieron que pelear por alcanzarlo. Más aún, para que acabara la guerra fue preciso no solo que los vencidos pidieran un alto el fuego, sino también que los vencedores quisieran concedérselo en vez de seguir aprovechándose de su ventaja. En el este los bolcheviques

necesitaban la paz para que sobreviviera su régimen, aunque fueron las Potencias Centrales las que decidieron las condiciones y las que tuvieron que hacer de tripas corazón para aprovecharse de un régimen que las despreciaba. Análogamente, en octubre-noviembre de 1918 en el oeste los dos bandos tuvieron que estar tan dispuestos a poner fin al derramamiento de sangre como lo habían estado a empezarlo. Por último, un requisito imprescindible para que llegara el último acto fue la transformación sufrida por las operaciones militares, cuando los dos bandos encontraron soluciones al punto muerto anterior. Si políticamente podemos interpretar el año 1918 como un presagio de lo que sería 1939, desde el punto de vista militar nos habla más bien de 1940. Explicar cómo acabó la guerra en el momento y de la manera en que lo hizo es fundamental para entender su legado y sus repercusiones.

13

La revolución de febrero y la intervención estadounidense, primavera de 1917

La tercera fase de la guerra comenzó con dos acontecimientos cuyas consecuencias la marcarían de manera determinante. La revolución de febrero en Rusia comportaría la victoria de las Potencias Centrales en el este; y la intervención estadounidense significaría su derrota en el oeste. Ambos hechos tuvieron su origen en la segunda fase, y pusieron de manifiesto las respectivas debilidades de los Aliados y las Potencias Centrales. La revolución de febrero en parte fue fruto de la estrategia acordada en las Conferencias de Chantilly, que naufragó por culpa de su estallido. La entrada de Estados Unidos en la guerra se produjo tras la Conferencia de Pless, la última jugada con la que los alemanes pretendieron derrotar a sus oponentes uno por uno. Con el fracaso de las pautas decididas en Chantilly y en Pless, ningún bando tenía en sus manos la fórmula de la victoria. Los dos bloques beligerantes entraron en un período de introspección crítica hasta que la ascensión de los bolcheviques al poder puso fin a aquella situación. A pesar de ser claramente diferentes, el manifiesto de la abdicación de Nicolás II y el mensaje de guerra de Woodrow Wilson tuvieron un impacto similar tanto en la subsiguiente historia del conflicto como en la del resto del siglo.

La revolución de febrero tuvo lugar, según el calendario

occidental, en marzo[*]. Comprendió una serie de desafíos a la autoridad zarista, todos ellos interrelacionados. El primero incluyó una oleada de manifestaciones y de huelgas en la capital que empezaron el 23 de febrero/8 de marzo. El segundo fue el motín de la guarnición de Petrogrado el 27 de febrero/12 de marzo, el cual desembocó en una insurrección que se apoderó de la ciudad. El tercero fue el establecimiento de dos centros de autoridad opuestos el 27-28 de febrero/12-13 de marzo: por un lado, el Sóviet de Petrogrado, dirigido por socialrevolucionarios, y por otro, el gobierno provisional de los políticos de la Duma. Y el cuarto y último tuvo lugar el 2/15 de marzo, cuando las presiones de la Duma y el ejército desembocaron en la caída de Nicolás II y la instauración de la república en Rusia. Las principales cuestiones que abordaré a continuación son la contribución de la guerra a estos acontecimientos y la influencia que ellos tuvieron en el desarrollo de la misma[1].

El movimiento popular estalló el día Internacional de la Mujer, el 23 de febrero CJ, cuando miles de mujeres salieron a la calle para protestar por la grave escasez de alimentos. El gobernador de la ciudad consideraba que las provisiones almacenadas podían cubrir las exigencias de una semana, pero a lo largo de enero a Petrogrado habían llegado solo cuarenta y nueve vagones de alimentos diarios en lugar de los ochenta y nueve necesarios[2]. Los rumores sobre un racionamiento inminente provocaron el pánico, y los habitantes de la ciudad se echaron a la calle para adquirir todos los alimentos posibles, haciendo cola ante las tiendas durante horas y soportando temperaturas inferiores a los 0 ºC (la media de febrero fue de -12,1 ºC), aunque en muchos casos para acabar decepcionados, pues la escasez de harina y combustible obligó a un gran número de panaderías a bajar la persiana. Tal situación de emergencia fue provocada fundamentalmente por dos hechos, ambos relacionados con la guerra. Por un lado, estaba la parálisis que

sufrían los transportes. Petrogrado y Moscú se encontraban a cientos de kilómetros de distancia de las regiones ucranianas productoras de grano y carbón. La red ferroviaria rusa era deficiente incluso en tiempos de paz, y durante la guerra el ejército había puesto al servicio del frente buena parte de los trenes que transitaban por ella. Los convoyes que seguían al servicio de los civiles presentaban un estado precario, y muchos eran inutilizables. Las heladas no hicieron más que empeorar aquella situación de caos[3]. Por otro lado, estaba el colapso del mercado del grano. En la Rusia europea (excluida Polonia), la producción de cereales había pasado de 4304 millones de puds[*] en 1914 a 4659 millones en 1915, para luego caer a 3916 millones en 1916 y a 3800 millones en 1917. Por sí misma esta diferencia no constituía una reducción catastrófica, pues la misma región había exportado 640 millones de puds en 1913-1914, pero menos de 3 millones en 1917, una caída que se explica por el aumento de la demanda del ejército, que pasó de los 85 millones de puds de 1913-1914 a los 485 millones de 1916-1917. Pero la cantidad de grano que se puso al final a la venta pasó de unos 1200 millones de puds en 1913-1914 a solo 794 millones en 1916, o lo que es lo mismo, experimentó una caída de aproximadamente un 15 por ciento en lugar de un 25 por ciento. Como las tropas tenían la prioridad, las entregas a las ciudades pasaron de los 390 millones de puds de 1913-1914 a los 295 millones de 1916-1917, mientras que en este mismo período la población urbana aumentó alrededor de un tercio[4]. La mayoría de los rusos vivían en aldeas casi autosuficientes, y buena parte de las cosechas procedían no ya de los latifundios chejovianos de la aristocracia, sino de los minifundios de los campesinos, de los que normalmente no salían. En la Rusia de la guerra las zonas rurales fueron prósperas (como ocurrió en otros países). Pero precisamente el éxito del rearme provocó en 1916-1917 la producción de una cantidad de bienes de consumo

menor de la que podía adquirirse con la venta del grano, y la depreciación del rublo no hizo más que debilitar el incentivo a vender, esto es, a ceder un producto a cambio de una moneda que estaba perdiendo valor. El régimen zarista (a diferencia de su sucesor bolchevique) tampoco obligó a los productores a poner a la venta sus excedentes, y cuando el Ministerio de Agricultura intervino para acordar y organizar el suministro a las ciudades ya era demasiado tarde. En junio de 1916, el gobierno decidió fijar el precio de los cereales, pero luego se pasó meses deliberando cuál era el más apropiado. En noviembre introdujo un plan de requisa, pero su puesta en marcha no fue autorizada hasta febrero, cuando empezaron las manifestaciones[5]. De ahí que se quedara en las zonas rurales una parte pequeña, pero vital, de las cosechas, que acabó en los almacenes o como alimento para animales o de los propios campesinos, con unas consecuencias nefastas. Incluso los trabajadores del sector de la metalurgia de Petrogrado, el grupo industrial que había conseguido mantener su nivel de vida hasta 1916, vieron entonces cómo este se deterioraba como el de los demás[6].

Los efectos de la guerra en Petrogrado no se diferenciaban de los que se vivían en otras ciudades como París, Berlín, Turín, Viena e incluso Londres, pero el tejido social de la capital rusa era altamente inflamable. Los acontecimientos de Petrogrado supusieron para el resto del país, en primer lugar, la caída de los Romanov y, a continuación, el triunfo de los bolcheviques. Con una población de 2,4 millones de habitantes en 1917, Petrogrado era el mayor centro urbano e industrial de Rusia. Allí residían 392 800 obreros (242 600 cuando estalló la guerra), de los cuales el 60,4 por ciento trabajaban en el sector metalúrgico, y un 70 por ciento en plantas industriales que empleaban a más de 1000 personas; una concentración de establecimientos gigantescos sin parangón en otros lugares del mundo[7]. El auge producido por la guerra había impulsado la

absorción de mujeres y emigrantes rurales por parte de las fábricas, aumentando así la falta de alimentos y alojamiento. En las viviendas de la ciudad el nivel de hacinamiento doblaba el de París, Berlín o Viena, la mortalidad infantil se multiplicó por dos en 1914-1916, y en febrero de 1917 las mujeres se pasaban una media de cuarenta horas a la semana haciendo cola ante las tiendas, además de tener que trabajar diez horas diariamente[8]. Por otro lado, la llegada de sangre nueva no logró acabar con las tradiciones locales de radicalismo. Muchos jóvenes se libraban del servicio militar porque trabajaban en la producción de municiones o eran autorizados a regresar a las fábricas. En 1917, más de la mitad de la gente de clase trabajadora de Petrogrado vivía en la ciudad desde antes de la guerra[9]. Este hecho tuvo una gran importancia debido a la naturaleza excepcionalmente militante de su historia. Entre 1895 y 1916, alrededor de una cuarta parte de la mano de obra industrial de Rusia hizo huelga todos los años, y en las dos grandes oleadas de huelgas, la de 1905-1906 y la de 1912-1914, participaron de media tres cuartas partes de los trabajadores (muchos más que en Alemania, Francia o Gran Bretaña)[10]. A partir del verano de 1915, una tercera oleada ganaría fuerza para marcar un punto de inflexión. Al principio, las huelgas estuvieron dirigidas contra los lugares de trabajo, especialmente por cuestiones de salario, pues los precios subían más de lo que se cobraba. Sin embargo, a medida que fue expandiéndose el movimiento, el Estado se convirtió en su objetivo. Los trabajadores de la industria que se declararon en huelga pasaron de 539 528 (el 28 por ciento de toda la mano de obra) en 1915 a 957 075 (el 49,8 por ciento) en 1916. Solo en enero y febrero de 1917 hicieron huelga un total de 676 000 personas, y el 86 por ciento de las huelgas fueron por razones políticas[11].

La guerra provocó la crisis de la subsistencia, pero esa crisis sirvió para encender el movimiento de protesta, no para

impulsarlo. Aunque las jornadas de febrero empezaron con manifestaciones por la falta de pan, acabaron convirtiéndose en el detonante de la huelga más abrumadora de la historia de Petrogrado, y ya desde la primera tarde se lanzaron consignas y se exhibieron pancartas en contra del zar y de la guerra[12]. Decenas de miles de personas salieron a la calle e intentaron romper los cordones policiales para llegar al corazón de la ciudad. Si el distrito revolucionario *par excellence* del París de la última década del siglo XVIII fue el de Faubourg Saint-Antoine, un laberinto de callejuelas llenas de talleres de artesanos, el centro de disturbios de 1917 fue el lado de Vyborg, un barrio de viviendas de clase trabajadora y de fábricas metalúrgicas y armamentistas situado al otro lado del Neva, en la margen opuesta a la de los distritos centrales de Petrogrado. Una revuelta de tal envergadura exigía una buena organización, y los trabajadores veteranos de las fábricas más grandes, sobre todo los del sector metalúrgico del lado de Vyborg, se encargaron de proporcionarla[13]. Sin embargo, otro asunto es afirmar que las jornadas de febrero fueron una acción planificada por los bolcheviques. Aunque los historiadores de la antigua Unión Soviética hicieran hincapié en el papel desempeñado en ellas por los miembros del partido, hasta el día de hoy los autores occidentales han subrayado el carácter espontáneo de la revuelta[14]. Probablemente, la verdad se encuentra a medio camino entre estas dos opiniones, pues, a medida que fue avanzando, el movimiento gozó cada vez de una mejor planificación. Sus líderes, sin embargo, no fueron solo bolcheviques, sino también miembros de otras organizaciones socialistas, como los mencheviques y los socialrevolucionarios, o individuos que no pertenecían a ningún grupo. En su mayoría, los cabecillas bolcheviques estaban exiliados en el extranjero o desterrados en Siberia, y los partidos de izquierdas no iniciaron la protesta, si bien intervinieron inmediatamente para asegurarse

su control.

Los manifestantes podían crear un movimiento revolucionario, pero no llevar a cabo una revolución en toda regla. La condición indispensable para ello, que se vio sobrada y rápidamente cumplida a partir del 27 de febrero, fue el amotinamiento de la guarnición de Petrogrado, tras la cual los soldados colaboraron con los huelguistas para hacerse con los centros de poder. Al principio, el comandante militar de la capital, el general Jobalov, confió en poder dominar la situación sin recurrir a la violencia. El 25, sin embargo, Nicolás II, que se encontraba en Moguiliov visitando el cuartel general del ejército, envió un telegrama indicando que los disturbios eran inaceptables, ponían a Rusia en entredicho y debían ser sofocados. Jobalov decidió entonces prohibir las reuniones en calles y plazas y apostó en la ciudad un gran número de soldados con permiso para utilizar su fusil. El domingo 26 de febrero sonaron disparos en varias zonas conflictivas, sobre todo en la plaza Znamenskaya, lo que causó un centenar de bajas o más. La mañana del lunes 27 de febrero, los suboficiales del regimiento Volinskii se pusieron a la cabeza de sus hombres y se insubordinaron, negándose a abrir fuego. Extendieron el motín a otros regimientos vecinos y empezaron a capturar armas y a ocupar edificios públicos. Con una acción similar, en la que los líderes bolcheviques desempeñaron un papel prominente, los trabajadores del lado de Vyborg lograron controlar su distrito. Cuando se unieron, los dos movimientos juntos controlaban un tercio de la ciudad, y habían interrumpido el suministro de armas y municiones a las fuerzas progubernamentales. El día 28, Jobalov se había quedado prácticamente sin tropas leales, e informó a sus superiores de que había perdido el control de Petrogrado[15].

Las autoridades contaban solo con 3500 agentes de policía, que poco podían hacer ante una multitud tan ingente de

personas y una guarnición militar formada por 180 000 efectivos en la ciudad y otros 150 000 en los suburbios[16]. La defección de la guarnición fue decisiva, aunque poco se sabe de las razones. Los soldados ya se habían negado a abrir fuego contra los huelguistas en 1916, y, aunque al principio de las jornadas de febrero la caballería y los cosacos colaboraron con la policía, lo cierto es que en parte lo hicieron porque no tuvieron que disparar y la muchedumbre evitó provocarlos. La orden del zar del 25 de febrero los obligó a tomar una decisión, después de que hubieran tenido tres días para establecer lazos de solidaridad con los manifestantes. Al parecer, la orden de abrir fuego contra hombres, mujeres y niños indiscriminadamente fue el desencadenante de la desobediencia. Y, como era de esperar, después de insubordinarse, esos hombres empezaron a desarmar a los oficiales y a provocar la caída del régimen para evitar cualquier represalia.

Sin embargo, no debemos dejar de relacionar el motín con la transformación que había venido experimentando el ejército desde 1914. El amotinamiento se extendió entre los regimientos de guardias, unas unidades supuestamente de élite, leales al emperador y formadas principalmente por hombres de origen rural que poco tenían que ver con las zonas industriales. Pero entre los integrantes de la guarnición había muchos veteranos de guerra, que habían regresado tras caer heridos, muchos jóvenes reclutas inexpertos y muchos *ratniki* de mediana edad, que habían abandonado sus aldeas para reincorporarse al ejército. Todos ellos pertenecían al grupo más desafecto de unas fuerzas decepcionadas y se hacinaban en cuarteles improvisados cerca del centro de la ciudad, donde la noche entre el 26 y el 27 de febrero tuvieron lugar las discusiones cruciales[17]. El hecho de que los suboficiales tomaran la iniciativa no fue una casualidad, puesto que su estatus social poco difería del de sus hombres, y en vista de la escasez de oficiales regulares, ya que los que

quedaban eran en su mayoría jóvenes e inexpertos. Así pues, el número abrumador de bajas que sufrió Rusia contribuyó a debilitar la disciplina, lo mismo que el descontento por unas raciones inadecuadas de comida, la aparente falta de sentido de la guerra y la invencibilidad del enemigo[18]. La expansión del imperio le daba, en teoría, una importante ventaja en lo concerniente al número de efectivos y a las armas pesadas[19], pero a costa de un ejército debilitado, una moneda devaluada y una mano de obra rebelde. En el momento en el que la estrategia de Chantilly exigía un golpe decisivo, Rusia (y, por lo tanto, la coalición aliada en su conjunto) se encontraba demasiado agotada para propinarlo. El hecho de que la guarnición se uniera al movimiento revolucionario se debió en parte a errores tácticos de las autoridades, pero también a los efectos corrosivos de la guerra.

Hasta aquí por lo que respecta al derrumbamiento del viejo orden zarista. Pasemos ahora a hablar de su sucesor, o, para ser más precisos, de las dos nuevas fuentes de autoridad, el Sóviet de Petrogrado y el gobierno provisional. Si el motor principal de la revolución fue la desafección de las masas, representadas por los trabajadores de la industria y los soldados de origen campesino, el segundo motor fue el distanciamiento de las élites intelectuales y de una clase adinerada y culta, un fenómeno que había venido produciéndose durante las últimas décadas y que la guerra llevó a un punto crítico. Las élites intelectuales constituían una oposición constante al sistema político, y entre sus miembros había voces poderosas que querían una transformación social violenta. Sin embargo, desde comienzos del siglo XX la oposición se había organizado en partidos políticos, algunos de los cuales habían dejado de ser revolucionarios tras la introducción de una serie de reformas constitucionales en 1905-1906. Una fractura fundamental separaba a los liberales, como los kadetes y los octubristas, que

constituían la espina dorsal del bloque progresista de la Duma, de los socialistas, entre los que destacaban los socialrevolucionarios (o eserres), los bolcheviques y los mencheviques. El gobierno provisional representaba al primer grupo, y el Sóviet de Petrogrado al segundo.

Los organizadores del Sóviet de Petrogrado (o «Consejo de Diputados de Obreros y Soldados») contaron con una ligera ventaja. En 1905 ya había habido una institución similar, y el 27 de febrero los socialistas la restablecieron. La iniciativa vino de los representantes mencheviques en el Consejo Central de Trabajadores del Comité Central para las Industrias de Guerra, organismo electo que los bolcheviques habían boicoteado. En el curso de una asamblea se creó un comité ejecutivo provisional (Ispolkom), y las fábricas y las unidades militares eligieron a sus representantes en el Sóviet. Los miembros del Ispolkom eran en su mayoría mencheviques, aunque en marzo se sumaron a este comité representantes de otros partidos socialistas. El organismo comenzó a actuar cada vez más en nombre del Sóviet sin consultarlo en las sesiones plenarias[20]. No dudó en emitir órdenes ejecutivas y creó una comisión militar para dirigir la guarnición, imponer la ley y reinstaurar el orden. Como parece que la mayoría de los soldados aceptaron su autoridad, habría podido asumir el gobierno de la capital, pero deliberadamente se abstuvo de ello, en parte debido a la exégesis marxista (los mencheviques creían que era necesario pasar por una etapa de gobierno burgués-liberal antes de que Rusia estuviera madura para instaurar el socialismo), pero también a razones de índole claramente práctica: carecía de experiencia administrativa y temía que se produjera una revolución y estallara la guerra civil si actuaba de manera demasiado precipitada. De ahí que prefiriera cooperar con el nuevo gobierno provisional, con el que la noche del 1 al 2 de marzo alcanzó un acuerdo de ocho puntos, estableciendo así la autoridad dual (*dvoevlastie*) que

caracterizaría los meses siguientes.

Algunos historiadores han sostenido que Nicolás II perdió su última oportunidad (y también la mejor que tuvo) de salvar a la monarquía cuando se negó a hacer concesiones a la Duma en 1915[21]. Los testimonios apuntan en ambas direcciones. Por un lado, parece poco probable que los liberales pudieran haber hecho más contra los alemanes o por movilizar la economía de guerra con mayor rapidez, y de haber tenido éxito en esta segunda empresa, se habrían intensificado las protestas populares. En cualquier caso, fácilmente habría estallado una revuelta como la de febrero. La diferencia principal habría estribado, con casi absoluta seguridad, en que se hubiera producido una mayor resistencia de las autoridades y tal vez una escisión en el ejército, aumentando así el riesgo de que estallara una guerra civil. Pero Nicolás, animado por su esposa, permaneció fiel a su convicción de que debía proteger sus poderes autocráticos para legarlos su hijo, y se negó a llegar a una solución de compromiso. A finales de 1916 en el bloque progresista, e incluso en la Stavka, reinaba un sentimiento casi revolucionario. En noviembre, en un magnífico discurso en la Duma, Pável Miliukov, de los kadetes, preguntó retóricamente si los errores del gobierno se debían a la estupidez o a la traición, y un octubrista, Aleksander Ivanovich Guchkov, entró en contacto con altos oficiales para tantear la posibilidad de dar un golpe de Estado. Pero los liberales se encontraban en un callejón sin salida, pues temían que se produjera una revuelta que acabara con toda la élite social, y por lo tanto no sabían si arriesgarse y optar por emprender actos revolucionarios en vez de seguir con sus discursos incendiarios[22]. Además, la guerra había favorecido la cooperación práctica entre los liberales de los *zemstvos* y de los municipios (y los empresarios de los comités de las industrias de guerra) y la burocracia. Cabría afirmar, pues, que las concesiones de Nicolás II hicieron que la oposición

tuviera demasiado interés en el sistema para querer provocar realmente una tempestad[23].

Estas consideraciones ayudan a explicar la postura de cautela de la Duma cuando empezó la revolución. El 27 de febrero, los diputados reunidos en el palacio Táuride se vieron rodeados por grupos de insurgentes mientras que el Sóviet seguía emergiendo como un rival en potencia. Corrían peligro físico si se ponían de lado del antiguo régimen, al que la mayoría era vehementemente hostil. Pero querían preservar el orden público y el esfuerzo de guerra, y temían las posibles represalias del poder autocrático si este conseguía aplastar la revuelta. Crearon un comité provisional para «restablecer el orden» —presidido por el propio presidente de la Duma, Rodzianko—, que comenzó a actuar como un gabinete en ciernes. El 2 de marzo quisieron arriesgarse y dar un paso más, instaurando un gobierno provisional autoproclamado, con el beneplácito del Sóviet. En virtud de los términos del acuerdo entre las dos autoridades, fueron amnistiados todos los prisioneros políticos, se garantizaron la libertad de expresión y derechos como el de asamblea, el de asociación y el de huelga, se estableció la elección de las autoridades provinciales y de una milicia que sustituiría a la policía, y se autorizó a las unidades que habían participado en la revuelta a conservar las armas, eximiéndolas, además, de prestar servicio en el frente. De ahí que el gobierno provisional quedara a merced del Sóviet y de la guarnición de la ciudad: había desmantelado el aparato de coerción y había permitido una libertad política completa en medio de una guerra marcada por la desesperación. Dirigido por el príncipe Lvov, y con el apoyo recalcitrante del Ispolkom, asumió el poder en unas circunstancias que hacían que el ejercicio efectivo de dicho poder resultara prácticamente imposible[24].

El último punto que debemos considerar es el derrocamiento de la dinastía. Al principio, el zar Nicolás confió

en poder sofocar la sublevación con soldados leales del frente, y dispuso que una expedición, a las órdenes del general Ivánov, avanzara contra la capital. Los trabajadores del ferrocarril retrasaron los movimientos de los convoyes, y la vanguardia de Ivánov confraternizó con unidades amotinadas que encontró en el camino, pero la razón principal del fracaso de esa expedición fue que el propio Nicolás dio finalmente la orden de suspender la operación. Su decisión estuvo motivada por una valoración de la Stavka que indicaba que la monarquía era insalvable, opinión que fue determinante para convencer al zar de la necesidad de abdicar. Algunos miembros del gobierno provisional, en especial el ministro de Asuntos Exteriores Miliukov y el ministro de la Guerra Guchkov, querían una monarquía constitucional en vez de una república, pero ni siquiera ellos veían con buenos ojos a Nicolás. Entre los generales, Brusílov hacía tiempo que era partidario de un gobierno que resultara aceptable para la Duma, lo mismo que Ruszkii, comandante en jefe del sector norte. El zar fue conducido por fin al cuartel general de Ruszkii en Pskov, tras intentar en vano reunirse con su familia en el palacio de Tsárskoie Seló. En su nuevo destino, sin Alejandra que fortaleciera su resistencia, tuvo que afrontar dos momentos de intensa presión. El 1 de marzo, Alexéiev, con el respaldo de Brusílov, Ruszkii y el gran duque Nicolás, lo exhortó a aceptar un gobierno de la Duma. El monarca consintió a regañadientes. Pero más tarde, aquel mismo día, Rodzianko informó desde Petrogrado de que el único camino posible era la abdicación, y Ruszkii, con el apoyo de Alexéiev, el gran duque Nicolás y los demás comandantes del frente, instó entonces al zar a firmar la renuncia a su soberanía[25]. Aceptó también esta propuesta, abdicando a favor de su hermano, el gran duque Miguel, que a su vez rechazó el trono cuando el gobierno provisional le advirtió que, de no hacerlo, podía estallar una guerra civil, y nadie podría asegurar su seguridad. Con la publicación de las

dos abdicaciones el 4 de marzo, los tres siglos de dominio de los Romanov acabaron de un plumazo. Nicolás II, que siempre había sido una curiosa combinación de difidencia e insensibilidad, se había encontrado casi aislado por completo, y su absolutismo teórico quedó deshecho entre sus manos. La soberanía de Rusia que había ejercido pasó entonces nominalmente al gobierno provisional.

Nicolás II había mantenido su oposición a un gobierno responsable ante la Duma hasta que Alexéiev le aconsejó que cediera. Análogamente, había abdicado a instancias de sus comandantes. Brusílov y Ruszkii apoyaron a la Duma antes de la revolución, pero Alexéiev cambió de opinión solo después de que esta estallara, influenciado, al parecer, por la evidente expansión del movimiento (a las ciudades próximas a Petrogrado, a la flota de Kronstadt y a Moscú) y el número cada vez mayor de unidades que se adherían a él. Quiso contenerlo mientras el ejército permanecía prácticamente intacto, y siguió el consejo de Rodzianko, tal vez con la esperanza de que la marcha de Nicolás permitiera la ascensión al trono de un sucesor más patriota y eficaz. En la decisión de abdicar del propio Nicolás pesaron unas consideraciones similares, y el zar se refirió a ellas en su proclamación de despedida. Una vez despojado de sus poderes autocráticos, ceder el título imperial resultaba relativamente fácil, y quizá fuera un alivio. Ni que decir tiene que las multitudes de Petrogrado querían que la monarquía se marchara, y la noticia de que se había ido dio lugar a ruidosas celebraciones tanto en la capital como en el frente. A lo largo y ancho del país se destruyeron estatuas, águilas bicéfalas y otros símbolos del gobierno dinástico. Sin embargo, para el Alto Mando y para Nicolás, cuyas decisiones durante esa sublevación relativamente incruenta resultaron cruciales, la principal preocupación fue preservar el ejército y evitar la derrota, una empresa cuyos imperativos exigieron el

sacrificio de la monarquía. La guerra había prendido la mecha de la revolución, y fue un elemento fundamental de su culminación.

Pero las esperanzas de la Stavka y del gobierno provisional de poder controlar el impulso revolucionario pronto se revelaron vanas. Las dos instituciones recibieron un duro revés antes incluso de la abdicación de Nicolás, cuando el 1 de marzo el Sóviet de Petrogrado aprobó la «Orden n.º 1». Los miembros del Ispolkom redactaron este mandato con la participación de algunos elementos del ejército (no se sabe con certeza si fueron soldados rasos u oficiales elegidos a dedo)[26]. Al parecer, fue una respuesta al afán de los políticos de la Duma por hacerse con el control de las fuerzas armadas y restablecer el respeto a los oficiales, pues el Ispolkom temía que los militares pudieran convertirse en la plataforma para lanzar una contrarrevolución, y pretendía acabar con esta amenaza de una vez por todas. La Orden n.º 1 establecía que en todas las cuestiones políticas las fuerzas armadas estaban subordinadas al Sóviet, que tenía la facultad de revocar cualquier instrucción dada por el gobierno provisional. Exigía que en todas las unidades, desde la primera compañía hasta el último regimiento, se procediera a la elección de un comité de soldados, que se encargaría de controlar el armamento y los equipos. El Sóviet actuó sin consultar con el gobierno provisional, que aceptó la publicación de la orden, aunque a regañadientes, y Guchkov se lamentó de no poder hacer nada que no fuera del agrado del Sóviet. Tampoco consultó con la Stavka, y de haber previsto el alto mando este desarrollo de los acontecimientos probablemente se lo habría pensado mejor antes de abandonar a Nicolás. La Orden n.º 1 imponía las pretensiones del Sóviet sobre el ejército en lugar de establecer en realidad la manera de controlarlo, aunque la revolución ya había debilitado gravemente el cuerpo de oficiales zaristas (muchos de los cuales fueron detenidos y sustituidos por

elementos más populares, y en Kronstadt decenas de oficiales navales sufrieron linchamientos). En pocos días la orden llegó a casi todo el ejército, y las memorias de los oficiales dan fe unánimemente de su efecto desintegrador. La mayor parte de los efectivos militares no abandonaron sus puestos (hubo entre 100 000 y 150 000 deserciones en marzo en un ejército de 7,5 millones de hombres), pero los comités de soldados se expandieron con celeridad, ensombreciendo incluso a los altos oficiales. A mediados de marzo fue abolida la pena de muerte, la facultad de los oficiales de aplicar sanciones sumarias fue transferida a tribunales electos, y se proclamó que los soldados tenían la libertad de participar en actividades políticas[27]. En vista especialmente de la continua escasez de alimentos del ejército, terminar con el poder coercitivo de sus líderes era una especie de invitación a acelerar la ruptura.

Los cambios en el ejército constituyeron un microcosmos de una serie de procesos más generales. En virtud de los acuerdos alcanzados con el Sóviet, el gobierno provisional eliminó la figura del gobernador provincial, levantó la censura y sustituyó a la policía. El derrocamiento de la dinastía, concebido para frenar el proceso revolucionario, probablemente fuera el elemento más determinante para convencer a los campesinos de que podían desafiar el orden social con absoluta impunidad. Con el desmantelamiento de la estructura de opresión, las nuevas autoridades esperaban neutralizar el riesgo de una contrarrevolución, pero al final quedaron expuestas a una mayor radicalización. Aunque la Stavka y el gobierno provisional confiaban en poder mantener e incluso intensificar la contribución de Rusia a la guerra, en realidad estaban perdiendo capacidad para lograrlo. Sin embargo, los socialistas no pidieron aún la paz, y las peticiones enviadas por los soldados al Sóviet y al gobierno provisional en marzo y abril normalmente no solicitaban un inmediato cese de las hostilidades, sino que

ponían como principal prioridad el desarrollo de un proceso de democratización del país y la reforma social[28]. Tampoco la guarnición de Petrogrado se manifestó a favor de poner fin al conflicto, y sus integrantes volvían la espalda a los agitadores que lo hacían. La de febrero no fue una revuelta inicialmente antibelicista. No obstante, el movimiento popular se mostraba cada vez más receptivo a las protestas contra los efectos de la guerra, por no hablar de la oposición a todo tipo de autoridad: tanto a la de los oficiales navales que fueron asesinados y a la de los capataces de las fábricas que fueron echados de los lugares de trabajo en carretillas como a la del zar Nicolás. En semejantes circunstancias, las posibilidades de reunir suficientes apoyos para que Rusia siguiera en la guerra eran realmente ínfimas.

Mientras en Rusia se fragmentaba un consenso a favor de la guerra, al otro lado del Atlántico se acababa con cualquier desavenencia en este sentido y cristalizaba una postura unánime. Este cambio de actitud fue repentino. Apenas dos meses antes de que Estados Unidos declarara la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917, no se oían prácticamente voces favorables a una intervención ni entre la opinión pública ni entre los miembros del Congreso, y el propio Wilson tampoco era partidario de proponer esta posibilidad. A lo largo de 1916, la entrada en la guerra de los estadounidense al lado de los Aliados había parecido cada vez más improbable. Es cierto que el año que transcurrió entre el hundimiento del *Lusitania* y el ataque al *Sussex* se había caracterizado por la confrontación casi continua de Washington con Berlín a causa de la guerra submarina y por la intensidad de las muestras de simpatía de Wilson hacia los Aliados. El presidente estadounidense había autorizado al gobierno británico a emitir bonos en Wall Street, había restado importancia a su oposición al bloqueo y, con el memorando House-Grey, había insinuado una intervención para conseguir los objetivos de guerra aliados. Pero en el verano de 1916, Gran

Bretaña y Francia habían descartado el memorando, y el compromiso del *Sussex* había dejado en un segundo plano la cuestión de los submarinos alemanes, mientras que Washington estaba en total desacuerdo con Londres por los bloqueos y la interceptación de correspondencia de países neutrales. Las exportaciones estadounidenses a los Aliados pendían de un hilo porque estos últimos estaban a punto de agotar los fondos necesarios para satisfacer los pagos correspondientes. De hecho, las autoridades estadounidenses recibieron con agrado una disminución de la demanda, como demostró el hecho de que la Reserva Federal advirtiera en noviembre de 1916 que no se compraran bonos del Tesoro británico[*]. Tampoco las elecciones presidenciales que se llevaron a cabo ese mismo mes evidenciaron deseo alguno de beligerancia. Los republicanos eligieron como candidato a Charles Evans Hughes en vez de a Theodore Roosevelt, en parte porque este último era uno de los pocos políticos prominentes que (insistiendo en que Alemania constituía una amenaza y en que la causa aliada era justa) abogaba claramente por una intervención. No obstante, Wilson calificaba a Hughes de belicista, y los demócratas proyectaron al presidente como «el hombre que supo mantenernos fuera de la guerra»[29].

La diplomacia de Wilson, sin embargo, giraba en torno a tres cuestiones entrelazadas unas con otras: comercio y préstamos, bloqueo y submarinos alemanes y, por último, el deseo del presidente de mediar. Sus intentos de mediación lo obligaron a elaborar su propia concepción de un acuerdo de paz, y estimularon sus ganas de participar en él. Desde el estallido de la guerra había contemplado la creación de una organización de seguridad internacional colectiva, y había grupos de presión que apostaban por este mismo objetivo. En un discurso pronunciado en mayo de 1916 ante el más destacado de ellos, la Liga por la Paz, se declaró a favor de fundar una organización de esas

características con Estados Unidos como uno de sus miembros. Tanto Wilson como Hughes reafirmaron esa intención durante las elecciones. A pesar del acuerdo aparente en este sentido entre demócratas y republicanos, sin embargo, Wilson había impregnado su internacionalismo de pensamiento socialista y progresista[30]. De ahí que, además de la Sociedad de Naciones, abrazara el ideal de una paz democrática, basada en el consentimiento de los gobernados, el derecho a la autodeterminación de los pueblos y la libertad de navegación. Este «internacionalismo progresista» contrastaba con el «internacionalismo conservador» de los líderes republicanos de la costa Este, que pretendían mantener la paz mediante la cooperación transatlántica[31]. El internacionalismo progresista probablemente era más fácil de conciliar con los objetivos de los Aliados que con los de las Potencias Centrales, pero Wilson recelaba de unos y otros, y consideraba que había que poner freno a los dos bloques en aras de una paz duradera. Cuando el sucesor de Bryan como secretario de Estado, Robert Lansing, sugirió en 1915 que Estados Unidos debía declarar la guerra a Alemania para acabar con el militarismo alemán, pero también para poner coto al imperialismo aliado en la conferencia de paz, Wilson replicó que esta idea estaba en consonancia con su propio pensamiento[32]. La posibilidad de entrar en guerra rondaba por su cabeza desde la crisis del *Lusitania*, pero no quiso arriesgarse porque temía que la opinión pública no lo apoyara.

En cualquier caso, incluso durante la campaña presidencial contra Hughes, Wilson siempre fue consciente de que Berlín difícilmente respetaría el compromiso del *Sussex* y de que no tardaría en producirse otra crisis por culpa de la guerra submarina. Tras su reelección, volvió al activismo diplomático, cada vez más desesperado por negociar una paz antes de verse obligado a elegir entre la guerra y la humillación. Pero perdió

mucho tiempo y, cuando las Potencias Centrales publicaron su nota de paz el 12 de diciembre, se vio obligado a emitir la suya el 18 de ese mismo mes para adelantarse al rechazo y a la indignación de los Aliados, que habrían puesto fin a cualquier perspectiva de alcanzar una solución de compromiso. Tras aducir que, tal como habían sido expuestos públicamente, los objetivos de los dos bandos no se diferenciaban unos de otros, instó a ambos bloques a que los especificaran con claridad[33]. Si bien los alemanes se negaron cortésmente a hacerlo, la respuesta que, por su parte, el 10 de enero de 1917 dieron los Aliados exponía sus objetivos con más detalle que nunca, pero también de manera confusa. De ahí que la nota presidencial no sirviera para unir posturas, aunque sí para que los Aliados volvieran a tender puentes con Washington y para que Wilson reconociera que actuaban con mayor franqueza en la que sería su segunda iniciativa importante (el 22 de enero), su discurso «La paz sin victoria». En él se comprometía por primera vez no solo con la Sociedad de Naciones, sino también a desarrollar un proyecto internacionalista progresista de gran envergadura. Estados Unidos, decía, se uniría a la Sociedad únicamente si la paz que esta garantizara no fuera a costa del resentimiento de los perdedores. La paz debía basarse en las libertades democráticas de todos los pueblos, en las cesiones territoriales siempre y cuando contaran con el consentimiento de la población, en la libre navegación y en la limitación del armamento. A modo de ejemplo, hizo un llamamiento en defensa de una «Polonia unida, independiente y autónoma»: una fórmula que creyó que no sería conflictiva, pero que provocó una gran irritación en Berlín. Sus objetivos eran cada vez más claros y ponían de manifiesto que el presidente estadounidense volvía a decantarse por los Aliados, pero aún quedaba lejos una intervención de Estados Unidos[34].

La política de Wilson cambió en gran medida debido a las

acciones de Alemania, sobre todo cuando el 1 de febrero este país volvió a emprender una guerra submarina sin restricciones después de haber enviado el llamado telegrama Zimmermann. De no haberse producido estos hechos, Estados Unidos probablemente se habría mantenido al margen y la guerra habría terminado firmándose una paz con unos términos mucho más favorables para las Potencias Centrales, pues Rusia se habría derrumbado en cualquier caso, y Gran Bretaña y Francia habrían sido demasiado débiles para lograr por sí solas la victoria. Pero mientras Wilson intentaba mediar en el conflicto, los alemanes se reunieron en Pless y decidieron jugárselo todo a una carta. Como era habitual, Bethmann intentó hasta el último minuto que se entablaran negociaciones, con la esperanza de poder conciliar la guerra submarina alemana con la neutralidad estadounidense. El 29 de enero consiguió por fin convencer al káiser y a Hindenburg de que aceptaran enviar a Washington una nota confidencial esbozando los objetivos de guerra de Alemania; pero este documento solo vino a subrayar de manera inflexible el abismo que separaba a los dos bandos[35], sobre todo porque fue comunicado el 31 de enero, simultáneamente con el anuncio de que al día siguiente volvería a emprenderse la guerra submarina sin restricciones. Difícilmente puede decirse que esta fuera una decisión premeditada para convencer a los estadounidenses de la buena voluntad del canciller, pero, en cualquier caso, aunque Bethmann y Wilson probablemente habrían preferido mantener la neutralidad de Estados Unidos, lo cierto es que sus prioridades habían entrado sin duda en conflicto. Bethmann pretendía confinar el papel de Washington al de simple mediador que sienta a las dos partes en la mesa, tras lo cual Estados Unidos habría debido retirarse mientras Alemania imponía sus demandas y solo habría regresado a la mesa para colaborar en la creación de unas instituciones internacionales que sirvieran para garantizar el nuevo *statu quo*.

Wilson, sin embargo, tenía la intención de unirse a una Sociedad de Naciones solo si el acuerdo de paz respetaba los principios liberales. Los líderes alemanes no se equivocaban cuando sospechaban que el presidente estaría predispuesto en su contra. La idea de alcanzar una solución de compromiso con la mediación estadounidense ocupó la atención de Berlín y Washington durante tiempo, pero nunca pareció que fuera a prosperar[36]. Como era habitual en Ludendorff, en lugar de persistir en ella, decidió pasar a la acción.

La armada alemana quiso establecer la «zona de guerra» alrededor de las islas Británicas prácticamente sin previo aviso, para maximizar el efecto sorpresa e impedir que los británicos hicieran acopio de reservas, además de atemorizar a los barcos neutrales. Al principio, Wilson quedó sorprendido y desconcertado por la noticia, pues esta llegó en un momento en el que el presidente creía que por fin estaban dilucidándose los verdaderos objetivos de guerra[37]. Los alemanes habían violado abiertamente el compromiso del *Sussex* (al menos según la interpretación que de él habían hecho los estadounidenses), y la coherencia exigía responder cumpliendo la amenaza de romper las relaciones. El presidente se guiaba, sin embargo, por una ética de autocontrol, y no quiso dejarse llevar por un arranque de cólera. Era perfectamente consciente de que romper las relaciones podía significar entrar en guerra. Consideró la alternativa de la condescendencia, pero tras consultarlo con su gabinete y con los líderes demócratas del Senado devolvió al embajador alemán sus credenciales. La mayor parte de la prensa aplaudió su decisión, pero en aquellos momentos pocos abogaban por entrar en guerra, y aunque el presidente hubiera pedido al Congreso que la declarara es muy improbable que hubiera obtenido su apoyo. Fue en los dos meses siguientes cuando Wilson y la opinión pública se convencieron por fin de la necesidad de una intervención, cuyo principal detonante fue

el telegrama Zimmermann.

Arthur Zimmermann (el nuevo ministro de Asuntos Exteriores alemán) envió el 16 de enero el telegrama en cuestión a su embajador en Washington, el conde Bernstorff, para que lo transmitiera al embajador alemán en México, Heinrich von Eckardt. Si Estados Unidos entraba en la guerra, Von Eckardt estaba autorizado a ofrecer a México una alianza en la que los dos países lucharían codo con codo. Alemania estaba dispuesta a aportar la ayuda financiera necesaria y a permitir que México recuperara el territorio perdido en beneficio de los estadounidenses a raíz de la guerra de 1846-1848. Eckardt también debía conseguir que el presidente mexicano, Venustiano Carranza, lo ayudara a incitar a Japón a cambiar de bando. El documento fue transmitido utilizando el código secreto de la diplomacia alemana y por tres vías distintas. La primera fue por línea telegráfica desde Alemania hasta una estación receptora situada en Long Island que los estadounidenses habían permitido que siguiera abierta. La segunda fue a través del circuito sueco, esto es, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores de Estocolmo, que permitía el envío de telegramas alemanes por la línea cablegráfica que utilizaba para comunicarse con sus representantes en Estados Unidos. La tercera fue a través del servicio cablegráfico que usaba la propia diplomacia estadounidense entre su embajada de Berlín y el Departamento de Estado, una instalación especial que Wilson puso a disposición de los alemanes cuando intentaba ejercer el papel de mediador, aunque no para que estos la emplearan con el objetivo de organizar una coalición contra él. Los servicios de inteligencia naval de Londres interceptaron los tres mensajes, pues tanto el cable sueco como el estadounidense tocaban tierra en Gran Bretaña. Además, los británicos tenían en su poder el libro con la codificación utilizada, que, al parecer, habían capturado en 1915 entre el

equipaje de un tal Wassmuss que trabajaba como agente de los alemanes en Persia. Al final, uno de los agentes británicos consiguió también robar una copia del mensaje en cuestión en México, por lo que, si era necesario, Gran Bretaña podría garantizar la autenticidad del texto sin tener que reconocer que había interceptado las comunicaciones enviadas por la línea cablegráfica de un país neutral. En resumen, este episodio vino a confirmar el formidable alcance global de los servicios de espionaje británicos. Finalmente, el director de la inteligencia naval, Reginald Hall, acordó con la embajada estadounidense en Londres que Balfour, antiguo primer ministro que por entonces formaba parte del gobierno de Lloyd George como titular de Asuntos Exteriores y que parecía digno de la confianza de los estadounidenses, se encargaría de entregar personalmente el documento al embajador de Estados Unidos. Este proceso llevó un tiempo, y Wilson tuvo que esperar hasta el 24 de febrero para tener en las manos el texto del telegrama. De hecho, parece que en ningún momento dudó de su autenticidad, y enseguida decidió que debía ser publicado. El 1 de marzo fue entregado a la prensa, el gobierno estadounidense garantizó la veracidad del contenido y el día 3 Zimmermann confirmó que todo lo que se decía en él era cierto[38].

Parece una historia extraña, por lo que es necesario profundizar en ella. Desde 1910 se libraba en México una de las guerras civiles revolucionarias más impresionantes del siglo XX, en la que habían intervenido en dos ocasiones tropas estadounidenses. La primera vez fue en 1914-1915, cuando Wilson envió un contingente a Veracruz como parte de su acertada apuesta por expulsar a Victoriano Huerta, que había arrebatado el poder al presidente reformista electo, Francisco Madero. La segunda vez fue cuando, después de que Carranza y sus partidarios constitucionalistas hubieran establecido el control de casi toda la nación, en marzo de 1916 las tropas del

líder rebelde del norte (y anticarrancista) Pancho Villa atacaron una localidad fronteriza de Estados Unidos, Columbus (Nuevo México), y una expedición de este país, a las órdenes del general John Pershing, entró en México para perseguirlas. Supuestamente, esta expedición tenía el consentimiento de Carranza, pero cuando Pershing comenzó a adentrarse hacia el sur chocó con las fuerzas constitucionalistas, contra las que tuvo que enfrentarse. En aquellos momentos pareció inminente una guerra total entre los dos países norteamericanos. Al final, Wilson retiró las tropas de Pershing en enero y febrero de 1917, decisión que probablemente habría tomado en cualquier caso, incluso si no hubiera habido el peligro de una nueva provocación por parte de Alemania[39]. En noviembre de 1916, sin embargo, durante la confrontación con Washington, Carranza había ofrecido a Alemania un acuerdo político y un centro de transmisiones por cable a cambio de ayuda para reconstruir su ejército y la flota[40]. Cuando por fin respondieron, los alemanes ya habían tomado la decisión de reemprender la guerra submarina, e incluso entonces Zimmermann dio instrucciones a Eckardt de que no hablara con Carranza hasta que la guerra contra Estados Unidos pareciera un hecho inevitable (aunque en un siguiente telegrama enviado el 5 de febrero —también interceptado y descifrado por los británicos— pidió a Eckardt que actuara sin dilación). Los alemanes tenían intereses comerciales en México desde hacía tiempo, habían vendido armas en este país y, ya al inicio de la guerra, habían intentado mantener ocupados a los estadounidenses en un conflicto con su vecino del sur. No disponían de los medios necesarios para ayudar seriamente a Carranza, pero Zimmermann confiaba en poder convencer a los mexicanos de que atacaran a Estados Unidos si Wilson entraba en la guerra. En lo concerniente a Tokio, en 1916 los representantes de Alemania y Japón en Estocolmo habían

mantenido conversaciones secretas acerca de la posibilidad de una paz ruso-japonesa separada, pero los contactos habían fracasado. Todas estas consideraciones ayudan a explicar la iniciativa original de Zimmermann, que consistió en una operación de alto nivel puesta en marcha con el beneplácito del káiser y la OHL, aunque probablemente no de Bethmann. El posterior reconocimiento de la veracidad del telegrama por parte del ministro de Asuntos Exteriores ya es un asunto más curioso, aunque tal vez pretendiera con ello intimidar a Washington, subestimando la reacción de los estadounidenses y temiendo aparecer ante el mundo como un mentiroso si persistía en el engaño[41].

Los orígenes del telegrama importan menos que sus consecuencias. Wilson, una vez más, se quedó sorprendido y se irritó no solo por el telegrama en sí, sino también por el uso que se había hecho de una línea cablegráfica que había puesto a disposición de Berlín. El episodio reforzó su convicción de que no podía confiar en los que en aquellos momentos gobernaban Alemania. Pero lo más importante fue que, tras su publicación, el telegrama sirvió para que un gran sector de la prensa estadounidense abogara por primera vez por la intervención en la guerra. A raíz del hundimiento del *Lusitania*, Wilson había podido comprobar que los estadounidenses tenían un «doble deseo»: por un lado, ver defendidos sus intereses nacionales, y por otro no tomar medidas que acabaran desembocando en las hostilidades[42]. Ni la crisis del *Sussex* ni la reanudación de la guerra submarina sin restricciones habían alterado de manera significativa el panorama. Como tampoco lo había hecho la propaganda de uno y otro bando. Es cierto que la alemana era torpe e incompetente, y se veía perjudicada por la invasión de Bélgica, por las atrocidades cometidas por los submarinos y por los intentos de sabotear la producción de municiones estadounidense[43]. El esfuerzo británico (orquestado por

Wellington House) era de mayor envergadura y más sutil[44]. Pero por mucha que fuera la publicidad aliada, nunca habría conseguido crear un ambiente proclive al intervencionismo si los alemanes no lo hubieran propiciado.

La opinión pública estadounidense estaba dividida por líneas étnicas, partidistas y geográficas. Las simpatías proaliadas y la conciencia por los asuntos comerciales y el problema de la guerra submarina eran más profundas en la costa Este. El apoyo a una postura de neutralidad era más acusado en el interior, y especialmente en el Medio Oeste, donde había una concentración mayor de estadounidenses de origen alemán, de los cuales solo una minoría insignificante abogaban por intervenir al lado de las Potencias Centrales[45]. De una población estadounidense de 92 millones de habitantes en 1910, 2,5 millones habían nacido en Alemania y 5,78 millones tenían uno o los dos progenitores de origen alemán. En 1917 se publicaban en Estados Unidos 522 periódicos y revistas en lengua alemana, y los estadounidenses de origen alemán constituían el principal grupo étnico en ciudades como Baltimore, Pittsburgh, Chicago, Detroit, Los Ángeles o San Francisco. Sin embargo, teniendo en cuenta su número y riqueza, puede decirse que carecían de influencia. Estaban escasamente representados en los dos grandes partidos nacionales, muchos temían no parecer lo bastante estadounidenses y, además, estaban divididos entre católicos, protestantes y otras tendencias seculares, así como por escisiones de carácter generacional y político[46]. El sentimiento antibritánico entre muchos estadounidenses de origen irlandés y el antirruso entre los de origen judío no fueron en detrimento de la causa aliada, cuyos simpatizantes, a tenor de lo que indicaban los editoriales de los periódicos, fueron siempre una mayoría. Los obstáculos más importantes para entrar en la guerra eran el aislacionismo en el interior del país y la oposición

ideológica de la izquierda, entendida no solo como el Partido Socialista (que en aquellos momentos de la historia estadounidense tenía un tamaño considerable), sino también como el ala progresista de los republicanos y los demócratas. El telegrama Zimmermann, sin embargo, hizo que la amenaza alemana a la seguridad nacional fuera palpable no solo en el este, sino también en el suroeste y el oeste. Por mucho que los mexicanos hubieran rechazado la propuesta de Zimmermann y los japoneses la hubieran repudiado, lo cierto es que se había cruzado una barrera psicológica. Los informes atlantistas de la costa Este pedían la intervención, importantes sectores de la opinión pública del resto del país seguían sus recomendaciones y la mayor parte de la prensa y de los líderes germano-estadounidenses callaban[47]. Pero siguieron produciéndose hasta marzo enérgicos esfuerzos por parte de la izquierda para contener la marea, y la oleada de indignación levantada por Zimmermann empezó a perder intensidad. Para convencer a los progresistas y alcanzar el consenso intervencionista, el hombre que había dado a los demócratas dos victorias en las elecciones presidenciales tenía que mostrar el camino, y el camino se abrió entonces.

Wilson ni mucho menos había cambiado de opinión cuando los alemanes reemprendieron la guerra submarina. Se acordaba de los diecinueve estadounidenses (y de los numerosos mexicanos) caídos en Veracruz, y no quería que sus manos se mancharan de más sangre. Había creído firmemente en lo que había dicho en su discurso «La paz sin victoria» de que un empate sería el mejor resultado tanto para Europa como para Estados Unidos. Tampoco quería dar el primer paso, ni consideraba que pudiera hacerlo, sin contar con el apoyo de la mayoría. No tenía la más mínima intención de proporcionar a Berlín una excusa para que los alemanes lo acusaran de provocación, y en febrero se abstuvo de adoptar medidas

militares o de movilización extraordinarias. Además, había abandonado su anterior insistencia en que los submarinos alemanes debían respetar las normas de apresamiento de buques. Cuando rompió relaciones trató de ganar tiempo declarando que no creía que los alemanes llegaran a cumplir su amenaza y que esperaría a que se produjeran «hechos consumados». Los primeros torpedeos de buques mercantes aliados no modificaron su postura ni afectaron demasiado a la opinión pública, ni siquiera los casos en los que había norteamericanos a bordo[48]. Pero cuando comenzó a ser evidente que la pretensión de los alemanes era perjudicar el comercio y los negocios, la situación se hizo insostenible. La amenaza no se cernía únicamente sobre viajeros estadounidenses a bordo de barcos de países beligerantes, sino sobre cualquier nave, ya fuera aliada o neutral, que entrara en la llamada «zona de guerra». Los buques mercantes estadounidenses temían hacerse a la mar, los productos comenzaban a apilarse en los puertos atlánticos, y en las ciudades de la costa Este estallaron revueltas por falta de alimentos. A mediados de febrero, antes incluso de que se tuviera conocimiento del telegrama Zimmermann, Wilson había decidido solicitar al Congreso autorización para instalar personal y artillería naval en los buques mercantes estadounidenses, hecho que sabía perfectamente que podía desembocar en enfrentamientos armados en alta mar. Es probable que, en cualquier caso, su propuesta hubiera recibido el respaldo de una mayoría, pero la noticia del telegrama hizo que esa mayoría en la Cámara de Representantes fuera abrumadora. En el Senado tal vez habría logrado un apoyo comparable de no haber sido por cuatro aislacionistas que, para irritación del presidente, bloquearon la aprobación de la medida. No obstante, Wilson consideró que podía seguir adelante y armó los buques. Poco después se produjeron los «hechos consumados»: el 16 de marzo un navío estadounidense,

el *Vigilancia*, fue hundido sin previo aviso, y quince personas perdieron la vida. Otros barcos no tardaron en correr la misma suerte. Berlín y Washington estaban a punto de iniciar las hostilidades.

Wilson tomó la decisión de entrar en guerra más o menos por aquel entonces. Es evidente que ya la había tomado el 21 de marzo, cuando solicitó que el Congreso adelantara su reunión al 2 de abril para escuchar el que sería su mensaje de guerra. El 20 lo había consultado con su gabinete, que se mostró unánimemente partidario de la medida. Sin embargo, el día anterior parecía aún dubitativo durante una entrevista con Lansing. Las razones continúan siendo un misterio, aunque sabemos cómo lo aconsejaron sus asesores[49]. Había ignorado a House y a Lansing en el pasado, pero esta vez parece que les hizo caso, aunque, como era habitual, tomó solo la decisión y redactó el mensaje de guerra únicamente con la ayuda de House. Habría podido alargar aquella postura de neutralidad armada, pero era muy consciente de que las hostilidades *de facto* eran, en cualquier caso, inminentes a no ser que permitiera que los derechos estadounidenses fueran pisoteados de manera flagrante, posibilidad que consideró, pero que al final rechazó sin dudarlo. Y la experiencia tampoco indicaba que hubiera alguna probabilidad de alcanzar un acuerdo con Alemania, o al menos un acuerdo duradero. Además, la neutralidad armada, como señaló Lansing y reiteró Wilson en su mensaje de guerra, no sentaría a ningún representante estadounidense en la mesa de negociaciones de la conferencia de paz. Esta representación se había convertido en una ambición personal del presidente, y sería crucial para que Wilson se ganara a los intelectuales progresistas y a los idealistas de su partido[50]. Por último, en marzo fue consciente, por primera vez, de que si recomendaba una intervención, era muy probable que el pueblo y el Congreso lo apoyaran. Al final, serían aplastantes las mayorías obtenidas

en las dos cámaras.

Todo esto no significa que Wilson se viera obligado a entrar en guerra por la presión de la opinión pública, ni tampoco por la de sus oficiales. Al contrario, fue precisamente su compromiso personal el factor que más contribuyó a convencer a los que seguían oponiéndose. Si hubiera sido reacio a la intervención, el presidente habría tenido que enfrentarse a un Congreso dividido, pero es probable que hubiera prevalecido su postura. No es que le gustara la guerra como a Theodore Roosevelt, su principal crítico. A diferencia de los líderes europeos en 1914, Wilson había comprobado por sí mismo lo que podía implicar un conflicto moderno. Pasó noches en vela y reconoció que estaba mandando a hombres a la muerte. Aunque lo considerara parte de su obligación de fomentar la prosperidad nacional, tampoco parece que estuviera preocupado por el asunto del comercio exterior y los préstamos concedidos a los países beligerantes. Al contrario, tanto él como sus asesores esperaban una victoria aliada, pero sabían que la ayuda estadounidense podía acelerarla[51]. Wilson no era consciente ni de las gravísimas dificultades financieras de Gran Bretaña ni de la fragilidad moral francesa, y al principio pensó que la revolución de febrero, de la que llegaron noticias a Washington el 15 de marzo, reforzaría el esfuerzo de guerra de Rusia. Esto significa, a su vez, que el argumento estratégico (de que una victoria alemana pondría en peligro a todo Occidente), por mucho que influyera en la postura de los republicanos y en la de Lansing y House, tampoco fue determinante para él. Al igual que la prensa, recibió con agrado la noticia del derrocamiento del zar para hacer más plausible la idea de que la ayuda a los Aliados serviría para fomentar la autodeterminación, y consideró que «adelantar y asegurar» la democratización en Alemania y en Rusia era una razón más para entrar en guerra[52]. Pero su punto de partida fue la violación de los derechos de los países

neutrales, que no le dejaba otra alternativa que la intervención. La guerra submarina sin restricciones fue una de las causas fundamentales de que Estados Unidos entrara en la guerra, y no simplemente un pretexto para hacerlo. No obstante, el principal atractivo de adoptar una postura belicista —en vez de una actitud de neutralidad armada— residía en la enorme influencia que esta permitiría ejercer a Wilson sobre los dos bandos del conflicto durante las negociaciones en la conferencia de paz.

El hecho de que Wilson creyera firmemente que los Aliados llevaban ventaja a las Potencias Centrales es crucial para comprender su manera de actuar, que no consistió solo en unirse a ellos para someter a Alemania ignorando el principio de «La paz sin victoria». Los acontecimientos lo habían convencido de que la autocracia Hohenzollern se merecía una humillación, pero seguía comprometido con una paz basada en principios liberales, a la cual los Aliados podían oponerse con la misma energía que sus enemigos. A pesar de ello, permitió que se les prestara ayuda incluso antes de declarar la guerra. La junta de la Reserva Federal anuló su aviso de noviembre de 1916 y fomentó los créditos privados a Gran Bretaña, mientras que el Departamento de Estado suspendía sus protestas por los bloqueos[53]. Pero el mensaje de guerra de Wilson preveía una ayuda sustancial en vez de completa: Estados Unidos proporcionaría suministros, ampliaría los créditos, aumentaría el poderío de su armada y llamaría a filas a un millón de reclutas. La previsión implícita —de que los socios de los estadounidenses se encargarían de la peor parte de la guerra, esto es, librar las batallas más duras— recordaba la de Kitchener en 1914. Por otro lado, a diferencia de Gran Bretaña, Estados Unidos declaraba la guerra exclusivamente a Alemania, y no a las demás Potencias Centrales, manteniéndose fuera del Pacto de Londres. Intervenía como potencia «asociada», celosa de su independencia y que se reservaba el derecho de alcanzar una paz

por separado. Entraba en guerra no para salvar a los Aliados de la derrota, sino para ayudar a cortarle las alas a Alemania y actuar de moderador en el tratado final. Pero Wilson y sus oficiales, como los británicos antes que ellos, habían subestimado a Alemania y sobrestimado a Rusia y a Francia. Estados Unidos también se vería arrastrado por una guerra mucho más compleja de lo que había calculado, hasta que en el otoño de 1918 las Potencias Centrales finalmente sucumbieron, y Wilson pudo volver a su plan original. Aunque la Revolución rusa fuera solo un factor secundario que influyó en la intervención estadounidense, lo cierto es que sus implicaciones eclipsarían la historia de los doce meses siguientes. El verano de 1917 sería un período de crisis para los Aliados, y en la primavera de 1918 las Potencias Centrales alcanzarían su cenit. Todos estos acontecimientos deben ser estudiados antes de centrar nuestra atención en la gran cantidad de recursos proporcionados por los estadounidenses y que al final permitieron a los Aliados imponerse al enemigo.

14

Camino del agotamiento, verano-otoño de 1917

El año 1917 vio el fin de la ilusión de una guerra breve. Incluso después de llegar a un punto muerto militar, los dos bandos seguían acariciando la esperanza de que una vuelta de tuerca más pudiera darles la victoria. Pero la guerra submarina sin restricciones no consiguió doblegar a los británicos y la revolución de febrero acabó con los planes que tenían los Aliados de emprender una nueva ronda de ofensivas sincronizadas. El potencial estadounidense tardaría todavía un año por lo menos en desplegarse, y mientras tanto la cooperación entre los Aliados se diluyó. La producción armamentista llegó a su punto culminante, los ejércitos disminuyeron los efectivos, el consenso en el frente interno y la moral de las tropas se tambaleaban, los dos bandos exploraron estrategias menos costosas, y unos y otros moderaron sus objetivos de guerra. Pero aunque diera la sensación de que los combates perdían intensidad, se trataba de una apariencia engañosa. Este capítulo analizará por qué, siguiendo la pista a cuatro temas estrechamente entrelazados. En primer lugar, los dos bandos se enfrentaron a un estancamiento estratégico, pero ninguno de ellos perdió las esperanzas de vencer. En segundo lugar, el consenso político interno se vio en peligro en toda Europa, pero fuera de Rusia no se vino abajo en ningún país. En

tercer lugar, el año 1917 fue testigo de repetidos intentos de entablar negociaciones de paz, pero ninguno estuvo cerca de cuajar. Y en cuarto lugar —elemento esencial para entender el resto de las piezas del rompecabezas—, la política estadounidense estaba en contra de aceptar cualquier compromiso.

Hindenburg y Ludendorff se negaron a moderar los objetivos alemanes y proyectaron reconfigurar el esfuerzo de guerra de las Potencias Centrales en busca de una victoria total. Su intención era incrementar la producción armamentista y hacer un minucioso registro de la población civil masculina, reelaborar la táctica del campo de batalla y mejorar la coordinación con sus aliados. Pero reconocían que por tierra Alemania debía permanecer a la defensiva contra la ofensiva aliada que se esperaba para la primavera, y al Imperio austrohúngaro no le quedó más remedio que hacer lo mismo. El elemento fundamental de su estrategia en el oeste era la retirada a la Línea Hindenburg; en el este, tras la abdicación de Nicolás II, los alemanes mantuvieron una actitud pasiva por temor a reavivar la resistencia rusa, e incluso trasladaron algunas tropas al Frente Occidental y a Italia[1]. Por aire y por tierra, en cambio, se lanzaron a la ofensiva contra Gran Bretaña. Aunque las incursiones con zepelines habían causado poco daño[*], en mayo de 1917 se reanudó el bombardeo de Londres y del sureste de Inglaterra con bimotores Gotha, capaces de alcanzar los 130 kilómetros por hora y de despegar con una carga útil de 4550 kilos. La primera incursión no llegó a la capital debido a una nube que ocultó el objetivo, pero causó la muerte a 95 personas en Folkestone; el segundo ataque afectó a la estación de Liverpool Street, causando 162 muertos. Los ingleses improvisaron un sistema defensivo de puestos de observación, sirenas, globos y baterías antiaéreas, así como algunos cazas repatriados de Francia. Los Gotha se dedicaron a lanzar ataques

nocturnos, pero también estos chocaron con medidas defensivas como los apagones y el uso de reflectores y de cazas nocturnos, y las continuas pérdidas persuadieron a los alemanes de que debían suspender la campaña en mayo de 1918[2]. En aquellos momentos habían sido destruidos 24 Gotha y otros 37 se habían perdido en accidentes a lo largo de las 397 salidas efectuadas sobre Inglaterra, aunque su actividad había supuesto la inmovilización de más de 300 aviones británicos de defensa. Entre los Gotha y los zepelines causaron la muerte de 1413 civiles en Gran Bretaña durante la guerra (y de otros 267 en París)[3]. Los ataques aéreos causaron el pánico y la confusión en Londres, donde más de 300 000 personas se vieron obligadas a buscar refugio por las noches en las estaciones de metro, y ocuparon gran parte del tiempo del gabinete[4]. Aun así, supusieron una amenaza menor comparados con la acción de los submarinos, que en la primavera de 1917 constituía la mayor esperanza de éxito de Alemania.

A partir del 1 de febrero, las aguas que circundaban las islas Británicas fueron declaradas por Alemania *Sperrgebiet*, o «zona prohibida», y si algún barco entraba en ellas debía tener en cuenta que lo hacía a riesgo y ventura. La mayor parte de las aguas del Mediterráneo (y de las que circundaban los puertos rusos del Ártico) fueron conceptuadas de la misma manera. Al principio, los U-Boote no solo disuadieron a muchos barcos neutrales, que prefirieron permanecer atracados, sino que alcanzaron e incluso superaron el número de hundimientos planeado por Holtzendorff.

TABLA 3

Tonelaje bruto de los buques mercantes perdidos,
enero-diciembre de 1917[5]

	Gran Bretaña	*Todo el mundo*
Enero	153.666	368.201
Febrero	313.486	540.006
Marzo	353.478	593.841
Abril	545.282	881.207
Mayo	353.289	596.629
Junio	417.925	687.505
Julio	364.858	557.988
Agosto	329.810	511.730
Septiembre	196.212	351.748
Octubre	276.132	458.558
Noviembre	173.560	289.212
Diciembre	253.087	399.111
Total	3.729.785	6.235.878

La mayoría de las pérdidas se produjeron en los accesos a las islas Británicas por el oeste y el suroeste, donde los mercantes (tras permanecer dispersos para cruzar el Atlántico) se encauzaban hacia el Clyde, Liverpool, Bristol y el canal de la Mancha[6]. Durante la «quincena negra», del 17 al 30 de abril de 1917, cerca de 400 000 toneladas de buques británicos se fueron a pique. El número de barcos británicos, aliados y neutrales hundidos pasó de 234 en febrero a 281 en marzo, 373 en abril, y 287, 290 y 227 en mayo, junio y julio respectivamente[7]. Las posibilidades de que un vapor transatlántico zarpara del Reino Unido y volviera sano y salvo se redujeron a una de cada cuatro; de ese modo, las pérdidas superaron con mucho a la construcción de los reemplazos y, de haber seguido a ese paso, Gran Bretaña se habría visto obligada a pedir la paz antes de fin de año[8]. Tan seguro estaba el Almirantazgo alemán que no realizó nuevos grandes encargos de submarinos hasta el mes de junio[9], y mientras tanto los británicos estaban a punto de ser presa del pánico. Hasta el momento, las contramedidas de los Aliados no sirvieron de mucho. El total de U-Boote operativos pasó de los 105

existentes el 1 de febrero a los 129 el 1 de junio; de febrero a abril solo fueron destruidos nueve (en su mayoría por chocar con minas)[10]. Las batidas con buques de superficie —tales como la operación BB, llevada a cabo por 49 destructores durante 111 días frente a las costas de Escocia— fueron completos fracasos[11].

La salvación de los Aliados sería el sistema de convoyes. Aunque adoptado gradualmente y como un elemento más dentro de un gran paquete de medidas, fue el paso más decisivo que llegaron a dar. Un convoy significaba el envío de los mercantes en un grupo organizado con una escolta de buques de guerra. Esta estrategia había tenido éxito ya en las guerras napoleónicas. El Almirantazgo la había abandonado en el siglo XIX, y entre 1914 y 1917 los buques mercantes siguieron navegando cada uno por su cuenta por rutas recomendadas, mientras que la armada llevó a cabo operaciones defensivas antisubmarinas como, por ejemplo, labores de patrullaje y de minado. La División de Operaciones del Almirantazgo (respaldada por las compañías navieras) rechazó los argumentos de los que defendían el sistema de convoyes. Insistió en que los mercantes no podían ser obligados a adaptarse a una velocidad uniforme y que tendrían que navegar todos al paso de los más lentos; descargarlos en masa habría supuesto forzar las capacidades de los puertos; si los U-Boote localizaban un convoy podían hacerlos saltar por los aires, y la armada disponía de un número insuficiente de buques de escolta. Estos argumentos revelaban el «sesgo ofensivo» característico de la época. Aunque plausibles, estaban equivocados. Cinco factores sirvieron para desmontarlos. El primero fue el éxito de los convoyes, aunque fuera a una escala limitada. Los buques de transporte de tropas fueron escoltados durante toda la guerra, y ninguno se fue a pique. Se organizaron convoyes con carácter regular a los Países Bajos, que zarparon por primera vez en julio

de 1916, y los convoyes de barcos carboneros con destino a Francia comenzaron a partir de febrero de 1917; en ambos casos, el número de pérdidas fue sorprendentemente bajo. A raíz de la nueva campaña de los submarinos, se organizaron luego convoyes con destino a Noruega. Estos experimentos reforzaron a los partidarios de llevar a cabo una prueba por el Atlántico, y un segundo factor, la entrada en la guerra de Estados Unidos, puso más escoltas a su disposición. El almirante William Sims, enviado en abril a Londres como oficial de enlace de la marina estadounidense, se encontró con una crisis mucho más grave de lo que se imaginaban en Washington. Sus presiones sobre la armada estadounidense, que compartía el mismo escepticismo de la británica, dieron fruto. En el mes de mayo llegaron al puerto de Queenstown, en Irlanda, seis destructores estadounidenses, y en septiembre lo hicieron otros treinta y cuatro. El tercer factor fueron las cuentas presentadas por el capitán de fragata Reginald Henderson al Ministerio de Marina, según las cuales cada día salían de los puertos británicos veinte transatlánticos y llegaban a ellos otros tantos, a diferencia de las previsiones realizadas por el Almirantazgo, que calculaban la partida y la llegada de trescientas embarcaciones de todas las categorías y nacionalidades. Dado que un convoy constaba por término medio de veinte buques mercantes, resultaba totalmente factible introducir el sistema en los viajes transoceánicos. Cuando los argumentos en contra de los convoyes empezaban a perder crédito, entró en juego el cuarto factor, la «quincena negra»: al tener que enfrentarse a semejante emergencia, Jellicoe (que había pasado de ejercer el mando de la Gran Flota a convertirse en primer lord del Mar) y sus oficiales se vieron obligados a reconocer que los convoyes no podían ser mucho más desastrosos que mantener el *statu quo*. Pero, al final, parece que Henderson mostró sus cifras al secretario del gabinete, Hankey, viejo defensor de los convoyes, y a través de

él a Lloyd George. El primer ministro reaccionó con lentitud, aunque luego se atribuyera la autoría de la decisión de imponer el sistema de convoyes[12]. En realidad, Jellicoe sabía que si no actuaba pronto, probablemente el gabinete le impusiera de todas formas el sistema[13], y ya había dado su aprobación a la medida antes de que se produjera el golpe de escena del 30 de abril, cuando Lloyd George bajó al Almirantazgo para presidirlo.

El primer convoy con destino a aguas del Atlántico Norte zarpó de Gran Bretaña el 10 de mayo. A partir de junio dio comienzo un sistema regular de ocho convoyes cada ocho días, y en agosto empezaron los envíos regulares de grupos de naves provistas de escolta con destino a Gran Bretaña. El Almirantazgo se equivocó por exceso de prudencia, haciendo que los convoyes fueran más pequeños de lo necesario, e insistiendo en que llevaran una velocidad muy alta y una numerosa escolta[14]. No obstante, los resultados fueron espectaculares. De los 5090 mercantes que participaron en los convoyes en 1917, solo se perdieron 63[15]. Tras demostrarse sus ventajas, el sistema se extendió al Mediterráneo y al Atlántico Sur. La razón fundamental de que funcionara fue, al parecer, sencillamente que vació los mares, pues un convoy no era más fácil de localizar que una sola embarcación. El descenso más notable en el número de hundimientos se produjo en los principales escenarios de los ataques sufridos anteriormente[16]. Además, desde que se había puesto al mando de la Sala 40 el director de inteligencia naval en el mes de mayo, el Almirantazgo pudo alejar los convoyes de los submarinos cuyos mensajes por radio habían sido interceptados. Los buques que formaban parte de un convoy era menos probable que fueran atacados, pero si lo eran, había destructores y otras embarcaciones cerca para recoger a la tripulación. En otoño los U-Boote empezaron, por tanto, a desplegarse por aguas costeras, donde los convoyes todavía estaban por organizar.

El nuevo sistema tardó meses en ponerse en marcha, y el peligro llegó a su punto culminante en abril, aunque al principio se vio mitigado por otras razones. Una era que los submarinos estaban sobrepasados de trabajo. Durante las primeras semanas de la campaña se ordenó que se hiciera a la mar el mayor número posible de unidades, y entre abril y mayo los que permanecían de retén se redujeron de cincuenta a cuarenta, aunque en junio su número volvió a subir[17]. Además, los encargados de elaborar los planes de Holtzendorff calcularon erróneamente otros aspectos de la respuesta dada por los Aliados[18]. Los británicos obligaron a los buques mercantes de los países neutrales a reanudar sus servicios amenazándolos con la detención. Los navíos alemanes retenidos en Estados Unidos desde 1914 (y en los países latinoamericanos que imitaron a Washington declarando la guerra a Alemania) fueron puestos a disposición de los Aliados. El gabinete de Lloyd George actuó con determinación para asegurar el abastecimiento hasta la recogida de la cosecha. La producción de municiones se limitó, con el fin de dejar disponible mano de obra suficiente para la construcción de barcos y reducir las importaciones. (A pesar de todo, las reservas de bombas eran enormes y en 1917 se produjo un 75 por ciento de cañones más que en 1916). Los barcos se concentraron en la ruta trascendental del Atlántico Norte, y la capacidad ahorrada se utilizó para acumular reservas: los stocks de trigo británicos pasaron de poder garantizar el consumo de doce semanas y un cuarto en el mes de febrero a menos de siete en mayo, pero se recuperaron hasta poder asegurar otra vez el consumo de trece semanas en agosto. A partir de julio se produjo una expansión de la construcción naval, aunque esta medida tardaría más en tener consecuencias[19]. En septiembre, octubre, noviembre y diciembre las pérdidas mensuales de submarinos ascendieron a diez, seis, ocho y ocho respectivamente[20], más o menos el equivalente al número de los

que se construían, principalmente debido al mayor despliegue de minas de mejor calidad. Pero los ataques contra los U-Boote eran algo secundario. Lo más importante era detener la pérdida de barcos. Gran Bretaña había superado el momento más peligroso antes de que el sistema de convoyes se generalizara, pero a la larga dicho sistema sería fundamental para su seguridad. Los U-Boote habían sido la respuesta de Alemania al callejón sin salida con el que se encontraba su flota de superficie, pero los convoyes supusieron un nuevo *impasse*.

Pero si Alemania no podía vencer por mar, quizá surgieran nuevas oportunidades por tierra. Cuando quedó patente el fracaso de la apuesta de Holtzendorff, las Potencias Centrales pusieron sus esperanzas en el este. En el verano de 1917 los Aliados agotaron sus fuerzas en una serie de operaciones aisladas, la más desastrosa de las cuales probablemente fuera la ofensiva Kerenski rusa. Esta iniciativa socavó la posición del gobierno provisional y allanó el camino a los bolcheviques. Pero tras la revolución de febrero, los altos mandos rusos quisieron llevar a cabo un ataque lo antes posible, temiendo que, de lo contrario, fueran los alemanes los que atacaran[21], y de paso esperaban obligar al gobierno a hacer frente a la indisciplina[22]. En cumplimiento de la Orden n.º 1 del Sóviet de Petrogrado habían aparecido comités de soldados en la mayoría de las unidades, y los oficiales tenían que convivir con ellos o se arriesgaban a ser detenidos. Al principio, los comités aprobaron resoluciones favorables a continuar con la defensa del país, pero cuando el Sóviet publicó un decreto a favor de la paz sin anexiones y sin indemnizaciones, se volvieron más hostiles a la guerra. Alemania y el Imperio austrohúngaro respondieron con una campaña intensiva de propaganda en el frente, prototipo de otros esfuerzos posteriores del mismo estilo por parte de los dos bandos[23]. Con motivo de la Pascua (temporada tradicional de confraternización) animaron a sus soldados a mezclarse con el

enemigo. Durante varias semanas cesaron prácticamente las hostilidades y los oficiales de inteligencia alemanes y austríacos circularon por detrás de las líneas rusas, dirigiéndose a los comités de soldados y haciendo hincapié en su deseo de alcanzar la paz. Pero esta táctica era muy arriesgada, sobre todo para los austríacos, entre cuyas tropas los rusos predicaban el socialismo y el separatismo. En mayo las Potencias Centrales perdieron la paciencia y pusieron fin a la iniciativa. En su lugar, intentaron tantear a las autoridades militares y políticas rusas, pero no tuvieron más éxito.

En efecto, a esas alturas se había producido un cambio de gobierno en Petrogrado. El 5 de mayo (CJ), Lvov amplió su gobierno para dar cabida a los socialrevolucionarios (eserres) y a los mencheviques del Sóviet, mientras que Alexandr Kerenski, hombre de ambiciones napoleónicas y notable talento como orador, aunque poco más, se convirtió en ministro de la Guerra y sustituyó a Alexéiev por Brusílov. El nuevo gobierno deseaba poner fin urgentemente al conflicto, pero se negó a entablar negociaciones por separado. Para conseguir una paz general creía que debía convencer a sus aliados de que redujeran sus objetivos de guerra, y como condición imprescindible pensaba que tenía la obligación de restaurar su credibilidad demostrándoles que Rusia era indispensable[24]. Por estos motivos decidió lanzar una ofensiva. Atacar en nombre de la paz era un concepto difícil de comunicar, pero los portavoces del gobierno —en particular el propio Kerenski— recorrieron el frente arengando a las tropas para que combatieran por una Rusia libre, y temporalmente logró ganárselas. Kerenski intentó también restablecer la disciplina, restaurando el derecho de los oficiales a imponer castigos corporales y nombrando comisarios para mediar entre ellos y los comités de soldados. Pero, si apoyaban al gobierno, estas organizaciones ponían en peligro su autoridad sobre los hombres y se abrió así una brecha para que

entraran los bolcheviques, el único partido que se oponía sin ambages a la guerra. Durante el mes de mayo, el «bolchevismo de trinchera» creció con celeridad, y el periódico del partido, *Soldatskaia Pravda*, alcanzó una tirada de 50.00060 000 ejemplares[25]. Durante el mes de junio, mientras se llevaban a cabo los preparativos de la ofensiva, estallaron grandes motines, y algunos regimientos del sector designado para la operación se negaron a trasladarse al frente hasta tener la seguridad de que el Sóviet la aprobaba. La mayoría de las unidades no tardaron en ser convencidas de que debían obedecer, o fueron disueltas, y sus hombres fueron enviados a otras formaciones, aunque en un caso los rebeldes fueron rodeados y bombardeados. A pesar de todo, cuando por fin fue lanzada, la ofensiva supuso el desmoronamiento del ejército.

El asalto principal estaba previsto para el 18 de junio/1 de julio contra los austrohúngaros en el frente sudoeste. La Stavka calculaba que su superioridad local era de 84:53 divisiones, el bombardeo fue el más intenso que se había visto en el este, y una vez más las unidades checas se rindieron en masa; pero aunque los rusos lograron avanzar treinta kilómetros, sus tropas de la retaguardia se negaron a marchar al frente para aprovecharse del éxito conseguido. Los ataques complementarios contra los alemanes fueron abortados cuando las tropas se negaron a saltar el parapeto o se dieron a la fuga. Cinco días después, las Potencias Centrales comenzaron una contraofensiva que llevaban largo tiempo planeando. Aunque Ludendorff limitó su escala reteniendo algunas tropas en Francia, logró un importante efecto sorpresa y avanzó ciento sesenta kilómetros, liberando completamente el territorio de los Habsburgo que había sido ocupado y reconquistando no solo las últimas ganancias obtenidas por los rusos, sino también las que había hecho Brusílov en 1916. Los rusos finalmente se unieron e incluso contraatacaron a su vez junto con los rumanos, pero

como fuerza ofensiva estaban acabados. En septiembre Ludendorff aprovechó su ventaja reemprendiendo la campaña en el extremo norte del frente y liberando reservas para efectuar un ataque contra Riga[*]. Como la contraofensiva de Galitzia, esta fue una operación limitada, pero los alemanes calcularon, acertadamente, que intensificaría las disensiones internas de Rusia amenazando Petrogrado. Ambas batallas vinieron a subrayar la forma en que estaba cambiando el equilibrio de fuerzas en el este. Las Potencias Centrales habían estado a la defensiva desde 1915, mientras los alemanes habían estado ocupados en el oeste. Pero tras la revolución de febrero, Alemania y el Imperio austrohúngaro se marcaron como objetivo alterar la voluntad de Rusia de continuar con la guerra, combinando la propaganda en el frente con los sondeos de paz y —cada vez más— con la acción militar. En otoño Ludendorff empezó a perder la paciencia e intentó precipitar el final como paso previo al ataque en el oeste previsto para 1918. Pocas cosas se lo impedían, excepto la escasez de hombres y de medios de transporte.

Desde el comienzo de la guerra, las tropas y sus oficiales habían limitado las operaciones negándose a sacrificarse hasta el último hombre. En 1915-1916, las tropas francesas se habían mostrado cada vez menos dispuestas a aprovechar al máximo sus ataques, y muchos contingentes austríacos y rusos se habían rendido sin ofrecer resistencia. Durante 1917 hubo en casi todos los ejércitos unidades que se negaron a atacar, o incluso a desplazarse al frente. Tal vez resulte sorprendente comprobar que tardara tanto en manifestarse el instinto de conservación. La represión a manos de la policía militar y de las cortes marciales explica en parte que así fuera, y por supuesto también la falta de oportunidades en unos frentes estáticos lejos de un hogar al que huir o incluso la dificultad de desertar y de pasarse al enemigo. Sin embargo, la disciplina no había dependido nunca solo de la

intimidación, y en 1917 otros elementos del conjunto que formaban las fuerzas beligerantes habían empezado a desmoronarse. Las quejas por la escasez de alimentos, el descanso y los permisos se hicieron habituales cuando comenzaron los motines, pero rara vez fueron los desencadenantes. Probablemente fuera más significativa la impaciencia por ver el fin de la guerra y por la falta de indicios de que fuera a ser así. Aunque se produjeron disturbios nunca vistos hasta entonces en ambos bandos, los Aliados sufrieron más porque normalmente iban a la ofensiva, y el fracaso de las ofensivas fue una y otra vez el catalizador del descontento. De ese modo, el ejército austrohúngaro, que se enfrentó a una escasez cada vez mayor de alimentos, pero lanzó pocos grandes ataques, sufrió un incremento de las deserciones, pero no hubo en él muchos episodios de indisciplina colectiva[26]. En general podemos decir lo mismo de su aliado, aunque en algunas unidades alemanas se produjeron disturbios durante el verano. Se vieron particularmente afectadas las tropas de Sajonia y de Württemberg en diversos incidentes en el Frente Occidental[27]. Los servicios franceses de inteligencia detectaron los disturbios, pero parece que acabaron enseguida. Sabemos más de los motines que tuvieron lugar en la Flota de Alta Mar, en cinco acorazados y un crucero en Wilhelmshaven en agosto de 1917. Parte destacada en ellos tuvieron el tedio y la inactividad, pero la indignación vino motivada sobre todo por la escasez de los permisos, la dieta a base de nabos y verduras deshidratadas y los privilegios y los abusos de los oficiales. Cuando ciertos mandos se negaron a cumplir la decisión gubernamental de establecer comisiones de supervisión de la comida en los buques de guerra, varios centenares de marineros reaccionaron organizando manifestaciones en tierra. Las autoridades no tardaron en recuperar el control; cinco amotinados fueron condenados por traición y dos de ellos fueron ejecutados, pero las quejas de los

hombres no fueron atendidas y su resentimiento siguió enconándose hasta que se produjo la revuelta mucho más grave de octubre de 1918[28].

Las dificultades de los Aliados fueron más serias. Muchos oficiales rusos sobrevivieron a duras penas después del mes de marzo, y las labores de adiestramiento y el mantenimiento de las trincheras se deterioraron, mientras que la orden de llevar a cabo la ofensiva Kerenski provocó actos de desobediencia en masa y huidas a la retaguardia. Análogamente, la ofensiva de Nivelle —o, más exactamente, la decisión de continuar con ella— precipitó los motines franceses de mayo y junio. Las negativas esporádicas a marchar al frente empezaron de inmediato después del primer día. Los disturbios aumentaron cuando Pétain sustituyó a Nivelle el 15 de mayo y ordenó realizar otros ataques dispersos (en parte para que el terreno conquistado resultara más fácil de defender). Los incidentes afectaron entonces a todos los regimientos, y a comienzos de junio la crisis llegó a su punto álgido, marcado por el incremento de la violencia y un intento de marchar sobre París. Según las estadísticas, se contabilizaron 119 tumultos en casi dos terceras partes de las divisiones del ejército, y entre 30 000 y 40 000 soldados se vieron profundamente envueltos en ellos. A partir de mediados de junio, los disturbios cesaron, aunque se reanudaron en agosto (significativamente en los alrededores de Verdún, donde Pétain estaba preparando un nuevo ataque) y hasta enero de 1918 no fueron sofocados por completo[29].

Desde las últimas fases de Verdún en 1916, el GQG había avisado de que los ánimos de las tropas habían empezado a vacilar. Joffre y Nivelle echaron la culpa a la propaganda pacifista, y acusaron al gobierno de laxitud. Desde luego, algunas ideas de la oposición antibelicista hicieron mella en los soldados, pero las actas de los consejos de guerra ofrecen pocos testimonios de que los amotinados fueran de izquierdas. Los

condenados no se caracterizaron ni por su clase social ni por su región de origen, ni siquiera por su edad. Mucho más sorprendente fue el hecho de que la mayoría de los disturbios se produjeran en Champaña, detrás del sector de los ataques de abril y mayo. El factor común en todos los casos fue la participación en esas acciones o la orden de participar en ellas, y las cartas de los soldados y los informes de los oficiales confirman el impacto mortificante de la frustración de las esperanzas invertidas. Los análisis de los censores postales indican que las tropas estaban dispuestas a combatir a la defensiva, exigiendo la conclusión de un acuerdo sin anexiones ni indemnizaciones, pero pocas veces se ven indicios de que desafiaran la legitimidad de la Tercera República Francesa. A diferencia de muchos de sus compañeros rusos, los soldados franceses seguían sintiéndose parte de una comunidad nacional. La característica fundamental del descontento fue la negativa de las tropas a efectuar ataques, aunque los amotinados expresaron también otras quejas, como, por ejemplo, las relacionadas con la comida o la concesión de permisos, de los cuales había llegado a acumularse una gran cantidad de casos pendientes y cuya concesión era muy irregular. Aunque algunos soldados corearon eslóganes pacifistas y revolucionarios y eligieron sóviets, los incidentes acabaron en su mayoría a los pocos días y los oficiales fueron tratados con respeto; de hecho, fue la capacidad de persuasión de estos la que acabó normalmente con los disturbios. Los motines han sido comparados con los conflictos laborales: la mayor parte de los hombres siguieron resistiendo, pero pretendían recibir un trato mejor y se negaban a permitir que se malgastaran sus vidas[30].

Pétain restableció la disciplina en parte mediante la represión, sobre todo una vez que los soldados regresaron a sus puestos. Fueron condenados unos 2873 hombres, 629 de ellos a muerte, siendo ejecutados 43, quizá el 0,1 por ciento del total,

debido a que el gobierno conmutó la mayoría de las penas capitales. Tal vez esta cifra parezca pequeña, pero las víctimas fueron seleccionadas arbitrariamente y lo que se pretendía con ello era que su castigo sirviera de ejemplo[31]. Pétain intentó contrarrestar el pacifismo ordenando a los oficiales que explicaran a sus hombres las terribles consecuencias de una paz inmediata. No obstante, hizo también grandes concesiones. Los permisos se ampliaron de siete a diez días cada cuatro meses, y los atrasos acumulados se corrigieron. Se permitió a los soldados gozar de un período de descanso completo cuando dejaban el frente, y sus raciones de comida y sus barracones experimentaron una mejora[32]. Sobre todo, en su Directiva n.º 1 del 19 de mayo, Pétain admitió que de momento era imposible romper las líneas enemigas y llevar a cabo un avance importante. Recibió el apoyo de Foch, hasta entonces defensor a toda costa de la ofensiva, que se había convertido en JEM, y del ministro de la Guerra, Paul Painlevé, que declaró en el Parlamento que durante 1917 Francia no lanzaría ninguna otra gran ofensiva[33]. Por el contrario, Pétain propuso llevar ataques limitados por sorpresa, rápidamente uno detrás de otro, en diferentes sectores, después de que la artillería llevara a cabo una acción preparatoria de neutralización con todos sus efectivos. La primera operación de este tipo fue la del bosque de Houthulst, en el flanco izquierdo de la ofensiva británica de Flandes, que comenzó el 31 de julio. Fueron utilizadas unidades que no se habían visto afectadas por los motines, con una protección nunca vista hasta entonces de la aviación y de la artillería, y las tropas alcanzaron sus objetivos rápidamente y con unos costes muy bajos[34]. La segunda fue un ataque en Verdún entre el 20 y el 25 de agosto, en el que los franceses hicieron 10 000 prisioneros y lograron avanzar entre dos y tres kilómetros. La tercera y la más grande, a finales de octubre, fue la de la Malmaison, en el mismísimo Chemins des Dames; la infantería capturó a 15 000 prisioneros

y avanzó con sesenta tanques y con una densidad de la artillería hasta tres veces superior a la alcanzada en tiempos de Nivelle. Evidentemente, Pétain deseaba conjurar el fantasma de abril y restablecer su ejército como una fuerza atacante capaz de apuntalar la influencia política de Francia. Pero para llevar a cabo un esfuerzo a gran escala tendría que esperar a que sus hombres estuvieran mejor equipados y a que los estadounidenses llegaran en masa[35]. Mientras tanto, a diferencia de los intentos realizados por Joffre y Nivelle de romper el saliente de Noyon y atacar hacia el norte, él tenía planeado para 1918 descargar el golpe hacia el este e invadir Alsacia, fortaleciendo así la posición de Francia en caso de que se emprendieran negociaciones de paz. Sospechaba que Haig, con su concentración en Bélgica, seguía ya esa estrategia. Pero que cada socio persiguiera sus objetivos territoriales por separado suponía una inquietante desviación de la filosofía de Chantilly, y venía a subrayar lo profundas que eran las discrepancias estratégicas de los Aliados[36].

Con Rusia y Francia fuera de combate, solo Italia y Gran Bretaña llevaron a cabo ofensivas prolongadas durante el verano y el otoño. También estos países acabaron agotados y con sus tropas totalmente desanimadas, o peor. Italia atacó dos veces en el Isonzo y una en el Trentino. Al principio, según se decía, la moral fue buena. Entre noviembre de 1916 y mayo de 1917 se había producido una pausa en las grandes operaciones, la quinta de 1897 había introducido nuevos reclutas, y el ejército era más numeroso y estaba mejor equipado que nunca. En vez de sincronizar la décima batalla del Isonzo con la ofensiva de Nivelle, Cadorna la aplazó hasta el 20-26 de mayo y la inició contando con treinta y ocho divisiones contra catorce. Sin embargo, constituyó un fracaso lamentable, que supuso la pérdida de 127 840 italianos, entre muertos y heridos (la media mensual más alta de Italia en toda la guerra), frente a las 75 000

bajas de los austríacos. Mientras que estos habían combatido hasta entonces solamente a la defensiva, ahora, al contar con los refuerzos llegados de Rusia, se lanzaron al contraataque. Lo hicieron una vez más a continuación de la ofensiva fallida de Cadorna en el Trentino entre el 10 y el 25 de junio. En la undécima batalla del Isonzo (desde el 17 de agosto hasta aproximadamente el 20 de septiembre), precedida por las labores preparatorias más intensas que se habían visto hasta el momento, los italianos avanzaron siete u ocho kilómetros y tomaron parte de la meseta de la Bainsizza, pero perdieron otros 100 000 hombres —de nuevo casi dos veces más que los austríacos— y acabaron en un frente mucho menos defendible. En aquellos momentos el ejército italiano manifestaba unos síntomas alarmantes. Los observadores comunicaron que la décima batalla del Isonzo había tenido unos efectos desastrosos, y que la infantería avanzaba llorando. Los tribunales militares dictaron muchas más condenas por indisciplina e insubordinación, y en el mes de noviembre Cadorna declaró (aunque exagerara las cifras) que 100 000 desertores se habían dado a la fuga. Los soldados disparaban desde los trenes militares e insultaban a los ferroviarios y los *carabinieri*, tildándolos de remolones. En marzo las tropas de la Brigada Rávena, agotadas después de un prolongado período de servicio, se negaron a volver a marchar al frente al enterarse de que habían sido cancelados los permisos. Aunque sus oficiales lograron convencerlas de que obedecieran las órdenes, varios hombres fueron luego detenidos y fusilados. En julio dos regimientos de la Brigada Catanzaro se sublevaron cuando los *carabinieri* se infiltraron entre ellos y descubrieron que se estaba preparando un motín. Las fuerzas leales los rodearon y la revuelta fracasó, siendo ejecutados sumarísimamente veintiocho soldados. Una vez más, el tumulto se había producido tras un larguísimo período de servicio en el frente y la suspensión de los

permisos. Sin embargo, el incidente quedó localizado y no parece que contribuyera a la falta de avances del ejército. Por el contrario, antes de la undécima batalla del Isonzo los observadores comunicaron que reinaban el optimismo y la creencia en que la guerra estaba a punto de acabar. Sorprendentemente, incluso después de que estas esperanzas se vieran frustradas, los oficiales señalaron que los ánimos estaban más tranquilos en el ejército y que no había motivos de preocupación. Sin embargo, esa tranquilidad se debía en parte al convencimiento de que las operaciones habían quedado suspendidas por la llegada del invierno, suposición que no tardó en revelarse un error gravísimo[37].

Si se quería romper la situación de estancamiento existente por tierra, en 1917 daba la impresión de que el único ejército que sería capaz de hacerlo era el británico. Se trataba cada vez más de un ejército de reclutas forzosos, castigado por la acción del Somme, cuya infantería ya no cantaba cuando marchaba al frente[38]. Pero era más numeroso, tenía más armas y estaba mejor cualificado para usarlas. El problema de producción relacionado con la escasez de proyectiles se había solucionado: en 1916 el Ministerio de Municiones reforzó los controles de calidad y en 1917 la productividad alcanzó nuevas cotas[39]. En la medida en la que el problema residiera en la distribución, en el invierno de 1916-1917 *sir* Eric Geddes reorganizó el sistema ferroviario de la BEF, mejorando de manera espectacular la circulación de los suministros[40]. Durante la acción del Somme, la artillería había mejorado la efectividad de su fuego de contrabatería y había introducido las cortinas de fuego móvil para apoyar a la infantería, y en Arras añadió a su panoplia los morteros Livens y las espoletas 106; por si fuera poco, había conseguido un fuego más denso que en julio de 1916, y con unas municiones más fiables[*]. Ahora la BEF disponía de varias decenas de tanques, pero la clave de sus éxitos en 1917 fue la

mayor efectividad de la artillería, complementada por una nueva generación de cazas suministrados en mucha mayor cantidad —el S. E.5, el Sopwith Camel y el Sopwith Pup—, que en el verano le permitieron recuperar y mantener la superioridad aérea[41]. Los británicos (como los franceses) se estaban volviendo más expertos en asaltar posiciones fortificadas. Pero los alemanes seguían mejorando sus medidas de defensa, y la vuelta a una guerra de movimientos estaba más lejos que nunca.

Y no era que Haig y el GHQ se dejaran amilanar. Durante 1917, la BEF lanzó grandes ataques en abril-mayo en Arras, en junio en Messines, desde julio hasta noviembre en Ypres, y de nuevo en noviembre en Cambrai. Los costes estuvieron en proporción, y el contraste, por segundo año consecutivo, entre el elevado número de bajas, como no se había conocido nunca, y la nimiedad de las ganancias amargaría a los británicos durante décadas. La responsabilidad estratégica era del GHQ, aunque el gobierno pudo ejercer, no sin dificultades, su veto. Los aspectos militares y políticos tenían que irse turnando.

El compromiso de Haig con la postura ofensiva provenía de sus estudios en la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas, lo mismo que su teoría de que la victoria llegaba a través de una «lucha de desgaste» antes de lograr un gran avance y poder explotarlo[42]. Tras la ofensiva de la primavera dejó de estar subordinado al GQG y no tuvo ya que ceder la iniciativa a su aliada Francia. Para Haig eso significó la libertad de emprender una gran ofensiva en Flandes, algo que deseaba desde hacía tiempo y cuyos preparativos había ordenado desde comienzos de año, pues esperaba que Nivelle fracasara[43]. Quizá sintiera apego por Ypres por razones personales, dada la importancia que había tenido la ciudad en 1914 para afianzar su buena reputación. Pero algunas consideraciones estratégicas razonables favorecían elegir Flandes; más razonables desde luego que las que habían llevado a elegir el Somme. El saliente de Ypres estaba protegido

por las colinas de Messines-Menin-Passchendaele, que lo rodeaban, y era batido por la artillería alemana escondida en las laderas del otro lado. Las bajas sufridas en aquel lugar por los británicos ascendían cada mes a varios millares[44]. A menos de diez kilómetros de las colinas estaba el empalme de Roeselare, en la línea ferroviaria principal que discurría lateralmente por detrás del frente de los alemanes. Haig pensó, por tanto, que debían permanecer en su posición. Además, Flandes era la base de los Gotha que bombardeaban Londres, y un poco más allá de Roeselare se extendía toda la costa belga. Los U-Boote ligeros estacionados cerca de Brujas que se hacían a la mar en Zeebrugge y Ostende formaban casi un tercio de la flota de submarinos; los destructores alemanes atracados allí habían hecho incursiones en el estrecho de Calais durante 1916-1917 y podían suponer una amenaza para los buques de transporte de tropas que cruzaban el canal. Haig tenía pensado que, una vez que cayeran las colinas, una segunda fuerza avanzara a lo largo del litoral hacia Nieuwpoort, y que una tercera desembarcara cerca de Ostende. Una vez despejada la costa, podría prestar ayuda a la armada en un momento crítico, rebasaría por fin a los alemanes y los obligaría a replegarse en la frontera de Holanda o a salir por completo de los Países Bajos[45]. Su plan era audaz e imaginativo.

Haig esperaba empezar la ofensiva antes de que Ludendorff llevara refuerzos, pero el primer obstáculo lo encontró en Londres[46]. Allí contaba con la ayuda de Robertson (aunque este en privado se mostrara escéptico). El JEMI compartía en general la oposición de Haig a desviar tropas del Frente Occidental, y también deseaba permanecer a la ofensiva, aunque solo fuera para no ceder la iniciativa a los alemanes. Pero era mucho menos optimista que Haig respecto a Rusia, temía que la BEF se debilitara y preveía que los obstáculos tácticos habituales impidieran el avance[47]. Apoyó el plan de Flandes a falta de otra

alternativa mejor, pero advirtió a Haig que no hiciera una propaganda excesiva de él y aconsejó al gabinete que lo razonable habría sido seguir presionando a los alemanes e ir erosionándolos y no precisamente intentar romper sus líneas. A veces esas diferencias provocaron fricciones entre los dos militares, pero en general presentaron un frente unido[48]. Los líderes civiles no. La «gran discusión» sobre la ofensiva no fue un simple enfrentamiento entre unos militares empeñados en el desgaste y unos políticos que buscaban otra cosa[49]. Lloyd George era el principal escéptico, si bien le faltaban apoyos, incluso entre algunos colegas de su gabinete, como Curzon y Smuts, que querían dar prioridad a los intereses imperiales fuera de Europa en vez de concentrar todas sus fuerzas en el Frente Occidental. El primer ministro, al que habitualmente no le faltaba la confianza en sí mismo, vaciló y no quiso ignorar a los profesionales, pues ya se había hecho un flaco favor apoyando a Nivelle. Dado que sus colegas y una mayoría de la Cámara de los Comunes lo consideraban indispensable, probablemente habría podido descartar el parecer de Haig[50], y no hacerlo lo atormentaría el resto de su carrera. Pero, como siempre, los argumentos de los militares parecían plausibles, y Lloyd George carecía de una alternativa plausible. Anteriormente ya había apoyado la expedición a Tesalónica, pero ahora estaba perdiendo la fe en ella. Aunque lo cierto es que en junio el rey Constantino se sometió a las exigencias de los Aliados y abdicó, y Venizelos, que ya había formado un gobierno provisional bajo la protección aliada, volvió a ocupar el cargo de primer ministro y metió a Grecia en la guerra. No obstante los submarinos alemanes que operaban desde la costa adriática del Imperio austrohúngaro dificultaban el aprovisionamiento del frente de los Balcanes y en el mes de mayo la mayor ofensiva emprendida allí por los Aliados no había surtido ningún efecto sobre los búlgaros y había costado 14 000 bajas[51]. Lloyd George recurrió

entonces a Italia. En el Comité de Política de Guerra del gobierno, que se reunió dieciséis veces entre el 11 de junio y el 18 de julio, propuso enviar piezas de artillería pesada a Cadorna. Si los italianos lograban avanzar unos quince kilómetros hacia Trieste, el Imperio austrohúngaro podría firmar una paz por separado, cediendo la propia ciudad portuaria en prenda, pero conservando los otros territorios prometidos a Italia en el Tratado de Londres. Sus colegas temían, sin embargo, que los alemanes ayudaran a los austríacos y dudaban de que los italianos conquistaran Trieste y de que Viena se aviniera a negociar si lo conseguían. Probablemente tuvieran razón a fin de cuentas. La otra alternativa que le quedaba al primer ministro era avanzar en Palestina, pero desechó esta opción hasta después de que comenzara la ofensiva de Flandes. Quería conservar intactos sus efectivos, para que Gran Bretaña pudiera contribuir con más fuerza a las últimas etapas de la guerra y dar ánimos al frente interno con unos éxitos poco costosos. Esperaba aislar a Alemania quitando de en medio a sus aliados, pero subestimó no solo las dificultades logísticas que suponía actuar fuera de la Europa septentrional, sino también la determinación de Austria y de Turquía.

En cualquier caso, había dos consideraciones que excluían la opción de no hacer nada en el Frente Occidental. Una era la evidencia de que los estadounidenses tardaran dos años en desplegar un ejército numeroso, lo que significaba que esperarlos habría retrasado hasta 1919 el lanzamiento de una ofensiva capaz de poner fin a la guerra. La segunda era la preocupación por Francia. Foch y Pétain apoyaban la ofensiva británica, pero no el proyecto de Flandes; Foch dudaba que surtiera efecto, y Pétain sospechaba que quizá persiguiera otros motivos más allá de los aparentes. Además, ni uno ni otro quisieron pedir ayuda cuando se produjeron los motines. Por el contrario, Pétain hizo todo lo posible por ocultarlos y aunque el

GHQ tenía bastante idea de lo que estaba pasando, no informó al gobierno. Pero el Comité de Política de Guerra sí que sabía bastante acerca de la situación política reinante al otro lado del canal, donde las huelgas y la inestabilidad ministerial habían despertado de nuevo el espectro de una paz por separado. Como sucediera antes de las batallas de Loos y del Somme, la coyuntura convenció al comité de que era necesario demostrar que la BEF sabía actuar[52]. Algunos ministros tuvieron incluso en cuenta las advertencias de Jellicoe, según el cual si los submarinos alemanes seguían en sus bases de Flandes, Gran Bretaña corría el riesgo de sufrir una derrota antes de las navidades, y sería un desastre que Alemania controlara la costa belga una vez firmada la paz. Sin embargo, cuando el gabinete concedió por fin su «apoyo más completo» a la ofensiva, ese beneplácito no fue ni sincero (Lloyd George no había abandonado ninguna de sus reticencias) ni incondicional, pues se reservó el derecho a revisarlo y a detener las operaciones si la batalla se convertía en otra empresa larga y costosa sin resultados concluyentes[53]. Los franceses habían aprobado la ofensiva de Nivelle en unas condiciones similares, y ambos gobiernos estaban decididos a evitar que se repitiera otra experiencia como la del Somme. Pero más o menos eso sería lo que acabaría siendo la campaña.

Bien es verdad que la batalla preliminar de Messines fue todo un éxito. El 7 de junio por la mañana, en el segundo gran ataque de 1917 (después del de Arras), los británicos detonaron veintiuna minas a más de dieciocho metros por debajo de la superficie de las posiciones avanzadas alemanas en la cresta de Messines-Wytschaete, al sur de Ypres, diecinueve de las cuales llegaron a estallar. Llevaban haciendo preparativos desde 1915 y la enorme explosión se oyó incluso en Londres, pero no fue más que la culminación de un bombardeo de diecisiete días con tres millones de bombas[54]. Las dos primeras líneas alemanas

cayeron en dos horas; fue la típica orden de Haig, que insistió en avanzar por el extremo más alejado de la colina, lo que hizo que los combates se prolongaran una semana y costaran cerca de 25 000 bajas británicas y otras tantas alemanas (algo por lo demás insólito). Messines hizo salir a las fuerzas enemigas de una posición dominante desde la que podían observar los preparativos que se llevaban a cabo en el saliente de Ypres, pero las avisó de que se preparaba una ofensiva mayor. Las fuentes alemanas indican que un ataque complementario de los británicos llevado a cabo inmediatamente después habría supuesto la toma de la meseta de Gheluvelt al norte de la colina, de importancia capital, pero a la hora de la verdad fueron los alemanes los que consolidaron la posesión de Messines trasladando más hombres al saliente y reforzando sus defensas durante las seis semanas de buen tiempo ininterrumpido. Las deliberaciones del Comité de Política de Guerra no fueron la causa primordial de la demora de la ofensiva. Un problema añadido fue que los británicos tuvieron que transportar sus cañones pesados a la nueva dirección del ataque, y necesitaron tiempo para alcanzar la superioridad en materia de artillería; pero más importante aún fue la decisión de Haig de quitar la responsabilidad de la ofensiva al II Ejército de *sir* Herbert Plumer (que había llevado a cabo la operación de Messines) para dársela al V Ejército de *sir* Hubert Gough. Haig había tenido en cuenta los planes de Plumer y los de Rawlinson, comandante general del IV Ejército en el Somme, pero parece que prefirió a Gough porque pensó que apuntaría más alto. El resultado fue una componenda en cierto modo parecida al plan del 1 de julio de 1916. Gough no se marcó abiertamente como objetivo romper las líneas enemigas, sino que planteó un plan más ambicioso con el fin de que la infantería avanzara el primer día cuatro mil o cinco mil metros, de modo que los atacantes quedaran fuera de la protección de su artillería. A la hora de la

verdad, el primer día de la tercera batalla de Ypres, el 31 de julio, nueve divisiones británicas (equivalentes más o menos a 100 000 hombres) ganaron casi treinta kilómetros cuadrados de terreno a costa de 27 000 bajas, comparados con los menos de seis kilómetros cuadrados ganados a costa del doble de bajas el primer día de la batalla del Somme. Aun así, distaron mucho de alcanzar los objetivos de la jornada, a pesar de avanzar por un frente más corto que el año anterior con superioridad aérea y el apoyo de cuarenta y ocho tanques y de disparar el cuádruple de bombas. El desarrollo posterior de la batalla confirmaría que, a pesar de las mejoras tácticas, la BEF todavía era incapaz de superar las defensas del enemigo. ¿Qué había fallado?

Los británicos atacaron uno de los sectores más fuertes del frente alemán, precisamente porque la OHL, lo mismo que el GHQ, comprendía la importancia que tenía. La tercera batalla de Ypres se libró en una llanura costera de tierra arcillosa con un nivel freático muy alto, en la que el núcleo del sistema de defensa estaba formado por líneas de fortines de hormigón, con el apoyo de una artillería convergente en la meseta de Gheluvelt y la colina de Passchendaele. Después de Messines, Ludendorff nombró jefe del Estado Mayor del IV Ejército de Flandes a Lossberg, el más experto de sus especialistas en defensa. Los alemanes ya habían preparado tres líneas, pero Lossberg ordenó formar otras dos y estableció nuevas tácticas, similares a las empleadas por primera vez en el contraataque lanzado durante la ofensiva Kerenski. Había que mantener a los británicos lo más lejos posible de la delantera, primero mediante puestos avanzados que ocuparan los cráteres abiertos por las bombas, con el respaldo de ametralladoras y cañones de campaña suministrados por trenes ligeros. Más atrás esperaban las divisiones de contraataque (*Eingreif*), armadas con las nuevas ametralladoras ligeras Mark 08/15 y organizadas en escuadrones (*Gruppen*) de ametralladoras ligeras y fusileros de combate que

debían infiltrarse entre las fuerzas enemigas[55]. Los alemanes disponían además de una nueva arma, las bombas de gas mostaza, que los británicos tardarían todavía un año en desarrollar. El gas mostaza era menos letal que el cloro, aunque causaba unas ampollas dolorosísimas y ceguera transitoria, y dificultaba muchísimo el avance de los atacantes[56]. Pero la ventaja final de los alemanes fue la lluvia, que dificultó la visibilidad durante la cortina preliminar de fuego y que cayó a raudales en la tarde del primer día, doblando casi los 127 mm habituales durante el mes de agosto[57]. Frente a aquellas defensas tan formidables, los británicos no vieron ninguna alternativa a un bombardeo excepcionalmente intenso, si bien su artillería destruyó el intrincado sistema de drenaje local y la incesante lluvia convirtió arroyos como el Steenbeek, que corría en transversal al eje principal del avance, en auténticos pantanos. Las consecuencias fueron desastrosas. La aviación no pudo efectuar operaciones de reconocimiento; los tanques no avanzaban e incluso se hundían por completo; las bombas solo podían ser transportadas a duras penas y la evacuación de los heridos resultaba casi imposible. Gough tomó una pequeña isla tectónica llamada cresta de Pilckem, pero no logró rebasar la meseta de Gheluvelt, y los alemanes se impusieron en un contraataque. Las condiciones atmosféricas obligaron entonces a Gough a suspender las operaciones hasta el 16 de agosto, cuando intentó llevar a cabo otra ofensiva general. Tomó la localidad de Langemarck, situada a su izquierda, pero en otros lugares los contraataques invalidaron las ganancias iniciales. A finales de mes, Haig traspasó la meseta de Gheluvelt al frente del II Ejército y una vez más confió a Plumer la principal responsabilidad de las operaciones. Este, que era un militar sensato y tenía un Estado Mayor muy competente, tardó tres semanas en hacer los preparativos y durante ese tiempo el terreno mejoró muchísimo, pues septiembre fue un mes

irregularmente seco. Planeó llevar a cabo unos avances limitados con apoyo de un fuego de artillería todavía más fuerte que el utilizado por Gough. En las tres batallas de la carretera de Menin (20 de septiembre), del bosque del Polygone (26 de septiembre) y de Broodseinde (4 de octubre) alcanzó unos objetivos relativamente poco ambiciosos y repelió los contraataques del adversario, mientras que en Broodseinde, donde los defensores concentraron más tropas en las primeras líneas, las pérdidas alemanas fueron muy elevadas, entre ellas los 5000 hombres que fueron hechos prisioneros, indicio inequívoco de su desmoralización. Este cambio de táctica revelaba el nerviosismo de la OHL, que de hecho no encontró respuesta a los métodos de Plumer. Haig suponía que todavía podían llegar a los puertos del canal, e incluso que la guerra acabaría ese año. Pero, en realidad, Plumer había conquistado menos terreno que Gough en proporción con las pérdidas sufridas, y también él sucumbió a la impaciencia. Dejó intervalos más cortos entre una ofensiva y otra, y de paso menos tiempo para reubicar sus cañones. En octubre volvieron las copiosas lluvias y los dos ataques contra la colina de Passchendaele de los días 9 y 12 de dicho mes fueron sendos fracasos muy costosos, pues los alemanes volvieron a su vieja táctica mientras que las cortinas de fuego de los británicos fueron incapaces por primera vez en toda la campaña de cortar las alambradas. Todos los comentaristas coinciden en afirmar que en ese momento Haig habría debido detenerse. Pero insistió en seguir adelante, aun cuando Gough manifestó su deseo de parar[58]. De hecho, en la fase final limitó su objetivo a la captura de la colina[59]. Durante esta fase, el Cuerpo Canadiense al mando de *sir* Arthur Currie tuvo el protagonismo, e insistió en que antes de cada ataque los intervalos fueran más largos y los bombardeos más intensos. En oleadas sucesivas el 26 y el 30 de octubre y el 6 y el 10 de noviembre, los canadienses tomaron

Passchendaele, pero sufrieron al menos 12 000 bajas. Para entonces el campo de batalla se había convertido en un páramo de cráteres abiertos por las bombas, de peligrosos pasillos, de bosques destrozados y de pueblos borrados del mapa, que se encargaron de reproducir las fotografías y los dibujos de los artistas de guerra británicos hasta convertirse en todo un emblema del Frente Occidental. Incluso el Somme, según dijeron a Guy Chapman cuando su unidad fue trasladada al frente, había sido una «merienda campestre» comparado con aquello[60].

En diciembre Haig preparaba una batalla defensiva para 1918, y el fracaso de la ofensiva lo había dejado en peores condiciones para llevarla a cabo. La toma de Passchendaele permitió a los británicos quedar menos expuestos al fuego de la artillería alemana y dominar la mayor parte de la colina, pero el saliente era más profundo y más angular que en julio y Haig reconoció ante Robertson que la situación sería insostenible[61]. La BEF no había llegado en absoluto a las cercanías de Roeselare, y menos todavía a la costa. Aunque los franceses habían logrado un respiro, su principal protección era que los alemanes nunca llegaron a adivinar el alcance de los motines y en cualquier caso no tenían intención de llevar a cabo ninguna gran ofensiva. Tampoco resulta plausible sostener, como podría serlo en el caso del Somme, que por lo menos los británicos habían aprendido algo y habían mejorado su táctica. La eficacia de la BEF mejoró muchísimo durante 1917, pero no en Ypres. Tres semanas después de que acabara la batalla, las fuerzas recién llegadas del enemigo repelieron la ofensiva británica en Cambrai, y los testimonios que hablan de las bajas sufridas y de la moral de las tropas indican que el ejército alemán, más numeroso que el británico, quedó menos maltrecho que este último. El «desgaste» no era uno de los objetivos oficiales de la batalla, pero indudablemente una de las intenciones de Haig

había sido «debilitar» al enemigo. En realidad, le ocasionó unas pérdidas mucho menores de las que el jefe de sus servicios de inteligencia, Charteris, consideraba necesarias para conseguir la derrota de las Potencias Centrales por Navidad; y aunque la acción de Broodseinde causó cierto desconcierto en la OHL, durante el mes de octubre trasladó algunas tropas del Frente Occidental a Italia. La historia oficial británica sitúa las pérdidas alemanas en 400 000 hombres, pero los cálculos más modernos sugieren una cifra ligeramente superior a la mitad: menos que las británicas, pero no demasiado. Los muertos y los heridos de la BEF en Messines y en la tercera batalla de Ypres fueron menos que en el Somme, si bien en cualquier caso quizá ascendieran a 275.000. La escasez de hombres había sido grave a comienzos de 1917 y a finales de año sería mucho peor[62]. En cuanto a la moral, la guerra defensiva no resultaba una opción fácil y existen numerosos testimonios de que muchos alemanes, incluso hombres duros como Jünger, consideraron la tercera batalla de Ypres profundamente desalentadora[63]. Pero el ejército británico no reaccionó como lo había hecho el francés, aunque en septiembre estalló una revuelta que duró una semana en el campamento de entrenamiento de Étaples, encabezada por soldados procedentes de Oceanía y escoceses, contra la severidad de la policía militar y el régimen de adiestramiento impuesto a los hombres que disfrutaban de permiso del frente. Finalmente, un destacamento de cadetes restauró el orden, el comandante del campo fue sustituido y el régimen del mismo se relajó un poco. La revuelta no constituyó una protesta contra la guerra[64], pero por primera vez la censura postal reveló indicios (algunos de los cuales llegaron al propio gabinete) de desaliento en el ejército y de pérdida de confianza en la victoria[65]. En resumen, la tercera batalla de Ypres fue un fracaso y un despilfarro, aunque todavía no está claro de qué manera habría podido utilizarse mejor el ejército británico. Se ha sostenido de forma

harto plausible que la mejor alternativa no era ni Italia ni Palestina, sino el «método Pétain». En resumen, unas ofensivas limitadas, con el respaldo de un fuego masivo de la artillería según el modelo de la Malmaison y de Messines, quizá habrían permitido tomar el mismo terreno con menos bajas, aunque también habrían causado menos daño a los alemanes. Esta opción, sin embargo, ni siquiera se sometió a discusión[66]. A veces hacer algo puede ser peor que no hacer nada.

Persiste el rompecabezas y seguimos sin saber por qué el gobierno no actuó según su resolución de impedir una repetición de la batalla del Somme. Como en 1916, los políticos no supervisaron el avance de Haig. Lloyd George y Bonar Law fueron avisados en privado del horror por el que estaban pasando las tropas, y el gabinete tuvo conocimiento de unas cifras bastante exactas de las bajas británicas (aunque se exagerara el número de las alemanas). No parece que se sintiera excesivamente sorprendido, quizá porque en cualquier caso los muertos y los heridos que se producían cada mes en el saliente eran ya muchísimos. Al fin y al cabo era razonable conceder tiempo a los militares, y Robertson presentó al gabinete unos informes equivocadamente optimistas, mientras que Haig se mostró optimista e instó a seguir adelante con las operaciones. La mayoría del gobierno continuó reacia a enmendarles la plana y nunca revisó los objetivos de la campaña en proporción con las pérdidas. Por el contrario, sus debates siguieron centrados en alternativas como Italia y Palestina. Durante el mes de agosto, los ministros estaban sobre todo preocupados por las iniciativas de paz y por la acción de los Gotha; y Lloyd George, al borde del agotamiento nervioso, pasó gran parte de septiembre en Gales. Ese mismo mes, Haig finalmente acordó con Pétain trasladar 100 cañones a Italia, pero Cadorna puso fin precipitadamente a la undécima batalla del Isonzo antes de utilizarlos. Aunque al final fue Haig el que pidió el alto el fuego,

en noviembre estaba trasladando unidades de Flandes con la intención de lanzar un nuevo ataque.

Lo mismo que la batalla de Messines es recordada por las minas, la de Cambrai (20 de noviembre-7 de diciembre) es recordada por los tanques, pero de hecho probablemente fuera la artillería la causa principal de su éxito inicial[67]. Los avances alcanzados en materia de artillería habían llegado a tal punto que los ataques por sorpresa volvían a ser posibles gracias al «registro silencioso»: mejores mapas, un análisis más minucioso de los datos atmosféricos (la velocidad y la dirección del viento podían modificar la trayectoria de una bomba), y el calibre de los distintos cañones hacían posible ajustar el apoyo proporcionado por una cortina de fuego o un fuego de contrabatería en cuanto la infantería superaba la cota, sin efectuar salvas preliminares para determinar su alcance. Parece que la idea del ataque por sorpresa salió del general de brigada H. H. Tudor, un oficial de artillería del III Ejército, en cuyo sector se encontraba el campo de batalla. El concepto se amplió tras consultar al teniente coronel Hugh Elles, el oficial al mando del Cuerpo de Tanques. Mientras que algunos tanques aplanaban las alambradas, otros arrojaban en las trincheras enemigas «gavillas» o haces de estacas para que los atacantes pudieran cruzarlas. Cuando finalmente fue aprobada, lo que empezó siendo la propuesta de un gran ataque inesperado se convirtió en una ofensiva en toda regla a lo largo de un frente de diez kilómetros con 5 divisiones de infantería y 476 tanques (216 en el asalto inicial), en su mayoría del nuevo modelo Mark IV, que estaba mejor blindado y era más fiable que el Mark I usado en el Somme. Aunque la demora de Haig en dar el visto bueno dejó al III Ejército solo cuatro semanas para prepararse, los trabajos preliminares fueron muy meticulosos y se hizo todo lo posible para mantener el secreto, ocultando los tanques en los bosques y aprovechando el fragor de los aviones que

sobrevolaban la zona para disimular el ruido de sus motores. La caballería permaneció en estado de alerta (si bien en una posición demasiado atrasada), y como el terreno había estado tranquilo hasta entonces, pudo operar sin problemas. Aunque dos días antes del ataque del 20 de noviembre los prisioneros advirtieron del mismo a los alemanes, estos no se dieron cuenta de lo que se les venía encima: un bombardeo por sorpresa a cargo de casi 1000 cañones fue seguido de un ataque aéreo y un avance de la infantería y de los tanques detrás de una cortina de fuego móvil. A las nueve de la mañana, la brecha en la primera línea alemana era de más de ocho kilómetros de ancho[68].

Pero Cambrai acabó con otro fracaso de los Aliados, o a lo sumo en un empate, con 44 000 bajas por parte de los británicos y 51 000 por parte de los alemanes, y con una posición final situada en algunos casos por detrás de la línea de partida. Los tanques seguían siendo lentos, poco fiables y vulnerables al fuego de la artillería; se perdieron 179 (71 debido a fallos mecánicos y 65 a consecuencia de la acción del enemigo) [69], y, una vez pasado el primer día, su impacto fue mucho menor. El 20 de noviembre, los británicos avanzaron más de diez kilómetros, capturando a más de 4000 prisioneros y 100 cañones, pero las pocas horas de luz del otoño no les dejaron tiempo para consolidar sus ganancias y Ludendorff envió siete divisiones más en veinticuatro horas. Al cabo de dos días, el avance fue cortado en seco y el gobierno, decidido a limitar la operación, advirtió que no enviaría refuerzos. Como de costumbre, Haig ordenó más ataques, en dirección al terreno elevado que rodeaba el bosque de Bourlon. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en otras batallas anteriores, la de Cambrai acabó con un contraataque devastador, lanzado el 30 de noviembre con veinte divisiones, que supuso la ofensiva alemana más poderosa lanzada contra tropas británicas desde 1915. Consiguió un efecto sorpresa absoluto, pues llegó cuando

los británicos suponían que las operaciones habían concluido y empezaban a reducir la guarnición del saliente recién creado[*]. Aunque el III Ejército se refugió en una línea más defendible, el resultado fue desesperadamente decepcionante para el gobierno, que por primera vez en la guerra había ordenado que repicaran las campanas de las iglesias para celebrar el éxito. Los tanques, la superioridad aérea y el registro silencioso habían devuelto la posibilidad del ataque sorpresa, pero la rápida llegada de los refuerzos alemanes impidió realizar una campaña abierta y el contraataque demostró que ellos también podían llevar a cabo un ataque sorpresa, aunque los análisis de la batalla llevados a cabo *a posteriori* por los británicos no supieron desentrañar el significado de este acontecimiento[70].

A pesar de lo avanzado de la temporada, los británicos emprendieron una campaña más, en forma de la ofensiva de Palestina llevada a cabo por la Fuerza Expedicionaria Egipcia (EEF, por sus siglas en inglés), al mando de *sir* Edmund Allenby. El 31 de octubre, sus tropas empezaron la tercera batalla de Gaza, obligando a los turcos a replegarse de la línea de defensa Gaza-Beersheba, y el 9 de diciembre, tras duros combates en las colinas de Judea, entraron en Jerusalén. Las bajas británicas durante el avance fueron unas 18 000, frente a las pérdidas turcas, que fueron 25 000[71]: pocas comparadas con Ypres o Gallípoli, aunque muchas comparadas con las acciones coloniales de época victoriana. Como el teatro de operaciones de Palestina se encontraba en una estrecha franja entre el Mediterráneo y las áridas tierras del interior, venía a reproducir las elevadas proporciones fuerza-espacio de Bélgica y Francia. El éxito de Allenby fue hasta cierto punto un triunfo del liderazgo imaginativo, aunque debió mucho también a los refuerzos de la EEF después de la sustitución de Murray a raíz de los primeros ataques fallidos sobre Gaza[*]. Allenby trasladó el cuartel general más cerca del frente e hizo su presencia inusitadamente visible

entre sus hombres. A pesar de los ataques de irascibilidad, estaba abierto a las ideas de sus subordinados, que le sugirieron el acertado plan de rebasar a los turcos por los flancos capturando Beersheba, tomada por los australianos mediante una carga por sorpresa de la infantería, sin bombardeos, antes de que los defensores tuvieran tiempo de destruir sus valiosísimos pozos. Irónicamente, los británicos estaban tan fuertes en octubre que otro asalto directo contra Gaza, con apoyo de los conductos de agua y el ferrocarril costero construido por la EEF, habría podido impedir la retirada del enemigo combatiendo y habría causado más estragos todavía en su ejército. Allenby atacó con siete divisiones de infantería y tres de caballería y con una superioridad numérica de al menos dos a uno. Resistió las presiones políticas para que empezara antes de tiempo, y recibió casi todos los refuerzos que había pedido, incluidas algunas fuerzas de infantería procedentes de Tesalónica, artillería pesada y aviones modernos, con los que estableció una superioridad aérea y pudo disimular sus preparativos[72]. Contaba con el respaldo de Lloyd George, que le dijo que conquistara Jerusalén para Navidad, como estímulo moral y también con el fin de ocupar un territorio que los británicos deseaban controlar permanentemente. Robertson, por su parte, era menos hostil a una acción de distracción del Frente Occidental en Palestina que a una en Italia. En calidad de JEMI era responsable de la defensa del imperio, y su perspectiva era más amplia que la de Haig. Al gobierno y a él les preocupaba la formación de una nueva fuerza germano-turca al mando de Falkenhayn llamada Yilderim («Relámpago»), destinada en un principio a Mesopotamia, pero enviada luego a Palestina. Para proteger Egipto, Allenby necesitaba refuerzos; y parece que Robertson compartía la esperanza de los políticos de que, si eran derrotados, los turcos pedirían la paz[73]. En realidad, lo único que infundía temor de Yilderim era el nombre. En octubre no

había llegado a Palestina ninguno de sus tres batallones alemanes, y solo lo habían hecho dos de sus nueve divisiones turcas. Solo una línea ferroviaria turca incompleta de unos 2000 kilómetros de longitud unía el frente a Constantinopla, y alternaba el ancho de vía normal con la vía estrecha, de modo que los envíos transportados por ella tenían que ser cargados y descargados cinco veces. En 1917 la economía y el ejército de los otomanos se hallaban sometidos a una gran presión, y había unos 300 000 desertores prófugos vagando por detrás de la línea del frente[74]. Pero a medida que Rusia se desintegraba, la frontera del norte iba convirtiéndose de nuevo en el principal foco de interés de Constantinopla. Había pocas probabilidades de que la derrota de unas fuerzas turcas de segunda fila en un escenario periférico como Palestina indujera a los otomanos a rendirse, cuando en el Cáucaso eran atraídos por unas perspectivas territoriales ambicionadas desde hacía largo tiempo.

Así pues, en 1917 no parecía probable que ninguno de los dos bandos fuera a ganar la guerra pronto. A partir de la primavera Rusia y Francia habían dejado de ser capaces de organizar grandes ofensivas y los austríacos podrían hacerlo solo con apoyo alemán. Cadorna perseveraba en el Isonzo, pero los refuerzos austrohúngaros provenientes de Rusia hacían que el avance de las líneas resultara todavía menos previsible. Solo los ejércitos alemán y británico eran lo bastante fuertes y estaban lo bastante cohesionados para obtener resultados decisivos. Pero la dilatada extensión del primero hacía que sus líneas fueran demasiado poco profundas y las deficiencias del Programa Hindenburg le impedían compensar la falta de hombres con la abundancia de materiales. Durante la tercera batalla de Ypres los alemanes lanzaron solo una sexta parte de las bombas que tiraron sus adversarios[75]. Las nuevas tácticas de la infantería y la artillería salieron bien en Galitzia, en Riga y en Cambrai, pero Ludendorff limitó deliberadamente estas operaciones. Para

obtener unos resultados más significativos, pensó primero en los submarinos y luego en una ofensiva en 1918. En el bando aliado la diferencia fundamental respecto a 1916, aparte del desgaste, fue la falta de apoyo mutuo. En 1916 Brusílov había conseguido que la presión en el Trentino se redujera, y el Somme había hecho lo mismo por Verdún. En 1917, la ofensiva Kerenski no coincidió ni con la décima ni con la undécima batalla del Isonzo, y los ataques de Pétain en Verdún y en la Malmaison no se coordinaron con los combates en Flandes. El ejército británico, a pesar de las mejoras experimentadas desde la batalla del Somme, no podía romper las líneas alemanas sin ayuda. Sigue siendo dudoso si una operación británica iniciada en mayo con tácticas y fuerzas comparables a las de Cambrai habrían podido obtener más frutos que la tercera batalla de Ypres; la respuesta tal vez sea que sí, pero contra un ejército alemán resuelto y capaz de recibir refuerzos rápidamente con tácticas de defensa en profundidad es muy poco verosímil que esos frutos fueran decisivos. Los errores de los mandos agudizaron las dificultades de los Aliados, pero no alteraron lo fundamental.

Si la guerra no podía terminar gracias a un triunfo militar, también en el frente interno las fuerzas que habían apoyado la escalada de las acciones del bienio 1915-1916 se habían debilitado. La expansión de la mano de obra dedicada a la industria armamentista estaba cerca de llegar al límite, y el bloqueo y la guerra submarina obligaron a tener que elegir entre alternativas muy duras en el ámbito de las prioridades económicas. Gran Bretaña ya no podía financiar las importaciones de los Aliados sin la ayuda de los estadounidenses, y las ventas de los bonos de guerra se redujeron, obligando a imponer unas finanzas más inflacionistas. Las tensiones en la tregua política alcanzada en aras de la guerra eran cada vez mayores, y empezaron a aparecer

las configuraciones ideológicas que dominarían la Europa de entreguerras. Las nacionalidades austrohúngaras reclamaron la independencia; la opinión pública alemana se polarizó entre el centro-izquierda y la extrema derecha; Gran Bretaña, Francia e Italia estaban divididas entre unos gobiernos de centro-derecha reconstruidos y una oposición liberal o socialista. En Rusia se hizo con el poder en el mes de noviembre un partido político que quería poner fin a la guerra a toda costa, pero este caso siguió siendo único. En otros países persistió el compromiso con la consecución de la victoria, aunque la oposición fuera cada vez más fuerte. Los dos bandos reconsideraron los objetivos de guerra, pero los redujeron sorprendentemente poco. Siguieron muy alejados el uno del otro, y la inflexibilidad e incompatibilidad de sus proyectos obstaculizaron el éxito de los sondeos de paz que proliferaron durante aquellos meses. Estos se desarrollaron principalmente en dos fases. Durante la primavera y el verano, los socios más débiles de las coaliciones enfrentadas —primero el Imperio austrohúngaro y luego Rusia— sondearon a sus enemigos al tiempo que instaban a sus aliados a entablar conversaciones de paz. Los dos fracasaron, pero en otoño se establecieron contactos entre las potencias más fuertes, y Alemania intentó tantear a Gran Bretaña y a Francia. Pero estas iniciativas tampoco llevaron a ninguna parte. Hindenburg y Ludendorff insistían en que seguía siendo posible alcanzar una victoria decisiva y en que la solución pacífica de aquella guerra debía dejar a Alemania en una posición favorable para la siguiente, mientras que los líderes aliados se empeñaron en que, con la ayuda de Estados Unidos, podrían obtener en el futuro unos resultados mejores que los que les ofrecía en aquellos momentos la negociación. Ni unos ni otros habían abandonado la esperanza de ganar la guerra o de obtener unas metas políticas que hicieran que la victoria valiera la pena.

Durante 1917, los objetivos de guerra y la diplomacia

pacífica se convirtieron en un elemento tan importante de la política del frente interno que debemos tratar los dos temas al mismo tiempo. De ese modo, en el Imperio austrohúngaro el nuevo rumbo adoptado por Carlos I trajo consigo la liberalización interna y la intensificación de los esfuerzos a favor de la paz. Aunque impetuoso e inexperto y carente de los poderes de Francisco José, Carlos pretendió ser el patrón de su propio barco. Cortó las alas al AOK, trasladándolo de Teschen a Baden (cerca de Viena[76]) y nombrando JEM a un hombre relativamente desconocido, Arz von Straussenburg, al tiempo que degradaba a Conrad al puesto de comandante de las fuerzas de los Habsburgo en el Tirol. Además, desmanteló en parte la estructura coercitiva que el AOK había establecido en los territorios austríacos. Fueron puestos en libertad los presos, cesó la censura y en mayo volvió a convocar el Reichsrat. Cuando Tisza prefirió dimitir antes que someterse a las presiones a favor de ampliar el derecho de voto en Hungría[77], también allí comenzó una relajación similar[78]. Pero estos gestos bienintencionados agudizaron las dificultades internas de Carlos. La represión de 1915-1916 había malquistado a los partidos nacionalistas con el imperio hasta tal punto que, mientras que antes de la guerra habían limitado sus exigencias a un mayor autogobierno y a unos mayores derechos lingüísticos, en aquellos momentos (al menos en el caso de los checos, los polacos y los eslavos meridionales) querían prácticamente la independencia. La situación económica tampoco era muy tranquilizadora. El nivel de vida de Viena cayó de manera más drástica que el de París o el de Londres, y en Petrogrado se acercaba a una situación desesperada. En 1916-1917, los salarios reales cayeron en la ciudad al 64 por ciento del nivel que tenían en 1913-1914, y en 1917-1918 al 37 por ciento[79]. Antes de 1914, la mitad austríaca de la monarquía importaba el 32 por ciento de los cereales (el 65 por ciento del total provenía de

Hungría), pero en 1917 las cosechas austríacas representaban un 40 por ciento del nivel existente antes de la guerra y las importaciones de Hungría eran solo un 2,4 por ciento[80]. Durante 1917 la industria sufrió una fuerte contracción, los ferrocarriles dejaron de circular debido a la falta de mantenimiento y los suministros de carbón se redujeron a un 40 por ciento de lo que eran antes de la guerra. Los altos hornos cerraron e incluso la producción armamentista se vio afectada, disminuyendo la fabricación de bombas de 50 000 a 18 000 al día entre marzo y agosto[81], mientras que la de balas de ametralladora se redujo a la cuarta parte. En esta situación de abatimiento, el SPD austríaco y los sindicatos socialdemócratas, forzados por las bases, se enfrentaron a un desafío al apoyo prestado a la guerra, en especial tras la revolución de febrero y el juicio espectacular en el mes de mayo del asesino de Stürgkh, Friedrich Adler, que denunció la política del partido. En lo que llegaría a ser un modelo en toda Europa, los meses inmediatamente previos a la recogida de la cosecha se convirtieron en la temporada de los mayores disturbios. En mayo, 42 000 metalúrgicos de la región de Viena se pusieron en huelga, exigiendo enlaces sindicales electos, comités encargados de distribuir alimentos y la firma de la paz. Los líderes socialistas hicieron un llamamiento a la vuelta al trabajo, consiguiendo su propósito, pero a partir de julio las autoridades sometieron todas las factorías industriales a la ley marcial (aunque implantando también un control de rentas y comisiones de quejas en cada fábrica). A largo plazo, sin embargo, las huelgas de mayo obligaron a los socialdemócratas a adoptar de nuevo una línea más propia de una oposición, y a mantenerse más cerca de sus bases que los moderados de Rusia. Viena se convirtió en el centro de un impresionante movimiento pacifista obrero, pero sería el separatismo nacionalista y no la insurrección socialista lo que acabaría con los Habsburgo[82].

Carlos I tenía buenos motivos para temer que se le acabara el tiempo, y nombró ministro de Asuntos Exteriores al conde Ottokar Czernin, que compartía su impaciencia y estaba dispuesto a utilizar métodos poco ortodoxos antes que dejar que la situación fuera a la deriva[83]. Esto suponía, en consecuencia, poner en entredicho la inquebrantable solidaridad de Francisco José con los alemanes, a los cuales Carlos no dijo nada acerca de sus nuevos sondeos de paz a través del príncipe Sixto de Borbón-Parma. Pero ni siquiera informó completamente a Czernin de este episodio, que consideraba un ejercicio de diplomacia personal. Todas las potencias utilizaban intermediarios extraoficiales (cuya intervención podía ser repudiada con más facilidad) para que llevaran a cabo esas iniciativas, y Sixto estaba singularmente bien situado para gozar de la confianza de Viena y de París, las capitales entre las cuales estuvo yendo y viniendo (a través de Suiza) durante la primavera de 1917. Vástago de la familia Borbón-Parma, prestaba servicio en el ejército belga, y era además hermano de la esposa de Carlos, la emperatriz Zita. A través de Sixto, Carlos propuso que si Serbia eliminaba las organizaciones subversivas anti-Habsburgo, podría recuperar la independencia. En una carta firmada en la que ofrecía su apoyo a la restauración plena de Bélgica y a las «justas reclamaciones» de Alsacia-Lorena por parte de Francia, dio la impresión de que iba a romper con Berlín. Este mensaje galvanizó a los franceses, lo mismo que a Lloyd George cuando fue consultado. Pero ni Francia ni Gran Bretaña tenían puntos de divergencia directa con el Imperio austrohúngaro. Italia sí, y cuando Ribot (primer ministro francés) y Lloyd George se reunieron el 19 de abril con el ministro de Asuntos Exteriores italiano en un vagón de tren en Saint-Jean-de-Maurienne, Sonnino recordó las promesas territoriales que habían hecho a Italia en 1915. Las garantías de una esfera de influencia en Asia Menor no lo aplacaron. Lloyd

George y Ribot, aunque exasperados, consideraron que no podían desairar a Sonnino. Violar el Tratado de Londres habría socavado sus afirmaciones de estar luchando por respetar las garantías y promesas internacionales. Además, la situación militar no era favorable. Lloyd George había fracasado en su plan de ayudar a Cadorna a llegar a Trieste, y Carlos se negaba a entregar a Italia lo que esta no había sabido ganar por sí sola. Y resultó que los austríacos tampoco estaban dispuestos a firmar una paz por separado. Aparte de la cuestión de honor que habría suscitado semejante decisión, necesitaban los subsidios de Alemania, y los generales alemanes dominaban buena parte de su ejército. Aunque Carlos hubiera considerado la posibilidad de separarse de ellos, al actuar de esa forma se habría expuesto a las represalias de Alemania y al rechazo de sus ministros, y habría pagado su osadía con la pérdida del trono. En cualquier caso, la lealtad de los Aliados hacia Italia no infundió demasiados ánimos al emperador para arriesgarse, y en el verano de 1917 Sixto abandonó la misión[84].

Al mismo tiempo que Carlos se aproximaba a Francia, Czernin intentaba cerrar el paso a la paz apaciguando a los alemanes. Las circunstancias parecían propicias. Durante los dos primeros años se habían abierto pocas grietas en el frente interno alemán, pero en el «invierno de los nabos» de 1916-1917 la población civil alemana sufrió el peor período de escasez de la guerra[*]. Tras el fracaso de la cosecha de patatas, el frío polar congeló las vías ferroviarias y fluviales, impidiendo que el carbón llegara a las fábricas y a los hogares. Millones de habitantes de las ciudades tuvieron que soportar un frío y un hambre desconocidos desde los tiempos anteriores a la industrialización. La crisis de subsistencia contribuyó a centrar la atención de la gente en las desigualdades de riqueza y de poder, amparadas por la división prusiana de la ciudadanía en tres clases, y en abril más de 200 000 trabajadores de la industria

del metal, las municiones y otros sectores (por lo menos, la mitad de ellos mujeres) protagonizaron una huelga de protesta contra la mala gestión del abastecimiento de alimentos[85]. En aquellos momentos la revolución de Petrogrado había galvanizado a los socialistas y eliminado la amenaza de la autocracia zarista que hasta entonces los había impulsado a respaldar la guerra. Tras la escisión del USPD en el mes de abril, muchos militantes del SPD y de los sindicatos leales al gobierno temieron verse menospreciados y pensaron que estaban siendo usados para controlar a sus correligionarios. Bethmann reconoció que era preciso hacer concesiones y decidió enfrentarse al problema. Se había sentido decepcionado con los conservadores desde que chocara con ellos en la cuestión de los objetivos de guerra y de los submarinos, y necesitaba la colaboración de la clase trabajadora para llevar a cabo el Programa Hindenburg. Sin consultar a este ni a Ludendorff, acordó con Guillermo II elaborar un mensaje de Pascua del soberano en el que se prometía una reforma del derecho de sufragio. Todavía era demasiado poco. El Partido de Centro, cuya adhesión al grupo de presión a favor de los submarinos había minado la posición del canciller en 1916, ahora volvió a desplazarse hacia la izquierda, formando un bloque en el Reichstag junto al SPD, los progresistas y los nacional-liberales, hasta entonces anexionistas. Entre estos cuatro grupos formaron una mayoría, que presionó a favor de la democratización y unos objetivos de guerra más moderados[86].

En vista de semejante panorama, Czernin intentó rebajar los objetivos de Alemania. En abril advirtió a Bethmann que el Imperio austrohúngaro estaba agotado y que, si la guerra continuaba, la «oleada de la revolución» podría desplazarse desde Petrogrado hacia el oeste barriéndolo todo a su paso. Pero el canciller dudaba que la revolución estuviera a punto de estallar en Alemania, y tampoco en la monarquía dual. Además,

en vez de conformarse con el *statu quo* de 1914, Czernin seguía esperando obtener ganancias territoriales. De hecho, a Bethmann le convenía dirigir la atención de Czernin hacia los Balcanes, pues consideraba al gobierno provisional de Petrogrado el eslabón más débil de la cadena de los Aliados y quería tener las manos libres para negociar con él[87]. Pero para ello estaba obligado a pelear no solo con Czernin y con el Reichstag, sino también con Hindenburg y Ludendorff, que se sintieron indignados al oír el mensaje de Pascua[88]. Hombre de clase media, impulsivo e inseguro, Ludendorff era en muchos sentidos un advenedizo dentro del cuerpo de oficiales alemanes. En materia de estrategia era relativamente flexible, pero en lo político consideraba la victoria un factor esencial para la consolidación del orden político interno. Una promesa de democratización podía ser tomada por los Aliados como un signo de debilidad y los habría animado a seguir adelante. No quería reducir las metas que perseguía Alemania, sino ampliarlas y concretarlas. El resultado fue una nueva declaración general de objetivos de guerra, el Programa Kreuznach, del 23 de abril, declarado secreto. Preveía que Alemania se anexionara Curlandia y Lituania, así como una gran parte de Polonia, dominando el resto del país por métodos indirectos. Exigía un imperio colonial en África central y una cadena de bases navales en ultramar. Por el oeste pretendía anexionarse Longwy-Briey y Luxemburgo, retener Lieja y la costa de Flandes durante un siglo por lo menos, y administrar los ferrocarriles belgas. Tanto Guillermo como la OHL dieron el visto bueno al programa y aunque Bethmann lo firmó con sus iniciales en señal de protesta, lo aceptó como pauta en caso de que Alemania pudiera dictar los términos de la paz[89]. De ahí que una fuerza opositora más fuerte bloqueara a Czernin. Ante la negativa a cualquier tipo de concesiones en lo tocante a los objetivos de guerra, intentó durante algún tiempo subvertir a Bethmann mediante

una labor de «paradiplomacia», trabajando en colaboración con el gobierno bávaro y con Matthias Erzberger, líder del ala izquierda del Partido de Centro, al que proporcionó información secreta[90]; pero tras la celebración de una cumbre austro-alemana los días 17-18 de mayo (que también tuvo lugar en Kreuznach), Czernin puso fin a su táctica de presión. El rechazo de los sondeos de paz del príncipe Sixto de Borbón-Parma probablemente fuera uno de los motivos, así como un repunte temporal de la economía y las pruebas cada vez más claras de que Rusia estaba vencida. A pesar de sus esfuerzos, la influencia de la OHL sobre la política alemana aumentó más si cabe. Rechazada por los Aliados, Viena se doblegó de nuevo al liderazgo de Alemania.

Si la primavera se vio dominada por la búsqueda de la paz por parte de Austria, durante el verano el centro de la escena lo ocupó Rusia. También aquí el proceso lo inició un cambio de líderes, concretamente la reestructuración del gobierno provisional del mes de mayo. Miliukov, que había sido ministro de Asuntos Exteriores en el primer gabinete del príncipe Lvov, aseguró a los Aliados que Rusia respetaría los tratados secretos sobre los objetivos de guerra y reiteró las pretensiones zaristas sobre Constantinopla y los estrechos turcos, pero el Sóviet de Petrogrado, pese a aceptar que la guerra debía continuar (aunque solo fuera para proteger la revolución de la agresión de Alemania), quiso modificar los objetivos. Hizo un llamamiento a todos los pueblos del mundo para que obligaran a sus gobiernos a adherirse a la «fórmula de Petrogrado»: ni anexiones ni indemnizaciones y un acuerdo de paz basado en la autodeterminación. La posición del Sóviet se hizo cada vez más popular entre los comités de soldados del ejército, y el conflicto con el gobierno acerca de los objetivos de guerra dio lugar a constantes fricciones. La situación llegó a un punto culminante en las jornadas del 20 de abril al 3 de mayo, cuando el gobierno

provisional presentó a los Aliados un memorando sobre los objetivos de guerra con una carta de explicación de Miliukov insistiendo en las «garantías y sanciones». Millares de manifestantes exigieron su dimisión, de modo que el ministro se encontró prácticamente aislado. Cuando el gobierno se amplió para dar cabida a los mencheviques y a los socialrevolucionarios del Sóviet, Miliukov prefirió dimitir antes que aceptar la nueva plataforma de política exterior[91].

La crisis de mayo restableció temporalmente la armonía política uniendo al gabinete y al Sóviet en un programa de «defensismo revolucionario», que significaba una solidaridad entre los Aliados sobre la base de unos objetivos de guerra no imperialistas. El nuevo gobierno proclamó que Rusia no debía permitir que Alemania derrotara a los Aliados occidentales, pues las Potencias Centrales habrían concentrado entonces sus fuerzas contra la revolución, pero aceptó la fórmula de las no anexiones ni indemnizaciones, y prometió planteársela a los aliados de Rusia. Por razones prácticas abandonó las pretensiones sobre Constantinopla y propuso que Polonia fuera independiente, aunque debía mantener una «alianza militar libre» con Rusia e incorporar las zonas de Alemania y del Imperio austrohúngaro de población polaca. No abandonó la idea de debilitar a los enemigos de Rusia, y la línea divisoria entre los objetivos de guerra de Rusia y los de las Potencias Centrales siguió estando meridianamente clara, como pondrían de manifiesto los diversos contactos mantenidos entre los meses de marzo y junio, los más significativos de los cuales fueron las conversaciones de Estocolmo entre Erzberger (actuando con el consentimiento de Bethmann) y un delegado ruso, Kolischko. Ludendorff, furioso por no haber sido consultado previamente, intervino para endurecer la línea adoptada por los alemanes, insistiendo en que los rusos debían abandonar Polonia y que Alemania debía expandirse por la costa del Báltico. Esos mismos fueron los

términos que se plantearon cuando el general ruso Dragomírov se puso en contacto con los mandos alemanes en el frente. El gobierno provisional supo así que el precio de la paz serían Polonia, condenada a convertirse en un Estado tapón alemán en vez de ruso, y unas concesiones en el Báltico que podían poner en peligro a la propia Petrogrado. Decidió, pues, no seguir sondeando las posibilidades[92].

Los rusos ocuparon en el campo de los Aliados una posición análoga a la de Carlos I entre las Potencias Centrales. Estaban dispuestos a estudiar las posibilidades de alcanzar una paz por separado, pero sus enemigos no les dieron muchas facilidades para desligarse de sus compromisos. Tampoco podían alcanzar una paz general moderando los objetivos de sus socios. Mientras Czernin presionaba a Bethmann, Teréshchenko (aliado de Kerenski, que sustituyó a Miliukov como ministro de Asuntos Exteriores) presentó la «fórmula de Petrogrado» a los socios de Rusia y propuso la celebración de una conferencia para revisar los objetivos de guerra de la coalición. Recibió una respuesta evasiva y tras el fracaso de la ofensiva Kerenski, retiró la propuesta[93]. Pero simultáneamente —en un reflejo de la «paradiplomacia» de Czernin— los rusos adoptaron unos métodos menos convencionales, destacando entre ellos una campaña a favor de la celebración de una reunión en Estocolmo entre representantes de los partidos socialistas de los países neutrales y beligerantes. El proyecto de la Conferencia de Estocolmo se originó en el Buró Socialista Internacional (BSI), la secretaría de la Segunda Internacional, ahora dirigido por los escandinavos y los holandeses. En mayo el Sóviet de Petrogrado se apropió la idea y lanzó un llamamiento paralelo, y en julio los socialistas neutrales y los rusos enviaron una invitación conjunta[94]. Pero la conferencia nunca llegó a reunirse, esencialmente porque los Aliados la vetaron. Aunque asignaron a la «fórmula de Petrogrado» un papel central en la política

europea, los rusos no fueron capaces de dar un impulso lo suficientemente fuerte a la revisión de los objetivos de guerra.

El movimiento socialista internacional estaba dividido no solo entre los dos bandos beligerantes, sino también ideológicamente. La izquierda estaba formada principalmente por los bolcheviques y otros grupos más pequeños de otros países, y era inflexiblemente hostil a la guerra. El ala derecha, en la que se incluían los líderes de la SFIO y del SPD, algunos socialistas italianos y la mayoría del Partido Laborista británico, votó a favor de los créditos de guerra, entró a formar parte de los gobiernos cuando fue invitada a hacerlo, y a veces aprobó objetivos de guerra de carácter imperialista. Excepto en Rusia, la gran novedad de 1917 no fue tanto el crecimiento de la izquierda como el debilitamiento de la derecha respecto al centro, que comprendía a los *minoritaires* de la SFIO, al USPD alemán, a la mayoría de los socialistas italianos y estadounidenses y a los disidentes del laborismo británico. La postura de los mencheviques y de los socialrevolucionarios en el Sóviet de Petrogrado era similar. Estos grupos aceptaban la legitimidad de la autodefensa, pero se oponían a los créditos de guerra y a la participación en el gobierno, reclamaban negociaciones de paz sin exigir anexiones ni indemnizaciones y esperaban restaurar la Segunda Internacional. No es de extrañar que acogieran de buena gana la iniciativa de Estocolmo, pero el hecho de que, tras los recelos iniciales, la mayoría de la derecha hiciera lo mismo y se uniera al llamamiento a favor de la reconsideración de los objetivos de guerra sería un signo de los tiempos. De ahí que Estocolmo supusiera un reto no solo a la diplomacia de los gobiernos beligerantes, sino también a su gestión de la política interna de sus países. No obstante, la respuesta de las Potencias Centrales fue notablemente cordial. Czernin deseaba una paz negociada, y no tuvo inconveniente en permitir que los socialistas austríacos asistieran. Bethmann se

mostró menos entusiasta, si bien adoptó la misma línea, pensando que tal vez contribuyera a mantener de su parte al SPD; y para no dar una impresión de servilismo, se mostró dispuesto a permitir también la asistencia del USPD[95]. En cambio, Woodrow Wilson vetó sin vacilar la asistencia del Partido Socialista de Estados Unidos[96], al igual que el gobierno italiano, que también se la prohibió al PSI, pero estos dos partidos se habían manifestado ya completamente en contra de la guerra. En Francia y en Gran Bretaña, los grandes movimientos obreros, anteriormente moderados, cambiaron de dirección respecto a Estocolmo, y en ambos países la cuestión los llevó a enfrentarse a sus respectivos gobiernos.

A lo largo de 1917, los movimientos laboristas y socialistas de gran parte de Europa oscilaron hacia la izquierda y se reavivó la oposición a la guerra de los grupos no socialistas. Además, ganaron fuerza los movimientos de protesta de base, hasta cierto punto dirigidos contra los dirigentes socialistas y sindicalistas más patrióticos. En Francia el nivel de vida se había estabilizado en 1915-1916, pero en la primavera de 1917 los precios de los alimentos aumentaron[97]. Los disturbios laborales, cada vez más frecuentes, llegaron a su punto culminante en los meses de mayo y junio, cuando solo en la región de París fueron a la huelga 100 000 trabajadores, quizá tres cuartas partes de ellos mujeres: un signo más de la radicalización de las mujeres trabajadoras. En primera instancia, sus demandas eran la generalización de los cinco días y medio de trabajo a la semana y la atención al aumento del coste de la vida. Los empresarios, instados por el ministro del Interior a llegar pronto a un acuerdo, concedieron la mayor parte de sus demandas, y el trabajo no tardó en reanudarse. Desde la revolución de febrero, la actividad política se había acelerado. La tradicional manifestación del Primero de Mayo, poco concurrida en 1915 y 1916, atrajo entonces a un gran número de personas, y algunos

huelguistas desplegaron banderas rojas y reclamaron la paz. Además, tras el desastre de la ofensiva de primavera y el estallido de los motines (aunque la prensa lo silenciara) el estado de ánimo profundamente deprimido de la población era evidente. Las esperanzas de un gran triunfo se habían frustrado demasiadas veces ya, y un estudio de los departamentos provinciales elaborado por el Ministerio del Interior en junio exponía que solo en aproximadamente la mitad de ellos las autoridades locales consideraban adecuada la moral de la gente. Se echaba la culpa de semejante situación al fracaso de Nivelle, a la mala influencia de los soldados que llegaban de permiso, y en menor medida al colapso de Rusia[98]. El pesimismo del país se reflejaba en las luchas internas y en la pérdida de confianza de la élite. El gobierno de Briand, remodelado en diciembre de 1916, dimitió en marzo; el de Alexandre Ribot sobrevivió de marzo a septiembre; y el de Paul Painlevé solo de septiembre a noviembre, convirtiéndose en el primer gobierno francés durante toda la guerra que dimitió tras una derrota parlamentaria. Estos gabinetes se apoyaban en una base parlamentaria más estrecha que la de las coaliciones de 1914-1916, y el signo más evidente de la fragilidad del consenso fue la desafección de los socialistas. A comienzos de 1917, el movimiento *minoritaire* estaba a punto de convertirse en mayoría dentro de la SFIO. Aun así, los líderes del partido rechazaron al principio la invitación del BSI a la Conferencia de Estocolmo, pero luego reconsideraron su postura cuando los rusos se asociaron a ella, especialmente cuando dos diputados que hasta entonces habían estado a favor del gobierno, Marcel Cachin y Marius Moutet, volvieron de una visita a Petrogrado con información acerca del pacto secreto de Doumergue[*]. El partido tuvo entonces la sensación de que había sido engañado para que prestara su apoyo a una guerra de engrandecimiento, y en mayo su consejo nacional votó a favor de asistir a Estocolmo.

Ribot consideró la posibilidad de concederles los pasaportes necesarios, pero se lo replanteó al tener que enfrentarse simultáneamente a una rebelión del gabinete, a las huelgas de París y a una advertencia de Pétain (cuando los motines habían llegado a su punto culminante) en la que decía que si los socialistas iban a Suecia, no respondía de los actos del ejército. Por otro lado, el primer ministro se vio obligado a aclarar los objetivos de guerra del gobierno, y durante tres días de debate parlamentario secreto se distanció del pacto de Doumergue, pero no de la carta de Cambon, en la que se insistía en las pretensiones sobre Alsacia-Lorena, la cuenca minera del Sarre y la creación de un Estado tapón en Renania. Al término de la sesión, la Asamblea aprobó la resolución Dumont del 6 de junio de 1917, una declaración ambigua que parecía limitar las exigencias territoriales francesas a Alsacia-Lorena, pero que dejaba la puerta abierta a otras «garantías» de seguridad aparte de esa, y Ribot dijo en el Senado, de tendencia más conservadora, que las seguridades de Renania seguían siendo su objetivo. Aunque apoyaba el principio de la creación de una Sociedad de Naciones, resultaba difícil conciliar su programa con la fórmula de Petrogrado de no anexiones ni indemnizaciones. La SFIO se escindió por la resolución Dumont y cuando Painlevé asumió la presidencia del gobierno en septiembre, decidió salir de él. Resulta sorprendente que la decisión de Painlevé de mantener a Ribot como ministro de Asuntos Exteriores constituyera el punto de fricción que provocara la dimisión de los socialistas[99].

En Gran Bretaña Lloyd George contaba con una base parlamentaria más fuerte que Ribot y la BEF se libró de los motines, mientras que las intrigas a favor de los objetivos de guerra expansionistas se llevaron a cabo discretamente dentro del gabinete y no vinieron (como en Alemania) de grupos de presión chovinistas ni del alto mando. Tras el Alzamiento de

Pascua, Irlanda del Sur quedó prácticamente fuera del esfuerzo de guerra (al menos como fuente de soldados), pero en el resto del Reino Unido el principal desafío al gobierno vendría de la izquierda. En las huelgas convocadas de marzo a mayo participaron unos 200 000 obreros de todas las zonas industriales de Inglaterra. La mayoría de las acciones fueron contra los planes de extender la dilución de las fábricas estatales a las empresas privadas y de abolir las «tarjetas sindicales», sistema según el cual los sindicatos tenían la facultad de designar qué hombres podían ser eximidos del servicio militar obligatorio[100]. Las huelgas fueron de ámbito local y (como en Alemania) fueron organizadas por los enlaces de los trabajadores contra la política de los líderes sindicales nacionales. Aunque el gobierno se negó al principio a hablar con los organizadores, al final optó por negociar con ellos y con los sindicatos a la vez y aplazó la aplicación de las dos medidas que había propuesto, a pesar de la apremiante necesidad de reasignar hombres como mano de obra para la construcción naval y para el ejército. De hecho, las huelgas pusieron el límite a la militarización del frente interno en Gran Bretaña cuando los obreros cualificados se sublevaron contra las nuevas medidas que amenazaban su posición. Los ministros quedaron poderosamente impresionados y crearon comisiones regionales para investigar las causas de la situación; sus informes hacían hincapié en el alza de los precios y la especulación, así como en el reclutamiento forzoso y en los «certificados de abandono» necesarios para cambiar de empleo. Winston Churchill, el nuevo ministro de Municiones, decidió acabar con los certificados y abandonar la dilución, temiendo que se produjeran disturbios de corte revolucionario. En julio el gabinete venció la oposición del Tesoro y votó a favor de la concesión de un subsidio por el pan, coincidiendo con la opinión de que «para que la guerra siga adelante con energía es indispensable contar con una clase trabajadora satisfecha». En

adelante, no se obligaría a los hombres a dejar la agricultura; por el contrario, el ejército debía liberar a algunos soldados para que ayudaran a la recogida de la cosecha. El gabinete era perfectamente consciente de que la moral de la población civil dependía del mantenimiento del nivel de vida, y por lo tanto fue más moderado que nunca en su respuesta a las demandas de hombres y municiones del Estado Mayor[101].

Las huelgas del sector industrial fueron ante todo protestas de carácter económico, aunque con unas implicaciones políticas importantes. Pero, además, la UDC estaba aumentando su militancia y cada vez encontraba más seguidores en los sindicatos por su oposición a los objetivos de guerra imperialistas[102]. En Glasgow, 100 000 personas se manifestaron contra la concesión de las llaves de la ciudad a Lloyd George, y se celebró otra manifestación para exigir la liberación del líder socialista John MacLean[103]. En junio la convención de Leeds, organizada por los izquierdistas y autorizada por el gobierno con cierto temor, exigió la creación de sóviets británicos a imitación del modelo ruso, aunque el llamamiento no tuvo prácticamente ninguna resonancia[104]. Sin embargo, la situación estaba lo bastante tensa para que al gabinete le preocupara el riesgo de perder el apoyo del Partido Laborista con motivo de la Conferencia de Estocolmo, y a Lloyd George le inquietaban incluso más las implicaciones internacionales de la propuesta. Al principio se inclinó por permitir la asistencia de los laboristas, con el fin de reconciliarse con los rusos y de impedir un encuentro de los socialistas rusos y alemanes sin la presencia de los de los países aliados. En aquellos momentos los líderes laboristas (a diferencia de MacDonald y de la oposición laborista) no se mostraron inclinados a participar en la conferencia. Pero en agosto, el partido cambió de parecer y en una convención especial votó por tres a uno a favor de acudir a Estocolmo después de que Arthur Henderson, el miembro

laborista del Gabinete de Guerra (que, como Cachin y Moutet, se había dejado convencer tras visitar Petrogrado), apoyara la asistencia. Henderson creía que la conferencia reforzaría al gobierno provisional frente a los bolcheviques (a los que odiaba) y volvió a manifestarse con entusiasmo a favor de unos objetivos de guerra más socialistas[105]. A esas alturas, sin embargo, también el gabinete había reconsiderado su postura, en parte por la hostilidad unánime mostrada hacia la iniciativa de Estocolmo por los aliados de Gran Bretaña, pero también porque el propio gobierno ruso parecía cada vez menos entusiasmado con la iniciativa y porque, tras la derrota de la ofensiva Kerenski, era menor la necesidad de consentirla. Sus colegas pensaron que Henderson los había engañado, y la posición del ministro dentro del gabinete se hizo insostenible, pero cuando dimitió su puesto fue ocupado por otro representante laborista y la mayoría del movimiento obrero siguió oponiéndose a un compromiso de paz. Aunque el cisma resultó menos serio de lo que temía Lloyd George, la decisión del gabinete de oponerse a la Conferencia de Estocolmo acabó con cualquier perspectiva que pudiera quedar de que la iniciativa siguiera adelante[106].

Las consecuencias para Rusia fueron graves. Al unirse al gobierno en el mes de mayo y apoyar el «defensismo revolucionario», los mencheviques y los socialrevolucionarios se expusieron a ser adelantados por la izquierda y no es muy probable que los bolcheviques hubieran podido hacerse con el poder de no haber sido por las consecuencias destructivas de la guerra y la fatídica decisión de sus adversarios de seguir en ella. Una de las primeras consecuencias fue la vuelta de Lenin del exilio por cortesía de los alemanes, que (aunque el líder comunista no fuera una marioneta de Berlín) vieron que podía serles útil y por consiguiente le proporcionaron el famoso «tren sellado» que lo trasladó a través de su territorio desde Zúrich

hasta Finlandia. Una vez de vuelta en Petrogrado en el mes de abril, intimidó con sus bravatas a los tibios dirigentes bolcheviques para que adoptaran una actitud intransigente en contra de la guerra. Por eso los bolcheviques permanecieron fuera de la coalición de mayo, y Lenin afirmaría en sus *Tesis de abril* que los trabajadores rusos no tenían ningún interés en una victoria de los Aliados y que el conflicto se convertiría en una guerra civil entre el proletariado y la burguesía. La revolución socialista se produciría así rápidamente en Rusia, sin una larga fase preliminar de gobierno burgués, y aunque Lenin no insistiera en una revolución inmediata, instó a que comenzara de inmediato el trabajo de agitación para su consecución[107]. El terreno era fértil. La crisis económica que había precipitado la revolución de febrero empeoró: el aumento del dinero y la inflación se aceleraron, y las huelgas impidieron el funcionamiento del ferrocarril. El abastecimiento de alimentos de las ciudades empeoró todavía más[108]. Las huelgas por el mantenimiento del nivel de vida continuaron en gran parte de la industria, incluidas las fábricas de armamento. Pero, sobre todo, quedó demostrado que el gobierno provisional no era capaz de imponer enseguida un alto el fuego y el fracaso de la ofensiva Kerenski debilitó su autoridad sobre las tropas. De hecho, incluso mientras estaba desarrollándose la ofensiva, el gobierno provocó otra oleada de protestas a través de las Jornadas de Julio, cuando ordenó ir al frente al I Regimiento de Ametralladoras, una unidad compuesta por 10 000 hombres que formaban la guarnición de Vyborg y parecían una amenaza constante. El regimiento decidió lanzar una revuelta a menos que se suspendiera la orden, y la organización militar bolchevique le dio su apoyo, aunque el comité central del partido creyó que era prematuro e instó a la moderación. No obstante, la insurrección se prolongó del 3 al 16 de julio, una multitud de soldados y de guardias rojos (milicias obreras)

rodearon el Sóviet y a los representantes del gobierno en el palacio Táuride. Si bien es probable que los bolcheviques hubieran podido hacerse con el control de Petrogrado en aquella coyuntura, sus líderes vacilaron. La multitud se dispersó, llegaron tropas leales, y Lenin huyó a Finlandia. Pero aunque el gobierno había sobrevivido, la conjunción de la revuelta y el fracaso de la ofensiva supuso el fin del proyecto emprendido en mayo. Rusia había perdido el peso diplomático que le quedaba y Teréshchenko dejó de presionar a los Aliados en el tema de los objetivos de guerra, animando de paso a los británicos a neutralizar la iniciativa de Estocolmo. La guerra continuaría siendo el gran dogal que atenazaba el cuello del gobierno provisional, que carecía de estrategia para librarse de él[109].

Tras las Jornadas de Julio, las autoridades realizaron un intento fallido de recuperar la iniciativa. Lvov pensó que no era el hombre adecuado para llevar a cabo la represión y entregó la presidencia del gobierno a Kerenski, que restringió la libertad de reunión y sustituyó a Brusílov por Kornílov, militar recio, pero ingenuo, que tenía contactos con el mundo de los negocios y la derecha. El nuevo equipo restableció la pena de muerte e introdujo los consejos de guerra de campaña, algunos de los cuales dictaron penas de muerte contra los amotinados (llegando a ejecutar varias). Miles de desertores fueron capturados y regresaron al frente, las unidades rebeldes fueron licenciadas, los bolcheviques fueron arrestados y sus organizaciones disueltas. La represión tuvo cierto éxito, pero en agosto la política rusa llegó a otro punto de inflexión. Kornílov esperaba no solo restaurar la disciplina militar, sino también establecer un régimen autoritario, preferiblemente en colaboración con Kerenski y el gobierno provisional, pero, si era necesario, contra ellos. Sus relaciones con Kerenski se rompieron, pues parece que el JEM creyó que contaba con la aprobación del primer ministro para dar un golpe de Estado y

enviar tropas al mando del general Krímov para derrocar tanto al gobierno provisional como al Sóviet. La insurgencia fracasó cuando los ferroviarios bloquearon las vías y las tropas leales a la revolución confraternizaron con las de Krímov. Kerenski denunció a Kornílov y volvió a colocar en su puesto a Alexéiev. Pero el caso Kornílov desencadenó una conmoción en el ejército, y dejó entrever que no cabía confiar en Kerenski. Perdió casi todo el crédito que le quedaba, y no era presumible que las tropas lo defendieran de nuevo[110]. En un ambiente de caos galopante, la fortuna de la izquierda volvió a reverdecer. Durante el verano y el otoño, las incautaciones de las tierras de la pequeña nobleza rural a manos de los campesinos, a menudo con violencia, se hicieron cada vez más frecuentes en las provincias centrales de Rusia, los huelguistas reclamaron el control de la industria a través de los comités de fábrica, Petrogrado perdió el control de las administraciones provinciales y Finlandia y Ucrania declararon su independencia. Tras el caso Kornílov, los bolcheviques recuperaron la libertad para organizarse, y entre julio y octubre el número de militantes pasó de 200 000 a 350 000, su apoyo aumentó en las elecciones municipales de Petrogrado y Moscú (donde obtuvieron el 33 y el 51 por ciento respectivamente), y en septiembre se hicieron con el control del Sóviet de Petrogrado[111]. Al menos en las grandes ciudades parecía que lo que la gente quería oír era el mensaje de Lenin a favor de una paz inmediata y la revolución socialista. Mientras tanto, aunque la mayoría de las tropas seguían en el frente, las resoluciones aprobadas en los comités de soldados indicaban una desilusión completa con el gobierno provisional, y los bolcheviques fueron apoderándose cada vez más del control de estos órganos. Sobre todo a medida que las noches iban volviéndose más frías, los informes de todos los oficiales señalaban que sus hombres no soportarían bajo ningún concepto otro invierno lejos de sus hogares[112].

Si la presión de Austria no logró moderar los objetivos de guerra de Alemania, la presión de Rusia tampoco logró moderar los de Gran Bretaña y Francia. Si se quería que la paz llegara en 1917, la condición indispensable era la firma de un acuerdo entre París, Londres y Berlín. Hasta el momento el Imperio austrohúngaro y Rusia habían tomado la iniciativa, pero en la tercera fase de sondeos diplomáticos, quien la tomaría sería Alemania, a raíz de la gran crisis de julio y del cambio de canciller. Desde la primavera Bethmann se había visto atrapado entre las presiones de la nueva mayoría del Reichstag a favor de la democratización y la reducción de los objetivos de guerra y la resistencia de la OHL. Pero en la primavera la ofensiva submarina había fortalecido por fin a la opinión pública alemana, y en cierto sentido la crisis política de julio fue consecuencia de la quiebra de la estrategia de los U-Boote. Holtzendorff seguía insistiendo en que acabaría triunfando, pero no daba ninguna fecha, distanciándose de la predicción de cinco meses que había hecho al principio[113]. En un impresionante discurso pronunciado ante el principal comité del Reichstag el 6 de julio, Erzberger documentó cómo la campaña estaba lejos de alcanzar su objetivo[114]. No solo conocía (a través de Czernin) la situación desesperada del Imperio austrohúngaro, sino que sabía además que la armada no había cumplido lo prometido y temía que el SPD se pasara al bando de los contrarios a la guerra. Después de esta diligencia, los partidos de la nueva mayoría decidieron aprobar una resolución en la que se hacía hincapié en la disposición de Alemania a firmar la paz, y buscar un canciller lo bastante fuerte para actuar basándose en ella. Hindenburg y Ludendorff, por otra parte, dedujeron que Bethmann ya no era capaz de manejar a la Cámara. En un acto de despotismo sin precedentes, advirtieron al káiser que, si no echaba al canciller, dimitirían. El coronel Bauer, miembro del Estado Mayor de Ludendorff, presentó las declaraciones de no confianza en

Bethmann por parte de los líderes del partido, y el emperador (que respetaba a Bethmann a pesar de la impaciencia mostrada con él) decidió a regañadientes dejarlo marchar. En realidad, Bethmann había decidido dimitir a menos que lograra introducir la reforma política de inmediato[115], de modo que Guillermo II se enfrentó a unas opciones muy claras. Apoyando a su canciller habría elegido la senda de las negociaciones de paz y habría controlado una democratización en la que Alemania se embarcó desde un punto de partida mucho menos favorable en octubre de 1918. Pero se abstuvo de hacerlo, dando validez a una flagrante infracción de sus prerrogativas. Hindenburg y Ludendorff, por su parte, prefirieron ejercer su poder de veto, en vez de asumir el gobierno ellos mismos, y describir su Alemania como una dictadura militar sería una exageración. Consideraron y rechazaron la posibilidad de que Ludendorff asumiera la cancillería, y quitaron de en medio a Bethmann sin tener pensada una alternativa. Su sucesor fue Georg Michaelis, un político prusiano relativamente desconocido que había prestado servicio como comisario de la oficina de abastecimientos de Berlín. Hindenburg y Ludendorff dieron el visto bueno a su nombramiento y supusieron, al parecer, que sería manejable. Pero resultó más independiente de lo que a ellos les habría gustado, aunque careciera de las cualidades necesarias para el cargo. En Alemania no había nadie —ni el káiser, ni el comandante general de las fuerzas armadas, ni el canciller— que pudiera o quisiera ejercer la autoridad política[116].

Mientras el poder del káiser y el del canciller se eclipsaban, el de la OHL y el del Parlamento aumentaban. Bethmann dimitió el 13 de julio; seis días después, el Reichstag aprobaba la resolución de paz por 212 votos frente a 126. Se pronunciaba a favor de «una paz de entendimiento y reconciliación duradera de los pueblos» y rechazaba las «adquisiciones de territorio por la

fuerza y las violaciones políticas, económicas y financieras»[117], pero el texto era una simple repetición de la fórmula de Petrogrado, no un repudio sincero de la expansión. Las anexiones no habían pesado nunca demasiado en los objetivos de guerra de Alemania, y Erzberger y sus colegas seguían deseando ver el establecimiento de estados tapón, independientes solo nomminalmente[118]. En 1918 la mayoría de ellos votaron a favor del draconiano Tratado de Brest-Litovsk con Rusia. En otras palabras, la resolución significaba menos de lo que aparentaba, incluso para los partidos que la apoyaban, y no produjo ningún cambio sustancial. Antes de provocar la crisis, parece que Erzberger (como Bethmann cuando conspiró contra Falkenhayn) calculó erróneamente que un pacto con Hindenburg y Ludendorff podía llevar a Alemania a salir de la guerra. Por el contrario, la OHL había quitado de en medio a un hombre al que consideraba blando en lo concerniente a los objetivos de guerra, mientras que Erzberger había esperado que se nombrara un canciller que entablara negociaciones generales, y acabó encontrándose con un personaje mucho más cauto. Por ejemplo, Michaelis declaró que aceptaba la resolución solo «como yo la entiendo», lo que significaba, según comentó en privado, que Alemania pudiera firmar una paz a su gusto[119]. En la práctica osciló, como Bethmann, entre las presiones que recibía del Imperio austrohúngaro para reducir los objetivos de Alemania y las que recibía de la OHL para mantenerse firme. Dados sus escasos conocimientos de política exterior, se posicionó tras diversas consultas con la OHL y con Czernin durante el mes de agosto. Apoyó a su nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Richard von Kühlmann, diplomático experimentado que había prestado servicio en la embajada de Londres antes de la guerra y que, como Bethmann, deseaba llegar a un compromiso en lo referente a los objetivos de guerra para dividir a los Aliados; la diferencia estaba en que Kühlmann

veía en Gran Bretaña la perspectiva más prometedora. Mientras tanto, los objetivos de guerra en el terreno económico se habían reducido considerablemente: los planes de una Mitteleuropa con una unión aduanera ya no tenían en aquellos momentos tanta prioridad y el principal interés de la comunidad empresarial era conseguir que el bloqueo de los Aliados no continuara después de la firma de la paz[120]. Michaelis estaba dispuesto a apoyar a Kühlmann renunciando a la anexión de la cuenca de Briey a cambio de recibir garantías de tener acceso a su mineral de hierro, pero el nuevo canciller amplió también los objetivos de Alemania añadiendo planes para crear un nuevo Estado tapón de dimensiones gigantescas en Ucrania[121]. Así pues, Berlín reorientó sus ambiciones del oeste al este sin abandonar el objetivo básico de predominio continental. Análogamente, aunque Michaelis estaba dispuesto a considerar la posibilidad de poner a Polonia bajo la soberanía nominal de Austria, el *quid pro quo* era el control permanente de Alemania sobre las exportaciones de grano y los pozos de petróleo de Rumanía. Las esperanzas de expansión velada a través de la dominación económica seguían muy vivas.

Tal era la situación cuando una nota de paz del papa Benedicto XV dio paso a una nueva ronda de contactos. Antes de hacerla pública el 1 de agosto, el Vaticano había consultado a los alemanes, pero no a los austríacos ni a los Aliados[122]. Teniendo en cuenta la advertencia de que Alemania no podía aceptar el predominio de Francia y Gran Bretaña sobre Bélgica, la nota pedía que este país recuperara plenamente su independencia y recibiera garantías «frente a cualquier potencia, sea la que sea». Pero en esencia contemplaba una vuelta a las fronteras europeas anteriores a 1914, sin anexiones ni indemnizaciones, solución que iba en contra de los objetivos de un bando y otro. Woodrow Wilson rechazó una vuelta al *statu quo* anterior a la guerra, y Francia (donde hubo muchos

católicos que deploraron la nota) e Italia no se mostraron mucho menos hostiles. Solo Gran Bretaña estaba dispuesta a estudiar las posibilidades. El gabinete de Lloyd George, tal vez debido a la evidencia de que la ofensiva de Haig en Flandes no estaba haciendo muchos progresos y considerando en aquellos momentos demasiado «codicioso» el informe sobre objetivos de guerra enviado a Wilson por los Aliados el 10 de enero de 1917, decidió probar a los alemanes. El representante británico ante el Vaticano señaló que las Potencias Centrales no habían dicho cómo compensarían el daño causado a Bélgica y cómo restaurarían su soberanía. Se trataba de una invitación a Alemania y al Imperio austrohúngaro a manifestar sus intenciones, y el Vaticano se la pasó a Kühlmann. La nota llegó cuando este acababa de recibir un nuevo sobresalto al enterarse de la existencia de un nuevo canal de comunicación entre austríacos y franceses en Suiza, las conversaciones Armand-Revertera. Armand, en representación del ministro de la Guerra francés, Painlevé, había ofrecido al Imperio austrohúngaro toda Polonia (así como los territorios alemanes de Silesia y Baviera) a cambio de una paz por separado, y Czernin le dijo a Kühlmann que pensaba reunirse con Painlevé. En realidad, es probable que Armand tergiversara las palabras de su superior, y no es muy verosímil que el gobierno francés hubiera permitido la presencia de Painlevé. Pero Kühlmann se alarmó, y pensó que debía parar aquel intento de meter una cuña en las relaciones entre Berlín y Viena metiendo otra en las relaciones entre París y Londres. Michaelis y él coincidieron en que había un «océano de odio» que separaba a Alemania de Francia, y que Alemania debía hacer muy pocas concesiones en Alsacia-Lorena. Pero si Gran Bretaña podía quedar satisfecha en lo tocante a Bélgica, París se quedaría aislada. En el Consejo de la Corona celebrado en Bellevue el 11 de septiembre, Kühlmann obtuvo, aunque a regañadientes, apoyo para semejante plan. Michaelis, Hindenburg y

Ludendorff acordaron que Alemania debía quedarse con Lieja y recibir garantías militares de Bélgica, al menos hasta que este país quedara ligado irrevocablemente a Alemania por lazos económicos. La OHL aún quería disponer del control estratégico del país, como escudo para la cuenca del Ruhr y como trampolín desde el que amenazar los puertos del canal de la Mancha y la propia París, y disuadir a Gran Bretaña y Francia de una agresión futura[123]. Pero la armada tuvo que renunciar a sus exigencias de bases permanentes en la costa de Flandes, y el káiser le dijo a Kühlmann que tenía las manos libres para conseguir un acuerdo para Navidad[124]. Kühlmann contactó entonces con el marqués de Villalobar, embajador español en los Países Bajos, que notificó a Londres a través del ministro español de Asuntos Exteriores que «un personaje muy encumbrado» de Alemania deseaba hacer «un comunicado relativo a la paz».

Kühlmann tenía razón al intuir que la determinación de Gran Bretaña era muy poco firme. Aunque Balfour, el secretario del Foreign Office, quiso informar a todos los socios de Gran Bretaña inmediatamente, el gabinete decidió aguardar los resultados de la entrevista de Lloyd George con Painlevé (que acababa de sustituir a Ribot como primer ministro francés) en Boulogne. A Lloyd George le tentaba alcanzar una paz a expensas de Rusia que permitiera a Alemania expandirse por la Europa del Este a cambio de renunciar a hacerlo en el oeste, pero Balfour temía que si los rusos descubrían que Gran Bretaña había negociado a sus espaldas, dejarían la alianza. Además, mientras los británicos deliberaban, los franceses discutían la eventualidad de un acercamiento por separado. El caso Briand-Lancken empezó por un sondeo del barón Von der Lancken, jefe del gobierno de ocupación alemán en Bruselas, ante Briand (que a la sazón no ocupaba ningún cargo) a través de intermediarios belgas. Briand se mostró encantado de aceptar la

oferta de Lancken de mantener una entrevista en Suiza, y los intermediarios le aseguraron que sería posible conservar Alsacia-Lorena. En realidad, Kühlmann no tenía ninguna intención de ofrecer más que pequeños cambios de frontera en Alsacia, y consideraba estos sondeos secundarios respecto a los que mantenía con Gran Bretaña. La tentativa de Briand probablemente hubiera sido estéril aunque Ribot (en aquellos momentos ministro de Asuntos Exteriores de Painlevé) le hubiera permitido seguir adelante. Pero Ribot rechazó la propuesta por considerarla una trampa, dio a entender a los Aliados que se trataba de un intento de negociar por separado, y utilizó su desaprobación para acabar con ella. Cuando Lloyd George se entrevistó con Painlevé en Boulogne el 25 de septiembre, lo encontró reacio a aprobar la reunión con Lancken, no solo por temor a que los términos de los alemanes fueran tan generosos que la opinión pública de su país insistiera en aceptarlos[125], sino también por la sospecha de que los alemanes tuvieran la intención de hacer pública la entrevista para separar a Francia de sus aliados. La actitud británica ante la «trampa» Villalobar fue similar. Cuando Lloyd George regresó de Boulogne seguía interesado en unas negociaciones de paz a espaldas de los rusos, pero la mayoría del gabinete se mostró en contra y autorizó a Balfour a notificar a los embajadores aliados la oferta de los alemanes. Los embajadores aprobaron contestar que Gran Bretaña escucharía cualquier propuesta que se le presentara, pero que debía consultar a sus aliados; es decir, que tampoco estaba dispuesta a negociar por separado. Los alemanes no llegaron a responder nunca, pero en octubre Kühlmann quemó sus naves declarando en el Reichstag que Alemania no cedería «nunca» Alsacia-Lorena. Lloyd George replicó afirmando que Gran Bretaña seguiría luchando hasta que Francia recuperara las provincias perdidas. De hecho, este cambio cerró la puerta a la posibilidad de firmar una paz en

Europa occidental.

Los sondeos habían creado unas esperanzas muy poco realistas. Un motivo de que así fuera era que los intermediarios exageraron ante cada bando la disposición del otro a llegar a un compromiso; lo que los emisarios belgas hicieron con Briand fue lo que hizo Armand con Revertera, y lo que hizo Sixto de Borbón-Parma con los franceses y con los austríacos. Y lo cierto es que había una mayor disposición a llegar a un arreglo; Michaelis rebajó los objetivos de Alemania en el oeste, y británicos y franceses se mostraron dispuestos al menos a considerar las propuestas. Pero Alsacia-Lorena continuó siendo un punto conflictivo fundamental entre Francia y Alemania, lo mismo que lo era Bélgica entre Gran Bretaña y Alemania, por no hablar del afán de Gran Bretaña de apoderarse de todas las colonias de Alemania y el deseo de Francia de crear una zona tapón en Renania. Aunque algunas personas como Lloyd George o Briand vacilaran, ni las autoridades británicas ni las francesas en conjunto estaban dispuestas en ese momento a firmar una paz por separado. La situación militar, a pesar de las decepciones sufridas por uno y otro bando, todavía no parecía imponer a ningún bando la necesidad de hacer grandes concesiones. La OHL estaba convencida de que Alemania todavía podía ganar la guerra[126]. El día después de reunirse con Painlevé en Boulogne, Lloyd George consultó a Haig, quien, como de costumbre, rebosaba optimismo[127], si bien sus palabras probablemente influyeran en el primer ministro menos que sus propios cálculos de que a los Aliados les convenía esperar[128]. Desde luego, semejante apreciación pesó mucho para Ribot, que tuvo un papel trascendental para impedir la entrevista Briand-Lancken cuando muchos políticos franceses habían empezado a vacilar[129]. El fracaso de los sondeos de paz se debió no solo a la persistencia del estancamiento militar, sino también a la firmeza del consenso a favor de la guerra en los

principales países beligerantes y al nuevo factor que suponía la intervención estadounidense. Ahora debemos considerar estos otros elementos de la ecuación.

Un rasgo común de la política interior a finales del verano y durante el otoño de 1917 fue la contraofensiva contra las fuerzas moderadas que habían aparecido a partir de la primavera, aunque en cada país dicha campaña adoptó una forma distinta[*]. En el Imperio austrohúngaro el káiser y Czernin volvieron a la «vía alemana» de mayor colaboración con Berlín[130]. En Alemania la iniciativa la tomó la OHL, que interpretó su esfera de intereses todavía con más amplitud. De ese modo, tras desplazar a Bethmann, Hindenburg y Ludendorff quitaron de en medio en agosto a otro político, Wilhelm Groener, director del Kriegsamt, creado en 1916 para supervisar la política económica de los CGA. Groener había colaborado con los sindicatos para impedir que las huelgas interrumpieran la producción de guerra. Por otra parte, los dos militares sospechaban que pretendía subir los impuestos a sus aliados de la industria pesada, y su destitución pronosticaba una mayor resistencia a las exigencias económicas y políticas de la clase trabajadora[131]. Sin embargo, veían también la necesidad de que se dieran más pasos positivos. Durante la primera mitad de la guerra, los gobiernos se habían apoyado mucho en los medios de comunicación y en las iniciativas extraoficiales para justificar la guerra ante la opinión pública. En 1917 también ellos entraron en acción. Ludendorff contribuyó a esta tendencia introduciendo en julio la «educación patriótica» o *Vaterländische Unterricht* entre los soldados. El objetivo era contrarrestar la propaganda de los Aliados y la subversión de izquierdas insistiendo en que las tropas debían obedecer a sus mandos, en que Alemania debía ganar la guerra y en que era preciso mostrar unidad y determinación para desanimar al enemigo. Fueron asignados a cada unidad directores de propaganda para que

dieran clases obligatorias al menos dos veces por semana, con ayuda de películas y de bibliotecas ambulantes de folletos. Una iniciativa análoga fue el lanzamiento en el mes de septiembre del Partido de la Patria, presidido por Tirpitz y Wolfgang Kapp, con el apoyo del ejército y la ayuda financiera del empresariado. La nueva formación política creció rápidamente y, según decía, en julio de 1918 tenía 2500 sedes y 1,25 millones de afiliados[132]. Aunque se declaraba apolítico, fue una respuesta directa a la resolución de paz: se oponía a cualquier reforma en el interior hasta que acabara la guerra, y presionaba a favor de una «victoria de Hindenburg» y de conseguir grandes anexiones. De carácter autoritario y antisemita, ha sido considerado acertadamente el precursor del nacionalsocialismo. No obstante, estos dos ejemplos confirman que la nueva propaganda de inspiración estatal respondía a la erosión del consenso, no a un intento de contribuir a su mantenimiento. No se sabe si la «educación patriótica» habría podido conseguir muchas cosas o no[133], y el Partido de la Patria exacerbó incluso la polarización política. A pesar de los esfuerzos de los propagandistas, la séptima campaña de préstamos de guerra lanzada en el mes de octubre resultó una vez más decepcionante. Michaelis tampoco duró mucho en el cargo. En septiembre manejó mal en el Reichstag el debate en torno a los motines desencadenados en la armada, acusando falsamente de complicidad al USPD. Perdió no solo la confianza de la cámara, sino también la de la OHL, debido a su incapacidad de derrotar una propuesta de ley de reforma del derecho de sufragio. Fue sustituido por el conde Georg von Hertling, y esta vez los partidos del Reichstag fueron consultados y algunos diputados entraron en la nueva administración[134]. Hertling era un septuagenario oriundo del sur del país, de religión católica, que había sido el sucesor preferido de Bethmann. No era particularmente del agrado de la OHL, y pretendía defender las prerrogativas de su cargo,

discrepaba de los militares en lo tocante a los objetivos de guerra y apoyaba la diplomacia de Kühlmann. Sin embargo, pese a las continuas fricciones entre civiles y militares y la desafección cada vez mayor de los trabajadores, la élite de Alemania siguió unida en su compromiso primordial con la expansión.

En el bando aliado, Gran Bretaña fue el país más resistente al mal de Rusia, e Italia el más susceptible, mientras que Francia se situó en medio. Aunque Lloyd George se vio tentado a buscar una paz a expensas de Rusia, cuando los sondeos llegaron a su punto culminante ganaron los defensores de continuar luchando. Las medidas tomadas contra la amenaza de los submarinos en respuesta a las huelgas de la industria contribuyeron a impedir una crisis de subsistencia, aunque a finales de año apareció por primera vez una grave escasez de alimentos. El gabinete se vio obligado a prestar más atención al nivel de vida de la población civil y también a la moral de la opinión pública (siempre una preocupación personal de Lloyd George), que se había visto gravemente sacudida durante ese año. Entre otras consecuencias, cabría citar los intentos de traer la victoria por Navidad llevados a cabo en Cambrai y Palestina, y la creación en el mes de agosto del Comité Nacional para la Difusión de los Objetivos de Guerra (NWAC, por sus siglas en inglés), con la finalidad de orquestar la propaganda interna[*]. Como en Alemania, el Estado no entró en acción hasta que se comprobó que la automovilización no era adecuada. Sin embargo, Gran Bretaña se libró con relativa facilidad de la controversia acerca de la Conferencia de Estocolmo, cuyo legado político más duradero fue la reunificación del Partido Laborista, mientras que los liberales continuaron divididos. Tras dejar el gobierno, Henderson reconstruyó los puentes con MacDonald y empezó a realinear al Partido Laborista en un programa de reforma progresista en el interior y en el rechazo de los objetivos de guerra imperialistas. Sin embargo, no se opuso nunca a la

guerra como tal, e intentó construir una alternativa progresista que impidiera que el bolchevismo cuajara en Gran Bretaña[135].

Italia fue más vulnerable porque su entrada en la guerra había sido siempre puesta en entredicho, y en 1917 reaparecieron los adversarios del intervencionismo, al tiempo que los socialistas se volvían más radicales y el PSI adoptaba el eslogan «Fuera de las trincheras antes del próximo invierno». La nota de paz del Papa deploraba la «matanza inútil», y Giolitti siguió su ejemplo volviendo a la escena política con un discurso pronunciado en Cuneo, en el que dijo que después de la guerra serían necesarios cambios en materia de política exterior. Las maneras autocráticas de Cadorna lograron que cristalizara una oposición en Italia, como había ocurrido en Francia con Joffre, y los seguidores de Giolitti (que todavía sumaban más de 100 diputados) exigieron mayor control parlamentario sobre el ejército. La desunión de la élite vino acompañada de disturbios sociales cuando la inflación siguió la tendencia general a la aceleración. En las ciudades pequeñas y en las zonas rurales se produjeron cientos de tumultos, pues era en el campo donde la herida del reclutamiento obligatorio había calado más hondo y donde las mujeres, que a menudo recibían un apoyo inadecuado de los subsidios de separación, tenían que arreglárselas solas[136]. Pero donde se produjo un deterioro más espectacular del orden fue en los tumultos de Turín del mes de agosto, cuya semejanza con los sucesos de Rusia resulta sorprendente. En esta ciudad los sentimientos en contra de la guerra siempre habían sido muy fuertes, y proliferaron debido a la existencia en ella de empresas relacionadas con la actividad bélica, en particular la Fiat. Como en Petrogrado, los obreros emigrantes se hacinaban en viviendas inadecuadas y tenían horarios de trabajo agotadores (hasta setenta y cinco horas a la semana)[137], sometidos a una férrea disciplina. Las autoridades locales habían avisado de la inminencia de un estallido de la violencia y una vez más la

chispa fue la escasez de pan, que se produjo justo después de una visita de una delegación del Sóviet de Petrogrado. Aunque comenzó como una protesta de mujeres, el movimiento atrajo a los trabajadores a pesar de los esfuerzos de los líderes socialistas locales por aplacar a la multitud, y cuando la policía abrió fuego, se levantaron barricadas. Sin embargo, ahí se acaban todas las analogías con la revolución de febrero. El ejército obedeció las órdenes y utilizó ametralladoras y carros armados para sofocar los disturbios después de cinco días de desórdenes, durante los cuales perdieron la vida treinta y cinco manifestantes[138]. Los tumultos no se contagiaron a Roma, y las autoridades lograron frenar los conatos aislados que se produjeron en las áreas rurales. Tampoco la reanudación de la controversia política supuso un desafío serio a los objetivos de guerra anexionistas de Italia ni a la determinación del gobierno de seguir combatiendo. Bien es verdad que en otoño el gobierno de Boselli recibió una condena casi unánime de ineptitud, y que se convocaron manifestaciones reclamando su sustitución. Los giolittianos querían que contribuyera a frenar a los militares, mientras que los intervencionistas y el alto mando exigían una disciplina más dura. La combinación de los dos extremos condujo al derrocamiento de Boselli el 27 de octubre por 314 votos frente a 96, siendo sustituido por una coalición más eficaz encabezada por el anterior ministro del Interior, Vittorio Orlando. La votación coincidió con una gran ofensiva enemiga, que puso fin a meses de angustia y que contribuyó más que cualquier otra cosa al establecimiento de la unidad nacional.

Una crisis similar se produjo en Francia. Aquí la SFIO fue más allá que el Partido Laborista y se negó a participar en el gobierno Painlevé, aun cuando siguió apoyando la guerra. Probablemente más serio fuera el hecho de que la voluntad de alcanzar la victoria empezó a vacilar incluso entre los no socialistas, pese a la labor de una entidad creada en el mes de

marzo con el respaldo del gobierno para oponerse a los sondeos de paz del enemigo, la Union des Grandes Associations Contre la Propagande Ennemie (UGACPE)[*]. El ejemplo más destacado fue el de Briand, que cuando había sido primer ministro había insistido en retener Verdún a toda costa y había aprobado la carta de Cambon y el pacto de Doumergue, pero que, cuando dejó el cargo, siguió en contacto con el barón Von der Lancken incluso después de que el gobierno le prohibiera entrevistarse con él. Del mismo modo es probable que Painlevé mantuviera en secreto contactos con los austríacos, ofreciéndoles un compromiso de paz basado en el cambio de Alsacia-Lorena por algunas colonias francesas. Sin embargo, el político que más sospechas despertaba de andar en tratos con el enemigo era Joseph Caillaux, que se creía que deseaba un compromiso de paz a pesar de sus afirmaciones de que Francia debía recuperar Alsacia-Lorena. La mayoría de los políticos se oponían a él, pero contaba con un grupo de partidarios en el Parlamento[139]. Otro personaje importante cuya figura quedó empañada fue el ministro del Interior, Louis Malvy, al que la derecha consideraba demasiado indulgente con los socialistas. De hecho, en 1914 había recomendado no imponer la creación del carnet B y había intentado colaborar con la SFIO y con los sindicatos[140]. Pero aunque no fuera un traidor, tardó en responder a la subversión alentada por los alemanes, y en el otoño y el invierno de 1917 afloraron una serie de escándalos. El más famoso fue el del *Bonnet Rouge*, un periódico de izquierdas subvencionado al principio por el Ministerio del Interior y luego por los alemanes. En 1917 se encontró a un miembro de su plantilla en posesión de un cheque suizo y el propietario del periódico, Almereyda, fue detenido, pero luego apareció muerto en su celda. Clemenceau, presidente de la Comisión de Guerra del Senado, atacó brutalmente a Malvy, dando a entender que su laxitud había causado los motines, y el

ministro dimitió. Se produjeron otros escándalos, como, por ejemplo, el del diputado Turmel, que había aceptado sobornos de los alemanes, y el del empresario Bolo Pachá, que había cobrado fondos del enemigo para la compra de un destacado diario parisino, *Le Journal*[141]. En varios de estos casos, la policía había actuado con lentitud, lo que hacía sospechar de la complicidad no solo de Malvy, sino también del propio Painlevé[142]. En noviembre Poincaré anotó en su diario que un tercio de los diputados querían la paz, aunque no se atrevían a reconocerlo[143]. Pero para entonces las medidas de Pétain habían empezado a rehabilitar al ejército y los informes de los prefectos indicaban que también los ánimos de la población civil estaban recuperándose. La mayoría de los políticos más destacados siguieron mostrándose leales a los principios de paz por medio de la victoria y de solidaridad con los Aliados. Finalmente, tras la caída del gobierno de Painlevé en noviembre, Poincaré se enfrentó a lo que muchos comentaristas consideran una dura elección entre Caillaux y Clemenceau[144]. Pese a la feroz animosidad de este último hacia el presidente, Poincaré optó por él y el nuevo gobierno actuó con rapidez para frenar la expansión del derrotismo. Fue una decisión trascendental, comparable con la elección de Michaelis y Hertling como sucesores de Bethmann por parte de Guillermo II en vez de escoger a un canciller comprometido con la negociación. El nuevo gobierno, formado en buena parte por el Partido Radical, técnicos apolíticos y los amigos del primer ministro, no pretendía ser una coalición, pero gobernó con tanta más eficacia desde el momento en que dejó de ser inclusivo. En adelante, la política francesa se volvería más divisiva, con una minoría de izquierdas con tendencia a formar una oposición ruidosa, pero persistiría el compromiso con la victoria a toda costa.

En Gran Bretaña, Francia e Italia fue crucial la percepción de los líderes políticos de que podían ganar la guerra incluso sin

Rusia. La participación de Estados Unidos resultó esencial para esa percepción, y la política estadounidense fue el elemento final del callejón sin salida al que se había llegado en 1917. Antes de intervenir, Wilson había hablado de una «paz sin victoria» como el resultado más favorable para la futura estabilidad internacional; después su objetivo pasaría a ser la paz «a través» de la victoria, y la derrota de Alemania se convirtió en un requisito fundamental para llegar a un acuerdo eficaz. Utilizó su influencia contra los intentos de alcanzar compromisos y prestó ayuda suficiente a los Aliados para superar su momento de crisis. Pero siguió mostrándose desconfiado de sus socios y les racionó la ayuda; una ayuda que de todas formas podía prestarles en una medida muy discreta, pues el crecimiento económico y militar de Estados Unidos no se consiguió hasta bien avanzado 1918. De ahí que la entrada de los estadounidenses en el conflicto no hiciera al principio más que reforzar la situación de estancamiento, animando a los Aliados a perseverar, pero sin llegar a convencer a las Potencias Centrales de que su causa estaba perdida.

Estados Unidos entró en la guerra de manera no del todo improvisada, pero con un nivel de preparación muy inferior al de las potencias continentales de Europa en 1914. Al principio, su contribución fue principalmente naval, financiera y diplomática. Su política naval puso de manifiesto una vena de nacionalismo económico: a diferencia de los británicos, los estadounidenses no concentraron sus buques mercantes en las rutas del Atlántico a expensas de otros mercados más provechosos en otros lugares, y las autoridades requisaron todos los barcos en construcción, incluso los encargados por sus aliados[145]. Del mismo modo, la armada estadounidense —que era bastante numerosa y moderna, formada por unas 300 embarcaciones, incluidos 70 destructores— tenía una tradición de rivalidad con la británica. A pesar de todo, la ayuda

estadounidense tuvo una importancia trascendental para persuadir a la Royal Navy de que los convoyes eran factibles y para permitir el funcionamiento del sistema de escoltas. Además, la marina estadounidense alteró su programa de construcciones a la luz de las nuevas prioridades, suspendiendo el programa de expansión de sus grandes buques de guerra de 1916 y concentrándose en los destructores y los «cazasubmarinos», pequeñas embarcaciones de madera equipadas con hidrófonos y cargas de profundidad[146]. Aunque los convoyes del Atlántico estaban ya en funcionamiento antes de la plena participación de los estadounidenses en la guerra, en septiembre la mitad de los destructores estadounidenses habían sido trasladados a Irlanda para llevar a cabo servicios de escolta, y Jellicoe comentaría tiempo después que solo la entrada en el conflicto de Estados Unidos permitió adoptar el sistema de convoyes en 1917[147]. La posibilidad de transportar mercancías y hombres sanos y salvos a través del océano fue trascendental para el esfuerzo de guerra aliado.

Los Aliados necesitaban también poder pagar esas mercancías y las finanzas fueron el otro terreno en el que la entrada de los estadounidenses tuvo una repercusión inmediata. El Tesoro de Estados Unidos decidió por fin prestar dinero directamente a los gobiernos aliados, empezando por un préstamo a los británicos por valor de 200 millones de dólares a un interés del 3 por ciento, esto es, dos puntos por debajo de lo que había venido pagándose por la financiación privada[148]. Hay que reconocer que los préstamos estaban ligados a la adquisición de productos estadounidenses (mientras que los préstamos de Gran Bretaña a sus aliados no estaban vinculados necesariamente a efectuar compras en este país)[149]. Los británicos esperaban que Washington financiara todas las compras de los Aliados en Estados Unidos, pero admitir algo así habría llevado al secretario del Tesoro McAdoo a chocar con el

tope de préstamos que el Congreso le había permitido conceder. Este detalle no habría sido tan importante si la puntualidad de los créditos del gobierno estadounidense hubiera sido fiable, pero no lo era. McAdoo era yerno de Wilson y asimismo un hombre ambicioso con aspiraciones presidenciales; quería evitar a toda costa cualquier disputa con el Congreso, no le gustaba J. P. Morgan por las simpatías republicanas de sus socios, y esperaba ver al dólar sustituir a la libra como divisa mundial estándar y a Nueva York superar a Londres como capital financiera mundial[150]. Todas esas suspicacias llegaron a su punto culminante cuando se descubrió la deuda del gobierno británico con la banca Morgan, cuyos intereses McAdoo se negó a satisfacer[151]. Tampoco se mostró dispuesto a mantener el valor de la libra esterlina frente al dólar, que los británicos intentaban que siguiera fijado en los 4,76 dólares por libra. En el período entre junio y agosto, los británicos se vieron casi forzados a dejar caer ese nivel de cotización, aunque al hacerlo todas las compras que efectuaran los Aliados a Estados Unidos resultarían más caras. Al final parece que sus protestas en este sentido persuadieron a McAdoo de que debía apoyar ese nivel de cotización, rechazando a un tiempo las peticiones de los británicos, que querían que se lo garantizara. Pero aunque los Aliados consiguieron menos dinero del que querían, obtuvieron un crédito a buen precio sin tener que pedir préstamos a instituciones privadas y lo utilizaron para efectuar compras esenciales (los franceses, por ejemplo, para adquirir trigo y acero)[152]. Como en la esfera naval, la ayuda estadounidense proporcionó el margen de supervivencia necesario, aunque no mucho más.

El modelo se repitió en la esfera de la diplomacia. La declaración de guerra de Estados Unidos comportó grandes ventajas para los Aliados, la primera de las cuales fue la sucesión de muchas otras declaraciones del mismo estilo. A partir de abril

de 1917, diez países latinoamericanos rompieron relaciones con Alemania o le declararon la guerra, y los buques enemigos que se habían refugiado en sus puertos quedaron al alcance de los Aliados. Solo en Brasil eso supuso cuarenta y dos barcos[153]. Sumados a los navíos alemanes confiscados en Estados Unidos, el resultado fue que los Aliados y los estadounidenses pasaran a controlar cinco sextas partes del tonelaje mercante del mundo. La intervención estadounidense contribuyó también directamente a la entrada de China en la guerra en agosto. Gran Bretaña y Francia lo habían pretendido durante algún tiempo, con la esperanza de utilizar mano de obra china; además, la campaña de los submarinos hizo que la confiscación de los buques alemanes atracados en puertos chinos se convirtiera en un asunto urgente. Los japoneses se opusieron a la entrada de China, pues no querían que Pekín estuviera presente en la conferencia de paz, hasta que en la primavera de 1917 los Aliados europeos prometieron en secreto respaldar las pretensiones de Japón sobre los territorios de Alemania en la provincia de Shandong[*]. Cuando Washington rompió relaciones diplomáticas con Alemania, invitó a otros países neutrales a hacer lo mismo, y China respondió a la invitación[154]. Los estadounidenses no querían que se convirtiera en país beligerante, pero en aquellos momentos intervino la política china, en forma de lucha entre el presidente Li Yuan-hung, apoyado por el movimiento nacionalista conocido como Kuomintang, y el primer ministro Tuan Chi-jui, apoyado por los gobernadores militares del norte. Tuan estaba a favor de entrar en la guerra con la esperanza de conseguir de los Aliados apoyo financiero que le ayudara en la lucha interna; sus partidarios tomaron Pekín en mayo e hicieron pública la declaración de guerra, mientras que el Kuomintang estableció un gobierno rival en Cantón. La intervención aceleró la caída de China en un caos que se prolongaría durante toda la década

siguiente[155]. No obstante, la intervención de China y de los países latinoamericanos, y siguiendo su ejemplo también la de Grecia, supuso que a finales de 1917 la mayor parte del mundo se hubiera unido, al menos nominalmente, al bando de los adversarios de las Potencias Centrales. Además, la entrada de los estadounidenses en la guerra obligó a los demás países neutrales a acatar con más rigor el bloqueo de los Aliados. Mientras que el temor a Estados Unidos había inhibido la política de los Aliados frente a los holandeses y los escandinavos, Washington insistiría a partir de ese momento en que los países neutrales del norte de Europa fueran controlados más estrictamente y recibieran suministros solo si los Aliados podían utilizar sus buques mercantes[156]. Una vez eliminados los obstáculos diplomáticos, el bloqueo se haría más severo.

Wilson ayudó también a la diplomacia aliada oponiéndose a los compromisos de paz. Los estadounidenses negaron el pasaporte a los socialistas para desplazarse a Estocolmo, y aconsejaron a Balfour que no discutiera la «trampa» Villalobar hasta que se hiciera una propuesta definida[157]. Wilson rechazó la nota de paz del Papa, cuando Lansing aconsejó que la situación favorecería a las Potencias Centrales y que debía rechazarse la paz hasta que Estados Unidos hubiera demostrado su fuerza[158]. La belicosidad del presidente desanimó a algunos de sus simpatizantes europeos, a quienes el gobierno estadounidense envió en privado mensajes tranquilizadores, y la Cámara de Representantes hizo saber a los radicales británicos que «cuando llegue el momento de la acción, lo encontrarán [a Wilson] en el lado bueno»[159]. Wilson deseaba desde luego que Alemania fuera derrotada y su respuesta al Papa era implícitamente un llamamiento a la revolución en Berlín. Pero su alineamiento con los Aliados europeos era táctico, y preveía una confrontación posterior con ellos. Por consiguiente, vio con buenos ojos la dependencia financiera cada vez mayor de Gran

Bretaña y Francia, para poder así «obligarlas a adoptar nuestra forma de pensar» cuando llegara el momento; pero ese momento todavía no había llegado y rechazó la propuesta de McAdoo de condicionar los préstamos a la moderación de los objetivos de guerra[160]. Análogamente, autorizó a la Cámara de Representantes a crear la Investigación, un equipo de expertos encargados de estudiar las cuestiones que probablemente se plantearían en la conferencia de paz, de modo que Estados Unidos pudiera adoptar una postura bien informada y «acumulemos toda la influencia que podamos ejercer»[161]. Todavía no le convenía firmar la paz, y esperó la ocasión apropiada. Estados Unidos mantuvo su condición de potencia asociada, no firmó el Pacto de Londres y se reservó el derecho a firmar una paz por separado. No declaró la guerra al Imperio austrohúngaro hasta diciembre, y nunca se la declaró ni a Bulgaria ni a Turquía. Aunque no secundó las exigencias de Teréshchenko de convocar una conferencia para revisar los objetivos de guerra, se distanció de lo que sabía que eran los planes de sus socios. Cuando Balfour visitó Washington en abril, desveló algunos detalles de muchos pactos secretos, entre ellos el de Sykes-Picot o el Tratado de Londres firmado con Italia. La Casa Blanca le dijo que semejantes acuerdos eran «malísimos» y que constituían un «caldo de cultivo para una nueva guerra en el futuro», y que Estados Unidos se mantendría fuera de ellos[162]. De modo parecido, la respuesta de Wilson al Papa, publicada sin consultar a sus socios, condenaba los planes de «daños punitivos, la desmembración de los imperios y el establecimiento de ligas económicas egoístas y exclusivistas»[163]. En privado advirtió a los británicos que los estadounidenses se sentían «árbitros más que colaboradores»[164].

La respuesta de los Aliados siguió dos líneas. Una consistió en buscar el apoyo estadounidense a los objetivos ya existentes. Los italianos nunca sacaron a relucir ante Wilson el Tratado de

Londres, aunque comprobaron que Gran Bretaña y Francia seguían comprometidas con él. Los franceses intentaron ganarse a los estadounidenses, pero no hicieron muchos avances. Wilson evitó cualquier promesa de traspaso de Alsacia-Lorena a Francia, pues dudaba que fuera eso lo que deseaban sus habitantes, y rechazó las sugerencias francesas de celebrar una reunión complementaria de la conferencia económica de París de 1916. Los estadounidenses se mostraron igualmente evasivos ante la propuesta de Clémentel de que los Aliados mantuvieran controles sobre el comercio mundial de productos alimentarios y de materias primas después de la guerra, para que Francia pudiera disponer de todo lo que necesitara para su reconstrucción y Alemania se enfrentara al estrangulamiento económico si su conducta no era la adecuada[165]. La única potencia aliada que llegó a un arreglo con Washington fue Japón, a través del Acuerdo Lansing-Ishii de noviembre de 1917. Este pacto se produjo a raíz de la entrada de China en la guerra, y se llegó a él para evitar una confrontación estadounidense-japonesa. Tanto Estados Unidos como Japón habían prosperado gracias al conflicto y los dos países habían incrementado su respectiva influencia en Asia oriental, donde los europeos tenían muy poca en aquellos momentos. Cuando los estadounidenses entraron en la guerra, concentraron su flota en el Atlántico, pero dejaron de suministrar acero a Japón (lo que imposibilitaba la construcción de barcos en este país), afirmando que lo necesitaban para ellos. En junio de 1917, los japoneses aseguraron que tenían «intereses importantísimos» en China, pero Washington manifestó su discrepancia. Sin embargo, Lansing y el barón Ishii llegaron a una componenda, que era básicamente un acuerdo para estar en desacuerdo. El consejo que dieron al gobierno de Tokio sus expertos fue que en caso de guerra con Estados Unidos, la perderían, y en cualquier caso Japón no quería un control directo de China. Wilson

pensó que los japoneses constituían una amenaza demasiado remota y se mostró dispuesto a hacer concesiones. El Acuerdo Lansing-Ishii reconocía los «intereses especiales» de Japón en China, pero insistía en que la «soberanía territorial [china]… permanezca intacta». Pekín no fue consultada sobre el pacto, y se negó a reconocerlo. El acuerdo supuso una retirada temporal de los estadounidenses, mientras que los japoneses siguieron expandiendo sus intereses económicos y su influencia política en Asia continental. No obstante, como en Europa, los estadounidenses pretendían replantear la cuestión en un momento más oportuno[166].

La segunda respuesta de los Aliados al desafío diplomático estadounidense fue modificar al menos la apariencia de sus objetivos de guerra, para tener en cuenta la retórica de Wilson, así como las demandas de la izquierda europea. El ejemplo más evidente fue la Sociedad de Naciones, aprobada en la resolución de la Asamblea Nacional francesa del 6 de junio e incorporada a los objetivos públicos de Francia y Gran Bretaña a pesar de las reservas privadas de los líderes de ambos países. Sin embargo, si con ello pretendían complacer a Wilson, probablemente no lo consiguieran, pues el presidente no estaba dispuesto a emprender estudios detallados acerca de la Sociedad y se resistió a los intentos aliados de iniciarlos. La célebre Declaración Balfour, dada a conocer el 2 de noviembre, puede interpretarse también como un intento de ajustar los objetivos de guerra británicos a las nuevas circunstancias. En una carta abierta del secretario del Foreign Office a lord Rothschild, el gobierno británico prometía su apoyo a «una morada nacional para el pueblo judío» en Palestina, sin perjuicio de los derechos de los no judíos que habitaran en ella o de los judíos de otros países. Dicho apoyo fue hecho público cuando el avance de Allenby sobre Jerusalén proporcionó a los británicos la facultad de llevarlo a cabo. Durante el verano habían sondeado a Turquía

acerca de las posibilidades de firmar una paz por separado, pero el compromiso de Francia e Italia con los acuerdos Sykes-Picot y de Saint-Jeande-Maurienne (y las ambiciones turcas en Rusia) dejaban pocas posibilidades de llegar a un acuerdo. Si la paz con los turcos parecía improbable, la promesa pública de arrebatarles Palestina no suponía demasiado peligro. Los imperialistas del gabinete —incluido el propio Lloyd George— pretendían revisar el Tratado Sykes-Picot y poner Tierra Santa bajo el control británico, no bajo la supervisión internacional, entre otras cosas para crear una barrera entre el canal de Suez y los franceses de Siria. Creían que los colonos judíos de Palestina serían probritánicos, y temían que, si no apoyaban las aspiraciones sionistas de una patria nacional, Alemania se les adelantara en este punto. Además, esperaban granjearse las simpatías de las comunidades judías de todo el mundo. El movimiento sionista fue aumentando rápidamente su influencia entre los judíos rusos y estadounidenses, así como en la propia Gran Bretaña. Aunque Wilson se mostró discreto en público, parece que el juez del Tribunal Supremo y destacado sionista Louis Brandeis ganó al presidente para la causa y lo indujo a favorecer el protectorado británico. El conocimiento de la actitud de los estadounidenses ayudó a que el gabinete de Londres se inclinara a favor de la declaración tras varias semanas de debate. Lloyd George y Balfour veían con buenos ojos el principio de un Estado judío y parece que esperaban que finalmente se creara uno, pero publicaron la declaración para favorecer sus intereses estratégicos en Oriente Próximo y para ganarse la buena voluntad de los estadounidenses[167].

La intervención de Estados Unidos trajo grandes beneficios navales, económicos y diplomáticos a los Aliados, pero la contribución estadounidense fue cuidadosamente limitada. Wilson y sus asesores tuvieron siempre in mente los intereses nacionales estadounidenses, con independencia de que lo que

estuviera en cuestión fueran barcos, préstamos u objetivos de guerra. Su asistencia ayudó a los británicos a superar la crisis financiera y la de los submarinos, y permitió a los gobiernos aliados resistir el desafío de la izquierda. Sin ella, los Aliados europeos quizá se hubieran visto obligados a entablar negociaciones. Pero no pasó apenas del mínimo necesario para que siguieran en la guerra, debido en parte a la falta de preparación de los estadounidenses, pero también a una política deliberada, y prácticamente lo mismo cabe decir del cuarto tipo de ayuda prestada por los estadounidenses, la Fuerza Expedicionaria Estadounidense (AEF, por sus siglas en inglés). Nivelle había previsto que los estadounidenses mandarían solo unos 90 000 especialistas en transporte y en medicina, pues todavía suponía que los Aliados podrían ganar la guerra sin demasiada ayuda. Pero tras el desastre de Chemin des Dames, Pétain otorgó a la presencia de un gran ejército estadounidense un papel esencial en su estrategia[168]. Análogamente, Wilson decidió levantar los ánimos de los franceses enviándoles tropas con celeridad y autorizando un acuerdo marco franco-estadounidense en el mes de mayo[169]. De ese modo, los estadounidenses intensificaron su compromiso, como anteriormente habían hecho los británicos, pero la AEF se puso también al servicio de los objetivos de Wilson. El Departamento de Guerra (a las órdenes del secretario Newton D. Baker) y el Estado Mayor consideraban que Francia sería el teatro de operaciones decisivo. El presidente tal vez coincidiera con ellos, pero para asegurarse de que así fuera (aparentemente debido a las dudas de Lloyd George respecto al Frente Occidental) sus asesores le facilitaron en octubre un memorando que rechazaba de manera sistemática todas las alternativas. A diferencia de los británicos, los estadounidenses se oponían a una estrategia «secundaria», como ocurriría de nuevo durante la Segunda Guerra Mundial. Se decidió rápidamente que la AEF fuera a

Lorena, que en 1917 era un sector tranquilo. Semejante elección resultaba conveniente para los franceses, que no querían tropas extranjeras custodiando los accesos inmediatos a su capital y suponían que si los estadounidenses quedaban colocados en medio de las unidades francesas del este del país sería menos probable que desarrollaran unas relaciones demasiado estrechas con los británicos. Pero también resultaba conveniente para el comandante al mando de la AEF, Pershing, porque le permitiría controlar una red ferroviaria independiente que iba desde el sur de París hasta sus puertos de abastecimiento en la costa del Atlántico, y que podría servirle como trampolín para un asalto al Sarre y a la Lorena alemana[170].

La estrategia de Estados Unidos era, pues, muy ambiciosa. El hecho de que Pershing quisiera un papel tan independiente reflejaba su punto de vista y también el de Wilson. El comandante había recibido la orden de mantener a la AEF como «un elemento aparte y distinto», y creía que «cuando acabe la guerra nuestra posición será más fuerte si nuestro ejército, actuando como tal, desempeña un papel claro y definido»[171]. Como los franceses y los británicos, los líderes estadounidenses creían que su papel en la derrota de Alemania determinaría su influencia en la conferencia de paz. Estaban decididos a mantener a la AEF separada en el plano institucional, aun a costa de chocar con Francia y con Gran Bretaña y de incurrir en demoras antes de que la fuerza estuviera lista. Los franceses y los británicos dudaban si el pequeño cuerpo de oficiales estadounidenses podría proporcionar un número suficiente de mandos y oficiales del Estado Mayor lo bastante competentes para dirigir las divisiones y los ejércitos independientes de la AEF, y los británicos intentaron introducir tropas estadounidenses en unidades comandadas por británicos[172]. Pero los estadounidenses se negaron, aunque se mostraron de acuerdo en que sus reclutas recibieran instrucción

de los franceses, que supusieron erróneamente que así podrían influir en ellos[173]. Los estadounidenses no iban a ser enviados a Europa solo para ser carne de cañón, y aunque la AEF crecería de manera gradual, lo haría con fuerza para satisfacer los objetivos de su presidente.

En noviembre de 1917, solo habían desembarcado en Francia 77 000 estadounidenses[174]. Su tardanza en llegar causó una gran decepción en Europa tras la euforia suscitada en verano, cuando desembarcaron los primeros *doughboys*, aun cuando en 1917-1918 los estadounidenses efectuaron la concentración de sus tropas con más rapidez que los británicos en 1914-1916. Pero como potencia militar terrestre, Estados Unidos estaba empezando por entonces prácticamente de la nada. Durante el período de neutralidad, los contratos de los Aliados habían provocado una gran expansión del sector de las municiones en Estados Unidos, y el Consejo de Defensa Nacional, creado en 1916 en virtud de la Ley de Defensa Nacional, había preparado un plan de movilización industrial. Durante el período de neutralidad, unos 16 000 jóvenes (principalmente, estudiantes universitarios) acudieron por propia iniciativa a campamentos de verano para recibir adiestramiento como oficiales potenciales, el presupuesto del ejército casi se triplicó y se fijaron objetivos de reclutamiento muy ambiciosos (aunque no llegaron a alcanzarse nunca). En abril de 1917 había solo 5791 oficiales y 121 797 soldados, a los cuales habría que añadir los 181 620 de la Guardia Nacional. Los oficiales del Estado Mayor eran menos de veinte. El ejército había tenido una actuación penosa en México, disponía de menos de 1500 ametralladoras, los fusiles estaban anticuados, los cañones de campaña eran defectuosos y el número de aviones era insignificante[175].

La experiencia británica permitió a Wilson aprender a vencer con rapidez su hostilidad a la obligatoriedad del servicio

militar, y la Ley de Servicio Selectivo entró en vigor en mayo. Los reclutamientos voluntarios fueron menos numerosos que en Gran Bretaña, y la finalidad de la ley fue en parte subsanar esa situación. Se pretendía también con ella evitar el bochorno político que habría supuesto una división de voluntarios reclutada y encabezada por Theodore Roosevelt[176], e impedir que la economía de guerra se viera afectada por el alistamiento de obreros cualificados: se concedieron prórrogas a 800 000 trabajadores de la agricultura y de la industria[177]. Las juntas locales registraron a cerca de 10 millones de hombres en el mes de junio, aunque todos los que tenían a su cargo a otras personas fueron eximidos y algunas juntas concedieron la exención también a los casados. Se permitió la objeción de conciencia, por motivos religiosos y luego también no religiosos, aunque los 20 000 objetores a los que se dispensó el correspondiente certificado fueron enviados a campos de adiestramiento y al final más de 16 000 decidieron prestar servicio como alternativa[178]. En total fueron reclutados 2.758 000 hombres y el ejército estadounidense no se caracterizó precisamente por la escasez de soldados[179]. Lo que faltaba (además de barcos de transporte) eran campos de entrenamiento (construidos a toda prisa y a un precio elevadísimo, aunque a menudo todavía no estaban listos cuando llegaban los reclutas), oficiales (que recibían adiestramiento al mismo tiempo que sus subordinados) y armas.

El gobierno federal intentó administrar la economía de guerra sin tener que recurrir a las nacionalizaciones ni a medidas coercitivas. Decidió respetar los contratos ya existentes con los Aliados, de modo que los encargos de la AEF se pondrían a la cola. En consecuencia, la mayor parte del armamento de la AEF fue proporcionado por la industria aliada, y el ejército estadounidense compró durante la guerra 10 millones de toneladas de pertrechos y equipamientos en Europa y solo 7 en

Estados Unidos[180]. La adquisición de aviones y cañones de campaña en Francia y Gran Bretaña alivió la presión sobre la propia industria estadounidense, pero el Departamento de Guerra exacerbó esa sobrecarga de pedidos lanzándose a un auténtico derroche de dinero al encargar en los primeros seis meses la fabricación de casi todo el material que recibió la AEF hasta noviembre de 1918[181]. A menudo no contactaba con el Consejo de Industrias de Guerra, el organismo creado para supervisar el proceso de aprovisionamiento, y trataba directamente con las empresas. Consecuencia de todo ello fue que en el invierno de 1917-1918 los estadounidenses se encontraron con una crisis de producción[*]. No obstante, la reconversión industrial en Estados Unidos se llevó a cabo como en los demás países una vez que se puso el dinero suficiente para atajar el problema. De hecho, el país financió su esfuerzo de guerra con relativa facilidad, aunque principalmente mediante préstamos. En su mensaje de guerra Wilson dijo que los costes de la guerra se cubrirían en la medida de lo posible con los impuestos, y McAdoo se marcó como objetivo el 50 por ciento. Como en otros países, sin embargo, el impuesto sobre la renta (que no fue introducido hasta 1916) suscitó una gran controversia política, y más todavía suscitó el impuesto sobre el exceso de beneficios. El Congreso frenó las subidas de impuestos, pero autorizó a McAdoo a lanzar una emisión de bonos por valor de 2000 millones de dólares, el primer «préstamo de la libertad», a un interés bajo, pero libre de impuestos. La emisión fue suscrita por un número excesivo de compradores y la forma más fácil de cubrir sus costes que vio McAdoo fue a través de préstamos, permitiéndole los bajos intereses aligerar la carga del pago de la deuda[182]. Pero para vender los bonos (aunque los principales compradores no fueron los particulares, sino los bancos) tuvo que movilizar el patriotismo público, y lo hizo a través de una campaña

publicitaria intensiva. Las autoridades esperaban apoyarse en una «automovilización» patriótica, a la que finalmente el pueblo estadounidense respondió, aunque con más calma que en Europa. Para conseguirla, el gobierno utilizó unos niveles de coacción y manipulación sorprendentes en una sociedad cuya cohesión había tenido que enfrentarse al reto de una enorme afluencia de inmigrantes durante las últimas décadas y que además se había mostrado muy dividida respecto a la decisión de intervenir en la guerra, a la que el Partido Socialista estadounidense, dirigido en buena parte por inmigrantes, seguía oponiéndose. La Ley de Espionaje de junio de 1917 permitía al director general de Correos prohibir el envío de publicaciones socialistas de un estado a otro, y Washington se metió en el negocio de la propaganda. El Comité de Información Pública (CPI, por sus siglas en inglés), presidido por el director de periódico de mentalidad progresista y viejo partidario de Wilson, George Creel, lanzó un masivo programa en varias lenguas, cuyo tono fue volviéndose cada vez más proselitista y menos «objetivo» cuando se impuso la misión de «americanizar» a los emigrantes más recientes[*]. Se inició así un proceso que culminaría más tarde en una vehemente reacción contra el progresismo.

Durante 1917, la capacidad de gasto de Estados Unidos no produjo ni un ejército numeroso y bien entrenado ni una industria de guerra competente. Aunque algunos errores se debieron a la gestión del frente interno, el motivo básico de esa situación fue que para crear tales cosas se necesitaba tiempo. Los recursos disponibles para ayudar a los Aliados fueron, por consiguiente, limitados, y las preferencias políticas de Wilson y de sus asesores los limitaron todavía más. De ahí que la intervención de Estados Unidos, contrarrestada por la parálisis de Rusia, reforzara el estancamiento de 1917; estancamiento con un nivel de violencia menor que el de 1916, pero

estancamiento al fin y al cabo. A pesar del cambio de tácticas y de tecnologías por tierra y por mar, la posibilidad de realizar un gran progreso militar seguía siendo remota; y a pesar de la frenética actividad diplomática, resultaba igualmente lejana la consecución de un compromiso negociado. El fracaso del consenso a favor de la guerra en Rusia no se trasladó a Europa occidental, y en Estados Unidos el ardor bélico fue cobrando intensidad. La lucha no acabaría silenciosamente. A continuación, hay que analizar la decisión que provocó su culminación.

15

La última jugada de las Potencias Centrales, otoño de 1917-verano de 1918

En el otoño de 1917, las Potencias Centrales volvieron a llevar la iniciativa. Su contraataque contra la ofensiva Kerenski inició un cambio de rumbo comparable al que marcaron la ofensiva de Gorlice-Tarnow en la primavera de 1915 o la de Brusílov en el verano de 1916. Marcó también una vuelta parcial a la guerra de movimientos. Aunque los ataques de los Aliados en el Isonzo, en Flandes y en Palestina continuaron hasta el otoño, a partir de ese momento los alemanes barrieron todo lo que se les puso por delante. Tras expulsar a los rusos de Galitzia en el mes de julio, tomaron Riga en septiembre, y en octubre infligieron en Caporetto a Italia una de las derrotas más espectaculares de la guerra. La Revolución bolchevique de noviembre les permitió alcanzar un alto el fuego en el Frente Oriental e imponer sendos tratados de paz a Rusia y Rumanía en la primavera de 1918, antes de crear una vasta zona de estados satélite que iba desde el Círculo Polar Ártico hasta el Cáucaso. Por último, en el Frente Occidental, donde el contragolpe de Cambrai había hecho ya retroceder a los británicos, cinco grandes ataques alemanes del 21 de marzo al 15 de julio de 1918 obligaron a los Aliados a enfrentarse a su crisis más peligrosa desde 1914. Pero con la derrota de estas ofensivas un nuevo cambio de rumbo de la fortuna militar restableció la ventaja de los Aliados, y esta vez de

forma definitiva.

Las Potencias Centrales aprovecharon la oportunidad porque sus enemigos vacilaron. En el verano de 1917, tres años de matanzas habían abocado a Rusia a la revolución y a Francia a los motines. Estados Unidos prestó una ayuda naval y financiera cuidadosamente racionada, pero todavía se encontraba en pleno proceso de reconversión de la producción de guerra y aún no había situado ninguna unidad en el frente. Pero también Alemania y el Imperio austrohúngaro estaban cerca de la extenuación, aunque una revolución táctica les diera una ventaja operacional. La retirada de Rusia fortaleció el entusiasmo de la OHL por una poderosa ofensiva en el oeste como apuesta definitiva de Alemania por la victoria. Dando la espalda a la paz por medio de la negociación —que, a decir verdad, también los Aliados habían rechazado—, Berlín y Viena optaron una vez más por el éxito militar como mejor forma de salir del *impasse*. Haciéndolo así se jugaron casi todos los activos que les quedaban y se expusieron a un contragolpe definitivo.

Como durante los anteriores inviernos de la guerra, los alemanes optaron por una ofensiva de primavera en la creencia de que tenían el tiempo en contra. De hecho todas las señales de peligro estaban encendidas. Entre sus aliados, Bulgaria, todavía gobernada por el rey Fernando I y su primer ministro Radoslavov, había cortado el paso a los Aliados en Macedonia, pero la oposición interna era cada vez más fuerte[1]. El Imperio austrohúngaro, tras la actitud tornadiza mostrada a raíz de la ascensión al trono de Carlos I, volvió a entrar en vereda, pero la llamada «carrera alemana» que emprendió resultó una bendición a medias. La nueva solidaridad entre Berlín y Viena reflejó el cambio de la fortuna militar: con los rusos fuera de Galitzia y los italianos batidos, el territorio austríaco quedó libre de invasores. Paradójicamente, en muchos sentidos el Imperio austrohúngaro había vencido su guerra, aunque no por sus propios méritos.

Además, cuando la Rusia bolchevique publicó el tratado secreto de los Aliados, se conoció el alcance del ansia territorial de Italia, y la experiencia había demostrado que los demás Aliados no romperían con Roma. Carlos I y Czernin tampoco estaban dispuestos a arriesgarse a firmar una paz por separado que pusiera en peligro la supervivencia de su régimen, especialmente si Alemania tomaba represalias invadiendo la monarquía dual para mantener sus comunicaciones con Constantinopla y se ponía de parte de los austríacos alemanes en contra de su gobierno. Una paz por separado, decía Czernin, se parecería a un suicidio por miedo a morir[2]. En diciembre de 1917 proclamó que el Imperio austrohúngaro luchaba para defender Alsacia-Lorena y estaba tan decidido a conservar Estrasburgo como a conservar Trieste. Ordenó a sus embajadores en las capitales de los países neutrales a insistir en que Viena continuaría fiel a su alianza[3]. Pero también se opuso a la reforma interna, avisando de que apaciguar a una nacionalidad no haría más que intensificar el antagonismo de las otras. La monarquía dual se vio cogida en la trampa, incapaz de romper con la alianza con los alemanes, pero obligada a enfrentarse, precisamente por esa alianza, a todos sus otros súbditos excepto a los alemanes y a los húngaros, cuyos líderes preferían ver liquidado el imperio antes que compartir el poder en pie igualdad con las otras nacionalidades. De ese modo, incluso tras la dimisión de Tisza como primer ministro húngaro, su partido siguió dominando el Parlamento de Budapest y bloqueó la reforma del derecho de sufragio. En enero de 1918, el nuevo ejército húngaro presidido por Wekerle exigió un ejército aparte[4]. Incluso las dos nacionalidades más importantes empezaban a llevar rumbos distintos.

Desde el punto de vista económico, las Potencias Centrales iban cuesta abajo. Los ferrocarriles búlgaros estaban quedándose paralizados[5] y Turquía iba camino de una hiperinflación.

Carecemos de cifras presupuestarias fiables, pero puede que el gasto del gobierno otomano se cuadruplicara durante la guerra, mientras que sus ingresos apenas aumentaron un 20 por ciento. Las autoridades no podían cubrir el déficit mediante préstamos y el papel moneda introducido en 1915 se depreció rápidamente. En Constantinopla los precios de venta al público se habían cuadruplicado en enero de 1917 y al final de la guerra habían aumentado casi veinte veces[6]. La administración de los Jóvenes Turcos, sobre el papel cada vez más centralizada, iba perdiendo el control de las provincias. Algunas zonas del Imperio otomano, enfrentadas al colapso del comercio, a la ruina de la agricultura debido al reclutamiento obligatorio y a gigantescos movimientos de refugiados, estaban al borde de la hambruna[7]. En cuanto al Imperio austrohúngaro, su economía de guerra alcanzó su mayor éxito desde mediados de 1915 a comienzos de 1917[8], aunque ello supusiera una mejoría en el abastecimiento del ejército y no en la alimentación de la población civil. De los 3,6 millones de toneladas de acero producidas en 1916, por ejemplo, 3,1 millones fueron a parar al ejército, que en las batallas defensivas del Isonzo de 1917 dispuso de más munición de la que pudo usar. El Imperio austrohúngaro participó en el Programa Hindenburg y asignó 454 millones de coronas a ese fin[9]. Pero lo mismo que en Alemania, el Ministerio de la Guerra se marcó unos objetivos excesivamente ambiciosos para cumplir con el programa en un momento en el que la producción estaba a punto de caer en picado. La inadecuada producción de pólvora constituyó el principal obstáculo, aunque la escasez de otros materiales, como, por ejemplo el cobre, también contribuyó al fracaso. Durante el otoño y el invierno de 1917-1918, las industrias pesadas de la monarquía imperial y real empezaron a cerrar. El deterioro de los ferrocarriles fue fundamental para la creación de una serie de círculos viciosos. La escasez de vagones significaba falta de

movimiento del carbón, lo que suponía que pararan más trenes y mayores impedimentos a la producción de acero, obligando a elegir entre municiones y materiales rodantes. Durante el último año de la guerra, la producción de carbón se redujo a la mitad; muchas fábricas de acero tuvieron que cerrar durante el invierno, y a comienzos de 1918 la escasez de este material obligó a todas las empresas armamentistas, excepto a las más importantes, a recortar la producción[10]. La producción de ametralladoras cayó de 1900 a 350 unidades al mes entre octubre de 1917 y febrero de 1918. El ejército tuvo la suerte de que hubieran cesado prácticamente los combates en el frente ruso y en el balcánico, dejando activo solo el italiano. Aun así, calculaba que sus unidades estaban a dos tercios de su fuerza reglamentaria. Más del 70 por ciento de los hombres susceptibles de prestar servicio militar habían sido reclutados y los demás trabajaban en su mayoría en las industrias de guerra[11]. En términos reales el Imperio austrohúngaro gastó en la guerra en 1917-1918 menos de lo que había gastado en 1914-1915[12]. Como reconocería Ludendorff, el ejército de los Habsburgo podía hacer poco más que esperar pasivamente a que acabara el conflicto[13].

La economía alemana había entrado en una espiral descendente. Para cumplir con el Programa Hindenburg tuvo que disminuir sus exportaciones a los países neutrales, a pesar de lo rentables que eran. El Reichsbank sostuvo la cotización del marco solo confiscando los valores extranjeros que poseían los alemanes y vendiéndolos o usándolos como garantías subsidiarias para pedir préstamos en el extranjero, acumulando así una deuda externa enorme. En el interior, las ventas de los créditos de guerra no lograron rematar la liquidez creada por la emisión de letras del Tesoro, ni acabar con el déficit presupuestario cada vez más elevado. Los impuestos periódicos sobre los beneficios excesivos eran medidas aisladas que no

producían un flujo de ingresos continuos. A medida que se relajaba la política monetaria, la producción se contraía: el índice de la producción industrial bajó de los 98 puntos de 1913 a los 81 de 1914, a los 66 de 1915, a los 63 en 1916, a los 61 en 1917 y a los 56 en 1918. El índice de precios había saltado de unos saludables 105 puntos en 1914 a los 142 en 1915, pero luego subió más despacio hasta alcanzar los 152 en 1916. Ahora, sin embargo, volvió a subir de golpe, a los 179 en 1917 y a los 217 en 1918. Los hombres que trabajaban en las industrias de guerra mantenían el valor de sus salarios en 1917 al nivel del 78,8 por ciento del que tenían antes de la guerra, pero los que trabajaban en la industria civil lo vieron reducido al 52,7 por ciento[14]. La combinación del descenso de la producción y de la depreciación de la moneda dio lugar a una guerra de todos contra todos por la parte que quedaba del pastel, pero ningún grupo social consiguió mantener su nivel de vida. El sector de las profesiones liberales y el de la pequeña empresa fueron los que más sufrieron y apoyaron al Partido de la Patria, mientras que los obreros metalúrgicos de Berlín pasaron a constituir la base del USPD. Aunque el alto mando consideraba que la situación en el interior había mejorado desde la crisis del verano[15], el panorama seguía siendo desolador.

Las dificultades económicas de Alemania se extendieron del sector civil al militar. El bloqueo de los Aliados se intensificó todavía más tras la entrada de los estadounidenses en la guerra, y restringió el abastecimiento de petróleo, fertilizantes agrícolas y una larga lista de materias primas necesarias para la fabricación de armas, entre ellas los metales no ferrosos, el algodón, el caucho, el azufre y la glicerina[16]. En parte por este motivo, Hindenburg se lamentaba en el mes de septiembre de que aunque los objetivos del programa que llevaba su nombre se habían reducido dos veces a la mitad, la industria seguía sin alcanzarlos[17]. Las 9200 toneladas alcanzadas por la producción

de pólvora en julio de 1917 estaban muy por detrás del objetivo de 12 000 fijado para mayo[18], y la escasez de vagones de trenes obligó a disminuir la producción de acero[19]. Como en el Imperio austrohúngaro, no era posible transportar suficiente carbón a los puntos en los que se necesitaba, de modo que había poco acero disponible para reponer vías y materiales rodantes. En octubre las fábricas de pólvora tuvieron que suspender la producción por falta de combustible, y en diciembre, a petición de la OHL, la armada redujo sus reservas de seguridad de carbón. Fue una suerte que durante 1917 las nuevas tácticas, la Línea Hindenburg y la Revolución rusa permitieran a los alemanes mantener a raya a los Aliados sin necesidad de aumentar la potencia de fuego. No obstante, el Programa Hindenburg empezó a obtener resultados, aunque fuera con retraso. Alemania acumuló enormes reservas de municiones antes de las ofensivas de 1918, y no faltaron bombas, ni armas de infantería y de artillería hasta las últimas etapas de la guerra. En el invierno de 1917-1918, Hindenburg y Ludendorff se enfrentaron a una situación —y estuvieron bien informados de ella en todo momento— en la que la economía general fue deteriorándose a pasos agigantados, pero al menos armas y municiones había en grandes cantidades[20]. Hasta cierto punto, estas circunstancias hacen que sus decisiones estratégicas parezcan más racionales.

Hindenburg y Ludendorff estaban al frente de un ejército que, a pesar de sentirse cansado, seguía siendo sólido. La «Instrucción Patriótica» introducida en 1917 no fue, al parecer, muy eficaz, y (a diferencia de Pétain) la OHL no hizo mucho más para levantar la moral de los soldados. En otoño el ejército de Flandes estaba exhausto y cada vez más indignado con sus oficiales; en el este se vio afectado por la efervescencia rusa y hasta el 10 por ciento de los hombres trasladados al Frente Occidental intentaron desertar *en route*[21]. Hindenburg temía

las consecuencias de la subversión en el ejército, aunque la veía más bien como un peligro para el futuro. Pero el número de soldados se había convertido ya en un problema serio: en septiembre de 1917, el mariscal se quejaba de que la falta de soldados bien adiestrados dificultaba gravemente la «libertad operacional»[22]. La Ley de Servicios Auxiliares de 1916 no había liberado a un número mayor de reclutas para el frente; al contrario, el número de trabajadores exentos aumentó de los 1,2 a los 1,9 millones entre septiembre de 1916 y julio de 1917[23], y el ejército tuvo que ceder otros 100 000 hombres para el Programa Hindenburg y para la fabricación de submarinos[24]. Hindenburg quería que se restringiera la movilidad de la mano de obra, pero el gobierno ignoró la petición cursada por la OHL para que todos los varones de entre quince y sesenta años pudieran prestar servicio militar. En enero de 1918, 2,3 millones de trabajadores del sector de la economía de guerra seguían protegidos, lo que constituye un claro indicio de los límites de la «dictadura» de la OHL[25]. Hindenburg y Ludendorff estaban exasperados por la incapacidad de Hertling, según su opinión, de adoptar las medidas drásticas necesarias para aumentar la producción, para administrar debidamente la mano de obra y para combatir la agitación pacifista. Los soldados que quedaron disponibles a raíz del colapso de Rusia llegaron justamente cuando más falta hacían.

La OHL pudo aprovechar con nueva fuerza ese colapso debido a una revolución táctica que fue fundamental para la nueva serie de éxitos de las Potencias Centrales. Tal situación fue fruto de distintas líneas de desarrollo en el ámbito de la artillería y de la infantería, y, aunque su esencia consistiera en combinarlas, las estudiaremos aquí por separado. Por lo que se refiere a la artillería, la semana de bombardeos británicos antes de la ofensiva del Somme y de la tercera batalla de Ypres no había sido nunca el modelo preferido de los alemanes. Antes de

Gorlice-Tarnow, la cortina de fuego preliminar había durado solo cuatro horas. En el Frente Oriental en 1916-1917, el teniente coronel Georg Bruchmüller, oficial retirado antes de la guerra que no desempeñó ningún papel destacado hasta la batalla del lago Narocz, dio un paso más allá en la táctica de la artillería. Desarrolló el control de tiro, es decir, un tipo de bombardeo que prescindía del «registro» previo o de las salvas para determinar el alcance de tiro, facilitando así el efecto sorpresa. Esta técnica requería labores previas de reconocimiento aéreo y toma de fotografías para localizar cuidadosamente los objetivos[26], dado que los cañones debían apuntar a simples coordenadas cartográficas. Durante 1917, la artillería perfeccionó su capacidad de controlar el tiro adoptando el método Pulkowski, desarrollado por el capitán de este nombre, consistente en ensayar laboriosamente el alcance de fuego de cada cañón para probar su capacidad en función de la velocidad del viento y el peso del proyectil. Además de unos preparativos muy rigurosos, la nueva táctica requería un sistema centralizado de control de fuego (a diferencia del sistema descentralizado usado por los británicos[27]) para anular las posiciones enemigas. Lo fundamental en el sistema de Bruchmüller no era destruir las defensas enemigas, sino «neutralizarlas» o incapacitarlas mediante un violentísimo bombardeo repentino en profundidad. El enemigo se veía incapaz de movilizar sus reservas y sus tropas de primera línea no tenían más remedio que permanecer a cubierto hasta que tenían encima a las tropas de asalto, pues el avance de la infantería contaba con la protección de una cortina de fuego móvil y de «cortinas encajonadas» que tapaban los flancos del sector de ataque[28]. Gracias al uso de bombas de gas para inutilizar las baterías y los puestos de mando del enemigo, el bombardeo suponía un ahorro de explosivos de alta potencia y era menos probable que causara excesivos daños en el terreno. La resistencia era

paralizada mediante un asalto en tres dimensiones que llegaba hasta el fondo de las líneas enemigas, anticipándose, según la mayoría de los analistas, al *Blitzkrieg* y a la Operación Tormenta del Desierto[29]. En el ataque contra Riga del 1 de septiembre de 1917 tuvo lugar el ensayo más importante realizado hasta entonces de la labor planificada de la artillería al estilo Bruchmüller, que llevó a cabo en apoyo al ataque de trece divisiones del VIII Ejército del general Oskar von Hutier a través del río Duina al norte de la ciudad. Se utilizaron morteros de trinchera contra las primeras líneas rusas, una cortina de fuego «encajonado» delimitó la zona de ataque, y las bombas detonantes y los gases se abatieron sobre las trincheras de comunicación y las baterías enemigas. Los alemanes mantuvieron ocultas sus fuerzas y desencadenaron el bombardeo sin registro previo a las cuatro de la madrugada; el cruce del río en lanchas comenzó a las 9.10 protegido por una cortina de fuego móvil. Las posiciones rusas situadas al sur de la ciudad sufrieron un bombardeo menos intenso y resistieron lo suficiente para que la guarnición de la plaza pudiera escapar, de suerte que la operación supuso un éxito menor de lo esperado. No obstante, los alemanes lograron cruzar el río y tomar Riga sufriendo pocas bajas, y la OHL trasladó a Hutier y a Bruchmüller al Frente Occidental para que desempeñaran tareas más importantes[30].

Los métodos de Bruchmüller no eran ni mucho menos revolucionarios, pues respondían a la combinación de acciones ya desarrolladas en el bando aliado, pero adquirieron plena significación al asociarse con nuevas tácticas de infantería. Aunque la toma de Riga fue ante todo un éxito de la artillería, pues la infantería apenas utilizó métodos innovadores, los alemanes venían experimentando desde 1915 la llamada «táctica de las tropas de asalto». En diciembre de 1916 fue aprobada la inclusión de batallones de asalto en todos los ejércitos del Frente

Occidental y en cada grupo de ejércitos en el Oriental. El principio consistía en el ataque llevado a cabo por una línea de hostigamiento poco profunda y abierta, con apoyo de pelotones de soldados especialmente entrenados provistos no solo de fusiles, sino también de armamento más pesado: morteros de trinchera, lanzallamas y ametralladoras ligeras o incluso pesadas. A los jefes de grupo se les asignaban objetivos generales o «misiones de combate» (*Gefechtsaufträge*), pero se les dejaba bastante autonomía en lo tocante al modo de llevarlas a cabo, y en general lo que tenían que hacer era penetrar lo más a fondo y lo más deprisa posible en las líneas enemigas, flanqueando y aislando los fortines para ocuparse de ellos luego. El contraataque de Cambrai utilizó ya la táctica de las tropas de asalto, aunque las unidades que participaron en él no habían sido adiestradas como tales. El II Ejército del general Georg von der Marwitz atacó sin haber llevado a cabo preparativos ostentosos y tras un breve bombardeo al estilo del de Riga, logrando un importante efecto sorpresa en las posiciones británicas, todavía poco consolidadas. El ataque contra el sur del saliente británico logró penetrar más de ocho kilómetros en pocas horas, y los grupos de asalto se infiltraron en las posiciones enemigas con lanzallamas y ametralladoras ligeras, abriendo paso incluso a cañones de campaña a medida que avanzaban, y con el apoyo de la aviación y de una cortina de fuego de precisión. A continuación, los «grupos de asalto» se lanzaron contra los puntos de resistencia. Aunque la contraofensiva contra el sector norte del saliente no salió tan bien (utilizó formaciones tradicionales más numerosas y no logró el efecto sorpresa), la operación contribuyó a convencer a Ludendorff de que la nueva táctica podía tener éxito en las condiciones reinantes en el Frente Occidental, y a comienzos de 1918 decidió distribuir estas unidades por todo el ejército[31].

Los mayores éxitos de las Potencias Centrales en el otoño de

1917 emplearon las nuevas tácticas de artillería y de infantería. La batalla de Caporetto fue la única ocasión en la que los alemanes intervinieron con grandes efectivos en el teatro de operaciones de Italia. Se decidió con poca antelación como una pequeña operación de tiroteo en respuesta a una petición de ayuda de los austríacos. Tras la toma de Riga, Ludendorff habría preferido liquidar a los rumanos, que todavía continuaban resistiendo en lo que quedaba de su país y que tras la derrota de la ofensiva Kerenski habían repelido un ataque germano-austríaco en el mes de agosto[32]. Pero los austríacos se vieron muy apurados en el curso de la undécima batalla del Isonzo durante los meses de agosto y septiembre, cuando diecinueve de sus divisiones tuvieron que defenderse de cincuenta y una divisiones italianas provistas de 5200 cañones[33]. Como sus aliados alemanes en Flandes, los austríacos estaban desmoralizados por los interminables combates defensivos, y Krafft von Dellmensingen, un alemán experto en guerra de montaña que visitó el frente aquel verano, comunicó a la OHL que no podrían resistir una duodécima ofensiva como aquella[34]. El 26 de agosto, Carlos I hizo saber a Guillermo II que el Imperio austrohúngaro quería lanzar una ofensiva y pidió tropas alemanas para sustituir a las austríacas en Rusia, y poder así trasladar su artillería pesada a Italia. Guillermo ordenó a Ludendorff estudiar el problema, pero este dudaba de que las tropas de los Habsburgo, no familiarizadas con las nuevas tácticas, pudieran llevar a cabo con éxito la ofensiva y temía que austríacos e italianos firmaran una paz por separado, si lo conseguían. Por otro lado, después de la caída de Riga la OHL tenía tropas disponibles para una operación en Italia antes de que llegara el invierno. Planeó llevar a cabo un despliegue transitorio con unos objetivos limitados, en primera instancia, y prestar ayuda a los austríacos haciendo retroceder a los italianos al río Tagliamento y privándoles de paso de las conquistas que

con tanto esfuerzo habían ganado. La batalla consistiría simplemente en avanzar desde el Isonzo en vez de efectuar un movimiento de pinza más ambicioso desde el Isonzo y desde el Tirol, para el cual Ludendorff creía que no tenía hombres suficientes. En resumen, el concepto se parecía al que había utilizado Falkenhayn en Gorlice-Tarnow dos años antes[35].

A partir de septiembre, los alemanes trasladaron siete divisiones al teatro de operaciones de Italia (desde el Frente Oriental y desde el Occidental, aunque los ataques de Plumer en Ypres causaron algún retraso), incorporándolas a un nuevo XIV Ejército germano-austríaco con mandos alemanes. Su comandante general era Otto von Below y su JEM era Krafft von Dellmensingen. Los austrohúngaros desplazaron al Isonzo cinco divisiones provenientes del Frente Oriental y del Tirol[36]. El 24 de octubre fue lanzada la ofensiva de Caporetto y rápidamente cosechó un éxito clamoroso, capturando o derrotando a una gran parte del ejército italiano y avanzando más de ochenta kilómetros. En aquel teatro de operaciones en conjunto, los alemanes y los austríacos tenían treinta y tres divisiones frente a cuarenta y una de los italianos, pero en el sector de ataque correspondiente al norte del Isonzo concentraron a quince frente a seis. Les costó mucho trabajo conseguir el efecto sorpresa, camuflando la artillería y haciendo avanzar a la infantería de asalto en plena noche[37]. No fue Bruchmüller quien dirigió la artillería, sino que se emplearon las tácticas habituales. Aunque se llevó a cabo cierto grado de registro previo, el bombardeo no alertó a los italianos de la magnitud de lo que se les venía encima. Se usaron en él 1000 morteros de gas[38], y más del doble de piezas de artillería que en Riga, llegando a estar los cañones en un sector a solo 4,4 metros de distancia. El bombardeo se inició a las dos de la madrugada y continuó hasta que se produjo el asalto seis horas después, contribuyendo la niebla y la lluvia a impedir a los italianos

localizar los cañones y responder a los disparos. La mayor parte de ellos fueron fuego de contrabatería, destinado a neutralizar la artillería enemiga, mientras que las bombas de gas de fosgeno (contra el que no servían las máscaras italianas) fueron disparadas contra las primeras líneas, antes de que se lanzara un bombardeo muy preciso con explosivos de alta potencia y una cortina de fuego móvil. El ataque de la infantería se concentró en el fondo de dos valles, en Plezzo y en Tolmino, localidades situadas a unos veinticinco kilómetros una de otra. Como los austríacos aún tenían algunas cabezas de puente al oeste del Isonzo, los alemanes pudieron salir sin tener que cruzar el río. Los italianos habían seguido la práctica de la escuela del Estado Mayor y habían dispuesto guarniciones en las posiciones elevadas, permitiendo a los mandos de vanguardia alemanes avanzar a un ritmo acelerado hasta el punto en el que convergían los dos valles, sin esperar a que los siguiera la artillería y flanqueando las posiciones enemigas[39]. La infantería alemana iba equipada con la nueva ametralladora ligera Maxim 08/15, y los *Jäger* («tropas alpinas») llevaban además morteros y cañones de montaña. Muchos ya habían experimentado lo que era la guerra en la montaña combatiendo en los Cárpatos y en los Vosgos; a otros se les dio tiempo para adiestrarse y aclimatarse al aire más ligero propio de las cotas altas. Tras avanzar entre doce y veinte kilómetros el primer día, el 27 de octubre habían salido ya de las montañas y avanzaban por la llanura del Véneto.

El ejército italiano estaba mal preparado para hacer frente a aquella ofensiva. Sus mandos no habían puesto refuerzos en los sectores cruciales y parece que Cadorna se mostró demasiado autocomplaciente. Tras suspender la undécima batalla del Isonzo, había pensado reanudarla en primavera, desoyendo las advertencias de los servicios de inteligencia acerca de la inminente intervención de los alemanes. Aunque los disparos

efectuados por el enemigo para probar su alcance y los interrogatorios a los desertores habían revelado el lugar y la fecha del ataque, Cadorna siguió dudando de que fuera a producirse y se mostró seguro de que, si en efecto se producía, sabría arreglárselas. Estaba decidido a aferrarse a las ganancias conseguidas durante el verano y los italianos se quedaron en las posiciones conquistadas, muchos de ellos apelotonados en posiciones avanzadas muy alejadas, mientras que las reservas se encontraban en posiciones muy atrasadas. Cadorna había ordenado que la línea se organizara para una defensa en profundidad, pero el general Capello, al mando del II Ejército, situado en el sector más amenazado, no había hecho caso de la orden recibida, con la esperanza, según parece, de hacer frente a la ofensiva con un ataque por los flancos[40]. Pero a su izquierda, Capello había situado a unos obreros de las fábricas de municiones recientemente movilizados que habían participado en los tumultos desencadenados en Turín durante el mes de agosto. Cuando el golpe se abatió sobre su ejército, este se mostró muy vulnerable al bombardeo y los alemanes lograron infiltrarse fácilmente.

Aunque el éxito puede explicarse en términos operacionales, Cadorna dijo que Caporetto había sido «una especie de huelga militar» y echó la culpa del desastre a la «propaganda subversiva»[41]. Esa fue la explicación que dio también a Orlando, acusando al II Ejército de no haber combatido[42]. A Cadorna y a Capello les convenía propagar esta opinión, que llegó a tener mucho predicamento. En realidad, tenía cierta base, aunque la estrategia agresiva del comandante supremo y su indiferencia por el bienestar de sus soldados tuvieran mucha culpa de su estado de ánimo. El 24 de octubre, y durante la retirada, varias unidades sí que combatieron: en pocos días en el II Ejército se registraron 11 690 muertos y 21 950 heridos, y cuando los atacantes se detuvieron a orillas del Piave los

alemanes y los austríacos habían sufrido entre 65 000 y 70 000 bajas[43]. Pero estas cifras quedarían en nada comparadas con la captura de 294 000 prisioneros de guerra italianos (de un ejército que contaba con unos 2 millones de soldados), por no hablar de los 3136 cañones (alrededor de la mitad del total de los que tenían los italianos) y una cantidad enorme de municiones y pertrechos[44]. El impacto del bombardeo y la rapidez del avance enemigo dejó a una multitud de soldados aislados y sin mandos superiores. Pero los relatos alemanes ponen de manifiesto que muchos italianos se rindieron rápidamente y sin ofrecer resistencia, abandonaron sus fusiles y sus uniformes, y vitorearon a los vencedores, mientras que otros insultaban a las unidades que marchaban al frente. Las rendiciones comenzaron de inmediato, y la 12.ª División alemana, por ejemplo, capturó en un solo día a 15 000 prisioneros. Cadorna no tenía planes de emergencia en caso de retirada y tardó en autorizar un repliegue; por si fuera poco, los italianos no pudieron manejar el embotellamiento sin precedentes que se produjo. Una vez iniciada la retirada, fue aumentando progresivamente hasta quedar fuera de control y las tropas se lanzaron en tromba hacia el sudeste junto con 400 000 refugiados civiles, saqueando a su paso las granjas abandonadas. En total hubo unos 300 000 soldados a la desbandada (*sbandati*) que no tardaron en ser atrapados y trasladados a nuevas unidades[45].

No obstante, la situación fue contenida y la línea del Piave fue defendida. No fue como Francia en 1914 o como en Vietnam del Sur en 1975, aunque en parte debido a las limitaciones que se impusieron los propios vencedores. Ludendorff había tenido originalmente la intención de replegar a las tropas alemanas cuando llegaran al Tagliamento, aunque cuando Below decidió seguir adelante tras alcanzar el río no se opuso. Pero el 3 de noviembre denegó la petición de refuerzos

presentada por los austríacos, posiblemente debido a la continua presión de los británicos en Passchendaele, e insistió en que el Piave debía ser el objetivo último. Los atacantes se vieron entorpecidos por diversos factores logísticos: carecían de equipamiento para la construcción de puentes, sus ferrocarriles de apoyo eran inadecuados, disponían de pocos animales de tiro, y sus camiones de llantas de acero se vieron obligados a circular por las carreteras de montaña. A partir del 28 de octubre comenzaron las lluvias; las tropas (muchas de las cuales se detenían para entregarse al pillaje) estaban hartas, y el abastecimiento desde sus lejanas estaciones terminales resultaba cada vez más difícil. Conrad lanzó con bastante retraso un ataque complementario desde el Tirol, pero nunca llegó a estar cerca de rodear a los italianos. Cuando ya en el mes de noviembre Ludendorff decidió por fin lanzar una ofensiva germano-austríaca desde el Trentino, la mejor oportunidad había pasado[46].

Sin embargo, la interrupción del avance no fue consecuencia solo de las dificultades de las Potencias Centrales. Los italianos pidieron ayuda a sus aliados y reforzaron su propia resistencia. El 28 de octubre, Gran Bretaña y Francia decidieron enviar tropas a Italia. El 10 de noviembre, los soldados ya estaban en el frente y en total se desplegaron cinco divisiones británicas y seis francesas, así como algunas escuadrillas aéreas. Los cazas británicos y franceses fueron superiores a los alemanes e impidieron los bombardeos diurnos, mientras que la fuerza aérea italiana había sido casi borrada de los cielos. La presión de los Aliados fue también decisiva para la destitución (merecida desde hacía tiempo) de Cadorna, que se produjo el 7 de noviembre, y el nombramiento en su lugar de Armando Diaz. Sin embargo, antes de ser apartado del cargo Cadorna decidió resistir en el Piave, posición que preparaba desde 1916. Replegarse más todavía habría puesto en peligro Venecia, cuya

pérdida habría sido simbólicamente desastrosa y habría obligado a la marina italiana a retirarse más de 800 kilómetros al sur hasta Brindisi, la siguiente base con la que contaba en la costa del Adriático. Además, la línea del Piave (que se extendía a lo largo de este río y por las colinas del macizo del monte Grappa y la meseta de Asiago) tenía solo unos 120 kilómetros de longitud, a diferencia del frente de casi 300 kilómetros existente antes de Caporetto. Esta reducción permitía además a los austríacos ahorrar hombres, pero al aumentar la proporción fuerza-espacio (que había sido inferior a la del Frente Occidental) favorecía a los defensores. Y por fortuna así era, pues al principio los italianos estaban en inferioridad numérica, aunque cuando llamaron a filas a la quinta de 1899 y reintegraron a los *sbandati*, el equilibrio empezó a recuperarse. Durante buena parte de noviembre siguieron desarrollándose terribles combates, pero a finales de mes los austríacos (privados ya de la ayuda alemana) habían dejado de hacer progresos, mientras que los italianos (con ayuda de los británicos) llevaron a cabo algunos contraataques. En diciembre el AOK aflojó y prometió colaborar en la ofensiva que los alemanes planeaban realizar en primavera en el Frente Occidental, accediendo a no lanzar más operaciones importantes en Italia sin el consentimiento de la OHL[47].

Así pues, se estableció una barrera detrás de la cual Italia pudo recuperarse. Pero la campaña había aliviado lo suficiente la presión sobre el Imperio austrohúngaro para que Ludendorff concentrara sus fuerzas en otro sitio. Durante el mes de diciembre trasladó las divisiones de Italia al Frente Occidental, adonde las siguieron poco después la mayoría de las anglo-francesas. No obstante, el teatro de operaciones de Italia quedó en adelante más estrechamente ligado a la guerra en general. Un indicio de ello fue la inclusión de Italia en el Consejo Supremo de Guerra (SWC, por sus siglas inglés) creado por los Aliados en

la conferencia celebrada en Rapallo en noviembre como respuesta directa a la necesidad (acentuada por la derrota) de una coordinación estratégica. El SWC era solo una más de las nuevas instituciones de los Aliados en las que se dio cabida a Italia. Un segundo indicio sería la declaración de guerra de Estados Unidos al Imperio austrohúngaro en el mes de diciembre, cuya finalidad fue principalmente dar ánimos a los italianos, aunque Wilson evitó exhortar a la desintegración de la monarquía dual de los Habsburgo y se distanció de los objetivos anexionistas de Italia. Según la opinión de la mayoría, el propio gobierno italiano parecía dispuesto a reducirlos al pedir en marzo de 1918 al Vaticano que emprendiera una labor secreta de sondeo con el Imperio austrohúngaro[48]. Pero cuando Roma se mostró más dispuesta a llegar a un compromiso, Viena, deslumbrada por la victoria, se mostraría mucho más reacia a hacerlo. La confrontación en el Véneto no terminaría todavía.

La buena estrella de las Potencias Centrales había empezado ya a resurgir cuando la revolución bolchevique inclinó todavía más la balanza a su favor. Ellos mismos fueron en parte los autores de su buena suerte a raíz de la decisión de la OHL de facilitar el regreso de Lenin a su país. Si el líder bolchevique hubiera permanecido en Suiza, puede que el gobierno provisional hubiese caído de todas formas, pero más probablemente en beneficio de un régimen socialista moderado que habría rechazado una paz inmediata. Contra la feroz resistencia de su propio partido, Lenin condujo a los bolcheviques a la oposición al gobierno y se distanció de los mencheviques y los socialrevolucionarios, permitiéndoles así capitalizar la oleada de sentimientos antibelicistas desencadenada a raíz de la ofensiva Kerenski y postularse como el único baluarte fiable frente a la reacción tras el golpe de Estado de Kornílov. Los bolcheviques no accedieron al poder en virtud de un proceso democrático, que Lenin despreciaba en cualquier caso, a menos que se

acomodara a sus objetivos tácticos. No obstante, entre las dos revoluciones el apoyo popular había aumentado de forma espectacular, como demuestran el incremento de su militancia, el éxito en las elecciones municipales y su creciente popularidad en los comités de soldados y en los sóviets[49].

Si Lenin no era ningún demócrata «burgués», tampoco era ningún pacifista. Marx y Engels habían juzgado las guerras por su carácter de clase y por si eran progresistas o no desde el punto de vista histórico, y Lenin sometió la Primera Guerra Mundial a un análisis similar en su artículo de 1916 *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En sus «Cartas desde lejos», escritas tras la revolución de febrero, sostenía que solo la toma de poder por un gobierno obrero podía lograr la paz. El nuevo régimen haría públicos los tratados secretos de los Aliados y pediría un alto el fuego inmediato y una guerra revolucionaria contra los gobiernos que se negaran a aceptar una paz basada en la autodeterminación de las naciones oprimidas de Europa y de las colonias de ultramar[50]. Lenin se envalentonó al ver la propagación de los disturbios por toda Europa, y sobre todo las huelgas y los motines navales que se produjeron en Alemania, país que todos los bolcheviques reconocían como la ficha fundamental del dominó. Afirmó que las probabilidades de que la insurrección se propagara a partir de Rusia eran de «99 sobre 100», aunque seguramente en privado estuviera dispuesto a firmar una paz por separado si sus pronósticos resultaban erróneos. Y no porque los alemanes le hubieran ayudado a regresar y probablemente subvencionaran a su partido[51], sino porque, si hubiera tenido que elegir, su prioridad habría sido destruir a sus enemigos de clase en Rusia antes que propagar el socialismo en el resto del mundo.

En otoño los bolcheviques eran lo bastante fuertes para pretender el poder en nombre del Sóviet de Petrogrado. El 25 de septiembre (CJ), los bolcheviques consiguieron la mayoría en

su comité ejecutivo, y León Trotski, que acababa de ingresar en el partido, se convirtió en su presidente. Lenin planeó entonces llevar a cabo un golpe de Estado, aparentemente en nombre de los sóviets, pero en la práctica en beneficio de su partido, antes de que se reuniera el Congreso de los Sóviets de toda Rusia, previsto para finales de octubre (CJ), y presentarlo en el mismo como un hecho consumado. Supuso que la consecuencia podía ser una guerra civil y asumió esta eventualidad creyendo que su bando sería el vencedor. Sostuvo además que la situación internacional era la propicia, y que el partido debía actuar antes de que el gobierno provisional abandonara Petrogrado en manos de las Potencias Centrales; en este sentido, la caída de Riga contribuyó sin duda a desestabilizar a Rusia, como había pretendido la OHL[52]. El 10 de octubre (CJ), el comité central de los bolcheviques votó por diez a dos a favor de una insurrección, aunque sin fijar una fecha[53]. Los preparativos se centraron en el Comité Militar Revolucionario (CMR) del Sóviet de Petrogrado, cuyo guía espiritual era Trotski. Kerenski compartía con los bolcheviques su disposición a protagonizar un enfrentamiento, subestimando su grado de impopularidad y convencido de que, si sus enemigos llevaban a cabo una sublevación, podría aplastarlos como había hecho en julio. Cuando se hizo pública en la prensa del partido la disputa de Lenin y sus adversarios bolcheviques sobre si se debía lanzar o no el golpe, Kerenski ordenó tomar las desastrosas medidas preventivas que precipitaron los acontecimientos. Su gobierno anunció unos planes de trasladar la guarnición de Petrogrado al frente, con la consecuencia de que las tropas pasaron mayoritariamente su lealtad al CMR (23 de octubre CJ). El día 24 ordenó el cierre de dos periódicos bolcheviques y el CMR empezó a ejecutar su plan de defensa. Las estaciones centrales, el banco central, las oficinas de correos y telégrafos y la central de teléfonos cayeron en sus manos, y entonces Lenin insistió en

atacar la sede del gobierno provisional en el Palacio de Invierno, ataque que tuvo lugar al día siguiente. Casi no había tropas dispuestas a defender a los ministros, y Kerenski ya había abandonado la ciudad. Así pues, la revolución de octubre produjo una movilización de las masas menor que la de febrero y también hubo menos bajas, aunque los combates en Moscú fueron mucho más duros. Con el apoyo de los socialrevolucionarios de izquierdas, Lenin consiguió el respaldo del Congreso de los Sóviets, si bien los mencheviques y el ala derecha de los socialrevolucionarios abandonaron la sala en señal de protesta. El apoyo de los sóviets sería el único título de legitimidad del nuevo régimen[54].

El Consejo de Comisarios del Pueblo, que presidió el propio Lenin y gobernaría cada vez más a menudo por decreto, carecía por completo de experiencia gubernamental sobre cómo gestionar la guerra, la diplomacia y los asuntos internos. Trotski, comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, descubrió que los funcionarios de su ministerio abandonaban en masa el departamento; Krilenko, comisario del pueblo de Guerra, comprobó que el general Dujonin, comandante general en funciones, se negaba a acatar sus órdenes. Los bolcheviques no se dejaron amedrentar y empezaron a seguir la senda que se habían marcado. El Decreto sobre la Paz denunció la diplomacia secreta y propuso entablar inmediatamente negociaciones con el fin de alcanzar una solución «justa y democrática», sin anexiones ni indemnizaciones. A continuación, Trotski hizo públicos los tratados secretos, incluidos los acuerdos sobre los repartos de Turquía, el Tratado de Londres con Italia y el pacto de Doumergue. Para bochorno de los gobiernos aliados, todo este material no tardó en ser de dominio público; en Gran Bretaña, por ejemplo, los publicó el *Manchester Guardian*[55]. Los Aliados se negaron a reconocer al nuevo gobierno y a sumarse a las negociaciones de paz (aunque

establecieron contactos extraoficiales con el régimen revolucionario). Cuando se comprobó que el decreto sobre la paz resultaba estéril, los bolcheviques buscaron un armisticio. En vista de que Dujonin desobedecía la orden de estudiar uno, Krilenko lo reemplazó y el general fue asesinado por sus propios soldados. El nuevo gobierno permitió a los mandos del ejército negociar treguas de ámbito local, que llegaron a cubrir buena parte del frente antes incluso de que el 4/15 de diciembre se acordara un armisticio general con las Potencias Centrales. No hubo nada que ayudara a los bolcheviques más que esta medida a ganarse el apoyo del ejército, y a finales de año controlaban ya la mayoría de los comités de soldados. Sin embargo, tras el alto el fuego el grueso de las tropas restantes regresaron en masa a sus hogares para participar en la revolución agraria. Tras mantenerse en general unido durante las insurrecciones desencadenadas a partir de marzo, el ejército finalmente se desintegró[56].

El armisticio fue un sencillo documento, válido en primera instancia solo durante un mes[57]. Los dos bandos debían permanecer en las posiciones que ocupaban. Los rusos pretendían la confraternización de los ejércitos, que se permitió hasta cierto punto. Estipularon también (posiblemente siguiendo el consejo extraoficial de los estadounidenses) que ninguno de los dos debía efectuar movimientos estratégicos de tropas a menos que estuvieran ya en marcha. Este añadido tenía la finalidad de impedir que los alemanes retiraran tropas del Frente Oriental, pero como la OHL ya había dado órdenes en ese sentido a la mayoría de las unidades concernidas y los rusos no podían supervisar el cumplimiento de la norma, esta prohibición no significó mucho[58]. El impacto sobre el equilibrio de fuerzas en el oeste fue, por consiguiente, desastroso, y esto, sumado a la legislación aprobada en enero en virtud de la cual se repudiaban las deudas contraídas por el gobierno zarista con sus socios y quedaban secuestradas sus

inversiones, avivó el antibolchevismo de los Aliados y su resistencia a emprender un proceso general de paz. Cuando Trotski los invitó a participar en la negociación del armisticio, ignoraron su llamamiento. Dados los pocos indicios de revolución que podían apreciarse en Alemania, y ante las nulas perspectivas de concesiones por parte de los antiguos socios de Rusia, los bolcheviques iniciaron unas negociaciones de paz por separado con las Potencias Centrales en Brest-Litovsk el 20 de diciembre (CG). Trotski esperaba todavía ganar tiempo hasta que se propagara la revolución o se generalizaran las negociaciones de paz. Como ninguna de estas eventualidades se materializó, en febrero las Potencias Centrales impusieron sus condiciones a instancias de la OHL.

Pero por lo pronto las diferencias entre los dos bandos permanecieron ocultas. Los alemanes y los austríacos siguieron el juego a los rusos para ampliar la fractura entre estos y sus aliados. Pero los motivos de los bolcheviques para entablar negociaciones eran en buena medida propagandísticos. Insistieron en que las reuniones fueran abiertas, e inmediatamente publicaron todas y cada una de las palabras de las notas de sus taquígrafos. Lenin ordenó a su principal representante, Adolf Ioffe, que exigiera una paz sin anexiones ni indemnizaciones y basada en la autodeterminación nacional. En la primera sesión, Ioffe expuso enseguida seis principios que incluían la evacuación y la no anexión de los territorios conquistados durante la guerra, el rechazo de las indemnizaciones y de la formalización de tratados comerciales inicuos, la restauración de la independencia de las nacionalidades que se hubieran visto privadas de ella a partir de 1914, y la posibilidad de que las que hubieran sido privadas de ella antes de esa fecha decidieran su futuro en referéndum[59]. Como herederos de un imperio multinacional, los bolcheviques habían intentado aplicar estos principios en sus propios

dominios. La Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia reclamaba una «unión voluntaria y honrosa» de las nacionalidades del imperio. Lenin estaba dispuesto a permitir la secesión de Finlandia, medida que esperaba que inspirara el desarrollo de movimientos revolucionarios en otros países, y concedió la independencia a un gobierno conservador en Helsinki. Polonia, que estaba bajo el control de las Potencias Centrales y a la que el gobierno provisional había prometido la independencia, constituía otro caso especial. Sin embargo, Lenin esperaba que el resto de las nacionalidades prefirieran continuar la unión con Rusia. El caso más importante era el de Ucrania, donde la Rada, o asamblea, anunció tras el golpe de los bolcheviques que asumía el poder. Lenin le propuso al principio formar una federación, pero en diciembre se envió un ultimátum a Kiev y los bolcheviques ucranianos establecieron un gobierno rival en Járkov. Tampoco se celebraron plebiscitos en ningún otro territorio ocupado por el Sóviet[60]. En materia de política de nacionalidades, como en otros ámbitos, los bolcheviques se apartaron enseguida de los principios que habían hecho públicos previamente. Insistiendo en el principio de autodeterminación en Brest-Litovsk pisaban un terreno muy resbaladizo, y no tardarían en desbaratarse sus planes.

Para que hubiera paz era necesario no solo que los rusos la pidieran, sino también que las Potencias Centrales la concedieran. La cuestión era complicada debido a las discrepancias entre Viena y Berlín y entre la OHL y la población civil alemana. Durante 1917 había dado la impresión de que el Imperio austrohúngaro y Alemania alcanzarían por fin un consenso sobre sus objetivos de guerra en el este. Como ministro de Asuntos Exteriores, Kühlmann concedía la máxima prioridad a la alianza con Viena y reavivó las negociaciones sobre Mitteleuropa[61]. En octubre Czernin y él acordaron en principio que Polonia quedara bajo soberanía austríaca, pero

que formara parte de la unión militar y aduanera de Alemania, mientras que el Imperio austrohúngaro y Alemania firmarían un pacto de ayuda mutua, una convención militar y recortes arancelarios. Viena tuvo que aceptar también la hegemonía de Alemania sobre Rumanía, cuyas riquezas de petróleo y grano habían avivado la imaginación de Guillermo II[62]. Sin embargo, mientras que Kühlmann se quedó impresionado por el giro proalemán adoptado por la política austríaca, Hindenburg y Ludendorff veían la monarquía de los Habsburgo como un enemigo en potencia. Aceptarían la soberanía de Austria sobre Polonia solo si Alemania se anexionaba una franja fronteriza más amplia, que incluía a unos dos millones de polacos, para proteger la zona industrial de la Alta Silesia y las comunicaciones entre Prusia Oriental y el resto de Alemania. Kühlmann y Hertling, por otro lado, se oponían a incorporar un gran número de población no alemana, y Austria rechazó la soberanía de Polonia en esas condiciones. Lo fundamental era que Kühlmann y Hertling esperaban no enemistarse permanentemente con la nueva Rusia, sino hacer de ella un socio dependiente de Alemania, lo mismo que al Imperio austrohúngaro. De ahí que Kühlmann se resistiera a los planes de la OHL de anexionarse las provincias costeras de Lituania y Curlandia, para proteger a las minorías alemanas de la zona, asegurarse el acceso a la producción de alimentos y (según la expresión característica de Hindenburg) controlar ambas regiones como campo de maniobras para su flanco izquierdo durante la próxima guerra. Kühlmann estaba dispuesto a devolver la costa del Báltico a Rusia si Alemania no hacía ninguna concesión en el oeste. Logró sustraerse de cualquier compromiso sobre la región y se presentó en las negociaciones de Brest-Litovsk sin instrucciones claras sobre Polonia y el Báltico. Desde luego dijo en el Reichstag que se adheriría a la fórmula de no a las anexiones y a las indemnizaciones de la

resolución de paz de julio de 1917, aunque sus palabras textuales permitían formas más sutiles de exaltación[63].

Debido a la estrategia negociadora de Czernin y Kühlmann, tales vaguedades no importaban mucho inicialmente. Los dos hombres marcaron las líneas maestras de las cuatro Potencias Centrales. Czernin opinaba que aunque el régimen de los bolcheviques resultara efímero (como esperaban la mayoría de los observadores), el alto el fuego distanciaría a Petrogrado de los Aliados y permitiría a los soldados rusos regresar a sus casas, impidiendo así cualquier reanudación de los combates. Al repudiar las anexiones y las indemnizaciones, las Potencias Centrales podrían atraer a los bolcheviques a firmar una paz por separado, pero quedarían con las manos libres en los territorios ocupados (ninguno de los cuales era de etnia rusa) mediante declaraciones de independencia orquestadas por ellas[64]. Kühlmann se mostró de acuerdo con esa idea. La posición de Alemania había quedado ya salvaguardada en Polonia por un Consejo de Regencia, mientras que en Curlandia un órgano nominalmente representativo había solicitado la «protección» del káiser. Por consiguiente, la autodeterminación podía ser manipulada para hacer retroceder las fronteras de Rusia y crear un cinturón de estados tapón en apariencia independientes. Sobre esta base, Czernin y Kühlmann lograron anotarse un triunfo propagandístico con su Comunicado de Navidad del 25 de diciembre de 1917, en el que se ofrecían a negociar una paz general sin anexiones ni indemnizaciones si los Aliados hacían lo mismo. Tranquilizaron a los turcos y a los búlgaros, cada vez más nerviosos, diciéndoles que, como era muy poco probable que los Aliados aceptaran, las Potencias Centrales no arriesgaban nada. Efectivamente, los Aliados no respondieron al comunicado dentro del plazo marcado, por lo que Kühlmann lo declaró nulo[65]. A pesar de todo, tuvo graves repercusiones. En el Imperio austrohúngaro, algunos checos, eslovacos y eslavos

meridionales hicieron público el 6 de enero un Comunicado de Epifanía, comprometiéndose por primera vez a cortar todos los vínculos con la monarquía dual[66]. En Alemania la OHL no había sido consultada de antemano, y, como cabría esperar, Hindenburg y Ludendorff se irritaron sobremanera. Hertling apoyó a su ministro de Asuntos Exteriores, insistiendo en que los políticos eran constitucionalmente responsables de las negociaciones de paz, pero Hindenburg y Ludendorff insistieron en su deber ante sus conciencias, ante la historia y ante Alemania de dar forma a la paz. Al final, el káiser, afirmando por una vez sus derechos como árbitro, respaldó una declaración de Hertling en la que decía que el Comunicado de Navidad era un movimiento legítimo «en el juego político», que había que minimizar las anexiones en el este y que la colaboración con el Imperio austrohúngaro tenía capital importancia[67].

Cuando se reanudaron las negociaciones de paz (con Trotski ahora al frente de la delegación bolchevique), las Potencias Centrales se quitaron la máscara. Rechazaron las exigencias de evacuar los territorios ocupados antes de la celebración de plebiscitos, alegando que sus habitantes ya habían manifestado sus deseos. Estipularon que la frontera de Rusia fuera desde Brest-Litovsk hasta el golfo de Riga; en otras palabras, privándola de casi toda Polonia, Lituania y Letonia occidental. Además, al sur de esa línea estaba Ucrania, cuyas reservas de grano ambicionaban los dos bandos y que se convertiría en el experimento decisivo de la autodeterminación. En enero llegaron a la conferencia de paz los representantes de la Rada, o parlamento, de Kiev, cuyas fuerzas estaban ahora en guerra con el régimen rival de los bolcheviques de Járkov. La Rada había votado a favor de la independencia de Ucrania y de firmar una paz por separado con las Potencias Centrales, circunstancia que privaba a Rusia de gran parte de la base económica necesaria para seguir con sus pretensiones de gran potencia. Mientras

Trotski intentaba alargar las negociaciones, la OHL quería «claridad» en el este y empezaba a perder la paciencia al igual que Czernin, que necesitaba desesperadamente los cereales de Ucrania para atajar la que temía que fuera una situación prerrevolucionaria en las ciudades de Austria[68]. Pero la crisis alimentaria debilitaba su posición negociadora frente a Alemania, cuya fuerza militar sería vital para defender Ucrania si los bolcheviques intentaban invadirla. Lo debilitaba también ante la Rada, que exigía la cesión del distrito de Cholm, en la Polonia rusa, donde afirmaba que existía una mayoría de población ucraniana. La cuestión era trascendental, pues la capacidad de los Habsburgo de gobernar por consentimiento en la mitad austríaca de la monarquía dependía de los partidos polacos del Reichsrat. Pero acceder a las exigencias ucranianas podía privar a la monarquía de su último punto de apoyo, y en efecto así fue. El 9 de febrero, las Potencias Centrales firmaron el tratado de paz con Ucrania, que prometió entregar el 1 de agosto más de un millón de toneladas métricas de grano. El Imperio austrohúngaro prometió conceder la autonomía a su minoría rutena (es decir, ucraniana), y se comprometió a entregar Cholm a Ucrania. A continuación, se produjeron manifestaciones multitudinarias en las ciudades polacas, y las tropas auxiliares de esta nacionalidad que servían en las fuerzas armadas de los Habsburgo se sublevaron. En el Reichsrat los polacos se pasaron a la oposición y se declararon a favor de la independencia. A falta de una represión masiva (que Carlos I no quiso desencadenar), quedaban pocas probabilidades de mantener al Imperio austrohúngaro unido[69]. El tratado con Ucrania agudizó también la confrontación entre las Potencias Centrales y los bolcheviques. Trotski se negó a reconocerlo y el 10 de febrero abandonó la conferencia, declarando que se encontraban en una situación de «ni guerra ni paz». Rusia no aceptaría condiciones de paz anexionistas, pero desmovilizó

unilateralmente sus tropas. Alemania y los austrohúngaros debían decidir si bastaba con eso.

En aquellos momentos iba quedando cada vez más claro que una revolución en Viena y en Berlín no salvaría a los bolcheviques. Bien es verdad que en el mes de enero no solo radicalizaron sus demandas las nacionalidades de la monarquía dual, sino que se desencadenaron protestas contra la guerra. El día 14, el gobierno austríaco anunció severos recortes de las raciones de pan y de harina, provocando una huelga general a favor de la paz que empezó en los talleres Daimler, en Wiener Neustadt, y se propagó por casi toda la región de Viena, participando en ella cerca de 750 000 personas. Los huelguistas querían raciones más abundantes y poner fin a la disciplina militar en las fábricas, pero también la firma rápida de una paz en Brest-Litovsk, sin que se plantearan exigencias excesivas que bloquearan las negociaciones. Los socialdemócratas apoyaron el movimiento, aunque también intentaron canalizarlo invitando a los huelguistas a formar consejos de trabajadores y a formular un programa de cuatro puntos. Cuando las autoridades accedieron a reunirse con el consejo de trabajadores de Viena, el partido invitó a la vuelta al trabajo y la huelga acabó a los diez días[70]. El movimiento se desintegró debido a las concesiones del gobierno y a la intercesión de los socialistas, si bien contribuyó a que Czernin accediera a las exigencias de los ucranianos. La huelga no fue combatida fundamentalmente con la represión, y por fortuna así fue, pues las fuerzas armadas estaban también inquietas. En la primavera de 1918 fueron reintegrados al ejército más de 400 000 liberados del cautiverio en Rusia, pero (como otras muchas situaciones derivadas del alto el fuego ruso) fueron a la vez una bendición y la causa de una oleada de revueltas desencadenadas a lo largo de los meses sucesivos. A comienzos de febrero se amotinaron 4000 marineros en Cattaro, en protesta por las raciones insuficientes, la disciplina excesiva y

los privilegios de los oficiales, pero exigiendo también la autodeterminación nacional y una paz sin anexiones. Sin embargo, este movimiento se vino abajo sin lucha y cuarenta de los amotinados fueron condenados en un consejo de guerra (cuatro de ellos fueron además ejecutados); los socialistas contribuyeron a mantener el incidente en secreto[71]. Aunque la monarquía fue perdiendo el control de las nacionalidades, fue capaz asimismo de mantener a los trabajadores y a las fuerzas armadas en orden.

Lo mismo cabría decir de Alemania, aunque en este país se hizo un uso mayor de la coacción. La olla a presión alemana estalló poco después que la austríaca, y en parte siguiendo su ejemplo. El lunes 28 de enero, 200 000 personas fueron a la huelga en Berlín, y a finales de la semana la cifra de los huelguistas ascendía ya a los 500 000 en la capital y a muchos más en otras ciudades. Fue un movimiento más politizado que el de Viena y los huelguistas no presentaron reclamaciones salariales. El paro fue preparado y encabezado a nivel de fábrica por el movimiento radical de enlaces sindicales liderado por Richard Müller; los sindicatos socialistas se opusieron a él y permanecieron neutrales. El USPD lo apoyó una vez que empezó, principalmente porque el partido sospechó que las demandas excesivas estaban llevando las negociaciones de Brest-Litovsk a un punto muerto. Aunque más a regañadientes, también lo apoyó el SPD, aunque probablemente más en protesta por la reciente obstrucción a la ley de compensación de los derechos de sufragio en el Parlamento prusiano. Los dos partidos se sumaron al consejo de trabajadores elegido por los huelguistas, que reclamó una paz general sin anexiones ni reparaciones, democratización de la ley prusiana de sufragio y el fin de los poderes especiales del ejército. No era un programa socialista revolucionario, pero sí democrático, y a diferencia de lo que ocurrió en Viena, las autoridades se negaron a negociar,

disolviendo los mítines, suspendiendo la publicación del periódico del SPD *Vorwärts*, deteniendo a los líderes, poniendo las fábricas bajo la dirección de un militar y reclutando forzosamente en el ejército a 50 000 huelguistas. Las autoridades militares consideraban revolucionario el SPD y no reconocieron —o no quisieron reconocer— el papel del partido en la moderación de los disturbios[72]. Intentaron acabar con la huelga y mandaron venir tropas a Berlín. Al cabo de una semana, el movimiento se vino abajo sin conseguir nada. Su derrota silenció el movimiento obrero alemán hasta el otoño (a diferencia de lo que ocurrió en Viena, donde hubo otra huelga en mayo), y sofocó cualquier esperanza que pudieran haber depositado en él los Aliados y los bolcheviques. La resistencia desde dentro de las Potencias Centrales no evitaría ni el Tratado de paz de Brest-Litovsk ni la ofensiva de Ludendorff del mes de marzo[73].

Las esperanzas que abrigaban los bolcheviques de atraerse a los Aliados tampoco dieron frutos. Los líderes occidentales rechazaron el armisticio y las negociaciones de paz. A pesar de todo, tras la publicación del Decreto sobre la Paz, la divulgación de los tratados secretos y el Comunicado de Navidad, ya no pudieron limitarse a guardar las distancias sin exponerse a un desastre en el terreno de las relaciones públicas. El invierno era siempre la temporada más delicada para la moral de la población civil, y en aquellos momentos más que nunca tras la decepcionante campaña de 1917, la Revolución rusa y las primeras escaseces graves de alimentos en Londres y París. La respuesta de Clemenceau fue silenciar a los defensores del compromiso, perseguir a los derrotistas y desviar cualquier discusión de los objetivos de guerra. El gabinete de Lloyd George, sin embargo, decidió que era preciso reformular los objetivos de guerra británicos. Tenían informes de que el apoyo de los sindicatos a la guerra estaba disminuyendo y de que crecía

el descontento entre las tropas. La campaña propagandística del NWAC, sufragada oficialmente, estaba haciendo pocos progresos. El 29 de noviembre, lord Lansdowne, destacado conservador y antiguo secretario del Foreign Office, publicó una carta en el *Daily Telegraph* invitando a Gran Bretaña a limitarse a unos objetivos mínimos y a elaborar una definición conjunta de las intenciones de los Aliados. Lloyd George pensaba que la carta había causado una «profunda impresión»[74]. El «Memorando sobre Objetivos de Guerra» del Partido Laborista, aprobado en un congreso especial el 28 de diciembre, apoyaba los planes no anexionistas. Pero además de la necesidad de unir a la opinión pública a favor de una lucha que el gabinete pensaba ya que habría de continuar en 1919[75], era necesaria una iniciativa que provocara una escisión en las filas del enemigo. A pesar del giro adoptado por Czernin hacia Alemania, los austrohúngaros seguían pareciendo la mejor perspectiva, y en el mes de diciembre tuvo lugar una entrevista en Suiza entre Smuts (que había ingresado en el Gabinete de Guerra de Lloyd George) y el conde Mensdorff, antiguo embajador austríaco en Londres. Las conversaciones entraron en el punto muerto habitual, pues Mensdorff descartó una paz por separado del Imperio austrohúngaro, limitándose a ofrecer una mediación entre los Aliados y Alemania, que Smuts rechazó. A lo que sí invitó Mensdorff, sin embargo, fue a reformular los objetivos de guerra de los Aliados, y un representante de la oposición turca hizo saber a Smuts que tal reformulación habría supuesto el debilitamiento del gobierno otomano. Por consiguiente, cuando Lloyd George pronunció el discurso de Caxton Hall acerca de los objetivos de guerra el día 5 de enero, en quien pensaba el primer ministro no solo era en la opinión pública británica, sino también en la opinión pública extranjera, aunque su preocupación inmediata fuera obtener el apoyo de los sindicatos a sus nuevos planes sobre efectivos militares. En

privado negó que el discurso respondiera a un compromiso vinculante, pero antes de hacerlo había obtenido la aprobación del gabinete y lo había discutido con los líderes liberales y laboristas y con los de los Dominios. Proponía en él que, fuera de Europa, el Imperio otomano debía ser confinado a las regiones de etnia turca, y que había que quitar de en medio las colonias alemanas partiendo de una base aceptable para sus habitantes, lo que esperaba que significara que Alemania las perdiera. Sin embargo, Lloyd George dejó caer una alusión al principio de autodeterminación cuando Hankey le señaló «el montón de problemas que plantearía aquello al Imperio británico»[76]. Dentro de Europa, Lloyd George prestó un apoyo solo moderado a las pretensiones territoriales de Italia e incluso a las de Francia sobre Alsacia-Lorena. El Imperio austrohúngaro (siempre y cuando diera autonomía a sus nacionalidades sometidas) no debía disolverse, pero si Rusia no oponía resistencia a la «esclavización», los Aliados occidentales no tendrían más remedio que abandonarla a su suerte. Así pues, aunque Gran Bretaña seguía comprometida con quitar Bélgica a Alemania y Mesopotamia y Palestina a los turcos, su apoyo a Italia y a Francia era limitado, y parecía dispuesta a abandonar a Rusia a la dominación de Alemania. Comparado con la declaración de objetivos de guerra de los Aliados de 10 de enero de 1917, el discurso de Caxton Hall marcaba un retroceso que daba cabida hasta cierto punto a las negociaciones con Viena y que habría permitido a Alemania salir bastante bien librada, excepto por la pérdida de sus colonias, una muestra notable del pesimismo del gobierno británico[77].

El discurso de Caxton Hall no tardó en verse eclipsado por la proclama en la que Woodrow Wilson expuso sus Catorce Puntos. Esta era una respuesta más directa a los acontecimientos de Rusia. En Estados Unidos Wilson pretendía reafirmar su influencia entre sus partidarios tradicionales de la izquierda

progresista, pero la opinión pública a la que se dirigía principalmente era extranjera: los bolcheviques (con el fin de que continuaran en la guerra), la oposición de las Potencias Centrales y los socialistas y progresistas de Gran Bretaña, Francia e Italia. Además hacía saber a sus aliados que debían corregir sus objetivos de guerra[78]. El Decreto sobre la Paz y la publicación de los tratados secretos lo situaban en una posición muy desagradable, dadas las discrepancias entre las revelaciones acerca de los objetivos de sus socios y los principios expuestos por él mismo en sus discursos. Inicialmente intentó abordar el problema por medio de una consulta, enviando al coronel House a una importante conferencia de los Aliados que se celebró en París del 29 de noviembre al 3 de diciembre. Consecuencia de la fundación del SWC, esta reunión supuso la creación de un amplio tejido de organismos interaliados, en particular el Consejo Aliado de Transporte Marítimo (AMTC, por sus siglas en inglés), encargado de asignar los barcos, y el Consejo Interaliado de Compras y Finanzas de Guerra, cuya misión era coordinar las compras realizadas en Estados Unidos. Pero los intentos de coordinación diplomática no tuvieron tanto éxito. House quería que los Aliados refutaran las acusaciones de imperialismo que se les hacían negando que estuvieran luchando con fines agresivos o para obtener indemnizaciones. Wilson le telegrafió diciéndole que el pueblo estadounidense no lucharía para defender los «objetivos egoístas» de ningún país beligerante. El coronel House pensaba que Gran Bretaña estaba «dispuesta […] desde una postura pasiva» a apoyar su declaración, pero que Francia estaba «fríamente en contra de ella», e Italia «activamente en contra». Todo lo que se acordó fue que los Aliados reconsideraran los objetivos de guerra cuando Rusia contara con un «gobierno estable». Así pues, las comprometedoras revelaciones de los bolcheviques siguieron sin tener respuesta, y ante esta incapacidad de llegar a una postura

colectiva, Wilson actuó de modo unilateral, sin consultar a ninguno de sus socios antes de hacer públicos los Catorce Puntos. Tampoco consultó a su gabinete (aunque aceptó algunos consejos de Lansing), y House fue el único de sus hombres de confianza que ejerció alguna influencia sobre él[79].

El discurso del presidente Wilson fue bastante distinto del de Lloyd George, en particular por su llamamiento a favor de la evacuación de Rusia y de dejar que evolucionara libremente. Los puntos I-IV y XIV reafirmaban los principios generales que Wilson ya había expuesto anteriormente: diplomacia abierta, libertad de navegación en los mares en tiempos de paz y en tiempos de guerra, eliminación de las barreras económicas, reducción del armamento «al mínimo necesario para la seguridad interna» y creación de una Sociedad de Naciones. La libertad de los mares era restringida por la posibilidad de bloqueos pactados internacionalmente con el fin de cumplir acuerdos internacionales, y el tercer punto significaba no ya libre comercio (Estados Unidos era un país muy proteccionista), sino aranceles más bajos y no discriminatorios. Pero lo que hacía que el discurso fuera innovador era su interés restringido por los objetivos territoriales de los Aliados. Bélgica «debía» ser evacuada y restablecida (punto VII), y «tendría que» haber una Polonia independiente con acceso seguro al mar (punto XIII). Pero el punto IX suponía un desafío al Tratado de Londres al especificar que la frontera de Italia tendría que seguir «unas líneas de nacionalidad claramente reconocibles», y el punto VIII guardaba silencio acerca de las ambiciones francesas en Renania y dejaba deliberadamente cierta ambigüedad en lo tocante a Alsacia y Lorena («los perjuicios causados a Francia por Prusia en 1871 […] tendrían que ser reparados»). Pero, como Lloyd George, Wilson no mencionaba la autodeterminación nacional y era muy cauto a la hora de aplicarla. Así pues, tendría que llevarse a cabo un «reajuste imparcial de todas las

reivindicaciones coloniales», pero solo para las colonias de Alemania, mientras que los imperios de los Aliados permanecerían intactos. Los puntos X y XII contemplaban la autonomía, que no la independencia, de los pueblos sometidos del Imperio austrohúngaro y del Imperio otomano (desafiando así los acuerdos del reparto de Turquía). En definitiva, los Catorce Puntos dejaban a las Potencias Centrales en gran medida intactas, obligadas a «devolver» los territorios invadidos, pero sin sufrir sanciones económicas, y ni siquiera tener que desarmarse. Al no denunciar explícitamente los tratados secretos interaliados, Wilson limitaba lo que estaba dispuesto a apoyar, y como la mayor parte de los puntos empezaban con un «se tendría que», no prometía que Estados Unidos fuera a luchar incondicionalmente. Solo ofrecía una versión truncada y aséptica de los objetivos de la coalición[80].

Los Catorce Puntos adquirirían posteriormente una importancia histórica como base sobre la cual Alemania aceptara el alto el fuego, pero su repercusión inmediata fue decepcionante. Lloyd George y Clemenceau les dispensaron una acogida poco comprometida, pero ningún gobierno aliado revisó sus objetivos de guerra como consecuencia de su publicación ni se sintió vinculado por el programa estadounidense; británicos y franceses siguieron ateniéndose a sus acuerdos sobre el reparto de Turquía y los italianos al Tratado de Londres. La izquierda de los países de la Europa occidental acogió con más entusiasmo los Catorce Puntos, pero las negociaciones de Brest-Litovsk y las ofensivas alemanas contribuyeron más que Wilson a reintegrar a los movimientos laboristas y socialistas al consenso a favor de la guerra. En cuanto a los bolcheviques, cubrieron las calles de Petrogrado con carteles del discurso, pero no por ello Lenin se mostró más propenso a continuar luchando. Parece que donde tuvo más efecto la oratoria de Wilson fue en las Potencias Centrales, pues

aunque cesó la oleada de huelgas de enero-febrero, la declaración del presidente estadounidense metió una nueva cuña en las relaciones entre Berlín y Viena. Hertling aceptó a regañadientes los Catorce Puntos en general, pero no ofreció concesiones en los más específicos, mientras que Czernin se mostró más interesado y apeló a Wilson para iniciar unas negociaciones generales de paz. En un discurso complementario pronunciado el 11 de febrero, Wilson condenó a Hertling y alabó a Czernin al anunciar en sus «Cuatro Principios» un compromiso cuidadosamente limitado con la auto determinación: los acuerdos territoriales tendrían que ser en interés de las poblaciones concernidas y «todas las aspiraciones nacionales bien definidas» tendrían que ser satisfechas en la medida de lo posible sin generar conflictos internacionales. Estas salvedades daban cabida a la discusión, y durante los meses de febrero y marzo los emisarios de Carlos I volvieron a reunirse con representantes británicos, franceses y estadounidenses. Pero una vez más, Czernin insistió en que Viena no podía firmar una paz por separado. Finalmente, en febrero Carlos y Wilson mantuvieron una correspondencia directa a través del rey Alfonso XIII de España, pero el diálogo no llevó a ninguna parte. Wilson intentó aclarar qué autonomía pensaban ofrecer los austríacos a sus grupos nacionales; y Viena siguió negándose a atender las pretensiones de Italia sobre el Imperio austrohúngaro o las de Francia sobre Alemania[81]. En realidad, Czernin y Carlos I probablemente hubieran decidido apostado por el resultado de la ofensiva alemana de primavera como su mejor esperanza de salir de la guerra incólumes[82]. Como siempre, la paz era una oferta solo si la monarquía dual rompía con Alemania y satisfacía las exigencias de los Aliados. Una vez más, Viena se negó, y esa sería su última oportunidad.

A finales de febrero, la agitación causada por la revolución bolchevique daba muestras de ir calmándose y empezó a

vislumbrarse un nuevo paisaje político. Los Aliados no participarían en las negociaciones de Brest-Litovsk; Viena no rompería con Berlín; la revolución no se propagaría a las Potencias Centrales; y el Comunicado de Navidad fue un subterfugio. Alemania y el Imperio austrohúngaro proyectaban utilizar el disfraz de la autodeterminación nacional para crear una cortina de estados tapón a expensas de Rusia. La táctica de «ni guerra ni paz» usada por Trotski abrió la vía para la toma de decisiones trascendentales por ambas partes: los alemanes optaron por imponer un tratado, y los rusos optaron por someterse a él. La decisión alemana fue tomada en el Consejo de la Corona celebrado en Bad Homburg el 13 de febrero. Kühlmann era partidario de no hacer nada y conformarse simplemente con el *fait accompli* ruso, citando argumentos que parecían plausibles, pero que a la hora de la verdad se revelaron erróneos: el lanzamiento de una nueva ofensiva socavaría la estabilidad política en Alemania y malquistaría a esta con Viena. Aunque las tropas alemanas llegaran a Petrogrado y los bolcheviques firmaran la paz, estos podían ser derrocados, y el hecho de bloquear el acceso de Rusia al Báltico dificultaría cualquier *rapprochement* germano-ruso posterior[83]. Ludendorff replicó que resolver las cosas en el este supondría la liberación de unas divisiones que se necesitaban con urgencia en el Frente Occidental, mientras que no hacerlo comportaría el riesgo de abandonar a Finlandia y Ucrania en manos de los bolcheviques, y que Gran Bretaña se instalara en la costa del Báltico[84]. La victoria en el este era posible, y el régimen de Lenin debía ser derrocado. Esta última consideración se la trasladó a Guillermo II, que estaba furioso por la agitación revolucionaria de Trotski y se mostraba a favor de una «acción policial» contra Petrogrado. A Hertling le preocupaba la reacción dentro de la propia Alemania y en el Imperio austrohúngaro, pero poco a poco fue cambiando de parecer, y su consideración primordial

quizá fuera salvaguardar el abastecimiento de alimentos procedentes de Ucrania. Kühlmann quedó aislado y acabó por ceder. Como reconocieron todos los participantes en la reunión, el Consejo de la Corona de Bad Homburg supuso un punto de inflexión que confirmó que la paz sería impuesta por la fuerza de las armas y que también por la fuerza de las armas se crearían unos nuevos dominios alemanes. El objetivo de la ofensiva no era —o al menos no era todavía— derrocar a Lenin y a Trotski, sino obligar a los bolcheviques a firmar la paz[85]. Pero los términos serían ahora más severos que los que Trotski había rechazado, y el 18 de febrero las columnas alemanas se pusieron en marcha hacia el frente.

No encontraron resistencia, ya que a raíz del armisticio el viejo ejército zarista se había esfumado. Lenin lo sabía, pues los delegados de las fuerzas armadas le habían avisado de que no podían ni oponer resistencia a los alemanes ni defender Petrogrado, así que no tendría más remedio que firmar la paz a cualquier precio. En sus «Veintiuna tesis» del 20 de enero de 1918 (CG) afirmaba que sería un error apostar la supervivencia de la revolución en Rusia a la posibilidad de otra en Alemania, que era inevitable, pero no inminente. Sin una revolución alemana, enzarzarse en una «guerra revolucionaria» constituía una política «romántica» que conduciría a Rusia a la derrota, al derrocamiento de los bolcheviques y a una nueva paz en peores condiciones. Estas deducciones tenían el mérito de su realismo, pero la mayoría de los líderes del partido —y más todavía de las organizaciones del partido en el país— preferían la resistencia a aceptar unos términos que Lenin reconocía que eran escandalosos. En el comité central del partido del 8/21 de enero quince delegados votaron a favor de una paz por separado, pero treinta y dos lo hicieron a favor de una guerra revolucionaria, y dieciséis por la vía intermedia de Trotski de «ni guerra ni paz», basada en la corazonada de que los alemanes no harían nada y

de que, si fallaba la jugada, al menos quedaría claro que no había complicidad alguna entre los bolcheviques y las Potencias Centrales. Tras recibir de Trotski la seguridad de que, si los alemanes se creían su farol, no votaría a favor de la guerra revolucionaria, Lenin decidió apoyar la postura «ni guerra ni paz», calculando que significaría la pérdida de más territorios en el Báltico, pero que valía la pena pagar ese precio. Aun así, no pudo contar con una mayoría a favor de la paz por separado hasta que el avance de los alemanes progresó, cubriendo 250 kilómetros en cinco días. Cuando les pareció que las Potencias Centrales no iban ya a querer firmar la paz, los líderes bolcheviques se mostraron dispuestos a pedir ayuda a los Aliados, y estos, a pesar de la repugnancia ideológica que les producía, probablemente se la habrían prestado; pero en cuanto los alemanes les comunicaron sus condiciones, los rusos las aceptaron, sin molestarse en negociar los detalles, pues prefirieron tragarse la medicina de un solo golpe. En otras palabras, la colaboración con los Aliados habría sido concebible solo si las Potencias Centrales se hubieran negado a aceptar cualquier compromiso y hubieran tenido la determinación de derribar el régimen. A la hora de la verdad, los objetivos de la operación Faustschlag, o «puñetazo», de Ludendorff fueron más limitados y el 3 de marzo se firmó el Tratado de paz de Brest-Litovsk[86].

Contrariamente a lo que hubiera podido prever el análisis de Lenin, los términos económicos del tratado fueron moderados[87]. Los dos bandos restablecieron su tratado comercial de 1904 y Rusia prometió mantenerse fuera de cualquier boicot a Alemania de los Aliados después de la guerra. Rusia no pagaría indemnizaciones, aunque cada parte embolsaría a la otra los gastos de manutención de los prisioneros de guerra; una transacción de la que los alemanes saldrían como los grandes beneficiados netos. Las cláusulas territoriales eran

otra cuestión. Rusia cedió más de una tercera parte de su población (unos 55 millones de personas, aunque hay que reconocer que la mayoría de ellas no eran de etnia rusa), gran parte de su industria pesada y de su producción de carbón, y sus mejores tierras de labor. Perdía los distritos caucásicos de Kars, Ardahan y Batum en beneficio de Turquía, reconocía a la Rada y evacuaba Ucrania. Se veía obligada también a evacuar Finlandia y a entregar la soberanía de los territorios situados al oeste de la línea Brest-Litovsk/Riga, dejando a Alemania y al Imperio austrohúngaro que decidieran la suerte de Polonia y de las provincias bálticas de Curlandia y Lituania «de acuerdo con su población». Al este de esta línea, las tropas alemanas ocuparían Estonia y Livonia (a lo largo de la costa) hasta que se establecieran «instituciones nacionales apropiadas». Como había previsto Lenin, el precio por seguir la propuesta de «ni paz ni guerra» fue la pérdida de otras dos provincias bálticas y permitir al enemigo acercarse todavía más a Petrogrado[88].

Así pues, el Tratado de Brest-Litovsk encarnó el concepto que tenían Kühlmann y Czernin de expansión de la esfera de influencia de las Potencias Centrales bajo el disfraz de la autodeterminación. Como no contenía ni anexiones ni indemnizaciones, el Reichstag lo ratificó sin dificultad, y solo el USPD votó en contra, mientras que el SPD se mostró dividido y se abstuvo. Los otros partidos que habían apoyado la resolución de paz de 1917 juzgaron el tratado compatible con ella, y votaron a favor. De ese modo, el fracaso de la resistencia de la izquierda parlamentaria alemana siguió al fracaso del movimiento huelguístico un mes antes. Las potencias occidentales, incluido Wilson, perdieron toda esperanza de poder apelar a la oposición alemana. Pero la variable más importante que puso fin a la guerra en el este fue el cambio en la política interna que experimentó Rusia. De los tres elementos (militar, diplomático y político) presentes en el estancamiento

que se produjo a partir de 1914, el militar fue el primero en tambalearse, dando a las Potencias Centrales la superioridad indiscutible necesaria para imponer sus exigencias. El régimen bolchevique buscó una paz general inmediata, pero al firmar el armisticio provocó la desintegración del ejército, privándose así de cualquier influencia negociadora y viéndose obligada a concluir un pacto por separado. Naturalmente, Lenin no tenía la menor intención de respetarlo más tiempo del que considerara necesario; pero tampoco la tenía la OHL, y el Tratado de Brest-Litovsk no consiguió detener las operaciones militares en el este. Por el contrario, la expansión alemana por el antiguo territorio zarista no había hecho más que empezar, mientras que el tratado aceleró la deriva del conflicto interior ruso hacia el terror sin medida y la guerra civil.

Tras la derrota sufrida en Bad Homburg, Kühlmann opuso menos resistencia a la OHL, y Ludendorff no estaba dispuesto a moderarse por mucho que la expansión por el este privara a los ejércitos del Frente Occidental de unos hombres que necesitaba desesperadamente. La OHL carecía de un gran proyecto general, pero el engrandecimiento siguió adelante a través de dos grandes ejes, uno por el Báltico y otro por el mar Negro[89]. El consejo de Bad Homburg acordó ocupar Estonia y Livonia, tras lo cual las asambleas de las dos provincias declararon inmediatamente su independencia de Rusia y solicitaron el patrocinio de Alemania. La OHL pretendía proteger a las minorías alemanas de la zona y veía la región como una salida a la colonización, aparte de la importancia estratégica que tenía para contener a Rusia y a Polonia. La hegemonía alemana en el Báltico suponía una amenaza para Petrogrado, que Lenin mandó evacuar en marzo, trasladando la capital de los bolcheviques a Moscú. En Bad Homburg se aprobó también (a petición de la OHL y contra los deseos del ministro de Asuntos Exteriores) la intervención en la guerra civil que había estallado en Finlandia, ayudando a los

Blancos frente a los Rojos, que contaban con el apoyo de los bolcheviques. Hindenburg y Ludendorff veían Finlandia como una fuente de níquel, y Guillermo II esperaba colocar a uno de sus hijos en el trono finés. Tras el envío de 70 000 soldados alemanes al país, los Rojos fueron derrotados enseguida. Se firmó un tratado de amistad que obligaba a Finlandia a no hacer ninguna alianza sin el consentimiento de Alemania, ni a subir los aranceles a las importaciones procedentes de este país, a aceptar la presencia de asesores alemanes y a proporcionar bases navales y militares. Mientras tanto, la ofensiva complementaria de los alemanes hacia el sudeste comenzó en Ucrania, donde las tropas bolcheviques amenazaban a la Rada. Con los austríacos a remolque, los alemanes entraron en el país para restablecer la Rada en Kiev y buscar alimentos; ante la necesidad de carbón para hacer funcionar los ferrocarriles ucranianos, ocuparon la cuenca del Donetsk, al este del país, e invadieron los puertos del mar Negro. Cuando la Rada se les enfrentó porque las órdenes de los ocupantes contradecían su plan de redistribución de la tierra, estos simplemente la sustituyeron por el general Pável Skoropadski. Bajo su régimen autoritario, los alemanes consiguieron más alimentos y más caballos, pero nunca nada más que lo necesario para alimentar al medio millón de soldados dedicados a la ocupación del país, que debían hacer frente a los sabotajes y a la resistencia de los campesinos, cada vez más frecuente. Pero ni siquiera Ucrania era el límite. Persiguiendo la flota rusa del mar Negro, los alemanes entraron en Crimea, que se había declarado independiente y que Ludendorff (anticipándose a Hitler) veía como un terreno propicio para la colonización alemana. En el mes de mayo, los acuerdos firmados con el recién creado Estado independiente de Georgia dio a Alemania el derecho de usar y de ocupar sus puertos y ferrocarriles y explotar sus reservas de manganeso. El eclipse de Rusia dio a las Potencias Centrales la oportunidad de crear una

vasta red de dominios satélites, que se extendía cientos de kilómetros más allá de la frontera marcada por el Tratado de Brest-Litovsk[90].

El elemento final de la «clarificación» de la situación en el este llevado a cabo por las Potencias Centrales fue su tratado de paz con Rumanía. Tras perder Bucarest y el sur del país, el gobierno rumano se había trasladado a Jassy (Iasi), al norte. La revolución bolchevique y la retirada de Rusia lo aislaron del resto de los Aliados, y cuando las Potencias Centrales entraron en Ucrania, lo amenazaron con rodearlo. Además, Bratianu, que continuaba siendo el primer ministro después de 1916, recordaba la guerra de 1877, en la que Rumanía, bajo el liderazgo de su padre, se había unido a los rusos contra Turquía, pero, obligada a firmar la paz, había cedido Besarabia al zar. Después de la revolución bolchevique, aprovechó una sublevación de los nacionalistas rumanos para recuperar la provincia. Además, temía (y con razón) que los Aliados no cumplieran las promesas que le habían hecho en el tratado de 1916, que constituía en aquellos momentos un obstáculo para entablar negociaciones con Viena. El discurso de Caxton Hall y el de los Catorce Puntos, que prometía mayor autonomía a los pueblos sometidos de los Habsburgo, parecían contradecir los compromisos anteriores de los Aliados y reforzaron la disposición de Bratianu a buscar una paz por separado. Tras firmar un armisticio en diciembre de 1917, dimitió en febrero y una coalición de todos los partidos encabezada por el general Averescu inició las conversaciones.

A la hora de la verdad, las Potencias Centrales permitieron a Rumanía quedarse con Besarabia y ceder relativamente poco territorio en otras zonas, en buena medida debido a las discrepancias entre ellas. Los alemanes y los austríacos restauraron la alianza que tenían con Rumanía antes de 1913, como equilibrio frente a una Bulgaria de la que no se fiaban. De

ese modo, las pretensiones húngaras de contar con una zona de protección en los Cárpatos fueron ignoradas. Los búlgaros recibieron la parte meridional de la provincia de Dobrudja, que les habían prometido en 1915, pero querían también la mitad norte, a lo que se oponían los turcos a menos que los búlgaros devolvieran las tierras que Turquía les había dado como condición para su entrada en la guerra. Al final, el norte de Dobrudja quedó bajo un condominio de cuatro potencias, solución inestable que venía a subrayar cómo la victoria empezaba a agudizar las divisiones entre las Potencias Centrales. Pero si Rumanía salió bastante bien librada en términos de territorio, en términos económicos el Tratado de Bucarest de mayo de 1918 fue mucho más duro. Las Potencias Centrales se arrogaron el derecho a comprar obligatoriamente la cosecha de cereales de Rumanía, así como a fijar los aranceles y controlar el banco central y las reservas de divisas. Una serie de empresas controladas por Alemania monopolizarían la extracción y la comercialización del petróleo. Rumanía fue el caso más chocante de imperialismo indirecto de las Potencias Centrales en acción, un imperialismo dirigido por los intereses estratégicos de la OHL, aunque también beneficiaba los intereses de los bancos alemanes, que habían invertido mucho en el país. Como el de Brest-Litovsk, el Tratado de Bucarest era un documento provisional, pero ambos ponen de manifiesto el futuro que le habría esperado a la Europa del Este si hubieran ganado la guerra las Potencias Centrales[91].

Pasemos ahora a fijarnos en una de las decisiones más significativas de la guerra. La ofensiva total de Hindenburg y Ludendorff en el oeste durante la primavera de 1918 inició el fin de la partida. Su fracaso hundió al ejército alemán y permitió una victoria de los Aliados, que, de lo contrario, se habría aplazado por lo menos un año más y posiblemente ni siquiera se habría producido. Pero desde la perspectiva de Berlín, la

alternativa de un compromiso de acuerdo seguía cerrada. El fracaso de los sondeos de Kühlmann en septiembre de 1917 dio a entender que ni Gran Bretaña ni Francia estaban dispuestas a negociar por separado ni a ceder Bélgica o Alsacia-Lorena; tampoco Wilson estaba preparado para dialogar hasta que Alemania se democratizara o al menos hubiera sufrido una derrota decisiva. Alemania habría podido desbloquear la vía diplomática ofreciendo concesiones unilaterales. En particular, abandonar Bélgica habría dado a los británicos buena parte de lo que querían y los habría obligado a escoger entre seguir luchando a favor de Rusia y por Alsacia-Lorena o no. Pero probablemente en esas circunstancias habrían seguido al lado de sus socios, y semejante política de renuncia (parecida a la de Mijaíl Gorbachov al final de la guerra fría) habría desencadenado un proceso incontrolable de desmoralización del ejército, del frente interno y de sus aliados, como de hecho ocurriría en el otoño de 1918. Pero, en cualquier caso, Hindenburg y Ludendorff creían que una paz sin beneficios tangibles socavaría la monarquía de los Hohenzollern en el plano interno y la haría vulnerable en el externo. De ese modo, durante las negociaciones de Brest-Litovsk Ludendorff le comentó a Czernin: «¡Si Alemania firma una paz sin beneficios, Alemania habrá perdido la guerra!»[92], mientras que Hindenburg advirtió al káiser que cualquier paz que se firmara debía dar a Alemania unas fronteras tan formidables que sus enemigos tardaran años en querer empezar otra guerra[93]. Análogamente, en el oeste Bélgica seguía siendo indispensable para el concepto de seguridad de la OHL. Georg Wetzell (jefe de operaciones de la OHL) quería convertirla en una base de despliegue permanente desde la que el ejército alemán pudiera eliminar Calais como punto de desembarco de los británicos y amenazar con marchar sobre París. Solo de ese modo los Aliados occidentales podrían ser convencidos de no atacar a Alemania, y

derrotados si las medidas de disuasión fracasaban[94]. El 11 de diciembre de 1917, Hindenburg escribió a Hertling diciendo que como los sondeos de Kühlmann ante Gran Bretaña habían fracasado y la situación militar de Alemania había mejorado, había que reafirmar las pretensiones de un arrendamiento de la costa belga de noventa y nueve años de duración y de ocupación de la zona de Lieja, dejando al país bajo control militar hasta que estuviera dispuesto a establecer una alianza con Alemania[95]. Las negociaciones quedaban de momento descartadas.

Lo mismo pasaba con la opción de permanecer a la defensiva[96]. La apuesta de los U-Boote había hecho que los estadounidenses entraran en la guerra sin conseguir poner fuera de combate a Gran Bretaña. La OHL prestó mucha atención a la fabricación de U-Boote, pero durante 1917 y 1918 las labores de construcción encontraron muchas dificultades a pesar de tener prioridad en la adjudicación de mano de obra y materias primas, de modo que no se produjo la esperada expansión de la flota de submarinos. Ludendorff y el coronel Bauer, director de la sección económica de la OHL, dudaban que los submarinos pudieran proporcionar resultados decisivos en 1918 o impedir el traslado en masa de tropas estadounidenses durante el verano; en realidad, puede que sobrevaloraran la proporción de estadounidenses que llegarían[97]. Una vez que las fuerzas estadounidenses estuvieran en su sitio, las perspectivas que se presentaban eran, a lo sumo, de una operación defensiva prolongada que, como decía Hindenburg, llevaría a «un estado de desgaste paulatino». Ludendorff y él creían, probablemente con razón, que sus soldados sentían pavor ante la perspectiva de más batallas defensivas interminables como la tercera batalla de Ypres. Las reservas de hombres se estaban agotando, la productividad industrial había descendido, e incluso tras las victorias obtenidas en Rusia y en Italia los aliados de Alemania tenían menos capacidad de aguante que sus enemigos. Si toda

esperanza de victoria estaba perdida, no tenía sentido continuar con el conflicto. Por otra parte, consideraban que incluso una ofensiva fallida animaría al ejército a intentarlo de nuevo en la próxima guerra[98], y Ludendorff llegaría luego a afirmar en el Reichstag que estaba dispuesto a perder un millón de hombres en el intento[99].

Si bien es probable que la OHL hubiera intentado llevar a cabo un gran avance en el Frente Occidental aunque Rusia hubiera permanecido en la guerra, la Revolución bolchevique hizo que las oportunidades parecieran inesperadamente halagüeñas. Alemania podía contemplar ahora la posibilidad de una superioridad en hombres, además de una táctica mejor y unos equipamientos satisfactorios. Había reforzado sus efectivos en el este para hacer frente a la ofensiva Kerenski, aumentándolos hasta alcanzar los niveles más altos de toda la guerra. Pero desde el 1 de noviembre de 1917 hasta el 21 de marzo de 1918, según la historia oficial alemana, las divisiones del Frente Oriental bajaron de 85 a 47 y las del Occidental aumentaron de 147 a 191. También se trasladaron al oeste ocho divisiones alemanas desde Italia, y otros contingentes más pequeños desde Macedonia, mientras que por primera vez llegó a Francia una pequeña fuerza austrohúngara[100]. Fueron desplazadas las unidades mejor preparadas del este, incluidas las divisiones de la Guardia, y de las que no lo fueron, se retiró a los hombres menores de treinta y cinco años, de modo que quedaron bastante desguarnecidas, aparte de que se vieron obligadas a sacrificar muchos de sus caballos. Asimismo fue utilizada para reforzar el ejército del oeste la quinta de 1899, que llegó al frente a comienzos de 1918. El 21 de marzo, el ejército del oeste disponía de 136 618 oficiales, 3.438 288 hombres y 710 827 caballos; por su parte, el ejército del este tenía 40 095 oficiales, 1.004 955 hombres y 281 770 caballos[101]. Aunque mediocre, este último seguía siendo numéricamente grande,

pero en julio perdió otros 590 000 hombres[102]. A pesar de las presiones de Hindenburg y Ludendorff para resolver la situación de Rusia, la mayoría de los traslados al oeste fueron anteriores en realidad al Tratado de Brest-Litovsk, y luego su número disminuyó. Por otro lado, el compromiso político de Alemania en la Europa oriental se intensificó. La OHL disminuyó la presencia de tropas en la zona, pero no lo suficiente.

El 21 de marzo, treinta de las ochenta y una divisiones alemanas del Frente Occidental situadas al sur de río Oise habían sido trasladadas allí procedentes de otros teatros de operaciones, lo mismo que ocho de las treinta y tres desplegadas en Flandes[103]. El traslado de fuerzas procedentes del este equivalía a más de la mitad de las dimensiones que tenía la BEF en aquel momento. Al aumentar el número de divisiones desplegadas en el Frente Occidental a 191 frente a las 178 de los Aliados[104], los alemanes consiguieron una superioridad numérica por primera vez desde 1914. Bien es verdad que solo una de cada seis de las divisiones que participaron en el ataque del 21 de marzo habían sido trasladadas de otros frentes[105], pero al estar encargadas de la defensa de unos sectores más tranquilos, las fuerzas procedentes del este dejaron las mejores tropas de Ludendorff disponibles para las batallas libradas durante la primavera, del mismo modo que los estadounidenses relevarían más tarde a las divisiones británicas y francesas. Sin embargo, las cifras revelan cómo las esperanzas que abrigaba la OHL de hacer progresos dependían de la superioridad cualitativa de los ejércitos que ya tenía en el Frente Occidental y no de los refuerzos cuantitativos. La mayoría de las divisiones alemanas mejor preparadas habían estado siempre en el oeste, y en la primavera de 1918 muchas habían permanecido más de un año en sectores más tranquilos. Por consiguiente, sesenta y ocho de las divisiones alemanas desplegadas en el Frente Occidental no habían conocido los rigores de la tercera batalla de Ypres,

frente a solo nueve de las británicas[106]. La OHL contaba con que las tropas frescas, pero ya veteranas, fueran adiestradas en las nuevas tácticas y lograran el avance que se les había escapado a sus adversarios[107].

La selección de mandos que hizo Ludendorff demostraba los éxitos alcanzados en 1917. De los tres ejércitos que atacaron el 21 de marzo (de norte a sur, el XVII, el II y el XVIII), el XVII estaba al mando de Below, el vencedor de Caporetto, y el XVIII era comandado por Hutier, el vencedor de Riga; los dos seguían teniendo los jefes del Estado Mayor que habían tenido anteriormente. El II estaba a las órdenes de Marwitz, que había estado al mando de la ofensiva de Cambrai, y cuyo nuevo jefe del Estado Mayor había intervenido en Galitzia. Bruchmüller se encargaba de la artillería del XVIII Ejército y Behrendt (presente en Caporetto) de la del XVII, pero ninguno de los dos tenía una autoridad total, lo que sería una verdadera desgracia. La OHL intentó condensar las lecciones aprendidas en Caporetto, Cambrai y Riga en su manual *El ataque en la guerra de posiciones*, publicado en enero de 1918 y distribuido entre todos los oficiales, incluidos los jefes de batallón. Se proponía en él «ir comiéndose» las defensas aliadas y recuperar la capacidad de maniobra manteniendo al enemigo desequilibrado, presionando continuamente el ataque y reforzando los progresos que pudieran hacer. La artillería debía esforzarse en conseguir el efecto sorpresa, neutralizar y causar trastornos anticipadamente, y lanzar una cortina de fuego móvil, pero la infantería era la encargada de marcar el ritmo del avance, con las unidades de cabeza presionando hacia delante sin descanso con independencia de cuál fuera el número de bajas (mientras que la práctica de franceses y británicos había sido irles dando descanso durante la acción). La *Gruppen*, o sección de unos nueve hombres armados con fusil y ametralladoras ligeras al mando de un suboficial, debía de ser la pequeña unidad básica, seguida de

equipos más especializados provistos de lanzallamas y armamento más pesado[108]. Según el *Manual de entrenamiento de tropas de infantería durante la guerra*, publicado hacía poco, todos los soldados debían acostumbrarse a los métodos de los grupos de asalto. Sin embargo, aunque Ludendorff se tomó un gran interés personal por las cuestiones del adiestramiento y de la táctica y tenía intención de utilizar los nuevos métodos a una escala desconocida hasta entonces, reconocía que los hombres más veteranos no podían ser reeducados como tropas de asalto. Seleccionó a casi una cuarta parte de su infantería como «divisiones de ataque», formadas por soldados de entre veinticinco y treinta y cinco años, que tenían prioridad en la asignación de comida, nuevos equipamientos e instrucción. El resto de las fuerzas eran llamadas «divisiones posicionales», que incluían una determinada cantidad de unidades de primera categoría, pero cuya calidad en general era peor. Unas cincuenta y seis divisiones fueron retiradas del frente por turnos para recibir tres semanas de adiestramiento intensivo, al principio en la instrucción a la vieja usanza (para restablecer la disciplina) y en materia de puntería, pero pasando luego a la marcha de larga distancia, combate en movimiento y asalto de trincheras enemigas simuladas bajo fuego real, mientras que la artillería (a menudo junto con las otras unidades) recibía instrucción de fuego directo y movimiento rápido de cañones[109].

El nuevo equipamiento iba en concomitancia con las nuevas tácticas. En el ejército no había escasez de elementos básicos, como fusiles y municiones. Fundamentales para las divisiones de asalto eran las ametralladoras ligeras MG 08/15 (cuyos objetivos de producción no se habían alcanzado) y las pesadas del tipo MG 08. Había que llevar morteros ligeros (*Minenwerfer*) para ser utilizados contra determinados focos de resistencia, y en cada división debía haber una compañía de morteros con armas de medio calibre[110]. El «Amerika Programm» de producción de

aviones se había retrasado, pero en aquellos momentos había conseguido un incremento del contingente de cazas. El número total de aparatos se había duplicado con creces, pasando de los 1200 de 1917 a los 2600, de los cuales aproximadamente 2000 estaban disponibles para el servicio activo en el oeste, los nuevos modelos de monoplano totalmente metálicos habían sustituido a los anteriores modelos de madera, y los pilotos habían sido adiestrados en el ataque a tierra, así como en las labores de reconocimiento[111]. Pero aunque el ejército estaba bien equipado para penetrar en las posiciones de los Aliados, para la guerra móvil no estaba en unas condiciones mucho mejores que en 1914. Disponía de 23 000 camiones, si bien estos tenían las mismas llantas de acero que habían carcomido las carreteras en Caporetto: los Aliados, en cambio, tenían 100 000 vehículos provistos de neumáticos de caucho[112]. El ejército alemán tampoco tenía tanques (aunque en 1918 incluso los más rápidos y ligeros estaban lejos de poder compararse con las armas existentes en 1940), aparte de unos cuantos que habían logrado capturar al enemigo y su propio prototipo, el A7V, monstruosamente lento y con el que resultaba imposible realizar maniobras. En sus memorias, Ludendorff no se disculpa por la deficiencia de los tanques, manifestando su escepticismo acerca de su efectividad y afirmando que producir más habría significado sacrificar alguna otra cosa[113]. La verdad es que habrían podido facilitar operaciones de avance con menos bajas, y los efectivos no tardarían en convertirse en la preocupación más urgente para los alemanes.

La OHL creía en sus hombres —Hindenburg presentaba el *Vertrauen*, o «confianza» como principal motivo de su seguridad en alcanzar la victoria[114]—, pero, a diferencia de lo sucedido en Caporetto o en Riga, ahora se enfrentarían a un enemigo de primer orden y no disfrutarían de una ventaja abrumadora ni en el terreno numérico ni en el de los materiales. Ludendorff

consideraba que solo podía montar un ataque cada vez[115], y no contaba con acabar la tarea al primer intento, contemplando más bien una sucesión de mazazos. Le dijo al káiser que aquel sería el problema más colosal al que se enfrentaría un ejército: la ofensiva empezaría en un punto, continuaría en otros y duraría mucho tiempo[116]. A pesar de todo, desde por lo menos abril de 1917 Hindenburg y él habían contemplado el lanzamiento de una gran ofensiva en el oeste: la primera (con la excepción en todo caso de Verdún) desde el Marne[117]. Tanto ellos como sus asesores llamaron repetidamente a aquella operación la «última carta»: si fallaba, dijo Ludendorff, «Alemania se hundirá»[118]. En octubre Wetzell había instado a Ludendorff a lanzar un ataque a comienzos de la primavera con el fin de intentar alcanzar una situación decisiva antes de que llegaran los estadounidenses, aunque en aquellos momentos todavía se esperaba que Rusia continuara en la guerra[119]. Ludendorff estaba empeñado ya en esta idea antes de la Conferencia de Mons del 11 de noviembre de 1917, celebrada irónicamente un año exacto antes del fin de la contienda. En Mons Wetzell y él consultaron con los mandos de los dos grupos de ejércitos del sector norte del Frente Occidental, el príncipe heredero Ruperto de Baviera y el príncipe heredero Guillermo de Prusia, y sus respectivos jefes del Estado Mayor, Kuhl y Schulenburg. Ludendorff le dijo a sus mandos (que se mostraban escépticos) que solo la ofensiva podía ser decisiva, que las tropas estaban deseosas de ponerse de nuevo al ataque, que el Imperio austrohúngaro y Turquía estaban a punto de llegar al límite. En la reunión no se acordó dónde había que dar el golpe, pues Kuhl quería atacar a los británicos en Flandes, mientras que Schulenburg prefería asestar un nuevo mazazo en Verdún. Wetzell opinaba lo mismo, pues consideraba que el ejército francés era el enemigo más grande y más peligroso, pero también el que defendía su frente con una línea más delgada[120]. Ludendorff acabó por apoyar el principio

de lanzar una ofensiva lo antes posible, para aprovechar el máximo tiempo antes de que llegaran los estadounidenses. Sus preferencias iban por atacar a los británicos, aunque no en Flandes, sino cerca de Saint-Quentin, que fue en efecto la idea que se materializó. Creía que no era lo bastante fuerte para derrotar a los franceses, especialmente porque contaban con espacio al que retirarse, mientras que la BEF era más pequeña y menos hábil (lo que no significa que se la tomara a la ligera). Ordenó que se estudiaran una serie de ataques distintos, en Hazebrouck, Ypres, Arras, Saint-Quentin, Verdún y los Vosgos, pero en enero la OHL se decidió por la operación de Saint-Quentin (a la que se dio el nombre en clave de operación Michael), que el 10 de marzo Hindenburg ordenó que se llevara a cabo el 21[121].

Aunque Hertling y Guillermo II dieron su aprobación al ataque, fueron consultados en una fase ya muy adelantada y parece que no tuvieron ninguna influencia en la estrategia de la operación, cuya finalidad política era notablemente vaga, pues Ludendorff dijo que el objetivo era obligar a Lloyd George y Clemenceau a negociar antes de que llegaran los estadounidenses en gran número[122]. Tampoco los objetivos operacionales de Saint-Quentin eran particularmente claros. A Ludendorff le preocupaba la dificultad del avance inicial, y en consecuencia eligió esta localidad en gran medida por motivos tácticos. Flandes estaba más cerca del mar y de los puertos del canal, pero no era probable que el terreno estuviera debidamente seco hasta el mes de abril, y quería empezar antes. En torno a Arras las defensas británicas eran formidables. De ahí que optara por el sector sur de la línea británica, el que estaba menos densamente guarnecido, entre Cambrai y Saint-Quentin y La Fère, cuyo terreno era relativamente seco y llano. Una rotura de las líneas allí no supondría enseguida la toma de ningún objetivo importante, pero le permitiría perforar

Flesquières, el saliente que aún quedaba después de la batalla de Cambrai, antes de una ofensiva hacia el noroeste, que le permitiera separar al ejército francés del británico y obligar a este a replegarse hacia el mar. Hasta cierto punto, esta concepción reflejaba la que se ocultaba detrás de la batalla del Somme. El peligro, dada la limitada superioridad numérica de Ludendorff y la falta de movilidad de sus fuerzas, era que, como Haig en 1916, asestara un golpe en medio de la nada y luego fuera frenado, quedando en posesión de un terreno carente de importancia estratégica[123].

Sin embargo, Ludendorff tenía a su favor —probablemente, en mayor medida de lo que él se imaginaba— las deficiencias de sus adversarios. Los estadounidenses eran menos de los esperados, los franceses y los británicos estaban mal coordinados y (probablemente, lo que era más importante) las medidas de defensa de la BEF eran inadecuadas. Entre noviembre de 1917 y marzo de 1918, el número de tropas estadounidenses destacadas en Francia pasó de 78 000 a 220 000, aunque solo 139 000 eran combatientes, y de este potencial de aproximadamente seis divisiones, una a lo sumo estaba preparada para la acción[124]. Los motivos de que así fuera eran, entre otros, el intervalo que exigía el reclutamiento y la instrucción de las nuevas divisiones, así como la escasez de barcos, aunque los Aliados hubieran podido dedicar un tonelaje mayor al transporte de tropas, como de hecho a partir de mayo así lo hicieron. Además, el comandante general de los estadounidenses, Pershing, respaldado por Wilson, seguía insistiendo en que sus fuerzas se convirtieran en un ejército independiente, y se oponía a su fusión, aunque fuera temporal, con los franceses o los británicos, por si al final esa fusión se hacía permanente[125]. Cuando en diciembre de 1917 Clemenceau se quejó de que la AEF no estaba en condiciones de entrar en batalla y Pétain propuso que los regimientos estadounidenses se incorporaran a las divisiones

francesas por un período de instrucción de dos meses antes de su traslado al frente, Pershing siguió resistiéndose, no solo porque ceder ante los franceses habría sentado un precedente ante los británicos, sino también porque temía que adiestraran a sus hombres solo en las técnicas de la «guerra de trincheras», mientras que él pretendía que aprendieran también la «guerra abierta». Finalmente se acordó que los regimientos de la AEF pasaran un mes con las divisiones francesas hasta que dispusieran de bastantes instructores propios, aunque mantendrían su independencia operacional[126]. Hasta mayo, los mazazos de Ludendorff caerían casi en su totalidad sobre los británicos y los franceses.

Durante el invierno de 1917-1918, los esfuerzos de los Aliados por alcanzar un acuerdo sobre una postura estratégica común resultaron en buena parte fallidos, y su fracaso contribuyó a que surgiera una crisis de mando cuando Alemania atacó. El SWC establecido después de Caporetto adoptó la forma de reuniones mensuales de los jefes de gobierno británico, francés e italiano, mientras que un comité de representantes militares permanentes (RMP) con sede en Versalles actuaba como secretariado, acumulaba información y elaboraba planes para su discusión. Los RMP tenían funciones consultivas, no ejecutivas, y las rivalidades políticas complicaban su tarea. Orlando nombró para el cargo a Cadorna para darle una salida airosa y que dejara el mando; Woodrow Wilson era reacio a comprometerse políticamente y, aunque nombró como representante militar al general Tasker H. Bliss, accedió solo a que un diplomático estadounidense actuara como observador en las reuniones de los jefes de gobierno[127]. Pero la idea del SWC se debía a los británicos, especialmente a *sir* Henry Wilson, que se convirtió en el primer representante militar británico, y Lloyd George aprovechó la oportunidad para utilizarlo como una fuente de asesoramiento más de su agrado que Robertson.

Desde el primer momento sus decisiones fueron objeto de discusión y difíciles de cumplir. Cuando los jefes de gobierno pidieron a los RMP que estudiaran las operaciones de 1918, estos recomendaron permanecer a la defensiva en Francia y en Italia y atacar en Palestina y Mesopotamia solo si ello no comportaba retirar tropas del Frente Occidental. Esta recomendación, que reflejaba las ideas de Henry Wilson y de Lloyd George, era una abominación tanto para los franceses como para Haig y Robertson. Sin embargo, Clemenceau accedió a regañadientes a efectuar las ofensivas de Oriente Próximo, siempre y cuando Gran Bretaña mantuviera sus esfuerzos en el Frente Occidental[128]. Este debate tenía bastante que ver con los objetivos de guerra de los Aliados (el discurso de Caxton Hall había hecho hincapié asimismo en el interés de Gran Bretaña por sus planes en Oriente Próximo y en su distanciamiento de Europa) y también con otras dos cuestiones discutidas por el SWC. La primera era la ampliación del sector británico. En mayo de 1917, la BEF había defendido 158 kilómetros con 65 divisiones y los franceses 580 con 109[129]. Aunque era harto improbable que gran parte del frente francés fuera objeto de algún ataque, en París semejante disparidad era considerada excesiva. Los franceses querían licenciar a los reclutas más antiguos y Clemenceau esperaba que obligando a los británicos a asumir una mayor extensión de frente dificultaría las actividades de Lloyd George en Oriente Próximo, donde Francia también tenía intereses, pero carecía de fuerza para realizarlos[130]. De hecho, Lloyd George acogió de buena gana la ampliación de sus líneas como un medio de frenar nuevas ofensivas por parte de Haig y apoyó el principio. Por consiguiente, el acuerdo alcanzado entre Haig y Pétain alargó las líneas británicas en cuarenta kilómetros por el sur hasta Barisis (justo al sur del Oise) en enero de 1918, pero cuando el SWC pidió una nueva ampliación, los británicos la rechazaron.

La propuesta más controvertida, sin embargo, fue la de la creación de una reserva general interaliada. El 2 de febrero, los gobiernos aprobaron un plan para que los RMP, bajo la presidencia de Foch, tuvieran autoridad sobre un fondo común de treinta divisiones de reserva para el Frente Occidental, el de Italia y el de Macedonia. Henry Wilson era favorable a la idea, pero Haig y Pétain estaban en contra, porque veían con razón que tenía que ver con el temerario plan de Foch de llevar a cabo contraofensivas contra los alemanes, y también porque deseaban controlar sus reservas ellos mismos. Clemenceau, en apariencia reacio a imponerse despóticamente a sus dos altos mandos, dio marcha atrás, pero lo que desbarató el plan fue la pugna entre civiles y militares en Gran Bretaña. El decepcionante resultado de la tercera batalla de Ypres y de la acción de Cambrai había erosionado el prestigio del GHQ, reduciendo el apoyo que recibía de los conservadores y de la prensa[131]. De hecho, *The Times* se mostró abiertamente crítico. Además, Haig y Robertson se habían distanciado, pues el primero pensaba que el segundo no era lo bastante «occidental». La postura de Haig fue trascendental cuando en febrero de 1918 el *Morning Post*, portavoz del conservadurismo más recalcitrante (*High Toryism*), desafió a la censura publicando un artículo en el que denunciaba el plan de reserva general y en el que condenaba a Lloyd George por su «incapacidad para gobernar Gran Bretaña en una gran guerra»[132]. El incidente agudizó al máximo las tensiones entre civiles y militares y Robertson fue destituido. Lo sustituyó Wilson, pero solo con los poderes más limitados que tenía el JEMI antes de que Robertson asumiera el cargo. De hecho, Wilson se parecía a Robertson en que pretendía concentrar fuerzas en el Frente Occidental y al mismo tiempo era favorable a las consideraciones imperialistas, pero tenía unas relaciones personales mejores con Lloyd George y razonablemente buenas con Haig. El precio de este por no apoyar a Robertson fue la

eliminación de la reserva general. Advirtió a Lloyd George que dimitiría antes que asignar tropas para ese fin, y después de que el comandante general de la BEF manifestara su actitud, Pétain lo imitó. A comienzos de marzo, el SWC abandonó el plan (pese a las vehementes protestas de Foch con la aquiescencia de Clemenceau) y aprobó un acuerdo bilateral entre Haig y Pétain. Si el V Ejército de Haig, el situado más al sur, era atacado, los franceses se harían cargo de una parte de la línea o bien la reforzarían con seis divisiones, y a su vez Haig se encargaría de prestar ayuda si el objetivo del ataque eran los franceses[133]. No está claro si la supresión del plan de la reserva general fue una gran pérdida o no, y durante la primera fase del ataque alemán los pactos bilaterales funcionaron con rapidez y eficacia. No obstante, Haig acabaría por lamentarlo.

La debilidad más grave de los Aliados no fue el fracaso de la reserva general, sino la ineficacia de los preparativos de los líderes británicos. Con posterioridad, Haig y el GHQ intentaron echar la culpa de todo ello a factores que estaban fuera de su control, particularmente a la ampliación de las líneas británicas y a la escasez de tropas a las que los condenó el gobierno[134]. En realidad, tenían cierta razón: en enero el sector británico fue ampliado en casi una cuarta parte, parece que los franceses entregaron las líneas en unas condiciones bastante mediocres y la BEF no recibió en compensación ningún incremento de sus efectivos de combate, que eran inferiores a los que había un año antes. Las estadísticas se convirtieron en una especie de arma arrojadiza en manos de los políticos, pero, según los datos del Departamento de Guerra, aunque los efectivos totales de la Fuerza Expedicionaria aumentaron entre principios de 1917 y comienzos de 1918, el número de tropas combatientes pasó de los 1,07 millones de soldados a los 969 000, es decir, disminuyó aproximadamente un 4 por ciento[135]. Entre enero y noviembre de 1917, la BEF había

sufrido casi 790 000 bajas, y en octubre el nuevo director del Servicio Nacional, Auckland Geddes, dijo que la economía nacional no podía prescindir de más hombres. Se abrieron entonces dos debates. Uno sobre si Gran Bretaña debía adoptar un tipo de guerra de tecnología avanzada, utilizando tanques y otros equipamientos para economizar hombres y ahorrar vidas. Churchill, a la sazón ministro de Municiones, encabezaba a los defensores de la «nueva» táctica; Haig y el GHQ eran más conservadores y se mostraron más reservados respecto a la fiabilidad mecánica de los tanques y su capacidad de sustituir a la infantería como medio para defender el terreno. La diferencia era en parte de matiz, y tenía más que ver con las operaciones ofensivas que con las defensivas. La postura defendida por Churchill consiguió cada vez más apoyos en el Departamento de Guerra, pero el GHQ mantuvo su idea y de hecho en la primavera de 1918 intentó (aunque sin éxito) reducir los envíos de tanques a Francia[136]. La BEF no experimentó ningún aumento importante del suministro de armas, pero en cualquier caso, como consecuencia del segundo debate, carecía de personal capacitado para utilizar los equipos. El 26 de noviembre, el Gabinete de Guerra acordó que Gran Bretaña debía ser capaz de continuar luchando, si era preciso, en 1919. Nombró un comité de recursos humanos, que apoyó su insistencia en la «capacidad de aguante» hasta que llegaran más estadounidenses. La primera prioridad en materia de recursos humanos debía ser la marina, seguida de la construcción naval, la fuerza aérea y la producción aeronáutica, luego la agricultura, la tala de árboles y la construcción de almacenes de comida, quedando al final de la lista el ejército. En noviembre de 1918, los militares necesitaban que 600 000 hombres de categoría «A» (los más fuertes y en mejor forma) fueran retirados de la vida civil; pero el comité de recursos humanos decidió asignarles solo 100.000[137]. Se podían proporcionar más, y en realidad lo

fueron en vista de la emergencia planteada a raíz del ataque de los alemanes, de modo que de hecho en noviembre se pusieron a su disposición 372 330 hombres de categoría A. Además de civiles en buen estado físico, a partir de enero de 1918 se quedaron en el país unos 175 000 soldados que habían recibido instrucción, en parte como precaución ante cualquier intento de invasión o la eventualidad de disturbios internos[138]. Pero hasta que se produjo la ofensiva alemana, el gabinete sospechó que si enviaba más hombres, Haig los desperdiciaría en ataques inútiles, privando a Gran Bretaña de la oportunidad de hacer una contribución decisiva en las campañas finales. Además, en parte debido a los consejos del propio Haig, los ministros subestimaron lo peligroso que podría ser un ataque alemán. En consecuencia, la BEF no solo estaba desplegada en una línea muy dilatada y delgada, sino que además el GHQ tuvo que llevar a cabo una reorganización que los alemanes y los franceses ya habían realizado y que el gabinete había contemplado hacía tiempo, a saber, no reducir el número de divisiones, sino recortar el número de batallones de cada división de doce a nueve. Excepto las procedentes del Dominio Británico, entre enero y marzo cuarenta y siete divisiones perdieron tres batallones cada una, proceso que se llevó a cabo a toda prisa y sin previo aviso. La reorganización probablemente desconcertara a muchos hombres que fueron desplazados de sus viejas unidades; y quizá agudizara también la tensión de las guarniciones de las trincheras. Como cada división seguía defendiendo la misma longitud de frente, la primera línea quedaría peor guarnecida, o bien las rotaciones de la infantería en ella serían menos frecuentes[139]. Aun admitiendo las desventajas impuestas a la BEF desde fuera, las nuevas disposiciones defensivas del GHQ probablemente contribuyeran a empeorar la situación.

Esto no significa que Haig lo hiciera todo mal. El gobierno

había insistido en que el GHQ fuera remodelado después de la batalla de Cambrai, y Lawrence había sustituido a Kiggell como jefe del Estado Mayor y el general de brigada Cox, hombre sumamente capacitado, había sustituido a Charteris como jefe de los servicios de inteligencia, manteniendo a Haig debidamente informado acerca del traslado de divisiones alemanas hacia el oeste. Desde el mes de diciembre, Haig esperaba que se produjera un ataque alemán en Año Nuevo, y ordenó que la BEF construyera un sistema de defensa en profundidad. En febrero pronosticó con acierto un primer ataque a finales de marzo entre Lens y el Oise, seguido de un segundo en abril cerca de Ypres. Después de la caída de Riga, fue avisado de que debía esperar un bombardeo por sorpresa seguido de tácticas de infiltración[140]. Por desgracia, la BEF no estaba acostumbrada al combate defensivo y en particular al sistema ordenado por el GHQ, que se basaba en una mala interpretación de la práctica defensiva usada por los alemanes en 1917. Dicho sistema comportaba la creación de tres zonas: una vanguardia, una zona de combate de unos 3000 metros, y una retaguardia entre siete y quince kilómetros más atrás. La primera zona, compuesta de «avanzadillas» más que de una línea continua de trincheras, debía ser defendida hasta el último hombre y con más efectivos que la de los alemanes, y la zona de combate debía ser defendida férreamente. Los contraataques serían menos rápidos y menos automáticos que los que se hacían según el sistema alemán, pues en la zona de retaguardia estaban desplegadas menos tropas de respuesta rápida para efectuarlos y a los mandos se les dejaba menos discrecionalidad, en consonancia con la práctica más jerarquizada de la BEF[141]. En realidad, el III y el V Ejército casi no prepararon la retaguardia en absoluto, y el 84 por ciento de los batallones británicos se encontraban dentro de los 3000 metros de la primera línea (y, por lo tanto, se hallaban más expuestos al bombardeo) frente a

un máximo del 50 por ciento según el sistema alemán, mientras que había relativamente pocos soldados para socorrer los «reductos» de la zona de batalla[142]. De hecho, el V Ejército de Gough situó la mitad de sus ametralladoras en la zona de vanguardia, en contra de las órdenes del GHQ. Este hecho fue tanto más grave debido al segundo punto débil del sistema británico. Los tres ejércitos británicos situados más al norte (el II, el I y el III) defendían sus frentes con una línea más densa que el V, y las ocho divisiones de reserva de Haig estaban también todas en el norte[143]. El V Ejército defendía el sector más meridional, conseguido hacía poco, con una línea más delgada, y Haig había autorizado a Gough a llevar a cabo, en caso de necesidad, una retirada hacia el Somme sin dejar de combatir, precisamente por tratarse de una zona más alejada de la costa y que permitía ceder terreno con menos riesgo; era asimismo el ejército al que Pétain debía enviar refuerzos en virtud de los acuerdos bilaterales. En realidad, es posible que Haig planeara atajar el avance alemán por los flancos, y había utilizado los hombres que no estaban preparando las zonas de batalla para construir líneas ferroviarias laterales en la retaguardia. De ser así, estas disposiciones fueron casi literalmente sacadas de quicio cuando se comprobó que el ataque de Ludendorff era tan violento que, como ha dicho un historiador, no solo fue como un empujón dado a una puerta giratoria, sino que la arrancó completamente del marco[144].

A pesar de las apologías escritas retrospectivamente en su descargo, Haig y sus comandantes se mostraron muy confiados, incluso autocomplacientes, antes del ataque; de hecho, la víspera misma de la ofensiva Haig aprobó la concesión de un permiso especial para 88 000 soldados. El Estado Mayor de Whitehall retuvo a la llamada «reserva móvil» en Gran Bretaña debido a sus garantías de que era capaz de oponer resistencia a cualquier ataque durante dieciocho días[145]. El 7 de enero envió un

comunicado lleno de optimismo al Gabinete de Guerra y el 2 de marzo dijo a los mandos de su ejército (recordando las palabras de Joffre antes de Verdún) que su único temor era que Alemania vacilara y no quisiera atacar[146]. Gough estaba igual de ufano y afirmaba que los alemanes no romperían nunca su línea[147]. Parece que los Aliados fueron víctimas de una campaña de distracción, pues Ludendorff llevó a cabo incursiones aéreas y bombardeos a lo largo de todo el frente para no dejar que el enemigo adivinara en qué punto pensaba descargar el golpe[148]. Los alemanes ocultaron también la zona de ataque haciendo avanzar a su infantería de noche, camuflando los depósitos de municiones y esforzándose por mantener la superioridad aérea. A los británicos les costó trabajo capturar prisioneros, y resultó que estos no sabían nada. No obstante, a partir del 9 de marzo confluyeron en el campo de batalla un millón de soldados y los vuelos de reconocimiento británicos empezaron a notar ciertas señales de alarma. El 19, el GHQ esperaba que se produjera un ataque en los próximos dos días. La víspera, el GHQ y el propio Haig tenían más o menos bien localizados el lugar y el momento, pero suponían que al principio se produciría un ataque «de desgaste» limitado, similar al que ellos solían lanzar, que les daría tiempo para reaccionar[149]. Sin embargo, lo que se les vino encima fue la ofensiva más grande que se había visto desde 1914.

El bombardeo de la ofensiva Michael comenzó a las 4.40 de la madrugada del 21 de marzo y continuó durante siete fases sucesivas hasta llegar a la hora cero a las 9.40 de la mañana. A un soldado británico encargado de disparar una ametralladora le «pareció como si las tripas de la tierra hubieran estallado, mientras que al otro lado de la colina se veía un destello amarillo largo y continuo. Fue el carácter repentino lo que más chocó, al no haber un lanzamiento preliminar de bombas, sino solo un enorme tumulto instantáneo»[150]. Los alemanes utilizaron en el

Frente Occidental la mitad de sus cañones, unos 6473 en total (incluidas 2435 piezas pesadas), más 2532 morteros de trinchera, frente a los 1822 cañones usados en Caporetto y los 680 de Riga, o los 1437 cañones británicos antes del Somme. En realidad, no se trataba de una densidad enorme a lo largo de un frente de ataque de unos ochenta kilómetros, pero la cortina de fuego fue muy intensa y precisa, disparando alrededor de 1,16 millones de bombas en cinco horas, frente a los 1,5 millones disparados por los británicos a lo largo de siete días en junio de 1916[151]. Se concentró primero en la artillería y en los puestos de mando y luego en las posiciones adelantadas británicas antes de pasar a una cortina de fuego móvil cuando la infantería se lanzó al ataque, mezclando las bombas detonantes con las de gas fosgeno y un nuevo gas lacrimógeno diseñado para causar en los hombres una irritación tan intensa que se arrancaban las máscaras. El asalto de la infantería fue igualmente prodigioso, pues Ludendorff había reunido a 76 de sus 191 divisiones desplegadas en el oeste, 32 de ellas en la primera oleada, seguidas por entre 28 y 32 más. A pesar del hambre que atenazaba sus estómagos, las tropas alemanas perseguían el éxito, el botín y el fin de la guerra, y sus mandos compartían su confianza[152]. Como decía Albrecht von Thaer, el ataque pendía ante ellos como un «telón negro»[153]. El III y el V Ejército británico que se les enfrentaban estaban compuestos por unas veintiséis divisiones de infantería (veintidós de las cuales habían combatido en la tercera batalla de Ypres) y tres de caballería, mientras que apenas la mitad de las alemanas habían participado en una gran batalla durante los últimos meses. Entre los dos, los ejércitos británicos tenían unos 2804 obuses y cañones[154]. Es probable que la ventaja numérica de los alemanes fuera proporcionalmente menor que aquella de la que habían gozado los británicos al comienzo de la tercera batalla de Ypres[155], pero sus logros no tuvieron precedentes desde que comenzara la

guerra de trincheras. Avanzaron casi 15 kilómetros y conquistaron casi 160 kilómetros cuadrados de territorio en un solo día, tanto como habían ganado los Aliados en 140 días en el Somme. Se ha calculado que las pérdidas alemanas fueron 39 929 (10 851 muertos, 28 778 heridos y 300 prisioneros de guerra), pero causaron casi el mismo número de bajas en los defensores, 38 512 (7512 muertos, 10 000 heridos y 21 000 prisioneros de guerra), además de capturar unos 500 cañones británicos. Cabe comparar estos totales con las bajas sufridas el 1 de julio de 1916 por los británicos (57 470) y los alemanes (8000)[156]. Los alemanes invadieron en todas partes la zona de vanguardia británica, y a lo largo del sector sur del frente atravesaron también la zona de batalla; un contraste abrumador frente al decepcionante historial de los Aliados desde 1915. Los alemanes tuvieron suerte de que hasta mediodía hubiera una densa niebla, que privó de visión a los defensores británicos, pues, de no ser así, estos les habrían causado unos daños mucho mayores con las cerca de 6000 ametralladoras que tenían en la zona de vanguardia y en la de batalla (frente a las apenas 200 con las que los alemanes causaron tantos estragos el 1 de julio de 1916)[157]. Pero el efecto paralizante de los bombardeos en profundidad y la táctica de infiltración de los alemanes también tuvieron sus consecuencias, pulverizando la primera línea británica y destruyendo los puestos de mando situados por detrás de ella. El bombardeo tampoco destrozó el terreno, que era llano, seco y firme. Los fortines de la zona de vanguardia fueron rebasados enseguida por los flancos y, aunque resistieron con más fiereza que los italianos en Caporetto, la mayoría de ellos se rindieron cuando quedó claro que tenían pocas posibilidades de recibir socorro. Muchas unidades sencillamente se desintegraron. La artillería británica estaba a oscuras, prestando poco apoyo a la zona de vanguardia y no fue posible ordenar ningún contraataque. La excelencia de la táctica

alemana no vino más que a subrayar las deficiencias del sistema defensivo británico y los errores de los líderes de la BEF. Byng, al mando del III Ejército, probablemente se retrasara demasiado antes de evacuar el saliente de Flesquières. Gough había dejado un elevado número de hombres demasiado lejos por delante de él, pero cuando ordenó a sus subordinados que se replegaran, estos corrieron más y más deprisa de lo que él tenía previsto; y quizá hicieran bien, pues el territorio abandonado era prescindible[158].

A pesar de todo, los alemanes distaron mucho de conseguir el objetivo marcado por Ludendorff de hacer un gran progreso claro el primer día. No obstante, la noche del 21 de marzo Gough ordenó una retirada general al otro lado del Somme y del canal Crozat. En cambio, el III Ejército, que era el verdadero objetivo de Ludendorff, ocupaba unas defensas mejor preparadas, más densas y con menos hombres en la zona de vanguardia, y entorpeció el avance del XVII y del II Ejército alemán, aunque se abrieron huecos entre las posiciones de Byng y Gough, de modo que el día 23 los alemanes habían perforado un corredor de casi setenta kilómetros de ancho en campo abierto. Los Aliados pasaron entonces unos días de intensa angustia. Al principio dio la impresión de que el acuerdo bilateral funcionaba bien. Las anotaciones del diario de Haig indican que Pétain y él habían acordado que los dos ejércitos debían mantenerse en contacto, y que el francés estaba ansioso por apoyarlo y había empezado a enviar refuerzos[159]. Los franceses habían acumulado una reserva de unas cuarenta divisiones, en contraste con las ocho de Haig, pero los servicios de inteligencia de Pétain le avisaron de un posible segundo golpe de los alemanes en Champaña. Sin embargo, cumplió con creces con el acuerdo, ofreciendo tres divisiones el día 21 y otras tres el 22, y el 23 prometió enviar otras catorce. Este último día llegaron en ayuda de los británicos las primeras tropas francesas,

y aunque se hubiera creado la reserva general cabe preguntarse si el relevo habría podido llegar antes[160]. Por espectacular que fueran los progresos iniciales de las tropas de asalto, tardaron tres días en atravesar las defensas, y esta circunstancia dio a Haig y Pétain tiempo para llevar refuerzos. Se hizo cruzar precipitadamente el Canal a los 88 000 soldados británicos de permiso, así como a la reserva móvil. Sin embargo, el día 23 Haig pidió otras veinte divisiones francesas para que le ayudaran a proteger Amiens, a lo que Pétain se negó[161]. Los dos altos mandos empezaron a temer entonces que la cooperación se viniera abajo y que sus ejércitos quedaran separados. El 24 de marzo, Pétain dictó órdenes diciendo que su preocupación era «ante todo» conservar el ejército francés intacto y solo después mantener el contacto con la BEF. Ese mismo día le dijo a Haig que sus instrucciones eran proteger París a toda costa, aunque eso significara dejar expuesto el flanco derecho de la BEF. Temía —y con bastante justificación— que Haig contemplara la posibilidad de retirarse hacia los puertos del Canal[162]. Efectivamente, el comandante general de la BEF había decidido solicitar a su país el envío de una legación y aceptar su subordinación a un generalísimo francés con el fin de obtener más divisiones francesas al norte del Somme. Henry Wilson y lord Milner, miembro del Gabinete de Guerra, cruzaron el Canal para mantener una entrevista con los altos mandos y con Clemenceau. El 25 de marzo en Compiègne y el 26 en Doullens, el pesimismo de Pétain causó muy mala impresión a los políticos, en contraste con la insistencia de Foch (que no tenía ninguna responsabilidad ejecutiva) en que estaba dispuesto a trasladar al frente a todas las tropas disponibles para mantener a los dos ejércitos unidos. En Doullens, Milner, Haig y Wilson acordaron con las autoridades francesas, tras consultar con los demás mandos nacionales, encargar a Foch la responsabilidad de coordinar la acción de los ejércitos aliados en el Frente

Occidental[163].

La reunión de Doullens constituyó un momento sumamente simbólico, pero no mucho más. Aunque Haig se sintió aliviado, el Gabinete de Guerra se puso furiosa por el resultado de Doullens, y Lloyd George le dijo a Milner que un comandante general francés era algo imposible[164]. Foch carecía de Estado Mayor y como coordinador sus funciones no estaban bien definidas. No está muy claro qué diferencia pudo marcar su nombramiento. Le dijo a Gough que no siguiera retirándose, pero este continuó haciéndolo. Haig, sin embargo, fue convencido de que contemplara la posibilidad de no retirarse a los puertos del Canal y Foch le ordenó a Fayolle (que estaba al mando de las divisiones francesas de reserva) que permaneciera en contacto con la BEF a toda costa. Pétain canceló su directiva del 24 de marzo y el 26 otras siete divisiones francesas recibieron la orden de trasladarse al frente, pues parece que el general decidió que la ofensiva alemana era tan fuerte en aquellos momentos que no podía existir peligro en ninguna otra parte. Además, en otra conferencia celebrada en Beauvais el 3 de abril Foch obtuvo la responsabilidad de la «dirección estratégica de las operaciones militares» y autoridad para ordenar ofensivas, aunque Haig y Pétain siguieron siendo responsables de la «conducción táctica de sus ejércitos» y podían apelar a sus respectivos gobiernos contra él[165]. Dio la impresión entonces de que los acontecimientos justificaban su nombramiento. Pero en realidad, aunque los líderes aliados no pudieran verlo todavía, en el momento de la Conferencia de Doullens los alemanes habían empezado en cualquier caso a perder fuelle.

El avance alemán obligó a tomar decisiones trascendentales a los dos bandos. La intención de Ludendorff era romper las defensas del adversario y avanzar hacia el noroeste. Pero el mayor éxito se había producido al sur, no entre Cambrai y Saint-Quentin, y decidió reforzar el sector proporcionando al

XVIII Ejército de Hutier seis divisiones más[166]. El 23 de marzo dio nuevas órdenes de avanzar a lo largo de tres ejes, con el objetivo de separar a los franceses de los británicos y arrojar a estos últimos al mar avanzando por las dos orillas del Somme. Pero el día 25 volvió a fragmentar su plan, decidiendo en vez de enviar refuerzos a Hutier ordenar un ataque (la operación Marte) contra las posiciones fortificadas de los británicos alrededor de Arras, que tuvo lugar el 28 y fue frenado a las pocas horas. En ese momento renunció a la esperanza de conseguir un avance general con esta ofensiva y autorizó llevar a cabo una nueva intentona en Flandes a comienzos de abril, pero mientras tanto se concentró en intentar cortar la gran línea ferroviaria que en dirección norte-sur discurría por detrás de las líneas británicas. Eso significaba que el XVIII Ejército se abriera paso precipitadamente hasta Amiens, o al menos conquistar las colinas de Villers-Bretonneux, desde las cuales podía ser bombardeada la ciudad[167]. Como no consiguió ni una cosa ni otra, y teniendo en cuenta su determinación de atacar en cualquier otro sitio antes que arriesgarse a librar otra batalla de desgaste, el 4-5 de abril suspendió la operación Michael. Las constantes llamadas telefónicas a sus subordinados y los rápidos cambios de dirección dan testimonio de su nerviosismo y de la inseguridad de sus propósitos. Si hubiera enviado refuerzos antes a Hutier, quizá habría caído Amiens; o si hubiera continuado hacia el noroeste, tal vez habría podido amenazar Arras. Al final, la ofensiva supuso la conquista de un nuevo saliente enorme, pero no la consecución de ningún objetivo significativo desde el punto de vista estratégico, y sí el debilitamiento de sus tropas para el siguiente ataque. Pero como siempre, al menos tan importantes como las acciones de los generales y los políticos fueron las de los soldados y las de los oficiales de menor rango sobre el terreno. Incluso cuando los alemanes llegaron a campo abierto se enfrentaron a una resistencia más organizada que la

que encontraron después de Caporetto, pues los Aliados improvisaron líneas de defensa en los bosques y en los canales a medida que iban replegándose. Después del primer día, los hombres de Ludendorff abandonaron a menudo la táctica de la infiltración y volvieron a los antiguos ataques en formación cerrada, ofreciendo así un blanco fácil y sufriendo muchas bajas. El hecho de que se levantara la niebla ayudó a los artilleros británicos encargados de manejar las ametralladoras, mientras que la RAF pudo abrir fuego contra el avance del enemigo. Los alemanes quedaron separados de su artillería (una tercera parte de la cual fue destruida durante la ofensiva), especialmente cuando entraron en el terreno desolado de la batalla del Somme de 1916, donde resultaba muy difícil construir caminos y ferrocarriles de campaña. Como Moltke cuatro años antes, Ludendorff fue derrotado en parte por la dificultad de enviar alimentos y suministros a sus hombres una vez que estos avanzaron a más de setenta kilómetros de distancia de sus estaciones terminales. Las tropas de vanguardia, que llevaban solo raciones para dos días, quedaron agotadas, pues se esperaba de ellas que siguieran adelante y sufrieran bajas día tras día sin ser relevadas. El ejército había licenciado a buena parte de la caballería, disponía de pocos caballos y de poco forraje, y la flota de camiones era muy inferior a la de los Aliados. Por si fuera poco, la comida y la bebida almacenada en los depósitos británicos distrajeron en gran medida la atención de las tropas alemanas, pero aunque esta circunstancia retrasara el avance y pusiera de manifiesto la falta de control de los oficiales de menor rango sobre sus hombres, también vino a destacar otras debilidades logísticas más profundas[168]. En el momento de la Conferencia de Doullens, el XVII y el II Ejército encontraban una resistencia cada vez más obstinada y el ejército de Hutier se metió en un callejón sin salida, al fondo del cual Amiens seguía estando tentadoramente fuera de su alcance. Probablemente, a

Ludendorff le habrían ido mejor las cosas si hubiera seguido un plan estratégico más constante, pero en cualquier caso, de haber mantenido su resistencia los Aliados, es harto improbable que la operación Michael hubiera salido bien.

No obstante, cuando Ludendorff dio por concluida la operación, había causado unos daños enormes, capturando 90 000 prisioneros y 1300 cañones y matando o hiriendo a unos 212 000 soldados aliados[169], aunque sus propios muertos y heridos ascendían a 239.000. Su nueva línea no era particularmente favorable, pero se aferró a ella con el fin de amenazar Amiens[170]. Al final de la batalla, Haig había empleado en ella cuarenta y ocho de sus cincuenta y seis divisiones, y los franceses un total de cuarenta; el 3 de abril, a Haig solo le quedaba una división de reserva[171]. De ahí que los Aliados se enfrentaran a una segunda emergencia cuando menos de una semana después Ludendorff inició otra ofensiva (la operación Georgette) en el río Lys. Tras otro bombardeo de Bruchmüller, el 9 y el 10 de abril el IV y el VI Ejército alemán lanzaron un ataque contra un frente de treinta kilómetros en vez de ochenta, con doce divisiones de asalto del total de las veintisiete que intervinieron en él (frente a las cuarenta y siete divisiones de asalto utilizadas en la operación Michael)[172]. Tenían 2208 cañones y 492 aviones. Los costes de la operación Michael hicieron que las dimensiones de la operación Georgette fueran menores de lo que se había pensado en un principio y que se usaran en ella unas tropas de inferior calidad. Además, aunque los alemanes mostraron una capacidad logística impresionante descargando un nuevo golpe con tanta rapidez, esta vez atacaron de día y los Aliados estuvieron más precavidos. No obstante, Haig había esperado que la acometida se produjera más al sur, y los británicos repitieron algunas de las equivocaciones anteriores. Las mejores unidades de su I y II Ejército habían sido enviadas a combatir en la operación

Michael, y su sector de ataque era defendido por una línea muy delgada de seis divisiones británicas (cinco de las cuales habían asistido a los combates lanzados en el más meridional) y dos portuguesas. El grueso del asalto alemán afectó a una sola división portuguesa que defendía diez kilómetros de frente y a la que Horne, comandante general del I Ejército, no envió socorros ni refuerzos a pesar de los avisos de los servicios de inteligencia[173]. Las instrucciones del GHQ a los altos mandos acerca del sistema de defensa en profundidad siguieron siendo inadecuadas, y unas unidades las aplicaron y otras no. A la hora de la verdad, el uso tradicional de puestos avanzados de ametralladoras y de una línea de trincheras en vez de una «zona de batalla» permitió resistir el ataque alemán al sur, pero más al norte la línea defendida por los portugueses se rompió y, al retirarse, las unidades contiguas tuvieron que hacer lo mismo, los puestos avanzados fueron rodeados y la cadena de mandos quedó cortada.

El día 12, los alemanes fueron capaces de nuevo de avanzar por un frente de unos cincuenta kilómetros, obligando a los británicos a evacuar precipitadamente las ganancias que con tanto esfuerzo habían obtenido en el saliente de Ypres y a replegarse a las puertas de la ciudad. Haig dictó una orden que se haría célebre —«Con la espalda contra el muro debemos combatir hasta el final»— y que causaría una fuerte impresión a la enfermera del VAD Vera Brittain, aunque parece que entre las tropas solo intensificó el cinismo[174]. Pero una vez más, el 18 llegaron refuerzos y volvió a restablecerse la línea. Ludendorff había pensado que con la primavera suave que estaba haciendo el suelo estaría lo bastante seco, pero a sus tropas les siguió costando mucho trabajo atravesar el pantanoso valle del Lys (erizado de ametralladoras) y se adelantaron a su artillería. Los altos mandos perdieron el control de la batalla y sus subordinados ordenaron de nuevo más costosos ataques en

masa, aunque los soldados se negaron a llevarlos a cabo y una vez más dejaron que los almacenes de provisiones distrajeran su atención[175]. Pero Haig casi no tenía reservas y encontró a Foch mucho más parsimonioso que a Pétain a la hora de prestarle ayuda, pues el generalísimo francés pensaba que la del Lys era una operación de diversión de otra más importante que los alemanes pensaban lanzar en otra parte. Hasta el 19 de abril, Foch se resistió a enviar tropas de reserva al norte, a pesar de que Haig ejerció su derecho a apelar al gobierno, aunque al final Foch le envió doce divisiones francesas[176]. Pero el día 25, incluso después de que llegaran, cayó en manos de los alemanes el monte Kemmel (una de las pocas posiciones elevadas que dominaban Ypres). Sin embargo, pese a los reproches de los británicos acerca de la calidad de los refuerzos franceses, estos fueron decisivos para repeler el asalto final que llevaron a cabo los alemanes el 29 de abril disparando enormes cantidades de bombas y ráfagas de ametralladora. Después de aquella experiencia, Ludendorff dio por finalizada la operación Georgette, de nuevo sin haber alcanzado los objetivos fundamentales. Los alemanes seguían a ocho kilómetros del nudo ferroviario de Hazebrouck, y no habían tomado Cassel, desde donde sus cañones de largo alcance habrían podido bombardear Boulogne y Calais. No obstante, lograron acercarse paulatinamente a Amiens en un segundo ataque contra Villers-Bretonneux, y los británicos replegándose unos metros detrás de sus líneas en Flandes, eran ahora más vulnerables al fuego de la artillería y los ataques aéreos. Los costes de nuevo fueron altísimos: unos 146 000 aliados muertos o heridos frente a 109 000 alemanes. Pero a finales de abril, las dos primeras acometidas de Ludendorff habían llegado a un punto muerto.

Se produjo entonces una pausa cargada de tensión. El intervalo era por sí solo un comentario elocuente al decaimiento de las fuerzas alemanas, dado el concepto estratégico de

Hindenburg de «sacudir el edificio enemigo mediante golpes parciales secuenciados a tan corta distancia unos de otros que [...] acabe por venirse abajo»[177]. Sin embargo, en mayo y junio los alemanes lanzaron un ataque más o menos coordinado contra los franceses y los austríacos otro contra los italianos. Esta vez, sin embargo, los Aliados tomaron por fin la medida a las nuevas tácticas. Mejor sería empezar por los austríacos y el camino hacia la batalla del Piave, cuyos orígenes se remontaban en parte a la disputa continua existente entre Carlos I y Czernin. Los tratados de paz en el este parecían justificar la política de colaboración con Berlín propiciada por Czernin, aunque no supusieran una gran mejora en lo concerniente al suministro de alimentos. Pero a comienzos de 1918, Carlos multiplicó los sondeos ante todos los gobiernos aliados, aun cuando Czernin insistiera en que el Imperio austrohúngaro no firmaría nunca una paz por separado. Hombre nervioso, cuyas lealtades estaban divididas, Czernin esperaba, al parecer, que las ofensivas de Ludendorff castigaran a los Aliados lo suficiente para permitir un pacto general. Decidió, pues, quitar de en medio a los cabilderos que presionaban al emperador a favor de la paz por separado, el llamado grupo de Meinl. En un discurso pronunciado el 2 de abril atacó a Clemenceau por querer anexionarse Alsacia-Lorena y aludió a la última ronda de contactos franco-austríacos. Clemenceau pensó que debía tomar represalias por la insinuación de que había iniciado conversaciones con el enemigo después de decir al pueblo francés que estaba comprometido con la victoria, y lo hizo acusando a Czernin de mentir. Decidió tirar de la manta y reveló el asunto de Sixto de Borbón-Parma, publicando la carta dirigida al príncipe el 31 de marzo de 1917 en la que Carlos I hacía referencia a las pretensiones francesas sobre Alsacia-Lorena. Se anotó así una victoria propagandística demoledora[178]. Czernin consiguió de Carlos una declaración

firmada (que los dos sabían que era falsa) diciendo que no había enviado nunca semejante carta, pero luego el emperador destituyó a su ministro, sustituyéndolo por el conde Burián. El incidente Czernin redujo todavía más la independencia diplomática austrohúngara. El 2 de mayo, Carlos I se entrevistó con los líderes alemanes en Spa, y Kühlmann insistió en que debía aceptar las peticiones de alianza, pacto militar y convenio comercial con los países de la Mitteleuropa. Además, los alemanes consiguieron un pacto entre Hindenburg y su homólogo austríaco, Arz von Straussenburg, según el cual los dos países movilizarían a todos los hombres disponibles, coordinarían el entrenamiento y el despliegue de sus tropas, regularizarían sus armas y municiones, intercambiarían oficiales y compartirían sus planes de guerra[179]. Aunque la destitución de Czernin alarmó a los austríacos alemanes y a los magiares, las otras nacionalidades vieron la entrevista de Spa como un indicio de sometimiento total a Berlín, opinión compartida por los Aliados, que en aquellos momentos dudaban que tuviera algún sentido permitir la supervivencia del Imperio austrohúngaro. Carlos I ya no podía bajarse de la locomotora alemana antes de que frenara en seco[180].

Antes de su caída, Czernin había recomendado una nueva ofensiva contra Italia. Carlos I dio en principio su aprobación al plan y tras el incidente Czernin probablemente esperara restaurar así su prestigio entre los alemanes[181]. En efecto, Alemania insistía en este punto como contrapartida al envío de productos alimenticios, y la OHL acogió de buena gana la idea como apoyo a sus ataques en el Frente Occidental[182]. Los austríacos esperaban que la ofensiva les permitiera apoderarse de más provisiones, obligar a negociar a Roma y asegurarse una parte de lo que aún esperaban que fuera la victoria de Alemania[183]. Los oficiales de Arz habían observado las ofensivas del Frente Occidental y esperaban aplicar métodos parecidos,

además de sincronizar su ataque con la siguiente acometida alemana. La devolución de los prisioneros de guerra por parte de Rusia había hecho que el ejército volviera a disponer de sus efectivos reglamentarios, y si iba a haber un ataque, más valía que se produjera antes de que los italianos se recuperaran más[184].

No obstante, los austríacos trabajaban con muchas desventajas. Carlos llegó a una solución de compromiso entre el plan de Conrad, que deseaba lanzar la principal ofensiva en la meseta de Asiago, y el de Boroevic, el comandante general de las fuerzas del Piave, que también quería asestar el principal golpe. El emperador autorizó el lanzamiento de ofensivas en los dos frentes, de modo que ambos fueron demasiado débiles. Mientras que Boroevic pretendía romper la línea del Piave y avanzar hacia Venecia, Conrad atacaría en el macizo del monte Grappa. El Imperio austrohúngaro tenía sesenta y cinco divisiones de infantería y doce de caballería en el teatro de operaciones de Italia, pero esta vez no dispondría de ayuda de los alemanes, y tenía solo una pequeña superioridad sobre las cincuenta y seis divisiones aliadas, tres de ellas británicas y francesas. Los Aliados tenían una superioridad aérea de más del doble, y disponían de 7000 cañones y 2400 morteros frente a las 6830 piezas de artillería austríacas[185]. Sobre el papel, los austrohúngaros contaban con una gran abundancia de bombas, pero muchas se hallaban todavía de camino por su dilatadísima red ferroviaria cuando empezó la batalla[186]. Parte de los soldados atacantes recibían a diario raciones de menos de cien gramos de carne y algo más de doscientos gramos de un pan casi incomible; un incentivo para ellos, como para sus compañeros alemanes, era sencillamente robar comida. En cambio, el ejército italiano había experimentado una mejoría desigual pero innegable de su moral durante los plácidos meses de primavera, y la propaganda del frente aliado surtió más efecto sobre el ejército

austrohúngaro que el de estos sobre el italiano[187]. Además, los Aliados se enteraron de que el 15 de junio sería la fecha en que comenzaría la ofensiva, gracias al interrogatorio de los desertores y a la interceptación de las conversaciones de los teléfonos de campaña. El asalto comenzó con un bombardeo al estilo Bruchmüller que resultó relativamente poco preciso debido a la falta de aviones y de globos de observación, aparte de ineficaz porque los italianos contaban ahora con excelentes máscaras antigás británicas. A pesar de todo, los austríacos establecieron varias cabezas de puente y lograron cruzar 100 000 hombres al otro lado del Piave, pero la fuerte lluvia y los bombarderos británicos destruyeron sus puentes flotantes —otra prueba de la creciente versatilidad de la aviación— y tras un contraataque de los italianos Boroevic tuvo que replegar a sus hombres a la ribera oriental del río. El ataque de Conrad en los sectores de Asiago y el Grappa fue cortado por los franceses y los británicos, aunque los austríacos lograron repeler un contraataque aliado. Una semana después de que empezara, la batalla terminó con cerca de 150 000 bajas y prisioneros austríacos, y se calcula que las pérdidas italianas fueron unas 80.000[188]. En julio Conrad fue relevado del mando. Un intento a todas luces chapucero de aplicar por segunda vez las nuevas tácticas alemanas en el frente italiano había sido frenado en seco, y durante los siguientes tres meses las enfermedades y las deserciones redujeron el ejército de los Habsburgo en más de un tercio. Hindenburg y Ludendorff estaban desconcertados, al darse cuenta con toda claridad de que aquella sería la última vez que su aliado llevara a cabo una ofensiva[189].

Mientras tanto, el ejército alemán provocó entre los Aliados una última emergencia cuando entre el 27 de mayo y el 4 de junio lanzó un ataque en Champaña. Durante la batalla del Lys, la OHL y los mandos sobre el terreno habían observado que la moral y la efectividad de sus tropas disminuían a pasos

agigantados. Thaer, que se trasladó de Flandes a la OHL en el mes de abril, creía que la infantería estaba «más o menos fuera de combate»; los mejores oficiales y los mejores hombres se habían perdido durante la operación Michael y los supervivientes estaban amargados por el hecho de que no hubiera servido para acabar la guerra[190]. Las tropas estacionadas en el saliente de Amiens se vieron de pronto en unas trincheras improvisadas y sin hombres suficientes[191]. Pero en mayo Thaer encontró a Hindenburg y a Ludendorff todavía confiados y planeando una campaña larga, aunque solo fuera porque lo contrario era impensable; según Ludendorff, los Aliados no hacían ofertas de paz y él no estaba dispuesto a aceptar una «paz a cualquier precio»[192]. Flandes seguía siendo trascendental, y Hindenburg esperaba que apoderándose de la costa todavía pudiera bloquear el canal y utilizar cañones de largo alcance contra la costa del sur de Inglaterra e incluso contra Londres[193]. Pero los franceses apoyaban a los británicos con demasiada fuerza para que Amiens o la costa flamenca resultaran accesibles, y en opinión de Wetzell había llegado la hora de efectuar un ataque sorpresa contra el frente francés, por las repercusiones políticas que pudiera tener y porque atraería a las tropas de reserva antes de un nuevo asalto en Bélgica[194]. A pesar de las enormes bajas sufridas, el ejército alemán seguía bien abastecido de municiones. Había empezado a reincorporar a los prisioneros de guerra liberados en Rusia y a trasladar divisiones del este: unas seis en abril y otras dos en mayo[195]. Después del Lys, Ludendorff se detuvo para descansar, volviendo a adiestrar y a equipar a sus fuerzas, y a refinar las nuevas tácticas. La infantería recibió más ametralladoras ligeras, granadas de fusil y fusiles antitanques para proteger de la aviación a las columnas de aprovisionamiento[196]. A pesar de todo, el ataque del 27 de mayo (cuyo nombre en clave era Blücher) siguió la fórmula básica habitual. El sector elegido fue la cresta de Chemin des

Dames, al norte del río Aisne, entre Reims y Soissons, y la intención original era llevar a cabo una operación breve que tomara la colina y el Aisne antes de detenerse al cabo de veinte kilómetros a lo largo del río Vesle[197]. Tras repeler la ofensiva de Nivelle en 1917, los alemanes habían abandonado Chemin des Dames a raíz del ataque de Pétain durante el mes de octubre en la Malmaison. En aquella ocasión lo eligieron porque si volvían a tomarlo amenazarían París y sabían que la capital estaba mal defendida. Bruchmüller orquestó su cortina de fuego más intensa, concentrando 5263 cañones contra 1422 piezas británicas y francesas, la proporción más favorable de la que habían gozado los alemanes en el Frente Occidental[198]. Lanzaron 2 millones de bombas en poco más de cuatro horas[199] antes de atacar con quince divisiones, seguidas de otras veinticinco: una fuerza inferior a la del 21 de marzo, pero sustancialmente más numerosa que la del primer día de la operación Georgette. Una vez más, atacaron en medio de la niebla y, una vez más, contra unos enemigos que no estaban preparados.

Los alemanes se enfrentaron a dieciséis divisiones aliadas: cuatro francesas y tres británicas en la primera línea, y siete francesas y dos británicas en la reserva[200]. Los británicos, en el sector este, habían sido separados del resto de la BEF y enviados allí a descansar. Los servicios de inteligencia británicos habían previsto un ataque y los mandos sobre el terreno se habían percatado del registro de tiro alemán, pero el comandante general del VI Ejército francés, Duchêne, se negó a pensar que pudiera ser posible una ofensiva. Desatendiendo la directiva de Pétain que ordenaba que se utilizara la primera línea para ralentizar el avance del enemigo, el grueso de los defensores fue concentrado en la segunda, y Duchêne insistió en resistir enérgicamente en la zona de vanguardia, al norte del Aisne, de modo que cuando los alemanes rompieron allí las líneas la

principal zona de batalla de los Aliados se hizo casi indefendible. La doctrina defensiva de Pétain había chocado con el escepticismo de Clemenceau y Foch, que la consideraban demasiado prudente y tal vez fueran reacios a abandonar un territorio francés, y en parte para evitar un encontronazo con ellos Pétain había dado su visto bueno a las disposiciones de Duchêne[201]. En consecuencia, tras el bombardeo de Bruchmüller y el ataque de una infantería veterana, las defensas aliadas se desintegraron la primera mañana.

Los alemanes atravesaron pantanos, escalaron una colina de casi cien metros, y cruzaron el Aisne, que tenía más de sesenta metros de ancho, tomando los puentes intactos y siguieron adelante a través de la segunda posición hasta salir a campo abierto, avanzando más de veinte kilómetros y alcanzando por la tarde la línea que se habían marcado como objetivo. Ni siquiera el 21 de marzo habían conseguido nada parecido. Ludendorff los autorizó a continuar y al final del tercer día habían progresado casi cincuenta kilómetros. Avanzando contra unas tropas británicas agotadas, que habían perdido gran parte de sus piezas pesadas y se habían visto obligadas a resistir con sus fusiles y ametralladoras ligeras, los alemanes tuvieron que combatir relativamente poco, pero llevaron morteros móviles de trinchera, ametralladoras y artillería de campaña a su primera línea tras una cortina de avance de exploradores. En cambio, las divisiones de reserva aliadas que habían frenado el progreso de las operaciones Michael y Georgette, esta vez se encontraban demasiado lejos. Durante la tregua de mayo, Foch había recuperado sus planes de llevar a cabo contraofensivas, a pesar de las objeciones de Pétain y de Haig. Adivinando correctamente las intenciones últimas de Ludendorff, mantuvo a la mayor parte de las reservas aliadas por detrás del ejército británico. No previó la ofensiva de Champaña y al principio la descartó considerándola una finta. El 27 y el 28 de mayo, Pétain

mandó subir a las treinta divisiones que tenía a su mando, pero Foch se negó a liberar las reservas francesas desplegadas en Flandes y Clemenceau, pese a temer que París fuera el verdadero objetivo de los alemanes, vaciló y no quiso presionarlo. El día 29, los alemanes estaban otra vez en el Marne y el 3 de junio París se encontraba a solo noventa kilómetros de distancia por carretera y a poco más de sesenta en línea recta[202].

Los atacantes habían hecho 50 000 prisioneros y habían cortado la línea ferroviaria principal que iba de París a Nancy con menos pérdidas de las sufridas en las ofensivas anteriores. Y como habían calculado, sus acciones habían provocado una pérdida de valentía política. El 3 de junio, el gabinete británico analizó la eventualidad de evacuar a la BEF[203]. Hasta un millón de personas huyeron de París, ciudad que durante 1918 sufrió no solo incursiones aéreas, sino también el ataque de los «cañones de París» de los alemanes, que desde el mes de marzo hasta que los alemanes fueron obligados a replegarse y quedaron fuera de tiro en el mes de agosto llegaron a disparar 283 bombas contra la ciudad desde una distancia de unos 90 kilómetros, matando a 256 personas[204]. A pesar de todo, Clemenceau exculpó a Foch y a Pétain en una Asamblea Nacional nerviosísima y los defendió también de las críticas de sus aliados en la sesión del SWC celebrada en junio. Cuando los alemanes llegaron al Marne, Foch envió más tropas desde Flandes, y las fuerzas francesas estabilizaron la línea del río con la inestimable ayuda de los estadounidenses. En aquellos momentos el avance estaba perdiendo fuelle y, una vez más, los depósitos de alimentos de los Aliados entretuvieron a los invasores. La estrategia de Pétain consistía en defender las colinas que circundan Reims y Soissons a modo de «rompeolas». En vez de suministrar hombres por partes, organizó un anillo de defensa con apoyo de la artillería, siguiendo una línea de barreras naturales desde el bosque de Villers-Cotterêts hasta el Marne y

Reims[205]. El 2 de junio, veinticinco divisiones francesas y dos norteamericanas contraatacaron, consiguiendo los estadounidenses repeler a los alemanes en una célebre acción en el bosque de Belleau[206]. El avance fue frenado.

Hindenburg y Ludendorff reconocieron posteriormente que habían dejado que el avance se prolongara demasiado tiempo[207]. Mientras que en marzo Ludendorff había vacilado y no se había atrevido a reforzar el éxito de Hutier, esta vez envió una serie de unidades extra y en vez de contentarse con un saliente poco profundo en el Vesle metió a sus hombres en una bolsa de casi ochenta kilómetros de profundidad, servida por una sola línea ferroviaria cerca del extremo occidental y vulnerable por ambos flancos. Pero se mostró reacio a abandonarla y una operación cuya finalidad era desviar la atención de las tropas francesas destacadas en Flandes acabó distrayendo a los alemanes y apartándolos del que Ludendorff seguía considerando el campo de batalla fundamental. De mayo a julio, Champaña y los accesos a París por el norte siguieron siendo el foco de atención de los combates, mientras que el margen de superioridad de los alemanes iba disminuyendo. Ludendorff sabía que las fuerzas estadounidenses estaban llegando a Europa más deprisa de lo que él había considerado que fuera posible; entre abril y junio llegaron el equivalente a quince divisiones[208]. Durante el mes de junio, casi medio millón de soldados alemanes contrajeron la gripe, y esa no fue más que la primera de las dos grandes oleadas de gripe española de 1918. Los dos bandos la sufrieron, pero a los alemanes, peor alimentados, les afectó primero y más severamente. Atrapada en el nuevo saliente, la OHL se vio obligada a posponer la reanudación de la ofensiva de Flandes que tenía planeada (cuyo nombre en clave era Hagen) e intentó reiniciar la amenaza contra París y ampliar el saliente atacando cerca del extremo noroeste. El resultado de todo ello fue la cuarta ofensiva mazazo

que tuvo lugar del 9 al 11 de junio y que fue bautizada Gneisenau por los alemanes y batalla del Matz por los franceses.

La acción del Matz se produjo con tanta rapidez después de la operación anterior que las tropas tuvieron que marchar otra vez a plena luz del día y los aviadores franceses pudieron detectar los preparativos. Georges Painvin, un decodificador de claves que trabajaba para el GQG, descifró una llamada por radio de los alemanes en la que se pedía que se acelerara el suministro de municiones al XVIII Ejército, lo que permitió a los franceses localizar el sector de ataque. Algunos desertores informaron de que la fecha prevista para la operación era el 7 de junio, aunque en realidad fue aplazada dos días[209]. Esta vez los alemanes no se beneficiarían del efecto sorpresa. Foch hizo venir a las divisiones francesas del sector británico y consiguió que le mandaran otras cinco estadounidenses que recibían adiestramiento de la BEF. Haig aún temía por Flandes y se negó a enviar divisiones británicas, apelando a su gobierno para que lo respaldara, pero redesplegó sus fuerzas de tal forma que permitió a Pétain acumular reservas. El II Ejército francés había preparado —aunque de forma incompleta— una defensa en profundidad, y los Aliados iniciaron un contrabombardeo quince minutos antes de que se produjera el ataque alemán[210]. En vez de ser precedido por otra cortina de fuego al estilo Bruchmüller, lanzado una vez más en medio de la niebla, el asalto alemán se llevó a cabo solo con nueve divisiones incompletas, mientras que los defensores contaban con siete en la primera línea, cinco en la segunda, y tenían a mano otras siete en las inmediaciones. No se produjo la desbandada, y los alemanes vieron cómo les cortaban el paso al cabo de unos diez kilómetros. El 11 de junio, las tropas francesas al mando del general Charles Mangin contraatacaron por tres lados y Ludendorff, sorprendido, puso fin a la operación. Las bajas alemanas fueron 25 000 y las francesas 40 000.

La del Matz fue una batalla limitada; Ludendorff mostró un mayor afán que en otras ocasiones anteriores por reducir pérdidas y Foch y Pétain detuvieron la contraofensiva el 15 de junio para ahorrar hombres. Aun así, tuvo una importancia comparable a la del Marne en 1914 (o la de Stalingrado y Alam el Halfa en 1942) por cuanto se frenó la que parecía una técnica ofensiva irresistible utilizando unos servicios de inteligencia superiores, unos refuerzos a tiempo bajo la égida de un general supremo aliado, y una táctica defensiva adecuada. Ludendorff no había sabido reducir la vulnerabilidad del saliente de Champaña, y su dilema estratégico siguió sin resolver. No podía ni abandonarlo ni retenerlo, y lo mismo ocurría con sus ganancias en el norte. Durante la primavera y el verano, los alemanes conquistaron diez veces más territorios que los Aliados en 1917 y habían aumentado la longitud del frente entre Verdún y la costa belga de 390 a 510 kilómetros[211]. Pero sufrieron casi un millón de bajas, y aunque las pérdidas de británicos y franceses fueron también enormes, los Aliados pudieron contar con refuerzos estadounidenses. Tras la ofensiva de marzo, los Aliados abrieron las compuertas, y entre mayo y octubre desembarcaron más de 200 000 estadounidenses al mes. El total del personal estadounidense desplegado en Francia pasó de los 284 000 del 30 de marzo a los 1.027 000 del 20 de julio y a los 1.872 000 del 2 de noviembre[212]. Los nuevos salientes alemanes amenazaban los nudos de comunicación de los Aliados y la propia París, pero no podían extenderse más. A mediados de junio de 1918 concluyó la serie de éxitos militares y políticos de las Potencias Centrales que habían comenzado el otoño anterior. Como muchos de esos éxitos se habían basado en una superioridad táctica más que en una superioridad de recursos, una vez que se perdiera dicha superioridad el equilibrio cambiaría por completo de bando y entrarían plenamente en juego las ventajas que tenían los Aliados frente a un enemigo

debilitado en gran medida por su triunfo. Había llegado la hora de que los Aliados volvieran a tomar la iniciativa.

16

Cambio de tornas, verano-otoño de 1918

En el verano de 1918 terminó la larga sucesión de derrotas aliadas y de acciones dilatorias. Como las Potencias Centrales en 1917, los Aliados empezaron a recuperarse con contraataques: el 11 de junio en el Matz y el 18 de julio en el Marne. Pero siguieron lanzando ofensivas, la primera el 8 de agosto al este de Amiens para luego emprender una serie de operaciones durante ese mes y septiembre, incluida, en el saliente de Saint-Mihiel, la primera gran acción del ejército estadounidense. Al final, el 26-28 de septiembre lanzaron unos ataques combinados a lo largo de un amplio sector del Frente Occidental, desde Flandes hasta Argonne, operación que ya había sido efectuada en septiembre de 1915 y en abril de 1917, pero que entonces se repitió a una escala mayor y con mucho más éxito. Otras ofensivas emprendidas en Macedonia y en Palestina el 15 y el 19 de septiembre respectivamente supusieron una derrota aplastante para búlgaros y turcos, y en octubre los austríacos fueron vencidos en Italia. En el mar los U-Boote probaron su propia medicina, y en el aire los Aliados consolidaron su superioridad en todos los escenarios de la guerra. Este cambio de la situación fue repentino. Si en junio Rusia se daba por perdida, París estaba en peligro y muchos líderes aliados temían una derrota inminente, a finales de septiembre eran sus enemigos los que se hundían: primero Bulgaria y luego otras Potencias Centrales solicitaron un alto el fuego. Lo más parecido a esta sucesión de

acontecimientos había tenido lugar durante las ofensivas coordinadas del verano de 1916, pero el esfuerzo exigido por tamaña empresa había dejado hundidos a los Aliados en una crisis que duró meses. Esta vez, en cambio, las Potencias Centrales se vinieron abajo sin más. Su caída fue debida en parte a su excesiva extensión territorial. Pero también fue una confirmación de la efectividad cada vez mayor de los Aliados, que había venido desarrollándose desde el período intermedio de la guerra, aunque se había visto ensombrecida durante los largos meses de ataques constantes por parte de Ludendorff. Para estudiar todos estos acontecimientos, y antes de considerar qué se ocultaba detrás de la sorprendente recuperación de los Aliados, conviene empezar por el análisis del Frente Occidental, que en aquellos momentos ya se había convertido más claramente que nunca en el teatro decisivo de la guerra.

En el capítulo anterior hemos llegado al desenlace del cuarto ataque lanzado por Ludendorff. Este tuvo lugar alrededor de un mes antes de su siguiente ofensiva, emprendida el 15 de julio, y por aquel entonces el equilibrio numérico se había vuelto en su contra. Pero parecía que mientras tanto las cosas seguían igual para los alemanes. En la reunión del Consejo de la Corona celebrada en Spa el 2 de julio, solo cuatro meses antes de su derrota, Hindenburg, Ludendorff y Hertling acordaron poner en marcha un nuevo programa secreto de objetivos de guerra en Europa occidental similares a los de 1917, y rechazaron una «solución austríaca» para Polonia, optando por la preferida de la OHL, la «solución del candidato»: Polonia elegiría a su soberano, pero Alemania controlaría el ejército y la red ferroviaria y se anexionaría una extensa zona fronteriza[1]. A la cita de Spa no había acudido la *bête noire* de la OHL, el ministro de Asuntos Exteriores Kühlmann, que había aumentado la desconfianza que suscitaba entre el Alto Mando alemán cuando, en el curso de una conferencia celebrada en La

Haya a comienzos de junio para discutir sobre un intercambio de prisioneros de guerra, autorizó a su representante a firmar ante los británicos que Alemania aceptaría una paz en el oeste manteniendo el *statu quo*. Esta iniciativa, que no condujo a nada, chocaba con la firme determinación de Ludendorff de seguir ejerciendo el control político y económico de Bélgica[2], pero la ruptura definitiva se produjo el 24 de junio cuando Kühlmann dijo ante el Reichstag que el problema de la guerra no podía solucionarse exclusivamente por la vía militar. Los líderes del Partido Conservador y del Partido Liberal Nacional condenaron sus palabras, considerándolas un signo de debilidad, y Hindenburg y Ludendorff aprovecharon la ocasión para decirle seriamente al káiser Guillermo II que si no se iba el ministro, se irían ellos. Ganaron la partida. Kühlmann fue sustituido por Paul Hintze, que no era diplomático de carrera, sino un oficial naval duro y austero. Hindenburg confiaba en que él resolviera todos los problemas del Ministerio de Asuntos Exteriores[3], y Ludendorff le garantizó que el siguiente ataque sería decisivo.

La OHL consiguió que prevalecieran sus objetivos de guerra, pero su estrategia recibía cada vez más críticas. Tras el episodio del Matz, la mayoría de los comandantes del ejército quisieron esperar antes de lanzar una nueva ofensiva. Sin embargo, Ludendorff se negó a volver a tomar una postura defensiva, la cual, en su opinión, solo serviría para fomentar el desánimo entre los aliados de Alemania y para aumentar la tensión a la que se veían sometidas sus tropas. De modo que organizó otro gran ataque, esta vez en la punta del saliente de Champagne creado en mayo, con el que pretendía provocar la retirada de las divisiones aliadas mediante el establecimiento de cabezas de puente en el Marne, amenazar a la capital francesa e interrumpir la línea ferroviaria París-Nancy. Al cabo de dos semanas (una espera que pone de manifiesto una confianza

considerable en su flexibilidad logística), el segundo ataque en Flandes contra los británicos, largamente pospuesto, obligaría al final a los Aliados a ceder terreno[4]. Por otro lado, tras la batalla del Matz Foch había llegado a la conclusión de que para responder a la táctica alemana había que mejorar los servicios de inteligencia (para evitar el efecto sorpresa), disponer de las fuerzas adecuadas en primera y segunda línea y contar con las reservas necesarias para conservar los dos flancos de cualquier bolsa que se formara y poder contraatacar lo antes posible[5]. En junio su problema fue la falta de información. Pensó que el siguiente ataque se produciría en el sector británico, y solicitó a Pétain el traslado de artillería a Flandes, pero ante la reticencia de este apeló a su gobierno, aunque Clemenceau se negó a respaldarlo[6]. Foch se avino, sin embargo, a llamar a las fuerzas francesas enviadas al norte a cambio de que Pétain devolviera cuatro divisiones británicas a Haig. Además, le pidió a Pétain que organizara una contraofensiva para tomar una meseta situada al oeste de Soissons, que permitiría a los Aliados bombardear la principal arteria de comunicación con la bolsa de Champagne. Estas medidas ganaron relevancia cuando a comienzos de julio resultó evidente que el siguiente ataque (que la OHL apenas se molestó en ocultar) iba a tener lugar en el Marne, pero que los alemanes también estaban preparando una ofensiva contra el sector británico. De ahí que, como anteriormente en la batalla del Matz, los Aliados tuvieran tiempo de hacer llegar la artillería, la aviación y la infantería. Pétain acumuló treinta y cinco divisiones francesas de reserva; además, entre abril y julio el número de cazas del ejército francés pasó de 797 a 1070, y se recibieron más de 500 tanques ligeros Renault[7]. Por todo ello, los franceses planearon recibir frontalmente el ataque de los alemanes y golpear su flanco: los preparativos para la segunda batalla del Marne recordaban los de la primera, librada cuatro años antes.

Cuando el 15 de julio empezó el *Friedenssturm* (o «ataque por la paz») de Ludendorff, los franceses sorprendieron de nuevo a los alemanes con un contrabombardeo. La envergadura de la ofensiva alemana fue mucho mayor que en el Matz, pues participaron en ella cincuenta y dos divisiones en vez de treinta y cuatro. Sin embargo, al este de Reims, donde el comandante local, Gouraud, siguiendo las instrucciones de Pétain, había colocado un denso entramado de posiciones defensivas, incluso un asalto a semejante escala fue repelido el primer día: la artillería francesa disparó 4 millones de bombas de 75 mm durante el enfrentamiento y destruyó todos los tanques (un total de veinte que habían sido capturados a los Aliados) utilizados como apoyo por los alemanes. Pero al oeste de Reims, donde había un número excesivo de tropas francesas concentradas en posiciones avanzadas, los alemanes lograron cruzar el Marne. Pétain recurrió a todos los efectivos a su disposición, y el 17 de julio ya los tenía colocados a lo largo del río, pero quiso cancelar o posponer la contraofensiva planeada. Foch, sin embargo, insistió en lanzarla. Así pues, el 18 de julio Mangin volvió a atacar con dieciocho divisiones (incluidas la 1.ª y la 2.ª División estadounidenses) que habían ido avanzando en secreto y permanecían ocultas en el bosque de Villers-Cotterêts. No se llevó a cabo un reconocimiento previo del terreno, y las tropas se abrieron paso a través de los trigales precedidas por una cortina de fuego y con más de 300 carros de combate, en esta ocasión del modelo ligero Renault, que acabarían siendo muy superiores a los Saint-Chamond que habían fracasado a las órdenes de Nivelle[8]. Los alemanes tenían una débil línea defensiva, y se vieron abrumados por la potencia de fuego y el número de efectivos de los Aliados. Aquella acción los cogió por sorpresa, pues Ludendorff ya había comenzado a retirar piezas de artillería para emprender su ataque en Flandes. Para empezar, los alemanes apenas opusieron resistencia, y los estadounidenses

avanzaron casi diez kilómetros. A continuación, como los tanques sufrieron problemas y las ametralladoras consiguieron retrasar la llegada de las fuerzas de Mangin, Ludendorff suspendió el traslado de tropas a Flandes y sus comandantes organizaron una retirada en combate.

Cuando la batalla finalizó el 4 de agosto, los Aliados habían hecho unos 30 000 prisioneros, habían capturado más de 600 piezas de artillería y restablecido la línea ferroviaria transversal entre París y Châlons-sur-Marne, aunque sus bajas ascendían a 160 000 frente a las 110 000 de los alemanes[9]. No solo habían detenido una ofensiva lanzada con todas las fuerzas por orden de la OHL, sino que habían tomado la iniciativa contraatacando. París ya no se veía tan amenazada, y el dilema de Ludendorff en lo concerniente al saliente de Champagne quedó resuelto cuando sus tropas fueron expulsadas de la zona, dejando atrás buena parte del equipamiento. De hecho, Ludendorff vivió con perplejidad el contraataque en Villers-Cotterêts, reaccionando el 18 de julio con un duro enfrentamiento en público con Hindenburg. Según sus subordinados, estaba nervioso y agitado, y perdió el dominio de sí mismo, culpabilizando a todos los que lo rodeaban, absorto en los detalles e incapaz de tomar grandes decisiones. Lossberg, el artífice de los éxitos defensivos conseguidos por Alemania entre septiembre de 1915 y las batallas del Somme y Passchendaele, quería que las tropas se retiraran a la Línea Hindenburg para preparar una segunda línea de defensa desde Amberes hasta el Mosa, pero Ludendorff rechazó la idea, que calificó de negativa desde el punto de vista político, pues, en su opinión, resultaría desmoralizante para el ejército y la opinión pública y daría ánimos al enemigo. A pesar de haber sido abandonado el saliente de Champagne, se negó a emprender una retirada más general, aunque el 22 de julio se vio obligado a cancelar la ofensiva de Flandes, pues las tropas destinadas a esta misión tuvieron que ser utilizadas para reforzar

el resto del frente[10]. El 2 de agosto ordenó a sus comandantes que adoptaran una posición defensiva estratégica; y aunque esperaba atacar pronto de nuevo, no pudo hacerlo[11]. Nunca logró recuperarse plenamente de la crisis nerviosa que sufría, pues al cabo de dos meses volvió a manifestar los síntomas con consecuencias desastrosas. En aquellos momentos los Aliados no solo contaban con la ventaja que les daba la mayor eficacia de los servicios de inteligencia, sino también con la que les proporcionaba la superioridad de su artillería, de sus tanques y de su aviación, además de disponer de los refuerzos estadounidenses, y por fin estaban en posición de obtener importantes ganancias territoriales.

El 24 de julio, Foch se reunió en su cuartel general con Haig, Pétain y Pershing. Les dio a leer un informe (en gran medida, obra del jefe de su Estado Mayor, Maxime Weygand) que demostraba una notable clarividencia. En él decía que los Aliados habían llegado al «punto de inflexión»; en aquellos momentos llevaban una ventaja que debían conservar. En primer lugar, esto significaría una rápida sucesión de ataques limitados para despejar las líneas ferroviarias transversales que desde París se dirigían por el este hacia Avricourt y por el norte hacia Amiens, así como la compresión del saliente de Saint-Mihiel en Lorena; otras operaciones estaban concebidas para expulsar a los alemanes de los puertos del canal de la Mancha y avanzar hacia las regiones mineras de Briey (hierro) y el Sarre (carbón). Las diferencias con la estrategia del Somme y con el anterior planteamiento de Foch eran evidentes: los Aliados debían lanzar ataques sorpresa contra unos objetivos muy concretos, y suspenderlos antes de que el enemigo recibiera refuerzos y se produjera un elevado número de bajas, aunque el éxito en esta fase inicial permitiría emprender luego operaciones más ambiciosas. Foch había moderado su preferencia doctrinal por la ofensiva en un momento en el que por fin las realidades

empezaban a justificarla[12]. No esperaba alcanzar la victoria al menos hasta 1919, pero pensaba que cuanto antes se produjera esta, mejor situada estaría Francia para beneficiarse de ella, por lo que tenía mucha prisa; demasiada según los mandos nacionales, que consideraron el informe del 24 de julio excesivamente aventurero, pero no lograron imponer su parecer[13]. De hecho, aunque Pétain dudaba de la capacidad del ejército francés de lanzar más ofensivas, Haig acababa de presentar una propuesta para la que sería la batalla de Amiens del 8-12 de agosto. Del mismo modo que las operaciones emprendidas en el Marne entre el 18 de julio y el 4 de agosto habían permitido despejar la línea ferroviaria París-Avricourt, esta nueva batalla serviría para despejar la que unía París con Amiens, y en el proceso acabaría con las últimas esperanzas de Ludendorff de alzarse con la victoria.

La operación Michael había creado un saliente alemán peligrosamente cerca de la red ferroviaria que conectaba París con los puertos del canal de la Mancha y que constituía una de las principales líneas transversales situadas detrás del frente británico. Los alemanes habían intensificado la amenaza sobre el empalme ferroviario de Amiens cuando un ataque complementario en abril provocó la caída de Villers-Bretonneux, y se encontraron a apenas seis kilómetros del frente[14]. Sin embargo, diversas incursiones y los informes de los servicios de inteligencia habían revelado que el II Ejército alemán de Marwitz estaba bajo mínimos y sus defensas se veían fragmentadas. Haig le pidió a Rawlinson, el comandante en el Somme que en aquellos momentos había asumido el mando del IV Ejército (sucesor del malogrado V Ejército de Gough), que comenzara la planificación. Cuando Rawlinson presentó sus propuestas el 17 de julio, Haig insistió, como en 1916, en un objetivo más ambicioso (un avance de cuarenta y cinco kilómetros en vez de doce), y, de nuevo como en 1916, Foch

consiguió un acuerdo para lanzar un ataque paralelo francés antes de dar su aprobación al proyecto[15]. Pero el proyecto no tenía prácticamente más analogías con la batalla de 1916. Rawlinson y el comandante australiano, *sir* John Monash, habían aprendido mucho de la contraofensiva francesa lanzada en Villers-Cotterêts el 18 de julio y también habían bebido de la tradición británica de innovaciones tácticas que habían conducido a la batalla de Cambrai y a la batalla de Hamel el 4 de julio de 1918. Esta última había sido librada contra un sector débil de los alemanes situado al sur del Somme y había concluido en apenas dos horas de combate, cumpliéndose todos los objetivos previstos y produciéndose solo 1000 bajas aliadas frente al doble de esta cifra en el bando alemán, la mitad de ellas prisioneros. Como la de Cambrai, había comenzado con un ataque sorpresa por parte de unos 600 cañones, las bombas de gas habían silenciado a la artillería alemana, y una cortina de fuego había protegido el avance de las infanterías canadiense y australiana (perfectamente armadas con ametralladoras Lewis y equipadas con fusiles para el lanzamiento de granadas contra los nidos de ametralladoras) y el de sesenta tanques Mark V, que eran relativamente más veloces y fiables que sus predecesores y estaban, además, mejor blindados. Una cortina de fuego y humo más allá de la zona de ataque había creado una barrera que impedía cualquier reacción ofensiva del enemigo. La batalla de Hamel sirvió para convencer a Monash, un comandante cauteloso que creía en la necesidad de velar por la integridad de sus hombres, del valor de los tanques como apoyo de la infantería. Por otro lado, Hamel constituyó un laboratorio de ideas que volverían a ponerse en práctica, pero a una escala mucho mayor, en el ataque a Amiens[16].

La batalla de Amiens fue una operación espectacular de tanques en masa, de mayor envergadura incluso que la puesta en marcha en Cambrai y la más imponente durante la guerra.

Swinton y los creadores intelectuales de la nueva arma habían pretendido siempre que esta fuera utilizada de ese modo, y Rawlinson estaba convencido de la necesidad de emplear toda la flota del cuerpo de tanques, formada por 552 carros de combate, entre los que figuraban no solo los Mark V, sino también los del nuevo modelo ligero Whippet (capaces de alcanzar una velocidad de más de trece kilómetros por hora) y otros vehículos blindados. Como en Hamel, fueron trasladados en secreto a la zona, acompañados de aviones que los sobrevolaban para disimular el ruido de los motores. Con una superioridad de cuatro aparatos a uno en el cielo local (muchos aviones alemanes seguían en Champagne), los pilotos británicos y franceses pudieron evitar la presencia enemiga en el aire y asegurar el efecto sorpresa, además de cubrir el avance por tierra. No obstante, la fuerza de los Aliados se basó fundamentalmente en un mejor uso de las armas tradicionales. Al igual que Bruchmüller, la artillería británica se fijaba ahora el objetivo de «neutralizar» al enemigo y mantenerlo a raya en lugar de destruir sus defensas. Los británicos contaban con muchos más cañones pesados que en 1916, sus disparos eran más precisos y disponían de más municiones de las necesarias. Mientras la artillería pesada silenciaba las baterías enemigas con fosgeno y bombas detonantes, los cañones de campaña se encargaban de proteger a la infantería con una cortina de fuego. Diez divisiones atacarían a lo largo de un sector del frente de una anchura similar a la del 1 de julio de 1916, pero las divisiones se habían reducido tanto desde entonces que probablemente la fuerza de asalto contara con un total de 50 000 efectivos en vez de 100.000. Sin embargo, la escasez de hombres se veía compensada por una mayor potencia de fuego, pues cada batallón disponía de treinta ametralladoras Lewis en lugar de cuatro, de ocho morteros de trinchera en vez de uno o dos y de dieciséis fusiles para el lanzamiento de granadas[17]. Se enfrentaban a unas unidades

alemanas deprimidas y sin ánimos que acababan de llegar al frente, conocían muy mal sus posiciones y estaban en una inferioridad numérica de dos a uno.

Cuando se inició el ataque a las 4.20 horas del 8 de agosto, sin bombardeos preliminares, a través de un terreno árido y en medio de una espesa neblina, los resultados fueron incluso más espectaculares que los logrados en la contraofensiva francesa de julio. A media tarde los Aliados habían avanzado hasta trece kilómetros tras haber sufrido unas 9000 pérdidas, pero después de haber causado el triple al enemigo y de haber capturado 12 000 prisioneros y más de 400 piezas de artillería. Incluso al otro lado de la cortina de fuego, los atacantes pudieron seguir con el avance, silenciando las ametralladoras enemigas con la ayuda de los tanques, pero en el curso del día muchos de ellos quedaron inutilizados por culpa de una avería o por el fuego de la artillería. El 9 de agosto, aunque los canadienses avanzaron unos seis kilómetros más, se vieron obligados a operar con muchos menos tanques, y los cañones pesados no pudieron ser trasladados para que proporcionaran fuego de contrabatería. Los alemanes, por su parte, reforzaron la aviación y los efectivos de tierra. Tan importante como el ataque fue, sin embargo, su suspensión, pues el 11 de agosto Rawlinson, consciente como Monash y el comandante canadiense Currie de las dificultades cada vez mayores a las que se enfrentaban, ordenó detener el avance. Foch quería reanudar el asalto en pocos días, pero Currie convenció a Rawlinson de que protestara, y Haig rechazó la propuesta de Foch. Los Aliados ya no se dedicarían a bombardear constantemente un mismo sector hasta comprobar que la respuesta del adversario perdía intensidad. El secreto del éxito residió no solo en la nueva tecnología y la buena organización, sino también en saber detenerse cuando las cosas iban bien antes de empezar de nuevo en otro lugar. El despliegue de medios de transporte y material supuso un ahorro

en vidas[18].

La batalla de Amiens acabó con seis divisiones alemanas y puso a salvo la ciudad y la línea ferroviaria. Las bajas británicas y francesas ascendieron a 22 000 por cada lado; las alemanas a 75 000, de las cuales 50 000 fueron prisioneros[19]. Pero esta acción fue más corta y de menor envergadura que la segunda batalla del Marne, y buena parte de su importancia radica en el impacto que tuvo en la OHL. La historia oficial del ejército alemán la consideró la peor derrota desde el estallido de la guerra; en un pasaje de sus memorias citado en repetidas ocasiones, Ludendorff diría que los días posteriores al 8 de agosto fueron los peores que vivió hasta la caída final[20]. Lo pillaron desprevenido, así como a sus hombres, y quedó conmocionado ante la evidencia de la rendición en masa de sus efectivos. Algunos sectores del ejército resistieron con la tenacidad habitual, pero como el resto ya no tenían la voluntad de seguir, la partida se había acabado[21]. Tras abandonar toda esperanza de poder recuperar la iniciativa, el 13 de agosto Ludendorff le dijo a Hindenburg que lo único que se podía hacer era seguir una estrategia defensiva con ataques ocasionales limitados para desgastar a los Aliados y poco a poco obligarlos a entablar negociaciones.

Esto no significaba, sin embargo, que la OHL hubiera descartado un resultado favorable, o al menos de empate. Hindenburg y Ludendorff manifestaron su pesimismo a los subordinados de su Estado Mayor, y no a Hertling o al káiser Guillermo, por lo que fueron pocas las consecuencias que tuvo lo ocurrido en la política alemana en general. Ludendorff comunicó al emperador que la guerra se había convertido en un juego de azar inaceptable y había que ponerle fin, pero en el transcurso de otra cumbre celebrada en Spa el 13/14 de agosto se decidió simplemente volver a sondear las posibilidades de alcanzar una paz tras la «siguiente […] victoria en el oeste»[22].

Los alemanes todavía no estaban preparados para renunciar a Bélgica, y Ludendorff seguía negándose a recomendar una retirada a la Línea Hindenburg y preveía una tenaz defensa metro a metro. Pero las últimas batallas habían puesto de manifiesto que esta manera de enfocar las cosas ya no era sostenible. Con su apuesta por la opción ofensiva, Ludendorff había sacrificado la defensiva, como en aquellos momentos quedaba perfectamente patente.

La siguiente fase fue la de los avances graduales de los Aliados hasta mediados de septiembre, que obligaron a los alemanes a abandonar el resto del territorio que ocupaban desde marzo. En 1916 tales logros habrían parecido verdaderas hazañas militares. Pero en aquellos momentos la reconquista de ciudades históricas y la destrucción de complejos fortificados constituían hechos habituales que ocurrían todas las semanas. El temor de Foch —una posibilidad que quería prevenir manteniéndose en contacto con los alemanes— era que el enemigo se retirara a un frente menos extenso, recuperando la densidad de tropas necesaria para resistir hasta el invierno y volviendo a organizar unidades de reserva con las que contraatacar[23]. En vista de la negativa de Haig a persistir en Amiens, Foch decidió autorizar una serie de operaciones británicas más al norte. El 21 de agosto, el III Ejército de Byng inició la batalla de Albert: una operación de menor envergadura que la del 8 de agosto, con solo un tercio de sus tanques. Al cabo de dos días, el IV Ejército atacó por los dos márgenes del Somme, destruyendo las viejas fortificaciones alemanas de 1916 y obligando al enemigo a retirarse a la llamada Línea de Invierno, que Ludendorff había programado conservar durante el resto del año. El día 26, el I Ejército y los canadienses lanzaron un nuevo ataque más al norte, y la Línea de Invierno fue rebasada. El 2 de septiembre, los canadienses acabaron con uno de los principales sistemas defensivos de los alemanes, la

Línea Drocourt-Quéant, y la OHL ordenó a regañadientes la retirada a la Línea Hindenburg, la última posición importante que estaba preparada para resistir[24]. Aunque fueron los británicos los que tomaron la iniciativa durante el mes de agosto, los franceses lanzaron un ataque en el sur del Somme, en dirección al Oise, y Mangin reanudó el avance hacia el Aisne que había sido suspendido el 4 de agosto. También en Champagne los alemanes perdieron lo que habían ganado en 1918, retirándose a las colinas que desde 1914 habían utilizado para desafiar cualquier intento de echarlos de la zona. De hecho, en el este tuvieron que retirarse más atrás debido a la derrota sufrida en la batalla de Saint-Mihiel, la primera operación de envergadura en gran medida planificada y ejecutada por el recién creado I Ejército de Estados Unidos. El saliente de Saint-Mihiel era un triángulo de más de 300 kilómetros cuadrados poblados de bosques, en el que los alemanes ocupaban los terrenos elevados. Tras el fracaso de un ataque francés en 1915, este territorio se había mantenido en calma. Desde un primer momento, Foch lo había marcado como un objetivo, al igual que Pershing, que consideraba que, al otro lado del saliente, la llanura de Woëvre constituía un terreno idóneo para la guerra de maniobras que tenía en mente con el fin de amenazar la principal línea ferroviaria lateral de los alemanes y el carbón y el acero del norte de Lorena. A finales de agosto, sin embargo, Foch pidió a los estadounidenses que se concentraran en el sector Mosa-Argonne. La operación de Saint-Mihiel podía ponerse en marcha, pero solo como acción preliminar para eliminar el saliente. Como tal, comenzó sin contratiempos y con una extraordinaria dotación de fuerzas. El lado sur del saliente fue asaltado a las cinco de la mañana del 12 de septiembre (tras un bombardeo de cuatro horas por parte de unos 3000 cañones), y el lado oeste tres horas después. Pershing disponía de 550 000 efectivos estadounidenses y 110 000 franceses, de

1500 aparatos aéreos y de 267 tanques ligeros franceses. La fuerza alemana, mucho más reducida, había descuidado sus defensas y ya había empezado el traslado de la artillería pesada. Opuso poca resistencia. Después de la primera mañana, los alemanes ordenaron la evacuación, y la mayoría de las tropas escaparon, no sin antes perder a 17 000 hombres (muchos de los cuales fueron hechos prisioneros) y 450 cañones, frente a las 7000 bajas solo en el bando estadounidense[25]. No obstante, cuando el saliente fue eliminado el ataque se dio por concluido, lo que probablemente fuera un verdadero error por parte de Foch, aunque de importancia relativa en esta fase de la guerra.

El éxito rápido e inesperado de las ofensivas limitadas animó a Foch a intentar un ataque combinado en el oeste por primera vez desde abril de 1917. Su objetivo era en aquellos momentos «romper»: abrir una brecha en la última línea defensiva alemana y penetrar en campo abierto, dejando aislado el saliente de Noyon para avanzar hacia la línea troncal ferroviaria que unía Cambrai, Saint Quentin, Mézières y Sedán[26]. Parece que, al principio, Foch (como Pershing) había concebido el foco de la operación como un avance rápido hacia el nordeste por Saint-Mihiel y la Woëvre en dirección a la línea de ferrocarril y la frontera alemana. Haig, por su parte, propuso el 27 de agosto un avance más concéntrico, en el que las fuerzas convergieran, y no divergieran (y, por lo tanto, se apoyaran mejor unas a otras), y ganó la partida al francés. Con mayor claridad que Foch, Haig preveía que la guerra podía acabar aquel otoño, aunque tal vez esta visión fuera simplemente fruto de su habitual optimismo y en Londres prácticamente nadie compartiera su opinión. El 31 de agosto, Henry Wilson le advirtió de que el gabinete se pondría «muy nervioso» si provocaba un gran número de pérdidas en vano en el curso de una acción contra la Línea Hindenburg[27], o, como dijo menos finamente Milner, si Haig «pulverizaba» el ejército británico, que no esperara otro. No

obstante, Rawlinson le comentó a Haig que la Línea Hindenburg podía ser penetrada, y el 3 de septiembre una directiva de Foch anunció el lanzamiento de un ataque general a finales de ese mes. Lo que se materializó, tras sucesivas consultas, fue una ofensiva encabezada por los estadounidenses en el sector Mosa-Argonne el 26 de septiembre, un ataque del I y el III Ejército británico en dirección a Cambrai el 27, otro por parte de los belgas y los británicos en Flandes el 28, y una ofensiva del IV Ejército británico, con apoyo de los estadounidenses y los franceses, en dirección a Busigny el 29[28]. En aquellos momentos los Aliados disponían de 217 divisiones frente a 197 de los alemanes[29], aunque, según cálculos de los Aliados, menos de cincuenta de estas últimas estaban perfectamente preparadas para entrar en acción[30]. En conjunto, la ofensiva general daría lugar a la batalla más grande y decisiva de la guerra.

Las diversas fuerzas participantes corrieron distinta suerte. Por ejemplo, para ser más concretos, un reducido contingente alemán logró paralizar la operación en el sector Mosa-Argonne. Las razones debemos buscarlas en el cambio de planes de Foch a instancias de Haig. Pershing reconoció la solidez que tenía en principio un ataque convergente en dirección a Mézières en vez de uno divergente en dirección a Metz, y estaba dispuesto a emprenderlo si su ejército conservaba la autonomía y no quedaba sometido a órdenes francesas. Por otro lado, los miembros del Estado Mayor de Foch probablemente habrían favorecido el cambio de planes para poder controlar mejor a los estadounidenses. Ofrecieron a Pershing la posibilidad de cancelar la operación de Saint-Mihiel, pero siguió adelante con ella para proteger su flanco y para levantar más la moral de sus hombres. También le permitieron elegir entre atacar por el oeste o por el este de Argonne, y escogió esta última opción porque facilitaría el aprovisionamiento de sus tropas, aunque el terreno

fuera más árido. Como campo de batalla, el sector Mosa-Argonne era en realidad mucho más formidable que la llanura de Woëvre, situada al otro lado del saliente de Saint-Mihiel. Los estadounidenses avanzarían entre el Mosa (imposible de vadear) y las boscosas colinas de Argonne, a través de un territorio desigual de espesuras y barrancos. Los alemanes podían enfilarlos con artillería por los dos flancos, y habían construido profundas líneas defensivas a lo largo del camino, especialmente la Kriemhilde Stellung (un sector de la Línea Hindenburg), sobre una cresta situada a poco más de quince kilómetros del punto de arranque. Pershing contaba con tomar esta posición el segundo día, antes de que los alemanes pudieran reforzarla. Pero el cambio repentino de planes hizo que el jefe del Estado Mayor del I Ejército, George C. Marshall, tuviera muy poco tiempo para prepararse, y quedó patente que empezar el ataque apenas dos semanas después de lo de Saint-Mihiel era pretender demasiado. Solo tres carreteras llenas de baches recorrían los cien kilómetros que separaban los dos campos de batalla, por las que tuvieron que transitar más de 400 000 hombres, que avanzaron siempre de noche, rodeados por el siniestro escenario que había sido testigo de las matanzas de Verdún. Además, y para ahorrar tiempo, participarían en la acción muchos soldados poco preparados y completamente inexpertos. Pershing esperaba imponerse gracias a su superioridad numérica, que el primer día fue casi de ocho a uno; sin embargo, aunque disponía de 600 000 efectivos, estos tenían menos tanques que en Saint-Mihiel y la mitad de aparatos aéreos. Al principio, los estadounidenses consiguieron el efecto sorpresa y contaron con la ventaja de la niebla, pero poco a poco fueron encontrando una mayor oposición de las ametralladoras y se vieron incapaces de superar la colina de Montfaucon que bloqueaba su camino. Las provisiones no lograron llegar a los soldados de la primera línea del frente, algunos de los cuales agotaron sus reservas de

alimentos. El 30 de septiembre, el ataque se había interrumpido, en gran medida debido a problemas logísticos y a fallos de estructura de mandos de la AEF, aunque también debido a la llegada de refuerzos alemanes. Incluso después haber hecho aquella pausa para reorganizarse, los estadounidenses necesitaron otras dos semanas para alcanzar la Kriemhilde Stellung[31]. El ataque por el este, en el que Foch había depositado tantas esperanzas, se había revelado cuestionable desde el punto de vista estratégico, y un verdadero fracaso operacional.

Por fortuna para los Aliados, las cosas iban mejor en los demás lugares, aunque el movimiento de pinza más septentrional llevado a cabo en Flandes también tuvo sus problemas. El primer día, veintiocho divisiones hicieron 10 000 prisioneros y avanzaron unos trece kilómetros a través de un terreno que un año antes había retenido a los británicos durante tres meses y que comprendía buena parte de las colinas situadas al este de Ypres. Pero luego el barro volvió a obstaculizar el transporte, y la operación quedó suspendida durante días[32]. En cambio, en el ataque lanzado el 27 de septiembre en dirección a Cambrai contra un frente de quince kilómetros hubo que superar la formidable barrera que constituía el canal du Nord, con sus más de treinta metros de ancho, sus casi cinco de profundidad y sus espesas alambradas. Los canadienses, que combatían con el I Ejército británico, pusieron en práctica un plan muy arriesgado para cruzar un sector estrecho y seco del canal, llevando al otro lado la artillería en el curso de la primera noche y utilizándola para repeler los contraataques. Antes de empezar la operación, reconocieron minuciosamente la zona, luego utilizaron tanques y bombas de humo y se vieron favorecidos por la escasez de municiones de los artilleros alemanes, cuyo sistema de defensa se basaba en una serie de refugios subterráneos intercomunicados que fueron fáciles de aislar[33]. Pero las bajas fueron numerosas, y al día siguiente los

canadienses quedaron atrapados en continuos combates en los alrededores de Cambrai, que no cayó hasta el 9 de octubre. La fase inicial del primer ataque salió mejor que las siguientes. Así pues, el asalto final emprendido por el IV Ejército británico el 29 de septiembre fue el más perjudicial de los cuatro, pues consiguió abrir una brecha en la Línea Hindenburg y en sus posiciones de reserva.

En ese sector, la línea había sido construida como una barrera defensiva continuada, más fácil de envolver que los sistemas de fortines de Passchendaele. Además, los alemanes la habían descuidado, y era demasiado extensa para la guarnición que la protegía. Durante la batalla de Amiens, los australianos habían capturado unos planos detallados del sistema. Su sector sur se concentraba en el canal de Saint-Quentin, protegido por alambradas y márgenes empinadas, mientras que en el sector norte el canal discurría por un túnel, utilizado por los alemanes a modo de refugio. Frente al canal había un cerro, que los británicos capturaron en un ataque preliminar para poder tener una panorámica de su cauce. Como las perspectivas de conseguir un efecto sorpresa eran pocas, Monash (a quien Rawlinson confió una vez más los preparativos) optó por la táctica más convencional de destruir todo lo posible las defensas con un bombardeo preliminar. La potencia de este bombardeo —unas 750 000 bombas disparadas a lo largo de cuatro días— fue a primera vista comparable con la del llevado a cabo en junio de 1916, pero lo cierto es que en aquellos momentos pocos proyectiles no estallaban y el fuego contra las baterías enemigas era mucho más preciso (los británicos utilizaron por primera vez bombas de gas mostaza) y conseguía destruir las alambradas con mayor facilidad. El éxito decisivo se consiguió en el sector propiamente del canal, donde los alemanes no se esperaban un ataque y los británicos se vieron favorecidos por la niebla y por un bombardeo de ocho horas en el transcurso del

cual llegaron a dispararse 126 proyectiles de cañón de campaña por minuto contra cada 500 metros de posiciones alemanas. A partir del 29 de septiembre, el avance se vio ralentizado como de costumbre por culpa del apoyo irregular y desorganizado de los tanques y la artillería, por no hablar de la intensidad de las lluvias, pero el 5 de octubre los británicos penetraban las últimas defensas y poco después empezaban a avanzar, aunque aún lentamente, a través de un territorio sin fortificar[34].

La tarde del 28 de septiembre, antes incluso de estos dramáticos acontecimientos, Ludendorff había tenido una crisis nerviosa y había decidido presionar para que se firmara inmediatamente un armisticio. Reaccionó así no solo por lo que ocurría en el oeste, sino también por la noticia de que Bulgaria había pedido la paz. En septiembre de 1918, una combinación de éxitos militares aliados en el Frente Occidental y en otros escenarios consiguió por fin un avance importante. Alemania se enfrentaba no solo a una crisis en el oeste, sino también al derrumbamiento de sus socios, y la recuperación aliada se extendió a todos los teatros del conflicto. También a Rusia, donde la intervención aliada en la guerra civil reconstruyó un Frente Oriental, dirigido no solo contra las Potencias Centrales, sino también contra los bolcheviques y sus cómplices *de facto*. Aunque en el verano la expansión alemana en el antiguo imperio zarista ya se había ralentizado, la supervivencia de los bolcheviques estaba en aquellos momentos en cuestión. Tras hacerse con el poder en la capital, habían extendido su autoridad a lo largo de las líneas ferroviarias que salían del centro neurálgico Petrogrado-Moscú. Pero las elecciones de noviembre de 1917 a la Asamblea Constituyente pusieron de manifiesto que apenas una cuarta parte del electorado los apoyaba, y con la disolución de la Asamblea en enero Lenin provocó una guerra civil con los demás partidos socialistas. Este enfrentamiento entre Rojos (bolcheviques) y Verdes fue característico de 1918, aunque no

tardó en verse incluido en otra guerra civil más famosa, la de Rojos contra Blancos (no socialistas)[35]. El propio Tratado de Brest-Litovsk fue un segundo instigador del conflicto, pues supuso la ruptura de la alianza bolchevique con los socialrevolucionarios de la izquierda, que habían favorecido la resistencia. En julio asesinaron al embajador alemán e intentaron una sublevación, tras lo cual los bolcheviques los expulsaron de los sóviets, y Rusia se convirtió efectivamente en un Estado con un solo partido[36]. La brutal matanza del antiguo zar y su familia ese mismo mes fue un signo más de la radicalización del régimen. Sin embargo, aunque la alineación proalemana de Lenin intensificó la polarización política de Rusia, la guerra civil fue algo que hacía tiempo que él venía pronosticando, incluso con agrado. Los alemanes, en cambio, estaban hartándose de la conexión bolchevique. El káiser Guillermo quería acabar con el régimen revolucionario, Ludendorff pretendía sustituirlo por los Blancos si estos aceptaban los términos de Brest-Litovsk, y la OHL y el Estado Mayor de la Marina habían concebido la operación Piedra Angular, un plan para tomar Petrogrado y Kronstadt y convertirlas en bases desde las que iniciar un avance hacia el mar de Barents[37]. Lenin intentó protegerse de este peligro intensificando su política de apaciguamiento. Ofreció a los alemanes un acuerdo con el que confiaba poder delimitar las fronteras de Rusia, junto con una serie de concesiones económicas para movilizar a los capitalistas enemigos a favor de una solución de compromiso. Su objetivo era simplemente darse un respiro, y no pensaba respetar los términos del pacto más allá de lo necesario. En el bando alemán, Hintze, aunque había sido nombrado por Hindenburg y Ludendorff para que siguiera una política más dura que Kühlmann, seguía mostrándose partidario de alcanzar un acuerdo con los bolcheviques. Si los rusos continuaban viviendo una situación caótica, sostenía Hintze,

servirían mejor a los intereses alemanes que cualquier otra alternativa concebible. De ahí que el 27 de agosto las dos partes firmaran de mala fe una serie de acuerdos complementarios entre Berlín y Moscú. Los bolcheviques aceptaban perder la soberanía de Livonia, Estonia y Georgia, y prometían entregar 6000 millones de marcos como reparación de guerra, junto con una cuarta parte de la producción de los yacimientos petrolíferos de Bakú. Los alemanes prometían no dar más apoyo a los movimientos separatistas, y los bolcheviques expulsar a las fuerzas aliadas, algo que, si no conseguían, harían los alemanes; unas cláusulas que implicaban la cooperación militar de los dos países contra Occidente[38].

Análogamente, la intervención aliada en Rusia tuvo un claro trasfondo antialemán, aunque posteriormente se hizo más antibolchevique desde el punto de vista ideológico. Fue de menor envergadura que las intervenciones de las Potencias Centrales. En comparación con el medio millón de efectivos de las fuerzas de ocupación alemanas y austríacas, el contingente aliado más numeroso, el japonés, era de solo 70 000 hombres en noviembre de 1918. Se encontraba en Siberia Oriental junto con 9000 estadounidenses y 6000 británicos y canadienses. Las fuerzas británicas, francesas y estadounidenses presentes en Arjánguelsk en esas mismas fechas ascendían a 13 000 efectivos, y en Múrmansk había unos 1000 soldados británicos. Otros 1000 soldados del Imperio británico operaban al norte de la frontera persa, concretamente en Ashjabad, desde septiembre de 1918, y la llamada Dunsterforce, un destacamento británico de alrededor de 1400 hombres a las órdenes del general de división Dunsterville, ocupó Bakú entre agosto y septiembre. A pesar de todo, las fuerzas aliadas tuvieron un impacto enorme en comparación con su tamaño, y su presencia contribuyó a intensificar una guerra civil rusa que al final se saldaría con la muerte en combate o de inanición de entre 7 y 10 millones de

personas, casi tantas como las caídas a lo largo de la Gran Guerra[39].

El Ártico y Siberia fueron las regiones críticas del conflicto entre los Aliados y el Sóviet. Ningún gobierno aliado consideraba a los bolcheviques una autoridad legítima o representativa, y en diciembre de 1917 británicos y franceses acordaron en secreto ayudar a los partidos antibolcheviques, aunque habrían estado dispuestos a cooperar con Lenin y Trotski si estos hubieran seguido en la guerra. De hecho, cuando en la primavera de 1918 pareció que los alemanes iban a aplastar el nuevo régimen en vez de firmar una paz con él, Trotski fue presa del pánico y autorizó al Sóviet de Múrmansk a solicitar la ayuda aliada, y llegaron a desembarcar en esta ciudad marines británicos en el mes de marzo. Tras firmar el Tratado de Brest-Litovsk, Moscú quiso expulsar a esos marines, pero las autoridades de Múrmansk se negaron, pues querían utilizarlos como proveedores de alimentos y como protectores de su flota pesquera, mientras que los británicos pretendían impedir que las municiones que habían entregado a la ciudad portuaria cayeran en manos enemigas[40]. Por otro lado, a partir de comienzos de 1918 británicos y franceses empezaron a presionar a los japoneses para que intervinieran en Siberia, pues Japón era el único de los países aliados que todavía contaba con una gran cantidad de soldados de reserva debidamente adiestrados[41]. Esperaban consolidar un Frente Oriental, no solo para mantener ocupadas a las tropas alemanas y austríacas, sino también para impedir que las Potencias Centrales pudieran burlar el bloqueo aliado. Además, en el verano, mientras los alemanes avanzaban hacia el Cáucaso, los británicos previeron la creación de un bloque enemigo germano-soviético que amenazaría sus intereses en Oriente Próximo y la India[42]. Estas preocupaciones parecían más importantes que el riesgo de que los japoneses pudieran establecer una región dependiente de su país. En Tokio, sin

embargo, el gobierno de Terauchi estaba dividido. El primer ministro, el ministro de Asuntos Exteriores y los jefes del ejército temían que la revolución bolchevique creara un centro de poder hostil en el continente, amenazando su seguridad y sus intereses económicos y dificultando sus esfuerzos por dominar China. Querían instaurar un régimen títere en la cuenca del Amur. Otras figuras más internacionalistas, como Saionji, un anciano estadista, y Hara, líder del partido Seiyukai, temían una confrontación con Occidente, y estaban dispuestos a actuar solo si así lo acordaban con los estadounidenses. Pero Wilson no estaba dispuesto a atender los requerimientos de franceses y británicos. No sentía simpatía alguna por los bolcheviques, y apenas los conocía, pero se oponía a la intervención en un país soberano por principio y probablemente también por los amargos recuerdos de su participación en México. Sus consejeros estaban mucho más preocupados que los británicos por los peligros que podía implicar la expansión japonesa, la prioridad estratégica del presidente era Europa y los militares estadounidenses se oponían a cualquier compromiso con la cuestión de Siberia. Pero tanto Wilson como el coronel House no querían decepcionar a sus socios en el momento de mayor intensidad de las ofensivas de Ludendorff, y los Aliados, haciendo causa común, no dejaban de insistir en esta cuestión. A finales de la primavera, la oposición inicial de Wilson a intervenir en Rusia comenzaba a perder fuerza, pero la sublevación de la Legión Checa supuso salir por fin de aquel atolladero[43].

La Legión Checa estaba formada por antiguos soldados austrohúngaros que habían desertado o que se habían unido al ejército ruso tras ser capturados. La integraban unos 40 000 hombres, que tenían buenas razones para no querer rendirse a las Potencias Centrales, que podían castigarlos como traidores. En marzo, los bolcheviques decidieron permitirles abandonar

Rusia utilizando el ferrocarril transiberiano, pero luego accedieron a la solicitud aliada de que los checos que se encontraran en la zona más occidental del país fueran evacuados desde los puertos árticos. Los checos se encontraron abandonados y aislados en el corazón de un extensísimo territorio caótico y hostil, y los rumores de que serían divididos hicieron estallar las tensiones entre ellos y los Rojos. El 14 de mayo, tras la detención de algunos de sus camaradas por un alboroto, tomaron la ciudad de Cheliábinsk, en la región del Ural. Trotski, en aquellos momentos comisario del pueblo para la Guerra, reaccionó de manera exagerada, ordenando abrir fuego contra cualquier checo armado. Al parecer, la revuelta de los checos no fue coordinada ni con los Aliados ni con los adversarios rusos de los bolcheviques. Convertida en la fuerza local más poderosa, la Legión Checa fue capaz de destruir en menos de un mes la autoridad bolchevique a lo largo de toda la línea ferroviaria transiberiana. En julio apoyó la creación de un gobierno controlado por los socialrevolucionarios, el Komuch, en la ciudad de Samara[44]. En un momento en el que los Aliados estaban contra la pared y los bolcheviques se posicionaban cada vez más al lado de los alemanes, el Frente Oriental había quedado providencialmente restablecido, facilitando la intervención japonesa y ofreciendo a Wilson una justificación plausible para involucrarse. El presidente reconoció que era necesario actuar para que los checos de Vladivostok pudieran unirse a sus camaradas del interior. Propuso una expedición conjunta de Estados Unidos y Japón, comprometiéndose los dos países a respetar la soberanía rusa. A pesar de esta condición incluida deliberadamente, la invitación ofreció al ejército japonés el pretexto que necesitaba para intervenir con fuerza. Así pues, los japoneses ocuparon la cuenca del Amur, pero no se esforzaron ni por llegar al interior de la región ni por socorrer a los checos. Pero la ayuda de los Aliados

a la Legión Checa hizo que estuvieran a punto de romper hostilidades con los bolcheviques y que la situación en el Ártico se volviera más crítica. Moscú exigió a los británicos que se retiraran de Múrmansk, a lo cual estos se negaron. En agosto los Aliados desembarcaron en Arjánguelsk, donde un golpe había expulsado a las autoridades bolcheviques locales. El territorio inhóspito que se extendía entre Múrmansk, Arjánguelsk y Petrogrado se convirtió en un nuevo escenario de la guerra[45].

Era previsible que, tras la revolución bolchevique, estallara en Rusia una guerra civil, en vista del control incompleto que tenía Lenin del país y del desprecio con el que trataba a sus adversarios. La revuelta checa posibilitó la intervención de los Aliados, dándoles el pretexto necesario, y llevó las hostilidades de la guerra civil a una fase de mayor intensidad y crudeza. Pero es harto improbable que la intervención aliada arrojara a los bolcheviques a los brazos de Berlín: Lenin ya había decidido en mayo negociar con Berlín, pues consideraba que podía soportar mejor una guerra contra los japoneses que una contra los alemanes[46]. Análogamente, antes incluso de la revuelta checa, las Potencias Centrales habían entrado en Ucrania. Pero lo cierto es que la intervención aliada en Siberia constituyó un motivo adicional para que no se movieran de allí, y el temor a otra intervención aliada, esta vez en el Ártico, fue una de las principales razones de que los alemanes se comprometieran con la cuestión finlandesa[47]. El conflicto ruso absorbió a cientos de miles de soldados austrohúngaros que habrían podido combatir en otros escenarios.

No solo los alemanes fueron víctimas de su éxito en Rusia. Lo mismo ocurrió a los otomanos, que en 1918 se adentraron en Transcaucasia. En esta región, salvo en Bakú, la capital del petróleo a orillas del Caspio, los bolcheviques eran mucho más débiles que los grupos nacionalistas separatistas y que los mencheviques. Cuando Petrogrado cayó en manos de los

bolcheviques, los partidos locales establecieron una frágil República Transcaucásica, uniendo Georgia, Armenia y Azerbaiyán[48]. Dicha república no estuvo representada en las negociaciones de Brest-Litovsk, donde los turcos reclamaron los distritos armenios de Batum, Ardahan y Kars que habían perdido en 1877-1878 en beneficio de Rusia. Los alemanes apoyaron a regañadientes esta petición, los bolcheviques optaron por lavarse las manos, y los transcaucasianos se vieron abandonados a su suerte. Eran demasiado débiles para oponerse a los turcos, que invadieron los tres distritos y se los anexionaron en agosto, lo que supuso el fin de la República Transcaucásica, cuyos tres componentes firmaron con Constantinopla tratados de paz separados. Las ambiciones de los turcos, sin embargo, iban más allá. Enver Pachá pretendía dominar el Cáucaso y establecer una base en el mar Caspio para controlar el petróleo y crear una serie de estados tapón contra Rusia[49]. En julio los turcos habían llegado a Bakú, ciudad que tomaron dos meses después, expulsando de ella a la Dunsterforce británica. La empresa caucásica de Enver, sin embargo, lo indispuso con los alemanes, que, como tenían su propio plan para los yacimientos petrolíferos y las minas de la región, decidieron apoyar a Georgia con un tratado de ayuda y con tropas[50]. Se negaron a reconocer los tratados de paz de Turquía con los estados transcaucásicos, y amenazaron con retirar la ayuda militar. En un protocolo secreto adjunto a los acuerdos complementarios firmados en agosto con Lenin, prometieron no prestar ayuda a los otomanos si estallaba un conflicto entre estos y los bolcheviques[51]. En aquellos momentos la amistad de Berlín y Moscú estaba socavando la de Berlín y Constantinopla, hasta el punto de empezar a vislumbrarse una guerra fría entre los dos aliados.

Otra de las razones de la consternación alemana por el asunto de Transcaucasia fue que en septiembre los otomanos

destacaron a más de la mitad de sus fuerzas en la región. Estas unidades incluían algunas de sus mejores divisiones, que los turcos habían retirado de Europa después de haberlas enviado allí en 1916 para ayudar a los austríacos en Rumanía y en Galitzia. Los turcos habían quedado expuestos a los británicos en Mesopotamia y en Palestina, y supuestamente dejaron pasar la oportunidad de desquitarse cuando Allenby era vulnerable. Tras tomar Jerusalén en diciembre de 1917, Allenby tuvo que detener su avance por culpa de las lluvias invernales, y en febrero de 1918 el frente palestino se extendía desde las inmediaciones de Ramallah hasta Jericó[52]. El gabinete británico quería lanzar una ofensiva en dirección a Damasco y Alepo, pero Allenby optó por no moverse hasta crear unos nuevos servicios de inteligencia de campaña y tener terminada una línea ferroviaria costera de doble vía. Su prudencia fue una verdadera suerte, pues las ofensivas de Ludendorff en el oeste obligaron al Departamento de Guerra a despojarlo de parte de sus tropas. Seis divisiones perdieron nueve de sus doce batallones, que fueron reemplazados por reclutas inexpertos de la India[53]. Mientras se procedía al adiestramiento de los recién llegados, Allenby autorizó dos grandes incursiones al otro lado del Jordán en marzo-abril y en abril-mayo de 1918, pero fueron un vergonzoso fracaso. El objetivo principal de Allenby era cortar la línea ferroviaria de Hejaz (Hiyaz), que discurría al este de sus ejércitos y comunicaba Siria con Medina y La Meca, los lugares santos del islam. Este ferrocarril sufría constantes ataques de los guerrilleros del ejército árabe del norte, capitaneado por el hijo del jerife Husein, Faisal, ante quien actuaba como oficial de enlace el coronel Thomas Edward Lawrence, poniendo todo su empeño en idear la mejor estrategia para los rebeldes y en obtener el apoyo y la ayuda de los británicos para desarrollarla[54]. Gracias a los equipamientos y al subsidio mensual que les proporcionaban los británicos, los árabes

pudieron aislar a unos 25 000 turcos en Transjordania y poner sitio a Medina, donde había una guarnición otomana de 4000 hombres[55]. Constituían un aliado útil y barato para Allenby, pero eran demasiado débiles para controlar de manera permanente la línea ferroviaria, pues los turcos la reparaban con bastante facilidad cada vez que era objeto de un acto de sabotaje. Allenby quería poder suministrarles directamente los pertrechos y las provisiones desde Transjordania con la esperanza de que la revuelta árabe se extendiera a Siria, pero la primera incursión al otro lado del Jordán fue incapaz de trasladar su artillería hasta Ammán por unas carreteras convertidas en barrizales por culpa de la lluvia, y acabó retirándose sin tomar la ciudad. La segunda tuvo que dar marcha atrás cuando un contraataque turco puso en peligro su línea de retirada[56]. De ahí que Allenby se viera obligado a pasar el verano preparando una ofensiva para el otoño.

Pero mientras Allenby se preparaba, su enemigo se esfumaba. En el verano de 1918 habían desertado desde el estallido de la guerra probablemente más de 500 000 soldados otomanos, y como estaban fuera de la ley y no podían regresar a sus pueblos y aldeas, muchos de ellos se unían a bandas armadas que vivían del robo y el pillaje[57]. Tropas del Grupo de Ejércitos de Yilderim fueron desplazadas al Cáucaso. Ayudados por su superioridad aérea, los británicos elaboraron una imagen fotográfica detallada de las posiciones enemigas, mientras ocultaban sus preparativos. Se enteraron de que el túnel del ferrocarril a Palestina que cruzaba los montes del Tauro estaría cerrado durante dos semanas para efectuar reparaciones, y programaron el ataque en consecuencia. Además, con un asalto por el extremo oriental del frente turco, Allenby podría engañar al enemigo haciéndole creer que, como en 1917, iba a intentar flanquearlo con un ataque por el interior. Pero, en realidad, esta vez pretendía abrirse paso por la costa y lanzar la caballería para

cortarle la retirada, y con un segundo avance cerrarle el paso por el Jordán. Atacó el 19 de septiembre con 57 000 soldados de infantería, 12 000 de caballería y 550 cañones. Las fuerzas turcas estaban formadas por 32 000 soldados de infantería, 2000 de caballería y 400 cañones. Tras lanzar una lluvia de bombas, se abrió rápidamente una brecha por la que pasó la caballería. Los turcos, hostigados por las ráfagas de los aviones británicos, apenas opusieron resistencia, y Allenby ordenó el avance hacia Damasco, ciudad que cayó el 1 de octubre, un día antes de Beirut. Los británicos hicieron 75 000 prisioneros (de los cuales 3700 eran alemanes y austríacos) y sufrieron 5666 bajas[58]. Esta derrota aplastante, conocida normalmente con el nombre bíblico de batalla de Megido, puso fin a la campaña de Palestina, pero no supuso ni la destrucción del principal ejército turco ni una amenaza para los territorios otomanos de Asia Menor. Es harto dudoso que contribuyera de manera significativa a la decisión de Ludendorff o a la de las autoridades turcas de pedir un armisticio. Lo que sí influyó en uno y otro caso fueron las derrotas de Alemania en el Frente Occidental y una nueva ofensiva lanzada por los Aliados en el mes de septiembre: el ataque a los Balcanes.

Al igual que Turquía, en 1918 Bulgaria se había convertido en un socio de las Potencias Centrales cada vez más inquieto, que también estaba insatisfecho por los tratados de paz firmados en el este. La opinión pública búlgara había querido anexionarse toda la provincia de Dobrudja perteneciente a Rumanía, pero los turcos reclamaron una compensación por la ayuda prestada a los búlgaros. A modo de medida provisional, Dobrudja septentrional quedó bajo la ocupación de cuatro potencias, si bien Ludendorff no disimuló su oposición a las pretensiones búlgaras[*]. El primer ministro Radoslavov fue muy criticado por todo este asunto, y el rey Fernando I decidió sustituirlo por un hombre menos germanófilo, Molinov. Mientras tanto, el

ejército búlgaro estaba cada vez más desmotivado, ocupando un frente bastante tranquilo, y muchos de sus soldados, campesinos en la vida civil, desertaban; eran unos hombres que durante tres años se habían visto obligados a dejar sus cosechas en manos de la familia, no estaban combatiendo en su tierra natal, carecían de alimentos y de ropa, y la propaganda aliada y pacifista, que estaba ganando terreno, hacía mella en ellos[59]. La OHL había disminuido gradualmente su ayuda, y en el otoño de 1918 solo quedaban allí tres batallones alemanes, junto con catorce divisiones búlgaras y dos austrohúngaras[60]. Para empeorar las cosas, tropas regulares griegas habían reforzado a los efectivos aliados, cuya unidad de mando se vio muy beneficiada cuando Clemenceau destituyó a Sarrail, nombrando en su lugar primero al general Guillaumat y luego, en junio, a Franchet d'Espèrey, uno de los artífices de la victoria del Marne en 1914. Clemenceau había criticado desde la oposición la campaña de Salónica, pero cuando volvió al gobierno se opuso a los intentos de Lloyd George de retirar las tropas aliadas de la zona[61]. Franchet planificó una gran operación que destruiría al ejército búlgaro y permitiría a los serbios reconquistar su patria, pero para ponerla en marcha antes tuvo que llevar a cabo una gran labor de persuasión. Los expertos militares del SWC accedieron con la condición de que no se utilizara ninguna unidad del Frente Occidental; Lloyd George hubiera preferido utilizar la vía diplomática para el asunto búlgaro, pero al final cedió[62]. El número total de efectivos presentes en aquel escenario de la guerra era prácticamente igual en los dos bandos, pero los franceses y los serbios lograron una superioridad de tres a uno en el momento decisivo, y Franchet dio su visto bueno a los audaces serbios cuando estos le propusieron lanzar un ataque a través de la cordillera que los separaban de Kosovo, trasladando la artillería pesada por unas montañas de casi 2500 metros de altitud. La operación fue lanzada el 15 de septiembre, y cuando

se alcanzó la segunda línea de los búlgaros, su ejército se derrumbó. El 26, los serbios empujaron al enemigo hasta el otro lado del valle del Vardar, tras haber dividido en dos sus fuerzas. Ludendorff mandó cuatro divisiones del Frente Oriental a la zona, y Arz envió dos del Piave, pero, antes de que estas pudieran llegar los búlgaros pidieron el armisticio. Sus representantes se reunieron con Franchet y el 29 de septiembre firmaron un alto el fuego en los Balcanes que, curiosamente, no solo marcaría de manera definitiva el giro que se había producido desde aquellos primeros acontecimientos de 1914, sino que también conduciría a un alto el fuego en el conjunto de Europa[63].

Los Aliados se vieron muy beneficiados por la desintegración de sus enemigos. En 1917 los turcos habían combatido con arrojo en Palestina, pero cuando Allenby atacó en 1918, la mayoría se rindieron a la primera oportunidad. El ejército búlgaro había experimentado una decadencia similar durante los largos meses de inactividad en los que se agotaron sus provisiones y la disputa por Dobrudja vino a enturbiar los objetivos políticos de la guerra, y después de la batalla del Piave se aceleró el desmoronamiento del ejército de los Habsburgo. En cuanto a Alemania, las ofensivas de Ludendorff supusieron para su ejército 1,1 millones de bajas entre marzo y julio (a las que siguieron otras 430 000, entre muertos y heridos, y la pérdida de unos 340 000 efectivos que cayeron prisioneros, entre los meses de julio y noviembre). Se ha calculado que en los últimos meses de la guerra entre 750 000 y 1 millón de hombres se ausentaron del frente o se negaron a unirse a sus unidades[64]. El ejército alemán tuvo que afrontar una crisis insoluble de efectivos, y en los últimos meses de la guerra también sufrió escasez de armas y municiones por primera vez desde 1916. Pero sobre todo, como veía perfectamente Ludendorff, perdió el ánimo. A partir de julio comenzó a incrementar el número de

alemanes que se rendían[65], aunque debido en parte a la mayor movilidad de la guerra y a la actitud más ofensiva de los Aliados (no debemos olvidar que, al fin y al cabo, miles de británicos se habían rendido el primer día de la operación Michael). Pero lo cierto es que, además, muchos alemanes ya no luchaban hasta el final, aunque algunas unidades —especialmente, las de ametralladoras— opusieran feroz resistencia. El contraste entre la defensa tenaz de Passchendaele y la facilidad con la que cayó la Línea Hindenburg un año después pone claramente de manifiesto que los Aliados ya no estaban combatiendo contra el mismo ejército. Desde 1916 había habido indicios de relajamiento de la disciplina y de pérdida de la moral en las fuerzas alemanas, si bien la gran consternación provocada por las ofensivas de marzo-julio aceleró gravemente el proceso. La caída de Rusia, por funestas que parecieran sus consecuencias a los Aliados, acabó siendo un cáliz envenenado para las Potencias Centrales. La incorporación de prisioneros de guerra y de veteranos desmoralizados procedentes del este socavó la cohesión tanto del ejército alemán como del austríaco en otros escenarios de la guerra, y las discusiones por el reparto del botín ruso y rumano dividieron a los líderes de las Potencias Centrales y causaron inquietud en sus frentes nacionales. Las tropas alemanas que se necesitaban en el oeste se encontraban atascadas en Ucrania (en un número muy superior al de las fuerzas de la intervención aliada en Rusia), mientras que el Cáucaso centraba cada vez más la preocupación de los turcos[66]. El estallido de energía que experimentaron las Potencias Centrales entre octubre de 1917 y julio de 1918 contribuyó en gran medida a su posterior derrumbamiento.

Si bien es cierto que las Potencias Centrales se labraron en buena parte su propia derrota, también lo es que los Aliados se habían convertido en un adversario más formidable. Este hecho debe ser analizado en sus aspectos militar, económico y político.

La superioridad militar de los Aliados se debió en parte a su mayor número de efectivos, pero también a su mejor equipamiento y a su habilidad a la hora de utilizarlo[67]. Al final de la guerra, superaban a sus adversarios en número de hombres tanto en el Frente Occidental como en Italia o Palestina, pero esta circunstancia era una novedad. No fue hasta junio-julio cuando los dos bloques del Frente Occidental reconocieron que se había producido un cambio de equilibrio, aunque a partir de entonces la balanza se inclinaría rápidamente a favor de los Aliados. Mientras que el número de efectivos alemanes se reducía, pasando de los 5,2 a los 4,1 millones, en abril de 1918 los franceses llamaban a filas a la quinta de 1919 (unos 300 000 jóvenes) y reclutaban a otros 120 000 hombres de sus colonias de África[68]. Los británicos enviaron 351 824 efectivos a Francia entre el 21 de marzo y el 13 de julio. Para poder hacerlo, tuvieron que echar mano de su milicia nacional, de chicos de dieciocho años, de hombres convalecientes y de los trabajadores jóvenes de las fábricas, pero cuando la crisis remitió, volvieron a dar prioridad a sus necesidades industriales[69]. Una ley de emergencia amplió los límites de edad del servicio militar obligatorio y facultó al gobierno a aplicarla en Irlanda, aunque cuando se intentó imponer allí esta normativa se levantó una oleada de protestas y se intensificó la adhesión de los condados del sur al Sinn Féin[70]. Por lo que respecta a los Dominios, tras Nueva Zelanda en 1916, Canadá estableció el servicio militar obligatorio entre finales de 1917 y comienzos de 1918 para poder mantener sus niveles de reclutamiento[71]. En cualquier caso, por sí solos, todos estos esfuerzos solo habrían permitido que los ejércitos aliados hubieran visto reducido el número de efectivos con más lentitud que el alemán. Lo que realmente hizo posible que sus fuerzas crecieran fue la llegada masiva de reclutas de Estados Unidos.

La expansión de la AEF no se consiguió sin una lucha

política previa, en la que las ofensivas alemanas tuvieron un impacto decisivo. En junio Lloyd George calificó la AEF de «la mayor decepción» de la guerra[72], pero los estadounidenses fueron más rápidos que los británicos a la hora de adiestrar a sus tropas y de enviarlas al Frente Occidental. Además, esos hombres tenían alta la moral. A pesar de un ruidoso movimiento pacifista, en Estados Unidos no hubo apenas una literatura antirromántica de desencanto antes de abril de 1917. Al contrario, autores como el poeta de Harvard Alan Seeger, que se alistó como voluntario en la Legión Extranjera francesa y murió en acto de servicio, ofrecieron una visión caballeresca del conflicto. Y las cartas y el diario de Seeger se convirtieron en un éxito de ventas. Políticos como Theodore Roosevelt —pero no Wilson— evocaron visiones tradicionales del combate como prueba de fuerza moral y de hombría, y recordaron la guerra de Secesión de su país con sorprendente pasión[73]. Para muchos de los que sirvieron en la AEF, la experiencia fue de hecho menos negativa que para los franceses y los británicos. Tal vez los afroamericanos, que constituían aproximadamente el 13 por ciento de los reclutas estadounidenses, fueran la excepción. Solo uno de cada cinco de los que fueron enviados a Francia entró en acción, y la mayoría sirvieron en los puertos o como mano de obra; los oficiales superiores de la división de combate formada exclusivamente por negros, la 92.ª, eran blancos. Dos regimientos de esta unidad se dieron a la fuga el mismo día que empezó la ofensiva en el sector Mosa-Argonne, aunque los regimientos de afroamericanos a las órdenes de los franceses se distinguieron por su actuación[74]. De los estadounidenses blancos que sirvieron en la AEF, casi 2 millones fueron a Francia, y 1,3 millones estuvieron en el campo de batalla, casi todos ellos después de julio de 1918. Un total de 193 611 resultaron heridos y 50 476 perdieron la vida, más de la mitad en el sector Mosa-Argonne (y otros 57 000 murieron tras

contraer la gripe), pero la inmensa mayoría de ellos salieron ilesos. Su experiencia en el combate fue breve, y la vivieron, tras realizar un largo viaje por mar y por ferrocarril, en una zona rural que seguía relativamente intacta. Cuando estos hombres llegaron al campo de batalla, tanto los observadores alemanes como los Aliados se sorprendieron por su bravura casi suicida[75].

No obstante, durante el primer año de intervención estadounidense en la guerra, la AEF fue, desde el punto de vista de los Aliados europeos, una fuerza decepcionantemente pequeña. La culpa la tuvo en parte el enredo de «fusiones» del que fueron responsables Londres y París[*]. Los británicos y los franceses pretendían utilizar a los soldados estadounidenses como carne de cañón con la que cubrir los huecos de su propio ejército; Pershing y Wilson querían que formaran una fuerza independiente. Las dos partes veían las implicaciones políticas y operacionales de este asunto. Pershing consideraba que sus aliados podían resistir hasta que Estados Unidos desembarcara un ejército independiente, cuya creación requería equipos de transporte y administradores, así como tropas preparadas para ir al frente. En realidad, la proporción de no combatientes de la AEF experimentó un aumento considerable, pues pasó del 20 al 32,5 por ciento en los cinco meses anteriores a las ofensivas de Ludendorff[76]. Sin embargo, el 51 por ciento de las tropas estadounidenses cruzaron el Atlántico a bordo de buques británicos, ya fueran de propiedad o subarrendados (frente a un 46 por ciento que lo hicieron en barcos estadounidenses[77]), y en marzo de 1918 la emergencia permitió a los británicos cerrar un trato: pondrían más naves a disposición de Estados Unidos (reduciendo la flota encargada de cubrir las importaciones que necesitaban) para efectuar el traslado de 120 000 hombres al mes, pero con la condición de que estos fueran soldados de infantería y artilleros. Los estadounidenses habrían podido preguntarse por qué los barcos no habían estado disponibles con

anterioridad, y, de hecho, los británicos los utilizaron como moneda de cambio, pues, como sospechaban correctamente, los estadounidenses utilizaban sus propios buques mercantes para hacerse con el comercio del hemisferio occidental y del Pacífico en vez de ponerlos al servicio de la causa común. A partir de agosto comenzó a disminuir la disponibilidad de naves británicas y el tamaño de los contingentes estadounidenses, probablemente porque, una vez superado el momento de máximo peligro, las dos partes volvieron a anteponer de manera estricta sus propios intereses[78]. No obstante, se había hecho lo suficiente para permitir que, a partir de abril de 1918, aumentara espectacularmente el número de tropas estadounidenses presentes en Europa:

TABLA 4

Tropas estadounidenses desembarcadas en Francia, marzo-octubre de 1918[79]

marzo	64.000
abril	121.000
mayo	214.000
junio	238.000
julio	247.000
agosto	280.000
septiembre	263.000
octubre	227.000

La contribución crucial de Estados Unidos fue, de hecho, el gran número de tropas que aportaron a la causa, un factor que fue decisivo para convencer a Ludendorff y a sus hombres de la imposibilidad de alcanzar la victoria[80]. La valoración cualitativa de la OHL, antes incluso de la ofensiva de Mosa-Argonne, decía que los estadounidenses eran valientes, pero estaban mal adiestrados y torpemente dirigidos. Las primeras unidades aprendieron con celeridad, pero tras ellas llegaron muchísimos

reclutas tan inexpertos que, en general, fueron incapaces de mejorar[81]. Las concesiones a Gran Bretaña y a Francia probablemente también perjudicaran a la AEF. El hecho de que tuviera que enviar al frente un número adicional de tropas sin contar con el apoyo de elementos no combatientes posiblemente contribuyera al caos logístico que se produjo en el sector Mosa Argonne, y la rapidez con la que se planificó la ofensiva para satisfacer los deseos de Foch y Haig sin duda repercutió en todo ello. Además, el concepto operacional de Pershing tal vez no fuera del todo acertado. Una de las razones por las que se oponía a la «fusión» de tropas era porque temía que sus hombres fueran adoctrinados en la cautela de las técnicas de la guerra de trincheras; apóstol de la ofensiva, el general estadounidense creía que la AEF debía lanzar un ataque decisivo para luego poder emprender una guerra total. El tamaño descomunal de las divisiones estadounidenses —formadas cada una de ellas por unos 28 000 efectivos, esto es, el triple o más de hombres que una alemana— tenía por objetivo economizar los escasos oficiales, pero también soportar las pérdidas estimadas en un ataque tan importante y poder seguir en combate. Pershing insistía en que sus hombres fueran adiestrados para destacar por su puntería, pero los fusiles no eran un arma que predominara en la guerra de trincheras. La artillería estaba provista de cañones ligeros y medianos de campaña en vez de obuses, y no era capaz de crear una cortina de fuego para abrir el avance de las tropas[82]. Por su doctrina y su armamento, los estadounidenses estaban menos preparados que los británicos y los franceses para una guerra semitotal.

Lo que acabó con los alemanes, aparte de sus propios errores, fue el elevado número de efectivos estadounidenses y la eficacia en el combate de los anglo-franceses, que, en combinación, provocaron la suspensión de las ofensivas de marzo-julio tras las enormes bajas sufridas y el avance a fondo

en todas las posiciones a partir de julio, demostrando que no solo la guerra ofensiva, sino también la defensiva, estaban perdidas. Cuando se hace esta valoración suele ignorarse el papel desempeñado por el ejército francés, que durante 1918 capturó 139 000 prisioneros y 1880 cañones, frente a los 188 700 y 2840 de la BEF, los 43 300 y 1421 de la AEF, y los 14 500 y 474 de los belgas[83]. En noviembre la BEF disponía de alrededor de 1,75 millones de efectivos, los estadounidenses de 2 millones y los franceses de 2,5 millones; la BEF estaba al cargo del 18 por ciento del Frente Occidental, los estadounidenses del 21 por ciento y los franceses del 55 por ciento[84]. Las bajas francesas entre el 1 de julio y el 15 de septiembre ascendieron a 279 000[85], frente a las 297 765 de la BEF entre el 7 de agosto y el 11 de noviembre[86]. Incluso tras la llegada del grueso de las tropas estadounidenses, los franceses y los británicos siguieron siendo los que más daño hacían al ejército alemán, y también los que se llevaban la peor parte.

Al parecer, los franceses utilizaron una combinación de nuevas tecnologías y tácticas similar a la empleada por los británicos, pero el papel que desempeñaron en 1918 no ha sido estudiado con tanta profundidad[87]. Su contraofensiva en el Marne dio lugar a una batalla más colosal que la de Amiens, aunque en el enfrentamiento crucial de finales de septiembre su papel fuera más de apoyo. A partir de 1917, su artillería fue reequipada. A la firma del armisticio, contaba con 13 000 piezas, dos tercios de ellas debidamente modernizadas, y durante el verano disparó diariamente 280 000 bombas de cañones de campaña de 75 mm[88]. Al igual que británicos y alemanes, los franceses habían desarrollado el uso de bombardeos breves e intensos concebidos para neutralizar al enemigo y conseguir un efecto sorpresa. Además, contaban con una gran flota de tanques: 467 carros de combate pesados Schneider y Saint-Chamond en marzo de 1918, la mayoría de los cuales quedaron

más tarde inutilizados. Sin embargo, para reemplazarlos, el ejército recibió a lo largo de ese mismo año 2653 tanques ligeros Renault, que fueron la punta de lanza de su contraofensiva del 18 de julio. Por último, al término de la guerra Francia poseía la mayor fuerza aérea del mundo[89]. El GQG de Pétain animó a los comandantes del ejército a utilizar una defensa en profundidad (lo que al final hicieron, al menos en cierta medida) y a poner en práctica nuevos métodos de ataque, basados en avances limitados de la infantería debidamente coordinados con la artillería y los tanques, yendo constantemente de un punto de referencia a otro nuevo, en vez de presionar en una misma zona hasta conseguir que disminuyera el fuego del enemigo[90]. Al igual que en otros ejércitos, también en el francés siguió habiendo diferencias entre la doctrina y la práctica, pero parece que los franceses participaron plenamente en la transformación que vino a restaurar el principio de movilidad.

Actualmente conocemos mucho mejor la verdadera historia de la BEF durante su avance de los Cien Días, desde agosto hasta noviembre. Lo primero que debemos recalcar es que no se trataba de una fuerza formada exclusivamente por unidades del Reino Unido. De las sesenta divisiones de infantería activas de la BEF en aquellos momentos, una era de Nueva Zelanda, cuatro eran de Canadá y cinco eran de Australia; una de las brigadas, además, era de Sudáfrica. Sus ataques tuvieron de media más éxito que los de las divisiones del Reino Unido, y tomaron la iniciativa en diversas operaciones, como, por ejemplo, las batallas de Hamel y de Amiens, o el envolvimiento de la Línea Hindenburg[91]. Se habían librado en buena medida de los combates defensivos de la primavera; pero también es cierto que las canadienses estaban mejor pertrechadas, pues poseían armas como las ametralladoras ligeras[92] y, a diferencia de las divisiones de las islas Británicas, habían conservado su organización en

doce batallones. En esa fase de la guerra, además, gozaban de mayor independencia. En junio de 1917, un verdadero soldado profesional canadiense, el teniente general *sir* Arthur Currie, había asumido el mando de la Fuerza Expedicionaria Canadiense (anteriormente dirigida por británicos), y después de Passchendaele se encargó de actualizar con éxito las tácticas y el adiestramiento para las ofensivas[93]. Las divisiones australianas presentes en Francia fueron agrupadas en 1917 como Cuerpo Australiano, y a partir de mayo de 1918 fueron puestas análogamente bajo el mando de un general de su país, *sir* John Monash. Al margen de todos estos factores, sin embargo, lo cierto es que, como reconoció el propio GHQ británico, los oficiales y soldados de las fuerzas de los Dominios simplemente demostraron una gran eficacia en el combate[94].

Tanto las fuerzas de Gran Bretaña como las de los Dominios aplicaron una combinación de tecnología y táctica que había experimentado un notable progreso después del Somme. Lo que diferenció claramente a la batalla de Amiens de la del Somme fue el uso masivo de tanques, pero estas armas fueron más un valor añadido que la razón principal de la victoria. Es cierto que Alemania no las tenía, por lo que vio debilitada su capacidad de lanzar una contraofensiva. Con anterioridad, Ludendorff había dado muy poca prioridad al suministro de estos vehículos porque no estaba convencido de su importancia en los combates, pero en agosto ordenó, aunque demasiado tarde, 900 de ellos para la primavera de 1919. Los tanques podían derribar las alambradas enemigas sin necesidad de recurrir a un bombardeo de la artillería que abría agujeros en la tierra, y también podían silenciar los nidos de ametralladoras, permitiendo así emprender avances lejos del alcance de las cortinas de fuego. En pocas palabras, salvaban vidas, pero asimismo necesitaban que los soldados de la infantería se movieran a su ritmo para protegerlos de la artillería enemiga. El

nuevo modelo Mark V seguía moviéndose a una velocidad ligeramente superior a la del paso del hombre, tenía una autonomía de entre dos y tres horas como mucho y su interior era tan sofocante y asfixiante por culpa del monóxido de carbono que a menudo morían sus tripulantes. Constituía un objetivo fácil, y los artilleros alemanes destruyeron varios centenares de tanques aliados a lo largo de 1918. Aunque a menudo los vehículos inutilizados podían ser arreglados o despiezados (pues eran los Aliados los que avanzaban), los recambios eran escasos y las reparaciones lentas. Cuando los tanques eran empleados de manera intensiva, el número de los utilizables disminuía, con celeridad (por ejemplo, entre el 8 y el 11 de agosto se pasó de los 430 a los 38)[95]; no obstante, a pesar de que se perdieron definitivamente 120 durante la batalla de Amiens, durante el resto de la guerra los británicos dispusieron de una cantidad de vehículos que oscilaba entre las 200 y las 300 unidades[96]. La BEF no programó más ataques con tanques de la misma envergadura del emprendido el 8 de agosto (y tampoco lo hicieron los franceses después del 18 de julio), pero parece que recurrieron a estos vehículos en la medida en que lo permitieron sus problemas mecánicos y otras limitaciones. El 21 de agosto fueron utilizados 183 en la batalla de Albert, y el 29 de septiembre 181 en la ofensiva contra la Línea Hindenburg[97]. Pero en esta última operación no era tan factible conseguir el efecto sorpresa del 8 de agosto, pues era necesario un bombardeo previo, mientras que en la campaña prácticamente en campo abierto del último mes los tanques se vieron obstaculizados por su imposibilidad de recorrer largas distancias sin la ayuda de camiones y trenes. Podían hacer una contribución importante como parte de una combinación de sistemas armamentistas, pero no eran unas máquinas capaces de ganar la guerra por sí solas[98].

Algo muy parecido puede decirse de la aviación, aunque

durante 1918 la lucha por hacerse con la hegemonía en el cielo de los campos de batalla fue más feroz que nunca, y los dos bandos experimentaron con bombardeos de objetivos estratégicos en zonas distantes situadas al otro lado de las líneas. Las incursiones de los bombarderos alemanes contra Londres siguieron produciéndose hasta mayo (y contra París hasta septiembre, aunque las últimas se caracterizaron por su menor intensidad, pues se hizo cada vez más difícil aproximarse a la capital francesa sin ser detectados, algo que no ocurría con la capital británica porque se llegaba a ella por el mar del Norte). En el otoño, Ludendorff ya había perdido todas las esperanzas de poder sembrar el pánico entre el enemigo con estos ataques a las ciudades. Pero los bombardeos estratégicos de los Aliados fueron igualmente inefectivos. Las incursiones contra Alemania fueron en gran medida un esfuerzo británico, pues los franceses dieron prioridad a la liberación de su territorio, mostrándose dubitativos a la hora de tomar represalias. El gobierno de Lloyd George, sin embargo, autorizó un bombardeo ofensivo en represalia de las incursiones de los Gotha alemanes y (siguiendo las recomendaciones de un informe de Smuts al Gabinete de Guerra) creó en abril de 1918 la Royal Air Force y el Ministerio del Aire precisamente con ese objetivo en mente, estableciendo también una Fuerza Independiente especialmente responsable de la misión[99]. Los bombarderos DH4 y DH9 constituyeron el principal pilar de la campaña, cuyos objetivos fueron las ciudades y los centros industriales de Renania en una serie de ataques llevados a cabo en su mayoría a la luz del día. Esta ofensiva recibió una respuesta feroz y contundente de las baterías antiaéreas ayudadas por los reflectores. Al final de la guerra se habían perdido unos 330 cazas y 140 bombarderos[100]. Sirvieron para distraer recursos alemanes, probablemente más de los que los británicos dedicaron a la empresa, pues a la firma del armisticio solo 140 de los 1799 aparatos aéreos de la RAF en el

Frente Occidental estaban destinados a esta misión. Tanto en este como en otros aspectos, fue una precursora singular de la Segunda Guerra Mundial, y si las hostilidades se hubieran prolongado hasta 1919, habría aumentado de envergadura, pues tras la firma del armisticio comenzó a estar disponible el cuatrimotor Handley Page V-1500 (con autonomía suficiente para alcanzar Berlín). Pero las fábricas de hierro y acero atacadas solo sufrieron daños superficiales, y las plantas de BASF en Mannheim (el principal objetivo dedicado a la industria química) nunca se vieron obligadas a suspender la producción[101]. A lo largo de la guerra, los bombardeos estratégicos mataron a 746 civiles en Alemania frente a 1414 en Gran Bretaña[102]. Es bastante dudoso que contribuyeran a acortar la duración del conflicto. En realidad, la batalla aérea crucial tuvo lugar en otro escenario.

La mayoría de los jefes de la RAF fueron reclutados entre los miembros del RFC y aceptaron la doctrina de que la función principal de la aviación era prestar apoyo al ejército. *Sir* Hugh Trenchard, el primer comandante de la Fuerza Independiente, era un ferviente defensor de esa doctrina y dedicó buena parte de sus esfuerzos a atacar los aeródromos y los ferrocarriles situados al otro lado de las líneas en vez de apostar por objetivos más lejanos. En noviembre de 1918, Gran Bretaña tenía en primera línea 3300 aparatos aéreos, frente a los 2600 de Alemania, mientras que los estadounidenses contaban con una fuerza mucho más reducida, aproximadamente 740 aviones, la mayoría de fabricación francesa[103]. Los dos bandos beligerantes disponían en 1918 de unos aparatos mucho más sofisticados y numerosos que en los años precedentes, libraban batallas masivas de desgaste con escuadrones más grandes y sufrían unas pérdidas espectaculares[104]. El 21 de marzo, los británicos contaban con 1232 aviones, pero el 29 de abril habían perdido 1302, y entre el 1 de agosto y el 11 de noviembre otros

2692[105]. La industria apenas podía entregar nuevos aparatos, y a la RAF le costaba especialmente encontrar nuevos pilotos, a los que casi no tenía tiempo de entrenar. La presión sobre los Aliados fue máxima durante las ofensivas de la primavera, si bien la fuerza aérea alemana continuó siendo grande y peligrosa hasta el final; por ejemplo, en agosto recibió más de 800 Fokker D7, el mejor caza de la guerra. Solo en los últimos meses sufrió las consecuencias de la escasez de combustible y de pilotos, pero la superioridad cualitativa de la aviación alemana siempre ensombreció la ventaja numérica de los Aliados. De ahí que estos no pudieran prescindir de los bombardeos estratégicos, y que incluso sus funciones básicas supusieran para ellos un esfuerzo excesivo. Armados con dos ametralladoras y capaces de transportar unos cuantos cientos de kilos de bombas, los aviones de la Primera Guerra Mundial tenían una capacidad limitada para el ataque terrestre. Aunque sus ráfagas ayudaron a retrasar el avance alemán en marzo y abril, la aviación aliada no tuvo tanto éxito a la hora de cubrir las operaciones ofensivas. En julio dejó inutilizados los puentes del Marne, pero durante la batalla de Amiens, pese a perder 243 aparatos en cuatro días, no consiguió destruir los puentes del Somme por los que los alemanes enviaban sus tropas de refuerzo[106]. El papel principal de la aviación siguió siendo impedir el acceso del enemigo a su propio espacio aéreo (tanto antes de Megido como antes de Amiens) y recopilar información en secreto.

El espionaje fotográfico fue reforzado con otras fuentes de información. Durante 1918, los británicos y los franceses demostraron su superioridad en el campo de la inteligencia de señales. Si antes de Caporetto y la ofensiva Michael los alemanes habían radiado mensajes falsos para crear ejércitos fantasma que confundieran a sus oponentes, antes de la batalla de Amiens los británicos engañaron a los alemanes haciéndoles creer que el ataque se produciría en Flandes. En el verano, los Aliados

interceptaban y descifraban todas las semanas centenares de mensajes de radio de los alemanes, entre ellos los que revelaron el ataque del Matz. Por otro lado, las ofensivas aliadas del 18 de julio y el 8 de agosto fueron por sorpresa, lo que contribuyó enormemente no solo a su éxito, sino también a provocar la exasperación de Ludendorff. La superioridad de la inteligencia de Allenby antes de Megido fue todavía más definitiva[107].

No obstante, la tecnología que más contribuyó al éxito de los británicos fue la artillería. Muchas de las mejoras que experimentó esta arma durante la guerra —como, por ejemplo, su eficacia para la creación de las cortinas de fuego que facilitaban el avance, o su habilidad a la hora de empezar a disparar sin necesidad de preparativos— habían aparecido con anterioridad. En 1917, en el 90 por ciento de las observaciones de contrabatería ya se utilizaba el reconocimiento aéreo[108]. Sin embargo, como demuestra la carrera de Bruchmüller, la revolución que experimentó la artillería no fue un fenómeno exclusivamente británico. En cualquier caso, el año 1918 fue testigo de importantes innovaciones, sobre todo en lo que a la producción se refiere. El Ministerio de Municiones entregó 6500 cañones y obuses en 1917, y 10 700 en 1918, lo que posibilitó cubrir con gran rapidez el vacío dejado por las enormes pérdidas sufridas durante las ofensivas de la primavera[109]. Los cañones británicos dispusieron de más bombas detonantes de las que podían disparar, y también hubo mayor abundancia de bombas de gas. Aunque las nubes de gas de Ypres y Loos siguen constituyendo el ejemplo más evidente de la guerra química de 1914-1918, la cantidad de gas utilizado fue aumentando durante todo el conflicto, año tras año. En 1915 fueron utilizadas 3870 toneladas, cantidad que aumentó a 16 535 toneladas en 1916, a 38 635 en 1917 y a 65 160 en 1918[110]. En el Frente Occidental las bajas producidas por el gas ascendieron a 129 000 en 1915-1917; en 1918 a 367 000, el

2,5 por ciento de las cuales fueron muertos[111]. El gas era menos letal que los explosivos detonantes, pero en 1918 el Frente Occidental se convirtió en un campo de batalla de guerra química cuya imagen no volvería a repetirse hasta la década de 1980 en el curso de la guerra del Golfo, con muchos tipos distintos de gas disponibles y con diversas maneras de lanzarlos, aunque el método predominante fue el de la bomba de gas, que representó el 50 por ciento de las municiones disparadas durante los bombardeos británicos. En Hamel, por ejemplo, se dispararon más de 25 000, y el gas resultó particularmente eficaz en las operaciones de fuego de contrabatería, penetrando en los reductos que protegían de los explosivos y obligando a los artilleros a ponerse las máscaras[112]. A partir de septiembre, en los combates con mayor movilidad disminuyó el uso del gas para no contaminar la atmósfera ni el terreno por el que tenía que avanzar la infantería. A la hora de neutralizar las baterías enemigas fue determinante, sin embargo, la habilidad de los británicos para localizarlas, ya fuera mediante reconocimiento fotográfico aéreo, localizando las detonaciones o calculando la distancia por el sonido (con la ayuda de micrófonos que determinaban la posición de los cañones por las «ondulaciones de aire» generadas cuando estos disparaban)[113]. En Amiens, el 95 por ciento de los cañones alemanes fueron identificados antes de que empezara la batalla, y el 27 de septiembre, en el canal du Nord, el fuego de contrabatería tuvo una efectividad del 80 por ciento[114].

Pero semejantes resultados exigían tiempo y preparación, por no hablar de lo que suponía colocar previamente los cañones en la posición correcta (y hacer las pruebas y correcciones pertinentes antes de empezar a utilizarlos). Además, aunque comenzó a introducirse la radio durante la ofensiva de los Cien Días, en el transcurso de las acciones siguió siendo difícil la comunicación artillería-infantería. No obstante,

británicos y franceses habían encontrado la manera de neutralizar o destruir cualquier sistema defensivo alemán lanzando una tormenta de bombas, tras la cual la infantería bien pertrechada se encargaba de destruir los últimos focos de resistencia con la ayuda de una cortina de fuego móvil que le abría paso y el apoyo de los tanques y la aviación. No hay un factor que explique por sí solo el aumento espectacular de victorias aliadas. Este éxito más bien fue el fruto de saber conjugar las nuevas tecnologías con los procedimientos operacionales; una combinación que se había madurado durante un tiempo, pero que resultó totalmente provechosa cuando fue utilizada con un adversario vacilante. Una parte del mérito la tuvieron los hombres que dirigían las operaciones. Pétain, a pesar de su pesimismo en marzo de 1918, había impulsado las innovaciones en su ejército sin tener en cuenta la opinión contraria de sus subordinados y enfrentándose a Foch y a Clemenceau[115]. Haig y el GHQ, dirigido por personal nuevo y más competente, dieron más libertad de acción a comandantes con talento como Rawlinson, Currie y Monash, y mostraron una nueva voluntad de poner fin a los ataques a su debido tiempo. Además, en el verano de 1918 Haig percibió la posibilidad de terminar la guerra con celeridad, a expensas de un mayor número de bajas a corto plazo, pero tal vez menor a la larga[116]. Foch también la percibió, aunque probablemente los dos se equivocaran al desviar la línea de ataque estadounidense de Saint-Mihiel al sector Mosa-Argonne. Los poderes oficiales de Foch habían ido aumentando de manera gradual, y en junio el gobierno francés privó a Pétain del derecho de recurrir sus decisiones. Sorprendentemente, incluso Pershing se mostró dispuesto a respetarlo, pero Haig no tanto, pues hasta se negó a reforzar a los franceses antes de la batalla del Matz, así como a prolongar la batalla de Amiens. Sin embargo, Foch (que en agosto fue nombrado mariscal de Francia) consideraba que su

papel consistía en dar ánimos y en construir consensos más que en ejercer el mando, y su control sobre las reservas de los Aliados tuvo menos importancia cuando pasaron a la ofensiva. Había madurado y adquirido sabiduría, y su Estado Mayor (pequeñísimo en comparación con el de Eisenhower en 1944-1945) colaboraba en la coordinación de la estrategia aliada con más eficiencia que la que habría podido alcanzarse a través de acuerdos bilaterales, y su labor quedaría reflejada al final en la puesta en marcha de la primera ofensiva general combinada[117].

Una logística flexible, el dominio de los mares y una base industrial poderosa fueron los tres requisitos previos de aquel sistema de avance aliado basado en la movilidad y en el uso intensivo de las tecnologías. En el invierno de 1916-1917, la BEF había reorganizado su logística poniéndola al cargo de civiles expertos en materia de ferrocarril, construyendo más vías y enviando material rodante al continente[118]. Puesto a prueba en medio del caos de la retirada de la primavera, el sistema funcionó perfectamente: en abril de 1918 pudo llegar al frente el mismo número de convoyes con provisiones que en los cinco meses de la batalla del Somme. Durante la ofensiva de los Cien Días emprendida entre agosto y noviembre, la BEF recibió debidamente los suministros necesarios, aunque con mayor dificultad, pues avanzaba por una tierra devastada por el enemigo en retirada, lejos de las terminales de sus líneas ferroviarias[119]. Los franceses también mantuvieron en funcionamiento sus trenes, algo que pudieron hacer gracias al material rodante proporcionado por británicos y estadounidenses. Aunque se vio forzado al límite, su sistema ferroviario no quedó colapsado como había ocurrido con el ruso o como estaba a punto de ocurrir con el alemán y el austríaco. En cuanto a los estadounidenses, mejoraron las maltrechas líneas ferroviarias que unían sus puertos atlánticos y Lorena, aunque ni en Saint-Mihiel ni en el sector de Mosa-Argonne su

plan de aprovisionamiento discurrió con tanta diligencia como los de sus socios.

El segundo requisito previo fue el dominio de los mares, para que tanto los hombres como los armamentos pudieran llegar a los puertos del Atlántico y del canal de la Mancha (por no hablar de los de Italia, Egipto, Grecia y Rusia). Dicho dominio no solo supuso para los Aliados disponer de tropas estadounidenses, sino también importar alimentos, materias primas y mano de obra del resto del mundo. Además de los efectivos procedentes de los Dominios, y de los hombres del norte y el oeste de África que cubrieron las bajas del ejército francés, los franceses trajeron a millares de operarios de Indochina, y en 1917-1918 llegaron de la provincia de Shandong alrededor de 95 000 chinos con el fin de trabajar para la BEF[120]. Si bien en la superficie el margen de superioridad de los británicos se amplió entre 1914 y 1916, en el siguiente bienio este disminuyó de nuevo, a pesar de la ayuda estadounidense (cinco acorazados estadounidenses se trasladaron a Escocia en 1917-1918, y los estadounidenses proporcionaron el 27 por ciento de las fuerzas encargadas de la protección de los convoyes que cruzaban el Atlántico)[121]. Las labores de escolta dejaron a la Royal Navy sin su muro de cruceros y destructores, y los grandes buques de guerra fueron destinados temporalmente a la protección de los convoyes escandinavos. Aunque los acorazados y los cruceros de batalla de Gran Bretaña quedaron concentrados en Rosyth a partir de abril de 1918, en cierta medida los submarinos alemanes cumplieron su viejo objetivo de mantener dispersa la Gran Flota. En enero el Almirantazgo aprobó la recomendación de Beatty (que después del episodio de Jutlandia había sustituido a Jellicoe como comandante general) de que «para la Gran Flota la estrategia correcta ya no consiste en procurar que el enemigo pase a la acción cueste lo que cueste, sino más bien en contenerlo en sus

bases hasta que la situación general nos sea más favorable»[122]. El nuevo comandante había aprendido muy bien la dolorosa lección de Jutlandia. Consideraba que las bombas de su armada seguían siendo inadecuadas, y que solo tres de sus cruceros de batalla estaban en condiciones de combatir en línea contra el enemigo. El Almirantazgo estuvo intranquilo prácticamente hasta la conclusión del conflicto, temiendo que los alemanes capturaran la Flota del Báltico rusa o los puertos del canal de la Mancha[123]. Al final, en 1918 la Flota de Alta Mar zarpó solo en una ocasión: el 22-25 de abril para atacar un convoy escandinavo, que no consiguió localizar. Observando estrictamente la orden de no utilizar las radios, los alemanes se echaron a la mar sin ser detectados, y, aunque a su vuelta rompieron ese silencio (permitiendo así que la Gran Flota saliera en su persecución cuando ya era demasiado tarde), el episodio demostró que los británicos no siempre eran debidamente avisados de sus movimientos. Si bien la estrategia de la Gran Flota fue de contención más que de destrucción, lo que más posibilitó la indemnidad de los alemanes fue su propia contención. Después incluso de lo de Jutlandia, la Flota de Alta Mar seguía viéndose intimidada por su adversaria[124].

En la campaña contra la ofensiva de los submarinos, no se tomó ninguna medida que resultara tan útil para mantener abiertas las rutas de navegación como las misiones de escolta. Es cierto que los alemanes perdieron sesenta y nueve submarinos en 1918, frente a los sesenta y tres de 1917 y a los cuarenta y seis de 1914-1916. Solo en mayo fueron catorce, una cifra récord para aquella guerra. Sin embargo, veintidós de las sesenta y nueve pérdidas fueron debidas a las minas, en cuya colocación se esforzaron los Aliados[125]. La barrera de Dover, recompuesta a finales de 1917 como un nuevo y extenso campo de minas en el que los reflectores y las bengalas de los barcos de arrastre tenían por objetivo obligar a los submarinos alemanes a navegar a baja

profundidad por la noche, probablemente destruyera diecisiete de ellos entre diciembre de 1917 y abril de 1918. Los destructores alemanes provocaron graves daños en ella durante una incursión nocturna llevada a cabo el 14-15 de febrero, en la que hundieron un barco de arrastre y siete traineras, pero no repitieron nunca más una operación semejante ni intentaron lanzar un ataque, como temía Beatty, con grandes buques de guerra. Aquí, de nuevo, la Flota de Alta Mar adoptó una postura de pasividad mientras que a Alemania se le agotaba el tiempo. La barrera de Dover cortó el paso a los U-Boote. Otros submarinos más pequeños de la flotilla de Flandes siguieron pasando por allí, pero a partir de febrero todas las embarcaciones de la Flota de Alta Mar utilizarían una ruta mucho más larga, la del norte; para impedírselo, entre marzo y octubre de 1918 los Aliados colocaron un campo de minas que se extendía desde Escocia hasta Noruega. La barrera del norte fue iniciativa de los estadounidenses, que fueron los principales encargados de colocarla, utilizando minas de dudosa eficacia. Aunque sirvió para hundir seis o siete submarinos, no era una barrera hermética, y tal vez la inversión en ella no estuviera justificada. Podemos plantearnos un interrogante similar respecto a otra operación espectacular (y excepcionalmente aguerrida): la incursión lanzada por los británicos el 23 de abril en Ostende y Zeebrugge, con la intención de cortar el acceso al mar de los submarinos de Flandes mediante el hundimiento deliberado de barcos en los dos canales de salida, pero que fracasó tras sufrir 635 bajas[126].

El sistema de convoyes continuó siendo la mejor apuesta de los Aliados. Durante 1918 se vio extendido para cubrir las aguas del litoral británico, en las que en aquellos momentos los submarinos concentraban su atención. En el Mediterráneo resultó menos efectivo porque no fue tan completo y porque los convoyes llevaban unas fuerzas de escolta menos potentes. Por

otro lado, los intentos de dejar enjaulados a los submarinos alemanes y austríacos mediante el establecimiento de una barrera a través del estrecho de Otranto supusieron, al parecer, una pérdida de tiempo para los buques de guerra aliados, pues poco consiguieron con todo ello. Por esta razón la ruta de abastecimiento a escenarios de la guerra como Salónica y Palestina siguió siendo precaria. En aguas más septentrionales, sin embargo, la nueva tecnología daba sus frutos; normalmente cada buque escolta solía llevar treinta cargas de profundidad (frente a las cuatro de 1917), unas cargas de profundidad que hundieron veintiún submarinos (frente a los seis del año anterior)[127]. Los submarinos utilizaban con frecuencia la radio, y la Sala 40 interceptaba sus mensajes, lo que permitía al Almirantazgo dar las instrucciones pertinentes a los convoyes para que los pudieran evitar[128]. La aviación aliada, sobre todo, hacía más peligrosos los ataques a los convoyes, no porque fuera capaz de hundir submarinos, sino porque los detectaba e informaba de su presencia. Durante 1918, la RAF aumentó el número de los aparatos de sus bases terrestres dedicados a la guerra antisubmarina, que pasó de 22 a 223. Y las armadas de Estados Unidos y Francia también utilizaron una cantidad considerable de aviones, que cada vez más disponían de radio. Aunque el número de submarinos no disminuyó, sí se frenó su crecimiento; la cantidad de naves en servicio fluctuaría entre 128 en enero y 125 en abril, 112 en junio y 128 en septiembre. Los alemanes contribuyeron a ello con demoras en su construcción: de un pedido de noventa y cinco submarinos realizado en junio de 1917, solo llegaron a entregarse cinco[129]. El «Programa Scheer» de otoño de 1918 preveía, cuando ya era demasiado tarde, una expansión masiva hasta alcanzar los 333 submarinos, pero, aunque hubiera seguido la guerra, probablemente no se habría cumplido por falta de recursos[130]. Por otro lado, aunque el número de submarinos se mantuvo, su

efectividad decayó. En marzo de 1917, cada una de las naves de la Flota de Alta Mar destruyó una media de 0,55 barcos diarios, pero en junio de 1918 esta cifra había quedado reducida a 0,07[131]. Las contramedidas puestas en marcha por los Aliados obligaron a los submarinos alemanes a tomar rutas más largas para alcanzar las zonas de sus objetivos, encontrando menos víctimas a su llegada, y quizá evitando a los convoyes incluso cuando los localizaban. Si tenemos en cuenta la situación casi inimaginable que se vivía en un submarino a punto de irse a pique, no es de sorprender que tanto las tripulaciones más jóvenes e inexpertas como las más veteranas y exhaustas no quisieran correr peligro alguno. Los comandantes experimentados y agresivos eran cada vez menos, pues ya habían fallecido muchos de aquel 5 por ciento responsable del 60 por ciento de los hundimientos[132]. En consecuencia, las pérdidas de naves de los Aliados subieron durante los tres primeros meses de 1918, pero cayeron en abril y nunca más volvieron a superar las 300 000 toneladas mensuales (si bien a finales de septiembre se mantuvieron por encima de los niveles de 1915). Además, a partir de abril los nuevos buques mercantes que entraron en servicio superaron en número a los destruidos; y en otoño esta diferencia fue aún mayor. Después de junio, las pérdidas en el Mediterráneo también experimentaron una caída pronunciada y permanente. Aunque no de manera tan espectacular como el triunfo aliado en la batalla del Atlántico de mayo de 1913, los meses de abril y mayo de 1918 supusieron un verdadero punto de inflexión.

En cuanto a la superficie, los alemanes probablemente no supieran sacar el máximo provecho de sus ventajas. Por ejemplo, la táctica de «manada», consistente en un ataque masivo de submarinos por la superficie en plena noche, cuyos efectos serían devastadores en la Segunda Guerra Mundial, solo se puso en práctica en una ocasión, cuando en mayo de 1918 una

docena de U-Boote permanecieron concentrados en aguas occidentales. Cinco buques mercantes fueron hundidos o dañados en el curso de las dos semanas de la operación, aunque 293 fueron escoltados hasta puertos seguros a través de la zona de peligro, pues los submarinos alemanes no podían comunicarse debidamente por radio para converger en un punto, y la Sala 40 detectaba su paradero. Otra oportunidad perdida quizá fuera la de operar en aguas del litoral estadounidense con naves de largo alcance, algo que se intentó a partir de mayo de 1918, pero siguiendo la normativa para el apresamiento de barcos. Los submarinos alemanes hundieron 93 navíos, lo que conmocionó a la opinión pública estadounidense; en el mes de junio se ordenó un apagón general de trece noches en la ciudad de Nueva York por miedo a los hidroaviones enemigos. Sin embargo, aunque los estadounidenses echaron a la mar convoyes costeros, las rutas de navegación del Atlántico siguieron siendo su prioridad, y no ordenaron el regreso de buques de guerra a aguas nacionales[133]. Guillermo II insistía en limitar este tipo de operaciones, y los comandantes de los submarinos alemanes dudaban de su conveniencia[134]. Por último, debemos señalar que los U-Boote atacaron ocasionalmente los convoyes encargados del traslado de tropas estadounidenses (la mayoría escoltados por barcos de la armada estadounidense). Sin embargo, los objetivos de esos ataques eran con frecuencia las naves de carga en vez de las que transportaban a los soldados, y normalmente los destructores repelían la agresión. Un transatlántico alemán requisado, el *Vaterland*, rebautizado como *Leviathan*, transportó él solo 96 804 soldados en diez viajes. Alcanzaba tal velocidad que a menudo realizaba las travesías sin escolta. En total fueron hundidas tres naves para el transporte de tropas en su viaje de vuelta a Estados Unidos, y en febrero una de estas embarcaciones con bandera británica se fue a pique, muriendo en el incidente 166 soldados y 44

marineros de la tripulación[135]. Lo cierto es que, a pesar de la predicción de Holtzendorff de que ningún soldado estadounidense llegaría a Europa, los submarinos alemanes no dejaron de concentrar su atención en los buques de carga, más lentos y vulnerables.

Aunque los Aliados minimizaron la amenaza submarina, sus pérdidas en toneladas continuaron siendo elevadas hasta bien entrado 1918, y nunca lograron recuperarse del gran impacto acumulativo provocado por una serie de resultados anteriores que habían tenido un efecto devastador en sus reservas navieras. El traslado de tropas estadounidenses vino a exacerbar la consiguiente escasez de buques, y no resulta sorprendente que los Aliados tuvieran que racionar las importaciones. A título individual, lo hacían desde 1916, pero en aquellos momentos intentaron coordinar sus esfuerzos con la creación del Consejo Aliado de Transporte Marítimo (AMTC, por sus siglas en inglés) en el curso de la Conferencia de París de noviembre-diciembre de 1917. Se trataba de un organismo integrado por los ministros de Transporte de Gran Bretaña, Francia e Italia, junto con un representante de Estados Unidos, y su junta directiva (el personal permanente del AMTC en Londres) estaba formada por altos funcionarios de los departamentos de los distintos ministerios, que tenían a sus órdenes los «comités de programa» de cada sector. Aunque no fuera una institución de carácter supranacional, por mucho que funcionara por unanimidad y controlara directamente alrededor de 500 000 toneladas de buques fletados por países neutrales, sus deliberaciones tuvieron cada vez mayor influencia. Asumió, entre otras responsabilidades, la de hacer llegar alimentos a Francia y a Italia —para el envío de carbón a Italia se utilizaba el sistema ferroviario francés con el fin de ahorrar en tonelaje—, y ayudas a Bélgica (también en forma de alimentos), así como maximizar en general el empleo del espacio de carga de los

barcos y limitar las importaciones[136]. Su agenda revela claramente las prioridades de la coalición, que, por ejemplo, en el invierno de 1917-1918 fueron los alimentos y el carbón, y en el verano de 1918 las tropas estadounidenses. El armamento probablemente habría escalado puestos en esta lista si la guerra se hubiera prolongado, pero en 1918 estaba relegado a un segundo plano.

De todo ello deriva un hecho importante. Si la segunda condición del éxito de los Aliados fue su dominio de los mares, la tercera fue su tejido industrial. Las armas utilizadas por los Aliados procedían principalmente de Gran Bretaña y de Francia, aunque no debemos olvidar el importante papel que desempeñaron los estadounidenses prestando su apoyo. Tal vez pareciera que con la entrada de Estados Unidos en la guerra se acabarían los problemas para los Aliados. Si consideramos la producción de acero antes de la guerra, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos eran aproximadamente 2,5 veces más fuertes que Alemania y Austria-Hungría[137]. Pero los estadounidenses se revelaron más lentos a la hora de convertir su potencial industrial en armamento de lo que lo fueron sus muchachos a la hora de convertirse en soldados. Se calcula que su PNB subió un 20 por ciento entre 1914 y 1917, pero cayó un 4 por ciento en 1917-1918[138], y su paso de una economía civil a otra de guerra no se llevó a cabo ni particularmente con gran rapidez ni particularmente con gran éxito. El invierno de 1917-1918 fue testigo de una crisis de la producción, debido en parte a las inclemencias del tiempo que provocaron congelamientos en los puertos de la costa Este y paralizaron la actividad en las minas de carbón y el transporte ferroviario. Gran Bretaña y Francia habían vivido un trance similar en 1915, y habían cedido el control de las compras a unos ministerios de Armamento cuyos jefes civiles se distinguían por su carácter enérgico. En Estados Unidos, en cambio, las adquisiciones y el control de los

contratos siguieron en manos del Departamento de Marina y del Departamento de Guerra. El Consejo de Industrias de Guerra (fundado en abril de 1917) carecía de los poderes necesarios para coordinar el proceso, y durante la crisis del invierno dimitieron dos de sus miembros. Este organismo se recuperó bajo la presidencia de Bernard Baruch —nombrado por Wilson en marzo de 1918—, un banquero que utilizó su influencia para disminuir la producción de automóviles civiles. Análogamente, el Departamento de Guerra, bajo la dirección del general Peyton C. March del Estado Mayor, reorganizó los contratos de compras y cooperó más estrechamente con Baruch[139]. No obstante, la producción estadounidense empezó demasiado tarde a funcionar correctamente. En el terreno de la aviación, por ejemplo, Wilson autorizó una investigación secreta del «monopolio de la aeronáutica» porque no se cumplían los objetivos. Solo una quinta parte de los aparatos aéreos de combate de la AEF procedían de Estados Unidos. La industria estadounidense se dedicaba a copiar modelos aliados (especialmente, el bombardero británico DH4), pero con un control de calidad deficiente. Su producción de motores Liberty para aviones pasó de 69 en enero a 3878 en octubre, y probablemente habría sido colosal en 1919, pero lo cierto es que a lo largo de 1918 Francia, con sus 44 563 motores, siguió siendo el líder mundial[140]. De manera similar, la producción estadounidense de cañones de campaña de 75 mm (siguiendo un modelo francés) se multiplicó por cuatro entre abril y octubre, pero sin la industria francesa la AEF nunca habría podido entrar en campaña. A la firma del armisticio, más de dos tercios de sus aviones eran franceses, como lo eran todos sus cañones de campaña, todos sus tanques y prácticamente todas sus bombas[141]. La industria francesa no solo logró esta hazaña, sino que además consiguió renovar el equipamiento del ejército y de las fuerzas aéreas de su propio país bajo la dirección de

Pétain. Pero también Gran Bretaña, cierto que con una capacidad mucho mayor de producción y sin haber perdido las principales regiones industriales, supo pertrechar a su ejército de las bombas y la artillería que este necesitaba, entregándole 30 671 aparatos aéreos en 1918 frente a los 14 832 de 1917[142], además de mantener un enorme complejo de ingeniería para la construcción y la reparación de buques. La producción de guerra de Italia llegó a su máximo en 1918, y en agosto había podido cubrir las gravísimas pérdidas en equipamientos sufridas en Caporetto[143]. Su ejército recibió 3 millones de máscaras antigás británicas y grandes cantidades de armas de todo tipo, incluido un número ingente de bombas. Entre enero y octubre de 1918 disparó más proyectiles que en todo el período comprendido entre los años 1915 y 1917: unos 14 millones, fundamentalmente en dos batallas[144]. En 1918, tanto Gran Bretaña como Francia enviaron de nuevo al frente a los trabajadores de la industria, en contraste con su decisión anterior de priorizar la fabricación. Los aliados del Occidente europeo se beneficiaban en aquellos momentos de unas inversiones en infraestructura armamentista que Estados Unidos aún tenía pendiente llevar a cabo.

Los suministros y las finanzas —más que las armas como producto acabado— fueron los sectores en los que se distinguieron los estadounidenses por su aportación económica. Gracias exclusivamente a los astilleros estadounidenses, la coalición pudo construir en 1918 más barcos que los que perdió, pues la flota mercante británica estaba en continua decadencia. Ese año Estados Unidos construyó más de 3 millones de toneladas, una cantidad equivalente a la producción mundial anual anterior a 1914[145]. También hizo grandes entregas de materias primas y artículos de consumo. En 1918 las compras francesas de acero a Estados Unidos multiplicaron por treinta los niveles de 1913, y las de petróleo por diez[146]. Los

envíos estadounidenses de alimentos a Francia e Italia sirvieron para atajar una crisis de subsistencia que a comienzos de 1918 preocupaba enormemente a sus gobiernos[147]. Pero había que pagar todo esto, y los Aliados europeos habían dejado tan hundidas sus exportaciones que no podían hacerlo sin ayuda. Tras unos comienzos difíciles, los británicos vieron cómo el Tesoro de Estados Unidos se mostraba dispuesto a encontrar una solución razonable, pero después de recibir presiones del Departamento de Estado y del presidente. Cuando se produjo la crisis de la libra esterlina en 1917[*], McAdoo acordó anticipar todos los meses una cantidad de dinero más o menos fija, permitiendo que los créditos estadounidenses apoyaran el valor de la libra en el mercado de divisas e incluso que se satisficiera la deuda contraída por el gobierno británico con J. P. Morgan[148]. Los franceses no se vieron privados de la posibilidad de adquirir productos estadounidenses[149], y la cooperación entre los Aliados apuntaló la cotización del franco hasta que se firmó el armisticio, y en julio de 1918 Estados Unidos y Gran Bretaña prometieron más ayudas para mantener los niveles de cambio de la lira italiana[150]. Sin embargo, debido a la posición central de Gran Bretaña como compradora a Estados Unidos en nombre de la alianza, la liquidez de la coalición dependía de las relaciones financieras anglo-americanas, y Londres y Washington trabajaron estrechamente para crear un bloque de divisas aliadas. Wilson y McAdoo no hicieron por el momento ninguna petición política a cambio, pero insistieron en controlar las comisiones de compras de los países aliados, de modo que a partir de 1917 estos no pudieron adquirir prácticamente nada en Estados Unidos sin la aprobación del gobierno. Por último, McAdoo hizo una solicitud, que fue aceptada por los Aliados en la conferencia celebrada en París en noviembre-diciembre de 1917: la creación del Consejo Interaliado para Compras de Guerra y Finanzas, encargado de establecer un orden de

prioridades en sus adquisiciones[151]. Los Aliados perdieron la facultad de confrontar distintos proveedores, y tuvieron que amoldarse a las demandas que había en el mercado estadounidense y que el Consejo de Industrias de Guerra intentaba coordinar.

Si bien Estados Unidos no fue el «arsenal de la democracia» durante la Primera Guerra Mundial, sí prestó una ayuda preciosa a sus socios, aliviando las limitaciones de sus divisas y ayudándolos a alimentar a su población, mientras estos se concentraban en la producción militar y en proporcionar los efectivos necesarios a sus fuerzas armadas. Además, con la entrada de Estados Unidos en la guerra, los Aliados pudieron intensificar el bloqueo. Los estadounidenses querían que fuera lo más hermético posible, y aumentaron la presión sobre los países neutrales anunciando embargos a las exportaciones: en 1917-1918, las exportaciones estadounidenses a Holanda, Dinamarca y Suecia cayeron precipitadamente, constituyendo apenas el 10 por ciento de las del período de 1915-1916[152]. Por otro lado, como la caída de Rusia vino a minimizar la importancia del tráfico comercial a través de Suecia, Estocolmo se quedó sin una moneda de cambio muy ventajosa. Como de costumbre, la diplomacia funcionó con lentitud, pero en abril de 1918 los Aliados y Estados Unidos alcanzaron un nuevo acuerdo con Noruega, en mayo con Suecia y en septiembre con Dinamarca, todos ellos restringiendo aún más la llegada de productos a Alemania[153]. En marzo Gran Bretaña y Estados Unidos requisaron unos ciento treinta barcos holandeses que estaban anclados en sus puertos. Los alemanes respondieron exigiendo y obteniendo el derecho de transportar mercancías por territorio holandés, pero en 1918 las entregas de alimentos holandeses a Alemania quedaron casi interrumpidas[154]. Ese mismo año las importaciones de Alemania probablemente no representaran más de un 5 por ciento del volumen anterior a la guerra[155]: el

país estaba prácticamente aislado del mundo exterior, y los territorios que ocupaba apenas compensaban aquella situación. Las perspectivas del suministro de alimentos eran las peores desde el «invierno de los nabos» de 1916-1917.

Los Aliados, en cambio, consiguieron mantener el suministro de alimentos a la población civil y militar, e incluso lo aumentaron. Las predicciones de Holtzendorff no llegaron a cumplirse, gracias en parte a los convoyes y en parte a una serie de medidas de diversa índole. En 1917 las importaciones de madera de Gran Bretaña no eran ni la cuarta parte de las de antes de la guerra. En toneladas, el país importaba un 37 por ciento menos de alimentos que en 1913; según cálculos actuales, una diferencia lo suficientemente grande para posibilitar el transporte de 1,3 millones de soldados estadounidenses[156]. Sin embargo, a pesar de la caída de las importaciones, Gran Bretaña mantuvo la producción de municiones, y la dieta de la población civil tal vez resultara en 1918 algo más baja en calorías que en 1914[157]. El hecho de que el gobierno animara a los agricultores a cultivar las tierras de pasto probablemente contribuyera a recuperar en 1918 los niveles de producción de alimentos de antes de la guerra, tras el descenso de 1916. Sin embargo, parece que la causa principal de que pudieran satisfacerse los niveles de consumo fue el «control de alimentos»: por ejemplo, utilizar menos trigo a la hora de fabricar la harina y mezclarlo con otro tipo de cereales[158]. El racionamiento, que en 1917-1918 fue introducido para ciertos productos, sirvió para equilibrar la distribución de alimentos en vez de disminuir el volumen de consumo. A comienzos de 1918 hubo una grave escasez de productos en Londres, y la dieta de la clase trabajadora se hizo menos variada y atractiva, pero la situación de Gran Bretaña fue mucho menos precaria que la de Alemania. La de Francia, con una población urbana más reducida y con un sector agrícola más importante, fue asimismo bastante

favorable[159].

Los Aliados también alcanzaron una mayor estabilidad financiera, así como unos niveles de inflación por debajo de los de Alemania y Austria-Hungría, reduciendo así el peligro de un derrumbamiento como el de Rusia, o al menos posponiéndolo. Este logro fue más fácil para Estados Unidos, aunque, tras entrar en la guerra, su gasto diario en el conflicto fue superior al de Gran Bretaña, Francia o Alemania. Los costes de la intervención excedieron lo calculado por McAdoo, y su Ley de Ingresos de Guerra de 1917 estuvo paralizada en el Congreso durante seis meses, y la de 1918 no fue aprobada hasta después del armisticio[160]. No obstante, Estados Unidos cubrió con los impuestos un porcentaje de los gastos militares superior al de cualquier otro país beligerante (supuestamente, solo un 23 por ciento), y tomaron prestado dinero a un interés más bajo[161]. Las ganancias obtenidas con los préstamos de la libertad de 1917 y 1918 permitieron a Wilson y a McAdoo mostrarse generosos con sus socios, y una de las razones principales de que las presiones inflacionistas fueran menores en los países aliados que en Alemania la encontramos en la mayor habilidad de los primeros para tomar prestado dinero en el extranjero. Una segunda razón, en el caso de Gran Bretaña, fue la capacidad del mercado de descuento de Londres, que absorbía bonos del tesoro que en Alemania estaban bajo el control del Reichsbank y que podía utilizar para respaldar la emisión de pagarés[162]. Pero todos los Aliados fueron sumamente cautos en lo concerniente a las subidas de impuestos por temor a las posibles repercusiones políticas. Aunque los británicos bajaron el umbral del impuesto sobre la renta, las desgravaciones introducidas a partir de 1916 permitieron que la mayoría de los operarios especializados no estuvieran obligados a presentar su declaración[163]. Sin embargo, el impuesto sobre los beneficios extraordinarios supuso en 1918-1919 el 36 por ciento de la recaudación del gobierno central, y

al final de la guerra tanto la patronal como los trabajadores mostraban su descontento[164]. En Italia el ministro de Hacienda de Orlando, Francesco Nitti, abarató las importaciones de alimentos organizando una revaluación de la lira, y afrontó un grave déficit presupuestario con la emisión en la primavera de 1918 del quinto préstamo de guerra italiano. Esto inyectó ingresos en las arcas del gobierno, pero como los bancos absorbieron buena parte de la emisión esta medida no hizo más que aumentar el peligro de que se produjera un estallido del crédito y la inflación una vez finalizada la guerra. En Francia, análogamente, el ministro de Hacienda de Clemenceau, Louis-Lucien Klotz, relajó la disciplina fiscal, y la inflación se aceleró[165]. Los Aliados financiaron una empresa que no podía ser más costosa sin sufrir una hiperinflación ni entrar en bancarrota, pero esta misión resultaba cada vez más difícil.

Por su parte, la alimentación adecuada y la inflación moderada contribuyeron a la estabilidad política. Este consenso fundamental a favor de la guerra fue permanente, y las ofensivas del enemigo no hicieron más que revigorizarlo. Los vencedores también se beneficiaron de un mejor liderazgo. Lloyd George, Clemenceau y Wilson (y en menor medida, Orlando) tenían una capacidad excepcional para erigirse como estandartes de la nación, articulando con elocuencia una justificación liberal y patriótica para seguir en guerra. Lloyd George y Orlando presidían con eficacia unas coaliciones relativamente amplias de pesos pesados de la política. El enfoque de Clemenceau era el opuesto; excluyó de su gabinete a diplomáticos y estrategas, asumió el Ministerio de la Guerra y asignó Asuntos Exteriores a un fiel subordinado, Stephen Pichon, dirigiendo, pues, la guerra en colaboración con un círculo de allegados. El estilo de Wilson fue similar. Estos dos modelos funcionaban bien, y se revelaron mejores que el sistema de Alemania, donde ni Hertling ni Ludendorff sabían comunicarse con el pueblo en general y el

káiser Guillermo II no logró asegurar una visión coordinada de la política. De ahí que las discusiones previas sobre las ofensivas de Ludendorff estuvieran, al parecer, limitadas a los técnicos, quedando las consideraciones políticas de tipo general más marginadas aún que en julio de 1914 y que antes de que se tomara la decisión de emprender una guerra submarina sin restricciones. Hasta septiembre de 1918, los alemanes no reconocieron que la guerra estaba perdida. Posiblemente, los políticos habían acatado durante tanto tiempo los designios de la OHL que ya carecían de la capacidad de iniciativa, al menos hasta que Hintze fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Tras la segunda batalla del Marne, Berlín actuó como si estuviera paralizada, sin adoptar una nueva estrategia o un nuevo curso político. El contraste con las medidas forzosas puestas en marcha por los Aliados durante la primavera para superar su estado de emergencia es sorprendente.

Orlando, Clemenceau y Lloyd George gobernaban unas sociedades cuya unidad política corría peligro, y en las que los sindicatos y la izquierda estaban en parte alienados. Pero las ofensivas austro-alemanas vinieron a revivir en cierta medida el espíritu de 1914. Orlando fue nombrado primer ministro justo antes de la batalla de Caporetto, y sustituyendo a Cadorna eliminó una de las principales fuentes de fricciones políticas. Diaz estableció unas relaciones laborales mucho más fluidas con sus subordinados y con el gobierno. Con los territorios italianos invadidos, los antiintervencionistas se vieron debilitados; el clero y el sector moderado de los socialistas insistían en la obligación de resistir, y Giolitti apoyaba al gobierno, aunque con cautela. Sin embargo, como los principales líderes del PSI seguían oponiéndose a la guerra, las autoridades encarcelaron al secretario del partido y al editor de su periódico *Avanti*!, y procesaron a los líderes del partido de Turín por provocar los tumultos de 1917. De ahí que la unidad se basara en la

represión, así como en la adhesión a la coalición de Orlando y en las medidas estabilizadoras financieras y económicas adoptadas por Nitti. Todas estas consideraciones, sumadas a un importante descenso del número de bajas a lo largo de 1918, permitieron que Italia siguiera en pie durante el resto de la guerra[166].

En Francia, Clemenceau dirigió un gobierno mucho más reducido que los de sus predecesores, del que fueron excluidos algunos veteranos de la política, como, por ejemplo, Briand o Ribot, y la SFIO. Durante el invierno de 1917-1918 tuvo que hacer frente a la vociferante oposición de la izquierda a su política rusa y a su ambigüedad en lo concerniente a los objetivos de guerra, pero se había asegurado una mayoría, y en cuestiones económicas se permitió gobernar por decreto. Como los socialistas ya no estaban en el gobierno, no tuvo la necesidad de conciliarlos, y puso fin a la práctica de celebrar sesiones parlamentarias secretas, hecho que había debilitado a su predecesor. Al mismo tiempo, en calidad de ministro de la Guerra supervisó minuciosamente a Pétain y supo mantener una buena sintonía con Foch hasta el armisticio. Desempeñó con energía un papel constitucional que, como en Italia, tuvo un componente represivo[167]. Así pues, no dudó en solicitar la suspensión de la inmunidad parlamentaria de Caillaux, y mandó detenerlo y encarcelarlo. Algunos activistas contrarios a la guerra como Hélène Brion fueron procesados; e individuos condenados por alta traición, como Bolo Pachá, fueron ejecutados. Las acciones de Clemenceau redujeron la obstrucción parlamentaria a la labor del gobierno y acabaron con los derrotistas, aunque siguió la oposición de los pacifistas y los socialistas a la guerra, un movimiento que probablemente encontró más partidarios entre los trabajadores. Mayo de 1918 fue un mes de huelgas en París y en muchas ciudades de provincia, incluida Saint-Étienne, con sus fábricas de acero y armamento. La mayoría de

las huelgas fueron convocadas a raíz del llamamiento a filas de los trabajadores, y pedían con frecuencia una paz negociada (aunque no a cualquier precio). De ahí que constituyeran una especie de movimiento político, pero no revolucionario, que carecía del apoyo de buena parte de la opinión pública, debido a la situación de emergencia militar; la CGT no se adhirió a él, y las huelgas cesaron rápidamente[168]. Una vez superada por los Aliados la crisis del avance alemán en Chemin des Dames, la posición de Clemenceau en el país y en el Parlamento se vio reafirmada.

Bajo el gobierno de Lloyd George, el Imperio británico empezó a adquirir ciertos rasgos de una coalición por propio derecho. El primer ministro llenó su gobierno y su secretaría de Downing Street de defensores visionarios de una expansión imperial y de unos lazos más estrechos entre la madre patria y sus hijos. Si Asquith había evitado convocar una Conferencia de Guerra Imperial, Lloyd George convocó una en marzo-abril de 1917. Así pues, los dirigentes de los Dominios autónomos acudieron a Londres y participaron en unas sesiones especialmente ampliadas del gabinete (que pasó a denominarse Gabinete de Guerra Imperial), del que Smuts pasó a ser miembro permanente. Los Dominios, por lo tanto, estuvieron mejor informados y fueron más consultados que antes (aunque la matanza de sus tropas en la tercera batalla de Ypres desató las iras de sus líderes contra el Alto Mando británico). De hecho, no solo se añadieron los objetivos de guerra de los Dominios a los objetivos de Gran Bretaña en África y el Pacífico, sino que la Conferencia de Guerra Imperial prometió también consultas continuadas y conceder voz a los Dominios en la política exterior del imperio una vez concluida la guerra. La promesa incluía a la India, cuyos gobernantes británicos y cuyos príncipes también asistieron a la conferencia; y la Declaración Montagu de agosto de 1917 prometió «un gobierno

responsable». Aunque este ofrecimiento de futuras concesiones tenía por objetivo aumentar la contribución del imperio en aquellos momentos, es evidente que la guerra aceleró los procesos a largo plazo de descentralización y devolución[169].

Las concesiones fueron necesarias porque la polarización de la política en los Dominios se intensificó durante la segunda mitad del conflicto, siendo el reclutamiento forzoso el factor catalizador. En Australia este asunto provocó una escisión del Partido Laborista en el gobierno, por lo que el primer ministro William Hughes tuvo que formar una coalición «nacional» y afrontar la oposición de pacifistas, obreros, irlandeses y católicos. En Canadá, el gobierno de *sir* Robert Borden introdujo el servicio militar obligatorio, pero con numerosas exenciones, en gran medida por el temor a entrar en conflicto con el Canadá francés, donde en 1918 estallaron diversos disturbios, concretamente en Quebec. Por último, en Sudáfrica surgió un movimiento nacionalista afrikáner republicano y antiimperialista liderado por James Hertzog. Mientras que Hughes, Borden y Smuts (y William Massey, primer ministro neozelandés) estaban cada vez más comprometidos con el esfuerzo de guerra del imperio, en sus países volvían a abrirse antiguas grietas[170].

En las islas Británicas este último acontecimiento quedó perfectamente reflejado en el sur de Irlanda. Debido al estado de emergencia de la primavera de 1918, el gobierno aprobó a toda prisa una Ley del Soldado que prolongaba de los cuarenta y uno a los cincuenta la edad militar y obligaba por primera vez a los irlandeses a prestar servicio militar (aunque sin combatir). La medida nunca llegó a entrar en vigor, por miedo a una fuerte oposición en un momento en el que el ejército ya estaba al límite de sus posibilidades (pero vino a completar la transición de un nacionalismo irlandés moderado a una variante republicana mucho más dura). Sin embargo, en el resto del país

Lloyd George tuvo por lo general una travesía política menos agitada que Clemenceau, a pesar de que la BEF estuvo a punto de desmoronarse durante las ofensivas de Ludendorff, lo que no solo provocó un grave desafío a su autoridad en el Parlamento, sino que también habría podido tener consecuencias nefastas. El general de división *sir* Frederick Maurice, director de operaciones militares hasta abril de 1918, dijo a la prensa que el gobierno había mantenido reducido el número de hombres de la BEF y que había dejado en Palestina unos efectivos que podrían haber sido trasladados a Francia. Lo que implicaban sus palabras era que las declaraciones del gobierno inducían a error y que este era el único responsable de la derrota. Pero en el «debate Maurice» que hubo en la Cámara de los Comunes el 9 de mayo, Asquith no supo exponer bien este asunto, y Lloyd George consiguió salir del paso con evasivas. Advirtió que, si perdía, estaba dispuesto a dimitir y a convocar elecciones, y la moción que exigía que se creara una comisión para investigar lo ocurrido fue rechazada por 239 votos frente a 106[171]. El primer ministro tuvo la suerte de no tener que afrontar una oposición sistemática de Asquith, que había perdido credibilidad como líder de guerra, y la mitad de cuyos compañeros de partido apoyaban al gobierno. Lloyd George reforzó su posición ante el alto mando después de Passchendaele, la destitución de Robertson y la crisis de marzo, que probablemente perjudicó más a los líderes militares que al propio gobierno. Por último, los conflictos laborales comenzaron a apaciguarse, debido al aumento de las raciones de comida y de los salarios de los obreros especializados, y tal vez debido también al nerviosismo provocado por las negociaciones de paz de los bolcheviques[172]. En Gran Bretaña, así como en Francia, la política interior se volvió cada vez más represiva en 1917-1918, y las autoridades no dudaron en utilizar la censura y la amenaza del reclutamiento forzoso para silenciar a las voces disidentes[173]. No obstante,

puede decirse que durante los meses de emergencia militar cesó prácticamente la oposición de los sindicatos a la política del gobierno, y no volvió a haber huelgas hasta que hubo un cambio de corriente. Incluso entonces, las protestas fueron sobre todo por motivos económicos, y los sondeos de la opinión pública llevados a cabo por las autoridades indicaban en el otoño de 1918 que (como en Francia) esta era partidaria de seguir adelante con la guerra hasta que los alemanes fueran definitivamente derrotados.

Recientes investigaciones históricas han puesto de relieve la «removilización» del apoyo político al esfuerzo de guerra en los países beligerantes en 1917-1918, tras aquel fervor patriótico inicial de 1914-1915[174]. En Francia fue punta de lanza de este esfuerzo la Union des Grandes Associations Contre la Propagande Ennemie (UGACPE), fundada en marzo de 1917, y en Gran Bretaña el Comité Nacional para la Difusión de los Objetivos de Guerra (NWAC, por sus siglas en inglés), fundado en agosto. Ambos organismos fueron sintomáticos del interés cada vez mayor del estado por reforzar la moral de la población civil: la «automovilización» de 1914-1915 había dejado de ser apropiada. Además, la UGACPE estuvo en un principio dirigida contra los sondeos sobre una posible paz lanzados por los alemanes, y el NWAC fue una respuesta a las huelgas británicas de mayo de 1917. A diferencia de las campañas propagandísticas anteriores, estos dos organismos se centraban menos en tareas específicas, como el reclutamiento o la venta de bonos, y más en mantener vivos el apoyo a la guerra y una conciencia patriótica general. Así pues, los dos se centraban en la necesidad de una paz conseguida con la victoria y en el rechazo a una solución de compromiso con un enemigo despiadadamente militarista. Los dos tenían ministros en su comité ejecutivo y estaban al servicio de unos objetivos oficiales, pero los dos declaraban ser independientes. La UGACPE se basaba en redes locales de

maestros y asociaciones patrióticas; el NWAC en las organizaciones de los distritos electorales del Partido Conservador y del Liberal que en 1914-1915 habían dirigido la campaña de reclutamiento parlamentaria. Una y otro suponían, pues, un esfuerzo común del gobierno y las élites sociales, y su envergadura era impresionante. La UGACPE representaba 30 000 sociedades con más de 11 millones de miembros[175]: distribuyó 5 millones de panfletos y organizó más de 3000 mítines en 1917, y muchos más en 1918; ese año el NWAC celebró 10 000 mítines[176]. Pero ninguno de los dos organismos consiguió demasiado apoyo de la izquierda, lo que indica que el consenso estaba debilitándose. Es cierto que el NWAC celebró reuniones con una notable asistencia de público en los barrios de clase obrera y tuvo cierto éxito en su lucha contra la agitación pacifista; pero la UGACPE tuvo poco impacto en la postura de los trabajadores de Francia, donde parece que las ofensivas de Ludendorff afianzaron el ánimo del pueblo más que cualquier otra cosa. En Estados Unidos, el Comité de Información Pública fue todavía más ambicioso: 75 000 conferencias a cargo del cuerpo de voluntarios, los *four-minute men*, 6000 publicaciones de prensa, exposiciones visitadas por más de 10 millones de personas y 75 millones de copias, distribuidas en varias lenguas, de más de treinta panfletos sobre Estados Unidos y la guerra[177]. Su director, George Creel, y los publicitas que este seleccionó supieron comunicar con fervor evangelizador la justicia de la causa de Estados Unidos, pero la movilización ideológica estadounidense tuvo un lado más oscuro. La Ley de Sedición, aprobada en mayo de 1918, prohibía utilizar un lenguaje desleal o soez al hablar de la Constitución, la bandera, el gobierno, el ejército y la marina. Wilson la refrendó para evitar males mayores. La Liga para la Protección de Estados Unidos, una organización privada subvencionada por el gobierno federal, alistó a 250 000 ciudadanos para espiar a sus

vecinos y a sus colegas en el trabajo. Abría correspondencia, interceptaba telegramas y llevaba a cabo redadas contra individuos sospechosos de haber evadido el servicio militar, preparando así el terreno para el «temor rojo» de posguerra[178]. El conflicto armado supuso un grave desastre para los movimientos progresistas y pacifistas estadounidenses, y al fomentar el aumento de la xenofobia nacionalista (por ejemplo, en discursos condenando a las minorías étnicas desleales) el presidente hizo de aprendiz de brujo, debilitando a los partidarios de sus objetivos diplomáticos. Su política interior y su política exterior entraron en contradicción, y aunque previó el peligro, sus propias acciones no hicieron más que magnificarlo. Al final de la guerra, cuando parecía que sus ideales triunfaban en el extranjero, Wilson fue humillado políticamente en su país.

La cuestión de los objetivos de guerra fue esencial para reavivar el apoyo al esfuerzo de guerra. En respuesta al cansancio provocado por la guerra, a las presiones estadounidenses, a la radicalización de la izquierda y a la Revolución rusa, los gobiernos aliados habían empezado a revisar los objetivos que habían ido prefijando a lo largo de 1917, como ponen de manifiesto la Resolución Dumont, la Declaración Balfour y su apoyo a la creación de una Sociedad de Naciones. El discurso de Lloyd George en Caxton Hall y los Catorce Puntos de Wilson constituyeron la culminación de este proceso. Como consecuencia del Tratado de Brest-Litovsk y las arremetidas de Ludendorff, la coalición consiguió una mayor solidaridad diplomática, y pasó a la ofensiva ideológica. Con sus Catorce Puntos, Wilson había intentado atraer a la izquierda tanto de Alemania como de los países aliados y ponerla contra sus respectivos gobiernos, pero dejó de confiar en los socialistas alemanes, y en su discurso de Baltimore del 6 de abril proclamó que «la fuerza, la fuerza hasta el último extremo, ha de decidir

esta cuestión»[179]. Suspendió la campaña contra los objetivos de guerra de sus socios, y los británicos demostraron un mayor apoyo a las pretensiones de Francia sobre Alsacia-Lorena y sus objetivos económicos de posguerra.

Y más espectacular todavía, los Aliados y los estadounidenses convirtieron por primera vez la destrucción de Austria-Hungría en un objetivo público. Previamente, habían prometido territorios de los Habsburgo a Italia, Serbia y Rumanía, y habían fomentado las organizaciones nacionalistas como fuentes de recursos humanos. Así pues, en junio de 1917 se creó un ejército polaco en Francia, y a continuación, ese mismo año, las potencias occidentales reconocieron al Comité Nacional Polaco como el representante oficial del pueblo polaco en el extranjero. Otra organización similar, el Consejo Nacional Checoslovaco, sacó provecho de su autoridad sobre la Legión Checa en Rusia, mientras que el Comité Yugoslavo (formado por exiliados de los territorios meridionales de lengua eslava) se vio obstaculizado por la negativa de Italia a concederle una autoridad similar sobre los prisioneros de guerra serbo-croatas[180]. Pero los Aliados todavía confiaban en poder firmar una paz por separado con Austria-Hungría. Los discursos de Lloyd George y de Wilson de enero de 1918 preveían solo la autonomía de los pueblos de este imperio, mientras que Italia no quería en absoluto que la amenaza austríaca acabara siendo sustituida por otra de un Estado de eslavos meridionales. Esta situación cambió a raíz del Tratado de Brest-Litovsk, el llamado «incidente Czernin» y la crisis provocada por los ataques de Ludendorff. Alemania parecía estar construyendo unos inmensos dominios invulnerables en Europa oriental, y Austria-Hungría no quería romper con ella. De ahí que los Aliados incrementaran su apoyo a las nacionalidades de los Habsburgo por considerar que era la única carta que les quedaba por jugar, no porque desearan particularmente la desintegración de la monarquía dual.

Los franceses mostraron el camino, seguidos de cerca por los estadounidenses y los británicos. Las reivindicaciones polacas fueron las más refrendadas, y en junio de 1918 una declaración aliada dio la aprobación a una Polonia unida e independiente con acceso al mar. Los Aliados esperaban ganarse a los polacos y perjudicar a Alemania y a Austria; además, en aquellos momentos ya podían ignorar la tradicional oposición de Rusia a las aspiraciones polacas[181]. Los italianos no podían ser ignorados de la misma manera, pero la batalla de Caporetto debilitó su posición, y empezaron a preocuparse menos por la posibilidad de que un Estado yugoslavo acabara significando una base naval rusa en el Adriático. Los mediadores británicos abrieron un diálogo entre el gobierno de Orlando y los políticos croatas en el exilio, y el Congreso de Nacionalidades Oprimidas, celebrado en Roma en abril de 1918, puso de manifiesto que en aquellos momentos los italianos veían a los eslavos meridionales como compañeros en la lucha contra la tiranía de los Habsburgo, y que deseaban poner fin a las diferencias territoriales por medio de la autodeterminación. En realidad, los italianos seguían una doble política, y Sonnino continuó siendo ministro de Asuntos Exteriores, mostrando su firme adhesión a lo prometido en el Tratado de Londres de 1915. No obstante, relajaron su postura lo suficiente para permitir que en junio de 1918 los Aliados pudieran expresar su «cálida simpatía» por los yugoslavos y los checoslovacos en «su lucha por la libertad y la realización de sus aspiraciones nacionales»[182]. Esta última cuestión era la fundamental, pues una Checoslovaquia independiente (que era lo que pedían los líderes checos) indicaría sin ambigüedades no solo la mutilación de la monarquía dual, sino su destrucción. La revuelta de la Legión Checa en Rusia aumentó la influencia del grupo de presión checo, y el 18 de junio una declaración estadounidense expresó con claridad que «todas las ramas de la raza eslava deben ser

totalmente liberadas del yugo alemán y austríaco»[183], dando a entender que ya no bastaba la autonomía prevista en los Catorce Puntos. En cualquier caso, en esa fase de la guerra la derrota en la batalla del Piave y la intensificación del separatismo entre los líderes nacionales de los territorios de la monarquía dual indicaban que sería muy difícil evitar su desmembramiento.

Este tipo de pronunciamientos, tras las declaraciones efectuadas por los Aliados en el invierno de 1917-1918, indicaban que la guerra era cada vez más agresiva desde el punto de vista ideológico. Había sido calificada siempre de lucha en defensa de la democracia, la justicia y la autodeterminación frente a unas autocracias opresivas y militaristas; estaba convirtiéndose cada vez más en una cruzada para destruir los regímenes que la habían provocado. Esta reformulación —especialmente por parte de Wilson, que parecía muy alejado de cualquier forma de imperialismo tradicional— contribuyó a una reconciliación con la izquierda moderada con el fin de obtener su apoyo a la causa aliada y estadounidense. También influyó en la última cuestión que se va a abordar en el presente capítulo, la de la moral de las tropas. Con Diaz, un comandante relativamente bondadoso que deseaba subir la moral y mejorar el adiestramiento de sus hombres, el ejército italiano experimentó un proceso de recuperación comparable al del francés bajo las órdenes de Pétain. Las raciones aumentaron, los permisos casi se duplicaron y las famosas ejecuciones sumarias de Cadorna prácticamente cesaron[184]. En el Frente Occidental la moral parece que no constituyó un problema entre la mayoría de los estadounidenses, aunque sí lo fue ocasionalmente la disciplina; no fue ejecutado ningún soldado de la AEF por desertar, pero treinta y tres fueron ejecutados por haber cometido un asesinato o una violación[185]. En cuanto al ejército francés, aunque los observadores británicos y estadounidenses percibieran la prudencia de sus soldados, lo cierto es que sufrió y

causó un gran número de bajas durante 1918, sin que volviera a producirse ningún motín. Lo mismo cabe decir de la BEF, a pesar de que en octubre el GHQ alejó de la primera línea a los australianos tras producirse graves agitaciones, provocadas por la sospecha justificada de que estaban siendo utilizados con demasiada frecuencia como tropas de choque. No obstante, era evidente el contraste con las sublevaciones de los búlgaros y los turcos en septiembre y con la disolución de las fuerzas alemanas y austrohúngaras.

Los Aliados se vieron favorecidos, entre otros factores, por la superioridad de los suministros de alimentos y pertrechos, por seguir una disciplina menos opresiva que a comienzos de la guerra y por la seguridad que proporcionaban unas victorias visibles y la cercanía del triunfo final. Pero, además, durante 1918 los Aliados llevaron a cabo una agresiva propaganda contra los ejércitos enemigos en los distintos frentes del conflicto. La AEF creó una agencia de «propaganda del frente» conjuntamente con el CPI, y cuando llegó el armisticio el servicio de inteligencia militar estadounidense distribuyó más de tres millones de panfletos en las líneas alemanas[186]. La aportación de los Aliados europeos fue aún más impresionante. En marzo de 1918, los franceses crearon un nuevo Centre d'Action De Propagande Contre l'Ennemi para intensificar la propaganda contra el pueblo alemán y su ejército[187], y los británicos también aumentaron sus esfuerzos en este sentido. Hasta 1917, su campaña propagandística en el extranjero más significativa había sido llevada a cabo en Estados Unidos, bajo la discreta dirección de la agencia de Wellington House. Algo parecido era impensable en las Potencias Centrales, y Lloyd George, hombre impaciente que conocía a individuos similares en Fleet Street, quería que se hiciera algo. El resultado, tras varias reorganizaciones, fue el nombramiento en marzo de lord Northcliffe como director de Propaganda en países enemigos, y

el de lord Beaverbrook como ministro de Información[188]. Entre las responsabilidades de Beaverbrook figuraba el Imperio otomano; Austria-Hungría y Alemania eran cosa de Northcliffe. Su misión consistía en influir directamente en la opinión pública a través de todos los medios de comunicación disponibles, y se concentró primero en la monarquía dual como objetivo más vulnerable. En febrero recibió la autorización del gabinete para fomentar las nacionalidades, pero prometiendo autonomía en vez de independencia[189]. Para llevar a cabo esta empresa recurrió al redactor de política internacional de *The Times*, Wickham Steed, y a un historiador, R. W. Seton-Watson. Estos dos hombres animaron a los italianos a tomar el camino que condujo al Congreso de Roma, y ayudaron a crear la Comisión de Padua, una agencia de propaganda interaliada dependiente del Alto Mando del ejército italiano[190]. Tras la batalla del Piave, las derrotadas tropas austrohúngaras constituían una presa fácil. Después de mayo, sin embargo, Lloyd George pidió a Northcliffe que prestara una atención similar a los alemanes[191]. Northcliffe y sus agentes habían instado a los Aliados a que se comprometieran con la autodeterminación para emplearla como arma contra Austria-Hungría, y entonces decidieron utilizar la democratización contra Alemania. Cuando las nuevas agencias civiles se sumaron a los viejos esfuerzos del servicio de inteligencia militar francés y británico, la propaganda inundó los ejércitos alemán y austrohúngaro, del mismo modo que en 1917 la propaganda de las Potencias Centrales había inundado el ejército ruso. Buena parte del material fue lanzado desde unos globos. También se utilizaron aviones contra los austríacos, pero no contra los alemanes, que amenazaron con procesar a los pilotos que capturaran. Los franceses dispararon panfletos con sus cañones, y subvencionaron periódicos dirigidos por alemanes disidentes en Suiza y Holanda. Estas publicaciones entraban a escondidas

en el Reich. En la primavera de 1918, el servicio de inteligencia militar británico producía 1 millón de panfletos al mes y hasta 250 000 copias a la semana de un periódico de trincheras en lengua alemana; entre 1 y 2 millones de panfletos fueron lanzados a los alemanes los días 12 y 13 de julio, poco antes de su última ofensiva[192]. Entre otros temas, hablaban de militarismo, escasez de alimentos o la tensión existente entre Prusia y los estados más pequeños, y denunciaban que esa no era la guerra del pueblo alemán. Sin embargo, fueron muchos los factores que provocaron el derrumbamiento de los ejércitos de las Potencias Centrales, y la propaganda no fue más que la guinda del pastel. Aunque más tarde Ludendorff y Hitler harían hincapié en el papel desempeñado por la propaganda aliada en la caída de Alemania, los dos tenían sus propias razones para exagerarlo[193], y un estudio moderno ha cuestionado la eficacia de la propaganda incluso contra Austria-Hungría[194]. Solo acompañados de millones de bombas pudieron esos millones de panfletos cumplir con su misión.

No obstante, el término «propaganda» adquirió sus connotaciones modernas durante la guerra[195]. La rapidez con la que se desarrolló en los meses finales fue otro signo de que el conflicto estaba entrando en una nueva fase, adoptando muchos rasgos que desde entonces han caracterizado a las grandes guerras. En el verano y el otoño de 1918 una descarga tremenda de energía aliada cayó sobre unos enemigos debilitados. Los Aliados crearon una nueva serie de instituciones coordinadoras: la jefatura de Foch, el SWC, el Consejo Interaliado para Compras de Guerra y Finanzas, el AMTC y los comités de propaganda y bloqueo. Estaban mejor fusionados, como una combinación de democracias unidas por su dominio de los mares. Alimentaban mejor a su población que el enemigo, y mantenían más estables sus respectivas monedas. Ganaron de manera aplastante la batalla de la producción de las

herramientas esenciales para la nueva guerra: las ametralladoras ligeras, la artillería pesada, los tanques y los aparatos aéreos. Combinaron soldados veteranos británicos, franceses e italianos con tropas frescas estadounidenses que fueron trasladadas con gran rapidez. Sus sistemas logísticos fueron sólidos, y desarrollaron tácticas combinadas para las que las Potencias Centrales no tuvieron respuesta. Sus frentes nacionales se recuperaron en parte de la confusión de 1917, y sus dirigentes políticos, a pesar de todos sus fallos, fueron para sus gobiernos una gran fuerza motriz y un verdadero símbolo de unión. Sus objetivos de guerra tuvieron una mejor divulgación, y se asociaron con unos principios generales verdaderamente convincentes. Su coalición contó con numerosos activos inherentes a ella. Pero muchos de esos activos entraron en juego debido exclusivamente a la ofensiva lanzada por las Potencias Centrales entre la batalla de Caporetto y la segunda batalla del Marne; fue ese estado de emergencia el que provocó los Catorce Puntos, la llegada de tropas estadounidenses en grandes cantidades, la jefatura de Foch y la recuperación de la unidad política nacional y de la solidaridad diplomática. Como tantas otras veces en una contienda tan igualada y dura como aquella, el momento de mayor auge de un bando contenía en su interior la semilla de su caída.

17

Alto el fuego

Los Aliados habían superado la crisis de 1917, y las Potencias Centrales habían jugado su última carta, y los dos bandos llegaron al momento decisivo del verano de 1918. Con anterioridad ya habían tenido lugar, sin embargo, cambios parecidos en el equilibrio de las campañas, y en julio y agosto prácticamente nadie con autoridad esperaba que la guerra fuera a terminar muy pronto. La «ilusión de una guerra corta» de 1914 se había transformado en la ilusión de una guerra larga, de modo que cuando se anunció el alto el fuego también fue una sorpresa, que —al menos así lo dirían muchos analizando la situación en retrospectiva— llegó prematuramente. La conclusión inesperada de la guerra es ilustrativa del final de un enfrentamiento armado en general, en parte porque el conflicto había sido hasta entonces tan complejo[1]. Pues, a pesar de los cambios en los campos de batalla, continuaba subyaciendo el mismo triple estancamiento que antes: los dos bandos confiaban en alcanzar la victoria, los gobiernos comprometidos con el conflicto seguían en el poder y sus objetivos de guerra eran demasiado divergentes para llegar a un acuerdo negociado. Era cierto que habían cesado las hostilidades en el Frente Oriental y que a lo largo de buena parte de 1918 había reinado la calma tanto en el frente italiano como en el de los Balcanes. Pero esta disminución de la violencia en escenarios secundarios de la guerra se vio ensombrecida por la convulsión que provocaron en

el oeste las ofensivas de Ludendorff. Además, para poner fin al derramamiento de sangre era necesario que los dos bandos acordaran que no seguirían con el conflicto existente utilizando las armas. Si las Potencias Centrales tenían que pedir un armisticio, los Aliados y los estadounidenses tenían que concederlo, en un momento en el que por fin habían cambiado las tornas, y la situación les era favorable. Lo mismo que la decisión de empezar la guerra, la de ponerle fin debe ser analizada considerándola, en primer lugar, fruto de una valoración racional, por mucho que haya pruebas de que los dos bandos se equivocaron en sus cálculos. Debido al poder de veto de Ludendorff en la política alemana, el punto de partida solo podía ser un nuevo análisis de la situación por parte de la OHL, que el 4 de octubre llevó a Berlín a solicitar un alto el fuego y un acuerdo basado en el plan de paz de Wilson. Cuando los alemanes hicieron pública su petición, sin embargo, Ludendorff confiaba en poder salir prácticamente indemne, o al menos en ganar tiempo para poder darse un respiro. Fue después cuando las Potencias Centrales decidieron aceptar unas condiciones mucho más duras que las previstas en un primer momento. La primera cuestión que hay que considerar, pues, es la solicitud del armisticio, y la segunda la respuesta que dieron los estadounidenses y los Aliados. La tercera es la aceptación de las condiciones del enemigo por parte de las Potencias Centrales, motivada, entre otras cosas, por las revoluciones que acabaron con la monarquía de Guillermo II y con el Imperio austrohúngaro.

Tras la segunda batalla del Marne, Ludendorff seguía pensando que aún podía desgastar a los Aliados con una tenaz acción de resistencia con contraofensivas limitadas[2]. Sin embargo, la batalla de Amiens demostró (como dijo Hindenburg) que el ejército había fracasado tanto en la defensa como en el ataque[3]. Pero en la Conferencia de Spa del 13-14

de agosto Hindenburg seguía pensando, al igual que Ludendorff, que las operaciones defensivas todavía podían paralizar la voluntad de combate de los Aliados, y cuando Hertling hizo hincapié en el agotamiento de la población civil de todo el país por culpa de la guerra, Ludendorff exclamó que, ante este hecho, había que responder con más disciplina y represión. Hintze, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, dudaba de que la determinación de los Aliados fuera a tambalearse, y advirtió que Austria-Hungría no podría sobrevivir otro invierno y que los turcos iban a la suya en los Balcanes. Pero se acordó que Alemania debía buscar una paz tras obtener otro éxito en el oeste, y no de inmediato. Cuando llegó el emperador Carlos para suplicar que se entablaran urgentemente las conversaciones de paz, los alemanes siguieron mostrándose contrarios[4]. Hindenburg y Ludendorff le dijeron a Arz von Straussenburg que, con una reducción del frente y la movilización de más reservas, esperaban igualar la contienda, aunque coincidieron con él en que las Potencias Centrales debían mantener sus ejércitos lo suficientemente intactos para poder conservar el orden interno[5]. Mientras tanto, Alemania mantenía su compromiso con el Tratado de Brest-Litovsk, y mediante los acuerdos complementarios de agosto extendió su influencia en Rusia. También siguió adelante el plan de estrechar relaciones con Austria-Hungría, lo que en octubre dio lugar a un acuerdo para impulsar una mayor libertad de comercio[6]. Como daría a entender el vicecanciller Payer en un discurso pronunciado el 10 de septiembre, los alemanes esperaban conservar su hegemonía en el centro y el este de Europa a cambio de sacrificar sus colonias y aceptar en el oeste el mismo *statu quo* de 1914. Pero todavía se resistían a ceder más que una pequeña fracción de Alsacia-Lorena o a abandonar Bélgica. Lo máximo que pudo conseguir Hintze de la OHL fue acordar que Bélgica recuperara la independencia con la

condición de que ningún otro país pudiera disfrutar en ese territorio de una posición de privilegio por encima de Alemania[7]. Los Aliados tampoco darían su brazo a torcer, como comprobaron los austríacos cuando, el 14 de septiembre, desafiando los deseos de Berlín, pidieron públicamente entablar negociaciones no vinculantes. Después de la batalla de Amiens, los austríacos habían perdido la fe en la invencibilidad de los alemanes, y estaban desesperados por acordar una paz antes de la llegada del invierno, pero los líderes aliados rechazaron de plano su propuesta[8]. Al parecer, el cambio de fortuna en los campos de batalla no había conseguido moderar los objetivos de guerra alemanes, pero sí endurecer los de sus enemigos, y Viena fue pulverizada por las dos piedras de molino.

El verdadero punto de inflexión empezó a producirse en la OHL (en aquellos momentos con sede en la ciudad belga de Spa), donde Ludendorff fue víctima de una especie de crisis nerviosa. Desde mediados de julio, tras dos años como principal responsable del destino de su país, este trabajador infatigable de carácter rígido había comenzado a dar muestras de desfallecimiento. Su temperamento era irascible, sus relaciones con los subordinados y con Hindenburg tensas, y no podía dormir y bebía en exceso. El consejo que había recibido a comienzos de septiembre del doctor Hochheimer, psiquiatra y uno de sus mejores amigos, de pasear y descansar más, solo había servido para aliviarlo temporalmente. El 28, al atardecer, Ludendorff se derrumbó, y decidió que Alemania debía pedir inmediatamente un alto el fuego[9].

Como en 1914, los acontecimientos en los Balcanes provocaron la avalancha. El 28 de septiembre, la noticia de que Bulgaria había solicitado un armisticio abrumó a Ludendorff antes incluso de conocer los términos finales. En virtud de lo firmado el 29, los búlgaros debían desmovilizarse, evacuar Grecia y Serbia y permitir a los Aliados ocupar su territorio para

convertirlo en base de futuras operaciones[10]. Así pues, en aquellos momentos un avance aliado podía revertir el resultado de las victorias de las Potencias Centrales de 1915, cortar las comunicaciones por tierra con el Imperio otomano y volver a amenazar la frontera meridional de Austria-Hungría. Si los Aliados entraban en Rumanía, las consecuencias serían aún peores. Debido a las malas cosechas, Rumanía había perdido importancia como centro para el abastecimiento de grano, pero (así lo dijo Ludendorff a su gobierno) la aviación del ejército alemán dependía totalmente del petróleo rumano, y en su ausencia las reservas se agotarían en dos meses. La mitad de los camiones alemanes y una tercera parte de los submarinos también dependían de él, y la industria corría el peligro de perder su principal fuente de lubricante de buena calidad[11]. Esta vez, a diferencia de lo ocurrido a raíz de la crisis provocada por la intervención de Rumanía en 1916, resultaba imposible taponar el dique balcánico. Las pugnas por los tratados de paz en el este habían fracturado la solidaridad de las Potencias Centrales, y estas no disponían de tantas fuerzas. Así pues, la rendición de Bulgaria tuvo mucha importancia por sí misma, y su impacto en Ludendorff tal vez justifica el argumento de que los esfuerzos de los Aliados en escenarios «de segundo orden» tuvieron mayor relevancia que los llevados a cabo en Bélgica y en Francia. Pero, en realidad, la ofensiva de los Balcanes constituyó un verdadero «golpe de gracia» solo porque se combinó con una presión sin precedentes en el escenario principal de la guerra. A finales de septiembre, la OHL sufrió a lo largo del Frente Occidental una serie de ataques coordinados, que se vieron favorecidos por la superioridad numérica y la capacidad de la artillería. Durante días, Ludendorff fue consciente de que los búlgaros estaban prácticamente vencidos, y habría podido utilizar su petición de alto el fuego como un pretexto para tomar una iniciativa que ya había decidido que

había que tomar. Aunque dijo a sus asesores más próximos que la deserción de Bulgaria significaba que la guerra estaba perdida[12], también mostró una gran preocupación por las batallas del oeste. La ofensiva en el sector Mosa-Argonne había empezado al amanecer del 26, el ataque británico en dirección a Cambrai el 27, y el ataque conjunto de británicos y belgas en Flandes el mismísimo 28, el día en que se efectuó el bombardeo más intenso de toda la guerra antes de que el IV Ejército británico atacara la Línea Hindenburg. Una a una, las posiciones mejor preparadas de los alemanes fueron conquistadas por los Aliados[13]. Las unidades alemanas habían visto disminuir drásticamente el número de efectivos debido a las bajas, las deserciones, las capturas y las enfermedades, y Ludendorff y su Estado Mayor se habían quedado prácticamente sin tropas de reserva[14]. Los informes dirigidos a los mandos del ejército y a la OHL que elaboraban los censores de la correspondencia de los soldados alemanes hablaban claramente del abatimiento de los hombres, sobre todo en la retaguardia[15]. Ludendorff también estaba muy bien informado de lo que ocurría en el frente interior, donde desde julio las inspecciones habían puesto de manifiesto el pesimismo y la angustia cada vez mayor de la población civil[16], y donde el suministro de alimentos seguía siendo precario[17]. No obstante, lo que acabó con la OHL no fue tanto el deterioro gradual de la situación nacional como el estado de emergencia en los frentes de batalla.

La mañana del 28 de septiembre, Ludendorff llegó a la conclusión de que Alemania debía solicitar la paz y para ello tenía que formar un gobierno parlamentario; a última hora de la tarde decidió que debía demostrar la seriedad de sus intenciones pidiendo a Wilson un armisticio inmediato[18]. Pudo comprobar que el presidente estadounidense compartía su visión, pues ambos estaban de acuerdo en que, aunque el Frente Occidental

resistiera, la caída de los Balcanes significaba que la situación militar solo podía empeorar[19]. En todos los sectores las tropas alemanas seguían encontrándose en territorio enemigo, pero la diferencia fundamental era que en aquellos momentos ya no quedaban comodines con los que jugar. Incluso era absurdo considerar la posibilidad de agotar al enemigo mediante una defensa férrea. Sin embargo, no se trataba ni de llevar a cabo una simple valoración técnica ni de decidir solicitar un alto el fuego a cualquier precio. Era prioritario, como dijo luego Ludendorff a los miembros de su Estado Mayor en una emotiva conferencia, evitar que la derrota provocara una retirada desordenada del ejército convirtiéndolo en un instrumento inútil para combatir la revolución. Los soldados ya estaban envenenándose de ideas socialistas, las unidades poco fiables eran retiradas del frente, y «resultaba imposible confiar en las tropas». Los Aliados estaban a punto de emprender un avance «en masa», y había que evitarlo. Ludendorff tenía la intención de hacer entrar en el gobierno a los políticos de izquierdas cuya conducta consideraba responsable del desastre, para darles a probar la propia medicina que ellos habían creado. En privado comentó que aceptar el plan de Wilson tal vez no fuera perjudicial, pues los Catorce Puntos eran imprecisos y estaban abiertos a distintas interpretaciones; además, si las exigencias del enemigo resultaban excesivas, Alemania podría reemprender los combates tras haberse dado un descanso. Este supuesto demostraba una gran ingenuidad, sobre todo porque, a pesar de recibir numerosas advertencias, Ludendorff subestimaba el riesgo de que la solicitud del armisticio acabara desembocando en el derrumbamiento del orden y la disciplina que tanto temía[20].

El cambio de rumbo de la OHL había abierto un claro, pero fueron Hintze y el ministro de Asuntos Exteriores los que percibieron con nitidez cómo podían explotarlo. La relevancia

de Hintze era mucho mayor de lo que su breve ejercicio en el cargo podría sugerir. Probablemente se diera cuenta antes de Ludendorff de que Alemania necesitaba reducir pérdidas. Sus fuentes diplomáticas indicaban que Berlín y Washington compartían algunos intereses, como el libre comercio o la libre navegación, y que tal vez fuera posible enfrentar a Estados Unidos con Gran Bretaña y Francia. Aunque los estadounidenses abandonaran su propio plan, Hintze pensaba que la aceptación del mismo podía proporcionar una base sobre la que revisar más tarde los términos de un tratado de paz. Sus fuentes también indicaban que Alemania podía conseguir unas condiciones más favorables si cambiaba su sistema político, y Hintze creía que la mejor manera de atenuar el seísmo político que iba a producirse tras la derrota sería emprendiendo una democratización perfectamente orquestada: una «revolución desde arriba» para evitar otra desde abajo[21]. De hecho, antes incluso de la caída de Bulgaria, la derrota y la escasez habían revivido el agitado ambiente político de julio de 1917. El káiser Guillermo II era criticado públicamente, como también lo era Hertling, cuya ley de la reforma del sistema electoral había sido bloqueada en la Cámara Alta de Prusia. La situación estaba madura para un cambio de ministro y para que los socialistas compartieran la responsabilidad de la derrota haciéndolos entrar en el gobierno. Sin embargo, el SPD no estaba dispuesto a formar parte del gobierno si no se modificaba la Constitución para permitir que los ministros fueran diputados del Reichstag, a lo que Hertling se negaba[22]. Fue entonces cuando Hintze decidió saltarse la autoridad del canciller. El 28 de septiembre, al margen de lo que estaba sucediendo en la OHL, un memorando de sus secretarios instaba a formar un gobierno nacional general con la colaboración de los líderes de los partidos del Reichstag; «en el momento oportuno» debería informar en secreto a Wilson que aceptaba los Catorce Puntos y

pedir al presidente estadounidense que organizara un acuerdo de paz. Ese mismo día, el Estado Mayor de Ludendorff invitó —sin consultarlo con su jefe— a Hintze a Spa. El plan de Hintze no contemplaba ni pedir un armisticio ni actuar de inmediato; Ludendorff temía que un cambio de gobierno retrasara las cosas. Pero con Hintze en Spa (y en ausencia de Hertling) las dos concepciones podían fundirse. La mañana del 29, Hindenburg y Ludendorff convencieron a Hintze de la urgencia de la situación militar; Hintze obtuvo de ellos el apoyo para su «revolución desde arriba», y los tres se entrevistaron con el káiser, y probablemente lo persuadieron de que, a pesar de su desconfianza hacia Wilson, aquella era la mejor manera de salvar el trono. Todos los implicados rechazaban la alternativa de una dictadura[23]. Por lo tanto, la Alemania imperial intentaría simultáneamente democratizarse y librarse de la derrota. Se embarcaba en una iniciativa —que sería la última para ella y también la más peligrosa— basada en unas expectativas infundadas sobre Estados Unidos; una iniciativa que no preveía que la solicitud pública de un armisticio haría tambalear sus alianzas y la poca unidad nacional que le quedaba.

Antes de que el plan pudiera ponerse en marcha, el cambio de gobierno empezó a provocar retrasos. Cuando llegó Hertling a Spa aquella tarde comprobó que las decisiones críticas ya habían sido tomadas sin contar con él. Al igual que en 1914, el káiser Guillermo hacía política de manera impulsiva en cónclaves *ad hoc* sin permitir deliberaciones colectivas. El canciller dimitió en vez de aceptar el cambio constitucional, y Hintze siguió sus pasos, afirmando que su continuidad en el gobierno debilitaría la apariencia de liberalización. El 30 fue elegido el príncipe Maximiliano de Baden para sustituir a Hertling, un hombre aceptable para Ludendorff, pues era el heredero al trono del gran ducado, pero también un liberal con fama de moderado en lo concerniente a los objetivos de guerra.

Hasta entonces, tanto los políticos como el emperador se habían limitado a aceptar el programa de Ludendorff sin haberlo interrogado acerca de sus valoraciones militares. El príncipe Maximiliano, en cambio, se daba cuenta del riesgo que podía suponer admitir públicamente la derrota, y no estaba tan seguro de que las perspectivas fueran tan desoladoras como las pintaba la OHL. Quería más tiempo para preparar a alguien que se encargara de sondear las posibilidades de una paz. El 2 de octubre, sin embargo, dos acontecimientos inesperados hicieron que cambiara de opinión[24]. El primero fue un informe de los líderes de los partidos, elaborado por el comandante Von dem Bussche en nombre de la OHL. Bussche explicaba que la caída de Bulgaria constituía una amenaza para la vía de abastecimiento de alimentos a través del Danubio y para las comunicaciones con Turquía, mientras que en el oeste Alemania se enfrentaba a ataques masivos apoyados por tanques y tropas estadounidenses, en un momento en el que sus efectivos estaban al borde de la extenuación. Probablemente se viera obligada a abandonar muy pronto grandes territorios, y cuanto más debilitada estuviera, más duros serían los términos de la rendición. El informe dejó perplejos a todos los que lo leyeron. Con anterioridad, la OHL había afirmado que seguía siendo posible una salida airosa de la situación, pero en aquellos momentos parecía evidente que la guerra estaba irremediablemente perdida[25]. El segundo hecho se produjo aquel mismo día a última hora, cuando el káiser dejó bien claro a Maximiliano que no había sido nombrado canciller para ponerle dificultades al Alto Mando. El príncipe seguía temiendo que la solicitud de un armisticio exacerbara el espíritu beligerante de los Aliados y debilitara la posición de Wilson, pero ante la insistencia continuada de Ludendorff, el gabinete decidió por fin enviar la nota, que salió la noche del 4/5 de octubre. Era una nota breve y sencilla, en la que se pedía a

Wilson que se encargara de los preparativos de un armisticio inmediato y de unas negociaciones de paz en las que Alemania estaba dispuesta a aceptar como punto de partida los Catorce Puntos y las soluciones que el presidente estadounidense había planteado en sus discursos posteriores[26].

La iniciativa parecía emanar no ya de la OHL, sino de un nuevo gobierno que representaba al SPD, al centro católico y a los partidos liberales que constituían la mayoría en el Reichstag, y se comprometía a llevar a cabo una reforma democrática[27]. La intención de Ludendorff era cargar a la oposición parlamentaria con la responsabilidad de haber admitido la derrota. De hecho, en aquellos momentos Ludendorff veía con más serenidad la situación en el oeste y predecía una retirada ordenada en vez de precipitada y caótica, aunque seguía pensando que el armisticio era urgente[28]. Esta nueva valoración viene a confirmar la evidencia de que el 28 de septiembre se había dejado llevar por los nervios, por mucho que más tarde lo negara. Pero la OHL había abierto el camino para el plan de Hintze, el káiser Guillermo lo había aceptado prácticamente sin discusiones y el nuevo gobierno inexperto enseguida se ajustaría a él. En el otoño de 1918, las Potencias Centrales iban a ser derrotadas en cualquier caso, si bien en primer lugar su iniciativa determinaría el momento preciso y las circunstancias del fin del conflicto. Sin embargo, solo podría hacerlo en conjunción con una respuesta del otro bando.

La petición de un armisticio por parte de los alemanes fue uno más de una larga serie de esfuerzos llevados a cabo con el fin de dividir a sus adversarios, aunque debemos admitir que esta vez por medio de un alto el fuego general (y a ser posible transitorio) en lugar de una paz por separado. Daba por hecho que apelando al presidente de Estados Unidos en vez de al conjunto de los Aliados, y aceptando en principio el plan de paz de Wilson, las Potencias Centrales podían librarse de demandas

más extremas. La OHL no estudió detalladamente los Catorce Puntos hasta el 5 de octubre[29], pues Ludendorff estaba convencido de que eran susceptibles de una nueva interpretación y de que Berlín podía echarse atrás si las condiciones del enemigo eran demasiado draconianas[30]. Los políticos alemanes, sin embargo, habían prestado más atención a este asunto. El comité coordinador de los partidos que componían la mayoría del Reichstag había acordado en febrero que los Catorce Puntos constituían un punto de partida aceptable para alcanzar una paz, siempre y cuando Alemania no perdiera territorios (y, de hecho, Wilson había dejado cierta libertad de acción en lo concerniente a Alsacia-Lorena)[31]. Si bien el propio Maximiliano quería eludir los Catorce Puntos de Wilson, Erzberger y Philip Scheidemann (principales representantes del centro católico y el SPD en el nuevo gobierno) insistían en que fueran aceptados sin ambages[32]. Desde que el presidente había expuesto sus condiciones, la táctica obvia había sido apelar a él, y en el otoño de 1918 Wilson volvió a distanciarse de sus socios en la guerra. House le aconsejó que atara de manos a los «reaccionarios en el poder» de los países aliados europeos antes de que el éxito militar los hiciera menos conciliadores[33], y el presidente intentó hacerlo en su discurso pronunciado en Nueva York el 27 de septiembre, en el que invocó una paz basada en la justicia imparcial y condenó «ciertas combinaciones especiales movidas por el egoísmo económico» al margen de la Sociedad de Naciones, haciéndose eco así del temor de los alemanes de verse excluidos de los mercados internacionales una vez acabada la guerra[34]. Estaba buscando la oportunidad de amarrar a sus socios antes incluso de que llegara la petición de los alemanes.

Entre el 4 y el 23 de octubre, mientras seguían los combates, el mundo fue testigo de un curioso espectáculo: el intercambio de mensajes entre Berlín y Washington al margen de los Aliados

europeos. Wilson envió tres notas a Alemania el 8, el 14 y el 23 de octubre, y Alemania contestó el 12, el 20 y el 27 de octubre. En consecuencia, Wilson se puso manos a la obra con el fin de negociar un armisticio y una paz basada en sus Catorce Puntos, y como parecía que había alcanzado un acuerdo por separado con Alemania, centró su atención en Gran Bretaña, Francia e Italia. Combinó el papel de parte interesada y árbitro. Pero su conducta fue menos imparcial de lo que pueda parecernos, y los alemanes tuvieron que ceder mucho terreno en comparación con las previsiones de Ludendorff y de Hintze. Pero, para empezar, Wilson no sabía cómo actuar e iba un poco a tientas. Apenas tenía información acerca de las verdaderas intenciones de los alemanes, sus asesores le daban consejos contradictorios[35] y buena parte de la prensa y del Congreso querían que rechazara la propuesta. No obstante, decidió seguir adelante, probablemente porque percibió la oportunidad de conseguir que los dos bandos se comprometieran con sus términos. Sin consultar a sus socios, el 8 de octubre envió una respuesta a modo de globo sonda para ver si los alemanes se ponían al descubierto. Preguntó si aceptaban los principios de sus discursos y en nombre de quién hablaba el gobierno del príncipe Maximiliano. La única condición militar que citó fue la evacuación de los territorios aliados, sin estipular plazo alguno, y su lenguaje ambiguo hizo pensar a los alemanes que podrían retirarse a sus fronteras sin prisa, a su ritmo, y que ni siquiera tendrían que marcharse de Alsacia-Lorena.

En cambio, la segunda nota de Wilson, enviada el 14 de octubre, expuso claramente las condiciones del presidente y marcó el inicio de la fase decisiva. Estuvo motivada en parte por un nuevo incidente provocado por un U-Boote que el 12 de octubre había torpedeado y hundido un transatlántico británico, el *Leinster*, matando a 450 personas, entre ellas 135 mujeres y niños[36]. El momento difícilmente habría podido ser menos

propicio, y la nueva nota exigía que se pusiera fin a «prácticas ilegales e inhumanas». Pero también hubo otros factores que endurecieron la postura del presidente. Se acercaban las elecciones de mitad de mandato, y buena parte de la oposición republicana exigía una rendición incondicional de Alemania. El 7 de octubre, en un debate en el Senado que se caracterizó por la intransigencia de los oradores, incluso los senadores demócratas habían pedido seguir con lo de Berlín, y el presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores había dicho que sería «absolutamente deleznable detenerse ahora». Wilson quedó conmocionado por «cómo la locura de la guerra se ha apoderado de nuestra gente», y aceptó las recomendaciones de sus asesores, que se oponían a firmar una paz con los culpables de la guerra o a conceder una ventaja estratégica a Alemania. Además, cuando los jefes de gobierno de los países aliados advirtieron que no bastaba con una evacuación de los territorios aliados y que las condiciones del armisticio debían recoger las opiniones de sus expertos militares, el presidente estadounidense les aseguró que estaba de acuerdo con ellos. De ahí que la nota del 14 de octubre estipulara que el alto el fuego debía garantizar la «actual superioridad militar» de los Aliados y que el «autoritarismo arbitrario» que regía en Alemania tenía que ser destruido o desprovisto de todo poder. Esta nota reflejaba mucho mejor que la primera la verdadera posición de Wilson: deseaba la paz, siempre y cuando los alemanes aceptaran sus condiciones, pero les permitiría que utilizaran el armisticio para sacar un beneficio militar, y exigía cambios constitucionales reales.

La respuesta de Alemania del 20 de octubre aceptaba aparentemente esos puntos: prometía detener los ataques con torpedos contra buques de pasajeros, insistía en que los futuros gobiernos serían responsables ante el Reichstag y accedía a que los asesores militares de los Aliados decidieran los términos del

alto el fuego. Pero entonces, en un episodio que recuerda el asunto del telegrama Zimmermann, los británicos mostraron a Wilson un cablegrama que habían interceptado, enviado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán a su consulado en Georgia, en el que se contemplaba la posibilidad de orquestar una serie de llamamientos a nivel local solicitando que la guarnición alemana se quedara en la zona. Wilson vio en todo esto una prueba más de «traición y engaño» por parte de los alemanes, y en su tercera nota del 23 de octubre accedió a presentar a sus aliados la solicitud de armisticio formulada por Berlín, pero reiterando que el alto el fuego debía implicar que Alemania no se opondría a la firma final de un tratado de paz y (aunque no exactamente con estas mismas palabras) que se veía en la obligación de exigir que se pusiera fin al control de la política ejercido por el káiser. Como mínimo requería la instauración de una monarquía plenamente constitucional y un control parlamentario sobre el alto mando. En privado, el presidente deseaba la permanencia de Guillermo II en el trono, pero solo nominalmente, pues lo consideraba incluso una garantía de que Alemania no cayera en manos bolcheviques. Sin embargo, no bajaba la guardia, y los directores de la campaña electoral de su Partido Demócrata le advirtieron de que no convenía que se expusiera demasiado para que no lo acusaran de mostrarse blando con el enemigo. No obstante, en aquellos momentos la mayoría de los miembros de su gabinete y buena parte de la prensa habían hecho piña para apoyarlo, y estaban dispuestos a aceptar un armisticio, siempre y cuando este contemplara las garantías pertinentes[37].

Los alemanes habían permitido la intromisión de Estados Unidos en sus asuntos internos y habían aceptado que los asesores militares aliados decidieran los términos del armisticio. Este último punto era de importancia crucial, pues significaba que el alto el fuego confirmaría la superioridad de los Aliados,

impidiendo que se reemprendiera la lucha armada, y Berlín accedió a él solo tras sufrir una grave crisis militar y civil. Ludendorff se había recuperado de su ataque de pánico, y el 9 de octubre le dijo al príncipe Maximiliano que el ejército podía defender las fronteras «durante mucho más tiempo». Sin embargo, la primera nota de Wilson sugería que Alemania podía salir del atolladero evacuando los territorios aliados (y no abandonando necesariamente las zonas del este de Europa), y la OHL quería conservar intacto su ejército para utilizarlo como instrumento de presión en el curso de las negociaciones de paz[38]. En cambio, la nota del 14 de octubre puso fin a esa falsa sensación de seguridad, provocando demandas desde el derecho a una *levée en masse*: rompiendo las negociaciones y llamando a filas a todos los hombres disponibles, según el modelo de la Revolución francesa. Pero el príncipe Maximiliano y sus ministros, conscientes de que las ciudades de Alemania anhelaban la paz, temían que si no satisfacían ese deseo, la revolución acabaría con ellos como había acabado con los liberales en Rusia. No eran partidarios de seguir con el conflicto armado insistiendo en una guerra submarina sin restricciones, pues pensaban que difícilmente contaría con el apoyo popular[39]. Antes de emitir un dictamen, sin embargo, el gabinete revisó todos los aspectos de la situación de Alemania en el curso de una sesión maratoniana que se celebró el 17 de octubre; la decisión de poner fin a la guerra fue adoptada, de hecho, tras llevar a cabo unas valoraciones mucho más serias y profesionales que las que habían llevado a Alemania a empezar el conflicto.

Ludendorff comunicó entonces que si lograban resistir unas pocas semanas más, la presión en el oeste disminuiría por la llegada del invierno. Un avance aliado era «posible», no «probable». Ludendorff y (más enfáticamente) Scheer, su homólogo de la marina, pensaban que, si aguantaba hasta 1919,

Alemania podía conseguir unos términos más favorables. De hecho, en opinión del primero, era imposible concebir unas condiciones peores, a lo que el príncipe Maximiliano replicó que aún peor podía ser la devastación y la invasión. Pero Ludendorff se negaba a admitir que las cosas estuvieran tan mal. El sucesor de Hintze como ministro de Asuntos Exteriores, Wilhelm Solf, comentaba que la OHL había coaccionado al canciller para que pidiera un armisticio, pero como ello implicaba tomar decisiones difíciles, el cuartel general había reafirmado que Alemania podía resistir en cualquier caso. En realidad, había buenas razones para indicar que, con la campaña avecinándose a su fin por la llegada del invierno y el ejército retirándose ordenadamente, Ludendorff había sobredimensionado los peligros existentes, y su nueva opinión era más realista, aunque de sus testimonios se desprende que resultaba sumamente complicado ver cómo podían mejorar las cosas a partir de la primavera, y en este caso seguía siendo de aplicación la lógica original de que era mejor detenerse antes de que la situación empeorara. Pero el gabinete llegó a la conclusión de que Ludendorff era un oportunista, cuyas valoraciones eran interesadas. El príncipe Maximiliano había perdido la confianza en él, y creía que en pocos meses la situación de Alemania sería desesperada, sobre todo por haber perdido el petróleo de Rumanía. El gobierno acordó que las negociaciones debían continuar, a sabiendas de que eso suponía una serie de concesiones; interrumpió, pues, los ataques contra buques de pasajeros, y (cuando la armada protestó, alegando que era imposible cumplir las normas de navegación) ordenó en secreto poner fin a todas las operaciones de los submarinos. No obstante, esta medida sirvió para reavivar a la vieja coalición de 1916, y la OHL apoyó la opinión de Scheer, quien insistía en continuar la guerra submarina y en que Alemania debía romper las conversaciones en vez de someterse. Probablemente,

Ludendorff buscara un pretexto para distanciarse de una empresa que había acabado convirtiéndose en algo muy distinto a lo que había imaginado, pero Ruperto de Baviera, comandante general del grupo de ejércitos que llevaba su nombre en el Frente Occidental, hacía ya algún tiempo que avisaba al canciller de que las tropas estaban exhaustas, y había que seguir con las negociaciones. De ahí que el príncipe Maximiliano se aviniera a aceptar las condiciones de Wilson, tras conseguir el beneplácito del káiser (que se oponía a abandonar la campaña submarina) después de amenazarlo con presentar la dimisión. Todo esto provocó un enfrentamiento entre el káiser y el Alto Mando; y, aunque las relaciones de Guillermo II con Ludendorff habían sido siempre tensas, fue entonces cuando alcanzaron su momento de máxima tirantez[40].

La tercera nota de Wilson completó el proceso. Como en ocasiones anteriores, el gabinete alemán temía que el reclutamiento forzoso de elementos de la clase trabajadora para efectuar un último intento desesperado de resistencia, desembocara en una revolución, y no percibía que hubiera necesidad alguna de interrumpir las conversaciones; además, se daba cuenta acertadamente de que Wilson no insistía en la destitución del káiser. Hindenburg y Ludendorff, en cambio, se plantaron en Berlín sin permiso y emitieron unilateralmente una orden dirigida al ejército en la que afirmaban que la nota era inaceptable. Fue entonces cuando el príncipe Maximiliano tuvo la prueba de insubordinación flagrante que necesitaba para insistir en que era imprescindible efectuar cambios en el Alto Mando, y Guillermo II estaba lo suficientemente furioso para superar su temor hacia Ludendorff. Tras un enfrentamiento con el soberano muy subido de tono el 26 de octubre, Ludendorff pidió ser sustituido, y el káiser aceptó, ordenando, sin embargo, que Hindenburg permaneciera en el cargo, lo que abrió una brecha definitiva entre los dos generales. El sucesor de

Ludendorff, Wilhelm Groener, había sido destituido en 1917 como jefe del Kriegsamt porque Ludendorff consideraba que simpatizaba demasiado con las reivindicaciones de la clase trabajadora. Desde el punto de vista político, era un hombre mucho más flexible y astuto que su predecesor, y el 26 de octubre marcó el final del poder de veto de la OHL en asuntos políticos. Por otro lado, el nuevo gobierno empezaba a introducir leyes que permitieran a sus ministros ocupar un escaño en el Reichstag y exigieran que el canciller gozara de la confianza de este. En el futuro, el canciller o el ministro de la Guerra (en vez de la casa del káiser) deberían encargarse del nombramiento de los oficiales, y para declarar la guerra sería necesario obtener la aprobación del Parlamento. Juntos, estos cambios tendrían que bastar para someter a los militares y para convertir a Guillermo en un monarca constitucional[41]. Si Wilson estaba dispuesto a conceder una paz basada en los Catorce Puntos, las autoridades alemanas ya podían y querían aceptar sus condiciones.

Hasta entonces las negociaciones habían sido en gran medida cosa de Washington y Berlín. Quedaba por introducir el tercer elemento de la ecuación. Gran Bretaña, Francia e Italia habían estado mucho más tiempo en guerra y habían sufrido pérdidas mucho mayores que Estados Unidos, además de haber cargado con el peso de buena parte de los combates incluso en 1918. En aquellos momentos corrían el peligro de encontrarse ante unos hechos consumados que las comprometía con un plan de paz que sus gobiernos veían con recelo y sobre el que nunca habían sido consultados. Con su discurso de Nueva York, Wilson había intentado que se adhirieran a su proyecto, y había utilizado su correspondencia sobre el armisticio con el mismo objetivo en mente, llegando a decir el 20 de octubre a los miembros de su gabinete que tal vez tendría que adoptar medidas coercitivas si sus socios empezaban a poner problemas[42]. En el curso de la

misma reunión, McAdoo advirtió de las implicaciones financieras que podía tener el hecho de prolongar la guerra hasta 1919, incluso para una economía tan fuerte como la de Estados Unidos. Para el presidente, sin embargo, probablemente fuera más importante el hecho de que una prolongación del conflicto pudiera socavar sus objetivos políticos, pues intensificaría los sentimientos xenófobos y debilitaría en el país el apoyo a un plan de paz moderado, mientras que una victoria demasiado abrumadora disminuiría su influencia sobre los países aliados europeos[43]. Por otro lado, Francia y Gran Bretaña deseaban alcanzar una solución del conflicto antes de que Estados Unidos acabara dominando la coalición de una manera incluso más rotunda, pues esto concedería a los estadounidenses un papel decisivo en la eventual conferencia de paz. Las diferencias entre los vencedores explican la paradoja de que una suavización de los objetivos de guerra de Alemania no fuera compensada por un reforzamiento de los de los Aliados, y por qué había suficientes intereses comunes para restaurar la paz.

Los líderes aliados discutieron las condiciones del armisticio en dos conferencias celebradas en París, una entre el 6 y el 9 de octubre, y otra entre el 29 de octubre y el 4 de noviembre. La primera, en la que los estadounidenses no estuvieron representados, se celebró para hablar de las consecuencias del armisticio de Bulgaria, pero cuando fueron informados de la nota del príncipe Maximiliano del 4 de octubre, los primeros ministros de los países aliados europeos estudiaron dos propuestas de alto el fuego para Alemania elaboradas por Foch y por los representantes militares permanentes del SWC. No llegaron a ninguna conclusión, aunque sí le dejaron bien claro a Wilson que tenía que consultar a sus asesores militares. Si bien estaban molestos por el unilateralismo estadounidense, los gobiernos de París y de Londres querían detener la guerra si las condiciones eran justas, pero creían que sería imposible

reemprender el combate, y por lo tanto exigían garantías de todo lo que solicitaban[44]. Poincaré cuestionó el principio de un alto el fuego, aunque Clemenceau se puso hecho una furia por su intromisión y le prohibió futuras intervenciones. En cambio, ni Foch ni Pétain insistieron en seguir el combate, pero Foch aconsejó que el gobierno ocupara todos los territorios —incluido el de la margen izquierda del Rin— que Francia pretendiera controlar en el tratado de paz, y Clemenceau aceptó su recomendación. Además, a finales de octubre las noticias y las pruebas que llegaban a París apuntaban a que Alemania aceptaría prácticamente cualquier condición. Las cláusulas militares preparadas por Foch, tras las consultas pertinentes con Clemenceau, preveían que los alemanes se retirarían y los Aliados ocuparían no solo toda Francia, Bélgica, Alsacia-Lorena y la cuenca del Sarre, sino también la margen izquierda del Rin y tres cabezas de puente en su margen derecha, dejando expuestas las concentraciones industriales del Ruhr y Frankfurt y situando tropas aliadas en todas las zonas que tal vez Francia quisiera reivindicar[45].

Los británicos se mostraron más cautelosos. Curiosamente, Lloyd George preguntó si un armisticio en aquellos momentos no dejaría a los alemanes la sensación de no haber sufrido derrota alguna, impulsándolos a declarar de nuevo la guerra en menos de veinte años[46], pero no insistió en esta idea, y en general los líderes británicos estaban preocupados por la resistencia continuada de Alemania y el riesgo de perder la oportunidad de alcanzar la paz imponiendo unas condiciones innecesariamente duras. Aquel mismo verano habían tenido el convencimiento de que la guerra se prolongaría hasta 1919, o incluso 1920, y las muestras repentinas del derrumbe alemán los cogió desprevenidos[47]. Haig creía que los alemanes podían retirarse al Rin y resistir allí todo el invierno, mientras su propio ejército se veía afectado por la escasez de hombres y unas

dificultades logísticas cada vez mayores[48]. Henry Wilson calculaba que en 1919 el número de divisiones de la BEF pasaría de las cincuenta y nueve a las cuarenta y cuatro, o incluso a las treinta y nueve, aumentando la influencia del ejército francés en el campo de batalla y la del gobierno francés en la conferencia de paz. Si la guerra seguía adelante, temían los británicos, también los estadounidenses estarían en una posición más propicia para imponer su visión de la libre navegación, el libre comercio y el futuro de las colonias alemanas. Gran Bretaña, según Smuts, había volcado todas sus fuerzas, y posponer a 1919 el alto el fuego significaría una «paz estadounidense», así como la posibilidad de que Alemania cayera en manos bolcheviques[49]. Los ministros consideraban que los Catorce Puntos podían aceptarse siempre y cuando Gran Bretaña lograra imponer su interpretación de los mismos, y la opinión pública británica parecía mayoritariamente favorable a llegar a un acuerdo de paz. La principal excepción era la marina británica, pues Beatty (a diferencia de Haig) se oponía a un armisticio, a no ser que Alemania renunciara a todos los submarinos y a muchos de los buques de superficie. El 26 de octubre, el gabinete llegó a la conclusión de que había que favorecer «una buena paz, si es que ahora puede alcanzarse», permitiendo que Lloyd George asistiera a la segunda Conferencia de París prácticamente con absoluta libertad de acción, al igual que hizo el gobierno francés con Clemenceau[50].

La conferencia celebrada en París entre el 29 de octubre y el 4 de noviembre acordó los términos del alto el fuego permitiendo que los Aliados europeos se sumaran al consenso Berlín-Washington. Aunque las condiciones políticas y militares fueron negociadas conjuntamente, a continuación las veremos por separado para evitar posibles confusiones. El acuerdo político partía de la base de que los Aliados europeos aceptaban los Catorce Puntos como los cimientos sobre los que empezar a

construir el acuerdo de paz, si bien con importantes reservas, de las cuales no todas fueron comunicadas a los alemanes. Los estadounidenses reconocían que los Catorce Puntos eran ambiguos, y el 16 de octubre Wilson explicó a los representantes británicos que Francia debía recuperar Alsacia-Lorena y que veía con buenos ojos que Gran Bretaña se quedara con las colonias alemanas, aunque preferiblemente en calidad de administradora de la Sociedad de Naciones. Así pues, mientras los alemanes confiaban en una lectura de los Catorce Puntos que les beneficiara, en realidad estos estaban siendo interpretados en provecho de los Aliados. Este proceso fue un paso más allá en el memorando Cobb-Lippmann, un comentario sobre los Catorce Puntos preparado por House poco después de su llegada a París en calidad de representante de Wilson, y que recibió en general el visto bueno del presidente. Sin embargo, el memorando en cuestión también contenía una serie de advertencias para los socios de Wilson. Había que limitar al máximo el uso del bloqueo; Francia podía conseguir Alsacia-Lorena, pero no la cuenca del Sarre; e Italia debía recibir únicamente territorios cuya población fuera de etnia italiana[51]. De ahí que las sesiones inaugurales de la conferencia fueran más que tensas. Lloyd George rechazaba el segundo de los Catorce Puntos (la libre navegación), aduciendo que pondría en entredicho el derecho de bloqueo de su país. House amenazó con la posibilidad de que los estadounidenses firmaran una paz por separado, y Lloyd George contestó (con el respaldo de Clemenceau) que, en ese caso, los Aliados seguirían con la lucha armada. La amenaza de House carecía de sentido, pues era harto improbable que el Congreso de Estados Unidos permitiera firmar una paz por separado (y los británicos eran conscientes de ello), pero lo que sí podía hacer Wilson era reducir los préstamos y el envío de tropas, y House le aconsejó que lo hiciera. Sin embargo, el 30 de octubre, antes de que la situación empeorara, se alcanzó un

acuerdo. Lloyd George presentó una nota aceptando los Catorce Puntos, pero con reservas en lo concerniente a la libre navegación, y con un comentario aclaratorio que especificaba que los Aliados podrían reclamar una reparación por los daños sufridos y los perjuicios ocasionados a su población civil por culpa de la agresión alemana por tierra, por aire y por mar. Aunque era una propuesta concebida desde el punto de vista británico, Clemenceau estuvo de acuerdo con ella, dejando aislados a los italianos. Wilson intentó insistir en el segundo punto, pero Lloyd George se cerró en banda y solo dejó abierta la posibilidad de volver a discutir el tema en la conferencia de paz (algo que al final no ocurrió) sin aceptar el principio. La propuesta británica constituyó la base de la «Nota Lansing», enviada el 5 de noviembre por el secretario de Estado estadounidense a los alemanes, y en la que se informaba que los Aliados habían aceptado los Catorce Puntos, con la excepción de dos reservas planteadas por Lloyd George. House presentó a Wilson el resultado obtenido como un triunfo diplomático; un triunfo, sin embargo, más bien en teoría. En efecto, los británicos habían roto filas antes de que sus socios europeos hubieran podido formar un frente de unidad. Tanto Lloyd George como Clemenceau entendían los argumentos favorables a firmar un alto el fuego antes de que los estadounidenses adquirieran mayor preponderancia y sus países sufrieran todavía más pérdidas; los dos estaban convencidos de que los Catorce Puntos eran flexibles; y los dos no solo recelaban el uno del otro, sino que tampoco tenían la más mínima intención de enemistarse con Estados Unidos para satisfacer las pretensiones de Italia[52]. House no tenía dificultades en cumplir con su cometido. Pero, además, los aspectos políticos del acuerdo del armisticio deben ser estudiados junto con los militares, y estos últimos proporcionaron a los Aliados una sustanciosa compensación por su adhesión de palabra a los principios de

Wilson.

Si bien House dio la máxima prioridad al acuerdo político y dispuso para ello de un texto inicial, los Catorce Puntos, en lo concerniente a las cláusulas técnicas del armisticio la cosa fue muy distinta. Sin imponer previamente sus propias condiciones, Wilson había permitido que los asesores militares de los Aliados se encargaran de esbozar los términos. Casi sin dar a House una orientación en este sentido, lo envió precipitadamente a París sin instrucciones escritas «porque creo que ya sabrás lo que hay que hacer»[53]. Los mensajes que envió durante la conferencia a menudo fueron descifrados de manera confusa, entre otros uno crucial en el que se decía que un exceso de seguridad de los Aliados complicaría las negociaciones en la conferencia de paz. Esta parte se interpretó como una orden de apoyar las condiciones de Foch[54]. Aunque Wilson advirtió de que se oponía a una ocupación aliada de Alsacia-Lorena, la margen izquierda del Rin y las cabezas de puente en la margen derecha, y de que quería limitar las condiciones navales al internamiento de los submarinos alemanes en un puerto neutral[55], los términos finales acabaron siendo mucho más duros y en gran medida contrarios a sus pretensiones.

House prescindió de asesoramiento militar, y en las negociaciones técnicas reaccionó favorablemente a las sugerencias aliadas. En vista de la ausencia de una alternativa estadounidense, el texto británico y el francés se convirtieron en la base de las cláusulas navales y militares. El Almirantazgo británico participó redactando el primero, que obtuvo el apoyo de los otros jefes navales, pues exigía la entrega de ciento sesenta submarinos alemanes (esto es, prácticamente la totalidad de ellos), dos acorazados, seis cruceros de batalla, ocho cruceros y cincuenta destructores: en otras palabras, la renuncia a buena parte de la Flota de Alta Mar. Wester Wemyss, primer lord del Mar, quería controlar las naves para que Alemania no pudiera

utilizarlas (como había pretendido siempre el káiser) a modo de moneda de cambio en una conferencia de paz; el almirante estadounidense William Benson (que compartía con Wilson el temor de que Gran Bretaña se hiciera demasiado poderosa) se quedó solo en su postura favorable a un internamiento en lugar de una cesión. Que los alemanes aceptaran o no las condiciones era secundario para los almirantes, pero no para Foch, que no estaba dispuesto a alargar la guerra por las exigencias navales. Lloyd George era más moderado que los jefes de su armada, pero estaba presionado por los conservadores de su gobierno a los que quería convencer de que se siguiera con la coalición una vez firmado el armisticio. Al final, los líderes aliados pidieron, en lugar de la cesión, el internamiento de los buques de superficie especificados por los almirantes en un puerto neutral bajo la supervisión aliada. Una cláusula introducida en el último momento estipulaba que las naves irían a uno aliado si no se encontraba ningún país neutral dispuesto a recibirlas, y como España (el único que contaba con puertos suficientemente grandes) se negó, los barcos acabaron al final en Scapa Flow. Por lo que respecta a las cláusulas navales, los estadounidenses quedaron bastante satisfechos, aunque en gran medida en lo concerniente a la forma. Como todos acordaron que los submarinos alemanes debían ser entregados y que seguiría el bloqueo aliado después del armisticio, los alemanes renunciaron al activo principal de su armada sin conseguir que se relajara la presión a la que se veían sometidos[56].

Las cláusulas territoriales resultaron sorprendentemente mucho más conflictivas de lo imaginado por Wilson. Su punto de partida fue un borrador preparado por Foch. En la presentación a los comandantes aliados en Senlis el 25 de octubre, dicho borrador había previsto no solo la ocupación de Alsacia-Lorena, la margen izquierda del Rin y las cabezas de puente en la margen derecha de este río, sino también una

rápida evacuación que obligaría a los alemanes a abandonar buena parte del equipamiento pesado. Los términos propuestos por Foch y Clemenceau preveían ocupar el máximo territorio posible por una serie de razones políticas no especificadas, pero suficientemente obvias para los británicos, que se oponían a semejante medida. En Senlis, Haig había expresado su pesimismo por el agotamiento de los Aliados y su convicción de que Alemania aún podía emprender con éxito una operación defensiva. En su opinión, bastaba con volver a ocupar los territorios invadidos y tomar las fortificaciones de Alsacia-Lorena. Pero Pershing había tenido una postura muy parecida a la de Foch —un ejemplo más de la falta de coordinación estadounidense—, y Foch hizo caso omiso de las consideraciones de Haig en la lista de recomendaciones que presentó en la Conferencia de París, en la que se preveía la ocupación por parte de los Aliados de un territorio que se extendía hasta las cabezas de puente del Rin en Maguncia, Coblenza y Colonia, y la creación de una zona desmilitarizada de cuarenta kilómetros de ancho al este del río. Los alemanes debían entregar 5000 piezas de artillería, 36 000 ametralladoras y 2000 aviones, lo que suponía el desmembramiento de su ejército y la destrucción de su capacidad de resistencia. En París, Lloyd George cuestionó la necesidad de ir más allá de Alsacia-Lorena, aduciendo que los Aliados tenían que ocupar exclusivamente el territorio que reivindicaban (dando a entender así que Foch pretendía prolongar los combates para conseguir los objetivos de Francia en Renania). Pero House no apoyó las objeciones de Lloyd George a la propuesta, y el británico cedió. Es harto probable que Clemenceau obtuviera el respaldo de House para las cláusulas militares a cambio del visto bueno de Francia a los Catorce Puntos, adelantándose así a un frente anglo-estadounidense en su contra por una cuestión que consideraba tanto o más importante que los principios de

Wilson; por su parte, House, confundido acerca de las intenciones del presidente, valoró equivocadamente el significado de lo que estaba haciendo. Es cierto que Clemenceau prometió que las tropas se marcharían en cuanto se cumplieran las condiciones de la paz; pero semejante empresa podía durar años. Además, en el curso de la conferencia fueron añadiéndose más cláusulas militares. Los franceses se reservaron el derecho de exigir una reparación por los daños sufridos y de presentar reivindicaciones adicionales de naturaleza económica; un asunto que adquiría cada vez mayor importancia en la agenda política en un momento en el que los alemanes en retirada inundaban minas de carbón y arrasaban granjas y huertas. Por otro lado, los Aliados se reservaron el derecho de insistir en que Alemania se retirara a las fronteras anteriores a 1914 en el este, lo que daba a entender que se quedarían en la zona algunas tropas para contener a los bolcheviques, pero esencialmente que los tratados de Brest-Litovsk y de Bucarest acabarían en nada. De ahí que el armisticio supusiera la destrucción del *imperium* oriental de Alemania, el comienzo del traspaso de Alsacia-Lorena y la preparación para una presencia prolongada de los Aliados en Renania. Alemania sería incapaz de volver a romper hostilidades y de oponerse a los términos de paz de los Aliados, y su destino dependería de la capacidad de Wilson de conseguir que sus socios se atuvieran al plan de paz estadounidense. Los términos eran tan severos que Foch dudaba que Berlín estuviera dispuesta a aceptarlos, como también lo dudaban los líderes británicos. Los Aliados confiaban en una victoria inminente, pero no esperaban que el derramamiento de sangre se detuviera de inmediato. No obstante, todas las partes hicieron concesiones para alcanzar un acuerdo. El resultado fue un paquete de medidas que presentaron a Alemania para que lo tomara o lo dejara. Para sorpresa de muchos de los vencedores, su hasta entonces formidable enemigo lo tomó, y se puso fin a la

guerra[57].

Las Potencias Centrales aceptaron unas condiciones mucho menos favorables que las imaginadas por Ludendorff y Hintze. Lo que había empezado como un ejercicio de daños y limitaciones, con el fin de que Alemania saliera del atolladero con al menos algunas de sus ganancias en el exterior y para amortiguar el impacto de todo ello en su sistema político, acabó por no protegerla ni de la derrota ni de la revolución. Tres acontecimientos posteriores al 4 de octubre invalidaron los cálculos iniciales. En orden ascendiente de importancia, el primero fue el avance continuado de los Aliados en el oeste, el segundo la caída de los socios de Alemania y el tercero una sublevación en la propia Alemania. La petición de alto el fuego no fue la causa principal de estos hechos, pero sí los precipitó.

Más de medio millón de soldados perdieron la vida o resultaron heridos durante las semanas de conversaciones sobre el armisticio[58]. La mayoría de ellos, incluido el poeta inglés Wilfred Owen, cayeron en el Frente Occidental. Pero los acontecimientos que tuvieron lugar allí influyeron más en la decisión inicial de Alemania de pedir el armisticio que en la decisión final de firmarlo. El mayor optimismo de Ludendorff a mediados de octubre no se debía exclusivamente al oportunismo, sino que también era un reflejo de su anterior manera de sobrestimar los peligros. El ataque coordinado de los Aliados se vio obstaculizado en el sector Mosa-Argonne y en Flandes; los canadienses fueron obligados a detenerse después de cruzar el canal du Nord; y aunque el 29 de septiembre el IV Ejército británico pudo rodear las principales defensas de la Línea Hindenburg, se tardó una semana más en despejar la zona de retaguardia[59]. A partir de ese momento, sin embargo, la BEF encontró únicamente posiciones improvisadas, que su artillería se encargó de arrasar. Contra la línea del río Selle, donde aguardaban los alemanes, los británicos dispararon unos 58

millones de kilos en proyectiles con 1320 cañones antes de poder abrirse paso el 17 de octubre. El 23 y el 24 de octubre se reanudó el avance en Flandes, y los británicos cruzaron el Escalda; el 4 de noviembre, tras otro bombardeo colosal, vadearon el Sambre y el canal del Oise. A partir de entonces cesaron los bombardeos en el frente británico, y los alemanes emprendieron la retirada general. No obstante, la BEF tuvo que abrirse paso a través de un territorio sembrado de minas, en el que no había ni carreteras ni senderos; el 5 de noviembre, el IV Ejército ya se encontraba a cincuenta kilómetros de sus terminales ferroviarias, y necesitaba un descanso, pero anteriormente ya había hecho un alto en el camino durante la campaña de los Cien Días, y a partir de aquel momento el avance probablemente pudiera continuar mientras el tiempo lo permitiera[60]. Los franceses también avanzaban, y en el único lugar en el que los alemanes consiguieron resistir en octubre fue el sector Mosa-Argonne. Allí los estadounidenses, cuyo primer asalto se había detenido por completo, no lograron conquistar hasta el 14 la Kriemhilde Stellung, donde volvieron a quedar parados otras dos semanas. De todos modos, aprendían rápido, y tras llevar a cabo unos exhaustivos preparativos logísticos, el 1 de noviembre reanudaron el avance hacia el norte, intensificando el fuego de contrabatería y las cortinas de fuego móviles para abrirse paso. Durante la batalla librada en el sector Mosa-Argonne, el peso total de los proyectiles disparados por la AEF fue mayor que el de los utilizados por las tropas de la Unión durante toda la guerra de Secesión de Estados Unidos[61]. En los días finales avanzaron con celeridad sin dejar de combatir al enemigo en retirada, y tomaron Sedán, amenazando la principal línea ferroviaria lateral de los alemanes. Llegado este punto, los alemanes prácticamente no pudieron llevar a cabo una retirada ordenada. Habían disuelto treinta y dos divisiones desde abril, y solo disponían de una división fresca de reserva[62].

En el oeste el número de divisiones «debidamente preparadas para entrar en acción» pasó de noventa y ocho el 1 de abril a cuarenta y siete el 1 de septiembre, a catorce el 4 de octubre y a cuatro el 11 de noviembre, a pesar de haber llamado a filas a la quinta de 1919[63]. Dicho esto, tras la importantísima reunión de su gabinete celebrada el 17 de octubre, en un momento en el que todavía parecía una opción plausible emprender una retirada en combate a nuevas posiciones defensivas de su frontera, los alemanes habían decidido aceptar un armisticio prácticamente a cualquier precio. La progresión del avance aliado a comienzos de noviembre probablemente reflejara en parte la decisión de Groener de replegarse a la Línea Amberes-Mosa. La situación aún era de rápido deterioro, aunque controlado, pero no de derrota, y los alemanes ocasionaron hasta el final graves pérdidas a sus perseguidores[64]. No había ninguna perspectiva de que las cosas fueran a mejorar, pero tampoco estaban tan desesperados para justificar su decisión de capitular.

El segundo acontecimiento que se produjo en este período —y el más funesto— fue la ruptura de la coalición de las Potencias Centrales que dejó sola a Alemania. Tras el armisticio de Bulgaria, el rey Fernando I abdicó. Durante el mes siguiente, las fuerzas aliadas avanzaron unos 800 kilómetros, y los serbios liberaron Belgrado antes de que el frente se estabilizara a lo largo del Danubio[65]. Turquía enseguida fue víctima del efecto dominó. En el Imperio otomano la situación en el frente interno y en el ámbito militar era mala, pero todavía no era lo suficientemente crítica para pedir de inmediato un armisticio hasta que cayó Bulgaria. Además, Turquía estaba experimentando una curiosa combinación de éxitos y expansión en el Cáucaso con desastres en todos los demás escenarios. Probablemente perecieran en la guerra entre 1,5 y 2,5 millones de turcos, la mayoría civiles o soldados que sucumbieron al

hambre y a la enfermedad, pero no a heridas sufridas en el campo de batalla[66]. Estas cifras indican unas pérdidas comparables con las de Francia, si bien en un territorio con la mitad de población. En otoño de 1918, a pesar de haber reclutado a unos 2,85 millones de hombres durante la guerra, el ejército disponía solamente de 560 000 efectivos en activo y no tenía reservistas a los que llamar a filas. Pero sus mejores divisiones, reequipadas con el armamento capturado a los rusos, estaban concentradas en el Cáucaso para avanzar hacia Bakú, y no fueron enviados refuerzos ni a Palestina ni a Mesopotamia. Cuatro divisiones incompletas custodiaban Constantinopla y los estrechos turcos, y solo unos pocos batallones defendían la frontera con Bulgaria. Los alemanes habían advertido a los otomanos del peligro que corrían, pero parece que Enver había planeado utilizar las fuerzas del Cáucaso en un último intento desesperado de defender el reducto anatolio de Turquía. No informó debidamente al gabinete de la precariedad de la situación, y otros ministros (sobre todo Talat, gran visir desde 1916) se dieron por satisfechos con sus explicaciones y se negaron a considerar la posibilidad de firmar una paz por separado. De ahí que la rendición de Bulgaria dejara abierto el camino hacia Constantinopla cuando Allenby arrollaba al ejército otomano en Palestina. El gobierno hizo venir cuatro divisiones del Cáucaso, desde una zona que se encontraba a casi dos mil kilómetros de distancia, pero cuando Turquía firmó el armisticio un mes después solo había llegado un regimiento. Cuando se tuvo noticia de la solicitud de alto el fuego de los alemanes, el gobierno otomano (al igual que el de Berlín) dimitió en pleno, con la esperanza de que los cambios internos garantizaran un trato más benigno[67].

En respuesta a los Catorce Puntos, las autoridades otomanas ya habían manifestado su disposición a conceder la autonomía a las regiones no turcas del imperio; en el verano de 1918, tal vez

para elevar la moral y esperando demostrar el apoyo público que recibían sus reivindicaciones territoriales, levantaron la censura de la prensa y permitieron el regreso de los exiliados políticos. Los Jóvenes Turcos se mostraban cada vez más críticos, pero fueron las noticias del exterior las que determinaron el régimen del país. El gabinete de Talat cayó el 7 de octubre, y el nuevo gobierno de Izzet Pachá incluía solo una minoría de miembros del CUP, grupo que luego se disolvió[68]. Izzet era un militar y antiguo ministro de la Guerra que había representado a Turquía en las negociaciones de Brest-Litovsk; había colaborado con los Jóvenes Turcos, de los que no tardó en distanciarse. La lectura de la situación que hacían sus ministros era que Constantinopla estaba expuesta al ataque de los Aliados, las arcas del imperio estaban vacías, buena parte del país se encontraba fuera del control del gobierno y era imposible seguir resistiendo. Para defenderse, Turquía necesitaba recibir dinero y armamento de Alemania, pero el 12 de octubre los ejércitos de Franchet d'Espèrey cortaron la conexión ferroviaria. Aunque el avance principal de Franchet era hacia el norte, en dirección a Serbia, el general Milne, comandante de las fuerzas británicas en Salónica, empezó a reunir siete divisiones para avanzar también hacia la capital otomana. Tardaría semanas en ponerse en marcha, y habría tenido que atravesar una región difícil a las puertas del invierno, pero los Aliados comenzaron a reforzar inmediatamente su presencia en los Dardanelos. De ahí que el 16 de octubre los turcos decidieran firmar una paz por separado lo antes posible, y el general Townshend, que había sido capturado junto con sus soldados en Kut (y que había recibido un trato mucho más considerado que sus hombres) fue elegido como intermediario para ponerse en contacto con los buques de guerra británicos que se hallaban frente a la costa. Los turcos estaban dispuestos a aceptar los Catorce Puntos, a desmovilizarse y a abrir los estrechos. Debido a una serie de

errores en las negociaciones y a su desesperación por firmar una paz, al final hicieron más concesiones que las previstas[69].

Los Aliados, por su parte, habían empezado a definir los términos de una paz con el Imperio otomano en sus tratados secretos firmados durante la guerra, aunque en aquellos momentos resultaba difícil conciliarlos con las promesas dadas en los discursos de Caxton Hall y los Catorce Puntos en el sentido de que se respetaría la soberanía de las regiones de población turca aunque se separaran las zonas no turcas. Aún no habían discutido los términos del armisticio, en parte porque nadie había imaginado que en Oriente Próximo la guerra acabara tan pronto; y fue después del alto el fuego en Bulgaria cuando el gobierno británico redactó las condiciones, que Lloyd George discutió en París el 6-8 de octubre. Los británicos deseaban mostrarse indulgentes para que se abrieran los estrechos turcos y poder utilizar sus fuerzas en otros escenarios. Pero los franceses y los italianos alargaron muchísimo la lista, y este voluminoso paquete de condiciones pasó a constituir la base del acuerdo final. Los británicos propusieron que sus tropas ocuparan las fortificaciones de los Dardanelos, que los turcos entregaran su armada y permitieran que Constantinopla pudiera convertirse en una base, que los Aliados controlaran la red ferroviaria de Turquía, que los soldados turcos se retiraran a sus fronteras de 1914 y que los efectivos otomanos presentes en la península arábiga se rindieran. A estas demandas, la Conferencia de París añadió la ocupación de Bakú y Batumi por tropas aliadas, la rendición de las guarniciones turcas de Mesopotamia y Siria y la desmovilización del resto del ejército otomano. Además, Turquía debía permitir a los Aliados ocupar «enclaves estratégicos», un requisito impuesto por los italianos para poder controlar las zonas de interés y que, además, posibilitaba a los Aliados tomar cualquier territorio que se les antojara. Los ministros de Lloyd George tenían tanta prisa por acabar con la

cuestión turca que estaban dispuestos a contentarse con mucho menos, y así se lo hicieron saber a su representante en el Egeo, el almirante Calthorpe, encargado de negociar el armisticio con una delegación presidida por el nuevo ministro de Asuntos Exteriores turco, Rauf Bey. Pero cuando los turcos llegaron el 27 de octubre, Austria-Hungría estaba derrumbándose, y el acuerdo con Turquía pareció menos urgente. Por su parte, Rauf iba dispuesto a hacer numerosas concesiones para acabar cuanto antes y porque confiaba plenamente en la buena voluntad de los británicos. Calthorpe leyó en voz alta los términos uno por uno, lo que provocó que los turcos no se dieran cuenta de la importancia de lo solicitado y perdieran la oportunidad de negociar cada uno de ellos. Tras quedarse temporalmente sin contacto por radio con su gobierno, estamparon su firma el 30 de octubre, obteniendo como única concesión que solo tropas británicas y francesas (no griegas ni italianas) ocuparían las fortificaciones de los estrechos. Los términos preparaban el camino de la desintegración del imperio, superando con mucho tanto lo que el gobierno turco había previsto en un primer momento como lo que los británicos consideraban un mínimo aceptable. Por parte de los Aliados, la razón principal de ese endurecimiento de su postura fue la necesidad de satisfacer a Francia y a Italia posibilitando la aplicación de los tratados secretos y el deseo de hacerse con unos enclaves desde los que lanzar futuras operaciones contra las Potencias Centrales y contra Rusia[70]. El armisticio clausuraba un sector importante de la guerra, y habría permitido disponer de muchas más fuerzas navales y terrestres británicas si los combates en Europa se hubieran prolongado hasta 1919. La noticia de que Turquía quería la paz, que llegó a Berlín el 18 de octubre, supuso otro duro revés para el gobierno del príncipe Maximiliano, y vino a subrayar hasta qué punto la decisión de Ludendorff de pedir un armisticio había contribuido a hacer añicos la coalición

encabezada por Alemania. Desde el punto de vista militar y político, sin embargo, fue menos crucial que el derrumbamiento final de Austria-Hungría.

Como temían sus líderes desde hacía tiempo, al final la monarquía dual fue destruida por una combinación de sublevaciones nacionalistas y presiones del exterior. Cuando empezó a producirse la desintegración, ni la burocracia ni el ejército tuvieron la voluntad o la capacidad de controlar las nacionalidades desafectas, y el emperador Carlos prefirió perder el trono sin derramar sangre antes de embarcarse en una guerra civil. De hecho, la derrota y la desbandada de su fuerza principal en la batalla de Vittorio Veneto a finales de octubre hizo que fuera ya imposible poner en marcha una represión militar. Curiosamente, en 1918 la guerra de Austria-Hungría parecía prácticamente terminada y en buena medida un gran éxito, aunque un éxito alcanzado sobre todo gracias a la ayuda de Alemania. Serbia, Montenegro y Rumanía habían sido arrolladas, y Rusia había quedado reducida al caos. Mientras que las bajas de Alemania en 1918 fueron enormes, las de Austria-Hungría no llegaron ni a la mitad de las sufridas por la monarquía dual en 1914. El 15 de octubre, por ejemplo, unos 400 000 combatientes austrohúngaros prestaban servicio en el frente italiano, unos 50 000 en el de los Balcanes, unos 150 000 en Rusia y los Balcanes como tropas de ocupación y unos 18 000 en el Frente Occidental (esto es, alrededor de 600 000 en total), y más de 1 millón estaban en casa o tenían permiso por enfermedad[71]. No obstante, los 650 000 efectivos desplegados en Italia el 1 de julio se habían reducido considerablemente debido sobre todo a las enfermedades (como la malaria, la disentería o la gripe) y a las deserciones. Los que siguieron en su puesto no se amotinaron, pero carecían de alimentos, ropa y municiones, y se vieron sometidos a una intensa campaña propagandística que explotaba las ofensas

sufridas por la nación. En un esfuerzo final llevado a cabo a partir de septiembre, la Comisión de Padua imprimió 15 millones de panfletos, o lo que es lo mismo, treinta ejemplares por cada hombre del cada vez más reducido ejército de los Habsburgo, aunque resulta difícil valorar su impacto en un momento en el que tantos acontecimientos —la batalla del Piave, las derrotas de Alemania o la deplorable situación material del ejército— contribuían a reforzar su mensaje[72]. A pesar de que mantenía un frente de combate, el ejército estaba pudriéndose desde sus entrañas. Y aunque los italianos también sufrían una escasez de efectivos (y no contaban con hombres de la AEF que la compensaran), cuando al final atacaron superaron en número al enemigo. Diaz seguía mostrándose vacilante, pero en octubre Orlando insistió en lanzar una ofensiva antes de que la aportación de Italia a la causa perdiera valor político. Tras un bombardeo masivo preliminar, los italianos comenzaron el avance el 24. Durante dos días encontraron oposición, si bien antes de empezar la batalla ya habían comenzado a producirse revueltas en algunas unidades austrohúngaras. En poco tiempo, unos 500 000 hombres se rindieron a los italianos, para los que la campaña se convirtió en una victoriosa empresa concebida para ocupar —antes de que se firmara el armisticio— los territorios prometidos por el Tratado de Londres. Como habían previsto los servicios de inteligencia de Diaz, el ejército de los Habsburgo era una bomba, cuya implosión se produjo en cuanto se partió su carcasa[73].

Aunque Carlos I hubiera querido mantener la unidad del imperio mediante el uso de la fuerza, el hundimiento del ejército se lo impedía (y también la falta de los trenes y el carbón necesarios para el traslado de las tropas)[74]. La fase final de la desintegración de Austria-Hungría había empezado antes de la batalla de Vittorio Veneto. Aunque su desencadenante fue la negociación del armisticio, el derrumbamiento fue fruto de los

movimientos insurgentes internos que las autoridades no querían —ni podían— aplastar. Condición previa de este proceso fue la radicalización de los movimientos nacionalistas dentro del imperio, un desarrollo que hoy día sigue sin comprenderse con la debida profundidad, pero en el que la guerra tuvo una importancia crucial. En 1914, prácticamente ningún político de la monarquía dual clamaba por la independencia. El movimiento Joven Bosnia de Gavrilo Princip fue un fenómeno minoritario cuyas actividades cesaron tras el estallido de la guerra. Durante la primera mitad del conflicto armado, sin embargo, encontramos los principales focos de separatismo radical en los pequeños grupos de polacos, checos y eslavos meridionales que estaban exiliados en los países aliados y en Estados Unidos, mientras que en el imperio sus homólogos mantenían una actitud prudente. Fue en 1917-1918 cuando estos últimos empezaron a mostrarse más intransigentes tras el fallecimiento de Francisco José y la ascensión al trono de Carlos I, que relajó los controles de las actividades políticas después de dos años de represión. Pero, simultáneamente, parecía que el gobierno de la mitad austríaca se ponía de lado de los austríacos alemanes, y este hecho, sumado a la lealtad de la monarquía dual hacia Berlín, la debilitó como punto de confluencia de las nacionalidades no alemanas. En enero de 1918, los líderes de los checos y de los eslavos meridionales de la monarquía dual apoyaron la independencia, y los polacos siguieron su ejemplo tras la firma del tratado de paz con Ucrania[*]. En aquellos momentos, la mitad austríaca del imperio podía ser gobernada como una dictadura (idea que no entusiasmaba a Carlos I) o como un régimen federal cuya desintegración parecía probable, pero la rehabilitación de un gobierno dinástico basada en el consenso ya no era viable. Durante 1918, en la mitad austríaca —y en los territorios croatas de la mitad húngara— los movimientos independentistas empezaron a organizarse y

consiguieron un seguimiento masivo, mientras que las autoridades se mostraban complacientes, y la aprobación última de las fuerzas armadas se les escapaba de las manos. En septiembre el número de desertores ascendía a 400 000, y en las zonas rurales de Croacia formaron bandas armadas contra las que nada podían hacer las autoridades[75]. Al final, tras la batalla de Vittorio Veneto, casi todas las tropas que seguían en Italia se rindieron o se rebelaron y marcharon a casa[76].

Los movimientos nacionalistas constituyeron uno de los desafíos más importantes, sino el mayor, al régimen de los Habsburgo. A partir de la primavera de 1918, el movimiento huelguista obrero que tanto había atemorizado a las autoridades perdió intensidad. En 1918, la economía austríaca mostraba muchos síntomas parecidos a los de la rusa en 1917 —paralización de la red ferroviaria, caída en picado de la producción, subida de la inflación y graves dificultades para abastecer de alimentos los centros urbanos (en junio la ración diaria se había reducido a 220 gramos de pan y 85 de carne)[77] —, pero cuando el régimen se vino abajo los movimientos revolucionarios se esforzaron principalmente por conseguir la independencia política. Las protestas sociales desempeñaron un papel casi irrelevante salvo en las regiones de población alemana y magiar, donde, no obstante, la izquierda era más débil que en Rusia o Alemania. Así pues, no es fácil relacionar la crisis económica de la monarquía dual con la expansión de los movimientos nacionalistas que acabaron con ella, aunque el temor a verse superados por el bolchevismo animó a los líderes checos, por ejemplo, a dar un paso adelante. Por otro lado, es evidente que los Aliados europeos y Estados Unidos contribuyeron al derrumbamiento de la monarquía dual con su guerra ideológica, si bien esto no significa que hubieran podido evitarlo. A partir del verano de 1918 radicalizaron su posición invocando no solo una autonomía para las naciones que

integraban el Imperio austrohúngaro, sino también la independencia[*], y probablemente ayudaran a los exiliados (sobre todo a los checos) a persuadir a sus connacionales en Austria-Hungría de la conveniencia de rechazar cualquier compromiso con la dinastía[78]. En aquellos momentos, solo una victoria alemana podía salvar el régimen.

Cuando los alemanes pidieron el armisticio, los acontecimientos se precipitaron. Carlos I (que no había sido consultado al respecto) siguió la táctica de los alemanes de apelar a los estadounidenses para conseguir la liberación nacional, pero incluso con menos éxito. Si bien Wilson quería entablar conversaciones con Maximiliano de Baden, lo cierto es que la solicitud que le envió Austria-Hungría el 4 de octubre pidiendo el alto el fuego y una paz basada en los Catorce Puntos no obtuvo respuesta. El 16, en un intento por cumplir el décimo punto de Wilson, Carlos I promulgó un manifiesto estableciendo un Estado federal en la mitad austríaca de su imperio, pero el gobierno húngaro siguió rechazando un régimen similar para su región. Los líderes magiares se opusieron a la democratización hasta el final, un final que llegó efectivamente cuando el 18 de octubre el presidente estadounidense envió por fin su respuesta en una nota retirando el décimo punto y diciendo que eran las naciones súbditas del imperio las que debían decidir su futuro: un llamamiento velado a la revolución[79]. La caída de la monarquía dual tal vez no fuera provocada principalmente por la diplomacia aliada, pero ni que decir tiene que, llegado este punto, los Aliados la deseaban. De hecho, los polacos, uno de los principales pilares de los Habsburgo, ya se estaban distanciando. El 10 de octubre se creó en Cracovia un comité nacional en el que estaban representados la mayoría de los grupos polacos; tanto estos como los polacos representados en el Consejo de Regencia de Varsovia creado por los alemanes acordaron crear el establecimiento de una Polonia

independiente formada por la unión de las tres subdivisiones del país. El 24 de octubre, los polacos decidieron retirarse del Reichsrat y asumir la administración de las zonas de población polaca de Austria, lo que hicieron antes de que finalizara el mes[80].

Si bien Austria-Hungría podía soportar una separación de los polacos, no sucedía lo mismo con los checos, y la revolución de Praga fue decisiva para el futuro del imperio. El gobierno pidió la ayuda de los comités nacionales surgidos en distintas regiones del imperio para poner en vigor el decreto del 16 de octubre, pero como este excluía la mitad húngara no iba a facilitar la unidad de Chequia y Eslovaquia, por lo que era absolutamente inaceptable para los líderes checos, cuyo comité nacional ya estaba preparándose para asumir el poder de una manera pacífica. En Viena, agarrándose a un clavo ardiendo, un nuevo gobierno (el último que nombraría el emperador Carlos) decidió aceptar todas las condiciones de Wilson y solicitó un alto el fuego inmediato, concediendo así el derecho a la autodeterminación y rompiendo la alianza con Alemania. Pero cuando su comunicado fue publicado el 27 de octubre solo sirvió para que el comité nacional de Praga lo considerara la señal para comenzar a asumir el poder en las administraciones locales, afirmando que cumplía el manifiesto del 16 de octubre, aunque en realidad lo que pretendía era la creación de una república checoslovaca independiente. Los oficiales de los Habsburgo no opusieron resistencia, y el comandante general del ejército local (que estaba perdiendo el control de sus hombres) permitió que el comité nacional formara unas fuerzas de voluntarios con la consiguiente evacuación de las tropas no checas[81]. El traspaso de poderes fue ordenado, rápido y sin derramamientos de sangre, y se pareció mucho a lo ocurrido en Eslovenia, que proclamó su independencia el 1 de noviembre.

En el Reino de Hungría también el gobierno de Wekerle

empezaba a perder el control de las regiones periféricas. Los diputados rumanos se retiraron del Parlamento húngaro, y a comienzos de noviembre el rey Fernando de Rumanía nombró un nuevo gobierno proaliado que volvió a entrar en guerra enviando tropas para ocupar Transilvania mientras fuerzas checas entraban en Eslovaquia. En Croacia los húngaros habían visto durante meses cómo iba debilitándose su control ante la agitación política cada vez más evidente de los nacionalistas. En Zagreb el consejo nacional desempeñó un papel similar al del comité nacional de Praga cuando el 24 de octubre proclamó la independencia de serbios, croatas y eslovenos del Imperio austrohúngaro y sus pretensiones de unirse a Serbia y Montenegro. Tras crear una guardia civil asumió el control de Bosnia-Herzegovina, aunque la fusión de Serbia y Montenegro con el reino de los serbios, los croatas y los eslovenos (bautizado en 1929 con el nombre de Yugoslavia) no se produciría hasta diciembre. La ley, el orden y la continuidad fueron también piedras angulares de esta transición, que se desarrolló pacíficamente gracias a la colaboración de los comandantes militares locales con el comité[82].

Así pues, el modelo habitual fue un traspaso de poder a los comités de los grupos nacionalistas locales, acompañado de manifestaciones patrióticas y antiHabsburgo, pero no de violencia y desorden generalizados. El emperador Carlos liberó a sus oficiales del juramento de lealtad y les permitió que se unieran a los ejércitos de los nuevos estados; muchos de estos hombres desempeñarían un papel prominente en los procesos de transición[83]. De una manera similar, las revoluciones en Viena y Budapest vinieron a confirmar la ruptura, pero con un mayor contenido social. Sin embargo, incluso en la propia Austria, el movimiento revolucionario quedó confinado en gran medida a Viena y las capitales de provincia, sin apenas repercusiones en las zonas rurales de tendencia conservadora. El Partido Socialista

no se había dividido como su homólogo alemán, y sus líderes mantenían posturas más próximas a las de los sindicatos, por lo que no estaban tan cuestionados por la izquierda. A diferencia del SPD alemán, no era el partido más grande, pues el de los socialcristianos lo superaba en número, y el 21 de octubre, junto con este grupo (y con el de los nacionalistas alemanes), creó una Asamblea Nacional Provisional de un Estado austro-alemán independiente[84]. El 30 de ese mismo mes empezaron en Viena una serie de manifestaciones masivas en el curso de las cuales fueron atacados los emblemas de los Habsburgo (un hecho que compartieron las revoluciones de 1918, igual que la destrucción de los símbolos comunistas que tendría lugar setenta y un años más tarde). La Asamblea Nacional Provisional asumió el poder legislativo y creó un Consejo de Estado Ejecutivo; la policía y la burocracia imperial se pusieron al servicio del nuevo gobierno; se mantuvo la ley y el orden y el suministro de alimentos (de la misma manera que hasta entonces); y las tropas que llegaban de Italia fueron inmediatamente desmovilizadas. Sin embargo, los nuevos líderes austro-alemanes, incluidos los socialdemócratas, tenían un plan nacional de mayor envergadura. Afirmaban representar a todos los germanohablantes de la monarquía dual, incluidos los que habitaban en los montes Sudetes (que con anterioridad habían formado parte de Bohemia administrativamente), pero cuando las fuerzas checas ocuparon el territorio de los Sudetes no pudieron hacer nada para evitarlo. La mayoría de ellos aspiraban también a una unión con la propia Alemania, o *Anschluss*, y durante el mes de octubre tanto el káiser Guillermo como Ludendorff consideraron este proyecto como una posible compensación por haber perdido la guerra[85], pero los alemanes no se atrevieron a poner en peligro las negociaciones del armisticio insistiendo en esta concesión. No obstante, la caída de los Habsburgo en Austria supuso que hubiera un obstáculo menos para dicho proyecto. Mientras

tanto, la dinastía estaba a punto de perder también a Hungría.

En este hecho desempeñó un papel fundamental en la disolución del ejército húngaro, cuyas unidades de elementos eslavos meridionales se revelaron antes aun de que fuera librada la batalla de Vittorio Veneto. En Budapest los oficiales se manifestaron por la paz y a favor de un nuevo ministerio encabezado por uno de los mayores críticos del gobierno, Mihály Károlyi; los grupos de la oposición formaron un consejo nacional, al que juró lealtad la guarnición de la ciudad. El 31 de octubre las autoridades imperiales nombraron primer ministro a Károlyi, con el apoyo de los socialistas; ese mismo día, varios destacamentos de soldados tomaron los edificios públicos. Los políticos de la vieja guardia que habían dirigido Hungría durante la guerra fueron expulsados, y el propio Tisza fue asesinado por una banda de marineros que lo culpaban de la guerra. Los partidos que se habían opuesto al enfrentamiento armado (los radicales, los independientes y los socialdemócratas), y que tenían pocos seguidores fuera de Budapest, asumieron el poder con el apoyo de tropas rebeldes y el beneplácito del emperador Carlos. Confiaban en poder mantener la unidad de los antiguos territorios húngaros, pero enseguida se desengañaron cuando los rumanos ocuparon Transilvania, los checos entraron en Eslovaquia y los eslavos meridionales decidieron separarse[86]. Antes incluso de que Carlos I desapareciera de la escena política el 11 de noviembre, los Habsburgo habían perdido toda su autoridad en los territorios de la antigua monarquía dual.

Así pues, cuando se produjo el alto el fuego tanto en Italia como en los Balcanes, los Aliados ya no estaban negociando con una sola entidad. En lo concerniente al frente italiano, firmaron el armisticio el 3 de noviembre en Villa Giusti, cerca de Padua, tras lo cual firmaron otro con el nuevo gobierno húngaro (la llamada Convención de Belgrado) el 13 de noviembre[87].

Mantuvieron los términos del armisticio de Villa Giusti en la conferencia que celebraron en París el 31 de octubre. Exigían la desmovilización del ejército de los Habsburgo y la entrega de la mitad de su equipamiento y de su artillería, así como la de buena parte de su flota. Las tropas alemanas debían evacuar la zona, y los Aliados tener libertad de acción para ocupar enclaves estratégicos. House accedió (como hizo con el asunto de Renania) a que los italianos ocuparan el territorio que les había sido prometido en 1915 en virtud del Tratado de Londres, algo que se apresuraron en hacer: un ejemplo más de la negligencia que demostró al no saber valorar las implicaciones políticas de las decisiones militares. A pesar de las protestas de los eslavos meridionales, los Aliados decidieron no reconocer todavía un Estado yugoslavo, y, aunque apoyaron la decisión de Carlos I de transferir la flota al consejo nacional croata, cuando la marina italiana requisó las naves lo aceptaron como un *fait accompli*[88]. Desde el punto de vista político, el armisticio privó al emergente Estado yugoslavo de una armada y de una frontera étnica en el norte. Desde el punto de vista militar, hizo posible un avance aliado hacia las fronteras meridionales de Alemania, creando un nuevo escenario de guerra cuando los alemanes ya estaban al límite de sus fuerzas. Los planificadores aliados empezaron a trabajar en una invasión a dos bandas de Baviera: por una parte, desde Italia a través de Innsbruck, y por otra a través del Danubio desde Linz y Salzburgo. Con el invierno cerca, y en vista del estado que presentaba la red ferroviaria austríaca, es harto dudoso que esta operación hubiera podido ponerse en marcha rápidamente, pero lo cierto es que la noticia sembró el pánico entre los bávaros y la OHL destinó los efectivos que le quedaban a contrarrestar aquella amenaza[89].

A comienzos de noviembre, los alemanes habían perdido a sus aliados y se enfrentaban a una nueva amenaza en el sur, y se había frustrado irremediablemente su objetivo de salvar Austria-

Hungría (la principal causa de que entraran en guerra). Fue entonces cuando Alemania tuvo que afrontar un período de agitación revolucionaria que la obligaría a aceptar cualquier condición que le propusieran. Si bien en Austria-Hungría las revoluciones habían sido encabezadas por unos comités nacionales ya existentes, en Alemania la insurrección cogió por sorpresa incluso a los grupos de izquierdas y guardó un mayor parecido con la Revolución rusa de febrero que con la de octubre. Tuvo su origen en un motín de la flota, provocado por los planes secretos de una ofensiva naval, o *Flottenvorstoss*, contra Gran Bretaña. De nuevo, una iniciativa militar mal calibrada empeoró todavía más la situación de Alemania de lo que habría supuesto no tomar medida alguna, y esta vez con unas consecuencias funestas.

La estructura de los mandos navales había sido reorganizada en agosto, con la creación de una *Seekriegsleitung* (SKL), o Dirección de Guerra Naval, inspirada en la OHL. Scheer estaba al frente de ella, y el mando de la Flota de Alta Mar lo había asumido por Hipper, aunque los dos confiaban muchísimo en sus respectivos jefes del Estado Mayor, el capitán Magnus von Levetzow y el almirante Trotha, cuyas visiones políticas eran claramente conservadoras, por no decir reaccionarias. Aunque el cambio contó con la aprobación del káiser Guillermo, lo cierto es que sus impulsores pretendían reducir con él el poder de mando del emperador alemán[90]. La nueva reestructuración también dividió el cuerpo de oficiales, provocando el antagonismo de los partidarios de Holtzendorff, cuyo cargo de jefe del Estado Mayor del Almirantazgo fue abolido, y de Capelle, que perdió su puesto de secretario de la Marina. Tras la reorganización, se procedió al traslado de casi la mitad de los capitanes y primeros oficiales de las escuadras de primera línea de la armada (algunos buques llegaron a quedarse sin oficiales de este tipo), después de que muchos de los mejores oficiales se

presentaran voluntarios para servir en los submarinos[91]. De hecho, la SKL vino a acentuar la apuesta de la política naval por el arma submarina. Su «Programa Scheer», concebido por analogía con el Programa Hindenburg, proponía aumentar la producción mensual de sumergibles (entre siete y doce a finales de 1918) hasta alcanzar las treinta y seis unidades en octubre de 1919, una clara indicación de la falta de realismo de la armada[92]. En opinión de la SKL, no era necesario firmar ningún armisticio, y este organismo hizo caso omiso de los consejos de la OHL, que recomendaba evitar cualquier ataque contra los transatlánticos de pasajeros. Sin embargo, cuando el *Leinster* fue hundido y Wilson insistió en que se pusiera fin a las agresiones de los submarinos, la SKL apenas opuso resistencia, pues en aquellos momentos ya consideraba otra alternativa.

La propuesta de la SKL de lanzar un último ataque desesperado contra la Royal Navy fue una reacción a la evidencia de que Alemania había perdido la guerra. Junto a su razonamiento estratégico había otro de carácter emocional y político, originado por los presentimientos de los oficiales que auguraban un futuro incierto de su servicio si se rendían a los británicos sin haber entrado al menos una vez en acción. Semejante hecho no solo supondría una gran deshonra, sino que Trotha también temía que podría llevar a Alemania a descartar la reconstrucción de su armada en un futuro, tras haber sido definitivamente derrotada (algo que, al igual que Hintze y Ludendorff, ya veía muy posible). Prefería «morir luchando» —en otras palabras, una matanza— a la inacción. Levetzow estaba de acuerdo con él: para cualquier oficial o marinero de la armada que se preciara sería mejor «pasar a la inmortalidad pereciendo en el fondo del mar» que la desgracia de la cautividad. Y Scheer, aunque creía que había alguna posibilidad de que la operación fuera un éxito, también opinaba que se traba de una cuestión de «honor y principios»[93]. Así pues,

Scheer y Levetzow dieron el visto bueno a un ataque de superficie si se suspendía la guerra submarina, pero lo hicieron sin consultar con el príncipe Maximiliano o el káiser Guillermo (aunque sí informaron a Ludendorff). Con su conducta violaron las instrucciones dadas por el emperador alemán, y su actuación probablemente fuera inconstitucional. Aunque parece probable, lo cierto es que no hay pruebas definitivas de que quisieran sabotear las negociaciones del armisticio, si bien en cualquier caso puede afirmarse que no mostraron respeto alguno ni por el canciller ni por el gobierno parlamentario, y de haber revelado sus intenciones probablemente habrían sido destituidos. Por lo tanto, el Estado Mayor de Hipper preparó en secreto una orden para que la Flota de Alta Mar pusiera rumbo al estuario del Támesis mientras buques más ligeros bombardeaban la costa de Flandes y atacaban el paso de Calais, con el objetivo de atraer a los navíos de la Royal Navy para hacerlos caer en una emboscada de los submarinos y para librar una batalla naval frente a la isla de Terschelling. El 27 de octubre, Scheer fijó el inicio de la operación para el día 30[94].

Los impulsores del plan no habían pensado en los 80 000 marineros y fogoneros cuyas vidas se pondrían en juego. Pero la información recibida en el alto mando hablaba de que los oficiales habían vivido con inquietud los cambios de personal, y de que entre los hombres cada vez había más muestras de hostilidad hacia la guerra y un mayor deseo de actuar contra ella. El 18 de octubre, Hipper advirtió de la posibilidad de que estallara una revolución en la flota en el momento menos pensado, aunque tanto él como Trotha daban por hecho que, en último término, sus órdenes no serían cuestionadas. Por lo que concernía a los submarinos y a las naves más pequeñas de superficie, esta presunción estaba justificada, pero en la Primera Guerra Mundial los acorazados fueron los protagonistas de las insurrecciones de las armadas. En estos buques las condiciones

guardaban cierto parecido con las que se vivían en una gran planta industrial, pues los hombres llevaban a cabo agotadoras tareas rutinarias, recibían una alimentación pobre y monótona y se veían separados de sus oficiales, que estaban mejor alimentados que sus subordinados y no mostraban interés alguno por ellos ni se mezclaban con ellos (a diferencia de los oficiales de los submarinos o los capitanes de infantería). Este tipo de agravios habían propiciado los motines navales de agosto de 1917 y aún no habían sido remediados, pero el recuerdo de la represión de esos motines seguía muy vivo. La manera de dirigir la marina, combinada con los meses de inacción y de contacto regular en tierra con una población civil desilusionada, alimentó sentimientos de rebelión incluso en el marinero más patriota. La noticia de la solicitud del armisticio y el regreso de los marineros y los trabajadores de los astilleros de los puertos evacuados de Flandes los acentuaron[95].

Cuando en medio de semejantes circunstancias la marina empezó a estacionar barcos listos para entrar en combate y Hipper informó a sus comandantes, enseguida corrió el rumor de que la flota estaba destinada a emprender una misión suicida con el objetivo de hacer caer el gobierno y de romper las negociaciones del armisticio. A partir del 27 de octubre, los actos de desacato se generalizaron en los cruceros y en los buques capitales; los hombres se negaban a embarcar o a levar anclas o a encender las calderas, y apagaban las luces de los barcos. Hipper recibió toda clase de consejos: unos apostaban por utilizar la coerción, y otros por adoptar una postura conciliadora. Al final, las autoridades optaron por una combinación desastrosa de ambas recomendaciones. El 29, Hipper pospuso la orden de zarpar, aunque lo cierto es que debido a los arrestos en masa sus subordinados no podían mover los barcos. Envió la III Escuadra de acorazados a Kiel, con la esperanza de que un descanso y una visita a sus familias sirvieran

para subir la moral de los marineros. Pero cuando la III Escuadra llegó al puerto el 1 de noviembre, el comandante (ignorando las anteriores promesas de una amnistía) detuvo a más de 200 hombres, aunque permitió que los demás bajaran a tierra, donde crearon un comité para exigir la liberación de sus compañeros. Kiel era una ciudad que se caracterizaba por sus tendencias políticas radicales y en la que la huelga de enero de 1918 había encontrado numerosos partidarios, y las manifestaciones de protesta fueron cobrando fuerza hasta que la tarde del 3 de noviembre las tropas abrieron fuego contra los manifestantes, matando a varios de ellos. Fue un episodio análogo al vivido en Rusia en febrero de 1917 cuando Nicolás II ordenó recurrir a la fuerza, y provocó una respuesta análoga. El 4 de noviembre («el lunes rojo»), los marineros irrumpieron en los depósitos de armas, tomaron los fusiles, se apoderaron de sus barcos y crearon un comité de soldados; en tierra los manifestantes levantaron barricadas y la guarnición de Kiel se unió a la sublevación. El gobierno había perdido el control de la ciudad y la revolución había empezado[96].

Si bien en Rusia la revolución estalló por la falta de pan en la capital del imperio, en Alemania empezó en las provincias para protestar contra una prolongación, absolutamente inútil, de los combates. No obstante, también es cierto que en Alemania resultaba extremadamente amenazadora la precaria situación del abastecimiento de alimentos. Las provisiones de Rumanía habían sido de gran ayuda en 1917, pero en aquellos momentos estaban a punto de perderse. Los envíos de Ucrania no cubrían las expectativas, y las otras regiones ocupadas ya no tenían nada que dar[97]. Tampoco había muchas posibilidades de adquirir alimentos en los países neutrales, pues el bloqueo de los Aliados era prácticamente hermético. Entre mayo y julio había habido una grave escasez, y la cosecha de 1918 solo sirvió para aliviar momentáneamente aquella precaria situación. Aunque la

cosecha de trigo fue mejor que la de 1917, la de patatas fue peor[98]. En 1917-1918, la tasa de mortalidad de la población civil era más elevada que la de los años anteriores a la guerra, y no paraba de aumentar; incluso dejando de lado las víctimas de la gripe, es harto probable que entre 424 000 y 478 500 personas fallecieran (tras contraer enfermedades como la tuberculosis, entre otras) debido a la precariedad provocada por la guerra[99]. La prensa informaba con mucha libertad sobre los detalles relativos a la escasez de alimentos, sin ocultar ni la elevada tasa de mortalidad ni las agoreras perspectivas[100]. En cualquier caso, según los informes internos de Alemania y los observadores de los Aliados, lo que más socavó la moral de la opinión pública fue el cambio de tornas que se produjo en el campo militar y no la crisis de suministros. Cuando ya no hubo la menor posibilidad de obtener la victoria, el sufrimiento continuado resultó insoportable y alimentó la impaciencia por firmar la paz[101]. Además, a pesar de las reformas constitucionales de Maximiliano de Baden, pocos episodios del pasado de Guillermo sugerían que el káiser pudiera funcionar como un monarca de corte británico, y a finales de octubre su futuro era uno de los asuntos pendientes que se incluían en la agenda política. Wilson no insistía en la abdicación, pero podía interpretarse que la tercera nota de los estadounidenses abogaba por ella, y los diplomáticos de Estados Unidos que estaban en contacto con los alemanes en Suiza y Dinamarca dijeron que eso era precisamente lo que quería el presidente. Solf avisó al canciller de que la marcha de Guillermo II podría significar unos términos más suaves, y el SPD y su prensa afín recogieron el guante. La mayoría de los miembros del gabinete opinaban que el emperador debía abdicar voluntariamente, pero Guillermo —que el 29 fue a visitar la OHL en Spa sin la autorización del gobierno— se resistía[102]. Fue entonces cuando intervino la revolución.

En el ambiente de resentimiento de la República de Weimar, el motín naval y la revuelta de Kiel se convirtieron en el argumento central de las acusaciones de la derecha que atribuían la derrota a una «puñalada trapera». Estos hechos desempeñaron un papel destacado en el proceso del *Dolchstoss* celebrado en Múnich en 1925 y durante tres años fueron objeto de numerosas pesquisas por parte de una comisión especial creada por el Reichstag para investigar las causas de la caída de Alemania. Si bien los testimonios presentados por los sectores de la izquierda se centraron en el abismo que separaba a los oficiales de sus hombres y en los abusos de autoridad de la marina, Levetzow y otros adujeron que los motines habían sido obra de elementos agitadores. En realidad, aunque las simpatías por el USPD y las posturas antibelicistas habían aumentado desde 1917, las demandas de los amotinados de la III Escuadra se limitaron al principio a raciones de comida iguales para oficiales y marineros y derechos civiles para estos últimos. Las del consejo de trabajadores y soldados de Kiel fueron similares; algunos elementos del movimiento de protesta de los marineros pedían la abdicación de Guillermo, la firma inmediata de la paz y la democratización del sistema electoral, pero el socialismo —y todavía menos el bolchevismo ruso— no figuraba en su lista de demandas[103]. El movimiento tampoco fue particularmente violento: fueron asesinados tres oficiales navales, si bien el consejo de soldados acordó pagar una compensación por los daños causados a la propiedad. Por otro lado, a comienzos de octubre había cobrado fuerza una tendencia de extrema izquierda entre el movimiento socialista que dio lugar a los llamados espartaquistas, que abogaban por un gobierno soviético en vez de parlamentario y por la nacionalización de las tierras y las propiedades, pero que seguían constituyendo una organización pequeña y secreta. El USPD era un grupo mucho más grande y quería la creación de una república socialista,

aunque estaba dividida por sus posturas ante la revolución y el bolchevismo. Sus aliados sindicalistas, la «camarilla revolucionaria» de enlaces sindicales del sector de la siderurgia berlinesa, preparaban una huelga general revolucionaria, pero el USPD aconsejó posponerla. Los jefes del SPD, en cambio, aunque republicanos en teoría, deseaban trabajar en el marco de una monarquía constitucional, y permanecieron leales a Maximiliano todo el tiempo que fue posible, aunque querían, como el propio canciller, que Guillermo dejara el trono. La revolución de Kiel, sin embargo, añadió una dinámica nueva a la situación, amenazando con marginar al SPD. El partido respondió enviando a uno de sus líderes, Gustav Noske, que fue recibido con agrado y elegido presidente del consejo de soldados, y se convirtió en gobernador de la ciudad, por lo que pudo restaurar rápidamente el orden. Por un momento pareció que la revolución sería reprimida gracias a la intervención socialista.

A pesar del éxito de Noske, sin embargo, el movimiento se extendió durante los días sucesivos a medida que empezaron a desplegarse en abanico los grupos de amotinados. Lübeck y su guarnición se rindieron el 5 de noviembre cuando llegaron a la ciudad marineros de Kiel; otros se dirigieron a Hamburgo y se unieron a los soldados y a los obreros para desarmar a los oficiales, ocupar la estación y los astilleros y crear un sóviet. El 6 de noviembre se estableció un consejo de soldados en Wilhelmshaven, donde se opuso menos resistencia incluso que en Kiel. Mientras las ciudades costeras escapaban del control del gobierno, el 7 de noviembre llegaron marineros a Colonia, que se hicieron con la ciudad en pocas horas. La revolución se extendió rápidamente por todo el norte de Alemania y en Renania, encontrando apenas resistencia por parte de las autoridades y las tropas locales, y caracterizándose por un interés especial de los consejos por evitar derramamientos de sangre y

por mantener el orden. Hubo pocos actos de saqueo y de violencia. Los oficiales, aunque fueron humillados, no sufrieron agresiones físicas. La policía fraternizó con los rebeldes, y la burocracia imperial permaneció intacta. Sin embargo, cuando los insurgentes se hicieron con el control de los puentes del Rin, las cosas se complicaron mucho para el ejército de tierra, que no podía regresar para sofocar la revuelta. A diferencia de lo ocurrido en Rusia, los marineros y los soldados encabezaron la sublevación, aunque se crearon consejos de obreros junto con los militares[104]. El fenómeno del soldado revolucionario en la propia patria fue crucial, y ha sido poco estudiado, aunque los informes dirigidos a las autoridades sugerían que las derrotas habían mermado la confianza de las tropas y que estas querían la paz, una república y plenos derechos civiles, con el resentimiento del cuerpo de oficiales, que constituía una fuerza menor que la de la armada[105]. De ahí que los consejos de soldados pidieran la paz, la democracia y la abdicación del káiser Guillermo. Estas generalizaciones son aplicables en su mayoría incluso a la revolución más radical que se produjo en las provincias alemanas, pero no a la de Múnich. En esta ciudad la situación revolucionaria fue fruto directo de la petición del armisticio por parte de Alemania y de la amenaza de invasión tras la caída de Austria-Hungría. El líder local del USPD, un intelectual y periodista judío de Berlín, Kurt Eisner, preparaba una sublevación, y antes de pasar a la acción el 7 de noviembre se puso en contacto con elementos sindicalistas y con cabecillas de los soldados. Desde el lugar de concentración de los manifestantes, condujo a sus seguidores hasta un cuartel vecino y se apoderó de las armas, mientras los soldados desertaban y el rey bávaro huía, permitiendo a los insurgentes proclamar una república en lo que fue otro golpe de Estado incruento. A diferencia de lo ocurrido en el norte, sin embargo, la revuelta de Múnich fue planificada y encabezada por los socialistas

independientes, aunque el líder local del SPD se uniera a regañadientes al nuevo gobierno[106].

Pocos días después del episodio de Kiel, casi todas las capitales de provincia estaban en manos revolucionarias, y la amenaza se cernía sobre Berlín. El desenlace llegó con la firma del armisticio y la caída de la dinastía Hohenzollern. En estos dos acontecimientos desempeñó un papel crucial el temor de que, si no se tomaban medidas drásticas, Alemania acabaría siguiendo los pasos de Rusia, una perspectiva tan terrible para los líderes del SPD como para los partidos de la clase media y las autoridades militares. Cuando los Aliados esbozaron los términos del armisticio, sin embargo, no supieron darse cuenta de que la revolución era inminente en Alemania. Wilson tuvo noticia de los motines navales el 6 de noviembre, y hasta el 8 Lloyd George no estuvo plenamente convencido de que Alemania no tenía más alternativa que firmar la capitulación[107]. Los alemanes, por su parte, vivieron con desconcierto el intervalo de deliberaciones aliadas que siguió a su respuesta a Wilson del 27 de octubre, y sintieron un gran alivio cuando la Nota Lansing les ofreció un armisticio basado en casi la totalidad de los Catorce Puntos. El 6 de noviembre, Groener, que anteriormente había contemplado la posibilidad de emprender una retirada ordenada a un frente menos extenso, advirtió al príncipe Maximiliano de que Alemania debía pedir inmediatamente un alto el fuego, en vista de la amenaza que se cernía sobre la frontera meridional del país y lo sucedido en Kiel; de ahí que el canciller ordenara a la delegación del gobierno encargada de negociar el armisticio, presidida por Erzberger, conseguir el alto el fuego a cualquier precio. De esta manera, la combinación de la caída de Austria-Hungría y el estallido de la revolución acabaron por romper cualquier resistencia por parte de Alemania. Erzberger y la comisión fueron escoltados a través de las líneas francesas en lo que fue un

viaje surrealista hasta un vagón de tren estacionado en el claro de un bosque cerca de Compiègne, donde Foch les presentó las condiciones de los Aliados, negándose ostentosamente a negociar. Sin embargo, se dignó hacer unas pocas concesiones, sin duda vinculadas a intereses contrarrevolucionarios. Como los delegados alemanes querían mantener una fuerza disciplinada para utilizarla contra el bolchevismo, Foch redujo el número de camiones, aparatos aéreos y ametralladoras que debían entregar, y también alargó el período de evacuación de veinticinco a treinta y un días, estrechando a diez kilómetros la zona desmilitarizada de la margen derecha y sin exigir una retirada inmediata de suelo ruso. Erzberger, que había aceptado aquella misión a regañadientes (más tarde le costaría la vida), consideró que las mejoras obtenidas eran importantes y recomendó a Berlín que aceptara los términos[108].

Pero cuando llegó el mensaje de Erzberger, el gobierno del príncipe Maximiliano ya había caído. El papel desempeñado por los líderes del SPD en todo este asunto fue fundamental. Como la revolución se extendía cada vez más, temían que si no daban una respuesta, probablemente perdieran el control del USPD. El 7 de noviembre comunicaron al príncipe Maximiliano que, si el káiser no abdicaba, estallaría una revolución social; Guillermo tenía que renunciar al trono y la Constitución debía ser completamente democratizada, de lo contrario estaban dispuestos a dejar el gobierno. Maximiliano de Baden se dio cuenta de que había perdido su mayoría en el Reichstag y presentó la dimisión, pero Guillermo no quiso ni aceptarla ni renunciar al trono. La mañana del 9 de noviembre, como los socialdemócratas se unieron a las manifestaciones masivas en la propia Berlín y los soldados de la guarnición de la ciudad empezaron a desertar, Maximiliano anunció por propia iniciativa que Guillermo había abdicado y entregó la cancillería a un gobierno mayoritariamente socialista presidido por

Friedrich Ebert. Para evitar la proclamación espartaquista de un régimen soviético, otro líder del SPD, Scheidemann, declaró desde el edificio del Reichstag que Alemania era una república[109]. Pero el SPD habría podido fallar en su intento de detener a los extremistas si Guillermo no se hubiera retirado, y hasta el 8, lejos de la capital, desde Spa el káiser insistía en que restauraría el orden al frente de su ejército. Lo que acabó con el emperador alemán, al igual que con el zar Nicolás, fue la deserción de sus generales.

De los treinta y nueve altos oficiales, entre generales y comandantes de regimientos, del Frente Occidental con quienes se puso en contacto la OHL, solo uno creía que el ejército era capaz de reconquistar Alemania, quince tenían sus dudas y veintitrés consideraban la empresa una misión imposible; únicamente ocho creían que las tropas estarían dispuestas a luchar incluso contra el bolchevismo. Hindenburg y Groener llegaron a la conclusión de que, con las grandes ciudades y los enlaces ferroviarios controlados por los rebeldes, y sin apenas unidades militares en las que poder confiar, resultaba imposible sofocar el movimiento revolucionario. Cuando expusieron claramente la situación a Guillermo II el día 9, el káiser, para honra suya aunque con retraso, no quiso provocar una guerra civil en toda regla. Hindenburg lo avisó de que no podía garantizar su seguridad y le recomendó dirigirse a Holanda, lo que hizo Guillermo el 10 de noviembre después de que la reina y el gobierno de este país acordaran concederle asilo político[110]. Su marcha supuso la eliminación de uno de los principales obstáculos para reconducir la situación provocada por la revolución; ese mismo día, Ebert eliminó otro importante obstáculo aceptando las condiciones del armisticio presentadas por Foch. El nuevo gobierno se encontraba en una posición constitucional muy complicada, pues había sido investido de su poder por el príncipe Maximiliano en calidad de último

canciller imperial, pero se veía ensombrecido por un consejo ejecutivo de reciente formación creado por los sóviets de los trabajadores y los soldados. Aunque el USPD se unió al gobierno, desde un principio Ebert pretendió gobernar exclusivamente durante un período de transición hasta que una asamblea constituyente electa estableciera una democracia parlamentaria. Mientras tanto, su idea era mantener el orden público, garantizar el abastecimiento de alimentos y conservar intacto el aparato burocrático imperial. Así pues, el 10 de noviembre entabló también conversaciones secretas con Groener en las que el gobierno se comprometió a combatir el bolchevismo y a respetar los derechos de mando de los oficiales (en claro contraste con la Orden n.º 1 y su ataque a la autoridad militar en Rusia)[111]. La revolución de noviembre fue necesaria para hacer caer a Guillermo II, sin cuyo derrocamiento las perspectivas de éxito de un proceso de democratización habrían sido todavía más escasas; pero desde el comienzo de la revolución los líderes del SPD mostraron su firme determinación a frenarla, y los auspicios fueron favorables para que lo hicieran, aunque su éxito abriera al final el camino a una reacción.

Pero esas perspectivas seguían siendo remotas a las once de la mañana del 11 de noviembre cuando los cañones del Frente Occidental —que siguieron abriendo fuego hasta el final— por fin se silenciaron. Fue un momento excepcional, aunque celebrado con menos entusiasmo por los soldados aliados sobre el terreno que por las multitudes enfebrecidas de París o de Londres[112]. Sin embargo, en 1918 dos agentes mortíferos estaban funcionando a pleno rendimiento, y el segundo de ellos había llegado a su momento de mayor virulencia. A finales de octubre, la epidemia de gripe mataba diariamente a 7000 personas en Gran Bretaña, y en total acabó con más de 500 000 vidas estadounidenses, superando el número de muertes de

soldados estadounidenses en el campo de batalla de las dos guerras mundiales, la guerra de Corea y la de Vietnam juntas. Es probable que en todo el mundo fallecieran hasta 30 millones de personas, superando con creces el número de muertes en combate durante la guerra. No había ninguna defensa médica contra la enfermedad, y sus víctimas morían entre dolores y a menudo en la miseria. Su incidencia no estuvo directamente relacionada con el conflicto ni con la mala nutrición provocada por el bloqueo, aunque afectó de manera desproporcionada a los adultos más jóvenes, y su propagación se vio facilitada por la proximidad forzosa de cientos de miles de soldados en las trincheras, los hospitales, los trenes y los transatlánticos de pasajeros. Fue especialmente virulenta en los barcos que partían hacia el este cargados de soldados estadounidenses, un precio que Wilson y su Departamento de Guerra aceptaron pagar a regañadientes debido a la urgente necesidad de trasladar a toda prisa el mayor número de efectivos posible al sector Mosa-Argonne[113]. Pero esta epidemia se vio eclipsada por la guerra en aquellos momentos, del mismo modo que se ha visto eclipsada desde entonces, tal vez porque se trataba de un desastre natural y no fruto de la acción del hombre, quizá porque la mayoría de los que murieron no estaban en el oeste o tal vez porque el mundo se había endurecido. Noviembre de 1918 fue otro período singular y triste de histeria generalizada, aunque bastante distinto del vivido en julio de 1914. Para los derrotados, con independencia de las migajas de consuelo que pudiera ofrecer la perspectiva de una paz wilsoniana, fue una ocasión para las premoniciones. No obstante, al menos en el Frente Occidental y en el italiano, en los Balcanes y en Oriente Próximo, y en lugares remotos como África Oriental, aquella matanza se detendría, y este parecía un motivo suficiente para celebrarlo, como probablemente también lo fuera la repentina democratización del centro y el este de Europa, alentando unas

esperanzas como las de 1848, o como las que no volverían a alentarse hasta 1989.

Sin embargo, no tardaría en volverse a discutir en los países aliados lo precipitado del armisticio (y en Alemania que no habría sido necesario firmarlo si las fuerzas armadas no hubieran recibido una puñalada por la espalda). Pero estas concepciones eran erróneas. La revolución alemana modificó los consejos de Groener al gobierno e influyó en la decisión del 6 de noviembre del príncipe Maximiliano de pedir inmediatamente el armisticio. No obstante, el motín naval que la hizo estallar había estallado a su vez por el *Flottenvorstoss*, que fue una reacción contra las negociaciones del armisticio. La otra gran preocupación de Groener el 6 de noviembre —la amenaza que se cernía sobre las fronteras del sur de Alemania— fue provocada por la desintegración de Austria-Hungría, que se precipitó también por la petición de un armisticio por parte de Alemania. La clave de todo el proceso de derrumbamiento debemos buscarla en la crisis nerviosa que sufrió Ludendorff el 28 de septiembre, que fue una reacción no ya a los acontecimientos que estaban produciéndose en el frente interno, sino a la combinación de dos hechos: por un lado, la capitulación de Bulgaria y, por otro, la ofensiva general emprendida por los Aliados, a lo que se sumaron las graves heridas infligidas al ejército alemán por los ataques enemigos. La revolución fue una consecuencia, no una causa, de la derrota de Alemania, y los líderes del SPD hicieron todo lo que pudieron por moderarla. Asimismo es cierto, sin embargo, que si Ludendorff hubiera sabido mantenerse firme, Alemania tal vez habría resistido hasta comienzos de 1919, pero probablemente no mucho tiempo más. Las acciones de Ludendorff determinaron la manera en la que los Aliados consiguieron la victoria, y no la victoria en sí.

Varios líderes estadounidenses y aliados se preguntaron si

era el momento propicio para poner fin a la guerra, entre otros los congresistas republicanos, Pershing, Poincaré o Lloyd George. Sin embargo, cuando fue evidente la magnitud del desastre de Alemania, el primer ministro británico se dio cuenta de que la decisión había sido la acertada, y solo cuando Alemania empezó a desafiar a los Aliados en la década de 1920 volvieron a surgir las dudas en torno a esta cuestión. Lloyd George y Henry Wilson sintieron un gran alivio cuando vieron que sus tropas no tenían que invadir unas regiones enemigas infestadas de bolcheviques[114], y nadie abogó por ocupar un territorio situado mucho más al este del Rin. Son muchos los que piensan que esta moderación de los Aliados permitió a Ebert declarar, cuando las tropas alemanas regresaron a Berlín, que no habían sido derrotadas, alimentando la leyenda de que en cierto modo habían sido víctimas de una traición. Sin embargo, en 1870-1871 el asedio y el bombardeo de París por parte de los alemanes, y luego el desfile triunfal por las calles de la ciudad, no habían contribuido precisamente a erradicar la sed de venganza de los franceses. Bien es verdad que después de 1945 la actitud frente a una Alemania completamente derrotada y devastada fue muy distinta, pero ese cambio de mentalidad tardó años en producirse y vino determinado no solo por la conquista de Berlín, sino también por la continuidad de la ocupación soviética y aliada y el pacto alcanzado por los vencedores de la guerra para que el país no se convirtiera nunca más en una potencia militar independiente de primer orden. Permanecer en Berlín hasta 1919 probablemente no hubiera servido de nada a los Aliados, y de haberse quedado en la ciudad habrían corrido el peligro de que se creara una situación de inestabilidad revolucionaria en el seno de sus propias sociedades. Aun sin hacerlo, el armisticio bastó para que al cabo de ocho meses pudieran imponer un tratado de paz rígido y marcado por el resentimiento, lo suficientemente represivo para impedir que

Alemania desencadenara otro gran conflicto armado si los vencedores hubieran sabido observarlo con la misma unidad de propósito que al final les permitió ganar la guerra. Los sacrificios de 1914-1918 hicieron posible una paz duradera (o al menos la ausencia de hostilidades) en la zona del Atlántico Norte, y en ese sentido hubo buenas razones para celebrarlo en aquel gris y sombrío mes de noviembre. El mundo occidental no se vio condenado de antemano a seguir la desastrosa senda que emprendería un par de décadas después. Pero, al socavar la estabilidad política y social, el precio pagado por la victoria hacía que todo fuera en contra de un futuro en paz. Ningún relato sobre el impacto y el significado del conflicto puede estar completo sin un estudio de sus secuelas y su legado envenenado.

Cuarta Parte

LEGADO

18

La pacificación, 1919-1920

La Primera Guerra Mundial fue el acontecimiento más grande de su época, no solo por lo que sucedió en ella, sino también por el impacto posterior que tuvo. Sus repercusiones globales se prolongaron hasta 1945, y, según muchos, hasta la caída del comunismo soviético y el final de la guerra fría, por no decir más allá. Se ha convertido en una costumbre considerarla el comienzo de una era de catástrofes o el inicio de un «siglo XX corto» que duró hasta 1989, tras el cual (y especialmente a partir del 11 de septiembre de 2001) el mundo entró en una era distinta[1]. Tampoco para los combatientes y para sus familias la guerra acabó en noviembre de 1918. Más de la mitad de las tropas del ejército británico del Frente Occidental tenían en 1918 menos de diecinueve años[2]: el último participante en el asalto de 1917 a Passchendaele murió en 1998, y en 2003 todavía estaban vivos treinta y siete veteranos de la BEF[*]. Para muchos de ellos la guerra seguía estando muy viva.

No obstante, con el paso de los años —y, especialmente, a partir de la Segunda Guerra Mundial, que como gran guerra fue más grande todavía—, la de 1914-1918 se ha convertido en un punto de referencia imaginativo y político menos imponente. A medida que han ido distanciándose las ondas de su impacto, su fuerza ha disminuido. La historia de su legado no es solo la de los estragos que causaron sus repercusiones en las sociedades occidentales de los años inmediatamente posteriores, sino

también la de los procesos que contribuyeron a curar las heridas y a aliviar el dolor. A finales de la década de 1920, esos procesos estaban en pleno desarrollo y estaba produciéndose una recuperación tardía, pero perfectamente tangible. Fue una auténtica desgracia que se hiciera entonces con el poder un líder alemán empeñado en no liquidar la guerra, sino en revivirla, desencadenando un nuevo conflicto cuyas consecuencias ensombrecieron la historia internacional después de 1945, del mismo modo que la marcaron las de la primera después de 1918. No obstante, si bien es verdad que la Segunda Guerra Mundial habría sido inconcebible sin la Primera, la una no condujo irremediablemente a la otra. Los acontecimientos de los años treinta no tenían por qué haber evolucionado como lo hicieron, y es fundamental distinguir entre las consecuencias directas de la guerra de 1914-1918 y los desarrollos de lo que solo fue una mera condición previa. A partir de 1918, en cada década se produjeron más acontecimientos que deberíamos incluir en esta segunda categoría. Para ilustrar cómo se propagaron y luego cesaron las oleadas de choque de la guerra, organizaré las siguientes páginas en cuatro secciones cronológicas: primero, la negociación de los tratados de paz en 1919-1920; en segundo lugar, la recuperación fallida de 1919-1929; en tercer lugar, el derrumbe del acuerdo alcanzado tras la guerra, la ascensión del nazismo y el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial; y en cuarto y último lugar, la continua influencia de la memoria de la guerra, en gran medida más en el ámbito cultural que en el político, durante la segunda mitad del siglo XX y en el nuevo milenio.

Los tratados de paz fueron el principal legado del conflicto. La lucha por hacerlos cumplir fue el tema fundamental de la política internacional de posguerra y tuvo casi la misma trascendencia para el desarrollo interno de los distintos países. El fracaso final del tratado principal —el firmado en Versalles con

Alemania— suscitó una serie de cuestiones básicas acerca de la eficacia del uso de la fuerza en las relaciones entre los estados. Pero tras cincuenta y dos meses de matanzas, que solo a los Aliados occidentales les costaron 130 000 millones de dólares y 3,6 millones de vidas, sus líderes consideraron que tenían el derecho y el deber de legislar un nuevo corpus de derecho público que los ligara a ellos y a sus antiguos enemigos. Como dijera Foch antes del armisticio, se había hecho la guerra para obtener resultados: si los vencedores eran lo suficientemente fuertes para imponer sus condiciones, no había necesidad de más derramamientos de sangre. Por poco espectacular que fuera el triunfo de los Aliados, bastó desde luego para eso. Aunque empezaron a desmovilizarse tras el armisticio, mantuvieron la maquinaria del bloqueo *in situ* y una cantidad sustancial de fuerzas permaneció en alerta hasta que se firmó el tratado de paz con Alemania. El ejército austrohúngaro se había desintegrado, y ni el búlgaro ni el otomano estaban en condiciones de combatir. Buena parte de Europa necesitaba desesperadamente unos víveres que solo Estados Unidos y Gran Bretaña podían suministrar. Bien es verdad que en Rusia y en muchos rincones de la Europa del Este los vencedores tuvieron poca influencia, y que perdieron el control de Asia Menor cuando en 1919 surgió el movimiento nacionalista turco de Mustafá Kemal. Pero en Alemania, el Adriático, los Balcanes y el Mediterráneo oriental —por no hablar de África y Asia oriental—, cuando los estadounidenses y los Aliados europeos pudieron ponerse de acuerdo, lograron determinar la forma del arreglo.

La Conferencia de Paz de París se inauguró en enero de 1919 y continuó hasta enero de 1920, siendo sustituida a continuación por una conferencia permanente de embajadores aliados[3]. Dio lugar a la firma de cinco tratados de paz: uno con Alemania, el de Versalles, el 28 de junio de 1919; otro con Austria, el de Saint-Germain-en-Laye, el 10 de septiembre; otro

con Bélgica, el de Neully, el 27 de noviembre; otro con Hungría, el del Trianon, el 4 de junio de 1920; y otro con Turquía, el de Sèvres, el 10 de agosto de 1920. Las dificultades de la conferencia no se debieron solo a la incoherencia administrativa, sino que fueron también reflejo de discrepancias más profundas. De ese modo, los Aliados europeos siguieron reacios a considerar vinculantes el acuerdo político del armisticio y los Catorce Puntos, de modo que los vencedores llegaron a París sin unanimidad de criterios sobre los términos de referencia. Además, el caos que asolaba a buena parte de Europa hacía que la pacificación fuera intrínsecamente inabordable. Aunque los ministerios de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña y Francia encargaron estudios sobre el Congreso de Viena de 1814-1815, los líderes políticos les prestaron poca atención. La magnitud y la complejidad de la empresa a la que se enfrentaban no tenía precedentes, y los líderes fueron improvisando los procedimientos de la Conferencia de París sobre la marcha. A las sesiones plenarias públicas asistieron representantes de todos los países aliados, pero para empezar las cinco grandes potencias negociaron lo más importante en el Consejo de los Diez, formado por los jefes de gobierno y los ministros de Asuntos Exteriores o sus delegados de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón. Las sesiones fueron muy farragosas y no llegaron a ninguna conclusión. En febrero de 1919, Wilson y Lloyd George se marcharon para efectuar una prolongada visita a sus respectivos países y Clemenceau quedó temporalmente imposibilitado a raíz de un intento fallido de asesinato. Desde finales de marzo, pues, sin haberse decidido todavía nada excepto el pacto (el documento fundacional de la Sociedad de Naciones), los tres mandatarios empezaron a reunirse a diario con Orlando en el Consejo de los Cuatro, y acordaron los rasgos fundamentales del tratado con Alemania en un mes. Encomendaron buena parte del material

técnico a sus subalternos, y todas las delegaciones en la conferencia de paz consideraron difícil la coordinación a través de los subcomités, cuyo número se multiplicaba constantemente. Además, los diplomáticos aliados trabajaron todo el tiempo sobre un equívoco, pues supusieron que estaban elaborando unos términos «preliminares» que luego serían sometidos a una renegociación, pero en realidad se convirtieron en las condiciones definitivas. Cuando el 7 de mayo presentaron a los alemanes el borrador del tratado, los integrantes de la delegación británica y estadounidense se quedaron perplejos por su severidad, pero a esas alturas, después de meses de deliberaciones agotadoras, sus líderes prefirieron imponer el texto en su integridad antes que corregirlo. No obstante, Wilson, Clemenceau y Lloyd George estaban perfectamente al corriente de los términos principales del documento, y dar a entender que las potencias fueron arrastradas a la paz es tan erróneo como afirmar que fueron arrastradas a la guerra.

Quizá la característica más destacada del acuerdo resultante fuera su fragilidad. El Tratado de Sèvres con Turquía no se puso en vigor nunca, ni siquiera fue ratificado, mientras que no había dado casi tiempo a que se secara la tinta del Tratado de Versalles cuando los alemanes empezaron a ponerlo en entredicho, y durante las dos décadas siguientes sería modificado continuamente a su favor. Pero desde la aparición a finales de 1919 del éxito de ventas del economista británico (y delegado en la conferencia de paz, aunque en una posición menor) John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, el tono de muchos comentarios de la época acerca de los tratados —y pronto también acerca de la guerra misma— fue de desencanto. Casi de inmediato quedó claro que los alemanes no cumplirían voluntariamente el pacto, y que los Aliados tuvieron que enfrentarse a la perspectiva de una vigilancia y una confrontación continuas en un momento en el que la mayoría

de sus tropas desmovilizadas deseaban volver a la normalidad y a su vida privada. No obstante, durante los años veinte, a pesar de las turbulencias del mundo de posguerra, al menos no hubo mucho peligro de que se desencadenara un nuevo gran conflicto armado. Pero en los años treinta ni siquiera podía decirse ya eso, y las esperanzas de que los sacrificios de 1914-1918 «acabaran con la guerra» —esto es, que pudieran eliminar la inseguridad internacional que había dado lugar a la catástrofe— se vieron cruelmente decepcionadas. Tal vez fuera por esa razón más que por cualquier otra por lo que mucha gente, no solo en los países vencidos, sino incluso también en los vencedores, empezaron a pensar que toda aquella empresa había sido inútil, y esta percepción modificó, por un lado, la forma en la que fue recordada la guerra e influyó, por otro, en los políticos occidentales a favor del apaciguamiento. Ahora bien, aunque no es cierto que los términos del armisticio hicieran inevitable una segunda guerra, tampoco lo es que lo hicieran los términos del tratado de paz, y los responsables de su elaboración han tenido injustamente muy mala prensa. Como los generales antes, los pacificadores fueron avanzando a tientas en unas circunstancias desconocidas hasta ese momento, pero el acomodo que consiguieron fue más flexible de lo que admiten sus críticos, y habría podido dar lugar a una reconciliación duradera con el nuevo régimen republicano de Alemania o asegurar al menos que siguiera siendo inofensivo desde el punto de vista militar. La verdadera tragedia de los años de entreguerras fue que no se consiguió ni una cosa ni otra, de forma que en 1939 Gran Bretaña y Francia tuvieron que reanudar la empresa que habían suspendido en 1918, y en unas circunstancias mucho menos favorables.

El principal motivo de esta tragedia no fue que las condiciones del tratado fueran impracticables o injustas. Y tampoco lo fue que los Aliados carecieran de una fuerza militar

adecuada. El problema más fundamental fue su desunión, que ya se puso de manifiesto durante el proceso de pacificación y que exacerbaron las discrepancias en torno a los términos del tratado. Rusia, Japón e Italia se enemistaron más o menos con las potencias atlánticas, y Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña llegaron al límite de su capacidad de cooperación. Surgió así un modelo de desunión que contrastaba nítidamente con la cohesión que había mostrado la coalición antialemana durante la guerra, y esa desunión dio la oportunidad a Hitler.

Consideraré primero los casos de Rusia, Japón e Italia, pues su enemistad relativa supuso que Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña dominaran el proceso de paz. El legado que dejó la guerra en Rusia fue el régimen bolchevique y la intervención de los Aliados. Esta comenzó como una extensión de la lucha contra Berlín, pero continuó mucho después de que se firmaran los armisticios y de que Alemania evacuara los antiguos territorios zaristas. Los vencedores se quedaron en ellos porque seguían temiendo una alianza entre Alemania y Rusia, aunque en realidad el gobierno revolucionario alemán rechazó las insinuaciones de Moscú, buscando por el contrario en Washington alimentos y apoyo diplomático. Sin embargo, también entraron en juego otras consideraciones. El ejército japonés quería quedarse con el control de la parte oriental de Siberia. Lloyd George deseaba retirar las fuerzas británicas, pero actuaron en su contra el antibolchevismo de su gabinete y el sentido que este tenía de obligación para con los adversarios de Lenin, los Blancos. Además, los británicos esperaban debilitar a Rusia permanentemente como rival en potencia, quitándole sus provincias periféricas de Europa del Este, el Báltico y el Cáucaso. Por último, Clemenceau, el más opuesto en el plano ideológico de los líderes aliados al régimen soviético, envió una expedición a Odessa con la esperanza de salvar las inversiones francesas en Ucrania y sustituir a Alemania como potencia

protectora del país. En ese momento no estaba ni mucho menos claro que los bolcheviques ganaran la guerra civil rusa, pues los avances de los Rojos durante las campañas de invierno se veían compensados cada verano por los éxitos cosechados por los Blancos. Por consiguiente, durante la conferencia de paz los Aliados intentaron negociar sin demasiado entusiasmo con Moscú, pero luego cambiaron de bando y decidieron apostar por la victoria de los Blancos, pasando de una postura ostensiblemente imparcial a otra explícitamente antibolchevique[4]. En enero de 1919 propusieron la convocatoria de una conferencia entre todas las facciones rusas en las islas Príncipe (Büyükada), en el mar de Mármara. Los soviéticos accedieron a participar en ella, ofreciéndose a pagar la deuda externa rusa y a paralizar la subversión en los países aliados, pero los Blancos, alentados bajo cuerda por Francia, rechazaron la invitación. En marzo los bolcheviques volvieron a mostrarse dispuestos a negociar si los Aliados retiraban las tropas y dejaban de apoyar a los Blancos, pero el Consejo de los Cuatro respaldó el plan estadounidense de crear una comisión neutral al mando del explorador noruego Fridtjof Nansen, encargada de distribuir alimentos a condición de que se respetara el alto el fuego y de que Estados Unidos controlara los ferrocarriles rusos; los bolcheviques se negaron. Por último, en el mes de mayo los líderes aliados dieron un reconocimiento condicionado al gobierno blanco del almirante Kolchak, con sede en Omsk, prometiendo que lo ayudarían a imponer su régimen sobre toda Rusia. A pesar de su ingente contribución a la derrota de los alemanes, Rusia quedaría excluida de la paz.

No hay que exagerar la impresión de que se perdió una buena oportunidad. Los líderes aliados se habrían enfrentado a enormes dificultades para obtener la ratificación parlamentaria de un tratado de paz con el régimen bolchevique, que amplios sectores de la población condenaban por haber firmado el

Tratado de Brest-Litovsk, expropiado las inversiones extranjeras, pisoteado los derechos civiles y asesinado al zar. Además, la disposición de Lenin a hablar era puramente táctica. Se oponía a un alto el fuego permanente y tenía la intención de saldar cuentas con los Blancos. Veía las ventajas de un «segundo Brest» —una tregua con los Aliados mientras ganaba la guerra civil—, pero seguía empeñado en la revolución mundial. Hasta mediados de la década de 1920, los bolcheviques consideraron la exportación del socialismo a la Europa central la mejor salvaguardia de su propia supervivencia, e intentaron establecer partidos comunistas en los países occidentales y fomentar la revolución en sus colonias. Nunca resultó factible atraer a los líderes soviéticos a establecer un nuevo cerco de Alemania. Pero tampoco resultó factible derrocarlos, aunque Sonnino, Foch y Churchill, entre otros, defendieron que así se hiciera. Durante 1919, el Ejército Rojo creció hasta alcanzar los tres millones largos de hombres y los obstáculos logísticos y políticos que habrían encontrado las operaciones contra él eran inmensos. En Folkestone las tropas británicas se amotinaron para no ser enviadas a Rusia, y cuando los marineros franceses de la flota del mar Negro también se amotinaron, Clemenceau tuvo que ordenar la vuelta de la expedición a Odessa. Los reclutas que se habían mostrado dispuestos a combatir contra Alemania, e incluso a permanecer movilizados hasta que se firmara la paz, no tenían la menor intención de permitir que los mandaran a un nuevo teatro de operaciones lejanísimo, y en cualquier caso los gobiernos aliados estaban demasiado apurados económicamente para hacerlo. De ahí que los Aliados se limitaran a enviar a Kolchak voluntarios, instructores y municiones, a costa de profundizar su enemistad con Moscú. Por último, en el invierno de 1919-1920, momento en el que la guerra civil se había decantado definitivamente a favor de Lenin, los Aliados dieron a los Blancos por perdidos y limitaron su ayuda a los nuevos

estados independientes situados en la periferia de Rusia. Los soviéticos reconquistaron el Cáucaso y la mayor parte de Ucrania, pero las repúblicas bálticas y Finlandia mantuvieron su independencia, al igual que Polonia, que con la ayuda de Francia repelió una invasión y se apoderó de bastantes territorios anteriormente rusos en el curso de la guerra polaco-soviética de 1919-1920. Mientras tanto, Rumanía siguió aferrada a la antigua provincia rusa de Besarabia. Aunque se vieron arrinconados en Europa, los soviéticos recuperaron en otros confines los territorios que habían sido zaristas antes de 1914 y sus fronteras quedaron establecidas para el resto del período de entreguerras. La Unión Soviética continuó siendo una potencia insatisfecha que ya no tenía fronteras con Alemania; entre los dos países se hallaba ahora el nuevo Estado de Polonia, y a los dos les unía la hostilidad hacia él.

Las decisiones de la conferencia de paz también dificultaron la cooperación entre los países occidentales y Tokio. Quizá incluso más que Estados Unidos, Japón sacó muchos beneficios de su entrada en la guerra. Consiguió un superávit de su balanza de pagos y se convirtió en un acreedor internacional neto. Había conquistado las islas que poseía Alemania en el Pacífico norte y la base de Qingdao en la provincia de Shandong, y mientras los europeos estaban ocupados, reforzó su posición en China. Al comienzo de la conferencia de paz se le concedió la misma representación que a una gran potencia. Pero no fue incluido en el Consejo de los Cuatro y su influencia quedó confinada a los acuerdos sobre Asia y el Pacífico. Según suele decirse, el gobierno japonés no aspiraba a mucho más. Consideraba que su interés primordial era consolidar su posición de predominio en la región, y dio a sus delegados instrucciones para tomar la iniciativa solo en cuestiones que atañeran directamente a los intereses de Japón[5].

A esta generalización habría que hacer una excepción,

concretamente en la propuesta que hicieron los japoneses de una llamada «cláusula de igualdad racial» en el Pacto de la Sociedad de Naciones: una disposición de no discriminación que aprobaba «el principio de igualdad de todos los países y el trato justo de sus nacionales». En realidad, los japoneses solo pretendían una declaración general, no una serie de medidas concretas. Aun así, en la comisión de la conferencia encargada de tratar de la Sociedad de Naciones, once de los dieciséis países representados votaron a favor de la enmienda, pero Gran Bretaña y Estados Unidos se abstuvieron, y Wilson, en calidad de presidente, decretó que, a falta de unanimidad, se rechazara. Las objeciones más sonadas vinieron del primer ministro australiano, Hughes, pero tanto Lloyd George como Wilson le dejaron que tomara la iniciativa, pues la unidad imperial de Gran Bretaña podía verse amenazada si Australia y Nueva Zelanda no mantenían su derecho a excluir a los inmigrantes japoneses, y porque el Senado estadounidense podía rechazar el pacto si se prohibía a los estados de la costa del Pacífico discriminarlos. El episodio creó la impresión de que Japón era una nación lo bastante buena para que se le pidiera ayuda, pero no para ser reconocida como una igual. Además, aunque se le permitía ejercer el control de las islas de Alemania en el Pacífico norte, lo hacía como «mandatario» de la Sociedad de Naciones, actuando nominalmente bajo supervisión internacional, y se le prohibía fortificarlas. Sin duda, lo que querían los socios de Japón era maniatarlo.

Sin embargo, la principal disputa con Tokio en la Conferencia de París tuvo que ver con Shandong. Los japoneses pretendían que los derechos de Alemania en Shandong les fueran transferidos incondicionalmente a ellos, pero a través de negociaciones bilaterales (en las que habrían gozado de una posición de fuerza). Los chinos querían recuperar de inmediato la soberanía completa de la provincia. Los británicos, los

franceses y los italianos habían apoyado las pretensiones de Japón en unos acuerdos secretos concluidos en 1917, y Wilson se encontró solo oponiéndose a ellos. Cuando el asunto salió a la palestra en abril de 1919 pensó que los japoneses abandonarían la conferencia antes que dar su brazo a torcer. La presión económica no habría tenido eficacia con ellos, y consideró —acertadamente— que la opinión pública estadounidense no apoyaría una guerra. Lloyd George se oponía a una renuncia general de todas las esferas de influencia extranjeras en China, de modo que su alternativa fue descartada. Para mantener a los japoneses en la conferencia y en la Sociedad de Naciones, Wilson, después de largas meditaciones, accedió a llegar a un compromiso por el cual les concedía esencialmente lo que querían, transfiriéndoles a ellos los derechos de Alemania en el bien entendido de que devolverían a China los territorios arrendados en el momento que así lo decidieran. La prensa estadounidense denunció el acuerdo, que finalmente se convirtió en uno de los motivos de que el Senado se negara luego a ratificar el Tratado de Versalles y de que Estados Unidos permaneciera fuera de la Sociedad de Naciones. Tampoco fue un éxito para Japón: los chinos también se negaron a aprobarlo y cuando los términos del tratado fueron hechos públicos en China, desencadenaron el Movimiento del 4 de Mayo, consistente en una oleada de manifestaciones estudiantiles de protesta y en el boicot a los productos japoneses. El resentimiento reforzó el orgullo nacional de los chinos, que durante los años veinte opusieron una feroz resistencia a las expoliaciones imperialistas. De todos modos, el principal efecto de la guerra en Asia oriental fue en un principio que Japón consolidara su posición y tuviera todavía menos necesidad de tener aliados.

El paralelismo entre la situación de Japón y la de Italia fue reconocido ya en su momento[6]. Una causa de la actitud

conciliadora de Wilson hacia Tokio fue que en abril de 1919 se enfrentó a un conflicto con Roma. Como los japoneses, los italianos acabaron la guerra ocupando una posición de fuerza en su región, pues un Imperio austrohúngaro, que era militarmente superior y contaba con más de 50 millones de habitantes, fue sustituido en su frontera norte por una Austria alemana residual de apenas 7 millones de almas y por el reino arrasado y dividido internamente de los eslavos meridionales, de 12 millones de habitantes. La guerra había acabado con su vieja inquietud por la preservación de su seguridad de un modo más permanente de lo que había supuesto la desaparición de la amenaza de Alemania sobre las fronteras de Francia por el este o sobre las de Rusia por el oeste. También como los japoneses, los italianos contaron con el apoyo de británicos y franceses a sus demandas (en virtud del Tratado de Londres de 1915), y aunque seguían necesitando ayuda económica, ya no dependían de sus socios en el plano militar. Sin embargo, Orlando manejó con mucha torpeza la que habría debido ser una posición negociadora favorable, esencialmente por querer asumir las múltiples posturas contradictorias existentes en su propia delegación. Cuando sus ministros expusieron sus pretensiones ante la conferencia de paz, Sonnino quiso que se cumpliera estrictamente el tratado de 1915. Veía a los eslavos meridionales como su principal amenaza, y por detrás de ellos a Francia. En cambio, Diaz se mostró dispuesto a renunciar a las pretensiones sobre Dalmacia, que consideraba una causa insostenible, mientras que la marina siguió insistiendo en ellas. Entretanto, el ayuntamiento de la ciudad de Fiume, en la costa de la península de Istria, que tenía una pequeña mayoría italiana (aunque no era así, si se contaban los barrios periféricos), había votado a favor de la unión a Italia. El Tratado de Londres no había asignado Fiume a Italia, pero el apoyo a su anexión había unido a la opinión pública italiana, desde los progresistas hasta los

nacionalistas antieslavos. Orlando estaba decidido a mantener su gobierno intacto y a no hacer renuncias unilaterales, de modo que en la conferencia de paz los italianos reclamaron Fiume, además de la línea fronteriza marcada en el Tratado de Londres, que incluía el Trentino, Istria y Dalmacia, dando cabida así en Italia no solo a 230 000 austríacos de lengua alemana, sino también a un número mayor de eslovenos y croatas. Apoyando sus exigencias en una incoherente combinación de derecho de autodeterminación, necesidades de seguridad y derechos concedidos por el Tratado de Londres, los italianos crearon innecesariamente un frente unido en su contra.

Los británicos y los franceses admitieron que se sentían ligados por el Tratado de Londres. Pero cuando Orlando reclamó también Fiume, Lloyd George y Clemenceau se alinearon con Wilson. El presidente estadounidense había dicho en los Catorce Puntos que los italianos tendrían que recibir solo territorios étnicamente italianos. Se mostró dispuesto a transigir admitiendo sus pretensiones de situar por motivos estratégicos la frontera norte de su país en el paso del Brennero. Se mostró también dispuesto a desmilitarizar Dalmacia, internacionalizar Fiume y ofrecerles un pacto de garantía. Pero él no había firmado el Tratado de Londres y no pensaba ceder de ningún modo Fiume, mientras que Orlando, aunque pudiera considerar las concesiones sobre Dalmacia, se arriesgaba (o al menos eso dijo) a tener que arrostrar una revolución si regresaba a su país sin Fiume. Como comentaría luego Lloyd George, era absurdo que una ciudad hubiera causado una disputa tan enconada, si bien Wilson lo vio como una prueba de lo que significaba la autodeterminación. La justificación de los italianos tenía poca consistencia y su país estaba diplomáticamente aislado, el presidente podía desaconsejar que recibiera préstamos estadounidenses y la información de la que disponía aseguraba que la opinión pública italiana no apoyaba al gobierno. De ahí

que el 23 de abril hiciera público un manifiesto y que los italianos, ofendidos, abandonaran París y regresaran a su país. Pero aunque su acogida en Roma fue clamorosa, el gesto de Orlando no consiguió nada y perjudicó sus intereses en la negociación. En su ausencia, los italianos quedaron excluidos del reparto de las colonias de Alemania y los Aliados permitieron a Grecia ocupar la región de Esmirna (Izmir), en Asia Menor, que el Pacto de Saint-Jean-de-Maurienne de 1917 había asignado a Italia. Orlando volvió en mayo, pero el punto muerto seguía donde lo había dejado. En septiembre un ejército privado al mando del poeta y agitador nacionalista Gabriele D'Annunzio ocupó Fiume y permaneció un año entero en la ciudad. Finalmente, en virtud de dos tratados firmados con el nuevo Reino de los Eslavos Meridionales en 1920 y 1924, Italia se anexionó la ciudad, mientras que el resto de Istria se repartió más o menos según la frontera trazada en el Tratado de Londres. Pero el alboroto provocado alrededor de Fiume empañó los logros tangibles conseguidos por Italia para completar su unificación nacional y consolidar su seguridad estratégica, y contribuyó a extender la queja de que su victoria, en palabras de D'Annunzio, había sido «mutilada». Aunque sería una exageración decir que la disputa sirvió para elevar al poder a Benito Mussolini en 1922, no cabe duda de que le fue muy útil, y reforzó la percepción italiana de que Francia y Gran Bretaña eran sus enemigos potenciales. Incluso con Mussolini en el poder, Italia no se perdió como socio para frenar a Alemania y obligarla a cumplir el Tratado de Versalles; pero, eso sí, sería un socio poco consistente y poco fiable.

La Rusia soviética fue excluida de los consejos de los Aliados, Japón quedó confinado prácticamente a sus intereses regionales, lo mismo que Italia, que además se ausentó de las sesiones en un momento crucial. El acuerdo de Versalles con Alemania sobre Europa fue, por lo tanto, un producto francés, británico y

estadounidense. Aunque las relaciones entre Clemenceau, Lloyd George y Wilson estuvieron a punto de romperse durante la conferencia de paz, los tres estadistas se sintieron obligados a mantener la unidad aun a costa de hacer dolorosas concesiones. Sin embargo, casi en cuanto se firmó el tratado, sus respectivos países marcharían cada uno por su lado. Los términos del acuerdo fueron criticados en Alemania y en los países anglosajones por ser demasiado duros, y en Francia por ser demasiado blandos. Se trataba, en efecto, de un acomodo entre concepciones profundamente opuestas. La controversia era lógica no solo debido a las diferentes experiencias históricas y a los distintos emplazamientos geográficos de París, Londres y Washington, sino también por el carácter imprevisible de la situación política de toda Europa, empezando por la propia Alemania. Temporalmente al menos, el país había quedado hundido. La mayoría de su ejército había sido desmovilizado en enero[7] y había entregado cantidades enormes de pertrechos, mientras que buena parte de su flota —según la disposición del armisticio que preveía su traslado a algún puerto aliado, si no se encontraba uno neutral— se hallaba bajo custodia en Scapa Flow. El bloqueo se mantuvo estrictamente hasta marzo y de manera más laxa hasta julio, provocando la muerte de quizá un cuarto de millón de civiles. Las tropas aliadas retuvieron las cabezas de puente del Rin, y Frankfurt y la cuenca del Ruhr quedaron indefensas. Pero la revolución de 1918 se había quedado a medio camino, quitando de en medio a Ludendorff y a Guillermo II, aunque dejando intacto todo el cuerpo de oficiales y la burocracia, así como las élites judiciales, académicas y empresariales de la Alemania imperial. Mientras que el gobierno, dominado por el SPD, temía un asalto al poder de los más exaltados como el que había tenido lugar en Rusia, la extrema izquierda quería que la revolución se radicalizara. De las elecciones de enero salió una asamblea constituyente, que

elaboró la Constitución de lo que sería la República de Weimar, pero ese mismo mes las fuerzas paramilitares reclutadas por el gobierno, el Freikorps, aplastaron una insurrección izquierdista en Berlín, y en marzo se adueñó temporalmente de la situación un gobierno comunista en Múnich. Parecían posibles tanto la vuelta a un régimen militarista autoritario como una toma del poder probolchevique, mientras que la agitación separatista en Baviera y Renania abría un interrogante sobre la unidad nacional de Alemania. De ahí que mientras que Clemenceau insistía en que Alemania seguía siendo una amenaza potencial a pesar de la creación de un régimen republicano, Lloyd George advertía de que una severidad excesiva podía abocarla a una revolución roja.

El criterio fundamental para los forjadores de la paz fue encontrar el equilibrio entre coerción y conciliación. Pero tanto Wilson como Lloyd George daban por supuesto que el tratado de paz no debería simplemente resolver la «cuestión alemana», sino también hacer «justicia» en un sentido más universal. Debía conseguir la reparación y compensación de los crímenes de guerra del enemigo, y limitar los beneficios de los vencedores a lo que considerara razonable una opinión progresista y humanitaria. Delimitar el debate de esta forma significaba abrir la caja de Pandora y exponer el tratado a un ataque de los alemanes y los liberales anglo-estadounidenses del que no se recuperaría nunca su reputación. Comentaristas como Keynes y Harold Nicolson en Gran Bretaña y Ray Stannard Baker (probablemente, el confidente más íntimo de Wilson en París) en Estados Unidos presentaron la conferencia de paz como una lucha cósmica entre la tradición cínica de las políticas de poder de Europa y la promesa de un orden internacional más ilustrado. Según este razonamiento, la derrota de Wilson en las negociaciones fue el principal motivo de los defectos del Tratado de Versalles, y los alemanes, por su parte, sostendrían

que habían sido traicionados en él los Catorce Puntos y el «contrato del armisticio»[8].

Desde luego, es verdad que Wilson hizo muchas concesiones respecto a su programa de paz, aunque es cuestionable si eso debilitó o no el tratado. El acuerdo político que acompañó al armisticio había constituido un enorme éxito para él, pero estaba en una posición muy mala para cumplirlo, en parte debido a su vulnerabilidad dentro de su propio país. En las elecciones de mitad de mandato celebradas en el otoño de 1918 se enzarzó en una campaña innecesariamente partidista, que lejos de reforzar su liderazgo (como había solicitado), dio la mayoría en el Senado a sus adversarios del Partido Republicano. Henry Cabot Lodge, crítico inveterado de Wilson, asumió la presidencia del Comité de Relaciones Exteriores del Senado y se convirtió, por tanto, en el responsable de supervisar la vigilancia de los tratados de paz por el Congreso. Wilson sabía que la opinión pública estadounidense estaba volviéndose cada vez más nacionalista, pero estaba dispuesto a desafiar el estado de ánimo dominante y afirmar que iba en interés de los estadounidenses asegurar un mundo más pacífico a través de la intervención diplomática activa y el ingreso en la Sociedad de Naciones. No obstante, subestimó los obstáculos a los que se enfrentaba en su propio país, del mismo modo que subestimó los que encontraría en la conferencia de paz. De hecho, durante su viaje a Europa, sus acompañantes se dieron cuenta de que solo tenía una idea nebulosa de lo que quería. Desde luego, la Sociedad de Naciones era de suma importancia; insistió en que debía ser el primer tema que se abordara y que había que integrarlo en el tratado con Alemania, para impedir al Senado (que no había dejado nunca de ratificar un tratado de paz) que lo rechazara. Una vez que se llegara a un acuerdo sobre la Sociedad de Naciones, esperaba que disminuyera la sensación de inseguridad en Europa, permitiendo que las disputas territoriales se

discutieran desapasionadamente. Pero incluso en lo concerniente al Pacto de la Sociedad de Naciones, sus propuestas eran contradictorias y vagas, y en el resto de las cuestiones de la conferencia imaginaba que el papel de Estados Unidos como «nación más desinteresada» sería dictaminar sobre las pretensiones de los demás. Por consiguiente, tendría que apoyarse muchísimo en los expertos académicos y financieros que llevaba consigo, aspirando a alcanzar una paz «científica» basada en «hechos»[9]. A decir verdad, el presidente tenía sus discursos como pauta, pero estos poco podían ayudarle en los detalles. En materia económica preveía un rápido abandono de los controles gubernamentales sobre el comercio internacional y una reconstrucción europea basada fundamentalmente en la empresa privada; en cuanto a Alemania, sobre cuyas credenciales democráticas era escéptico, imaginaba un intervalo penitencial de limitaciones a su actuación para probar su buena fe antes de poder ingresar de nuevo en la comunidad mundial. En un primer momento no tendría derecho a formar parte de la Sociedad de Naciones[10]. Su planteamiento era provisional y contemplaba la introducción de reajustes posteriores del tratado bajo los auspicios de la Sociedad. Tenía claro, sin embargo, que deseaba mantener las distancias con los gobiernos aliados de Europa, que, según dijo a sus expertos, no representaban a sus pueblos. Si era necesario, apelaría a la opinión pública europea y recurriría a la presión económica para obligarlos a plegarse a su voluntad.

Dicho esto, donde probablemente tuviera más éxito el presidente de Estados Unidos fuera en la primera fase de la conferencia, cuando formó un consorcio con Gran Bretaña para establecer la Sociedad de Naciones[11]. Aunque Wilson desconfiaba de los británicos tanto como del resto de los Aliados, Lloyd George y la mayor parte del gabinete británico eran partidarios de cooperar con los estadounidenses antes que

con los franceses, con la esperanza de que colaborando en la cuestión de la Sociedad de Naciones Gran Bretaña lograra imponerse en otros asuntos. Así pues, los británicos accedieron a que la Sociedad encabezara la agenda de la conferencia, y apoyaron a Wilson frente a la cláusula de igualdad racial de los japoneses y frente a las propuestas francesas de una Sociedad de Naciones que de hecho fuera una continuación de la alianza establecida durante la guerra, provista de los mecanismos necesarios para controlar el desarme alemán y de un comité de estados mayores encargado de elaborar planes militares. El pacto resultante (que quedó incorporado en los primeros artículos de los distintos tratados de paz) contenía un principio wilsoniano fundamental en el artículo X: la garantía general de la independencia e integridad territorial de todos sus miembros. Pero Wilson tomó prestada de la delegación del Imperio británico en la conferencia (principalmente a través de Jan-Christian Smuts y lord Robert Cecil) la estructura de la Sociedad, formada por la asamblea, el consejo (dominado por las grandes potencias) y la secretaría; también tomó de los británicos la idea de que los Aliados administraran las antiguas colonias del enemigo como «mandatos» de la Sociedad, y el procedimiento empleado por esta para la solución pacífica de las disputas. Según los artículos XII-XVI del pacto, los miembros en disputa debían aceptar un plazo de apaciguamiento, someter sus diferencias a un arbitraje, la sentencia de un tribunal, o un examen del consejo, y no ir a la guerra hasta tres meses después de que se conociera la sentencia o la recomendación. Si había unanimidad entre todas las partes presentes en el consejo (aparte de los litigantes), sus miembros no podían romper las hostilidades; si una parte ignoraba estos procedimientos, el consejo podía exigir a todos sus miembros que aplicaran sanciones económicas y, si era preciso, recomendarles el uso de la fuerza. La idea que se ocultaba detrás de todo esto, tomada

por Wilson y los británicos partidarios de la Sociedad de Naciones del pensamiento desarrollado por los grupos internacionalistas durante la guerra, era que la opinión pública podía impedir a los gobiernos lanzarse a la guerra, y si se lograba poner fuera de la ley los ataques rápidos y secretos, la guerra solo sería posible en circunstancias que hicieran que resultara muy improbable que una potencia se embarcara en ella. Pero semejante idea era difícil de conciliar con la evidencia (reconocida en otro punto del Tratado de Versalles) de que la guerra de 1914 se había debido a la agresión deliberada de las Potencias Centrales. Confiaba demasiado en la democracia y en las sanciones económicas, y en que los estados aceptaran voluntariamente un período de reflexión. Además, el pacto contenía un conflicto potencial entre el interés británico por reforzar los procedimientos de resolución de las disputas propios del Concierto de Europa vigentes antes de 1914 (que permitían el cambio no violento) y la insistencia de Wilson en una garantía general del *statu quo*, un *statu quo* que la conferencia modificaría a favor de los Aliados. Visto retrospectivamente, puede parecer que la Sociedad de Naciones fue uno de los legados más llamativos de la guerra, pero sus fundadores tenían ideas contradictorias acerca de cómo debía operar, y su finalidad era en parte meramente instrumental: Wilson esperaba que creara un clima constructivo para la negociación y los británicos la aprovecharon con la esperanza de manipular al presidente[12].

El gobierno británico necesitaba también a la Sociedad de Naciones para satisfacer el clamor popular a favor de una institución semejante. Todos los grandes partidos políticos y la mayor parte de la prensa apoyaron la idea, lo mismo que el principal grupo de presión internacionalista, la Sociedad de Naciones. Pero en otros aspectos la presión interna sobre Lloyd George fue mucho menos idealista. Antes de las elecciones generales de diciembre de 1918, el primer ministro y los

diputados liberales que lo apoyaban acordaron con los conservadores realizar una campaña a favor de una plataforma común, que permitiría que continuara el gobierno de coalición presidido por él y dejar a los liberales de Asquith en la estacada. El acuerdo agravó la división de los liberales, pero la coalición obtuvo una mayoría aplastante, convirtiéndose el Partido Laborista en la principal fuerza de la oposición. Sin embargo, contra los deseos de Lloyd George, pero con el apoyo de la prensa de lord Northcliffe, la campaña fue la más xenófoba de la historia política británica, pues los principales temas de política exterior tratados fueron no ya la Sociedad de Naciones, sino el cobro de las reparaciones y el castigo de los criminales de guerra. De nuevo en la presidencia del gobierno junto con un Partido Conservador reforzado, Lloyd George tuvo que abordar cautelosamente estos aspectos del acuerdo con Alemania, aunque tendría mucha más libertad de acción a la hora de tratar las cuestiones territoriales y de seguridad.

De hecho, el armisticio había satisfecho ya muchos objetivos trascendentales de los británicos: Alemania fue expulsada de Bélgica; buena parte de la Flota de Alta Mar y todos los submarinos fueron sometidos a confinamiento; y casi todas las colonias alemanas, Palestina y Mesopotamia, habían sido ocupadas por los británicos. Aunque en el momento del armisticio Wilson se había reservado el derecho a replantear su reto al derecho de bloqueo de los británicos, al final renunció a él. Además, al comienzo de las negociaciones de París los Aliados se aseguraron el control permanente de las antiguas colonias de Alemania, según las disposiciones sobre mandato incluidas en el pacto. Los territorios en cuestión serían administrados directamente por los países mandatarios, sometidos solo al envío de informes periódicos a la Sociedad de Naciones, a restricciones sobre militarización (permitiéndose solo el reclutamiento obligatorio con fines defensivos), y a otros

países que gozaran de su mismo acceso al comercio. Un pacto de aplicación confirmaba los acuerdos alcanzados durante la guerra, según los cuales las islas del Pacífico norte pasarían en calidad de mandatos a Japón y las del Pacífico sur a Australia y Nueva Zelanda. El África Sudoccidental Alemana pasaba a Sudáfrica; el África Oriental Alemana quedaba repartida entre Gran Bretaña y Bélgica (este último país asumiría el mandato de Ruanda-Urundi); y Gran Bretaña y Francia se repartieron Togo y los Camerunes. Wilson quería que Alemania perdiera las colonias y, aunque prohibió su anexión formal por los Aliados, acabó permitiendo algo muy similar[13]. De los restantes puntos de fricción entre Gran Bretaña y Estados Unidos, dos quedaron resueltos en abril. Por entonces Wilson acababa de volver de la visita realizada en el mes de febrero a Washington, donde había encontrado una oposición cada vez mayor. Una petición («Round Robin») firmada por treinta y nueve senadores (suficientes para que pudieran ejercer el derecho de veto) había declarado inaceptable el borrador del pacto. Para aplacarlos, Wilson consiguió el apoyo de los británicos a una enmienda del mismo en la que se especificaba que la Sociedad de Naciones respetaría la exclusión tradicional por parte de Estados Unidos de otras potencias de América Latina en virtud de la Doctrina Monroe, elaborada en el siglo XIX. Explícita o implícitamente a cambio de ese apoyo, el presidente hizo dos concesiones. Una tenía que ver con el procesamiento de los criminales de guerra, asunto en el que insistían tanto Lloyd George como Clemenceau, pero sobre el cual habían ido dando largas los estadounidenses, en parte porque dudaban sobre si debían o no crear un precedente legal sobre semejante intromisión en la soberanía de otros. Pero al final Wilson accedió a lo que serían los artículos 227-230 del tratado, que disponían que los sospechosos fueran juzgados por tribunales militares y que el propio Guillermo II fuera llevado ante un tribunal de jueces

aliados, si los holandeses lo liberaban[14]. La segunda consistió en que Wilson se avino a hacer un pacto naval, abandonando el nuevo programa de construcción de barcos que había sometido a la aprobación del Congreso en 1918. Pero, en cualquier caso, era harto improbable que este votara a favor de conceder los fondos necesarios, y la administración tenía la intención de seguir adelante con su anterior programa de 1916, proporcionando así a Estados Unidos una flota comparable en calidad y dimensiones a la de Gran Bretaña. Era un indicio de que la rivalidad anglo-estadounidense que había seguido viva incluso en plena guerra volvía a salir a flote[15]. Wilson no se llevaba demasiado bien con Lloyd George en el plano personal, y cuando se acabó de elaborar el pacto las dos delegaciones dejaron de coordinar sus tácticas. Su desunión permitió a Clemenceau tomar la iniciativa.

En efecto, en lo tocante a las cláusulas económicas, los británicos se encontraban más cerca de los franceses que de los estadounidenses. Ninguna sección del tratado sería más controvertida y más criticada que el capítulo relacionado con las reparaciones e indemnizaciones de guerra. Y lo cierto es que quizá destacara sobre todo por sus omisiones y por su indefinición. El artículo 231, que se hizo famoso como «cláusula de la culpabilidad de la guerra», afirmaba la responsabilidad de las Potencias Centrales de todas las pérdidas y daños causados por su agresión contra Estados Unidos y los Aliados. Pero el artículo 232 se encargaba enseguida de delimitarla, aceptando que los perdedores no podían pagar en su integridad los costes de toda la guerra y de hecho restringía su obligación a la reparación de los daños causados a la propiedad y al reembolso de las pensiones de guerra. Alemania debía pagar en el ínterin el equivalente a 20 000 millones de marcos oro (en divisas de 1914) en efectivo y en especie, pero no se especificaban ni la responsabilidad total ni el reparto de la proporción

correspondiente a cada aliado, encargándose su determinación a una Comisión Interaliada de Reparaciones para antes del 1 de mayo de 1921[16].

Las fuerzas que se ocultan detrás de las cláusulas relativas a las reparaciones de guerra eran de índole emocional y económica a la vez. Existían precedentes de la imposición del pago de compensaciones a los países vencidos (especialmente, la indemnización pagada por Francia a Alemania después de 1871), pero hasta entonces las sumas de dinero no habían sido tan grandes. Francia y Gran Bretaña, las principales demandantes, acabaron la guerra con unos déficits presupuestarios enormes y con la obligación de devolver unos préstamos gigantescos a sus ciudadanos y en el extranjero. Tenían además que afrontar los costes de las pensiones de guerra y (en el caso de Francia) las cuentas abrumadoramente elevadas a las que ascendía la reconstrucción del país. Como daban por supuesto que esos gastos habían sido ocasionados por la agresión del enemigo, la cuestión no era solo cómo evitar unas subidas de impuestos espectaculares o unos recortes drásticos del gasto público; era también sencillamente de justicia que Alemania pagara los daños que había causado. En efecto, a juicio de los británicos, el pago de indemnizaciones (lo mismo que el procesamiento de los criminales de guerra) supondría un elemento disuasorio para no emprender aventuras semejantes en el futuro. Además, si no pagaba las indemnizaciones, Alemania dispondría de una ventaja injusta. Como dijeron en París a la delegación del Imperio británico en la conferencia de paz, Alemania debía pagar, o si no, ¿qué sería de Francia? A pesar de estas consideraciones, el Departamento de Comercio británico y el Ministerio de Comercio francés habían pensado durante la guerra presentar unas exigencias moderadas. Los políticos británicos deseaban proteger a Alemania como socio comercial; Clémentel y sus asesores, por su parte, sospechaban que el

traspaso de grandes cantidades de dinero en metálico podía alimentar la inflación y hacer que los productos franceses dejaran de ser competitivos. Sin embargo, tras la firma del armisticio el ambiente caldeado de las elecciones de diciembre indujo a Lloyd George a adoptar una postura más rígida, lo mismo que la presión proveniente de los Dominios (y en particular de Hughes) para que presentara unas demandas exageradas con el fin de asegurarse la percepción de una suma importante de dinero. Además, tanto Gran Bretaña como Francia esperaban que los estadounidenses cancelaran los préstamos del Tesoro que les habían concedido. Pero Wilson y sus asesores (aunque favorables a conceder una moratoria a su devolución) rechazaron la condonación de la deuda, pensando en las objeciones que pudiera poner el Congreso y debido a las propias cargas fiscales estadounidenses[17]. Insistieron también en eliminar los controles establecidos durante la guerra en materia de transporte marítimo interaliado y de exportación de productos básicos, para disgusto de los franceses, que mediante este mecanismo habían esperado mantener a raya a Alemania y asegurarse la adquisición a buen precio de materias primas para la reconstrucción del país. De ahí que Clemenceau autorizara a su ministro de Hacienda, Louis-Lucien Klotz, que exigiera el pago no solo de reparaciones, sino también de todos los costes de la guerra, e incluso el reembolso con intereses de la indemnización de 1871. Se trataba de una postura negociadora destinada a impresionar a los estadounidenses más que a ser tenida seriamente en consideración. Sin embargo, aunque Washington se hubiera mostrado más conciliadora, Francia y Gran Bretaña habrían seguido exigiendo reparaciones. No había asunto —ni siquiera la seguridad militar— que sometiera a Lloyd George y a Clemenceau a una mayor presión de sus frentes internos.

En cambio, los asesores económicos de Wilson (entre los

cuales había abogados y financieros de Wall Street) querían que Alemania pagara una pequeña cantidad global que fuera fijada rápidamente e incluida en el tratado. Adoptaron esta línea no solo porque las demandas estadounidenses de reparaciones de guerra eran pequeñas, sino además porque contemplaban una reconstrucción europea financiada por préstamos privados estadounidenses, algo imposible mientras las obligaciones de Alemania (y, por lo tanto, las de los Aliados) siguieran siendo inciertas. Los discursos de Wilson durante la guerra habían condenado las «indemnizaciones», y el acuerdo del armisticio había limitado las reparaciones a los daños físicos causados en los territorios invadidos. Por eso los estadounidenses creían que tenían buenos motivos morales, legales y prácticos para oponerse a los que exigían que Alemania reembolsara a los Aliados los costes de la guerra. Como británicos y franceses probablemente fueran conscientes de que semejantes pretensiones eran poco realistas, enseguida las metieron en el compromiso contenido en los artículos 231 y 232, que afirmaban el principio de la responsabilidad total de Alemania, pero que luego la limitaba. Aunque los líderes aliados estaban convencidos de que Alemania había sido culpable de una agresión, no pretendían que semejante afirmación se convirtiera en una provocación; resultó conflictiva solo cuando el borrador del tratado fue facilitado a los alemanes y estos lo rechazaron por completo. Pero aparte de este éxito en lo tocante a los costes de la guerra, los estadounidenses no hicieron muchos progresos. En la discusión de la capacidad de pago de Alemania que realizaron los expertos, los franceses estuvieron más cerca de los estadounidenses que de los británicos, cuyos representantes, lord Sumner y lord Cunliffe, pedían mucho más de lo que Lloyd George consideraba factible. Pero el primer ministro, aunque se enfrentó a los extremistas de la Cámara de los Comunes y dio una impresión de moderación, aumentó las obligaciones de

Alemania a casi al doble de lo que contemplaban los Catorce Puntos insistiendo en incluir las pensiones de guerra, a lo que accedió Wilson, contra el consejo de sus expertos y en una de las contradicciones más flagrantes con el acuerdo del armisticio. No solo eso, sino que el coronel House (cuando actuó como delegado de su superior enfermo) admitió que no hubiera límite de tiempo al pago de las reparaciones, y que fuera necesaria la unanimidad en la Comisión de Reparaciones para reducir las obligaciones de Alemania. Así pues, el problema se prolongaba durante más de una generación. Lloyd George probablemente presionara para incluir el tema de las pensiones con el fin de aumentar la cuota de Gran Bretaña en la cantidad que acabara cobrándose al final; Clemenceau, por su parte, se había dado cuenta de que la obligación del pago de una reparación cuantiosa y no especificada podía convertirse en el pretexto para una ocupación prolongada de Renania. Por medio de este mecanismo, las disposiciones económicas, territoriales y de seguridad del pacto podían quedar interrelacionadas.

Las principales disposiciones del Tratado de Versalles relacionadas con la seguridad, aparte del Pacto de la Sociedad de Naciones, eran cláusulas que limitaban permanentemente el armamento de Alemania y desmilitarizaban Renania, además de permitir temporalmente a los Aliados ocupar la margen izquierda (occidental) del Rin y las cabezas de puente situadas al este del río. Sendos tratados de garantía firmados por separado, en los que Gran Bretaña y Estados Unidos se comprometían a ayudar a Francia de manera inmediata contra cualquier agresión no provocada, complementaban esas salvaguardias. En virtud de las cláusulas territoriales del tratado, Alemania devolvía Alsacia-Lorena a Francia y cedía Eupen, Malmedy y parte de Moresnet a Bélgica. Francia ocuparía la cuenca minera del Sarre, como propietaria y administradora de sus yacimientos de carbón, y la incorporaría a la zona monetaria y aduanera francesa, pero bajo

la supervisión de la Sociedad de Naciones y pendiente de la celebración de un plebiscito al cabo de quince años para determinar su futuro. Se prohibía a Austria unirse a Alemania, y la población de lengua alemana de los Sudetes, perteneciente hasta entonces a Austria, fue incorporada al nuevo Estado de Checoslovaquia. Se creaba un «pasillo» territorial para dar a Polonia acceso al Báltico, separando a Prusia Oriental del resto de Alemania, aunque los plebiscitos celebrados posteriormente redujeron la zona que Alemania cedía a Polonia, lo mismo que otro plebiscito celebrado en 1921 en la Alta Silesia, como consecuencia del cual la mayor parte de esta región rica en minas de carbón seguiría siendo alemana. En la costa del Báltico, el puerto de Danzig, hasta entonces alemán, se convirtió en ciudad libre bajo la administración de la Sociedad de Naciones, pero Polonia controlaba sus muelles y sus ferrocarriles; Alemania cedía Memel a Lituania y, después de otro plebiscito, perdió el norte de Schleswig en beneficio de Dinamarca. En total, Alemania perdió casi el 13 por ciento de su territorio y el 10 por ciento de su población en Europa[18] (si bien la mayoría de la gente que fue trasladada de país no era étnicamente alemana), además de todas sus posesiones de ultramar.

Las cláusulas territoriales y de seguridad se basaban en un compromiso entre estadounidenses, británicos y franceses, pero estos últimos fueron los que tomaron principalmente la iniciativa en las negociaciones[19]. Las ideas de Wilson no iban mucho más allá de los Catorce Puntos, según ponía de manifiesto el memorando de Cobb-Lippmann de octubre de 1918[*]. Como Estados Unidos no tenía reivindicaciones en Europa, pensaba que su papel era el de árbitro de los demás. En Londres el Foreign Office compartía en parte el idealismo de Wilson acerca de la autodeterminación y reconocía que una paz que satisficiera las reivindicaciones nacionales era la que más

posibilidades tenía de aguantar. Buscó un acuerdo que no fomentara ni la xenofobia ni los disturbios de inspiración comunista, que asegurara un marco estable para el comercio y evitara que los británicos se vieran obligados a buscar compromisos militares y diplomáticos de seguridad en el continente. Como decía Lloyd George, no quería crear nuevos motivos de queja como el de Alsacia-Lorena[20]. Pero una vez liberada Bélgica y eliminada Alemania como rival colonial y naval, la delegación británica, lo mismo que la estadounidense, no tenía acordado ningún programa de negociación para una remodelación territorial de Europa. Las discusiones mantenidas en Londres durante la guerra acerca del futuro de Alemania no habían llegado a ninguna conclusión, y habían estado teñidas por las sospechas suscitadas por los Aliados de Gran Bretaña. En aquellos momentos, con Rusia sumida en el caos y Alemania derrotada, la tradicional animosidad anglo-francesa volvió a salir rápidamente a la superficie como influencia constante —y perniciosa— de la política británica. Los franceses eran vistos como rivales no solo en las colonias, sino también en Europa, y la mayoría de la delegación británica, empezando por Lloyd George, sospechaban que tenían ambiciones imperialistas que podían socavar una paz estable y amenazar directamente a Gran Bretaña. Estas consideraciones llevaron a los británicos a ponerse en contra de muchas de las reclamaciones territoriales y de seguridad de Francia. Pero aunque presentó unas exigencias similares a los objetivos de guerra del gobierno Briand (y probablemente fruto de su influencia), tal como habían sido expresados en la carta de Cambon y en el Pacto de Doumergue en la primavera de 1917, Clemenceau estaba decidido a mantener la alianza formada durante la guerra. La principal presión interna venía del centro y de la derecha, y la opinión pública reclamaba reparaciones de guerra y seguridad más que venganza. Si fracasaba, se arriesgaba a chocar con Foch y

Poincaré. Pero su prestigio personal y su respaldo parlamentario eran tan grandes que gozaba de una discrecionalidad considerable y sus primeras exigencias contaron con el apoyo general de la élite política.

André Tardieu, comisario general en Washington durante la guerra, se encargó de resumir el programa de paz de Francia. Los franceses no pretendían la desintegración de Alemania. Pedían, eso sí, el desarme y que toda la margen izquierda del Rin fuera separada de ella formando varios estados tapón independientes, bajo ocupación de los Aliados y con una unión aduanera con Francia. Una presencia militar permanente en el Rin protegería París y los Países Bajos de cualquier ataque sorpresa. Los franceses querían además recuperar Alsacia-Lorena con unas fronteras ampliadas que incluyeran la parte meridional de la cuenca minera del Sarre, el resto de la cual se convertiría en otro pequeño Estado satélite de Francia. Además, París proponía que Bélgica, Holanda, Dinamarca y especialmente Polonia se quedaran con más territorio alemán. Visto en concomitancia con las exigencias comerciales, económicas y coloniales de Francia, este programa representaba un intento concertado de debilitar a Alemania y recomponer el equilibrio de poder en la Europa occidental. Aun así, del mismo modo que los franceses habrían moderado sus exigencias de cobro de reparaciones de guerra si los estadounidenses hubieran sido más receptivos en materia del pago de sus deudas, también en materia de seguridad el objetivo fundamental de Clemenceau era mantener viva la alianza creada durante la contienda. Cuando presentó sus exigencias en la rueda de prensa, no tenía ninguna seguridad del apoyo de los anglo-estadounidenses fuera del Pacto de la Sociedad de Naciones, que no tenía ninguna solidez. La perspectiva que se le planteaba era de un enfrentamiento continuo, ahora sin la alianza de la Rusia zarista, con una Alemania que mucho se temía que continuara con su

actitud agresiva y que sobrepasaba a Francia en población y producción industrial. Naturalmente, tanto sus asesores como él saboreaban la venganza por la derrota de 1870 y esperaban extender el territorio y la influencia de Francia, pero sus exigencias venían determinadas por unas necesidades económicas y de seguridad cuya legitimidad reconocían tanto Wilson como Lloyd George. Sin embargo, ninguno de estos dos líderes podía acceder a ninguna de las pretensiones de Clemenceau. Las exigencias de Francia iban mucho más allá de lo previsto en los Catorce Puntos. Lloyd George temía que dieran a Francia una fuerza que resultara incómoda, generaran intranquilidad y tensiones continuas, y animaran a Alemania a echarse en brazos de los bolcheviques. Expresó algunas de estas preocupaciones en el mes de marzo en su «Memorando de Fontainebleau», documento que Tardieu refutó fácilmente con el comentario justificado de que proponía concesiones por parte de todo el mundo menos de Gran Bretaña. Lloyd George y Wilson necesitaban un acuerdo con Clemenceau (para incorporar a Francia a la Sociedad de Naciones y presentar a sus respectivos países un tratado de paz) casi tanto como lo necesitaba Clemenceau con ellos, pero el proceso de entendimiento fue arduo.

La base del compromiso final fue una serie de restricciones permanentes y drásticas de la soberanía alemana. Existían precedentes decimonónicos en el trato dispensado a China y al Imperio otomano, pero Alemania era una gran potencia europea. Todos los vencedores estaban de acuerdo en limitar el armamento alemán. A petición de los británicos, debía prohibirse a Alemania construir submarinos o poseer más de seis acorazados; los franceses especificaron que no debía tener Estado Mayor, fuerza aérea, gases venenosos ni tanques, y que su ejército debía limitarse a una fuerza de reclutas de 200 000 hombres. Lloyd George y Wilson, por su parte, accedieron a

que hubiera una fuerza de voluntarios de 100 000 hombres, lo que significaba que la población con instrucción militar desaparecería poco a poco, mientras que una comisión interaliada de desarme se encargaría de velar por el cumplimiento del acuerdo[21]. Tampoco hubo muchas discrepancias en torno a Alsacia-Lorena, cuya restitución —que los franceses insistieron que debería hacerse sin plebiscito previo — proporcionaría a Francia más de un millón de ciudadanos extra, aparte de mineral de hierro, altos hornos, y una frontera parcial en el Rin. Los confines septentrionales de Lorena serían el punto en el que comenzaran las discrepancias. Wilson consideraba el Sarre otra prueba de su oposición a las reclamaciones que fueran más allá de los Catorce Puntos y violaran el principio de autodeterminación. A comienzos de abril amenazó con abandonar la conferencia antes que aceptarlas. Pero Lloyd George se mostró menos intransigente, y al moderar sus exigencias los franceses introdujeron una cuña entre los dos. Wilson reconoció el derecho de Clemenceau a reclamar el carbón, en vista del sabotaje llevado a cabo por los alemanes en las minas del norte de Francia, y accedió a regañadientes a conceder a los franceses el control del Sarre bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones. Insistió en que el Sarre siguiera perteneciendo nominalmente a Alemania, pero Clemenceau y sus asesores pensaron que habían conseguido la suficiente influencia para poder ganar un plebiscito en la región al cabo de quince años.

Respecto al resto de la margen izquierda del Rin, en cambio, Lloyd George se mostró tan contundente como Wilson en el rechazo a las propuestas francesas de crear distintos estados tapón independientes, y más contundente todavía en la negativa a aceptar una ocupación permanente de la zona. Desmilitarizar Renania (prohibiendo a los alemanes establecer guarniciones en la región, fortificarla o imponer el servicio militar obligatorio a

sus habitantes) no representaba ningún problema para él, pero separarla de Alemania sí. Así pues, Wilson y Lloyd George respondieron el 14 de marzo haciendo a Francia una oferta histórica de garantías, ante la cual Clemenceau retiró su exigencia de crear un Estado tapón. Sin embargo, Wilson no se tomó particularmente en serio lo de las garantías y Lloyd George las vio como una estratagema para salir del punto muerto en el que se encontraban[22]. Clemenceau se mostró suspicaz ante ellas —y con razón—, y continuó buscando unas seguridades adicionales. Dorando la píldora a Wilson y aislando al primer ministro británico, consiguió que se aceptara la ocupación de Renania por un período de quince años, con una evacuación gradual cada cinco años de las zonas norte, centro y sur de la región a condición de que Alemania respetara el tratado; no obstante, se reservaba el derecho a prolongar la ocupación e incluso el de volver a ocupar la zona si Alemania se resistía a cumplir con sus obligaciones o la seguridad de Francia no quedaba debidamente protegida. Esta era la disposición que asociaba las cláusulas de seguridad con las económicas, pues Clemenceau reveló a su gabinete que los alemanes no podrían cumplir con su compromiso de pagar las reparaciones de guerra y Francia podría quedarse indefinidamente en la región, convenciendo incluso a los renanos de que se unieran a ella. Las autoridades militares francesas ya estaban aislando las zonas ocupadas del resto de Alemania y se habían puesto en contacto con el movimiento autonomista renano. Por consiguiente, Clemenceau tenía un plan oculto cuando cambió su proyecto de estados tapón por una ocupación temporal de la región con garantías de británicos y estadounidenses, aunque preveía —y no se equivocaba— que el Congreso de Estados Unidos no ratificaría esas garantías, y por ese motivo se aseguró el derecho a prolongar la ocupación. Insistió en que, dada la lejanía geográfica y la lentitud de la movilización de las fuerzas anglo-

estadounidenses y ante la posibilidad de que Alemania no cumpliera las cláusulas relativas al desarme, Francia debía contar de antemano con algún tipo de protección frente a un eventual ataque, y debía también asegurarse la tranquilidad psicológica necesaria para recuperar su energía y su confianza. A pesar de que las tres potencias cedieron en las negociaciones acerca de las fronteras occidentales de Alemania, la falta de un frente común anglo-estadounidense permitió a Clemenceau conseguir buena parte de lo que pretendía.

Los franceses tomaron la iniciativa también en lo tocante a las demás fronteras de Alemania. Gran Bretaña y Estados Unidos rechazaron las propuestas de Tardieu de dar a Holanda territorios alemanes a cambio de ceder tierras a Bélgica, pero no tuvieron inconveniente en prohibir la unión de Alemania y Austria, aunque tanto el gobierno alemán como el austríaco estaban a favor. Fue una de las violaciones más claras del derecho a la autodeterminación perpetradas por los forjadores de la paz, pero ceder habría supuesto rodear a Checoslovaquia y permitir a Alemania crecer en más de siete millones de personas. El tratado autorizaba al Consejo de la Sociedad de Naciones replantearse la prohibición, pero eso significaba que Francia mantendría en cualquier caso su veto. En cuanto a los Sudetes, todos los Aliados reconocían que eran estratégica y económicamente indispensables para Checoslovaquia y nadie estaba dispuesto a premiar a Alemania con ellos, aunque los propios alemanes no daban tanta importancia a una población germanófoba que no había formado parte de Alemania antes de 1914. En este sentido, el acomodo de Checoslovaquia se diferenció mucho del de Polonia, que indignó a la opinión pública alemana más que cualquier otra modificación territorial. Mientras que los franceses apoyaron los grandes beneficios obtenidos por Polonia, Lloyd George temió que surgieran dificultades en el futuro e intentó transferir a este país el menor

número posible de población germanohablante, pero Wilson fue más benevolente con los polacos que el primer ministro británico y, una vez más, Clemenceau logró dividir a la oposición. Los Aliados asignaron en un principio la cuenca minera de Alta Silesia a Polonia y accedieron a conceder a este país un pasillo hacia el Báltico (que Lloyd George consiguió reducir). El puerto de Danzig, situado en la desembocadura del Vístula y mayoritariamente alemán desde el punto de vista étnico, no fue a parar a Polonia, sino que pasó a estar bajo la tutela de la Sociedad de Naciones. Los Aliados sabían que esta remodelación provocaría el rencor de los alemanes, pero habían prometido a Polonia darle un acceso al mar y Clemenceau sostuvo que el rencor sería inevitable hicieran lo que hiciesen[23].

El paquete de disposiciones del tratado, que tanto trabajo había costado elaborar, fue presentado a los alemanes el 7 de mayo y fue firmado, después de varias semanas de tensión, el 28 de junio. Se permitió a los alemanes presentar sus alegaciones por escrito, pero no hubo discusión frente a frente ni se les dejó sentarse a una mesa como iguales. Los alemanes protestaron contra esta «imposición» (especialmente, cuando ellos se habían sentado alrededor de una mesa con los rusos en Brest-Litovsk), si bien la victoria de los Aliados no habría tenido sentido si hubiera sido seguida de un acuerdo negociado libremente; además, de haberlo hecho así, habrían vuelto a abrir sus divisiones, y el enemigo habría podido aprovecharse de ellas. En realidad, la delegación alemana no pidió una simple vuelta a la situación de 1914 y se mostró dispuesta a aceptar el desarme, pero replicó que otros términos eran imposibles de ejecutar e iban en contra del pacto alcanzado para el armisticio. Exigió plebiscitos en Alsacia-Lorena, Austria y los Sudetes, e intentó que su país se quedara con el pasillo polaco, Danzig y Alta Silesia, y recuperara las colonias de ultramar. A cambio, los alemanes ofrecieron pagar 20 000 millones de marcos oro en

concepto de reparaciones antes de 1926 y otros 80 000 millones después. Sin embargo, solicitaron ingresar de inmediato en la Sociedad de Naciones, y que la ocupación de Renania durara solo seis meses. Según estas propuestas, Alemania probablemente hubiera perdido de todas formas Alsacia-Lorena, pero al ganar Austria habría acabado siendo más grande de lo que era en 1914. Los Aliados habrían pagado la mayor parte de su reconstrucción y la seguridad de Francia habría quedado garantizada solo por el desarme alemán, mientras que la astronómica cifra de 100 000 millones de marcos oro en concepto de reparaciones significaba considerablemente menos de lo que parecía. Ninguno de los vencedores consideró adecuada esta respuesta. Aun así, provocó una sublevación de los británicos contra el borrador de las condiciones de paz, y Lloyd George amenazó con la no participación de su país en el uso de la fuerza para obligar a cumplirlas si no eran debidamente moderadas. Pero Clemenceau y Wilson se opusieron, en parte porque Lloyd George volvía a plantear que fueran Francia y Polonia las que hicieran los sacrificios, en vez de Gran Bretaña. La única gran concesión que acabó haciéndose a Alemania fue la convocatoria de un plebiscito en Alta Silesia, además de la creación de una comisión civil interaliada encargada de supervisar la ocupación de Renania. La delegación alemana en la conferencia recomendó el rechazo del tratado y el gobierno de Berlín presentó la dimisión, pero su sucesor obtuvo la aprobación del Parlamento para firmar todos sus términos excepto la cláusula de culpabilidad de guerra y el procesamiento de Guillermo II. Tras recibir el aviso de Groener de que la resistencia militar era imposible y ante la eventualidad de una invasión inminente, finalmente transigió también con estos dos puntos. Pero aunque fueron los británicos los que se desmarcaron, la estrategia de los alemanes en la conferencia de paz había consistido en confiar en los estadounidenses, haciendo

hincapié en la revolución de noviembre de 1918 para distanciar a la nueva República de Weimar de la responsabilidad de las acciones del régimen anterior, si bien Alemania no había mostrado esa misma indulgencia con los bolcheviques. Sin embargo, Wilson no estaba convencido de que la democratización de Alemania fuera duradera y pensaba que hacía falta toda «una generación de profunda reflexión» antes de que el país llegara a rehabilitarse. Además, después de sus choques con Japón, Italia y Francia, estaba decidido a preservar la unidad de los Aliados como base del funcionamiento de la Sociedad de Naciones. De ese modo, las esperanzas depositadas por los alemanes en los estadounidenses se vieron defraudadas. Los esfuerzos realizados —desde que pidieron el armisticio— por salvar su condición de gran potencia cultivando la benevolencia de Washington resultaron en último término estériles[24].

Los forjadores de la paz tuvieron que hacer frente no solo a la caída de los imperios de los Romanov y de los Hohenzollern, sino también a la desintegración de los dominios de los Habsburgo y de los otomanos. De hecho, con el Tratado de Versalles los líderes aliados generaron un modelo estandarizado que en gran medida se limitaron a reproducir al abordar la cuestión de las demás Potencias Centrales. Es más, los tratados menores fueron elaborados cuando Wilson y Lloyd George ya habían abandonado París, y como el presidente estadounidense tenía una salud precaria y se había enzarzado en la lucha por la ratificación en el Senado del acuerdo con Alemania, perdió influencia sobre el proceso de pacificación. En la medida en la que los vencedores pudieron imponer sus opiniones, Gran Bretaña, Francia e Italia fueron las que tuvieron más influencia en el sudeste de Europa. A pesar de sus diferencias —los italianos eran hostiles a los eslavos meridionales y a los griegos, y por lo tanto simpatizaban más con Hungría y Bulgaria—, hubo

una dosis notable de acuerdo entre los tres países. La desintegración del Imperio austrohúngaro fue la novedad más importante en la región, y fueron los Aliados quienes la fomentaron y no tuvieron inconveniente en ratificarla, pero no fue consecuencia de los tratados de paz y los que dicen que los forjadores de la paz provocaron el caos destruyendo la monarquía dual están equivocados. Los Aliados tampoco habrían podido recomponer el pobre juguete roto, aunque hubieran querido, habida cuenta de las limitadísimas fuerzas de las que disponían en la zona (excepto Italia en el Adriático). En cualquier caso, ejercieron cierta influencia en el diseño de las nuevas fronteras, muchas de las cuales resultarían notablemente estables. En lo concerniente a Austria, la decisión básica del Consejo de los Cuatro fue que siguiera siendo independiente. Debía pagar reparaciones de guerra y su ejército quedaría limitado a 30 000 hombres. Su frontera con Hungría en el Burgenland fue alterada a su favor, y el plebiscito celebrado en 1920 ratificó que se quedara con la cuenca de Klagenfurt, que había sido ocupada por los eslavos meridionales. Bulgaria recibió un trato más severo. Su ejército se vería reducido, tuvo que ceder territorio al nuevo Reino de los Eslavos Meridionales, y perdió su salida al Egeo en beneficio de Grecia. Por último, el futuro de Hungría se complicó cuando en marzo de 1919 un régimen comunista-socialista presidido por Béla Kun sucedió al gobierno republicano más moderado de Mihály Károlyi en Budapest. El catalizador de esta situación fue la orden de los Aliados según la cual Hungría debía permitir a Rumanía ocupar la mayoría de Transilvania, y Kun declaró que utilizaría la fuerza para defender sus fronteras. La respuesta de los Aliados se pareció al trato que dispensaron a los bolcheviques: enviaron a Smuts en una misión diplomática para presentar sus demandas, pero se negaron a negociar con Kun y a enviar tropas, sometiendo a Hungría a un bloqueo y mandando suministros a

los rumanos, que en agosto derrocaron el régimen comunista. Debido al caso Kun, Hungría perdió todavía más territorios, pues el Tratado de Trianon amputó dos tercios de lo que había sido el Reino de Hungría antes de 1914, le impuso el pago de reparaciones de guerra y limitó la magnitud de su ejército. Aunque los territorios perdidos no estaban habitados por población de lengua húngara, más de tres millones de magiares fueron traspasados al Reino de los Eslavos Meridionales, a Checoslovaquia y a Rumanía. En adelante, los rumanos gobernarían a los magiares y no al revés[25].

En Oriente Próximo las rivalidades entre los Aliados fueron mucho más fuertes, pues no faltaban los apoyos militares. Además de poseer la supremacía naval, el Imperio británico tenía desplegados en el momento del armisticio más de un millón de hombres en la región. Sus tropas habían aguantado lo más duro del combate, habían invadido Mesopotamia y Palestina, y en octubre de 1918 habían entrado en Siria. En cambio, los estadounidenses no habían declarado nunca la guerra a Turquía y no tenían demasiadas pretensiones de influir en la zona. De ahí que aunque los Aliados acordaran quedarse con los territorios árabes en calidad de mandatos «A» de la Sociedad de Naciones, que supuestamente eran asignados de acuerdo con los deseos de la población, el informe de la Comisión King y Crane (compuesta por dos estadounidenses encargados de sondear la opinión local) fue pasado por alto. King y Crane aconsejaban que Siria se convirtiera en una monarquía constitucional gobernada por el rey Faisal, hijo del jerife Husein, con Estados Unidos o Gran Bretaña como potencia mandataria; y decían también que la opinión de los árabes era contraria a la entrada de inmigrantes judíos en Palestina. Pero Siria acabó bajo el dominio de los franceses, y durante las siguientes dos décadas se multiplicó por nueve el número de judíos en Palestina.

En ausencia de la participación de los estadounidenses, las principales decisiones quedaron en manos de los británicos. Lloyd George llevaba tiempo ya insatisfecho con el acuerdo Sykes-Picot y tras la rendición de Turquía había quedado en una posición magnífica para cambiarlo. En una negociación informal que mantuvo con él en diciembre de 1918, Clemenceau accedió a traspasar Mosul a la zona británica de Mesopotamia, y poner a Palestina bajo control no ya internacional, sino británico. A cambio, Clemenceau probablemente esperara que los británicos se pusieran de su parte en lo de Renania en la conferencia de paz, y se irritó muchísimo cuando ese apoyo no se materializó. Peor aún, tras ocupar Damasco los británicos establecieron una administración árabe en el país a las órdenes de Faisal, desafiando así las pretensiones de Francia sobre Siria. Lloyd George y sus ministros pensaban que Gran Bretaña debía obtener un botín de guerra en consonancia con su contribución a la victoria, y temían que si Francia se quedaba con Siria se produjera un enfrentamiento con el nacionalismo árabe que podría poner en peligro los intereses occidentales en general. Pero Clemenceau tuvo que enfrentarse a la agitación de los grupos colonialistas franceses que deseaban Siria y, aunque no simpatizara con ellos, pensó que había sido engañado. No hubo asunto que provocara mayor tirantez entre Lloyd George y él. En septiembre de 1919, sin embargo, Londres se lo pensó dos veces. También en aquella región la desmovilización hizo que las fuerzas británicas se sintieran agobiadas y el Estado Mayor pensó que sus preocupaciones prioritarias eran la India, Mesopotamia, Egipto, Irlanda y los potenciales disturbios internos. Lloyd George temió entonces que se produjera un deterioro permanente de las relaciones con Francia, cuya amistad seguía necesitando, y decidió retirarse de Siria, dejando a Faisal que pactara con Clemenceau. Eso supuso el establecimiento *de facto* de un

protectorado francés, y tras la sublevación que se produjo en 1920 Francia invadió el país y se apoderó de él. Al mismo tiempo, los británicos aplastaron una insurrección en Mesopotamia, que incorporaron, lo mismo que Mosul, al nuevo reino de Irak, nombrando a Faisal su primer titular. T. E. Lawrence, que había esperado que expulsaran a los franceses de Siria y pensaba que los árabes habían sido traicionados, ayudó a persuadir a Faisal de que aceptara este premio de consolación[26]. Así pues, mientras que Siria y el Líbano se convertían en mandatos de Francia, Irak y Palestina pasaban a serlo de Gran Bretaña, siendo dividida la segunda de estas dos regiones en lo que se conoce como Tierra Santa, que fue abierta a la inmigración judía, y un nuevo reino, Transjordania (en cuyo trono se puso a un hermano de Faisal, Abdullah), donde no se la admitió. A finales de 1923, la remodelación de posguerra había quedado más o menos completada. La creación de Irak —que nunca había constituido una unidad administrativa con los otomanos y que comprendía una combinación inestable de kurdos en el norte y musulmanes sunníes y shiíes en el centro y en el sur— y la facilitación de los objetivos de los sionistas desencadenaron unas consecuencias que perdurarían décadas[27].

En Asia Menor los vencedores tuvieron mucho menos que decir. Aunque firmaron un tratado de paz con el sultán turco en Sèvres en agosto de 1920, que limitaba las dimensiones del ejército otomano a 50 700 hombres y situaba las finanzas del Estado bajo el control absoluto de los Aliados, el pacto no llegó a ser ratificado ni puesto en vigor nunca, en buena parte debido a la decisión adoptada por el Consejo de los Cuatro en mayo de 1919 de autorizar la ocupación de Esmirna por los griegos[28]. Los habitantes de lengua griega de la región de Esmirna igualaban casi en número a los de lengua turca, pero la decisión no se basó fundamentalmente en el principio de la autodeterminación. Los británicos querían a Grecia como aliada

en el Mediterráneo oriental, y pretendían reforzar al gobierno de Venizelos en Atenas frente a sus adversarios menos anglófilos. Los franceses y los estadounidenses temían que Italia se apoderara de Esmirna si no lo impedían. La decisión fue un tanto precipitada y estuvo mal calculada, y tuvo unas consecuencias de mucha envergadura. Antes del desembarco en Esmirna se había llevado a cabo el desarme de los turcos sin demasiada oposición, pero poco después surgió en el corazón de Anatolia un nuevo movimiento de resistencia nacionalista encabezado por Mustafá Kemal. Aunque no tenía inconveniente en colaborar con la Rusia soviética, el verdadero objetivo de Kemal era un nuevo acuerdo con Occidente, siempre y cuando lograra establecer un Estado-nación moderno plenamente independiente. Estaba dispuesto a abandonar los territorios árabes (e incluso el Kurdistán), pero insistía en que Turquía tuviera una soberanía absoluta sobre sus territorios, sin limitaciones impuestas por las interferencias extranjeras. Cuando los Aliados empezaron a discutir seriamente el futuro de Turquía en el invierno de 1919-1920, Kemal controlaba ya casi toda Anatolia y la mayoría de los ejércitos occidentales habían vuelto a sus países.

Los británicos eran los que más se jugaban y a los que más trabajo costaba el reajuste. Sus líderes despreciaban a los turcos y recordaban las atrocidades cometidas por ellos durante la contienda, empezando por las perpetradas con los prisioneros de guerra británicos. Sus sacrificios en Gallípoli hacían que les resultara todavía más difícil abandonar sus intereses tradicionales en Oriente Próximo. Pero en aquellos momentos, la mayor parte de su ejército había sido desmovilizado y temían que una acción militar arrojara a Kemal a los brazos de Lenin. Por motivos similares, ni los franceses ni los italianos combatirían al lado de los británicos para imponer el cumplimiento del Tratado de Sèvres. Al contrario, los Aliados

autorizaron el avance de los griegos fuera de Esmirna con el fin de obligar a los turcos a someterse. Una vez que los partidarios de Kemal derrotaron a los invasores, se acabó el juego. Kemal expulsó a los griegos de Esmirna en 1922 y a consecuencia del callejón sin salida al que llegaron las fuerzas turcas y las británicas en Chanak, cerca del Helesponto, las negociaciones entabladas en Suiza desembocaron en el Tratado de Lausana de julio de 1923. Solo en este caso, una negociación entre dos partes aproximadamente iguales consolidó el acuerdo. Grecia y Turquía se intercambiaron poblaciones enteras; los estrechos de los Dardanelos y el Bósforo quedaron abiertos a todos los países en tiempos de paz, y seguirían abiertos en tiempos de guerra si Turquía permanecía neutral; si no, Turquía recuperaría por completo su independencia y los controles aliados serían abolidos. Aparte de una ulterior modificación del régimen de los dos estrechos en virtud del Tratado de Montreux de 1936, los nuevos pactos tendrían una duración considerable.

Finalmente fue posible alcanzar un acuerdo estable con Kemal, cuyos objetivos eran coherentes y modestos, dado que los principales intereses de los Aliados en Oriente Próximo estaban en los territorios árabes más que en los turcos. Sin embargo, Lausana no supuso necesariamente un modelo mejor para abordar el caso de Alemania, pues en Europa las diferencias entre los dos bandos eran mucho más grandes y lo que estaba en juego era mucho más. No obstante, los alemanes supieron tocar la fibra de muchas personas en Gran Bretaña y en Estados Unidos cuando denunciaron que el Tratado de Versalles no era más que un *Diktat* hipócrita: una paz dictada por los vencedores, impuesta por la amenaza de la fuerza, que violaba el pacto del armisticio y aplicaba unilateralmente los principios de Wilson. Alemania estaba desarmada, pero los Aliados no (aunque habían prometido considerar la posibilidad de un desarme). Alemania perdía sus colonias, pero los Aliados

conservaban las suyas y añadían a ellas las antiguas posesiones alemanas y otomanas. El derecho de autodeterminación se aplicaba allí donde perjudicaba a Alemania, si bien se ignoraba donde no lo hacía. El Tratado de Versalles superaba con mucho una lectura estricta de los Catorce Puntos (por ejemplo, en lo tocante al Sarre y a Renania o a las pensiones de guerra), y los Aliados daban muy poco valor, por no decir ninguno, al paso dado por Alemania con la abolición de la autocracia de Guillermo II. Sin embargo, estos argumentos no demuestran que el tratado fuera injusto. Francia retiró sus planes de creación de estados tapón, y Alemania perdió pocos territorios habitados por población de etnia alemana antes de 1914. Los austríacos de lengua alemana y Danzig no quedaron unidos a Alemania, pero tampoco quedaron bajo soberanía extranjera. Los que habitaban en el pasillo polaco sí, pero el acceso de Polonia al mar iba incluido en los Catorce Puntos, y el pasillo no podía trazarse sin cierta dosis de justicia expeditiva, que los Aliados suavizaron autorizando plebiscitos y exigiendo a los polacos firmar un tratado de respeto a los derechos de las minorías. Además, los alemanes reconocían el derecho de los Aliados a obtener cuantiosas reparaciones, aunque probablemente cuando pisaran un terreno más sólido pondrían en entredicho la sensatez práctica del pago de semejante cantidad de dinero durante tanto tiempo. Las cláusulas sobre desarme, culpabilidad de guerra y crímenes de guerra se basaban en la realidad de la agresión y las atrocidades cometidas por los alemanes, y los Aliados tenían buenos motivos para mostrarse escépticos y dudar de hasta qué punto la revolución de noviembre suponía un cambio de actitud. En cuanto a la ocupación de Renania, pese a las sospechas justificadas de Lloyd George por los motivos no confesados a favor de los separatistas que tenían los franceses, Clemenceau estaba en lo cierto cuando afirmaba que era fundamental para la aplicación del tratado. El problema básico

era que si se admitía la paridad de trato, los alemanes obtendrían una superioridad *de facto*[29]. En vista de su mayor población y de su grandísima capacidad económica, si no se moderaban, continuarían poniendo en peligro a sus vecinos, a menos que alguien se encargara de moderarlos desde fuera. El primer ministro francés probablemente tuviera razón cuando pronosticaba en tono sombrío que si en Alemania no se producía un cambio más radical, el tratado no tendría nunca un cumplimiento voluntario, y que cualquier condición lo suficientemente benévola como para facilitar ese cumplimiento haría que los sacrificios de los Aliados hubieran sido en vano.

Pero el Tratado de Versalles no supuso que fuera inevitable una segunda guerra. Por el contrario, el desarme y la ocupación de Renania impedían que los alemanes pudieran hacerla. Aunque durante los años veinte intentaron burlar esas cláusulas, cuando Hitler llegó al poder los gastos en materia de defensa seguían siendo menos del 1 por ciento de la renta nacional de Alemania[30], de modo que sus fuerzas armadas no eran capaces de enfrentarse ni siquiera a Polonia, por no hablar de Rusia, Gran Bretaña, o Francia. El tratado habría podido impedir otro baño de sangre si se hubiera mantenido. Más difícil resulta la cuestión de si marcó o no el destino de la democracia alemana y si facilitó o no el regreso de un régimen militarista. Por un lado, la democratización del país fue incompleta antes incluso de que se firmara el tratado y las élites heredadas de antes de que se produjera la revolución alemana no abandonaron su lucha contra los Aliados. Pero, por otro, aunque el tratado sin duda inflamó el nacionalismo alemán, contenía disposiciones incluidas deliberadamente para permitir la relajación de sus términos y la reconciliación si la actitud de Alemania cambiaba. Las cláusulas comerciales discriminatorias (que concedían unilateralmente a los Aliados el estatus de naciones más favorecidas) expirarían al cabo de cinco años. La ocupación de

Renania y la presencia de Francia en el Sarre tal vez fueran también temporales. La Sociedad de Naciones podía revisar la cuestión de Austria, y Alemania no quedaba excluida indefinidamente de esta organización. En resumen, aunque los alemanes tenían razón al denunciar el incumplimiento de la palabra dada, los términos del tratado protegían unas necesidades económicas y de seguridad de los Aliados perfectamente legítimas, no predeterminaban una repetición del conflicto, y dejaban numerosos temas abiertos. «El tratado —dijo Clemenceau a los parlamentarios franceses— será lo que hagan ustedes de él.»[31]

19

La reconstrucción, 1920-1929

El impacto global de la guerra se dejó sentir sobre todo durante la primera década después de 1918. La principal consecuencia de la victoria de los Aliados fueron los tratados de paz, que marcaron la pauta de las relaciones internacionales. Pero mientras los políticos se ocupaban de las secuelas de la guerra, sus respectivas sociedades tuvieron que llorar a los muertos y cuidar de los supervivientes. Tuvieron también que construir sobre las ruinas y pagar las cuentas. Tras un período inicial de grandes turbulencias, a mediados y a finales de la década de 1920 dio la impresión de que el mundo se recuperaba del trauma y restablecía el equilibrio, a medida que iba disminuyendo la tensión internacional y que cedían las presiones internas procedentes de la extrema izquierda y de la extrema derecha. Sin embargo, no sería fácil desterrar al fantasma de las trincheras y la nueva estabilidad resultaría efímera.

Los posteriores acontecimientos internacionales nos ofrecen el mejor punto de partida, aunque, a decir verdad, se encuentran inextricablemente unidos a los internos. En Europa el tema más destacado de la política internacional fue la continuación por otros medios de la lucha llevada a cabo durante la guerra, y la amenaza más seria a largo plazo para la paz vendría de las postura de Alemania, decidida a desafiar los acuerdos de Versalles, y de los Aliados, incapaces de mantener

un frente unido para apoyarlos. Al igual que sucedería al término de la Segunda Guerra Mundial, el éxito militar eliminó los incentivos a favor de la cooperación de una frágil coalición, cuyos miembros tenían una larga historia de antagonismos mutuos y se habían visto obligados a unirse ante un enemigo común; pero la victoria contenía la semilla de su disolución. De hecho, en cierto modo la cooperación forzada de los Aliados había profundizado el temor y el desagrado que sentían unos por otros. Las grietas existentes en su unidad se habían hecho visibles ya durante la conferencia de paz, y luego las fisuras se agrandaron. Mientras que antes de 1914 y durante la guerra la coalición que cercaba a Alemania había mostrado una solidaridad impresionante, a partir de 1918 lo más notable sería la rapidez con la que se separaron.

Esta circunstancia se explica en parte porque los vencedores excluyeron a la Unión Soviética de la elaboración del acuerdo de posguerra, y porque Italia y Japón se excluyeron también hasta cierto punto de ella. En la lucha por los tratados de paz no participó al principio todo el mundo y varias potencias permanecieron semiapartadas. Francia, Gran Bretaña e Italia no reconocieron al nuevo régimen ruso hasta 1924, y Estados Unidos tardaría una década más en hacerlo. Las potencias occidentales reclamaban a Berlín reparaciones de guerra y a Moscú compensación por los préstamos que se negó a reconocer y por los bienes expropiados. No es de extrañar, por tanto, que Alemania y Rusia emprendieran una colaboración militar secreta y que en el Tratado de Rapallo de 1922 renunciaran a las reivindicaciones económicas mutuas. El régimen soviético denunció el Tratado de Versalles por imperialista, y no contribuiría a su aplicación[1]. Análogamente, durante la primera década del régimen de Mussolini tras su toma del poder en Italia en 1922 el dictador fue hostil a los yugoslavos y al nuevo *statu quo* existente en los Balcanes. Ambicionaba además, si se

presentaba la ocasión, tomar la ofensiva contra Gran Bretaña y Francia y controlar el Mediterráneo. En cuanto a Japón, su enemigo potencial más probable parecía en aquellos momentos Estados Unidos. Tras los encontronazos habidos en la conferencia de paz, el Senado estadounidense se negó a aprobar el compromiso de Wilson sobre Shandong, y Tokio y Washington se lanzaron a una peligrosísima carrera armamentista en el Pacífico. Bien es verdad que la Conferencia de Washington celebrada durante el invierno de 1921-1922 calmó temporalmente la situación e impuso unas restricciones generales a la construcción de buques de guerra de las potencias. Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Francia e Italia aceptaron la congelación del número de nuevos grandes navíos de combate, y adoptaron una serie de coeficientes de tonelaje naval de 5, 5, 3, 1,75 y 1,75 respectivamente. Prometieron también (si bien sin establecer disposiciones para su puesta en vigor) respetar la independencia y la integridad de China, y los japoneses se comprometieron a renunciar a sus derechos sobre Shandong y a evacuar Siberia. Amenazados con la recesión en el interior y enzarzados en una competición en materia de construcción naval que no podían ganar, los japoneses frenaron su expansión y aceptaron los coeficientes propuestos, que venían a confirmar su inferioridad (aunque siguieran siendo la potencia naval más fuerte en las aguas de su región). Por otro lado, y en gran medida como consecuencia de las presiones estadounidenses, la alianza de Japón con Gran Bretaña fue reemplazada por un acuerdo más vago en virtud del cual Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y Japón se comprometían a respetar mutuamente las posesiones de cada uno y a resolver pacíficamente sus diferencias. El lazo diplomático más fuerte entre Tokio y sus socios durante la guerra se había roto. En aquellos momentos era algo que no importaba demasiado, pues durante los años veinte los políticos que pretendían mantener la

colaboración con Occidente dominaron las relaciones exteriores de Tokio, pero los acuerdos alcanzados en el Tratado de Versalles-Washington alimentaron el desarrollo del nacionalismo en las fuerzas armadas japonesas e incrementaron el riesgo de que a la larga Japón decidiera actuar por su cuenta[2].

Sin embargo, la prueba más evidente de desunión entre los vencedores fue el hecho de que los estadounidenses no ratificaran el Tratado de Versalles. Los adversarios republicanos de Wilson en el Senado apoyaron sobre todo las disposiciones del acuerdo que afectaban a Europa. Su preocupación se centró en el artículo X del Pacto de la Sociedad de Naciones, que temían que comportara un compromiso ilimitado con la intervención en ultramar, aunque Wilson les asegurara que el Congreso mantendría su derecho constitucional a decidir caso por caso si se implicaba a las fuerzas estadounidenses o no. Los republicanos pretendieron añadir «reservas» a la ratificación del documento, propuesta que el presidente rechazó alegando que lo obligarían a renegociar el tratado. No se consiguió alcanzar en el Senado la mayoría de dos tercios necesaria para la ratificación con las reservas o sin ellas; y mientras hacía campaña a favor del tratado, el presidente puso en riesgo su salud. En las elecciones de 1920, el republicano Warren Harding arrasó y firmó tratados de paz por separado con Alemania, Austria y Hungría, al tiempo que permanecía fuera de la Sociedad de Naciones. De hecho, los poderes de esta eran tan limitados que la ausencia de Estados Unidos probablemente tuviera una importancia menor para la paz mundial, pero la pérdida de la garantía concedida a Francia fue una cosa más seria. Lloyd George utilizó la no ratificación de las garantías como un pretexto para sacar del pacto también a Gran Bretaña, dejando a París en la estacada, de modo que todas las concesiones que Clemenceau había hecho en la conferencia de paz habían sido en vano y su país se quedaba sin la protección de un aliado fuerte. Es más, Estados Unidos retiró

sus fuerzas de ocupación de Renania y las leyes arancelarias proteccionistas de Fordney-McCumber y las nuevas restricciones legales en materia de inmigración constituyeron una prueba más de que los estadounidenses levantaban el puente levadizo. Los republicanos seguían dispuestos a utilizar la influencia financiera estadounidense incluso en Europa, pero tras la cruzada intervencionista de 1917-1919 se retiraron de los compromisos globales.

Así pues, la tarea de hacer cumplir el tratado recaería principalmente en Gran Bretaña y Francia. Pero asimismo la cooperación de estos dos países se había basado fundamentalmente en el miedo a Alemania, y mientras que en Francia ese miedo volvió a agudizarse enseguida, en Gran Bretaña se disipó con toda rapidez. Ya en 1920, Lloyd George y sus asesores consideraron la recuperación económica alemana necesaria para sacar a las industrias exportadoras británicas de la depresión, y vieron a Francia como un enemigo en potencia[3]. En la Conferencia de Washington quisieron limitar la fuerza de los acorazados de Francia, mientras que los franceses intentaron eximir a los submarinos de las limitaciones del tonelaje naval debido al valor que tenían como amenaza al dominio de los mares ejercido por Gran Bretaña[4]. En 1922, el gobierno británico aprobó un programa de construcción de bombarderos como elemento disuasorio frente a una eventual amenaza aérea de los franceses contra Londres[5]. Tras la retirada de las garantías anglo-estadounidenses de Francia, los sucesivos gobiernos británicos se negaron a dar nuevas garantías de seguridad[6]. Ni siquiera renovarían la garantía de Bélgica, que consideraban que había caducado en 1914[7]. Los cuatro años de estancia en Flandes y en Francia de millones de individuos pertenecientes al personal de las fuerzas armadas británicas no habían hecho mucho por suavizar unas antipatías históricas; por el contrario, las memorias de los veteranos de la BEF rezuman

animadversión hacia sus aliados. No solo Washington, sino también Londres, volvieron al aislacionismo.

Esta situación socavó los tratados de paz desde el primer momento, y los vencedores tuvieron la suerte de que los antiguos aliados de Alemania no pudieran hacer gran cosa contra ellos. Austria se vio obligada en 1922 a aceptar un plan de rescate financiero internacional bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones, como consecuencia del cual se comprometió de nuevo a preservar su independencia de Alemania. Se creó un frente unido contra Hungría, donde Carlos I intentó volver a ocupar el trono en 1921. En 1920-1921, Checoslovaquia y Yugoslavia firmaron una alianza defensiva contra ella, y Rumanía se les unió. Los franceses apoyaron esta «Pequeña Entente» firmando pactos con sus miembros. Pero esta demostración de solidaridad fue excepcional. Por lo que concierne a Turquía, lejos de apoyar a Gran Bretaña a poner en vigor el Tratado de Sèvres, Francia e Italia firmaron tratados de paz por separado con Ankara en 1921, sentando así un precedente para que Gran Bretaña rompiera con ellas en Europa. En estas circunstancias, los franceses, que habían desempeñado el principal papel en el diseño del pacto con Alemania, tuvieron que cargar con la responsabilidad fundamental de ejecutarlo, sin tener la seguridad de poder contar con ninguna otra potencia[8]. Frente a Alemania, la desunión de los vencedores impidió el éxito de la coerción y de la conciliación. En términos generales, el período de 1919-1923 fue una época de desmantelamiento negociado del tratado. Pero aunque las relaciones franco-alemanas evolucionaron y pasaron de la guerra fría a la *détente*, la cuestión fundamental es que durante toda la década ni París ni Berlín pensaron que la lucha entre ellas hubiera acabado.

Alemania había aceptado el tratado de paz no sin protestas y solo tras verse amenazada con una acción militar. Ello no

significaba que los Aliados se hubieran equivocado al interrumpir la guerra en 1918, pero sí que necesitaban demostrar que preservaban su solidaridad y su firmeza. En realidad, solo las pusieron de manifiesto de modo intermitente, y como para el cumplimiento del pacto dependían de la colaboración voluntaria del gobierno alemán, sus intentos de ejecutarlo chocaron casi de inmediato con dificultades. Los partidos políticos moderados alemanes que firmaron el Tratado de Versalles no sacaron muy buenos resultados en las elecciones al Reichstag de 1920, y sus esfuerzos por cumplir los acuerdos dieron lugar a un golpe de Estado fallido de corte derechista (con la aquiescencia del ejército), el Kapp Putsch. No mucho después, el ejército alemán recientemente recortado, la Reichswehr, intentó soslayar las cláusulas del desarme. También se desató un conflicto por los pagos a cuenta en concepto de reparación de guerra que debían abonarse antes de 1921, y en particular por los envíos de carbón, con los que Alemania volvió a no cumplir. Los británicos, sensibles a sus propias necesidades económicas, aconsejaron prudencia, y las cuotas fueron revisadas a la baja. Mientras tanto, las empresas alemanas dedicadas a la producción de acero se diversificaron y se olvidaron de la cuenca siderúrgica de Lorena (que en aquellos momentos pertenecía de nuevo a Francia) y pasaron a buscar otras fuentes en España y en Suecia, y a utilizar más chatarra, mientras que la inflación los ayudó a liquidar sus deudas y a construir nuevas fábricas. En 1923, debido en parte a la escasez de carbón, la industria francesa del acero trabajaba a un tercio de su capacidad, mientras que la alemana marchaba viento en popa. En la batalla de las industrias pesadas, Francia iba perdiendo[9]. Por último, cuando a comienzos de 1920 los Aliados publicaron la lista de los cientos de criminales de guerra en busca y captura, en la que se encontraban Hindenburg, Ludendorff y Bethmann Hollweg, el clamor en Alemania fue tal que británicos y franceses

temieron que se produjera un golpe de Estado de los comunistas o de los nacionalistas. Al final llegaron a una componenda en virtud de la cual el propio tribunal supremo de Alemania, con sede en Leipzig, juzgaría a los acusados, aunque a la hora de la verdad dictó solo unas pocas sentencias extremadamente benévolas[10].

Un acontecimiento probablemente más inquietante incluso fue la continua campaña llevada a cabo por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán contra la acusación de «culpabilidad de guerra» y la legitimidad del tratado de paz[11]. Fueron publicados cuarenta volúmenes de documentos diplomáticos acerca de los orígenes de la guerra, organizados de manera sumamente tendenciosa, con el título de *Die Grosse Politik der Europäischen Kabinette 1871-1914* (J. Lepsius *et al*., eds., Berlín, 1922-1927), con la esperanza de inducir a los Aliados a publicar sus propios documentos y demostrar así que la responsabilidad del conflicto había sido compartida. El Kriegsschuldreferat (Departamento de Culpabilidad de la Guerra) del ministerio creó un instituto de estudios marcadamente independiente y se puso en contacto con distintas empresas y otras organizaciones, para que se encargaran de buscar oradores, organizar concentraciones, distribuir panfletos y escribir artículos de prensa. La campaña sobre la «culpabilidad de guerra» atrajo seriamente el interés de la mayoría de los profesores de los institutos y de las universidades alemanas, que cooperaron de manera activa en ella, y se propagó también por el extranjero, en particular en Estados Unidos, donde el trabajo de historiadores «revisionistas» (anti-Versalles) como Harry Elmer Barnes y Sidney Bradshaw Fay fue subvencionado y traducido a expensas de los alemanes. Sin embargo, el mayor seguimiento del revisionismo se dio en la propia Alemania. Los políticos de la República de Weimar esperaban que el movimiento de protesta consolidara el régimen, pero se lo confiaron a unos burócratas

heredados en su mayoría de los tiempos de Guillermo II y la consecuencia más probable es que de ese modo contribuyeran a socavar la república[12]. Se trata del indicio más claro de que muchos alemanes se resistieron al desarme moral, aparte del militar, y siguieron sosteniendo, como habían hecho durante la guerra, que no habían cometido ninguna agresión ni ninguna atrocidad y que las acusaciones de los Aliados contra ellos eran absolutamente hipócritas e infundadas.

La acometida contra la «mentira de la culpabilidad de guerra» no fue en sí más que un asunto de segundo orden para los diplomáticos alemanes. Ellos aseguraban que querían que se creara una comisión internacional de investigación (algo que los vencedores rechazaban), pero es dudoso que fueran sinceros, pues si se hubiera sacado a la luz todo lo relacionado con los sucesos de 1914 la situación habría resultado muy embarazosa para unos y para otros[13]. No obstante, la cláusula de culpabilidad de guerra incluida en el tratado era también la base jurídica de las pretensiones de los Aliados de cobrar reparaciones, que fueron el punto más discutido del Tratado de Versalles en la confrontación que desembocó en la crisis de la ocupación del Ruhr. Como había establecido el tratado de paz, en mayo de 1921 los Aliados fijaron el total de la deuda por reparaciones de guerra y estipularon un programa de pago a plazos, el Plan de Pagos de Londres, que los alemanes aceptaron de nuevo a punta de pistola cuando los Aliados ocuparon Düsseldorf, Duisburg y el Ruhrort. El plan fijaba la responsabilidad total de las Potencias Centrales en 132 000 millones de marcos oro; pero la única parte para la que especificaba un calendario eran los primeros 50 000 millones, a reembolsar en treinta y seis años. Esta última suma era bastante moderada comparada con los totales que se discutieron en la conferencia de paz, aunque los Aliados se reservaban el derecho a pedir más. En realidad, los alemanes no pagaron nada a partir

del verano de 1921, alegando su incapacidad de hacerlo; y parece bastante probable que permitieran deliberadamente la aceleración de la inflación en vez de subir los impuestos para pagar con ellos las reparaciones[14]. Al mismo tiempo se agudizó también otro asunto, la cuestión de las deudas de guerra —otro ejemplo de negocio inacabado heredado de la contienda—, y en Washington el nuevo Congreso, dominado por los republicanos, creó una comisión de deuda externa e insistió en que se negociaran unos planes de devolución, lo que suponía apretar más las tuercas a París. En una serie de complejas conferencias internacionales, los británicos intentaron mediar, pero fue en vano. Por último, Poincaré, que había vuelto a ocupar el cargo de primer ministro y estaba decidido a ver cumplido el tratado de paz, envió tropas al Ruhr en enero de 1923, utilizando como pretexto que los alemanes no habían entregado los pedidos de madera que estaban obligados a efectuar[15]. Aunque los belgas se les unieron, los británicos y los italianos se mantuvieron al margen, poniendo de manifiesto el descontrol existente en la antigua coalición. Los mineros del Ruhr se pusieron en huelga y el gobierno los subvencionó (táctica denominada «resistencia pasiva»). Esta confrontación incruenta se convirtió en un nuevo enfrentamiento franco-alemán: un Verdún al revés.

La crisis de la ocupación supuso un punto de inflexión. Los objetivos de Poincaré fueron inicialmente modestos y se centraron en reanudar el pago de las reparaciones. Pero al intensificarse la crisis, la presión a la que se vieron sometidas las finanzas del gobierno llevó a Alemania a la hiperinflación y los franceses se volvieron más ambiciosos. El caos económico provocó un intento fallido de golpe de Estado por parte de Ludendorff y Adolf Hitler en Múnich, así como varias insurrecciones comunistas y un resurgimiento del separatismo en Renania. En otoño Poincaré había conseguido una victoria

técnica por cuanto las empresas del Ruhr accedieron a suministrar carbón a Francia y el nuevo gobierno alemán presidido por Gustav Stresemann desconvocó la resistencia pasiva. Pero al respaldar un movimiento separatista fracasado en Renania, el primer ministro francés se excedió en sus facultades. Además, rechazó una oferta de negociación bilateral que le hizo Stresemann y en cambio aceptó una propuesta de los estadounidenses para crear un comité internacional de expertos encargados de estudiar la cuestión de las reparaciones, presidida por el banquero de Chicago Charles Dawes. Mientras deliberaban, Francia perdió la iniciativa. En el invierno y la primavera de 1923-1924, Stresemann introdujo una nueva moneda alemana estable, la Rentenmark, o «marco seguro». Se produjo una gran demanda del franco (que se estabilizó gracias a un préstamo de J. P. Morgan), y en las nuevas elecciones celebradas en Francia Poincaré perdió el cargo en beneficio de una coalición de izquierdas encabezada por el inexperto Édouard Herriot, que se vio superado cuando la Conferencia de Londres de julio-agosto de 1924 aceptó una solución basada en las recomendaciones del comité de expertos, el Plan Dawes. El gobierno alemán recibió un préstamo internacional, procedente principalmente de fuentes privadas estadounidenses, y reanudó los pagos en metálico según un calendario provisional más moderado. Los franceses perdieron la facultad de utilizar la Comisión de Reparaciones para declarar a Alemania morosa, y accedieron a evacuar el Ruhr. En adelante, con Aristide Briand como ministro de Asuntos Exteriores desde 1925 hasta 1932 y estimulados por británicos y estadounidenses, adoptarían una política de conciliación negociando por primera vez con sus enemigos en pie de igualdad[16].

El verdadero problema que se dilucidaba en la crisis del Ruhr era si se hacía cumplir o no el tratado de paz y si se mantenían o no las restricciones y sanciones por las cuales los

Aliados habían tenido que librar una guerra contra Alemania. El resultado de la crisis demostró esencialmente, como se había puesto de manifiesto una y otra vez desde 1919, que, al enfrentarse con el no cumplimiento del tratado, los Aliados tenían que aceptar una solución de compromiso. La cuestión de las reparaciones era un asunto por cuyo cumplimiento resultaba muy difícil enzarzarse en una batalla, pues los intereses económicos de los países vencedores discrepaban: los británicos deseaban ver una recuperación económica de Alemania y los estadounidenses no tenían pretensiones de cobrar unas compensaciones significativas. No obstante, la lección que sacaron los franceses fue que las acciones unilaterales no saldrían nunca bien, y en adelante se aferrarían a este principio incluso cuando se enfrentaran a desafíos todavía más radicales. Pero mientras tanto llevaron a cabo una política de cooperación, simbolizada por la incómoda amistad entre Briand y Stresemann, su homólogo alemán desde 1923 hasta 1929. Briand había sido el primer ministro que había aprobado la carta de Cambon y el Pacto de Doumergue en 1917 (y Stresemann, por su parte, había apoyado los objetivos anexionistas), pero en aquellos momentos predicaba la buena voluntad y era el encargado de supervisar el acercamiento de los dos países, aunque la finalidad de ese acercamiento era proteger los intereses de Francia. La piedra angular de esta política fue el Pacto de Renania de 1925, firmado en la ciudad suiza de Locarno. Francia, Alemania y Bélgica se comprometían a respetar mutuamente sus fronteras y a someter a arbitraje sus disputas, lo que significaba que los franceses obtenían un compromiso de no ser invadidos, aunque como dicho compromiso era recíproco resultaba también casi imposible que ellos volvieran a invadir Alemania. Italia y Gran Bretaña se comprometieron a hacer cumplir el acuerdo, pero en virtud de unas garantías que distaban mucho de ser automáticas y que

podían soslayarse fácilmente. Además, pronto vinieron nuevas concesiones a los alemanes. Una de ellas fue la evacuación en 1927 de la comisión internacional que supervisaba el desarme de Alemania, y un acuerdo de los Aliados (alcanzado en la Conferencia de La Haya de 1929) de retirarse completamente de Renania cinco años antes de los previsto (en 1930), a cambio de un nuevo calendario de pago de reparaciones llamado Plan Young. En un alarde de optimismo, todos estos convenios fueron denominados en conjunto «Liquidación Final de la Guerra». De hecho, el abandono de Renania hacía que resultara casi imposible reaccionar de inmediato ante cualquier futuro desafío militar de Alemania, y suponía casi la conclusión del proceso en virtud del cual la paz en Europa pasaba a depender de la buena voluntad de Alemania.

Dos iniciativas espectaculares marcaron la culminación de ese acercamiento, y ambas, cada una a su manera, vinieron a subrayar los cambios que la guerra había introducido en la lengua y en el simbolismo —si no en la sustancia— de la política europea. La primera de ellas fue el Pacto Kellogg-Briand de 1928, una iniciativa franco-estadounidense en virtud de la cual las principales potencias se comprometían a no ir a la guerra salvo en defensa propia. Antes de 1914, semejante gesto habría sido inconcebible, aunque eso no habría sido mucho consuelo para Briand, que había esperado un compromiso más concreto por parte de los estadounidenses. La segunda fue la propuesta hecha por el propio Briand en 1929-1930 de crear una «Unión Europea» basada en una asamblea consultiva permanente, una red de tratados de arbitraje al estilo del de Locarno que abarcara a todo el continente y un mercado común. Antes de 1914, algunos individuos aislados habían expuesto la necesidad de crear unas instituciones europeas comunes, pero no había habido ningún movimiento organizado de manera continua a favor de ellas. A comienzos de la década

de 1920 apareció un movimiento de ese estilo, y varios grupos empezaron a presionar a favor de una unión aduanera europea, hasta que la organización Paneuropa, dirigida por el conde Richard Coudenhove-Kalergi —y de la cual Briand llegaría a ser presidente honorario— hizo un llamamiento a favor de una mayor unidad política. También de este desarrollo podemos pensar que la Primera Guerra Mundial fue un requisito fundamental, que persuadió a los políticos, a los empresarios y a los intelectuales de la Europa central y occidental (aunque no a muchos en Gran Bretaña) de que el continente necesitaba una integración mayor para mantener a raya el desafío económico y cultural de Estados Unidos y para reducir los peligros de la revolución y de la guerra. Pero Briand se vio atraído a esta idea como medio de impedir que Alemania recurriera de nuevo a la violencia en un momento en el que la ventaja militar de Francia iba de capa caída; y los alemanes torpedearon su iniciativa precisamente porque temían que limitara su libertad de acción y porque no querían más refuerzos en sus fronteras con Polonia y Checoslovaquia por el este[17]. El fracaso del Plan Briand de una Unión Europea vino a subrayar, por tanto, que la relajación de las tensiones a finales de la década de 1920 fue engañosa. Bien es verdad que los préstamos privados estadounidenses empezaron a llegar a Alemania, facilitando el pago de las reparaciones de guerra, mientras que en Locarno Gran Bretaña estimuló la reconciliación franco-alemana por medio de una garantía recíproca por ambas partes. Como Washington y Londres volvían a adoptar una actitud de intervención limitada en la Europa continental y presionaban a favor de moderar el Tratado de Versalles, las relaciones franco-alemanas dejaron prácticamente de ser un juego de suma cero. Pero los franceses optaron por el acercamiento solo porque intentaron primero la coerción y vieron que los resultados dejaban mucho que desear, mientras que los alemanes seguían siendo demasiado débiles

para obtener una revisión del tratado como no fuera a través de la cooperación. Cuando París no pudiera seguir haciendo concesiones sin poner en peligro algunos de sus intereses vitales, el proceso de distensión descarrilaría. Sin embargo, habría sido posible justificarlo si Berlín hubiera fortalecido a los moderados y hubiera marginado a los extremistas, y lo cierto es que a finales de la década de 1920 se vieron signos en ambos bandos de una desmovilización cultural y de un retroceso de los odios de los tiempos de la guerra. Por desgracia, esos cambios fueron solo superficiales. Básicamente, la guerra continuaba todavía, aunque por otros medios, y la política internacional de esa época no puede entenderse separada de los acontecimientos internos.

Durante la guerra, los frentes internos de ambos bandos tuvieron muchos rasgos en común, entre otras cosas porque ninguno de ellos sabía cuál de los dos iba a ganar. Después de 1918, las circunstancias internas de los vencedores y de los vencidos diferirían de un modo mucho más significativo. A lo largo de los años veinte, todos los antiguos beligerantes recuperaron cierto grado de estabilidad interna, pero ese proceso tendría unos cimientos mucho más sólidos en los países aliados que en Alemania. El vuelco causado por cuatro años de combates suscitó dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, el descrédito de las estructuras de poder establecidas y la aparición de desafíos radicales a esas mismas estructuras durante la segunda mitad de la contienda; y en segundo lugar, la necesidad de desarrollar nuevos mecanismos colectivos para hacer frente al desvalimiento y las desgracias generalizadas. Estos dos temas serán tratados primero en lo que concierne a Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos.

En 1918 parecía todavía que el conflicto había fortalecido a las fuerzas radicales y democráticas. La izquierda había tomado el poder en Rusia y Alemania, el Imperio austrohúngaro y el otomano se habían desintegrado, y los sindicatos y los partidos

socialistas suscitaron en todo el mundo un nuevo atractivo y una nueva combatividad. Pero, excepto en Rusia, los éxitos de la izquierda fueron limitados y a mediados de la década de 1920 la política del mundo occidental fue consolidándose sobre bases claramente conservadoras[18]. A la larga, la guerra probablemente beneficiara a la derecha. Los movimientos progresistas de las grandes potencias habían sido demasiado débiles o demasiado patrióticos para impedir que estallara, o para forzar la reducción de los objetivos de guerra e impulsar que se entablaran negociaciones para la consecución de un compromiso de paz. Después de 1918 continuaron siendo incapaces de introducir un cambio fundamental en el sistema político internacional o no quisieron hacerlo. La guerra había supuesto una prueba de autoridad y de las jerarquías establecidas de raza, de clase y de género, pues los gobiernos de los países beligerantes se habían apoyado muchísimo en la contribución de sus posesiones ultramarinas, de su clase obrera y de las mujeres. Sin embargo, las consecuencias permanentes de todo ello fueron sorprendentemente pocas.

Como dijo Lenin, en cierto modo la guerra mundial fue una lucha por la redistribución imperial[19]. Los alemanes y los turcos perdieron sus posesiones coloniales, principalmente en beneficio de Gran Bretaña, Francia y Japón. Los más afectados no tuvieron casi voz en todo este proceso. Los franceses se enfrentaron a una fuerte oposición en Siria, donde en 1925-1927 se vieron en la necesidad de sofocar una sublevación. Los indochinos que habían trabajado a su servicio en 1914-1918 (y los africanos que habían combatido por ellos) recibieron una compensación muy escasa. En 1919-1920, el ministro de las Colonias, Albert Sarraut, introdujo comités consultivos en los territorios ultramarinos de Francia, pero sus competencias eran puramente económicas y los representantes de la población indígena existentes en ellos no eran elegidos ni formaban la

mayoría[20]. Aunque en Francia la guerra hizo de las colonias un objeto de entusiasmo generalizado como nunca lo habían sido, la naturaleza de la dominación francesa hizo gala de una gran continuidad con lo que había habido anteriormente[21].

En el Imperio británico, en cambio, podemos pensar que cuatro grandes novedades fueron consecuencia directa del conflicto. La primera fue la guerra anglo-irlandesa de 1919-1921, a raíz de que el Sinn Féin se hiciera con el liderazgo del movimiento nacionalista tras el Alzamiento de Pascua y la crisis del reclutamiento obligatorio de 1918, liderazgo que se vio confirmado cuando barrió en las elecciones generales de diciembre de 1918 en los condados del sur y del oeste de Irlanda. El gobierno de Lloyd George fue incapaz de reprimir la campaña guerrillera del IRA, pero obligó a los líderes del Sinn Féin a aceptar un trato considerablemente inferior a la plena independencia en el Tratado Angloirlandés de diciembre de 1921. Irlanda fue dividida, y los británicos se quedaron con tres de los puertos del tratado en la costa oeste del nuevo Estado Libre de Irlanda, que de momento siguió dentro del imperio en calidad de Dominio; pero como tal, los irlandeses intensificaron la presión que condujo a la segunda gran novedad, que fue la concesión a los Dominios Británicos de un control *de facto* sobre la política exterior. Envueltos automáticamente en la guerra en 1914 por decisión de Londres, los Dominios recibieron la promesa de una mayor representación y consulta en la Conferencia Imperial de Guerra de 1917. Tuvieron representación por separado (formando parte de la delegación del Imperio británico) en la Conferencia de Paz de París, firmaron los tratados en su propio nombre (lo mismo que el maharajá de Bikaner en nombre de los principados indios), y junto con la India recibieron asientos separados en la Sociedad de Naciones, en una conferencia imperial celebrada en 1926 y en el Estatuto de Westminster de 1931 que confirmaba que en

el futuro tomarían sus propias decisiones en materia de guerra y de paz. Ya en 1922, cuando Lloyd George tuvo que pedir ayuda en su enfrentamiento con los turcos en Chanak, Canadá y Sudáfrica se mantuvieron al margen, y durante las crisis del apaciguamiento de los años treinta las amargas experiencias sufridas durante la guerra indujeron a los Dominios a pedir que se actuara con cautela[22].

La tercera gran novedad se produjo en Egipto (que Gran Bretaña administraba desde 1882, pero al que había declarado protectorado tras el estallido de la guerra), donde estalló una violenta rebelión en 1919. Los motivos fueron en parte la durísima carga que supusieron la escasez, las requisas y la inflación provocadas por el papel desempeñado por Egipto como base militar, aunque la decisión de desterrar al líder nacionalista Saad Zaghlul fue la gota que colmó el vaso. El general Allenby restableció el orden, pero recomendó poner fin al protectorado, de modo que en 1922 los británicos concedieron a Egipto una independencia severamente restringida, que les permitía mantener el control sobre la política exterior del país, el derecho a acantonar tropas en él y el control del canal de Suez[23]. Por último, la India también fue testigo de disturbios que afectaron a toda la nación en 1919-1921. Durante la guerra había sufrido unas presiones económicas similares a las de Egipto, y en 1917 Londres había prometido ir avanzando paulatinamente hacia un gobierno responsable. Sin embargo, la Ley de Gobierno de la India de 1919 introdujo solo un gobierno local electivo y alguna autonomía para las provincias, mientras que la administración británica se quedaba con todas las funciones importantes (del mismo modo que se había reservado los poderes más significativos en Irlanda y Egipto). La decepción ante la nueva legislación (y ante los nuevos recortes de los derechos civiles) dio lugar a protestas que culminaron en la famosa matanza de Amritsar de abril de 1919,

cuando las tropas abrieron fuego sobre la multitud y mataron a 379 manifestantes; todo ello contribuyó a dar fuerza a la primera campaña nacional de desobediencia civil de Mohandas Gandhi. Aunque los británicos frenaron a la oposición, en adelante su autoridad dependería cada vez más de la conformidad tácita del Congreso Nacional Indio. Además, la guerra precipitó al gobierno del Raj británico hacia una peligrosa crisis económica y Londres prometió que, si se utilizaban tropas indias en el extranjero, en el futuro el contribuyente indio no tendría que correr con los gastos, y mientras tanto se permitió a Delhi imponer aranceles a las importaciones de algodón de Lancashire[24]. Los británicos aguantaron, aunque el baluarte indio de su imperio tenía un valor económico y estratégico cada vez menor para ellos[25]. A decir verdad, durante los primeros años de la posguerra se enfrentaron a un desafío global de intereses, pues también Irak se sublevó en 1920, y aplastar la revuelta en Oriente Próximo costó más que todas las operaciones británicas durante la guerra. No obstante, a mediados de la década de 1920 los británicos habían sofocado los retos más urgentes a su posición global, y los otros imperios aliados estaban mucho menos extendidos. En general, el dominio colonial de Europa sobre casi todo el resto del mundo quedó intacto.

Podemos extraer conclusiones similares acerca del impacto de la guerra sobre la estructura social de las metrópolis. En Gran Bretaña, probablemente provocara una redistribución menor de la renta, sobre todo debido a la fiscalidad progresiva, pero también porque los aumentos de los sueldos fijos de los obreros hicieron que disminuyeran las disparidades salariales[26]. A partir de 1921, las desigualdades volvieron a aumentar, si bien no hasta los niveles existentes antes de la guerra, y las investigaciones sociales de posguerra pusieron de manifiesto que en las familias en las que el asalariado tenía empleo la incidencia

de la pobreza había disminuido notablemente. Los salarios de la mayoría de los obreros se mantuvieron al ritmo de la inflación y en 1919-1920 las horas de trabajo experimentaron un recorte sustancial, mientras que el impuesto sobre la renta y la sobretasa afectaban en 1925 casi a la mitad de las rentas más altas, cuando en 1914 afectaban solo a una duodécima parte[27]. Incluso para los que no tenían trabajo, el seguro de desempleo se amplió hasta cubrir en 1920 a dos tercios de la mano de obra masculina. Entre 1914 y 1921, la militancia de los sindicatos se multiplicó por dos y entre 1918 y 1924 los laboristas desplazaron a los liberales como principal partido frente a los conservadores, como consecuencia de la escisión Asquith-Lloyd George, de la ampliación del derecho de sufragio de 1918 y de la mayor conciencia de clase trabajadora británica, factores todos ellos que podríamos atribuir a la guerra. Pero a largo plazo, el giro hacia la izquierda sería menos impresionante. La militancia sindical se hundió de nuevo al comienzo de la depresión en 1920, y el desempleo seguiría en el 10 por ciento o más de la mano de obra durante dos décadas. El control del Estado sobre las minas y los ferrocarriles acabó a los tres años de la firma del armisticio, lo mismo que los controles de los precios y el racionamiento, y el formidable sindicato de los mineros, la MFGB, fue vencido en dos prolongados cierres patronales en 1921-1922 y en 1926[28]. Cuando estuvo en el poder en 1924 y de 1929 a 1931, el Partido Laborista hizo poco por socorrer a sus partidarios aparte de aumentar el subsidio de desempleo. Pese a los grandes progresos alcanzados por el movimiento obrero, su principal logro fue la mejora de los salarios y la reducción de las horas de trabajo de los que tenían empleo, posiblemente a expensas del aumento del paro.

En Estados Unidos el panorama era muy similar. Aunque en 1919 uno de cada cinco trabajadores estadounidenses fue a la huelga, las esperanzas que abrigaban los sindicatos de obtener y

ver reconocido el derecho a la negociación colectiva y de sindicar a los trabajadores de las nuevas industrias de producción masiva se esfumaron cuando fracasó la huelga nacional del sector del acero. El control ejercido por el Estado sobre los ferrocarriles durante la guerra terminó, no se promulgó ninguna legislación significativa a favor de los trabajadores y se impusieron recortes salariales. Solo el día de Año Nuevo de 1920 fueron detenidos 6000 sospechosos de simpatizar con el comunismo. Otro signo de los tiempos fue la reacción contra los estadounidenses negros, de los cuales unos 300 000 emigraron de los estados del Sur a los del Norte durante el período comprendido entre 1916 y 1920. Fue restablecido el Ku Klux Klan —y además no solo en el Sur, sino en toda la nación— y la incidencia de los linchamientos en el Sur se multiplicó por dos o más entre 1917 y 1919, mientras que en el verano de 1919 se produjeron disturbios raciales en Chicago y en otras ciudades del Norte. Wilson, que era de origen sureño, no simpatizaba mucho con las demandas de los estadounidenses negros y no hizo nada por ayudarlos; al mismo tiempo, su administración fomentó la histeria anticomunista de la época efectuando redadas en las delegaciones soviéticas en Nueva York y deportando a los trabajadores de origen ruso[29]. Si durante la guerra el movimiento obrero estadounidense salió beneficiado, una vez firmado el armisticio se produjo una reacción en contra.

Por último, también Francia fue víctima de la inflación y conoció después de la guerra un recrudecimiento de los conflictos colectivos que culminó en una huelga nacional fallida de los ferrocarriles en 1919. Pero los gobiernos que vinieron tras la marcha de Clemenceau a finales de ese año desmantelaron rápidamente los controles de los precios y de la producción, y el movimiento obrero consiguió una reducción de las horas de trabajo, aunque no mucho más. En 1920, la SFIO y la CGT se escindieron en dos alas, una socialista y otra comunista,

obligando a los socialistas a negarse a formar parte del gobierno por miedo a perder a sus partidarios. Así pues, durante la mayor parte de los años veinte predominaron los gobiernos de derechas, mientras que el Cartel des Gauches, o «bloque de izquierdas» de Herriot de 1924 (gobierno radical con apoyo de los socialistas, pero sin su participación) duró poco más que el primer gobierno laborista en Gran Bretaña. Tras su caída, Briand llevó a cabo una política de acercamiento con el respaldo de una coalición de centro-derecha, y también entre 1926 y 1929 con Poincaré de nuevo como primer ministro. En todo el mundo occidental el recrudecimiento del activismo con conciencia de clase que se produjo durante la guerra y la posguerra fue derrotado, suscitando en muchos dudas sobre qué había sido aquello por lo que habían luchado.

Este análisis ha subrayado los límites de los beneficios obtenidos por la clase trabajadora y los movimientos obreros, y debemos hacer el mismo hincapié al estudiar los progresos realizados por las mujeres independientemente de su clase. Bien es verdad que obtuvieron algunos beneficios duraderos. En el transcurso de la guerra, el uso de ropa más práctica y la limitación de ciertas convenciones, como, por ejemplo, la obligación de ir acompañadas de una carabina, incrementó su libertad en la vida cotidiana, y de hecho al final de la contienda la mujer obtuvo el derecho al voto en las elecciones federales en Estados Unidos, una medida que Wilson apoyó por «considerarla vital para ganar la guerra»[30]. Análogamente en Gran Bretaña, la Ley de Reforma Electoral de 1918 extendió el derecho de sufragio a las mujeres de más de treinta años (los autores de la medida no querían que las mujeres constituyeran la mayoría del electorado)[31], pero en Francia, donde la Asamblea Nacional aprobó un proyecto de ley de emancipación de la mujer, el Senado, temeroso de la influencia del clero sobre el voto femenino, lo rechazó, y la reforma tendría que esperar una

generación más[32]. Por otra parte, las mujeres de clase media y las que ejercían profesiones liberales incrementaron de forma permanente su presencia en el mundo laboral. En Gran Bretaña, aumentaron para ellas las oportunidades de empleo como oficinistas después de la guerra[33], y además se beneficiaron de la Ley de (Eliminación) de Impedimentos por Sexo, de 1919, que les abrió la entrada a profesiones tales como la abogacía y la arquitectura, y al propio Parlamento[34]. También en Francia el empleo de la mujer en el ámbito de las finanzas, el comercio y las profesiones liberales experimentó un salto espectacular durante la guerra y continuó aumentando después[35]. Pero, salvo estas excepciones, el aumento del poder económico de las mujeres que caracterizó a los años de la guerra fue transitorio y después de 1918 fueron expulsadas sin miramientos del mercado laboral.

Aunque algunos autores han sostenido que el trabajo en las industrias de guerra supuso una especie de emancipación de la mujer, otros han cuestionado si el hecho de trabajar durante largas horas y cobrando un sueldo desigual en fábricas insalubres (con un trasfondo de colas y escaseces y de separación de los seres queridos) merece realmente esa etiqueta[36]. Pero muchas mujeres, al menos en Gran Bretaña, encontraron gratificante el trabajo en las industrias de guerra y a muchas les habría gustado continuar teniendo empleos parecidos después del armisticio[37]. Sin embargo, se les negó la posibilidad. La Ley de Restitución de Usos de Preguerra, aprobada durante la contienda, obligaba a las mujeres que ejercían trabajos en la industria a dejarlos en cuanto acabara el conflicto. El Partido Laborista y la mayoría de los sindicatos aceptaron la opinión gubernamental de que debía darse prioridad a los hombres que volvieran después de prestar servicio militar (considerados el sostén normal de la familia). Las mujeres fueron despedidas en masa, y en mayo de 1919 constituían tres cuartas partes de los desempleados. Recibieron

un «donativo por despido» de seis meses (inferior al que cobraban los hombres) y se les permitió solicitar formación solo en «oficios femeninos» tradicionales como los relacionados con el sector textil. A partir de 1922, todas las mujeres casadas fueron excluidas automáticamente del subsidio de desempleo, dándose por supuesto que era responsabilidad de sus maridos mantenerlas. Muchas se vieron obligadas a volver al servicio doméstico, del que habían soñado con escapar, o fueron expulsadas por completo del mercado laboral, mientras que la prensa, que tanto las había elogiado durante la guerra, las condenaba ahora y las acusaba de quitar el trabajo a los antiguos soldados. En 1921 el porcentaje de mujeres «con un trabajo remunerado» había descendido a una cifra inferior (el 30,8 por ciento) a la que había en 1911 (32,3 por ciento). Aparte de valores intangibles como la camaradería y la confianza en sí mismas, el trabajo en la industria de guerra reportó a las mujeres muy pocos beneficios duraderos[38]. En Estados Unidos cerca de un millón de mujeres habían entrado en la industria de guerra, a pesar de la feroz hostilidad de los sindicatos; la mayoría eran solteras y provenían de empleos peor pagados, a los que se vieron obligadas a volver. En 1920 las mujeres constituían un porcentaje de la mano de obra ligeramente menor que el que suponían en 1910[39]. Francia se diferenciaba en que antes de la guerra había ya una proporción más alta que en Gran Bretaña de mujeres (especialmente, mujeres casadas) que tenían un empleo, pero allí también las consecuencias duraderas del conflicto fueron pocas. En la metalurgia, el 5,5 por ciento de la mano de obra existente en 1911 estaba formada por mujeres, y en 1918 era un 25 por ciento, pero en 1921 era solo el 9,5 por ciento, nivel en el que se mantuvo durante el resto de los años de entreguerras. La finalidad de los subsidios familiares y la nueva legislación contra los anticonceptivos y el aborto era fomentar la vuelta a la vida doméstica y elevar de nuevo la tasa

de natalidad del país, en claro descenso, objetivo que en aquellos momentos era más urgente que nunca[40]. Aunque las mujeres de clase media tenían más oportunidades de permanecer en el mundo laboral, el contraste general entre su destino y el de las mujeres y los hombres de clase obrera representaba la restauración a todos los niveles de las jerarquías tradicionales existentes antes de la guerra.

A finales de la década de 1920 daba la sensación de que la guerra iba perdiendo su poder no solo como fuente de conflicto internacional, sino también como motivo de desafío al orden social. Además, el establecimiento de un culto generalizado a la conmemoración de la contienda logró actuar como fuerza conservadora, patriótica e integradora, y los gobiernos lo fomentaron deliberadamente con esa intención. El fenómeno del «recuerdo» fue una de las innovaciones más sorprendentes de la década, y comportaba una carga emocional especial debido al resultado humano del conflicto.

Las muertes de los civiles son más difíciles de calcular que las de los militares, pero los fallecidos por enfermedades relacionadas con la guerra y por hambre o a causa de los bombardeos y de la invasión quizá llegaran al medio millón en Alemania e incluso a cifras más altas en el Imperio austrohúngaro e Italia, mientras que las peores pérdidas en proporción al total de la población fueron las de Serbia y Montenegro. Si incluimos los niños que se calcula que no llegaron a ser concebidos nunca porque sus padres fueron movilizados (posiblemente, 3,6 millones en el Imperio austrohúngaro, más de 3 millones en Alemania, 1,5 en Francia y otros tantos en Italia, y más de 700 000 en Gran Bretaña), y las vidas que se perdieron en la guerra civil rusa y como consecuencia de la epidemia de gripe, el déficit total de población que sufrió Europa entre 1914 y 1921 quizá superara los 60 millones[42]. El precedente más próximo en la historia

europea eran los 3,1 millones de muertes que se produjeron en las guerras napoleónicas (al menos, la mitad de las víctimas fueron franceses), pero estas fueron causadas a lo largo de más de quince años de campañas intermitentes. Listas de bajas más recientes, como los 190 000 muertos de la guerra franco-prusiana, constituyen un indicio de las pérdidas que era capaz de causar la potencia de fuego de la época, pero las sociedades occidentales no habían luchado unas con otras con ejércitos multitudinarios y armamento moderno durante más de un año en ningún conflicto anterior, salvo en la guerra de Secesión norteamericana. Dada la concentración de muertos entre los jóvenes de entre veinte y treinta años, en 1918 serían muy pocas las familias de los países beligerantes de Europa que no se vieran afectadas. Solo en Gran Bretaña, cerca de 3 millones de personas perdieron a algún pariente cercano[43]. La Europa de posguerra quedó ensombrecida por lo que Stephen Graham llamó «el reto de los muertos».

TABLA 5

Muertos en la guerra[41]

Reino Unido	723.000
Imperio británico (sin el RU)	198.000
Francia	1.398.000
Rusia	1.811.000
Italia	578.000
EE.UU.	114.000
Otros Aliados	599.000
Total Aliados y EE.UU.	5.421.000
Alemania	2.037.000
Imperio austrohúngaro	1.100.000
Bulgaria y Turquía	892.000
Total Potencias Centrales	4.029.000
Total Absoluto	9.450.000

El primer capítulo de ese reto consistía en recuperar los cadáveres, identificarlos y enterrarlos. Desde las campañas iniciales, la gente de la época tuvo muy claro que aquella guerra era la más grande de la historia y pensó que había que mantener vivo su recuerdo, no solo para honrar a los caídos, sino también para impedir que se convirtieran en objeto de la indiferencia de las generaciones futuras, que quizá no comprendieran nunca lo que habían tenido que soportar las suyas. Los nombres de los muertos debían ser conservados[44], y ya en plena contienda los beligerantes decidieron conmemorarlos. La elegía de Lawrence Binyon «A los caídos», cuyo estribillo «Los recordaremos» se convirtió en elemento fijo de los rituales del día del Armisticio en Gran Bretaña, fue escrita en septiembre de 1914. Los países beligerantes de la Europa occidental enseguida dispusieron que todos los soldados muertos, independientemente del rango, fueran enterrados en cementerios especiales. Durante la guerra de Secesión, la legislación norteamericana había creado un precedente en este sentido, pero en Europa prácticamente no había ninguno, pues allí los caídos durante las guerras napoleónicas habían sido sepultados de cualquier manera en fosas comunes (y sus restos fueron reutilizados incluso como fertilizante para la agricultura). Sin embargo, a lo largo del siglo XIX habían tenido lugar unos tremendos cambios románticos y humanitarios que habían matizado la actitud de las sociedades occidentales hacia la muerte, y los ejércitos democráticos de ciudadanos, ya fueran voluntarios o reclutados a la fuerza, evocaban unos sentimientos muy distintos de los que suscitaban las fuerzas mercenarias de conflictos anteriores.

Los franceses aprobaron en 1914 una serie de leyes sobre la creación de cementerios militares; a finales de 1915 reunieron a sus caídos para volverlos a enterrar[45], y el Ministerio de la Guerra publicó unas normas acerca del mantenimiento permanente de las tumbas. En 1916-1917 surgieron algunas

propuestas para crear un mausoleo nacional en Verdún[46]. Otros países siguieron su ejemplo. En Gran Bretaña, un personaje singular, Fabian Ware, emprendió la tarea de registrar los nombres de los caídos; la posterior Comisión de Registro de Tumbas fue rebautizada en 1917 como Comisión Imperial de Tumbas de Guerra (IWGC, por sus siglas en inglés). Un año antes habían aparecido ya en el East End de Londres pequeños altares callejeros con listas de las muertes que se habían producido en cada barrio[47]; la Civic Arts Association celebró un congreso sobre diseño de monumentos, del que se informó ampliamente, y la Royal Academy of Arts creó para ese fin un comité de arquitectos y escultores. Antes de que acabara la guerra, la IWGC ya había nombrado a los hombres —*sir* Edwin Lutyens, *sir* Herbert Baker y *sir* Reginald Blomfield— encargados de diseñar los principales monumentos en Francia y Bélgica, y había establecido las características de los cementerios del Imperio británico. Una serie uniforme de lápidas marcarían las tumbas, sin distinción de rango. Las familias tenían la facultad de añadir sus propias inscripciones, pero no podían construir monumentos privados. Cada cementerio debía incluir una lápida del recuerdo, diseñada por Lutyens, con una inscripción bíblica, «Su nombre vive para siempre», escogida por Rudyard Kipling, y un signo explícitamente cristiano, la «Cruz del Sacrificio». Su diseño representaba un compromiso entre la imaginería religiosa convencional y otros elementos más abstractos[48].

Una vez que callaron los cañones, la primera tarea que se imponía en los campos de batalla era retirar los restos del combate, hacer estallar las minas y las bombas, limpiar el terreno y reconstruir pueblos y ciudades. En el Frente Occidental todas esas tareas se completaron en su mayor parte en el plazo de cinco años, pero monumentos como la catedral o la lonja de los Paños de Ypres fueron reconstruidos más

primorosamente y las obras no finalizaron hasta 1930-1934. En cuanto a los cadáveres, muchos de los cuales habían sido enterrados en fosas comunes o en tumbas sin marcar, decenas de miles fueron condenados a permanecer en el anonimato. El gobierno estadounidense trasladó a su país todos los cuerpos que pudieron ser identificados si su familia expresaba el deseo de recuperarlos; al final serían más o menos la mitad del total[49]. Los 30 000 restantes fueron reunidos en ocho cementerios militares (el más grande de ellos en las laderas del Mosa-Argonne, en Romagne), que alcanzaron unos niveles muy altos de diseño y mantenimiento para que otros países los emularan. El gobierno británico enterró a los muertos cerca del lugar donde cayeron, en parte por causa de los costes, pero también por motivos de equidad entre los que habían sido identificados y los que no. Esta decisión hizo que la visita del lugar donde reposaban los seres queridos resultara bastante difícil para la mayoría de los británicos, y prohibitivo para las familias de los soldados de los Dominios. Por último, las autoridades francesas decretaron también al principio que los cadáveres de los caídos permanecieran en el lugar donde habían fallecido o en sus inmediaciones, pero como muchos fueron exhumados a título particular por sus familias, al final cedieron. Los restos de unos 300 000 de los 700 000 franceses muertos que fueron identificados acabaron por regresar a sus lugares de origen[50].

Aunque la búsqueda oficial de los cuerpos de los caídos de la BEF concluyó en 1921, en 1939 se habían recuperado otros 38 000 cadáveres. A comienzos de la década de 1930, la IWGC había terminado las obras de unos 918 cementerios en el Frente Occidental, con 580 000 tumbas de soldados británicos identificados con nombre y otras 180 000 sin identificar; se construyeron otros cementerios en Italia y en los Balcanes, en Gallípoli y en Irak y Palestina. La labor de la institución llegó a su punto culminante con la inauguración de dos grandes arcos

con las listas de los desaparecidos: la Puerta de Menin, en Ypres, obra de Blomfield, con 54 896 nombres, concluida en 1927 (otras 34 888 inscripciones de nombres fueron colocadas en las paredes del cementerio de Tyne Cot, en Passchendaele); y el Arco de Thiepval, de Lutyens, concluido en 1932, con los nombres de 75 357 soldados caídos en la batalla del Somme y ninguna tumba conocida. Ambos arquitectos utilizaron versiones modificadas de formas tradicionales: el arco de triunfo y la puerta de la victoria databan de la época clásica y habían reaparecido en Europa a comienzos de la Edad Moderna, aunque las nuevas estructuras honraban el sacrificio de hombres sencillos y no los triunfos de generales y emperadores, una innovación que en Gran Bretaña, por ejemplo, databa solo de la guerra de Sudáfrica[51]. Los arquitectos de los Dominios que erigieron sus propios monumentos (contra el parecer del gobierno imperial) fueron más osados, particularmente en el caso del Canadian National War Memorial en la colina de Vimy, que con sus dos columnas en forma de obelisco y sus figuras simbólicas fue inaugurado en 1936[52]. En Francia el esfuerzo por construir cementerios militares fue incluso mayor y en gran parte de los casos fue una empresa estatal, aunque sus ejemplos más espectaculares —cuatro osarios con categoría de monumento nacional en Douaumont (Verdún), Dormans, Notre-Dame-de-Lorette y Hartmannsweilerkopf— fueron construidos como consecuencia de iniciativas privadas en las que participó activamente la Iglesia[53]. Por este motivo, todos ellos son capillas, además de depósitos de miles de huesos anónimos. El osario de Douaumont, inaugurado en 1932, es por su tamaño y por sus asociaciones el más significativo, y se calcula que contiene los cuerpos de 32 000 franceses caídos. Mientras que el de Notre-Dame-de-Lorette adoptó la forma abiertamente católica de una basílica románica, el de Douaumont es un edificio más moderno, por no decir fríamente industrial,

levantado sobre una base semejante al muro de una fortaleza, y rematado por un gigantesco pedestal sobre el cual va tallada una cruz[54].

Los monumentos erigidos en el campo de batalla representaban solo un capítulo del esfuerzo constructivo. Los monumentos levantados en cada país dejaron una peculiar impronta arquitectónica en todo el mundo occidental. En las islas Británicas se construyeron unos 54 000, en Francia 38 000 y al menos 1500 en Australia, uno por cada cuarenta soldados muertos y por cada 3000 ciudadanos[55]. En Nueva Zelanda hay más de 500[56]. La mayoría fueron levantados a comienzos de la década de 1920, pero algunos se construyeron incluso en la siguiente década. En Francia el gobierno concedió un pequeño subsidio, si bien no tenía ninguna obligación de construirlos y la iniciativa surgió, como en el Imperio británico, de las comunidades locales. Por ese motivo fue posible una mayor variedad que en los cementerios oficiales, y los monumentos nos hablan mucho más de la respuesta que dieron las ciudades y pueblos más corrientes ante aquel duelo masivo. Lo que en los países anglosajones se denominan normalmente memoriales de guerra en Francia se llaman «monumentos a los muertos» (*monuments aux morts*). Su función primordial en Francia y en Gran Bretaña era mostrar la lista de los muertos; en Australia, que había rechazado el servicio militar obligatorio, tenían la finalidad potencialmente más disgregadora de recordar a todos los voluntarios, tanto a los muertos como a los que regresaron vivos. Los monumentos franceses hablan de los «muertos por Francia», mientras que los memoriales británicos son mayoritariamente menos patrióticos. Los monumentos franceses rara vez son explícitamente religiosos, y por lo general adoptaban la forma de obeliscos, urnas funerarias o estatuas de soldados de infantería[57]. En Gran Bretaña los soldados raras veces aparecen representados, las cruces celtas rivalizan con las

columnas y los obeliscos, y los temas cristianos relacionados con la redención son los más habituales en la imaginería y en las inscripciones[58]. En Estados Unidos los monumentos de este tipo son menos numerosos y la mayoría de las veces adoptan formas utilitarias, como bibliotecas o salas de convenciones. En general, los monumentos locales son conservadores en sus planteamientos, evitan deliberadamente el modernismo artístico y se basan en la imaginería bien conocida y evocadora de la tradición clásica, bíblica o romántica para expresar el dolor de sus comunidades y dar cierto sentido a su sacrificio.

El diseño de los monumentos nacionales de guerra estaba al servicio del Estado más que al de la familia o al de los objetivos de la comunidad, y tenía por tanto más posibilidades de ser puesto en entredicho. De ese modo, aunque en 1938 se erigió un memorial nacional de los irlandeses, fue colocado bastante a las afueras de Dublín para no darle demasiado realce político[59]. En Inglaterra los planes para la construcción de un nuevo bulevar y de un palacio del recuerdo en Londres acabaron en nada, aunque en 1917 se creó el Imperial War Museum (IWM) con fondos oficiales[60]. La pieza principal del Memorial de la Guerra de Canberra era también un museo, que no fue concluido hasta 1941[61]. En el bosque de Delville, a orillas del Somme, se construyó un memorial sudafricano, utilizando la imagen de Cástor y Pólux dándose la mano para simbolizar la colaboración de los sudafricanos blancos de origen bóer y británico[*]. Los nombres de los 64 449 indios muertos fueron grabados en una inscripción colocada en la Puerta de la India, en Nueva Delhi, y se construyó otro monumento en su honor, en un estilo peculiar, en el campo de batalla de Neuve Chapelle, escenario de la acción que más cara les costó de las que llevaron a cabo en el Frente Occidental. Sin embargo, las creaciones más características de la época (y también otra innovación) fueron los monumentos al soldado desconocido. Un precursor hasta

cierto punto de este modelo fue en Gran Bretaña el cenotafio, literalmente «tumba vacía», que Lutyens diseñó como decorado temporal para el desfile de la victoria en Whitehall, celebrado para festejar el tratado de paz. Se hizo tan popular que el 11 de noviembre de 1920 se inauguró uno permanente cuando fue enterrado en la abadía de Westminster el guerrero desconocido (como se denomina exactamente en Gran Bretaña). La idea de este tipo de tumba se originó, al parecer, en Francia y en Gran Bretaña por separado. Tenía un significado muy especial después de un conflicto que sencillamente había borrado del mapa sin dejar rastro a cantidades ingentes de combatientes. En París ese mismo día fue enterrado un soldado debajo del Arco de Triunfo, en medio de un ritual sumamente elaborado —por no decir macabro—, y también fueron enterrados otros en Bruselas y en Estados Unidos[62]. Después de gastar unos recursos hasta entonces nunca vistos en la guerra, la nueva civilización industrial hizo lo mismo para conmemorarla, creando una arquitectura monumental sin parangón desde los tiempos del antiguo Egipto. Pero los monumentos no eran simples representaciones estáticas: pasaron a ser puntos centrales para la celebración de actos públicos de duelo, y también en este terreno se introdujeron modelos de ritual que se han convertido en solemnidades conocidas en todo el mundo.

En Gran Bretaña el punto de partida fue el momento de silencio. En Ciudad del Cabo se habían observado a diario dos minutos de silencio durante la guerra, y el antiguo Alto Comisionado de Sudáfrica presentó la idea al gabinete de Lloyd George con la finalidad, decía en su carta, no de llorar, sino de saludar a los caídos y de ofrecer un recordatorio a las generaciones venideras. Anunciado con cohetes, salvas de cañón y repique de campanas, el impacto de la pausa de dos minutos en medio de una jornada de trabajo a las once de la mañana del 11 de noviembre de 1919 fue inesperadamente arrollador, y

enseguida empezaron a llegar peticiones de que se convirtiera en una celebración anual. Los comercios dejaron de atender al público, los hombres se quitaron el sombrero e hicieron una inclinación de cabeza en las plazas, las fábricas de algodón de Lancashire y la Bolsa de Londres suspendieron las actividades y los trenes se detuvieron en medio de la vía. En noviembre de 1920, el momento de Silencio (escrito habitualmente con mayúscula) acompañó la dedicatoria del cenotafio y el entierro del guerrero desconocido. Al cabo de una semana, más de un millón de visitantes habían rendido homenaje a su tumba, y varios días después seguía habiendo una cola de más de diez kilómetros de gente que esperaba para depositar flores en ella. Durante los años sucesivos, los memoriales de la guerra (a menudo inaugurados el 11 de noviembre) se convirtieron en escenario de rituales locales que pretendían reproducir los actos celebrados en la capital. El Domingo del Recuerdo, el domingo más próximo al día del Armisticio, la principal confesión religiosa británica celebraba servicios especiales, que comportaban normalmente una procesión al monumento con presencia destacada de los veteranos de guerra. La venta de amapolas a favor de la Fundación Haig para mutilados de guerra comenzó en 1921 y encontró también una respuesta masiva inesperada: lucir una amapola en el ojal se convirtió en algo casi general. La introducción del Festival del Recuerdo de la Legión Británica, celebrado en el Royal Albert Hall en 1927, cuyos actos centrales eran el cántico a coro de canciones de los tiempos de la guerra y el lanzamiento de un millón de amapolas desde el techo en recuerdo del «millón de muertos», como se les denominaría normalmente, completaría en la práctica el complejo de los actos recordatorios. A finales de la década de 1920 empezarían las «peregrinaciones» a los campos de batalla, organizados por la St. Barnabas Society y la Legión Británica, y desde entonces suena «The Last Post» (el toque de retreta usado

en los funerales militares en la Commonwealth) cada anochecer en la Puerta de Menin. Durante los años treinta, el oficio del cenotafio celebrado el día del Armisticio era retransmitido por la radio a todo el país y el Festival del Recuerdo podía escucharse en todos los territorios del imperio. Sin embargo, en Australia el día del ANZAC, el aniversario de los desembarcos de Gallípoli del 25 de abril de 1915, se convirtió ya durante la guerra en una celebración mayor incluso que el día del Recuerdo del mes de noviembre, y entre los protestantes de Irlanda del Norte la fecha del 1 de julio —cuando la División del Ulster atacó en el Somme y perdió una tercera parte de sus efectivos el día del aniversario de la batalla del Boyne de 1690— llegaría a tener un significado excepcional[63].

La analogía más parecida a la introducción de estas novedades en el Imperio británico se produjo en Francia. Allí, las ceremonias de noviembre no serían como en Gran Bretaña festividades estatales, sino que fueron organizadas por las asociaciones de veteranos, que en 1922 impulsaron una ley para convertir el 11 de noviembre en fiesta nacional. El osario de Douaumont serviría como escenario alternativo a la capital; a partir de 1927 se convocaría en él una vigilia anual y se depositarían flores para conmemorar el comienzo de la batalla de Verdún en febrero de 1916, y habría también una celebración de la victoria en el aniversario del último ataque alemán en junio. Aunque el clero participara en los actos y el día del Armisticio (celebrado muy cerca de la festividad de Todos los Santos y de la conmemoración de los difuntos) debiera mucho a la liturgia católica, los veteranos y sus estandartes serían el elemento más destacado de los actos[64]. Pero, como en Gran Bretaña, el momento de silencio constituía el punto culminante de los mismos.

Con el paso del tiempo resulta cada vez más difícil captar lo que significaban esas ceremonias. Los dos minutos de silencio

(uno en Francia), los entierros del soldado desconocido, la construcción de cementerios: todo ello fue consecuencia de decisiones oficiales, cuyas intenciones pueden reconstruirse por las actas de los consejos de ministros y los debates parlamentarios. Quizá entendemos menos lo que los rituales del día del Armisticio, del ANZAC o de Verdún pudieran significar íntimamente para los cientos de miles de individuos que participaron en ellos. En Gran Bretaña la prensa y el clero criticaron mucho los «bailes de la victoria», en los que cada mes de noviembre los veteranos celebraban su supervivencia, y los tacharon de improcedentes, hasta que finalmente dejaron de convocarse. Los discursos y los sermones adoptaron tonos de gravedad, por no decir de imprecación: los familiares de las víctimas debían sentir orgullo, el sacrificio de los suyos no había sido en vano, los muertos habían caído por una causa noble y justa y para establecer una paz duradera, y el destino de Gran Bretaña era ponerse al servicio de la humanidad[65]. El tono era patriótico, pero no patriotero. Del mismo modo, las ceremonias del 11 de noviembre en Francia incluían banderas, clarines, y la interpretación de la *Marsellesa*, pero tenían menos carácter de celebración de lo que habría deseado el gobierno. Además, las asociaciones de veteranos rechazaron las connotaciones religiosas que pudiera tener el hecho de que la solemnidad se celebrara el domingo más cercano al aniversario, y para evitar los tintes de militarismo se negaron a desfilar al paso[66]. El núcleo de la ceremonia consistía en leer en voz alta los nombres de los caídos y en depositar coronas de flores; las homilías que la acompañaban no hablaban ni de venganza por 1870 ni de Alsacia-Lorena, sino que hacían hincapié en que Francia había combatido por la ley y la libertad y en que había repelido una agresión. El esfuerzo no había sido inútil, pero solo se mencionaba la victoria en relación con el horror y los costes que había acarreado[67].

Del mismo modo que la guerra había sido un aprendizaje de lo que era un conflicto moderno, también después de ella los países occidentales desarrollaron nuevas modalidades de duelo, aunque basados en buena parte en motivos civiles y religiosos ya arraigados. El guerrero desconocido británico fue enterrado con una espada de cruzado para indicar la caballerosidad de su causa. En unas sociedades descristianizadas solo en parte, esos símbolos tenían un potencial evocador y tranquilizador del que carecían las alternativas abstractas más modernas[68]. Sin embargo, los encargados de organizar los rituales del día del Armisticio querían también transmitir un mensaje para el presente: el gobierno británico esperaba distraer la atención de los conflictos sociales de posguerra, y en Francia los discursos de los veteranos hablaban de la necesidad de unidad nacional. Los rituales de conmemoración quizá resultaran útiles, en efecto, en ese sentido, pero solo porque Gran Bretaña y Francia eran sociedades relativamente homogéneas con identidades nacionales indiscutibles. En Australia las conmemoraciones del día del ANZAC ensalzaban inevitablemente a los que se habían presentado voluntarios frente a los que no lo habían hecho, y por extensión a la población protestante y anglosajona frente a la de origen católico e irlandés[69]. Puede que las conmemoraciones de la guerra no sirvieran para consolidar, sino que en realidad fueran subversivas.

Las sociedades heridas de los años inmediatamente posteriores a 1918 no tenían solo que enterrar a sus muertos, sino también ocuparse de los vivos, de los veteranos, tanto válidos como inválidos, de las viudas y de los huérfanos. La Francia metropolitana había movilizado 7.983 000 hombres, de los cuales sobrevivieron 6.492.000. En 1930, de cada cien hombres mayores de veinte años, cuarenta y cinco eran veteranos. Durante los años treinta, el gobierno pagó casi 1,1 millones de pensiones a las personas que habían sufrido heridas o

enfermedades durante la guerra[70]. En Gran Bretaña cerca de medio millón de hombres quedaron gravemente discapacitados, de los cuales más de 240 000 eran grandes mutilados, 60 000 sufrían fatiga de combate (el llamado *shell-shock*) y 10 000 habían quedado ciegos[71]. Se trataba de una obligación de larga duración: justo antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial, 222 000 oficiales y más de 419 000 militares de rango inferior seguían cobrando pensiones de invalidez[72]. En 1942 más de la mitad de los 68 000 que recibían cuidados en los hospitales de veteranos de Estados Unidos eran bajas psiquiátricas de la Primera Guerra Mundial[73]. La reintegración de los hombres válidos constituía potencialmente un problema tan grande como el cuidado de las familias afligidas por alguna pérdida y los mutilados. Durante la guerra aumentó la preocupación por los millones de hombres que habían pasado años lejos de sus familias y de sus puestos de trabajo, y que habían sido armados y entrenados para matar. Podía ser que en vez de readaptarse llenos de agradecimiento a la prolongada pequeñez de la vida pacífica prefirieran seguir en sus márgenes, lanzándose a la violencia y al extremismo[74]. A la hora de la verdad, lo más probable era que la inmensa mayoría de los soldados que regresaban quisieran precisamente volver a la rutina de la vida civil[75], pero una minoría significativa no supo readaptarse. Los gobiernos de posguerra se arriesgaban a la bancarrota si se mostraban demasiado generosos con los supervivientes, y a los disturbios civiles si eran demasiado cicateros. Todos los países se enfrentaron a un reto durante la desmovilización, aunque el problema a largo plazo que suponía la lealtad de los veteranos al *statu quo* llegó a su punto culminante en los años treinta. Hay una diferencia básica entre Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, que resolvieron con relativo éxito el problema, e Italia y Alemania, que no lo hicieron.

Por consiguiente, otros dos legados de la guerra fueron el nuevo aparato de prestaciones sociales creado en los antiguos países beligerantes y la red de asociaciones de veteranos. Gran Bretaña había dejado tradicionalmente el cuidado de sus excombatientes en manos de instituciones benéficas privadas, y tuvo por tanto que hacer un ajuste mayor que los países del continente. Sin embargo, los subsidios de separación concedidos durante la guerra sentaron un precedente para la concesión de pensiones de viudedad y de orfandad, creándose en 1916-1917 un Ministerio de Pensiones (que era en esencia un Ministerio de Pensiones de Guerra)[76]. En 1915, momento en el que el número de inválidos probablemente todavía fuera pequeño, se aprobaron diversas medidas que preveían su reciclaje, y el gobierno anunció que todos los soldados que volvieran del frente recibirían un seguro de desempleo gratuito durante doce meses[77]. La renuencia del Tesoro a firmar un cheque en blanco puso límites a estas disposiciones, y el descontento fue lo bastante fuerte para crear un movimiento de veteranos que por un momento amenazó con adoptar una postura indignada y furiosa. Mientras la guerra siguió adelante, los soldados licenciados pudieron encontrar trabajos no cualificados, pero exigieron que se les diera una preparación; por otra parte, las pensiones quedaron muy por debajo de los niveles de inflación. En 1916 se creó la Blackburn Association (llamada luego National Association of Discharged Soldiers and Sailors, NADSS) como protesta contra la forma en que eran tratados muchos de ellos; además, las disposiciones de 1917 que pretendían que los soldados heridos y dados de baja pudieran ser llamados otra vez a filas causaron una gran irritación y dieron lugar a la aparición de la National Federation of Discharged and Demobilized Soldiers and Sailors, NFDDSS. Como ambas entidades eran políticamente de izquierdas, lord Derby (el autor del Plan Derby) creó una organización rival más complaciente,

los Comrades of the Great War, CGW. En 1919 la NADSS tenía unos 50 000 miembros, la NFDDSS quizá 100 000 y los CGW más que cualquiera de las dos[78].

A pesar del éxito de Derby, 1919 fue un año de grandes disturbios, en un momento de grave conflictividad laboral y de protestas en la policía y entre las tropas en activo, de modo que los grupos de veteranos fueron puestos bajo la vigilancia del Special Branch, o unidad especial de seguridad nacional. Apareció una nueva organización, la Soldiers', Sailors', and Seamen's Union, que intentó atraer a las tropas que estaban todavía en activo; una manifestación de la NFDDSS en Hyde Park acabó en graves enfrentamientos con la policía; los veteranos se amotinaron en Luton e incendiaron el ayuntamiento de la ciudad. Los monumentos de guerra consumieron unos recursos que acaso habrían podido ayudar a los supervivientes, como señalaron las protestas organizadas en noviembre de 1920. Durante el auge de 1919-1920, el desempleo no supuso un gran problema, pero los representantes de los soldados exigieron una subida de las pensiones de invalidez, la tramitación más atenta de las solicitudes, mejores servicios de rehabilitación y preparación y «justicia, no caridad». Las autoridades sobornaron hasta cierto punto al movimiento accediendo a sus quejas más urgentes. Las reformas de finales de 1919 establecieron el derecho a recibir una preparación a cargo del Estado y la posición preferente de los excombatientes en los cambios de empleo. La Ley de Pensiones de Guerra aseguraba asimismo que las pensiones ya no eran una munificencia real, sino un derecho estatutario, y preveía que se pudiera recurrir su concesión, y que se subieran las percepciones[79]. En 1919-1921, el gobierno utilizó a los veteranos como tropas auxiliares y como Black and Tans (fuerza de reserva de la Real Policía Irlandesa) contra la campaña de guerrilla republicana desatada en Irlanda[80], donde algunos de ellos se ganaron muy mala

reputación, pero las asociaciones de excombatientes no lograron erigirse en una fuerza política independiente. Presentaron veintinueve candidatos a las elecciones de diciembre de 1918, si bien solo salió elegido uno. Además, aunque los recortes afectaron al reciclaje y los veteranos fueron uno de los grupos más afectados cuando se produjo el desempleo masivo a partir de 1920, sus organizaciones se pasaron al centro, y en 1921 la NFDDSS, la NADSS y los CGW se unieron a la Asociación de Oficiales para formar la Legión Británica. En adelante, esta sería la organización de veteranos más destacada; de talante marcadamente moderado, el primer presidente que eligió fue Haig (aunque hubo algunos disidentes) y el segundo, Jellicoe. Luchó tenazmente y con un éxito considerable por el derecho al empleo y al cobro de pensiones de los veteranos. Además, integró a estos en las ceremonias del recuerdo, a través de la cuestación de las amapolas, el Festival del Recuerdo y las peregrinaciones a los campos de batalla. Si en algún momento hubiera habido la posibilidad de que la extrema izquierda o la extrema derecha utilizaran a los exsoldados para imponer un cambio político radical, la ocasión ya había pasado.

Los movimientos de veteranos franceses siguieron una trayectoria similar: aparecieron también durante la guerra y al principio estuvieron fragmentados y polarizados. A comienzos de la década de 1930 era el más grande de los movimientos de este tipo, pues contaba con unos tres millones de afiliados, esto es, casi la mitad de los combatientes del país que habían sobrevivido[81]. En 1915-1917 surgió una primera oleada de organizaciones dispuestas a defender los derechos que tenían los soldados dados de baja con alguna discapacidad a pensiones y oportunidades de trabajo. Por esa época apareció la Union Fédérale (UF), que se convirtió en la asociación más numerosa. Tras la firma del armisticio surgió una segunda oleada, y tanto en Francia como en Gran Bretaña el año 1919 marcó el punto

culminante del descontento popular. Muchos soldados se vieron obligados a seguir en armas durante meses hasta que Alemania firmó el tratado de paz. A menudo eran desmovilizados en circunstancias humillantes, eran trasladados de vuelta a casa en trenes de mercancías y cuando llegaban a su destino se encontraban con que el ejército había perdido las pertenencias que habían entregado en 1914 y que todo lo que recibían para reintegrarse a la vida civil era un traje barato. Se suponía que les habían guardado los empleos que habían ocupado, pero debían volver a solicitarlos en el brevísimo plazo de quince días o se arriesgaban a quedarse en el paro. Sin embargo, como en Gran Bretaña, el gobierno respondió a las manifestaciones de los veteranos haciendo concesiones, eximiendo a los soldados pobres de las responsabilidades fiscales atrasadas y proporcionándoles dinero en efectivo y subsidios mensuales. Además, se creó la Union Nationale des Combattants (UNC), homóloga más o menos de los CGW: contó con el apoyo de Clemenceau, del ejército y de la Iglesia, y fue subvencionada por los empresarios, con los que colaboró para acabar con la huelga de los ferrocarriles de 1919. Enseguida creció hasta rivalizar con la UF, mientras que las organizaciones más revolucionarias o pacifistas fracasaron y nunca consiguieron atraer a muchos militantes. A pesar de sus distintos orígenes, la UF y la UNC colaboraron haciendo campaña a favor del aumento de las pensiones en las elecciones de 1924 (y consiguieron su propósito), y a partir de 1927 las dos se afiliaron a una confederación, la Conférence Internationale des Associations des Mutilés de Guerre et Anciens Combattants (CIAMAC). En adelante, presidida por líderes de centro-izquierda y de centro-derecha, se establecería como defensora patriótica (aunque no nacionalista ni fascista) de la Tercera República, siempre y cuando siguiera honrándose a los muertos y se satisficieran adecuadamente las necesidades materiales de los

supervivientes[82].

La evolución seguida en Estados Unidos fue comparable, aunque la Legión Americana fuera más numerosa y más ruidosa que la británica. Fundada en 1919 con los auspicios del Alto Mando, en 1931 contaba con 1.153 000 miembros (el equivalente, más o menos, de uno de cada cuatro soldados movilizados). En 1927, 25 000 legionarios y sus familias se embarcaron en quince transatlánticos para hacer una «sacra peregrinación» a Francia. Además de ser una organización social, de ayuda mutua y conmemorativa, con un elaborado culto a la bandera, constituía un grupo de presión formidable. En 1924 el Congreso aprobó (pese al veto del presidente Coolidge) un proyecto de ley de «bonificación» para indemnizar a los veteranos por la diferencia entre su paga como soldados y lo que habrían ganado como trabajadores civiles durante la guerra; en 1932 el gasto que comportaban los veteranos estadounidenses era superior al que representaban para Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas. Además, la Legión adoptó una postura abiertamente politizada. Su ideología era el «americanismo», tema sobre el cual publicó un manual. Hizo una campaña contra la inmigración e identificó varios tipos de influencias antiamericanas: fundamentalmente, el bolchevismo, pero también el radicalismo, el socialismo y el pacifismo. Estaba empeñada particularmente en defender a los jóvenes de esas influencias, creando un numeroso grupo juvenil y controlando a los profesores. Fundada durante el «temor rojo» de 1919, siguió marcada por las circunstancias existentes cuando nació[83]. A grandes rasgos, en las tres grandes democracias atlánticas, las principales organizaciones de veteranos apoyaron en cualquier caso el *statu quo* político y no a los movimientos revolucionarios de derechas o de izquierdas.

Hasta este momento el planteamiento de este capítulo ha sido que la estabilización de la política internacional a finales de la

década de 1920 corrió en paralelo con la estabilización interna en los antiguos países beligerantes. La guerra había fomentado el socialismo radical y el nacionalismo radical, pero a mediados de la década de 1920 los conservadores moderados estaban en el gobierno en Gran Bretaña, en Francia y en Estados Unidos, y los desafíos a las jerarquías tradicionales de clase y de género habían sido derrotados, mientras que las grandes inversiones en arquitectura conmemorativa y en sistemas de bienestar social contribuían a convencer a la sociedad de que la guerra se había hecho con un fin digno, que sus sacrificios serían solemnizados y que los supervivientes recibirían los cuidados necesarios. Sin embargo, si bien ese era un modelo de la forma en que los países beligerantes podían enfrentarse a las consecuencias de la guerra, distaba mucho de ser el único, y las grandes potencias que participaron en el conflicto desplegaron una gran variedad de respuestas distintas. En Japón, por ejemplo, también se dio en la posguerra un paso hacia la izquierda, y en 1919 gobernó el primer gabinete japonés formado fundamentalmente por políticos de partido, y no por nombres que no habían salido de las urnas. Hubo una década de gobierno parlamentario hasta el regreso de la administración militar y burocrática en 1932. Pero la guerra, en la que Japón sufrió menos de 2000 muertos (conmemorados en el punto focal del nacionalismo, el santuario Yasukuni, en Tokio), tuvo un impacto mucho más periférico que en Europa, y el 11 de noviembre no llegó a declararse nunca fiesta nacional[84]. En la Rusia soviética, en cambio, donde la guerra contra las Potencias Centrales, pese a haber sido devastadora, quedó eclipsada por la experiencia mucho más terrible de la guerra civil y fue anatematizada por los bolcheviques, no se erigió ningún monumento nacional, las organizaciones de veteranos fueron declaradas fuera de la ley y los ciudadanos tuvieron que asumir su experiencia de manera aislada y fragmentaria, sin un marco público de

conmemoraciones[85]. Pero al otro lado de la frontera, en Letonia, que había pertenecido al antiguo imperio zarista y había sido escenario de duros combates en 1916, se estableció la serie de monumentos y museos de rigor.

Casi todo el resto de la Europa continental vivió el mismo modelo de recrudecimiento de la ofensiva radical en 1919-1920, contraofensiva derechista en 1921-1923, y luego estabilización, si bien sobre unas bases políticas muy variadas, a mediados de la década de 1920. Hasta cierto punto, la guerra sincronizó el ciclo político desde California hasta Baviera y Lombardía, aunque después volvieran a salir a la superficie las diferencias. Introdujo también un nuevo factor, la Revolución bolchevique, y los continuos esfuerzos de Lenin por propagarla, simbolizados por la fundación en 1919 de la Tercera Internacional (o Komintern) para los partidos comunistas recientemente formados, mientras que los socialistas permanecieron fieles a la Segunda Internacional. En Gran Bretaña y en Estados Unidos, la militancia del Partido Comunista fue pequeñísima, mientras que en Alemania y en Italia (y también en Francia) la competencia con los socialistas fue más reñida. En definitiva, la difusión del comunismo fuera de Rusia debilitó al resto de la izquierda, primero porque reforzó a la derecha reaccionaria y la propensión de los gobiernos a tolerar los procedimientos extraconstitucionales, y segundo, porque dividió a las fuerzas progresistas. De hecho, da la impresión de que la guerra debilitó en todas partes al centro liberal en beneficio de los extremismos, y en muchos países contribuyó a la aparición de un nuevo estilo político de un espantoso corte paramilitar.

Italia y Alemania se diferenciaron profundamente de las tres democracias atlánticas en que en Italia la victoria en la guerra fue desdeñada por ser considerada una «victoria mutilada»; y en Alemania no hubo victoria (aunque muchos alemanes pusieran en entredicho la realidad de la derrota). A pesar de las

controversias en torno a la conferencia de paz, el gobierno liberal de Italia enterró a su soldado desconocido (al pie del grandioso monumento al Risorgimento de Roma) y empezó la construcción de inmensos santuarios en las montañas, el más impresionante de los cuales es el dedicado al III Ejército en Redipuglia, donde se acumulan más de 100 000 tumbas. El monumento de Redipuglia lo iniciaron las asociaciones de veteranos en 1920-1923 en un estilo clásico moderado, pero cuando el régimen fascista concluyó las obras en los años treinta, lo que se destacaba en él era el carácter heroico de los soldados[86]. Esta diferencia simbolizaba una cosa más importante. Parece que la mayoría de los veteranos italianos eran tan moderados como los veteranos de cualquier otro país, y de hecho la organización más numerosa (la Associazione Nazionale di Combattenti) era de carácter reformista y donde tenía más fuerza era entre los soldados rasos de origen campesino y los oficiales de menor rango procedentes del sur del país y de las islas, donde sus comités locales representaron un auténtico reto a los terratenientes. Sin embargo, la crisis de la posguerra en Italia supuso una gran oportunidad para una minoría combativa. El ascenso del fascismo italiano fue el primero de una serie de desastres acaecidos en los años de entreguerras que cuesta trabajo imaginar que hubieran podido producirse sin los sucesos de 1914-1918. La contienda contribuyó al triunfo del fascismo al menos en cuatro aspectos, el primero de los cuales es la transformación del propio Mussolini de socialista radical en intervencionista convencido que prestó servicio en primera línea de batalla. El segundo es el impulso que el nacionalismo xenófobo recibió de la controversia en torno a la intervención italiana en la guerra y de la decepción por el tratado de paz. En tercer lugar, el avance del movimiento fascista vino de la mano de los disturbios sociales que se produjeron en todo el país en 1919-1921, pues, aunque había

habido precedentes antes de la guerra, nunca llegaron a alcanzar su misma envergadura. En las elecciones de 1919, las facciones liberales tradicionales que gobernaban perdieron la mayoría parlamentaria en medio de una delicada transición a la democracia de masas. Italia tuvo que hacer frente a las distorsiones económicas causadas por la guerra y a los temores suscitados por el fantasma del bolchevismo, que la inflexible retórica del PSI no hizo nada por aliviar. En el otoño de 1920, las autoridades locales dominadas por los socialistas apoyaron las ocupaciones de las fábricas en las ciudades y las huelgas y las protestas de los trabajadores agrícolas del valle del Po, realzando la semejanza aparente con la situación de Rusia. El cuarto y último elemento fue la formación de las «cuadrillas» fascistas o Fasci Italiani di Combattimento. Estaban concentrados en las ciudades del norte, particularmente Milán. A menudo los dirigían y adiestraban veteranos de guerra, y entre sus primeros partidarios habría que incluir a los equivalentes italianos de los Stosstrupps del ejército alemán, los Arditi (que fueron los guardias de Corps de Mussolini) y también a los pintores futuristas, a los socialistas de antes de la guerra y a los estudiantes de los institutos y universidades que no habían combatido en el frente[87]. Aunque decían que encarnaban a la generación de la guerra, los *fasci* representaban en realidad solo a una parte de ella, y eran un movimiento político radical organizado de forma paramilitar y no un verdadero canal al servicio de las preocupaciones de los veteranos. Los intereses nacionales de Italia y las pretensiones planteadas en la conferencia de paz fueron algunos de los factores que los galvanizaron, pero su hostilidad al socialismo fue la causa principal de su crecimiento explosivo (con el apoyo de la burguesía) como fuerza violentamente represiva y dedicada a reventar las huelgas. Una vez que hubo cerrado los periódicos y los ayuntamientos socialistas y se hizo con el poder en el ámbito

local, Mussolini pudo lanzar en 1922 la Marcha sobre Roma, que intimidó a los liberales y al rey y los indujo a aceptarlo como primer ministro, antes de que en 1925 completara el establecimiento de su régimen autoritario. Aun así, el control que tuvo sobre Italia fue siempre incompleto, y nunca pudo tener por seguro ni el apoyo de Víctor Manuel, ni el de la Iglesia ni el del ejército, lo que explica su cautela inicial al abordar la política exterior.

Alemania parecería a primera vista más cerca de lo que era la norma democrática europea, pues la revolución de 1918-1919 enseguida dio marcha atrás y regresó al centro. De ese modo, aunque las alemanas obtuvieron el voto durante la República de Weimar, fueron expulsadas despiadadamente del mundo laboral. Por ejemplo, en Stuttgart Bosch daba empleo en 1914 a 580 mujeres, y en el momento del armisticio a 5245, de las cuales fueron despedidas de inmediato 3500[88]. Sin embargo, su salida facilitó la reabsorción de los soldados desmovilizados, cuyo potencial de descontento preocupaba mucho más a las autoridades. Las mujeres que siguieron trabajando se vieron obligadas a volver a sectores tales como el servicio doméstico y la agricultura, mientras que otras dejaron por completo la actividad laboral, pues (como en otros países europeos) las tasas de matrimonios y de nacimientos aumentaron temporalmente al término del conflicto[89]. Pero desde el momento en que Ebert y el SPD se hicieron con el poder, los nuevos líderes intentaron eludir la suerte que había corrido Kerenski. Del mismo modo que el gobierno prometió a Groener que respetaría la disciplina del ejército y que sofocaría los desórdenes[*], los sindicatos firmaron el Acuerdo Stinnes-Legien con la patronal, conformándose con los derechos de negociación colectiva y la jornada de ocho horas. El USPD abandonó el gobierno interino en diciembre de 1918, y los consejos de trabajadores y de soldados creados durante la revolución desaparecieron al cabo de

unos meses. Por último, tras los pobres resultados obtenidos en las elecciones de 1920 (perdiendo terreno frente a los comunistas), el propio SPD salió del gobierno hasta 1928, pasando a la oposición, lo mismo que el Partido Laborista británico y la SFIO. A comienzos de la década de 1920, los beneficios obtenidos por la clase obrera de la revolución, aparte del Acuerdo Stinnes-Legien, fueron los consejos de fábrica y no mucho más. Mientras que desde 1923 hasta su muerte en 1929, cuando todavía estaba en el gobierno como ministro de Asuntos Exteriores, Stresemann mantuvo su política exterior de revisión de los tratados de paz a través de la cooperación con los antiguos enemigos de Alemania, sus apoyos en el interior se basaron normalmente en una incómoda coalición de partidos de centro y de derechas, muchos de los cuales en principio no tenían ningún compromiso ni con la reconciliación en el exterior ni con la democracia en el interior. Incluso en el período en el que la República de Weimar parecía más segura, Hindenburg fue elegido presidente en 1925 (en parte debido a las divisiones de la izquierda), un indicio más de hasta qué punto buena parte del pueblo alemán no había ni olvidado ni condenado la guerra.

La Alemania de Weimar tuvo que hacer frente a unas dificultades excepcionales a la hora de utilizar el culto al recuerdo de la guerra para consolidar las instituciones democráticas, primero porque se había perdido la guerra y segundo porque todavía en el verano de 1918 parecía que estaba a punto de ganarse, contradicción que venía a reforzar las insinuaciones derechistas de que la humillación sufrida por un ejército invicto se debía a una puñalada por la espalda asestada por enemigos internos. Pero tuvo que hacer frente también a problemas más prácticos. En buena parte de lo que había sido el Frente Oriental, los alemanes no tenían acceso a los campos de batalla, y tampoco en el oeste los franceses les dieron muchas facilidades, así que los invasores se vieron obligados a dejar a sus

muertos en el mismo sitio en el que habían caído. Además, los gobiernos de las antiguas Potencias Centrales tampoco pudieron dedicar demasiado dinero a la construcción de monumentos, y el cuidado de las tumbas de sus soldados quedó en manos de organizaciones privadas: el Volksbund deutscher Kriegsgräberfürsorger (VDK) en Alemania y la Cruz Negra en Austria. Como los franceses y los británicos, los alemanes utilizaron lápidas idénticas y simbolismo cristiano, aunque sus sepulturas fueron marcadas con cruces de piedra o de hierro, y no se permitió poner ninguna inscripción, lo que hace que sus cementerios parezcan más uniformes y austeros que los de los Aliados. En cuanto a los monumentos, llamados significativamente «monumentos al guerrero» (*Kriegerdenkmäler*[90]) y no monumentos de guerra o monumentos a los caídos, como en Inglaterra o Francia, las feroces controversias suscitadas en torno a su diseño y a su instalación dan testimonio de los continuos debates que se habían abierto ya en 1917 acerca del significado y el valor del esfuerzo de guerra. Típicamente alemán era el *Heldenheim*, o «arboleda de los héroes», consistente en un bosquecillo dispuesto alrededor de un roble y rodeado de piedras como símbolo de la fuerza primigenia (*Urkraft*) de una nación que seguía viva[91]. Lo mismo ocurría con el *Totenburg*, o «alcázar de los muertos». En 1927 se inauguró uno enorme en Tannenberg en torno a las tumbas de veinte soldados desconocidos del Frente Oriental y rodeado de muros como los de una fortaleza. Hindenburg aprovechó la ceremonia para pronunciar una belicosa oración fúnebre[92]. Pero aunque se proyectó levantar un monumento nacional, nunca llegó a construirse debido a las rivalidades regionales en torno a su emplazamiento, citándose la ocupación de Renania por los Aliados para justificar el aplazamiento. Tampoco existió una tumba nacional del soldado desconocido hasta que en 1931 el gobierno del estado de Prusia (y no el del

Reich) le dedicó una en el edificio de la Neue Wache de Berlín. A diferencia de las erigidas en los países aliados, su cripta estaba vacía.

En el amargo paisaje político de la Alemania de Weimar, la conmemoración de la guerra contribuyó todavía más a agudizar las divisiones. El VDK introdujo un día nacional de duelo, pero en el oficio religioso organizado por el gobierno en honor a los caídos en la guerra en Berlín en 1924 el silencio quedó roto cuando dos grupos distintos de la multitud congregada se pusieron a cantar uno la «Internacional» y otro «La Guardia del Rin»[93]. Un culto patriótico rival del que fomentaron las autoridades fue el que se centraba en la batalla de Langemarck, supuestamente un asalto lanzado por soldados voluntarios procedentes de la universidad cantando himnos patrióticos que había tenido lugar durante la primera batalla de Ypres. En realidad, casi todos los elementos de esta historia eran inventados: la acción (que fue un fracaso desastroso) no se llevó a cabo en Langemarck, las tropas en cuestión estaban formadas casi en su totalidad por reclutas forzosos, y ni siquiera los cánticos están confirmados. Pero desde 1919, cada 10 de noviembre la organización nacional de estudiantes alemanes celebraba un día de Langemarck. De 1928 a 1932 supervisó la construcción de un cementerio a las afueras de esta localidad, y en la ceremonia de inauguración pronunció un discurso un simpatizante de los nazis. Un folleto de 1928 que llegó a ser muy difundido contrastaba los ideales de Langemarck con los de Weimar y las democracias occidentales[94].

Además de construir monumentos conmemorativos y de concebir ceremonias de carácter recordatorio, Alemania, como los países vencedores, tuvo que ocuparse de los supervivientes. También en este terreno sus dificultades fueron excepcionales. Ya durante la guerra había tenido el índice total de bajas más elevado y cuando acabara se le presentaría el problema más

grande. Seis millones de alemanes eran excombatientes con algún tipo de invalidez, familiares suyos o familiares dependientes de algún caído: había 2,7 millones que sufrían alguna invalidez permanente, 533 000 viudas y 1.192 000 huérfanos. La partida de pensiones de los presupuestos nacionales se multiplicó por ocho entre 1919 y 1922, y entre 1924 y 1928 más del 30 por ciento de los gastos del Reich (una vez deducidos los pagos de las reparaciones de guerra y los traspasos a los gobiernos estatales) correspondían a este concepto. De hecho, a finales de la década de 1920 el porcentaje del presupuesto nacional para el pago de pensiones de guerra era más del doble que el de Gran Bretaña. Pero a pesar de su generosidad —que tuvo mucho que ver con el hecho de que el país cayera en una crisis fiscal a partir de 1929—, la República de Weimar acabó con una población de excombatientes totalmente desafecta[95].

Alemania tenía ya una organización enorme de excombatientes, el Kyffhäuserbund der deutschen Landeskriegerverbände (KDL), que antes de la guerra había colaborado con el ejército en las labores de alistamiento y adiestramiento de reclutas, y se había manifestado en contra del SPD, negándose a admitir a socialistas entre sus miembros. Levantó esta prohibición en 1915, aunque posteriormente no dudó en excluir a los comunistas. A partir de 1918, Hindenburg se convirtió en su presidente honorario y desarrolló una agresiva campaña a favor de una «guerra de rectificación», condenando a Francia y a Polonia por el robo de territorio alemán. La organización seguía siendo muy numerosa (tenía 2,2 millones de miembros en 1922), y las autoridades toleraban su postura nacionalista, aunque sospechaban de sus tendencias monárquicas, que fomentaron la aparición de numerosos competidores[96]. Además, tradicionalmente había estado muy politizada, aunque afirmaba no ser partidista, y las nuevas

formaciones surgidas en 1916-1919, los nuevos veteranos que querían pertenecer a organizaciones distintas a las de sus abuelos, siguieron con esa actitud. Como en los países aliados, sus defensores querían pensiones generosas para los inválidos y empleos garantizados para los veteranos válidos, pero en el ambiente sectario de 1917-1919 desarrollaron también unas ideas políticas más ambiciosas. El más numeroso de los nuevos grupos era el Reichsband der Kriegsbeschädigten und ehemaligen Kriegsteilnehmer (RKK), fundado en 1917. Dirigido por los socialistas, pretendía obtener mejores pensiones para las viudas y los inválidos, sufragadas con los beneficios de la guerra, la democratización del derecho de sufragio y una «paz de entendimiento». En diciembre de 1918 organizó una reunión de 10 000 inválidos y familiares de víctimas en Berlín, un espectáculo sombrío que impresionó profundamente a varios pintores de la época. En 1924 cerca de 1,4 millones (un poco más de la mitad) de los inválidos de guerra estaban organizados: 640 000 en el RKK, 255 000 en el KDL y 209 000 en el Einheitsbund, de orientación liberal. En respuesta al descontento generalizado, el gobierno publicó una serie de decretos que aseguraban puestos de trabajo a los discapacitados en el sector público, y asumió la responsabilidad nacional de su bienestar. Mientras tanto, en 1920 el Parlamento creó un único sistema de pensiones, asesoría laboral y formación laboral a cargo del Ministerio de Trabajo. La medida fue precipitada y, aun teniendo en cuenta las difíciles circunstancias económicas de Alemania, fue gestionada de manera poco generosa. Pero, a juicio de los veteranos, la administración era muy lenta en la tramitación de los expedientes (todavía en 1925, miles de personas seguían sin saber qué pensión tendrían), fijó unas bases de partida muy pequeñas y no las ajustó a la inflación, y los recortes introducidos en 1923 excluyeron por completo de la prestación a cientos de miles de inválidos no graves. Aunque el

RKK apoyaba a la República de Weimar, no podía defender la gestión de las pensiones, y en comparación con Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, las organizaciones divididas de Alemania fueron, como grupos de presión, menos eficaces y no consiguieron aliviar el descontento de los veteranos[97].

Alemania se diferenciaba de los países aliados en el menor margen de maniobra en el ámbito fiscal del que disponía y en la incapacidad de sus veteranos para colaborar. Además, muchos de sus excombatientes se unieron a organizaciones paramilitares de masas. Como los *fasci* italianos, estos grupos tenían por objeto no ya defender los intereses de los veteranos, sino actuar como fuerzas de choque de carácter derechista en el ámbito político, y algunos de ellos estaban abiertos a no excombatientes. El primero fue el famoso Freikorps, que fue empleado contra los levantamientos izquierdistas de 1919[98]. Como los Fasci di Combattimento, en el Freikorps había muchos veteranos de guerra, pero también numerosos civiles de tendencias derechistas, en particular estudiantes, y en la primavera de 1919 sus miembros sumaban entre 200 000 y 400 000 hombres, organizados en brigadas locales al mando de un exoficial. Las Einwohnerwehren («defensas civiles»), anteriores a 1914, actuaban a tiempo parcial y sus miembros eran de más edad y de orígenes más variados, si bien representaban a los alemanes de clase media alarmados por la manifestación de poder de la clase obrera que supuso la revolución de noviembre de 1918. La violencia política y el asesinato (que habían sido sumamente raros en Alemania antes de 1914) se convirtieron en elementos habituales de la vida de la República de Weimar, pero si venían de la derecha los tribunales los perdonaban. Aunque el gobierno aprobó al principio estos grupos, no tardaron en escapársele de las manos, de modo que en 1920 los prohibió debido a las presiones de los Aliados y de sus propios partidarios. No obstante, las

organizaciones clandestinas persistieron, y a mediados de la década de 1920 Alemania fue testigo de la reaparición de asociaciones paramilitares legales que actuaban al descubierto (los Wehrverbände), formadas por excombatientes de la guerra y jóvenes que habían prestado servicio en las organizaciones de posguerra. Los nuevos grupos reclamaban un gobierno autoritario y una guerra de liberación contra Francia, aunque primero pensaban ocuparse de los enemigos «internos». El mejor ejemplo de este tipo de grupos es el Stahlhelm («casco de acero»), cuyo fundador, Franz Seldter, había perdido un brazo en el Somme. En el Stahlhelm no tenían cabida ni los judíos ni los izquierdistas y a mediados de la década de 1920 probablemente tuviera unos 400 000 miembros, aunque a finales de la década fue superado por las SA (las camisas pardas o milicias del partido). En cualquier caso, la mayor de las «asociaciones políticas de combate» era el Reichsbanner, creado en 1924 como respuesta al Stahlhelm por los partidarios de la república, y que llegó a integrar a más de un millón de miembros activos. El SPD, el DDP, el Partido de Centro, de inspiración católica, y los sindicatos apoyaban a los excombatientes que dirigían la organización, abierta a todos los que compartieran su objetivo de defender la república por medios que incluían el uso de uniformes, los desfiles y el adiestramiento militar. (La organización comunista, el Rote Frontkämpferbund, era más pequeña, pues contaba solo con unos 100 000 militantes, pero era considerablemente más violenta). El Reichsbanner, que era una de las organizaciones de excombatientes más grandes, incluso para Alemania, no abogaba ni por un gobierno autoritario ni por una guerra de venganza, aunque muchas otras sí lo hacían[99].

La perniciosa influencia de la guerra sobre la Alemania de Weimar es fundamental para comprender la política de esa época. En la diplomacia internacional, tanto el Plan Briand

como el Pacto Kellogg-Briand pueden considerarse respuestas al recuerdo del período bélico de 1914-1918, y lo cierto es que antes de la guerra ni uno ni otro habrían sido concebibles como proyectos políticos oficiales, sino solo como ideales de visionarios. La revelación de lo que podía significar la guerra moderna estimuló los intentos de proscribirla y de superar el viejo sistema de estados. Después de cinco años de acercamiento franco-alemán, iniciado en 1924, al que se sumó la recuperación económica y la disminución del extremismo político, habría podido parecer que las hostilidades de los tiempos de la guerra estaban perdiendo vigor. Se habían puesto en marcha fuerzas muy poderosas empeñadas en curar las heridas. Cementerios, monumentos conmemorativos y todo un ciclo de rituales contribuyeron a consolar a las familias apenadas y crearon la oportunidad de reflexionar sobre el significado de tanto sacrificio; los programas de atención social atendían a las víctimas, y las nuevas asociaciones de veteranos de guerra proporcionaban camaradería y ayuda mutua. El control europeo de los imperios coloniales había sido reafirmado; las mujeres habían sido en su mayoría relegadas de nuevo a sus antiguas ocupaciones, aunque en muchos países se les hicieron concesiones políticas; los trabajadores obtuvieron algunos beneficios, como la jornada laboral de ocho horas, pero los sindicatos fueron batidos e incluso cuando los partidos socialistas o laboristas alcanzaron el poder, realizaron pocos cambios. La estabilización en el plano nacional y en el internacional corrió en paralelo. Pero a partir de 1924, los países occidentales habían apostado por aplacar y moderar a Alemania relajando la presión impuesta por el Tratado de Versalles, mientras que en realidad las pruebas indicaban que, aunque estuviera dividida, buena parte de la población y muchos de sus líderes no habían olvidado su tradición militar y no habían aceptado la derrota. El poder que tenían los mitos y los

recuerdos de los años de la guerra de estimular los sentimientos nacionalistas aún era peligrosamente grande. Además, la recuperación económica que contribuyó a tranquilizar Europa a finales de la década de 1920 tenía unos cimientos muy poco firmes, defecto que resultaría fatal para todo el edificio de la estabilización. Diez años después de que acabara la guerra el Tratado de Versalles seguía intacto en su mayor parte, Alemania continuaba confinada en las fronteras y en los niveles de poderío militar fijados en 1919, y entre 1924 y 1931 siguió pagando reparaciones de guerra según el plan previsto. Pero a partir de 1923, la capacidad de Francia de hacer cumplir lo pactado se vio atrofiada, como se puso brutalmente de manifiesto cuando el ambiente internacional volvió a cambiar para peor.

20

La demolición, 1929-1945

Después de 1929 se produjeron tres novedades que merecen nuestra atención: la Gran Depresión, la ascensión de los nazis y el apaciguamiento del Tercer Reich. Los tres acontecimientos llevaron al poder a un líder empeñado en hacer otra gran guerra sin que los antiguos Aliados pudieran detenerlo. Para entonces la Primera Guerra Mundial hacía ya más de diez años que había acabado. Pero aunque no supuso que las catástrofes de los años treinta fueran inevitables, fue una vez más un requisito indispensable para que se produjeran y complicó enormemente la labor de los políticos occidentales a la hora de responder a los desafíos que se les vinieron encima.

El primer punto que debemos considerar es el impacto económico que tuvo la Gran Guerra. La contienda no solo destruyó vidas, sino también propiedades, hasta un punto casi imposible de calcular. En 1930 el estadista británico A. L. Bowley valoraba los daños físicos en 2000 millones de libras en precios de antes de la guerra, frente a un capital acumulado de 55 000 millones de libras para todos los países de Europa, incluida Rusia. Deducía que en 1919 la masa de capital del mundo había retrocedido al nivel de 1911, y además había sufrido una década de abandono[1]. La mayor destrucción se había producido en Bélgica, Francia, Polonia, Rumanía, Serbia e Italia, aunque el carácter estático de muchos de los combates hizo que la devastación fuera menos generalizada que en 1945.

Bélgica perdió el 6 por ciento de las viviendas, dos tercios de los materiales rodantes y la mitad de los centros siderúrgicos. Francia perdió menos en proporción a su riqueza, aunque más en términos absolutos. Polonia perdió gran parte del ganado y de las infraestructuras ferroviarias, y Gran Bretaña barcos por valor de casi 8 millones de toneladas, aunque la mayor parte de los hundimientos y de la destrucción en zona de batalla quedó compensada en unos cuantos años. Las consecuencias más duraderas de la guerra fueron menos tangibles y se concentraron en el comercio y en las finanzas.

A primera vista, la recuperación económica fue bastante rápida. La producción industrial en la mayoría de los países neutrales y en Gran Bretaña e Italia había retrocedido en 1920 al nivel de 1913; después de la depresión de 1921 volvió a crecer y en Gran Bretaña, Italia, Bélgica y Francia estaba en 1924 muy por encima del nivel existente antes de la guerra. Pero en Alemania y Austria seguía en esa fecha por debajo de las cifras alcanzadas antes de la contienda, y no las superó hasta el final de la década. A grandes rasgos, los países neutrales fueron los que menos sufrieron y las Potencias Centrales las que más, quedando los Aliados en el medio[2]. Estados Unidos superó la tasa de crecimiento medio de Europa durante los años veinte, y Japón la igualó más o menos, pero en todos estos países la agricultura se recuperó más despacio que la industria. En general, el crecimiento económico en la Europa capitalista fue más lento entre las dos guerras mundiales que en cualquier otro momento del siglo XX. En 1913-1950, el producto interior bruto per cápita en quince países de la Europa occidental y central aumentó por término medio solo un 0,9 por ciento anual, en comparación con el 1,4 por ciento del período de 1890-1914 o el 4,0 por ciento del período de 1950-1973[3]. El nivel de vida subió muy despacio a pesar de que los cambios técnicos continuaron siendo rápidos (y en algunas áreas, como

la de los vehículos de motor, los aviones y los productos químicos se aceleraron debido a las necesidades militares). La economía europea creció menos de lo que permitía su capacidad, y desgraciadamente en algunos países pudieron verse elevadas tasas de desempleo y equipamientos inactivos bastante antes de que se produjera el crac de 1929. Y si el crecimiento de la producción fue decepcionante, el del comercio lo fue más todavía. Durante la guerra, el mundo había dado muchos pasos atrás y se había alejado de la economía global abierta y de integración rápida existente antes de 1914, y a lo largo de la década de 1920 la tendencia a la autosuficiencia solo dio parcialmente marcha atrás justo antes de que la Gran Depresión volviera a intensificarla.

Fueron varios los motivos del lento desarrollo del comercio internacional, del que se resintieron especialmente los países que exportaban una elevada proporción de su producción (como Gran Bretaña y Alemania). Uno de los que se citan más a menudo es la creación de nuevos estados-nación. Entre 1914 y los tratados de paz de 1919-1920, el número de estados independientes de Europa pasó de veintiséis a treinta y ocho. Y la longitud total de las fronteras aumentó en casi 20 200 kilómetros[4]. Bajo el dominio de los Habsburgo, la Europa sudoriental había creado una unión aduanera, pero ahora estaba plagada de barreras arancelarias, e incluso en la Europa occidental los aranceles aumentaron cerca del 50 por ciento[5]. La Rusia soviética quedó prácticamente excluida del comercio internacional hasta mediados de la década de 1920 debido a sus desórdenes internos y a la negativa de los otros gobiernos a concederle un reconocimiento diplomático. Hasta 1924 también Alemania pasó por un auténtico torbellino político que le impidió recuperar la preeminencia de la que había gozado antes de la guerra.

La recuperación del comercio se vio perjudicada además por

el exceso de capacidad productiva generado durante la guerra. Tras la firma del armisticio, la transición habría podido ser más suave si se hubiera prolongado la intervención estatal llevada a cabo durante la contienda, pero casi todos los organismos aliados que controlaban el transporte naval, el trigo y otros productos dejaron de funcionar a lo largo de 1919. Quizá se explique así la violenta alternancia del auge inflacionario global de 1919-1920 y el violento crac de 1921-1922. Desde 1914 casi se había doblado la capacidad mundial de construcción naval, y el volumen de la producción de hierro y acero en el Reino Unido y Europa central era a mediados de la década de 1920 un 50 por ciento más alto de lo que era antes de la guerra. Para emanciparse de la necesidad de importar tintes artificiales de Alemania, los Aliados incrementaron la producción de materiales químicos, de modo que entre 1914 y 1924 la cuota de mercado de Alemania se redujo a la mitad[6]. Japón y la India habían aumentado la producción de algodón y de tejidos, en parte debido a la falta de suministros procedentes de Gran Bretaña, y por tanto se habían convertido en sus competidores a la hora de satisfacer la demanda de Asia. La producción de caucho y de estaño, estimulada en Malasia y Bolivia por los encargos del ejército, se vino abajo cuando la demanda disminuyó. En cuanto a los productos alimentarios, Estados Unidos, Canadá, Australia y Argentina aumentaron la producción de trigo en casi un 50 por ciento entre 1909/1913 y mediados de la década de 1920, lo que condujo a que quedaran sin vender unas reservas enormes, que hicieron caer los precios del mercado en todo el mundo, y subir los aranceles proteccionistas en Europa. Lo mismo ocurrió con el azúcar: Cuba y Java ampliaron la producción de caña cuando el cultivo de la remolacha europea disminuyó como consecuencia de la guerra, de modo que los precios se vinieron abajo en 1924-1925 y fue preciso introducir bonificaciones y subsidios[7].

Además de las nuevas fronteras políticas y de los excesos de producción, los motivos del estancamiento del comercio internacional fueron fundamentalmente financieros. El coste monetario del conflicto resulta más fácil de evaluar que los daños físicos que causó, y los cálculos varían muchísimo, aunque los totales que se citan habitualmente son 61 500 millones de dólares según los precios actuales para las Potencias Centrales y 147 000 millones de dólares para sus enemigos, lo que da un total de 208 500 millones. Según los precios de la época (1913), los totales serían respectivamente 24 700 millones, 57 700 millones y 82 400 millones (siempre en dólares)[8]. Lo importante de cara al futuro es cómo se pagaron esas cantidades[*]. Durante la guerra, la mayoría de los países beligerantes de Europa suspendieron su vinculación con el patrón oro e incurrieron en unos déficits presupuestarios enormes, mientras que los impuestos solo cubrían una pequeña parte de los gastos del Estado. Los créditos a largo plazo (mediante la emisión de bonos en el propio país o en el extranjero) llenaron la mayor parte del agujero, y los pagarés del Tesoro o los préstamos sin garantía de los bancos centrales cubrieron el resto. No obstante, las reservas de dinero crecieron más que la producción, creándose así un potencial desequilibrio inflacionista, pues los precios de venta al público habían subido menos que la cantidad de dinero que había en circulación. También este problema fue un legado directo del conflicto, y se complicó al terminar la colaboración financiera interaliada, cuando el franco y la libra esterlina tuvieron que ser devaluados en 1919 al dejar de apoyarlos Estados Unidos. Cabían varias respuestas. Gran Bretaña mantuvo bajos los tipos de interés («dinero barato») durante 1919, para asegurar un alto nivel de actividad económica hasta que la desmovilización llegara a su fin. Entonces las autoridades subieron bruscamente el coste de los créditos, contribuyendo a que se produjera una recesión

severa y una tasa de desempleo altísima, pero obligando también a bajar los precios. La situación en Estados Unidos fue parecida. En Francia y en Alemania, en cambio, la estabilización presupuestaria encontró más resistencia, especialmente a partir de 1921, cuando se complicó con la disputa en torno al pago de las reparaciones de guerra. Como los británicos, los franceses se enfrentaron a un aumento de la carga que suponían los gastos de reconstrucción del país, las pensiones y el reembolso de la elevadísima deuda nacional, pero el ministro de Hacienda de Clemenceau, Klotz, prometió no subir los impuestos hasta que se supiera con claridad cuánto iba a pagar Alemania, y las autoridades retrasaron esa subida hasta 1924. No redujeron el dinero en circulación y la presión inflacionista continuó. Mientras que en 1925 Gran Bretaña restableció temporalmente la paridad vigente antes de la guerra de 1 libra = 4,86 dólares (en un nuevo intento puramente simbólico de recuperar un mundo ya perdido), al franco le resultó imposible dar ese paso y los inversores franceses tuvieron que admitir una devaluación permanente de sus activos financieros de antes de la guerra[9]. En cambio los intentos en Alemania de recortar el gasto o de subir los impuestos para equilibrar el presupuesto se vieron expuestos a todo tipo de ataques, siendo acusados de tener por objeto compensar a sus enemigos. De todos modos, los problemas fiscales de la Alemania de posguerra fueron más agudos que los de los países aliados, pero, como en Francia, la cuestión de las reparaciones de guerra fortaleció a los adversarios de la estabilización[10]. La volatilidad financiera se vio inextricablemente unida a las luchas políticas suscitadas después de la guerra entre los antiguos países beligerantes y dentro de cada uno de ellos.

A pesar de todo, a finales de la década de 1920 parecía que Europa había salido del apuro tanto en el plano económico como en el político. Las zonas devastadas habían sido

reconstruidas, la producción (aunque no el comercio) se había recuperado e incluso había superado los niveles de antes de la guerra, y el valor de las divisas se había fijado. Después del marco en 1924 y la libra en 1925, el franco, la lira y el yen habían vinculado su valor al patrón oro y al dólar. Aunque a Europa se le había escapado entre los dedos durante la contienda la parte de las exportaciones mundiales que le correspondía, en 1929 había recuperado buena parte del terreno perdido. Pero la nueva depresión que comenzó entonces fue más que un simple empeoramiento cíclico de la situación como el de 1920: produjo unos daños duraderos. Los años treinta, que empezaron con una crisis financiera de toda Europa en 1931, una subida generalizada de los aranceles y un nuevo colapso de la estabilidad monetaria, fue una década de calamidades terribles. Política y económicamente, la crisis inauguró lo que un historiador ha llamado «la época de la demolición»[11].

La depresión no vino caída del cielo. En el momento del desplome del mercado de valores estadounidense de octubre de 1929 que desencadenó la crisis, los problemas creados por la guerra habían sido aliviados, pero no resueltos. Los bienes de consumo bajaban de precio y los países que los exportaban atravesaban por muchas dificultades. La libra había sido sobrevalorada en casi un 10 por ciento desde que había vuelto al patrón oro, y en el comercio de exportación británico persistía el desempleo crónico. La recuperación de Alemania a partir de 1924 se había estabilizado y su producción había empezado a estancarse. La depresión que se cebó en Estados Unidos exacerbó estos problemas, en primer lugar porque el desplome de la demanda estadounidense (intensificado por los feroces aranceles a las importaciones introducidos por la Ley Hawley-Smoot en 1930) hizo que resultara todavía más difícil para el resto del mundo vender allí sus productos y obtener dólares, y en segundo lugar porque frenó las exportaciones de capital

estadounidense. Durante los años veinte, Estados Unidos había adelantado a Gran Bretaña como mayor inversor del mundo. Tras los préstamos que lanzó al mercado el Plan Dawes, el dinero privado estadounidense empezó a fluir hacia Alemania en cantidades mayores que las que pagaban los alemanes en concepto de reparaciones de guerra, o que las que los Aliados transferían a Estados Unidos para saldar las deudas de guerra[12]. En efecto, a finales de la década de 1920 los franceses obtuvieron parte de lo que habían buscado en la conferencia de paz: las finanzas estadounidenses (aunque suministradas a Alemania y no a Francia) facilitaron la recuperación europea, y los británicos les proporcionaron una garantía de seguridad limitada en Locarno. La intervención anglo-estadounidense creó un clima en el que los franceses pudieron hacer concesiones a Alemania con más tranquilidad. Pero los préstamos de Estados Unidos suponían que Alemania fuera un país peligrosamente dependiente. Cuando el gran mercado alcista de Wall Street durante los años veinte alcanzó su punto más alto, los créditos estadounidenses al extranjero cerraron el grifo, y cuando se produjo el crac los préstamos pendientes fueron cancelados. Como consecuencia en parte de todo ello, en 1931 se sucedieron los impagos en Europa. El banco más importante de Austria, la Creditanstalt, quebró en mayo; tras la crisis bancaria alemana del mes de julio, las autoridades de Weimar abandonaron el patrón oro; y en septiembre Gran Bretaña hizo lo mismo. Los británicos introdujeron aranceles a la mayor parte de las importaciones en virtud de la Ley de Cánones a las Importaciones de 1932, y en 1933 una de las primeras medidas de Franklin Roosevelt como presidente de Estados Unidos fue la devaluación unilateral del dólar. En adelante entrarían en acción los controles comerciales y monetarios en casi todo el mundo.

Las cuestiones fundamentales a la hora de hacer este análisis tienen que ver con las relaciones existentes entre la guerra y la

Depresión y entre la Depresión y el nazismo. En cuanto al primero de estos puntos, el legado de la guerra no fue relevante para los orígenes estadounidenses de la crisis, pero sí que facilitó su contagio a Europa. La guerra nos ayuda a explicar por qué el crac del 29 tuvo unas repercusiones tan drásticas y por qué la recuperación resultó tan difícil. En particular, fue responsable en parte de la sobrecapacidad de los países exportadores de productos primarios (incluida la Europa del Este), que los hizo vulnerables cuando los mercados de Estados Unidos y de la Europa occidental se contrajeron y el flujo de capital se cortó. En segundo lugar, la guerra fue el origen de la controversia en torno a las reparaciones de guerra, y fue en parte con el fin de aligerarla por lo que las autoridades estadounidenses fomentaron en 1924 la concesión de préstamos que inició la entrada de dinero estadounidense en Alemania. En tercer lugar, contribuyó a la crisis financiera de 1931. En 1930, por motivos que analizaré más adelante, la política exterior alemana se volvió más decididamente nacionalista, y en la primavera de 1931 el gobierno de Heinrich Brüning anunció que planeaba crear una unión aduanera con Austria y que no efectuaría los pagos en concepto de reparación de guerra previstos en el Plan Young. La «liquidación final de la guerra» proclamada en 1929 había durado menos de dos años. Francia tomó represalias aprovechando la crisis de la Creditanstalt, y condicionó la ayuda a Austria a que este país sometiera el proyecto de unión aduanera al Tribunal Internacional de La Haya (que dictó sentencia en contra del plan). Los franceses rechazaron la propuesta del presidente estadounidense Herbert Hoover acerca de una moratoria del pago de las deudas y las reparaciones de guerra. El legado de la contienda —encarnado en la rivalidad franco-alemana y las cláusulas del Tratado de Versalles sobre Austria— impidió que los países cooperaran unos con otros para defenderse de la tormenta económica que amenazaba a todos los

regímenes democráticos de Occidente[13]. Además, los presupuestos nacionales tuvieron que hacer frente a la carga que suponían el pago de las reparaciones de guerra y la deuda exterior, y el vencimiento de los créditos internos solicitados en 1914-1918. Este problema quizá fuera particularmente agudo en Gran Bretaña, pues la inflación había sido menos severa y los créditos de guerra habían mantenido su valor. Pero las pensiones de guerra constituían también una carga enorme para el gobierno alemán, que a comienzos de 1929 se quedó sin dinero para sufragarlas. Por eso Gran Bretaña y Alemania entraron en la crisis fuertemente endeudadas y con menos margen de maniobra para frenar la caída manejando el déficit presupuestario; en cuanto a Francia, en cuanto se hizo sentir la crisis, también el gobierno se vio abocado al déficit. Pero las repercusiones no acabaron ahí. En Gran Bretaña y Estados Unidos, las devaluaciones y los recortes de los tipos de interés ayudaron finalmente a salir del paso. Cuando el marco abandonó el patrón oro en 1931, en cambio, Brüning persistió en llevar a cabo una política de recorte de gastos y de deflación, aparentemente con el fin de demostrar de una vez por todas que Alemania no podía hacer frente al pago de las reparaciones de guerra[14].

Así pues, existieron muchos vínculos entre la guerra y la Depresión, y a primera vista el vínculo que une la Depresión y el nazismo parece incluso más evidente. El partido de Hitler empezó a ganar apoyos (aunque solo en el sur de Alemania) durante la crisis de la hiperinflación de 1923. En las elecciones al Reichstag de 1928 —convocadas después de cuatro años de prosperidad—, su seguimiento disminuyó. Pero su éxito renació en el ámbito local en 1929, y a nivel nacional en las elecciones al Reichstag de 1930 (de las que salió como segundo partido más votado) y más todavía en las elecciones al Reichstag y a la presidencia de la república de 1932. Daba la sensación de que a

medida que crecían las colas de los parados aumentaba el voto nazi. En realidad, aunque algunos parados votaron a Hitler y se unieron a los camisas pardas de las SA, es más probable que los electores de clase obrera cambiaran su voto de los socialistas a los comunistas, cuyo electorado aumentó también cuando la Depresión apretó más las tuercas. Para explicar el éxito del nazismo, debemos, pues, incorporar algunos factores no económicos. Los progresos del partido a partir de 1929 se produjeron entre los electores de clase media de las regiones protestantes del norte y del este, y especialmente en las zonas rurales, en las ciudades pequeñas y en las zonas residenciales. Se dieron no solo entre los jóvenes que votaban por primera vez, sino también entre los partidarios tradicionales del partido conservador (el DNVP) y de los partidos liberales (el DVP y el DDP), cuya popularidad en consecuencia disminuyó[15]. Es indudable que Hitler ofrecía soluciones a una crisis económica que amenazaba a los agricultores y a los pequeños comerciantes con la bancarrota y a los trabajadores de traje y corbata con la proletarización, y además parecía que la SA constituía un baluarte contra la revolución de izquierdas. Pero Hitler se benefició también de una transformación cultural (a la que por lo demás contribuyó), en la cual fue fundamental el cambio de actitud ante la guerra.

El pacifismo en la República de Weimar fue más fuerte que el existente antes de 1914, pero nunca llegó a tener demasiada influencia política. Los grandes pintores de la época de Weimar, como Otto Dix, Georg Grosz y Max Beckmann, fueron muy pródigos en la representación de la guerra y sus secuelas (además de estar fascinados con el fenómeno)[16], pero lo cierto es que en 1918 buena parte del ejército alemán lo único que quería era volver a casa[17]. A comienzos y a mediados de la década de 1920, las editoriales alemanas encontraron solo un mercado popular limitado para los libros que hablaban del conflicto, y el

cine evitó por completo el tema. Pero incluso en esa época las controversias acerca de la culpabilidad de guerra y la puñalada por la espalda relacionadas con los sucesos de 1914 y 1918 pusieron de manifiesto que muchos alemanes no habían abandonado las actitudes que habían tenido durante el conflicto ni habían aceptado la derrota, como demuestran también acontecimientos políticos tales como la fundación del Stahlhelm o la elección de Hindenburg como presidente de la república. Ya en 1928, en la cúspide de la prosperidad económica, la derecha radical reanudó su ofensiva contra la república. Los líderes del Stahlhelm manifestaron su odio a un régimen que impedía que Alemania volviera a armarse, y Hitler decidió buscar el poder a través del proceso electoral, uniéndose al Stahlhelm y al DNVP en su campaña contra el Plan Young en un referéndum celebrado en 1929. Aunque perdieron, la magnitud del apoyo que consiguieron sorprendió a sus contemporáneos, y marcó el comienzo del regreso del voto nazi a las urnas electorales al mismo tiempo que la SA comenzaba la espectacular ascensión que le permitió superar al Stahlhelm como la mayor organización paramilitar de derechas, pasando de los 50 000 miembros que tenía en 1929 a los más de 500 000 con los que contaba en enero de 1933[18]. Las tendencias políticas y culturales fueron en paralelo, pues 1929-1930 fueron también los años del auge de los «libros de guerra». Trascendental para este fenómeno fue el éxito arrollador de *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, presentada como la mejor novela sobre la guerra, y que se convirtió en el mayor éxito editorial conocido hasta la fecha. Al cabo de un año de su publicación en enero de 1929 había vendido cerca de un millón de ejemplares en Alemania y otro millón en el extranjero, hasta el punto de que un año después se hizo en Hollywood una película basada en ella, que tuvo asimismo muchísimo éxito. Pero el tono de *pathos* elegíaco de Remarque fue un caso atípico

entre los libros alemanes sobre la guerra[19]. Individualmente vendió más que los escritores nacionalistas que competían con él, pero estos también tuvieron muchos lectores. Destacan entre ellos Ernst Jünger y también su hermano, Friedrich, y otros como Franz Schauwecker y Ernst von Salomon. A diferencia de Remarque, todos ellos glorificaban el combate como la más noble de las artes y como parte del orden natural, y Jünger llegaba a comparar la guerra con «las pinturas de la crucifixión de los maestros antiguos […] una grandiosa idea que supera la vista y la sangre»[20]. Estos autores escribieron originalmente para la revista del Stahlhelm, y exigían unos dirigentes que fueran soldados de primera línea, endurecidos por las trincheras, que reemplazaran a los políticos democráticos y prepararan a Alemania para una nueva expansión. Los libros sobre la guerra publicados en Alemania pasaron de los 200 de 1926 a los más de 400 aparecidos en 1930, y tras la toma del poder por Hitler en 1933 serían más de 500[21]. Si el de Remarque fue el éxito más notable de 1929, después ocuparían su lugar los autores nacionalistas, y la misma tendencia podría apreciarse en el cine: la versión estadounidense de *Sin novedad en el frente* fue prohibida, en apariencia porque perjudicaba la reputación de Alemania, pero en realidad porque el orden público se vio amenazado cuando los nazis irrumpieron violentamente en su estreno en Berlín[22].

El cambio de actitud en el ámbito nacional contribuyó a radicalizar la política exterior alemana bastante antes de que Hitler llegara al poder, dando comienzo a un círculo vicioso. En octubre de 1929 murió Stresemann, y en 1930 se formó un nuevo gobierno presidido por Heinrich Brüning, del Partido de Centro. Excombatiente, apoyó la prohibición de la versión cinematográfica de *Sin novedad en el frente* y presentó su gobierno como «un gabinete de soldados de primera línea». Rechazó el Plan Briand por restringir demasiado las ambiciones

de Alemania[23], y cuando los franceses evacuaron Renania el 3 de junio publicó una declaración nacionalista para celebrarlo. Tras el triunfo de los nazis en las elecciones de septiembre de 1930, Brüning fue más allá todavía en la ofensiva de política exterior con la intención de obstaculizar el crecimiento de sus rivales, suspendiendo el pago de las reparaciones de guerra y lanzando su proyecto de unión aduanera con Austria. A comienzos de la década de 1930, parecía que las concesiones de los Aliados en lo tocante a las condiciones del Tratado de Versalles no habían conseguido frenar el progreso de los extremistas alemanes. Aunque las reparaciones acabaron en todo menos en lo que su propio nombre indica en la Conferencia de Lausana de 1932, y a pesar de que los antiguos Aliados aceptaron el principio de paridad en materia de armamento en la Conferencia de Ginebra de 1931-1933, el apoyo a los nazis no paró de crecer, lanzando a los últimos gobiernos de Weimar hacia el autoritarismo en la política interior y hacia el empecinamiento en la exterior. A partir de 1924, las autoridades militares habían reanudado en secreto la planificación estratégica, y en 1932 el sucesor de Brüning, Franz von Papen, adoptó un importante programa de rearme. El crecimiento del nacionalismo no solo entre el pueblo, sino también entre las autoridades del país, es fundamental para explicar por qué Hitler fue nombrado canciller, a instancias de Hindenburg y con el beneplácito del ejército, en enero de 1933[24].

En resumen, la guerra fue esencial para la toma del poder de los nazis no solo por su contribución a la crisis económica, sino también por el papel que desempeñó en el resurgimiento del nacionalismo alemán cuando fue reevaluado el recuerdo del período de 1914-1918. Eso no significa que los excombatientes fueran el principal componente del apoyo nazi. Cuando Brüning impuso los recortes aplicados a los subsidios de los veteranos de guerra en 1930, los nazis lanzaron una campaña

con el fin de ganarse a los inválidos[25], pero resulta difícil determinar cuántos votaron por ellos. En cuanto a las tropas de asalto, la mayor parte de sus integrantes eran sencillamente demasiado jóvenes, y de hecho los miembros «activos» de la SA tenían en general menos de veinticinco años. Aunque la SA reclutó a sus hombres entre los exoficiales del ejército y del Freikorps, llevándose a algunas unidades de esta organización en bloque y luego pescando entre los militantes del Stahlhelm, probablemente menos de una cuarta parte de los que ingresaron en tromba en el movimiento de los camisas pardas entre 1929 y 1933 fueran excombatientes[26]. A partir de aquí debemos tener mucha cautela a la hora de considerar los recuerdos de la experiencia de guerra una variable causal independiente. Aunque Hitler se mostró reticente en sus comentarios públicos acerca de política exterior y no defendió nunca abiertamente una nueva guerra, denunció el Tratado de Versalles y a los «criminales» que habían traicionado a Alemania en noviembre de 1918, y ofreció una transformación total y redentora del país, y no una simple solución de sus problemas materiales[27]. Además —y este es un punto fundamental—, el virulento antisemitismo característico de los líderes nazis había sido mucho más generalizado en la derecha alemana en 1917-1918, y especialmente entre los expansionistas radicales de la Unión Panalemana y del Partido de la Patria, que en muchos sentidos fueron los precursores de Hitler. A partir de 1916, el ejército prusiano no volvió a conceder el grado de oficial a ningún judío, debido a las acusaciones infundadas de que el número de ellos que prestaban servicio en el frente era desproporcionadamente pequeño. La escasez de alimentos, la Revolución rusa y el desastre militar contribuyeron al extraño y virulento ambiente en el que la agitación racista fue adquiriendo una consistencia que no perdería nunca[28]. Este constituyó un motivo más de que su influencia fuera fundamental para los líderes nazis, la

mayor parte de los cuales habían hecho la guerra. Según Rudolf Hess, «el Tercer Reich viene de las trincheras», y Hitler describía los años 1914-1918 como «la época más espléndida y más inolvidable de mi experiencia terrenal»[29]. Lo mismo que Brüning —y lo mismo que Mussolini— se presentaban a sí mismos como la generación del frente en el poder, y fueron generosos con los excombatientes. El nuevo régimen conmemoraba anualmente el día de los héroes con la pompa habitual e instauró un nuevo día en conmemoración del supuesto resurgimiento de la unidad nacional en julio de 1914[30]. Sin embargo, los verdaderos intereses de Hitler estaban en otra parte. Su libro *Mein Kampf*, escrito en 1924, ofrecía un plan para evitar los errores de Guillermo II. La próxima vez, decía, Alemania debía evitar el cerco, y —cultivando a Italia y a Gran Bretaña y concentrándose en un «ajuste de cuentas» con Francia, seguido de una invasión de Ucrania— podría conseguirlo. A los pocos días de llegar a la cancillería, Hitler dijo a sus generales que después de hacerse con el control del país su primera prioridad sería el rearme con vistas a «la conquista de un espacio vital en el este y su implacable germanización»[31]. Pese a ser un veterano del Frente Occidental, lo que realmente deseaba revivir era la guerra que Alemania había ganado: la guerra contra Rusia.

La única posibilidad que tenía el mundo de frenar a Hitler sin desencadenar un terrible baño de sangre era actuar antes de que se rearmara y mientras siguieran en vigor las restricciones que aún quedaban del Tratado de Versalles. Pero en el ambiente político de comienzos y mediados de la década de 1930, Alemania no tuvo mucha dificultad para acabar con el nuevo cerco que se había establecido a su alrededor. La victoria había dividido a los Aliados de 1914-1918, y durante la Depresión sus divisiones se intensificaron[32]. Basándose en la derrota de Alemania en 1918, los expertos en planificación del Estado

Mayor de Tokio habían llegado a la conclusión de que Japón debía ser autosuficiente, y la Depresión, que provocó el colapso del comercio de exportación de seda a Estados Unidos y llevó la pobreza a las áreas rurales del norte del país, donde el ejército japonés reclutaba tradicionalmente a sus hombres, se encargó de subrayar ese mensaje[33]. En su afán por conseguir una mayor independencia económica, un grupo de oficiales de rango intermedio organizaron el «Incidente» de Manchuria de 1931-1933, en el transcurso del cual Manchuria se convirtió en un Estado satélite bajo control militar y Japón inició su evolución hacia un régimen autoritario. En 1936 Japón comenzó la colaboración diplomática con Hitler en el Pacto AntiKomintern. También Mussolini se volvió más radical durante la Depresión. Aprovechó el resurgimiento de Alemania para llevar a cabo una política exterior más agresiva y en 1935-1936 emprendió la conquista de Abisinia; cuando acabó la operación, había quemado los puentes que lo unían con la Potencias Occidentales y gravitaba hacia un alineamiento con Hitler que probablemente habría preferido evitar. Por otro lado, la Unión Soviética reaccionó a la toma del poder de Hitler mostrando un nuevo interés (al menos, como opción de último recurso) por cooperar con Occidente, ingresando en la Sociedad de Naciones en 1934 y firmando pactos de seguridad con Francia y Checoslovaquia en 1935, mientras que la Tercera Internacional suspendía su línea revolucionaria. Pero trágicamente fue en ese momento —y no en los años veinte, como habría cabido pensar— cuando el recuerdo de la Primera Guerra Mundial afectó con más intensidad a la política exterior de las potencias atlánticas. Trataré sucesivamente los casos de Francia, Estados Unidos y Gran Bretaña.

Francia era la potencia más directamente amenazada por Hitler, y dada la magnitud de sus fuerzas armadas y su emplazamiento en la frontera de Alemania, su consentimiento

era fundamental para cualquier paso preventivo que se quisiera dar. Parece que las postrimerías de la década de 1920 no marcaron en este país un cambio de actitud con tanta intensidad como en Alemania o Gran Bretaña, aunque desde luego se produjo un incipiente interés por la experiencia bélica. La traducción de la novela de Remarque se vendió bien; proliferaron los libros sobre Verdún; el osario de Douaumont fue inaugurado parcialmente en 1927 y de forma definitiva en 1932, iniciándose la celebración en él de vigilias con carácter regular[34]. Algunas de las novelas francesas de éxito más duradero fueron publicadas en los años treinta, y las organizaciones de excombatientes alcanzaron su máxima influencia a comienzos de esta década, cuando sus militantes superaron los 3 millones y pasaron a representar una cuarta parte del electorado[35]. El secretario general de la CIAMAC fue ministro de Pensiones de 1933 a 1935 y en un momento de crisis fiscal aguda redujo a solo un 3 por ciento los recortes aplicados a las pagas de los casi 1,1 millones de perceptores de pensiones de guerra existentes en Francia. Lo más espectacular fue que durante las algaradas del 6 de febrero de 1934 en París se produjo un enfrentamiento entre la policía y miembros de la UNC y paramilitares de derecha, y el gobierno de izquierdas dimitió en beneficio de otro más conservador presidido por Gaston Doumergue, el signatario en 1917 del acuerdo sobre objetivos de guerra con Nicolás II. Los motines contribuyeron a convencer a muchos izquierdistas de la amenaza fascista que se cernía sobre la democracia francesa, y promovieron la formación de la alianza socialista-comunista-radical llamada Frente Popular, que en las siguientes elecciones de 1936 lograría obtener la mayoría.

Las sospechas de las izquierdas tenían cierto fundamento. La Croix de Feu, fundada en 1928, era bastante parecida al Stahlhelm. Organización originalmente apolítica y confinada a

los excombatientes, dirigida a partir de 1931 por un nuevo líder (el coronel de La Rocque), denunció la corrupción del sistema político, y 6000 o 7000 de sus miembros participaron en las manifestaciones de febrero de 1934[36]. Sin embargo, la mayoría de las organizaciones de veteranos apoyaban cambios más moderados destinados a fortalecer la estabilidad del gobierno sin destruir el sistema democrático, y todas respaldaron las reformas sociales del gobierno del Frente Popular[37]. Aunque la Croix de Feu estaba al mando del coronel de La Rocque y sus militantes desfilaban y llevaban uniforme, las principales organizaciones no estaban ni militarizadas ni eran belicosas. Elegían a sus dirigentes, que raramente eran oficiales del ejército regular, y seguían culpando al Alto Mando del período de 1914-1918 de haber causado bajas innecesarias. Intentaron con tenacidad obtener la rehabilitación de las víctimas de los tribunales marciales de los años de la guerra y consiguieron que se revisara el código de justicia militar. Las principales organizaciones de excombatientes tampoco glorificaron la guerra, y reaccionaron con vehemencia cuando otros, como Mussolini, lo hicieron. Se oponían al desarme unilateral, pero durante los años veinte respaldaron a la Sociedad de Naciones y la política de acercamiento de Briand. En los años treinta, pese a no simpatizar con Hitler, apoyaron el apaciguamiento, y la UNC y la UF estuvieron a punto de manifestarse a favor de la paz a cualquier precio. Muchos veteranos pensaban que combatiendo no se conseguía nada y que (como sostenía el filósofo y veterano Alain [Émile-Auguste Chartier]) rendirse a la creencia de que la guerra era inevitable la hacía efectivamente inevitable[38]. Participaron en manifestaciones internacionales y en federaciones que incluían asociaciones de veteranos alemanes e italianos; en 1934 más de 400 fueron a entrevistarse con Mussolini y ese mismo año el presidente de la UF, Pichat, se entrevistó con Hitler. Pichat asistió también a la Conferencia de

Múnich en 1938 y a su término hizo pública una declaración de apoyo. Sin embargo, el movimiento no estaba unido en lo tocante a esta postura, y en la primavera de 1939 las organizaciones de veteranos se mostraron favorables al rearme, reflejando en este sentido la tendencia de la opinión pública francesa en general[39]. No obstante, la relativa unidad y firmeza con la que Francia entró en la Segunda Guerra Mundial se vieron erosionadas enseguida durante los meses de espera que precedieron al ataque de Alemania en mayo de 1940, y la rapidez del consiguiente colapso refuerza la impresión de que las heridas dejadas por la crisis moral de 1917 realmente no llegaron a curarse nunca[40].

La influencia del recuerdo de la guerra en la opinión pública francesa consistió, pues, en movilizarla a favor del apaciguamiento justo en el momento en el que Hitler habría podido ser frenado con relativamente poco coste. Pero otros factores relacionados con la guerra actuaron en el mismo sentido, y probablemente con más fuerza. El número de hombres con los que podían contar en Francia los expertos en planificación disminuyó a partir de 1935 como consecuencia del descenso de la tasa de natalidad durante el período de 1914-1918. Francia tenía que pagar la mayor parte de los gastos de reconstrucción (solo llegó a cobrar una pequeña parte de la deuda de Alemania en concepto de reparaciones de guerra), y un gran porcentaje del presupuesto se destinó a la devolución de los créditos de guerra y a apoyar a las familias de los caídos y a los inválidos. A diferencia de Alemania, Francia devolvió también las deudas contraídas con Estados Unidos, hasta que dejó de hacerlo. Todos estos factores redujeron la suma disponible para agilizar el rearme. Pero en cualquier caso, buena parte del dinero disponible fue a parar no a la compra de tanques y aviones, sino a la adquisición del acero y el hormigón de la Línea Maginot. Iniciada en 1929 (y bautizada con el apellido de un

excombatiente e impedido que ejercía el cargo de ministro de la Guerra), la Línea Maginot tenía por objeto proteger de una nueva invasión las zonas industriales de la frontera. Temerosos de que otra ofensiva inicial precipitada acabara con unas vidas preciosísimas, las autoridades militares francesas se mostraron partidarias de una estrategia de espera y de aplazamiento, actitud que a su vez venía a subrayar la función indispensable que, a su juicio, tenía Gran Bretaña, consistente en someter a Alemania a un bloqueo y suministrarles a ellos ayuda financiera, barcos y materias primas[41]. La estrategia oficial y la diplomacia francesa habían aprendido demasiado bien las «lecciones» de 1914-1918. Muchos de estos acontecimientos llegaron a su punto culminante con la crisis de Renania de marzo de 1936, cuando Hitler volvió a ocupar la zona desmilitarizada en un momento en el que un gobierno débil de transición ejercía el poder en París durante el período preelectoral, el franco era muy vulnerable y el Estado acababa de contraer un préstamo con el Tesoro británico. El ejército se enfrentaba a una gran escasez de hombres y todavía tenía que emprender un rearme serio. Aunque los servicios de inteligencia militar franceses interpretaron acertadamente las intenciones de Hitler, sobrestimó su fuerza y supuso que una acción de represalia daría lugar a otra larga guerra de desgaste[42]. De ahí que el apoyo de Gran Bretaña se considerara fundamental, pero Londres prefirió aceptar el hecho consumado alemán. A partir de ese momento, los gobiernos franceses se vieron obligados a seguir los pasos de Gran Bretaña (perdiendo así cualquier ventaja militar que pudieran tener al comienzo de la década), y hasta 1939 esos pasos fueron siempre a favor de la conciliación.

La postura de Gran Bretaña se debía en parte a que la política del país se decidía en un contexto global, y no puramente europeo, y a la importancia concedida a Estados Unidos. A pesar de rechazar el Tratado de Versalles, los

estadounidenses intervinieron bastante en Europa durante los años veinte, utilizando su influencia financiera para fomentar la revisión del tratado a favor de Alemania. Sin embargo, durante los años de la Depresión, se volvieron más introvertidos. Dirigieron además su política a evitar los errores del pasado, lo que significaba intentar evitar a través de las llamadas Leyes de Neutralidad no volver a tomar, en la medida de lo posible, la senda que había conducido a la beligerancia en 1914-1917. Este proceso comenzó a finales de la década de 1920, cuando Estados Unidos experimentó el equivalente a las reevaluaciones literarias de la guerra que se produjeron en Europa. Autores como John Dos Passos, E. E. Cummings y Ernest Hemingway pintaron una imagen desilusionada del conflicto, marcada por el escepticismo frente a la autoridad y la desconfianza en los ideales de una generación anterior. Pero estos escritores eran más radicales que pacifistas, sus opiniones quizá no fueran las típicas de los veteranos de la AEF, y desde luego siguió publicándose una literatura convenientemente patriótica. Una encuesta a los estadounidenses que habían prestado servicio como voluntarios conduciendo ambulancias presentaba a la mayoría de ellos todavía convencidos de la validez y la necesidad de su conducta[43]. Más significativo desde el punto de vista político fue el debate que se desarrolló en torno a la neutralidad estadounidense. Desde comienzos de la década de 1930, expertos en derecho e historia internacional, así como las sociedades estadounidenses a favor de la paz, sostuvieron que en el futuro la política del país debía dirigirse no tanto a evitar las guerras como a permanecer fuera de ellas[44].

El senador por Dakota del Norte, Gerald Nye, sacó provecho de esta postura. Político progresista originario de la América profunda, desconfiaba de la minoría dirigente de la costa Este y culpaba de la guerra a los banqueros y a los fabricantes de municiones. En 1934 apareció una multitud de

libros acerca del comercio de armas y Nye aprovechó la ocasión para conseguir que se aprobara la creación de un comité especial de investigación del Senado presidido por él mismo. Utilizó los requerimientos *subpoena* para investigar a fondo los archivos de las empresas armamentistas, y en sus audiencias puso de manifiesto las actividades que habían desarrollado como grupos de presión, sus relaciones con el Departamento de Guerra y de la Marina, y los enormes beneficios que habían obtenido durante la guerra. Al mismo tiempo, tuvieron lugar enormes manifestaciones pacifistas de estudiantes universitarios, y el libro de Walter Millis *Road to War: America, 1914-1917* (Boston, 1934) daba a entender que la intervención estadounidense había ido en contra de los intereses nacionales de Estados Unidos y que un motivo fundamental de la entrada en la guerra habían sido las exportaciones a los Aliados; se vendieron más de 20 000 ejemplares de la obra. El presidente Roosevelt declaró en las sesiones del Comité Nye que, a su juicio, Bryan había tenido razón en favorecer la no intervención en 1915, y pidió al comité que elaborara una ley en este sentido. Aunque creía en una política exterior más activista que Nye, Roosevelt acogió favorablemente las medidas que impidieran que Estados Unidos se viera arrastrado a otra guerra por los derechos de neutralidad, asunto que él consideraba secundario. Por consiguiente, se mostró a favor de las Leyes de Neutralidad de 1935, 1936 y 1937, aunque luego le atarían las manos más de lo que él habría querido. La definitiva Ley de 1937 especificaba que en una guerra o en una guerra civil que pusiera en peligro la paz de Estados Unidos el presidente debía prohibir la venta de armas y municiones y los préstamos a los beligerantes, y asimismo debía proscribir los viajes de ciudadanos estadounidenses en barcos beligerantes. Consiguió poder de discrecionalidad para imponer condiciones de venta al por mayor a la adquisición de mercancías que no fueran armas: es decir, los compradores

debían pagar las mercancías y transportarlas en sus propios barcos, lo que en la práctica beneficiaría a Gran Bretaña y Francia frente a Alemania. Cuesta trabajo no ver estas leyes como un notable intento de cerrar la puerta a la estabilidad y evitar los supuestos errores de los veinte años anteriores. En 1937 las encuestas Gallup mostraron un apoyo público abrumador a la no participación en un conflicto europeo[45]. La Depresión, la crisis de Manchuria y el incremento de la tensión en Europa probablemente contribuyeran a crear este estado de ánimo, al que no fue inmune el propio Roosevelt, que durante la Primera Guerra Mundial había sido secretario asistente de la Marina, aunque en aquellos momentos era en muchos sentidos un wilsoniano desilusionado.

El aislacionismo estadounidense tuvo su equivalente en Gran Bretaña, donde incluso durante la guerra había existido ya una contracorriente crítica, y continuó existiendo después del armisticio. De ese modo, artistas como Paul Nash, Christopher R. W. Nevinson y *sir* William Orpen pintaron lienzos de protesta en 1918-1919, recibiendo al mismo tiempo encargos oficiales como pintores de guerra. La obra de Keynes *Las consecuencias económicas de la paz* centraba su atención en el tratado de paz más que en la guerra, pero ponía en entredicho el valor de la victoria aliada y la sinceridad de sus motivos, y el ensayo *Disenchantment* (1922), de C. E. Montague, periodista del *Manchester Guardian* que había luchado como voluntario en 1914, condenaba también el tratado y comparaba el mundo estable de antes de la guerra con el presente, hueco y apático[46]. En cambio, los principales representantes del movimiento modernista en la literatura ni combatieron en la guerra ni trataron directamente el tema, aunque en la novela de Virginia Woolf *La señora Dalloway* (1925) aparece un oficial con fatiga de combate que se suicida, y la lúgubre imaginería de *La tierra baldía* de T. S. Eliot alude de manera inequívoca al conflicto.

Aun así, teniendo en cuenta las alusiones notablemente tangenciales de la literatura modernista y lo limitado de su difusión, cabe preguntarse si su influencia llegó a ser significativa, y las novelas convencionales más leídas de la época solían ser antialemanas y patrióticas[47]. Rupert Brooke, de cuya obra *1914 and Other Poems* habían llegado a venderse en 1930 unos 300 000 ejemplares[48], siguió siendo el poeta más famoso de la guerra, mientras que muchas publicaciones de tema bélico adoptaron la forma de historias oficiales y de memorias de políticos y generales. Durante los años veinte, los sermones y discursos del día del Armisticio insistieron en que la derrota de Alemania, pese a lo elevado del coste, no había sido ni innecesaria ni en vano[49]. Solo al final de la década pudo apreciarse con claridad un cambio fundamental en las actitudes hacia la guerra, y una vez más ese cambio iría hacia el rechazo y el distanciamiento.

Entre los críticos de 1914-1918 se convirtió en un lugar común decir que el gran arte de la guerra vendría después. En efecto, las conmemoraciones literarias más duraderas vendrían diez años después, y serían obra de autores sólidos, pero no de primera fila. De ese modo, también en Gran Bretaña se produjo un auge de «libros de guerra» entre aproximadamente 1928 y 1931. Empezó antes y duró más que en Alemania, e incluyó obras poéticas y dramáticas, además de novelas y autobiografías. Como corresponsal en el Frente Occidental para el *Daily Chronicle*, Philip Gibbs había escrito reportajes de tono uniformemente optimista. Pero en 1928 su libro *The Politics of War* (publicado en Estados Unidos como *Now It Can Be Told*) supuso un ataque virulento contra los patriotas y los especuladores del frente interno y contra la diplomacia secreta de unos viejos que habían causado la matanza de los jóvenes. En enero de 1929 se estrenó en el Teatro Savoy la obra de R. C. Sherriff *Fin de jornada*. El West End de Londres se había

abstenido hasta entonces de poner en cartel temas de guerra, pero esta obra fue la que tuvo más éxito de las que se representaron. Llegaron a darse 593 funciones y probablemente la vieran medio millón de personas, mientras que del texto se vendieron más de 175 000 ejemplares, haciendo famosa a la editorial Gollancz. Pese a no expresar un mensaje contrario a la guerra, sí que presentaba a los soldados británicos luchando contra la ebriedad y la cobardía la víspera del ataque de los alemanes en marzo de 1918, y muchos veteranos respondían de su autenticidad[50]. Casi igual de notable fue la aparición de la traducción de *Sin novedad en el frente* de Remarque, que llegó a vender 25 000 ejemplares en quince días[51]. En realidad, el auge de las autobiografías había comenzado en Gran Bretaña con la publicación en 1927 de *Guerrilla en el desierto* (titulada más tarde *Los siete pilares de la sabiduría*) de T. E. Lawrence, seguida de *Undertones of War*, de Edmund Blunden, y de *Memoirs of a Fox-Hunting Man*, de Siegfried Sassoon, ambas de 1928; en 1929 aparecieron *Adiós a todo eso*, de Robert Graves (que le reportó a su autor lo suficiente para retirarse a vivir en Mallorca), *La muerte de un héroe*, de Richard Aldington, y *A Subaltern's War*, de Charles Carrington. En 1930 se publicaron las *Memoirs of an Infantry Officer*, de Sassoon, y *Her Privates We*, de Frederick Manning, y en 1933 *Testament of Youth*, de Vera Brittain. En una reseña sobre los libros de guerra en 1930, el crítico H. M. Tomlinson decía del conflicto que había sido «el mayor trastorno para la humanidad desde que los glaciares empujaron a nuestros antepasados cazadores hacia el sur»[52]. Las novelas de guerra convencionales de 1929-1930, a diferencia de las publicadas diez años antes, predicaban la fraternidad internacional y denunciaban la guerra como un despilfarro[53]. Las *War Memoirs* de Lloyd George, otro *best seller* aparecido en 1933-1936, culpaban de la guerra a un accidente, más que la agresión de los alemanes, y supusieron una polémica continuada

contra Haig[54]. En *The Real War* (1934), el asesor militar del exprimer ministro, *sir* Basil Liddell Hart, amplificó el caso con una condena de la estrategia en el Frente Occidental y del Alto Mando, afirmando que el factor principal de la victoria final había sido el bloqueo[55]. El fenómeno se extendió al cine: la versión estadounidense de *Sin novedad en el frente* fue un gran éxito en Londres y poco después vino la plasmación cinematográfica de *Fin de jornada*. Estas películas rompieron con el tono laudatorio de los documentales de guerra producidos (a veces con ayuda gubernamental) durante los años veinte, y probablemente llegaran a más gente que todas las demás manifestaciones del auge de la guerra juntas[56].

Muchos de los libros de guerra más destacados salieron de la pluma de un grupo de oficiales (fueron muy pocos los escritos por soldados rasos) que se conocieron durante la contienda. Graves contribuyó a que destinaran a Sassoon al hospital de Craiglockhart para los afectados de fatiga de combate en 1917, después de que este último pidiera que se pusiera fin a la guerra en una carta al *Times*; en Craiglockhart Sassoon conoció a Wilfred Owen y le dio a conocer el libro de Barbusse *El fuego*, que causó una vivísima impresión a los dos. Blunden, otro de los principales autores de libros de memorias, publicó en 1931 la primera edición completa de los versos de Wilfred Owen (aunque durante los años treinta la obra de este se vendiera todavía muy poco). La nueva literatura británica (como la de Barbusse, Remarque y Hemingway) se dedicaba fundamentalmente a describir experiencias de guerra individuales. Como género, estas obras no carecían de precedentes, pero las guerras del siglo XIX habían generado pocos ejemplos de este tipo. Su ventaja consistía en que pasaban por alto la alta política de la estrategia y la diplomacia y destacaban episodios marcados por el horror, el patetismo, la confusión y las situaciones absurdas[57], como en la llamativa descripción que

hace Graves del ataque con gas en Loos. Esto no significa que los autores de libros de guerra fueran pacifistas. Tras protagonizar aquel gesto de protesta, Sassoon se reincorporó a su regimiento. Owen yuxtaponía los sufrimientos del Frente Occidental y la autocomplacencia y el patrioterismo vigentes en Gran Bretaña, pero el debate fundamental que aparece en su famoso «Prefacio» trata acerca del lenguaje más adecuado para describir la guerra, que debía desdeñar el romanticismo y la grandilocuencia. No obstante, los autores de autobiografías eran dolorosamente conscientes de lo que costaba la guerra a los combatientes, y tenían la autoridad que otorgaba el testimonio personal. Además, escribían sabiendo que pertenecían a un movimiento internacional: uno de los principales comentarios de las reseñas del libro de Remarque, por ejemplo, subrayaba que el autor ponía de manifiesto los rasgos comunes de las experiencias de los soldados alemanes y aliados[58]. Un tópico de los libros de memorias era señalar el vínculo existente entre los soldados de todas las naciones, creado por unos recuerdos incomunicables excepto entre ellos, y el abismo que los separaba de los demás. Lo que intentaban los nuevos autores era tender un puente sobre ese abismo y lo consiguieron con un éxito considerable.

Graves y Sassoon observaban que se necesitaba un largo intervalo antes de poder escribir con el distanciamiento suficiente, dado que su finalidad era en gran medida autoterapéutica. La comparación con el intervalo similar que precedió a las exploraciones artísticas de la intervención militar estadounidense en la guerra de Vietnam muchos años después es obvia, aunque bien elocuente. Sin embargo, no fue simplemente que los escritores prefirieran esperar. El auge inicial de las construcciones conmemorativas y de los ritos recordatorios habían dejado bien claro el interés público constante por la guerra, y la puerta de Menin y el Arco de Thiepval fueron

concluidos durante el auge de los libros de guerra; en 1930 firmaron en el libro de visitas de la Puerta de Menin 100 000 personas en un período de solo tres meses[59]. Pero paradójicamente antes de finales de la década de 1920 las editoriales no habían considerado que hubiera un gran mercado para los testimonios personales desilusionados y los directores cinematográficos se habían curado en salud tocando solo temas de aventuras y patrióticos. El final de la década fue testigo de un cambio de actitud y de un planteamiento distinto. Se ha visto un motivo de ese cambio en la huelga general de 1926. Su lenguaje belicoso y la interrupción de la vida cotidiana revivió en cierto modo el ambiente de la guerra: la derrota de los sindicatos quizá simbolizara el fin de la transición de posguerra y el comienzo de algo nuevo[60]. En 1929 la elección de un gobierno laborista, encabezado por pacifistas de la época de la contienda (entre ellos, Ramsay MacDonald en el cargo de primer ministro), los comienzos de la Gran Depresión, y el resurgimiento del nacionalismo alemán quizá contribuyeran a dar la impresión de que se había hecho una guerra para nada y que Europa se dirigía hacia otro período prebélico[61]. Se desarrolló la noción, que todavía no era un tópico antes de los años treinta, aunque luego lo haya sido, de que los sacrificios de 1914-1918 habían sido inútiles. Tanto en Gran Bretaña como en Alemania el recuerdo de la contienda configuró los años de entreguerras y al mismo tiempo el conflicto fue reevaluado a la luz de la experiencia posterior. En efecto, los cambios culturales más o menos simultáneos que se produjeron en los dos países a finales de la década de 1920 impulsaron a uno en una dirección beligerantemente nacionalista y al otro en una dirección pacifista.

A diferencia de Alemania, en Gran Bretaña no se dio una fuerte reacción patriótica contra la nueva tendencia literaria, aunque ciertos oficiales del ejército y algunos críticos literarios

más viejos se mostraron especialmente severos; así, por ejemplo, los comentarios realizados en 1930 en las obras de dos historiadores, *The Lie about the War*, del Dr. Jerrold, y *War Books*, de Cyril Falls, hacían hincapié en los elevados motivos de la guerra e insistían en sus grandes logros. Ninguno de los dos, sin embargo, presentaba románticamente el conflicto armado como una realización del individuo ni como una purificación de la sociedad, tal como hacía Jünger. Además, a finales de la década de 1920 y comienzos de la década de 1930 hubo indicios de una reevaluación política y cultural del papel de Gran Bretaña, y el auge de los libros de guerra debe ser visto como un elemento que forma parte de un fenómeno más grande. El gobierno laborista fue en cierto modo un soplo de aire fresco, por ejemplo al responder positivamente a la larga campaña en favor de la abolición del «castigo en campaña n.º 1», consistente en sancionar a los soldados atándolos a la rueda de un cañón. En 1929 se hicieron en la Cámara de los Comunes algunos llamamientos a favor de poner fin al día del Armisticio, pero el Partido Laborista decidió seguir celebrando la ceremonia, aunque restringiendo la presencia militar. En los años treinta, durante las conmemoraciones del 11 de noviembre, los discursos y los comentarios de la prensa, incluso los de derechas, hacían más hincapié del que solía hacerse antes en que la de 1914-1918 debía ser una guerra que acabara con la guerra, y en que nunca debía volver a haber otra conflagración como aquella[62]. Del mismo modo, la Legión Británica apoyó a la Sociedad de Naciones y el desarme y durante la crisis de Checoslovaquia de 1938 su presidente, Frederick Maurice, voló a Alemania para entrevistarse con Hitler[63]. Sin embargo, igual que en Estados Unidos, mientras que los grupos más vetustos como la Legión, la Unión por la Sociedad de Naciones y la UDC apoyaban la seguridad colectiva, a comienzos de la década de 1930 apareció un movimiento pacifista más radical y

unilateral. Los miembros de la Unión por el Compromiso con la Paz (PPU, por su siglas en inglés) fundada en 1935 por el reverendo Dick Sheppard, se comprometían a no combatir bajo ninguna circunstancia en otra guerra (en 1939, 150 000 personas habían adquirido este compromiso), y en 1933 el Women's Cooperative Guild empezó a vender amapolas blancas el día del Armisticio para conmemorar a los muertos de las Potencias Centrales, además de los del bando aliado. Ese mismo año, los estudiantes de la Oxford Union Society votaron a favor de una resolución por la que se comprometían a no combatir nunca por el rey ni por la patria, y la conferencia del Partido Laborista en Hastings apoyó la convocatoria de una huelga general en caso de guerra. Aunque en Gran Bretaña no hubiera Comité Nye, el país supo también lo que era la agitación contra el comercio de armas y una Comisión Real elaboró un informe sobre la fabricación y venta de armamentos; el Partido Laborista votó en el Parlamento contra los presupuestos de Defensa hasta 1937.

Así pues, la opinión pública británica, lo mismo que la estadounidense, alcanzó sus cotas más altas de aislacionismo precisamente en el momento en el que se necesitaba una acción preventiva rápida si se quería frenar a Hitler antes de que pudiera iniciar una guerra de gran envergadura. Esa oportunidad fue muy breve, pues en 1933 el Führer empezó una campaña secreta de rearme, en 1935 anunció la reintroducción del servicio militar obligatorio y de la fuerza aérea, y en 1936 volvió a ocupar Renania. Al mismo tiempo habría que tener un poco de cautela antes de atribuir la pasividad británica simplemente al recuerdo de la contienda de 1914-1918. Muchos otros factores fomentaron el distanciamiento del país respecto al continente, entre otros el hundimiento del comercio mundial y los nuevos disturbios en el imperio. Durante los años treinta, el horror de la guerra se

personificó no solo en el Somme y Passchendaele, sino también en otras nuevas pesadillas, particularmente la del ataque aéreo. Además, los políticos exageraron hasta qué punto se hallaban atados de pies y manos por el nuevo estado de ánimo de la población. Un buen ejemplo nos lo proporcionan las elecciones parciales del distrito de East Fulham de 1933, en las que el candidato laborista derrotó al candidato de la coalición del gobierno de la nación; después, el primer ministro citaría este resultado como un motivo para justificar el aplazamiento de una nueva campaña de rearme. En realidad, el candidato laborista era un excombatiente laureado que apoyaba la seguridad colectiva y la Sociedad de Naciones, y el principal tema de la campaña electoral había sido la vivienda[64]. Sin embargo, y una vez hechas todas las salvedades, resulta difícil no ver en el rechazo público a los sucesos de 1914-1918 (y en la hostilidad de los Dominios a su repetición) un poderoso factor a favor del apaciguamiento, al menos hasta 1938. En efecto, los políticos y las autoridades compartían el estado de ánimo de la población, y un elemento destacado de su política y su estrategia fue el afán de evitar lo que se consideraban los errores del pasado. De ese modo, se resistieron a que el Estado Mayor británico y el francés entablaran conversaciones secretas, que tuvieron lugar por primera vez cuando Hitler volvió a ocupar Renania, e incluso entonces solo duraron dos días. La elaboración de ulteriores planes conjuntos debería esperar hasta la primavera de 1939. Durante los años treinta, la BEF era menos numerosa y tenía unos equipamientos más anticuados que en 1914, y hasta 1937 estuvo adiestrándose principalmente para defender Egipto (además de preocuparse cada vez más por permanecer alerta en Palestina, donde había estallado una sublevación de los árabes contra la inmigración judía), mientras que el Tesoro, teniendo presentes en todo momento los apuros financieros de Gran Bretaña en 1917 y las Leyes de Neutralidad estadounidenses,

advirtió de la inconveniencia de un rearme prematuro y de las dudosas perspectivas en caso de un conflicto largo. En cualquier caso, al final cambió la marea. La Guerra Civil española debilitó los sentimientos pacifistas de la izquierda, y cuando se produjo la crisis de Múnich de 1938 las encuestas de opinión indicaron que las opiniones estaban divididas y que una minoría importante simpatizaba con Checoslovaquia y criticaba las políticas de apaciguamiento de Neville Chamberlain[65]. Por último, en agosto de 1939 una mayoría del 76 frente al 19 por ciento decía que estaba dispuesta a luchar contra los alemanes si estos atacaban Polonia o Danzig[66]. Por terrible que fuera el recuerdo de la Primera Guerra Mundial, al final no impidió a la opinión pública británica aceptar una segunda vuelta.

Esta conclusión refuerza nuestro punto fundamental. No existió un recuerdo único o uniforme de la experiencia de la guerra, y el fenómeno no puede reducirse a una sola fuerza determinante. Por el contrario, había muchos recuerdos, que variarían dentro de cada país, de un país a otro y también de un momento a otro. Tanto en Alemania como en la Europa occidental, el significado de la guerra fue interpretado de maneras muy diversas en los años treinta y en los veinte, y los vencidos y los vencedores extrajeron conclusiones contrapuestas. Además, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial en Europa en 1939 y su transformación en guerra global en 1941, los recuerdos del conflicto anterior perdieron buena parte de su significación política. Para la mayoría de los países participantes en él, el impacto del nuevo conflicto por su número de bajas y por lo que supuso como alteración de la vida cotidiana fue mucho mayor. Incluso en Gran Bretaña, donde cabría pensar que ese impacto fuera menor, el día del Armisticio fue suspendido de 1939 a 1945, aunque la venta de amapolas continuó y siguió celebrándose el Domingo del Recuerdo[67]. A nivel de los altos mandos militares y de los políticos, sin

embargo, las «enseñanzas» del conflicto anterior siguieron teniendo una influencia perceptible sobre los líderes de la Segunda Guerra Mundial, muchos de los cuales habían realizado su aprendizaje en ella y esta vez tenían la intención de hacer las cosas mejor. La primera guerra no solo fue un requisito esencial de la segunda, sino que además determinó la forma en que se lucharía (o no se lucharía) en ella. En gran medida, esta generalización puede aplicarse tanto a las potencias del Eje como a los Aliados.

El precedente de 1914-1918 fue menos relevante para los japoneses y los italianos, que combatían contra sus antiguos socios, en escenarios distintos y en condiciones muy distintas. En 1940 Mussolini probablemente intentara repetir la estrategia de Salandra y Sonnino en 1915, esperando llevar a cabo una operación rápida y fácil que reforzara su posición en el interior y protegiera la independencia de Italia asegurándole una parte del botín de la victoria. Su error de cálculo fue incluso más grave que el de sus antecesores, en lo concerniente no solo a la duración y el coste de la guerra, sino también a la identidad de los vencedores, y una vez más ese error de cálculo acabó con el régimen italiano. En Alemania, en cambio, tanto el ejército como la fuerza aérea, recién creada en los años treinta, prestaron mucha atención a las enseñanzas tácticas de la Primera Guerra Mundial, incluida (en el caso del ejército) la importancia de que los soldados y los oficiales de graduación intermedia actuaran bajo su propia responsabilidad, y (en el caso de la Luftwaffe) la necesidad de concentrar las fuerzas y obtener la superioridad aérea en apoyo de las operaciones del ejército[68]. Cuando estalló la guerra, la armada solicitó urgentemente recursos inmediatos para llevar a cabo una guerra submarina sin restricciones y el empleo activo de barcos de superficie para evitar la desmoralización de las tripulaciones[69]. En el terreno de la estrategia, durante la República de Weimar (mientras Groener

fue ministro de Defensa) el ejército volvió a ceñirse a los principios de Schlieffen: debía utilizar la tecnología moderna para obtener el efecto sorpresa y la táctica de envolvimiento, y tenía que conseguir victorias definitivas, evitando en lo posible una nueva guerra de desgaste[70]. (A pesar de estas consideraciones, la planificación de la ofensiva de mayo de 1940 en Europa occidental no consistió en la repetición de 1914, sino en un ataque contra los Países Bajos dirigido contra los británicos.)[71] Del mismo modo, situándonos en el nivel más alto, el propio Hitler, que reflexionó ampliamente sobre cómo habría podido hacerse la primera guerra de una manera distinta (y que la recordaría en todo momento durante la segunda), pretendió avanzar —al menos en primera instancia— asestando golpes rápidos y repentinos contra víctimas aisladas y manteniendo divididos a sus enemigos potenciales. Si la guerra de 1914 empezó por un incidente en los Balcanes y en el año equivocado, según Hitler, las guerras futuras debían empezar en momentos y circunstancias escogidos por él, si era preciso utilizando como pretexto asesinatos orquestados de antemano[72]. Según él, la Alemania guillermina se había equivocado intentando hacer las cosas de manera incompleta, y se había enfrentado innecesariamente a Gran Bretaña. De ahí su esperanza, al menos al principio, de ganarse el favor de Londres absteniéndose de emprender una expansión naval y colonial, y dando prioridad, en cambio, a la recreación del sometimiento de la Europa del Este conseguido en 1918. Tras la firma (por orden de Hitler) del armisticio con Francia en 1940 en el mismo vagón de tren en el que se había firmado el de 1918, se apoderó de él una sensación de venganza y Goebbels llegó a decir que tuvo «una impresión de volver a nacer», mientras que el káiser, desde su exilio en Holanda, telegrafió felicitándolo por el logro en unas cuantas semanas de lo que anteriormente había sido imposible conseguir en cuatro años. Una vez más, Hitler

eligió el aniversario del armisticio de 1918 para llevar a cabo la ocupación total de Francia el 11 de noviembre de 1942[73]. Por otro lado, reconoció la importancia de evitar una nueva «puñalada por la espalda» manteniendo unos niveles de vida elevados entre la población civil[74]. Las reservas de productos alimentarios y de materias primas eran mayores en 1939 que en 1914, y los controles de precios y salarios permitieron moderar mejor la inflación. En parte porque pudo desvalijar al resto de Europa y sacar provecho de la mano de obra forzada, los niveles de vida de Alemania quedaron mejor protegidos que durante el anterior conflicto, aunque la represión fue mucho más dura en el ejército y entre la población civil[75]. De hecho, el miedo a nuevas acusaciones de puñaladas por la espalda cohibió a los líderes conservadores que se oponían a Hitler[76]. El Führer extrajo además otras conclusiones más siniestras del anterior conflicto, culpando a los judíos de la desmoralización del frente interno alemán y comentando en *Mein Kampf* que si hubieran sido eliminados entre 12 000 y 15 000 de ellos los sacrificios del Frente Occidental no habrían sido en vano[77]. Por otra parte, su atribución de la debacle de 1918 a la debilidad interna comportaba una infravaloración de la aportación de Estados Unidos y del potencial militar de los estadounidenses, que lo indujo a restar importancia al hecho de declararles la guerra en 1941[78]. Quizá sencillamente prestara menos atención a las lecciones impartidas por el anterior conflicto cuando la Segunda Guerra Mundial empezó a desarrollar su propio carácter distintivo y él mismo se volvió más impaciente. De ese modo, cuando Gran Bretaña no respondió a sus insinuaciones de pacificación tras la caída de Francia, se lanzó a la invasión de Rusia sin tener en cuenta los peligros de un conflicto en dos frentes. Aunque al principio intentó evitar la megalomanía de Guillermo II, desarrolló unas ilusiones mucho peores, achacables solo a él mismo.

En el bando aliado, la influencia del complejo de la Primera Guerra Mundial probablemente fuera incluso mayor. Entre los grandes líderes, del que sabemos menos es de Stalin, si bien su renuencia a tomar precauciones frente a un ataque en 1941 quizá se debiera a su preocupación por el hecho de que la movilización de Rusia en 1914 había precipitado innecesariamente el conflicto. Tampoco había olvidado la intervención aliada en 1918 y la guerra polaco-soviética de 1919-1921, aunque tuviera muchos otros motivos para desconfiar de Occidente y de los polacos. En un momento de jocosa familiaridad con Churchill, reconoció que sus objetivos de guerra (que incluían la creación de un Estado tapón en Polonia, el derecho de paso gratuito por los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, y ganancias territoriales a costa de Turquía) tenían mucho en común con los de los zares. Sobre los socios atlánticos de Stalin, en cambio, sabemos mucho más. Gran Bretaña y Francia empezaron comportándose con extrema cautela, aconsejando a Polonia en la crisis de 1939 que evitara una movilización prematura por miedo a provocar una reacción en cadena y una guerra por accidente, aunque en el mes de agosto firmaron también una alianza con Varsovia con la esperanza de que no se repitiera la incertidumbre en torno a la posición de Londres que supuestamente había dado alas a los alemanes y los había animado a adoptar una política de máximo riesgo en julio de 1914[79]. Durante el período de la guerra falsa se abstuvieron de llevar a cabo ofensivas iniciales masivas según el modelo de 1914, por no decir que se abstuvieron de hacer nada en absoluto. Influidos tal vez por los argumentos de Liddell Hart, depositaron buena parte de su confianza en el bloqueo y en un posible colapso de la economía de guerra alemana o incluso en una revolución antinazi; la confianza absurda en semejantes posibilidades era lo que había sustentado en primera instancia su disposición a asumir el riesgo de la

guerra y comportaba una interpretación gravemente errónea de lo ocurrido en 1918[80]. También se sacaron del conflicto anterior otras enseñanzas más positivas, por ejemplo la elaboración de planes de movilización económica por parte de Francia[81] y la rápida restauración de los convoyes marítimos en Gran Bretaña (a decir verdad, la Royal Navy se mostró demasiado autocomplaciente frente a los submarinos)[82], pero su preocupación primordial fue no arriesgarse a un desastre estratégico y arruinar la moral de la población civil repitiendo batallas como la del Somme. Sin embargo, a menos que las ilusiones de los Aliados acerca de la debilidad de Alemania resultaran justificadas, esta doctrina no dejaba claro ni mucho menos cómo podrían ganar la guerra antes de quedarse sin fondos.

Tras la campaña de 1940 y la salida de Francia bajo la jefatura de Pétain —el héroe de Verdún, pero también un hombre que conocía el verdadero coste de la guerra y había revelado sus tendencias derrotistas en marzo de 1918—, el liderazgo del bando occidental pasó primero a Londres y luego progresivamente a Washington. Roosevelt había mostrado sus simpatías por las Leyes de Neutralidad en la medida en que impedían poner en juego el prestigio nacional para proteger los derechos de la neutralidad. No excluía la intervención, pero solo en defensa de intereses nacionales fundamentales. De hecho, no creía en absoluto que fuera preciso declarar el estado de guerra, prefiriendo actuar con flexibilidad y según su arbitrio. Las Leyes de Neutralidad fueron revisadas en 1939 para permitir ventas de armas al contado a países beligerantes (lo que en la práctica significaba a los Aliados), pero aun así Gran Bretaña se quedó sin divisas en el invierno de 1940-1941, y a partir de ese momento continuó combatiendo una vez más solo con la ayuda de Estados Unidos, aunque esta vez dispensada no a través de créditos, sino a través de la agencia creada en virtud de la Ley de

Préstamo y Arriendo de marzo de 1941. Una vez que Estados Unidos entró en la guerra, la reacción contra la diplomacia de la Primera Guerra Mundial continuó. No hubo Catorce Puntos, entre otras razones porque Roosevelt quería negar a Hitler la oportunidad de intentar entablar negociaciones antes de ser vencido, postura confirmada por la doctrina de la «Rendición Incondicional» que Churchill y él hicieron pública en Casablanca en 1943[83]. El enemigo debía ser derrotado por completo, y recordando el acuerdo al que se llegó al término de la guerra Roosevelt pensó que el principal peligro era que la desunión de los vencedores permitiera otra vez al enemigo recuperarse. De ahí su concepto de los «Cuatro Policías», según el cual la vigilancia del mundo de posguerra debía correr a cargo de los estadounidenses, los británicos, los soviéticos y los chinos. Este principio se encarnaría en la responsabilidad primordial de velar por la paz y la seguridad internacional asignada al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que, a pesar de las semejanzas superficiales que pudiera tener con ella, debía funcionar de manera muy distinta a la Sociedad de Naciones[84]. A diferencia de Wilson, Roosevelt estaba decidido también a mantener el apoyo bipartidista en el Congreso (por ejemplo, incluyendo a los republicanos en la delegación estadounidense en la conferencia fundacional de la ONU celebrada en San Francisco). Estados Unidos tampoco insistiría (como había hecho después de 1918) en el reembolso de los créditos de guerra, cancelando la mayor parte de los contratos de Préstamo y Arriendo. Intentaría restablecer y mantener una economía mundial abierta a través de su presencia como miembro fundacional en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional, y luego en el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT). Mantendría unas fuerzas militares poderosísimas y una cadena de bases y derechos de utilización del espacio aéreo en todo el mundo. En resumen, su

política exterior sería activa e intervencionista, aunque esta vez con el apoyo de los dos partidos.

Pero los objetivos estadounidenses eran hasta cierto punto contradictorios. Roosevelt no quería tratados secretos interaliados que anticiparan los convenios de posguerra, y frenó en 1942 la conclusión de un tratado anglo-soviético que habría garantizado a Stalin las fronteras que tenía en 1941. Otro obstáculo importante para el entendimiento con Stalin fue el retraso de los occidentales en organizar un «segundo frente» en la Europa noroccidental, aunque la principal razón de ese retraso fueron las vacilaciones británicas, causadas en parte por el temor de Churchill a que los británicos sufrieran unas bajas semejantes a las de 1916-1918[85]. Aviniéndose a emprender la estrategia del Mediterráneo y aplazando el establecimiento del segundo frente hasta 1944, lo que hizo esencialmente Roosevelt fue que la colaboración con Londres tuviera prioridad sobre la colaboración con Moscú. Incluso su política con Alemania fue un tanto esquizofrénica. Por un lado, era propenso a aplicar una dureza mucho mayor que la mostrada después de la Primera Guerra Mundial, como puso de manifiesto su apoyo en 1944 al Plan Morgenthau, ideado por su secretario del Tesoro, de dividir Alemania y convertirla en un país de economía puramente agrícola. Por otra parte, los expertos en planificación del Departamento de Estado preveían una Alemania próspera y democratizada capaz de reintegrarse finalmente en la comunidad atlántica. Estos planteamientos derivaban de las distintas enseñanzas sacadas de las experiencias del período de 1914-1918 y de los años de entreguerras, y en último término se basaban en que los dos principios se llevaran a efecto.

Hasta cierto punto, los planes elaborados durante la guerra se pusieron en práctica después de 1945. Estados Unidos alivió la situación de Alemania y de la Europa ocupada con más generosidad que después de 1919. Alemania y Japón fueron

ocupados, desmilitarizados y democratizados desde arriba, y sus economías fueron mantenidas mientras se decidía su futuro. Sin embargo, a partir de 1947-1948, con el lanzamiento del Plan Marshall en Europa y su equivalente en Japón, el «Rumbo Invertido», el interés primordial de la diplomacia estadounidense serían las tensiones creadas dentro de la segunda alianza establecida durante la guerra, y los enemigos vencidos, las potencias del Eje, serían mantenidos a raya en gran medida gracias a los acuerdos alcanzados dentro del campo occidental y no a través de la colaboración con Moscú. La guerra fría entre soviéticos y estadounidenses se intensificó hasta alcanzar un nivel sin precedentes con las tensiones franco-anglo-estadounidenses de los años veinte, y la política internacional entró en una nueva era, en la que las lecciones de 1919 se volvieron cada vez menos relevantes, aunque durante muchos años los occidentales seguirían obsesionados con la pesadilla de un acercamiento germano-soviético semejante al del Tratado de Rapallo. Pero, según parece, mientras los nuevos acuerdos de posguerra evolucionaban conforme a unas líneas totalmente imprevistas en un mundo remodelado por un conflicto aún más devastador, el legado y los recuerdos de la guerra de 1914-1918 desaparecieron del primer plano de los acontecimientos contemporáneos.

21

La conclusión: la guerra se convierte en historia

A mediados del siglo XX, la humanidad había completado un segundo ciclo tras vivir el estallido, el desarrollo y el final de una gran guerra mundial. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y con la reconstrucción de posguerra, la importancia de la Primera Guerra Mundial como precedente disminuyó. En las nuevas crisis, como la de Corea o la de Suez, los líderes occidentales buscaron las enseñanzas de la experiencia de los años treinta en lugares como Manchuria, Renania o Múnich. Durante la crisis de los misiles de Cuba, se cuenta que el presidente Kennedy se dejó influir por la lectura de uno de los libros más vendidos sobre la crisis de 1914, *Los cañones de agosto*, de Barbara Tuchman, pero lo cierto es que las analogías de las que habló con el comité ejecutivo de su Consejo Nacional de Seguridad hacían referencia a Múnich, Pearl Harbor, Suez y Hungría, y a medida que la crisis se fue agravando prescindieron por completo de los paralelismos históricos[1]. En la medida en que los líderes de las superpotencias contemplaran llevar a cabo operaciones militares, las enseñanzas de Stalingrado, Normandía e Hiroshima les parecerían más relevantes que las de Tannenberg o las de Ypres. Momentos críticos del período de entreguerras, como el tema de las reparaciones, ya no interesaban; los traspasos de población permitieron fijar más o

menos las fronteras orientales de Alemania; Alsacia-Lorena (anexionadas de nuevo por Hitler en 1940) volvieron definitivamente a Francia; y el Sarre (tras una década de disputas a veces enconadas) pasó a Alemania occidental. Bien es verdad que en otros lugares la redistribución imperial llevada a cabo después de 1918 había creado una serie de bombas de relojería, varias de las cuales tardaron décadas en detonar. Checoslovaquia y Yugoslavia se desintegraron en la década de 1990: la primera de manera pacífica, pero la segunda no. Otras entidades constituidas al término de la Primera Guerra Mundial sufrieron el azote de la violencia entre sus comunidades, como, por ejemplo, Ruanda (creada a partir del territorio colonial del África Oriental Alemana cedido a Bélgica), el Líbano (ampliado por los franceses en 1920 para incorporar más población musulmana en una zona en la que solo había una pequeña mayoría cristiana maronita) o Irlanda del Norte, que fue establecida a raíz de la firma del Tratado Angloirlandés de 1921. Otras conservaron la unidad por medio de un gobierno autoritario, especialmente Irak, que los británicos crearon precipitadamente a partir de tres provincias otomanas, con una inestable combinación de kurdos en el norte y de musulmanes sunníes y shiíes en el centro y en el sur, donde los administradores coloniales trazaron de manera arbitraria una frontera con Kuwait. Por último, en Palestina, donde el mandato británico fue ratificado en 1920 y donde la inmigración judía aumentó vertiginosamente debido a la depresión económica y a la persecución antisemita de la década de 1930, surgió un nuevo conflicto étnico cuyas consecuencias tendrían una repercusión aún mayor. Pero muchos de los dientes del dragón sembrados durante la guerra permanecerían soterrados hasta mucho más tarde. La destrucción de los imperios austrohúngaro, otomano y alemán abrió un abanico de nuevas disputas por la sucesión en sus antiguos territorios, pero

sus vínculos con la Gran Guerra son muchos menos directos que los que unen a esta con el fascismo o el nazismo, con la Gran Depresión de 1929 y con los orígenes de la Segunda Guerra Mundial.

En adelante, los legados de 1914-1918 dejarían de figurar en la agenda política internacional. Los campos de batalla de la guerra conservaron un poder simbólico como escenarios de gestos de reconciliación, como, por ejemplo, cuando Charles de Gaulle y Konrad Adenauer visitaron Chemin des Dames antes de firmar el tratado de amistad franco-alemán de 1963, o cuando en 1984 François Mitterrand y Helmut Kohl se estrecharon la mano en Verdún. Sin embargo, para la gente corriente el impacto de la guerra continuó siendo muy real. Casi tres mil mutilados británicos seguían recibiendo atención médica en la década de 1970[2]. Pero en Gran Bretaña el número inferior de pérdidas sufridas durante la Segunda Guerra Mundial —si bien, proporcionalmente, las bajas en la batalla de Normandía de 1944, por ejemplo, fueron más numerosas que las sufridas en la tercera batalla de Ypres—[3] quizá anestesiara la herida infligida por el conflicto anterior en la memoria colectiva. Aunque a partir de 1945 se reanudó el ciclo ritual de conmemoraciones, el momento de silencio del 11 de noviembre fue sustituido por el Domingo del Armisticio, perdiendo una gran parte de su carga emotiva. En la Unión Soviética, en cambio, el sacrificio que supuso la segunda guerra fue infinitamente superior, y la estructura monumental y conmemorativa creada en Occidente durante los años veinte fue imitada en Rusia a partir de 1945, pero a una escala mucho más impresionante. También en la mayoría del resto de los países beligerantes la Segunda Guerra Mundial fue más traumática y destructiva que la Primera, y no es de extrañar que a todos los que no se encontraran personalmente afectados les pareciera que esta podía ser ya relegada en todos los sentidos a la historia.

La historización de la guerra había empezado mucho antes; de hecho, en el curso del conflicto ya se habían hecho planes para que se escribieran historias oficiales; así lo hizo, por ejemplo, en Gran Bretaña, el departamento de historia del Comité de Defensa Imperial del gabinete. Buena parte de los estudios del conflicto llevados a cabo en el período de entreguerras adoptaron la forma de testimonios personales en autobiografías y libros de memorias, aunque también aparecieron historias más generales, con frecuencia escritas por individuos que habían participado en los hechos. Además, cantidades enormes de fuentes fueron del dominio público en fecha notablemente temprana. Una de las primeras obras que ofrecieron información fue la serie de estudios multinacionales sobre la dimensión económica y social de la guerra publicados por la Fundación Carnegie para la Paz Internacional durante los años veinte y treinta. Otra fue el montón de documentos diplomáticos anteriores a 1914 que fueron publicados debido a la controversia sobre la culpabilidad de la guerra[*], aunque lo cierto es que la diplomacia durante la contienda y la conferencia de paz siguieron siendo una *terra incognita* durante mucho más tiempo. Una tercera fue el conjunto de historias oficiales de las operaciones militares y navales producidas, entre otros, por el Imperio austrohúngaro, Gran Bretaña, los Dominios, Francia, Alemania, Italia y Turquía. En cierta medida llevaban la marca de su procedencia. El autor principal de la historia oficial británica del Frente Occidental, *sir* James Edmonds, contempló la producción de un relato que pudiera ser utilizado en las academias militares. Contrastó sus datos con los comentarios de los mandos supervivientes, suprimió sus reservas personales en lo concerniente a la actuación del GHQ y, especialmente a raíz de la andanada lanzada contra Haig por Lloyd George en sus memorias, trató de rehabilitar póstumamente la figura del comandante general[4]. La historia oficial del bloqueo, en

cambio, fue considerada tan reveladora que permaneció clasificada hasta 1961[5]. En Alemania, por su parte, los antiguos oficiales responsables de escribir la historia oficial de las operaciones terrestres intentaron recuperar el prestigio del GGS con el argumento de que el Plan Schlieffen había sido una «receta para la victoria» que Moltke el Joven había adulterado y utilizado equivocadamente[6]. A pesar de todos estos inconvenientes, las publicaciones oficiales del período de entreguerras proporcionaron a los autores de época posterior una valiosísima cantera de material de primera mano y un marco para la interpretación y el debate.

Pero lo hicieron solo después de un tiempo. Durante la Segunda Guerra Mundial y, lo que es más sorprendente, durante una década después de que acabara, se publicaron pocas obras dignas de mención sobre su predecesora. Incluso entre los historiadores académicos, la Primera Guerra Mundial parecía haber quedado eclipsada y relegada al olvido. Solo a partir de 1960 aproximadamente empezó una segunda oleada de estudios que podemos afirmar que han conservado su fuerza desde entonces. Si las ediciones de documentos durante el período de entreguerras constituyeron una primera revolución de los testimonios, la desclasificación de los principales archivos occidentales (los de Gran Bretaña en 1968, y los de Austria y Francia pocos años después) marcó una segunda expansión aún más significativa de los materiales de primera mano a los que se podía tener acceso. Sin embargo, la recuperación del interés por la guerra fue anterior a la disponibilidad de los archivos, que vino a confirmar un fenómeno ya iniciado hacía algún tiempo. Los últimos años de la década de 1950 y los primeros de la de 1960 fueron testigos de un redescubrimiento de la guerra que venía a reproducir en cierto modo el que había tenido lugar treinta años antes, y una vez más Gran Bretaña y Alemania fueron su centro neurálgico, pues en ambas naciones surgieron

nuevas controversias cuyas resonancias sobrepasaron los límites de la comunidad académica. Además, tanto en uno como en otro país, la intensidad de los que pretendían ser unos meros debates en torno a lo ocurrido entre 1914 y 1918 se debía en parte a que implícitamente eran también debates en torno a la Segunda Guerra Mundial y a la guerra fría[7].

El debate alemán se centró, una vez más, en la culpabilidad de la guerra. Puso fin al nuevo consenso que parecía haber dejado atrás las polémicas surgidas en los años veinte. Después de 1945, la mayoría de los historiadores de Alemania Occidental seguían negando que Berlín fuera la principal responsable de lo ocurrido en 1914, culpando de ello a factores sistémicos y afirmando que ninguna potencia había querido la guerra. En 1950 (el año del Plan Schuman para la creación de una comunidad del carbón y del acero formada por países de Europa occidental), un congreso de destacados historiadores franceses y alemanes declaró que «los documentos no permiten atribuir un deseo premeditado de desencadenar una guerra europea en 1914 a ningún gobierno ni a ningún pueblo», y en consecuencia los libros de texto de las escuelas de los dos países debían ser revisados[8]. Este acuerdo satisfacía las necesidades de la época ante la integración de Alemania Occidental en la Alianza Atlántica y en las comunidades europeas que estaban surgiendo por aquel entonces. Una vez más, la guerra (o al menos sus orígenes) era objeto de reinterpretación a la luz de los imperativos de la época. Y, sin embargo, una imagen muy distinta era la que emanaba del estudio en tres volúmenes sobre *Le origini della guerra del 1914*, del periodista liberal italiano (e intervencionista en 1915) Luigi Albertini, que sigue constituyendo el repaso más exhaustivo de los antecedentes diplomáticos de la guerra que se haya escrito. Aunque relativamente poco conocida tras ser publicada en italiano durante la Segunda Guerra Mundial, fue traducida al inglés en

1952-1957. Sus conclusiones hacen hincapié no solo en los errores de cálculo, sino también en la responsabilidad de Alemania, y guardan un cierto parecido con el análisis de la crisis de julio llevado a cabo posteriormente en el libro de Fritz Fischer *Griff nach der Weltmacht: die Kriegszielpolitik des Kaiserlichen Deutschland 1914/18*, cuya publicación causó furor en la República Federal de Alemania en 1961 y se convirtió en un acontecimiento histórico. Según Fischer, en 1914 los líderes de Berlín no solo querían una guerra local en los Balcanes, sino que también corrieron deliberadamente el riesgo de que estallara un conflicto a nivel europeo, un enfrentamiento que no había sido un accidente ni la consecuencia de un sistema internacional anárquico del que tuvo la culpa ningún país. Esta afirmación adquiría mayor trascendencia porque se basaba en la documentación relativa a los objetivos de guerra alemanes compilada por Fischer tras un estudio exhaustivo de los archivos conservados, muchos de los cuales (incluidos los del Programa de Septiembre de Bethmann Hollweg) se encontraban en Alemania Oriental y eran inaccesibles, por lo tanto, a los especialistas occidentales. Fischer afirmaba que tanto las autoridades militares de Alemania como las civiles, con el apoyo de las élites empresariales e intelectuales del país, habían apoyado unos objetivos sumamente agresivos con la finalidad no solo de consolidar el régimen en su país, sino también de establecer una posición de potencia mundial mediante el dominio del continente y la expansión en ultramar. Estos objetivos, indicaba, seguían una línea de continuidad que se remontaba a la *Weltpolitik* de finales del siglo XIX, y que se prolongaba hasta el imperialismo racista del régimen nazi. Fischer, que escribió su estudio el mismo año de la construcción del muro de Berlín, daba a entender que Alemania había sido responsable no solo de la guerra de 1939 (de la que muchos historiadores no tenían inconveniente en culpar a Hitler,

presentándola como una aberración de las tradiciones nacionales), sino también de la de 1914, en cuyo caso las pretensiones de los países vecinos de mantener la nación dividida estarían plenamente justificadas[9].

A pesar de la aparición de *Griff nach der Weltmacht* como un libro destinado exclusivamente al sector académico, Fischer era perfectamente consciente de sus implicaciones. Pretendía obligar a su país a enfrentarse a su pasado. Su obra fue atacada ferozmente por los historiadores alemanes, con el apoyo encubierto del gobierno, y se convirtió en una *cause célèbre*. A medida que arreciaba la tormenta, sus tesis iban volviéndose más radicales, y en 1969 un segundo estudio, *Krieg der Illusionen: die Deutsche Politik von 1911 bis 1914*, identificó un proyecto de contienda que se remontaba al Consejo de Guerra del 8 de diciembre de 1912. Esta afirmación no se sostenía en su forma más extrema, y el propio Fischer se retractaría de ella más tarde[10]. Aunque su primer libro ha resistido mejor a las críticas, lo cierto es que exagera la unanimidad de la élite berlinesa y pasa por alto el gran parecido existente entre los objetivos de guerra de Alemania y los de los Aliados. No obstante, casi todos los historiadores alemanes empezaron a compartir su tesis más matizada sobre el papel de Alemania en la crisis de julio, y (al margen de algunas reservas significativas por parte de autores posteriores) la mayor parte de su análisis del alcance de las ambiciones de Alemania en la guerra ha sobrevivido sin que nadie se haya atrevido a ponerlo en entredicho[*]. La «controversia Fischer» vino a romper el anterior consenso «revisionista», y ninguna ortodoxia ha podido sustituirlo. Al contrario, los historiadores alemanes se dividieron en diversas escuelas, y Fischer y sus discípulos constituirían una más. Consecuencia de todo ello, como señalaría Fischer retrospectivamente, fue la difusión del pluralismo intelectual en las universidades de Alemania occidental y, podríamos decir, en

toda la sociedad en general, contribuyendo de esta forma a normalizar el país y a facilitar que, cuando llegara la ocasión, los estados vecinos permitieran su reunificación[11].

La obra de Fischer formaba parte de un fenómeno más general. Durante la década de 1960, diversos autores radicales cuestionaron las interpretaciones existentes por aquel entonces de una serie de grandes temas de la historia de las relaciones internacionales, como, por ejemplo, el imperialismo anterior a 1914[12], la política de apaciguamiento[13] o los orígenes de la guerra fría[14]. En Estados Unidos, que parecía haber dejado atrás las asperezas de los años treinta y se había acomodado a una política exterior intervencionista, revisaron la presidencia de Wilson y describieron los Catorce Puntos y la Conferencia de Paz de París como un intento inicial de contención antisoviética[15]. Mientras que la mayoría de los estudios anteriores sobre los orígenes de la guerra se habían centrado en la interacción diplomática de todas las potencias, Fischer aprovechó las nuevas fuentes documentales para ilustrar la relación existente entre la política interior y exterior de un único país. De ese modo sirvió de inspiración para una serie de estudios similares sobre la política exterior antes de 1914 y sobre los objetivos de guerra de otras potencias. De ahí que durante las décadas de 1970 y 1980 fuera reescrita en gran medida la historia diplomática de los orígenes, el desarrollo y las secuelas de la guerra, mientras que la intensificación de la carrera armamentista de las superpotencias en la era de los euromisiles y la Iniciativa de Defensa Estratégica estimuló entre los politólogos el interés por las analogías con 1914[16]. Las nuevas investigaciones sacaron a la luz más testimonios de la existencia antes de la guerra de un plan de contingencia para desencadenar un conflicto europeo, pero pocos que apuntaran a una decisión predeterminada de provocarlo, y sugerían que, a diferencia de Alemania, los objetivos de guerra de los países aliados fueron

más una tentativa de carácter defensivo, sin tantos vínculos con los conflictos internos como en Alemania. No obstante, todos los gobiernos beligerantes prestaron mucha atención a sus objetivos políticos, y el análisis de las demás potencias reforzó en esencia la idea de Fischer de que la matanza comenzó y se prolongó debido a una voluntad política deliberada.

En Gran Bretaña, el segundo foco del renacimiento que se produjo en la década de 1960, la controversia se centró menos en la política de la guerra y más en la estrategia. Si puede considerarse a Fischer el culmen de la reacción mundial contra el conservadurismo de la guerra fría, del mismo modo los primeros años de la década de 1960, poco antes de que se celebrara el cincuentenario de los sucesos de Sarajevo, fueron en Gran Bretaña una época de agitación emocional, consecuencia del estancamiento económico, la descolonización, la incertidumbre en torno al papel internacional del país en el futuro y la sórdida decadencia del gobierno Macmillan, y fruto también de los presagios (expresados principalmente a través de la Campaña por el Desarme Nuclear) de una posible Tercera Guerra Mundial. Las crisis de Berlín y Cuba, junto con la escalada de la intervención estadounidense en Vietnam, llevaron a los especialistas de la época a mirar más allá de la guerra «buena» de 1939-1945 y a redescubrir la anterior guerra mala[17]. En este ambiente encontramos numerosas analogías con el pasado: el equivalente del estreno de *Fin de jornada* en el West End londinense en 1929 lo tendríamos en la obra satírica *Oh! What a Lovely War* (1963: versión cinematográfica en 1969, ¡*Oh, qué guerra tan bonita*!); el equivalente de los «libros de guerra» serían los nuevos estudios de la campaña como, por ejemplo, *In Flanders Fields* (1958) de Leon Wolff, o *The Donkeys* (1961) de Alan Clark; el de la película *Sin novedad en el frente*, en la desgarradora serie documental de la BBC en veintiséis capítulos titulada *The Great War*, que en 1964-1965

tuvo una media de ocho millones de telespectadores[18]; y el de *The Real War* de Liddell Hart en el estudio de A. J. P. Taylor, *The First World War: An Illustrated History* (1963), que contó con el asesoramiento del propio Liddell Hart y se convirtió en la obra más influyente sobre el conflicto publicada en un solo volumen, del que en 1989 habían llegado a venderse un cuarto de millón de ejemplares. La poesía de Wilfred Owen, en parte debido a su utilización por Benjamin Britten en el *Réquiem de guerra* (1961) y a sus cualidades aparentemente proféticas, recibió más elogios que nunca, y se convirtió en uno de los pilares del programa de estudios de la escuela en secundaria. Buena parte de la nueva producción británica fue, pues, políticamente radical por su inspiración. A diferencia de Fischer, sin embargo, más que centrarse en Lloyd George y la gestión política de la guerra, fijó su atención en una clase de oficiales incompetentes e insensibles, a la cabeza de los cuales estaría Haig. Implícitamente, su plan consistía en acusar a una élite privilegiada que tras su rehabilitación en 1940-1945 empezaba en aquellos momentos a fallar otra vez. Incluso la exposición de Taylor —aunque, a diferencia de *Oh! What a Lovely War*, reconocía plenamente la importancia de los políticos— se distinguía de la de Fischer en que describía el conflicto como una historia de errores de cálculo y graves torpezas que culminó en una matanza ciega y sin sentido. En su calidad de miembro fundador (aunque luego desencantado) de la Campaña por el Desarme Nuclear (CND, por sus siglas en inglés), señalaba que si en 1914 el elemento disuasorio no había disuadido, en la era nuclear unos errores de cálculo similares podían causar una verdadera catástrofe. Pero los años sesenta fueron testigos del comienzo de una divergencia no solo entre las interpretaciones tayloristas y las nuevas investigaciones de la política y la diplomacia del conflicto, sino también entre una manera popular de entender la historia militar de la guerra y las nuevas

investigaciones sobre su estrategia. Esta dicotomía ya era evidente en la serie de la BBC, que debió su memorable impacto artístico a su combinación de imágenes perturbadoras, sensibilidad musical y narración sombría, pero cuyo guión, escrito en buena parte por John Terraine y Correlli Barnett, venía a decir que el conflicto había sido necesario, que la concentración en el Frente Occidental había sido inevitable y que los generales británicos habían superado el reto en medio de unas circunstancias aterradoras. Argumentos similares aparecían en *Douglas Haig: The Educated Soldier* (1963) de Terraine y en una serie de obras posteriores de este mismo autor, que en su momento fueron a contracorriente de numerosos estudios sobre la guerra, pero que tuvieron mucha influencia en las décadas de 1980 y 1990, cuando una generación posterior de investigadores tuvo acceso a los archivos recién desclasificados del Departamento de Guerra y del gobierno británico y a otros documentos privados[19]. Algunos de estos trabajos siguieron cuestionando la actuación del Alto Mando británico, a veces con gran dureza, pero no la de la BEF y las fuerzas de los Dominios, de las que daban a entender que aprendieron de sus errores, aumentaron su efectividad y desempeñaron un papel principal —tal vez el papel principal— en la destrucción del ejército alemán. A pesar de centrarse en Gran Bretaña, ofrecían unas ideas esenciales para comprender la historia de la guerra en su conjunto, que se complementaban con otros estudios más específicos sobre los mandos y la estrategia llevados a cabo en los países del continente.

En la década de 1990, sin embargo, algunos de los trabajos de investigación más innovadores sobre la historia de la guerra empezaban a tomar una dirección bastante distinta. En aquellos momentos ya se veían signos de un renovado interés popular por el conflicto, como había ocurrido en los años treinta y en los sesenta. Este resurgimiento ha sido asociado de manera plausible

con un cambio generacional, cuando los nietos y los bisnietos de los excombatientes que aún quedaban vivos —cada vez menos — alcanzaron la madurez y revisaron los sufrimientos y las hazañas de sus antepasados, igual que lo habían hecho años atrás los hijos e hijas de estos[20]. Del mismo modo que el resurgimiento del interés por la Primera Guerra Mundial durante los años treinta tuvo algo que ver con el miedo al estallido de un nuevo conflicto mundial, y el de los años sesenta con las armas nucleares y Vietnam, tal vez el de la década de 1990 fuera asociado con las inseguridades de la posguerra fría y con el nuevo espectáculo de campañas militares y de atrocidades en suelo europeo (empezando por la propia Sarajevo). El cincuentenario de 1945 y la lejanía cada vez mayor de la Segunda Guerra Mundial tal vez influyeran también en ese renovado interés por los conflictos de la primera mitad del siglo XX como fenómeno general. En Gran Bretaña, el testimonio de supervivientes quedó registrado para la posteridad en archivos de historia oral y en ediciones de bolsillo y, debido a la campaña de un tabloide, fueron reinstaurados de manera oficiosa los dos minutos de silencio del 11 de noviembre. En Francia, una antología de cartas de soldados se convirtió en el mayor éxito de ventas de su género desde los años treinta. Aparecieron nuevos grupos de estudio, a menudo con la participación de muchos excombatientes de la Segunda Guerra Mundial, como, por ejemplo, la Western Front Association (1980) en Gran Bretaña o la Great War Society (1987) en Estados Unidos, así como nuevos museos, entre los que destaca el Historial de la Grande Guerre (1992) de Péronne. A medida que iban desapareciendo los últimos testigos oculares y que la guerra resultaba cada vez más lejana —y la arqueología de trincheras se desarrollaba como una nueva rama de investigación—, su recuerdo se cultivaba con más esmero que nunca[21].

Mientras que la investigación académica de la historia de la

guerra dio lugar a una avalancha de nuevas publicaciones (y resurgió a partir de 1991 en países como, por ejemplo, Rusia), la tendencia intelectual más significativa fue el interés por su historia cultural. Los autores franceses y estadounidenses fueron los que más contribuyeron a impulsar el nuevo auge, aunque pronto siguieron sus pasos otros muchos en Gran Bretaña, Alemania e Italia, y, al igual que ocurriera antes con el interés por la historia diplomática, se convirtió en un fenómeno realmente internacional. También era un reflejo de otras tendencias más generales, comparables a las de otros campos de la historia y la ciencia social, pues el final de la guerra fría y el derrumbamiento de la Unión Soviética vinieron a fomentar el estudio de la memoria colectiva, el nacionalismo y la etnicidad. Pero ningún autor dominó este nuevo enfoque como lo había hecho anteriormente Fischer (aunque quizá Paul Fussell sea el pionero más conocido en general), y tampoco se caracterizó por basarse en una «tesis» general: al contrario, sus principales protagonistas han solido estar divididos[22]. Por otro lado, el discurso entre ellos se hizo confuso, sobre todo debido a la variedad de asociaciones y a la versatilidad del significado del propio término «cultura», uno de los más complejos de la lengua inglesa[23]. No obstante, cabría destacar tres grupos principales de hallazgos en esta nueva bibliografía.

En primer lugar, las nuevas investigaciones aclararon la relación existente entre la guerra y la aparición del movimiento artístico más característico del siglo XX, el modernismo: una revolución iconoclasta contra la forma narrativa convencional en la novela, del realismo de la representación en la pintura, del historicismo decimonónico en la arquitectura y del romanticismo en la música. De hecho, en la vanguardia europea la revolución modernista ya había empezado a cuajar bastante antes del estallido de la guerra, como puso de manifiesto la aparición, a partir de 1908 aproximadamente, del cubismo, el

futurismo y el expresionismo en la pintura, la partitura del ballet *La consagración de la primavera* (1913) de Stravinski en la música, y la funcionalidad de la «casa sin cejas» (1910) de Adolf Loos, situada en el Michaelerplatz de Viena, en la arquitectura. La guerra dio un poco más de impulso a estos desarrollos: una de las novedades que se produjeron durante el conflicto fue la aparición del movimiento dadaísta en Suiza y Alemania en 1916. En cierta manera, probablemente provocara una reacción, pues pintores como Picasso, por ejemplo, volvieron a formas más tradicionales, en parte por razones patrióticas[24]. De forma abrumadora, la arquitectura y el arte conmemorativos de la guerra evocaban temas tomados de fuentes clásicas, románticas y cristianas, e incluso algunos pintores y autores «antibelicistas», como, por ejemplo, Nevinson y Owen, utilizaron técnicas relativamente tradicionales, tal vez para expresar su pensamiento de manera más efectiva[25]. A lo largo de la década de 1920, las tendencias modernistas en el campo de la literatura y la pintura reaparecieron con vigor, pero la influencia de la guerra en ellas fue mínima. En segundo lugar, su impacto sobre las actitudes culturales de Occidente en general hacia el conflicto armado fue, en cambio, mucho más profundo, aunque varió de una sociedad a otra, y también de una década a otra. Así pues, durante la guerra, e incluso en la etapa de construcción de monumentos y de creación de rituales de los años veinte, tanto en Gran Bretaña como en Francia siguió siendo aceptable la utilización de palabras e imágenes sentimentales, arcaicas y eufemísticas para aludir al conflicto y a sus costes[26]. La reacción contra este tipo de prácticas se produjo de manera más evidente durante los años treinta, pero no condujo a un pacifismo universal e incondicional. Al contrario, la segunda guerra sería aceptada al final tan sumisamente como la primera, y a partir de 1945 su recuerdo relativamente benévolo fomentó el apoyo a la preparación militar y a una política exterior firme y enérgica en

Gran Bretaña, en Estados Unidos e incluso en la Francia gaullista, mientras que el recuerdo de la primera contienda había tenido el efecto contrario. Lo que cambió para bien, sin embargo, fue el tono del lenguaje utilizado para hablar del derramamiento de sangre. Como había dicho Barbusse: «El acto de matar es siempre innoble: a veces necesario, pero siempre innoble»[27]. Sin embargo, en tercer y último lugar, si bien es cierto que buena parte de la nueva historia cultural se centró en cómo se presentaba y se recordaba la guerra, también aclaró las razones que llevaron a los soldados y a la población civil de la época a aceptarla, así como los instrumentos utilizados por los gobiernos para movilizar y volver a movilizar su consentimiento. Entre las nuevas perspectivas ofrecidas destacó una: hasta qué punto un conflicto normalmente percibido como menos ideológico que la Segunda Guerra Mundial o la guerra fría fue racionalizado por la gente de la época como un choque de civilizaciones y de principios morales: en Alemania como una lucha a muerte contra el materialismo occidental y el despotismo trasnochado eslavo, y en Occidente como una cruzada para desterrar la autocracia, las atrocidades y el militarismo[28]. Parece probable que sea en el terreno fronterizo entre la historia cultural y la historia política donde sigan encontrándose las pistas más importantes sobre los resortes principales que desencadenaron el conflicto.

Desde la década de 1960 han venido produciéndose diversas oleadas de investigaciones que han modificado profundamente nuestra comprensión de los aspectos políticos, operacionales y culturales de la guerra; solo su historia económica sigue siendo un campo relativamente poco explorado[29]. ¿Qué luz ha arrojado esta ingente labor sobre las cuestiones que planteaba al comienzo de este libro? De importancia fundamental para el conjunto de todo este relato han sido los acontecimientos de Alemania, «un mar sublime, pero grisáceo —en palabras de De

Gaulle—, en el que la red del pescador extrae monstruos y tesoros». Hasta cierto punto, como sostenían los revisionistas del período de entreguerras, la guerra fue efectivamente hija del miedo y la inseguridad, nacida de un sistema internacional basado en estados armados y soberanos, en el que las fuerzas emergentes del siglo XIX, a saber, la democratización y la integración económica, no consiguieron eclipsar el sistema de equilibrio de poderes. Todas las potencias europeas contribuyeron a la intensificación de las tensiones durante la década anterior al estallido de la guerra de 1914. No obstante, la moderación fundamental del artículo sobre la «culpabilidad de la guerra» del Tratado de Versalles estuvo justificada, y el trabajo de algunos autores como Albertini y Fischer así lo ha confirmado. Los gobernantes del Imperio austrohúngaro y de Alemania no predeterminaron antes de 1914 su decisión de recurrir a la fuerza, pero durante la crisis de julio-agosto sí que tomaron la decisión de empezar una guerra en los Balcanes y de asumir el riesgo de que fuera escalando hasta convertirse en una guerra europea. Bien es verdad que los gobiernos de estos dos imperios se sentían amenazados, pero esta circunstancia no fue para ninguno de ellos un elemento atenuante. Aunque los austríacos estaban exasperados con Serbia, sobrestimaron enormemente la amenaza que suponía para ellos, y haber aceptado su conformidad limitada con el ultimátum que presentaron habría sido una respuesta más que apropiada al desafío que sin duda representaron los asesinatos de Sarajevo. En cuanto a los alemanes, aunque se encontraban aislados desde el punto de vista diplomático y se sentían potencialmente vulnerables ante la evolución de la carrera armamentista terrestre, no hay ninguna evidencia de que Rusia, Francia o Gran Bretaña pretendieran atacarlos, por mucho que en el campo militar la balanza se inclinara cada vez más a favor de la Entente. Siempre y cuando los alemanes supieran mantener las

adecuadas fuerzas defensivas navales y terrestres, su territorio no corría peligro; además, no se habían agotado las alternativas a la guerra como solución de la difícil situación en la que se encontraban. Pero la forma en la que se llevó a cabo la toma de decisiones en Berlín fue execrable: el Plan Schlieffen-Moltke parecía ofrecer una posible solución técnica a los problemas políticos del Reich, y el recuerdo de 1870, que seguía vivo a través de las conmemoraciones anuales y del culto a Bismarck, había convertido a los líderes alemanes en adictos al ruido de sables y a las grandes apuestas militares, que ya habían dado sus frutos con anterioridad y que podían volverlos a dar. Por esta razón puede decirse que la guerra de 1870 contribuyó a desencadenar la de 1914, del mismo modo que la de 1914 contribuyó al estallido de la de 1939; y si Alemania hubiera podido ganarla con rapidez (como probablemente habría ocurrido si Gran Bretaña se hubiera mantenido al margen), la tentación de hacer nuevas apuestas de este tipo habría sido más irresistible que nunca. El resultado más plausible habría sido una Europa occidental dominada por Alemania y en constante fricción con Gran Bretaña, lo que, tarde o temprano, habría dado lugar a una guerra feroz entre las dos potencias. Puede afirmarse casi con absoluta certeza que los líderes británicos no se equivocaron al considerar que una victoria alemana habría supuesto una grave amenaza para ellos y que, esta vez, no podían permitirse el lujo de permanecer al margen (aunque subestimaron de forma escandalosa el precio de su intervención).

Todo lo que aconteció después estuvo motivado por la decisión de Alemania de enviar a dos millones de hombres hacia el oeste, a través de unos paisajes industriales y rurales que durante décadas habían vivido en paz. La conmoción que causó este hecho en otros países no fue mucho menor que la que podría causar un hecho parecido en la actualidad. Cuando el

Plan Schlieffen-Moltke fracasó, cientos de miles de jóvenes habían perecido o habían caído heridos, y las fuerzas alemanas se habían instalado en suelo belga y francés en unas posiciones tremendamente bien fortificadas. Para expulsarlas, los Aliados no disponían ni de bombas inteligentes ni de misiles de crucero, sino solo de ejércitos de ciudadanos que carecían de protección blindada y no tenían más apoyo que una artillería ligera de campaña que disparaba casi a ciegas pocas bombas, a menudo ineficaces. A finales de 1915, las Potencias Centrales se habían adentrado aún más en Rusia, y a las atrocidades propias de una invasión habían añadido otras —gas, submarinos y zepelines— que habían servido para convencer a sus vecinos de que no era posible un acuerdo de paz estable sin una derrota definitiva de Alemania. En 1917, tras la decisión de apostar por una guerra submarina sin restricciones que reproducía muchas de las características de la emprendida en 1914, habían llevado al gobierno estadounidense a pensar lo mismo. Pero después de haber ocupado el territorio del Europa occidental y oriental pagando un precio tan elevado, Berlín no tenía la más mínima intención de ceder el control (aunque renunciara a la anexión), y un compromiso de paz resultaba inaceptable por el impacto que habría tenido en el sistema autocrático de los Hohenzollern y por los peligros que habría comportado para la seguridad externa de Alemania en un entorno internacional que sus propias acciones habían hecho más amenazador aún.

Hubo otros tres factores que fueron cruciales en la fase de escalada de la guerra. En el terreno de la estrategia con mayúsculas, los Aliados no supieron trasladar a los campos de batalla la superioridad de sus recursos con una efectividad comparable, al menos hasta 1916; en el terreno de la táctica, ninguno de los dos bandos contaba todavía con la tecnología (especialmente en el campo de la mecanización y la aeronáutica) que en futuros conflictos permitiría tomar decisiones con mayor

celeridad; y los gobiernos de los dos bandos lograron persuadir a sus soldados y a su población civil de la necesidad no solo de aceptar la guerra, sino también de apoyarla y participar en ella activamente. Del mismo modo que los Aliados fueron incapaces de utilizar una fuerza abrumadora contra Alemania y contra el Imperio austrohúngaro, los alemanes —a pesar de concentrarse en luchar contra Rusia en 1915, contra Francia en 1916 y contra Gran Bretaña en 1917— no lograron romper los lazos que mantenían unidos a sus adversarios. El período intermedio, que duró desde el invierno de 1914 hasta la primavera de 1917, constituyó un aprendizaje horrible de lo que era un conflicto moderno; un conflicto que era a la vez una pugna internacional y una lucha general (algo que no había sido ni la guerra de Secesión norteamericana, ni la guerra franco-prusiana ni la guerra ruso-japonesa) entre dos coaliciones sumamente industrializadas y con unas fuerzas comparables. Nunca se había visto nada parecido, como se dieron perfectamente cuenta los hombres de la época, y cuando llegó el momento de las grandes batallas de desgaste de 1916, el conflicto estaba inmerso en una espiral inimaginable de horror y destrucción. También es cierto que nadie tenía el control general de la situación, en el sentido elemental de Clausewitz de que ninguno de los dos bandos podía dictar las reacciones del otro, pues los dos iban jugando sus bazas. Sin embargo, del mismo modo que es erróneo considerar que la guerra fue accidental y no intencionada en sus orígenes, también es erróneo considerar su prolongación y su escalada un fenómeno ajeno a la acción del hombre. Todo lo contrario, pues las campañas y las batallas que se saldaron con tantas vidas fueron fruto de las decisiones deliberadas de unos mandos que en su mayoría contaban con el beneplácito de los políticos; y la alternativa de una paz negociada fue rechazada en repetidas ocasiones por uno y otro bando. Es a lo sumo una verdad a medias decir que ni los Aliados ni las Potencias

Centrales «quisieron» la guerra en 1914, y que ni unos ni otras quisieron luego que continuara. Es bien cierto que ninguno de los dos bandos disfrutaba con las hostilidades, pero también lo es que los dos las preferían a cualquier otra alternativa. Cada invierno se llevaba a cabo una nueva valoración de carácter estratégico, y cada verano se rechazaban nuevos sondeos de paz; y a medida que aumentaba el número de bajas se hacía más difícil poner fin al conflicto sin obtener unas ganancias que por su importancia justificaran tanto sacrificio. Como señaló un caricaturista de la época, los líderes rivales se vieron de pronto como si fueran Macbeth: «He ido tan lejos en el lago de la sangre, que si no avanzara más, el retroceder sería tan difícil como el ganar la otra orilla».

En 1917, sin embargo, con la Revolución rusa y la intervención de los estadounidenses, la guerra entró en una tercera fase, aunque su carácter no se transformó del todo hasta 1918. Desde el punto de vista estratégico, el Frente Occidental y el italiano se convirtieron en un único escenario central de la guerra; desde el punto de vista político, la lucha se polarizó aún más; desde el punto de vista operacional, entraron en acción una serie de revoluciones tácticas y tecnológicas. Se ha sostenido de manera harto convincente que la clave de la derrota de las Potencias Centrales fue el desmoronamiento del ejército alemán[30], pero ese desmoronamiento fue fruto en parte de una combinación de factores anteriores, empezando por las meteduras de pata de la propia OHL. El segundo gran error de los alemanes después de la locura de ser los primeros en empezar el conflicto fue la decisión de emprender una guerra submarina sin restricciones, sin la cual habrían podido casi con absoluta seguridad retirarse en unas condiciones más favorables; pero también las ofensivas de Ludendorff los condenaron a aceptar unos términos peores que los que habrían podido conseguir proponiendo a los Aliados en el otoño de 1917 volver al *statu*

quo anterior a la ruptura de las hostilidades. El fracaso de las ofensivas fue decisivo para hundir el ánimo del ejército alemán (y para sumirlo en una crisis insalvable de escasez de hombres), y a pesar del indudable progreso de los Aliados en su capacidad de combate, la derrota de Alemania habría podido posponerse al menos un año más. Pero la decisión de emprender la guerra submarina y el lanzamiento de la operación Michael fueron meras respuestas a la lenta compresión estratégica de los Aliados, y particularmente en el primer caso a las ofensivas coordinadas del verano de 1916, y en el segundo a la perspectiva de una inminente intervención masiva de Estados Unidos. Al final, el desgaste de las campañas anteriores, los envíos de tropas de la AEF, los éxitos militares de británicos y franceses, el bloqueo y la ofensiva contra Bulgaria contribuyeron al desmoronamiento de la moral y la disciplina de los alemanes y al ataque de pánico de Ludendorff, que hizo que todo el edificio se viniera abajo. No obstante, los factores políticos y los militares deben entrelazarse para comprender la causa de la caída de las Potencias Centrales y por qué se produjo en el momento en el que lo hizo. La intervención de Estados Unidos en calidad de «potencia asociada» permitió superar con más facilidad el callejón sin salida de los objetivos de guerra de los dos bandos, pues pareció por un lado reducir los objetivos aliados, y por otro tender a los alemanes un puente de plata por el que salir del conflicto, aunque estos al final verían frustradas sus esperanzas de utilizar a Washington para reducir sus pérdidas.

En cuanto a la cuestión final del legado a largo plazo de la guerra, se hizo evidente sobre todo durante los diez años inmediatamente posteriores a 1918. Hoy día resulta difícil apreciar qué acontecimiento tan abrumador debió de parecer la contienda y cuán aplastantes fueron sus consecuencias. La lucha en torno a los tratados de paz no solo dominó la política y la diplomacia europea durante dos décadas, sino que la guerra —y

la consiguiente guerra fría franco-alemana— dio lugar a un caos financiero y monetario y a una perturbación masiva del comercio, la producción y el empleo. En un plano más general, tanto vencedores como vencidos salieron del conflicto con sus sociedades heridas, agobiadas por cientos de miles de mutilados y de familiares de víctimas y por ruinosos compromisos de reconstrucción y rehabilitación. Aun así, la década de posguerra acabaría demostrando la impresionante capacidad de recuperación de Europa, hasta que a comienzos de la década de 1930 una trágica concatenación de circunstancias provocó una nueva crisis, cuando la catástrofe económica y la ascensión del movimiento nazi coincidieron con el repliegue de los antiguos vencedores hacia unas posiciones de desunión cada vez más profunda, hacia el aislacionismo y el pacifismo. Dejaron escapar, pues, la oportunidad de actuar en el breve intervalo en el que Hitler habría podido ser frenado sin necesidad de una guerra importante, antes de que se decidieran a plantarle cara cuando ya era demasiado tarde. Esto no significa ni mucho menos que la Primera Guerra Mundial fuera una causa completa y suficiente de la Segunda, y no un requisito necesario de ella, pero sus repercusiones jugaron en contra de una paz duradera, para cuya consecución habría hecho falta una combinación de buena suerte y de habilidades políticas excepcionales. Ninguna de estas condiciones se materializó.

El conflicto de 1914-1918 ha tenido durante mucho tiempo una sombría fama de horror y de inutilidad, solo igualada en Occidente por la intervención de los estadounidenses en Vietnam. En realidad, a pesar de las connotaciones imperialistas que pudieran tener, las motivaciones fundamentales de los Aliados no fueron ni triviales ni indignas. La expulsión de las fuerzas alemanas fue una verdadera liberación para los territorios ocupados, y el derrocamiento de la autocracia de Guillermo II creó una oportunidad, aunque fugaz, de instaurar una paz más

firmemente arraigada que la existente antes de 1914. Además, los vencedores consiguieron, aunque con una lentitud dolorosísima, muchos de los elementos indispensables —movilización industrial, coordinación estratégica, dominio del mar y del aire— que les proporcionarían el triunfo en conflictos posteriores. Todos estos logros, aunque no sean menores ni mucho menos, vistos en retrospectiva parecen ensombrecidos por los costes que comportaron, especialmente cuando se comprobó que la guerra que debía acabar con todas las guerras no había eliminado la inseguridad internacional. Pues bien, ahora que largas décadas de investigaciones históricas han arrancado las adherencias de la visión retrospectiva y nos han permitido percibir mejor la lucha tal como les pareció a las gentes de la época que participaron en ella, da la impresión de que los gobiernos fueron más resolutivos, de que las fuerzas armadas demostraron una mayor capacidad de adaptación, y de que los soldados rasos y la población civil fueron más participativos y estuvieron mejor informados de lo que se pensaba en otro tiempo. Estos cambios de perspectiva han hecho que resulte más fácil comprender cómo pudo suceder la matanza y por qué fue tan difícil detenerla. El peligro consiste en que tal vez oscurezcan el concepto más profundo de que, a pesar de todo, la guerra fue una tragedia, un despilfarro enorme y evitable que Woodrow Wilson, a pesar de todas sus limitaciones, condenó justamente achacándola a las estructuras políticas que la produjeron. Aun así, podría parecer hoy día que el ciclo de enfrentamientos y violencia durante décadas que inició este conflicto ha llegado definitivamente a su fin. Las luchas entre gigantescos ejércitos de ciudadanos que se prolongaron desde finales del siglo XIX hasta finales del siglo XX y de las cuales el mejor ejemplo fue la Primera Guerra Mundial se han convertido casi con toda seguridad en una cosa del pasado. Ahora que nos acercamos al centenario de estos

acontecimientos, estamos tan lejos de ella como en 1914 lo estaban las guerras napoleónicas, cuyo centenario acababa de conmemorarse por entonces[31]. Sin embargo, desde que acabó la guerra fría entre soviéticos y estadounidenses el espectáculo de la guerra caliente, de la verdadera guerra con disparos y cañonazos, no se ha hecho menos frecuente y familiar, sino todo lo contrario, obligando a la generación actual a revisar las vetustas discusiones acerca de la legitimidad del uso de la fuerza en la política internacional. Lo más fácil parecería adoptar una posición pacifista absoluta, según la cual la fuerza no puede justificarse en ninguna circunstancia, si no fuera por la evidencia de que la falta de acción puede dar lugar a males aún mayores. Sin embargo, cualquier decisión que se tome sobre la guerra debe tener en cuenta la evidencia histórica de que se trata de un instrumento terriblemente contundente, las repercusiones de cuyo uso no pueden preverse de un modo fiable y pueden incluso empeorar las cosas. Todas las empresas militares, por legítimos que sean sus motivos, comportan un peligro inherente de que tal vez violen el principio de proporcionalidad entre medios y fines, y de que también ellas pueden desembocar en una mala guerra y en una mala paz. El conflicto de 1914-1918 y los pactos que vinieron después continúan siendo arquetipos de ambas cosas, y las enseñanzas que nos proporcione su estudio tienen una aplicabilidad universal, aunque solo sea como advertencia lejana, pero contundente. Todavía es demasiado pronto para que no sintamos un nudo en la garganta o no nos estremezcamos al oír los ecos de los clarines en las comarcas entristecidas que evoca Wilfred Owen o sonando cada atardecer en la Puerta de Menin.

Abreviaturas

AC Austen Chamberlain Papers, Birmingham University Library.

AMTC Consejo Aliado de Transporte Marítimo.

AOK Armee Oberkommando (Alto Mando austrohúngaro).

AZS Abteilung für Zurückstellungswesen (Departamento de Exenciones).

BA-MA Bundesarchiv-Militärarchiv, Friburgo de Brisgovia.

BDFA British Documents on Foreign Affairs.

BEF Fuerza Expedicionaria Británica.

BSI Bureau Socialiste International (Buró Socialista Internacional).

CCAC Churchill College Archive Centre, Cambridge.

CG Calendario gregoriano (o «estilo nuevo»).

CGA Comandante general adjunto (Alemania).

CGT Confédération Générale du Travail (Confederación General del Trabajo, Francia).

CGW Comrades of the Great War (Camaradas de la Gran Guerra).

CIAMAC Conférence Internationale des Associations des Mutilés de Guerre et d’Anciens Combattants (Conferencia Internacional de las Asociaciones de Mutilados y Veteranos de Guerra).

CID Comité de Defensa Imperial.

CJ Calendario juliano (o «estilo antiguo»).

DDP Deutsche Demokratische Partei (Partido Democrático Alemán).

DORA Ley de Defensa del Reino.

EEF Fuerza Expedicionaria Egipcia.

EMA État-Major de l'Armée (Estado Mayor francés).

EPD Excess Profits Duty (impuesto especial sobre los beneficios extraordinarios).

FO Foreign Office (Ministerio de Asuntos Exteriores británico).

FOCP Foreign Office Confidential Print.

GGS Grosser Generalstab (Estado Mayor General, Alemania).

GHQ General Headquarters (Alto Mando británico).

GQG Grand Quartier Général (Alto Mando francés).

HDG Hilfsdienstgesetz (Ley de Servicio Auxiliar Patriótico).

IRA Irish Republican Army (Ejército Republicano Irlandés).

ISNTUC International Secretariat of National Trade Unions Centres (Secretariado Internacional de Federaciones Sindicatos Nacionales).

IWC Gabinete de Guerra Imperial.

IWM Imperial War Museum (Museo Imperial de la Guerra).

JEM Jefe del Estado Mayor.

JEMA Jefe del Estado Mayor de la Armada.

JEMI Jefe del Estado Mayor Imperial.

KDL Kyffhäuserbund der deutschen Landeskriegerverbände.

KRA Kriegsrohstoffabteilung (sección de materias primas de guerra).

LC Liddle Collection, Leeds University Library.

LHCMA Liddell Hart Centre for Military Archives.

NADSS National Association of Discharged Soldiers and Sailors (Asociación Nacional de Soldados y Marineros Licenciados).

NFDDSS National Federation of Discharged and Demobilized Soldiers and Sailors (Federación Nacional de Soldados y Marineros Licenciados y Desmovilizados).

NLS National Library of Scotland.

NUWSS National Union of Women's Suffrage Societies (Unión Nacional de Sociedades para el Sufragio de la Mujer).

NWAC National War Aims Committee (Comité Nacional para la Difusión de los Objetivos de la Guerra, organización británica).

OHL Oberste Heeresleitung (Alto Mando alemán).

PSI Partito Socialista Italiano.

RFC Royal Flying Corps (Real Cuerpo Aéreo).

RKK Reichsband der Kriegsbeschädigten und ehemaligen Kriegsteilnehmer.

SFIO Section Française de l'Internationale Ouvrière (Partido Socialista francés).

SHA Service Historique de l'Armée de Terre, Vincennes.

SKL Seekriegsleitung (Dirección de Guerra Naval).

SPD Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania).

TF Territorial Force (Fuerza territorial de reservistas del ejército británico).

TUC Federación sindical británica.

UDC Unión del Control Democrático.

UF Union Fédérale.

UGACPE Union des Grandes Associations Contre la Propagande Ennemie.

UNC Union Nationale des Combattants.

USPD Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania).

VDK Volksbund deutscher Kriegsgräberfürsorger.

WSPU Women’s Social and Political Union (Unión Social y Política Femenina).

Bibliografía

Esta bibliografía no aspira a ser exhaustiva. Por razones de espacio, su principal objetivo es especificar las fuentes utilizadas en las notas finales y otras obras que se han mencionado. Las referencias corresponden a la edición consultada en lugar de a la primera edición. Para las obras no escritas en inglés, cuando la hay, se ha optado por citar la traducción inglesa en lugar del original.

Acton, E., *Rethinking the Russian Revolution* (Londres, 1990).

Adams, R. J., *Arms and the Wizard: Lloyd George and the Ministry of Munitions, 1915-1916* (Londres, 1978).

Adams, R. J. Q., y P. Poirier, *The Conscription Controversy in Great Britain*, 1900-1918 (Basingstoke y Londres, 1987).

Afflerbach, H., *Falkenhayn: Politisches Denken und Handeln im Kasiserreich* (Munich, 1996).

—, «Planning Total War? Falkenhayn and the Battle of Verdun», en Chickering y Förster, eds., *Great War, Total War*.

Afflerbach, H., y D. Stevenson, eds., *An Improbable War? The Great War and European Political Culture* (Nueva York y Oxford, 2007).

Aksakal, M., *The Ottoman Road to War in 1914* (Cambridge, 2008).

Albert, A., *Latin America and the First World War: the Impact of the War on Brazil, Argentina, Peru, and Chile*

(Cambridge, 1988).

Albertini, L., *The Origins of the War of 1914* (3 vols., Londres, 1952-1957).

Albrecht-Carrié, R., *Italy at the Paris Peace Conference* (Nueva York, 1938).

Aldcroft, D. H., *From Versailles to Wall Street, 1919-1929* (Londres, 1977).

Allain, J.-C., *Agadir 1911: une crise impérialiste en Europe pour la conquéte du Maroc* (París, 1976).

—, *Joseph Caillaux* (vol. 2, París, 1981).

Andrew, C. M., *Secret Service: the Making of the British Intelligence Community* (Londres, 1985).

—, *The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5* (Londres, 2009).

Andrew, C. M., y A. S. Kanya-Forstner, «France, Africa, and the First World War», *Journal of African History* (1978).

—, *France Overseas: the Great War and the Climax of French Imperial Expansion* (Londres, 1981).

Andrews, E. M., *The Anzac Illusion: Anglo-Australian Relations during World War I* (Cambridge, 1993).

Angell, N., *The Great Illusion: a Study of the Relation of Military Power in Nations to their Economic and Social Advantage* (Londres, 1914).

Artaud, D., «Le Gouvernement américain et la question des dettes de guerre au lendemain de l'armistice de Rethondes (1919-1920)», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* (1973).

Ashton, N. J., «Hanging the Kaiser: Anglo-Dutch Relations and the Fate of Wilhelm II, 1918-1920», *Diplomacy and Statecraft* (2000).

Ashworth, T., *Trench Warfare, 1914-1918: the Live and Let*

Live System (Londres y Basingstoke, 1980).

Aspinall-Oglander, C. F., *Military Operations: Gallipoli* (vol. 2, Londres, 1937).

Asprey, R., *The German High Command at War: Hindenburg and Ludendorff and the First World War* (Londres, 1994).

Asquith, H. H., *Memories and Reflections, 1852-1927* (2 vols., Londres, 1928).

Audouin-Rouzeau, S., «"Bourrage de crâne" et information en France en 1914-1918», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

—, *Men at War, 1914-1918: National Sentiment and Trench Journalism in France during the First World War* (Providence, RI, y Oxford, 1992).

—, *La Guerre des enfants, 1914-1918* (París, 1993).

—, «Children and the Primary Schools of France, 1914-1918», en Horne, ed., *State, Society, and Mobilization*.

Audouin-Rouzeau, S., y A. Becker, *14-18, Retrouver la guerre* (París, 2000).

—, *14-18: Understanding the Great War* (Nueva York, 2002).

Babington, A., *Shell-Shock: A History of the Changing Attitudes towards War Neurosis* (Londres, 1997).

Bailey, J., «The First World War and the Birth of the Modern Style of Warfare» (Occasional Paper, Camberley, 1996).

Bailey, S., «The Berlin Strike of January 1918», *Central European History* (1980).

Baker, R. S., *Woodrow Wilson and World Settlement* (3 vols., Londres, 1923).

Balderston, T., «War Finance and Inflation in Britain and Germany, 1914-1918», *Economic History Review* (1989).

Barbeau, A., y H. Florette, *The Unknown Soldiers: Black American Troops in World War I* (Filadelfia, 1974).

Barbusse, H. *Under Fire* (Londres, 1965) (hay trad. cast: *El fuego: diario de una escuadra*, Barcelona, Montesinos, 2009).

Barker, A. J., *The Neglected War: Mesopotamia, 1914-1918* (Londres, 1967).

Barnett, C., *The Swordbearers: Supreme Command in the First World War* (Londres, 2000).

Barnhart, M. A., *Japan and the World since 1868* (Londres, 1995).

Barraclough, G., *From Agadir to Armageddon: Anatomy of a Crisis* (Londres, 1982).

Barral, P., «La paysannerie française à l'arrière», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

Barth, B., *Dolchstoßlegende und politische Desintegration: Das Trauma der deutschen Niederlage im Ersten Weltkrieg 1914-1933* (Düsseldorf, 2003).

Bauer, M., *Der Grosse Krieg im Feld und Heimat: Erinnerungen und Betrachtungen* (Tubinga, 1921).

Baumgart, W., *Deutsche Ostpolitik, 1918: Von Brest-Litovsk bis zum Ende des Ersten Weltkrieges* (Viena y Munich, 1966).

Baumgart, W., y K. Repgen, eds., *Brest-Litovsk* (Gotinga, 1969).

Becker, A., *War and Faith: the Religious Imagination in France, 1914-1930* (Oxford y Nueva York, 1998).

Becker, J.-J., *1914: Comment les Français sont entrés dans la guerre* (París, 1977).

—, «Union sacrée et idéologie bourgeoise», *Revue Historique* (1980).

—, *The Great War and the French People* (Leamington Spa, Heidelberg y Dover, NH, 1985).

Becker, J.-J., y S. Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes et la guerre de* 1914-1918 (París, 1990).

Beckett, I. F. W., «The Real Unknown Army: British Conscripts, 1916-1919», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

—, «Operational Command: the Plans and the Conduct of Battle», en Liddle, ed., *Passchendaele in Perspective*.

—, *The Great War*, 1914-1918 (Harlow, 2001).

Beckett, I., *Ypres: the First Battle, 1914* (Harlow, 2004).

Beesly, P., *Room 40: British Naval Intelligence*, 1914-1918 (Londres, 1982).

Bell, A. C., *A History of the Blockade of Germany and of the Countries Associated with Her in the Great War, Austria-Hungary, Bulgaria, and Turkey* (Londres, 1937: publicado en 1961).

Beller, S., «The Tragic Carnival: Austrian Culture in the First World War», en Roshwald y Stites, eds., *European Culture*.

Ben-Moshe, T., «Churchill's Strategic Conception during the First World War», *Journal of Strategic Studies* (1989).

Berghahn, V. R., *Germany and the Approach of War in 1914* (Basingstoke, 1995).

Bernède, A., «Third Ypres and the Restoration of Confidence in the Ranks of the French Army», en Liddle, ed., *Passchendaele in Perspective*.

Berov, L., «The Bulgarian Economy during World War I», en Király y Dreisziger, eds., *East Central European Society*.

Berti, G., y P. del Negra, eds., *Al di qua e al di là del Piave: l'Ultimo Anno della Grande Guerra* (Milán, 2001).

Bésier, G., «Les Églises protestantes en Allemagne, en Grande-Bretagne, en France, et le front intérieur (1914-1918)», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

Beskrovnyi, L. G., *Armiya i Flot Rossii v Nachale XX V: Ocherki VoennoEkonomicheskovo Potentsiala* (Moscú, 1986).

Bessell, R., *Germany after the First World War* (Oxford, 1993).

—, «Mobilization and Demobilization in Germany», en Horne, ed., *State, Society, and Mobilization*.

Best, G. F. A., *Humanity in Warfare: The Modern History of the International Law of Armed Conflicts* (Londres, 1980).

Bethmann Hollweg, T. von, *Betrachtungenzum Weltkriege* (2 vols., Berlín, 1919).

Bidwell, S., y D. Graham, *Fire-Power: British Army Weapons and Theories of War, 1904-1945* (Londres, 1982).

Birnbaum, K. E., *Peace Moves and U-Boat Warfare: A Study of Imperial Germany's Policy towards the United States, April 18 1916-January 91 917* (Upsala, 1958).

Bliss, M., «War Business as Usual: Canadian Munitions Production, 1914-1918», en Dreisziger, ed., *Mobilization for Total War*.

Bloch, I., *The Future of War in its Technical, Economic, and Political Relations* (Boston, 1899).

Bloxham, D., *The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism, and the Destruction of the Ottoman Armenians* (Oxford, 2007).

Blunden, E., *Undertones of War* (Londres, 1982).

Bobroff, R., «Devolution in Wartime: Sergei D. Sazonov and the Future of Poland, 1910-1916», *International History*

Review (2000).

Boemeke, M., *et al.*, eds., *The Treaty of Versailles: a Reassessment after 75 Years* (Washington y Cambridge, 1998).

Bogacz, T., «“A Tyranny of Words”: Language, Poetry, and Antimodernism in England in the First World War», *Journal of Modern History* (1986).

—, «War Neurosis and Cultural Change in England: the Work of the War Office Committee of Enquiry into “Shell-Shock”», *Journal of Contemporary History* (1989).

Boll, F., «Le Problème ouvrier et les grèves: l’Allemagene, 1914-1918», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

Bond, B., ed., *The First World War and British Military History* (Oxford, 1991).

—, «Passchendaele: Verdicts Past and Present», en Liddle, ed., *Passchendaele in Perspective*.

—, *The Unquiet Western Front: Britain’s Role in Literature and History* (Cambridge, 2002).

Bond, B., y N. Cave, eds., *Haig: a Reappraisal 70 Years On* (Barnsley, 1999).

Bonwetsch, B., *Kriegsallianz und Wirtschaftsinteressen: Russland in den Wirstschaftsplänen Englands und Frankreichs*, 1914-1917 (Düsseldorf, 1973).

Bonzon, T., «The Labour Market and Industrialization», en Winter y Robert, eds., *Capital Cities at War*.

—, «Transfer Payments and Social Policy», en Winter y Robert, eds., *Capital Cities at War*.

Bonzon, T., y B. Davis, «Feeding the Cities», en Winter y Robert, eds., *Capital Cities at War*.

Borg, A., *War Memorials: from Antiquity to the Present*

(Londres, 1991).

Bosanquet, N., «Health Systems in Khaki: the British and American Medical Experience», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

Boswell, J., y B. Johns, «Patriots or Profiteers? British Businessmen and the First World War», *Journal of European Economic History* (1992).

Bosworth, R. J. B., *Italy the Least of the Great Powers: Italian Foreign Policy before the First World War* (Cambridge, 1979).

Bourbon, S. de, *L'Offre de paix séparée de l'Autriche (5 décembre 1916-1912 octobre 1917)* (París, 1920).

Bourke, J., *Dismembering the Male: Men's Bodies, Britain, and the Great War* (Londres, 1996).

—, *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare* (Londres, 1999).

Bourne, J. M., *Britain and the Great War, 1914-1918* (Londres, 1989).

—, «The British Working Men in Arms», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

Bowley, A. L., *Some Economic Consequences of the Great War* (Londres, 1930).

Bracco, R. M., *Merchants of Hope: British Middlebrow Writers and the First World War, 1919-1939* (Providence, RI, y Oxford, 1993).

Bradley, J., *Allied Intervention in Russia* (Londres, 1968).

Braybon, G., *Women Workers in the First World War: the British Experience* (Londres, 1981).

—, ed, *Evidence, History, and the Great War: Historians and the Impact of 1914-1918* (Nueva York, 2003).

Bridge, F. R., *From Sadowa to Sarajevo: the Foreign Policy of*

Austria-Hungary, 1866-1914 (Londres, 1972).

—, *The Habsburg Monarchy among the Great Powers, 1815-1918* (Leamington Spa, 1990).

Brittain, V., *Testament of Youth: an Autobiographical Study of the Years 1900-1925* (Londres, 1978).

Broadberry, S., y M. Harrison, eds, *The Economics of World War I* (Cambridge, 2005).

Brock, M. y E., eds., *H. H. Asquith: Letters to Venetia Stanley* (Oxford, 1985).

Brose, E. D., *The Kaiser's Army: the Politics of Military Technology in Germany during the Machine Age, 1870-1918* (Oxford, 2001).

Brown, I. M., «Not Glamorous but Effective: the Canadian Corps and the Set-Piece Attack, 1917-1918», *Journal of Military History* (1994).

—, *British Logistics on the Western Front, 1914-1919* (Westport, CT, y Londres, 1998).

Brown, J. M., y W. R. Louis, eds., *The Oxford History of the British Empire*, vol. IV: *The Twentieth Century* (Oxford y Nueva York, 1999).

Brown, M., y S. Seaton, *Christmas Truce: the Western Front, December 1914* (Londres, 1999).

Bruntz, G. G., *Allied Propaganda and the Collapse of the German Empire in 1918* (Stanford, 1938).

Brusílov, A. A., *Mémoires du Général Brusilov: Guerre* 1914-1918 (París, 1929).

Bucholz, A., *Moltke, Schlieffen, and Prussian War Planning* (Nueva York, 1991).

Buitenhuis, P., *The Great War of Words: Literature as Propaganda 1914-1918 and After* (Londres, 1989).

Bunselmeyer, R. E., *The Cost of the War, 1914-1919: British*

Economic War Aims and the Origins of Reparation (Hamden, CT, 1975).

Burchardt, L., «The Impact of the War Economy on the Civilian Population of Germany during the First and Second World Wars», en Deist, ed., *German Military*.

Burgwyn, J. H., *The Legend of the Mutilated Victory: Italy, the Great War, and the Paris Peace Conference, 1915-1919* (Chapel Hill, 1976).

Burk, K., «J. M. Keynes and the Exchange Rate Crisis of July 1917», *Economic History Review* (1979).

—, «The Mobilization of Anglo-American Finance during World War I», en Dreisziger, ed., *Mobilization for Total War*.

—, ed., *War and the State: the Transformation of British Government, 1914-1919* (Londres, 1982).

—, «The Treasury: from Impotence to Power», en Burk, ed., *War and the State*.

—, *Britain, America, and the Sinews of War, 1914-1918* (Boston, Londres y Sidney, 1985).

Burke, E., «Moroccan Resistance, Pan-Islam, and German War Strategy, 1914-1918», *Francia* (1975).

Burkhardt, J., *et al.*, eds., *Lange und Kurze Wege in den Ersten Weltkrieg* (Munich, 1996).

Burnett, P. M., *Reparation at the Paris Peace Conference (from the Standpoint of the American Delegation)* (2 vols., Nueva York, 1940).

Buse, D. K., «Domestic Intelligence and German Military Leaders, 1914-1918», *Intelligence and National Security* (2000).

Bushaway, B., «Name upon Name: the Great War and Remembrance», en Porter, ed., *Myths of the English*

(Cambridge, 1992).

Calder, K. J., *Britain and the Origins of the New Europe, 1914-1918* (Cambridge, 1976).

Campbell, N. J. M., *Jutland: an Analysis of the Fighting* (Annapolis, 1986).

Carsten, F. L., *Revolution in Central Europe*, 1918-1919 (Londres, 1972).

Cassar, G. H., *The French and the Dardanelles: a Study of Failure in the Conduct of War* (Londres, 1971).

—, *The Tragedy of Sir John French* (Newark, NJ, 1985).

Ceadel, M., *Pacifism in Britain, 1914-1945: the Defining of a Faith* (Oxford, 1980).

Cecco, M. de, *Money and Empire: the International Gold Standard* (Londres, 1984).

Cecil, H., y P. H. Liddle, eds., *Facing Armageddon: The First World War Experienced* (Londres, 1996).

—, eds., *At the Eleventh Hour: Reflections, Hopes, and Anxieties at the Closing of the Great War, 1918* (Barnsley, 1998).

Chapman, G., *A Passionate Prodigality: Fragments of Autobiography* (Greenwich, CT, 1967).

Charmley, J., *Splendid Isolation? Britain, the Balance of Power, and the Origins of the First World War* (Londres, 1999).

Chi, M., *China Diplomacy, 1914-1918* (Cambridge, MA, 1970).

Chickering, R., *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 1998).

Chickering, R., y S. Förster, eds., *Great War, Total War: Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918* (Cambridge, 2000).

Childs, D. J., *A Peripheral Weapon? The Production and Employment of British Tanks in the First World War* (Westport, CT, y Londres, 1999).

Churchill, W. S. L., *The World Crisis* (6 vols., Londres, 1923-1931) (hay trad. cast.: *La crisis mundial*, Barcelona, Los libros de Nuestro Tiempo, 1944).

Clark, A., *The Donkeys* (Londres, 1991).

Clark, C., *Kaiser Wilhelm II* (Harlow, 2000).

Clarke, I. F., *Voices Prophesying War, 1763-1984* (Londres, 1966).

Clausewitz, C. von, *On War*, ed. de M. E. Howard y P. Paret [Princeton, NJ, 1976] (hay trad. cast.: *De la guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1999).

Cochet, A., «Les Soldats français», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

Coetzee, F., y M. Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War* (Providence, RI, y Oxford, 1995).

Coffman, E. M., *The War to End All Wars: the American Military Experience in World War I* (Lexington, KY, 1998).

Cohen, D., *The War Come Home: Disabled Veterans in Britain and Germany*, 1914-1939 (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 2001).

Cohen, S. A., «The Genesis of the British Campaign in Mesopotamia, 1914», *Middle Eastern Studies* (1976).

Consett, M. W. P., *The Triumph of Unarmed Forces (1914-1918)* (Londres, 1923).

Contarmine, H., *La Victoire de la Marne: 9 septembre 1914* (París, 1970).

Coogan, J. W., *The End of Neutrality: the United States,*

Britain, and Maritime Rights, 1899-1915 (Ithaca, NY, y Londres, 1981).

Coogan, J. W. y P. F., «The British Cabinet and the Anglo-French Staff Talks, 1905-1914: Who Knew What and When did He Know It?», *Journal of British Studies* (1985).

Cooper, J. M., Jr., *The Vanity of Power: American Isolationism and the First World War, 1914-1917* (Westport, CT, 1969).

—, «The Command of Gold Reversed: American Loans to Britain, 1915-1917», *Pacific Historical Review* (1976).

—, *The Warrior and the Priest: Woodrow Wilson and Theodore Roosevelt* (Cambridge, MA, y Londres, 1983).

Cooper, J. M., *Woodrow Wilson: A Biography* (2011).

Cooper, M., *The Birth of Independent Air Power: British Air Policy in the First World War* (Londres, Boston y Sidney, 1986).

Cornish, P., *Machine Guns and the Great War* (Barnsley, 2009).

Cornwall, M., ed., *The Last Years of Austria-Hungary: Essays in Political and Military History, 1908-1918* (Exeter, 1990).

—, «The Dissolution of Austria-Hungary», en Cornwall, ed., *Last Years*.

—, «News, Rumour, and the Control of Information in Austria-Hungary, 1914-1918», *History* (1992).

—, *The Undermining of Austria-Hungary: the Battle for Hearts and Minds* (Basingstoke, 2000).

Craig, G. A., *Germany, 1866-1945* (Oxford, 1978).

Craig, L. A., y D. F. Fisher, *The Integration of the European Economy, 1850-1913* (Nueva York, 1996).

Crampton, R. J., *The Hollow Détente: Anglo-German Relations in the Balkans, 1911-1914* (Londres, 1979).

—, *Bulgaria, 1878-1918: a History* (Nueva York, 1983).

Crosby, A. W., Jr., *Epidemic and Peace, 1918* (Westport, CT, y Londres, 1976).

Cruickshank, J., *Variations on Catastrophe: Some French Responses to the Great War* (Oxford, 1982).

Cruttwell, C. R. M. F., *A History of the Great War, 1914-1918* (Londres, 1982).

Curami, A., «L'Industria bellica italiana dopo Caporetto», en Berti y Del Negra, eds., *Piave*.

Curry, R. W., *Woodrow Wilson and Far Eastern Policy, 1913-1921* (Nueva York, 1968).

Czernin, O., *In the World War* (Londres, 1919).

Dalisson, R., «La Célébration du 11 novembre ou l'enjeu de la mémoire combattante dans l'entre-deux-guerres (1918-1939)», *Guerres mondiales et conflits contemporains* (1998).

Dallin, A., *et al.*, *Russian Diplomacy and Eastern Europe, 1914-1917* (Nueva York, 1963).

Daniel, U., «Women's Work in Industry and Family: Germany, 1914-1918», en Wall y Winter, eds., *The Upheaval of War*.

—, *The War from Within: German Working-Class Women in the First World War* (Oxford y Nueva York, 1997).

Das, S., ed., *Race, Empire, and First World War Writing* (Cambridge, 2011).

Daunton, M., «How to Pay for the War: State, Society, and Taxation in Britain, 1917-1929», *English Historical Review* (1996).

Davidian, I., «The Russian Soldier's Morale from the Evidence of Military Censorship», en Cecil y Liddle, eds.,

Facing Armageddon.

Davis, B., «Food Scarcity and the Empowerment of the Female Consumer in World War I Berlin», en De Grazia y Furlough, eds., *The Sex of Things: Gender and Consumption in Historical Perspective* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1996).

—, *Home Fires Burning: Food, Politics and Everyday Life in World War One Berlin* (Chapel Hill, 2000).

Dawn, C. Ernest, «The Influence of T. E. Lawrence on the Middle East», en Meyers, ed., *T. E. Lawrence*.

Dawson, G., «Preventing "a great moral evil": Jean de Bloch's *The Future of War* as Anti-Revolutionary Pacifism», *Journal of Contemporary History* (2002).

Dayer, R. A., «Strange Bedfellows: J. P. Morgan & Co., Whitehall, and the Wilson Administration during World War I», *Business History Review* (1976).

Deák, I., «The Habsburg Army in the First and Last Days of World War I: a Comparative Analysis», en Király y Dreisziger, eds., *East Central European Society*.

Deakin, W., «Imperial Germany and the "Holy War" in Africa, 1914-1918», panfleto de la Universidad de Leeds (s. f.).

Debo, R. K., *Revolution and Survival: the Foreign Policy of Soviet Russia, 1917-1918* (Toronto, 1979).

Dedijer, V., *The Road to Sarajevo* (Nueva York, 1966).

Deist, W., ed., *The German Military in the Age of Total War* (Leamington Spa y Dover, NH, 1985).

—, «Die Politik der Seekriegsleitung und die Rebellion der Flotte Ende Oktober 1918», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (1966).

—, «Censorship and Propaganda in Germany during the

First World War», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

—, «The Military Collapse of the German Empire», *War in History* (1996).

Devlin, P. A., *Too Proud to Fight: Woodrow Wilson's Neutrality* (Londres, 1974).

Dewey P. E., «Food Production and Policy in the United Kingdom, 1914-1918», *Transactions of the Royal Historical Society* (1980).

—, «Military Recruiting and the British Labour Force during the First World War», *Historical Journal* (1984).

Dickinson, F. R., *War and National Reinvention: Japan in the Great War* (Cambridge, MA, 1999).

Diehl, J. M., «Victors or Victims? Disabled Veterans in the Third Reich», *Journal of Modern History* (1987).

Divine, R. A., *The Illusion of Neutrality* (Chicago y Londres, 1962).

Djordjevic, D., «Vojvoda Putnik, the Serbian High Command, and Strategy in 1914», en Király y Dreisziger, eds., *East Central European Society*.

Dockrill, M. L., y D. French, eds., *Strategy and Intelligence: British Policy during the First World War* (Londres y Río Grande, OH, 1996).

Dockrill, M. L., y D. J. Goold, *Peace Without Promise: Britain and the Peace Conferences, 1919-1923* (Londres, 1981).

Doerries, R. R., «Promoting Kaiser and Reich: Imperial German Propaganda in the United States during World War I», en Schroeder, ed., *Confrontation and Cooperation*.

Dogliani, M., «Les Monuments aux morts de la Grande guerre en Italie», *Guerres mondiales et conflits*

contemporains (1992).

Doise, J., y M. Vaisse, *Diplomatie et outil militaire* (París, 1987).

Doughty, R. A., *Pyrrhic Victory: French Strategy and Operations in the Great War* (Cambridge, MA, y Londres, 2005).

Doyle, P., y M. R. Bennett, «Military Geography: Terrain Evaluation and the British Western Front, 1914-1918», *Geographical Journal* (1997).

—, «Military Geography: the Influence of Terrain in the Outcome of the Gallipoli Campaign, 1915», *Geographical Journal* (1999).

Dreisziger, N. F., *Mobilization for Total War: the Canadian, American, and British Experience, 1914-1918, 1939-1945* (Waterloo, Ontario, 1981).

Düllfer, J., *Regeln gegen den Krieg? Die Haager Friedenskonferenzen von 1899 und 1907 in der internationalen Politik* (Frankfurt, 1981).

Düllfer, J., y K. Holl, eds., *Bereitzum Krieg: Kriegsmentalität in Wilhelmischen Deutschland, 1890-1914* (Gotinga, 1986).

Düllfer, J., *et al.*, ed., *Vermiedene Kriege: Deeskalation von Konflikten der Grossmächte zwischen Krimkrieg und Erstem Weltkrieg (1856-1914)* (Munich, 1997).

Dülmen, R. von, «Der Deutsche Katholizismus und der Erste Weltkrieg», *Francia* (1974).

Duppler, J., y G. P. Gross, eds., *Kriegsende 1918: Ereignis, Wirkung, Nachwirkung* (Munich, 1994).

Duroselle, J.-B., *La France et les Français, 1914-1920* (París, 1972).

—, *La Grande Guerre des français, 1914-1918:*

l'incompréhensible (París, 1994).

Dutton, D., «Paul Painlevé and the End of the Sacred Union in Wartime France», *Journal of Strategic Studies* (1981).

—, *The Politics of Diplomacy: Britain and France in the Balkans in the First World War* (Londres y Nueva York, 1998).

Dyer, C., *The Missing of the Somme* (Londres, 1994).

Dyer, G., «The Turkish Armistice of 1918», *Middle Eastern Studies* (1972).

—, «Turkish "Falsifiers" and Armenian "Deceivers": the Historiography of the Armenian Massacres», *Middle Eastern Studies* (1976).

Eberle, M., *World War I and the Weimar Artists: Dix, Grosz, Beckman, Schlemmer* (New Haven, 1985).

Eckart, W. U., «"The Most Extensive Experiment That the Imagination Can Conceiv": War, Emotional Stress, and German Medicine, 1914-1918», en Chickering y Förster, eds., *Great War, Total War*.

Eckart, W. U., y C. Gradmann, eds., *Die Medizin und der Erste Weltkrieg* (Pfafferweiler, 1996).

Egerton, G. W., *Great Britain and the Creation of the League of Nations: Strategy, Politics, and International Organization, 1914-1919* (Chapel Hill, 1978).

Ehlert, M., M. Epkenhans y G. P. Groß, eds., *Der Schlieffenplan: Analysen und Dokumente* (Paderborn, 2007).

Eichengreen, B., *Golden Fetters: the Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939* (Nueva York y Oxford, 1992).

Eichengreen, B., y M. Flandreau, eds., *The Gold Standard in Theory and History* (Nueva York, 1997).

Eksteins, M., *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age* (Londres, 1990).

Ellinwood, D. C., y S. D. Pradham, eds., *India and World War I* (Nueva Delhi, 1978).

Elliott, C. J., «The *Kriegervereine* and the Weimar Republic», *Journal of Contemporary History* (1975).

Emin, A., *Turkey in the World War* (New Haven y Londres, 1930).

Engel, B. A., «Not by Bread Alone: Subsistence Riots in Russia during World War I», *Journal of Modern History* (1997).

Englander, D., «Die Demobilmachung in Grossbritannien nach dem Ersten Weltkrieg», *Geschichte und Gesellschaft* (1983).

—, «The French Soldier, 1914-1918», *French History* (1987).

Englander, D., y J. Osborne, «Jack, Tommy, and Henry Dubb», *Historical Journal* (1978).

Epkenhans, M., *Die Wilhelminischen Flottenrüstung, 1908-1914: Weltmachtstreben, industrieller Fortschritt, soziale Integration* (Munich, 1991).

Epstein, K., *Matthias Erzberger and the Dilemma of German Democracy* (Princeton, NJ, 1959).

Erickson, E. J., *Ottoman Army Effectiveness in World War I: A Comparative Study* (Abingdon/Nueva York, 2007).

Evans, R. J. W., y H. Pogge von Strandman, eds., *The Coming of the First World War* (Oxford, 1986).

Falkenhayn, E. von, *General Headquarters 1914-1916 and its Critical Decisions* (Londres, 1919).

Falls, C., *The First World War* (Londres, 1960).

—, *Caporetto 1917* (Londres, 1965).

Farr, M., «A Compelling Case for Voluntarism: Britain's Alternative Strategy, 1915-1916», *War in History* (2001).

Farrar, L. L., Jr., *The Short-War Illusion: German Policy, Strategy, and Domestic Affairs, August-December 1914* (Santa Bárbara, CA, 1973).

—, «Opening to the West: German Efforts to Conclude a Separate Peace with England, July 1917-March 1918», *Canadian Journal of History* (1975).

—, *Divide and Conquer: German Efforts to Conclude a Separate Peace, 1914-1918* (Nueva York, 1978).

—, «Nationalism in Wartime: Critiquing the Conventional Wisdom», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

Farrar, M. M., *Conflict and Compromise: the Strategy, Politics, and Diplomacy of the French Blockade, 1914-1918* (La Haya, 1974).

Farwell, B., *The Great War in Africa, 1914-1918* (Londres, 1987).

Feinstein, C. H., P. Temin y G. Toniolo, *The European Economy between the Wars* (Oxford, 1997).

Feldman, G. D., *Army, Industry, and Labour in Germany, 1914-1918* (Princeton, NJ, 1966).

—, *German Imperialism, 1914-1918: the Development of a Historical Debate* (Nueva York, 1972).

—, *The Great Disorder: Politics, Economy, and Society in the German Inflation, 1914-1924* (Nueva York y Oxford, 1993).

Ferguson, N., «Public Finance and National Security: the Domestic Origins of the First World War Revisited», *Past & Present* (1994).

—, *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in*

the Era of Inflation, 1897-1927 (Cambridge, 1995).

—, «Constraints and Room for Manoeuvre in the German Inflation of the Early 1920s», *Economic History Review* (1996).

—, *The Pity of War* (Londres, 1998).

—, *Empire: How Britain Made the Modern World* (Londres, 2003).

Ferris, J., ed., *The British Army and Signals Intelligence during the First World War* (Stroud, 1992).

—, «Airbandit: C³ I and Strategic Air Defence during the First Battle of Britain, 1915-1918», en Dockrill y French, eds., *Strategy and Intelligence*.

Ferro, M., «Le Soldat russe en 1917: indiscipline, patriotisme, pacifisme et révolution», *Annales* (1971).

—, *The Great War, 1914-1918* (Londres, 1973).

Fiebig von Hase, R., «Der Anfang vom Ende des Krieges: Deutschland, die USA, und die Hintergründe des Amerikanischen Kriegseintritts am 6. April 1917», en Michalka, ed., *Erste Weltkrieg*.

Fieldhouse, D. K., *Economics and Empire, 1830-1914* (Londres, 1973).

Fifield, R. H., *Woodrow Wilson and the Far East: the Diplomacy of the Shantung Question* (Nueva York, 1952).

Figes, O., *A People's Tragedy: the Russian Revolution, 1891-1924* (Londres, 1997).

Fischer, C., *Stormtroopers: A Social, Economic and Ideological Analysis, 1919-1935* (Londres, 1983).

Fischer, F., *Germany's Aims in the First World War* (Londres, 1967).

—, *War of Illusions: German Policies from 1911 to 1914* (Londres, 1975).

—, «Twenty-Five Years Later: Looking Back at the “Fischer Controversy” and its Consequences», *Central European History* (1988).

Flood, P. J., *France, 1914-1918: Public Opinion and the War Effort* (Basingstoke, 1990).

Floto, I., *Colonel House in Paris: a Study of American Policy at the Paris Peace Conference, 1919* (Aarhus, 1973).

Foch, F., *Mémoires pour servir à l'histoire de la guerre de 1914-1918* (vol. 2, París, 1931).

Fogarty, R. S., *Race and War in France: Colonial Subjects in the French Army, 1914-1918* (Baltimore, 2008).

Foley, R., «East or West? Erich von Falkenhayn and German Strategy, 1914-1915», en Hughes y Seligman, eds., *Leadership in Conflict*.

—, «The Origins of the Schlieffen Plan», *War in History* (2003).

—, *German Strategy and the Path to Verdun: Erich von Falkenhayn and the Development of Attrition, 1870-1916* (Cambridge, 2005).

Fong, G., «The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», *War in History* (2000).

Förster, J., «Der deutsche Generalstab und die Illusion des kurzen Krieges, 1871-1914: Metakritik eines Mythos», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* (1995).

Förster, S., *Der Doppelte Militarismus: die Deutsche Heeresrüstung zwischen Status-Quo-Sicherung und Aggression, 1890-1913* (Stuttgart, 1985).

—, «Facing “People's War”: Moltke the Elder and Germany's Military Options after 1871», *Journal of Strategic Studies* (1987).

Forsyth, D. J., *The Crisis of Liberal Italy: Monetary and Financial Policy, 1914-1922* (Cambridge, 1993).

Foster, J., «Working-Class Mobilization on the Clyde, 1917-1920», en Wrigley, ed., *Challenges of Labour*.

Fowler, W. B., *British-American Relations, 1917/1918: the Role of Sir William Wiseman* (Princeton, NJ, 1969).

Fraser, T. G., «Germany and Indian Revolution, 1914-1918», *Journal of Contemporary History* (1977).

French, D., «Spy Fever in Britain, 1900-1915», *Historical Journal* (1978).

—, «The Military Background to the "Shell Crisis" of May 1915», *Journal of Strategic Studies* (1979).

—, «The Origins of the Dardanelles Campaign Reconsidered», *History* (1983).

—, *British Strategy and War Aims, 1914-1916* (Londres, 1986).

—, «The Dardanelles, Mecca, and Kut: Prestige as a Factor in British Eastern Strategy, 1914-1916», *War and Society* (1987).

—, «The Meaning of Attrition, 1914-1916», *English Historical Review* (1988).

—, «Watching the Allies: British Intelligence and the French Mutinies of 1917», *Intelligence and National Security* (1991).

—, *The Strategy of the Lloyd George Coalition, 1916-1918* (Oxford, 1995).

—, «Failures of Intelligence: the Retreat to the Hindenburg Line and the March 1918 Offensive», en Dockrill y French, eds., *Strategy and Intelligence*.

—, «"Had We Known How Bad Things Were in Germany, We Might Have Got Stiffer Terms": Great Britain and

the Armistice», en Boemeke *et al.*, eds., *Treaty of Versailles*.

Frey, M., «Bullying the Neutrals: the Case of the Netherlands», en Chickering y Förster, eds., *Great War, Total War*.

Fridenson, P., ed., *The French Home Front, 1914-1918* (Providence, RI, y Oxford, 1992).

Friedman, I., *The Question of Palestine, 1914-1918: British-Jewish-Arab Relations* (Londres, 1973).

—, *Palestine: a Twice-Promised Land? The British, the Arabs, and Zionism, 1915-1920* (New Brunswick, NJ, y Londres, 2000).

Fuller, J. G., *Troop Morale and Popular Culture in the British and Dominion Armies, 1914-1918* (Oxford, 1990).

Fuller, W. C., *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914* (Princeton, NJ, 1985).

—, «The Eastern Front», en Winter, Parker y Habeck, eds., *Great War*.

Fussell, P., *The Great War and Modern Memory* (Nueva York y Londres, 1975).

Gabriel, R. A., y K. S. Metz, *A History of Military Medicine* (2 vols., Westport, CT, y Londres, 1992).

Galántai, J., *Hungary in the First World War* (Budapest, 1989).

Galbraith, J. S., «No Man's Child: the Campaign in Mesopotamia, 1914-1918», *International History Review* (1984).

Garson, N. G., «South Africa and World War One», *Journal of Imperial and Commonwealth History* (1979).

Gatrell, P., *Government, Industry, and Rearmament in Russia, 1900-1914: the Last Argument of Tsarism* (Cambridge,

1994).

—, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I* (Bloomington e Indianápolis, IN, 1999).

—, *Russia's First World War: A Social and Economic History* (2005).

Gatzke, H. W., *Germany's Drive to the West: A Study of Western War Aims during the First World War* (Baltimore, 1950).

Geiss, I., *Der Polnische Grenzstreifen, 1914-1918: ein Beitrag zur Deutschen Kriegszielpolitik im Ersten Weltkrieg* (Lübeck y Hamburgo, 1960).

—, ed., *July 1914: the Outbreak of the First World War* (Londres, 1967).

Gelfand, L. E., *The Inquiry: American Preparations for Peace, 1917-1919* (New Haven, 1963).

Gemzell, C.-A., *Organization, Conflict, and Innovation: a Study of German Naval Strategic Planning, 1880-1940* (Lund, 1973).

Gerwarth, R., «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria, and Hungary after the Great War», *Past & Present* (2008).

Geyer, D., *Russian Imperialism: the Interaction of Domestic and Foreign Policy, 1860-1914* (Leamington Spa, 1987).

Geyer, M., *Deutsche Rüstungspolitik, 1866-1980* (Frankfurt, 1984).

—, «Insurrectionary Warfare: The German Debate about a levée en masse in October 1918», *Journal of Modern History* (2001).

Gilbert, B. B., «Pacifist to Interventionist: David Lloyd George in 1911 and 1914.Was Belgium an Issue?», *Historical Journal* (1985).

Gilbert, C., *American Financing of World War I* (Westport, CT, 1970).

Gilbert, M., *The First World War* (Londres, 1995).

Gill, D., y G. Dallas, «Mutiny at Etaples Base in 1917», *Past & Present* (1975).

—, *The Unknown Army: Mutinies in the British Army in World War I* (Londres, 1985).

Glover, J., y J. Silkin, eds., *The Penguin Book of First World War Prose* (Harmondsworth, 1990).

Godfrey, J. D., *Capitalism at War: Industrial Policy and Bureaucracy in France, 1914-1918* (Leamington Spa, Hamburgo y Nueva York, 1987).

Goebel, S., *The Great War and Medieval Memory: War and Remembrance in Britain and Germany, 1900-1940* (Cambridge, 2006).

Goemans, H. E., *War and Punishment: The Causes of War Termination and the First World War* (Princeton, NJ, 2000).

Goldberg, J., «The Origins of British-Saudi Relations: the 1915 Anglo-Saudi Treaty Revisited», *Historical Journal* (1985).

Goldrick, J., *The King's Ships Were at Sea: the War in the North Sea, August 1914-February 1915* (Annapolis, 1984).

Goldstein, E., y J. Maurer, eds., *The Washington Conference, 1921-1922: Naval Rivalry, East Asian Stability, and the Road to Pearl Harbor* (Londres y Portland, OR, 1994).

Gooch, J., «The Maurice Debate, 1918», *Journal of Contemporary History* (1968).

—, *The Prospect of War: Studies in British Defence Policy, 1847-1942* (Londres, 1981).

—, «Italy in the First World War», en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*.

—, «Morale and Discipline in the Italian Army, 1915-1918», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

Goold, D. J., «Lord Hardinge and the Mesopotamian Expedition and Inquiry, 1914-1917», *Historical Journal* (1976).

Gorce, P.-M. de la, *La République et son armée* (París, 1963).

Gordon, A., *The Rules of the Game: Jutland and British Naval Command* (Londres, 1996).

Gorman, L., «The Anciens Combattants and Appeasement: from Munich to War», *War and Society* (1992).

Gottlieb, W. W., *Studies in Secret Diplomacy during the First World War* (Londres, 1957).

Goya, M., *Le Chair et l'acier: l'invention de la guerre moderne (1914-1918)* (París, 2004).

Grant, R. M., *U-Boats Destroyed: The Effects of Anti-Submarine Warfare, 1914-1918* (Londres, 1964).

Graves, R., *Goodbye to All That* (Londres, 1960) (hay trad. cast.: *Adiós a todo eso*, Barcelona, RBA, 2010).

Grayzel, S. R., *Women's Identities at War: Gender, Motherhood, and Politics in Britain and France during the First World War* (Chapel Hill, 1999).

—, *Women and the First World War* (Harlow, 2002).

Gregory, A., *The Silence of Memory: Armistice Day, 1919-1946* (Providence, RI, y Oxford, 1994).

—, *The Last Great War: British Society and the First World War* (Cambridge, 2008).

Greenhalgh, E., «Why the British were on the Somme in 1916», *War in History* (1999).

—, «Flames over the Somme: a Retort to William Philpott», *War in History* (2003).

Greenhalgh, E., *Victory through Coalition: Britain and France during the First World War* (Cambridge, 2005).

Grieves, K., *The Politics of Manpower, 1914-1918* (Manchester, 1988).

—, «C. E. Montague and the Making of Disenchantment, 1914-1921», *War and History* (1997).

Griffith, P., *Battle Tactics of the Western Front: the British Army's Art of Attack, 1916-1918* (New Haven y Londres, 1994).

—, ed., *British Fighting Methods in the Great War* (Londres y Portland, OR, 1996).

Grigg, J., *Lloyd George: War Leader* (Londres, 2001).

—, *Lloyd George: From Peace to War, 1912-1916* (Londres, 2002).

—, *Lloyd George: War Leader* (Londres, 2001).

Groh, D., «The "Unpatriotic Socialists" and the State», *Journal of Contemporary History* (1966).

Groot, G. de, *Douglas Haig, 1868-1928* (Londres, 1980).

—, *The First World War* (Nueva York, 2001).

Grotelueschen, M. E., *The AEF Way of War: The American Army and Combat in World War I* (Cambridge, 2007).

Gudmundsson, B. I., *Stormtroop Tactics: Innovation in the German Army, 1914-1918* (Westport, CT, y Londres, 1989).

Guinard, P., J.-C. Devos y J. Nicot, *Inventaire sommaire des Archives de la Guerre, Série N: 1872-1919*, vol. 1 (Troyes, 1975).

Guinn, P., *British Strategy and Politics, 1914-1918* (Oxford,

1965).

Gullace, N., «Sexual Violence and Family Honour: British Propaganda and International Law during the First World War», *American Historical Review* (1997).

—, «White Feathers and Wounded Men: Female Patriotism and the Memory of the Great War», *Journal of British Studies* (1997).

—, *Blood of Our Sons: Men, Women, and the Renegotiation of British Citizenship during the Great War* (Basingstoke, 2002).

Haber, L. F., *The Poisonous Cloud: Chemical Warfare in the First World War* (Oxford, 1986).

Hall, R. C., *The Balkan Wars, 1912-1913: Prelude to the First World War* (Londres, 2000).

Halpern, P. G., *A Naval History of World War I* (Londres, 1994).

Hamard, B., «Quand la victoire s'est gagnée aux Balkans: l'assaut de l'armée alliée d'orient de septembre à novembre 1918», *Guerres mondiales et conflits contemporains* (1996).

Hamilton, I., *Gallipoli Diary* (2 vols., Londres, 1920).

Hamilton, R. F., y H. H. Herwig, eds., *The Origins of World War I* (Cambridge, 2003).

—, *War Planning, 1914* (Cambridge, 2009).

Hammer, K., «Der Deutsche Protestantismus und der Erste Weltkrieg», *Francia* (1974).

Hanak, H., «The Union of Democratic Control during the First World War», *Bulletin of the Institute of Historical Research* (1963).

Hankey, M. P. A. H., *The Supreme Command, 1914-1918* (2 vols., Londres, 1961).

Hanna, M., *The Mobilization of Intellect: French Scholars and Writers during the Great War* (Cambridge, MA, 1996).

Hanson, N., *First Blitz* (Londres, 2008).

Hardach, G., *The First World War, 1914-1918* (Londres, 1977).

—, «Industrial Mobilization in 1914-1918: Production, Planning, and Ideology», en Fridenson, ed., *French Home Front*.

Harris, J. P., *Men, Ideas, and Tanks: British Military Thought and Armed Forces, 1903-1939* (Manchester y Nueva York, 1995).

—, *Douglas Haig and the First World War* (Cambridge, 2008).

Harris, J. P., y N. Barr, *Amiens to the Armistice: the BEF in the Hundred Days' Campaign, 8 August-11 November 1918* (Londres y Washington, 1998).

Harris, R., «The "Child of the Barbarian": Rape, Race, and Nationalism in France during the First World War», *Past & Present* (1993).

Harrison, M., «The Fight against Disease in the Mesopotamian Campaign», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

—, ed., *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison* (Cambridge, 1998).

Hartcup, G., *The War of Invention: Scientific Developments*, 1914-1918 (Londres, 1988).

Harvey, A. D., *A Muse of Fire: Literature, Art, and War* (Londres y Río Grande, OH, 1998).

Hasegawa, T., *The February Revolution: Petrograd 1917* (Seattle y Londres, 1981).

Haupt, G., *Socialism and the Great War: the Collapse of the*

Second International (Oxford, 1972).

Hautmann, H., «Vienna: a City in the Years of Radical Change, 1917-1920», en Wrigley, ed., *Challenges of Labour*.

Hayne, M. B., *The French Foreign Office and the Origins of the First World War, 1898-1914* (Oxford, 1993).

Hazelhurst, C., *Politicians at War, July 1914 to May 1915: a Prologue to the Triumph of Lloyd George* (Londres, 1971).

Healy, M., *Vienna and the fall of the Habsburg Empire: Total War and Everyday Life in World War I* (Cambridge, 2004).

Heinemann, U., *Die Verdrängte Niederlage: Politische Öffentlichkeit und Kriegsschuldfrage in der Weimarer Republik* (Gotinga, 1983).

Heller, J., «*Sir* Louis Mallet and the Ottoman Empire: the Road to War», *Middle Eastern Studies* (1976).

Helmreich, E. C., *The Diplomacy of the Balkan Wars, 1912-1913* (Nueva York, 1969).

Helmreich, J. E., *Belgium and Europe: a Study in Small Power Diplomacy* (La Haya, 1976).

Helmreich, P. C., *From Paris to Sèvres: the Partition of the Ottoman Empire at the Peace Conference of 1919-1920* (Columbus, OH, 1974).

Henniker, A. M., *Transportation on the Western Front, 1914-1918* (Londres, 1937).

Herrmann, D. G., *The Arming of Europe and the Making of the First World War* (Princeton, NJ, 1996).

Herwig, H. H., «German Policy in the Eastern Baltic Sea in 1918: Expansion or AntiBolshevik Crusade?», *Slavic Review* (1973).

—, «The Dynamics of Necessity: German Military Policy

during the First World War», en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*.

—, *The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918* (Londres y Nueva York, 1997).

—, «Clio Deceived: Patriotic Self-Censorship in Germany after the First World War», en Wilson, ed., *Forging the Collective Memory*.

—, «Total Rhetoric, Limited War: Germany's U-Boat Campaign, 1917-1918», en Chickering y Förster, eds., *Great War, Total War*.

Herwig, H. H., y D. F. Trask, «The Failure of Imperial Germany's Undersea Offensive against World Shipping, February 1917-October 1918», *The Historian* (1970-1971).

Heuser, B., *Reading Clausewitz* (Londres, 2002).

Hewitson, M., «Germany and France before the First World War: a Reassessment of German Foreign Policy», *English Historical Review* (2000).

—, *Germany and the Causes of the First World War* (Oxford y Nueva York, 2004).

Hiley, N., «The News Media and British Propaganda, 1914-1918», en Becker y AudouinRouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

Hindenburg, P. von, *Aus Meinem Leben* (Leipzig, 1920) / *Out of My Life* (Londres, 1933).

Hinsley, F. H., *Power and the Pursuit of Peace: Theory and Practice in the History of Relations between States* (Cambridge, 1963).

Hoag, J., «Students at the University of Vienna in the First World War», *Central European History* (1984).

Hobsbawm, E. J., *Age of Extremes: the Short Twentieth*

Century, 1914-1991 (Londres, 1995).

Holland, R., «The British Empire and the Great War, 1914-1918», en Brown y Louis, eds., *The Oxford History of the British Empire*, vol. IV: *The Twentieth Century* (Oxford y Nueva York, 1999).

Holmes, R., *The Little Field Marshal: Sir John French* (Londres, 1981).

—, «The Last Hurrah: Cavalry on the Western Front, August-September 1914», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

—, *Tommy: the British Soldier on the Western Front, 1914-1918* (Londres, 2004).

Holmes, T., «The Reluctant March on Paris», *War in History* (2001).

Hoover, A. J., *God, Germany, and Britain in the Great War: a Study in Clerical Nationalism* (Westport, CT, y Londres, 1989).

Hopkin, D., «Domestic Censorship in the First World War», *Journal of Contemporary History* (1970).

Hopwood, R. F., «Czernin and the Fall of Bethmann Hollweg», *Canadian Journal of History* (1967).

Horn, D., ed., *War, Mutiny, and Revolution in the German Navy: the World War I Diary of Seaman Richard Stumpf* (New Brunswick, NJ, 1967).

—, *Mutiny on the High Seas: the Imperial German Naval Mutinies of World War I* (Londres, 1973).

Horn, M., «The Concept of Total War: National Effort and Taxation in Britain and France during the First World War», *War and Society* (2000).

—, *Britain, France, and the Financing of the First World War* (Montreal y Kingston, Ont., 2002).

Horne, A., *The Price of Glory: Verdun, 1916* (Harmondsworth, 1978).

Horne, J., «L'Impôt du sang: Republican Rhetoric and Industrial Warfare in France, 1914-1918», *Social History* (1989).

—, *Labour at War: France and Britain, 1914-1918* (Oxford, 1991).

—, «The State and the Challenge of Labour in France, 1917-1920», en Wrigley, ed., *Challenges of Labour*.

—, «Soldiers, Civilians, and the Warfare of Attrition: Representations of Combat in France, 1914-1918», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

—, *State, Society, and Mobilization in Europe during the First World War* (Cambridge, 1997).

Horne, J., y A. Kramer, «German "Atrocities" and Franco-German Opinion, 1914: the Evidence of German Soldiers' Diaries», *Journal of Modern History* (1994).

—, *German Atrocities, 1914: A History of Denial* (New Haven y Londres, 2001).

Houston, D. F., *Eight Years with Wilson's Cabinet (1913-1920)* (2 vols., Londres, 1926).

Hovanissian, R. G., *Armenia on the Road to Independence, 1918* (Berkeley y Los Ángeles, 1967).

—, ed., *The Armenian Genocide: History, Politics, Ethics* (Basingstoke y Londres, 1992).

Howard, M. E., «Men against Fire: Expectations of War in 1914», *International Security* (1984).

—, *The Invention of Peace: Reflections on War and International Order* (Londres, 2001).

—, *The First World War* (Oxford, 2002).

Howorth, J., «French Workers and German Workers: the Impossibility of Internationalism, 1900-1914», *European History Quarterly* (1985).

Hughes, J., «The Battle for the Hindenburg Line», *War and Society* (1999).

Hughes, M., *Nationalism and Society: Germany, 1800-1945* (Londres, 1988).

—, *Allenby and British Strategy in the Middle East, 1917-1919* (Londres y Portland, OR, 1999).

Hughes, M., y M. Seligman, eds., *Leadership in Conflict, 1914-1918* (Barnsley, 2000).

Hull, I., *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany* (Cambridge, 2005).

Hüppauf, B., «Langemarck, Verdun, and the Myth of a New Man in Germany after the First World War», *War and Society* (1988).

Hurewitz, J. C., ed., *Diplomacy in the Near and Middle East: a Documentary Record* (2 vols., Princeton, NJ, 1956).

Hürter, H., «Die Katholische Kirche im Ersten Weltkrieg», en Michalka, ed., *Erste Weltkrieg*.

Hürter, J., *Paul von Hintze: Marineoffizier, Diplomat, Staatssekretär. Dokumente einer Karriere zwischen Militär und Politik, 1903-1918* (Munich, 1998).

Hussey, J., «The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», *War in History* (1997).

—, «The Flanders Battleground and the Weather in 1917», en Liddle, ed., *Passchendaele in Perspective*.

Hynes, S., *A War Imagined: the First World War and English Culture* (Londres, 1990).

—, *The Soldier's Tale: Bearing Witness to Modern War*

(Londres, 1998).

Inglis, K. S., «War Memorials: Ten Questions for Historians», *Guerres mondiales et conflits contemporains* (1992).

—, «World War One Memorials in Australia», *Guerres mondiales et conflits contemporains*.

Jaffe, L. S., *The Decision to Disarm Germany: British Policy towards Post-war German Disarmament, 1914-1919* (Londres, 1985).

Jahn, H. F., *Patriotic Culture in Russia during World War I* (Ithaca, NY, y Londres, 1995).

Jansen, M. B., *The Japanese and Sun Yat-sen* (Cambridge, MA, 1954).

Janssen, K. H., «Der Wechsel in der Obersten Heeresleitung 1916», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (1959).

—, *Macht und Verblendung: Kriegszielpolitik der deutschen Bundesstaaten, 1914/1918* (Gotinga, 1963).

—, *Der Kanzler und der General. Die Führungskrise um Bethmann und Falkenhayn (1914-1916)* (Gotinga, 1967).

Jarausch, K. H., *The Enigmatic Chancellor: Bethmann Hollweg and the Hubris of Imperial Germany* (New Haven, 1973).

Jäschke, G., «Zum Problem der Marne-Schlacht von 1914», *Historische Zeitschrift* (1960).

Jeffery, K., *Ireland and the Great War* (Cambridge, 2000).

—, *Field Marshal Sir Henry Wilson: A Political Soldier* (Oxford, 2006).

—, *MI6: The History of the Secret Intelligence Service, 1909-1949* (Londres, 2010).

Jelavich, B., *Russia's Balkan Entanglements, 1806-1914* (Cambridge, 1991).

Joffre, J-J. C., *Mémoires du Maréchal Joffre, 1910-1917* (2 vols., París, 1932).

Joll, J., *The Second International, 1889-1914* (Londres, 1955).

—, *The Origins of the First World War* (Londres, 1984).

Joly, B., «La France et la revanche (1870-1914)», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* (1999).

Jones, D. R., «Imperial Russia's Forces at War», en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*.

Jones, H. S., *Violence against Prisoners of War: Britain, France, and Germany, 1914-1920* (Cambridge, 2011).

Jones, H. S., J. O'Brien y C. Schmidt-Supprian, eds., *Untold War: New Perspectives in First World War Studies* (Leiden, 2008).

Jones, N., *The Origins of Strategic Bombing: a Study of the Development of British Air Strategic Thought and Practice up to 1918* (Londres, 1973).

Jones, S., «Antonio Salandra and the Politics of Italian Intervention in the First World War», *European History Quarterly* (1985).

Judah, T., *The Serbs: History, Myth, and the Destruction of Yugoslavia* (New Haven y Londres, 1997).

Judd, J., *Empire: the British Imperial Experience, 1765 to the Present* (Londres, 1996).

Jünger, E., *Storm of Steel* (Nueva York, 1985).

Kahn, D., *The Codebreakers: the Story of Secret Writing* (Londres, 1966).

Kaiser, D. E., «Germany and the Origins of the First World War», *Journal of Modern History* (1983).

Kajima, M., *The Diplomacy of Japan, 1894-1922* (vol. 3, Tokio, 1980).

Kann, R. A., B. K. Király y P. S. Fichtner, eds., *The Habsburg Empire in World War I: Essays on the Intellectual, Military, Political, and Economic Aspects of the Habsburg War Effort* (Nueva York, 1977).

Kanya-Forstner, A. S., «The War, Imperialism, and Decolonization», en Winter, Parker, y Habeck, eds., *Great War*.

Karsh, E. e I., «Myth in the Desert, or Not the Great Arab Revolt», *Middle Eastern Studies* (1997).

Kaspi, A., *Le Temps des Américains: le concours américain à la France en 1917-1918* (París, 1976).

Katz, F., *The Secret War in Mexico: Europe, the United States, and the Mexican Revolution* (Chicago y Londres, 1981).

Kavanagh, G., «Museum as Memorial: the Origins of the Imperial War Museum», *Journal of Contemporary History* (1988).

Kazamzadeh, F., *The Struggle for Transcaucasia (1917-1921)* (Nueva York y Oxford, 1951).

Kedourie, E., *In the Anglo-Arab Labyrinth: the McMahon-Husayn Correspondence and its Interpretations, 1914-1939* (Cambridge, 1976).

Keegan, J., *The Price of Admiralty* (Londres, 1988).

—, «Jutland», *MHQ: the Quarterly Journal of Military History* (1989).

—, *The Face of Battle: a Study of Agincourt, Waterloo, and the Somme* (Londres, 1991).

—, *The First World War* (Londres, 1998).

Keene, J. D., *The United States and the First World War* (Harlow, 2000).

Keiger, J. F. V., *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983).

—, «Britain's "Union sacrée" in 1914», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

—, *Raymond Poincaré* (Cambridge, 1997).

Kenez, P., «Changes in the Social Composition of the Officer Corps during World War I», *Russian Review* (1972).

Kennedy, D. M., *Over Here: the First World War and American Society* (Nueva York y Oxford, 1980).

Kennedy, G. C., «Strategy and Supply in the North Atlantic Triangle, 1914-1918», en McKercher y Aronson, eds., *The North Atlantic Triangle in a Changing World: Anglo-American Relations, 1902-1956* (Toronto, 1996).

—, ed., *The Merchant Marine in International Affairs, 1850-1950* (Londres y Portland, OR, 2000).

Kennedy, P. M., ed., *The War Plans of the Great Powers* (Londres, 1979).

—, *The Rise of the Anglo-German Antagonism, 1860-1914* (Londres, 1982).

—, «Britain in the First World War», en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*.

—, «Military Effectiveness in the First World War», en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*.

—, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000* (Londres, 1989).

—, *The Rise and Fall of British Naval Mastery* (Londres, 1991).

Kennedy, T. C., «Public Opinion and the Conscientious Objector, 1915-1919», *The Journal of British Studies* (1973).

Kennedy, R. A., *The Will to Believe: Woodrow Wilson, World War I, and American Strategy for Peace and Security* (Kent, OH, 2009).

Kent, B., *The Spoils of War: the Politics, Economics, and Diplomacy of Reparations, 1918-1932* (Oxford, 1989).

Kent, M., ed., *The Great Powers and the End of the Ottoman Empire* (Londres, 1984).

Kent, S. K., «Love and Death: War and Gender in Britain, 1914-1918», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

Kenwood, A. G., y A. L. Lougheed, *The Growth of the International Economy, 1820-2000* (Londres, 1999).

Kenyon, D., *Horsemen in No Man's Land: British Cavalry and Trench Warfare, 1914-1918* (Barnsley, 2011).

Kernek, S. J., «The British Government's Reaction to President Wilson's "Peace Note" of December 1916», *Historical Journal* (1970).

Kerner, R. J., «Russia, the Straits, and Constantinople, 1914-1915», *Journal of Modern History* (1929).

Kershaw, I., *Hitler* (2 vols., vol. 1. *1889-1936: Hubris*; vol. 2. *1936-1945: Nemesis*, Londres, 1998 y 2000).

Keynes, J. M., *The Economic Consequences of the Peace* (Londres, 1920) (hay trad. cast.: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 2002).

King, J. C., *Generals and Politicians: Conflict between France's Command, Parliament, and Government, 1914-1918* (Berkeley y Los Ángeles, 1951).

Király, B. K., y N. F. Dreisziger, eds., *East Central European Society in World War I* (Nueva York, 1985).

Kirby, D., «International Socialism and the Question of Peace: the Stockholm Conference of 1917», *Historical Journal* (1967).

—, *War, Peace, and Revolution: International Socialism at the Crossroads, 1914-1918* (Londres, 1986).

Kitchen, M., *The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff* (Londres, 1976).

—, *The German Offensives of 1918* (Stroud, 2001).

Kluge, U., *Die Deutsche Revolution 1918/1919: Staat, Politik, und Gesellschaft zwischen Weltkrieg und Kapp-Putsch* (Frankfurt, 1985).

Knock, T. J., *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order* (Nueva York y Oxford, 1992).

Knox, M. *To the Threshold of Power 1922/1933: Origins and Dynamics of the Fascist and National Socialist Dictatorships. Volume I* (2007).

Koch, H. W., ed., *The Origins of the First World War* (Londres, 1972).

Kocka, J., *Facing Total War: German Society, 1914-1918* (Leamington Spa, 1984).

Koenker, D. P., y W. G. Rosenberg, *Strikes and Revolution in Russia*, 1917 (Princeton, NJ, 1989).

Komjáthy, M., ed., *Protokolle des Gemeinsamen Ministerrates der österreichischen-Ungarischen Monarchie (1914-1918)* (Budapest, 1966).

Koralka, J., «Germany's Attitude to the National Disintegration of Cisleithania (AprilOctober, 1918)», *Journal of Contemporary History* (1969).

Koszyk, K., *Deutsche Presse, 1914-1945* (Berlín, 1972).

Kramer, A., *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War* (Oxford y Nueva York, 2007).

Kriegel, A., *Aux Origines du Communisme français*, 1914-1920 (París y La Haya, 1964).

Krizmann, B., «Austro-Hungarian Diplomacy before the

Collapse of the Empire», *Journal of Contemporary History* (1969).

Krumeich, G., «Le Soldat allemand sur la Somme», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

—, «“Saigner la France”? Mythes et réalité de la stratégie allemande de la bataille de Verdun», *Guerres mondiales et conflits contemporains* (1996).

Kitchen, M., *The Silent Dictatorship: the Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff* (Londres, 1976).

Kuhlmann, R. von, *Erinnerungen* (Heidelberg, 1948).

Kurat, Y. T., «How Turkey Drifted into World War I», en Bourne y Cameron Watt, eds., *Studies in International History* (Londres, 1967).

Kuznets, S., «Quantitative Aspects of the Growth of Nations», *Economic Development and Cultural Change* (1967).

La Fargue, T. E., *China and the World War* (Stanford, 1937).

Lambert, N., *Sir John Fisher's Naval Revolution* (Columbia, SC, 1999).

Lambi, I. N., *The Navy and German Power Politics, 1862-1914* (Boston, 1984).

Langdon, J. W., *July 1914: the Long Debate, 1914-1990* (Nueva York y Oxford, 1991).

Lange, K., *Marneschlacht und Deutsche Öffentlichkeit, 1914-1939: eine verdrängte Niederlage und ihre Folgen* (Düsseldorf, 1974).

Langhorne, R. T. B., *The Collapse of the Concert of Europe: International Politics, 1890-1914* (Londres, 1981).

—, *The Lansing Papers, 1914-1920* (2 vols., Washington, 1939).

Lasch, C., «American Intervention in Siberia: a Reinterpretation», *Political Science Quarterly* (1962).

Lasswell, H. D., *Propaganda Technique in the World War* (Londres y Nueva York, 1927).

Lautenschläger, K., «Technology and the Evolution of Naval Warfare», *International Security* (1983).

Laux, J. M., «Gnôme et Rhône an Aviation Engine Firm in the First World War», en Fridenson, ed., *The French Home Front*.

Lawrence, J., «Material Pressures on the Middle Classes», en Winter y Robert, eds., *Capital Cities at War*.

Lawrence, J., M. Dean y J.-L. Robert, «The Outbreak of War and the Urban Economy: Paris, Berlin, and London in 1914», *Economic History Review* (1992).

Lebow, R. N., «Agency versus Structure in A. J. P. Taylor's Origins of the First World War», *International History Review* (2001).

Lederer, I. J., *Yugoslavia at the Paris Peace Conference: a Study in Frontier-Making* (New Haven y Londres, 1963).

Lee, D. E., ed., *The Outbreak of the First World War: Who Was Responsible*? (Boston, 1966).

Lee, J., «Administrators and Agriculture: Aspects of German Agricultural Policy in the First World War», en Winter, ed., *War and Economic Development*.

Leed, E. J., *No Man's Land: Combat and Identity in World War I* (Cambridge, 1979).

Leese, P., «Problems Returning Home: The British Psychological Casualties of the Great War», *Historical Journal* (1997).

Lenin, V. I., *Imperialism the Highest Stage of Capitalism* (Pekín, 1975).

Lentin, A., «The Treaty that Never Was: Lloyd George and the Abortive Anglo-French Alliance of 1919», en Loades, ed., *The Life and Times of David Lloyd George* (Bangor, 1991).

—, «Several Types of Ambiguity: Lloyd George at the Paris Peace Conference», *Diplomacy and Statecraft* (1995).

Leslie, J., «The Antecedents of Austria-Hungary's War Aims: Policies and Policy-Makers in Vienna and Budapest before and during 1914», *Wiener Beiträge zur Geschichte der Neuzeit* (1993).

Levin, N. G., Jr., *Woodrow Wilson and World Politics: America's Response to War and Revolution* (Nueva York, 1968).

Levy, J., «Preferences, Constraints, and Choices in July 1914», *International Security* (1990-1991).

—, «The Causes of War and the Conditions of Peace», *Annual Review of Political Science* (1998).

Liddell Hart, B., *Foch: the Man of Orléans* (Londres, 1931).

—, *History of the First World War* (Londres, 1972).

Liddle, P. H., *Men of Gallipoli: the Dardanelles and Gallipoli Experience, August 1914 to January 1916* (Londres, 1976).

—, *The British Soldier on the Somme, 1916* (Strategic and Combat Studies Institute: Occasional Paper No. 23, 1996).

—, ed., *Passchendaele in Perspective: the Third Battle of Ypres* (Londres, 1997).

Lieven, D. C. B., *Russia and the Origins of the First World War* (Basingstoke, 1983).

—, *Nicholas II: Emperor of all the Russias* (Londres, 1993).

Lih, L. T., *Bread and Authority in Russia, 1914-1921* (Berkeley, Los Ángeles y Oxford, 1990).

Link, A. S, *Wilson: Campaigns for Progressivism and Peace, 1916-1917* (Princeton, NJ, 1965).

Linke, H. E., *Das Zarische Russland und der Erste Weltkrieg: Diplomatie und Kriegsziele, 1914-1917* (Munich, 1982).

Lipgens, W., «Europäische Einigungsidee 1923-1930 und Briands Europaplan im Urteil der deutschen Akten», *Historische Zeitschrift* (1966).

Liulevicius, V. G., *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I* (Cambridge, 2000).

Livesey, A., *The Viking Atlas of World War I* (Nueva York, 1994).

Lloyd George, D., *War Memoirs* (2 vols., Londres, 1938).

Long, J. W., «American Intervention in Russia: the North Russian Expedition, 1918-1919», *Diplomatic History* (1982).

Louis, W. R., *Great Britain and Germany's Lost Colonies, 1914-1919* (Oxford, 1967).

Low, A. D., «The Soviet Hungarian Republic and the Paris Peace Conference», *Transactions of the American Philosophical Society* (1963).

Lowe, C. J., y M. L. Dockrill, *The Mirage of Power: British Foreign Policy, 1914-1922* (3 vols., Londres, 1972).

Lowe, C. J., y F. Marzari, *Italian Foreign Policy, 1870-1940* (Londres, 1975).

Lowe, P., *Great Britain and Japan, 1911-1915: a Study of British Far Eastern Policy* (Londres, 1969).

Lowry, B., *Armistice 1918* (Kent, OH, y Londres, 1996).

Luckau, A., *The German Delegation at the Paris Peace Conference* (Nueva York, 1941).

Ludendorff, E., *My War Memories, 1914-1918* (2 vols.,

Londres, 1919) /*Meine Kriegserinnerungen, 1914-1918* (Berlín, 1919) (hay trad. cast.: *Mis recuerdos de la guerra*, Barcelona, Seix Barral, 1920).

—, *The General Staff and Its Problems* (2 vols., Londres, 1920).

Luebke, F. C., *Bonds of Loyalty: German-Americans and World War I* (DeKalb, IL, 1974).

Lundberg, P. K., «The German Naval Critique of the U-Boat Campaign, 1915-1918», *Military Affairs* (1963).

Lundgreen-Nielsen, K., *The Polish Problem at the Paris Peace Conference: a Study of the Great Powers and the Poles* (Odense, 1979).

Lupfer, T. T., «The Dynamics of Doctrine: the Changes in German Tactical Doctrine during the First World War» (Fort Leavenworth Paper, Fort Leavenworth, KS, 1981).

Lutz, R. H., ed., *The Causes of the German Collapse in 1918* (Stanford, 1934).

Lyle, C., «Jutland, or a Second "Glorious First of June"», *The Mariner's Mirror* (1996).

Lynn, J. A., ed., *Feeding Mars: Logistics in Western Europe from the Middle Ages to the Present* (Boulder, San Francisco y Oxford, 1993).

Lyon, M. B., «A "Peasant Mob": the Serbian Army on the Eve of the Great War», *Journal of Military History* (1997).

Lyons, F. S. L., *Internationalism in Europe*, 1815-1914 (Leyden, 1963).

Macartney, C. A., *The Habsburg Empire, 1790-1918* (Londres, 1968).

MacDonald, L., *1914: the Days of Hope* (Londres, 1989).

—, *Somme* (Londres, 1993).

—, *They Called It Passchendaele: the Story of the Battle of Ypres*

and of the Men Who Fought in It (Londres, 1993).

—, *1915: the Death of Innocence* (Londres, 1997).

—, *Spring 1918: to the Last Man* (Londres, 1999).

McDonald, D. M., *United Government and Foreign Policy in Russia, 1900-1914* (Cambridge, MA, 1992).

McDougall, W. A., *France's Rhineland Diplomacy, 1914-1924: the Last Bid for a Balance of Power in Europe* (Princeton, NJ, 1978).

McEwen, J. M., «"Brass-Hats" and the British Press during the First World War», *Canadian Journal of History* (1983).

MacFie, A. L., *The End of the Ottoman Empire, 1908-1923* (Londres y NuevaYork, 1998).

MacKenzie, S. P., «Morale and the Cause: the Campaign to Change the Outlook of Soldiers in the British Expeditionary Force, 1914-1918», *Canadian Journal of History* (1990).

McLean, D., «Popular Protest and Public Order: Red Clydeside, 1915-1919», en Quinault y Stevenson, eds., *Popular Protest and Public Order: Six Studies in British History, 1790-1920* (Londres, 1974).

McLean, R. R., *Royalty and Diplomacy in Europe, 1890-1914* (Cambridge, 2001).

McMillan, J. F., *Housewife or Harlot? The Place of Women in French Society*, 1870-1940 (Brighton, 1981)

—, «French Catholics: *Rumeurs infames* and the *Union sacrée*, 1914-1918», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

McMeekin, S., *The Russian Origins of the First World War* (Cambridge, MA, 2011).

Maier, C. S., *Recasting Bourgeois Europe: Stabilization in*

France, Germany, and Italy in the Decade after World War I (Princeton, NJ, 1988).

Major, R. H., *Fatal Partners: War and Disease* (Garden City, NY, 1941).

Malcolm, N., *Bosnia: a Short History* (Londres y Basingstoke, 1994).

Mamatey, V. S., *The United States and East Central Europe, 1914-1918: a Study in Wilsonian Diplomacy and Propaganda* (Princeton, NJ, 1957).

—, «The Union of Czech Political Parties in the Reichsrat, 1916-1918», en Kann, Király y Fichtner, eds., *Habsburg Empire*.

Manela, E., *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Oxford, 2007).

Manning, A., «Wages and Purchasing Power», en Winter y Robert, eds., *Capital Cities at War*.

Marchand, A., *Les Chemins de fer de l'Est et la Guerre de 1914-1918* (París, 1924).

Marder, A. J., *From the Dreadnought to Scapa Flow: the Royal Navy in the Fisher Era, 1904-1919* (5 vols., Londres, 1961-1970).

—, «The Dardanelles Reconsidered: Further Thoughts on the Naval Prelude», en *From the Dardanelles to Oran: Studies of the Royal Navy in War and Peace, 1915-1940* (Londres, 1974).

Marks, S., *The Ebbing of European Ascendancy: an International History of the World, 1914-1945* (Londres, 2002).

Marquis, A. G., «Words as Weapons: Propaganda in Britain and Germany during the First World War», *Journal of*

Contemporary History (1978).

Marsland, E., *The Nation's Cause: French, English, and German Poetry of the First World War* (Londres y Nueva York, 1991).

Martin, G., «German Strategy and Military Assessments of the American Expeditionary Force (AEF), 1917-1918», *War in History* (1994).

Martin, L. W., *Peace Without Victory: Woodrow Wilson and the British Liberals* (New Haven, 1959).

Mawdsley, E., *The Russian Civil War* (Edimburgo, 2000).

Maximiliano de Baden, príncipe, *Memoirs* (2 vols., Londres, 1928).

May, E. R., *The World War and American Isolation, 1914-1917* (New Haven, 1959).

—, ed., *Knowing One's Enemies: Intelligence Assessment before the Two World Wars* (Princeton, NJ, 1984).

Mayer, A. J., *Political Origins of the New Diplomacy, 1917-1918* (New Haven, 1959).

—, «Domestic Causes of the First World War», en L. Krieger y F. Stern, eds., *The Responsibility of Power: Historical Essays in Honor of Hajo Holborn* (Nueva York, 1967).

—, *Politics and Diplomacy of Peacemaking. Containment and Counter-Revolution at Versailles, 1918-1919* (Londres, 1968).

—, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War* (Londres, 1981).

Mayeur, J.-M., «Le Catholicisme français et la première guerre mondiale», *Francia* (1974).

Mead, G., *Doughboys: America and the First World War* (Londres, 2000).

Meier, K., «Evangelische Kirche und Erster Weltkrieg», en

Michalka, ed., *Erste Weltkrieg*.

Meigs, M., *Optimism at Armageddon: Voices of American Participants in the First World War* (Basingstoke, 1997).

Melograni, P., *Storia politica della Grande Guerra, 1915-1918* (Bari, 1969).

Merridale, C., *Night of Stone: Death and Memory in Russia* (Londres, 2000).

Messenger, C., *Call to Arms: The British Army, 1914-1918* (Londres, 2005).

Meyer, H. C., *Mitteleuropa in German Thought and Action, 1815-1945* (La Haya, 1955).

Meyers, J., ed., *T. E. Lawrence: Soldier, Writer, Legend. New Essays* (Basingstoke y Londres, 1989).

—, *Men of War: Masculinity and the First World War in Britain* (Basingstoke, 2008).

Meynell, H., «The Stockholm Conference of 1917», *International Review of Social History* (1960).

Michalka, W., ed., *Der Erste Weltkrieg: Wirkung, Wahrnehmung, Analyse* (Munich, 1994).

Michel, B., «L'Autriche et l'entrée dans la guerre en 1914», *Guerres mondiales et conflits contemporains* (1995).

Michel, M., *L'Appel à l'Afrique: contributions et reactions à l'effort de guerre en A. O. F.* (1914-1919) (París, 1982).

—, «Mythes et réalités du concours colonial», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

Middlebrook, M., *The First Day on the Somme* (Londres, 1971).

—, *The Kaiser's Battle* (Londres, 2000).

Miller, S. M., *et al.*, eds., *Military Strategy and the Origins of the First World War* (Princeton, NJ, 1991).

Millett, A. R., y W. Murray, eds., *Military Effectiveness* (3 vols., Winchester, MA, 1988).

Millman, B., «British Home Defence Planning and Civil Dissent, 1917-1918», *War in History* (1998).

—, *Managing Domestic Dissent in First World War Britain* (Londres y Portland, OR, 2000).

—, «A Counsel of Despair: British Strategy and War Aims, 1917-18», *Journal of Contemporary History* (2001).

—, *Pessimism and British War Policy, 1916-1918* (Londres y Portland, OR, 2001).

Milner, S., *The Dilemmas of Internationalism: French Syndicalism and the International Labour Movement*, 1900-1914 (Nueva York, Oxford y Munich, 1990).

Miquel, P., *Le Chemin des Dames: Enquéte sur la plus effroyable hécatombe de la Grande Guerre* (París, 1997).

Mitchell, A., *Revolution in Bavaria, 1918-1919: the Eisner Regime and the Soviet Republic* (Princeton, NJ, 1965).

Mitchell, B. R., ed., *International Historical Statistics: Europe, 1750-1993* (4.ª ed., Londres y Basingstoke, 1998).

Mitrovic, A. *Serbia's Great War* (Londres, 2007).

Mombauer, A., *Helmuth von Moltke and the Origins of the First World War* (Cambridge, 2001).

—, *The Origins of the First World War: Controversies and Consensus* (Harlow, 2002).

Mommsen, W. J., «The Topos of Inevitable War in Germany before 1914», en Berghahn y Kitchen, eds., *Germany in the Age of Total War* (Londres, 1981).

—, «German Artists, Writers, and Intellectuals and the Meaning of War, 1914-1918», en Horne, ed., *State, Society, and Mobilization*.

Montant, J.-C., «L'organisation centrale des services d'

informations et de propagande du Quai d' Orsay pendant la Grande Guerre», en Becker y Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

Monticone, A., *Gli Italiani in uniforme 1915/1918: intelletuali, borghesi, i desertori* (Bari, 1972).

Mór-O'Brien, A., «Patriotism on Trial: the Strike of the South Wales Miners, July 1915», *Welsh History Review* (1984).

Moran, Lord, *The Anatomy of Courage* (Londres, 1945).

Morley, J. W., *The Japanese Thrust into Siberia, 1918* (Nueva York, 1957).

Morrow, J. H., Jr., *German Air Power in World War I* (Lincoln, NE, y Londres, 1982).

—, *The Great War in the Air: Military Aviation from 1909 to 1921* (Washington y Londres, 1993).

Morton, D., «Junior but Sovereign Allies: the Transformation of the Canadian Expeditionary Force, 1914-1918», *Journal of Imperial and Commonwealth History* (1979).

Mosier, J., *The Myth of the Great War: a New Military History of World War One* (Londres, 2001).

Mosse, G. E., *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars* (Nueva York y Oxford, 1990).

Mulligan, W., *The Origins of the First World War* (Cambridge, 2010).

Murray, W., *War in the Air, 1914-1945* (Londres, 1999).

Nagler, J., «German Imperial Propaganda and the American Homefront in World War I: a Response to Reinhard R Doerries», en Schroeder, ed., *Confrontation and Cooperation*.

Neiberg, M. S., *The Second Battle of the Marne*

(Bloomington, Ind., 2008).

Neilson, K., «Kitchener: a Reputation Refurbished?», *Canadian Journal of History* (1980).

—, *Strategy and Supply: the Anglo-Russian Alliance, 1914-1917* (Londres, 1984).

—, «Reinforcements and Supplies from Overseas: British Strategic Sealift in the First World War», en Kennedy, ed., *Merchant Marine*.

Nelson, H. I., *Land and Power: British and Allied Policy on Germany's Frontiers, 1916-1919* (Londres, 1963).

Nenninger, T. K., «American Military Effectiveness in the First World War», en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*.

Nevakivi, J., *Britain, France, and the Arab Middle East, 1914-1920* (Londres, 1969).

Newell, J., «Learning the Hard Way: Allenby in Egypt and Palestine, 1917-1919», *Journal of Strategic Studies* (1991).

Nicolson, H., *Peacemaking, 1919* (Londres, 1937).

Nish, I. H., *Alliance in Decline: a Study in Anglo-Japanese Relations, 1908-1923* (Londres, 1972).

—, *Japanese Foreign Policy, 1869-1942: Kasumigaseki to Miyakezaku* (Londres, 1977).

Norton Cru, J., *Du Témoignage* (París, 1997).

Nowak, K. F., ed., *Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann* (2 vols., Berlín, 1930).

Offer, A., *The First World War: an Agrarian Interpretation* (Oxford, 1989).

—, «Going to War in 1914: a Matter of Honour?», *Politics and Society* (1995).

Olson, M., Jr., *The Economics of the Wartime Shortage: a*

History of British Food Supplies in the Napoleonic Wars and in World Wars I and II (Durham, NC, 1963).

Omissi, D., *The Sepoy and the Raj: the Indian Army, 1860-1940* (Basingstoke y Londres, 1994).

—, ed., *Indian Voices of the Great War: Soldiers' Letters, 1914-1918* (Basingstoke, 1999).

Oncken, E., *Panthersprung nach Agadir: die Deutsche Politik während der Zweiten Marokkokrise 1911* (Düsseldorf, 1981).

Overy, R. J., *Why the Allies Won* (Londres, 1995).

Page, M. E. (ed.), *Africa and the First World War* (Basingstoke, 1987).

Palazzo, A., *Seeking Victory on the Western Front: the British Army and Chemical Warfare in World War I* (Lincoln, NE, y Londres, 2000).

Papagannis, N., «Collaboration and Pacifism in France during World War I», *Francia* (1977).

Parsons, E. B., «Why the British Reduced the Flow of American Troops to Europe in August-October 1918», *Canadian Journal of History* (1977).

Paschall, R., *The Defeat of Imperial Germany, 1917-1918* (Nueva York, 1994).

Patterson, A., Temple, *Jellicoe: a Biography* (Londres, 1969).

Pearson, R., *The Russian Moderates and the Crisis of Tsarism, 1914-1917* (Londres, 1977).

Pedersen, S., «Gender, Welfare, and Citizenship in Britain during the Great War», *American Historical Review* (1990).

—, *Family, Dependence, and the Origins of the Welfare State: Britain and France, 1914-1945* (Cambridge, 1993).

Pedroncini, G., *Les Mutineries de 1917* (París, 1967).

—, *Les Négociations secrètes pendant la Grande Guerre* (París, 1969).

—, *Pétain: Général en chef, 1917-1918* (París, 1974).

Pennell, C., *A Kingdom United: Popular Responses to the Outbreak of the First World War in Britain and Ireland* (Oxford, 2012).

Perman, D., *The Shaping of the Czechoslovak State: Diplomatic History of the Boundaries of Czechoslovakia, 1914-1920* (Leiden, 1962).

Peschaud, M., *Politique et fonctionnement des transports par chemin de fer pendant la guerre* (París, 1926).

Pethybridge, R., *The Spread of the Russian Revolution: Essays on 1917* (Londres, 1972).

Petrovich, M. B., *A History of Modern Serbia, 1804-1918* (2 vols., Nueva York y Londres, 1976).

Philpott, W., «Britain and France go to War: Anglo-French Relations on the Western Front, 1914-1918», *War in History* (1995).

—, *Anglo-French Relations and Strategy on the Western Front*, 1914-1918 (Londres, 1996).

—, «Squaring the Circle: the Higher Co-ordination of the Entente in the Winter of 1915-1916», *English Historical Review* (1999).

—, «Marshal Ferdinand Foch and Allied Victory», en Hughes y Seligman, eds., Leadership in Conflict.

—, «Why the British were Really on the Somme: a Reply to Elizabeth Greenhalgh», *War in History* (2001).

—, *Bloody Victory: The Sacrifice on the Somme and the Making of the Twentieth Century* (Londres, 2009).

Picht, C., «Zwischen Vaterland und Volk. Das Deutsche Judentum im Ersten Weltkrieg», en Michalka, ed., *Erste*

Weltkrieg.

Pick, D., *War Machine: the Rationalisation of Slaughter in the Modern Age* (New Haven, 1993).

Pierrefeu, J. de, *GQG Secteur I: trois ans au Grand Quartier Général; par le rédacteur du «communiqué»* (2 vols., París, 1920).

Pipes, R., *The Russian Revolution, 1899-1919* (Londres, 1999).

Plaschke, R. G., «The Army and Internal Conflict in the Austro-Hungarian Empire, 1918», en Király y Dreisziger, eds., *East Central European Society*.

Poidevin, R., y J. Bariéty, *Les Relations franco-allemandes, 1815-1975* (París, 1977).

Poincaré, R. N. L., *Au Service de la France. Neuf années de souvenirs* (10 vols., París, 1926-1933).

Pope, S., y E.-A. Wheal, *The Macmillan Dictionary of the First World War* (Londres y Basingstoke, 1995).

Porch, D., «The Marne and After: a Reappraisal of French Strategy in the First World War», *Journal of Military History* (1989).

—, «The French Army in the First World War», en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*.

Porter, B., *The Lion's Share: a Short History of British Imperialism, 1850-1955* (Londres, 1996).

Prete, R. A., «*Imbroglio par excellence*: Mounting the Salonika Campaign, SeptemberOctober 1915», *War and Society* (2001).

Prior, R., y T. Wilson, *Command on the Western Front: the Military Career of Sir Henry Rawlinson, 1914-1918* (Oxford, 1992).

—, *Passchendaele: the Untold Story* (New Haven y Londres,

1996).

—, *The Somme* (New Haven, 2005).

Procacci, G., «A "Latecomer" in War: the Case of Italy», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

Prost, A., *Les Anciens combattants et la société française, 1914-1939* (3 vols., París, 1977).

—, «Die Demobilmachung, der Staat, und die Kriegsteilnehmer in Frankreich», *Geschichte und Gesellschaft* (1983).

—, «Verdun», en P. Nora, ed., *Les Lieux de la mémoire*: vol. 2 (París, 1986).

—, *In the Wake of War: «Les anciens combattants» and French Society, 1914-1939* (Providence, RI, y Oxford, 1992).

—, «Monuments to the Dead», en L. de Kritzmann, *Realms of Memory: the Construction of the French Past*, vol. 1 (Nueva York, 1997).

Pugh, M., «Politicians and the Woman's Vote, 1914-1918», *History* (1974).

—, *The Making of Modern British Politics, 1867-1939* (Cambridge, MA, y Oxford, 1993).

Purseigle, P., ed., *Warfare and Belligerence: Perspectives in First World Studies* (Leiden, 2005).

Rachamimov, A., *POWs and the Great War: Captivity on the Eastern Front* (Oxford y Nueva York, 2002).

Rae, J., *Conscience and Politics* (Londres, 1970).

Raithel, T., *Das «Wunder» des inneren Einheit: Studien zur deutschen und französ-ischen Öffentlichkeit bei Beginn des Ersten Weltkrieges* (Bonn, 1996).

Ranft, B., «The Royal Navy and the War at Sea», en Turner, ed., *Britain and the First World War*.

Rauchensteiner, M., *Der Tod des Doppeladlers: Österreich-Ungarn und der Erste Weltkrieg* (Graz, 1993).

Rawling, B., *Surviving Trench Warfare: Technology and the Canadian Corps, 1914-1918* (Toronto, Buffalo y Londres, 1992).

Reeves, N., «Film Propaganda and its Audience: the Example of Britain's Official Films during the First World War», *Journal of Contemporary History* (1983).

—, *Official British Film Propaganda during the First World War* (Londres, 1986).

Reid, A., «The Impact of the First World War on British Workers», en Wall y Winter, eds., *The Upheaval of War*.

Rémond, R., «Les Anciens combattants et la politique», *Revue Française de Science Politique* (1955).

Remarque, E. M., *All Quiet on the Western Front* (Londres, 1996) (hay trad. cast.: *Sin novedad en el frente*, Barcelona, Orbis, 1999).

Renouvin, P., *The Forms of War Government in France* (New Haven, 1927).

—, «Le Gouvernement français et les tentatives de paix en 1917», *La Revue des Deux Mondes* (1964).

—, *L'Armistice de Rethondes, 11 novembre 1918* (París, 1968).

—, *La Crise européenne et la première guerre mondiale (1904-1918)* (París, 1969).

Renzi, W. A., «Who Composed Sazonov's "Thirteen Points"? A Re-examination of Russia's War Aims of 1914», *American Historical Review* (1983).

—, *In the Shadow of the Sword: Italy's Neutrality and Entrance into the Great War, 1914-1915* (Nueva York, 1987).

Reynolds, M. A., *Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918*

(Cambridge, 2010).

Reynolds, D. J., «The Origins of the Two "World Wars": Historical Discourse and International Politics», *Journal of Contemporary History* (2003).

Rhodes James, R., *Gallipoli* (Londres, 1965).

Ribot, A., ed., *Journal d'Alexandre Ribot et correspondances inédites, 1914-1922* (París, 1936).

Riddell, Lord, *Intimate Diary of the Peace Conference and After, 1918-1925* (Londres, 1953).

Ringer, F. K., *The Decline of the German Mandarins: the German Academic Community, 1890-1933* (Cambridge, MA, 1969).

Ritter, G. A., *The Schlieffen Plan: Critique of a Myth* (Londres, 1958).

—, *The Sword and the Sceptre: the Problem of Militarism in Germany* (4 vols., Londres, 1969-1973).

Robb, G., *British Culture and the First World War* (Basingstoke y Nueva York, 2002).

Robbins, K., «British Diplomacy and Bulgaria, 1914-1915», *Slavonic and East European Review* (1971).

Robert, J.-L., «Women and Work in France during the First World War», en Wall y Winter, eds., *Upheaval of War*.

—, «The Image of the Profiteer», en Winter y Robert, eds., *Capital Cities at War*.

Roberts, D. D., «Croce and Beyond: Italian Intellectuals and the First World War», *International History Review* (1981).

Roberts, P., «The Anglo-American Theme: American Visions of an Atlantic Alliance, 1914-1933», *Diplomatic History* (1997).

Robertson, W., *Soldiers and Statesmen, 1914-1918* (2 vols.,

Londres, 1926).

Robson, S., *The First World War* (Londres y Nueva York, 1998).

Rochat, G., «Il Comando supremo di Diaz», en Berti y Del Negra, eds., *Piave*.

Roeseler, K., *Die Finanzpolitik des Deutschen Reiches im Ersten Weltkrieg* (Berlín, 1967).

Rogger, H., «Russia in 1914», *Journal of Contemporary History* (1966).

—, *Russia in the Age of Modernization and Revolution, 1881-1917* (Londres y Nueva York, 1983).

Röhl, J. C. G., «Admiral von Müller and the Approach of War, 1911-1914», *Historical Journal* (1969).

—, «An der Schwelle zum Weltkrieg: eine Dokumentation über den "Kriegsrat" vom 8. Dezember 1912», *Militärgeschichtliche Mitteilungen* (1977).

—, *Wilhelm II. Der Aufbau der Persönlidnen Monarchie, 1888-1900* (Munich, 2001).

—, *Wilhelm II. Der Weg in den Abgrund 1900-1941* (2008).

Roshwald, A., *Ethnic Nationalism and the Fall of Empires: Central Europe, Russia, and the Middle East, 1914-1919* (Londres, 2001).

Roshwald, A., y R. Stites, eds., *European Culture and the Great War: the Arts, Entertainment, and Propaganda, 1914-1918* (Cambridge, 1999).

Rothenberg, G. E., *The Army of Francis Joseph* (West Lafayette, IN, 1976).

—, «The Austro-Hungarian Campaign against Serbia in 1914», *Journal of Military History* (1989).

—, «The Habsburg Army in the First World War, 1914-1918», en Kann *et al*., eds., *Habsburg Empire*.

Rothwell, V. H., *British War Aims and Peace Diplomacy, 1914-1918* (Oxford, 1971).

Rubin, G. R., *War, Law, and Labour: the Munitions Acts, State Regulation, and the Unions, 1915-1921* (Oxford, 1987).

Rudin, H., *Armistice 1918* (New Haven, 1944).

Ryder, A. J., *The German Revolution of 1918: a Study of German Socialism in War and Revolt* (Cambridge, 1967).

Safford, J. J., *Wilsonian Maritime Diplomacy, 1913-1921* (New Brunswick, NJ, 1978).

Saini, K. G., «The Economic Aspects of India's Participation in the First World War», en Ellinwood y Pradhan, eds., *India and World War I* (Nueva Delhi, 1978).

Salandra, A., *Italy and the Great War* (Londres, 1932).

Salmon, P., *Scandinavia and the Great Powers, 1890-1940* (Cambridge, 1997).

Salter, A., *Allied Shipping Control: an Experiment in International Administration* (Oxford, 1921).

Samuels, M., *Command or Control? Command, Training, and Tactics in the British and German Armies, 1888-1918* (Londres, 1995).

Sanborn, J., «The Mobilization of 1914 and the Question of the Russian Nation: a Reexamination», *Slavic Review* (2000).

Sarter, A., *Die Deutschen Eisenbahnen im Kriege* (Stuttgart, 1930).

Saunders, N. J., *Trench Art: A Brief History and Guide, 1914-1939* (Barnsley, 2001).

Sazónov, S., *Fateful Years, 1909-1916* (Londres, 1928).

Scarry, E., *The Body in Pain: the Making and Unmaking of the World* (Nueva York, 1985).

Schaper, B. W., *Albert Thomas: trente ans de réformisme social* (París, c. 1960).

Scherer, A., y J. Grünewald, eds., *L'Allemagne et les problèmes de la paix pendant la Première Guerre Mondiale* (4 vols., París, 1966-1978).

Schindler, J. R., «Disaster on the Drina: the Austro-Hungarian Army in Serbia, 1914», *War in History* (2001).

Schivelbusch, W., *The Culture of Defeat: On National Trauma, Mourning, and Recovery* (Londres, 2004).

Schorske, C. E., *German Social Democracy, 1905-1917: the Development of the Great Schism* (Cambridge, MA, 1955).

Schroeder, H.-J., ed., *Confrontation and Cooperation: Germany and the United States in the Era of World War I, 1900-1924* (Oxford, 1993).

Schuker, S. A., *The End of French Predominance in Europe: the Financial Crisis of 1924 and the Adoption of the Dawes Plan* (Chapel Hill, 1976).

Schwabe, K., *Woodrow Wilson, Revolutionary Germany, and Peacemaking, 1918-1919: Missionary Diplomacy and the Realities of Power* (Chapel Hill y Londres, 1985).

Schwarz, B., «Divided Attention: Britain's Perception of a German Threat to Her Eastern Position in 1918», *Journal of Contemporary History* (1993).

Scott, J. B., ed., *Official Statements of War Aims and Peace Proposals, December 1916-November 1918* (Washington, 1921).

Service, R., *Lenin: A Political Life. Volume 2: Worlds in Collision* (Basingstoke, 1991).

Seton-Watson, C., *Italy from Liberalism to Fascism, 1870-1925* (Londres, 1967).

Seymour, C. M., ed., *The Intimate Papers of Colonel House* (4 vols., Londres, 1926-1928).

Shaffey, Y., *British Military Intelligence in the Palestine Campaign, 1914-1918* (Londres y Portland, OR, 1998).

Shanafelt, G. W., *The Secret Enemy: Austria-Hungary and the German Alliance, 1914-1918* (Nueva York, 1985).

Sharp, A., *The Versailles Settlement: Peacemaking in París, 1919* (Londres, 1991).

Sheffield, G. D., «Officer-Man Relations, Discipline, and Morale in the British Army of the Great War», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

—, «"*The Shadow of the Somme: the Influence of the First World War on British Soldiers" Perceptions and Behaviour in the Second World War*», en Addison y Calder, eds., *Time To Kill: the Soldier's Experience of War in the West, 1939-1945* (Londres, 1997).

—, *Leadership in the Trenches: Officer-Man Relations, Morale, and Discipline in the British Army in the Era of the First World War* (Basingstoke, 2000).

—, *Forgotten Victory. The First World War: Myths and Realities* (Londres, 2001).

—, *The Somme* (Londres, 2003).

Sheffield, G. D, y J. M. Bourne, eds., *Douglas Haig: War Diaries and Letters, 1914-1918* (Londres, 2005).

Sheffy, Y., *British Military Intelligence in the Palestine Campaign, 1914-1918* (Londres y Portland, OR, 1998).

Sherman, D. J., «Bodies and Names: the Emergence of Commemoration in Inter-War France», *American Historical Review* (1998).

Showalter, D. E., «Even Generals Wet their Pants: The First Three Weeks in East Prussia, 1914», *War and Society*

(1984).

—, *Tannenberg: Clash of Empires* (Hamden, CT, 1991).

Showalter, E., *The Female Malady: Women, Madness, and English Culture, 1830-1980* (Nueva York, 1985).

Siegelbaum, L. H., *The Politics of Industrial Mobilization in Russia, 1914-1917: a Study of the War-Industries Committees* (Londres y Basingstoke, 1983).

Silberstein, G. E., *The Troubled Alliance: German-Austrian Relations, 1914 to 1917* (Lexington, KY, 1970).

Silver, K. E., *Esprit de Corps: the Art of the Parisian Avant-Garde and the First World War, 1914-1925* (Princeton, NJ, 1989).

Simkins, P., *Kitchener's Army: the Raising of the New Armies, 1914-1916* (Manchester y Nueva York, 1988).

—, «Co-Stars or Supporting Cast? British Divisions in the "Hundred Days", 1918», en Griffith, ed., *British Fighting Methods*.

Simpson, K., «The British Soldier on the Western Front», en Liddle, ed., *Home Fires and Foreign Fields: British Social and Military Experience in the First World War* (Londres, 1985).

Sims, R. L., *A Political History of Modern Japan, 1869-1952* (Nueva Delhi, 1991).

Siney, M. C., *The Allied Blockade of Germany, 1914-1916* (Ann Arbor, 1957).

Singleton, J., «Britain's Military Use of Horses, 1914-1918», *Past & Present* (1993).

Sixto de Borbón, príncipe, *L'Offre de paix séparée de l'Autriche (5 décembre 1916-12 octobre 1917)* (París, 1920).

Sked, A., *The Decline and Fall of the Habsburg Empire, 1815-1918* (Londres y Nueva York, 1989).

Smith, C. J., *The Russian Struggle for Power, 1914-1917: a Study of Russian Foreign Policy during the First World War* (Nueva York, 1956).

Smith, L. V., *Between Mutiny and Obedience: the Case of the Fifth French Infantry Division during World War I* (Princeton, NJ, 1994).

—, «Masculinity, Memory, and the French World War I Novel: Henri Barbusse and Roland Dorgelès», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

Smith, L. V., S. Audouin-Rouzeau y A. Becker, *France and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 2003).

—, *France and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 2003).

Smith, S. A., *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-1918* (Cambridge, 1983).

Smythe, D., *Pershing: General of the Armies* (Bloomington, Ind., 2007).

Snell, J. L., «Wilson's Peace Programme and German Socialism, January-March 1918», *Mississippi Valley Historical Review* (1951).

—, «Wilson on Germany and the Fourteen Points», *Journal of Modern History* (1954).

Snyder, J., *The Ideology of the Offensive: Military Decision Making and the Disasters of 1914* (Ithaca, NY, 1984).

Soutou, G.-H., «La France et les marches de l'est, 1914-1919», *Revue Historique* (1978).

—, *L'Or et le sang: les buts de guerre économiques de la Première Guerre mondiale* (París, 1989).

—, «Le Problème du social-impérialisme en Allemagne et en Angleterre pendant la Grande guerre», en Becker y

Audouin-Rouzeau, eds., *Les Sociétés européennes*.

—, «Die Kriegsziele des Deutschen Reiches, Frankreichs, Grossbritanniens, und den Vereinigten Staaten während des Ersten Weltkrieges», en Michalka, ed., *Erste Welt krieg*.

Spears, E. L., *Liaison 1914: a Narrative of the Great Retreat* (Londres, 1930).

—, *Prelude to Victory* (Londres, 1939).

Spector, S. D., *Rumania at the Paris Peace Conference: a Study in the Diplomacy of Ion I. C. Bratianu* (Nueva York, 1962).

Spiers, E. M., *Haldane: an Army Reformer* (Edimburgo, 1980).

—, *Chemical Warfare* (Basingstoke, 1986).

Stargardt, N., *The German Idea of Militarism: Radical and Socialist Critics* (Cambridge, 1994).

Stark, G., «All Quiet on the Home Front: Popular Entertainments, Censorship, and Civilian Morale in Germany, 1914-1918», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

Stegemann, B., *Die Deutsche Marinepolitik, 1916-1918* (Berlín, 1970).

Steglich, W., *Die Friedenspolitik der Mittelmächte, 1917-1918* (vol. 1, Wiesbaden, 1964).

Stein, L., *The Balfour Declaration* (Londres, 1961).

Steinberg, J., *Yesterday's Deterrent: Tirpitz and the Birth of the German Battle Fleet* (Nueva York, 1965).

—, «Diplomatie als Wille und Vorstellung: die Berliner Mission Lord Haldanes im Februar 1912», en Schottelius y Deist, eds., *Marine und Marinepolitik im Kaiserlichen*

Deutschland, 1871-1914 (Düsseldorf, 1972).

Steiner, Z. S., *The Lights that Failed: European International History, 1919-1933* (Oxford, 2005).

Steiner, Z. S., y K. Neilson, *Britain and the Origins of the First World War* (Basingstoke, 2003).

Stephenson, S., *The Final Battle: Soldiers of the Western Front and the German Revolution of 1918* (Cambridge, 2009).

Stevenson, D., *French War Aims against Germany, 1914-1919* (Oxford, 1982).

—, «Belgium, Luxemburg, and the Defence of Western Europe, 1914-1920», *International History Review* (1982).

—, *The First World War and International Politics* (Oxford, 1988).

—, ed., *British Documents on Foreign Affairs: The First World War, 1914-1918* (12 vols., Frederick, MD, 1989).

—, *Armaments and the Coming of War: Europe, 1904-1914* (Oxford, 1996).

—, *The Outbreak of the First World War: 1914 in Perspective* (Basingstoke, 1997).

—, «War by Timetable? The Railway Race before 1914», *Past & Present* (1999).

—, «French Strategy on the Western Front, 1914-1918», en Chickering y Förster, eds., *Great War, Total War*.

—, *With Our Backs to the Wall: Victory and Defeat in 1918* (Londres, 2011).

Stibbe, M., *German Anglophobia and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 2001).

Stites, R., «Days and Nights in Wartime Russia: Cultural Life, 1914-1917», en Roshwald y Stites, eds., *European Culture*.

Stone, N., «Army and Society in the Habsburg Monarchy, 1900-1914», *Past & Present* (1966).

—, «Die Mobilmachung der Österreichisch-Ungarischen Armee 1914», *Militärgeschichtlichen Mitteilungen* (1974).

—, *The Eastern Front 1914-1917* (Londres, 1975).

—, «Moltke and Conrad: Relations between the Austro-Hungarian and German General Staffs, 1909-1914», en Kennedy, ed., *The War Plans*.

—, *World War I: A Short History* (Londres, 2007).

Strachan, H. F. A., «The Morale of the German Army, 1917-1918», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

—, ed., *The Oxford Illustrated History of the First World War* (Oxford, 1998).

—, *The First World War*, vol. 1: *To Arms* (Oxford, 2001).

Strikwerda, C., «The Troubled Origins of European Economic Integration: International Iron and Steel and Labor Migration in the Era of World War I», *American Historical Review* (1993).

Struve, P. B., *Food Supply in Russia during the World War* (New Haven, 1930).

Sumida, J. T., *In Defence of Naval Supremacy: Finance, Technology, and British Naval Policy, 1889-1914* (Boston, 1989).

—, «Forging the Trident: British Naval Industrial Logistics, 1914-1918», en Lynn, ed., *Feeding Mars*.

Summerskill, M., *China on the Western Front: Britain's Chinese Workforce in the First World War* (Londres, 1982).

Swain, G. R., *The Origins of the Russian Civil War* (Londres, 1996).

Swartz, M., *The Union of Democratic Control in British*

Politics during the First World War (Oxford, 1971).

Sweet, P. R., «Leaders and Policies: Germany in the Winter of 1914-1915», *Journal of Central European Affairs* (1956).

Sweetman, J., «The Smuts Report of 1917: Merely Political Window-Dressing?», *Journal of Strategic Studies* (1981).

Tanenbaum, J. K., *General Maurice Sarrail, 1856-1919: The French Army and Left-wing Politics* (Chapel Hill, 1974).

Tarrant, V. E., *Jutland: the German Perspective* (Londres, 1995).

Taylor, A. J. P., *The Troublemakers: Dissent over Foreign Policy, 1792-1939* (Londres, 1957).

—, *The First World War: an Illustrated History* (Harmondsworth, 1966).

—, *War by Timetable: How the First World War Began* (Londres, 1969).

Taylor, P. M., «The Foreign Office and British Propaganda during the First World War», *Historical Journal* (1980).

Terraine, J., *Douglas Haig the Educated Soldier* (Londres, 1963).

—, *Business in Great Waters: the U-Boat Wars, 1916-1945* (Ware, 1999).

Thaer, A. von, *Generalstabsdienst an der Front und in der OHL* (Gotinga, 1958).

Thom, D., «Women and Work in Wartime Britain», en Wall y Winter, eds., *Upheaval of War*.

—, *Nice Girls and Rude Girls: Women Workers in World War I* (Londres y Nueva York, 2000).

Thomas, D. H., *The Guarantee of Belgian Independence and Neutrality in European Diplomacy, 1830s-1930s* (Kingston, RI, 1983).

Thompson, J. A., «Woodrow Wilson and World War I: a Reappraisal», *Journal of American Studies* (1985).

Thompson, J. L., *Politicians, the Press, and Propaganda: Lord Northcliffe and the Great War, 1914-1919* (Kent, OH, y Londres, 1999).

Thompson, J. M., *Russia, Bolshevism, and the Versailles Peace* (Princeton, NJ, 1966).

Thompson, M., *The White War: Life and Death on the Italian Front, 1915-1919* (Londres, 2008).

Thompson, W. C., «The September Program: Reflections on the Evidence», *Central European History* (1978).

Tillman, S. P., *Anglo-American Relations at the Paris Peace Conference of 1919* (Princeton, NJ, 1961).

Tirpitz, A. von, *My Memoirs* (Londres, 1919).

Tobin, E. H., «War and the Working Class: the Case of Düsseldorf, 1914-1918», *Central European History* (1985).

Todman, D., *The First World War: Myth and Memory* (Londres, 2005).

Tomassini, L., «Industrial Mobilization and the Labour Market in Italy during the First World War», *Social History* (1991).

Torrey, G. E., «Rumania and the Belligerents, 1914-1916», *Journal of Contemporary History* (1966).

—, «The Rumanian Campaign of 1916: its Impact on the Belligerents», *Slavic Review* (1980).

—, «The Redemption of an Army: the Romanian Campaign of 1917», *War And Society* (1994).

Townshend, C., *When God Created Hell: The British Invasion of Mesopotamia and the Creation of Iraq, 1914-1921* (Londres, 2010).

Trachtenberg, M., «“A New Economic Order”: Étienne Clémentel and French Economic Diplomacy during the First World War», *French Historical Studies* (1977).

—, *Reparation and World Politics: France and European Economic Diplomacy, 1916-1923* (Nueva York, 1980).

—, *History and Strategy* (Princeton, NJ, 1991).

Trask, D. F., *The United States in the Supreme War Council: American War Aims and InterAllied Strategy, 1917-1918* (Westport, CT, 1961).

Travers, T., «A Particular Style of Command: Haig and GHQ, 1916-1918», *Journal of Strategic Studies* (1987).

—, *The Killing Ground: The British Army, the Western Front, and the Emergence of Modern Warfare, 1900-1918* (Londres, 1987).

—, «Could the Tanks of 1918 Have Been War-Winners for the British Expeditionary Force?», *Journal of Contemporary History* (1992).

—, *How the War Was Won: Command and Technology in the British Army on the Western Front, 1917-1918* (Londres y Nueva York, 1992).

—, «Command and Leadership Styles in the British Army: The 1915 Gallipoli Model», *Journal of Contemporary History* (1994).

—, «Reply to John Hussey: The Movement of German Divisions to the Western Front, Winter 1917-1918», *War in History* (1998).

—, «The Ottoman Crisis of May 1915 at Gallipoli», *War in History* (2001).

—, *Gallipoli, 1915* (Stroud, 2001).

Trebilcock, R. C., «War and the Failure of Industrial Mobilization, 1899 and 1914», en Winter, ed., *War and*

Economic Development.

Trotski, L., *My Life: the Rise and Fall of a Dictator* (Londres, 1930).

Trumpener, U., *Germany and the Ottoman Empire, 1914-1918* (Princeton, NJ, 1968).

—, «The Road to Ypres: the Beginnings of Gas Warfare in World War I», *Journal of Modern History* (1975).

—, «War Premeditated? German Intelligence Operations in July 1914», *Central European History* (1976).

Tuchman, B., *The Zimmermann Telegram* (NuevaYork, 1966) (hay trad. cast.: *El telegrama Zimmerman*, Barcelona, RBA, 2010).

Tucker, S., *The Great War, 1914-1918* (Londres, 1998).

Turner, J., ed., *Britain and the First World War* (Londres, 1980).

—, *British Politics and the Great War: Coalition and Conflict, 1915-1918* (New Haven y Londres, 1992).

Turner, L. C. F., *Origins of the First World War* (Londres, 1970).

Tyng, S., *The Campaign of the Marne 1914* (Londres, 1935).

Ullman, R. H., *Anglo-Soviet Relations, 1917-1921* (3 vols., Princeton, NJ, 1962-1973).

Ullrich, B., y B. Ziemann, eds., *Frontalltag im Ersten Weltkrieg: Wahn und Wirklichkeit. Quellen und Dokumente* (Frankfurt, 1994).

Unruh, K., *Langemarck: Legende und Wirklichkeit* (Coblenza, 1986).

Unterberger, B. E., «President Wilson and the Decision to Send American Troops to Siberia», *Pacific Historical Review* (1955).

Valiani, L., *The End of Austria-Hungary* (Londres, 1973).

Valone, S. J., «"There Must Be Some Misunderstanding": *Sir* Edward Grey's Diplomacy of August 1, 1914», *Journal of British Studies* (1988).

Van Creveld, M., *Supplying War: Logistics from Wallenstein to Patton* (Cambridge, 1977).

Verhey, J., *The Spirit of 1914: Militarism, Myth, and Mobilization in Germany* (Cambridge, 2000).

Vermes, G., «Leap into the Dark: the Issue of Suffrage in Hungary during World War I», en Kann *et al*., eds., *Habsburg Empire*.

Vinogradov, V. N., «Romania in the First World War: the Years of Neutrality, 1914-1916», *International History Review* (1992).

Vogel, J., *Nationen im Gleichschritt: der Kult der «Nation im Waffen» in Deutschland und Frankreich, 1871-1914* (Gotinga, 1997).

Wade, R. A., «Why October? The Search for Peace in 1917», *Soviet Studies* (1968).

—, *The Russian Search for Peace, February-October 1917* (Stanford, 1969).

Waites, B., «The Effect of the First World War on Class and Status in England, 1910-1920», *Journal of Contemporary History* (1976).

Walker, C. J., «World War I and the Armenian Genocide», en Hovanissian, ed., *The Armenian People from Ancient to Modern Times* (2 vols., Basingstoke y Londres, 1997).

Wall, R., y J. M. Winter, eds., *The Upheaval of War: Family, Work, and Welfare in Europe, 1914-1918* (Cambridge, 1988).

Ward, S. R., «Intelligence Surveillance of British Ex-

Servicemen, 1918-1920», *Historical Journal* (1973).

Wargelin, C. F., «A High Price for Bread: the First Treaty of Brest-Litovsk and the Break-up of Austria-Hungary, 1917-1918», *International History Review* (1997).

Watson, A., *Enduring the Great War: Combat, Morale, and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918* (Cambridge, 2008).

Watson, D. R., *Georges Clemenceau: a Political Biography* (Londres, 1974).

Watson, J. S. K., «Khaki Girls, VADs, and Tommy's Sisters: Gender and Class in First World War Britain», *International History Review* (1997).

—, *Fighting Different Wars: Experience, Memory, and the First World War in Britain* (2004).

Wawro, G., «Morale in the Austro-Hungarian Army: the Evidence of Habsburg Army Campaign Reports and Allied Intelligence Officers», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.

Weber, T., *Hitler's First War: Adolf Hitler, the Men of the List Regiment, and the First World War* (Oxford, 2011).

Wegs, R., *Die Österreichische Kriegswirtschaft, 1914-1918* (Viena, 1979).

—, «Transportation: the Achilles Heel of the Habsburg War Effort», en Kann *et al.*, eds., *Habsburg Empire*.

Weir, G. E., «Tirpitz, Technology, and Building U-Boats, 1897-1916», *International History Review* (1984).

—, *Rebuilding the Kaiser's Navy: the Imperial Navy and German Industry in the Tirpitz Era, 1890-1919* (Annapolis, 1992).

Welch, D. A., «Cinema and Society in Imperial Germany, 1905-1918», *German History* (1990).

—, *Germany, Propaganda, and Total War, 1914-1918* (Londres, 2000).

Werth, G., «Flanders 1917 and the German Soldier», en Liddle, ed., *Passchendaele in Perspective*.

Wette, W., «From Kellogg to Hitler (1928-1933): German Public Opinion Concerning the Rejection or Glorification of War», en Deist, ed., *German Military*.

—, ed., *Der Krieg des Kleinen Mannes: eine Militärgeschichte von Unten* (Munich y Zurich, 1992).

Whalen, R., *Bitter Wounds: German Victims of the Great War, 1914-1939* (Ithaca, NY, y Londres, 1984).

Wheeler-Bennett, J. W., *Brest-Litovsk: the Forgotten Peace, March 1918* (Londres, 1938).

Whiting, R. C., «Taxation and the Working Class, 1915-1924», *Historical Journal* (1990).

Wildman, A. K., *The End of the Russian Imperial Army* (2 vols., Princeton, NJ, 1980, 1987).

Willan, B. P., «The South African Native Labour Contingent, 1916-1918», *Journal of African History* (1978).

Williams, M. J., «The Treatment of the German Losses on the Somme in the British Official History», *Journal of the Royal United Services Institution* (1966).

Williamson, J. G., *Karl Helfferich, 1872-1924: Economist, Financier, Politician* (Princeton, NJ, 1971).

Williamson, S. R., *The Politics of Grand Strategy: Britain and France Prepare for War, 1904-1914* (Cambridge, MA, 1969).

—, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War* (Basingstoke, 1991).

Williamson, S. R., Jr, y E. R. May, «An Identity of Opinion:

Historians and July 1914», *Journal of Modern History* (2007).

Willis, J. F., *Prologue to Nuremberg: the Politics and Diplomacy of Punishing War Criminals of the First World War* (Westport, CT, y Londres, 1982).

Wilson, K. M., «Imperial Interests in the British Decision for War: the Defence of India in Central Asia», *Review of International Studies* (1984).

—, *The Policy of the Entente: Essays on the Determinants of British Foreign Policy, 1904-1914* (Cambridge, 1985).

—, ed., *Decisions for War, 1914* (Londres, 1995).

—, ed., *Forging the Collective Memory: Government and International Historians through Two World Wars* (Providence, RI, y Oxford, 1996).

Wilson, T., «Britain's "Moral Commitment" to France in August 1914», *History* (1979).

—, «Lord Bryce's Investigation into Alleged German Atrocities in Belgium, 1914-1915», *Journal of Contemporary History* (1979).

—, *The Myriad Faces of War: Britain and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 1986).

Winter, D., *Death's Men: Soldiers of the Great War* (Harmondsworth, 1979).

—, *Haig's Command: a Reassessment* (Londres, 1991).

Winter, J. M., «Arthur Henderson, the Russian Revolution, and the Reconstruction of the Labour Party», *Historical Journal* (1972).

—, ed., *War and Economic Development: Essays in Honour of David Joslin* (Cambridge, 1975).

—, *The Great War and the British People* (Basingstoke, 1986).

—, «Some Paradoxes of the First World War», en Wall y

Winter, eds., *Upheaval of War*.

—, *The Experience of World War I* (Londres, 1988).

—, *Sites of Memory, Sites of Mourning: the Great War in European Cultural History* (Cambridge, 1995).

—, «Surviving the War: Life Expectation, Illness, and Mortality Rates in Paris, London, and Berlin, 1914-1919», en Winter y Robert, eds., *Capital Cities at War*.

Winter, J. M., y B. Baggett, *1914-1918: the Great War and the Shaping of the 20th Century* (Londres, 1996).

Winter, J. M., y A. Prost, *The Great War in History: Debates and Controversies, 1914 to the Present* (Cambridge, 2005).

Winter, J. M., y J.-L. Robert, eds., *Capital Cities at War: Londres, Paris, Berlin, 1914-1919* (Cambridge, 1997).

Winter, J. M., y J.-L. Robert, eds., *Capital Cities at War: Paris, Londres, Berlin, 1914-1919* (2 vols, 1997 y 2007).

Winter, J., G. Parker y M. R. Habeck, eds., *The Great War and the Twentieth Century* (New Haven y Londres, 2000).

Winter, J., *Remembering War: The Great War between Memory and History in the Twentieth Century* (New Haven, 2006).

Wohl, R., *French Communism in the Making, 1914-1924* (Stanford, 1966).

Woodward, D. R., «David Lloyd George, a Negotiated Peace with Germany, and the Kühlmann Peace Kite of September 1917», *Canadian Journal of History* (1971).

—, *The Collapse of Power: Mutiny in the High Seas Fleet* (Londres, 1973).

—, «The British Government and Japanese Intervention in Russia during World War I», *Journal of Modern History* (1974).

—, «Britain in a Continental War», *Albion* (1980).

—, *Lloyd George and the Generals* (Newark, NJ, y Londres, 1983).

—, «Did Lloyd George Starve the British Army of Men Prior to the German Offensive of 21 March 1918?», *Historical Journal* (1984).

Woodward, D., *Forgotten Soldiers of the First World War* (2007).

Wootton, G., *The Politics of Influence: British Ex-Servicemen, Cabinet Decisions, and Cultural Change (1917-1957)* (Cambridge, MA, 1963).

Wright, D. G., «The Great War, Government Propaganda, and English "Men of Letters", 1914-1916», *Literature and History* (1978).

Wrigley, C., *David Lloyd George and the British Labour Movement: Peace and War* (Hassocks y Nueva York, 1976).

—, «The Ministry of Munitions: an Innovatory Department», en Burk, ed., *War and the State*.

—, ed., *Challenges of Labour: Central and Western Europe, 1917-1920* (Londres y Nueva York, 1993).

Wynne, G. C., *If Germany Attacks: the Battle in Depth in the West* (Londres, 1940).

Yapp, M. E., *The Making of the Modern Near East, 1792-1923* (Londres, 1987).

Young, H. F., «The Misunderstanding of August 1, 1914», *Journal of Modern History* (1976).

Zabecki, D. T., *Steel Wind: Colonel Georg Bruchmüller and the Birth of Modern Artillery* (Westport, CT, 1994).

—, *The German 1918 Offensives: A Case Study in the Operational Level of War* (Londres y Nueva York, 2006).

Zagorsky, S. O., *State Control of Industry in Russia during the War* (New Haven, 1928).

Zeidler, M., «Die Deutsche Kriegsfinanzierung 1914 bis 1918», en Michalka, ed., *Erste Weltkrieg*.

Zeman, Z. A. B., *The Break-Up of the Habsburg Empire, 1914-1918: a Study in National and Social Revolution* (Londres, Nueva York y Toronto, 1961) (hay trad. cast.: *El ocaso de los Habsburgo*, Barcelona, Nauta, 1971).

Zieger, R. H., *America's Great War: World War I and the American Experience* (Lanham, MD, y Oxford, 2000).

Ziemann, B., «Enttäuschte Erwartung und kollektive Erschöpfung: die Deutschen Soldaten an der Westfront 1918 auf dem Weg zur Revolution», en Duppler y Gross, eds., *Kriegsende 1918*.

—, *War Experiences in Rural Germany 1914-1923* (Oxford y Nueva York, 2007).

Živojinovic, D., «Robert Lansing's Comments on the Pontifical Peace Note of August 1, 1917», *Journal of American History* (1960).

Zuber, T., «The Schlieffen Plan Reconsidered», *War in History* (1999).

—, «Terence Holmes Reinvents the Schlieffen Plan», *War in History* (2001).

—, *Inventing the Schlieffen Plan: German War Planning, 1871-1914* (Oxford, 2002).

—, «Terence Holmes Reinvents the Schlieffen Plan – Again», *War in History* (2003).

Zuckerman, F., «The Political Police, War, and Society in Russia, 1914-1917», en Coetzee y Shevin-Coetzee, eds., *Authority, Identity, and the Social History of the Great War*.

Zürcher, E., «Little Mehmet in the Desert: the Ottoman

Soldier’s Experience», en Cecil y Liddle, eds., *Facing Armageddon*.



DAVID STEVENSON es un historiador británico nacido en 1954 y especializado en el período de la Primera Guerra Mundial. Stevenson es profesor de Historia Internacional en la London School of Economics and Political Science (LSE). Estudió su licenciatura en la Universidad de Cambridge, antes de recibir un Ph. D. de la misma universidad. Se convirtió en profesor de la LSE en 1982. En 1998, fue nombrado profesor de Historia Internacional. Entre 2004 y 2005, también recibió una beca de investigación Leverhulme «para la investigación sobre los suministros y la logística en 1914-1918».

Notas

[*] Fuentes: Barnett, *Swordbearers*, p. 363; Pope y Wheal, Macmillan, *Dictionary of the First World War*; información proporcionada por el profesor MacGregor Knox. <<

[1] BBC TV *Horizon*, 8 de enero de 1998; Crosby, *Epidemic and Peace*, p. 207. <<

[2] Heuser, *Reading Clausewitz*, cap. 2. <<

[3] Scarry, *Body in Pain*, cap. 2. <<

[4] Howard y Paret, eds., *Clausewitz: On War*, p. 75. <<

[5] Para Inglaterra, véanse Middlebrook, *First Day; Kaiser's Battle*; MacDonald; *1914-1915; Somme; Passchendaele; Spring 1918*. <<

[1] En Alemania «der grosse Krieg» designa la guerra de los Treinta Años: Liulevicius *War Land*, p. 39. <<

[2] Clarke, *Voices Prophesying War*; Pick, *War Machine*. <<

[3] Hinsley, *Power and the Pursuit*; Howard, *Invention of Peace*. <<

[4] Dülffer *et al.*, eds., *Vermiedene Kriege*. <<

[5] Hinsley, *Power and the Pursuit*; Langhorne, *Collapse of the Concert*; Dülffer, *Regeln*. <<

[6] Best, *Humanity in Warfare*, cap. 3. <<

[7] Kuznets, «Quantitative Aspects», p. 19; Kenwood y Lougheed, *Growth of the International Economy*, cap. 2. <<

[8] Offer, *First World War: Agrarian Interpretation*, cap. 2. <<

[9] Craig y Fisher, *Integration of the European Economy*. <<

[10] Strikwerda, «Troubled Origins». <<

[11] Lyons, *Internationalism*, cap. 1. <<

[12] Eichengreen y Flandreau, eds., *Gold Standard*; De Cecco, *Money and Empire*. <<

[13] Ferguson, *Pity of War*, cap. 5; cf. Angell, *Great Illusion*. <<

[14] Fieldhouse, *Economics and Empire*, p. 3. <<

[15] Berlín: Verhey, *Spirit of 1914*, p. 15; Serbia: Petrovich, *History of Modern Serbia*, vol. 2, p. 586. <<

[16] McLean, *Royalty and Diplomacy*, cap. 2; véase en general Mayer, *Persistence*. <<

[17] M. E. Brown *et al.*, eds., *Debating the Democratic Peace* (Cambridge, Mass., 1996). <<

[18] Lautenschläger, «Technology», pp. 12-14. <<

[19] Snyder, *Ideology of the Offensive*, cap. 1. <<

[20] Dawson, «Preventing». <<

[21] Howard, «Men against Fire». <<

[22] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 1005-1014. <<

[23] Para los orígenes de la guerra, Albertini, *Origins*, y Joll, *Origins*. Sobre Sarajevo, Dedijer, *Sarajevo*; Strachan, *To Arms*, caps. 1-2. <<

[24] Judah, *The Serbs*, p. 31. <<

[25] Petrovich, *Serbia*, vol. 2, pp. 613-617. <<

[26] Sobre Serbia, véanse Cornwall en Wilson, ed., *Decisions for War*, cap. 3; Petrovich *History of Serbia*; Malcolm, *Bosnia*, cap. 11. <<

[27] Judah, *The Serbs*, p. 155. <<

[28] Petrovich, *Serbia*, vol. 2, pp. 608-609. <<

[29] Strachan, *To Arms*, p. 68. <<

[30] Judah, *The Serbs*, p. 85. <<

[31] Geiss, ed., *July 1914*, docs. 9, 19. <<

[32] Sobre Austria-Hungría: Williamson, *Austria-Hungary*; Bridge, *Habsburg Monarchy*; Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*. <<

[33] Sked, *Decline and Fall*, p. 278. <<

[34] Stone, «Army and Society». <<

[35] Leslie, «Antecedents». <<

[36] Geiss, ed., *July 1914*, docs. 6, 8. <<

[37] Fischer, *Germany's Aims; War of Illusions*; Berghahn, *Germany and the Approach of War*. <<

[38] Förster, «Facing "People's War"». <<

[39] Clark, *Kaiser Wilhelm II*, y los volúmenes de la biografía de John Röhl. <<

[40] Hughes, *Nationalism and Society*, pp. 154, 128-129. <<

[41] Sobre la Constitución, Craig, *Germany, 1866-1945*, cap. 2. <<

[42] Steinberg, *Yesterday's Deterrent*; Berghahn, *Germany and the*

Approach of War. <<

[43] Epkenhans, *Wilhelminischen Flottenrüstung*; Marder, *Dreadnought to Scapa Flow*, vol. 1; Lambert, *Fisher's Naval Revolution*. <<

[44] Kennedy, *Anglo-German Antagonism*, cap. 13; Charmley, *Splendid Isolation*?, cap. 17. <<

[45] Joly, «La France et la revanche». <<

[46] Steinberg, «Diplomatie als Wille». <<

[47] Kaiser, «Germany and the Origins». <<

[48] Ferguson, «Domestic Origins»; Ferguson, *Pity of War*, caps. 4, 5. Sobre armamento: Stevenson, *Armaments*; Herrmann, *Arming of Europe*; Förster, *Doppelte Militarismus*. <<

[49] Stargardt, *German Idea of Militarism*. <<

[50] Stevenson, *Armaments*, p. 6. <<

[51] *Ibídem*. <<

[52] Kennedy, ed., *War Plans*; Snyder, *Ideology of the Offensive*. <<

[53] Ritter, *Schlieffen Plan*; Buchholz, *Moltke, Schlieffen, and War Planning*; Zuber, «Schlieffen Plan»; W. Dieckmann, «Der Schlieffenplan» (s. f.), BA-MA W-10/50220. <<

[54] Fischer, en *War of Illusions*, pp. 177-189, considera la ley de 1913 como parte de una preparación para la guerra, pero este punto de vista no ha sido generalmente aceptado. <<

[55] Sobre la crisis en general, Albertini, *Origins*, vol. 1; Stevenson, *Armaments*. <<

[56] Barraclough, *Agadir to Armageddon*; Allain, *Agadir 1911*; Oncken, *Panthersprung*. <<

[57] Helmreich, *Diplomacy of Balkan Wars*; Hall, *Balkan Wars*. <<

[58] Fischer, *War of Illusions*, cap. 9; Röhl, «Admiral von Müller»; Röhl, ed., «Ander Schwelle». <<

[59] Crampton, *Hollow Détente*, pp. 111, 117. <<

[60] Förster, «Der deutsche Generalstab», secciones 4 y 5. <<

[61] Offer, «Going to War in 1914». <<

[62] Sobre Rusia, Geyer, *Russian Imperialism*; Lieven, *Russia*. <<

[63] Lieven, *Russia*, pp. 77-83. <<

[64] Gatrell, *Government, Industry, and Rearmament*, caps. 3, 4, 7. <<

[65] Para el contexto, McDonald, *United Government and Foreign Policy*. <<

[66] Jelavich, *Russia's Balkan Entanglements*, pp. 241-248. <<

[67] Albertini, *Origins*, vol. 2, pp. 352-362. <<

[68] *Ibídem*. Pero Cornwall, en Wilson, ed., *Decisions for War*, pp. 76-81, ofrece una visión diferente sobre Serbia. <<

[69] Geiss, ed., *July 1914*, doc. 77. <<

[70] Showalter, *Tannenberg*, cap. 1. <<

[71] Trumpener, «War Premeditated?». <<

[72] Trachtenberg, *History and Strategy*, pp. 93-95. <<

[73] Rogger, «Russia in 1914», p. 109. <<

[74] Mayer, «Domestic Causes», p. 293. <<

[75] Hayne, *French Foreign Office*, p. 294. <<

[76] Sobre Francia: Keiger, *France*; y Keiger, *Raymond Poincaré*. <<

[77] Stevenson, *Armaments*, pp. 377-378. <<

[78] Hewitson, «Germany and France», p. 600. <<

[79] Keiger, *France*, pp. 44, 55-56. <<

[80] Groh, «The "Unpatriotic Socialists"», pp. 178-179. <<

[81] Young, «Misunderstanding»; Valone, «Misunderstanding»; Trachtenberg, *History and Strategy*, pp. 58-59. <<

[82] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 95. <<

[83] Steiner y Neilson, *Britain*. <<

[84] Sobre Bélgica, Stengers, en Wilson, ed., *Decisions for War*. <<

[85] Brock, ed., *Asquith: Letters to Venetia Stanley*, p. 150. <<

[*] Por aquel entonces los conservadores eran llamados habitualmente unionistas, porque se oponían a la existencia de un Parlamento descentralizado en Dublín por cuanto ponía en peligro la unión entre Gran Bretaña e Irlanda. <<

[86] Brock, en Evans y Pogge von Strandmann, eds., *Coming of the First World War*, pp. 150-160. <<

[87] Thomas, *Belgian Independence*, pp. 511-513. <<

[88] Kennedy, *Anglo-German Antagonism*, caps. 12-14. <<

[89] Andrew, *Secret Service*, cap. 2; French, «Spy Fever». <<

[90] Gooch, *Prospect of War*, pp. 9-14; Marder, *Dreadnought*, vol. I, pp. 344-358. <<

[91] Wilson, *Policy of the Entente*; Ferguson, *Pity of War*; Charmley, *Splendid Isolation*? <<

[92] Coogan, «British Cabinet and Anglo-French Staff Talks»; Williamson, *Politics of Grand Strategy*. <<

[93] Wilson, «Britain's "Moral Commitment"». <<

[94] Wilson, «Imperial Interests». <<

[95] Hazelhurst, *Politicians at War*; Gilbert, «Pacifist to Interventionist». <<

[96] Offer, *First World War: Agrarian Interpretation*, cap. 21. <<

[97] French, *Britain's Strategy and War Aims*, pp. 24-25. <<

[98] Keiger, «Britain's "Union sacrée" in 1914», en Becker y Audouin-Rouzeau eds., *Les Sociétés européennes*. <<

[99] Joll, *Second International*; Haupt, *Socialism*. <<

[100] Milner, *Dilemmas of Internationalism*; Howorth, «French Workers». <<

[101] Becker, *1914*; Becker, «Union sacrée et idéologie

bourgeoise». <<

[102] Verhey, *Spirit of 1914*. <<

[103] Becker, *1914*, p. 580; Flood, *France, 1914-1918*, cap. 1. <<

[104] Raithel, «*Wunder*», p. 500. <<

[105] Michel, «L'Autriche et l'entrée dans la guerre», pp. 6-10. <<

[106] Sanborn, «Mobilization of 1914». <<

[107] Ferguson, *Pity of War*, p. 182. <<

[108] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 156. <<

[109] Gorce, *La France et son armée*, p. 131. <<

[110] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 158. <<

[111] Sanborn, «Mobilization of 1914». <<

[112] Mommsen, «Topos»; Dülffer y Holl, eds., *Bereit zum Kriege*. <<

[113] Taylor, *War by Timetable*; Lebow, «Agency versus Structure». <<

[114] Levy, «Preferences, Constraints, and Choices». <<

[115] Joll, «1914: the Unspoken Assumptions», en Koch, ed., *Origins*, p. 311. <<

[116] Levy, «Causes of War», p. 148. <<

[117] Vogel, *Nationen im Gleichschritt*, p. 288. <<

[1] Renouvin, *Forms of War Government*, pp. 18-52. <<

[2] Wilson, *Myriad Faces*, p. 154. <<

[3] Chickering, *Imperial Germany*, p. 33. <<

[4] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 850. <<

[5] Kennedy, ed., *War Plans*; Snyder, *Ideology*; Buchholz, *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning*. <<

[6] Ritter, *Schlieffen Plan*. <<

[7] Zuber, «Schlieffen Plan Reconsidered». <<

[8] Buchholz, *Moltke, Schlieffen and Prussian War Planning*; W. Dieckmann, «Der Schlieffen Plan», BA-MA W-10 50220. <<

[9] Pero véase la controversia entre Zuber, «Schlieffen Plan Reconsidered» y «Terence Holmes», Holmes, «Reluctant March», y Foley, «Origins of the Schlieffen Plan». <<

[10] Stevenson, *Armaments*, p. 301. <<

[11] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 1005. <<

[12] Ritter, *Schlieffen Plan*, p. 166. <<

[13] Stevenson, *Armaments*, pp. 47, 50. <<

[14] Samuels, *Command or Control?*, cap. 1; Mosier, *Myth*, cap. 2. <<

[15] Stevenson, *Armaments*, pp. 41, 93. <<

[16] Brose, en *The Kaiser's Army*, señala la deficiente modernización del ejército en parte debido a la falta de recursos. <<

[17] Livesey, *Viking Atlas*, p. 15. <<

[18] Mosier, *Myth*, cap. 2. <<

[19] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 207, 210; Wilson, *Myriad Faces*, p. 41. <<

[20] Stevenson, *Armaments*, pp. 299, 301. <<

[21] Helmreich, *Belgium and Europe*, pp. 153-166. <<

[22] Williamson, *Grand Strategy*, pp. 181, 315. <<

[23] Stevenson, *Armaments*, p. 6. <<

[24] Holmes, *Little Field Marshal*, pp. 200-201. <<

[25] Porch, «The Marne and After», pp. 365-368. <<

[26] Williamson, *Grand Strategy*, caps. 1, 5. <<

[27] May, ed., *Knowing One's Enemies*, caps. 5, 6; memorando sin fecha de Greiner sobre el conocimiento de Alemania de los planes franceses, 1885-1914 BA-MA W-10 50267. <<

[28] Snyder, *Ideology*, cap. 3; Stevenson, *Armaments*, pp. 217-218. <<

[29] Stevenson, *Armaments*, pp. 306-307, 330. <<

[30] EMA 3.º Buró, «Plan XVII: Bases du Plan» (¿abril de 1913?), *SHA* 1.N. 11. <<

[31] Mosier, *Myth*, pp. 22-23. <<

[32] Stevenson, «War by Timetable?», pp. 167-169, 175-176. <<

[33] Mosier, *Myth*, p. 45. <<

[34] Guinard *et al.*, *Inventaire*, vol. 1, pp. 58-60. <<

[*] En adelante denominaremos Aliados a las potencias de la Entente y sus socios, aunque técnicamente solo pasaron a llamarse así a partir del 5 de septiembre, cuando firmaron el Pacto de Londres que obligaba a sus signatarios a no firmar una paz por separado. <<

[35] Holmes, «The Last Hurrah», p. 280. <<

[36] Glover y Silkin, eds., *First World War Prose*, pp. 27, 93. <<

[37] Horne y Kramer, *German Atrocities*, p. 13. <<

[38] Mosier, *Myth*, p. 57. <<

[39] *Ibíd.*, cap. 3; Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 211-212. <<

[40] Renouvin, *Crise européenne*, pp. 238-239. <<

[41] Barnett, *Swordbearers*, pp. 26-27. <<

[42] Mosier, *Myth*, pp. 60-62. <<

[43] Joffre, *Mémoires*, vol. 1, p. 277. <<

[44] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 213; Keegan, *First World War*, p. 101. <<

[45] Smith, *Between Mutiny and Obedience*, cap. 3. <<

[46] Keegan, *First World War*, p. 107. <<

[47] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 230; Mosier, *Myth*, p. 80. <<

[48] Joffre, *Mémoires*, vol. 1, p. 299. <<

[49] Barnett, *Swordbearers*, p. 59. <<

[50] Mombauer, *Moltke*, p. 253. <<

[51] Van Creveld, *Supplying War*, p. 126. <<

[52] *Ibíd.*, pp. 129-32; memorando sin fecha: «Marnefeldzug und Eisenbahnen», BAMA W-10 50799. <<

[53] Van Creveld, *Supplying War*, pp. 124-125, 135. <<

[54] Ferris, ed., *British Army and Signals Intelligence*, p. 5. <<

[55] Herwig, *First World War*, p. 98. <<

[56] Memorando, «Marnefeldzug und Eisenbahnen», BA-MA W-10 50 799; cf. Mombauer, *Moltke*, p. 243. <<

[57] *Ibíd.*, pp. 244-247; Barnett, *Swordbearers*, p. 52; Plessen, diario, 25 de agosto de 1914, BA-MA W-10 50676. <<

[58] Jäschke, «Marne-Schlacht», p. 325. <<

[59] Barnett, *Swordbearers*, pp. 63-70. <<

[60] Cassar, *Tragedy of Sir John French*, pp. 120-123. <<

[61] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 226-227. <<

[62] Joffre, *Mémoires*, vol. 1, pp. 352-353; circular de Joffre del 25 de agosto, acta del GQG del 30 de agosto de 1914, *SHA* 16.N. 1709. <<

[63] Peschaud, *Politique et Fonctionnement*, p. 513. <<

[64] Cassar, *Tragedy of Sir John French*, pp. 128-138; Holmes, *Little Field Marshal* pp. 228-235. <<

[65] Joffre, *Mémoires*, vol. 2, pp. 312, 324. <<

[66] En general sobre el Marne, Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 242-262, y Tyng, *Campaign of the Marne*. <<

[67] Mosier, *Myth*, pp. 92-98. <<

[68] *Ibídem*. Renouvin, *Crise européenne*, p. 247. <<

[69] Jäschke, «Marne-Schlacht», pp. 336-337; Strachan, *First World War: To Arms*, p. 994. <<

[70] Brose, *Kaiser's Army*, p. 210. <<

[71] Barnett, *Swordbearers*, p. 77. <<

[72] Jäschke, «Marne-Schlacht», p. 336. <<

[73] Herwig, *First World War*, p. 102. <<

[74] Circular de Hindenburg, 24 de mayo de 1917, BA-MA PH 3160; Hentsch a Hindenburg, 14 de mayo de 1917, BA-MA W-10 51062. <<

[75] Jäschke, «Marne-Schlacht», pp. 337-347. <<

[76] Mombauer, *Moltke*, pp. 258, 265 ss. <<

[77] Keegan, *First World War*, p. 135; Herrmann, *Arming*, p. 90. <<

[78] Cruttwell, *History of the Great War*, p. 36. <<

[79] Joffre, *Mémoires*, vol. 2, p. 424. <<

[80] Contarmine, *Victoire de la Marne*, p. 375. <<

[81] Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 190. <<

[82] Contarmine, *Victoire de la Marne*, p. 289. <<

[83] Liulevicius, *War Land*, p. 14. <<

[84] Stone, *Eastern Front*, pp. 57-58, 84. <<

[85] Fuller, *Civil-Military Conflict*, pp. 52-53. <<

[86] Jones, «Imperial Russia's Forces», pp. 278-279. <<

[87] Stone, *Eastern Front*, pp. 30-35; Stevenson, *Armaments*, pp. 155-156, 159. <<

[88] Stone, *Eastern Front*, p. 32. <<

[89] Jones, «Imperial Russia's Forces», p. 262. <<

[90] *Ibíd.*, p. 281. <<

[91] Keegan, *First World War*, p. 152. <<

[92] Snyder, *Ideology*, cap. 7. <<

[93] Stone, «Army and Society», p. 107. <<

[94] Herwig, *First World War*, p. 14. <<

[95] Rothenberg, «Austro-Hungarian Campaign», p. 129. <<

[96] Stevenson, *Armaments*, p. 356. <<

[97] Stone, «Mobilmachung», pp. 68-77; Stone, «Moltke and Conrad», pp. 225-230. <<

[98] Stone, *Eastern Front*, p. 57. <<

[99] Showalter, «Even Generals», p. 67. <<

[100] Stone, *Eastern Front*, p. 58. <<

[101] *Ibíd.*, p. 51. <<

[102] Keegan, *First World War*, pp. 160-161. <<

[103] *Ibíd.*, p. 58. <<

[104] Showalter, *Tannenberg*, pp. 172 ss. <<

[105] Asprey, *German High Command*, cap. 5. <<

[106] Showalter, «Even Generals», pp. 74-80. <<

[107] Showalter, *Tannenberg*, p. 293; Mombauer, *Moltke*, p. 247. <<

[108] Asprey, *German High Command*, p. 78. <<

[109] Herwig, *First World War*, p. 86. <<

[110] Showalter, *Tannenberg*, p. 378. <<

[111] Stone, *Eastern Front*, pp. 67-69. <<

[112] Stone, «Moltke and Conrad», pp. 233-242. <<

[113] Stone, «Mobilmachung», p. 91. <<

[114] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 347-351. <<

[115] Herwig, *First World War*, pp. 89-90. <<

[116] Stone, *Eastern Front*, pp. 83-90. <<

[117] Herwig, *First World War*, pp. 94-95. <<

[118] Rachamimov, *POWs*, cap. 1. <<

[119] Keegan, *First World War*, p. 166. <<

[120] Stevenson, *Armaments*, p. 354; Lyon, «A “Peasant Mob”», p. 492. <<

[121] Lyon, «“A Peasant Mob”», pp. 487-501; Rothenberg, «Austro-Hungarian Campaign», pp. 134-135. <<

[122] Herwig, *First World War*, pp. 87-88. <<

[123] Djordjevic, «Vojvoda Putnik», pp. 576-579. <<

[124] Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 190-191; Lange, *Marneschlacht*, pp. 45-49. <<

[125] Mombauer, *Moltke*, pp. 165-170. <<

[126] Falkenhayn, *General Headquarters*, p. 23; Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 190-193. <<

[127] Mosier, *Myth*, pp. 104-115. <<

[128] Joffre, *Mémoires*, vol. I, p. 148. <<

[129] *Ibíd.*, pp. 457-458; Cassar, *Tragedy of Sir John French*, pp. 154-155. <<

[130] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 993; Joffre, *Mémoires*, vol. 1, pp. 429-430. <<

[131] Joffre, *Mémoires*, vol. 1, pp. 429-430; y Hardach, «Industrial Mobilization», p. 59. <<

[132] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 272-273. <<

[133] Asprey, *German High Command*, p. 122. <<

[134] Falkenhayn, *General Headquarters*, p. 29; Afflerbach,

Falkenhayn, pp. 191 ss. <<

[135] Joffre, *Mémoires*, vol. 1, pp. 467, 478. <<

[136] Holmes, *Little Field Marshal*, p. 246; Cassar, *Tragedy of Sir John French* p. 164. <<

[137] Plessen, diario, 18 de noviembre de 1914, BA-MA W-10 50656. <<

[138] Unruh, *Langemarck*; y Hüppauf, «Langemarck, Verdun», pp. 71-85. <<

[139] Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 34-37, 40-42. <<

[140] Memorando del GQG, 26 de noviembre de 1914, *SHA* 16.N. 1709; Joffre, *Mémoires*, vol. 1, pp. 481-482. <<

[141] Asprey, *German High Command*, p. 112. <<

[142] Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 18, 21; Herwig, *First World War*, p. 106. <<

[143] Stone, *Eastern Front*, p. 93. <<

[144] Asprey, *German High Command*, p. 125. <<

[145] Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 196-197; Falkenhayn, *General Headquarters* pp. 25 ss. <<

[146] Keegan, *First World War*, pp. 180 ss. <<

[147] Rothenberg, «Austro-Hungarian Campaign», pp. 141-143; Djordjevic, «Vojvoda Putnik», pp. 581-584; Schindler, «Disaster on the Drina», p. 191. <<

[148] Showalter, «Even Generals», p. 69. <<

[149] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 448. <<

[*] Véase el capítulo 4. <<

[150] *Ibíd.*, p. 454. <<

[151] Halpern, *Naval History*, p. 69. Este es el mejor estudio de la guerra en el mar. <<

[152] Keegan, *First World War*, pp. 231 ss. <<

[153] Marder, *Dreadnought*, vol. 2, pp. 101-117. <<

[154] Halpern, *Naval History*, pp. 91-93. <<

[155] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 476-478. <<

[156] Sumida, *In Defence of Naval Supremacy*, cap. 2. <<

[157] Halpern, *Naval History*, p. 84. <<

[158] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 480; Cruttwell, *History of the Great War*, p. 75. <<

[159] Marder, *Dreadnought*, vol. 2, p. 1. También sobre la guerra naval en Europa Goldrick, *King's Ships*. <<

[160] Lambi, *Navy and German Power Politics*, p. 405. <<

[161] Gemzell, *Organization, Conflict, and Innovation*, pp. 176-177. <<

[162] Tirpitz, *Memoirs*, vol. 2, p. 366. <<

[163] Keegan, *First World War*, p. 289. <<

[164] Gemzell, *Organization, Conflict, and Innovation*, pp. 177-179, 138. <<

[165] Marder, *Dreadnought*, vol. 2, pp. 42-43; Halpern, *Naval History*, pp. 23, 27. <<

[166] Halpern, *Naval History*, pp. 6-9. <<

[167] Tarrant, *Jutland*, pp. 16-19. <<

[168] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 406-407. <<

[169] Williamson, *Politics of Grand Strategy*, pp. 187-193. <<

[170] Halpern, *Naval History*, pp. 23-24. <<

[171] Barnett, *Swordbearers*, p. 116. <<

[172] Halpern, *Naval History*, pp. 24-25; Marder, *Dreadnought*, vol. 2, p. 1. <<

[173] Offer, *First World War: Agrarian Interpretation*, caps. 16, 21. <<

[174] Marder, *Dreadnought*, vol. 1, pp. 60-61. <<

[175] Cruttwell, *History of the Great War*, p. 67. <<

[176] Barnett, *Swordbearers*, p. 110. <<

[177] Halpern, *Naval History*, p. 17; Strachan, ed., *Illustrated History*, pp. 109-110. <<

[178] Halpern, *Naval History*, pp. 11-15, 59-60. <<

[*] San Petersburgo fue rebautizada como Petrogrado (versión eslavizada del nombre de la ciudad) tras el estallido de la guerra. <<

[179] Marder, *Dreadnought*, vol. 1, pp. 55, 66-75. <<

[180] Patterson, *Jellicoe*, pp. 70-71. <<

[181] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 435-436. <<

[182] Eksteins, *Rites of Spring*, pp. 150-151. <<

[183] Mosier, *Myth*, pp. 143-144. <<

[184] Brown y Seaton, *Christmas Truce*. <<

[185] Ashworth, *Trench Warfare*, pp. 24 ss. <<

[186] Guinard *et al.*, *Inventaire*, vol. 1, p. 45. <<

[187] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 278. <<

[188] Mosier, *Myth*, p. 121. <<

[189] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 85. <<

[190] Stone, *Eastern Front*, p. 122. <<

[191] Foley, «East or West?», p. 122; Mosier, *Myth*, p. 12. <<

[192] Becker, *Great War and the French People*, p. 47. <<

[193] Horne y Kramer, *German Atrocities*, p. 82. <<

[194] Horne y Kramer, «German "Atrocities"»; *German Atrocities*, pp. 43, 74-76. <<

[195] Gullace, «Sexual Violence», p. 735. <<

[196] Stevenson, *French War Aims*, pp. 13-14. <<

[197] Farrar, *Short-War Illusion*, pp. 118-119; Sweet, «Leaders and Policies». <<

[*] Véase el capítulo 5. <<

[198] Marder, *Dreadnought*, vol. 1, p. 63. <<

[199] Simkins, *Kitchener's Army*, cap. 3. <<

[200] Becker, *Great War and the French People*, pp. 48-63; Hopkin, «Domestic Censorship», pp. 153-155; Deist, «Censorship and Propaganda», pp. 201-204. <<

[201] Lawrence, Dean, y Robert, «Outbreak of War». <<

[202] Guinard *et al.*, *Inventaire*, vol. 1, p. 204. <<

[203] Stone, *Eastern Front*, pp. 123, 216. <<

[204] Ullrich y Ziemann, eds., *Frontalltag*, p. 114. <<

[205] Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 194. <<

[206] Para una buena exposición, Strachan, *First World War: To Arms*, cap. 12. <<

[207] Simkins, *Kitchener's Army*, cap. 4; Dewey, «Military Recruiting». <<

[1] Ferguson, *Pity of War*, cap. 10; Kennedy, «Military Effectiveness», p. 345. <<

[2] Keegan, *Price of Admiralty*, p. 90. <<

[3] Sobre Verdún: Cruttwell, *History of the Great War*, p. 251; Gilbert, *First World War*, pp. 299-300. Sobre el Somme: Winter, *Haig's Command*, p. 46. <<

[4] Stevenson, *Armaments*, p. 6. <<

[5] Harrison, *Economics of World War II*, p. 21. <<

[6] Ferguson, *Pity of War*, p. 320. <<

[1] Reynolds, «Origins of the Two “World Wars”», pp. 29-33. <<

[2] Holland, «British Empire», p. 118. <<

[3] Andrews, *Anzac Illusion*, pp. XIV, 8, 13, 40-41. <<

[4] Brown y Louis, eds., *Oxford History of the British Empire*, vol. 4, p. 115; Ferguson, *Empire*, p. 303. <<

[5] Renzi, *Shadow of the Sword*, p. 265. <<

[6] Nish, *Japanese Foreign Policy*, p. 93. <<

[7] *Ibíd*., pp. 83-97; Nish, *Alliance in Decline*, cap. 7; Lowe, *Great Britain and Japan*, caps. 6, 7. <<

[8] Sims, *Political History of Modern Japan*, pp. 115-35; Barnhart, *Japan and the World* cap. 4; Nish, en Wilson, ed., *Decisions for War*, cap. 8; Dickinson, *War and National Reinvention*. <<

[9] En general: Strachan, *First World War: To Arms*, cap. 8; Gottlieb, *Studies in Secret Diplomacy*; Kent, ed., *Great Powers and the End of the Ottoman Empire*; MacFie, *End of the Ottoman Empire*; Yapp, *Modern Near East*; Yasamee, en Wilson, ed., *Decisions for War*, cap. 9. <<

[10] Heller, «*Sir* Louis Mallet»; Kurat, «How Turkey Drifted». <<

[11] Kurat, «How Turkey Drifted», y Trumpener, *Germany and the Ottoman Empire*. <<

[12] El mejor relato es el de Renzi, *Shadow of the Sword*. Véanse también Bosworth, *Italy the Least of the Great Powers*; Lowe y Marzari, *Italian Foreign Policy*; Salandra, *Italy and the Great War*; Gottlieb, *Studies in Secret Diplomacy*; Jones, «Antonio Salandra»; Valiani, *End of Austria-Hungary*. <<

[13] Beckett, *Great War*, pp. 85-86; Stevenson, ed., *British Documents*, vol. 2, docs. 273, 274. <<

[14] Crampton, *Bulgaria*; Robbins, «British Diplomacy»; Smith, *Russian Struggle for Power*, pp. 309-335; Silberstein, *Alliance*, cap. 7. <<

[15] Vinogradov, «Romania»; Torrey, «Rumania»; Silberstein, *Troubled Alliance*, caps. 8-10; Spector, *Rumania*, pp. 5-39. <<

[*] Véase el capítulo 6. <<

[16] Yasamee, en Wilson, ed., *Decisions for War*, p. 229. <<

[17] En general, Trumpener, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, cap. 6; Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 680-693; Emin, *Turkey*, pp. 78 y ss. <<

[18] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 712-729. <<

[19] Sobre Armenia: Hovanissian, *Armenia*, y Hovanissian, ed., *Armenian Genocide*; Walker, «Armenian Genocide»; Dyer, «Turkish "Falsifiers"». <<

[20] Sobre los Dardanelos, véanse en especial: Travers, «Ottoman Crisis»; Travers, *Gallipoli, 1915*; Rhodes James, *Gallipoli*. Para un relato de los hechos, véanse Hamilton, *Gallipoli Diary*; Churchill, *World Crisis*, vol. 2. <<

[21] Travers, *Gallipoli*, p. 229; Aspinall-Oglander, *Military Operations: Gallipoli 1915*, vol. 2, p. 488. <<

[22] Andrews, *Anzac Illusion*, pp. 51-63. <<

[23] Ben-Moshe, «Churchill's Strategic Conception». <<

[24] Cassar, *French and the Dardanelles*. <<

[25] French, «Origins of the Dardanelles Campaign»; French, *British Strategy and War Aims*, caps. 3-5. <<

[26] Travers, *Gallipoli 1915*, p. 32, corrige fuentes anteriores en este punto; véase también Marder, «Dardanelles Reconsidered». <<

[27] French, «Dardanelles, Mecca, and Kut». <<

[28] Doyle y Bennett, «Military Geography… Gallipoli Campaign». <<

[29] Para un debate, véanse Travers, *Gallipoli 1915*, pp. 163-176, 221-229; Liddle, *Men of Gallipoli*. <<

[30] Hamilton, *Gallipoli Diary*, vol. 1, pp. 62, 196, 204. <<

[31] Travers, *Gallipoli 1915*, cap. 8. <<

[32] Travers, «Command and Leadership Styles», p. 433. <<

[33] Cohen, «Genesis of the British Campaign». <<

[34] Barker, *Neglected War: Mesopotamia*; Goold, «Lord Hardinge»; Galbraith, «No Man's Child». <<

[35] MacFie, *End of the Ottoman Empire*, pp. 149-150. <<

[36] Kennedy, «Britain in the First World War», p. 71. <<

[37] Trumpener, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, p. 88. <<

[38] El mejor relato en Strachan, *First World War: To Arms*, caps. 6, 7. <<

[39] Sobre África, véanse también Farwell, *Great War in Africa*; Page, ed., *Africa; Journal of African History*, vol. 19, n.º 1 (1978). <<

[40] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 498-505. <<

[41] Goldberg, «Origins of British-Saudi Relations». <<

[42] Karsh, «Myth in the Desert». <<

[43] French, «Dardanelles, Mecca, and Kut», p. 45. <<

[44] Porter, *Lion's Share*, p. 238; Ellinwood y Pradham, eds., *India*, p. 26; Burke «Moroccan Resistance», p. 440. <<

[45] Sobre África occidental, Michel, *L'Appel à l'Afrique*, p. 469. <<

[46] Omissi, *Sepoy and the Raj*, pp. 135, 137, 148. <<

[47] Fraser, «Germany and Indian Revolution». <<

[48] Burke, «Moroccan Resistance». <<

[49] Deakin, «Imperial Germany and the "Holy War"»; sobre la subversión alemana, véanse Fischer, *Germany's Aims*, cap. 4; Strachan, *First World War: To Arms*, cap. 9. <<

[*] Véase un análisis más detallado en los capítulos 8 y 9. <<

[1] Stevenson, *French War Aims*, p. 95. <<

[2] Goemans, *War and Punishment*, p. 16. <<

[3] Para el análisis de los objetivos de la guerra, *ibídem*; también Stevenson, *First World War and International Politics*, cap. 3; y Soutou, *L'Or et le sang*. <<

[4] Trumpener, *Germany and the Ottoman Empire*, pp. 131-134. <<

[5] Komjáthy, ed., *Protokolle*, pp. 352-372; Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 1, docs. 86, 144, 151, 162, 164; Ritter, *Sword*, vol. 3, pp. 83-89. <<

[*] Sobre el que hablo más extensamente en el capítulo 21. <<

[6] Fischer, *Germany's Aims*, p. 106. <<

[7] *Ibíd*., pp. 103-105. <<

[8] Soutou, «Kriegsziele», pp. 29-30, Soutou, *L'Or et le sang*, cap. 2; Thompson, «September Program». <<

[9] Farrar, *Short-War Illusion*, cap. 9; Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 1, docs. 13, 14, 16, 20, 21. <<

[10] Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 1, docs. 172, 183, 206; Fischer, *Germany's Aims*, pp. 215-224. <<

[11] *Ibíd*., cap. 8. <<

[12] Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 1; docs. 52, 75; Linke, *Zarische Russland*, pp. 102-104. <<

[13] Geiss, *Polnische Grenzstreifen*, p. 91. <<

[14] Meyer, *Mitteleuropa*, cap. 9. <<

[15] Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 321-322. <<

[*] Véase el capítulo 9. <<

[16] En general sobre Polonia: Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 1, docs. 131, 140, 165, 167, 221, 227, 261, 296, 303-305; Fischer, *Germany's Aims*, pp. 236-244, 271-273. <<

[17] Fischer, *Germany's Aims*, pp. 228-230; Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 1, docs. 243, 255, 350, 384. <<

[18] Soutou, *L'Or et le sang*, cap. 11. <<

[19] Goemans, *War and Punishment*, p. 85. <<

[20] Farrar, *Divide and Conquer*, p. 23. <<

[21] Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, pp. 200, 217. <<

[22] Sobre este tema, véase Janssen, *Macht und Verblendung*. <<

[23] Soutou, *L'Or et le sang*, cap. 2. <<

[24] Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, pp. 214-216; Fischer, *Germany's Aims*, pp. 193-194. <<

[*] Véase también el capítulo 10. <<

[25] Sobre Rusia: Linke, *Zarische Russland*; Smith, *Russian Struggle*; Dallin, ed. *Russian Diplomacy*. <<

[26] Bobroff, «Devolution», pp. 512-514. <<

[27] Linke, *Zarische Russland*, pp. 131-132. <<

[28] Bobroff, «Devolution», pp. 522-527. <<

[29] Smith, *Russian Struggle*, pp. 45-50, 97-108; Renzi, «Sazonov's Thirteen Points». <<

[30] Renzi, «Sazonov's Thirteen Points», p. 18; Dallin, ed., *Russian Diplomacy*, cap. 2; Perman, *Shaping of the Czechoslovak State*, cap. 1. <<

[31] Sazónov, *Fateful Years*, p. 252. <<

[32] Para los antecedentes, véase Bodger sobre «Russia», en Kent, ed., *Great Powers and the End of the Ottoman Empire*, cap. 4. <<

[33] Smith, *Russian Struggle*, pp. 185-238; Gottlieb, *Studies in Secret Diplomacy*, caps. 4-6; Kerner, «Russia, the Straits, and Constantinople». <<

[34] Stevenson, *French War Aims*, p. 28; Dallin, ed., *Russian Diplomacy*, p. 89. <<

[35] Goemans, *War and Punishment*, pp. 128-132. <<

[36] Smith, *Russian Struggle*, pp. 363-382, 418-424; Linke, *Zarische Russland*, pp. 54-60. <<

[37] Stevenson, *French War Aims*, cap. 1. <<

[38] *Ibíd.*, pp. 17, 27. <<

[39] Andrew y Kanya-Forstner, *France Overseas*, cap. 4; Nevakivi, *Britain, France*, pp. 36-44. <<

[40] Soutou, *L'Or et le sang*, cap. 5. <<

[41] Soutou, *L'Or et le sang*, cap. 7; Trachtenberg, «"New Economic Order": Clémentel». <<

[42] Stevenson, *French War Aims*, pp. 38-56. <<

[43] Rothwell, *British War Aims*, introducción. En general sobre Gran Bretaña, véase *ibídem* y French, *British Strategy and War Aims*. <<

[44] Louis, *Great Britain and Germany's Lost Colonies*, cap. 2. <<

[45] Kent, «Britain», en Kent, ed., *Great Powers and the End of the Ottoman Empire*, cap. 7. <<

[46] En general, Kedourie, *Anglo-Arab Labyrinth*; Friedman, *Palestine: a Twice Promised Land?*, cap. 5. <<

[47] Hurewitz, ed., *Diplomacy in the Near and Middle East*, vol. 2, doc. 8. <<

[48] Friedman, *Palestine: a Twice-Promised Land?*, caps. 1-2. <<

[49] Rothwell, *British War Aims*, pp. 70-75. <<

[50] Steiner y Neilson, *Britain and the Origins of the First World War*, p. 66. <<

[51] Rothwell, *War Aims*, pp. 266 y ss.; Bunselmeyer, *Cost of the War*, caps. 2-5. <<

[52] Stevenson, «Belgium, Luxemburg, and the Defence of Western Europe». <<

[53] Rothwell, *British War Aims*, pp. 38-52. <<

[54] Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 1, pp. 1049-1050. <<

[55] French, *British Strategy and War Aims*, pp. 191-194, 210; Hankey MSSCCAC, 1/1, Diary 14, 15, 21 de marzo, 24 de mayo de 1916. <<

[*] Véanse los capítulos 9 y 13. <<

[56] Scott, ed., *War Aims and Peace Proposals*, pp. 26-29, 35-38; Kernek, «British Government's Reaction»; Stevenson, *French War Aims*, pp. 45-47. <<

[57] Asquith, *Memories and Reflections*, vol. 2, pp. 138-147; Lowe y Dockrill, *Mirage of Power*, vol. 2, pp. 244-245. <<

[58] Lowe y Dockrill, *Mirage of Power*, vol. 2, pp. 223-227; Seton-Watson, *Italy*, pp. 462-467. <<

[59] Nish, *Alliance in Decline*, cap. 11; Halpern, *Naval History*, p. 393. <<

[60] Jansen, *Japanese and Sun Yat-sen*, cap. 8; La Fargue, *China*, caps. 2-3; Nish, *Japanese Foreign Policy*, cap. 5; Lowe, *Great Britain and Japan*, cap. 8. <<

[1] Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 233-254; Foley, «East or West?», pp. 123-130. <<

[2] Rachamimov, *POWs*, p. 38. <<

[3] Stone, *Eastern Front*, cap. 6; Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, pp. 199-211. <<

[4] Herwig, *First World War*, pp. 130-134; Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 53-64; cf. cap. 5. <<

[5] Afflerbach, «Planning Total War?», p. 119. <<

[6] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 1037; Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 43-45. <<

[*] Véase el capítulo 7. <<

[7] Tucker, *Great War*, p. 76; Afflerbach, *Falkenhayn*, p. 312. En general sobre esta campaña, véase Stone, *Eastern Front*, caps. 6, 8. <<

[8] Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 114, 127-129, 145-151; Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 294-313. <<

[9] Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 336-337; Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 159-162. <<

[10] Véase French, *British Strategy and War Aims*, pp. ix-xiv. <<

[11] Clark, *Donkeys*, caps. 3, 4; Prior y Wilson, *Command*, pp. 19 y ss. <<

[12] French, *British Strategy and War Aims*, cap. 4; Neilson, «Kitchener», pp. 207, 217, 225. <<

[13] Mosier, *Myth*, cap. 8. <<

[14] Guinard *et al.*, eds., *Inventaire*, vol. 1, p. 219. <<

[15] Stevenson, «French Strategy», pp. 305-306. <<

[16] Mosier, *Myth*, pp. 125, 148, 181-182. <<

[17] *Ibíd.*, pp. 145, 149. Bajas, mayo-junio: Alemania, 73 000; Francia, 102 000; Gran Bretaña, 37 000 (Tucker, *Great War*, p. 65). <<

[18] Informe Paléologue, 25 de diciembre de 1914: *SHA* 6.N. 34. <<

[19] Informe Laguiche, 19 de marzo de 1915: *SHA* 6.N. 34. <<

[20] Mosier, *Myth*, pp. 148-152. <<

[21] Gooch, «Italy in the First World War», p. 162. <<

[22] Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*, vol. 1, pp. 165-166. <<

[23] Melograni, *Storia politica*, p. 44. <<

[24] Poincaré, *Au Service de la France*, vol. 7, pp. 36-37, 68-69; Stevenson, ed., *British Documents*, vol. 2, doc. 123. <<

[25] Notas de Nudant y la Oficina de Operaciones, 18 y 20 de junio de 1915: *SHA* 16.N. 1709. <<

[26] Poincaré, *Au Service de la France*, vol. 7, pp. 36-38, 68-69. <<

[27] Haig MSS, NLS, caja 96, diario del 19 de agosto de 1915. <<

[28] French, *British Strategy and War Aims*, cap. 6. <<

[29] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, pp. 100 y ss.; Wilson, *Myriad Faces*, pp. 254-258. <<

[30] Champagne: Francia, 144 000; Alemania, 85.000. Artois: Gran Bretaña, 62 000; Francia, 48,000; Alemania, 51 000 (Tucker, *Great War*, pp. 51, 70). <<

[31] Véase en general Dutton, *Politics of Diplomacy*. <<

[32] Tanenbaum, *Maurice Sarrail*; King, *Generals and Politicians*, pp. 67-88. <<

[33] Prete, «*Imbroglio par excellence*». <<

[34] Philpott, «Squaring the Circle»; conclusiones de la conferencia, LHCMA Robertson MSS I/9. <<

[35] Fuller, «Eastern Front», p. 45. <<

[36] French, «Meaning of Attrition». <<

[37] Refutaciones de británicos y franceses, 16 y 27 de diciembre de 1915, *SHA* 5.N. 118. <<

[38] Robertson, *Soldiers and Statesmen*, vol. 1, pp. 184, 239-240, 253. <<

[39] Horne, *Price of Glory*, p. 327; pero cf. Mosier, *Myth*, pp. 225, 227. <<

[40] Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 209-232; Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 351-369. <<

[41] Afflerbach, «Planning Total War?», pp. 121-123; Krumeich, «"Saigner la France"?», Sheffield, *Somme*, p. 15. <<

[42] Horne, *Price of Glory*, p. 48. <<

[43] King, *Generals and Politicians*, pp. 89-100. <<

[44] Horne, *Price of Glory*, p. 299. <<

[45] Krumeich, «"Saigner la France"?». <<

[46] Stone, *Eastern Front*, pp. 227-229. <<

[47] Herwig, *First World War*, pp. 204 y ss. <<

[48] Keegan, *First World War*, p. 297; Brown, *British Logistics*, p. 112; Stone, *Eastern Front*, p. 212. <<

[49] Informes del general Pau, 5 de marzo y 9 de abril de 1916, *SHA* 5.N. 139. <<

[50] Informe Pau, 9 de marzo de 1916, *SHA* 5.N. 139. <<

[51] Brusílov, *Mémoires*, pp. 184-188. <<

[52] Informe de Laguiche, 3 de junio de 1916, *SHA* 5.N. 139. <<

[53] Brusílov, *Mémoires*, pp. 187-202, 208. <<

[54] Stone, *Eastern Front*, pp. 247-262, 270-273. <<

[55] Sheffield, *Somme*, p. 151. La historia oficial británica infla las pérdidas alemanas en más de 600 000: Williams, «Treatment of German Losses», pp. 69-74. <<

[56] Winter, *Haig's Command*, p. 45. <<

[57] *Ibíd*., pp. 49-63; Philpott, *Anglo-French Relations*, cap. 7;

Greenhalgh, «Why the British Were on the Somme». Véase también la controversia: Philpott, «Why the British Were Really on the Somme», Greenhalgh, «Flames over the Somme». <<

[58] Foch, *Mémoires*, vol. 2, pp. xv-xvii; memorando del GQG, 16 de mayo de 1916, *SHA* 16.N. 1710. <<

[59] French, *British Strategy and War Aims*, cap. 10; memorando de Chamberlain 17 de enero de 1916, AC 13/3/14. <<

[60] Middlebrook, *First Day on the Somme*; Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, caps. 15-17; Travers, *Killing Ground*, caps. 6, 7; Sheffield, *Somme*, pp. 41-68. <<

[61] Sheffield, *Somme*, p. 88. <<

[62] *Ibíd*., pp. 89-90, 94-96, 120; Andrews, *Anzac Illusion*, pp. 96-98. <<

[63] Griffith, *Battle Tactics*, pp. 65 y ss. <<

[64] Travers, *Killing Ground*, pp. 86, 127-128; Haig, Diario, 1, 12, 22 de agosto, 2, 5, 15 de octubre, 3, 12 de noviembre de 1916, Haig MSS, NLS, caja 97. <<

[65] Greenhalgh, «Why the British Were on the Somme», p. 148. <<

[66] Afflerbach, *Falkenhayn*, pp. 417-420. <<

[67] Krumeich, «Le Soldat allemand», p. 168; Jünger, *Storm of Steel*, pp. 92-110. <<

[*] Véanse los capítulos 5, 9 y 10. <<

[68] Torrey, «Rumanian Campaign». <<

[69] Janssen, «Wechsel»; Janssen, *Der Kanzler und der General*, cap. 24; Afflerbach, *Falkenhayn*, cap. V. 23. <<

[70] Wynne, *If Germany Attacks*, pp. 128-130. <<

[71] Herwig, *First World War*, p. 249. <<

[72] Joffre, *Mémoires*, vol. 2, pp. 346-347, memorandos del GQG, 31 de octubre, 10 de diciembre de 1916, *SHA* 16.N.

1710. <<

[73] Melograni, *Storia politica*, p. 238. <<

[74] Informe Gondrecourt, 22 de enero de 1917, *SHA* 5.N. 144. <<

[75] Informes de Janin, 18 de enero, y de Castelnau, 2 de febrero de 1917, *SHA* 5.N. 140. <<

[76] Encuentro con el ministro de la Guerra ruso, 2 de febrero de 1917, *SHA* 5.N. 140. <<

[77] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, cap. 2. <<

[78] King, *Generals and Politicians*, pp. 135-139; Joffre, *Mémoires*, vol. 2, cap. 6. <<

[79] Mosier, *Myth*, p. 272. <<

[80] Philpott, *Anglo-French Relations*, cap. 8; Winter, *Haig's Command*, cap. 5. <<

[81] Stevenson, «French Strategy», pp. 312-314; Miquel, *Chemin des Dames*, caps. 1-3; justificación de Nivelle en *SHA* 5.N. 255. <<

[82] Wynne, *If Germany Attacks*, pp. 165-166, 170-184. Wilson, *Myriad Faces*, pp. 450-456. <<

[83] Mosier, *Myth*, pp. 273-274. <<

[84] Para una síntesis general, véanse Spears, *Prelude to Victory*, y Miquel, *Chemin des Dames*. <<

[1] Griffith, *Battle Tactics*, p. 30. <<

[2] *Ibídem*. <<

[3] Keegan, *First World War*, pp. 198-202. <<

[4] Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 13, 40-41. <<

[5] *Ibíd*., pp. 36-37; Wynne, *If Germany Attacks*, pp. 13-17. <<

[6] Doyle y Bennett, «Military Geography». <<

[7] Wynne, *If Germany Attacks*, pp. 100-103. <<

[8] Keegan, *First World War*, pp. 197-198. <<

[9] Ashworth, *Trench Warfare*, pp. 3-7; Fussell, *Great War*, cap. 2. <<

[10] Keegan, *First World War*, p. 203; Hennniker, *Transportation*, p. xxi. <<

[11] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, pp. 64-65. <<

[12] Sarter, *Deutschen Eisenbahnen*, p. 91; Marchand, *Chemins de fer*, p. 125. <<

[13] Singleton, «Britain's Military Use of Horses». <<

[14] Whalen, *Bitter Wounds*, p. 50. <<

[15] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 94-95. <<

[16] Griffith, *Battle Tactics*, p. 38. <<

[17] Wynne, *If Germany Attacks*, p. 76. <<

[18] *Ibíd*., pp. 34, 54. <<

[19] Travers, *Killing Ground*, pp. 155, 157. <<

[20] Wynne, *If Germany Attacks*, pp. 91 y ss. <<

[21] French, «Military Background to the "Shell Crisis"», pp. 197-198; memorandos del GQG, 30 de mayo y 2 de junio de 1915, *SHA* 16.N. 1709. <<

[22] Whalen, *Bitter Wounds*, p. 42. <<

[23] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, pp. 36-41.

<<

[24] Mosier, *Myth*, p. 149. <<

[25] Stevenson, «French Strategy», pp. 306-307. <<

[26] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, p. 166. <<

[27] Keegan, *Face of Battle*, pp. 235-236. <<

[28] Bidwell y Graham, *Fire-Power*, pp. 8-9. <<

[29] *Ibíd.*, p. 141; Hartcup, *War of Invention*, pp. 76-78. <<

[30] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, caps. 16, 17. French «"Shell Crisis"», pp. 199-200. <<

[31] B. P. Willan, «South African Native Labour Contingent», p. 61; Robb, *British Culture*, p. 17. <<

[32] Keegan, *Face of Battle*, p. 123; Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, p. 156; Henniker, *Transportation*, p. 119; Brown, *British Logistics*, cap. 4. <<

[33] Marchand, *Chemins de fer*, pp. 390, 406. <<

[34] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 27-35; Hartcup, *War of Invention*, pp. 62-66. <<

[35] *Ibíd.*, pp. 44-45, 58, 64. <<

[36] En general sobre el gas, Haber, *Poisonous Cloud*; Spiers, *Chemical Warfare*, cap. 2; Trumpener, «Road to Ypres». <<

[37] Graves, *Goodbye to All That*, pp. 125 y ss. <<

[38] Horne, *Price of Glory*, pp. 282-288. <<

[39] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, pp. 234, 239. <<

[40] Mosier, *Myth*, pp. 238-239. <<

[41] Andrews, *Anzac Illusion*, p. 99. <<

[42] Mosier, *Myth*, pp. 274-275. <<

[43] Bidwell y Graham, *Firepower*, pp. 100-103. <<

[44] Griffith, *Battle Tactics*, p. 136. <<

[45] Ferris, «Airbandit», pp. 36-41. <<

[46] Wilson, *Myriad Faces*, pp. 87, 156-157, 389-393. <<

[47] Murray, *War in the Air*, pp. 32-33. <<

[48] Hartcup, *War of Invention*, pp. 145-147; Morrow, *German Air Power*, pp. 48-56. <<

[49] Cooper, *Birth of Independent Air Power*, pp. 71-74. <<

[50] Murray, *War in the Air*, p. 41. <<

[51] *Ibíd*., pp. 74-80. <<

[52] Griffith, *Battle Tactics*, p. 153; Hartcup, *War of Invention*, pp. 70-76. <<

[53] Sheffield, *Somme*, p. 72. <<

[54] Griffith, *Battle Tactics*, pp. 142-146. <<

[55] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 83-87; Herwig, *First World War*, p. 253. <<

[56] Greenhalgh, «Why the British», p. 157; Horne, *Price of Glory*, cap. 25. <<

[57] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, p. 88. <<

[58] Lupfer, «Dynamics», pp. 38-39; Pierrefeu, *GQG*, vol. 1, p. 163. <<

[59] Griffith, *Battle Tactics*, pp. 176-179. <<

[60] Sobre esto, es esencial Wynne, *If Germany Attacks*. <<

[61] Cruttwell, *Great War*, p. 446. <<

[62] De Gondrecourt a Joffre, 19 de noviembre de 1915, *SHA* 7.N. 735. <<

[63] EMA 2.º Buró, informes sobre las ofensivas de Isonzo de agosto-noviembre de 1916, *SHA* 7.N. 743. <<

[64] Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*, vol. 1, pp. 171-172, 177. <<

[65] Fuller, «Eastern Front», pp. 61-62. <<

[66] Stone, *Eastern Front*, pp. 93-94. <<

[67] Stone, *Eastern Front*, p. 131; Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 108-111. <<

[68] Brusílov, *Mémoires*, pp. 197-201, 208-209; Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*, vol. 1, pp. 310-312. <<

[69] Ferguson, *Pity of War*, pp. 300-302. <<

[1] Whalen, *Bitter Wounds*, p. 39. <<

[2] Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*, vol. 1, p. 278; Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 96. <<

[3] Guinard *et al.*, eds., *Inventaire*, vol. 1, p. 204. <<

[4] Beckett, *First World War*, p. 399; Dewey, «Military Recruiting», p. 199. <<

[5] Jones, «Imperial Russia», p. 278. <<

[6] Guinard *et al.*, eds., *Inventaire*, vol. 1, p. 210. <<

[7] *Ibíd.*, p. 204. <<

[8] Smith, *Between Mutiny and Obedience*, p. 126. <<

[9] Guinard *et al.*, eds., *Inventaire*, vol. 1, p. 213. <<

[10] *Ibíd.*, p. 206. <<

[11] Horne, «L'Impôt du sang». <<

[12] Michel, «Mythes et réalités du concours colonial», pp. 364-365; Michel, *L'Appel à l'Afrique*, pp. 404-408. <<

[13] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 85, 95. <<

[14] Jones, en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*, vol. 1, pp. 279-280. <<

[15] *Ibíd.*, p. 281; Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 98. <<

[16] Stone, *Eastern Front*, p. 217. <<

[17] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 99. <<

[18] Stone, *Eastern Front*, p. 281; Kenez, «Changes in Social Composition», p. 370. <<

[19] Kenez, «Changes in Social Composition», p. 373. <<

[20] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 100. <<

[21] Kenez, «Changes in Social Composition», p. 369. <<

[22] Robb, *British Culture*, pp. 16-17, 22-23; Judd, *Empire*, p. 245; Holland, «British Empire», p. 117. <<

[23] Bourne, «British Working Men», p. 339. <<

[24] Spiers, *Haldane*, p. 186. <<

[25] Simkins, *Kitchener's Army*, pp. 49 y ss. <<

[26] Beckett, *Great War*, p. 210. <<

[27] Jeffery, *Ireland*, pp. 7, 35. <<

[28] Dewey, «Military Recruiting». <<

[29] Simkins, *Kitchener's Army*, cap. 6; Winter, *Death's Men*, pp. 32 y ss. <<

[30] Omissi, *Sepoy and the Raj*, pp. 38-39; cf. Omissi, ed., *Indian Voices*. <<

[31] Holland, «British Empire», p. 126. <<

[32] *Ibídem*; Andrews, *Anzac Illusion*, p. 45; Winter, *Death's Men*, p. 27. <<

[33] Adams y Poirier, *Conscription Controversy*, caps. 5-8; Simkins, *Kitchener's Army*, pp. 138 y ss. Para el caso del ejército, véanse los memorandos de Robertson, 12 de enero y 21 de marzo de 1916, AC 19/1/15a y 19/1/30. <<

[34] Grieves, *Politics of Manpower*, p. 1. <<

[35] Winter, *Death's Men*, p. 29. <<

[36] En general, Rae, *Conscience and Politics*; Kennedy, «Public Opinion and the Conscientious Objector». <<

[37] Dewey, «Military Recruiting», pp. 214-216. <<

[38] Grieves, *Politics of Manpower*, p. 35. <<

[39] Simpson, «British Soldier», p. 136. <<

[40] Melograni, *Storia politica*, p. 238. <<

[41] Memorando del GQG, 1 de diciembre de 1915, LHCMA Robertson MSS 1/9/41a; Grieves, *Politics of Manpower*, p. 35. <<

[42] French, «Meaning of Attrition», p. 397; cf. Mosier, *Myth*, pp. 181-182. <<

[43] Zürcher, «Little Mehmet», p. 232. <<

[44] Stone, *Eastern Front*, pp. 122-127. <<

[45] Herwig, *First World War*, p. 139. <<

[46] *Ibíd.*, p. 234. <<

[47] *Ibíd.*, p. 168. <<

[48] Whelan, *Bitter Wounds*, pp. 39-41; Bessell, «Mobilization and Demobilization in Germany», p. 218. <<

[*] Véase el capítulo 9. <<

[49] Guinard *et al.*, eds., *Inventaire*, vol. 1, pp. 212-213. <<

[50] Liulevicius, *War Land*, p. 22. <<

[51] Bourke, *Intimate History of Killing*, p. 6. <<

[52] Ashworth, *Trench Warfare*, pp. 56 y ss. <<

[53] Whelan, *Bitter Wounds*, p. 61. <<

[54] Eckart y Gradmann, eds., *Die Medizin*, p. 355. <<

[55] N. Bosanquet, «Health Systems», p. 462. <<

[56] Harrison, «Fight against Disease in the Mesopotamian Campaign», p. 475. <<

[57] Zürcher, «Little Mehmet». <<

[58] Major, *Fatal Partners*, p. 253. <<

[59] Gabriel y Metz, *History of Military Medicine*, vol. 2, p. 244. <<

[60] Eckart y Gradmann, eds., *Die Medizin*, p. 363. <<

[61] *Ibíd.*, p. 344. <<

[62] Gabriel y Metz, *History of Military Medicine*, vol. 2, p. 243. <<

[63] *Ibíd.*, p. 243; Bosanquet, «Health Systems», p. 453. <<

[64] Eckart y Gradmann, eds., *Die Medizin*, p. 363. <<

[65] Harrison, «Fight against Disease in the Mesopotamian Campaign», p. 459. <<

[66] Whelan, *Bitter Wounds*, p. 40. <<

[67] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 95. <<

[68] Omissi, *Sepoy and the Raj*, p. 118. <<

[69] Beckett, *First World War*, p. 228. <<

[70] Winter, *Death's Men*, p. 136. <<

[71] Sobre la neurosis de guerra en la BEF, véanse en general Showalter, *Female Malady*, cap. 7; Babington, *Shell-Shock*; Bourke, *Dismembering*, cap. 2; Bogacz, «War Neurosis». Para las comparaciones internacionales, véanse Eckart «"Most Extensive Experiment"»; números especiales del *Journal of Contemporary History* (2000) y *14/18*. <<

[72] Zürcher, «Little Mehmet», p. 234. <<

[73] Stone, *Eastern Front*, p. 191. <<

[74] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 91. <<

[75] Wawro, «Morale in the Austro-Hungarian Army», p. 402. <<

[76] Ferguson, *Pity of War*, p. 369. <<

[77] Wawro, «Morale in the Austro-Hungarian Army», p. 404. <<

[78] Ferguson, *Pity of War*, pp. 368-388. <<

[79] Ashworth, *Trench Warfare*, pp. 204 y ss. <<

[80] Fussell, *Great War and Modern Memory*, p. 96. <<

[81] Prost, *Anciens Combattants*, vol. 3, pp. 20-21. <<

[82] Fuller, *Troop Morale*, cap. 8. <<

[83] Fussell, *Great War and Modern Memory*, pp. 65-66. <<

[84] Winter, *Death's Men*, pp. 164-165. <<

[85] Audouin-Rouzeau, *Men at War*, cap. 5. <<

[86] Remarque, *All Quiet*, pp. 113-132. <<

[87] Englander y Osborne, «Jack, Tommy, and Henry Dubb», p. 600. <<

[88] Winter, *Death's Men*, pp. 102-103, 147-148. <<

[89] Jünger, *Storm of Steel*, pp. 2, 3. <<

[90] Prost, *In the Wake of War*, pp. 3-9. <<

[91] Moran, *Anatomy of Courage*, p. x. <<

[92] Norton Cru, *Du témoignage*, pp. 55 y ss. <<

[93] Wette, ed., *Krieg des Kleinen Mannes*, p. 130. <<

[94] Keegan, *Face of Battle*, p. 277. <<

[95] Englander y Osborne, «Jack, Tommy, and Henry Dubb», p. 595. <<

[96] Gooch, «Morale and Discipline», p. 438; cf. Monticone, *Gli Italiani in uniforme*, cap. 6. <<

[97] Englander, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, p. 192. <<

[98] Ullrich y Ziemann, eds., *Frontalltag*, p. 24. <<

[99] Hynes, *Soldier's Tale*, pp. 81-83. <<

[100] Omissi, ed., *Indian Voices*, p. 12. <<

[101] Prost, *Anciens combattants*, vol. 3, p. 17. <<

[102] Englander, «French Soldier», p. 55. <<

[103] Sheffield, «Officer-Man Relations», p. 417; Sheffield, *Leadership in the Trenches*; Keegan, *Face of Battle*, p. 272. <<

[104] Stone, *Eastern Front*, pp. 125-126. <<

[105] Kenez, «Changes in Social Composition», p. 369. <<

[106] Gooch, «Morale and Discipline», pp. 436-437. <<

[107] Fussell, *Great War and Modern Memory*, cap. 4; Winter, *Sites of Memory*, pp. 64-68. <<

[108] K. Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in*

Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth Century England (Harmondsworth, 1973), cap. 22. <<

[109] Audouin-Rouzeau, *Men at War*, pp. 85-90; Fuller, *Troop Morale*, pp. 156-157. <<

[110] Wawro, «Morale in the Austro-Hungarian Army», p. 400; Stone, *Eastern Front*, pp. 126-127. <<

[111] Rachamimov, *POWs*, pp. 31-44. <<

[112] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 104. <<

[113] Ullrich y Ziemann, eds., *Frontalltag*, p. 22. <<

[114] Audouin-Rouzeau, *Men at War*, caps. 5, 6; Cochet, «Les Soldats français». <<

[115] Entrevistas con veteranos turcos, LC TU. 01. <<

[116] Liddle, «British Soldier on the Somme», pp. 9, 17, 21. <<

[117] Fuller, *Troop Morale*, cap. 3; Winter, *Death's Men*, pp. 209-211, 229-233. <<

[118] Wette, ed., *Krieg des Kleinen Mannes*, pp. 110-125; Leed, *No Man's Land*, pp. 80 y ss. <<

[119] Krumeich, «Le Soldat allemand», pp. 368-372. <<

[120] Ashworth, *Trench Warfare*, p. 55. <<

[121] Algunas de estas cuestiones quedan reflejadas en las memorias de L. Kalepky y K. Lubinski, LC GE. 09 y GE. 13. <<

[122] M. Cornwall, *Undermining of Austria-Hungary*, cap. 10. <<

[123] Mackenzie, «Morale and the Cause», p. 219. <<

[124] Blunden, *Undertones of War*, caps. 11-13, recoge el estado de ánimo cambiante. <<

[125] Gooch, «Morale and Discipline», p. 439. <<

[126] Pedroncini, *Mutineries*, pp. 38-46. <<

[127] Smith, *Between Mutiny and Obedience*, p. 172. <<

[128] I. Davidian, «Russian Soldier's Morale». <<

[129] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 106-120. <<

[1] Hardach, *First World War*, p. 153. <<

[2] Ferguson, *Pity of War*, p. 320. <<

[3] Horn, «Concept of Total War», pp. 6-7. <<

[4] *Ibíd*., p. 323; Balderston, «War Finance», p. 225. <<

[5] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 815-816. <<

[6] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, p. 84; Tomassini, «Industrial Mobilization», p. 82. <<

[7] Williamson, *Helfferich*, pp. 126-127. <<

[8] Whiting, «Taxation», p. 897; Boswell y Johns, «Patriots or Profiteers?», p. 427. <<

[9] Balderston, «War Finance», pp. 226-228; Williamson, *Helfferich*, pp. 122-126. <<

[10] Robert, «Image of the Profiteer». <<

[11] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 883. <<

[12] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, p. 76. <<

[13] Gatrell, *Government, Industry and Rearmament*, pp. 149-150. <<

[14] Hardach, *First World War*, p. 171. <<

[15] *Ibíd*., p. 172. <<

[16] Ferguson, *Pity of War*, pp. 129-135. <<

[17] Zeidler, «Die deutsche Kriegsfinanzierung», p. 424; Feldman, *Great Disorder*, pp. 39-42; Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 912-913. <<

[18] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 914-919. <<

[19] Duroselle, *Grande Guerre*, pp. 159-160; Horn, *Britain, France, and the Financing*, pp. 79-81. <<

[20] Stone, *Eastern Front*, pp. 287-288. <<

[21] Hardach, *First World War*, p. 153. <<

[22] Wegs, *Österreichische Kriegswirtschaft*, pp. 41-43. <<

[*] Véase el capítulo 10. <<

[23] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 942-945. <<

[24] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, pp. 152, 162-167. <<

[25] Burk, *Britain, America, and the Sinews of War*, pp. 45-46; Strachan, *First World War: To Arms*, p. 957. <<

[26] Burk, «The Treasury», pp. 90-91. <<

[27] Para lo que sigue, véase Burk, *Britain, America, and the Sinews of War*, pp. 61-80. <<

[28] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 823-825. <<

[*] Véase el capítulo 10. <<

[*] Véase el capítulo 5. <<

[29] French, *Strategy and War Aims*, pp. 191-194, 210; Farr, «A Compelling Case for Voluntarism». <<

[30] Burk, *Britain, America, and the Sinews of War*, pp. 80-95; Cooper, «Command of Gold Reversed», p. 227; Horn, *Britain, France, and the Financing*, pp. 163-165; cf., sin embargo, Ferguson, *Pity of War*, pp. 326-239. <<

[31] El mejor relato de la movilización industrial en Strachan, *First World War: To Arms*, cap. 11. <<

[32] Kennedy, *Rise and Fall of the Great Powers*, p. 333. <<

[33] Ferguson, *Pity of War*, p. 250. <<

[34] Bonzon, «Labour Market and Industrial Mobilization», pp. 191, 193. <<

[35] Godfrey, *Capitalism at War*, p. 257. <<

[36] Joffre, *Mémoires*, vol. 2, cap. 2. <<

[37] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, p. 80. <<

[38] Hardach, «Industrial Mobilization»; Horne, «L'Impôt du sang», pp. 204-205; Robert, «Women and Work in France», p. 255. <<

[39] Summerskill, *China on the Western Front*. <<

[40] Wilson, *Myriad Faces*, p. 218. <<

[41] Duroselle, *Grande Guerre*, p. 174. <<

[42] Tablas en *SHA* 10.N. 28; el Historial de los Programas de Municiones de los Aliados, 1918, en *SHA* 10.N. 146; Laux, «Gnôme et Rhône», p. 149. <<

[43] Declaración del ministro de la Guerra, 31 de julio de 1915, *SHA* 10.N. 29; memorando del GQG, 9 de agosto de 1916, *SHA* 16.N. 1710. <<

[44] Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 1, pp. 154, 159-161; Wrigley, «Ministry of Munitions», p. 34. <<

[45] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 1083-1084. <<

[46] Trebilcock, «War and the Failure of Industrial Mobilization», pp. 154-156. <<

[47] French, «Military Background to the "Shell Crisis"», pp. 200-202; Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, pp. 84-92. <<

[48] Adams, *Arms and the Wizard*, pp. 241-245. <<

[49] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 1081. <<

[50] Bliss, «War Business as Usual»; Saini, «Economic Aspects of India's Participation»; Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 1086-1089. <<

[51] Adams, *Arms and the Wizard*, pp. 65-69. <<

[52] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, p. 78. <<

[53] Wilson, *Myriad Faces*, p. 237. <<

[54] Boswell y Johns, «Patriots or Profiteers?», p. 430. <<

[55] Wrigley, *Lloyd George and the British Labour Movement*; Rubin, *War, Law and Labour*. <<

[56] Adams, *Arms and the Wizard*, pp. 72, 74-75. <<

[57] *Ibíd*., pp. 125-126; Thom, «Women and Work», p. 306. <<

[58] Sobre el arsenal de Woolwich: Thom, *Nice Girls*, cap. 7. <<

[59] Adams, *Arms and the Wizard*, p. 84. <<

[60] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, pp. 64, 84. <<

[61] Informes franceses, 19 de septiembre de 1915 y 20 de enero de 1916, *SHA* 7.N. 743 y 5.N. 144. <<

[62] Gooch, «Italy in the First World War», p. 163; el historial de programas de municiones de los Aliados, 1918, en *SHA* 10.N. 146. <<

[63] Mitchell, ed., *International Historical Statistics*, p. 467. <<

[64] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, pp. 74-86. <<

[65] Gooch, «Italy in the First World War», p. 163; Tomassini, «Industrial Mobilization», p. 61. <<

[66] Tomassini, «Industrial Mobilization», pp. 63-72. <<

[67] Zagorsky, *State Control*, pp. 32-37. <<

[68] *Ibíd.*, p. 76; Siegelbaum, *Politics of Industrial Mobilization*, pp. 30-31. <<

[69] Stone, *Eastern Front*, p. 160. <<

[70] Zagorsky, *State Control*, pp. 76-80. <<

[71] Stone, *Eastern Front*, p. 152. <<

[72] *Ibíd.*, pp. 157-158. <<

[73] *Ibíd.*, p. 197; Siegelbaum, *Politics of Industrial Mobilization*, p. 70. <<

[74] Stone, *Eastern Front*, p. 209. <<

[75] Beskrovnyi, *Armiya i Flot*, pp. 76, 86, 91, 94, 105. <<

[76] Stone, *Eastern Front*, p. 211. <<

[77] Wegs, *Österreichische Kriegswirtschaft*, p. 26. <<

[78] Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, p. 160. <<

[79] Compárese Beskrovnyi, *Armiya i Flot*, pp. 76, 82, y Wegs, *Österreichische Kriegswirtschaft*, p. 119. <<

[80] Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, pp. 139-141. <<

[81] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 1044. <<

[82] Herwig, *First World War*, pp. 236-242. <<

[83] Daniel, «Women's Work», p. 273. <<

[84] Ferguson, *Paper and Iron*, p. 107. <<

[85] Chickering, *Imperial Germany*, pp. 38, 169. <<

[86] Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 43-44. <<

[87] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 1025-1029, 1036-1037. <<

[88] Falkenhayn, *General Headquarters*, p. 46. <<

[89] Feldman, *Army, Industry, and Labour*, p. 152. <<

[90] Geyer, *Deutsche Rüstungspolitik*, pp. 101-104. <<

[91] Hindenburg, cartas del 31de agosto, 14 de septiembre, 23 de octubre, 1 de noviembre de 1916, en Ludendorff, *The General Staff and Its Problems*, pp. 74-76, 81-83, 92-96; 98-101. <<

[92] Bethmann, carta del 30 de septiembre de 1916, en Ludendorff, *The General Staff and Its Problems*, p. 88. <<

[93] Feldman, *Army, Industry, and Labour*, pp. 533-541. <<

[94] *Ibíd.*, p. 301. <<

[95] Wegs, *Österreichische Kriegswirtschaft*, pp. 123-124. <<

[96] Feldman, *Army, Industry, and Labour*, pp. 385-386. <<

[97] Sarter, *Deutschen Eisenbahnen*, pp. 115-119. <<

[98] Chickering, *Imperial Germany*, p. 81; Feldman, *Army, Industry and Labour*, p. 272; «Hindenburg-Programm und Hilfsdienstgesetz», BA-MA W-10/50397. <<

[99] Morrow, *German Air Power*, pp. 73-93. <<

[*] Véase el capítulo 11. <<

[1] Weir, *Rebuilding the Kaiser's Navy*, p. 159. <<

[2] Halpern, *Naval History*, p. 65. <<

[3] *Ibíd.*, p. 84. <<

[4] Neilson, «Reinforcements and Supplies», p. 47. <<

[5] Robb, *British Culture*, p. 17. <<

[6] Neilson, «Reinforcements and Supplies», p. 47. <<

[7] Gooch, «Italy in the First World War», p. 166. <<

[8] Kennedy, *Rise and Fall of British Naval Mastery*, pp. 183-185, 196. <<

[9] Zagorsky, *State Control*, p. 16. <<

[10] Halpern, *Naval History*, p. 183. <<

[11] *Ibíd.*, p. 32; Siney, *Allied Blockade*, p. 109. <<

[12] Herwig, *First World War*, p. 288. <<

[13] Halpern, *Naval History*, pp. 48-49. <<

[14] Ranft, «Royal Navy», p. 57. <<

[15] Ferguson, *Pity of War*, p. 253. <<

[16] Offer, *First World War: an Agrarian Interpretation*, p. 61. <<

[17] Lee, «Administrators and Agriculture», pp. 232, 234. <<

[18] Herwig, *First World War*, pp. 274-277. <<

[19] Stevenson, ed., *British Documents on Foreign Affairs*, vols. 9, 10: informes mensuales de W. G. Max Müller. <<

[20] Farrar, *Conflict and Compromise*, p. 2. <<

[21] El de Gran Bretaña, sin embargo, fue del 11,6 por ciento. Ferguson, *Pity of War*, p. 253. <<

[22] Coogan, *End of Neutrality*, cap. 6. <<

[23] *Ibíd.*, pp. 148 y ss. <<

[24] Devlin, *Too Proud to Fight*, p. 199. <<

[25] Sobre Wilson y el bloqueo, May, *World War*, caps. 1, 3, 15; Devlin, *Too Proud to Fight*, caps. 5-7, 16; Coogan, *End of*

Neutrality, passim. <<

[26] Siney, *Allied Blockade*, p. 144. <<

[27] Devlin, *Too Proud to Fight*, pp. 517-518. <<

[28] Farrar, *Conflict and Compromise*, pp. 31-32. <<

[29] *Ibíd*., pp. 135 y ss. <<

[30] Consett, *Triumph of Unarmed Forces*, p. 129. <<

[31] *Ibíd*., pp. 211-220; Siney, *Allied Blockade*, p. 261. <<

[32] Farrar, *Conflict and Compromise*, p. 10. <<

[33] Frey, «Bullying the Neutrals», p. 108. <<

[34] Siney, *Allied Blockade*, pp. 94 y ss. <<

[35] Torrey, «Rumanian Campaign», p. 29. <<

[36] Farrar, *Conflict and Compromise*, p. 85. <<

[37] Frey, «Bullying the Neutrals», pp. 112-114. <<

[38] Halpern, *Naval History*, p. 141. <<

[39] *Ibíd*., p. 287. <<

[40] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 440. <<

[41] Marder, *Dreadnought*, vol. 2, p. 447. <<

[42] Beesly, *Room 40*; A ndrew, *Secret Service*, cap. 3. <<

[43] Tarrant, *Jutland*, p. 37. <<

[44] Halpern, *Naval History*, pp. 315-316. <<

[45] Keegan, «Jutland», p. 111. <<

[46] Tirpitz, *Memoirs*, vol. 2, p. 366. <<

[47] Weir, *Rebuilding the Kaiser's Navy*, pp. 157, 161, 214. <<

[48] Sumida, «Forging the Trident», pp. 227-228. <<

[49] Tarrant, *Jutland*, p. 50. <<

[50] Sobre Jutlandia: Gordon, *Rules of the Game*; Marder, *Dreadnought*, vol. 3; Campbell, *Jutland*; Tarrant, *Jutland*. <<

[51] Tarrant, *Jutland*, p. 167. <<

[52] Keegan, «Jutland», p. 122. <<

[53] Lyle, «Jutland». <<

[54] Marder, *Dreadnought*, vol. 3, p. 185. <<

[55] *Ibíd.*, p. 206; Tarrant, *Jutland*, p. 279. <<

[56] Halpern, *Naval History*, p. 335. <<

[57] Weir, *Rebuilding the Kaiser's Navy*; Weir, «Tirpitz, Technology». <<

[58] Herwig, «Total Rhetoric, Limited War», p. 205. <<

[59] Terraine, *Business in Great Waters*, pp. xv-xvi; Stegemann, *Deutsche Marinepolitik*, pp. 26-27. <<

[*] Véase el capítulo 2. <<

[60] Gemzell, *Organization, Conflict, and Innovation*, pp. 141-144; Halpern, *Naval History*, pp. 287-295. <<

[61] Terraine, *Business in Great Waters*, pp. 34, 772. <<

[62] *Ibíd.*, pp. 24-38; Halpern, *Naval History*, p. 303. <<

[63] Devlin, *Too Proud to Fight*, cap. 10; May, *World War*, caps. 7, 8; Link, *Wilson*, vol. 3, caps. 12, 13. <<

[64] Gemzell, *Organization, Conflict, and Innovation*, pp. 186 y ss. <<

[65] Afflerbach, *Falkenhayn*, cap. V. 19. <<

[66] Birnbaum, *Peace Moves*, pp. 75-90. <<

[67] Bethmann Hollweg, *Betrachtungen*, vol. 2, p. 260. <<

[68] Chickering, *Imperial Germany*, pp. 141-142; Stevenson, ed., *British Documents on Foreign Affairs*, vol. 10, docs. 27, 28: informes de W. G. Max Müller para diciembre de 1916. <<

[69] Birnbaum, *Peace Moves*, caps. 6-9. <<

[70] Stegemann, *Deutsche Marinepolitik*, p. 27. <<

[71] Informe del Estado Mayor de la Armada, 15 de octubre de 1916, BA-MA RMS/ 905. <<

[72] Terraine, *Business in Great Waters*, p. 768. <<

[73] Herwig, «Total Rhetoric, Limited War», pp. 193-197; Stegemann, *Deutsche Marinepolitik*, pp. 51-62. <<

[74] Stegemann, *Deutsche Marinepolitik*, pp. 48, 75. <<

[75] Goemans, *War and Punishment*, pp. 97-98; informe de Württemberg agregado, 1 de octubre de 1916, HStA MS 1/2. 114. <<

[76] Birnbaum, *Peace Moves and U-Boat Warfare*, pp. 321-322. <<

[77] Tuchman, *Zimmermann Telegram*, p. 138. <<

[78] Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, p. 301. <<

[1] Véanse Becker, *Great War and the French People*; Flood, *France 1914-1918*; Smith, Audouin-Rouzeau y Becker, *France and the Great War*. <<

[*] Véase el capítulo 5. <<

[*] Véase el capítulo 6. <<

[2] King, *Generals and Politicians*, pp. 135 y ss. <<

[3] Horne, *Labour at War*, pp. 56-57. <<

[4] Bésier, «Les églises protestantes»; Mayeur, «Le Catholicisme français». <<

[5] Horne y Kramer, *German Atrocities*, p. 230. <<

[6] Harris, «Child of the Barbarian». <<

[7] Montant, «L'Organisation centrale». <<

[8] Audouin-Rouzeau, «Children»; Audouin-Rouzeau, *La Guerre des enfants*. <<

[9] Becker, *Great War and the French People*, p. 57. <<

[10] *Ibíd.*, pp. 96, 105, 194. <<

[11] Horne, «Soldiers, Civilians, and the Warfare of Attrition». <<

[12] Audouin-Rouzeau, «Bourrage de crâne». <<

[13] Meyeur, «Le Catholicisme français», pp. 380, 395. <<

[14] Hanna, *Mobilization of Intellect*. <<

[15] Becker, *War and Faith*, pp. 105-113. <<

[16] Winter, «Some Paradoxes», p. 20; Winter, «Surviving the War». <<

[17] Lawrence, «Material Pressures»; Manning, «Wages and Purchasing Power», p. 272; Bonzon, «Transfer Payments», p. 292. <<

[18] Flood, *France 1914-1918*, caps. 3, 4; Barral, «La Paysannerie française», p. 237. <<

[19] Becker, *Great War and the French People*, p. 101. <<

[20] Becker, «Union sacrée». <<

[21] McMillan, «French Catholics». <<

[22] Smith, «Masculinity». <<

[23] Horne, *Labour at War*, pp. 67, 261 y ss.; Schaper, *Albert Thomas*. <<

[24] Papagannis, «Collaboration and Pacifism». Wohl, *French Communism*; Kriegel, *Aux Origines du Communisme*. <<

[25] Sobre Gran Bretaña: Wilson, *Myriad Faces*; Bourne, *Britain and the Great War*; Turner, ed., *Britain and the First World War*. <<

[*] Véase el capítulo 9. <<

[26] Bourne, *Britain and the Great War*, pp. 107-114; Wilson, *Myriad Faces*, cap. 19; Pugh, *Making of Modern British Politics*, pp. 165 y ss. <<

[27] McEwen, «"Brass-Hats" and the British Press»; Thompson, *Politicians, the Press, and Propaganda*. <<

[*] Véanse los capítulos 6 y 9. <<

[28] Bourne, *Britain and the Great War*, pp. 120-131; Wilson, *Myriad Faces*, cap. 38; Turner, *British Politics*, cap. 3; de Chamberlain a Chelmsford, 8 de diciembre de 1916 AC 15/3/8. <<

[29] Horne, ed., *State, Society, and Mobilization*, p. 5. <<

[*] Véase el capítulo 8. <<

[30] Hiley, «News Media», pp. 176-177. <<

[31] Buitenhuis, *Great War of Words*, caps. 2, 4; Wright, «Great War, Government Propaganda». <<

[32] Bogacz, «Tyranny of Words». <<

[33] Marsland, *Nation's Cause*, cap. 1. <<

[34] Bogacz, «Tyranny of Words»; Fussell, *Great War and Modern*

Memory, cap. 5. <<

[35] Hoover, *God, Germany, and Britain*, p. 24. <<

[36] Eksteins, *Rites of Spring*, pp. 183 y ss. <<

[37] Wilson, «Lord Bryce's Investigation»; Horne y Kramer, *German Atrocities*, pp. 231-237. <<

[38] Gullace, «Sexual Violence and Family Honour». <<

[39] Willis, *Prologue to Nuremberg*, cap. 2. <<

[40] McEwen, «"Brass-Hats" and the British Press», p. 46. <<

[41] Hopkin, «Domestic Censorship», p. 154. <<

[42] Marquis, «Words as Weapons», pp. 472-474, 476-480. <<

[43] Bourne, *Britain and the Great War*, p. 206. <<

[44] Hiley, «News Media», p. 477; Reeves, «Film Propaganda», pp. 467-468, 471, 481. <<

[45] Taylor, *First World War*, p. 140. <<

[46] Ferguson, *Pity of War*, p. 199; cf. Jeffery, *Ireland and the Great War*, p. 6. <<

[47] Pugh, «Politicians and the Woman's Vote», pp. 359-360. <<

[48] Kent, «Love and Death». <<

[49] Gullace, «White Feathers». <<

[50] Watson, «Khaki Girls». <<

[51] Dewey, «Military Recruiting», pp. 205, 220. <<

[52] Ferguson, *Pity of War*, p. 275. <<

[53] Mór-O'Brien, «Patriotism on Trial». <<

[54] MacLean, «Popular Protest and Public Order». <<

[55] Horne, *Labour at War*, pp. 46, 220. <<

[56] Reid, «Impact of the First World War». <<

[57] Pedersen, «Gender, Welfare, and Citizenship», p. 984. <<

[58] Winter, «Some Paradoxes», p. 14; *Great War and the British People*, caps. 4, 7. <<

[59] Rae, *Conscience and Politics*; Kennedy, «Public Opinion»; Ceadel, *Pacifism in Britain*, pp. 31-63. <<

[60] Taylor, *Troublemakers*, cap. 5; Hanak, «Union of Democratic Control»; Swartz, *Union of Democratic Control*. <<

[61] Deist, «Censorship and Propaganda», p. 200; Koszyk, *Deutsche Presse*, pp. 14-15. <<

[62] Koszyk, *Deutsche Presse*; Marquis, «Words as Weapons», pp. 472, 474-475. <<

[63] Ferguson, *Pity of War*, p. 245. <<

[64] Marquis, «Words as Weapons», pp. 480-484. <<

[65] Chickering, *Imperial Germany*, p. 48. <<

[66] Stark, «All Quiet on the Home Front». <<

[67] Welch, «Cinema and Society», pp. 28-29, 32-33, 39-40, 42. <<

[68] Marquis, «Words as Weapons», pp. 490-491. <<

[69] Horne y Kramer, *German Atrocities*, pp. 237-247. <<

[70] Hammer, «Deutsche Protestantismus». <<

[71] Sobre la comunidad judía, véase Picht, «Zwischen Vaterland und Volk». <<

[72] Dülmen, «Deutsche Katholizismus», p. 348. <<

[73] Hammer, «Deutsche Protestantismus», p. 399. <<

[74] Hoover, *God, Germany, and Britain*, pp. 51 y ss. <<

[75] Verhey, *Spirit of 1914*, pp. 126 y ss. <<

[76] Meier, «Evangelische Kirche», p. 693. <<

[77] Ringer, *Decline of the German Mandarins*, pp. 180 y ss. <<

[78] Mommsen, «German Artists», pp. 30-31. <<

[79] Véase Stibbe, *German Anglophobia*, para una exposición general. <<

[80] Ferguson, *Pity of War*, p. 250. <<

[81] Kocka, *Facing Total War*, p. 22. <<

[82] Tobin, «War and the Working Class», pp. 267-275. <<

[83] Manning, «Wages and Purchasing Power», p. 260. <<

[84] Kocka, *Facing Total War*, p. 41. <<

[85] Bonzon y Davis, «Feeding the Cities». <<

[86] Chickering, *Imperial Germany*, p. 41. <<

[87] Davis, «Food Scarcity», pp. 297-299. <<

[88] Véanse los resúmenes mensuales de los informes de los CGA (por ejemplo, 3 de enero de 1917) en BA-MA PH 2/62. <<

[89] Chickering, *Imperial Germany*, pp. 141-142. <<

[*] Término que aludía de forma bastante reveladora a la unidad dentro de una ciudad sitiada. <<

[90] Fischer, *Germany's Aims*, cap. 5; Soutou, «Le Problème du social-impérialisme», p. 280. <<

[91] May, *World War*, p. 259. <<

[92] Janssen, «Der Wechsel», pp. 339-340. <<

[93] Boll, «Le Problème ouvrier». <<

[94] Schorske, *German Social Democracy*, p. 308. <<

[95] *Ibíd.*, pp. 282-315. <<

[96] Ringer, *Decline of the German Mandarins*, pp. 190-192; Hürter, «Die katholische Kirche», pp. 729-730. <<

[97] Resúmenes de informes, 3 de enero, 3 de febrero y 3 de marzo de 1917, BA-MA PH 2/62. <<

[98] En general, Galántai, *Hungary in the First World War*; Cornwall, ed., *Last Years*, cap. 4. <<

[99] Beller, «Tragic Carnival». <<

[100] Cornwall, «News, Rumour», pp. 52-54. <<

[101] Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, p. 150. <<

[102] Hoag, «Students at the University of Vienna», p. 303. <<

[103] Beller, «Tragic Carnival», p. 139. <<

[104] *Ibíd.*, p. 132. <<

[105] Macartney, *Habsburg Empire*, pp. 811-812; Perman, «Shaping of the Czechoslovak State», cap. 1; Cornwall, «News, Rumour», pp. 56-58. <<

[106] Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, p. 266. <<

[107] Herwig, *First World War*, p. 274. <<

[108] *Ibíd.*, p. 275. <<

[109] Macartney, *Habsburg Empire*, p. 817. <<

[110] Galántai, *Hungary in the First World War*, pp. 103-104, 200. <<

[111] Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, p. 471. <<

[112] Roberts, «Croce and Beyond». <<

[113] Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, pp. 454-460; Procacci, «A "Latecomer" in War». <<

[114] Rogger, *Russia in 1914*, pp. 255-256. <<

[115] Zuckerman, «Political Police», p. 36. <<

[116] Stites, «Days and Nights», pp. 10, 12. <<

[117] *Ibíd.*, p. 9. <<

[118] *Ibíd.*, y Jahn, *Patriotic Culture*. <<

[119] Gatrell, *A Whole Empire Walking*, p. 3. <<

[*] Véase el capítulo 9. <<

[120] Lieven, *Nicholas II*, pp. 210-217. <<

[121] Jahn, *Patriotic Culture*, pp. 62, 134, 165. <<

[122] Rogger, *Russia in 1914*, p. 265. <<

[123] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 96-97. <<

[124] Engel, «Not by Bread Alone». <<

[*] Véase el capítulo 8. <<

[125] Zuckerman, «Political Police», p. 50. <<

[126] Stone, *Eastern Front*, p. 288. <<

[127] Soutou, «Le Problème du social-impérialisme». <<

[128] Lieven, *Nicholas II*, pp. 227, 231. <<

[129] Goemans, *War and Punishment*, pp. 107-115. <<

[130] Ferguson, *Pity of War*, p. 247. <<

[131] Farrar, «Nationalism in Wartime», ofrece una crítica útil. <<

[1] Gilbert, *First World War*, p. 378. <<

[2] Kaspi, *Temps des Américains*, p. 170. <<

[3] Falkenhayn, *General Headquarters*, pp. 43-44; Guinard *et al*., eds., *Inventaire*, vol. 1, pp. 72, 123; Keegan, *First World War*, pp. 424-425. <<

[4] Livesey, *Viking Atlas*, p. 134; cf. Falls, *First World War*, p. 265. <<

[5] Tablas en *SHA* 10.N. 28. <<

[6] Memorando sin fecha sobre el programa Hindenburg, pp. 127 y ss. BA-MA W-10/50397. <<

[7] Resúmenes de informes del CGA, 3 de marzo de 1918, BA MA P H 2/62. <<

[8] Millman, *Pessimism and British War Policy*. <<

[*] Una de las primeras acciones de los bolcheviques fue sustituir el calendario juliano de la Rusia zarista por el gregoriano de Occidente, que corregía trece días de error acumulado. De ahí que la revolución de «octubre» (esto es, bolchevique) estallara en noviembre según los cálculos occidentales. Como han prevalecido los términos «febrero» y «octubre», estos serán los utilizados en el presente libro. Cuando sea necesario, las fechas se citarán con la designación CJ (calendario juliano o «estilo antiguo») o CG (calendario gregoriano o «estilo nuevo»). <<

[1] El mejor relato se encuentra en Hasegawa, *February Revolution*; véanse también Pipes, *Russian Revolution*; Figes, *People's Tragedy*; y el comentario de Acton, *Rethinking*. <<

[2] Figes, *People's Tragedy*, p. 307; Stone, *Eastern Front*, p. 296. <<

[3] *Ibíd*., pp. 296-300; Pethybridge, *Spread of the Russian Revolution*, cap. 1. <<

[*] 1 pud = 16,38 kg <<

[4] Stone, *Eastern Front*, pp. 295-296. <<

[5] Lih, *Bread and Authority*, pp. 22-55; cf. Struve, *Food Supply*. <<

[6] Smith, *Red Petrograd*, p. 46. <<

[7] *Ibíd*., pp. 9-10. <<

[8] *Ibíd*., p. 13; Figes, *People's Tragedy*, p. 300. <<

[9] Hasegawa, *February Revolution*, p. 570. <<

[10] Koenker y Rosenberg, *Strikes and Revolution*, p. 25. <<

[11] *Ibíd*., pp. 57, 66. <<

[12] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 123. <<

[13] Hasegawa, *February Revolution*, p. 579. <<

[14] Acton, *Rethinking*, cap. 5. <<

[15] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 129-154. <<

[16] *Ibíd.*, p. 124. <<

[17] Pipes, *Russian Revolution*, pp. 278-280. <<

[18] Davidian, «Russian Soldier's Morale», pp. 429-432. <<

[19] Stone, *Eastern Front*, p. 210. <<

[20] Pipes, *Russian Revolution*, pp. 290-296. <<

[21] Pipes, *Russian Revolution*, p. 228. <<

[22] Pearson, *Russian Moderates and the Crisis of Tsarism*. <<

[23] Hasegawa, *February Revolution*, p. xiv. <<

[24] Pipes, *Russian Revolution*, pp. 287-289, 297-298. <<

[25] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 203-215; Pipes, *Russian Revolution*, pp. 309-313. <<

[26] Pipes, *Russian Revolution*, pp. 304-306; Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 176-187. <<

[27] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, pp. 234-235. <<

[28] Ferro, «Le Soldat russe», pp. 17, 20. <<

[*] Véanse los capítulos 5, 9 y 10. <<

[29] Cooper, *Warrior and the Priest*, pp. 307-308. <<

[30] Knock, *To End All Wars*, p. vii. <<

[31] *Ibídem*; Roberts, «Anglo-American Theme», p. 334. <<

[32] *Lansing Papers*, vol. 1, pp. 470-471. <<

[33] Devlin, *Too Proud to Fight*, cap. 18; Link, *Wilson*, cap. 5; Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 1, cap. 13. <<

[34] Devlin, *Too Proud to Fight*, cap. 19. <<

[35] Seymour, *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 2, pp. 434-435. <<

[36] Fiebig von Hase, «Anfang vom Ende», pp. 151-152. <<

[37] Link, *Wilson*, p. 296. <<

[38] Para una visión general, véase Tuchman, *Zimmermann Telegram*; cf. A ndrew, *Secret Service*, pp. 106-114. Sobre México, véase Katz, *Secret War*, caps. 8, 9. <<

[39] Link, *Wilson*, pp. 330-336. <<

[40] Zimmermann en la Comisión del Presupuesto del Reichstag, 3 de marzo de 1917 HStA E130a. 1213. <<

[41] Katz, *Secret War*, p. 362; Tuchman, *Zimmermann Telegram*, p. 182. <<

[42] Stevenson, *First World War and International Politics*, p. 70. <<

[43] Doerries, «Promoting Kaiser and Reich»; Nagler, «German Imperial Propaganda». <<

[44] Buitenhuis, *Great War of Words*, cap. 5. <<

[45] Cooper, *Vanity of Power*, p. 21. <<

[46] Luebke, *Bonds of Loyalty*, pp. 29-45. <<

[47] Tuchman, *Zimmermann Telegram*, pp. 184-187; Link, *Wilson*, pp. 357-358. <<

[48] Link, *Wilson*, pp. 296-309. <<

[49] Cooper, *Warrior and the Priest*, p. 318. <<

[50] Thompson, «Woodrow Wilson», p. 339. <<

[51] Link, *Wilson*, pp. ix, 410-415. <<

[52] Devlin, *Too Proud to Fight*, cap. 20; Houston, *Eight Years*, p. 243. <<

[53] Link, *Wilson*, pp. 378-382. <<

[1] Hindenburg, *Out of My Life*, p. 271; Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 1, p. 358. <<

[*] Véase el capítulo 7. <<

[2] Murray, *War in the Air*, pp. 69, 73-74. <<

[3] Beckett, *Great War*, p. 192. <<

[4] Robb, *British Culture*, p. 200; Ferris, «Airbandit». <<

[5] Terraine, *Business in Great Waters*, p. 766. <<

[6] *Ibíd*., pp. 41-43. <<

[7] Wilson, *Myriad Faces*, p. 429. <<

[8] Marder, *Dreadnought*, vol. 4, p. 146. <<

[9] Lundberg, «German Naval Critique», p. 113. <<

[10] Halpern, *Naval History*, pp. 338-339, 341. <<

[11] *Ibíd*., p. 336. <<

[12] Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 1, pp. 683-693. <<

[13] Halpern, *Naval History*, pp. 351-360. <<

[14] Terraine, *Business in Great Waters*, p. 64. <<

[15] *Ibíd*., p. 90. <<

[16] Marder, *Dreadnought*, vol. 4, p. 280. <<

[17] Terraine, *Business in Great Waters*, pp. 61, 65. <<

[18] Herwig, «Total Rhetoric, Limited War», pp. 200-204. <<

[19] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, pp. 76-81. <<

[20] Marder, *Dreadnought*, vol. 4, p. 278. <<

[21] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 5-6. <<

[22] Figes, *People's Tragedy*, p. 408. <<

[23] Cornwall, *Undermining of Austria-Hungary*, cap. 3. <<

[24] Wade, «Why October?», pp. 37-43; Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, cap. 1. <<

[25] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 43. <<

[*] Véase el capítulo 15. <<

[26] Cornwall, *Undermining of Austria-Hungary*, pp. 34-35. <<

[27] Strachan, «Morale of the German Army», pp. 388-389. <<

[28] Herwig, *First World War*, pp. 376-377; Woodward, *Collapse of Power*, cap. 3; Horn, ed., *War, Mutiny, and Revolution*. <<

[29] Pedroncini, *Les Mutineries*, cap. 2, y pp. 308-309. <<

[30] *Ibíd*., pp. 311-312, y Smith, *Between Mutiny and Obedience*, cap. 8. <<

[31] Smith, *Between Mutiny and Obedience*, pp. 207-212. <<

[32] Pedroncini, *Les Mutineries*, p. 254. <<

[33] Pedroncini, *Pétain*, pp. 68-72. <<

[34] *Ibíd*., pp. 90-91; Bernède, «Third Ypres». <<

[35] Pedroncini, *Pétain*, pp. 100-108. <<

[36] Memorandos del Tercer Buró del GQG, 17 de septiembre y 27 de noviembre de 1917, *SHA* 16.N. 1712 y 16.N. 1690; Pedroncini, *Pétain*, pp. 123, 133-134. <<

[37] Melograni, *Storia politica*, pp. 287, 293-296, 305, 307. <<

[38] Beckett, «Real Unknown Army». <<

[39] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, p. 78; Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, p. 393. <<

[40] Brown, *British Logistics*, cap. 5. <<

[*] Véanse los capítulos 6 y 7. <<

[41] Murray, *War in the Air*, pp. 55-61. <<

[42] Travers, *Killing Ground*, cap. 4; Haig, diario, 1 de mayo de 1917, NLS. <<

[43] Winter, *Haig's Command*, cap. 5. <<

[44] Prior y Wilson, *Passchendaele*, p. 186. <<

[45] Conferencia con los comandantes del ejército, Haig, diario, 4 de junio de 1917 NLS. <<

[46] Neilson, *Strategy and Supply*, p. 272. <<

[47] *Ibíd*., p. 260; memorando de Robertson, 9 de mayo de 1917, LHCMA Robertson MSS 4/6/1; Haig, diario, 9 de junio de 1917, NLS. <<

[48] Woodward, «Britain in a Continental War», p. 56. <<

[49] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, cap. 4. <<

[50] Prior y Wilson, *Passchendaele*, p. 37. <<

[51] Dutton, *Politics of Diplomacy*, cap. 5. <<

[52] French, «Watching the Allies». <<

[53] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, cap. 4; Prior y Wilson, *Passchendaele*, cap. 4. <<

[54] Prior y Wilson, *Passchendaele*, cap. 6. <<

[55] Wynne, *If Germany Attacks*, pp. 283-298. <<

[56] Haber, *Poisonous Cloud*, p. 265. <<

[57] Hussey, «Flanders Battleground»; Prior y Wilson, *Passchendaele*, p. 97. <<

[58] Haig, diario, 26 de octubre de 1917, NLS. <<

[59] Travers, *How the War Was Won*, p. 17. <<

[60] Chapman, *A Passionate Prodigality*, p. 149. <<

[61] Prior y Wilson, *Passchendaele*, p. 179. <<

[62] Beckett, «Operational Command», p. 112; Bond, «Passchendaele: Verdicts», pp. 486-487. <<

[63] Jünger, *Storm of Steel*, pp. 164 y ss.; y Werth, «Flanders 1917». <<

[64] Gill y Dallas, «Mutiny at Etaples Base»; Gill y Dallas, *Unknown Army*, caps. 6, 7. <<

[65] MacKenzie, «Morale and the Cause», pp. 220-225. <<

[66] Prior y Wilson, *Passchendaele*, p. 198. <<

[67] Harris, *Men, Ideas, and Tanks*, p. 109. <<

[68] *Ibídem*; Paschall, *Defeat of Imperial Germany*, pp. 104-111; Winter, *Haig's Command*, cap. 7. <<

[69] Paschall, *Defeat of Imperial Germany*, p. 125. <<

[*] Para la táctica alemana, véase el capítulo 15. <<

[70] Travers, *How the War Was Won*, p. 31. <<

[71] Falls, *First World War*, p. 308. <<

[*] Véase el capítulo 2. <<

[72] Newell, «Allenby»; Hughes, *Allenby*, cap. 3. <<

[73] Robertson a Haig, 24 y 27 de septiembre de 1917, LHCMA Robertson MSS, 7/7/53, 7/7/54. <<

[74] Hughes, *Allenby*, p. 34. <<

[75] Herwig, *First World War*, p. 332. <<

[76] Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, p. 429. <<

[77] *Ibíd.*, p. 471. <<

[78] Cornwall, «News, Rumour», pp. 58-61. <<

[79] Hautmann, «Vienna», p. 89. <<

[80] Wargelin, «High Price», p. 76. <<

[81] Rauchensteiner, *Tod des Doppeladlers*, p. 459. <<

[82] Hautmann, «Vienna», pp. 91-93; Herwig, *First World War*, p. 282. <<

[83] Czernin, *In the World War*, pp. 146-150. <<

[84] Sixto, *L'Offre*, pp. 35-105; Ribot, *Journal*, pp. 62-72, 103-125; Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 4, cap. 61. <<

[*] Véase el capítulo 11. <<

[85] Davis, *Home Fires Burning*, pp. 201-202. <<

[86] Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, pp. 329-334. <<

[87] Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 2, docs. 68, 104, 113. <<

[88] Kitchen, *Silent Dictatorship*, pp. 127-130. <<

[89] Fischer, *Germany's Aims*, pp. 346-351. <<

[90] Hopwood, «Czernin and the Fall of Bethmann Hollweg». <<

[91] Wade, *Russian Search for Peace*, cap. 3. <<

[92] Epstein, *Matthias Erzberger*, pp. 168-179. <<

[93] Wade, «Why October?», pp. 41-43. <<

[94] Sobre Estocolmo: Meynell, «Stockholm Conference»; Kirby, «International Socialism… Stockholm Conference»; Kirby, *War, Peace, and Revolution*; Mayer, *Political Origins*. <<

[95] Czernin, *In the World War*, p. 168; Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 2, docs. 95, 102, 215. <<

[96] *Lansing Papers*, vol. 2, p. 17. <<

[97] Becker, *Great War and the French People*, p. 207. <<

[98] *Ibíd.*, caps. 14, 15; *SHA* 7.N. 1538. <<

[*] Véase el capítulo 5. <<

[99] Stevenson, *French War Aims*, pp. 67-71. <<

[100] Wrigley, *David Lloyd George*, cap. 12. <<

[101] *Ibíd.*, pp. 203, 218; French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, pp. 84-92. <<

[102] Hanak, «Union of Democratic Control», pp. 179-180; Swartz, *Union of Democratic Control*, caps. 8, 9. <<

[103] Foster, «Working-Class Mobilization», p. 165. <<

[104] Wrigley, *David Lloyd George*, p. 197. <<

[105] Winter, «Arthur Henderson». <<

[106] Wilson, *Myriad Faces*, pp. 523-525. <<

[107] Figes, *People's Tragedy*, pp. 384-393. <<

[108] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 920-921; Pethybridge, *Spread of the Russian Revolution*, caps. 1, 2. <<

[109] Figes, *People's Tragedy*, pp. 421-437; Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, cap. 4. <<

[110] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, caps. 6, 7; Figes, *People's Tragedy*, pp. 442-454. <<

[111] Figes, *People's Tragedy*, p. 457. <<

[112] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, pp. 225-227. <<

[113] Stegemann, *Deutsche Marinepolitik*, pp. 82, 86-87. <<

[114] Epstein, *Matthias Erzberger*, pp. 183-184. <<

[115] Jarausch, *Enigmatic Chancellor*, pp. 343-345. <<

[116] Kitchen, *Silent Dictatorship*, cap. 6; Epstein, *Matthias Erzberger*, pp. 193-201. <<

[117] Texto en Feldman, ed., *German Imperialism*, doc. 12. <<

[118] Epstein, *Matthias Erzberger*, pp. 202-204. <<

[119] *Ibíd.*, p. 206. <<

[120] Soutou, *L'Or et le sang*, pp. 443-445. <<

[121] Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 2, doc. 207. <<

[122] Sobre la nota y sus consecuencias: Stevenson, *International Politics*, pp. 162-169; Rothwell, *British War Aims*, pp. 102-109; Farrar, «Opening to the West»; Woodward, «David Lloyd George»; Renouvin, «Le Gouvernement français»; Pedroncini, *Négociations secrètes*. <<

[123] Memorando de Wetzell, 30 de septiembre de 1917, BA-MA PH 3/267. <<

[124] Steglich, *Friedenspolitik*, apéndice. <<

[125] Stevenson, *French War Aims*, pp. 88-92. <<

[126] Memorando de Ludendorff, 14 de septiembre de 1917, Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 2, doc. 251. <<

[127] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, p. 146. <<

[128] Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 2, pp. 1242-1246. <<

[129] Stevenson, *French War Aims*, p. 80. <<

[*] Véase el capítulo 15. <<

[130] Shanafelt, *Secret Enemy*, cap. 7. <<

[131] Feldman, *Army, Industry, and Labour*, pp. 373-399. <<

[132] Welch, *Germany, Propaganda, and Total War*, p. 199. <<

[133] *Ibíd.*, p. 221. <<

[134] Epstein, *Matthias Erzberger*, p. 232. <<

[*] Para el NWAC, véase el capítulo 16. <<

[135] Winter, «Arthur Henderson». <<

[136] Melograni, *Storia politica*, pp. 286, 331-332, 360. <<

[137] Wrigley, ed., *Challenges of Labour*, p. 109. <<

[138] Melograni, *Storia politica*, pp. 337-342. <<

[*] Para la UGACPE, véase el capítulo 16. <<

[139] Duroselle, *France et les Français*, p. 295. <<

[140] Horne, «State and the Challenge of Labour», pp. 243-245. <<

[141] Duroselle, *France et les Français*, pp. 303-304. <<

[142] Dutton, «Paul Painlevé», pp. 53-55. <<

[143] Poincaré, *Au service de la France*, vol. 9, p. 365. <<

[144] Smith, Audouin-Rouzeau y Becker, *France and the Great War*, pp. 141-143. <<

[145] Parsons, «Why the British», pp. 174-178; Kaspi, *Temps des Américains*, p. 67. <<

[146] Nenninger, «American Military Effectiveness», p. 129. <<

[147] Coffman, *War to End All Wars*, p. 96. <<

[148] Kennedy, *Over Here*, p. 100. Kennedy ofrece una excelente panorámica. Para dos nuevos relatos, véanse Keene, *United States and the First World War*; Zieger, *America's Great War*. <<

[149] Kaspi, *Temps des Américains*, p. 70. <<

[150] Burk, «J. M. Keynes and the Exchange Rate Crisis», pp. 408-409. <<

[151] Dayer, «Strange Bedfellows», pp. 134 y ss. <<

[152] Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 58-67. <<

[153] Renouvin, *Crise mondiale*, pp. 456, 473. <<

[*] Véase el capítulo 5. <<

[154] Lansing, *War Memoirs*, p. 285. <<

[155] La Fargue, *China and the World War*, cap. 4. <<

[156] Renouvin, *Crise mondiale*, p. 456; Hardach, *First World War*, p. 29. <<

[157] Fowler, *British-American Relations*, p. 93. <<

[158] Živojinovic, «Robert Lansing's Comments», p. 571. <<

[159] Martin, *Peace without Victory*, p. 139. <<

[160] *Ibíd*., p. 141; Fowler, *British-American Relations*, pp. 43-44. <<

[161] Gelfand, *The Inquiry*, p. 26. <<

[162] Seymour, ed., *House*, vol. 3, pp. 47-48. <<

[163] Scott, ed., *Official Statements*, pp. 133-135. <<

[164] Martin, *Peace without Victory*, p. 141. <<

[165] Stevenson, *French War Aims*, pp. 83-86; Trachtenberg, *Reparation and World Politics*, cap. 1. <<

[166] Sobre Lansing-Ishii: Curry, *Woodrow Wilson*, cap. 6; Chi, *China Diplomacy*. <<

[167] Sobre la declaración: Stein, *Balfour Declaration*; Friedman, *Palestine*. <<

[168] Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 23, 29-30, 38-39. <<

[169] Coffman, *War to End All Wars*, p. 42; Nenninger, «American Military Effectiveness», p. 124; Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 44-45. <<

[170] Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 91-102. <<

[171] Nenninger, «American Military Effectiveness», pp. 124,

126. <<

[172] Coffman, *War to End All Wars*, p. 5. <<

[173] Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 106-115. <<

[174] *Ibíd*., p. 193. <<

[175] Coffman, *War to End All Wars*, pp. 14-18, 23, 38-41. <<

[176] Kennedy, *Over Here*, p. 149. <<

[177] Nenninger, «American Military Effectiveness», p. 122. <<

[178] Kennedy, *Over Here*, pp. 163 y ss. <<

[179] Coffman, *War to End All Wars*, p. 29. <<

[180] Nenninger, «American Military Effectiveness», p. 121. <<

[181] *Ibíd*., p. 120. <<

[*] Véase el capítulo 16. <<

[182] Strachan, *First World War: To Arms*, pp. 935-941; Kennedy, *Over Here*, pp. 99 y ss. <<

[*] Véase el capítulo 16. <<

[1] Ludendorff, *Kriegserinerungen*, pp. 432-433. <<

[2] Czernin, *In the World War*, p. 217. <<

[3] Shanafelt, *Secret Enemy*, pp. 149-151. <<

[4] Vermes, «Leap into the Dark», pp. 37-40. <<

[5] Berov, «Bulgarian Economy», p. 171. <<

[6] Emin, *Turkey in the World War*, pp. 144-147. <<

[7] MacFie, *End of the Ottoman Empire*, p. 150. <<

[8] Wegs, «Transportation», p. 101. <<

[9] Wegs, *Österreichische Kriegswirtschaft*, pp. 60, 122-123. <<

[10] *Ibíd.*, pp. 62-64, 89, 110-113, 124-125. <<

[11] Herwig, *First World War*, pp. 357, 359. <<

[12] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 899. <<

[13] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 432. <<

[14] Feldman, *Great Disorder*, pp. 44-46, 39-40, 77-83; Roeseler, *Finanzpolitik*, pp. 145-149. <<

[15] Memorando de Hindenburg, 10 de septiembre de 1917, BA-MA W-10/50397. <<

[16] Bauer, *Grosse Krieg*, p. 169. <<

[17] Memorando de Hindenburg, 10 de septiembre de 1917, BA-MA W-10/50397. <<

[18] Feldman, *Army, Industry, and Labour*, p. 272. <<

[19] Memorando de Oberkircher sobre el Programa Hindenburg, p. 131, BA-MA W-10/50397. <<

[20] Memorando sobre la situación económica de 1917-1918, BA-MA W-10/50400. <<

[21] Deist, «Military Collapse», pp. 194-195. <<

[22] Memorando de Hindenburg, 10 de septiembre de 1917, BA-MA W-10/50397. <<

[23] Feldman, *Army, Industry, and Labour*, p. 301. <<

[24] Memorando sobre la situación económica de 1917-1918, p. 6, BA-MA W-10/ 50397. <<

[25] Feldman, *Army, Industry, and Labour*, pp. 413-417. <<

[26] Herwig, *First World War*, p. 207. <<

[27] Bailey, «Modern Style of Warfare», p. 16. <<

[28] Zabecki, *Steel Wind, passim*. <<

[29] Bailey, «Modern Style of Warfare», pp. 3-5. <<

[30] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 114 y ss. <<

[31] Sobre Cambrai, *ibíd*., cap. 9. <<

[32] Torrey, «Redemption of an Army». <<

[33] Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, p. 474. <<

[34] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, p. 126. <<

[35] Falls, *Caporetto*, cap. 2. <<

[36] Asprey, *German High Command*, p. 45. <<

[37] Herwig, *First World War*, p. 339; Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, p. 477; Melograni, *Storia politica*, p. 404. <<

[38] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 131-132. <<

[39] Melograni, *Storia politica*, pp. 404-412. <<

[40] *Ibíd*., pp. 394-395; Cruttwell, *History of the Great War*, p. 458; Falls, *Caporetto*, p. 35. <<

[41] Keegan, *First World War*, p. 375; Falls, *Caporetto*, p. 39. <<

[42] Melograni, *Storia politica*, p. 435. <<

[43] *Ibíd*., p. 423; Herwig, *First World War*, p. 394. <<

[44] Melograni, *Storia politica*, p. 423. <<

[45] *Ibíd*., p. 478. <<

[46] Falls, *Caporetto*, pp. 72, 84. <<

[47] *Ibíd*., p. 93; caps. 4-7. <<

[48] Melograni, *Storia politica*, p. 403. <<

[49] Figes, *People's Tragedy*, p. 457; Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, cap. 8. <<

[50] Debo, *Revolution and Survival*, p. 9. <<

[51] Service, *Lenin*, vol. 2, pp. 241-251. <<

[52] *Ibíd.*, p. 252. <<

[53] Figes, *People's Tragedy*, pp. 459-473. <<

[54] *Ibíd.*, pp. 475-492. <<

[55] Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 3, p. 326. <<

[56] Wildman, *End of the Russian Imperial Army*, vol. 2, p. 400. <<

[57] Texto en Ludendorff, ed., *General Staff*, pp. 517-519; sobre las negociaciones, Nowak, *Hoffmann*, pp. 190-192. <<

[58] Nowak, *Hoffmann*, p. 192. <<

[59] Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk*, pp. 117-118. Sobre Brest-Litovsk, véase también Debo, *Revolution and Survival*, caps. 3-7. <<

[60] Service, *Lenin*, vol. 2, pp. 284-288. <<

[61] Kühlmann, *Erinnerungen*, p. 526. <<

[62] Scherer y Grünewald, eds., *L'Allemagne*, vol. 2, docs. 299, 300, 302. <<

[63] *Ibíd.*, vol. 3, docs. 45, 62, 71; Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk*, pp. 107-110. <<

[64] Czernin, *In the World War*, pp. 217-218. <<

[65] Kühlmann, *Erinnerungen*, pp. 522-525; Fischer, *Germany's Aims*, cap. 17. <<

[66] Mamatey, «Union of Czech Political Parties», p. 63. <<

[67] Ludendorff, ed., *General Staff*, pp. 524-539. <<

[68] Wargelin, «High Price», p. 773. <<

[69] *Ibíd.*, pp. 784-785. <<

[70] Hautmann, «Vienna», pp. 93-94; Wegs, *Österreichische Kriegswirtschaft*, pp. 102-103; Plaschke, «Army and Internal Conflict», pp. 340-343. <<

[71] Plaschke, «Army and Internal Conflict», pp. 345-347. <<

[72] Buse, «Domestic Intelligence», pp. 43-45. <<

[73] Bailey, «Berlin Strike»; Feldman, *Army, Industry, and Labour*, pp. 442-457. <<

[74] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, p. 200. <<

[75] *Ibíd.*, p. 183. <<

[76] Hankey, *Supreme Command*, vol. 2, p. 737. <<

[77] Texto del discurso en Scott, ed., *Official Statements of War Aims*, pp. 225-233; véanse también Rothwell, *War Aims*, pp. 145-153; French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, pp. 199-205; Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 2, cap. 70. <<

[78] Martin, *Peace Without Victory*, p. 158; Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 3, p. 330. <<

[79] Kaspi, *Temps des Américains*, cap. 7; Trask, *Supreme War Council*, p. 47; Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 3, pp. 284-291. <<

[80] Texto en Scott, ed., *Official Statements of War Aims*, pp. 234-239; sobre los antecedentes, Mayer, *Political Origins*, pp. 329-367; Gelfand, *Inquiry*, cap. 5; Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 3, cap. 11; Levin, *Woodrow Wilson*, cap. 2. <<

[81] Texto de los Principios en Scott, ed., *Official Statements of War Aims*, pp. 265-271; véanse también Mamatey, *East Central Europe*, pp. 219-232; Snell «Wilson's Peace Programme»; Pedroncini, *Négociations secrètes*, pp. 77, 83-91. <<

[82] Shanafelt, *Secret Enemy*, p. 181. <<

[83] Baumgart y Repgen, eds., *Brest-Litovsk*, pp. 50-54. <<

[84] Ludendorff, ed., *General Staff*, pp. 548-550. <<

[85] Baumgart y Repgen, eds., *Brest-Litovsk*, pp. 57-62. <<

[86] Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk*, caps. 5, 6; Debo, *Revolution and Survival*, caps. 4-6; Trotski, *My Life*, cap. 32. <<

[87] Soutou, *L'Or et le sang*, cap. 16. <<

[88] Texto en Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk*, Apéndice V. <<

[89] Baumgart, *Deutsche Ostpolitik*, pp. 375-377. <<

[90] En general véase *ibíd*., y Kitchen, *Silent Dictatorship*, caps. 9, 10. <<

[91] Sobre el tratado rumano, Kitchen, *Silent Dictatorship*, cap. 8; Spector, *Rumania*, pp. 45-56; Fischer, *Germany's Aims*, pp. 515-523. <<

[92] Shanafelt, *Secret Enemy*, p. 174. <<

[93] Lutz, ed., *Causes of the German Collapse*, p. 25. <<

[94] Memorando de Wetzell, 30 de septiembre de 1917, BA-MA PH 3/267. <<

[95] Lutz, ed., *Causes of the German Collapse*, pp. 88-89. <<

[96] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, p. 248. <<

[97] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 430; Bauer, *Grosse Krieg*, p. 175; Lutz, ed., *Causes of the German Collapse*, pp. 60-64. <<

[98] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, pp. 235, 249. <<

[99] Cruttwell, *History of the First World War*, p. 486. <<

[100] Para un debate, véanse Hussey, «Movement»; Travers, «Reply to John Hussey»; Fong, «Movement». <<

[101] Lutz, ed., *Causes of the German Collapse*, pp. 53-54. <<

[102] Deist, «Military Collapse», p. 190. <<

[103] Fong, «Movement», p. 232. <<

[104] Keegan, *First World War*, p. 421. Middlebrook, en *Kaiser's Battle*, p. 20, da una cifra de 169 divisiones de los Aliados: francesas, 98; británicas, 57; estadounidenses, 6; belgas, 6;

portuguesas, 2. <<

[105] Travers, «Reply to John Hussey», p. 369. <<

[106] Middlebrook, *Kaiser's Battle*, p. 43. <<

[107] Bauer, *Grosse Krieg*, p. 177. <<

[108] Samuels, *Command or Control?*, pp. 244-246; Lupfer, *Dynamics*, pp. 41-44; Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 145-151. <<

[109] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 146-147, 151; Samuels, *Command or Control?*, pp. 246-247. <<

[110] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 460. <<

[111] Herwig, *First World War*, p. 397. <<

[112] *Ibíd*., p. 401. <<

[113] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 463. <<

[114] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, p. 234. <<

[115] Barnett, *Swordbearers*, p. 283. <<

[116] Ludendorff, ed., *General Staff*, p. 548. <<

[117] Fong, «Movement», p. 227. <<

[118] Herwig, *First World War*, p. 392; Asprey, *German High Command*, p. 367. <<

[119] Memorando de Wetzell, 23 de octubre de 1917, BA-MA P H 3/27. <<

[120] Memorando de Wetzell, 5 de noviembre de 1917, BA-MA P H 3/27. <<

[121] Barnett, *Swordbearers*, pp. 283-285; Herwig, *First World War*, p. 394. <<

[122] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, pp. 476-477. <<

[123] *Ibíd*., pp. 473-474. <<

[124] Pedroncini, *Pétain*, p. 179. <<

[125] *Ibíd*., p 180; Coffman, *War to End All Wars*, pp. 178-180.

<<

[126] Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 169-180; Pedroncini, *Pétain*, pp. 180-182. <<

[127] Trask, *Supreme War Council*, pp. 47, 174. <<

[128] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, pp. 188-192. <<

[129] Pedroncini, *Pétain*, p. 141. <<

[130] Watson, *Clemenceau*, pp. 293-297. <<

[131] Guinn, *British Strategy and Politics*, pp. 269-274. <<

[132] *Ibíd.*, pp. 290-300; French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, pp. 218-219. <<

[133] Pedroncini, *Pétain*, pp. 271-275; French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, pp. 215-222. <<

[134] «Notes on the Operations on the Western Front», NLS, Haig MSS, 213a; Travers, *How the War Was Won*, p. 50. <<

[135] Travers, *How the War Was Won*, p. 36; Woodward, «Did Lloyd George Starve the British Army?», p. 244. <<

[136] Travers, *How the War Was Won*, pp. 35-46. <<

[137] Woodward, «Did Lloyd George Starve the British Army?», p. 248. <<

[138] Millman, «British Home Defence Planning», p. 205. <<

[139] Middlebrook, *Kaiser's Battle*, pp. 85-89. <<

[140] Winter, *Haig's Command*, pp. 177-178. <<

[141] Samuels, *Command or Control?*, cap. 7. <<

[142] *Ibíd.*, pp. 217-218; Travers, *How the War Was Won*, pp. 55-65. <<

[143] Middlebrook, *Kaiser's Battle*, p. 71; French, «Failures of Intelligence». <<

[144] Winter, *Haig's Command*, pp. 180-182. <<

[145] Woodward, «Did Lloyd George Starve the British Army?»,

p. 251. <<

[146] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, p. 223. <<

[147] Middlebrook, *Kaiser's Battle*, p. 121. <<

[148] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, p. 222. <<

[149] Travers, *How the War Was Won*, p. 54. <<

[150] Middlebrook, *Kaiser's Battle*, p. 151. <<

[151] *Ibíd*., p. 52. <<

[152] *Ibíd*., p. 63; Bauer, *Grosse Krieg*, p. 177; Hutier, diario, 20 de marzo de 1918 BA-MA W-10/50640. <<

[153] Thaer, *Generalstabsdienst*, p. 163. <<

[154] Middlebrook, *Kaiser's Battle*, p. 25. <<

[155] Travers, *How the War Was Won*, p. 53. <<

[156] Middlebrook, *Kaiser's Battle*, pp. 308-322. <<

[157] *Ibíd*., pp. 330-331. <<

[158] Travers, *How the War Was Won*, pp. 76-82. <<

[159] Haig, diario, 21, 22, 23 de marzo de 1918, NLS Haig MSS. <<

[160] Pedroncini, *Pétain*, pp. 295-300. <<

[161] French, *Strategy of the Lloyd George Coalition*, p. 225. <<

[162] Pedroncini, *Pétain*, pp. 307-311; Travers, *How the War Was Won*, pp. 66-70; Winter, *Haig's Command*, p. 186. <<

[163] King, *Generals and Politicians*, pp. 216-218. <<

[164] Guinn, *British Strategy and Politics*, pp. 301 y ss. <<

[165] Pedroncini, *Pétain*, pp. 319-335, 343. <<

[166] Barnett, *Swordbearers*, p. 311. <<

[167] *Ibíd*., pp. 315-318, 322, 327; Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, p. 250. <<

[168] Travers, *How the War Was Won*, pp. 86-89; Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, pp. 166-167. <<

[169] Gudmundsson, *Stormtroop Tactics*, p. 168: aunque las estimaciones, como es habitual, varían. <<

[170] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 483. <<

[171] Paschall, *Defeat of Imperial Germany*, p. 146; Pedroncini, *Pétain*, p. 324; Falls, *First World War*, p. 320. <<

[172] Barnett, *Swordbearers*, pp. 330-331. <<

[173] Asprey, *German High Command*, p. 394. <<

[174] Brittain, *Testament of Youth*, pp. 419-420. Taylor, *Illustrated History*, p. 223. <<

[175] Paschall, *Defeat of Imperial Germany*, p. 148. <<

[176] Pedroncini, *Pétain*, p. 351. <<

[177] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, p. 256. <<

[178] Scott, ed., *Official Statements of War Aims*, pp. 298-322. <<

[179] Herwig, *First World War*, p. 370. <<

[180] Shanafelt, *Secret Enemy*, pp. 183-190. <<

[181] *Ibíd*., p. 184; Herwig, *First World War*, p. 370. <<

[182] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 497. <<

[183] Shanafelt, *Secret Enemy*, p. 197. <<

[184] Falls, *Caporetto*, pp. 140-152. <<

[185] *Ibíd*., pp. 152-153. <<

[186] Wegs, «Transportation», p. 130. <<

[187] Melograni, *Storia politica*, pp. 484, 500; Cornwall, *Undermining Austria-Hungary*, caps. 5, 6. <<

[188] Tucker, *Great War*, p. 168. <<

[189] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, p. 262. <<

[190] Thaer, *Generalstabsdienst*, pp. 182, 187. <<

[191] Hutier, diario, 11 de abril de 1918, BA-MA W-10/50640. <<

[192] Thaer, *Generalstabsdienst*, pp. 194-198. <<

[193] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, p. 256. <<

[194] Memorandos de Wetzell, 19 y 28 de abril de 1918, BA-MA W-10/50640. <<

[195] Fong, «Movement», p. 232. <<

[196] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, pp. 494-496. <<

[197] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, pp. 257-258. <<

[198] Robson, *First World War*, p. 167. <<

[199] Keegan, *First World War*, p. 436. <<

[200] Falls, *First World War*, p. 326. <<

[201] Pedroncini, *Pétain*, pp. 215-225. <<

[202] Asprey, *German High Command*, p. 419. <<

[203] Winter, *Haig's Command*, p. 193. <<

[204] Asprey, *German High Command*, p. 383; Beckett, *Great War*, p. 192. <<

[205] Travers, *How the War Was Won*, p. 107; Barnett, *Swordbearers*, p. 335. <<

[206] Coffman, *War to End All Wars*, pp. 217-221. <<

[207] Hindenburg, *Aus Meinem Leben*, p. 260; Falls, *First World War*, p. 328. <<

[208] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 512. <<

[209] Kahn, *Codebreakers*, pp. 346-347. <<

[210] Pedroncini, *Pétain*, pp. 380-382. <<

[211] Paschall, *Defeat of Imperial Germany*, p. 160; Deist, «Military Collapse», p. 199. <<

[212] Kaspi, *Temps des Américains*, p. 238. <<

[1] Fischer, *Germany's Aims*, pp. 622-623. <<

[2] Renouvin, *Crise européenne*, pp. 670-672. <<

[3] Hürter, ed., *Paul von Hintze*. <<

[4] Barnett, *Swordbearers*, p. 336; Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, p. 518. <<

[5] Foch, *Mémoires*, vol. 2, p. 112. <<

[6] *Ibíd.*, pp. 115-118. <<

[7] Pedroncini, *Pétain*, pp. 401-402. <<

[8] Coffman, *War to End All Wars*, p. 239; Travers, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, pp. 274-275. <<

[9] Foch, *Mémoires*, pp. 145-160; Asprey, *German High Command*, p. 441. <<

[10] Barnett, *Swordbearers*, pp. 349-357. <<

[11] Asprey, *German High Command*, p. 443. <<

[12] Liddell Hart, *Foch*, p. 343. <<

[13] Foch, *Mémoires*, vol. 2, pp. 162-169. <<

[14] Falls, *First World War*, p. 354. <<

[15] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, cap. 26. <<

[16] *Ibíd.*, pp. 295-300. <<

[17] *Ibíd.*, cap. 27. <<

[18] *Ibíd.*, caps. 28, 29. <<

[19] Asprey, *German High Command*, p. 61. <<

[20] Terraine, *Douglas Haig*, p. 458. <<

[21] Ferguson, *Pity of War*, pp. 386-387. <<

[22] Asprey, *German High Command*, p. 432. <<

[23] Foch, *Mémoires*, vol. 2, pp. 185-187. <<

[24] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, cap. 30. <<

[25] Coffman, *War to End All Wars*, pp. 273-282. <<

[26] Foch, *Mémoires*, vol. 2, pp. 205-215. <<

[27] Wilson a Haig, 31 de agosto de 1918, NLS Haig MSS 213a (apéndice). <<

[28] Travers, *How the War Was Won*, p. 157. <<

[29] Falls, *First World War*, p. 387. <<

[30] Travers, *How the War Was Won*, p. 154. <<

[31] Paschall, *Defeat of Imperial Germany*, pp. 181-184. <<

[32] Falls, *First World War*, p. 378; Liddell Hart, *Foch*, p. 368. <<

[33] Brown, «Not Glamorous», pp. 437-440; Travers, *How the War Was Won*, pp. 160-164. <<

[34] Travers, *How the War Was Won*, pp. 157-158, 166-169; Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, caps. 31-33. <<

[35] Véanse Swain, *Origins of the Russian Civil War*, y Mawdsley, *Russian Civil War*, para una visión general. <<

[36] Mawdsley, *Russian Civil War*, pp. 40-41. <<

[37] Herwig, «German Policy in the Eastern Baltic Sea». <<

[38] Fischer, *Germany's Aims*, pp. 571-573; Debo, *Revolution and Survival*, cap. 12. <<

[39] Ullman, *Anglo-Soviet Relations*, vol. 1, pp. 152, 309, 320, 332; vol. 2, pp. 20, 28; Mawdsley, *Russian Civil War*, pp. 285-287. <<

[40] Debo, *Revolution and Survival*, pp. 154-155, 266-270. <<

[41] Woodward, «British Government and Japanese Intervention». <<

[42] Schwartz, «Divided Attention». <<

[43] Morley, *Japanese Thrust, passim*; Dickinson, *War and National Reinvention*, cap. 5; Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 3, pp. 398-408; Unterberger, «President Wilson»; Lasch, «American Intervention». <<

[44] Debo, *Revolution and Survival*, cap. 11; Bradley, *Allied Intervention*, cap. 4. <<

[45] Long, «American Intervention»; Morley, *Japanese Thrust*, pp. 260-289. <<

[46] Debo, *Revolution and Survival*, p. 259. <<

[47] Kitchen, *Silent Dictatorship*, pp. 223-226. <<

[48] Kazamzadeh, *Struggle for Transcaucasia*, pp. 56-57. <<

[49] *Ibíd.*, pp. 81 y ss.; MacFie, *End of the Ottoman Empire*, pp. 154, 158. <<

[50] Trumpener, *Germany and the Ottoman Empire*, cap. 6. <<

[51] MacFie, *End of the Ottoman Empire*, p. 156. <<

[52] Sheffy, *British Military Intelligence*, pp. 300, 346. <<

[53] Hughes, *Allenby*, p. 69. <<

[54] Dawn, «Influence of T. E. Lawrence», pp. 71-79. <<

[55] Falls, *First World War*, p. 376. <<

[56] Hughes, *Allenby*, cap. 5. <<

[57] Emin, *Turkey*, p. 262. <<

[58] Falls, *First World War*, pp. 376-379; Renouvin, *Crise européenne*, p. 600. <<

[*] Véase el capítulo 15. <<

[59] Renouvin, *Crise européenne*, pp. 533-534, 605-606. <<

[60] Hamard, «Quand la victoire», p. 30. <<

[61] Dutton, *Politics of Diplomacy*, pp. 167-176. <<

[62] Renouvin, *Crise européenne*, p. 594. <<

[63] *Ibíd.*, p. 599; Hamard, «Quand la victoire», p. 31. <<

[64] Herwig, *First World War*, p. 425. <<

[65] Ferguson, *Pity of War*, p. 370. <<

[66] Travers, *How the War Was Won*, pp. 149-150. <<

[67] Travers, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, pp. 288-290. <<

[68] Herwig, *First World War*, p. 420; Guinard *et al.*, eds.,

Inventaire, vol. 1, p. 205; Andrew y Kanya-Forstner, «France, Africa, and the First World War», pp. 15-16. <<

[69] Grieves, *Politics of Manpower*, pp. 195-196. <<

[70] Wilson, *Myriad Faces*, pp. 566, 645. <<

[71] Kennedy, «Strategy and Supply», p. 57. <<

[72] *Ibíd.*, p. 59. <<

[73] Kennedy, *Over Here*, pp. 178-185; Meigs, *Optimism at Armageddon*, cap. 1. <<

[74] Kennedy, *Over Here*, pp. 159-162; Coffman, *War to End All Wars*, pp. 231-233; Barbeau y Florette, *Unknown Soldiers*. <<

[75] Meigs, *Optimism at Armageddon*, cap. 2; Martin, «German Strategy», pp. 181, 189-190. <<

[*] Véase el capítulo 15. <<

[76] Kaspi, *Temps des Américains*, p. 193. <<

[77] Halpern, *Naval History*, p. 435. <<

[78] Parsons, «Why the British». <<

[79] Kaspi, *Temps des Américains*, p. 237. <<

[80] Ludendorff, *Meine Kriegserinnerungen*, pp. 512, 514. <<

[81] Martin, «German Strategy», pp. 181-192. <<

[82] Kennedy, *Over Here*, pp. 173-174; Nenninger, «American Military Effectiveness», p. 143. <<

[83] Travers, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, p. 290. <<

[84] Harris y Barr, *Amiens to the Armistice*, p. 191. <<

[85] Travers, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, p. 280. <<

[86] Travers, *How the War Was Won*, p. 145. <<

[87] Pedroncini, *Pétain*, pp. 199-230. <<

[88] *Ibíd.*, pp. 401-402; Travers, en Strachan, ed., *Oxford*

Illustrated History, p. 289. <<

[89] Morrow, *Great War in the Air*, p. 282. <<

[90] Suinard, *Inventaire*, vol. 1, p. 129. <<

[91] Simkins, «Co-Stars or Supporting Cast?», p. 53. <<

[92] Winter, *Haig's Command*, p. 148. <<

[93] Morton, «Junior but Sovereign Allies»; Brown, «Not Glamorous», pp. 429-431; Rawling, *Surviving Trench Warfare*, p. 189. <<

[94] Andrews, *Anzac Illusion*, pp. 147-148. <<

[95] Harris, *Men, Ideas, and Tanks*, p. 179. <<

[96] Travers, «Tanks of 1918», p. 394. <<

[97] Harris, *Men, Ideas, and Tanks*, pp. 182-183. <<

[98] Childs, *A Peripheral Weapon*? <<

[99] Cooper, *Birth of Independent Air Power*, cap. 10; Jones, *Origins of Strategic Bombing*, p. 178; Sweetman, «Smuts Report of 1917». <<

[100] Sweetman, «Smuts Report of 1917», p. 198. <<

[101] Cooper, *Birth of Independent Air Power*, pp. 135-136. <<

[102] Falls, *First World War*, pp. 348-349. <<

[103] *Ibíd*., p. 353; Coffman, *War to End All Wars*, p. 210. <<

[104] Morrow, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, p. 272. <<

[105] Morrow, *Great War in the Air*, pp. 311-312. <<

[106] Cooper, *Birth of Independent Air Power*, p. 149. <<

[107] Ferris, ed., *British Army and Signals Intelligence*, pp. 19-21; Andrew, *Secret Service*, pp. 172-173; Shaffy, *British Military Intelligence*, pp. 315-319. <<

[108] Bidwell y Graham, *Fire-Power*, p. 143. <<

[109] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, p. 393. <<

[110] Spiers, *Chemical Warfare*, p. 13. <<

[111] Haber, *Poisonous Cloud*, pp. 241-242. <<

[112] Palazzo, *Seeking Victory*, pp. 167-176. <<

[113] Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, pp. 293-295. <<

[114] Travers, en Strachan, ed., *Oxford Illustrated History*, pp. 281-284. <<

[115] Pedroncini, *Pétain*; Porch, «French Army», pp. 210-225. <<

[116] Travers, *How the War Was Won*, pp. 176-178. <<

[117] Véase Philpott, «Foch», para una revisión reciente. <<

[118] Brown, *British Logistics*, cap. 5. <<

[119] *Ibíd*., cap. 7. <<

[120] Summerskill, *China on the Western Front*. <<

[121] Herwig y Trask, «Failure of Imperial Germany's Undersea Offensive», p. 634. <<

[122] Halpern, *Naval History*, p. 404. <<

[123] Marder, *Dreadnought*, vol. 5, pp. 138, 158. <<

[124] *Ibíd*., p. 334. <<

[125] *Ibíd*., p. 120; Grant, *U-Boats Destroyed*. <<

[126] Halpern, *Naval History*, cap. 13. <<

[127] Marder, *Dreadnought*, vol. 5, p. 119. <<

[128] Terraine, *Business in Great Waters*, p. 120; cap. 15. <<

[129] Beesly, *Room 40*, p. 118; Halpern, *Naval History*, p. 424. <<

[130] Halpern, *Naval History*, pp. 421-423. <<

[131] Terraine, *Business in Great Waters*, p. 131. <<

[132] Marder, *Dreadnought*, vol. 5, p. 83. <<

[133] Terraine, *Business in Great Waters*, pp. 120-123; Halpern, *Naval History*, pp. 430-435. <<

[134] Herwig y Trask, «Failure of Imperial Germany's Undersea

Offensive», pp. 626-627. <<

[135] Halpern, *Naval History*, pp. 435-437. <<

[136] Salter, *Allied Shipping Control*; Safford, *Wilsonian Maritime Diplomacy*, p. 149. <<

[137] Kennedy, *Rise and Fall of the Great Powers*, p. 350. <<

[138] Gilbert, *American Financing of World War I*, p. 205. <<

[139] Coffmann, *War to End All Wars*, pp. 162-165. <<

[140] Morrow, *Great War in the Air*, pp. 294, 342. <<

[141] Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 244-245. <<

[142] Morrow, *Great War in the Air*, p. 329. <<

[143] Curami, «L'Industria bellica», p. 557; Rochat, «Il Comando Supreme di Diaz», p. 265. <<

[144] Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, p. 497. <<

[145] Safford, *Wilsonian Maritime Diplomacy*, p. 153. <<

[146] Kaspi, *Temps des Américains*, pp. 266-267. <<

[147] Burk, *Britain, America, and the Sinews of War*, pp. 186-187. <<

[*] Véase el capítulo 14. <<

[148] *Ibíd*., pp. 203, 206, 220. <<

[149] Kaspi, *Temps des Américains*, p. 333. <<

[150] Forsyth, *Crisis of Liberal Italy*, pp. 183, 186. <<

[151] Burk, *Britain, America, and the Sinews of War*, pp. 137, 148-149. <<

[152] Frey, «Bullying the Neutrals», p. 238. <<

[153] Salmon, *Scandinavia*, pp. 143-145. <<

[154] Frey, «Bullying the Neutrals», pp. 240-241. <<

[155] Offer, *First World War: an Agrarian Interpretation*, p. 62. <<

[156] Olson, *Economics of the Wartime Shortage*, pp. 109-111. <<

[157] Dewey, «Food Production», p. 72. <<

[158] *Ibíd.*, pp. 82-88. <<

[159] Bonzon y Davis, «Feeding the Cities», pp. 309, 314, 326, 330. <<

[160] Kennedy, *Over Here*, p. 112. <<

[161] Gilbert, *American Financing of World War I*, pp. 221-224. <<

[162] Balderston, «War Finance», pp. 237 y ss. <<

[163] Whiting, «Taxation and the Working Class», pp. 898-899. <<

[164] Daunton, «How to Pay for the War», pp. 888 y ss. <<

[165] Strachan, *First World War: To Arms*, p. 858. <<

[166] Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism*, pp. 480-491. <<

[167] Duroselle, *Grande Guerre des français*, cap. 15. <<

[168] Becker, *Great War and the French People*, pp. 251 y ss. <<

[169] Lloyd George, *War Memoirs*, vol. 1, cap. 55; Holland, «British Empire and the Great War». <<

[170] Holland, «British Empire and the Great War»; Andrews, *Anzac Illusion*, cap. 5; Garson, «South Africa». <<

[171] Gooch, «Maurice Debate»; Wilson, *Myriad Faces*, pp. 573-575. <<

[172] Wilson, *Myriad Faces*, pp. 654-655. <<

[173] Millman, *Managing Domestic Dissent*, caps. 7, 10. <<

[174] Horne, ed., *State, Society and Mobilization*, p. 15. <<

[175] Bruntz, *Allied Propaganda*, p. 13. <<

[176] Horne, ed., *State, Society, and Mobilization*, p. 207. Sobre el NWAC, véase también Millman, *Managing Domestic Dissent*, cap. 9. <<

[177] Kennedy, *Over Here*, p. 61. <<

[178] *Ibíd.*, pp. 81-83. <<

[179] Scott, ed., *Official Statements of War Aims*, pp. 309-312. <<

[180] Calder, *Britain and the Origins of the New Europe*, pp. 190-191. <<

[181] Stevenson, *French War Aims*, pp. 106-107. <<

[182] Calder, *Britain and the Origins of the New Europe*, pp. 190-191, 201-203; Mamatey, *East Central Europe*, pp. 239-245, 273-274, 314-315; Lederer, *Yugoslavia*, pp. 25-40. <<

[183] Calder, *Britain and the Origins of the New Europe*, pp. 191-194, 204-211; Mamatey, *East Central Europe*, pp. 252-273, 300-311; Perman, *Shaping of the Czechoslovak State*, cap. 11. <<

[184] Rochat, «Il Comando Supreme di Diaz», pp. 266-267. <<

[185] Meigs, *Optimism at Armageddon*, pp. 60, 232. <<

[186] Bruntz, *Allied Propaganda*, pp. 30-39. <<

[187] *Ibíd*., pp. 16 y ss. <<

[188] Taylor, «Foreign Office and British Propaganda», pp. 886-892. <<

[189] Calder, *Britain and the Origins of the New Europe*, pp. 176-177. <<

[190] Cornwall, *Undermining of Austria-Hungary*, pp. 176, 201-202. <<

[191] Bruntz, *Allied Propaganda*, p. 26. <<

[192] *Ibíd*., pp. 41-57. <<

[193] Ferguson, *Pity of War*, pp. 212-213; Lasswell, *Propaganda Technique*, p. 3. <<

[194] Cornwall, *Undermining of Austria-Hungary*, pp. 442-443. <<

[195] Bruntz, *Allied Propaganda*, p. v. <<

[1] Goemans, *War and Punishment*, cap. 2. <<

[2] Renouvin, *L'Armistice*, pp. 23-26. <<

[3] Hindenburg, *Out of My Life*, p. 394. <<

[4] Rudin, *Armistice*, pp. 21-27; Hürter, *Paul von Hintze*, p. 100. <<

[5] Actas de la reunión de Spa, 14 de agosto de 1918, BA-MA W-10/50290. <<

[6] Meyer, *Mitteleuropa*, p. 285. <<

[7] Rudin, *Armistice*, p. 28. <<

[8] Shanafelt, *Secret Enemy*, pp. 202-203. <<

[9] Asprey, *German High Command*, p. 404. <<

[10] Lowry, *Armistice*, p. 7. <<

[11] Ludendorff, circular, 19 de octubre de 1918, BA-MA W-10/50 400, app. 35. <<

[12] Thaer, *Generalstabsdienst*, p. 233. <<

[13] Hughes, «Battle for the Hindenburg Line», p. 57. <<

[14] Memorando de Ludendorff, 18 de junio, y discusión, 1 de julio de 1918, BA-MA W-10/50287. <<

[15] Ziemann, «Enttäuschte Erwartung», pp. 175-176; informes de los comandantes de unidades, julio-septiembre de 1918, en BA-MA W-10/51833. <<

[16] Resúmenes de informes del CGA, 3 de agosto de 1918, BA-MA PH 2/62. <<

[17] Memorando de Mehrens sobre la situación alimentaria en 1918, BA-MA W-10/50 434; Stevenson, ed., *British Documents*, vol. 12, p. 360. <<

[18] Renouvin, *L'Armistice*, pp. 66-67. <<

[19] Rudin, *Armistice*, p. 49. <<

[20] Thaer, *Generalstabsdienst*, pp. 234-236. <<

[21] *Ibíd*., p. 237; Hürter, *Paul von Hintze*, pp. 103-106; Schwabe, *Woodrow Wilson*, p. 31. <<

[22] Rudin, *Armistice*, pp. 42-44. <<

[23] *Ibíd*., pp. 50-52; Hürter, *Paul von Hintze*, p. 105; Ludendorff, *My War Memories*, vol. 2, p. 722. <<

[24] Maximiliano de Baden, *Memoirs*, vol. 2, pp. 10-22. <<

[25] Rudin, *Armistice*, pp. 66-72. <<

[26] Sobre la correspondencia del armisticio, Scott, ed., *Official Statements of War Aims*, pp. 415 y ss. <<

[27] Epstein, *Matthias Erzberger*, pp. 262-263. <<

[28] Rudin, *Armistice*, pp. 110-114. <<

[29] Schwabe, *Woodrow Wilson*, p. 33. <<

[30] Thaer, *Generalstabsdienst*, p. 236. <<

[31] Schwabe, *Woodrow Wilson*, p. 23. <<

[32] Epstein, *Matthias Erzberger*, p. 264. <<

[33] Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 4, pp. 67-73. <<

[34] Scott, ed., *Official Statements of War Aims*, pp. 399-405. <<

[35] Schwabe, *Woodrow Wilson*, pp. 39-42. <<

[36] Rudin, *Armistice*, p. 121. <<

[37] Schwabe, *Woodrow Wilson*, pp. 50-55, 58-71; Renouvin, *L'Armistice*, pp. 133-136. <<

[38] Maximiliano de Baden, *Memoirs*, vol. 2, pp. 67-70. <<

[39] *Ibíd*., pp. 89-98. <<

[40] Maximiliano de Baden, *Memoirs*, vol. 2, pp. 99-157; Rudin, *Armistice*, pp. 141 y ss. <<

[41] Maximiliano de Baden, *Memoirs*, vol. 2, pp. 167-204; Ryder, *German Revolution*, p. 124; Asprey, *German High Command*, pp. 480-484. <<

[42] Schwabe, *Woodrow Wilson*, p. 66. <<

[43] Lowry, *Armistice*, p. 39. <<

[44] *Ibíd*., pp. 17-24. <<

[45] Stevenson, *French War Aims*, pp. 118-125. <<

[46] French, «Had We Known», p. 72. <<

[47] Millman, «Counsel of Despair», p. 259; French, *Lloyd George Coalition*, pp. 253-258. <<

[48] French, «Had We Known», pp. 72-73. <<

[49] *Ibíd*., pp. 74-79. <<

[50] Lowry, *Armistice*, pp. 57-58; Stevenson, *French War Aims*, p. 125. <<

[51] Snell, «Wilson on Germany», pp. 364-369; Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 4, pp. 156-158, 198-209. <<

[52] Floto, *Colonel House*, pp. 49-60; Lowry, *Armistice*, cap. 5. <<

[53] Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 4, p. 88. <<

[54] Schwabe, *Woodrow Wilson*, p. 88. <<

[55] Lowry, *Armistice*, p. 96. <<

[56] *Ibíd*., pp. 53-54, 89-91, 135-137. <<

[57] *Ibíd*., cap. 7; Stevenson, *French War Aims*, pp. 125-128. <<

[58] Cruttwell, *Great War*, p. 577. <<

[59] Travers, *How the War Was Won*, p. 164; Prior y Wilson, *Command on the Western Front*, p. 379. <<

[60] Harris, *Amiens to the Armistice*, pp. 287-291. <<

[61] Crosby, *Epidemic and Peace*, p. 156. <<

[62] Cruttwell, *Great War*, p. 583. <<

[63] Travers, *How the War Was Won*, p. 154. <<

[64] *Ibíd*., p. 143; Ferguson, *Pity of War*, p. 300. <<

[65] Hamard, «Quand la victoire», p. 33. <<

[66] Emin, *Turkey in the World War*, p. 253. <<

[67] Dyer, «Turkish Armistice», pp. 143-152. <<

[68] Emin, *Turkey in the World War*, pp. 264-267. <<

[69] Dyer, «Turkish Armistice», pp. 152-169. <<

[70] *Ibíd*., pp. 313-347; Rothwell, *British War Aims*, pp. 236-244. <<

[71] Deák, «Habsburg Army», p. 308. <<

[72] Cornwall, *Undermining of Austria-Hungary*, pp. 406-407, 422. <<

[73] Cornwall, *Undermining of Austria-Hungary*, pp. 406-407, 422. <<

[74] Deák, «Habsburg Army», p. 309. <<

[*] Véase el capítulo 15. <<

[75] Galántai, *Hungary in the First World War*, p. 299; Cornwall, «Dissolution», p. 135. <<

[76] Deák, «Habsburg Army», p. 309. <<

[77] Plaschke, «Army and Internal Conflict», p. 341. <<

[*] Véase el capítulo 16. <<

[78] Zeman, *Break-Up of the Habsburg Empire*, p. 248. <<

[79] Krizmann, «Austro-Hungarian Diplomacy», pp. 100-109. <<

[80] Zeman, *Break-Up of the Habsburg Empire*, pp. 237-240. <<

[81] *Ibíd*., pp. 227-230; Carsten, *Revolution in Central Europe*, pp. 49-52. <<

[82] Zeman, *Break-Up of the Habsburg Empire*, pp. 242-243; Spector, *Rumania*, pp. 62-63. <<

[83] Rothenberg, «Habsburg Army», p. 82; Plaschke, «Army and Internal Conflict», p. 348. <<

[84] Carsten, *Revolution in Central Europe*, pp. 21 y ss. <<

[85] Koralka, «Germany's Attitude», pp. 93-94. <<

[86] Zeman, *Break-Up of the Habsburg Empire*, pp. 241-244. <<

[87] Lederer, *Yugoslavia*, pp. 56-57. <<

[88] *Ibíd.*, p. 59; Lowry, *Armistice*, pp. 106-112. <<

[89] Lowry, *Armistice*, pp. 113-114; Hamard, «Quand la victoire», p. 41. <<

[90] Deist, «Politik der Seekriegsleitung», pp. 342-346. <<

[91] Woodward, *Collapse of Power*, pp. 130-131. <<

[92] Deist, «Politik der Seekriegsleitung», p. 346. <<

[93] *Ibíd.*, pp. 352-355. <<

[94] *Ibíd.*, pp. 357-361; Woodward, *Collapse of Power*, p. 9. <<

[95] Horn, ed., *War, Mutiny and Revolution*, pp. 11-14; Deist, «Politik der Seekriegsleitung», p. 363. <<

[96] Rudin, *Armistice*, pp. 248-255. <<

[97] Memorando de Mehrens sobre el suministro de alimentos en 1918, BA-MA W-10/50434. <<

[98] Stevenson, ed., *British Documents*, vol. 12, p. 375. <<

[99] Offer, *First World War: Agrarian Interpretation*, p. 54; Winter, «Surviving the War», p. 517. <<

[100] Stevenson, ed., *British Documents*, vol. 12, pp. 360-361. <<

[101] Resúmenes de informes del CGA sobre la opinión pública, 3 de agosto de 1918, BA-MA PH 2/62.; Stevenson, ed., *British Documents*, vol. 12, pp. 316-317. <<

[102] Schwabe, *Woodrow Wilson*, pp. 100, 104-106. <<

[103] Horn, *Mutiny on the High Seas*, pp. 231-232, 251-252. <<

[104] Kluge, *Die Deutsche Revolution*, p. 54. <<

[105] Ziemann, «Enttäuschte Erwartung», pp. 177-181. <<

[106] Michell, *Revolution in Bavaria*, pp. 94-106. <<

[107] Schwabe, *Woodrow Wilson*, p. 111; French, «Had We

Known», p. 85. <<

[108] Rudin, *Armistice*, pp. 263-264, 321; Lowry, *Armistice*, pp. 156-160. <<

[109] Ryder, *German Revolution*, pp. 149-153. <<

[110] Rudin, *Armistice*, p. 362; Ashton, «Hanging the Kaiser». <<

[111] Ryder, *German Revolution*, pp. 160-163. <<

[112] Cecil y Liddle, eds., *At the Eleventh Hour*. <<

[113] Crosby, *Epidemic and Peace*, pp. 55-58, 124-125. <<

[114] Lowry, *Armistice*, p. 160. <<

[1] Hobsbawm, *Age of Extremes*; pp. 4-6; Winter y Baggett, *1914-1918*, p. 10. <<

[2] Fussell, *Great War and Modern Memory*, p. 18. <<

[*] Reportaje del noticiario de la BBC acerca de la recepción del Public Record Office (a la que asistieron nueve veteranos), 8 de abril de 2003. <<

[3] Para un estudio general sobre la conferencia de paz, véanse Sharp, *Versailles Settle ment*; Boemeke *et al.*, eds., *Treaty of Versailles*. <<

[4] Un amplio relato de las relaciones con los bocheviques en Mayer, *Politics and Diplomacy*; Thompson, *Russia, Bolshevism, and the Versailles Peace*. <<

[5] Sobre Japón en la conferencia, véanse Fifield, *Woodrow Wilson and the Far East*; Kajima, *Diplomacy of Japan*; Nish, *Japanese Foreign Policy*; Dickinson, *War and National Reinvention*. <<

[6] Sobre Italia, véanse Albrecht-Carrié, *Italy*; Burgwyn, *Legend of the Mutilated Victory*. <<

[7] Bessell, *Germany*, p. 228. <<

[8] Keynes, *Economic Consequences*; Nicolson, *Peacemaking*; Baker, *Woodrow Wilson*. <<

[9] Seymour, ed., *Intimate Papers of Colonel House*, vol. 4, p. 291; Baker, *Woodrow Wilson*, vol. 1, pp. 184-185. <<

[10] Schulze, *Woodrow Wilson*, p. 398. <<

[11] Para esta sección, Tillman, *Anglo-American Relations*. <<

[12] Egerton, *Great Britain and… League of Nations*, caps. 5, 6. <<

[13] Tillman, *Anglo-American Relations*, cap. 3; Louis, *Lost Colonies*, cap. 4. <<

[14] Willis, *Prologue to Nuremberg*, cap. 5. <<

[15] Marder, *Dreadnought*, vol. 5, caps. 9, 10. <<

[16] Sobre las reparaciones, véanse Burnett, ed., *Reparation*; Trachtenberg, *Reparation and World Politics*, cap. 2; Kent, *Spoils of War*, cap. 2; Marks, en Boemeke, ed., *Treaty of Versailles*, cap. 14. <<

[17] Artaud, «Le Gouvernement américain». <<

[18] Marks, *Ebbing of European Ascendancy*, p. 94. <<

[19] Para más detalles sobre las negociaciones territoriales, véanse Schuker, en Boemeke, ed., *Treaty of Versailles*, cap. 12; Stevenson, *French War Aims*, cap. 6; McDougall, *France's Rhineland Diplomacy*, cap. 2; Nelson, *Land and Power*, pp. 192-281. <<

[*] Véase el capítulo 17. <<

[20] Riddell, *Intimate Diary*, p. 43. <<

[21] Jaffe, *Decision to Disarm Germany*. <<

[22] Lentin, «Treaty that Never Was». <<

[23] Perman, *Shaping of the Czechoslovak State*, caps. 6, 7; Lundgreen-Nielsen, *Polish Problem*. <<

[24] Sobre los alemanes en la conferencia, véanse Luckau, *German Delegation*; Schwabe, *Woodrow Wilson*. <<

[25] El mejor estudio es el de Low, «Soviet Hungarian Republic». <<

[26] Dawn, «Influence of T. E. Lawrence», pp. 83-85. <<

[27] Andrew y Kanya-Forstner, *France Overseas*, cap. 8; Dockrill y Goold, *Peace without Promise*, cap. 4. <<

[28] Dockrill y Goold, *Peace without Promise*, cap. 5, y Helmreich, *Paris to Sèvres*. <<

[29] Taylor, *Origins of the Second World War*, p. 54. <<

[30] B. E. Carroll, *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich* (La Haya y Paris, 1968), p. 184. <<

[31] Watson, *Clemenceau*, pp. 352, 361. <<

[1] «Preliminary Draft of Theses on the National and Colonial Question», en J. E. Connor, ed., *Lenin on Politics and Revolution* (Indianápolis y Nueva York, 1968) p. 316. <<

[2] En general, Goldstein y Maurer, eds., *Washington Conference*. <<

[3] Trachtenberg, *Reparation and World Politics*, pp. 194-195. <<

[4] Goldstein y Maurer, eds., *Washington Conference*, cap. 6. <<

[5] M. E. Howard, *The Continental Commitment: the Dilemmas of British Defence Policy in the Era of the Two World Wars* (Londres, 1972), pp. 182-185. <<

[6] A. Orde, *Great Britain and International Security, 1920-1926* (Londres, 1978). <<

[7] Stevenson, «Belgium, Luxemburg, and the Defence of Western Europe». <<

[8] Sobre la política francesa de posguerra, véase A. Adamthwaite, *Grandeur and Misery: France's Bid for Power in Europe, 1914-1940* (Londres, 1995). <<

[9] Poidevin y Bariéty, *Les Relations franco-allemandes*, cap. 15. <<

[10] Willis, *Prologue to Nuremberg*, caps. 7, 8. <<

[11] Para una síntesis general, véanse Heinemann, *Die Verdrängte Niederlage*; Herwig, «Clio Deceived». <<

[12] Herwig, «Clio Deceived», pp. 99-107, 120. <<

[13] Heinemann, *Die Verdrängte Niederlage*, pp. 220-221. <<

[14] Ferguson, *Pity of War*, p. 411; Marks, en Boemeke *et al.*, ed., *Treaty of Versailles*, pp. 359-367. <<

[15] Para una valoración de los móviles franceses, véanse Keiger, *Raymond Poincaré*; Adamthwaite, *Grandeur and Misery*. <<

[16] Schuker, *End of French Predominance*, ofrece el análisis más completo. <<

[17] C. H. Pegg, *The Evolution of the European Idea, 1914-1932* (Chapel Hill y Londres, 1983); Lipgens, «Europäische Einigungsidee». <<

[18] Para una visión general, véase Maier, *Recasting Bourgeois Europe*. <<

[19] Kanya-Forstner, «War, Imperialism, and Decolonization», pp. 231 y ss. <<

[20] Marks, *Ebbing of European Ascendancy*, p. 141. <<

[21] Andrew y Kanya-Forstner, *France Overseas*, cap. 10. <<

[22] Clayton, en Brown y Louis, eds., *Oxford History of the British Empire*, vol. 4, pp. 281-286. <<

[23] J. Darwin, *Britain, Egypt, and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War, 1918-1922* (Londres, 1981). <<

[24] Tomlinson, «India and the British Empire, 1880-1935», *Indian Economic and Social History Review* (1975). <<

[25] En general sobre la crisis de posguerra, Porter, *Lion's Share*, pp. 247-257; K. Jeffery, *The British Army and the Crisis of Empire, 1918-1922* (Manchester, 1984). <<

[26] Waites, «Effect of the First World War». <<

[27] Bowley, *Some Economic Consequences*, cap. 6. <<

[28] R. H. Tawney, «The Abolition of Economic Controls, 1918-1921», *Economic History Review* (1943). <<

[29] Kennedy, *Over Here*, pp. 270-283. <<

[30] *Ibíd*., p. 284. <<

[31] Pugh, «Politicians and the Woman's Vote», p. 364. <<

[32] Macmillan, *Housewife or Harlot*?, pp. 178-179. <<

[33] Braybon, *Women Workers*, p. 221. <<

[34] Hynes, *A War Remembered*, p. 361. <<

[35] Robert, «Women and Work in France», p. 264. <<

[36] Daniel, *War from Within*, caps. 1, 6. <<

[37] Thom, «Women and Work», p. 315. <<

[38] Braybon, *Women Workers*, cap. 7. <<

[39] Kennedy, *Over Here*, pp. 284-287. <<

[40] Pedersen, *Family, Dependence*, pp. 128-130. <<

[41] Ferguson, *Pity of War*, p. 337. <<

[42] Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, p. 17. <<

[43] Gregory, *Silence of Memory*, p. 43. <<

[44] Dyer, *Missing of the Somme*, p. 7; cf. Barbusse, *Under Fire*, pp. 328-329. <<

[45] Mosse, *Fallen Soldiers*, p. 81. <<

[46] Prost, «Verdun», p. 123. <<

[47] Bushaway, «Name upon Name», p. 140. <<

[48] Winter, *Sites of Memory*, p. 107. <<

[49] Inglis, «War Memorials», p. 9. <<

[50] Winter, *Sites of Memory*, pp. 26-27. <<

[51] Borg, *War Memorials*, cap. 7. <<

[52] *Ibíd.*, p. 89. <<

[53] Sherman, «Bodies and Names», pp. 748 y ss. <<

[54] Inglis, «World War One Memorials in Australia», p. 58. <<

[55] Para Australia: *ibíd.*, p. 55. Para Francia, Prost, «Monuments to the Dead» p. 307. <<

[56] http://www.nzhistory.net. nz/Gallery/Anzac/memorial. <<

[57] Prost, «Monuments to the Dead», pp. 310-316. <<

[58] Borg, *War Memorials*, cap. 6. <<

[59] Jeffery, *Ireland and the Great War*, pp. 114-118. <<

[60] Kavanagh, «Museum as Memorial». <<

[61] http://www.awm. gov. au/aboutus/origins.htm. <<

[*] Los 608 sudafricanos negros pertenecientes al Contingente Sudafricano de Trabajadores Nativos que se ahogaron en el

hundimiento del *Mendi* en el canal de la Mancha son recordados anualmente en Altridgeville, cerca de Pretoria. Deseo expresar mi agradecimiento a J. L. Keene por esta información. <<

[62] Gregory, *Silence of Memory*, pp. 24-28; Mosse, *Fallen Soldiers*, pp. 95-96. <<

[63] Andrews, *Anzac Illusion*, pp. 84-91; Jeffery, *Ireland and the Great War*, pp. 55-59. <<

[64] Prost, «Monuments to the Dead», pp. 317-325. <<

[65] Gregory, *Silence of Memory*, pp. 34-37. <<

[66] Dalisson, «La Célébration du 11 novembre». <<

[67] Prost, «Monuments to the Dead», pp. 325-330. <<

[68] Winter, *Sites of Memory*, p. 115. <<

[69] Inglis, «World War One Memorials in Australia», p. 54. <<

[70] Prost, *In the Wake of War*, pp. 43-44. <<

[71] Gregory, *Silence of Memory*, p. 52. <<

[72] Bourke, *Dismembering the Male*, p. 33. <<

[73] Leed, *No Man's Land*, p. 183. <<

[74] *Ibíd.*, cap. 6; Ward, «Intelligence Surveillance», p. 188. <<

[75] Bessell, *Germany after the First World War*, p. 257; Bourke, *Dismembering the Male*, pp. 22-23; Englander, «Demobilmachung», p. 209. <<

[76] Leese, «Problems Returning Home», p. 1055. <<

[77] Englander, «Demobilmachung», p. 196. <<

[78] Ward, «Intelligence Surveillance», pp. 180-181. <<

[79] Wootton, *Politics of Influence*, p. 109. <<

[80] C. Townshend, *The British Campaign in Ireland: the Development of Political and Military Policies* (Oxford, 1975), p. 46. <<

[81] Prost, *In the Wake of War*, p. 43. <<

[82] *Ibíd.*, cap. 2; Prost, «Demobilmachung», pp. 178 y ss. <<

[83] Kennedy, *Over Here*, p. 363; Rémond, «Les Anciens Combattants», pp. 281-288. <<

[84] Dickinson, *War and National Reinvention*, p. 1. <<

[85] Merridale, *Night of Stone*, pp. 125-126. <<

[86] Dogliani, «Monuments aux morts». <<

[87] P. Morgan, *Italian Fascism, 1919-1945* (Basingstoke, 1995), pp. 13-16. <<

[88] Bessell, *Germany after the First World War*, p. 141. <<

[89] *Ibíd.*, p. 229. <<

[*] Véase el capítulo 17. <<

[90] Inglis, «War Memorials», p. 11. <<

[91] Mosse, *Fallen Soldiers*, pp. 87-90. <<

[92] *Ibíd.*, p. 97; Showalter, *Tannenberg*, p. 348. <<

[93] Mosse, *Fallen Soldiers*, p. 83; Whalen, *Bitter Wounds*, p. 32. <<

[94] Hüppauf, «Langemarck, Verdun», pp. 77-81. <<

[95] Cohen, *War Come Home*, p. 194. <<

[96] Elliott, «*Kriegervereine*». <<

[97] Whalen, *Bitter Wounds*, caps. 7-12. <<

[98] Muy instructivo es J. M. Diehl, *Paramilitary Politics in Weimar Germany* (Bloomington, IN, y Londres, 1977). <<

[99] *Ibídem*, y V. R. Berghahn, *Der Stahlhelm: Bund der Frontsoldaten, 1918-1935* (Düsseldorf, 1966). <<

[1] Bowley, *Some Economic Consequences*, p. 87. <<

[2] Feinstein *et al.*, *European Economy*, p. 60. <<

[3] *Ibíd.*, pp. 9, 13. <<

[4] Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, p. 22. <<

[5] Strikwerda, «Troubled Origins», p. 1110. <<

[6] Aldcroft, *From Versailles to Wall Street*, pp. 47-49. <<

[7] Feinstein *et al.*, *European Economy*, pp. 71-76. <<

[8] Hardach, *First World War*, p. 153. <<

[*] Véase el capítulo 9. <<

[9] Schuker, *End of French Predominance*, caps. 2-4. <<

[10] Ferguson, «Constraints and Room for Manoeuvre». <<

[11] D. Thomson, *Europe since Napoleon* (Londres, 1966), p. 649. <<

[12] S. A. Schuker, *American «Reparations» to Germany, 1919-1933: Implications for the Third-World Debt Crisis* (Princeton, NJ, 1988). <<

[13] E. W. Bennett, *Germany and the Diplomacy of the Financial Crisis, 1931* (Cambridge, MA, 1962). <<

[14] Sobre estos puntos, véase Eichengreen, *Golden Fetters*. <<

[15] T. Childers, *The Nazi Voter: the Social Foundation of Nazism in Germany 1919-1933* (Chapel Hill, 1983). <<

[16] Eberle, *World War I and the Weimar Artists*. <<

[17] Bessell, *Germany after the First World War*, p. 228. <<

[18] Fischer, *Stormtroopers*, p. 25. <<

[19] Eksteins, *Rites of Spring*, cap. 9. <<

[20] *Ibíd.*, p. 410. <<

[21] Wette, «Kellogg to Hitler». <<

[22] Eksteins, *Rites of Spring*, p. 397. <<

[23] Lipgens, «Europäische Einigungsidee». <<

[24] Cf. Wette, «Kellogg to Hitler». <<

[25] Diehl, «Victors or Victims?», p. 700. <<

[26] Fischer, *Stormtroopers*, pp. 49-54. <<

[27] Kershaw, *Hitler*, vol. 1, p. 331. <<

[28] *Ibíd.*, p. 100. <<

[29] *Ibíd.*, p. 87. <<

[30] Diehl, «Victors or Victims?», p. 726; Verhey, *Spirit of 1914*, pp. 223-228. <<

[31] A. P. Adamthwaite, ed., *The Making of the Second World War* (Londres, 1979), doc. 4. <<

[32] R. Boyce y E. M. Robertson, eds., *Paths to War*: *New Essays on the Origins of the Second World War* (Basingstoke y Londres, 1989), cap. 2. <<

[33] M. Barnhart, *Japan Prepares for Total War: the Search for Economic Security, 1919-1941* (Ithaca, NY, 1987). <<

[34] Prost, «Verdun», pp. 129-130. <<

[35] Prost, *In the Wake of War*, cap. 2. <<

[36] Rémond, «Les Anciens Combattants», pp. 272-275. <<

[37] Prost, *In the Wake of War*, p. 42. <<

[38] *Ibíd.*, pp. 75-76. <<

[39] Gorman, «Anciens Combattants and Appeasement». <<

[40] Becker, *Great War and the French People*, p. 327. <<

[41] R. J. Young, *In Command of France: French Foreign Policy and Military Planning, 1933-1940* (Cambridge y Londres, 1978). <<

[42] S. A. Schuker, «France and the Remilitarization of the Rhineland, 1936», *French Historical Studies* (1986); J. T. Emmerson, *The Rhineland Crisis, 7 March 1936: a Study in Multilateral Diplomacy* (Londres, 1977). <<

[43] Kennedy, *Over Here*, pp. 222-230. <<

[44] Divine, *Illusion of Neutrality*, cap. 3. <<

[45] *Ibíd.*, p. 181. <<

[46] Grieves, «C. E. Montague». <<

[47] Bracco, *Merchants of Hope*, pp. 1, 12. <<

[48] Beckett, *Great War*, p. 445. <<

[49] Gregory, *Silence of Memory*, pp. 35-40. <<

[50] Bracco, *Merchants of Hope*, cap. 5. <<

[51] *Ibíd.*, p. 145. <<

[52] Cruickshank, *Variations on Catastrophe*, p. 40. <<

[53] Bracco, *Merchants of Hope*, p. 15. <<

[54] Bond, *Unquiet Western Front*, pp. 46-49. <<

[55] Liddell Hart, *History of the First World War*, p. 460. <<

[56] Hynes, *War Imagined*, pp. 446-448. <<

[57] Fussell, *Great War and Modern Memory*, caps. 6, 7. <<

[58] Eksteins, *Rites of Spring*, pp. 394-395. <<

[59] Dyer, *Missing of the Somme*, p. 104. <<

[60] Hynes, *War Imagined*, cap. 20. <<

[61] Gregory, *Silence of Memory*, pp. 118-119. <<

[62] *Ibíd.*, pp. 121-123. <<

[63] Wootton, *Politics of Influence*, p. 119. <<

[64] C. T. Stannage, «The East Fulham By-election», *Historical Journal* (1971). <<

[65] A. P. Adamthwaite, «The British Government and the Media, 1938-1939», *Journal of Contemporary History*, 1983). <<

[66] C. Thorne, *The Approach of War, 1938-1939* (Londres, 1967), p. 220. <<

[67] Gregory, *Silence of Memory*, pp. 174-176. <<

[68] M. Messerschmidt, en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*, vol. 3, pp. 244-246. <<

[69] G. L. Weinberg, *A World at Arms: a Global History of the Second World War* (Cambridge y Nueva York, 1994), pp. 86, 235. <<

[70] M. Messerschmidt, en Millett y Murray, eds., *Military Effectiveness*, vol. 3, p. 227. <<

[71] G. L. Weinberg, *World at Arms*, pp. 108-109. <<

[72] *Ibíd*., pp. 21-22. <<

[73] Kershaw, *Hitler*, vol. 2, pp. 298-299, 542. <<

[74] *Ibíd*., p. 563. <<

[75] Burchardt, «Impact of the War Economy», pp. 59-62. <<

[76] Kershaw, *Hitler*, vol. 2, pp. 657-658. <<

[77] *Ibíd*., vol. 1, p. 244. <<

[78] Weinberg, *World at Arms*, pp. 83, 153, 262. <<

[79] *Ibíd*., pp. 41, 50. <<

[80] *Ibíd*., pp. 66, 72. <<

[81] Beckett, *Great War*, p. 279. <<

[82] Weinberg, *World at Arms*, p. 70. <<

[83] *Ibíd*., p. 439. <<

[84] E. R. May, *Lessons' of the Past: the Use and Misuse of History in American Foreign Policy* (Londres, 1973), cap. 1. <<

[85] Weinberg, *World at Arms*, pp. 612, 660-661; Beckett, *Great War*, pp. 462-463. <<

[1] E. R. May y P. Zelikow, eds., *The Kennedy Tapes: Inside the White House during the Cuban Missile Crisis* (Cambridge, MA, y Londres, 1997), p. 1; Turner, *Origins*, p. 118. <<

[2] Bourke, *Dismembering the Male*, p. 33. <<

[3] Sheffield, «Shadow of the Sun», p. 35. <<

[*] Véase el capítulo 19. <<

[4] French, en Bond, ed., *First World War and British Military History*, cap. 3. <<

[5] Bell, *History of the Blockade*. <<

[6] Zuber, «Schlieffen Plan Reconsidered», pp. 262-267. <<

[7] R. J. B., Bosworth, *Rethinking Auschwitz and Hiroshima: History Writing and the Second World War, 1945-1990* (Londres, 1993). <<

[8] Lee, ed., *Outbreak of the First World War*, p. 64. <<

[9] Para un visión general del debate de Fischer, véanse Langdon, *July 1914*; Mombauer, *Origins of the First World War*. <<

[10] Fischer, «Twenty-Five Years Later», p. 24. <<

[*] Véase el capítulo 5. <<

[11] *Ibíd.*, p. 223. <<

[12] J. Gallagher y R. Robinson, *Africa and the Victorians* (Londres y Basingstoke, 1961). <<

[13] A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War* (Harmondsworth, 1964). <<

[14] G. Alperowitz, *Atomic Diplomacy: Hiroshima and Potsdam* (Nueva York, 1965). <<

[15] Mayer, *Political Origins; Politics and Diplomacy*; Levin, *Woodrow Wilson*. <<

[16] Miller *et al.*, eds., *Military Strategy*. <<

[17] Bond, *Unquiet Western Front*, cap. 3. <<

[18] *Ibíd.*, p. 68. <<

[19] Cf. Bond y Cave, eds., *Haig: a Reappraisal*. <<

[20] Audouin-Rouzeau y Becker, *14-18*, p. 11; cf. Faulks, S., *Birdsong* (Londres, 1995). <<

[21] Sobre arqueología, véase el número especial de *14/18*, n.º 2 (1999); cf. Saunders, *Trench Art*. <<

[22] Entre las obras principales: Fussell, *Great War and Modern Memory*; Leed, *No Man's Land*; Eksteins, *Rites of Spring*; Mosse, *Fallen Soldiers*; Hynes, *War Remembered*; Winter, *Sites of Memory*. <<

[23] R. Williams, *Keywords: a Vocabulary of Culture and Society* (Londres, 1976), p. 87. <<

[24] Silver, *Esprit de Corps*, cap. 6. <<

[25] Winter, *Sites of Memory*, cap. 4; Harvey, *Muse of Fire*, p. 172. <<

[26] Bogacz, «Tyranny of Words»; Winter, *Sites of Memory*, cap. 8. <<

[27] Barbusse, *Under Fire*, pp. 340-341. <<

[28] Sobre Alemania y el este, véase Liulevicius, *War Land*, pp. 163-165. <<

[29] Strachan, *First World War: To Arms*, caps. 10, 11, y Ferguson, *Pity of War*, caps. 9, 11, constituyen excepciones de importancia. <<

[30] Ferguson, *Pity of War*, cap. 13. <<

[31] Véase en especial J. Burkhardt, «Kriegsgrund Geschichte? 1870, 1813, 1756 – Historische Argumente und Orientierungen bei Ausbruch des Ersten Weltkrieges», en J. Burkhardt *et al.*, *Lange und Kurze Wege in den Ersten Weltkrieg* (Munich, 1996), pp. 36-53. <<

Índice